
SAGA COMPLETA (LIBROS 1-6)
FAMILIA ROSETTI
CHICAGO
PIA SINCLAIR

LA FAMILIA ROSETTI EN CHICAGO: SAGA COMPLETA DE MAFIA ROMANCE (LIBROS 1–6)

PIA SINCLAIR

Copyright © 2026 por Pia Sinclair

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida.

Esta es una obra de ficción.

Table of Contents

- **Ruthless Silence**
  - 1 - Dante
  - 2 - Ana
  - 3 - Dante
  - 4 - Ana
  - 5 - Dante
  - 6 - Ana
  - 7 - Dante
  - 8 - Ana
  - 9 - Ana
  - 10 - Dante
  - 11 - Ana
  - 12 - Ana
  - 13 - Dante
  - 14 - Ana
  - 15 - Dante
  - 16 - Ana
  - 17 - Ana
  - 18 - Dante
  - 19 - Ana
  - 20 - Dante
  - 21 - Ana
  - 22 - Ana
  - 23 - Dante
  - 24 - Ana
  - 25 - Dante
  - 26 - Ana
  - 27 - Dante
  - 28 - Dante
  - 29 - Ana

- 30 - Dante
- 31 - Ana
- 32 - Epílogo - Ana

Psychotic Faith

- 1 - Luca
- 2 - Luca
- 3 - Faith
- 4 - Faith
- 5 - Luca
- 6 - Luca
- 7 - Faith
- 8 - Luca
- 9 - Faith
- 10 - Luca
- 11 - Faith
- 12 - Luca
- 13 - Faith
- 14 - Luca
- 15 - Faith
- 16 - Luca
- 17 - Faith
- 18 - Faith
- 19 - Faith
- 20 - Faith
- 21 - Luca
- 22 - Faith
- 23 - Luca
- 24 - Faith
- 25 - Faith
- 26 - Luca
- 27 - Faith
- 28 - Faith
- 29 - Luca
- 30 - Faith
- 31 - Luca

- 32 - Epílogo: Marco

- **Brutal Union**

  - 1 - Valentina
  - 2 - Marco
  - 3 - Valentina
  - 4 - Valentina
  - 5 - Marco
  - 6 - Valentina
  - 7 - Valentina
  - 8 - Marco
  - 9 - Valentina
  - 10 - Valentina
  - 11 - Marco
  - 12 - Valentina
  - 13 - Valentina
  - 14 - Marco
  - 15 - Valentina
  - 16 - Marco
  - 17 - Marco
  - 18 - Valentina
  - 19 - Marco
  - 20 - Valentina
  - 21 - Marco
  - 22 - Valentina
  - 23 - Marco
  - 24 - Valentina
  - 25 - Marco
  - 26 - Valentina
  - 27 - Marco
  - 28 - Valentina
  - 29 - Marco
  - 30 - Valentina
  - 31 - Epílogo: Alessandro

- # Gilded Lies

  - 1 - Emma
  - 2 - Alessandro
  - 3 - Emma
  - 4 - Emma
  - 5 - Alessandro
  - 6 - Emma
  - 7 - Alessandro
  - 8 - Alessandro
  - 9 - Emma
  - 10 - Alessandro
  - 11 - Emma
  - 12 - Emma
  - 13 - Alessandro
  - 14 - Emma
  - 15 - Alessandro
  - 16 - Emma
  - 17 - Alessandro
  - 18 - Emma
  - 19 - Alessandro
  - 20 - Emma
  - 21 - Alessandro
  - 22 - Alessandro
  - 23 - Emma
  - 24 - Alessandro
  - 25 - Emma
  - 26 - Alessandro
  - 27 - Emma
  - 28 - Alessandro
  - 29 - Emma
  - 30 - Alessandro
  - 31 - Emma
  - 32 - Emma
  - 33 - Epílogo: Sofia

- # Blood Memory

- 1 - Sofia
- 2 - Alexei
- 3 - Sofia
- 4 - Sofia
- 5 - Alexei
- 6 - Sofia
- 7 - Alexei
- 8 - Sofia
- 9 - Alexei
- 10 - Sofia
- 11 - Alexei
- 12 - Alexei
- 13 - Sofia
- 14 - Sofia
- 15 - Sofia
- 16 - Sofia
- 17 - Alexei
- 18 - Sofia
- 19 - Alexei
- 20 - Sofia
- 21 - Alexei
- 22 - Sofia
- 23 - Sofia
- 24 - Sofia
- 25 - Alexei
- 26 - Sofia
- 27 - Sofia
- 28 - Alexei
- 29 - Sofia
- 30 - Alexei
- 31 - Sofia
- 32 - Sofia
- 33 - Epílogo: Nico

Unhinged Justice

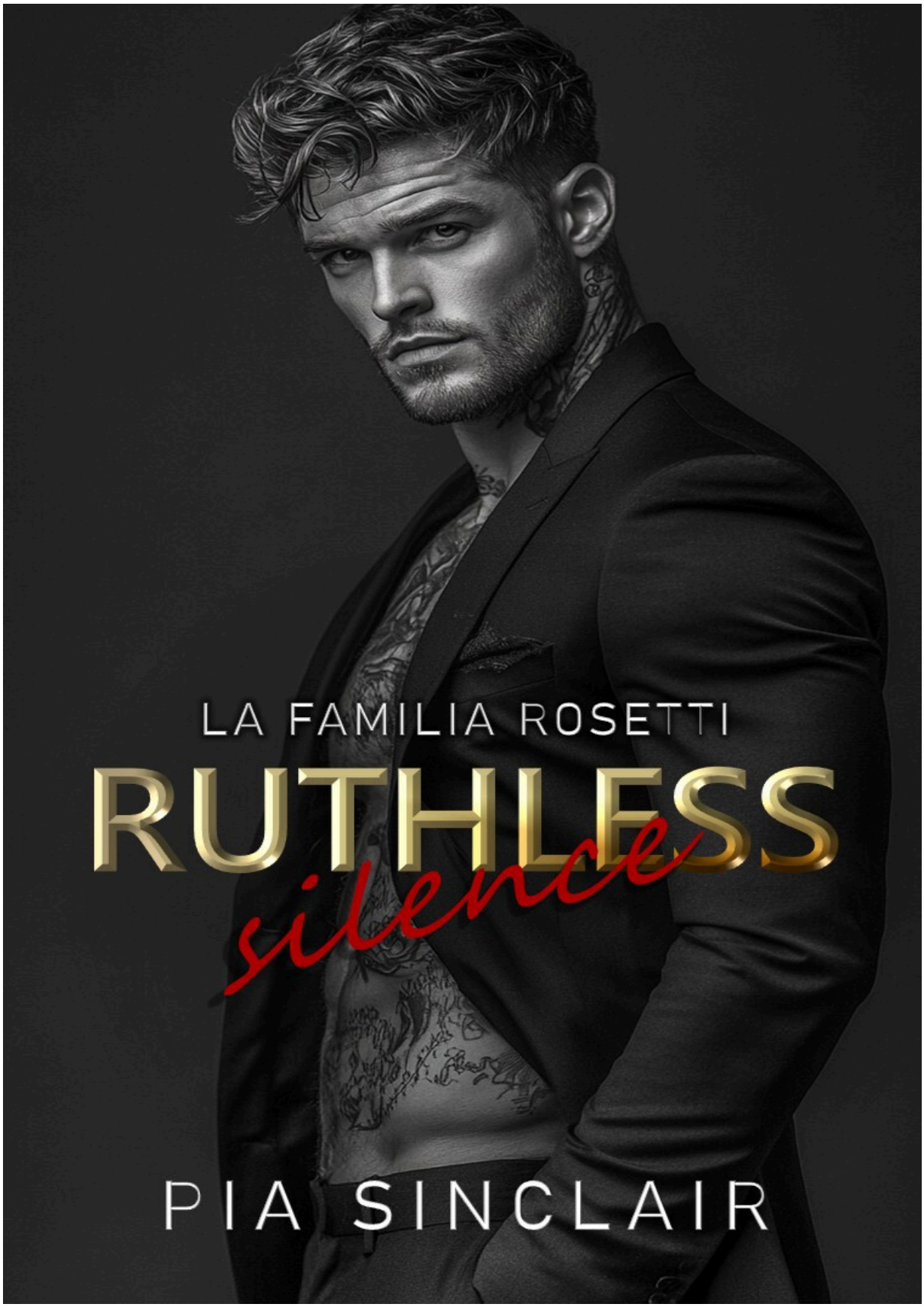
- 1 - Nico

- 2 - Marisol
- 3 - Nico
- 4 - Marisol
- 5 - Nico
- 6 - Marisol
- 7 - Nico
- 8 - Marisol
- 9 - Nico
- 10 - Marisol
- 11 - Nico
- 12 - Marisol
- 13 - Nico
- 14 - Marisol
- 15 - Nico
- 16 - Marisol
- 17 - Nico
- 18 - Marisol
- 19 - Nico
- 20 - Marisol
- 21 - Nico
- 22 - Nico
- 23 - Marisol
- 24 - Nico
- 25 - Marisol
- 26 - Nico
- 27 - Marisol
- 28 - Nico
- 29 - Marisol
- 30 - Marisol
- 31 - Marisol
- 32 - Nico
- 33 - Marisol
- 34 - Epílogo—Gabriel

Nico & Marisol

- 1 - NICO ROSETTI

- 2 - SOFIA ROSETTI


LA FAMILIA ROSETTI
RUTHLESS
silence
PIA SINCLAIR

1 - Dante

El cigarrillo se consume entre mis dedos, el humo asciende en espirales hacia el techo de mi despacho. Son las dos de la madrugada y no puedo apartar la vista de su cara.

Ana Moretti me devuelve la mirada desde una docena de fotos de vigilancia esparcidas sobre mi escritorio de caoba, sus fieros ojos prometen violencia en cada una de ellas. Tres semanas de vigilancia. Mis hombres siguiéndole la pista como si fuera un objetivo, no mi futura esposa. La amarga ironía de la situación me oprime el pecho. Aquí está arrodillada ante la tumba de su padre, con los dedos apoyados en la lápida. Allí practica en una galería de tiro, con una agrupación de disparos lo bastante cerrada como para impresionar incluso a Nico. Y en esta, tomada a través del escaparate de una cafetería, sus manos se mueven con fluidez en lengua de signos americana mientras practica con un instructor.

Se ha estado preparando para mí. Aprendiendo la lengua de signos.

El contrato matrimonial reposa junto a las fotos, con la firma de Marco ya estampada. Veinte años tiene este trozo de papel. Por aquel entonces, los Moretti y los Rosetti controlaban Chicago y Roma juntos, una alianza que convertía a ambas familias en intocables. Mi padre y Romeo Moretti lo firmaron entre güisqui y hermandad, uniendo a sus hijos para asegurar que la alianza los sobreviviera. Tenían razón en una cosa: los sobrevivió. Solo que no de la forma que habían planeado.

Repaso su cara en una foto donde está a medio signo, sus dedos forman palabras que puedo leer incluso en la imagen estática: *monstruo*, *venganza*, *lista*. Practica vocabulario para la guerra mientras cree que está aprendiendo a comunicarse con su futuro marido. La ironía me haría reír si mi garganta aún pudiera emitir ese sonido.

Mis dedos se detienen en otra imagen. Ana saliendo de su edificio al amanecer para ir a correr. El sudor brilla en su clavícula, su

camiseta de tirantes se ciñe a unas curvas que hacen que se me despierte la polla. Inapropiado. Peligroso. Totalmente inevitable. Es hermosa como lo son las armas: letal, precisa, hecha para destruir. Y quiero desmontarla pieza por pieza, descubrir qué sonidos haría cuando esa fachada de control finalmente se rompa.

Mi cuerpo responde a su imagen de formas que me irritan. El calor se acumula en la boca de mi estómago mientras estudio la curva de su cuello, la fiera concentración en sus ojos en la galería de tiro. Desear a la hija del enemigo es una complicación que no necesito.

Incluso en las fotos de vigilancia, se mueve como una luchadora. Cada paso es deliberado, controlado. La han perfeccionado hasta convertirla en algo peligroso. Alguien le ha enseñado a sobrevivir en nuestro mundo.

Alguien que sabía que necesitaría esas habilidades cuando viniera a por mí.

El contrato pesa más de lo que debería pesar el papel. En tres días, nos reuniremos en territorio neutral para negociar los términos. Ella firmará con su nombre debajo del mío, uniéndonos en este matrimonio concertado que se supone que debe evitar una guerra. En tres días, será mía. Mía para protegerla, mía para controlarla, mía para consumirla. Los Moretti pueden llamarlo matrimonio concertado, pero ambos sabemos la verdad. Va a entrar en mi jaula y nunca la dejaré salir.

No entienden que Ana Moretti no viene aquí a por la paz. Se ha estado preparando. Un año entero de clases de lengua de signos americana, aprendiendo a signar para poder hablar con el monstruo al que se la han prometido.

Ya he asignado sombras para que la vigilen. No solo vigilancia. Protección. Tres soldados de los Moretti han estado merodeando por su apartamento. Creen que están ocultos. Mis hombres podrían abatirlos en segundos, pero les dejo observar. Dejo que crean que ella está a salvo. Cuando sea mía, nadie se acercará a menos de treinta metros sin mi permiso.

La puerta se abre sin llamar. Solo una persona en esta casa tiene semejantes ansias de morir.

Luca se desliza en mi despacho como humo con forma humana: un metro ochenta de engañosa musculatura magra que se mueve de forma extraña, demasiado fluida, como si sus huesos no estuvieran

del todo conectados como los del resto de la gente. A sus veintiocho años, mi hermano pequeño debería parecer joven, pero algo en sus ojos azul pálido lo envejece, lo hace ancestral y recién nacido a la vez. Esos ojos no encajan con el resto de los Rosetti; una herencia de nuestra madre que hace que su particular tipo de violencia sea aún más inquietante en contraste con su pelo negro, que parece perpetuamente despeinado, como si acabara de levantarse del lecho de muerte de alguien o estuviera a punto de crear uno.

Su traje de Armani probablemente costó cinco mil dólares, pero lo lleva como si lo hubiera encontrado en un cadáver: caro sin miramientos, con algo oscuro en el puño izquierdo que podría ser vino o podría ser sangre. Conociendo a Luca, probablemente sean ambas cosas.

—Hermano. —Su voz tiene ese tono particular que hace que la gente cuerda eche mano a las armas. Se apoya en el marco de la puerta con fingida indiferencia—. ¿Quemando el aceite de medianoche por tu futura esposa?

Sus pálidos ojos azules se fijan en las fotos de Ana con una intensidad que me tensa la mandíbula. Analizo la habitación automáticamente. Dos salidas, tres armas al alcance, ángulo óptimo para abatirlo si fuera necesario. Incluso con la familia, especialmente con Luca, nunca dejo de evaluar las amenazas.

—Es guapa —observa, entrando en mi despacho sin ser invitado —. Estructura ósea delicada. Rompible, la verdad. —Coge una de las fotos de vigilancia y la estudia como si fuera un espécimen—. Podría hacerte esto más sencillo. Los accidentes ocurren. Incluso a las princesas Moretti.

No me molesto en levantar la vista del contrato. Luca pone a prueba los límites como un niño, pero sabe que no debe actuar sin permiso. Aun así, la forma despreocupada en que habla de la muerte de Ana me da ganas de partirle la cara de un puñetazo. La furia posesiva que estalla me sorprende. Todavía ni siquiera es mía.

—Piénsalo bien —continúa, con esa sonrisa perturbadora dibujada en los labios—. Sin matrimonios engorrosos, sin complots de venganza de los que preocuparse. Solo un trágico accidente antes de la boda. Una fuga de gas, tal vez. O un atraco que salió mal. Chicago es muy peligrosa últimamente.

El cuero de mi silla cruje cuando me levanto y me acerco a la ventana. Fuera, las sirenas aúllan en la distancia. Violencia normal

de Chicago que no tiene nada que ver con nosotros. La ciudad nunca duerme, y sus depredadores tampoco. Me sirvo un güisqui, el ardor familiar en mi garganta.

—O —dice, ladeando la cabeza—, podríamos quedárnosla. Romperla como es debido. Siempre has tenido debilidad por las cosas rotas. ¿Recuerdas a aquel camello que intentó timar a Marco? Tú lo sujetaste mientras yo trabajaba. Ni siquiera te inmutaste. Ese es el hermano que ella necesita conocer, no este romántico melancólico.

Ya es suficiente.

Mi mano golpea con fuerza la mesa y el sonido seco resuena en todo el despacho. Se acabó la discusión.

Luca ni se inmuta. —Siempre has sido demasiado sentimental con los Moretti —dice, volviendo a dejar la foto de Ana sobre la mesa con un cuidado exagerado—. Igual que con aquel chico ruso de hace tantos años. ¿Cómo se llamaba? El que te seguía a todas partes como un perrito antes de…

Aprieto la mandíbula involuntariamente, la única reacción que me permito. El tejido cicatricial de mi garganta me duele esta noche, un dolor fantasma de viejas heridas. El recuerdo amenaza con aflorar. Los ojos asustados de un niño, decisiones tomadas con sangre y en la sombra. Pero lo reprimo y lo hundo donde debe estar. Luca me observa con esos ojos antinaturales, catalogando mi respuesta como cataloga todo lo demás.

—Ah —dice en voz baja—. Veo que sigue siendo un punto delicado.

Le sostengo la mirada, sin dejar que vea nada más que un control gélido. Sea cual sea el juego al que esté jugando, mencionar historias pasadas no va a funcionar. Aquel niño ruso, quienquiera que fuese, desapareció entre las secuelas de aquella noche de hace diez años. Una víctima más en una guerra que empezó antes de que ninguno de nosotros comprendiera el precio.

Luca se encoge de hombros, imperturbable ante mi silencio. —Bien. Guárdate tus secretos, hermano. Todos los tenemos. —Se examina la uña ensangrentada con interés académico—. Aunque dudo que tu prometida vaya a apreciar tu… naturaleza sentimental. Los Moretti no son famosos por su capacidad para perdonar.

Otro gesto brusco por mi parte. Conversación zanjada. Esta vez, capta la indirecta. Vuelvo a mi escritorio, necesitado de distancia de

su olor a cobre y sangre.

—Intentará matarte —dice Luca desde el umbral, sin estar del todo listo para marcharse—. La primera noche, probablemente. Quizá la segunda si quiere ganarse tu confianza primero. —Su sonrisa se tuerce, de esas que hacen que la gente cruce la calle para evitarlo—. Es lo que yo haría. ¿Quieres que la registre en busca de armas cuando llegue?

Le sostengo la mirada con firmeza, y mi gesto lo dice todo: *De ella me encargo yo.*

—El demonio silencioso y su vengativa prometida —murmura, soltando esa risa contenida—. Qué absolutamente poético. La familia debe de estar muy orgullosa de esta solución diplomática. —Hace una pausa, estudiándome con esos ojos pálidos—. Sabes que no viene aquí a jugar a las casitas, ¿verdad? Esto no es una novela romántica en la que la hija del enemigo se enamora de su captor.

No necesito que me diga lo que Ana Moretti quiere. Lo he visto en cada foto de vigilancia, en el modo en que visita la tumba de su padre, en las palabras que practica en lengua de signos. Viene a por sangre. La mía, en concreto.

Que venga.

—Solo recuerda —dice Luca, retrocediendo por fin hacia el pasillo —, que cuando haga su movimiento, yo ofrecí soluciones más sencillas. Pero a ti siempre te ha gustado complicar las cosas.

La puerta se cierra tras él con un suave clic, dejándome a solas con las fotos de mi prometida y el peso de lo que se avecina.

Me tiembla un poco la mano al sacudir la ceniza del cigarrillo. Joder. ¿Cuándo he empezado a perder el control por una fotografía? Diez años de disciplina perfecta, y esta mujer, una Moretti, la amenaza con solo su imagen.

El cajón cerrado con llave de mi escritorio me llama y cedo al impulso. La llave gira en silencio, revelando un contenido que ya rara vez examino. Fotos antiguas de antes de aquella noche. Mi padre con Roberto Moretti, riéndose de verdad de algún chiste olvidado. Otra de todos nosotros de niños en una fiesta de verano, con Ana, apenas una cría, en brazos de su tío mientras yo permanecía al fondo, malhumorado y con la ira propia de un adolescente. Se suponía que una vez fuimos una familia, todos nosotros.

Cierro el cajón rápidamente, encerrando a esos fantasmas donde deben estar.

Las fotos de vigilancia de Ana vuelven a atraerme. Mis dedos se demoran en aquella en la que está signando, sus manos gráciles incluso en el movimiento congelado. Lleva un año estudiando, dijo el abogado. Un año de preparación para hablar con el hombre que destruyó a su familia. Esa clase de dedicación merece respeto, aunque esté motivada por la venganza.

La foto de ella en el campo de tiro hace que se me caliente la sangre. La violencia controlada de su postura, la concentración de su mirada. Joder, quiero ver esa intensidad cuando esté debajo de mí, cuando esté dentro de ella, cuando se debata entre odiarme y deshacerse en mis manos.

La medalla de San Cristóbal que llevo al cuello capta la luz cuando me inclino para estudiar su rostro. Me la dio mi madre antes de morir, me dijo que me protegería en los viajes peligrosos. Me pregunto qué pensaría de este viaje en particular. Casarme con la sobrina de un enemigo muerto, meter a una víbora en nuestro nido.

Porque a eso se reduce todo. Ana Moretti va a entrar en mi mundo pensando que sabe con qué clase de monstruo se va a casar. Está preparada para el asesino silencioso, el demonio mudo que acecha los bajos fondos de Chicago. Probablemente, está incluso preparada para morir por su venganza.

Para lo que no está preparada es para la verdad. Que yo también la he estado esperando. Que en todos estos años de silencio, ella es la primera persona que se ha molestado en aprender a hablarme como es debido. Enemiga o no, está a punto de convertirse en mía.

Y yo protejo lo que es mío.

Incluso de sí misma.

2 - Ana

El cubículo del baño de O'Hare huele a limpiador industrial y a desesperación. Resigo con el dedo la firma de Dante Rosetti en el contrato matrimonial: trazos audaces, bucles seguros. Las mismas manos que crearon estas letras mataron a mi familia. En tres días, esas manos me tocarán como mi marido.

En algún lugar de esta inmensa ciudad, el demonio silencioso me espera.

Alguien zarandea la puerta del cubículo. —¿Hay alguien ahí?

—¡Ocupado! —La palabra en inglés me sale brusca, una de las pocas que puedo decir sin que el acento me delate.

Doblo el contrato con cuidado y lo deslizo de nuevo en la cartera de piel de papá. Las iniciales desgastadas bajo mi pulgar, R. M., Romeo Moretti, me recuerdan por qué estoy aquí. No por la paz. Por la sangre.

El pasillo del aeropuerto se extiende interminable ante mí, y mi maleta, demasiado grande, se engancha en cada grieta del gastado linóleo. A mi alrededor, los estadounidenses se mueven con una determinación que no puedo igualar, sus voces se funden en un incomprensible muro de sonido. El baño era un santuario. Aquí fuera me ahogo.

—Disculpe, cariño, ¿está perdida? —Una mujer de ojos amables y un pintalabios demasiado vivo me toca el codo.

Las palabras en inglés nadan en mi cerebro agotado. Perdida. Sí, esa la conozco.

—Necesito… Necesito encontrar… —¿Cuál es la palabra?—. ¿Los coches? ¿Para marcharme?

Ella sonríe y señala un cartel. —Transporte terrestre, monada. Por ahí, siga las señales.

Transporte terrestre. Las palabras suenan torpes en mi boca mientras las repito, intentando imitar su acento. La cartera me quema en el costado, la firma de Dante grabada a fuego en mi

memoria. Por esto estoy aquí. Por este trozo de papel que me unirá a un monstruo.

La escalera mecánica me baja mientras aprieto con más fuerza la cartera. Un hombre de negocios me adelanta empujándome, mascullando algo que suena a enfado. Solo capto fragmentos: «…en medio… turistas…». Se me encienden las mejillas, pero mi espalda se endereza automáticamente. *La postura, Ana*, oigo la voz del tío Roberto de mis años de entrenamiento. *Un Moretti nunca muestra debilidad en público*. Incluso agotada, incluso perdida, incluso planeando un asesinato, sigo siendo una Moretti.

Las puertas correderas se abren a un calor de agosto que me roba el aliento. No se parece en nada al verano romano. Este es húmedo, pesado, se pega a mi piel como un ser vivo. El aire acondicionado del hotel olerá a limón artificial y a frío, nada que ver con mi hogar. La planta de albahaca de mamá en el alféizar de la ventana, los cigarrillos de papá, el polvo ancestral de las calles de Roma. Me uno a una cola de gente que espera un taxi, agradecida de que algunas cosas sean universales.

—¿Adónde, señorita? —Las palabras del taxista se arrastran de una forma para la que mi profesor de inglés nunca me preparó.

Le tiendo la tarjeta del hotel con dedos temblorosos, y él le echa un vistazo antes de incorporarse al tráfico con una sacudida que me lanza contra la puerta. Mi cuerpo cataloga el espacio automáticamente. Dos puertas, mampara rompible, el arma del conductor probablemente bajo su asiento. Viejos hábitos de años de entrenamiento con el tío Roberto.

—¿Primera vez en Chicago? —me observa por el retrovisor mientras zigzaguea entre los coches.

—Sí. —Busco más palabras, pero se me escapan—. Vengo por… una boda.

—¡Una boda! Anda, qué bien. ¿De quién es la boda? ¿Tiene familia aquí?

Familia. La palabra me deja un sabor amargo en la lengua. En nuestro mundo, los contratos matrimoniales se sellan con sangre, no con tinta. —Mi boda. Me caso… pronto. En tres días.

Él enarca las cejas en el espejo. —No parece usted muy feliz por ello.

No sé cómo explicarle que me voy a casar con mi enemigo. Que el hombre que me espera en esta ciudad me lo quitó todo cuando tenía

catorce años. Las palabras en inglés se me enredan en la garganta y permanezco en silencio, pensando en esa firma, en esos trazos audaces que sentenciaron mi futuro antes de que yo supiera siquiera escribir mi propio nombre.

Al otro lado de la ventanilla, Chicago pasa a toda velocidad. Todo cristal y acero que se alza hacia el cielo. Tan distinto de las piedras antiguas y las calles estrechas de Roma. Los carteles se vuelven borrosos. Nombres de calles que no sé pronunciar, anuncios que se mueven demasiado rápido para leerlos. Me siento perdida en este laberinto de hormigón y luces, cada giro adentrándome más en territorio desconocido. Más en su mundo.

El conductor sigue hablando, su acento convierte cada palabra en un rompecabezas. ¿Algo sobre béisbol, quizá? ¿O sobre obras? Capto palabras familiares. «Centro», «tráfico», «italiano». Pero el contexto se me escapa. Asiento cuando sube el tono de voz, esperando que sea la respuesta correcta.

—¿Está bien ahí atrás? —Me mira de nuevo, con la preocupación marcándole el rostro—. Tiene usted mala cara.

¿Mala cara? Sé que… oh. Enferma. Cree que voy a ponerme enferma.

—Estoy bien —consigo decir—. Solo… cansada. Ha sido un vuelo largo.

Un coche negro cambia de carril detrás de nosotros y mantiene la misma distancia durante tres giros. Mi mano se desliza hacia el bolso, donde el cuchillo de papá descansa contra el forro. Diez años de preparación y todavía me asusto de mi propia sombra. El coche nos sigue en otro giro más. Es solo el tráfico, me digo. Chicago está lleno de coches negros. No todo el mundo me está vigilando.

Pero alguien sin duda lo hace.

La puerta de la suite del hotel se cierra con un clic a mi espalda y, por fin, por fin, estoy sola.

Me hundo en la cama, dejando que mi cuerpo se desplome en la increíble suavidad. El zumbido del aire acondicionado es demasiado frío contra mi piel y me pone la piel de gallina. Todo aquí es excesivo. Demasiado grande, demasiado frío, demasiado extraño. La cartera está a mi lado y no puedo evitar sacar el contrato de nuevo.

Ahí está. Su firma. En tres días, la mía estará debajo.

El portero me había ayudado con las maletas, extendiendo la mano hacia una de ellas. Retrocedí por instinto. En mi mundo, no

dejas que los extraños toquen tus cosas. Podrían colocar algo. O llevarse algo. El recepcionista se había quedado mirando mi apellido cuando me registré. Moretti. Incluso aquí, a miles de kilómetros de casa, significa algo.

El móvil me pesa en la mano mientras abro la aplicación de LSA que he estado usando durante el último año. Demasiado pronto me encontraré con él. El diablo silencioso que atormenta mis pesadillas. Al menos con él, no tropezaré con las palabras en inglés. Mis señas son perfectas. Me he asegurado de ello. Durante un año, he practicado todas las noches hasta que mis manos podían formar las palabras en sueños. Sé exactamente cómo nos comunicaremos. Mediante señas, el lenguaje que he aprendido específicamente para él. Así nunca podrá hablar a mis espaldas.

Hola. Me llamo Ana. He venido a cumplir el contrato.

Mis dedos ejecutan las señas de forma automática. Formal, fría, sin revelar nada. No: *He venido a matarte.* No: *Asesinaste a mi familia.* Solo los hechos, signados con una precisión que mi padre habría admirado.

Tecleo su nombre en el móvil antes de poder contenerme. Dante Rosetti. Las imágenes están todas borrosas, lejanas, como si intentara fotografiar el humo. El fantasma de Chicago, lo llaman en un artículo. El ejecutor silencioso. Ni siquiera Google puede captarlo bien. Pero hay una foto, granulada y tomada desde muy lejos. Incluso en la penumbra, es guapo de esa manera peligrosa que vuelve estúpidas a las mujeres inteligentes.

—Encantada de conocerle —digo en voz alta en inglés, odiando lo cerrado que suena mi acento.

Las palabras son de manual y completamente incorrectas. Los estadounidenses no hablan así. Dicen cosas como «Hey» y «What's up» y una docena de frases más que no significan nada parecido a lo que dicen en realidad.

En el espejo parezco joven. Perdida. Nada que ver con la mujer que necesito ser dentro de tres días. Alguien que pueda enfrentarse a un monstruo sin pestañear. Me recojo el pelo, intentando parecer mayor, más sofisticada. Más como alguien que pertenece a su mundo. Alguien que creció sabiendo que existen hombres como él, hermosos y terribles a partes iguales. Alguien cuyo futuro no fue vendido con una firma antes de que supiera andar.

Mi reflejo se burla de mí. Parezco exactamente lo que soy: una chica de veintitrés años de Roma que nunca ha quitado una vida, que nunca ha hecho nada valiente salvo coger un avión para casarse con su enemigo.

Llega el servicio de habitaciones mientras estoy deshaciendo la maleta; el camarero entra empujando un carrito con platos cubiertos.

—Su cena, señorita —dice despacio, al darse cuenta de mi confusión. Es joven, quizá de mi edad, con una sonrisa amable que me recuerda a mi hogar.

Asiento y luego cojo una hoja de papel con el membrete del hotel. Mis dedos trabajan solos, doblando y marcando los pliegues hasta que toma forma una grulla de papel. Papá solía enseñarme a hacerlas en la mesa de nuestra cocina en Roma, mucho antes de que yo supiera de contratos y firmas y del precio de ser una Moretti. «Precisión, *cara*», decía, guiando mis pequeños dedos por los dobleces. «En el origami y en la vida, la precisión importa».

—Qué bonita —dice el camarero, observándome las manos—. Origami, ¿verdad?

—Sí —me arriesgo a decir más—. Hago muchas. Mil grullas para… para un deseo. —Las frases me saldrán más rápido y fácil después de una buena noche de sueño.

—¿Qué deseará? —Sus ojos son demasiado perspicaces, como si viera a través de mi agotamiento algo más oscuro debajo.

La pregunta me pilla desprevenida. ¿Acaso parezco alguien que planea un asesinato?

—Ser valiente —digo finalmente, y la verdad se me escapa antes de poder detenerla. Lo bastante valiente para enfrentarme al hombre cuya firma cambió mi vida. Lo bastante valiente para hacer lo que hay que hacer.

Su sonrisa se vuelve triste, como si supiera que las chicas valientes no duran mucho en Chicago. —A mí me parece usted muy valiente. Venir a un país nuevo, hablar otro idioma. Para eso hay que tener agallas.

Si él supiera para qué necesito realmente la valentía.

Cuando se va, hago dos grullas más. Las servilletas del hotel se convierten en pájaros, cada uno un recuerdo. Esta para papá, que me enseñó la paciencia. Quien debería haberme llevado al altar algún día, no morir en un almacén por las balas de los Rosetti. Esta para la

chica que era antes de ver esa firma, antes de entender que mi vida nunca fue mía.

Entonces llegan las lágrimas, solo tres, deslizándose por mis mejillas antes de que las seque frotándome la cara. Mi padre ya no está. El tío Roberto ya no está. Todos los que deberían estar aquí para mi boda ya no están, y el hombre responsable me espera al otro lado de esta fría ciudad, con su firma uniéndonos de maneras que él aún ni siquiera conoce.

Novecientos noventa y ocho grullas ya. Dos más para mi deseo. Dos más hasta que tenga que ser lo bastante valiente para afrontar la reunión dentro de tres días.

Ya no puedo mantener los ojos abiertos. El suelo me llama, más blando de lo que debería con una moqueta de hotel gruesa como las nubes. Me acomodo entre las grullas de papel, sus alas blancas rodeándome como los fantasmas de todos los que he perdido. El contrato yace a mi lado, la firma de Dante visible bajo la luz de la lámpara.

La foto de papá descansa sobre mi pecho, con los bordes desgastados de tanto tocarla. En ella, se está riendo de algo fuera de plano, congelado para siempre en la felicidad. Antes de esa noche. Antes de la sangre. Antes de que todo cambiara. Antes de que una firma destruyera nuestro mundo.

—Estoy aquí, papá —le susurro a su imagen—. En la ciudad de los demonios, tal como me advertiste.

Algo cruje bajo mi hombro. Un trozo de papel del hotel que no recuerdo haber dejado caer. Lo saco, entrecerrando los ojos para ver la elegante caligrafía:

Bienvenida a Chicago, señorita Moretti.

Sin firma. La caligrafía es elegante, femenina. Entonces, no ha sido él. Pero es alguien que sabe que estoy aquí. Alguien que me vigila. La nota no me asusta tanto como debería, pero el agotamiento gana la partida. Que miren. Que vean a una mujer rodeada de pájaros de papel, aferrada a la foto de su padre muerto, con la firma de su enemigo grabada a fuego en la memoria. Dentro de tres días seré fuerte. Dentro de tres días seré peligrosa.

Mañana me preparo. Recorreré esta ciudad extraña, memorizaré la ruta hasta el lugar de la reunión y practicaré mi inglés y el manejo de la daga hasta que ambos sean armas. La reunión de dentro de tres días se cierne sobre mí como una tormenta en el horizonte.

Esta noche, solo soy Ana.

El sueño me vence antes de que pueda volver a contarlos, y sueño con pájaros de papel que me llevan a casa, a Roma, donde mi padre me espera con los brazos abiertos y el perdón por lo que estoy a punto de hacer. En el sueño no hay firmas, ni contratos, ni promesas escritas con tinta que aten como cadenas. Solo la risa de papá, el cálido sol de Roma y un mundo donde mi futuro me pertenece solo a mí.

3 - Dante

La sala de conferencias de Anderson & Associates se encuentra en la planta cuarenta de un edificio de Chicago, y llego treinta minutos antes para hacerme con la ventaja táctica. La luz de la mañana dibuja ángulos pronunciados sobre la mesa de caoba, donde me coloco de espaldas a los ventanales. Que entrecierre los ojos por el sol mientras negociamos su futuro.

Mi tableta muestra las fotos de vigilancia de Ana Moretti en una cuadrícula ordenada. Las paso una vez más, memorizando su forma de moverse, los gestos delatores de sus hombros cuando está nerviosa. Llevo tres semanas observándola y sigue siendo una contradicción. Entrenada para matar, pero llora ante la tumba de su padre. Estudia lengua de signos durante un año para hablar con un monstruo.

Marco entra sin llamar, trayendo consigo el aroma de su expreso matutino y de una colonia cara. A sus treinta y tres años, mi hermano impone su presencia en cualquier sala en la que entra sin esforzarse. Marco mide un metro ochenta y ocho de calculada autoridad, con el pelo castaño oscuro cortado con una precisión militar que va a juego con sus caros trajes italianos; el de hoy es gris marengo, impecable como siempre, y hace que los intentos de diseño de los abogados parezcan una pretensión barata. Sus ojos son más oscuros que los míos, casi negros, la clase de ojos que han visto morir a hombres y han ordenado muertes con la misma calma. Los anchos hombros que llenan su chaqueta hablan de poderío físico, pero es su quietud lo que hace que hombres hechos y derechos se replanteen las decisiones de su vida; Marco nunca necesita levantar la voz porque su sola presencia ya es volumen suficiente. El aire mismo parece doblegarse a su alrededor; los abogados se enderezan en sus sillas antes incluso de que hable.

—¿Revisando otra vez el dosier de tu prometida? —se acomoda a mi lado, su autoridad irradia de su quietud—. Has mirado esas fotos tantas veces que podrías dibujarlas de memoria.

Me ajusto el cuello, asegurándome de que el tejido alto cubra las cicatrices de mi garganta. Una vieja costumbre. El tejido destrozado me duele esta mañana, un dolor fantasma de heridas que nunca terminan de sanar.

—Procura no aterrorizar a la chica, Dante —la voz de Marco tiene ese tono particular que hace que hombres hechos y derechos se replanteen las decisiones de su vida. Su dominio es absoluto, incluso en una sugerencia—. Necesitamos que este matrimonio se mantenga. No la mandes de vuelta a Roma corriendo el primer día.

Le lanzo una mirada que lo dice todo. *¿Quién dice que voy a aterrorizarla?*

—Esa mirada. Exactamente esa mirada que me estás echando ahora mismo —incluso se ríe, un sonido poco frecuente en estas oficinas—. Pareces estar planeando un asesinato, no una boda.

Los abogados entran, Anderson y Greco, ambos sudando a pesar del aire acondicionado. Colocan los papeles con nerviosismo, evitando mirarnos a los ojos a cualquiera de los dos. Hombres listos. Han oído lo suficiente sobre los hermanos Rosetti para saber que la autoridad de Marco se extiende a cada rincón de esta ciudad.

—La representación de los Moretti debería llegar en cuestión de minutos —dice Anderson a la mesa en lugar de a nosotros.

Marco consulta su Rolex. —Serán puntuales. Los Moretti valoran la puntualidad casi tanto como la venganza.

Golpeteo la pantalla de la tableta con el lápiz táctil, ya inquieto. Diez años desde aquella noche en el almacén. Diez años de silencio. Y ahora, la última Moretti entra en mi jaula pensando que sabe qué clase de monstruo la espera.

No tiene ni idea.

A las nueve en punto, la puerta se abre.

Ana Moretti entra con un sencillo vestido negro que probablemente compró en unos grandes almacenes de Roma, sin darse cuenta de cómo el severo color hace que su piel brille como una perla sobre el ónix. El vestido es profesional pero poco inspirado, del tipo que una mujer se pone cuando quiere que la tomen en serio sin que se fijen en ella. Pero en su menuda figura, con esa columna vertebral de acero y esos ardientes ojos verdes, es imposible ignorarla. Unas ojeras se esconden bajo un corrector cuidadosamente aplicado; sus manos tiemblan como las de alguien que funciona solo a base de fuerza de voluntad tras haber cruzado un

océano. Sus hombros acusan una tensión que habla de un desfase horario combatido con determinación. Pero mantiene la espalda recta, la barbilla alta, como si caminara hacia la guerra en lugar de hacia la negociación de un matrimonio.

Es más pequeña de lo que sugería la vigilancia. Más delicada. Eso hace que el acero de su columna resulte mucho más impresionante, al verla luchar contra su agotamiento a cada paso.

Nuestras miradas se cruzan a través de la sala de conferencias y el mundo se detiene.

Joder. Las fotos de la vigilancia no captaban esto. La forma en que la furia hace que sus ojos ardan con un fuego verde. Se supone que debo evaluar los niveles de amenaza, no imaginar cómo sentiría esa furia debajo de mí, a mi alrededor.

Sus manos se mueven de inmediato, los signos formales que debe de haber practicado se vuelven bruscos por la emoción: «Hola. Me llamo Ana».

Pero sus ojos dicen algo completamente distinto. Gritan *monstruo* sin necesidad de signos. La acusación pende entre nosotros, silenciosa para todos los demás, pero ensordecedora para mí. Aprieto la mandíbula. Ha venido preparada, tal como prometieron.

Yo le devuelvo el signo, suave y deliberado: «Bienvenida a Chicago».

La formalidad del gesto parece pillarla por sorpresa. Sus dedos se crispan como si quisiera signar otra cosa, algo peor, pero se controla. El sonido de su respiración contenida llena el espacio entre nosotros.

—Interesante —murmura Marco en italiano a mi lado—. Ha venido preparada para ti, hermano.

Marco se levanta con unos modales de la vieja escuela que enorgullecerían a nuestra madre. —Señorita Moretti. Soy Marco Rosetti.

La forma en que pronuncia nuestro apellido llena la sala, el peso de un imperio tras esas tres sílabas. No es un hombre presentándose. Es el Don de Chicago haciendo notar su presencia.

—Antes de empezar —continúa Marco, su voz cargada de una autoridad absoluta—, permítame que deje claro lo que este matrimonio representa. Pone fin a una década de derramamiento de sangre entre nuestras familias. Cualquiera que lo perturbe, de cualquiera de los dos bandos, me responderá a mí personalmente.

Observo cómo Ana procesa la autoridad de Marco, la veo recalcular. Fuera lo que fuera lo que esperaba de los hermanos Rosetti, no era este nivel de poder controlado. Tamborilea con los dedos sobre su muslo.

—Y yo soy una mujer de palabra, señor Rosetti. —Su inglés es de manual, más aprendido que vivido. El acento la hace parecer menor de veintitrés años, musical y ligero.

La leve sonrisa de Marco podría helar la sangre. —Don Rosetti. Y sé exactamente quién es usted, señorita Moretti. Cada deuda. Cada secreto. Cada razón por la que está aquí en realidad.

Sus dedos tiemblan una vez antes de que los entrelace. La amenaza implícita surte efecto. Marco sabe que está aquí para vengarse y, aun así, lo permite. El juego dentro del juego.

Anderson recita con monotonía términos legales que le ponen los ojos vidriosos a Ana. Está entendiendo quizá un setenta por ciento del inglés jurídico, luchando a la vez contra el agotamiento y las barreras del idioma. Sus párpados se agitan una, dos veces. La princesa guerrera está en las últimas, pero aun así se mantiene erguida. Joder si eso no la hace más peligrosa.

Se remueve en la silla, cambiando de postura para mantenerse alerta.

—Quiero una cláusula —interrumpe de repente, con el acento acentuado por la determinación—. Sobre… las visitas conyugales. No pueden ser forzadas.

La sala se queda en silencio. Hasta los abogados dejan de revolver papeles.

Mis dedos aprietan el lápiz táctil. Qué audaz por su parte exigir esto, anunciar su miedo hacia mí tan públicamente. O quizá no es miedo en absoluto. Quizá simplemente quiere controlar algo, cualquier cosa, en este acuerdo. La idea de tenerla en mi cama, planeando mi asesinato mientras yo planeo su seducción, me hace cambiar de postura.

La voz de Marco se vuelve de terciopelo sobre acero. —No somos animales, señorita Moretti. Nadie la obligará a nada. Pero el matrimonio debe ser… válido.

—Un heredero en el plazo de un año —aclara Greco con incomodidad—. Para que el contrato siga siendo vinculante.

El color inunda las mejillas de Ana, pero no retrocede a pesar de su agotamiento. —Lo entiendo. Pero no por la fuerza.

Interesante. Incluso agotada hasta los huesos, incluso abrumada, lucha por sus límites. Acerco mi tableta y tecleo rápidamente antes de deslizársela a Marco.

—Dale la cláusula. Y un mes antes de que… empecemos.

Marco enarca una ceja ante mi concesión, pero la lee en voz alta para la sala.

Las manos de Ana se mueven deprisa, signando directamente hacia mí: —¿Por qué?

Le sostengo la mirada con firmeza mientras le respondo en lengua de signos: —El miedo engendra hijos terribles.

Parpadea, procesando no solo las palabras, sino la implicación. Que he pensado en tener hijos. Nuestros hijos. Que me importa cómo se conciben. La imagen aparece sin haberla llamado. Ella, embarazada de mi hijo, todavía signando amenazas de muerte mientras yo adoro su cuerpo. Cristo.

Mientras los abogados reanudan sus negociaciones, Ana y yo mantenemos nuestra propia conversación en silencio. Sus dedos tamborilean de nuevo sobre la mesa, esta vez sí que está practicando el alfabeto de la lengua de signos americana, encontrando consuelo en los movimientos familiares. Ya casi se balancea, el agotamiento tirando de ella como una resaca.

Signa, intentando ser sutil: —¿Por qué no habla usted?

Me toco la garganta, dejando que vea el movimiento por encima de mi cuello, y luego signo: —¿Por qué no huye usted?

Su respuesta llega sin vacilación: —No tengo adónde huir. Usted mató mi hogar.

La acusación me pesa en el pecho. Lo cree con cada fibra de su ser. Lleva diez años cargando con esta verdad. Diez años moldeándose para convertirse en un arma apuntada hacia mí. Muy parecida al cuchillo que lleva en el muslo.

Marco se da cuenta de la tensión que crece entre nosotros. —¿Algo que quieras compartir, hermano?

Escribo en la tableta y se la muestro solo a él, no a la sala: —Es valiente. Está agotada, pero no mostrará debilidad.

Marco ni siquiera parpadea ante mi valoración. —Los Moretti siempre fueron cabezotas.

Ana observa nuestro intercambio silencioso, tratando de interpretar la dinámica entre nosotros. Veo cómo cataloga los detalles: cómo Marco impone su autoridad sin levantar la voz, cómo

yo le cedo el control en los asuntos de negocios, cómo los abogados nos temen a ambos, pero de formas distintas.

Vuelve a signar, ahora más audaz: —Dicen que es usted un monstruo.

Le respondo en lengua de signos: —Tienen razón.

—¿Por qué está en silencio?

Me toco de nuevo la garganta y luego deletreo lentamente: —Su familia sabe por qué.

Su respiración cambia, sus hombros se tensan. Me mira fijamente durante un largo momento, y lo veo. La guerra entre lo que le han contado y lo que está observando.

—No lo entiendo —signa finalmente.

—Bien —le respondo—. Entender hace que matar sea más fácil.

En sus ojos brilla algo que podría ser ira o podría ser curiosidad. —¿Cree que he venido a matarle?

—Creo que lleva años preparándose para ello.

A eso casi sonríe, una diminuta elevación en la comisura de sus labios antes de contenerse. —Su vigilancia no es sutil.

—No pretendía serlo.

Marco se aclara la garganta. —Si vosotros dos habéis terminado con vuestra conversación silenciosa, tenemos documentos que firmar.

Los abogados deslizan papeles sobre la mesa. Contratos oficiales con sellos impresionantes y largas frases en latín que no significan nada y lo significan todo. Ana los lee con atención, su dedo siguiendo cada línea, aunque estoy seguro de que la mitad del inglés jurídico se le escapa.

—Los detalles de la ceremonia se acordarán por separado —anuncia Anderson—. De común acuerdo entre ambas familias.

Ana resopla. No le queda mucha familia. La crudeza de ello me pilla desprevenido. Mi cuerpo responde a su confesión como si fuera un juego previo, la sangre precipitándose hacia el sur con un ardor inapropiado.

Los contratos están firmados. La firma de Ana es precisa, controlada, nada que ver con el temblor de sus manos. Deja el bolígrafo sobre la mesa como si pesara una tonelada.

Llega el momento de los apretones de manos de rigor. El ritual de fingir que se trata de un negocio civilizado y no de un pacto de sangre entre enemigos.

Marco es el primero en extender la mano, con un gesto displicente, su mente ya en el siguiente asunto. Ana se la estrecha de forma breve, profesional, sin nada personal en el contacto.

Entonces se vuelve hacia mí.

Me levanto despacio, aprovechando cada centímetro de mi estatura. Un metro noventa de amenaza silenciosa que se alza de la silla. Ana tiene que inclinar la cabeza para mantenerme la mirada, pero no retrocede. La valiente pequeña Moretti.

Extiendo la mano. Ella se la queda mirando durante un latido, dos, y luego apoya su palma contra la mía.

El contacto me golpea como un rayo. Eléctrico e inmediato. Algo cambia en el aire entre nosotros, se carga de tensión y peligro. Su palma está febril contra la mía, su pulso es el pánico de un colibrí bajo mi pulgar. Huele a jabón de hotel y a agotamiento. Una mujer que se mantiene en pie solo por pura determinación. El roce me envía una oleada de calor por las venas, inesperada y no deseada.

Imagino esas manos pequeñas rodeando mi polla en lugar de conspirar para matarme. Me pregunto si me agarraría con la misma furia con la que se aferra a la compostura. El pensamiento me obliga a cambiar de postura.

Mantengo el contacto un segundo de más. Dos. Tres. Mi pulgar encuentra el punto del pulso en su muñeca y presiono con suavidad, sintiendo el rápido aleteo bajo su piel. Su pulso se acelera como el de una presa, pero sus ojos prometen ser los de un depredador.

La corriente eléctrica entre nosotros se intensifica, y veo que ella también la siente. Sus ojos se abren un poco más, se le entrecorta la respiración. Se supone que esto no debía pasar. Ha venido a enfrentarse a un monstruo, no a sentir esta tensión crepitante que hace que el aire entre nosotros vibre.

O quizá solo ve la pura determinación en mis ojos.

Los abogados recogen sus papeles, ansiosos por escapar de la tensión de la sala. Ana avanza hacia la puerta, con la espalda aún recta a pesar del agotamiento que percibo en cada fibra de su cuerpo.

En el umbral, se da la vuelta. Sus manos se mueven con deliberación, cada seña una bala apuntando a mi pecho:

—Aprenderé más sobre usted. Entonces decidiré.

Mi cuerpo responde a la amenaza como si fueran preliminares. La sangre afluye al sur, los músculos se tensan con anticipación. Me

promete una investigación y mi polla lo interpreta como una seducción. Retorcido, pero tampoco he afirmado nunca estar cuerdo.

Por primera vez en diez años, algo parecido a la satisfacción curva mi boca. No llega a ser una sonrisa, pero se le acerca lo suficiente como para inquietar a cualquiera que me observe. Mis manos dan forma a mi respuesta:

—Aprenda todo lo que quiera. Estaré esperando.

Me sostiene la mirada un latido más, y lo veo de nuevo. Esa guerra entre el odio y la curiosidad, entre lo que le han contado y lo que está descubriendo. Entonces se va, dejando solo el aroma persistente a agotamiento y determinación, y la sensación fantasma de su pulso acelerado bajo mi pulgar.

La puerta se cierra tras Ana con un suave clic que resuena en el repentino silencio.

Marco se recuesta en su silla, estudiándome con esos ojos oscuros a los que no se les escapa nada.

—Quiere matarte.

Hago una seña rápida:

—Quiere intentarlo.

—¿Y eso te excita? —Su voz denota diversión ahora, la fachada de Don se desvanece para revelar a mi hermano—. La forma en que le has cogido la mano, la forma en que casi sonríes. Joder, Dante, esto te está poniendo cachondo de verdad.

—Es perfecta.

Marco se ríe, se ríe de verdad, un sonido rico e inesperado en esta estéril sala de conferencias.

—¿Perfecta? Ha venido agotada, te ha acusado de asesinato con la mirada y acaba de prometer que te estudiará como a una presa. Y eso te excita.

Asiento. Exacto.

—¿Diez años de silencio y esto es lo que te hace reaccionar? ¿Una mujer que te quiere muerto? —Niega con la cabeza, pero veo comprensión en sus ojos—. Siempre te han gustado las peligrosas.

Mi siguiente mensaje es más largo:

—Ha aprendido lengua de signos durante un año. No para hablar conmigo. Para luchar contra mí. Cree que sabe lo que soy. Su desafío me excita más que nada en años.

—¿Y qué eres?

Sostengo su mirada mientras hago las señas.

—Listo para la caza.

Marco se pone de pie, alisándose la chaqueta del traje con suavidad.

—Sabes que no es una presa, ¿verdad? Esa chica tiene colmillos.

Asiento una vez. Cuento con ello. El recuerdo de ese apretón de manos eléctrico todavía me quema en la palma.

—Intentad no mataros antes de la boda —dice, dirigiéndose a la puerta—. Alguien tiene que ponerse el vestido de mamá, y Ana tiene la talla adecuada.

Después de que se marche, me quedo en la mesa de conferencias, mirando el contrato con nuestras firmas una al lado de la otra. Ana Moretti y Dante Rosetti, unidos por la tinta, si no por la verdad.

Pronto será mía. La idea me pone la polla dura. Vendrá a mi cama planeando un asesinato y saldrá de ella gritando mi nombre. La contradicción que es ella, agotada pero feroz, pequeña pero letal. Joder, va a arruinarme. O yo la arruinaré a ella. En cualquier caso, arderemos.

La caza ha comenzado, y mi presa se cree la depredadora. Perfecto. Las mejores piezas son las que pecan de exceso de confianza. Solo que no quiero matar a Ana Moretti. Quiero poseerla. Cada centímetro furioso. Cada suspiro agotado. Cada amenaza de muerte perfectamente signada. Pronto será mía por ley. ¿Cuánto falta para que sea mía por elección? El desafío hace que mi sangre cante de un modo que la violencia nunca ha conseguido.

Me levanto y voy a la ventana, contemplando Chicago a mis pies. Mi ciudad. Mi imperio. Y pronto, mi esposa que me quiere muerto.

Mi reflejo en el cristal revela la media sonrisa que aún juguetea en mis labios. Por primera vez en años, algo me emociona de verdad. No solo el peligro que entraña, sino el desafío. La caza. La posibilidad de algo que no me he atrevido a desear.

Que venga con sus análisis, su furia y sus señas perfectamente ensayadas.

La estaré esperando.

4 - Ana

La puerta de la sala de conferencias se cierra a mi espalda con un suave clic que resuena en mi pecho. La palma de la mano todavía me arde por su apretón, y odio que el calor se extienda más abajo, acumulándose entre mis piernas. El peso fantasma de sus dedos rodeando los míos hace que mi piel se estremezca con algo que no es miedo. Debería ser miedo. Tiene que ser miedo.

Tengo que salir. Salir de este edificio, de este laberinto de pasillos idénticos, de la esfera donde la presencia de Dante Rosetti todavía presiona contra mí.

El pasillo se extiende interminablemente en ambas direcciones, con las luces fluorescentes zumbando sobre mi cabeza. ¿Por dónde he venido? Todo parece igual: paredes beis, moqueta oscura, puertas numeradas que no significan nada para mí. Giro a la izquierda, esperando que la memoria muscular me guíe de vuelta a los ascensores.

Mis tacones repiquetean contra el suelo, demasiado fuerte en el silencio. Entonces lo oigo: pasos a mi espalda, acompasados a los míos. Sin intentar ocultarse. Siguiéndome. Mis dedos encuentran el cuchillo de papá a través del forro de mi bolso, su peso familiar me tranquiliza. Diez años de entrenamiento, y mi cuerpo sabe exactamente dónde golpear: entre la tercera y la cuarta costilla, en ángulo ascendente. Estocada rápida, giro, retirada.

No me doy la vuelta. En mi mundo, nunca dejas que sepan que te has dado cuenta. En cambio, catalogo el sonido: una pisada pesada, un paso seguro. Uno de los hombres de Rosetti, asegurándose de que salgo del edificio. O asegurándose de que no me pierdo y acabo donde no debo.

Tres giros y estoy perdida. Los pasos a mi espalda se multiplican. No me sigue un hombre, sino dos. Me están acorralando, me doy cuenta, alejándome de los ascensores, adentrándome más en el territorio de los Rosetti. Mi mano se aferra al contorno del cuchillo.

Incluso a cuarenta pisos de altura, incluso superada en número, la presencia del arma estabiliza mi respiración.

La boca me sabe a cobre. Miedo o excitación, quizá ambas cosas. Porque bajo el peligro muy real, mi cuerpo traidor recuerda su envergadura, cómo podría inmovilizarme contra cualquier superficie. Y en lugar de miedo, el calor inunda mi coño. Este no es el plan.

—¿Se encuentra bien, señorita? —La voz a mi espalda muestra una preocupación profesional. Acento americano, tono neutro. Cuando me giro, el hombre está de pie exactamente a tres metros. Lo bastante cerca para ayudar, lo bastante lejos para no amenazar. Profesional. Su chaqueta no le cae bien por el lado izquierdo. Va armado.

—Estoy… buscando los ascensores —consigo decir, las palabras en inglés pastosas en mi lengua.

Señala en la dirección por la que hemos venido. —Ha ido en la dirección equivocada. Por aquí.

Claro que sí. En este laberinto de eficiencia americana, hasta mis intentos de fuga fracasan.

Tres giros más siguiendo a mis sombras y me encuentro en un callejón sin salida, con ventanales que van del suelo al techo y dan a la expansión urbana de Chicago. La ciudad se extiende abajo, todo cristal y acero y ambición extranjera. Nada que ver con las antiguas piedras de Roma que saben guardar secretos.

Apoyo la frente contra el frío cristal, intentando calmar la respiración. En el reflejo del ventanal, veo lo que Dante vio: una guerrera con un vestido que no le queda del todo bien, el agotamiento volviéndome descuidada. Vio mi debilidad y aun así me dejó conservar el arma. ¿Arrogancia o estrategia?

La verdad me pesa en el pecho. Él lo sabía. Su nota decía que sabía que iba armada. ¿Lo vio cuando me ajusté el bolso? ¿Lo sintió cuando nos dimos la mano? ¿O sus hombres han estado lo bastante cerca como para registrar mi habitación? La idea de unas manos de los Rosetti tocando mis cosas, mi ropa, hace que me den ganas de restregarme la piel hasta despellejarme.

Podría haber ordenado que me registraran, podría haber exigido que me desarmara antes de entrar en su presencia. En lugar de eso, me dejó conservarla. Me dejó sentarme frente a él con un arma que podría haber terminado con esto antes de que empezara.

¿Por qué?

¿Respeto por una compañera guerrera? ¿Diversión ante mi patético intento de ser peligrosa? O algo más. ¿La confianza de que, incluso armada, no supongo ninguna amenaza para él? Su arrogancia me excita, y quiero arrancarme la piel por responder a semejante presunción.

A mi espalda, mi sombra carraspea. —Los ascensores están por aquí, señorita Moretti.

Hasta él sabe mi nombre. En esta ciudad de extraños, ya estoy marcada como propiedad suya.

Las puertas del ascensor se están cerrando cuando una mano sale disparada y las detiene. Mi sombra se hace a un lado mientras otro hombre entra. Es más joven que Dante, quizá veintinueve años, con ese tipo de porte militar que nunca abandona del todo a un soldado: un metro ochenta y cinco de músculo disciplinado que ni siquiera su caro traje consigue civilizar del todo. Lleva el pelo oscuro muy corto y, cuando se gira para pulsar el botón, vislumbro tinta negra en su muñeca, donde se le remanga la camisa. Tatuajes militares. Sus ojos avellana me evalúan con un rápido barrido. Incluso quieto, parece listo para el combate; su mano izquierda cuelga de una manera que sugiere un fácil acceso a un arma.

Lo reconozco por mi investigación: Nico Rosetti, el soldado de la familia.

—Señorita Moretti. —Asiente educadamente, pulsando el botón del vestíbulo aunque ya está iluminado—. Enhorabuena por su compromiso, señora.

El inglés es tan rápido que apenas lo entiendo. —Gracias… sí… estoy… —Las palabras se me enredan en la lengua, la frustración me quema en la garganta.

Debe de ver mi dificultad, porque cambia a un inglés más lento y claro, cada palabra cuidadosamente pronunciada. —Mi hermano es un buen hombre.

La risa se me escapa antes de que pueda detenerla, amarga y afilada. —Su hermano es un asesino. —Las palabras salen ásperas, mi acento las hace sonar aún más acusadoras.

El rostro de Nico se endurece, pero no de ira. Otra cosa. Comprensión, quizá. O lástima. Su mano se cierne cerca de su cadera. Una pistola, por supuesto que hay una pistola. —Todos somos asesinos, señorita Moretti. La diferencia es que Dante es el

que sangra por ello. La pregunta es, ¿va a hacerle sangrar más, o va a detener la hemorragia?

El ascensor desciende en silencio mientras intento descifrar sus palabras. *Sangra por ello*. ¿Qué significa eso? Mi inglés me falla, la frase no coincide con nada de mis libros de texto. ¿Quiere decir que Dante se arrepiente? ¿Que sufre? ¿O algo completamente distinto?

—No lo entiendo —admito al final, odiando lo débil que suena mi voz.

Nico me estudia durante tres pisos más antes de responder. —Después de la boda, lo entenderás. O estarás muerta. De cualquier modo, el sangrado cesará.

La amenaza me cae como un jarro de agua fría, esclarecedora y aterradora a partes iguales. El ascensor se abre al vestíbulo: mármol, cristal y exceso a la americana. Nico me indica con un gesto que salga primero, siempre el caballero soldado con la muerte a la cadera.

—El viernes —dice mientras paso a su lado—. No llegues tarde.

Como si tuviera elección. Como si a alguno de nosotros le quedaran ya opciones.

La cara del taxista se ilumina al reconocerme. —¡Eh! ¡La chica de la boda! Sabía que eras tú. ¿Qué tal ha ido la reunión?

Me deslizo en el asiento trasero, con el cuerpo de repente demasiado pesado para mantenerme erguida. Su colonia perdura en mi nariz. Ese sutil y caro aroma que me envolvió cuando se levantó para estrecharme la mano: sándalo y algo más oscuro que quedó suspendido en el aire entre nosotros. Quiero frotarme la piel hasta despellejarla, arrancar su olor, pero sé que ya se me ha metido bajo la piel, mezclándose con mi odio hasta que no puedo distinguir el uno del otro.

—¿Estás bien ahí atrás? —El taxista me observa por el retrovisor —. Pareces un poco en estado de shock.

En estado de shock. No conozco esa expresión, pero suena acertada. Como si algo hubiera explotado y yo todavía estuviera esperando a que el pitido en mis oídos cesara.

—Es… diferente de lo que esperaba —consigo decir, lo que es quedarse muy corta en cualquier idioma.

El taxista se ríe y se incorpora al tráfico. —Siempre lo son, cariño. Las personas que idealizamos en nuestra cabeza nunca son como las habíamos imaginado cuando las conocemos en persona.

Si él supiera… Durante diez años he convertido a mi enemigo en un monstruo. Un demonio silencioso que mataba sin remordimientos, que destruyó a mi familia por puro placer. En su lugar, he conocido a un hombre con ojos tristes que sabía que iba armada y aun así me ha permitido conservar mi arma. Un hombre cuyo hermano dice que sangra por sus muertes.

Incluso cuarenta pisos más abajo, juraría que todavía puedo sentirlo, como si su oscuridad hubiera dejado huellas dactilares en mi piel.

En el hotel, apenas consigo darle una propina al taxista antes de entrar tambaleándome en el vestíbulo. El viaje en ascensor se me hace eterno. Cuando la puerta de mi habitación por fin se cierra tras de mí, me derrumbo contra ella, dejando que mi cuerpo se deslice hacia abajo hasta quedar sentada en el suelo.

Imagino esas manos que han firmado el nuevo contrato rodeándome la garganta. Si para estrangularme o para acariciarme, ya no estoy segura. La incertidumbre hace que mi coño se contraiga, y me odio por ello.

Me aterra la forma en que la palma de mi mano todavía arde por su contacto. Me aterra lo pequeña que me he sentido a su lado, pero no insegura. Me aterra que, cuando me ha respondido en lengua de signos, sus manos fueran hermosas en su fluidez, como si llevara años esperando a alguien con quien hablar.

Golpeo el espejo con el puño. Esto no es parte del plan.

El mapa de salidas de emergencia del hotel se burla de mí desde detrás de un plástico agrietado. Me lo memorizo de todos modos; viejas costumbres del entrenamiento del tío Roberto. *Conoce siempre tus salidas, piccola. Incluso en los lugares que crees seguros.*

La puerta de la escalera se abre casi sin hacer ruido. Diecisiete pisos hacia abajo, pero necesito saber si tiene alarma, si se cierra desde dentro, si los hombres de Dante la vigilan. Mis pies descalzos no hacen ruido sobre el hormigón mientras desciendo. Planta quince: otra puerta, otra posible ruta. Planta catorce: un ascensor de servicio del que no me había percatado.

Para cuando llego a la planta doce, me doy cuenta de que no estoy sola. Alguien me sigue tres tramos más arriba, igualando mi ritmo con precisión profesional. No intenta esconderse, quiere que sepa que está ahí.

Lo pongo a prueba: acelero y luego me detengo en seco. Se ajusta a mis movimientos a la perfección. Cuando me asomo por el hueco de la barandilla, un hombre con traje oscuro me mira desde arriba. Y me saluda con la mano.

La humillación me abrasa. No estoy explorando vías de escape. Me están dando una visita guiada y supervisada de mis limitaciones. Todas las salidas están cubiertas, todas las rutas vigiladas. Esto no es una misión de reconocimiento; es puro teatro.

Regreso a mi habitación y encuentro una nota deslizada por debajo de la puerta: *El ascensor de servicio requiere una llave. La escalera se cierra automáticamente a las 22:00. El acceso a la azotea ha sido soldado. Pero, por favor, siga explorando. —D. R.*

Llega el servicio de habitaciones. Vuelvo a señalar en el menú, demasiado agotada para articular palabra, y el camarero asiente con la paciencia de quien está acostumbrado a huéspedes extranjeros. Cuando se va, saco mi papel de origami, necesitada del consuelo familiar de doblar, de crear algo preciso y controlado.

Mis dedos trabajan por inercia, plegando y doblando mientras mi mente reproduce cada momento de esa reunión. La forma en que la atmósfera de la sala cambió cuando ellos entraron. Su pulgar encontrando mi pulso como si estuviera marcando el lugar donde cortar más tarde. O besar. El hecho de que no pueda decidir cuál era su intención hace que me den ganas de gritar.

Esa casi sonrisa cuando lo amenacé con estudiarlo. Como si le hubiera ofrecido algo que ansiaba.

Cojo otro papel y me quedo helada. No es papel de origami. Es la copia del contrato de mi portafolio. Pero es el antiguo, con la firma de su padre. Rosetti. La firma de su hijo está reciente junto a la mía en las nuevas páginas, pero es el nombre del padre el que me persigue. El fantasma que nos unió hace veinte años.

Pero mis manos necesitan moverse, necesitan crear, así que lo doblo de todas formas. El papel es demasiado grueso, resistiéndose a los pliegues, pero lo fuerzo hasta darle forma. Emerge una grulla, la firma de Antonio Rosetti ahora fracturada a través de sus alas, rota en patrones geométricos que, de alguna manera, la hacen más presente, no menos. Los pecados del padre, portados sobre alas de papel.

La dejo en la mesilla de noche, junto a la foto de papá. La grulla está torcida, con un ala más alta que la otra, porque no me dejan de

temblar las manos. Por más que aliso el papel, se ladea como si intentara echar a volar, pero no recordara bien cómo hacerlo.

Mi cuerpo es un traidor. Cada célula recuerda el calor de la palma de Dante, el modo en que su pulgar encontró mi pulso como si estuviera marcando lo que es suyo. El recuerdo hace que el calor se me acumule entre las piernas y aprieto los muslos para intentar detener la punzada.

Pliego otra grulla, esta vez con el menú del servicio de habitaciones. Cada pliegue es una promesa. No me quebraré, no me doblegaré, no le abriré las piernas al enemigo. Pero me tiemblan las manos porque mi cuerpo ya ha traicionado la última promesa, humedeciéndose solo con el recuerdo de su tacto.

La grulla torcida con la firma de su padre me observa desde la mesilla de noche, un recordatorio de que ciertas cosas, una vez plegadas, jamás podrán volver a alisarse. El legado de los Rosetti forma parte ahora de mi colección de origami, retorcido en algo que he creado con mis propias manos temblorosas.

Tres días. Las palabras resuenan en mi cabeza en inglés, en italiano y en el silencioso lenguaje de los signos. Tres días para recordar por qué he venido aquí.

Para olvidar la forma en que me miró, como si yo fuera algo precioso y peligroso a la vez.

Para prepararme para un matrimonio que o bien lo destruirá a él o bien me destruirá a mí.

Pero mientras contemplo la firma fracturada de Antonio Rosetti en las alas de la grulla de papel, una verdad terrible se me instala en los huesos. Puede que la destrucción se sienta exactamente igual que el deseo, y ya no estoy segura de ser capaz de reconocer la diferencia.

5 - Dante

Los representantes de Hadley se mueven nerviosos al otro lado de la mesa de conferencias. Marco está sentado a mi lado, y me deja encargarme de la negociación; la imposición de acuerdos es mi terreno.

Mis dedos vuelan sobre la tableta: —Vuestro cargamento llega el viernes durante la boda. Estaremos ocupados. Intentad jodernos y visitaré personalmente a cada una de vuestras familias.

Marco lo lee en voz alta y su voz le añade peso a mi amenaza. El representante principal, el sobrino de Hadley, intenta mantenerme la mirada, pero no lo consigue. Al final todos acaban cediendo.

—Ni se nos ocurriría… —empieza a decir.

Golpeo la mesa con la mano y hago que todos den un respingo. Entonces, saco en la tableta unas fotos de vigilancia; no de Ana, sino de la hija del sobrino en su colegio privado, de su mujer en su estudio de yoga. Actividades legales en espacios públicos, pero el mensaje es claro.

Vuelvo a escribir: —Treinta millones en mercancía. Una transferencia limpia. Sin juegos.

El sobrino asiente rápidamente. —Sin juegos, señor Rosetti.

Después de que se marchen, Marco enciende un cigarrillo. —¿Estás distraído? ¿Es por la chica Moretti?

No respondo, pero él lo sabe. En diez años de silencio, nunca me he distraído durante los negocios. Ahora estoy mirando el móvil entre amenaza y amenaza, observando las cámaras de seguridad de su hotel mientras negocio territorios que valen millones.

—Ocúpate de tus asuntos —dice Marco, poniéndose en pie—. De todos ellos. La Familia te necesita centrado, no embobado con las grabaciones de vigilancia.

Le lanzo a mi hermano una mirada asesina, pero no surte efecto. «No estoy embobado», le digo por señas.

Pero sé exactamente qué lleva puesto y dónde está. El apretón de manos eléctrico de la reunión de ayer todavía me quema la palma, un

calor fantasma que me hace cerrar el puño. Ahora está en la habitación de su hotel, tan agotada que sería una presa fácil. Tiene la guardia baja, los párpados pesados por el *jet lag* que aún la atenaza. Podría estar allí en veinte minutos, podría tenerla inmovilizada contra la cama de ese hotel antes de que se despertara del todo. La idea me hace agarrarme al borde del escritorio con la fuerza suficiente para hacerme daño.

Voy al armario y me sirvo un whisky bien cargado, dejando que me queme la garganta justo donde el tejido cicatricial me duele esta noche. El equipo de vigilancia que he asignado me envía actualizaciones constantes, pero necesito verla por mí mismo. Necesito verla prepararse para el viernes como si se preparara para la guerra.

Marco se acomoda en el sillón de cuero frente a mí, irradiando autoridad incluso en su observación casual. —Estás obsesionado.

Acerco la tableta y escribo rápidamente: «Conoce a tu enemigo». Mis hermanos saben lengua de signos, pero solo lo básico. Para conceptos más complejos, necesito escribir.

—¿Es eso lo que es? —La pregunta de Marco queda suspendida entre nosotros.

Asiento. Diez años de control perfecto, destrozados por una mujer que aprendió lengua de signos para decirme que me odia. La ironía es abrasadora: es la primera persona que me habla de verdad en una década, y usa ese don para prometer que me asesinará. Me dan ganas de follar hasta arrancarle ese odio del cuerpo.

Las sombras del atardecer se extienden por la ciudad cuando llego a casa y me acomodo en la lujosa silla de mi despacho, frente a los monitores.

Luca entra sin ser invitado, trayendo consigo el olor cobrizo de la sangre fresca. Se mueve con ese silencio antinatural que pone nerviosos incluso a los soldados más curtidos. Sus ojos pálidos encuentran las pantallas de inmediato y registran la imagen de Ana con interés académico.

—Sale guapa en cámara —observa, ladeando la cabeza—. ¿Puedo conocerla antes de la boda?

Golpeo la mesa con la mano, una rara muestra de temperamento que hace que incluso Luca se detenga.

—¿Ya eres posesivo? —La voz de Luca sigue siendo tranquila—. Qué raro en ti, hermano. Nunca te han importado tus juguetes.

No retrocede, solo sonríe con esa sonrisa perversa. —Podría enseñarle cosas. Coge mal el cuchillo. Yo podría mostrarle el ángulo adecuado para causar el máximo daño.

Acerco la tableta y escribo una sola palabra: «No».

La temperatura desciende mientras me elevo sobre él. Luca levanta las manos en una finta de rendición; todavía tiene sangre bajo las uñas de lo que sea que estuviera haciendo antes de esto.

—Tu juguete, tus reglas —murmura—. Aunque antes lo compartías todo conmigo, hermano. ¿Recuerdas?

En cuanto se va, le envío un mensaje a Marco: «Luca no se acerca a ella. Jamás».

Tras unos instantes, Marco responde: «Lo mandaré fuera una semana después de la boda».

Una semana no será suficiente, pero por algo se empieza.

La cena familiar obligatoria llena el comedor de gala del caos familiar y la violencia casual de siempre. Marco es el primero en entrar, comprobando en su móvil las novedades sobre el cargamento del viernes. Nico ya está en la mesa, limpiando su Glock con precisión militar.

—El perímetro está asegurado —informa—. Dos coches vigilando a la chica Moretti, como ordenaste.

Alessandro entra con paso ligero, todo su metro noventa de encanto calculado envuelto en un traje de diseño. A sus veintisiete años, ha heredado los ojos verdes de nuestra madre, pero los ha convertido en un arma con una sonrisa coqueta que hace que la gente olvide que habla cuatro idiomas y que nunca olvida un insulto. Su pelo oscuro tiene esa onda perfecta que parece natural, pero que probablemente le lleva veinte minutos conseguir. El mechero de oro que hace girar entre sus dedos capta la luz; no fuma, solo le gusta tener algo para ocupar las manos mientras su mente analiza las debilidades de todo el mundo. Una fina cicatriz le atraviesa la ceja izquierda y, como es natural, no hace más que aumentar su atractivo.

—¿Cena familiar o funeral? Estáis todos encantados, se os ve. —El encanto de Alex llena la sala y alivia la tensión—. Los negociadores de Hadley por fin han entrado en razón. Es increíble lo que pueden lograr un buen vino y una conversación cuidadosa.

Sofia es la última en llegar, vestida con una seda color crema que la hace parecer delicada, como algo que podría romperse si se manipulara con brusquedad; una mentira cuidadosamente

elaborada. Con veinticinco años y apenas un metro sesenta y siete, nuestra hermana pequeña parece frágil al lado de sus hermanos, pero la he visto matar a un hombre con unos tacones de aguja sin siquiera inmutarse. Sus ondas rubias enmarcan un rostro digno de portadas de revista, y esos ojos azules, pálidos como los de Luca pero más cálidos, no se pierden nada.

Se sienta a mi lado, la única a la que permito estar tan cerca, y de inmediato gesticula en lengua de signos: —Pareces cansado. ¿Cuándo has dormido por última vez?

Le respondo del mismo modo: —¿Cuándo has matado a alguien por última vez?

Se ríe, con un sonido musical y agudo. —El martes. Fue terapéutico.

—Así que la chica Moretti —dice Alex, removiendo el vino en su copa—. ¿Es lo bastante guapa para nuestro príncipe silencioso?

—¿Cuándo has follado por última vez, Dante? —pregunta Sofia, examinándose su manicura perfecta—. Tu mano no cuenta.

Mi mirada promete violencia, pero es una advertencia protectora, no ira. Sofia sabe perfectamente cuánto tiempo ha pasado: cinco años desde que Coco vio mis cicatrices y salió huyendo a gritos.

—¿Un regalo para la novia? —pregunta Alex, cambiando de tema con suavidad.

Saco la pequeña caja de terciopelo y la pongo sobre la mesa. Dentro, una delicada cadena de plata sostiene un colgante: un cuchillo diminuto, detallado hasta el borde serrado. Sofia lo examina con interés.

—La verdad es que es precioso —dice, sosteniéndolo a contraluz —. Mortal, eso sí.

—Como su novia —dice Luca en voz baja desde su rincón, con esa sonrisa inquietante dibujada en los labios.

Mi mirada le promete violencia si se acerca a Ana.

Nico interviene. —Ha estado entrenando. Prácticas con cuchillo cada mañana, a las seis en punto.

—Autodidacta —añade Luca—. Una técnica ineficiente. Podría corregírsela.

La voz de Marco se impone con absoluta autoridad. —Hay que respetarla. Está a punto de ser de la familia. —Hace una pausa—. Intenta no aterrorizarla, Dante. La necesitamos colaboradora para la fusión. Las novias muertas no firman acuerdos territoriales.

La palabra «familia» hace que la sonrisa de Sofia se vuelva demasiado resplandeciente, algo de lo que me doy cuenta al instante. Sean cuales sean los recuerdos que esa palabra le trae de aquella noche de hace diez años, los entierra rápidamente.

El segundo día comienza viendo las grabaciones de vigilancia mientras el conserje del hotel entrega mi regalo en la habitación de Ana. Abre la caja con cautela, como si pudiera explotar. La nota dice simplemente: «Para tu colección. -D.R.».

Entonces se ríe, la primera risa genuina que le he presenciado. No amarga ni afilada, sino auténtica diversión. Levanta el colgante del cuchillo a contraluz, examinando la artesanía, y luego se pone el collar.

A lo largo del día, las cámaras la captan buscándolo con los dedos, tocando la hoja. Toca el colgante del cuchillo repetidamente, sus dedos recorriendo el metal, y me imagino esos dedos recorriendo mis cicatrices en su lugar. El pensamiento hace que me recoloque, el pene endureciéndose ante la idea de sus manos aprendiendo la geografía de mi carne herida.

Nico me envía su informe por mensaje: «Ha ido al gimnasio al amanecer. Luego a confesarse a St. Mary's».

Confesión. Dos días antes de casarse conmigo. El dolor en mi garganta llena de cicatrices se intensifica. ¿Rezando por el perdón por lo que planea hacer, o buscando la fuerza para hacerlo?

Esa noche, practica la lengua de signos en su habitación. Sus dedos se mueven con cuidado para decir: «Gracias por el regalo».

Luego añade, con una leve sonrisa que me oprime el pecho: «Lo llevaré puesto cuando te mate».

Pero sigue llevando el collar, sus dedos recorriendo el colgante con forma de hoja mientras gesticula amenazas de muerte. La contradicción hace que me den ganas de estamparla contra una pared y mostrarle exactamente a qué clase de monstruo está amenazando. Que gesticule mi nombre mientras estoy enterrado dentro de ella.

A las dos de la madrugada de la víspera de mi boda, me siento solo frente a mi piano, los dedos moviéndose por el Nocturno en mi bemol mayor de Chopin. Las notas melancólicas llenan el silencio donde una vez habitó mi voz. Siento las teclas suaves bajo mis dedos, y le toco una promesa. Cada nota es algo que le haré a su cuerpo: este

crescendo cuando se corra, este *diminuendo* cuando suplique, este *fortissimo* cuando finalmente se rinda a mí.

No oigo entrar a Alex hasta que habla, todavía perfectamente arreglado a pesar de lo tardío de la hora.

—¿No puedes dormir? ¿Nervioso por mañana?

Mi mirada le dice lo que pienso de esa sugerencia.

—No se parece en nada a como era Coco. —El nombre hace que mis manos se queden paralizadas sobre las teclas. Coco: el intento de emparejamiento de Marco de hace cinco años. La chica de la alta sociedad que vio mis cicatrices y salió corriendo de la habitación a gritos.

—Esta no huirá —observa Alex, acomodándose en la silla cercana —. Luchará, no huirá.

Asiento y vuelvo al piano, pero abandono a Chopin por algo más oscuro, más apasionado. Mis dedos encuentran notas que no he tocado en años, una composición que arde con peligro y deseo.

—Sabes que intentará matarte mañana —dice Alex en voz baja—. Durante la ceremonia, probablemente. Cuando estés distraído.

Asiento de nuevo, la música creciendo bajo mis manos, violenta y hermosa. Mañana me caso con una mujer que me quiere muerto. Se me endurece el pene al pensar en ella intentándolo, en atrapar su muñeca a medio golpe, en mostrarle exactamente cómo termina su intento de asesinato: con ella inclinada sobre el altar mientras reclamo lo que es mío.

Por primera vez en diez años, me siento verdaderamente vivo.

6 - Ana

La pequeña sala tras el altar apesta a polvo y a plegarias muertas, a un millar de confesiones pudriéndose en las paredes. No me dejan de temblar las manos mientras levanto el encaje blanco de mi vestido de novia, con los dedos buscando a tientas la correa de cuero que se me clava en el muslo. La hoja de papá me abrasa la piel, el metal resbaladizo por el sudor. Practico el movimiento de nuevo: alcanzar, tirar, golpear. Mi reflejo en el espejo deslucido muestra a una novia a punto de hacerse añicos, no de matar.

Cuatro días desde que llegué a Chicago, tres desde que firmé mi sentencia, y ya me estoy desmoronando.

El colgante con forma de cuchillo me quema en la garganta. Su regalo, su burla. Me tiemblan los dedos mientras practico una vez más. Alcanzar, tirar, golpear. El movimiento se siente torpe, erróneo. ¿Cuándo se volvieron mis manos tan poco fiables? El agotamiento hace que todo pese, como si me moviera bajo el agua.

Llevo el pelo recogido, con el cuello al descubierto. Un cebo para un monstruo. Que piense que soy una presa.

En el espejo, mis dedos temblorosos trazan signos familiares: «Por papá».

La puerta se abre sin previo aviso. Me giro en redondo, con la mano ya buscando el acero, pero me quedo helada. Entra una mujer, de ondas rubias que enmarcan un rostro robado de las revistas, pero sus ojos azul pálido albergan algo más afilado. Como mirar una hermosa daga. Se mueve con una gracia líquida, cada paso deliberado. Un depredador que reconoce a otro.

—Usted debe de ser Ana —su voz destila miel con cuchillas ocultas—. Soy Sofía, la hermana de Dante.

El pecho se me oprime. Es la hermana de mi investigación, la que todos protegen. Es más menuda de lo que sugerían sus fotos de vigilancia, delicada en seda color crema. Pero sé lo que se esconde bajo la ropa de diseño. Somos de la misma especie, ella y yo. Asesinas vestidas de damas.

Sofía me rodea lentamente, ajustándome el velo. —Está preciosa. Mi hermano no sabrá ni de dónde le ha venido el golpe.

Las palabras caen como hielo en mis venas. No puede saberlo. Es solo una expresión. Expresiones americanas que aún no entiendo. Pero me tiembla la mano cuando alisa el encaje, y me doy cuenta de que lo ha notado.

—Dante necesita a alguien fuerte —continúa Sofía, retrocediendo para estudiar su obra—. Alguien que no se rompa bajo el peso de lo que somos. Sea buena con él.

La bilis me sube por la garganta. En una hora, estará llorando por el hermano que estoy a punto de arrebatarle. Las entrañas se me retuercen con el peso de este futuro dolor que estoy a punto de causar.

—Lo seré —miento, con las palabras convertidas en ceniza en mi lengua.

La sonrisa de Sofía se afila hasta volverse letal. —Bien. Porque como le haga daño, la haré desaparecer tan por completo que ni Dios se acordará de que existió.

La amenaza brota de su lengua como la miel, proferida con la misma dulzura que todo lo demás. Nos entendemos, de depredador a depredador. Luego se marcha, dejando solo perfume francés y la garantía de violencia.

La música del órgano crece y las puertas se abren para revelar un pasillo que se extiende como una marcha fúnebre. Rosas blancas bordean cada banco; flores de funeral, qué apropiado. La iglesia huele a lirios e incienso. Camino sola, sin un padre que me entregue, sin familia que presencie esta unión sacrílega. Mis tacones se enganchan en el vestido, ¿cuándo me he vuelto tan torpe? Cada paso me acerca al hombre que lo destruyó todo.

Dante espera en el altar, vestido de negro, pareciendo la muerte en un traje caro. El cuello alto oculta su garganta llena de cicatrices, pero sé el daño que acecha debajo. Sus ojos oscuros siguen mi avance, haciendo que mi piel arda y mi coño se contraiga. Cuerpo traidor, que responde a los ojos del enemigo. ¿Observa a su novia o a su asesina? ¿Puede oler mis intenciones a través del incienso?

Marco está a su lado como padrino, la autoridad que irradia de su quietud es como el calor que emana una piedra. Los otros hermanos forman un muro: Nico con precisión militar, Alex con elegancia

informal. Y Luca. Su sonrisa no es propia de una boda, es demasiado sagaz, como si pudiera saborear mi intención asesina en el aire.

El sacerdote habla, pero las palabras se desdibujan, el latín se mezcla con el inglés hasta que nada tiene sentido. Mi cerebro agotado capta fragmentos: «sagrada unión», «bendecidos por Dios», «hasta la muerte». La ironía me da ganas de reír. La muerte es exactamente lo que estoy planeando. Mi vestido blanco susurra contra mis piernas, ocultando la correa de cuero que se clava más profundamente con cada respiración.

—¿Acepta usted, Dante, a esta mujer…?

Él asiente mientras signa «Sí, quiero» con fluida gracia. Esas manos que mataron a mi familia ahora prometen honrarme y protegerme. La contradicción me marea.

—¿Acepta usted, Ana, a este hombre…?

Las palabras se me atascan en la garganta como cristales rotos. El sacerdote espera. Todos esperan. Los ojos de Dante no se apartan de los míos, pacientes como la mismísima muerte. Su colonia se mezcla con el incienso, sándalo y algo más oscuro.

—Yo… —La hoja de papá me abrasa en el muslo. La correa de cuero me está cortando la circulación—. Sí, quiero.

La mentira me abrasa la lengua, amarga y asfixiante. Estoy mintiendo en la casa de Dios, prometiendo amor mientras planeo un asesinato.

Los anillos aparecen de la nada. El suyo se desliza con demasiada facilidad, como si ese fuera su sitio. El mío encaja a la perfección. ¿Cómo lo sabía? ¿Me ha estado observando tan de cerca? El metal se siente como un grillete.

—Puede besar a la novia.

Dante me levanta el velo lentamente, dándome tiempo a huir. Sus ojos oscuros sostienen los míos, viéndolo todo y no revelando nada. El beso apenas existe, un susurro de contacto que no debería afectarme. Pero su mano me ahueca el cuello, el pulgar presiona mi pulso, donde martillea la traición. El contacto quema, posesivo, dominante, consciente. Siente mi corazón desbocado, la traicionera respuesta de mi cuerpo a su proximidad. El calor se acumula entre mis piernas y me odio por ello.

Cuando se aparta, esa casi sonrisa juega en sus labios. Como si supiera exactamente lo que estoy planeando y le pareciera delicioso.

La fila de felicitaciones se alarga interminablemente, un desfile de desconocidos que hablan demasiado rápido para que mi cerebro agotado pueda seguirlos. Mi sonrisa parece pintada, a punto de resquebrajarse.

—Qué novia tan guapa —dice una mujer mayor, cogiéndome la cara con las manos frías—. Le darás unos hijos preciosos.

Las palabras aterrizan con dureza. Bebés. Hijos. Un futuro que muere hoy con su padre.

—Gracias —consigo decir, con un inglés denso y erróneo en mi lengua.

Más desconocidos, más palabras que no entiendo. Algo sobre «felicidad» y «bendición», pero todo se convierte en ruido. Dante nunca habla, por supuesto, pero su presencia a mi lado de algún modo traduce mi confusión con gestos suaves que comunican lo que mi inglés chapurreado no puede.

Su mano me quema en la parte baja de la espalda, una presión constante que se siente más como una advertencia que como un apoyo. Cada vez que me muevo hacia la hoja que llevo atada al muslo, sus dedos aprietan con más fuerza. Lo sabe. Por supuesto que lo sabe. Lo ha sabido siempre.

Nico se acerca, abriéndose paso entre la multitud. Dice algo demasiado rápido. Entiendo «coche» y «listo», pero el resto se disuelve en el ruido. La mano de Dante presiona más fuerte; entiende mi confusión incluso sin palabras.

Dante gesticula algo que estoy demasiado cansada para seguir y luego me guía lejos de la multitud. Su mano no se aparta de mi espalda mientras atravesamos la iglesia hacia una puerta con la inscripción «Sacristía». Privado. Por fin.

La habitación es pequeña, íntima, con vidrieras que proyectan sombras de colores, como sangre derramada, sobre el suelo de madera. Un escritorio, sillas, un crucifijo que lo observa todo.

La puerta se cierra con un chasquido. Estamos solos por primera vez como marido y mujer.

No dudo. Mi mano encuentra la hoja, la desenvaina y ataca en un solo movimiento nacido de mil prácticas. El acero silba en el aire hacia su garganta.

Su mano me coge la muñeca. Sin brusquedad, sin violencia. Con una firmeza absoluta. Control total sin agresividad.

Espero rabia. Espero que me rompa la muñeca, que me lance contra la pared, que me haga pagar. En cambio, su mirada está tranquila, casi triste, como si le decepcionara mi técnica más que mi intención.

Mi mano izquierda va hacia su cara, con las uñas listas para arañar, pero también la intercepta. Ahora me sujeta ambas muñecas y nos quedamos congelados: yo en posición de ataque, él en perfecto control. No hay ira en su rostro. Solo esa paciencia devastadora que me da ganas de gritar.

Con movimientos lentos y deliberados, me ajusta el agarre de la hoja. Sus dedos corrigen mi postura, recolocando mi mano para tener mejor palanca. El calor de su contacto me sube por el brazo y mi cuerpo recuerda aquel apretón de manos, aquella conexión eléctrica, incluso mientras intento matarlo. Carne traidora que responde a manos enemigas.

Me está enseñando. Mientras intento matarlo activamente, él me está mostrando cómo hacerlo bien.

Mi mente agotada no puede procesar esto. La habitación da vueltas ligeramente.

Guía la hoja hacia su propia garganta y apoya el filo sobre la piel, allí donde su pulso late firme y tranquilo. Sus ojos me sostienen la mirada con una oscura promesa. Como si dijera: «Hasta tu violencia me pertenece ahora».

Me tiembla la mano. ¿De rabia? ¿De miedo? ¿De la imposible intimidad de que me enseñe a matarlo? La hoja tiembla contra su garganta y aparece una fina línea roja. Solo un rasguño, pero la prueba de que el filo es lo bastante agudo.

Me suelta las muñecas y da un paso atrás. Coge mi mano izquierda, la que no tiene la hoja, y la gira con la palma hacia arriba. Luego, coloca firmemente la empuñadura del cuchillo en mi mano izquierda. Su roce perdura, su pulgar presiona mi palma como si marcara lo que es suyo.

Sus manos se mueven formando señas que entiendo a la perfección: «Eres zurda. Usa tu fuerza».

¿Cómo lo sabe? ¿Tanto me han vigilado sus hombres? Un ardor me inunda el estómago, una humedad que se acumula entre mis muslos.

Camina hacia la puerta, con la mano en el pomo. Entonces se vuelve y sus manos forman un último mensaje: «La próxima vez,

hazlo en serio».

La puerta se cierra con un suave clic y me deja a solas con mi fracaso y la traición de mi cuerpo.

Me quedo helada, con el cuchillo levantado en la mano izquierda, la mano correcta, viendo mi reflejo fracturado en la hoja. Una novia de encaje blanco, con el rostro encendido de furia y de una excitación vergonzosa, sosteniendo un arma con una postura recién corregida.

¿Qué acaba de pasar? Me ha enseñado. En pleno intento de asesinato, mientras yo intentaba matarlo, me ha corregido el agarre como un instructor paciente. Como si quisiera que la próxima vez tuviera éxito. Como si mi venganza importara lo suficiente como para ejecutarla bien.

El colgante en forma de cuchillo me pesa más en la garganta, una burla a la hoja de verdad que tengo en la mano. Me regaló una joya y ahora me ha enseñado a usar la de verdad. Contra él.

Mi década de planificación, de preparación, de odio cuidadosamente cultivado como un jardín venenoso, él acaba de redirigirla con suaves correcciones. No la ha destruido. La ha redirigido. Como si yo fuera una niña que juega a matar y necesitara la instrucción adecuada.

No. Peor. Entiende la necesidad, pero quiere que la ejecute correctamente. No está despreciando mi odio. Lo está honrando con su enseñanza.

—¿Todo bien ahí dentro? —La voz de Marco llega a través de la puerta, la autoridad mezclada con lo que parece diversión.

Dos golpes suenan en la madera, la respuesta de Dante. Rápida, eficiente. Sí, todo va bien. Mi marido habla con violencia y silencio, y de alguna manera su hermano lo entiende a la perfección.

Por fin bajo el cuchillo, con el brazo tembloroso por el agotamiento y la adrenalina. En el espejo, veo a alguien a quien no reconozco. El vestido blanco aún impoluto, el pelo todavía perfectamente peinado, con todo el aspecto de una novia virgen. Excepto por la hoja en mi mano izquierda y el conocimiento en mis ojos. Y la humedad entre mis muslos por el contacto de mi enemigo.

Estoy casada con un hombre que acaba de darme permiso para matarlo como es debido. Que vio mi intención asesina y eligió mejorar mi técnica en lugar de castigar mi intento.

Mis dedos se mueven formando las señas casi inconscientemente, preguntándole a mi reflejo lo que no puedo expresar con palabras:

«¿Qué clase de monstruo eres tú?».

Pero ahora sé la respuesta. Es del tipo que le enseña a su asesina la postura correcta. El tipo que dice «sí, quiero» por señas sabiendo que su novia planea un asesinato. El tipo que besa como un susurro, pero abraza como una promesa.

Y estoy casada con él.

El cuchillo pesa más en mi mano izquierda, la mano correcta. Mi cuerpo todavía arde donde me ha tocado al corregir mi agarre. Hasta mi violencia le pertenece ahora.

¿Qué clase de monstruo le enseña a su asesina a matarlo como es debido?

La clase de monstruo con el que acabo de casarme.

7 - Dante

La berlina negra espera junto a la entrada lateral de la iglesia como un coche fúnebre, con el motor ronroneando. Me meto primero, ocupando el asiento tras el conductor, y observo a Ana dudar en la puerta. Su vestido blanco se engancha en el marco. La tela se rasgó durante nuestro forcejeo en la sacristía, un desgarro cerca de las costillas, donde mi mano desvió su cuchillo. Lo libera de un tirón con una violencia apenas contenida, agrandando el roto.

Se acomoda en la esquina más alejada, tan lejos de mí como le permite el asiento trasero. El vestido se extiende entre nosotros como una barrera, todo ese encaje blanco y virginal que esconde a la guerrera que lleva dentro. A través del desgarro, vislumbro trozos de piel que hacen que se me agite la polla. Su mano desaparece por la abertura que tiene en el muslo; sus dedos comprueban lo que yo ya sé que está ahí.

Saco el móvil, escribo rápidamente y se lo enseño para que pueda leerlo: —Sigue ahí.

Sus ojos despiden chispas de fuego verde, pero no aparta la mano del cuchillo. Bien. Que siga armada. Que siga siendo peligrosa. La tira de cuero debe de estar clavándosele en la piel, marcándole el muslo con líneas rojas que me muero por recorrer con la lengua.

—Enhorabuena, señor Dante —la voz de Tommy desde el asiento del conductor rompe el silencio. Lleva veinte años conduciendo para nuestra familia, desde antes de que yo perdiera la voz—. Una ceremonia preciosa.

Ana se sobresalta como si se hubiera olvidado de que existía alguien más aparte de nosotros. Saca la mano de la abertura del vestido, vacía pero temblando ligeramente. La realidad de los testigos, de un mundo más allá de su fallido intento de asesinato, se posa sobre sus hombros. Me la imagino estampándola contra la ventanilla, obligando a Tommy a conducir mientras le demuestro exactamente lo que significa ser mi mujer. El pensamiento hace que

me recoloque, con la polla endureciéndose ante la idea de verla forcejear mientras reclamo lo que es mío.

Escribo de nuevo, inclino la pantalla hacia ella: —Tiene sangre en la muñeca.

Baja la mirada y encuentra la fina línea roja donde mi mano desvió su cuchillo en la sacristía. Es solo un arañazo, pero la marca como mía con más certeza que el anillo en su dedo. Saco mi pañuelo, de lino blanco puro con mis iniciales bordadas en negro, y se lo ofrezco por encima de la extensión de su vestido.

Ana se queda mirando la tela como si pudiera morder. Levanta la barbilla en un gesto de desafío, pero el agotamiento hace que el gesto sea menos eficaz de lo que pretende. El movimiento deja a la vista su garganta; el colgante en forma de cuchillo capta la luz, y joder, cómo me apetece morderle el punto donde le martillea el pulso.

Otro mensaje en mi móvil: —Ahora es mi mujer. Yo cuido de lo que es mío.

—No soy tuya —signa con agresividad, con movimientos tan bruscos que podrían cortar.

No le respondo con señas. En lugar de eso, le miro deliberadamente la mano izquierda, donde mi anillo pesa sobre su dedo. La prueba capta la luz de las farolas que dejamos atrás. El metal que le puse ahí hace unos instantes en la ceremonia, uniéndonos ante Dios y los testigos.

Sigue mi mirada y se ve su propia mano como si perteneciera a una extraña. El anillo es elegante, pero macizo, imposible de ignorar. Intenta girarlo, quizá para quitárselo, pero tiene los dedos algo hinchados por la tensión del día. No cede. Su inútil forcejeo hace que me hierva la sangre. No puede quitarse mi marca, como tampoco puede escapar de lo que le espera.

Chicago pasa por las ventanillas; mi ciudad dándole la bienvenida a mi novia. Ella observa el perfil de los edificios con la intensidad de quien memoriza rutas de escape, catalogando señales de tráfico que apenas puede leer en inglés. Su aliento empaña un poco el cristal y percibo su olor. Sudor del miedo bajo un perfume que se desvanece, el regusto cobrizo de la sangre seca. Que planee. Que conspire. Cada ardid que trama no hace más que confirmar lo que ya sé. Es mía para contenerla, para controlarla, para retenerla.

Las puertas de la finca de los Rosetti se abren antes de que lleguemos, los guardias reconocen el coche a distancia. La

respiración de Ana cambia al entrar en el complejo; se vuelve superficial y rápida, como la de una presa que siente la trampa. El largo camino de entrada serpentea a través de terrenos cuidados al detalle, revelando la mansión por partes. Cada vista, más imponente que la anterior.

Sus ojos se abren de par en par a pesar de su intento de controlarse. La casa es una mezcla de la antigua riqueza de Chicago con el nuevo poder, tres plantas de piedra caliza y ambición. Hay guardias patrullando la finca, sutiles pero visibles para quien se fije. Ana los cuenta; le veo los dedos crisparse con cada uno que descubre. Ocho salidas visibles desde aquí, aunque ella solo encontrará tres por su cuenta.

Signa rápidamente, casi de forma involuntaria: —¿Prisión?

Le respondo signando con deliberada calma: —Hogar.

Se le escapa una risa amarga y cortante. Joder. El sonido va directo a mi polla. Incluso su burla hace que quiera doblarla sobre el asiento de cuero y enseñarle en qué podrían convertirse esos sonidos cuando grite mi nombre.

El coche se detiene en la entrada principal, donde ya espera Marco, cuya presencia impone incluso en la quietud. Sus ojos se encuentran con los míos a través de la ventanilla, leyéndolo todo en mi rostro. Lo sabe. Por supuesto que lo sabe. El intento de asesinato, el cuchillo desviado, el hecho de que no estoy enfadado, sino empalmado de deseo.

Tommy abre primero la puerta de Ana, el protocolo adecuado para la nueva esposa. Sale con cuidado, luchando contra el agotamiento y el peso del vestido. El desgarro en la tela se abre más cuando se mueve, dejando ver su pálida piel. Marco le ofrece la mano para ayudarla, siempre el caballero Don.

—Bienvenida a la familia, Ana —dice con ese tono de voz particular que hace que hombres hechos y derechos se replanteen sus decisiones.

Ana abre la boca y la cierra. El inglés se le escapa de su mente cansada. Solo consigue asentir, mientras su mano libre se aferra al colgante del cuchillo en su garganta como si fuera un ancla. El gesto hace que se le realce el pecho, y tengo que apretar el puño para no agarrarla aquí mismo.

Marco cambia a un italiano sutil, destinado solo a mis oídos: —¿Así que ha sucedido como esperabas?

Le respondo con un levísimo asentimiento. Sí, lo ha intentado. En una iglesia, ante Dios, vestida de encaje blanco. Perfecto. Mi polla palpita al recordarlo.

A Marco se le dibuja una media sonrisa. —Bien. Te hacía falta alguien interesante.

Interesante. Es una forma de describir a la mujer que me pone más duro de lo que he estado en años con solo prometer que me matará.

Las puertas de la entrada se abren y Maria se precipita hacia nosotros, con los ojos ya llenos de lágrimas. Es nuestra ama de llaves desde antes de que muriera nuestra madre; lleva años esperando que uno de nosotros traiga a casa una novia.

—¡Por fin! ¡El señor Dante se casa! —No espera mi permiso, simplemente envuelve a Ana en un fuerte abrazo—. ¡Bellissima! ¡Qué guapa!

Ana se queda paralizada, con todos los músculos en tensión. Su mano se mueve espasmódicamente hacia el muslo, hacia la cuchilla, en una respuesta automática al verse agarrada. El movimiento hace que su cuerpo se presione contra el mío, su culo roza mi polla a través de las capas de tela. Me pongo duro como el acero al instante y sé que lo nota porque se le corta la respiración.

Pongo la mano en la espalda de Ana, a la vez para estabilizarla y para reclamarla como mía. Ahora está temblando, abrumada por la inesperada calidez de Maria y por la prueba de lo que me provoca presionada contra ella. Mi contacto parece anclarla, incluso mientras mi polla amenaza con rasgarme la cremallera.

Abbrevio las presentaciones con un gesto brusco. El personal se dispersa de inmediato, entrenado para reconocer mis estados de ánimo sin necesidad de palabras. Ana se tambalea y lucho contra el impulso de echármela al hombro y subirla a cuestas por la escalera como el trofeo que es.

—Es perfecta para él —susurra Maria mientras se retiran—. Mirad cómo la mira.

Si supiera cómo la estoy mirando en realidad. Catalogando cada lugar que quiero morder, cada sonido que le arrancaré de la garganta, cada forma en que haré que su cuerpo traicione su odio.

Guío a Ana hacia las escaleras con un ligero toque en el codo. Camina delante de mí, con cuidado, sabiendo que la observo a cada paso. Su vestido se arrastra por el mármol, el tejido rasgado se

engancha. El daño de nuestro primer baile de violencia la marca como mía mejor que cualquier alianza de boda.

Su mano encuentra la barandilla, el anillo de boda refleja la luz del candelabro. Se detiene en el rellano, insegura de qué dirección conduce a su nueva prisión. Le toco de nuevo el codo y la guío a la izquierda, hacia el ala principal. Se estremece, pero no se aparta; está aprendiendo el vocabulario de mi tacto. Pronto aprenderá el idioma completo. Lo que mis manos significan en su garganta, en sus caderas, entre sus muslos.

El pasillo está repleto de fotos familiares. Ana se detiene ante una. Nuestros padres y nosotros seis, sus hijos. Sofia era solo un bebé en brazos de nuestra madre y yo, un adolescente todavía guapo antes de que el mundo me esculpiera sus marcas en la garganta. Antes de la noche que me dejó mudo y a ella huérfana.

La hago seguir adelante antes de que pueda examinarla con demasiada atención. Todavía no se ha ganado mi historia. No se ha ganado la verdad de aquel chico que aún podía hablar, que aún podía sonreír sin oscuridad detrás.

Nico sale de su habitación al pasar nosotros, siempre el guardián. —Perímetro asegurado —informa con eficiencia militar—. Sus cosas están en la suite de usted.

Ana nos mira a uno y a otro, analizando el significado. Sus pertenencias ya han sido trasladadas, reclamadas, integradas en mi espacio. La realidad de ello hace que se le tensen los hombros. Bien. Que sienta cómo se cierra la jaula.

La puerta de Alsandro se abre y se asoma, vestido con un pijama de diseño a las cinco de la tarde. —¡Hermana! ¡Bienvenida! Intenta no matarlo la primera noche. El papeleo sería un horror.

Por un momento, a Ana se le contrae la boca como si fuera a sonreír de verdad. Alex tiene ese efecto en la gente, un encanto que lo recubre todo como una colonia cara. Pero se contiene y lo reprime.

Desde algún lugar de arriba, llega la música de un piano. Algo oscuro y violento que solo podría ser Luca. Ana levanta la vista hacia el sonido, curiosa, pero la guío firmemente hacia delante. Todavía no necesita conocer a ese demonio en particular. Quizá nunca, si puedo evitarlo. Marco va a enviarlo lejos mañana, antes de que tenga que presentarle a mi novia, y puede que no vuelva jamás.

Las puertas de la suite principal esperan al final del pasillo; una madera oscura y tallada, lo bastante pesada como para detener

ejércitos. O para guardar secretos. Ana se detiene a mi lado, de repente más pequeña en mis dominios, dándose cuenta de lo aislada que se ha quedado. No hay aliados aquí, ni rutas de escape que conozca, solo los muros de mi familia a su alrededor. La realidad de ello hace que mi polla palpite. Está atrapada con el monstruo que vino a matar.

Saco la llave. Antigua, de latón, pesada con el peso de generaciones. Mi padre usó esta misma llave. Ahora es mía, a punto de encerrar a mi aspirante a novia asesina.

Antes de girarla, me pongo justo frente a Ana. Su agotamiento hace que sus ojos parezcan enormes, pero la lucha no los ha abandonado. Bien. Me decepcionaría que lo hubiera hecho. La quiero luchando cuando por fin la tome, quiero que maldiga mi nombre en italiano mientras su cuerpo suplica más.

Mis manos se mueven trazando señas, lentas y deliberadas para que no pueda malinterpretarme: «Detrás de estas puertas, estamos solos. Tú eres mi mujer. Yo soy tu marido. Todo cambia ahora».

Sus manos tiemblan ligeramente mientras me responde con señas, pero su mensaje es claro: «Nada cambia. Sigo queriéndote muerto».

La confesión va directa a mi polla. Está prometiendo que seguirá intentando matarme y, joder, eso es mejor que los tópicos de la noche de bodas. La mayoría de las novias prometen amar y obedecer. La mía promete asesinato. Perfecto.

«Cuento con ello», le respondo con señas.

Los pestillos de latón encajan en su sitio con un sonido que parece el chasquido del destino. Veinte años desde que mi padre firmó aquel contrato, uniendo a su hijo mudo con una hija de los Moretti que crecería odiándonos. Ahora está aquí, temblando de agotamiento y rabia, a punto de entrar en mi guarida.

La sonrisa tira de mis labios. Esa misma curva peligrosa de la iglesia cuando intentó rajarme el cuello. Ana la ve y algo parpadea en sus ojos. ¿Miedo? ¿Excitación? En nuestro mundo, a menudo son lo mismo.

Abro la puerta tallada de un empujón y dejo a la vista la oscuridad que hay al otro lado. Nuestra suite aguarda en la penumbra, la luz de la tarde se filtra a través de unas pesadas cortinas que llevo años sin abrir. El espacio que hay más allá es mío,

siempre ha sido mío, pero ahora será nuestro. Ese pensamiento hace que mi polla palpite con una oscura promesa.

Le hago un gesto a Ana para que entre primero. Tradicional, quizás, pero también táctico. Quiero verla entrar en mis dominios, ver su silueta desaparecer en la oscuridad que yo llamo hogar. Quiero seguir ese vestido blanco hacia la penumbra y enseñarle qué les pasa exactamente a las novias que intentan matar a sus maridos.

Duda en el umbral, con una mano apoyada en el marco de la puerta. Este es el punto de no retorno. En cuanto lo cruce, será mía de verdad. No solo por ley o por una firma, sino por el simple hecho de entrar en mi espacio privado. El lugar donde tramo mis planes, donde sangro, donde haré que grite mi nombre en lengua de signos mientras se corre.

Mi mano se desliza por su espalda, sin llegar a tocarla, pero lo bastante cerca como para que sienta el calor de mi palma a través de la fina tela. No la estoy empujando ni la estoy forzando. Al menos, esta decisión se la dejaré tomar a ella. Aunque en realidad no tenga elección alguna.

Ana respira hondo, lo que hace que el colgante en forma de cuchillo suba y baje sobre su garganta. Entonces, da un paso hacia la oscuridad de nuestro espacio compartido y su vestido blanco se desvanece en la penumbra como un fantasma que regresa a casa.

Sigo a mi novia a la oscuridad y cierro la puerta tras nosotros con un chasquido seco que resuena como una promesa.

La cerradura se echa automáticamente y nos encierra juntos. Mi esposa. Mi posible asesina. Mi perfecto y peligroso trofeo.

Que empiece la verdadera noche de bodas.

8 - Ana

La oscuridad me engulle por completo cuando entro en los dominios de Dante.

Mi cuerpo se paraliza justo al cruzar el umbral, el vestido de novia susurrando en el silencio. La habitación respira con amenazas invisibles, sombras lo bastante densas como para ocultar cualquier cosa. Un asesino. Una cama. El resto de mi vida, que se extiende en esta negrura.

Detrás de mí, Dante se mueve. Su presencia inunda el umbral y me bloquea la retirada. Luego, su brazo se extiende por mi lado y su pecho roza mi espalda mientras se estira para alcanzar algo en la pared. El contacto me recorre como una sacudida: músculo sólido, una calidez inesperada, su aroma envolviéndome. Cigarrillos y colonia cara mezclados con algo más oscuro. Traicioneramente, mis pezones se endurecen contra el vestido de novia, y sé que ha debido notar cómo he contenido la respiración de golpe. No puedo moverme. Estamos suspendidos en este instante, depredador y presa, solo que no sé cuál de los dos soy.

Las luces se encienden.

Parpadeo ante el repentino resplandor, asimilando el espacio que será mi prisión. O mi campo de batalla. La suite principal se despliega con una elegancia masculina. Muebles de cuero oscuro dominan la estancia, una enorme cama con dosel que podría ocultar armas en cada rincón, paredes repletas de libros que nunca podré leer en inglés. Todo habla de control, de riqueza, de poder contenido.

Los ventanales atraen mi mirada. Cristales del suelo al techo con vistas a los cuidados jardines, y guardias que patrullan abajo como hormigas. Una hermosa jaula con una vista perfecta de todo lo que no puedo alcanzar.

Mi maleta descansa junto a la cómoda, con un aspecto patéticamente pequeño en este vasto espacio. Todo lo que poseo, mi vida entera, reducida a una bolsa en su territorio.

Dante pasa a mi lado con fluidez y gracia, reclamando la habitación con cada paso. Se quita la chaqueta con movimientos suaves y la cuelga con precisión en el armario. El ritual doméstico resulta extraño después de haberlo visto corregir mi técnica con el cuchillo hace apenas unas horas. Se desabrocha los puños de la camisa y se remanga, revelando unos antebrazos fibrosos. No debería fijarme. No debería importarme. Pero mi cuerpo traidor detalla cada línea.

—¿Dónde está el baño? —Mis señas son torpes; el agotamiento me entumece los dedos.

Señala una puerta en la pared del fondo y luego se dirige a un enorme escritorio y empieza a escribir algo. Ignorándome. O dándome espacio. No puedo leerlo, a este marido silencioso que le enseña a su asesina la forma correcta de atacar.

La puerta del baño se cierra con un clic satisfactorio. Mi primera verdadera intimidad desde la iglesia.

Me apoyo en la madera y me permito respirar. Respirar de verdad. El baño se revela en un lujo de mármol, una ducha en la que cabrían cuatro personas, una bañera lo bastante profunda como para ahogarse en ella. Todo de un blanco y dorado impolutos, nada que ver con nuestro sencillo apartamento en Roma, con sus azulejos agrietados y un agua caliente caprichosa que papá siempre prometía arreglar.

Mi reflejo en el espejo me deja helada. El vestido de novia, arrugado por nuestro forcejeo; el maquillaje, corrido; su anillo, pesado en mi dedo. Ahora soy la señora Rosetti. El nombre me sabe a ácido en la lengua. Papá lloraría al ver a su hija llevando el apellido del enemigo.

Me tiemblan las manos cuando busco bajo el vestido y encuentro la funda de cuero que se me clava en el muslo. La hoja de papá se desliza fuera, sigue ahí, sigue afilada. Me la ha dejado conservar. Después de que intentara matarlo, después de que corrigiera mi agarre, después de todo, aun así me ha dejado entrar en su dormitorio armada.

¿Por qué?

La sangre seca de mi muñeca refleja la luz. Solo una fina línea donde su agarre desvió mi ataque. Podría haberme roto la muñeca, podría habérmela hecho pagar por el intento de asesinato. En

cambio, fue cuidadoso. Controlado. Un poder absoluto ejercido con una precisión que apenas dejó marca.

Oigo una pisada en el dormitorio. Luego, nada. Solo su presencia, esperando.

Limpio los restos de sangre y observo cómo el agua rosada se cuela por el desagüe. El hematoma que se forma debajo es tenue, con la forma de sus dedos. Su marca en mi piel. Mañana se volverá morado. Mañana llevaré su contacto visible en mi cuerpo.

Cuando salgo, Dante está sentado en un sillón de cuero junto a la chimenea, observando la puerta. Esperándome. Hay una nota doblada sobre la cama, y su precisa caligrafía es visible incluso desde aquí.

Me acerco despacio, lista para esquivarlo si es ahora cuando va a atacar. Pero él permanece inmóvil, esos ojos oscuros siguen mi movimiento sin amenaza. Solo observación. Como si yo fuera algo digno de estudio.

La nota se desdobla entre mis dedos temblorosos:

Esta es tu habitación. No te tocaré sin tu permiso. He hecho sitio en el armario para tus cosas. El desayuno es a las 7. Eres libre de moverte (tengo que buscar esa palabra en el móvil) *por todas partes excepto el tercer piso; esos son los dominios de Luca. Si sales, te seguirán los guardias. Por protección, no por reclusión. La cama es tuya. Yo me quedaré en el sillón.*

La leo dos veces, buscando la trampa. El engaño. La parte en la que reclama sus derechos como marido.

¿El sillón? Me da la cama mientras él… ¿qué? ¿Hace guardia? ¿Me protege? ¿O se protege de mí? Mi cerebro agotado no puede desentrañar su juego, pero mi cuerpo reconoce el insulto, ¿o es respeto?, en su distancia.

—¿Por qué el sillón? —Hago la seña antes de poder evitarlo.

Sus manos se mueven en respuesta, esa casi sonrisa asomando a sus labios:

—Necesitas dormir para matarme bien mañana.

Su humor negro hace que algo se me retuerza en el pecho. ¿Se está burlando de mí? ¿Está jugando con su comida antes de devorarla? ¿O de verdad quiere que descanse para otro intento?

Abro la maleta mientras él observa desde su sillón; el peso de su atención hace que se me erice la piel.

Todo lo que poseo se extiende ante mí. Ropa sencilla que parecen harapos en comparación con lo que podría llenar ese enorme armario. Mi vida en Roma, reducida a tela y recuerdos. En el fondo, mis papeles de origami.

Mis dedos encuentran los cuadrados de papel que ya me son familiares; la memoria muscular toma el control. La grulla empieza a tomar forma, pliegues precisos que ponen orden en el caos. El libro de Dante baja ligeramente. Me está observando las manos, quizá analizando esta debilidad. Esta necesidad de control a través de la creación.

—Deja de mirar —le digo por señas con una mano, sin romper el ritmo de los pliegues.

—Estás en mi habitación —responde él también por señas—. Miraré si quiero.

La primera reclamación real que ha hecho. Su habitación, su derecho a observar. Las palabras me revuelven el estómago. Su habitación. Su derecho. Su esposa. Cada posesión quema como un hierro candente, marcándome como su propiedad. Debería rabiar contra ello. En lugar de eso, un calor me inunda por dentro.

La grulla toma forma bajo mis dedos mientras su propiedad se asienta sobre mí como una mortaja.

El vestido de novia se ha vuelto insoportable. Pesado, asfixiante, apestando a incienso y a un asesinato fallido. Necesito quitármelo. Necesito despojarme de este disfraz de inocencia que llevaba mientras intentaba matar a mi marido en la casa de Dios.

Cojo mi camisón de la maleta. De algodón suave, desgastado por los años de uso. Nada especial. Nada seductor. Solo mío.

—Date la vuelta —le digo por señas.

Ladea la cabeza, sopesándolo. Por un momento creo que se negará, que reclamará también ese derecho. Entonces, lenta y deliberadamente, gira la silla hacia las ventanas. Dándome una intimidad que no esperaba.

Nunca me he desvestido delante de un hombre. Incluso de espaldas, siento su presencia como si tuviera las manos sobre mi piel. ¿Es esto lo que hacen las esposas? ¿Esta extraña danza de pudor y posesión?

El vestido cae hecho un ovillo a mis pies. Cada botón que desabrocho parece una derrota que acepto. La tela susurra contra mi piel al caer, llevándose con ella el último resto de mi armadura. Me

deslizo el camisón, suave y vulnerable contra una piel acostumbrada a los filos cortantes.

—He terminado —el inglés suena mal, demasiado brusco. En italiano, sabría cómo hacer que sonara a amenaza. En inglés, parezco una niña que anuncia que se ha acabado las verduras.

Se da la vuelta y sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo una vez. Sin lascivia. Sin lujuria. Solo haciendo inventario de lo que ahora es suyo. El peso posesivo de esa mirada hace que el calor se acumule entre mis muslos, y me odio por la humedad que se está formando allí.

Me lanzo a la cama y me tapo hasta arriba con las sábanas como si fueran un escudo.

Las luces se apagan, dejando solo la luz de la luna que entra a raudales por esos enormes ventanales.

Yazco rígida en su cama mientras él se acomoda en la silla, ambos manteniendo la ficción del sueño. Las sábanas son de seda, frescas contra mi piel sobrecalentada. Todo huele a él. A tabaco y colonia cara, pero también a algo más. Varonil. Peligroso. Mi cuerpo agotado se hunde en el colchón mientras mi sexo palpita con una indeseada conciencia de que él me observa desde la oscuridad.

Su respiración llena el silencio. Controlada, mesurada, completamente despierto. El cuero cruje con cada sutil cambio de su peso. Me está vigilando. Esperando.

La luz de la luna ilumina algo en la mesita auxiliar junto a su silla. Un libro, quizá, o su teléfono. Apoya las manos vacías en los reposabrazos, sin armas, solo una quietud paciente. Está desarmado mientras me observa dormir. Esa contención, esa vulnerabilidad deliberada, hace que se me encoja el estómago. Mi enemigo se niega a armarse contra mí y a mí la idea me humedece. ¿En qué clase de monstruo me estoy convirtiendo en su presencia?

Lo pongo a prueba, extendiendo lentamente la mano hacia la mesilla de noche donde descansa la daga de papá.

Su respiración cambia. Solo un poco. Una advertencia sin palabras. Me quedo inmóvil, con la mano extendida en la luz de la luna entre nosotros. El cuero cruje una vez más. Un reconocimiento de que lo ve, lo sabe, que permite hasta aquí, pero no más.

Mis dedos ansían cogerla, intentarlo de nuevo, pero su respiración me mantiene inmóvil. Incluso agotada, incluso desesperada, estoy aprendiendo su lenguaje de silencio.

Mi mano se retira. Su respiración vuelve a ese ritmo constante. Él es el lobo. Se supone que yo soy la cazadora. Pero en su territorio, en su cama, me siento como un conejo sin escapatoria.

¿Cómo se supone que voy a dormir con mi enemigo observándome desde la oscuridad? Cada vez que respira me recuerda que no estoy sola. Estoy atrapada en su cama mientras él me custodia desde esa silla. O se protege a sí mismo de mí. Ya no sé distinguirlo.

Mis manos se mueven en la oscuridad, sabiendo que puede verme a pesar de las sombras:

—Sigo odiándote.

El silencio se alarga entre nosotros, tanto que creo que no responderá. Entonces sus manos se elevan, plateadas por la luz de la luna, y me responde por señas:

—Ódiame mejor mañana.

Las palabras se me clavan bajo la piel como si estuviera plantando semillas en mi odio, nutriéndolo para convertirlo en otra cosa. Algo que hace que mis muslos se aprieten y mi respiración se entrecorte. Vine aquí para matarlo, pero mi cuerpo quiere salir de esta cama y… No. Es el agotamiento el que habla. Mañana recordaré por qué lo odio.

La repetición suena diferente ahora. Menos burlona, más… ¿alentadora? Como si necesitara mi odio tanto como yo necesito dárselo. Como si ambos estuviéramos interpretando papeles en una tragedia escrita antes de que naciéramos.

El agotamiento tira de mí como una resaca, el desfase horario finalmente vence a la adrenalina.

Mi cuerpo se vuelve pesado a pesar de las protestas de mi mente. Tres días sin dormir, cruzar un océano, intentar un asesinato, y ahora yacer en la cama de mi enemigo mientras él observa. Es demasiado. Ni siquiera el odio puede mantenerme consciente para siempre.

Su respiración continúa con su ritmo constante. La nana de mi enemigo en la oscuridad. Cada exhalación me recuerda que está ahí. Observando. Esperando. Tan atrapado en este acuerdo como yo, quizá. O quizá es eso lo que quiere que piense.

Mis ojos se vuelven pesados, el agotamiento gana la batalla. Mañana seré más fuerte. Mañana lo intentaré de nuevo. Mañana entenderé su juego.

Pero esta noche, me quedo dormida con el sonido de la respiración de Dante Rosetti en la oscuridad, con la mente puesta en la daga de papá, ambos suspendidos en esta extraña danza entre la violencia y la contención. Entre lo que se supone que debemos ser y lo que somos.

9 - Ana

El reloj de pie del pasillo da una campanada. Las siete y media.

Me ciño la bata de seda sobre el camisón. ¿De dónde habrá salido esto? Probablemente de Maria, que lo ha añadido sigilosamente a mis cosas como todo lo demás que aparece en esta prisión. La tela susurra contra mi piel sensible, demasiado suave, demasiado cara, demasiado parecida a estar envuelta en la riqueza de Dante. Cada paso que doy por la escalera de mármol es deliberado, medido. El frío del suelo me muerde los pies descalzos y me ancla a mi pequeña rebelión. Que espere. Que se pregunte si su nueva esposa le honrará con su presencia a su preciada hora del desayuno.

Siete y treinta y cinco. Mi cerebro agotado lucha por recordar por qué esto es importante.

Siete y cuarenta. Llego tarde a desayunar, y la satisfacción de esta pequeña rebelión es el único calor que siento.

El umbral del comedor lo enmarca a la perfección. Dante, en la cabecera de la mesa de caoba, con una tableta en la mano, con todo el aspecto del señor de sus dominios. La luz de la mañana perfila su silueta, resaltando la afilada línea de su mandíbula, los elegantes dedos que se deslizan por la pantalla. Los mismos dedos que corrigieron ayer cómo sujetaba el cuchillo, que signaron «La próxima vez, hazlo en serio» mientras mi hoja le rozaba la garganta. No levanta la vista, no acusa mi llegada, pero percibo una ligera inclinación de su cabeza. Sabe que estoy aquí. Ha estado esperando.

Se me endurecen los pezones contra el fino camisón y me dan ganas de arrancarme a arañazos esta piel traidora.

—¡Señora Rosetti! —sale Maria apresuradamente de la cocina, con su cara redonda iluminada por una calidez genuina que me oprime el pecho—. ¡Por fin! Me preocupaba que no comiera. Siéntese, siéntese. ¿Le preparo unos huevos? ¿Unos huevos tiernos, como a usted le gustan?

¿Como a mí me gustan? ¿Cómo es posible que lo sepa?

Mis ojos se clavan en Dante. Sigue leyendo, sigue ignorándome, pero hay algo en la postura de sus hombros que me dice que está escuchando cada palabra, atento a cada respiración. Su atención posesiva hace que el calor se me acumule en el vientre y me odio por ello.

—No tengo hambre —digo en inglés, con palabras frías y deliberadas. Mi estómago elige ese momento para rugir, lo bastante alto como para que el rostro de Maria se arrugue de preocupación.

Me hundo en la silla frente a él, tan lejos como la mesa lo permite. La distancia no es suficiente. Desde aquí puedo oler su colonia, cara y oscura, mezclada con el humo de un cigarrillo. Mis dedos se mueven trazando signos bruscos y agresivos:

—¿También me miras comer? ¿Lo añades a tu colección?

Por fin, levanta la vista. Sus ojos oscuros se clavan en los míos un instante y el pulso se me acelera como el de una presa que divisa a su depredador. Su mano se mueve en una respuesta informal, con un solo gesto:

—Come o no comas. Pero Maria está preocupada.

Como si sus signos la hubieran invocado, Maria se queda junto a mi hombro, retorciendo un paño de cocina.

—Por favor, señora Rosetti. ¿Solo un poquito? Está usted muy delgada. El señor Dante dice que le gusta el beicon crujiente, los huevos poco hechos y la tostada de trigo con solo un poco de mantequilla.

Las palabras caen como piedras en mi estómago. Lo sabe. Lleva observándome el tiempo suficiente para saber cómo me gusta el desayuno. La intimidad del gesto, la presunción, hace que la bilis me suba por la garganta. ¿A qué juego está jugando?

Antes de que pueda responder, Dante desliza algo por la madera pulida. Un plato. Ya preparado, aún humeante. Huevos poco hechos con la yema perfectamente líquida. Beicon tan crujiente que podría hacerse añicos. Tostada dorada con apenas una pizca de mantequilla derritiéndose en la superficie.

Exactamente como a mí me gusta. Exactamente como papá solía preparármelo los domingos por la mañana en Roma, cuando el mundo era más pequeño y los enemigos eran solo sombras en las historias de otros.

La furia crece como una marea. Pero en realidad no se trata del desayuno. Se trata de las mañanas de domingo de papá que nunca

volveré a tener. Se trata de que este hombre me conozca, me estudie, cuando me ha arrebatado al que me conoció primero. Mi mano se mueve antes de que mi cerebro reaccione, coge el plato y lo arroja contra la pared con toda la fuerza que mi agotado cuerpo puede reunir.

La porcelana se hace añicos en una constelación de fragmentos blancos. La yema de huevo gotea por el papel pintado como lágrimas amarillas. El beicon se desmorona con el impacto. El estruendo resuena en el silencio de la mañana, violento y satisfactorio.

Maria ahoga un grito y se lleva la mano al pecho.

—¡*Madonna mia*!

Pero Dante… Dante ni siquiera se inmuta. Sus ojos no se apartan de la pantalla de su tableta. Como si en la casa de los Rosetti las esposas tiraran el desayuno contra la pared todas las mañanas. Como si mi rabia no fuera más que el tiempo, observable pero indigno de comentario. Su calma es más cruel que la violencia. Al menos contra la violencia sabría cómo luchar.

Me tiemblan las manos mientras signo:

—Ya está. ¿Y ahora qué? ¿Me castigas? ¿Me muestras qué clase de monstruo eres en realidad?

Deja la tableta con una calma deliberada, sus signos lentos y medidos:

—Límpialo o no. Ahora también es tu pared.

«Tu» y «también», reclamándome incluso en mi destrucción.

Entonces se levanta, se ajusta los puños de la camisa y se marcha. Sin más. Dejándome con la destrucción que he creado, con el desastre que he montado con lo que podría haber sido un simple desayuno. Su colonia perdura en el aire y la inhalo a mi pesar.

Maria se arrodilla junto a los restos, recogiendo ya los trozos más grandes.

—No pasa nada, señora Rosetti —murmura con voz suave a pesar del trabajo extra que le he creado—. El matrimonio es… una adaptación. El señor Dante lo entiende.

Me dejo caer de rodillas a su lado, de repente avergonzada. Esta mujer no me ha mostrado más que amabilidad y yo le rompo los platos y le mancho las paredes.

—Lo siento —susurro en italiano, esperando que me entienda.

Me da una palmadita en la mano con la suya, curtida.

—Mañana comerá, ¿verdad? ¿Hará feliz a la vieja Maria?

Mañana. Como si hubiera un sinfín de mañanas en esta casa, tirando platos y recogiéndolos, poniendo a prueba unos límites que se niegan a romperse.

Los días se funden en una bruma de provocaciones fallidas y una indeseada conciencia de él.

Día cuatro: intento escapar. Anuncio que voy a dar un paseo, sola, y me dirijo directamente a la puerta principal como si el lugar fuera mío. Como si no fuera una prisionera entre paredes de diseño. Los guardias de la verja son amables pero inamovibles, con las manos cerca de unas armas apenas ocultas.

—El señor Dante dice que necesita usted una escolta, señora Rosetti.

Las suaves palabras esconden acero. No son simples guardias; son soldados, asesinos, y le rinden cuentas a él.

Nico aparece como si lo hubieran invocado, todo precisión militar y ojos pacientes. La chaqueta le queda rara en el lado izquierdo; va armado, siempre armado en este mundo de bella violencia. —La acompañaré.

Quiero negarme, luchar, pero las paredes de esta casa me asfixian. Mi cerebro agotado no puede procesar su paciencia, su vigilancia constante sin llegar a tocarme. Necesito aire, espacio, la ilusión de libertad, aunque venga con un guardián. Al principio caminamos en silencio, a un ritmo agotador por mi parte, intentando dejarlo atrás o al menos hacer que se esfuerce. Me sigue el paso sin siquiera jadear.

—¿Usted también es un prisionero? —pregunto finalmente, con mi inglés titubeante.

—Soy de la familia —corrige él con amabilidad—. Y nosotros protegemos a la familia.

—¿De qué? ¿De que se marche?

Su mirada denota demasiada comprensión. —Sí, a veces.

Día cinco. Descubro que Dante se toma su expreso matutino exactamente a las 6:15 de la mañana, a solas en su estudio, antes de que la casa se despierte. Maria lo prepara la noche anterior en una elegante máquina que solo requiere pulsar un botón. La rutina es perfecta: predecible, aislada, sin vigilancia.

La adelfa crece salvaje junto al muro este de la finca. Unas bonitas flores rosas que los turistas fotografían, sin saber nunca que cada parte de la planta contiene glucósidos cardíacos, lo bastante

letales como para detener un corazón. La *nonna* me enseñó esto en Roma, advirtiéndome de que me alejara de las bellas asesinas de nuestro jardín. Una flor machacada en un café solo sería prácticamente indetectable hasta que fuera demasiado tarde.

A las tres de la madrugada, me deslizo por la casa como el fantasma en el que me estoy convirtiendo. La cafetera reluce a la luz de la luna, ya preparada con café recién molido para el día siguiente. Mis manos no tiemblan mientras actúo; esto es el resultado de un año de preparación, no aquella cuchillada salvaje que mis nervios no pudieron controlar, sino una muerte cuidadosa y calculada. El extracto que he preparado antes se desliza en el depósito de agua, lo justo para ser letal, no lo suficiente para alterar el sabor de forma significativa.

A las 6:20 de la mañana, estoy colocada donde puedo ver la puerta de su estudio desde el rellano de arriba. El corazón me martillea en el pecho cuando entra, puntual. A través de la rendija bajo la puerta, veo su sombra moverse hacia el escritorio. La máquina sisea. La taza tintinea contra el plato.

Luego, nada. El silencio se alarga. Demasiado.

La puerta se abre y aparece Dante, con la taza llena en la mano. Sus ojos encuentran los míos de inmediato a través del rellano, y esa casi sonrisa se dibuja en sus labios. Levanta la taza en un brindis burlón y, a continuación, vierte deliberadamente todo el contenido en la maceta que hay junto a su puerta. El café cae, oscuro, sobre la tierra, llevándose consigo mi plan mejor trazado.

Sus manos gesticulan con indiferencia: «El café molido parecía removido. Buen intento. La próxima vez, usa guantes, dejaste huellas en el depósito del agua».

Quiero gritar.

Pero es el sexto día cuando pierdo de verdad el control. Destrozo todo lo que tengo a mi alcance. Una lámpara que probablemente perteneció a su abuela, el marco de alguna foto familiar, una licorera de cristal que estalla contra la chimenea en una lluvia de fragmentos caros.

Los estruendos resuenan por toda la suite como mi propia sinfonía de destrucción. Cuando Dante entra, estoy de pie, descalza, en medio de todo aquello, con los cristales brillando a mi alrededor como nieve letal. El peligro, la violencia que he creado, hace que se me acelere el pulso.

Se detiene en el umbral, contemplando la escena. Su presencia llena el espacio, haciendo la habitación más pequeña, el aire más denso. Cojo un trozo afilado y lo sostengo como un arma, preparada para la pelea que tiene que llegar ya. Tiene que reaccionar a esto. Tiene que convertirse en el monstruo que necesito que sea.

«Te cortarás los pies», gesticula, y hay algo en su mirada que podría ser preocupación.

—Mejor —escupo en italiano, y luego me fuerzo a decirlo en inglés —. Sangraré en tu alfombra. Añadiré más manchas a tu casa perfecta.

Lo que ocurre a continuación me descoloca por completo. Se mueve hacia mí con esa gracia líquida y, antes de que pueda reaccionar, sus brazos están bajo mis rodillas y mi espalda, levantándome como si no pesara nada. La conmoción, su calor, su fuerza, la repentina seguridad de que me sostenga, me roban la voz. Su pecho es sólido contra mi costado, y odio lo segura que me siento en los brazos de mi enemigo. Su olor me rodea: cigarrillos, una colonia cara y algo singularmente suyo que me hace apretar los muslos.

Me lleva hasta el cuarto de baño y me sienta en el lavabo con una delicadeza inesperada. El baño huele a su jabón, algo caro y masculino que me revuelve el estómago. Estoy demasiado aturdida para luchar mientras coge un botiquín y luego hace algo que me para el corazón por completo.

Se arrodilla.

Dante Rosetti, el diablo silencioso de Chicago, se arrodilla a mis pies. Sus manos son increíblemente suaves al levantarme cada pie para comprobar si tengo algún cristal clavado. Sus dedos rodean mi tobillo, cálidos y seguros; el contacto es tan cuidadoso que quiero gritar. Su pulgar me roza el hueso del tobillo y el calor me sube directo hasta la entrepierna. Esto está mal. ¿Por qué mi cuerpo me traiciona de esta manera?

Encuentra un pequeño corte del que brota sangre como un diminuto granate. Lo limpia, aplica una crema antibiótica y luego coloca con cuidado una tirita con la presión exacta. Podría darle una patada ahora mismo. Su cara está ahí, vulnerable, expuesta. Me está dando la oportunidad, y ambos lo sabemos.

Pero me quedo paralizada al verlo de rodillas, curando una herida que yo misma me he causado en un arrebato de furia. La forma posesiva en la que me sujeta el tobillo, como si hasta mis heridas le

pertenecieran. Cuando se levanta, su mano se demora en mi pantorrilla un latido de más y la humedad se acumula entre mis muslos.

Deja una nota sobre la encimera: «Destruye lo que necesites. Pero ponte zapatos».

Su delicadeza es más cruel que la violencia. Al menos contra la violencia sabría cómo luchar.

Al séptimo día, me estoy desmoronando.

Él siempre está ahí, pero nunca resulta entrometido. Observa, pero sin clavar la mirada. Presente, pero sin presionar. El peso de su atención me sigue por toda la casa como unas manos sobre mi piel. Su paciencia es un arma más devastadora que cualquier cuchillo, que me va desgastando hora a hora hasta que ya no sé qué es real. Empiezo a olvidar por qué estoy luchando.

Mis dedos encuentran el colgante con forma de cuchillo que llevo al cuello. ¿Cuándo se ha convertido en una costumbre tocarlo? La pequeña hoja está caliente por el contacto con mi piel, un recordatorio constante de su burla, ¿o es comprensión? Ya no lo sé. Todo en él desafía lo que yo esperaba, para lo que me había preparado.

Estoy sentada a la mesa del comedor, lidiando con unos documentos legales sobre mi herencia. Las propiedades de papá, cuentas de cuya existencia no sabía nada. El inglés es denso, lleno de términos que bailan ante mis ojos agotados. Las lágrimas de frustración me nublan la vista. No es pena, solo pura rabia por mi propia ineptitud. ¿Por qué su paciencia duele más de lo que lo haría la violencia?

Una sombra se proyecta sobre los papeles. Dante se sienta a mi lado, tan cerca que percibo su olor, a tabaco y a esa colonia que se está volviendo demasiado familiar. Tan cerca que siento el calor que irradia su cuerpo. Se me endurecen los pezones y me cruzo de brazos para ocultar la traición de mi cuerpo. Sin preguntar, me coge el bolígrafo y empieza a escribir en los márgenes, traduciendo el complejo lenguaje jurídico a un inglés e italiano sencillos.

Quiero arrebatarle los papeles, rechazar su ayuda, pero necesito entender lo que estoy firmando. Su caligrafía es precisa, paciente, y no solo explica las palabras, sino también el contexto. Señala una cláusula que hace que se me corte la respiración. Lo he heredado

todo. Todas las propiedades europeas de papá, cuentas en Suiza, inversiones de las que no tenía ni idea.

—¿Por qué? —le pregunto por señas, olvidando mi ira en la confusión—. ¿Por qué me enseñas esto?

—Es tuyo —responde él por señas—. Deberías saber lo que tienes.

Esa delicadeza resquebraja algo en mi interior. —¿Lo mataste por esto? —se me escapa la acusación en italiano antes de que pueda evitarlo.

Aprieta la mandíbula, la primera reacción real que consigo de él en días. Se levanta para irse, pero mi mano se dispara y le agarra la muñeca. El contacto me recorre como una descarga. Su piel está caliente, su pulso firme bajo mis dedos. Es la primera vez que lo toco voluntariamente desde nuestra boda, desde que me enseñó la técnica correcta para manejar un cuchillo mientras yo intentaba matarlo.

Baja la vista hacia el punto donde lo estoy sujetando y retiro la mano como si me hubiera quemado. La piel me hormiguea donde nos hemos tocado y sé que ve mi brusca inspiración. Pero no se va. En lugar de eso, escribe en el papel: «Cojo muchas cosas. Pero no tu herencia. Esa es solo tuya».

Esa noche, me sorprendo riéndome de veras con otra de sus notas, esta sobre mi tendencia a dejar grullas de origami por todas partes como «migas de pan de papel». El sonido de mi risa se me escapa antes de que pueda detenerlo y al instante me odio por ello. ¿Cuándo ha empezado a hacerme gracia su humor seco? ¿Cuándo he empezado a desear encontrar sus mensajes?

Esta paciencia suya no es amabilidad, es estrategia. Me está desgastando con delicadeza en lugar de con violencia, haciendo que me sienta cómoda en mi jaula hasta que olvide que tiene barrotes. Haciendo que me fije en su forma de moverse, en la manera en que me observa como si yo fuera algo precioso y peligroso a la vez.

Son las dos de la madrugada y me estoy ahogando en sueños sobre papá cuando algo me devuelve a la consciencia. No es un sonido exactamente, es más bien una sensación, una vibración a través de las paredes que hace que se me erice la piel.

Entonces lo oigo con claridad. Música de piano.

La melodía es sobrecogedora, compleja, llena de una emoción tan pura que se me oprime el pecho. Es clásica, pero no del todo, como si alguien hubiera cogido a Chopin y lo hubiera filtrado a través de la oscuridad y el anhelo. Las notas suben y bajan como la respiración,

como una confesión, como si todas las palabras que no pueden decirse encontraran su voz a través de las teclas.

Salgo de la cama, atraída por el sonido. El batín de seda susurra contra mi piel mientras me muevo. ¿Quién está tocando? La casa está demasiado silenciosa para que sea otro que no sea…

Eso deja a… no. No puede ser.

Entorno la puerta para escuchar mejor y la música fluye más nítida. Procede de algún lugar de la planta baja, probablemente de una habitación que aún no me ha enseñado. La melodía crece, apasionada y doliente, y me imagino unas manos moviéndose sobre las teclas. Las mismas manos que corrigieron mi agarre del cuchillo, que me vendaron los pies, que comunican por señas amenazas de muerte y disculpas con la misma elegancia.

Dante el Silencioso, que no puede hablar, ha encontrado otra voz.

Permanezco inmóvil en el umbral, con una mano en el marco, dejando que la música me inunde. Este es él, me doy cuenta. El verdadero él, bajo el silencio y la vigilancia. Este dolor y esta belleza que se derraman a través de las notas, esto es lo que no puede decir por señas, ni escribir, ni mostrar de ninguna otra manera. La idea hace que el calor me inunde las mejillas. Este hombre peligroso creando semejante belleza en la oscuridad.

La música se detiene bruscamente. ¿Ha oído mi puerta?

Pasos en la escalera, medidos pero rápidos. Me meto en la cama a toda prisa, zambulléndome bajo las sábanas y forzando mi respiración a calmarse. La puerta se abre ligeramente, una rendija de luz del pasillo que corta la oscuridad.

Finjo que duermo, manteniendo la respiración profunda y regular mientras el corazón me late con fuerza. Él me observa desde el umbral de la puerta, como un depredador que sopesa si merece la pena devorar a su presa esta noche. El peso de su mirada hace que me arda la piel, y aprieto los muslos bajo las sábanas, odiando la respuesta de mi cuerpo. Siento cómo cataloga mi postura, mi respiración, adueñándose hasta de mi sueño como si fuera algo que vigilar. Entonces, la puerta se cierra con un suave chasquido.

El sillón de cuero cruje mientras él se acomoda en su puesto. Mi guardián regresa, y yo permanezco despierta, pensando en la música, en el hombre que crea semejante belleza en la oscuridad. En cómo alguien que se expresa a través de la violencia puede crear algo tan dolorosamente tierno. El cuero cruje con cada sutil cambio de peso, y

soy hiperconsciente de su respiración en la oscuridad, constante y controlada.

Siete días casada y estoy más lejos que nunca de comprenderlo. El monstruo al que vine a matar toca a Chopin a las dos de la madrugada, y yo finjo dormir mientras mi mundo se sale de su eje.

10 - Dante

Las dos de la madrugada, séptima noche en este sillón de cuero, y me estoy volviendo loco viéndola fingir que duerme.

Ana se remueve otra vez, y las sábanas de seda susurran contra su piel. El movimiento hace que el camisón se le suba por los muslos, dejando al descubierto una piel pálida que la luz de la luna recorta como si fueran acusaciones. No está dormida. Su respiración es demasiado controlada, demasiado acompasada. Ambos mantenemos esta farsa: ella fingiendo que duerme, yo fingiendo que no me doy cuenta de que está despierta.

Siete noches desde que prometí no tocarla sin permiso. Siete noches en las que se ha aferrado a esa daga como si fuera su salvación.

El sillón cruje cuando me recoloco, el cuero protesta por otra noche de esta tortura. No es una tortura física, el sillón es bastante cómodo. Esto es algo peor. Estar lo bastante cerca como para oler su champú, para oír cada una de sus respiraciones, para ver cómo le sube y le baja el pecho, y saber que no puedo tocar nada de eso.

Su mano se contrae en dirección a la mesilla de noche donde descansa la daga de Papá. Incluso en su falso sueño, mantiene su arma cerca. Bien. Sigue armada, pequeña guerrera. Sigue siendo peligrosa. Es lo único que hace que esto sea soportable, saber que podría intentar matarme en cualquier momento. Al menos esa violencia sería un contacto.

El camisón se le sube más al girarse, cubriéndole a duras penas el culo. Mi culo, técnicamente. El culo de mi mujer que no puedo tocar. El contrato la hace mía, pero su daga dice lo contrario. La contradicción me pone más duro de lo que he estado en años. ¿Me está poniendo a prueba? ¿A ver si rompo mi promesa? La polla me palpita dolorosamente contra la cremallera; llevo la última hora empalmado mientras la observo. El cuero del sillón probablemente tenga una marca permanente de mi agarre, de luchar contra el

impulso de cruzar esos tres metros y enseñarle exactamente lo que me provoca.

Se remueve de nuevo, y esta vez un pequeño sonido se le escapa de la garganta. No llega a ser un suspiro, no llega a ser un gemido. El sonido va directo a mi polla, y tengo que cerrar los ojos para mantener el control. Se me oprime el pecho al verla encogerse sobre sí misma; hay algo en la vulnerabilidad de este duermevela, que nunca mostraría completamente despierta, que hace que apriete la mandíbula.

El cargamento de Hadley llegó durante la boda la semana pasada, treinta millones mientras yo jugaba a las casitas con mi posible asesina. Marco se encargó, pero los rusos ya andan husmeando. Debería importarme más. En lugar de eso, estoy aquí sentado, componiendo sinfonías a su violencia en mi cabeza.

Necesito aire. Espacio. Distancia de esta mujer que planea mi muerte mientras hace que mi cuerpo arda de deseo.

Podría quedarme. Debería quedarme. Un guardián no abandona su puesto. Pero si me quedo un minuto más viendo cómo la seda se le pega a la piel, romperé cada promesa que he hecho. Poniéndome de pie con cuidado para no despertarla, aunque ambos sabemos que está, como mucho, medio dormida, me dirijo hacia la puerta. Ella se queda quieta al instante, con esa tensión reveladora que me indica que está siguiendo mis movimientos. Probablemente preguntándose si por fin voy a estallar, a reclamar lo que el contrato de matrimonio dice que es mío.

Que se lo pregunte. Que siga armada y preparada. La puerta se cierra en silencio a mi espalda, una retirada disfrazada de respeto.

La puerta de la sala de música se abre a una oscuridad total, pero no necesito luz para orientarme aquí. Tres pasos a la derecha, la mano encuentra la lámpara sin pensarlo. Una suave luz dorada ilumina el espacio, las paredes insonorizadas, partituras esparcidas por las superficies y, en el centro, el piano de cola Steinway de mi madre.

La banqueta acoge mi peso con una comodidad familiar. El mismo crujido que hacía cuando yo tenía quince años, antes de que esa noche me lo robara todo. La habitación todavía huele a cera para muebles y a papel viejo, pero ahora hay algo más, su olor impregnado en mi ropa. Incluso aquí, ella me invade.

Siento las teclas del piano frías bajo mis dedos, el marfil desgastado por años de uso de mi madre, y luego míos. Paso las manos sobre ellas sin presionarlas, buscando la música atrapada en mi garganta. Aquí es donde vengo a gritar sin sonido, a decir todo lo que mi voz arruinada no puede.

Empiezo con el *Nocturno en mi bemol mayor* de Chopin, los dedos encuentran la melodía familiar. Segura. Ensayada. Las notas fluyen automáticamente, memoria muscular de años tocando cuando las palabras se volvieron imposibles. Pero esta noche, algo cambia. Mis manos se rebelan contra las notas prescritas, arrastrando la melodía a una tonalidad menor que encaja mejor con el dolor de mi pecho.

El Chopin se disuelve, se convierte en algo completamente distinto. Algo nuevo. La melodía se transforma, subiendo y bajando como la respiración de Ana en la oscuridad. Notas agudas como la forma desafiante en que levanta la barbilla, notas graves como las sombras bajo sus ojos. Mi mano izquierda encuentra una línea de bajo que no debería funcionar con la melodía, pero lo hace, oscura y hambrienta, la banda sonora de verla fingir que duerme mientras yo finjo que no la deseo.

Esto ya no es Chopin. Esto es Ana. Su furia en los pasajes rápidos, su agotamiento en las secciones más lentas, la forma en que se aferra a su daga incluso en la cama, traducida en agudas notas en staccato que cortan las frases en legato. Esta escala ascendente, sus dedos corrigiendo el agarre de la daga después de que le mostrara el ángulo adecuado. Estas notas graves, su peso en mis brazos cuando la llevé a través de los cristales rotos. Esta disonancia, el sonido que hizo el plato al estrellarse contra nuestra pared.

Se me oprime el pecho con algo que no sé nombrar. Mis manos se mueven sin un pensamiento consciente, persiguiéndolo a través de las teclas. La música crece, violenta en algunos pasajes, tierna en otros.

Años de silencio me han enseñado que el piano contiene cada palabra que no puedo pronunciar. Esta noche, contiene palabras para las que ni siquiera tengo señas. La forma particular en que se le pega el camisón. Cómo me obligo a apartar la mirada, para luego fracasar y volver a mirar.

La tonalidad menor se hace más profunda, la melodía se vuelve más compleja, superponiendo las contradicciones de ella en armonía

y disonancia.

Mis manos se congelan a mitad de una frase. Estoy componiendo. Componiendo de verdad por primera vez en años.

La revelación me cae como un jarro de agua fría. Desde la noche en que perdí la voz, solo he tocado música de otros. Obras escritas por hombres muertos a los que nunca les rajaron la garganta, que nunca vieron a sus esposas tramar un asesinato durante el desayuno. Pero ahora, por culpa de Ana, algo nuevo pugna por salir.

Cojo una partitura de la mesita auxiliar, el lápiz vuela sobre los pentagramas mientras plasmo lo que mis manos acaban de descubrir. La notación es caótica, apremiante, pero no puedo perder esto. No cuando es lo primero que he creado en lugar de destruido en una década.

La composición es violenta en algunas partes, hermosa en otras y compleja en su totalidad. Como ella. Como nosotros. Como este matrimonio erigido sobre sangre y contratos, y como la forma en que ella firma amenazas de muerte con sus elegantes dedos. En mi mente, la titulo: «El vals de la viuda», solo que todavía no es viuda, aunque no por falta de intentos.

Mis dedos vuelven a las teclas para desarrollar el tema. Cada sección se ata a un recuerdo: ella lanzando el plato, aprendiendo lengua de signos solo para maldecirme como es debido. Y esta melodía dolorosa que regresa una y otra vez, la tortura de la proximidad, de estar tan cerca de lo que no puedo tener.

La pieza crece hacia algo que aún no comprendo. Mis manos buscan una resolución que no existe, igual que en nuestro matrimonio. Estamos suspendidos entre la violencia y… ¿qué? No la paz. Nunca la paz. Sino otra cosa. Algo que me hace componer a las dos de la madrugada mientras ella finge dormir un piso más arriba.

Escribo más deprisa, intentando capturar cada matiz antes de que se escape. Esta es su música, nacida de observarla existir en mi espacio. Ha invadido más que mi casa, ha invadido mi creatividad, ha roto diez años de silencio musical.

Un suave crujido en el piso de arriba detiene mis manos sobre las teclas. El sonido es deliberado, controlado; es la puerta de nuestro dormitorio abriéndose. Ana está escuchando. Mi pequeña asesina siente curiosidad por la música del monstruo.

Sin pensarlo, suavizo la melodía, atenuando sus aristas violentas. Si va a escuchar, que oiga algo que pueda hacerla preguntarse. La

música cambia, deja de tratar sobre mi anhelo y se centra más en la protección. Estas notas dicen lo que no puedo expresar con signos: estás a salvo conmigo. Incluso mientras tramas mi muerte, incluso mientras aprietas tu cuchillo, conmigo estás más segura que en ningún otro lugar de este mundo.

La melodía se transforma en algo parecido a una nana, si es que las nanas pudieran contener violencia en sus bordes. Mis manos encuentran frases que hablan de paciencia, de espera, de un hombre que podría partirle el cuello pero que en su lugar elige dormir en un sillón. Esta es mi confesión a través de las teclas, que su odio está más a salvo conmigo que su amor con cualquier otra persona.

La oigo acercarse, probablemente hasta lo alto de la escalera. Escuchando, pero sin bajar; curiosa, pero sin rendirse. Perfecto. Que la música viaje hasta ella, que le susurre lo que mis manos nunca podrían signar con suficiente claridad: veo tu dolor y lo igualo con el mío. Intenta matarme mañana, que yo seguiré velando tu sueño.

La composición vuelve a crecer, pero se mantiene suave, como violencia envuelta en seda. Esta sección es para ella, la mujer que aprendió lengua de signos para enfrentarse a mí como es debido. Que vino aquí en busca de venganza pero en su lugar encontró un guardián.

La oigo moverse arriba, quizá sentándose en el escalón más alto. La distancia entre nosotros trazada en notas y tablas del suelo, en melodía y silencio. Está escuchando mi única voz, la que vive en las teclas de marfil y en una cuidada composición.

Cierro el piano con cuidado, recogiendo la partitura, su composición, aunque ella todavía no lo sabe. La escalera acoge mi peso en silencio mientras subo, dándole tiempo. Puedo oírla correr de vuelta a la cama, los pies rápidos sobre el suelo, el susurro de las sábanas al ser colocadas apresuradamente.

Cuando abro la puerta de nuestro dormitorio, está demasiado quieta. Esa respiración controlada que se esfuerza tanto en imitar el sueño pero que no logra del todo los ritmos aleatorios de la verdadera inconsciencia. La luz de la luna se refleja en el colgante con forma de cuchillo que lleva al cuello, el que ahora usa para dormir como una armadura o una promesa.

Cruzo la habitación hasta mi sillón, mi prisión y mi puesto, y me acomodo en el cuero que empieza a amoldarse a mi cuerpo después de siete noches. Ella se mueve ligeramente y, en lugar de girarse

hacia la pared como cada noche, se gira hacia mí. El leve movimiento me corta la respiración. ¿Un avance o se está colocando para atacar? Con Ana, podría ser cualquiera de las dos cosas.

Mis manos se mueven en la oscuridad, sabiendo que ella observa a través de los ojos apenas cerrados:

—¿Te he despertado?

Una larga pausa, y entonces sus dedos se alzan de entre las sábanas, signando:

—No estaba durmiendo.

—Lo sé.

La verdad flota entre nosotros, pesada y eléctrica. Ambos estamos siempre alerta, siempre observando, atrapados en esta danza de violencia y algo más a lo que ninguno de los dos quiere ponerle nombre.

Sus manos se mueven de nuevo:

—La música… —Sus dedos tiemblan en el último signo, deteniéndose en el aire como si intentara atrapar palabras que no existen en ningún idioma que conozca.

Se detiene, los dedos suspendidos como alas rotas.

Espero, pero no continúa. Finalmente, signo:

—Duerme, Ana. Mañana lo intentas otra vez.

Su respuesta llega rápida:

—Mañana puede que me dejes conseguirlo.

La casi sonrisa tira de mis labios:

—Mañana no.

Las palabras suenan como una promesa que no debería hacer. Como si ya estuviera demasiado implicado en mantenerla con vida cuando ella está implicada en mi muerte.

Me hundo más en el sillón y ella vuelve a moverse. Sigue mirando hacia mí en lugar de hacia el otro lado. Su respiración se ralentiza gradualmente, se vuelve real esta vez; el agotamiento por fin gana la batalla. Pero se ha girado hacia mí. Después de siete noches dándome la espalda, por fin mira en mi dirección.

La composición descansa en el suelo junto a mi sillón, su canción escrita por mi mano. Mañana la volveré a tocar, dejaré que oiga más de lo que vive en el silencio entre nosotros. Mañana intentará matarme, y yo le corregiré la postura, y fingiremos que esto va de odio cuando se está convirtiendo en algo completamente distinto.

Pero esta noche duerme de cara a mí, en lugar de espaldas, y ese pequeño gesto se siente como si el mundo se saliera de su eje.

Estamos los dos muy jodidos.

11 - Ana

Ocho noches con la música de su piano taladrándome el cráneo como una hermosa tortura. Ocho noches fingiendo dormir mientras él me observa desde ese sillón de cuero. Ocho noches de esta paciencia imposible que me da ganas de arrancarme la piel solo para sentir algo real.

No puedo más.

El pasillo se extiende ante mí, la luz de la tarde se cuela por unas ventanas que me he aprendido de memoria de tanto pasear. Mi cerebro agotado procesa cada paso como si nadara en miel. La puerta de su estudio está abierta, una invitación o una trampa. El humo de un cigarrillo sale flotando y se mezcla con algo más oscuro. Él. Siempre él, llenando cada rincón de esta casa hasta que no puedo respirar sin saborear su presencia.

No llamo a la puerta. Se supone que ahora esta también es mi casa, ¿no?

Dante está sentado detrás de su escritorio de caoba, con una tableta en una mano y un cigarrillo consumiéndose en un cenicero de cristal. El mismo escritorio donde me ayudó con los papeles de la herencia de papá hace solo unos días. Detrás de él, la pared exhibe un arsenal. Cuchillos antiguos, pistolas modernas, todo decorativo pero funcional. Un recordatorio de lo que es. No levanta la vista cuando entro, pero percibo el sutil movimiento de sus hombros. Sabe que estoy aquí. Siempre lo sabe.

Muevo las manos con brusquedad, de forma agresiva, y signo: —La música me molesta.

Por fin, esos ojos oscuros se alzan hacia los míos. Una ceja se enarca, una pregunta sin palabras. Deja la tableta con una calma deliberada y me presta toda su atención. El peso de esta me revuelve el estómago y la humedad se acumula entre mis muslos. *Madonna, ¿por qué su atención me afecta de esta manera?*

—Cada noche —continúo, mis gestos cada vez más bruscos—. Tocas ese piano como si intentaras volverme loca.

Da una lenta calada a su cigarrillo y exhala el humo, que se enrosca entre nosotros. Sus manos se mueven con esa gracia exasperante: —¿Preferirías silencio?

—Preferiría que actuaras como el monstruo que eres.

Aparece su casi sonrisa, esa que me da ganas de tirar cosas. —Estoy actuando como lo que soy.

—Cobarde —signo, acercándome a su escritorio—. Te sientas en ese sillón cada noche, observándome como una especie de pervertido. ¿Qué clase de hombre hace eso?

Algo parpadea en sus ojos, la misma mirada que probablemente pone antes de ordenar la muerte de alguien, pero no muerde el anzuelo. Simplemente continúa estudiándome con esa paciencia enloquecedora, como si yo fuera un puzle que tiene todo el tiempo del mundo para resolver.

—Un marido que observa a su mujer dormir —signa él en respuesta, cada movimiento preciso y controlado—. No tiene nada de pervertido.

Esa afirmación tan natural hace que me hierva la sangre. —No soy tu mujer. No de verdad.

Mira deliberadamente mi mano izquierda, donde su anillo pesa. —La ley dice lo contrario. Los contratos Hadley dicen lo contrario. Chicago dice lo contrario.

—La ley se puede ir al infierno. —Mis gestos son tan agresivos que me duelen las manos—. Y tú también.

—Con el tiempo —asiente, esa casi sonrisa aún jugando en sus labios—. Pero hoy no.

Quiero gritar. Quiero agarrar su camisa perfectamente planchada y sacudirlo hasta que ese control se resquebraje. Hacer que se enfade. Hacer que sea cruel. Convertirlo en algo que pueda odiar como es debido en lugar de este guardián paciente que toca sinfonías de medianoche.

—Te sientas en ese sillón como un pervertido —signo con saña—. Todas las noches. Mirándome.

—Mi habitación —responde con calma en lengua de signos—. Mi sillón. Mi derecho.

Mi mano va hacia el anillo y me lo arranco con fuerza suficiente como para hacerme daño. El metal vuela sobre el escritorio, apuntando a su pecho. Lo coge con una sola mano sin siquiera

parpadear, con los mismos reflejos que probablemente le ayudan a sobrevivir a intentos de asesinato.

—Ahí tienes —signo con manos temblorosas—. Ahora no soy tu mujer.

Examina el anillo, haciéndolo girar a la luz de la ventana. Luego se lo guarda en el bolsillo con la misma calma que me impulsa a querer destruir todo lo que hay en esta habitación.

—Te lo volverás a poner —signa.

—Oblígame.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, un desafío que no debería haber lanzado. La temperatura de la habitación desciende y me doy cuenta de que, por fin, he cruzado una línea. Su cigarrillo se apaga en el cenicero con un suave siseo. Se levanta lentamente, desplegándose de la silla con esa gracia fluida que me recuerda que no solo es paciente. Es peligroso.

Incluso a través del escritorio, su presencia llena el espacio entre nosotros. Metro noventa de amenaza silenciosa, y yo le he pedido que me obligue.

Cazzo, ¿qué he hecho?

Dante rodea el escritorio con la gracia de un depredador y me niego a retroceder, aunque el corazón me martillea en el pecho. Se detiene justo antes de tocarme, lo suficientemente cerca como para sentir el calor que irradia su cuerpo. Mi espalda choca con el borde del escritorio y, de repente, estoy atrapada entre la caoba y el músculo.

Levanta las manos para encerrarme contra el escritorio, con las palmas planas sobre la superficie, enjaulándome sin contacto. Manos que han matado, manos que firman sentencias de muerte con la misma facilidad que canciones de amor. Desde tan cerca puedo oler su colonia, el humo del cigarrillo adherido a su camisa, y algo por debajo que es puramente él. Mis pezones se endurecen contra el vestido, tanto que duelen, y sé que puede verlos a través de la fina tela.

Se inclina y siento su aliento rozarme el cuello. Sigue sin tocarme, pero cada nervio de mi cuerpo grita, consciente de su presencia. Sus manos se mueven en el espacio que nos separa, signando tan cerca que siento el desplazamiento del aire: —¿Quieres un monstruo?

Mi mano se crispa, yendo hacia el cuchillo de mi bota. Tiene que saber que está ahí, pero sus ojos me desafían a intentarlo.

—Sí —respondo en lengua de signos, aunque me tiemblan las manos. Esto es lo que quería. Hacerle reaccionar. Hacerle ser cruel.

—Entonces, ¿por qué —continúa signando él, de forma deliberada y mesurada—, te quedas todas las noches delante de mi puerta, escuchando mi música?

La pregunta es más cortante que un puñal. —Yo no…

—Sí que lo haces. —Me sostiene la mirada con sus ojos oscuros y conscientes de todo—. ¿Crees que no me doy cuenta? Tu respiración cambia cuando toco ciertas piezas. Te apoyas en la puerta durante las partes tristes.

Se me enciende la cara de humillación y de algo más. Un calor se me acumula entre los muslos y me odio por la humedad que se forma allí. —Tu música… Ya sé por qué tocas. Me dijiste que es tu voz, tu forma de gritar sin sonido. Pero ¿por qué tocas cosas que me hacen…?

—¿Hacerte qué? —Sus señas son ahora más cercanas, íntimas.

—Hacerme olvidar que te odio.

Un destello de dolor cruza sus facciones y desaparece tan rápido que podría haberlo imaginado. —Quizá esa sea la cuestión.

—Una vez tuviste una voz de verdad.

—Me la quitaron.

—¿Quién? —Aunque ya sé la respuesta. Los hombres de mi familia. Su venganza.

No responde. En su lugar, signa: —La música que odias es la única forma que tengo de decir ciertas verdades. Y tú la llamas preciosa cuando crees que no puedo oírte.

—Yo nunca…

—Anoche. Susurraste «precioso» durante el tercer movimiento.

Pillada. Expuesta. Lo empujo con fuerza en el pecho con ambas manos. Él no se inmuta, pero me agarra las muñecas, con firmeza pero sin hacerme daño. Ahora estamos conectados, sus manos envuelven las mías, y el contacto me envía una descarga eléctrica que me recorre los brazos hasta llegar directa a mi coño.

—¡Suéltame! —Las palabras brotan en inglés, quebradas por la emoción.

Aprieta un poco más su agarre, con la mandíbula tensa por el esfuerzo de contenerse. —¿Has empujado? Te he devuelto el empujón. ¿No te gusta el juego?

Intento levantar la rodilla, pero me bloquea con su muslo y se coloca entre mis piernas. La postura nos presiona el uno contra el otro, un contacto de cuerpo entero, y ambos nos quedamos helados. Puedo sentir su pecho contra el mío, la rápida subida y bajada de su respiración. Y más abajo, *Madonna mia*, lo siento duro contra mi estómago a través de su traje caro.

Mi cuerpo es un traidor, humedeciéndose donde su muslo presiona contra el mío. Esto está mal. Él mató a Papá. Mató a mi tío. Me robó todo lo que alguna vez importó. Pero a mi coño no le importa la venganza, solo su calor, su tamaño, la forma en que me hace sentir pequeña y protegida y furiosa, todo a la vez.

—Dante —susurro, y su nombre se me escapa antes de que pueda evitarlo. La primera vez que lo digo en voz alta.

Sus manos se aprietan en mis muñecas, casi con dolor, y veo cómo su autocontrol se resquebraja por los bordes. Su mirada baja hasta mi boca, y un calor que no tiene nada que ver con la rabia me inunda. Sus manos, donde sujetan las mías, tiemblan ligeramente.

Nos quedamos así, paralizados. Mi espalda contra el escritorio, su cuerpo presionado contra el mío, ambos respirando demasiado agitados como para que esto siga tratándose de una pelea. Siento su corazón latir contra mi pecho, rápido y salvaje, nada que ver con el hombre controlado que finge ser. El ritmo coincide con el mío, dos corazones martilleando la misma melodía desesperada. Su polla palpita contra mi vientre, y la humedad inunda mis bragas.

Mi cerebro agotado no puede procesar si esto es deseo o simplemente otra forma de guerra.

Entonces, de repente, me suelta las muñecas y da un paso atrás, creando un espacio entre nosotros que se siente extraño después de ese contacto. La piel todavía me arde donde me ha tocado, una presión fantasma que me hace querer buscarlo. No. Eso no es lo que quiero. No puede serlo.

Saca el anillo de su bolsillo, lo coloca en el escritorio a mi lado con un cuidado deliberado. El metal produce un suave chasquido contra la madera.

—Vuelve a ponértelo —signa, y ahora hay algo diferente en sus movimientos. Menos controlados. Más desesperados.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Su respuesta me sorprende: —Toco el piano por la noche para no hacer esto.

—¿Hacer qué?

—Tocarte sin permiso.

La confesión queda suspendida entre nosotros, cruda y honesta. Él también ha estado luchando contra esto. Sea lo que sea esta cosa peligrosa que hay entre nosotros, ha estado usando la música para mantenerla a raya. Todas esas sinfonías de medianoche no eran solo una expresión. Eran contención.

Se dirige hacia la puerta y luego se vuelve. Le tiemblan ligeramente las manos mientras signa: —¿Quieres que sea cruel? Esta es mi crueldad. Desearte y contenerme para no tomarte. Tocar música en lugar de jugar con la forma en que tu cuerpo responde al mío.

Se me corta la respiración. Se ha dado cuenta. Por supuesto que se ha dado cuenta. Sabe lo húmeda que estoy, cómo se me han endurecido los pezones por él, cómo mi cuerpo ha traicionado cada promesa que le hice a la memoria de Papá.

—No te di permiso para desearme —signo desesperadamente.

Esa casi sonrisa aparece, triste esta vez. —No. No lo hiciste.

Me deja allí, temblando contra su escritorio, con el anillo a mi lado atrapando la luz de la tarde. La puerta no se cierra. Nunca me excluye por completo, pero sus pasos se desvanecen por el pasillo.

Mis dedos no dejan de temblar mientras cojo el anillo. El metal está caliente por su bolsillo, y odio que este detalle importe. Odio darme cuenta. Odio que mi cuerpo todavía sienta la huella del suyo presionado contra el mío, su polla dura contra mi vientre, su muslo entre mis piernas.

Me lo deslizo de nuevo en el dedo, su peso ya familiar después de ocho días. Señora Rosetti. El nombre que se supone que es mi venganza, no mi confusión.

Desde algún lugar en las profundidades de la casa, la música de piano empieza de nuevo. Pero esta es distinta a sus habituales composiciones de medianoche. Más oscura. Más furiosa. Llena de la misma frustración que me está consumiendo por dentro. Las notas chocan y colisionan, violentas y hermosas, y reconozco el sentimiento que transmiten. Deseo. Un deseo desesperado, indeseado, innegable.

Está tocando lo que acaba de pasar entre nosotros. Traduciendo nuestro peligroso momento a una música que me oprime el pecho y hace que mi coño palpite.

Las piernas ya no me sostienen. Me hundo en la silla de su escritorio, todavía caliente por él, y el cuero huele a tabaco y sándalo. Mi cuerpo recuerda su calor, el muro macizo de su cuerpo presionado contra el mío, su muslo entre los míos. Aprieto los muslos, intentando detener la punzada que se intensifica allí.

Este no era el plan. Santo Dio, este no era el plan.

Se suponía que tenía que ser cruel para que yo pudiera odiarlo como es debido. En cambio, es paciente y complejo, y toca el piano para no tocarme sin permiso. En cambio, mi cuerpo me traiciona cada vez que está cerca, humedeciéndose de deseo por mi enemigo.

La música crece, apasionada y atormentada, y sé que está luchando contra el mismo fuego que me consume. Ambos ardemos en esta hermosa prisión, dando vueltas el uno en torno al otro como púgiles que han olvidado por qué pelean.

Mi mano se desliza bajo el vestido antes de que pueda evitarlo y busca la humedad que él ha provocado. Me toco en su silla, odiando que sea su cara la que veo cuando cierro los ojos, sus manos las que imagino en el lugar de las mías. La música llega al crescendo mientras muevo los dedos más rápido, y me muerdo los labios para no gritar su nombre cuando me corro; mi cuerpo se estremece con una mezcla de liberación y vergüenza a partes iguales.

Llevo ocho noches casada y estoy más lejos que nunca de matarlo. Porque ahora sé cómo se siente su cuerpo presionado contra el mío. Ahora sé que su corazón late tan deprisa como el mío cuando nos tocamos. Ahora sé que él también me desea, y ese conocimiento es más peligroso que cualquier arma.

Mis dedos repasan el anillo, una y otra vez, mientras su música llena la casa con una oscura confesión. Mañana intentaré odiarlo de nuevo. Mañana recordaré por qué he venido aquí.

Esta noche, me siento en su silla con las manos temblorosas y el eco de mi vergonzoso orgasmo, escuchándolo tocar su deseo en las teclas, ambos ahogándonos en anhelos que nunca pedimos.

12 - Ana

—La señora Rosetti no puede llevar los mismos cinco vestidos para siempre —declara Maria, tirando de mí hacia el interior de la boutique a través de las puertas de cristal antes de que pueda protestar—. Es una vergüenza para la familia.

Noveno día de matrimonio, y me he rendido a la incansable amabilidad de Maria. De todos modos, mi agotamiento hace que luchar sea inútil. Siento que mis extremidades se mueven entre miel, y cada parpadeo dura más que el anterior. Dos guardias nos siguen al interior, intentando parecer despreocupados mientras sus ojos escudriñan cada rincón. Uno se coloca cerca de la entrada, el otro se desliza hacia el fondo. En el mundo de los Rosetti, hasta ir de compras requiere una escolta armada.

La boutique huele a cuero caro y a rosas, todo mármol color crema y luces tenues que hacen que todo parezca un sueño. O quizá es solo mi cerebro, privado de sueño, el que crea halos alrededor de las lámparas de araña. Maria parlotea en un italglish vertiginoso y agita las manos mientras describe cada vestido que le llama la atención.

—¡Este! Perfecto para las cenas. Y con este, el señor Dante se morirá cuando te vea.

—No me visto para él —mascullo en italiano, pero, aun así, mis dedos traidores se detienen en un vestido de seda rojo. La tela parece agua, fresca y suave contra mi piel. *Madonna, ¿cuándo he empezado a pensar en lo que a él le gustaría?*

—Solo inglés —me regaña Maria, aunque si pudieran hablar en italiano, todo sería más fácil. Otra regla arbitraria más en la casa de los Rosetti—. Y, por supuesto, que no te vistes para el señor Dante —dice Maria, con una sonrisa cómplice—. Pero pruébatelo. Por Maria, ¿sí?

Los espejos del probador reflejan a una desconocida. El vestido rojo se me ciñe de una forma que mi ropa sencilla nunca lo hace, transformándome en alguien que de verdad podría pertenecer al

mundo de Dante. Me giro, observando cómo la seda se mueve como pecado líquido sobre mi cuerpo. El agotamiento me obliga a ser sincera conmigo misma. Me imagino sus manos sobre esta tela, me imagino sus ojos oscureciéndose al verme.

Mis dedos se mueven en el espejo y le digo a mi reflejo en lengua de signos: «Te estás perdiendo a ti misma».

Pero, de todos modos, le digo a Maria que envuelva el vestido rojo, junto con otros tres que, según insiste, son «esenciales para una esposa como es debido». La boutique los añade a mis nuevas cuentas. Una herencia que no sabía que existía, explicada con la esmerada caligrafía de Dante mientras yo estaba sentada en su silla, rodeada de su aroma.

La campanilla de la puerta de la boutique suena mientras salimos a Michigan Avenue. Llevo los brazos cargados de bolsas de la compra y el agotamiento hace que pesen como plomo. Entonces, los guardias se tensan y mi cuerpo reconoce el peligro antes de que mi mente cansada se dé cuenta. Sus manos se deslizan hacia las armas ocultas y sus cuerpos se mueven para flanquearnos.

Tres hombres se acercan a través de la multitud vespertina. Se me hiela la sangre, luego me arde y se me vuelve a helar al reconocer al que va al frente. Giuseppe. *Dio mio, Giuseppe no*. El hombre que me enseñó a cargar una pistola cuando cumplí los doce, que me llamaba «pequeña guerrera» y me pasaba bombones a escondidas durante las reuniones familiares.

—Ana Moretti —dice Giuseppe, su voz se oye por toda la acera mientras continúa en italiano—. No Rosetti. Nunca Rosetti.

Las palabras escuecen. Mi mente agotada busca el inglés, no lo encuentra y se queda en italiano: —El matrimonio está consumado, Giuseppe. La paz está firmada.

Su rostro curtido se contrae con asco. —Su padre se revuelve en su tumba al saber que su hija se abre de piernas para el asesino de él.

Las crudas palabras de este hombre que me sentaba en sus rodillas hacen que se me suba la bilis a la garganta. Maria ahoga un grito a mi lado. Un guardia da un paso al frente, pero la mano de Giuseppe se mueve hacia la cinturilla de su pantalón, revelando la pistola que lleva allí. Los otros dos hombres que lo flanquean imitan el gesto.

—No reconocemos esta falsa paz —continúa Giuseppe, alzando la voz—. Romeo Moretti se merecía algo mejor que una hija puta que

traiciona su memoria.

Cada palabra es un golpe. Me tiembla la mano con la necesidad de llevarla a mi muslo, donde debería estar la navaja de papá, pero he olvidado ponérmela esta mañana. Quizá de verdad estoy olvidando quién soy. Tres pistolas contra nada más que agotamiento y vergüenza.

—Deberían haberte matado con tu padre —escupe el segundo hombre—. Terminar lo que empezaron aquella noche. Al menos así habrías muerto con honor en lugar de vivir como el juguete del enemigo.

La amenaza hace que me flaqueen las rodillas, no por miedo, sino por darme cuenta de que algunos de los hombres de mi padre me quieren muerta por haber sobrevivido. El metal de las pistolas brilla bajo el sol de la tarde. Los compradores inocentes pasan de largo, ajenos al peligro que se arremolina a nuestro alrededor. Mi cuerpo agotado apenas puede mantenerse en pie, y mucho menos luchar.

—Lo traicionas todo —dice Giuseppe, acercándose—. Todo lo que tu padre construyó, todo por lo que murió, lo has tirado por la borda para calentar la cama de un monstruo.

Dante aparece como humo que cobra forma.

En un momento Giuseppe está avanzando y, al siguiente, una mano le agarra el brazo con el que empuña la pistola. El crujido del hueso al romperse me revuelve el estómago, incluso cuando algo oscuro y hambriento despierta en mi pecho. El grito de Giuseppe se interrumpe bruscamente cuando su pistola cae con estrépito sobre la acera.

Tres segundos. Mi corazón ni siquiera termina su tartamudeo aterrorizado y ya hay tres hombres armados sangrando en la acera. La violencia silenciosa que emplea me deja sin aliento. Este es mi marido. Esta cosa hermosa y terrible que destruye por mí.

El segundo hombre lanza un puñetazo al aire, pero Dante fluye bajo el golpe como el agua y le clava el puño en la garganta. El crujido húmedo me hace estremecerme y apretar los muslos al mismo tiempo. El hombre cae, boqueando, con las manos agarrándose la tráquea aplastada. Dante le quita la pistola con el mismo movimiento; el metal desaparece en su chaqueta.

El tercero levanta su arma, con el dedo en el gatillo. Una navaja aparece en la mano de Dante. *¿De dónde ha salido?* Vuela en un arco plateado. La hoja se clava en el hombro del pistolero, haciéndole

girar hacia un lado. Su pistola se dispara contra el hormigón mientras cae.

El olor cobrizo a sangre se mezcla con la colonia de Dante, sándalo y violencia, y mi cuerpo traidor responde con un calor húmedo entre mis muslos. Él se interpone entre los peligros y yo, su cuerpo es un escudo que protege lo que es suyo. La muerte encarnada en un traje caro, y, *Cristo*, nunca ha estado más guapo que cuando está destruyendo las amenazas contra mí.

Giuseppe acuna su brazo destrozado contra el pecho; el hueso sobresale en un ángulo antinatural a través de la manga. El sonido que emite, parte sollozo, parte furia, viniendo de este hombre que me enseñó lo que es la fuerza, rompe algo en mi pecho.

Maria gimotea detrás de nosotras. Las bolsas de la compra se desparraman por la acera, con el vestido rojo asomando como si fuera sangre derramada. El que elegí imaginando su mirada sobre mí. Ahora es él quien derrama sangre de verdad, y mi cuerpo no sabe si está horrorizado o excitado.

Giuseppe consigue ponerse de rodillas con el rostro contraído por el dolor y la rabia.

—No merece su lealtad, demonio Rosetti.

Dante lo levanta con una sola mano y lo estampa contra el escaparate de la boutique con la fuerza suficiente para resquebrajar el cristal. Su otra mano se mueve en rápidos signos dirigidos a mí:

—Cierra los ojos.

No lo hago. Necesito ver esto, necesito entender con qué me he casado. La multitud de testigos se agolpa, acercándose más, con los móviles en alto para capturar cada momento. El pulso me martillea en los oídos mientras los dedos de Dante encuentran puntos concretos en el cuello de Giuseppe. No lo estrangula, sino que presiona deliberadamente. Los ojos de Giuseppe se ponen en blanco y su cuerpo convulsiona en las manos de Dante. Tres segundos después, Dante lo suelta. Giuseppe se desploma, consciente pero incapaz de moverse, con los nervios temporalmente bloqueados.

La multitud ha crecido; ahora son al menos treinta testigos con sus móviles grabando esta exhibición tan pública. Toda la calle se ha detenido para ver cómo se desarrolla este enfrentamiento a plena luz del día. Cada desconocido aquí presente difundirá la historia de lo que ocurra a continuación.

Dante se vuelve hacia mí y se me corta la respiración. Sus manos me recorren los brazos, las costillas, comprobando si estoy herida. Su tacto hace que mis pezones se endurezcan contra la tela del vestido. Acaba de destrozar a tres hombres por amenazarme, y mi cuerpo interpreta su violencia como un juego previo. *¿En qué clase de ser retorcido me estoy convirtiendo en su presencia?*

Cuando sus manos me enmarcan la cara, obligándome a mirarlo a los ojos, veo que la preocupación resquebraja su fachada de control. Me roza la mejilla con el pulgar y me doy cuenta de que estoy llorando. ¿Cuándo he empezado?

—Estás a salvo —dice por señas—. Te tengo.

—No necesitaba… —empiezo a responderle por señas, pero me tiemblan demasiado las manos.

—Sí, lo necesitabas. Y siempre vendré.

Siempre. La palabra se me clava bajo la piel como una promesa que nunca pedí, pero que de repente deseo con desesperación.

Giuseppe gime desde el suelo:

—Puta de los Rosetti. Tu padre…

El pie de Dante presiona la garganta de Giuseppe, no lo suficiente como para matarlo, pero sí para acallar sus palabras. No me quita los ojos de encima mientras gesticula por señas:

—Elige ahora. Tu familia o la mía. Elige tu lealtad delante de estos testigos.

La multitud se acerca aún más, un mar de móviles grabándolo todo. Este momento se extenderá por los bajos fondos de Chicago antes del anochecer. Cada testigo está a la espera de oír a Ana Moretti tomar partido.

Las palabras se me desgarran en la garganta como una confesión:

—Soy Ana Rosetti.

Delante de todos estos desconocidos, con sus móviles grabando mi traición, elijo al hombre que mató a mi padre. Lo elijo porque acaba de convertirse en un arma para mí. Lo elijo porque, por primera vez desde que Papà murió, me siento protegida en lugar de acosada. La traición sabe a seguridad, y al instante me odio por ello. Sé que más tarde querré arrancar esas palabras del universo, esta noche en la cama, pero por ahora me parecen correctas.

De vuelta en la mansión, llevo a Dante a nuestro cuarto de baño. Tiene los nudillos despellejados, con la sangre manando de la piel

desgarrada. Estas manos que acaban de dejar fuera de combate a tres hombres ahora necesitan mis cuidados.

Se sienta en el borde de la bañera mientras me arrodillo con el botiquín, la misma escena a la inversa que cuando me vendó los pies. Siento su sangre caliente en mis manos mientras le limpio cada herida; es tan distinta de la sangre de Papà aquella noche. Aquello fue un final. Esto es… *Madonna, ¿qué es esto?*

—No tenías que protegerme así —digo, pero el inglés me falla a media frase; el agotamiento hace que las palabras extranjeras se deshagan.

Me toca los labios con un dedo, con suavidad, deteniendo el resto de las palabras. El contacto envía calor directo a mi centro. Cuando levanto la vista, sus señas son lentas, deliberadas:

—Sí. Siempre. Protegerte es mi deber.

—¿De mi propia familia? —Mi voz se quiebra, y me paso al italiano sin querer—. *Dalla mia famiglia?*

—De cualquiera que te amenace.

—¿Por qué? —La pregunta se me escapa de nuevo en inglés—. ¿Por qué te importa lo que me pase?

Me sostiene la mirada durante un largo instante. Luego sus manos se mueven con más énfasis:

—Llevas mi anillo. Duermes en mi cama. Llevas mi apellido.

Cada afirmación consolida su derecho sobre mí, y mi cuerpo responde a la posesión de sus movimientos. Esto no es solo una cuestión de deber. Es una cuestión de propiedad. Le pertenezco de formas que no tienen nada que ver con contratos.

No hace más señas, solo me observa trabajar con esa atención paciente que me abrasa la piel. Mis manos siguen curándole las heridas con delicadeza, aplicando con esmero una pomada antibiótica. Tengo mucho cuidado de no hacerle daño a este hombre que acaba de romperle el brazo a otro por insultarme. ¿Cuándo he empezado a preocuparme por su dolor?

Su respiración cambia cuando me inclino para examinar un corte especialmente profundo. Puedo sentir su calor, oler en su piel el aroma persistente de la violencia y del perfume caro. Mi cuerpo agotado se balancea hacia él sin mi permiso.

Mi viejo vestido se me pega a las curvas. El algodón está manchado de sangre. De Giuseppe o de él, no estoy segura. Debería

darme asco. En cambio, me imagino que me lo quita más tarde, sus nudillos despellejados rozando la cremallera.

«Protegerte es mi deber», había dicho por señas con esas manos heridas. Esa afirmación posesiva debería enfadarme. En su lugar, el calor se acumula en mi bajo vientre al recordar cómo se interpuso entre el peligro y yo. El monstruo de leyenda, mío.

Mis dedos se demoran en su muñeca, sintiendo su pulso firme y fuerte bajo mi tacto. ¿Cómo puede estar tan tranquilo después de esa violencia? ¿Cómo puede estar aquí sentado, dejándome curarlo como si esto fuera normal? ¿Como si protegerme fuera simplemente lo que hace ahora?

Su otra mano se levanta, gesticulando con una sola:

—El vestido rojo. Lo elegiste para mí.

No es una pregunta. Me ha visto comprar, probablemente me ha visto probármelo. Lo sabe. El calor me inunda las mejillas.

—Maria dijo que te gustaría —susurro.

Aparece esa casi sonrisa, la que me revuelve el estómago. Sus ojos se oscurecen al recorrer mi vestido de algodón manchado, observando cómo se pega, cómo revela, haciendo que de alguna manera parezca tan sexi como el rojo. Cuando su mirada vuelve a la mía, el ardor que hay en ella hace que se me corte la respiración.

Estamos tan cerca que puedo ver las motas doradas en sus ojos oscuros; tan cerca que si me inclinara solo un poco…

No. Es el agotamiento el que habla por mí. Nueve días sin dormir como es debido que me hacen imaginar cosas que no existen. Que me hacen desear cosas que no debería desear del hombre que destrozó a mi familia.

Pero mientras le envuelvo los nudillos con la venda, su mano coge la mía. Solo un instante. El tiempo justo para que su pulgar presione donde se me acelera el pulso en la muñeca. Igual que hizo en nuestro primer encuentro. Marcando el lugar donde el corazón se me acelera por él.

Cuando me suelta, la piel me arde con el recuerdo del contacto. Mañana recordaré por qué lo odio. Mañana seré más fuerte.

Esta noche solo soy Ana Rosetti, curando las heridas de su marido, con el cuerpo todavía vibrando por haberlo visto convertirse en la muerte encarnada en mi defensa.

¿Y lo peor de todo? Lo peor de todo es lo segura que me siento ahora, sabiendo que siempre vendrá a por mí.

13 - Dante

El cuarto de baño huele a cobre y a violencia. Ana se arrodilla frente a mí, que estoy sentado en el borde de la bañera, y me posa las manos con delicadeza sobre los nudillos despellejados. El contraste me oprime el pecho. Esas mismas manos que empuñan cuchillos en la oscuridad ahora me curan las heridas que me he hecho protegiéndola.

—No te muevas —murmura mientras me aplica antiséptico en un corte especialmente profundo. El escozor no es nada comparado con la tortura de su proximidad. Su champú, a jazmín y a algo más dulce, me inunda los pulmones con cada bocanada de aire.

Se acerca más, intentando encontrar un mejor ángulo para mi mano izquierda. Su rodilla choca con la mía y, sin pensárselo, pasa la pierna por encima y se sienta a horcajadas sobre mi rodilla para tener más estabilidad. La inocente funcionalidad del gesto casi acaba conmigo. Está totalmente concentrada en limpiarme la sangre de los nudillos, sin darse cuenta de que está pegada a mí, con su muslo cálido contra el mío a través de la fina tela de su vestido de algodón.

Su muslo presiona con más fuerza contra el mío al inclinarse, y se me pone dura al instante. Está tan concentrada en mis heridas que no se da cuenta de que me la estoy imaginando tirando de ella para sentarla en mi regazo y restregándola contra mí hasta que admita que se compró ese vestido rojo para que la deseara. Hasta que gima mi nombre mientras se deshace. El algodón está tibio por el calor de su piel, húmedo por el sudor del terror que ha pasado hoy.

Con la mano libre me aferro al borde de la bañera hasta que los nudillos se me quedan tan blancos como la porcelana. Todos mis instintos me gritan que tire de ella y la siente en mi regazo, que le demuestre exactamente lo que su proximidad me provoca. En vez de eso, me quedo completamente quieto, dejándola hacer. Su aliento me roza la muñeca cuando se inclina más para examinar un corte cerca de mi pulgar. Cada exhalación hace que me palpite con más fuerza.

—Has matado por mí —dice en voz baja, sin levantar la vista de su tarea. Le tiembla la voz. Miedo o alguna otra cosa.

Cojo el móvil con la mano libre y escribo con una sola mano: «He matado cerca de ti. No es lo mismo que por ti».

La mentira flota entre nosotros. Cada golpe ha sido por ella. Volvería a hacerlo. Haría cosas peores. Cuando Giuseppe ha apuntado a Ana con el arma, mi mundo se ha detenido. No es que se haya ralentizado. Se ha parado. Mi corazón se ha olvidado de latir, mis pulmones de respirar. Y entonces, una rabia pura y líquida ha inundado mi sistema como un veneno. A ella no. A ella nunca. Pintaré la calle con su sangre antes de que toque lo que es mío.

Entonces ella levanta la vista y de repente se da cuenta de nuestra postura. De que está prácticamente en mi regazo, de lo cerca que están nuestras caras. Se le dilatan las pupilas, se le corta la respiración. Ella también lo siente, esta cosa peligrosa que está creciendo entre nosotros.

Abre mucho los ojos y se aparta de un salto, casi cayéndose en su prisa por poner distancia entre nosotros. La pérdida de su calor me da ganas de gruñir.

La dejo ir, aunque cada uno de mis músculos protesta. Se pone de pie rápidamente, el algodón se arremolina alrededor de sus piernas y mancha el vestido de sangre como promesas de más violencia por venir.

La puerta del dormitorio se abre sin previo aviso. Marco entra como si fuera el dueño del lugar, cosa que técnicamente es, y su presencia llena la habitación con el peso de la autoridad.

—Giuseppe Moretti está en el hospital —dice con voz mesurada—. Pide refugio.

Mi respuesta es inmediata, absoluta. Hago un gesto brusco, tan agresivo que Marco se da cuenta: «No».

—Era un hombre de su padre —empieza Marco.

La mirada que le lanzo podría decapar pintura. Se detiene a media frase, entendiéndolo perfectamente. Giuseppe le ha apuntado con una pistola a Ana. No hay refugio que valga para eso. Ni perdón. Ni piedad.

Lo que me sorprende es que Marco me plantee esto siquiera. Normalmente, tomaría la decisión sin consultar a nadie. Él es el *Don*, su palabra es ley. Pero esto tiene que ver con Ana, mi mujer, y quizá por eso está aquí. —Entendido —dice Marco, y luego su mirada se

desvía hacia Ana—. Era un hombre de su padre. Debería saber que le denegamos el refugio.

Ella se endereza, levantando la barbilla con ese desafío que estoy empezando a desear como si fueran cigarrillos. —Era —dice en un cuidadoso inglés—. Ya no. Él tomó su decisión cuando me atacó.

El orgullo me invade el pecho, ardiente y posesivo. Nos está eligiendo a nosotros. A mí. Ha dicho «Rosetti» delante de treinta testigos, ha reclamado mi apellido cuando importaba. Mía. La palabra resuena en mi sangre como un tambor. La palabra «era» conlleva el peso de una lealtad rota, de puentes quemados.

Marco asiente una vez, con la decisión tomada. —Entonces no tendrá nada. —Sus ojos se encuentran con los míos, y el mensaje es claro: Estás comprometido, hermano.

Me da igual. Ha dicho Rosetti en esa calle, ha reclamado mi familia como suya. Ahora es mía, y Marco lo ve escrito en mi cara. La peligrosa satisfacción de un hombre cuya esposa acaba de elegirlo públicamente.

Después de que se vaya, le hago un gesto, con los dedos doloridos y los nudillos abriéndose de nuevo: «¿Entiendes lo que acabas de hacer? ¿El mensaje que has enviado?».

—¿Que soy intocable? —responde ella con gestos, sus movimientos son bruscos pero no agresivos.

«Porque eres mía», escribo, la verdad se me escapa, demasiado cruda, demasiado sincera.

No discute. Se limita a mirarme con esos ojos verdes que prometen violencia y algo más a lo que no estoy preparado para ponerle nombre. Progreso. Estamos progresando, aunque se mida en sangre y huesos rotos.

Echa el cerrojo a la puerta del baño. El clic resuena como un disparo, recordándome que todavía no confía en mí. No del todo. Sé que el cuchillo que blandió el día de nuestra boda está escondido en algún lugar de esta habitación. Por supuesto que lo está. Ella es una superviviente primero, mi mujer después.

Empieza a sonar la ducha y me hundo en la cama, con la cabeza entre las manos. A través de la puerta, lo oigo todo. El agua golpeando los azulejos, sus suaves jadeos que podrían ser sollozos o alguna otra cosa. El sonido de ella lavándose la sangre, frotándose la piel que todavía tiembla por la conmoción. ¿Está llorando? No saberlo es su propia clase de tortura.

Cuando Giuseppe le ha apuntado con esa pistola… Hacía años que no sentía una rabia así. No desde la masacre, desde aquella noche en que…

No. Céntrate en el ahora. En Ana, a salvo tras una puerta cerrada.

En la cena, no puede comer. La pasta perfecta de Maria yace intacta en su plato mientras Ana empuja un trozo de pan de un lado a otro como un niño que evita las verduras. Le tiemblan ligeramente las manos. La conmoción empieza a hacer efecto. El bajón de adrenalina le deja los ojos vidriosos, desenfocados.

Sin pensar, le deslizo mi plato. Un sencillo *cacio e pepe*, nada que requiera pensar o tomar una decisión. La cerámica raspa contra la madera y atrae su atención.

Lo mira y luego me mira a mí; algo cambia en su expresión. Confusión, tal vez. O el reconocimiento de que estoy intentando cuidarla.

Da un pequeño bocado. La pimienta hace que tosa un poco y yo también le acerco mi vaso de agua. Le sigue otro bocado. No porque tenga hambre, sino por Maria. Por la mujer que no deja de intentar hacerle de madre. Buena chica. Deja que te cuide, aunque sea en pequeñas cosas.

Maria sonríe radiante desde el umbral de la puerta y pillo a Ana casi sonriendo antes de que recuerde que se supone que debe odiarme. Sus barreras se están resquebrajando. Lo veo en la forma en que me buscó durante el ataque, con su cuerpo moviéndose hacia mí en lugar de alejarse. La confianza naciendo a pesar de que hace todo lo posible por resistirse. La forma en que sus ojos buscaron los míos cuando aparecieron las armas. No buscando una escapatoria, sino a mí.

De vuelta en nuestra suite, ella se pone el camisón mientras yo me acomodo en mi sillón. El cuero cruje bajo mi peso, un sonido ya familiar después de nueve días de esta tortura.

Se gira hacia mí, a contraluz por la luna, y sus manos se mueven en la plateada oscuridad. Con delicadeza, casi con vacilación, signa:

—Hoy he tenido miedo.

La confesión me deja sin aliento. Es la primera vez que admite una debilidad ante mí.

—No de ellos —continúa, con los dedos temblándole ligeramente —. De ti.

Se me oprime el pecho. ¿Todavía me teme? Después de que yo…

—No —sus señas se vuelven urgentes, frustradas por su incapacidad para explicarse—. Miedo de cómo me he sentido. Segura. Contigo.

Las palabras me golpean más fuerte que cualquier puñetazo. Ella también lo sintió. Esa sensación de que todo estaba bien cuando me interpuse entre ella y el peligro. El clic de las piezas encajando.

—Se supone que debo odiarte —signa, y hay desesperación en el movimiento, sus manos casi suplicantes.

—Y me odias —le respondo por señas, manteniendo mis movimientos controlados a pesar del caos en mi pecho.

—Se está complicando.

—Bien.

La palabra flota entre nosotros. Complicado significa sentimientos. Significa posibilidad. Significa que quizá me deje tocarla pronto, antes de que este deseo me destruya por completo.

Se mete en la cama y se tapa hasta la barbilla. Y esta noche, esta noche por segunda vez desde que llegó, se tumba de cara a mí en lugar de a la pared.

—Aun así tengo que intentarlo —signa, con las manos asomando por debajo de la manta, sus dedos bañados por la luz de la luna. Signa como si hablar fuese a hacer añicos la noche—. Matarte.

—Lo sé.

—Pero quizá… no esta noche.

La primera tregua que me concede. Se me corta la respiración. ¿Acaba de…?

—Duerme, Ana. Estás a salvo.

Y, milagrosamente, lo hace. Su respiración se acompasa con un ritmo que ya me he memorizado, un sueño real en lugar del fingimiento que hemos estado manteniendo. Confía en mí lo suficiente como para descansar de verdad, de cara a mí como si yo fuera algo más que el monstruo de su historia.

Nueve días de esta tortura. Nueve días viéndola dormir, o fingir que duerme, mientras yo ardo en este sillón. Nueve días de sus afiladas promesas y su reticente ablandamiento.

Ahora sí que está dormida; descansa de verdad por primera vez desde nuestra boda. Su rostro se ve apacible a la luz de la luna, desprotegido de una manera que me oprime el pecho. Una mano reposa fuera de las sábanas, con la palma hacia arriba y los dedos ligeramente curvados. Confiada. Vulnerable.

Quiero cruzar el espacio que nos separa, recorrer esos dedos que signan amenazas de muerte y, a veces, muy rara vez, algo más tierno. Quiero apretar la boca contra el punto donde le late el pulso y sentir su corazón acelerarse. Quiero tantas cosas que este sillón y mis promesas me impiden. Quiero abrirle los muslos y saborearla mientras signa mi nombre. Quiero corromper cada ápice de inocencia que le queda.

Permanezco despierto para velar su sueño, para vigilar esta frágil paz que me ha concedido. Cuento cada una de sus respiraciones, memorizando el ritmo de su confianza. El sonido cambia cuando sueña. Inhalaciones más cortas y bruscas. Está soñando ahora, sus dedos se crispan ligeramente. El deseo me abrasa como la fiebre, pero no me moveré de este sillón. No romperé la promesa que la mantiene a salvo de lo que quiero hacerle, con ella.

Mañana se cumplirán diez días desde nuestra boda. Algo tiene que ceder pronto. La tensión entre nosotros se ha vuelto tan tirante que o bien se romperá o explotará. O ella por fin logrará matarme, o yo romperé mi promesa de no tocarla sin permiso.

Ambas cosas parecen ahora inevitables. Damos vueltas el uno en torno al otro como púgiles que han olvidado por qué subieron al ring, cada uno esperando que el otro haga el movimiento decisivo. Pero esta noche, me ha dado paz. Una noche sin intentos de asesinato. Una noche de cara a mí en lugar de de espaldas.

La composición que he estado escribiendo para ella está en mi escritorio, abajo, casi terminada. Una sinfonía de nuestro violento cortejo, todas las palabras que no puedo decir transformadas en notas que ella finge no encontrar hermosas.

Se remueve en sueños, murmurando algo en italiano que no logro entender. Su mano se mueve, los dedos signando algo inconscientemente. Mi nombre, dibujado con movimientos suavizados por el sueño. «Dante» deletreado letra por letra en la oscuridad.

Nueve días, y sueña en lengua de signos. Sueña conmigo.

O me mata o la beso. A estas alturas, no sé qué sería mayor acto de piedad. Pero velaré su sueño esta noche, vigilaré su paz, la desearé con cada fibra de mi ser. Porque eso es lo que hago ahora. En eso me he convertido. Su monstruo guardián, ardiendo de deseo en la oscuridad, más duro de lo que he estado nunca solo por verla confiar en mí lo suficiente como para dormir.

14 - Ana

Dos de la madrugada, diez días de casada y me falta el aire de tanto desear lo que no debería.

Las sábanas de seda se me enredan en las piernas mientras me las quito de encima, dándome por vencida con el sueño. Tras unas pocas horas de bendito descanso, la noche se ha convertido en la misma vieja tortura: Dante en ese sillón de cuero, yo en esta cama, y el espacio entre nosotros cargado de algo a lo que me niego a ponerle nombre. El camisón se me pega a la piel húmeda de sudor, y sé que se da cuenta. Se da cuenta de todo. De cómo me muevo inquieta, del modo en que se me corta la respiración cuando cambia de postura, de cómo mis dedos se aferran a las sábanas cuando su presencia se vuelve abrumadora.

Diez días de este cuidadoso baile. Diez días en los que él me ve fingir que duermo mientras yo ardo por dentro.

Necesito aire. Espacio. Distancia de esta habitación que huele a él, a tabaco y sándalo, un aroma que hace que mis muslos se contraigan con un calor indeseado.

El pasillo se extiende oscuro y silencioso. Mis pies descalzos no hacen ruido sobre el mármol frío mientras deambulo. Me digo a mí misma que busco la cocina, agua, cualquier cosa menos a él. Pero mis pies traicioneros saben perfectamente adónde van: hacia el sonido de violencia controlada que me ha estado llamando durante diez noches. Los impactos rítmicos, la respiración contenida. La puerta del gimnasio está entreabierta y la luz se derrama por el pasillo.

Debería dar media vuelta. En lugar de eso, empujo la puerta para abrirla más.

Dante está de pie, sin camiseta, junto al saco de boxeo, con los músculos marcándosele con cada golpe preciso. El aire del gimnasio está cargado de su sudor y esfuerzo, y el cuero del saco aún se balancea por sus puñetazos. Lo aspiro: violencia, control y un calor masculino que me marea. El sudor brilla en su piel, resaltando cada cicatriz. El tejido dañado de su garganta, las marcas de cuchillo en

sus costillas, la herida de bala cerca de su hombro. Un mapa de violencia que debería repugnarme.

Mis pezones se endurecen contra la fina tela del camisón, y odio a mi cuerpo traicionero por responder a su visión.

Se detiene a medio golpe, girando ligeramente la cabeza. Por supuesto que sabe que estoy aquí. Siempre lo sabe.

—¿No puedes dormir? —pregunto, con la voz ronca por el agotamiento y algo más.

Se gira por completo y se me corta el aliento. Las luces del gimnasio proyectan sombras sobre sus abdominales, y la uve de sus músculos desaparece en el pantalón de chándal de tiro bajo. Sus ojos oscuros encuentran los míos, y esa casi sonrisa se dibuja en sus labios mientras me responde por señas: «Tú tampoco».

—Esto es ridículo —digo, entrando en el gimnasio. Las palabras se me escapan antes de poder detenerlas—. Diez días de este… acuerdo. Tú durmiendo en un sillón como una especie de ángel de la guarda. Yo fingiendo que no me doy cuenta de que me observas.

Sus manos quietas sobre el saco, su cuerpo se pone en alerta. A la espera.

—Este matrimonio, este acuerdo… —continúo, cambiando a la lengua de signos porque el inglés me falla cuando me puede la emoción—. Después de lo que pasó en tu despacho, después de que me mostraras… ¿por qué sigues manteniendo esa distancia? El sillón, siempre el sillón. ¿Nos estás torturando a los dos a propósito?

Cada músculo de su cuerpo se tensa. Sus manos se mueven con una precisión violenta: «Ya sabes por qué».

El recuerdo de nuestra confrontación de hace unos días me quema por dentro. Su cuerpo presionado contra el mío, la evidencia de su deseo, su confesión de que el piano era para no tocarme. Pero saber y comprender son cosas distintas.

—Pero está empeorando —le digo por señas, soltando la verdad—. La distancia. Que me observes. Después de sentirte contra mí, de saber que quieres… Es una tortura.

—Sí —responde simplemente con las manos—. Lo es.

—Entonces, ¿por qué seguir con ello? Dijiste que la música era para no tocarme. Pero la música ya no funciona, ¿verdad?

Su risa me pilla por sorpresa. Sus hombros se sacuden con una alegría silenciosa que es más amarga que divertida.

Se mueve hacia mí con esa gracia de depredador, y mi cuerpo responde de inmediato, recordando nuestra última confrontación. «¿Quieres que rompa mi promesa? ¿Que te toque sin permiso?».

—Quiero entender por qué estás tan decidido a sufrir. Ambos lo sentimos. En tu despacho, cuando te presionaste contra mí. Esto no es cosa de uno solo.

Me acorrala contra la pared del gimnasio, sin llegar a tocarme, pero lo suficientemente cerca como para sentir el calor que irradia su piel. Planta una mano junto a mi cabeza mientras me dice con la otra: «Porque una vez que empiece, no pararé».

—Quizá no quiero que pares.

La confesión queda suspendida entre nosotros, sorprendente en su honestidad. Sus ojos se oscurecen, las pupilas se le dilatan mientras procesa mis palabras.

«No sabes lo que dices», me responde por señas.

—¿Ah, no? Me demostraste en tu despacho cuánto deseas esto. Cuánto autocontrol estás ejerciendo. Pero ¿y si… y si estoy cansada de tu autocontrol?

Mi mano vuela hasta su pecho y poso la palma sobre su piel llena de cicatrices. Me agarra la muñeca al instante, con unos reflejos más rápidos que el pensamiento, pero no me aparta. Solo me sujeta ahí, con mi mano atrapada contra el latido acelerado de su corazón.

«No lo hagas», me dice con la mano libre.

—¿Por qué? ¿Porque al final te romperás?

«Porque mañana te odiarás a ti misma».

La verdad duele. —Ya me odio por desearte.

«Exacto». Su agarre en mi muñeca se aprieta ligeramente. «Así que sufrimos por separado en vez de sufrir juntos».

Intento liberar la mano, pero él aprovecha el impulso para hacerme girar, presionando mi espalda por completo contra la pared. De repente, una de sus manos me sujeta ambas muñecas por encima de la cabeza. Esa muestra despreocupada de fuerza, la forma en que me controla con tanta facilidad, hace que me fallen las rodillas. Las mismas manos que le rompieron el brazo a Giuseppe por amenazarme ahora me mantienen cautiva, pero en vez de miedo, siento… ¿seguridad? ¿Protección? *Madonna, ¿qué me está pasando?*

Ladea la cabeza, mirándome fijamente, y sé lo que me está preguntando sin que necesite usar las manos. *¿Esto es lo que quieres? ¿Poner a prueba mi autocontrol hasta que se rompa?*

—Sí —susurro, aunque mi cuerpo me traiciona y se arquea hacia él.

Se inclina más, sin llegar a tocarme salvo por su mano, que me rodea las muñecas. Su pulgar roza mi alianza, la que le tiré hace días, ahora de vuelta en mi dedo como una marca al rojo vivo. —Estás jugando con fuego.

—Entonces, quémame.

Intento darle un rodillazo, más por instinto que por verdadera agresividad, pero lo bloquea con el muslo y se coloca entre mis piernas para impedir otro intento. La postura junta nuestros cuerpos por completo, y ambos nos quedamos helados. Siento cada centímetro de su cuerpo presionado contra el mío. Músculo puro, poder controlado y, *Madonna mia*, su erección dura contra mi estómago, igual que en su despacho, pero de alguna manera más intenso ahora.

—¿Todavía decidida a ponerme a prueba? —gesticula con la mano libre, mientras aprieta ligeramente las muñecas que me sujeta.

La evidencia de su deseo hace que la humedad me inunde entre los muslos. Diez días de cuidadosa distancia, pero su deseo no ha disminuido. Si acaso, es más fuerte. *Dio mio*, pienso mientras su cuerpo se presiona contra el mío. *Sono persa.* Estoy perdida.

Estamos pegados el uno al otro, su cuerpo me aprisiona contra la pared. Cada respiración empuja mis pechos contra su torso desnudo, y tengo los pezones tan duros que me duelen. Su pene palpita contra mi estómago a través del pantalón de chándal, y la idea de que todavía le provoco esto, de que los días separados solo han intensificado su necesidad, hace que me dé vueltas la cabeza. La exhibición despreocupada de su fuerza, la facilidad con la que me controla, me humedece más. En mi mundo, la impotencia significa la muerte. Pero con él… Dios me ayude, con él me excita.

Su mirada baja hasta mis labios, con un hambre manifiesta en sus ojos. El aire entre nosotros se vuelve más denso, cargado con diez días de deseo reprimido que se acumula sobre lo que ya hemos probado. Mi cuerpo se mueve sin permiso, poniéndose de puntillas. No, ¿qué estoy haciendo? Pero no puedo parar, atraída por una fuerza más poderosa que el odio, cerrando la distancia entre nuestras bocas hasta que compartimos el aliento.

Su mano aprieta mis muñecas, con el control deshilachándose por los bordes. Lo siento temblar por el esfuerzo de contenerse, todo

su cuerpo tenso por la contención. Estamos suspendidos en este instante, con los labios casi rozándose, el espacio entre nosotros medido en latidos.

—Dante —susurro contra su boca.

Su cuerpo entero se estremece al oír su nombre en mis labios. Por un instante perfecto, creo que va a quebrarse, a cerrar ese último centímetro que nos separa. Baja la cabeza ligeramente, su aliento se desliza sobre mi boca…

Entonces retrocede, soltándome las muñecas. La pérdida de contacto me hace gemir antes de poder evitarlo.

Se aleja, poniendo una distancia entre nosotros que se siente antinatural después de aquel calor apremiante. Le tiemblan las manos mientras gesticula: —Así no. No mientras estés llena de dudas.

—Dante…

Pero ya se está marchando, dejándome contra la pared, con el pulso acelerado y el cuerpo dolorido por algo que no debería desear. La puerta se cierra tras él con un suave clic que suena a definitivo.

Me fallan las piernas y me deslizo por la pared hasta quedar sentada en el suelo del gimnasio, temblando por lo que casi ha pasado. Lo que casi he dejado que pasara. Lo que quería que pasara.

Todavía me arden las muñecas por su agarre, mi estómago aún siente la huella de su erección. Cada nervio de mi cuerpo me grita que lo siga, que le exija que termine lo que hemos empezado. En cambio, me quedo aquí sentada como una cobarde, intentando recordar por qué estaría mal besar a mi enemigo.

Porque mató a papá, me responde débilmente mi mente. Pero a mi cuerpo ya no le importa la venganza. Mi cuerpo quiere sus manos sobre mí de nuevo, quiere saber en qué se habría convertido ese casi beso.

Me obligo a levantarme, con las piernas temblando como las de un potro recién nacido. El camino de vuelta a nuestra suite se me hace eterno, y cada paso me recuerda la punzada entre los muslos, la humedad que ha provocado sin siquiera besarme.

La suite está vacía, su sillón de cuero, abandonado. Por un momento, me pregunto si volverá. Quizá he ido demasiado lejos. Quizá duerma en otro sitio esta noche, lejos de mi evidente deseo.

Entonces lo oigo. Música de piano, que sube flotando desde la sala de música de abajo.

Pero esto no se parece a sus habituales composiciones de medianoche. Esto es violento, pasional, desesperado. Las notas se estrellan y chocan entre sí, una confesión musical de frustración. Está tocando lo que no hemos hecho, transformando la negación en sonido.

Me pego al suelo y luego me dirijo a la puerta, necesitando estar más cerca de su revelación musical. La melodía crece, oscura y hambrienta, y reconozco la emoción en ella porque yo también la siento. Deseo. Un deseo crudo e innegable que diez días de proximidad no han hecho más que intensificar.

Presiono la mano contra la puerta como si pudiera tocarlo a través de la madera y la distancia. La música dice lo que sus gestos no pudieron: me desea con la misma desesperación que me está devorando viva. Cada nota confiesa lo que significó ese momento pegados contra la pared. Apenas se aferra a su control.

Me aparto de la puerta y mi mano se dirige al colgante con forma de cuchillo que llevo al cuello. ¿Cuándo se convirtió el tocarlo en un consuelo en lugar de una amenaza?

—Estoy en un lío —gesticulo a la habitación vacía, la verdad por fin abriéndose paso.

Porque ya no quiero odiarlo. Quiero algo completamente distinto. Quiero sus manos sobre mí sin la excusa del entrenamiento. Quiero su boca en la mía sin la ira como justificación. Quiero saber qué sonidos haría si tocara sus cicatrices, si recorriera el daño de su garganta con la lengua.

La música de abajo crece hasta un crescendo, oscuro y desesperado, y mi cuerpo responde a cada nota como si me estuviera tocando a través del sonido. Mi mano tiembla sobre el dobladillo de mi camisón. Ya lo he hecho antes, tocarme con su música, pero esta noche se siente diferente. Más desesperado. Más necesario.

En lugar de eso, voy a la cama y hundo la cara en la almohada para ahogar cualquier sonido mientras mis dedos encuentran la humedad entre mis muslos. El recuerdo de su cuerpo presionado contra el mío me impulsa hacia el orgasmo. No es la primera vez que busco este desahogo, pero de alguna manera es más intenso después de volver a sentirlo contra mí. Cada nota de la música parece vibrar a través de mí, como si estuviera tocando mi cuerpo a distancia.

Con la otra mano me agarro a las sábanas en busca de apoyo mientras acelero el ritmo, y la intensidad de la música iguala mi

propia necesidad desesperada. Imagino esas manos marcadas por cicatrices sustituyendo a las mías, sus dedos dentro de mí, mientras él me mira con esos ojos oscuros que lo ven todo. Esta fantasía me ha atormentado desde aquel día en su despacho, pero ahora es más nítida, más real, tras sentir su deseo presionar contra mí hace unos instantes.

Cuando me corro, me muerdo el labio con tanta fuerza que noto el sabor de la sangre, ahogando su nombre. Mi cuerpo se estremece por la intensidad, las piernas me tiemblan mientras la humedad me cubre los dedos. Abajo, la música cambia, ahora más suave, pero no menos voraz, como si él hubiera sentido mi orgasmo a través del suelo.

Pero incluso mientras mi cuerpo tiembla con las últimas sacudidas, sé que no es suficiente. Ni de lejos. Mi cuerpo anhela algo más que mi propio tacto. Lo anhela a él. Cada vez que cedo a esta necesidad, no hace más que aumentar.

15 - Dante

Diez días. Diez días de cuidadosa distancia, de mantener el control, de interpretar al guardián paciente mientras ambos ardemos.

La puerta del estudio se abre de golpe con fuerza suficiente para hacer temblar las armas de mi pared. Ana está de pie en el umbral, con el pecho agitado y los ojos verdes encendidos por una furia que, a mi pesar, me pone la polla dura al instante.

—¡Basta! —La palabra se le desgarra en la garganta, con el acento cargado de rabia.

Antes de que pueda reaccionar, coge el pisapapeles de cristal de mi escritorio y me lo lanza a la cabeza. Me agacho y el pesado cristal se hace añicos contra la pared que tengo detrás. Los fragmentos de cristal llueven como si fueran lluvia helada.

—¡Diez días de esta tortura! —Avanza hacia mí furiosa y pasa a usar signos que rasgan el aire—. ¡Diez días viéndote observar desde esa silla. Diez días en los que tu paciencia me ha estado volviendo loca!

Permanezco sentado, con las yemas de los dedos juntas, observando su rabia con la misma calma que, al parecer, la ha estado consumiendo. Pero por dentro, mi autocontrol forcejea con sus ataduras. Está magnífica así: sonrojada, temblando de ira, lista para la guerra. Mi polla palpita contra la cremallera, imaginándomela ya temblar por otros motivos.

—¿Tienes algo que decir? —escribo en la tableta, manteniendo una expresión neutra.

Se ríe, una risa amarga y cortante. —¿Que si tengo algo que decir? ¡Me ahogo en cosas que decir! —Sus manos se mueven con signos violentos—. ¡Pelea conmigo o... o haz algo! ¡Deja de esperar!

La desesperación en sus signos, la forma en que se reprime para no decir algo más grosero, me corta la respiración. Nunca ha sido tan directa sobre lo que está creciendo entre nosotros. Se me pone dura como una piedra ante su exigencia, ante la elección que me lanza a

los pies. Tengo que recolocármela bajo el escritorio; la presión es casi dolorosa.

Me levanto lentamente y ella da un paso atrás de forma involuntaria. Bien. Debería tener cuidado. Diez días de contención han dejado mi autocontrol fino como el papel.

—Ten cuidado con lo que exiges, mi pequeña y testaruda asesina —le digo por señas, rodeando el escritorio con una calma deliberada.

Levanta la barbilla con ese desafío que he llegado a anhelar. —No te tengo miedo.

Me detengo justo fuera de su alcance, lo bastante cerca para oler su perfume de jazmín mezclado con el agudo aroma de su ira. Mis manos se mueven con cuidadosa precisión: —Deberías. Sobre todo ahora.

Su mano me cruza la cara con fuerza suficiente para hacerme girar la cabeza. La bofetada resuena en el estudio, nítida y rotunda. El escozor se irradia por mi mandíbula, pero no es nada comparado con la tortura que he soportado, nada comparado con la noche en que me arrebataron la voz. ¿Pero viniendo de ella? ¿De mi supuesta esposa asesina?

Algo dentro de mí se quiebra.

No se rompe. Se quiebra. Como una cuerda demasiado tensa que por fin cede.

Le agarro las muñecas antes de que pueda volver a golpear, mis dedos se cierran alrededor de los delicados huesos con una fuerza controlada. Usando su impulso en su contra, la hago girar y la inmovilizo de espaldas contra la puerta. La madera tiembla en su marco mientras le sujeto las muñecas por encima de la cabeza, atrapadas en una de mis manos, mientras mi cuerpo la enjaula por completo.

«¿Es esto lo que quieres?», le pregunto con los ojos, con la mirada, con todo mi cuerpo, sin dejar de sujetarle las muñecas.

—Sí —jadea, con los ojos encendidos de triunfo y deseo.

Estrello mi boca contra la suya.

Nuestro primer beso no se parece en nada a como deberían ser los besos. Es violento, desesperado, diez días de hambre reprimida que explotan en un choque de dientes y lenguas. Sabe a rabia y a café solo, a una mezcla de promesa y amenaza. El beso me irrita la garganta herida, un dolor fantasma recorre el tejido dañado, pero me trago la molestia.

Me muerde el labio inferior con la fuerza suficiente para hacerme sangre, y el sabor a cobre me provoca un gruñido mudo, pero siente la vibración en mi pecho contra el suyo. El dolor va directo a mi polla, haciendo que me frote contra ella involuntariamente. Suelta un grito ahogado ante el contacto, al sentir lo duro que estoy, cuánto la deseo.

Sus manos luchan contra el agarre de sus muñecas, no para escapar, sino para tocarme. Como no las suelto, emite un sonido de frustración contra mi boca que casi acaba conmigo. Mi mano libre se enreda en su pelo, inclinando su cabeza para profundizar el beso. Responde a mi violencia con la suya propia; su lengua acaricia la mía, sus dientes mordisquean, tomando tanto como da.

La levanto sin romper el beso y sus piernas se enroscan instintivamente alrededor de mi cintura. La postura acerca su centro a mi polla, y ambos gemimos ante el contacto. Incluso a través de mis pantalones y su ropa interior, puedo sentir su calor, su humedad. Se restriega contra mí, sin práctica pero desesperada, y tengo que pensar en los manifiestos de envío de Hadley para no correrme en los pantalones como un adolescente.

Tres zancadas hasta mi escritorio. La coloco en el borde e intenta atraerme de nuevo, pero necesito más. Lo necesito todo.

Mis manos barren la superficie de caoba, lanzando todo al suelo con estrépito. Los contratos se esparcen como banderas blancas de rendición, los acuerdos de Hadley por valor de treinta millones caen revoloteando como nieve. Un tintero de cristal explota contra la madera, esparciendo tinta negra sobre documentos importantes.

—Los contratos —empieza ella, siguiendo los papeles con la mirada.

Le cojo la cara entre las manos, obligándola a mirarme, dejándole claro con cada parte de mí que los contratos me dan igual.

Mi indiferencia hace que sus pupilas se dilaten de lujuria. Luego la beso bajando por su garganta, encuentro el punto donde le late el pulso y chupo con la fuerza necesaria para dejar una marca oscura. Mía. Que todo el mundo vea que es mía.

Jadea, agarrando mi camisa con los puños, atrayéndome más cerca mientras tiembla. Desabrocho los botones de su blusa con dedos que tiemblan ligeramente, no por nervios, sino por una necesidad apenas contenida. Debajo lleva un simple sujetador de algodón, de un blanco práctico que, de alguna manera, hace que mi

polla lata más fuerte que cualquier encaje. Sus pezones ya están duros, tensando la tela.

Hace un gesto para cubrirse, una timidez repentina que atraviesa su ira. Le cojo las manos, con suavidad pero con firmeza, y se las coloco en el escritorio a ambos lados de sus caderas.

—Confía en mí —le digo por señas, y espero.La guerra se libra en su rostro: el deseo luchando contra el miedo, la necesidad contra la vulnerabilidad. Finalmente, asiente una sola vez, dejándose expuesta a mi mirada.

—Preciosa —le digo por señas, y añado con certeza posesiva—: Mía.

Le desabrocho el sujetador con una mano, dejando al descubierto unos pechos perfectos coronados por unos pezones rosados que suplican mi boca. El primer roce de mi lengua en su pezón la hace gritar, arqueando la espalda y despegándola del escritorio. Succiono con fuerza, luego con suavidad, aprendiendo qué la hace retorcerse. Su otro pecho recibe la misma atención mientras mi mano trabaja el primer pezón, haciéndolo rodar y pellizcándolo hasta que ella jadea mi nombre.

Mis manos se deslizan por sus muslos, subiéndole la falda. La tela se arruga alrededor de su cintura, dejándola solo con unas sencillas bragas de algodón blanco que ya están empapadas. La visión hace que mi polla gotee líquido preseminal, desesperada por estar dentro de ella. Pero esta noche no. Esta noche es para ella.

Se tensa cuando engancho los dedos en sus bragas. Hago una pausa, esperando un permiso sin el cual no seguiré.

—Por favor —susurra, levantando las caderas.

Le bajo lentamente el algodón por las piernas, revelando su coño a mi mirada hambrienta. Es perfecto: rosado y brillante de excitación, completamente depilado a excepción de una pequeña mata de rizos oscuros. Se me hace la boca agua al verlo.

Me arrodillo entre sus muslos abiertos, y sus ojos se abren de par en par al comprender. El sicario de un don de rodillas. Si mis enemigos pudieran verme ahora. Pero no me importa nada excepto la mujer que tiembla sobre mí.

—Dante —susurra; es la primera vez que pronuncia mi nombre con esa suavidad.

Le doy besos en la cara interna de los muslos, ahora con suavidad, con paciencia. Tiembla, no de miedo, sino de expectación.

Sus manos flotan indecisas antes de encontrar mi pelo, los dedos enredándose entre los mechones, pero sin tirar. Todavía no.

El primer roce de mi lengua en su coño la hace gritar, sus caderas se levantan del escritorio con una sacudida. Ya está muy húmeda, la excitación cubre mi lengua mientras la lamo desde su entrada hasta su clítoris en una sola y larga pasada. Su sabor me hace gemir por dentro. Ya soy adicto. Salado y dulce y únicamente suyo.

—Oh, Dios —jadea, con los muslos temblando a cada lado de mi cabeza.

La trabajo con la lengua, aprendiendo qué la hace jadear, qué la hace gemir. Los círculos alrededor de su clítoris hacen que sus caderas se balanceen. La presión directa hace que me tire del pelo. Catalogo cada respuesta, guardándola para después. Cuando succiono su clítoris con la boca, casi se cae del escritorio.

Deslizo un dedo con cuidado dentro de ella, sintiendo lo estrecha que es. Estrechez de virgen. La idea hace que mi polla palpite dolorosamente. Se aprieta alrededor de mi dedo de inmediato, su coño aferrándome como un tornillo de banco.

—Por favor —jadea, sin saber siquiera lo que está suplicando.

Añado un segundo dedo, estirándola con cuidado, curvándolo para encontrar su punto G. El primer roce contra él hace que ponga los ojos en blanco, una sarta de maldiciones en italiano se escapa de sus labios. Trabajo ese punto sin descanso mientras mi lengua rodea su clítoris, llevándola cada vez más alto.

Sus muslos empiezan a temblar, su coño se contrae rítmicamente alrededor de mis dedos. Está cerca, luchando contra el placer creciente, asustada por la intensidad.

Me retiro lo justo para encontrar su mirada y le digo por señas con la mano libre: «Déjate llevar. Yo te sujeto».

Entonces sello mi boca sobre su clítoris y succiono con fuerza mientras mis dedos presionan ese punto dentro de ella. Se rompe de inmediato, arqueando la espalda y despegándola del escritorio mientras su primer orgasmo la recorre. Su coño se cierra sobre mis dedos, palpitando mientras las olas de placer sacuden su cuerpo. Grita algo que podría ser mi nombre, podría ser el de Dios, o ambos.

La ayudo a superarlo, suavizando el contacto a medida que se vuelve más sensible, hasta que me empuja débilmente los hombros. Pero no he terminado. Antes de que pueda bajar del todo, vuelvo a sumergirme, mi lengua reemplazando a mis dedos en su entrada. La

follo con la lengua, saboreando su orgasmo, sintiendo cómo sus paredes se agitan.

—No puedo —jadea, pero sus caderas ya se mueven contra mi cara, persiguiendo algo que aún no comprende.

Mi pulgar encuentra su clítoris, todavía hinchado y sensible, y lo rodeo suavemente mientras mi lengua trabaja dentro de ella. La combinación la hace ascender de nuevo a una velocidad increíble. Esta vez, cuando se corre, grita, sus muslos se cierran alrededor de mi cabeza mientras todo su cuerpo se convulsiona.

Sigo, adicto a su sabor, a sus sonidos, a la forma en que se deshace por mí. Un tercer orgasmo crece antes de que el segundo termine por completo, y ahora solloza, abrumada por la sensación.

—Dante, por favor, no puedo.

Pero sí que puede. Sé que puede. Deslizo tres dedos en su interior, estirándola más, preparándola para lo que vendrá otro día. Mi lengua en su clítoris es implacable ahora, y cuando curvo los dedos de la forma correcta, se hace añicos por completo. Este orgasmo es diferente, más profundo, más largo, todo su cuerpo se agarrota mientras se derrama alrededor de mis dedos, la humedad cubriendo mi mano y mi barbilla.

Solo entonces me aparto, contemplando su cuerpo deshecho. Está desplomada sobre el escritorio, con los muslos todavía temblorosos, el coño contrayéndose aún sobre la nada. El sudor hace que su piel brille. Sus pechos suben y bajan con respiraciones entrecortadas. Los contratos se le pegan a la espalda, probablemente arruinados por su sudor y excitación.

Me pongo de pie, con la polla tan dura que me duele, apretando dolorosamente contra la cremallera. Ella mira el evidente bulto, luego sube la vista a mi cara con una confusa neblina en los ojos.

—Tú no has… —empieza, con la voz ronca de tanto gritar.

Niego con la cabeza, y le digo por señas: «Esto era para ti. Solo para ti».

La expresión de su rostro, la sorpresa mezclada con algo más suave, algo peligroso, casi rompe mi determinación. Intenta alcanzar mi cinturón, pero le cojo las manos y, en su lugar, me las llevo a los labios. Puedo saborearla en mi propia piel, y el sabor me hace gemir por dentro.

—Pero tú necesitas… —intenta decir.

—Necesito que recuerdes esto —le digo por señas—. Que recuerdes quién te ha hecho sentir esto. Que recuerdes a quién perteneces.

Está suspendida en el precipicio entre la inocencia y el conocimiento, entre lo que fue y lo que será. No ha perdido la virginidad exactamente, pero desde luego su inocencia ha quedado hecha añicos.

La ayudo a incorporarse y me doy cuenta de cómo se estremece por la sensibilidad entre sus muslos. Mi escritorio está destrozado: papeles por todas partes, su líquido de excitación goteando sobre la superficie de caoba. Toda la habitación huele a sexo y a jazmín.

Perfecto.

Ya es mía en todo lo que importa. Y ambos lo sabemos.

16 - Ana

Diez días. Diez días de matrimonio, y sigo sobre su escritorio con los muslos abiertos y su sabor en mis labios. Dante sigue de pie entre mis piernas; acaba de ayudarme a incorporarme y sus manos posesivas me sujetan las caderas, los pulgares trazando círculos suaves como si se disculparan por la brutalidad de la última hora. La caoba bajo mi culo desnudo está resbaladiza: mis fluidos y su saliva forman un charco sobre la madera pulida, y el hedor a sexo y sudor asciende como incienso. El escritorio es un cementerio de papeles: contratos, libros de contabilidad y documentos legales, todos arruinados, arrugados y rotos, salpicados de saliva, semen y, muy pronto, de finos hilos de mi sangre. Ni un solo centímetro cuadrado de esta superficie está libre de las pruebas de lo que acaba de hacerme.

Tres veces. Tres. Dante me ha hecho estallar; mi cuerpo se ha rebelado contra los límites que creía tener, mi mente se ha desdibujado en los bordes por el exceso de sensaciones. Aún estoy temblando, sin saber si las réplicas son por el placer o por la forma en que sus ojos permanecen fijos en mí: negros, insondables y tan, tan hambrientos. Parece como si estuviera sopesando comerme viva. Su rostro está congestionado por el esfuerzo, con la mandíbula apretada y las mejillas sonrojadas; la barba incipiente que le perfila la mandíbula está oscurecida por mis fluidos, y su barbilla, marcada con leves heridas en forma de media luna de donde le he arañado con las uñas. Veo mi reflejo en su mirada: la falda subida hasta la cintura, la blusa abierta colgando de un brazo y el resto, rasgado y hecho una bola en el suelo. Mi cuello está rodeado de moratones y marcas de mordiscos, caliente y sensible donde me ha marcado. Veo el brote de las huellas de sus dedos en la cara interna de mis muslos, un mosaico de necesidad y violencia. También tengo moratones en las muñecas, prueba de cómo me inmovilizó mientras yo gritaba su nombre contra la madera del escritorio.

Esto no tiene nada de clínico ni de tierno. Nunca lo tuvo. Se supone que las vírgenes deben estar aterradas, ¿no? Pero yo no tengo miedo. Ni siquiera al darme cuenta de que su polla, todavía dura y goteando, se tensa contra la fina lana de los pantalones de su traje. El bulto es obsceno, su contorno grabado a fuego en mis retinas. Debería tener miedo de lo que está a punto de pasar, pero el miedo es un pulso lejano, casi ahogado por la oleada de calor que me inunda, violenta y absoluta. Aprieto los muslos alrededor de sus caderas, las pantorrillas me tiemblan por el esfuerzo de mantenerlo cerca. Lo quiero aún más cerca. Él lee mi desesperación y sonríe: una sonrisa torcida, lobuna y cruel, pero también, de alguna manera, tímida. Por un momento somos dos animales que intentan decidir si esto va a ser un apareamiento o un asesinato.

Me sube las manos para enmarcarme la cara, con las palmas cálidas y ligeramente ásperas sobre mis mejillas. Tiene cuidado de no tocarme el pelo, como si recordara cómo me encogí la primera vez que lo intentó. En lugar de eso, me sujeta con firmeza mientras se inclina, con la boca suspendida justo sobre mis labios. Su aliento, entrecortado y dulce con mi regusto, me produce un cosquilleo en la lengua. Cuando me besa, no es con delicadeza. Es igual que antes: devorador, codicioso, como si estuviera seguro de que esta es nuestra única oportunidad y necesitara memorizar mi sabor antes de que alguien venga a arrancárselo de mi lado. Siento la fricción de su barba incipiente quemándome la barbilla, la mandíbula, la suave parte inferior de mi cuello. Me muerde el labio inferior hasta que gimo y luego alivia la herida con la lengua, susurrando algo en italiano que no consigo entender.

Se echa hacia atrás, lo justo para que sus ojos puedan recorrer de nuevo mi cuerpo. Esta vez, más despacio. Veo el cálculo en su mirada, la forma en que cataloga cada herida que me ha hecho y cada lugar donde aún no he aprendido a protegerme de él. Hay un placer morboso en saber que estoy expuesta, que podría destrozarme con una palabra, pero también en que elige no hacerlo. Por ahora. El corazón me martillea contra las costillas, frenético y eufórico. No sabría decir si es porque confío en él o porque estoy demasiado perdida como para que la confianza me importe lo más mínimo.

Su mirada se desliza hacia abajo, deteniéndose en el punto donde se juntan mis muslos, el interior reluciente por las secuelas de su boca. Me muevo, cohibida, pero él simplemente levanta el pulgar, lo

presiona en la humedad y luego se desliza el mismo pulgar entre los labios. Me saborea, cierra los ojos y deja escapar un suspiro estremecido. Cuando los abre, algo ha cambiado. Hay orgullo, sí, pero también asombro. Como si yo fuera un milagro que no puede creer que le esté permitido tocar.

—Lo justo es justo —grazno, con la voz destrozada por los gritos, por las formas en que me ha desgarrado—. Tú ya has probado.

Le busco el cinturón, con las manos temblorosas pero decididas. La hebilla está fría, el cuero rígido, y mis dedos titubean un momento antes de soltar la púa. Él no me detiene, se limita a observar, con los brazos cruzados a la espalda; una postura de sumisión que es también una amenaza. Podría reducirme en cualquier segundo, pero quiere ver qué haré cuando me salga con la mía.

Consigo soltar el cinturón y sus pantalones se deslizan un poco. Agarro la cinturilla y tiro, dejando al descubierto la línea de vello oscuro que se pierde hasta donde espera su polla, gruesa, furiosa y ya goteando. Me quedo helada, de repente insegura, la adrenalina chocando con la vergüenza. Es enorme. Quiero decir que, físicamente, es casi cómico; como si alguien hubiera diseñado un arma, no una parte del cuerpo. El glande reluce, casi morado, y veo las venas palpitar a lo largo del tronco. No puedo evitar el pequeño jadeo que se me escapa. Es un sonido que harías si vieras una pitón o una pistola cargada apuntándote a la cara.

Él ve mi miedo y, por primera vez desde que lo conozco, Dante parece casi tímido. Coloca una mano suavemente sobre la mía, estabilizando mi agarre. «Ana», gesticula, su mano libre deletreando mi nombre lenta y cuidadosamente. «Esta noche se trata solo de ti».

—No —susurro, y uso mis piernas para atraerlo más, enganchando mis tobillos detrás de sus muslos. Siento la tensión en su cuerpo, la forma en que sus músculos se esfuerzan por no aplastarme—. Te quiero a ti por completo. Quiero esto.

Él duda, sus manos tiemblan mientras me aparta el pelo de la cara. Luego se inclina y me besa de nuevo, esta vez más suave. Me saboreo en sus labios, y es extrañamente dulce. Me estremezco, mi cuerpo respondiendo con renovada urgencia. No puedo creer que ya esté ávida de más.

Se coloca, la punta roma de su polla empujando mi entrada. Estoy lubricada y todavía hinchada de lo de antes, pero él es cuidadoso, presionando solo una fracción cada vez. El primer empujón es

agudo: un dolor como un cuchillo, un desgarro desde dentro, y todo mi cuerpo se tensa. Le clavo las uñas en los bíceps, aprieto tanto los dientes que me saben a hierro. Se detiene de inmediato y me acaricia la mejilla con el pulgar.

«Respira», gesticula, con una sola mano, los ojos urgentes pero suaves. «Relájate. No voy a hacerte daño».

Quiero reírme de eso. ¿Qué es el dolor, después de todo, sino una especie de invasión? Una intimidad forzada. Pero hago lo que me dice. Inspiro aire, lenta y deliberadamente, y obligo a mis músculos a destensarse. Él espera, con una paciencia imposible, hasta que le hago un gesto de asentimiento con la cabeza.

Vuelve a empezar, usando solo el peso de sus caderas para introducirse más en mí. El estiramiento es obsceno, casi insoportable. Siento el chasquido cuando vence la última resistencia y entonces está dentro del todo, hundido hasta la empuñadura. No puedo respirar por un momento. Mi mundo se reduce a la plenitud, a la sensación de que me parten en dos y al mismo tiempo me completan, como si esta fuera la forma que siempre estuve destinada a adoptar.

Dante tiene la cara apretada contra mi hombro. Su aliento es caliente y entrecortado en el hueco de mi cuello, su cuerpo tiembla por el esfuerzo de no moverse. Me doy cuenta, con un extraño destello de placer, de que está tan abrumado como yo. Se está conteniendo, aferrándose a los últimos jirones de autocontrol.

Nos quedamos así, paralizados. Él dentro de mí, yo empalada, jadeante y sin saber si quiero gritar, suplicar o llorar. Siento cómo mi cuerpo se adapta, los músculos se ablandan, el dolor se atenúa hasta convertirse en una molestia sorda y luego, milagrosamente, en algo parecido al placer. Quiero movimiento. Lo necesito.

Inclino las caderas hacia arriba, intentando que penetre más profundo, y el movimiento nos hace jadear a ambos. Me mira —salvaje, sin pestañear— y entonces, por fin, empieza a moverse. Lento, casi reverente al principio, retirándose lo justo para hacerme sentir la pérdida antes de volver a empujar. Cada embestida es una presión mesurada, una puesta a prueba de los límites. Me aferro a él, rodeándole el cuello con mis brazos, anclándome para no resbalar ni volver a romperme en mil pedazos. La fricción es exquisita, un roce en carne viva que enseguida se vuelve resbaladizo. También siento la sangre, un goteo caliente por mi muslo, pero se mezcla con nuestros

jugos y no me importa. Es la prueba de lo que es real, de lo que está ocurriendo.

Poco a poco, acelera el ritmo. El escritorio se mece bajo nosotros, el sonido de la carne contra la carne obscenamente alto en la silenciosa habitación. Los papeles se deslizan al suelo, los bolígrafos ruedan por el borde y caen con estrépito sobre las baldosas. El ritmo aumenta, y con él mi propia excitación. Vuelvo a sentir algo que se enrosca en mi interior, imposible e innegable. El escritorio cruje bajo nuestro peso, mi cuerpo se desliza hacia atrás con cada embestida, y entonces las manos de Dante se posan en mis caderas, sujetándome con firmeza, anclándome a él mientras empuja más profundo.

Me doy cuenta de que estoy llorando. Las lágrimas me caen calientes por las mejillas, no de dolor, sino de la abrumadora intensidad. No puedo hablar, no puedo pensar, solo puedo sentir cómo me llena una y otra vez. El mundo se reduce a los puntos donde nuestros cuerpos se conectan: su polla dentro de mí, sus manos sobre mi piel, su aliento en mi pelo.

Cambia de ángulo y, de repente, golpea algo que hace que chispas blancas exploten detrás de mis ojos. Grito, un sonido que nunca antes había hecho, mitad sollozo y mitad plegaria. Lo hace de nuevo, deliberadamente, observando mi cara mientras me deshago. Sus manos se aprietan en mis caderas, los dedos clavándose en la carne con la fuerza suficiente para dejar más moratones, y yo los recibo con gusto. Quiero sus marcas por todo mi cuerpo.

La presión aumenta, imposible e implacable. No creía que pudiera correrme otra vez, no después de lo que ya me había hecho con la boca, pero esto es diferente. Esto es más profundo, más primario. Mi cuerpo se contrae a su alrededor, ordeñándolo, y lo siento hincharse aún más dentro de mí.

—Por favor —jadeo, sin saber siquiera qué estoy suplicando—. Por favor, Dante.

Su ritmo vacila al oír su nombre. Sus ojos se clavan en los míos y veo cómo algo se rompe en él: el último hilo de contención se quiebra. Se abalanza hacia delante, con una mano enredada en mi pelo a pesar de mi anterior respingo, la otra agarrando mi muslo con tanta fuerza que mañana encontraré moratones con la forma de sus dedos. Sus caderas se estrellan contra las mías con una fuerza brutal, el sonido de piel contra piel resonando por todo el despacho.

El orgasmo me golpea como un disparo: repentino, violento y omnímodo. Grito su nombre mientras mi cuerpo se convulsiona a su alrededor, olas de placer tan intensas que rozan el dolor me recorren. La visión se me nubla, mis uñas le sacan sangre al arañarle la espalda a través de la camisa.

Me sigue hasta el abismo con un rugido silencioso, su cuerpo se pone rígido mientras se derrama dentro de mí. Siento su pulso caliente, llenándome por completo, marcándome desde dentro. Nos quedamos unidos, temblando y jadeando, mientras las réplicas nos recorren.

Lentamente, el mundo vuelve a enfocarse. El escritorio destrozado bajo mis espaldas. Los contratos rotos. El olor a sexo, sudor y sangre impregnando el aire. El peso de Dante oprimiéndome, su aliento entrecortado contra mi cuello.

Durante un largo, largo momento, el único sonido en la habitación es nuestra respiración; ambos boqueando en busca de aire como si nos hubieran ahogado y resucitado.

¿Qué hemos hecho?

¿Qué es lo que no se puede deshacer?

Finalmente se retira, y el vacío es inmediato, agudo. Hago una mueca, me tiemblan las piernas, el amasijo pringoso de él y yo gotea de entre mis muslos sobre los papeles arruinados. También hay sangre. Mi sangre y su semen, una mancha rosácea que se extiende sobre contratos por valor de diez millones de dólares. Mi inocencia —si es que alguna vez la tuve— empapando la caoba, el pergamino y la carne.

Me ayuda a incorporarme, sus movimientos ahora reverentes, casi de disculpa. Saca un pañuelo impecable del bolsillo y limpia el grueso del desastre, con toda la delicadeza del mundo. Apenas puedo mirarlo, la enormidad de lo que hemos hecho se cierne sobre mí como un sudario.

Mi camisa es un caso perdido, los botones esparcidos por el despacho como dientes tras una pelea a puñetazos. Dante se quita la chaqueta del traje y me la pone sobre los hombros; la lana aún está caliente de su cuerpo y apesta a una mezcla de los dos: tabaco, sudor y sexo.

Esto es ridículo. Esto es irreversible.

—Esto no cambia nada —digo con un hilo de voz.

Él asiente, pero sus manos se mueven de otra forma. Dicen: —Lo cambia todo.

17 - Ana

El vestido rojo se desliza sobre mi piel como la vergüenza.

Han pasado tres días desde que lo traicioné todo. Tres días desde que me abrí de piernas para el asesino de papá en su escritorio de caoba. Tres días, y todavía siento el dolor fantasma de él dentro de mí, un vacío que me hace querer arrancarme la piel a arañazos.

No puedo mirarme al espejo. Cada vez que lo intento, la veo a ella: la puta que suplicaba más, que gritaba su nombre como una plegaria. Mis dedos recorren los moratones de mis caderas, marcas de un verde violáceo donde sus manos me agarraron con demasiada fuerza. Pruebas de mi traición pintadas en mi piel como acusaciones.

Este es el mismo vestido que elegí cuando Maria me llevó de compras, cuando todavía pensaba que podría mantener las distancias. Cuando solo era una chica que jugaba a la venganza, no una mujer que sabía lo que se sentía al deshacerse en manos de su enemigo. El escote es lo bastante bajo como para mostrar las marcas que se atenúan en mi cuello, donde me chupó con demasiada fuerza. La tela susurra con cada movimiento, recordándome lo que sentí cuando la arrugó alrededor de mi cintura.

—Papá, perdóname —le digo por señas al espejo, con movimientos tan violentos que me duelen las muñecas, cada gesto una herida autoinfligida.

La puerta del dormitorio se abre sin avisar. Entra Dante, ya vestido con uno de sus trajes oscuros, con el cuello alto para ocultar las cicatrices que he probado. Su visión hace que se me encoja el estómago de autodesprecio y de algo peor: deseo. Incluso ahora, odiándome a mí misma, odiándolo a él, mi cuerpo traidor responde a su presencia. El calor se acumula vergonzosamente entre mis muslos, y quiero morirme por semejante traición.

Deja una nota doblada sobre el tocador sin mirarme directamente. *El coche en veinte minutos. Primera aparición pública. No avergüences a la familia.*

Luego se marcha, pero su colonia perdura. Cigarrillos y sándalo. El olor hace que mi coño se contraiga con recuerdos indeseados. Han pasado tres días desde que me enseñó lo que mi cuerpo podía hacer, y odio seguir anhelándolo.

Me subo la cremallera del vestido con dedos temblorosos. La seda roja se pega en todos los lugares que él ha marcado, una segunda piel que parece una confesión. La tela se me engancha en la cadera amoratada y reprimo un gemido. Cada dolor es un recordatorio de lo completamente que he traicionado la memoria de papá.

El coche parece un ataúd forrado de cuero.

Me pego contra la puerta más lejana, lo más lejos de Dante que el asiento trasero me permite. Podría ser inútil. El espacio entre nosotros vibra con todo lo que hemos hecho, con todo lo que le dejé hacer. Mi cuerpo lo recuerda demasiado bien: su peso, cómo me estiraba, la forma en que me hizo correr hasta que rompí a sollozar.

—Buenas noches, señor y señora Rosetti —dice el conductor, mirando por el retrovisor con una sonrisa—. Hacen una pareja perfecta.

Señora Rosetti. El nombre me revuelve el estómago. O quizá esa sea solo la respuesta de mi cuerpo al estar sentada tan cerca de él, recordando lo que sentí cuando estaba dentro de mí, sabiendo que lo quiero de nuevo a pesar de todo.

Las manos de Dante se mueven en el espacio que nos separa, lo bastante sutiles para que el conductor no se dé cuenta:

—Estás preciosa.

Las palabras me provocan una arcada. Preciosa. Como si no estuviera aquí sentada, ahogándome en autoodio.

—Parezco una puta —respondo por señas, cada movimiento lo bastante afilado como para cortar, lo bastante agresivo como para hacer sangre si las señas pudieran herir.

Aprieta la mandíbula, la única señal de que mis palabras le afectan. Luego sus manos se mueven de nuevo, deliberadas y posesivas:

—Mi puta.

Las palabras se me graban en la piel a fuego, y odio cómo la humedad me inunda entre los muslos. Semejante posesión me da ganas de cruzar el asiento para apuñalarlo o besarlo. Quizá ambas cosas. Me clavo las uñas en las palmas con la fuerza suficiente para

dejarme medias lunas, un dolor que apenas registro contra la guerra que se libra en mi cuerpo.

—El restaurante tiene las mejores vistas de Chicago —continúa el conductor, ajeno a todo—. Muy romántico para una pareja joven.

Romántico. Como si esto fuera una cita en lugar de una actuación. Como si no estuviera aquí sentada, ahogándome en el recuerdo de lo mucho que me ha destrozado para cualquier otro.

Me obligo a mirar por la ventanilla, viendo Chicago pasar borroso. A cualquier sitio menos a él. Pero siento su mirada sobre mí, pesada como manos, y mi cuerpo traidor responde con una humedad por la que me odio.

El restaurante reluce con dinero peligroso, todo cristal y luz de velas y hombres que matan con apretones de manos.

—¡Señor Rosetti! ¡Señora Rosetti! ¡La princesa de la mafia recién casada! —Los fotógrafos se agolpan cerca de la entrada, sus cámaras capturándome del brazo de mi marido. Compongo mi rostro en la sonrisa que aprendí viendo a las esposas de los socios de papá: hermosa y vacía, sin revelar nada. La interpretación de ser la esposa de un mafioso me sale más fácil de lo que debería.

La mano de Dante me quema a través de la seda en la parte baja de la espalda, guiándome entre la multitud. Cuando la mirada de un hombre se detiene demasiado en mi vestido, en las curvas que revela, los dedos de Dante aprietan con más fuerza, posesivos. Su cuerpo se mueve sutilmente, bloqueando la vista del hombre, y odio que su protección me haga sentir más segura. Odio aún más moverme con él por instinto, nuestros cuerpos encontrando un ritmo antes de que mi autodesprecio me alcance.

Otras esposas nos observan desde sus mesas mientras pasamos. Algunas con pena: saben lo que significa casarse para entrar en esta vida. Otras con envidia: soy joven, mi marido es poderoso y no saben que nuestro lecho nupcial es un campo de batalla. Una mujer mayor le susurra algo a su acompañante, con la mirada fija en el moratón que se ve parcialmente en mi hombro. Ella sabe exactamente cómo me lo hice.

En el comedor privado hay cinco hombres con trajes caros, sus ojos siguiéndonos con un interés depredador. Reconozco esa mirada de los socios de papá. Estos son los hombres que mueven cargamentos a través de territorios, que discuten asesinatos mientras beben vino.

—Dante —dice el de más edad, poniéndose en pie—. Y la princesa Moretti. Qué extraña pareja, un Rosetti y una Moretti. Su padre debe de estarse revolviendo en su tumba.

La crueldad despreocupada de sus palabras me hace estremecer. El pulgar de Dante me acaricia la columna. Advertencia o consuelo, ya no sé distinguirlo.

Estamos sentados uno al lado del otro, los negocios lo exigen. Su muslo presiona el mío por debajo de la mesa, y odio cómo responde mi cuerpo, cómo la consciencia de su presencia ahoga todo lo demás.

Discuten sobre territorios y cargamentos mientras finjo seguir su rápido inglés. Pero ahora entiendo más, lo suficiente como para reconocer cuándo mencionan las antiguas rutas de papá por el Medio Oeste. —Se rumorea que la gente de Detroit ha estado haciendo movimientos —dice uno en voz baja—. Ese exaltado de Carlo ha estado tentando a la suerte desde que su primo salió de la cárcel.

El vino sabe a cobre, o quizá sea solo la sangre de morderme la lengua. A nuestro alrededor, las copas de cristal tintinean como campanas de advertencia, y no soy capaz de tragar la comida perfectamente presentada en el plato. La cadera magullada me palpita contra la silla, y cada movimiento me recuerda cómo me hice estas marcas, me recuerda qué manos las dejaron ahí.

—¿Un matrimonio por amor, he oído? —dice un hombre con lascivia, deslizando la mirada por mi cuerpo como si fuera aceite. Su vista se detiene en mi cuello, probablemente viendo las marcas desvaídas que Dante dejó allí.

Dante escribe una nota en mayúsculas en su bloc y la levanta para que todos la vean: *La pareja perfecta*.

Mi inglés mejora cada día, las palabras ruedan por mi boca con más comodidad, se filtran en mis oídos como agua en lugar de sirope. Pero, aun así, creo que he debido de malinterpretar su nota.

Bajo la mesa, su mano encuentra mi muslo a través de la seda. El contacto me quema y mi cuerpo se inunda de una excitación que me odio por sentir. Sé exactamente lo que es: mi coño se humedece por el hombre que mató a papá. La traición de mi cuerpo, que entiende de placer mientras mi corazón grita en señal de protesta.

Cuando mencionan las rutas de papá por Detroit, un recuerdo me asalta: papá en su escritorio, marcando mapas con tinta roja, planeando envíos que nunca llegarían. Ahora estos hombres se reparten su imperio mientras yo estoy aquí sentada con un vestido

rojo, con el cuerpo todavía dolorido por la minuciosidad con que su asesino me reclamó.

Sus dedos dibujan patrones sobre mi muslo mientras los hombres discuten de negocios, y cada caricia me humedece más a pesar del odio que siento por mí misma.

Le agarro la muñeca bajo la mesa y le clavo las uñas. Para, por favor, para, no puedo soportar esto. Pero él le da la vuelta al agarre con suavidad y, de repente, es él quien me sujeta la muñeca, con el pulgar apretando el punto donde se me acelera el pulso. Lo sabe. Sabe que mi cuerpo me está traicionando, sabe que me estoy humedeciendo por él a pesar del odio que me arde en el pecho.

Mi mano libre se mueve hacia el tenedor que está junto a mi plato. Busco el arma en lugar de admitir que mis muslos traidores se están separando a pesar de que cada grito de mi mente les ordena cerrarse. El mango de metal está frío contra mis dedos, una promesa de violencia para contrarrestar esta necesidad enfermiza.

—Esos rumores de Detroit son preocupantes —dice alguien, pero las palabras se desdibujan mientras el pulgar de Dante me acaricia el pulso, notando cómo mi corazón late por él.

Me aferro al mango del tenedor y luego a su muñeca de nuevo, dividida entre la violencia y la rendición. Hace tres días, perdí la virginidad con este hombre. Ahora estoy cenando con su mano entre mis muslos, y mi cuerpo me traiciona con cada aliento. Papá no solo murió esa noche. Yo estoy matando su memoria cada instante que no le clavo este tenedor a Dante entre las costillas.

El momento de elegir llega con el estrépito de cristales.

Las ventanas estallan hacia dentro en una lluvia de cristal y caos.

—¡Por Carlo! —El grito llega acompañado de disparos, con balas que rasgan el aire donde estaban nuestras cabezas hace unos segundos.

Dante se mueve más rápido que el pensamiento, cubriéndome con su cuerpo mientras caemos al suelo. Los cristales llueven sobre su espalda, sus hombros reciben el impacto que iba dirigido a mí. Debería coger mi cuchillo ahora, debería clavárselo entre las costillas mientras está pegado a mí, protector y vulnerable.

En lugar de eso, mis manos se agarran a su chaqueta, atrayéndolo más hacia mí mientras las balas destrozan la habitación por encima de nosotros. Un instinto más profundo que la venganza me hace

buscar su protección, y la traición que eso supone quema peor que el cristal que me está cortando el hombro.

—Quédate abajo —me hace señas contra las costillas, su cuerpo es un escudo entre el infierno que acaba de desatarse y yo.

—Ni hablar —digo contra su pecho, a pesar de que me pego más a él.

—¡Soldados de Detroit! —grita alguien—. ¡Son de Detroit!

Más ventanas se hacen añicos. La lámpara de araña de cristal se estrella contra el suelo, esparciendo diamantes de vidrio por el parqué. Cuento los fogonazos de los disparos: diez, doce, más entrando por las ventanas destrozadas. No son matones cualquiera. Son soldados, entrenados y coordinados, que han venido a por sangre.

—¡Por Carlo! —vuelven a gritar, y ahora lo entiendo. Es una venganza por los rumores que acabamos de oír, la gente de Detroit haciendo su jugada, ese exaltado de Carlo que mencionaron que por fin ha ido demasiado lejos.

Una bala parte la mesa que tenemos encima y me clava astillas en el hombro descubierto. Dante se mueve para cubrirme por completo, y su mano encuentra la mía en medio del caos. No es romántico, es práctico. Si nos separamos en este infierno, si uno de los dos muere…

Pero yo ya le estoy sujetando, le había cogido la mano sin pensar, mi cuerpo lo había buscado antes de que mi mente pudiera detenerlo. Incluso ahora, incluso en este caos, recurro a mi enemigo en busca de seguridad.

Ahora estallan disparos de nuestro lado; la seguridad responde. El aire se llena de humo, de gritos y del olor a cobre de la sangre. Alguien se estrella contra la mesa volcada y la sangre se extiende bajo su cuerpo. No sé si es de los nuestros o de los suyos.

El cuerpo de Dante es una jaula de protección a mi alrededor que recibe todo lo que venga, y lo odio por ello. Lo odio por protegerme. Me odio más a mí misma por aferrarme a él, por el pensamiento traicionero que susurra: «*A él no. No dejes que se lo lleven*».

Porque si alguien va a matar a Dante Rosetti, debería ser yo.

No los de Detroit.

Yo.

18 - Dante

El cristal estalla hacia dentro como una lluvia mortal, mil fragmentos reflejando la luz al caer. Me muevo sin pensar, el puro instinto se apodera de mí mientras me lanzo sobre Ana, cubriendo su cuerpo con el mío. El peso de su cuerpo bajo el mío, su perfume a jazmín mezclándose con la pólvora y el miedo, se registra en un instante mientras el caos estalla a nuestro alrededor.

Su cuerpo se tensa bajo el mío, listo para la violencia incluso inmovilizada por mi peso. Han pasado tres días desde que andamos con rodeos sobre lo que pasó en mi escritorio, y ella todavía se mueve como si me perteneciera, respondiendo a mi contacto incluso cuando se resiste a que la proteja.

—Estate quieta —le indico por señas contra las costillas, mientras mi cuerpo es un escudo entre ella y el infierno que acaba de desatarse.

A través de las ventanas destrozadas, los cuento: ocho, diez, doce. Soldados de Detroit entrando a raudales como cucarachas, con equipo táctico y armas automáticas. No son matones callejeros. Son asesinos entrenados. La forma en que se mueven, cubriéndose los ángulos los unos a los otros, demuestra un entrenamiento profesional.

—¡Por Carlo! —El grito de guerra desgarra el restaurante—. ¡La zorra de los Rosetti muere esta noche!

La zorra de los Rosetti. No yo. Ella.

La sangre se me hiela y luego me arde. Han venido a por Ana. Mi Ana. Una rabia posesiva inunda mi cuerpo y mi visión se vuelve nítida como el cristal. Cada salida, cada ángulo, cada objetivo catalogado en un instante.

El codo de Ana me golpea en las costillas mientras se retuerce bajo mi cuerpo, luchando por liberarse. Su respiración cambia. Reconoce ese nombre. Carlo. La revelación flota entre nosotros, densa como el sabor metálico del cobre.

Vuelco nuestra mesa con una mano; el pesado roble se estrella contra el suelo creando una cobertura. Los platos se hacen añicos, el vino se derrama sobre el lino blanco. Una barrera temporal, pero es algo.

—Pistola —le indico por señas contra las costillas—. Tobillo derecho.

No pregunta, simplemente alarga la mano y encuentra mi arma de repuesto con facilidad. ¿Cuándo ha aprendido a moverse así? ¿Quién le ha enseñado? Los celos me abrasan antes de reprimirlos. Ahora, concentración; posesión, después.

Cuando yo ruedo hacia la izquierda, ella rueda hacia la derecha y se apoya sobre una rodilla con el arma ya en alto. Es como si ya hubiéramos bailado este baile. Como si nuestros cuerpos conocieran el ritmo del otro desde aquella noche en que aprendí cada sonido que era capaz de emitir.

Tres disparos. Dos hombres caen.

Joder, ¿cuándo ha aprendido a disparar así?

Nos movemos sin palabras, sin señas, nuestros cuerpos funcionan por puro instinto. Ella cubre la zona alta mientras yo me encargo de la baja. Cuando necesita recargar, yo ya me he puesto delante de ella. Cuando un atacante me flanquea, su cuchillo pasa zumbando junto a mi oreja y se le clava en la garganta. ¿De dónde coño ha sacado un cuchillo?

Sincronización perfecta. Como en el escritorio, esa misma compenetración instintiva de cómo encajamos, pero esta vez con violencia en lugar de placer. Se me remueve la polla, es inapropiado. A mi pequeña asesina le gusta pelear, y joder si eso no hace que la desee más.

La primera oleada cae rápidamente. Mi cuchillo encuentra una garganta, silencioso y eficaz. Los disparos de ella se agrupan, precisos, en el centro del pecho. Giramos el uno en torno al otro como bailarines, si los bailarines pintaran con sangre y se movieran al son de una sinfonía de gritos.

—Cocina —le indico por señas, y ella asiente, ya en movimiento.

Nos movemos fluidamente a través del caos, ella cubriendo nuestra retaguardia mientras yo despejo el camino. Un hombre la agarra del brazo. Ella le da un tajo con un cuchillo de carne que ha conseguido, abriéndole la muñeca hasta el hueso. Le parto el cuello

para rematar la faena, asegurándome de que nunca volverá a tocar lo que es mío.

Ana me observa trabajar, y el ardor que le llena la mirada hace que me ponga más duro de lo que debería en medio de un baño de sangre. A mi pequeña guerrera, que luchó tan ferozmente cuando la tomé, le gusta verme matar por ella. Esa contradicción suya, inocente y letal, me oprime el pecho.

Las puertas de la cocina se abren de golpe cuando nos acercamos. Cuatro soldados más de Detroit, intentando flanquearnos. Ana no duda, lanza el cuchillo a la perfección y le acierta a uno en la garganta. El sonido húmedo que hace al caer le dilata las pupilas.

¿Cuándo coño ha aprendido a hacer eso? Vuelven los celos, más candentes. Alguien le ha enseñado. Alguien la ha tocado para colocarle el brazo, para enseñarle cómo agarrar el arma. Mía, gruñe la bestia en mi pecho. Ahora es mía, sin importar quién estuvo antes.

Estamos ganando. Juntos, estamos ganando. Su vestido, ese vestido rojo que me hizo recordar cómo la abría sobre mi escritorio, se arremolina mientras se mueve, salpicado de sangre que no es la suya. Nunca la suya. Pintaré Chicago de rojo antes de dejar que le hagan daño.

Ana se aparta de mi lado en un giro, levantando la pistola para otro disparo. Tres balas, perfectamente agrupadas. El atacante cae. Pero cuando se vuelve, lo veo: el rojo floreciendo en su manga blanca, extendiéndose como una acusación.

Su sangre.

El mundo se sume en el silencio. Luego, en el rojo.

No es la violencia controlada que he estado ejerciendo. Esto es otra cosa. Algo que nace de ver su sangre, SU sangre, derramada en mi mundo. La bestia que mantengo a raya se libera, y cada hombre que todavía respira ha firmado su sentencia de muerte en el momento en que esa bala le ha rozado la piel.

Me convierto en el monstruo del que se susurra en Chicago.

El siguiente atacante no muere sin más. Lo destruyo. Los huesos crujen como percusión, cada fractura una nota en la sinfonía de mi rabia. Su amigo intenta huir. Lo alcanzo en la puerta, y lo que sucede a continuación hace que Ana jadee. Pero no puedo parar. Su sangre exige un pago en gritos.

—¡Dante! —La voz de Ana atraviesa la neblina. Dice mi nombre, pero yo solo veo rojo.

Otro menos, con la garganta tan aplastada que nunca volverá a gritar. Otro, arrojado a través de lo que queda de una ventana; la caída se encargará de lo que mis manos empezaron. Ya no estoy luchando. Estoy borrando del mapa. A cada hombre que vino aquí pensando que podía tocarla, hacerla sangrar, arrebatármela.

Un movimiento a mi espalda. Me giro, listo para destruir, pero Ana ya está ahí. Vacía el cargador en el tirador que me tenía a tiro, me salva la vida mientras su propia sangre le gotea por el brazo. Los disparos se agrupan perfectamente a pesar de su herida, a pesar de todo.

—Dante —me dice por señas con la mano buena, y algo en su mirada me devuelve a la realidad—. Te necesito.

No para la violencia. Para estar a salvo. Me necesita a mí, no al monstruo.

La cojo en brazos, ignorando sus protestas. —Puedo andar —insiste ella, pero su voz titubea y el shock empieza a hacerle efecto. La mancha de sangre de su manga se extiende con cada latido, y cada gota hace que la bestia en mi pecho aúlle pidiendo más venganza.

Pero me necesita a mí. Solo a mí.

El equipo de Nico inunda el restaurante, con la eficiente limpieza ya en marcha. Marco está al teléfono, encargándose de la respuesta policial con su autoridad habitual. Pero a mí solo me importa la mujer que tengo en brazos, con su sangre calando mi camisa allí donde se aprieta contra mí.

La puerta del coche se cierra de un portazo a nuestra espalda mientras Tommy pisa a fondo y los neumáticos chirrían contra el asfalto. Ahora tengo las manos manchadas con la sangre de Ana, literalmente, de presionar su herida. Verla me da ganas de dar media vuelta para asegurarme de que todos los hombres que entraron en ese restaurante mueran entre gritos.

—Estás herida —le digo por señas con una mano, con el otro brazo como acero alrededor de su cintura.

—Ha merecido la pena —me responde por señas, y hay algo tierno en su mirada a pesar del dolor—. Te he salvado.

Lo ha hecho. Del tirador que no vi. De la rabia que me habría consumido por completo. De mí mismo.

Su cuerpo tiembla contra el mío, el bajón de adrenalina golpeándola con fuerza. —Hemos luchado bien juntos —susurra, y

percibo asombro en su voz. El reconocimiento de lo que somos juntos.

Perfectos. Somos perfectos juntos, en la violencia como en todo lo demás.

Apenas podía sostener un cuchillo el día de nuestra boda, y esta noche ha lanzado cuchillas con una precisión letal y ha agrupado las balas en el centro del torso. No es buena en el cuerpo a cuerpo, pero… La próxima vez que intente matarme, debería probar a hacerlo desde el otro lado de la habitación.

—Has aprendido a luchar —le digo por señas, observando su rostro con atención—. ¿Quién te ha enseñado?

Aparta la mirada, y algo parpadea en sus ojos. —Mi tío. Antes de… —No termina la frase, pero lo entiendo. Antes de aquella noche. Antes de que todo cambiara.

La bestia posesiva de mi pecho se calma un poco. No han sido las manos de otro hombre las que la han tocado recientemente. Familia. Entrenamiento de antes de que fuera mía. Eso puedo aceptarlo.

—Lo hablaremos en casa —le digo por señas, y luego añado con una certeza posesiva—: Todo. Cada secreto.

Porque si algo ha demostrado esta noche es que Ana Rosetti es exactamente quien se supone que debe ser. Mi igual. Mi par. Mi perfecta y letal esposa que me salva mientras sangra, que lucha como folla: con total abandono y una precisión devastadora.

—A casa —le ladro a Tommy, la palabra áspera en mi garganta—. Ahora.

Ana se aprieta más contra mí, su mano buena encuentra la mía y pone el pulgar sobre mi pulso, como si hubiera aprendido mis costumbres. Marcándome como yo la he marcado a ella. La sangre en nuestras manos unidas ya no es toda suya. Es nuestra. Mezclada en la violencia como nuestros cuerpos se mezclaron en el placer.

Tres días evitándonos que han acabado en sangre y reconocimiento. No es solo la mujer que reclamé. Es la compañera que nunca supe que necesitaba. Y está sangrando.

Eso no puede quedar así.

Alguien pagará por cada gota. Pero primero, necesito cuidarla. Tocarla. Confirmar que está entera y que seguirá así.

La ciudad se desdibuja tras las ventanillas mientras corremos hacia casa, la sangre de Ana todavía caliente en mis manos, su cuerpo todavía temblando contra el mío.

19 - Ana

—Primero tus manos —digo, sujetando a Dante por la muñeca antes de que pueda alcanzarme el brazo—. La sangre de sus nudillos parece negra bajo la luz tenue de nuestra suite, con la piel abierta por donde el hueso ha impactado contra la carne demasiadas veces esta noche.

Hace un gesto impaciente hacia mi brazo.

—Mi brazo puede esperar. —Lo guío hacia el cuarto de baño, agarrándolo con firmeza por la muñeca. La precisión que Zio Roberto me enseñó a usar con los cuchillos funciona igual de bien para curar heridas—. Apenas sangra. Tienes los nudillos hechos polvo.

Las mismas manos que estuvieron dentro de mí hace tres días, haciéndome gritar su nombre. Ahora están cubiertas de sangre por protegerme. El recuerdo provoca que la humedad se acumule entre mis muslos, y me odio por semejante traición. A mi cuerpo le da igual la venganza. Solo recuerda cómo esas manos me hicieron deshacerme.

Bajo la cruda luz del baño, los daños parecen peores. Hendiduras profundas en todos los nudillos, un corte tan hondo que puedo ver algo blanco debajo. El olor metálico de la sangre se mezcla con su colonia; violencia y sándalo. Se me endurecen los pezones contra el vestido, pero mi cuerpo tiene un gusto pésimo para lo que le excita.

Abro el agua tibia del lavabo y compruebo la temperatura antes de cogerle la mano. Deja que lo coloque, observándome el rostro en lugar de sus heridas mientras empiezo a limpiar la sangre. El agua corre rosada, luego roja y después rosada de nuevo.

—No tenías por qué haber sido tan radical —digo, aplicando antiséptico en el peor corte. No se inmuta, solo sigue observándome con esos ojos oscuros que me vieron desnuda y suplicante hace solo unos días—. Me refiero a la violencia. Podrías haberte limitado a…

Su mano libre se mueve bruscamente. —Tu sangre. —Una pausa, y luego sus ojos se vuelven negros; la misma mirada que puso antes

de romperle la columna a ese hombre—. Vuelven a tocarte y morirán más despacio.

Simple. Absoluto. El tipo de promesa que hace que mi coño se contraiga a pesar de todo.

—Apenas me han rozado —replico, pasando a su otra mano, tratando de ignorar cómo mis muslos se aprietan en busca de fricción—. Le has roto la columna a ese hombre.

—Te hizo sangrar.

Como si eso lo explicara todo. Como si el derramamiento de mi sangre mereciera cualquier grado de violencia.

Su pulgar me roza la muñeca mientras lo vendo, el mismo agarre de cuando me sujetó las muñecas por encima de la cabeza, de cuando me hizo suplicar. Se me corta la respiración, y él se da cuenta. Por supuesto que se da cuenta. Sus ojos se oscurecen con reconocimiento, recordando exactamente lo mismo que yo.

—Ahora tú —gesticula Dante cuando termino de vendarle los nudillos, y su mirada cae donde mis pezones se marcan contra la seda.

—No es nada…

Ya está tirando de mí hacia la cama, haciéndome sentar mientras coge el botiquín. Cuando se arrodilla frente a mí y me sube la manga, ambos lo vemos: un rasguño superficial de unos siete centímetros de largo. Suerte. Una suerte increíble.

Le tiemblan ligeramente las manos mientras limpia la herida. No de miedo. De rabia. Quiere volver, quiere matarlos a todos de nuevo por esta pequeña herida que me han causado. La violencia controlada en él hace que se me revuelva el estómago y me palpite el coño. *Cristo, ¿qué me pasa?*

—Estoy bien —digo, observándolo trabajar con un cuidado innecesario. Mi voz sale entrecortada, afectada por su proximidad—. En serio, Dante, es solo un arañazo.

No responde, demasiado concentrado en limpiar cada mota de sangre. El cuello roto de su camisa se abre al inclinarse hacia delante y las veo. Cicatrices en la garganta, blancas contra la piel aceitunada, deliberadas y crueles. La visión me oprime el pecho, pero también… Dios me ayude, quiero recorrerlas con la lengua.

Mi mano se mueve sin permiso, deteniéndose justo antes de tocarlo. —¿Puedo?

Se queda completamente inmóvil, con esa quietud de depredador que paraliza a la presa. Su mano sale disparada y me agarra la muñeca con fuerza suficiente para dejarme un moratón. Por un segundo, veo al asesino que todos temen, al hombre que podría romperme los huesos como si fueran ramitas. Mi pulso se acelera bajo su pulgar, y la humedad inunda mis bragas.

Entonces, lenta, deliberadamente, guía mi mano hacia su garganta. Permiso y advertencia a la vez.

Mis dedos son suaves al trazar la peor de ellas, una línea irregular que le cruza la garganta. El tejido cicatricial está abultado, áspero, cálido bajo mi tacto. Por esto no puede hablar. Alguien le hizo esto, le quitó la voz con deliberada crueldad. Las cicatrices son antiguas, pero extensas, y me arden los ojos con lágrimas que me niego a derramar.

—¿Hace diez años? —susurro, mientras mi dedo recorre el rastro de una antigua violencia.

Su respiración cambia, su pecho sube y baja más deprisa. Asiente.

La masacre. En la misma época en que murió papá. No es una coincidencia. Está conectado; todo está enredado en sangre y secretos.

—Muéstramelas —digo antes de poder evitarlo—. Todas.

Los ojos de Dante escudriñan los míos, buscando burla, lástima, repulsión. Al no encontrar nada de eso, se levanta lentamente y se desabrocha los botones de su camisa destrozada.

La tela cae, y me olvido de cómo respirar.

Su cuerpo es un mapa de tortura. Pero debajo de las cicatrices, sigue siendo devastadoramente masculino. Músculos duros, la V que desaparece en sus pantalones, el mismo cuerpo que vi entrenando en el gimnasio y el mismo que cubrió el mío hace tres días. Mi coño traidor se contrae al recordarlo, incluso mientras se me rompe el corazón al ver el daño.

Cicatrices sistemáticas le cruzan el pecho, las costillas, los hombros. No es violencia aleatoria, sino crueldad deliberada. Quemaduras que sin duda son de cigarrillos. Heridas de cuchillo demasiado precisas para ser de una pelea. La habitación parece más pequeña sin su camisa, el aire más denso.

—¿Quién te ha hecho esto? —susurro, con la mano suspendida sobre una cicatriz particularmente cruel que le cruza las costillas. Lo bastante cerca para sentir el calor que irradia su piel.

Se encoge de hombros, pero hay asesinato en su mirada. Su mano me rodea la garganta, con suavidad, pero de forma posesiva. Su pulgar presiona donde sus marcas se han desvanecido, y sé que está pensando en volver a ponerlas. Se me endurecen los pezones dolorosamente.

—La masacre —digo, las piezas encajan mientras mi cuerpo responde a su tacto—. Esto ocurrió durante la masacre. Estamos conectados por esa noche.

Asiente una vez, su pulgar acaricia el punto donde siento el pulso, que se acelera por las razones completamente equivocadas.

—Te torturaron —Las palabras me queman en la lengua—. Alguien te sujetó y te hizo esto.

—Ambos perdimos esa noche —dice con la mano libre en lenguaje de signos.

La verdad de sus palabras me atraviesa. Él también sufrió. Conectados por el momento, por la sangre, por pérdidas que ninguno de los dos eligió. Mi cuerpo tiembla, abrumado por necesidades contradictorias. Consolar, matar, subirme a su regazo y follar para ahuyentar el dolor de ambos.

Las lágrimas brotan antes de que pueda detenerlas, calientes y vergonzosas, por mis mejillas.

Estoy llorando por mi enemigo. Llorando por el hombre que mató a Papa. La traición me quema más que el rasguño del brazo, pero no puedo parar. Peor aún, tengo el coño húmedo mientras lloro; mi cuerpo es un completo traidor que lo desea incluso en medio del duelo.

Su pulgar me aparta una lágrima, y dice por señas: —Las guerreras no lloran por sus enemigos.

—Entonces, ¿qué soy yo? —susurro, cogiéndole la mano y apretándola con más fuerza contra mi garganta. Necesito el ancla de su contacto aunque me odie por ello.

—Mía —dice por señas con la mano libre, con una certeza posesiva en cada movimiento—. Mi guerrera. Mi enemiga. Mi esposa.

Extiendo la mano sin pensar, con la palma plana sobre la peor cicatriz, la que tiene sobre el corazón. Su piel quema bajo mi contacto. Él cubre mi mano con la suya, apretándola más en lugar de apartarla.

Se supone que estoy curándole las heridas, pero mis dedos descienden más de lo necesario, siguiendo la uve de músculo que

desaparece en sus pantalones. Mis muslos se contraen.

Se da cuenta. Por supuesto que se da cuenta. Me coge la mano y sus ojos prometen que él también se acuerda. Se está poniendo duro, la evidencia presiona contra sus pantalones, y se me hace la boca agua. Odio saber a qué sabe cuando solo debería saber cómo sangra.

—Sientes demasiado —dice por señas con la mano libre.

—Lo siento todo —admito, con las palabras en carne viva—. Odio que seas humano. Odio que se me humedezca el coño cuando matas por mí. Odio saber exactamente a qué sabes.

Sus ojos se oscurecen hasta volverse negros y, por un momento, creo que va a ceder, a cerrar la distancia entre nosotros. Su polla está completamente dura ahora, y mi cuerpo grita que me ponga de rodillas, que me la meta en la boca, que aprenda también a qué sabe esa parte de él, que lo olvide todo en el limbo del sexo.

En lugar de eso, retrocede, dándome espacio cuando cada línea de su cuerpo dice que quiere reclamarme contra la superficie más cercana.

Me aparto bruscamente de su contacto y voy trompicando hacia el cuarto de baño. —No puedo. Necesito…

No me sigue, no intenta detenerme. Se limita a observar con esos ojos oscuros que ven demasiado, que saben exactamente lo húmeda que estoy, cuánto lo deseo a pesar de todo.

La puerta del baño se cierra con un clic satisfactorio. Me apoyo en ella, con el pecho agitado, los muslos apretados intentando aliviar el dolor que siento entre ellos.

En el espejo me devuelve la mirada una mujer salvaje. Con las mejillas manchadas de lágrimas, sangre en el vestido y unos ojos que no pueden conciliar lo que han visto. ¿Es esto una hija? ¿Una esposa? ¿Una puta que se moja mientras llora por las cicatrices de su enemigo?

Me agarro al lavabo hasta que mis nudillos están como los vendados de Dante. La sangre de Papa exige justicia. Pero mi cuerpo exige el contacto de Dante, su polla, su posesión. La guerra entre estas dos verdades me está destrozando.

—¿Quién eres? —susurro a mi reflejo.

Fuera, oigo a Dante moverse en silencio, dándome espacio pero manteniéndose cerca. Sigue protegiéndome, incluso de mí misma. Está ahí fuera, duro y deseoso, respetando mi necesidad de distancia

cuando ambos sabemos que estoy lo suficientemente húmeda como para recibirlo ahora mismo.

Todavía tengo que matarlo. El pensamiento llega con una fría certeza, incluso mientras mi cuerpo palpita de necesidad. La sangre de Papa lo exige, y no puedo deshonrar su memoria más de lo que ya lo he hecho. Pero mi cuerpo arde por el enemigo, húmedo y dolorido y completamente arruinado para cualquier otro hombre.

20 - Dante

Ana duerme en el sofá; la medicación para el dolor hace que respire profunda y acompasadamente. Su brazo herido descansa sobre una almohada, con vendas nuevas manchadas de sangre que hacen que apriete la mandíbula cada vez que las miro. El vestido rojo de anoche yace destrozado en el suelo, prueba de lo cerca que estuvo Detroit de arrebatarme lo que es mío.

La observo desde mi sillón, incapaz de apartar la mirada. Incluso drogada y herida, es devastadora. La forma en que luchó anoche: tres muertes perfectas con un cuchillo de la cena y una pistola prestada. La polla se me pone dura al recordarlo. Mi pequeña guerrera.

La puerta se abre sin que nadie llame.

Solo una persona en esta puta casa se atrevería.

—Hermano —la voz de Luca tiene ese tono específico que hace que la gente cuerda eche mano a las armas—. Hermana.

Esa sonrisa retorcida asoma a sus labios mientras entra sin ser invitado, y sus ojos azul pálido ya lo están analizando todo. La postura de Ana, sus vendas, el vestido destrozado en el suelo como una promesa de violencia.

Ha vuelto de dondequiera que Marco lo enviase y, por supuesto, ha venido directo a mi dormitorio. Al dormitorio de Ana.

Me interpongo entre ellos antes de que mi desquiciado hermano dé un paso más. Mi cuerpo le bloquea la visión de ella, con los hombros tensos en una clara advertencia. *Tócala y olvidaré que compartimos sangre.*

—Protector —Luca ladea la cabeza, estudiando mi postura con interés académico—. Qué raro en ti, Dante. Nunca antes te habían importado tus juguetes.

Mis manos signan, tajantes y agresivas: «No es un juguete».

—¿No? —da una vuelta por la habitación, como un depredador que estudia a su presa, intentando conseguir un mejor ángulo para ver a Ana—. He oído que anoche mató a tres hombres. Con eficacia.

El modo en que dice «con eficacia» me da escalofríos. Como si estuviera evaluando su actuación, puntuando su técnica. Sus pálidos ojos azules tienen ese brillo particular que aparece cuando ha encontrado algo interesante que diseccionar.

—El corte en la garganta ha sido especialmente limpio —continúa, acercándose al sofá—. ¿Y usar un cuchillo de carne? Creativo. La mayoría de la gente no se da cuenta de que el filo de sierra puede abrir una arteria tan bien como cualquier otra hoja.

Mi mano signa una sola frase: «Aléjate».

Hace una pausa y su terrible sonrisa se ensancha. —Solo observo. Es fascinante.

Ana se remueve en el sofá. El movimiento hace que haga una mueca, incluso dormida. La mirada de Luca se agudiza, centrándose en su brazo vendado con una intensidad inquietante.

—¿Puedo ver la herida?

La pregunta queda suspendida en el aire como una amenaza. No me molesto en signar, simplemente me coloco con más firmeza entre ellos. El mensaje es claro: por encima de mi cadáver.

Luca se ríe, una risa suave y perversa. El sonido me tensa los hombros. —Nunca has compartido tus juguetes, hermano. Ni siquiera de niños.

«No. Es. Un. Juguete». Cada signo es lo bastante violento como para cortar.

—No —concede, ladeando la cabeza—. Ella es algo completamente distinto. Algo que mata tan maravillosamente como folla, me imagino.

La temperatura desciende en picado. Sabe lo del escritorio. ¿Cómo? ¿Cámaras? ¿O es simplemente esa asombrosa habilidad suya para ver más de la cuenta? No importa. Lo que importa es la forma en que la mira, como si fuera un proyecto que quiere desmontar para entenderlo.

Los ojos de Ana se abren de repente, completamente alerta a pesar de la medicación. Su cuerpo se tensa, reconociendo el peligro antes de que su mente sea consciente de ello. Chica lista. Nos mira a ambos, interpretando la tensión, y su mano buena se mueve sutilmente hacia donde guarda el cuchillo.

—Usted debe de ser Luca —dice con la voz ronca por el sueño, pero firme.

—El hermano psicópata —lo dice alegremente, como si fuera un título que se ha ganado—. Sí.

Me mira, y veo cómo lo registra todo. Mi posición, mi tensión, la forma en que uso mi cuerpo como escudo. Sus ojos me hacen una pregunta que no puedo responder: «¿Es peligroso para mí?».

Sí. Siempre. Sobre todo ahora que se ha interesado por ella.

—¿Disfrutó? —pregunta Luca de repente, acercándose.

Me muevo para bloquearle el paso, pero él se limita a sonreír y continúa.

—Matarlos. La sangre. La forma en que la luz abandona sus ojos. ¿La excitó?

La mano de Ana se mueve de nuevo hacia el cuchillo, y percibo el ligero temblor en sus dedos. No es miedo. Es reconocimiento. Ve lo que es, lo que podría hacer.

—Esa es una pregunta inapropiada —dice con cautela.

—¿Lo es? —Luca ladea la cabeza hacia el otro lado—. Mató por mi hermano. Eso es íntimo. Más íntimo que follar, la verdad. El sexo son solo cuerpos. Pero ¿matar por alguien? Eso es el contacto entre almas.

Da otro paso hacia ella y le agarro la muñeca. Una advertencia. La primera y la última.

El enfrentamiento entre hermanos dura tres latidos. Sus pálidos ojos azules se encuentran con los míos, y por un momento, veo lo que vive bajo su piel. La razón por la que incluso los asesinos más curtidos se cruzan de acera para evitarlo. Entonces sonríe, una sonrisa perversa y brillante, y se retira.

—Qué susceptible —observa—. Igual que aquella noche.

—¿Qué noche? —pregunta Ana desde el sofá, frotándose el brazo herido con la mano buena.

—La noche en que todo cambió —Luca la observa ahora con una concentración inquietante—. Hace diez años. Tiene sus ojos.

—¿Los ojos de quién?

—Del muerto —su sonrisa se ensancha—. Al final, todos los muertos tienen los mismos ojos. Ese reconocimiento sorprendido cuando se dan cuenta de que todo ha terminado.

Mis manos se mueven con brusquedad: «Vete. Ahora».

—¿Te he molestado? —pregunta con inocencia, pero ambos sabemos que no es así. Todo lo que hace Luca está calculado para causar el máximo daño.

Se dirige hacia la puerta, pero se detiene para estudiar a Ana una vez más. —Podría enseñarte cosas —le ofrece en tono casual—. Perfeccionar tu técnica. A ese manejo del cuchillo le vendría bien un pulido.

Estrello la mano contra la pared y el sonido retumba por la habitación. Tanto Ana como Luca se quedan helados. El mensaje está claro sin necesidad de palabras ni señas. Eso no va a pasar nunca. La sola idea de que Luca le ponga las manos encima a Ana, enseñándole su particular estilo de violencia...

—Interesante —murmura Luca—. Qué respuesta tan violenta para protegerla.

Ya está en la puerta, con la mano en el pomo, pero se vuelve con esa sonrisa perversa.

—Va a destruirte, hermano. —No es una amenaza. Es una observación—. O os destruiréis mutuamente. Eso es lo que hace el amor en esta familia.

A Ana: —Me recuerdas a alguien.

—¿A quién? —pregunta ella, aunque veo que en realidad no quiere saberlo.

Esa terrible sonrisa se ensancha. —A alguien que me convirtió en lo que soy.

Y entonces se va, dejando un silencio que pesa más que su presencia. Ana y yo nos quedamos mirándonos de un lado a otro de la habitación, ambos procesando lo que acaba de ocurrir.

—¿Es él siempre...? —empieza a decir por señas, y luego se detiene, sin saber cómo terminar.

Asiento. Siempre peligroso. Siempre perverso. Siempre mi hermano.

—Aléjate de él —le digo por señas, acercándome al sofá ahora que se ha ido.

—¿Crees que me haría daño?

Me planteo cómo responder. Luca no se limita a hacer daño a la gente. Los deshace, encuentra lo que los hace sentir completos y se lo arrebata. El dolor físico le parece algo trivial. Prefiere el tipo de daño que nunca cicatriza.

—Creo que lo intentaría —digo por señas finalmente—. Por diversión. Para ver qué aspecto tienes rota.

Ella lo procesa, y veo cómo algo cambia en su mirada. Está reconociendo el peligro que habita entre estas paredes,

comprendiendo que la amenaza no siempre es externa. A veces comparte tu sangre.

—Tienes miedo —dice en voz baja—. No de él. De lo que podría hacerme a mí.

Asiento y me siento en la mesita de centro, frente al sofá. Lo bastante cerca para tocarla, pero sin tocarla. La medicación suaviza su mirada, pero veo la agudeza que hay debajo. Mi guerrera procesando nueva información.

—Lo sabe —dice por señas, con cuidado—. Lo nuestro. Lo del escritorio.

Un ardor me consume el pecho al recordarlo. Ella, abierta sobre la caoba, los contratos arruinados bajo su cuerpo, mi nombre en sus labios mientras se corría. El recuerdo hace que se me agite la polla, incluso ahora, incluso con la sombra de Luca todavía en la habitación.

—Sabe demasiado —convengo.

Ana se mueve en el sofá, haciendo una mueca de dolor cuando el movimiento tira de su herida. Sin pensar, alargo el brazo y dejo la mano suspendida sobre su brazo vendado. No se aparta, así que dejo que mis dedos acaricien el vendaje sin llegar a tocarlo.

—He matado por ti —dice en voz baja—. Tiene razón en que eso es íntimo.

Mis ojos se encuentran con los suyos. Ha matado por mí. Me ha salvado del tirador que no vi. La bestia posesiva de mi pecho ronronea ante el recuerdo. Mi mujer, mi guerrera, mía.

—¿Más íntimo que follar? —digo por señas, haciéndome eco de las palabras de Luca.

El color le inunda las mejillas, y joder si ese sonrojo no hace que me den ganas de abrirla de piernas aquí mismo, herida o no. De enseñarle exactamente lo íntimos que podemos llegar a ser. Pero necesita recuperarse. Necesita estar entera antes de que la tome de nuevo.

—Es diferente —responde por señas—. Ambas fueron… elecciones.

Elecciones. Eligió matar por mí. Eligió abrir las piernas para mí. Me eligió a mí, aunque todavía no lo haya admitido.

Me inclino hacia ella, incapaz de resistirme. Su respiración se entrecorta cuando presiono mi frente contra la suya, con cuidado de no moverle el brazo herido. Nos quedamos así, compartiendo el

aliento, en un momento cargado con todo lo que no estamos diciendo.

—Me ha dado miedo —admite contra mi boca—. No como los otros. Diferente. Perverso.

—Bien —digo por señas contra su mejilla—. El miedo te mantiene con vida con Luca cerca.

Se echa un poco hacia atrás para mirarme. —¿Me protegerías? ¿Incluso de tu propio hermano?

—De cualquiera —digo por señas, y lo digo en serio—. Cualquiera que amenace lo que es mío.

La posesividad de mis señas hace que se le entrecorte la respiración. Veo su pulso acelerarse en la garganta, en el mismo punto que marqué con mi boca. El moratón se ha desvanecido, y quiero volver a marcarlo. Quiero que todo el mundo vea que me pertenece, especialmente mi hermano con su sonrisa perversa y su interés perturbador.

—Debería odiar eso —dice por señas—. Que me llames tuya.

—¿Pero?

Cambia al italiano. —*Ma sto prendendo antidolorifici e tutto sembra morbido e tu mi guardi come se…* —deja la frase en el aire, y levanta la mano sana para tocarme la cara.

Como si quisiera devorarla. Como si quisiera envolverla en seda y encerrarla donde solo yo pudiera tocarla. Como si fuera a quemar el mundo para mantenerla a salvo.

Todo cierto.

Sus dedos me recorren la mandíbula, y me giro para depositar un beso en su palma. Sabe a residuos de pólvora y al regusto metálico de la sangre seca, a violencia y vulnerabilidad. Perfecto.

—Duerme —digo por señas—. Yo vigilo.

—Tú siempre vigilas —murmura, hundiéndose ya de nuevo en los cojines.

Siempre.

Mientras se vuelve a dormir, me acomodo en mi silla. De guardia. Vigilando.

Las palabras de Luca resuenan en el silencio: «Va a destruirte».

Quizá. Pero a cualquier otro que intente tocarla, lo destruiré yo primero. Sea mi hermano o no.

21 - Ana

Bajar las escaleras del sótano es como descender a mi propia tumba. Cada escalón me adentra más en una parte de la mansión Rosetti que nunca he visto, que nunca he querido ver. El aire se vuelve denso con algo que no es solo humedad. Sabe a cobre, a todos los gritos que estas paredes se han tragado.

Como la vieja bodega de Roma donde papá me enseñó a esconderme durante las redadas, solo que esto no es para esconderse. Esto es para algo peor.

—No deberías estar aquí —signa Dante por tercera vez, con gestos bruscos y cargados de frustración.

—El ataque fue contra mí —le respondo en el mismo lenguaje, con gestos igual de agresivos—. Tengo derecho a saber por qué.

Se me revuelve el estómago y tengo que tragar bilis. Hace tres días, cuando Dante aniquiló a aquellos hombres en el restaurante, creí que había visto el alcance de su violencia. Pero este descenso deliberado a un lugar diseñado para el sufrimiento es diferente. Este es el momento en el que dejo de luchar contra aquello en lo que me he convertido. La hija de papá saldría corriendo. La esposa de Dante se queda.

Detrás de nosotros, Marco baja con pasos medidos, y su presencia llena la estrecha escalera. Le sigue Nico, con un cuaderno en la mano; su porte militar hace que el espacio parezca aún más angosto. Pero es Luca quien me pone la piel de gallina; sus pasos son demasiado ligeros, demasiado impacientes, como si nos dirigiéramos a un lugar agradable en vez de al infierno.

La insonorización se hace evidente en cuanto llegamos abajo. Las paredes son gruesas, reforzadas, diseñadas para contener lo que sea que ocurra aquí abajo. El silencio parece vivo, me presiona los tímpanos.

—Bienvenidos a mi taller —dice Luca con alegría, señalando una pesada puerta de metal—. He preparado algo especial.

Sus ojos pálidos reflejan las luces fluorescentes, haciendo que parezcan casi plateados.

La puerta se abre y revela una escena que me revuelve el estómago. Las paredes de hormigón rezuman condensación, o quizá es sangre vieja que nunca acaba de limpiarse. Cada bocanada me llena los pulmones de cobre y del sudor del miedo. La sala está organizada como un quirófano: herramientas ordenadas por tamaño, desagües en el suelo, luces en el techo que blanquean todo de forma inmisericorde. Nada que ver con las cálidas sombras de nuestro dormitorio, donde la violencia es algo que se susurra en la oscuridad.

Y en el centro, un hombre encadenado a una silla de metal atornillada al hormigón. Un soldado de Detroit que reconozco del ataque del restaurante.

Tiene la cara cubierta de costras de sangre y un ojo hinchado y cerrado. Su respiración son jadeos húmedos que sugieren que tiene las costillas rotas. Pero está vivo. Consciente. Nos observa entrar con su único ojo sano.

—Lo he guardado como regalo —anuncia Luca, señalando su obra como un gato que presenta un pájaro al que ha torturado pero no ha llegado a matar—. Los otros estaban demasiado dañados para interrogarlos como es debido, pero este es perfecto para sacarle respuestas.

La mano de Dante se posa en la parte baja de mi espalda, no para empujar, sino para ofrecerme una salida. Puedo irme. Me está dando la opción. En lugar de eso, doy un paso adelante y entro en la sala.

Marco se coloca frente al prisionero, irradiando autoridad con su quietud. —¿Empezamos por lo sencillo? ¿Quién ordenó el ataque al restaurante?

El hombre escupe sangre y saliva al suelo, cerca del zapato de Marco. —Que os jodan, escoria de los Rosetti.

Nico toma una nota, su bolígrafo se desliza por la página con el ritmo constante de alguien que documenta pruebas. Todo queda registrado con la caligrafía cuidadosa de un soldado que ha visto cosas peores pero que aun así lleva la cuenta.

—Se lo preguntaré de nuevo —dice Marco, sin alterar el tono de voz en ningún momento—. ¿Quién ordenó el ataque?

—Carlo le envía recuerdos —jadea el prisionero, y luego se ríe, con un sonido húmedo y anómalo—. Desde el infierno.

Carlo. El nombre que sonó en la cena antes del ataque. Los hombres habían estado hablando de él, de ese exaltado cuyo primo acababa de salir de la cárcel. El que estaba forzando los límites en Detroit. Pero decían que entonces estaba vivo, haciendo movimientos. ¿Ahora está muerto?

Miro a Dante, confundida por la cronología.

Sus manos se mueven para explicar: —El príncipe de Detroit. Murió el año pasado en una disputa territorial.

—Pero en la cena dijeron… —empiezo a signar.

—Otro Carlo —me interrumpe Marco, entendiendo mi confusión —. El hijo murió el año pasado. El padre adoptó el mismo nombre. Es tradición en su familia. Del que hablaban en la cena es de Carlo padre.

—La muerte de su hijo exige sangre —continúa el prisionero, con la mirada fija en Marco con una intensidad febril—. Sangre Rosetti. Cualquier sangre Rosetti. Carlo padre no parará hasta que Chicago sangre.

—Carlo hijo murió por su propia estupidez —afirma Marco, como si leyera el parte meteorológico—. No tuvo nada que ver con nosotros.

—Su padre no está de acuerdo. —El único ojo sano del prisionero se desvía hacia mí, y algo en su mirada me pone la piel de gallina.

El reconocimiento aflora en la cara del prisionero al verme de verdad por primera vez. Sus labios partidos se curvan en algo que podría ser una sonrisa si no fuera tan grotesco.

—La puta de los Moretti —dice, con las palabras goteando veneno —. Hemos oído hablar de ti. La última de tu estirpe, abriéndole las piernas a la familia que masacró a la tuya.

La temperatura de la habitación desciende hasta un nivel gélido. Todos los hermanos se quedan quietos como estatuas, con esa quietud depredadora que precede al estallido de la violencia. Las luces fluorescentes parecen atenuarse a pesar de no parpadear. Hasta Luca deja de examinar sus herramientas.

—Cuando tomemos Chicago —continúa el prisionero, con la voz fortalecida por el puro odio—, tú serás el premio. El padre de Carlo te ha prometido a quien le traiga la cabeza de Dante.

Se me revuelve el estómago, pero mantengo una expresión neutra. Ya he oído amenazas antes. Me han llamado cosas peores. Pero nunca algo tan específico, tan planeado.

—Lo sabemos todo sobre usted —dice con una sonrisa lasciva, y la sangre se me hiela en las venas—. El padre de Carlo ha estado observando, planeando exactamente cómo vamos a marcarle esa piel tan bonita. Cada detalle de su rutina, cada debilidad.

Madonna mia. Me han estado observando. Me tiemblan las manos, no de miedo, sino por el esfuerzo de no cruzar la habitación hasta Dante.

Las amenazas se vuelven más explícitas, más viles. Describe exactamente lo que harán, cómo me romperán, me usarán, me destrozarán trozo a trozo. Cada palabra pinta imágenes que no quiero en mi cabeza, una violencia tan específica que está claro que la han discutido, planeado y saboreado en sus retorcidas fantasías.

—Pasarla de mano en mano por el almacén —continúa—. Cada soldado que perdió a alguien por culpa de los Rosetti tendrá su turno. Para enseñarle lo que les pasa a las zorras traidoras que olvidan su sangre.

Los hermanos están más que tensos. Están paralizados en ese momento justo antes de que todo estalle. La habitación parece cargada como el instante antes de que caiga un rayo.

—Luego enviaremos lo que quede de vuelta a Italia —concluye el prisionero—, para que todo el mundo sepa lo que les pasa a las mujeres Moretti que traicionan su sangre por una polla Rosetti.

El silencio que sigue es absoluto. Nadie se mueve. Nadie respira.

Entonces Dante da un paso al frente.

No hay aviso, ni señal de sus intenciones. En un momento está a mi lado y, al siguiente, su mano envuelve el dedo meñique del prisionero. El chasquido resuena en las paredes de hormigón, seguido de inmediato por un grito que no suena humano.

Pero Dante no ha hecho más que empezar.

El segundo dedo se rompe con la misma precisión lenta y deliberada. Luego el tercero. Dante trabaja con firmeza, sus movimientos controlados, casi quirúrgicos. Cada chasquido es intencionado, medido, dándole al prisionero tiempo para sentir cada fractura antes de que empiece la siguiente.

Esto no es rabia. Es algo más frío, más aterrador. Una promesa escrita con huesos rotos.

Los gritos del prisionero se han disuelto en gemidos, sonidos animales de agonía. Pero Dante no ha terminado. Pasa a la otra

mano, y la lenta destrucción comienza de nuevo. Un dedo. Dos. Cada fractura deliberada, sin prisas.

Durante todo el proceso, no aparta sus ojos de los míos. Oscuros, posesivos, haciéndome una pregunta que no sé cómo responder. «¿Es esto lo que quieres? ¿Es esto en quien necesitas que me convierta?».

Dio mio, sí. El pensamiento llega sin ser invitado, no deseado, innegable. Lo he visto ser violento antes, con Giuseppe, en el restaurante, pero esta destrucción calculada por mi honor hace que mi cuerpo responda de maneras que deberían avergonzarme.

—La lengua —sugiere Luca con naturalidad, sacando un cuchillo de su chaqueta con el aire despreocupado de quien ofrece un bolígrafo—. La boca tiene una anatomía fascinante. Tantos nervios, tanta sensibilidad. Pero ya no la necesitará.

Le ofrece la hoja a Dante, con el mango por delante, y este la coge sin dudar. El prisionero intenta mantener la boca cerrada, pero el pulgar de Dante encuentra un punto de presión que le hace abrir la mandíbula.

El corte es rápido, eficiente. La sangre brota de la boca del prisionero mientras su lengua cae al suelo con un sonido húmedo que me alegra haberme saltado el desayuno. Ya no puede amenazarme. No puede pronunciar esas viles promesas. No puede decir mi nombre con ese odio venenoso.

Dante deja caer el cuchillo y me dice con las manos ensangrentadas: «Nadie te habla de esa manera».

La silenciosa declaración queda suspendida entre nosotros, más íntima de lo que cualquier palabra podría ser. Se ha manchado de sangre por mí, se ha convertido en algo monstruoso para proteger lo que es suyo.

El prisionero gorgotea, ahogándose en su propia sangre hasta que Nico, eficientemente, le gira la cabeza hacia un lado, dejando que se derrame por el suelo. Profesional. Práctico. Manteniéndolo vivo para más preguntas que ya no puede responder.

—¿Me permites? —pregunta Luca, y la cortesía del tono lo empeora todo.

Dante asiente una vez, retrocediendo pero manteniendo su posición entre el prisionero y yo. Un frente unido. Hermanos en la violencia.

Luca se acerca a la silla como un artista se acerca a un lienzo, ladeando la cabeza para estudiar el rostro del prisionero desde diferentes ángulos. —¿Sabe? El nervio óptico es notablemente sensible. Veintiséis músculos controlan el movimiento del ojo. Todas esas delicadas conexiones entre la vista y la memoria.

Saca algo de su bolsillo. No un cuchillo, sino algo médico y preciso. —Usted la miró. Se imaginó cosas. Eso requiere ojos.

El prisionero intenta revolverse, pero las cadenas lo sujetan con firmeza. Luca trabaja con constancia, haciendo observaciones sobre anatomía mientras procede. —Lo maravilloso del trauma en el nervio óptico es que afecta a la formación de la memoria. Uno no puede imaginar lo que no puede ver. El cerebro, literalmente, no puede reconstruir las imágenes.

Santo cielo, está destrozando a este hombre por unas palabras. Solo unas palabras sobre mí.

Debería estar horrorizada. Debería estar huyendo de este sótano, de estos hombres que destruyen con tanta naturalidad. En cambio, me siento segura. Protegida. La calidez en mi pecho no tiene que ver con la violencia. Tiene que ver con que estos hombres hagan esto por mí. Con que yo valga este nivel de protección.

—Casi he terminado —dice Luca, en tono académico—. Es fascinante lo rápido que la mente se adapta a la pérdida sensorial. Ya está. Ahora encaja con su futuro. Oscuro y vacío.

Los gritos del prisionero se han convertido en otra cosa, un lamento que apenas parece humano. La sangre mana de las cuencas vacías como lágrimas carmesí.

Siento la presencia de papá como un peso sobre mis hombros, pero por primera vez, me lo sacudo de encima. Su fantasma no tiene lugar en este sótano, en esta decisión que estoy tomando.

Dante se vuelve hacia mí, y veo la pregunta en sus ojos. Sus manos se mueven: «¿Demasiado?».

La verdad se me escapa antes de que pueda detenerla: «Me amenazó. Se merecía algo peor».

Marco enarca una ceja, con algo parecido a la aprobación en su expresión. Nico asiente y toma otra nota. Ahora soy de la familia. Pero yo solo tengo ojos para Dante, cubierto de sangre y hermoso en su violencia.

Me tiemblan las manos mientras hago el gesto, no por miedo, sino por el esfuerzo de no cruzar la habitación hacia él:

—Nadie me toca.

—Nadie más que yo —responde con otro gesto, y la posesión que encierra hace que me fallen las rodillas.

—Nadie más que tú —signo, y la confesión me quema por dentro como el fuego.

Es la primera vez que lo he dicho, que he admitido lo que ambos sabemos. Le pertenezco. No por la fuerza ni por contrato, sino por elección. Por la forma en que mi cuerpo canta cuando me protege, por la forma en que anhelo su violencia tanto como su tacto.

El prisionero muere lentamente, ahogándose en su propia sangre, ciego al mundo que lo deja atrás. No es rápido. Ni piadoso. Es una lección escrita con sufrimiento.

Papá lloraría si pudiera verme aquí. Su hija en una cámara de tortura, hallando consuelo en la violencia ejercida en su nombre. Me crio para ser fuerte, pero no esto. No alguien que ve amor en la sangre derramada para su protección.

Pero papá está muerto. Lo ha estado durante diez años. Y la hija que crio murió en el momento en que Dante estuvo dentro de mí, reclamándome de formas que no pueden deshacerse.

—Tiradlo en los límites de la ciudad —dice Marco finalmente—. Dejad que Detroit lo encuentre así. Que sirva de mensaje sobre tocar lo que es nuestro.

Nuestro. La palabra resuena en el espacio empapado de sangre. Ahora soy suya. Parte de esta familia que destruye unida, protege unida, elige la violencia unida.

Mientras salimos en fila del sótano, la mano de Dante encuentra la mía. Sus dedos todavía están húmedos de sangre, y no me importa. Entrelazo nuestros dedos, mezclando su violencia y mi aceptación en nuestras manos unidas.

La escalera es estrecha y nos obliga a estar juntos. Lo detengo a mitad de camino, con la necesidad de decir esto en el espacio entre el infierno y el hogar.

—Quiero pertenecerte —susurro, audible por muy poco.

Él se gira y me presiona contra la pared con su cuerpo. No es agresivo, solo una desesperación por estar cerca. Apoya su frente en la mía y lo aspiro. Sangre y sándalo y una oscura promesa. Todo su cuerpo se estremece con una necesidad apenas contenida.

—Ya me perteneces —signa con su mano libre contra mi cadera—. Desde el momento en que entraste en esa sala de conferencias con un

cuchillo destinado a mí.

Quizá tenga razón. Quizá he sido suya desde aquel primer día, luchando contra ello, negándolo, pero siempre volviendo a esta verdad. No soy la chica que papá crio. No soy la mujer que vino aquí en busca de venganza.

Soy Ana Rosetti. Esposa de un monstruo que mata por mí, sangra por mí, se convierte en una pesadilla para cualquiera que me amenace. Y que Dios me ayude, no hay otro lugar en el que preferiría estar.

Detrás de nosotros, los pasos de Luca resuenan, demasiado ligeros, demasiado complacidos.

—El amor joven —observa con esa sonrisa equivocada en su voz —. Tan hermosamente violento.

Aprieto la mano ensangrentada de Dante y lo guío escaleras arriba hacia la luz, dejando al prisionero moribundo y las expectativas de mi padre atrás, en el sótano, donde pertenecen.

Esta noche soñaré con la violencia y despertaré arropada por el recuerdo de haber sido protegida tan a fondo. Mañana tendré que reconciliar en quién me he convertido con quien se suponía que debía ser.

Pero ahora mismo, subiendo estas escaleras con la sangre de mi monstruo en las manos, nunca me he sentido más yo misma. Ana Rosetti. Suya.

Y cualquiera que amenace eso aprenderá lo que pasa cuando tocas lo que pertenece al demonio silencioso de Chicago.

Papà mi perdoni. Papá, perdóname.

Pero ya no necesito su perdón. He elegido a mi monstruo, y él me ha elegido a mí.

22 - Ana

El cuchillo de papá se desliza en la cerradura del cajón del escritorio de Dante, la misma hoja que una vez presioné contra su garganta. Me tiemblan las manos por el peso de violar la única confianza que me ha pedido.

El mecanismo hace un clic suave. Demasiado fuerte en el silencio de las tres de la madrugada, pero Dante no se mueve de su sillón de cuero. Dormido de verdad, por una vez. En dos semanas de matrimonio, nunca lo he visto descansar de verdad. Siempre está alerta, siempre vigilando, incluso cuando finge dormir. Pero ahora su pecho sube y baja con respiraciones profundas y regulares. Su rostro parece más joven mientras duerme, las duras facciones suavizadas, el peso de la violencia temporalmente aliviado.

La luz de la luna atraviesa sus rasgos y resalta la cicatriz de su garganta. El tejido dañado que le robó la voz. Alguien se lo hizo. Deliberadamente. Cruelmente. La misma noche que murió papá.

La violencia del sótano de hace unas horas todavía se me pega a la piel como el humo, como sangre que no se va por mucho que frote. Cada vez que cierro los ojos, veo las cuencas vacías de aquel prisionero, oigo el tarareo despreocupado de Luca mientras trabajaba. Siento la retorcida excitación que me inundó al verlos destruir por mí.

Pero son las preguntas las que me han sacado de la cama, las que han puesto la hoja de papá en mi mano con un propósito distinto al asesinato. ¿Qué secretos guarda mi marido bajo llave? ¿Qué verdades ha ocultado mientras aceptaba mi odio como penitencia?

Mis dedos abren el cajón con cuidado, aterrada por lo que pueda encontrar. ¿Pruebas de más asesinatos? ¿Planes para eliminarme una vez que haya cumplido mi propósito?

Pero lo que cae del cajón hace que se me hiele la sangre.

Una carpeta de cartón manila con la etiqueta «Moretti - 2015».

Ese es el año. El año en que todo terminó. El año en que murió papá.

Mis dedos temblorosos abren la carpeta y las fotografías caen en cascada sobre el escritorio como acusaciones. Pero no son acusaciones contra él, sino contra todo lo que he creído.

Impresiones de las grabaciones de seguridad, con fecha y hora. La noche de la masacre. Pero las marcas de tiempo… no coinciden con lo que me dijeron. Con lo que he creído durante diez años.

21:48 - Hombres armados entrando en el almacén. Me inclino, con el corazón martilleándome en el pecho. Los tatuajes de sus cuellos no son marcas de los Rosetti. La tinta es diferente. Letras cirílicas. ¿Rusos? Pero nos dijeron…

21:52 - Estallido de disparos. La marca de tiempo se me graba en las retinas. La matanza ya había empezado. Ya había empezado cuando…

21:58 - Dante llega con refuerzos. No liderando el ataque. Llegando después de que empezara. La foto lo muestra a él y a sus hermanos luchando contra los atacantes, no uniéndose a ellos. Luchando por abrirse paso. Luchando hacia…

—No, no, no, no, no. Esto no puede ser.

Pero las pruebas continúan, cada foto más condenatoria que la anterior. Dante abriéndose paso entre oleadas de los verdaderos atacantes. Dante llegando a la sala de conferencias donde estaba papá. Y luego la foto que me rompe por completo:

Dante acunando el cuerpo de mi padre, con la ropa empapada en su sangre. Pero es la mano de papá lo que me destroza. Apoyada en la cara de Dante no como una acusación, sino con algo que parece… ¿gratitud? ¿Una bendición? Como si estuviera agradeciéndoselo al hombre que intentaba salvarlo.

El sollozo se me escapa de la garganta antes de que pueda detenerlo.

—Oh, Dios mío. Oh, Dios mío, ¿qué he hecho?

La foto se vuelve borrosa por culpa de mis lágrimas, pero no puedo apartar la vista. Los dedos de papá en la mejilla de Dante, el mismo gesto que usaba para consolarme de niña. Y la cara de Dante. Más joven, sin la cicatriz en la garganta, pero sus ojos… *¡Virgen santa!*, sus ojos reflejan una angustia inmensa. Una desesperación total. El rostro de un hombre viendo morir a alguien a quien intenta salvar desesperadamente.

Mi mente retrocede al día de nuestra boda. A la sacristía. Mi cuchillo en su garganta. La forma en que me sujetó la muñeca, no

con brusquedad, sino con firmeza. Cómo ajustó la forma en la que lo agarraba con manos pacientes, enseñándome a matarlo como es debido. «La próxima vez, hazlo en serio», había gesticulado.

Él sabía que yo estaba equivocada. Sabía que dirigía mi odio hacia un hombre inocente. Y aun así me ayudó. Aun así me enseñó. Porque se sentía culpable por aquella noche, pero no de la forma en que yo pensaba. Porque creía que yo lo necesitaba.

Más documentos. Informes médicos fechados tres días después de la masacre. Dante Rosetti, ingresado con heridas graves. Cuerdas vocales seccionadas. Pruebas de tortura sistemática. Quemaduras, cortes, heridas que coinciden con las cicatrices que he recorrido con mis dedos. Lo torturaron. Después de que intentara salvar a mi familia, alguien lo torturó durante tres días.

Mis dedos encuentran lo peor de todo. Una foto en primer plano de la herida de su garganta. Reciente. En carne viva. La precisión quirúrgica me revuelve el estómago. Esto no fue ira. Fue un silenciamiento deliberado. Alguien quería asegurarse de que Dante Rosetti nunca pudiera hablar de lo que vio esa noche.

Una sola página con la letra precisa de Dante. Una cronología:

Recibí información sobre un ataque inminente a las 21:45. Reuní al equipo de inmediato. Al llegar, la masacre ya estaba en curso. Roberto Moretti (hermano de Romeo), muerto. Romeo Moretti, moribundo. Ana Moretti, paradero desconocido, presuntamente muerta. Identidad de los atacantes: desconocida. Se sospecha de conexiones rusas.

Me fallan las piernas. Me dejo caer al suelo y las fotos se esparcen a mi alrededor como alas rotas. Cada imagen es un clavo más en el ataúd de la persona que creía ser.

—No lo hizo… nunca… Oh, Dios mío, ¿qué he hecho?

He intentado matarlo. Varias veces. El día de nuestra boda, puse un cuchillo en la garganta que ya le habían destrozado. Lo he llamado monstruo, asesino, el destructor de mi familia. Y él simplemente… me ha dejado. Ha aceptado mi odio como penitencia por un crimen que no cometió.

El recuerdo me arrolla. Aquella primera noche en su cama, yo aferrada al cuchillo de papá, él observándome desde su silla. —Te odio —le había signado, con movimientos tan violentos que me lastimaban las muñecas. Y su respuesta, paciente como siempre: —Lo sé.

Lo sabía. Sabía que lo odiaba por algo que no había hecho, y aun así me signó: «Lo sé». Dejó que lo odiara. Dejó que planeara su muerte. Dejó que durmiera con un arma destinada a él. Noche tras noche, sentado en aquella silla, protegiendo a alguien que lo quería muerto.

¿Por qué?

Mi mente retrocede a esa noche en su despacho cuando le tiré su anillo, exigiéndole que actuara como el monstruo que yo necesitaba que fuese. El modo en que su control se había resquebrajado, cómo me había acorralado contra el escritorio. —¿Quieres un monstruo? —me había signado, y yo había dicho que sí. Dios me perdone, había dicho que sí. E incluso entonces, incluso cuando le suplicaba que fuera cruel, él había sido delicado. Cuidadoso. Asegurándose de no hacerme daño de verdad mientras yo exigía violencia.

Las fotos se vuelven borrosas por mis lágrimas. ¿Cuántas veces le signé «te odio» mientras él me respondía con un «lo sé»? ¿Cuántas noches se sentó en esa silla, velando mi sueño, mientras yo tramaba su muerte? Me hizo el amor sabiendo que yo planeaba matarlo después. Me amó a pesar de mi odio. Me protegió incluso de la verdad.

—La villana soy yo —susurro a las pruebas que me rodean—. Siempre he sido la villana.

Diez años. Diez años moldeándome hasta convertirme en un arma apuntada a un hombre inocente. Diez años del fantasma de papá exigiendo venganza contra la persona equivocada. Diez años de Dante cargando con el peso de la muerte de mi familia y de mi odio a la vez.

El informe médico detalla más heridas. Heridas de defensa en sus manos por intentar proteger a mi padre. Un rasguño de bala en el hombro por recibir un disparo destinado al tío Roberto Moretti. Sangró por mi familia antes de que lo hicieran sangrar por intentarlo.

Recuerdo tocar esas cicatrices, recorrerlas con los dedos mientras él permanecía quieto como una estatua, dejándome explorar sus heridas. —¿Quién te hizo esto? —le había preguntado, esperando y temiendo a la vez que hubiese sido mi padre. Él se había encogido de hombros, pero en sus ojos había una furia asesina. No contra mi familia. Contra quienquiera que nos destruyese a los dos esa noche.

Mi cuerpo recuerda su tacto, la delicadeza con la que me trataba incluso cuando yo intentaba destruirlo. El recuerdo de su polla dentro de mí me abrasa a través del dolor. Cómo me reclamó sobre su escritorio, me hizo suya por completo, sabiendo que yo aún planeaba su muerte. —Mía para protegerla —había signado con las manos ensangrentadas en aquel sótano, y yo por fin lo había entendido. No era posesión. Era protección. Había estado intentando mantenerme a salvo hasta de mi propia venganza errada. ¿Cómo puede alguien amar de una forma tan profunda, tan desinteresada? ¿Cómo no lo vi?

Otra foto me llama la atención. Dante siendo arrastrado por los atacantes. Tiene la cara vuelta hacia la cámara, e incluso a través de la sangre, puedo verlo mirar hacia atrás. Mirando hacia donde murió papá. Todavía intentando volver. Todavía intentando salvar a un hombre que ya se había ido.

—Me dejaste odiarte —le susurro a la foto, mientras mis lágrimas caen sobre la superficie brillante—. Dejaste que te llamara monstruo. Dejaste que intentara matarte. Porque pensaste que necesitaba a alguien a quien culpar. Y porque te culpabas a ti mismo por sus muertes, en cierto modo, porque no pudiste salvarlos.

¿Quién soy yo sin mi venganza? ¿Sin mi odio? ¿Sin el propósito que me trajo aquí?

Solo una mujer que ha estado torturando a la única persona que intentó salvar a todos los que amaba.

Recuerdo el ataque en el restaurante, cómo se movió para cubrirme sin dudarlo. Su cuerpo sobre el mío, recibiendo los cristales que iban dirigidos a mí. Y después, cuando esos soldados de Detroit me amenazaron con promesas tan viles, cómo los aniquiló. No por territorio o poder. Por mí. Siempre por mí. —Nadie toca lo que es mío —había signado, y yo había pensado que era posesión. Era protección. Siempre ha sido protección.

Cada seña que ha hecho cobra ahora un nuevo significado. Cada mirada paciente cuando yo prometía asesinarlo. Cada caricia delicada cuando esperaba violencia. La forma en que tocaba el piano a las dos de la madrugada. No era solo expresión, sino confesión. Interpretando la verdad que no podía, que no quería signar, porque pensaba que mi odio me mantenía con vida.

Mis dedos encuentran otro documento, este con la letra militarmente precisa de Nico: *El sujeto se niega a identificar a los*

atacantes a pesar del extenso interrogatorio. Alega pérdida de memoria por el trauma. La evaluación médica confirma un grave trastorno psicológico, pero sugiere amnesia selectiva. Recomendación: no insistir. D. protege algo o a alguien.

Protegiéndome a mí. Incluso entonces, incluso bajo interrogatorio, me estaba protegiendo de una verdad que pensó que me destruiría. Dejar que todo el mundo pensara que los Rosetti eran los responsables en lugar de dejarme sin nadie a quien culpar, sin forma de canalizar mi dolor.

La puerta se abre a mi espalda. No necesito mirar para saber que es él. Ahora reconocería su presencia en cualquier parte. Sus pasos se detienen, asimilando la escena: yo en el suelo, rodeada de pruebas de su inocencia, las fotos de papá esparcidas como una confesión alrededor de mis rodillas.

A través de las lágrimas, lo veo. Al hombre inocente al que he estado atormentando. Aún lleva la ropa de dormir, el pelo revuelto, con un aspecto más vulnerable que nunca. La luz de la luna ilumina su garganta, esa terrible cicatriz que alguien le hizo por intentar salvar a mi padre.

—Dante —sollozo, sosteniendo en alto la foto de él acunando a mi padre moribundo—. Usted no… usted nunca… Oh, Dios, ¿qué le he hecho?

La foto tiembla en mi mano, la sangre de papá oscura sobre las manos de Dante. Unas manos que solo han sido delicadas conmigo, incluso cuando yo intentaba destruirlo. Las mismas manos que tocaban el piano en la oscuridad, que signaban «lo sé» a mi odio, que me hicieron deshacerme de placer incluso mientras planeaba su muerte.

—Lo siento muchísimo —susurro, las palabras rotas por un sollozo—. Lo siento tanto. Intentó salvarlo. Intentó salvar a papá, y yo he sido… oh, Dios, yo he sido el monstruo todo este tiempo.

23 - Dante

Me quedo paralizado en el umbral, viendo cómo mi mujer descubre quién soy en realidad. No el monstruo que ha estado cazando. Solo un hombre que no pudo salvar a su padre.

Ana está arrodillada en el suelo de mi despacho, rodeada de pruebas como si fuera la escena de un crimen. La carpeta de manila vierte sus secretos sobre el parqué: fotografías, informes médicos, declaraciones de testigos. Diez años de una verdad que he mantenido bajo llave mientras ella se convertía en un arma que me apuntaba.

El camisón se le sube por los muslos cuando se inclina hacia delante, la seda pegada a unas curvas que he memorizado con mis manos, con mi boca. Incluso ahora, incluso viendo cómo su mundo se hace añicos, la polla se me agita. Joder. ¿Qué clase de cabrón enfermo se empalma viendo a su mujer llorar?

La foto que sostiene en sus manos temblorosas me deja sin aliento. Yo, con veintiún años, acunando el cuerpo destrozado de Romeo Moretti. Su sangre empapándome la camisa, formando un charco debajo de los dos. Pero es su mano en mi cara lo que cuenta la verdadera historia. No una acusación. Gratitud. La bendición de un moribundo al chico que intentaba salvarlo.

Su sollozo rasga el silencio. Ahora tiembla, con los hombros sacudidos por convulsiones mientras la verdad la golpea en oleadas. Cada fotografía es un clavo más en el ataúd de su venganza. Cada documento, la prueba de su error de una década.

El sótano de hoy parece de otra vida. La sangre de ese soldado de Detroit todavía se encharca en algún lugar lejano, pero yo solo puedo concentrarme en Ana. En la forma en que sus lágrimas atrapan la luz de la luna. En el colgante con forma de cuchillo que lleva al cuello, mi regalo, que se mueve con cada sollozo.

Los informes médicos lo detallan todo. Cómo me torturaron durante tres días después de la masacre. Cómo me arrebataron la voz cuando no quise confesar crímenes que no había cometido. Cada

herida catalogada con detalle clínico: la destrucción sistemática de un hombre inocente que se negó a mentir.

Solloza, alzando esa foto incriminatoria.

—Lo siento mucho. Intentaste salvarlo. Intentaste salvar a papá, y yo he sido… oh, Dios, yo he sido el monstruo todo este tiempo.

La foto tiembla en su mano. Aprieto los dedos en puños, luchando contra la necesidad de cruzar ese metro de parqué y atraerla hacia mi pecho. De probar esas lágrimas, tragarme sus disculpas, follar hasta arrancarle la culpa y que recuerde que es mía, sin importar la verdad.

Pero ella necesita esto. Aunque verla romperse sea como tragar cristales.

El sillón de cuero cruje, el gemelo de aquel en el que la he observado dormir estas dos semanas, en el que me he sentado duro como el acero mientras ella soñaba con matarme. Ahora está arrodillada donde la he imaginado tantas veces, pero no se suponía que fuera así.

Sus dedos recorren la firma de mi padre en el antiguo contrato, y luego la mía en el nuevo. Dos generaciones unidas por papel, sangre y mentiras que se convirtieron en verdad a base de repetirlas. Cuando apoya la palma de la mano en la foto en la que sostengo a su padre moribundo, el camisón se le abre, revelando su piel. Incluso ahora, incluso con la verdad destruyéndonos a los dos, mi cuerpo desea el suyo.

A Ana le tiembla todo el cuerpo. El sonido brota de su garganta en oleadas, cada sollozo haciendo que la seda se le pegue de forma diferente, haciendo que me fije en cosas que no debería. En la forma en que sus pezones se marcan contra la fina tela. En cómo aprieta los muslos como si estuviera luchando contra la misma excitación retorcida que yo.

Porque los dos estamos jodidos. Los dos rotos. A los dos nos excitan y empalman la violencia y la verdad a partes iguales.

—Te llamé monstruo. Intenté matarte. Yo… oh, Dios, te hice el amor y luego planeé tu asesinato.

El recuerdo me abrasa. Su coño apretándose alrededor de mi polla, sus uñas arañándome la espalda, gritando mi nombre mientras todavía planeaba hundirme un cuchillo entre las costillas. La contradicción de todo ello hace que me duela la garganta llena de cicatrices con sonidos que no puedo emitir.

—¿Por qué? —la palabra se le escapa en inglés, rota y desesperada. Luego sus manos se mueven, temblorosas—: ¿Por qué no me lo dijiste? —dice por señas.

La pregunta que he estado esperando. Me acerco, lo justo para que pueda ver mis manos con claridad en la penumbra. Cuando me arrodillo, mis rodillas golpean el parqué con un chasquido que resuena en la habitación.

No puedo tocarla. Si la toco ahora, la estamparé contra este suelo y le demostraré cuánto no cambia nada la verdad. Sigue siendo mía. Sigue llevando mis marcas debajo de esa seda.

Mis manos tiemblan mientras hago las señas:

—Tenías quince años.

Observa mis dedos como si contuvieran la salvación o la condena. Tan cerca, puedo olerla. Jazmín y lágrimas y, por debajo, joder, por debajo huele a excitación. Como si nuestra violencia en el sótano la hubiera excitado a pesar de todo.

—Lo perdiste todo en una noche —mi forma de signar se vuelve más tosca, menos precisa—. Necesitabas a alguien a quien culpar, a quien odiar.

—¿Pero por qué a ti? —me responde por señas, sin dejar de llorar.

Mi garganta dañada se contrae, intentando formar palabras que nunca saldrán. El tejido cicatricial tira con el esfuerzo, un recordatorio del precio de la verdad. Mis manos se mueven:

—Porque necesitabas un enemigo más de lo que necesitabas la verdad.

Se inclina para leer mis señas con claridad, lo bastante cerca como para que pueda ver el interior de su camisón. Los moratones en sus pechos, hechos por mi boca. Cristo, soy un puto enfermo, me estoy empalmando más mientras ella sufre.

—Esa noche —empiezo, obligando a mis manos a mantenerse firmes—, recibí una llamada sobre un ataque en curso. Veinte minutos después de que empezara. Demasiado tarde desde el principio.

Su respiración cambia, más corta, más aguda. Como cuando estaba dentro de ella.

—Cuando llegué, había cadáveres por todas partes. La matanza casi había terminado. Ni Moretti, ni Rosetti, era alguien más. —Mis manos se cierran en puños, se abren de nuevo—. Me abrí paso a la

fuerza hasta la sala de conferencias. Tu padre todavía estaba vivo. Apenas.

A Ana se le corta la respiración. El colgante con forma de cuchillo se desplaza contra su garganta, reflejando la luz como una acusación.

—Lo sostuve mientras moría. —Hacer estas señas es como cortarme la garganta de nuevo—. Sus últimas palabras fueron tu nombre. «Ana», dijo. «Protege a Ana».

Su sollozo podría quebrar la piedra. Pero yo continúo.

—Sabía que estabas allí. —Mis señas se vuelven secas—. Escondida en el panel de la pared. Podía oír tu respiración. Te dejé allí.

—¿Lo sabías?

—Más segura escondida que encontrada. Los asesinos todavía estaban allí.

Me toco la garganta, el tejido destrozado que habla más alto de lo que las palabras jamás podrían. Sus ojos siguen el movimiento y recuerdo su lengua sobre estas cicatrices, saboreando mis heridas mientras mi polla estaba enterrada en su interior. Ya ha visto estas cicatrices, las ha repasado con los dedos hace tan solo unos días. Pero ahora comprende su verdadero significado: no es violencia sin más, sino el precio de haberme negado a traicionar a su familia.

—Me secuestraron. Tres días. —Ahora me tiemblan las manos al recordarlo—. Querían una confesión. Me querían en un vídeo admitiendo que los Rosetti habían ordenado el ataque.

El recuerdo de aquellos tres días se solapa con el descubrimiento de esta noche. Sangre y verdad, entonces y ahora. Gritos en el aire. El olor a cobre de los secretos por fin revelados.

—Me negué. No pensaba mentir. Así que se aseguraron de que yo tampoco pudiera decir nunca la verdad.

Ana alarga la mano hacia mi garganta, pero la retira. El espacio entre nosotros crepita con todo lo que hemos hecho. Cada caricia, cada polvo, cada momento de violencia y placer mezclados hasta que no podemos distinguirlos.

—Pero después de casarnos, podrías haberme dicho la verdad.

—¿Me habrías creído? —le pregunto.

Ella niega con la cabeza, con un movimiento pequeño y quebrado.

—Exacto. —Mi gesto al signar es violento—. Además, tu odio te mantuvo con vida. Te dio un propósito cuando todo lo demás había desaparecido.

Me pongo de pie lentamente, con la polla tensándose contra los pantalones. Joder. Incluso ahora. Incluso mientras le explico por qué dejé que me torturara, mi cuerpo desea el suyo. Quiere apretarla contra ese escritorio donde le quité la virginidad y demostrarle que la verdad no cambia nada.

Ella sigue mis movimientos y noto cómo su mirada desciende hasta el evidente bulto. Sus muslos se aprietan y lo sé. Sé que está húmeda a pesar de todo. Ambos estamos retorcidos. Ambos destrozados. Ambos incapaces de separar la violencia de la excitación, la verdad del deseo.

Mis manos se mueven con cuidado: —El contrato matrimonial. Haré que lo anulen.

Sus ojos se abren de par en par, las pupilas se le dilatan. No solo por las lágrimas.

—Eres libre, Ana. —Hacer estas señas es como arrancarme el pecho a jirones—. Libre para marcharte. Libre para quedarte. Libre para odiarme por haberte dejado creer una mentira.

El espacio entre nosotros vibra con electricidad. Detroit sigue ahí fuera. La guerra no ha terminado. Ella sigue en peligro, sigue necesitando protección. Pero le estoy dando la opción de elegir.

—Tómate tu tiempo —le digo por señas, retrocediendo hacia la puerta. No por respeto. Por instinto de supervivencia. Si me quedo un minuto más, haré lo que todos mis instintos me exigen: reclamarla aquí mismo, en el suelo, rodeado de las pruebas de mi inocencia. Hacerla gritar mi nombre hasta que olvide todo excepto a quién pertenece.

En el umbral, me vuelvo a mirarla. Sigue arrodillada ahí, con el camisón arremangado, las lágrimas corriéndole por la cara, con un aspecto destrozado y perfecto. Mi polla late con dolor.

—Por si sirve de algo —le digo por señas, con cada movimiento preciso a pesar del caos en mi pecho—, estas dos semanas, tu odio, tus intentos, incluso tu cuchillo en mi garganta..., ha merecido la pena.

La ropa de dormir se me cae por los codos mientras me obligo a continuar: —Has vivido. Has sobrevivido. Eso es todo lo que quería.

Me obligo a salir por la puerta antes de romperme. Antes de volver con ella y demostrarle con mi cuerpo lo que mi voz destrozada no puede decir. Que es mía. Que la verdad no cambia nada. Que volvería a convertirme en su monstruo si eso es lo que necesitase.

El pasillo se extiende vacío y oscuro. Desde detrás de la puerta cerrada, la oigo sollozar una vez, un sonido agudo y roto. El sonido me hace presionar la palma de la mano contra la madera, luchando contra cada instinto posesivo que me grita que vuelva.

Ha vivido. Y si se marcha ahora, al menos lo hará sabiendo que yo nunca fui su enemigo.

Solo el hombre que la amó lo suficiente como para convertirse en uno.

24 - Ana

Se me revuelve el estómago. Apenas llego a la papelera antes de que la bilis me queme la garganta; mi cuerpo rechaza esta nueva revelación con la misma violencia que mi mente. El sabor ácido persiste, mezclándose con las lágrimas y los mocos que me corren por la cara.

Han pasado horas desde que Dante me dejó aquí con los papeles de la disolución. Horas desde que se marchó después de enseñármelo todo. El silencio se extiende por su despacho vacío, cargado con todo lo que nos hemos hecho el uno al otro. Su colonia todavía flota en el aire, a tabaco y sándalo.

La verdad corta más profundo que cualquier cuchilla. Aquellos primeros meses después de la masacre, fue el odio lo que me hacía levantarme de la cama. La promesa de venganza, lo que me hacía comer, entrenar, sobrevivir. Sin un enemigo en el que centrarme, me habría consumido hasta convertirme en nada.

—Eras un desconocido —le susurro a su fantasma persistente, con la sal cubriéndome los labios—. ¿Por qué te sacrificarías por una desconocida?

Papá. Incluso moribundo, incluso sin saber quién era su asesino, papá pensaba en mí. Y de algún modo ese deber pasó a Dante, que me ha estado protegiendo hasta de la verdad. El sollozo que se me escapa suena como el de un animal herido.

Aún puedo ver sus manos formando aquellas palabras.

—Eres libre, Ana.

Libre. La palabra me suena extraña en la boca, en la mente. ¿Qué es la libertad cuando todo sobre lo que te has construido es una mentira? ¿Cuando los cimientos de tu identidad se desmoronan?

Los papeles de la disolución están sobre su escritorio, donde los dejó. Sellos oficiales, lenguaje jurídico que borraría estas tres semanas como si nunca hubieran existido. Ya ha iniciado el proceso para liberarme.

Me dijo que había merecido la pena.

¿Merecía la pena la tortura? ¿Merecían la pena diez años de mi odio? ¿Merecía la pena ser el villano en la historia de venganza de otra persona?

Dos pilas de papeles sobre su escritorio: las pruebas de su inocencia, los papeles para mi libertad. Pasado y futuro, ambos reescritos con tinta negra y sellos oficiales.

—Eres libre, Ana.

Han pasado horas desde que me dejó con esas palabras. La puerta se cerró con un clic de una finalidad aterradora, dejándome a solas con los escombros de la persona que solía ser.

Finalmente me pongo en pie y corro descalza en camisón, con las pruebas apretadas contra el pecho. Por los pasillos donde su familia podría verme deshecha. Subo las escaleras que hemos recorrido como marido y mujer. Entro en nuestra suite, *nuestra* suite, *Dio mio*, donde su sillón de cuero está vacío.

La puerta del baño se cierra de un portazo y echo el pestillo. Por fin a solas para hacerme añicos por completo otra vez.

Me veo en el espejo: un desastre. El maquillaje corrido por mis mejillas en vetas negras, los ojos hinchados hasta convertirse en rendijas, con su camisa puesta sobre mi camisón. Me la puse hace horas, necesitaba su olor. La tela huele a tabaco y a colonia, haciendo que mis pezones se endurezcan, traicioneros.

—¿Quién eres? —le pregunto a mi reflejo. Las palabras me salen en italiano—. *«Chi sei?»*.

No Ana Moretti, la vengadora. Esa chica está muerta. La he matado con la verdad. No Ana Rosetti, la esposa. ¿Cómo puedo ser su esposa si he sido su torturadora?

Nadie, nada, vacía. Sin venganza, estoy hueca. Diez años de propósito, desaparecidos. ¿Qué llena ese espacio?

Las fotos se esparcen por el suelo del baño mientras estudio cada una de nuevo, grabándolas aún más a fuego en mi memoria. La marca de tiempo que lo exculpa. El informe de la tortura, tres días. Tres días lo tuvieron, y no se derrumbó. No mintió ni para salvarse a sí mismo.

Sus palabras escritas en un documento vuelven a llamar mi atención: «Ana necesita un enemigo para sobrevivir».

Se sacrificó por mí: una desconocida, una enemiga, la chica que crecería para odiarlo. No, una desconocida no. Un protector. Incluso entonces, me estaba protegiendo.

—¿Por qué nadie me lo dijo? —les grito a las fotos, con la garganta en carne viva—. ¿Por qué dejaron que me convirtiera en esto?

Pero sé por qué. Porque una chica de quince años necesitaba algo por lo que vivir. Y el odio es más fácil de mantener que el duelo.

Pasan más horas. O minutos. El tiempo no significa nada cuando tu mundo está del revés. Sigo en el suelo del baño, con el mármol frío contra mis piernas desnudas, cuando los golpes de Maria en la puerta resuenan por la suite.

—¿Señora Rosetti? ¿Necesita usted comida?

Señora Rosetti. El nombre suena diferente. Elegí ese nombre en una calle de Chicago. Lo reclamé. YO SOY la señora Rosetti.

—No tengo hambre —consigo decir, con la voz rota de tanto llorar.

—El señor Dante está preocupado.

¿Que está preocupado? ¿Después de todo? ¿Después de haberlo torturado durante semanas, de haber planeado su muerte, de haberlo hecho sufrir por crímenes que no cometió?

—Dígale que estoy… asimilándolo.

Los pasos de Maria se desvanecen. Sola de nuevo con la verdad.

La luz del amanecer se cuela por debajo de la puerta. ¿He estado aquí toda la noche? Las fotos se ven borrosas a través de mis lágrimas, pero hay una que no deja de atraerme. Dante sosteniendo a papá, ambos cubiertos de sangre, ambos intentando salvar lo que no se puede salvar. Y la mano de papá en su cara, ese gesto de gratitud que desencadenó esta avalancha de verdad.

Mi cuerpo recuerda su tacto, lo cuidadosamente que me trataba incluso cuando yo intentaba destruirlo. La paciencia en sus ojos cada vez que le prometía la muerte. Su pulgar sobre mi pulso, marcando el lugar.

¿Quién soy yo sin odiarlo? Durante diez años he sido la chica que busca venganza. Sin eso, sin él como mi enemigo, no sé quién soy.

La confusión se me instala en los huesos mientras finalmente me pongo en pie sobre piernas temblorosas. Me crujen las rodillas de haber estado tanto tiempo en el suelo.

Salgo del baño a nuestro dormitorio. Su sillón de cuero está vacío, paciente como siempre. La cama donde nunca ha dormido porque en su lugar me vigila. La hendidura en el cuero de su cuerpo, noche tras noche velando por alguien que lo quería muerto.

Quizá pueda devolverle algo. Quizá la libertad de mí, de nosotros, del peso de nuestro matrimonio.

Quizá ese sería el mayor regalo de todos.

25 - Dante

Son las tres de la madrugada y la oigo en la cocina.

El sonido me saca de la habitación de invitados, donde he estado mirando al techo, contando sus respiraciones a través de las paredes. Tres días desde que le mostré la verdad. Tres días desde que su mundo se puso del revés. Tres días dándole espacio para procesar lo que he ocultado durante una década.

Mis pies tocan el suelo antes de que pueda detenerlos. La necesidad de verla, de confirmar que sigue aquí, me impulsa hacia la puerta. Pero me quedo helado con la mano en el pomo. Necesita tiempo. Distancia. Espacio para llorar la pérdida de la chica que vivía para la venganza.

Me obligo a volver a la cama, apretando los dedos hasta formar puños. Cada instinto me grita que vaya a ver cómo está, que me asegure de que come, bebe, de que existe como algo más que un fantasma. El sonido de los armarios al abrirse, el agua corriendo, el suave tintineo de una taza. Se está preparando un té. La misma mezcla de jazmín que descubrió en su tercera noche aquí. Detalles que he memorizado como un acosador, catalogando sus costumbres como si fueran información sobre un objetivo.

Cuando sus pasos se desvanecen de vuelta a nuestra suite, espero otros veinte minutos antes de aventurarme a salir. La cocina aún huele a jazmín y a algo singularmente de Ana que me oprime el pecho y hace que mi polla se contraiga al recordar el sabor de ese aroma en la cara interna de sus muslos.

A las cinco y media, estoy junto a la cafetera, preparando su ritual matutino. Dos de azúcar, un chorrito de nata, a la temperatura exacta que a ella le gusta. Los movimientos ya son automáticos, memoria muscular de semanas observando su rutina. La taza queda perfecta en la bandeja, el vapor ascendiendo como una ofrenda.

Mi polla se endurece al pensar en sus labios en esa taza, los mismos labios que gritaron mi nombre cuando le quité la virginidad sobre mi escritorio. Me agarro al mostrador hasta que mis nudillos se

vuelven del mismo color que el mármol blanco. Joder. Hasta su ausencia me hace desearla.

La dejo delante de su puerta, llamo dos veces y me retiro antes de que pueda abrir. Pequeños gestos que dicen que estoy aquí sin exigir nada a cambio.

Una hora más tarde, cuando compruebo, el café no está. Bien. Está aceptando algo, aunque solo sea cafeína.

El papel está sobre mi escritorio y mis torpes dedos intentan lo que debería ser sencillo. Doblar por aquí, plegar por allá, pero la grulla sale torcida, con un ala más alta que la otra. Nada que ver con los pájaros perfectos que ella crea con su dolor y sus recuerdos. Aun así, la coloco al lado de donde estaba el café, este patético intento de hablar su idioma.

Cuando también desaparece, algo se afloja en mi pecho. Está aceptando lo que le ofrezco, aunque no esté lista para enfrentarse a mí.

—Sigue aquí.

Luca entra en mi despacho, silencioso como la muerte, y su observación queda suspendida en el aire como el humo. Tres días de espera, y a mi hermano psicópata se le ocurre visitarme ahora.

Asiento sin levantar la vista de los contratos que en realidad no estoy leyendo. Por ahora, sigue aquí. La silla de cuero cruje bajo mi peso, el mismo sonido que hacía cuando la observaba dormir durante dos semanas, cuando me sentaba duro como el acero, luchando por no meterme en la cama y recordarle a su cuerpo a quién pertenece.

—¿Le enseñaste la verdad? —Sus ojos azul pálido recorren mi escritorio, fijándose en los papeles esparcidos, en el cenicero lleno, pruebas de mi vigilia. El cigarrillo arde entre mis dedos; la nicotina es lo único que me impide perder la cabeza por completo.

Otro asentimiento.

—Peligroso —recorre la habitación como un depredador inquieto, pasando los dedos por las superficies—. La verdad rompe a la gente. La hace añicos demasiado pequeños para volver a unirlos.

—Necesitaba saberlo.

—¿Ah, sí? —esa terrible sonrisa asoma a sus labios—. ¿O es que tú necesitabas dejar de ser su monstruo?

La pregunta cala más hondo de lo que debería. Quizá ambas cosas. Quizá ninguna. Quizá simplemente me cansé de cargar con su odio cuando apenas podía soportar mi propia culpa. Me duele la

garganta marcada por la cicatriz como si me la estuvieran cortando de nuevo, un dolor fantasma por tragarme palabras que no puedo signar, no puedo escribir, no puedo gritar en el silencio que ella ha dejado atrás.

—Vino aquí con un propósito —continúa Luca, deteniéndose junto a la ventana—. Matar a Dante Rosetti. Vengar a su familia. Muy claro, muy centrado —se gira, y esos ojos inquietantes se encuentran con los míos—. ¿Y ahora qué? ¿Qué llena ese vacío que ocupaba la venganza?

—Encontrará algo.

—¿Lo hará? —su risa es suave, impropia—. Las cosas rotas no siempre se arreglan, hermano. A veces simplemente se quedan rotas. Huecas. Recipientes vacíos que hacen los ruidos correctos, pero no contienen nada.

Sus palabras se acercan demasiado a mis propios miedos. La he observado estos tres días desde las sombras y los umbrales. Se mueve por la casa como un fantasma, está pero no está.

—Tienes miedo de que se vaya —afirma Luca, leyéndome con esa extraña precisión.

—Tengo miedo de que se quede por obligación. Por culpa. Porque crea que me debe algo.

—No se quedará por obligación —afirma Luca con certeza.

—Entonces haré que se quede por otros motivos —las palabras se me escapan antes de poder detenerlas, oscuras y posesivas.

La sonrisa de Luca se ensancha. —Ahí está mi hermano. El que coge lo que quiere.

—No por la fuerza.

—No. Haciéndote necesario. Como el oxígeno. Como una adicción —se acerca más, y le huelo a cobre. Sangre fresca de lo que sea que haya estado haciendo—. Estás dejando que se desvanezca cuando deberías volverte ineludible. Innegable. La única cosa sólida en su mundo que se desmorona.

—Eso es manipulación.

—Eso es amor —la palabra suena extraña en su boca, retorcida pero de algún modo cierta—. El amor no es paciente, hermano. Es egoísta. Exige. Insiste en existir incluso cuando todo lo demás arde. Sé ineludible. Sé la gravedad alrededor de la cual orbite hasta que recuerde que es real.

Marco me encuentra después de que Luca se vaya, trayendo consigo el peso de los problemas del mundo real.

—Detroit se está moviendo otra vez —su voz tiene ese tono particular que significa que se avecina la violencia—. Han asaltado otros tres de nuestros cargamentos esta semana.

Me obligo a concentrarme, a ser el estratega que él necesita. Pero mis manos se mueven casi sin pensar: —Duplica la seguridad de Ana.

Él enarca una ceja. —¿Ni siquiera sabe si se va a quedar?

—Triplícala. Y si alguien se atreve a mirarla mal, quiero que le envíen sus ojos a Detroit en una caja.

Marco asiente; ha entendido el mensaje. Si la tocan, morirán gritando. —Ha venido Luca.

No es una pregunta. Claro que lo sabe.

—Sus consejos no suelen ser acertados —continúa Marco, acomodándose en el sillón de cuero frente a mi escritorio.

—Puede que esta vez tenga razón —le digo por señas.

Sobre estar presente. Sobre no dejar que desaparezca. Sobre que el amor es lo bastante egoísta como para insistir en existir.

—Hay que resolver la situación de Detroit —dice Marco, volviendo al trabajo—. Nos hemos cargado a dos de sus mensajeros esta mañana. El mensaje tiene que ser más claro.

—Ya me encargo yo.

—Después de que te encargues de tu propia situación. Un ejecutor distraído es un ejecutor muerto.

Cuando se marcha, me siento al piano. La luz del atardecer se cuela por las ventanas, pintando las teclas de dorado. Mis dedos encuentran la melodía que escribí para ella, la que capturaba sus contradicciones en notas. La composición que la hizo escuchar, que la hizo apoyarse en el umbral de la puerta aquella primera vez.

La música llena la casa, deliberadamente más alta de lo habitual. Sigo la perturbadora sabiduría de Luca. Hago notar mi presencia a través del sonido, ya que ella no la acepta a través de la proximidad.

Toco su canción, los pasajes violentos y las frases tiernas, la complejidad de quién era y en quién se está convirtiendo. Cada nota es un recordatorio: estoy aquí. Te veo. Existes incluso sin tu venganza.

Mía. Incluso ahogándose en la verdad, incluso odiándose a sí misma, es mía. La música la envuelve como cadenas que todavía no se da cuenta de que lleva puestas.

Pasos en la escalera.

No dejo de tocar, no acuso su llegada, pero cada uno de mis nervios cobra vida. Aparece en el umbral de la puerta con mi camisa sobre el camisón, el pelo enmarañado, los ojos hinchados de llorar. Pero está aquí. Ha acudido a la música.

Nos miramos fijamente de un lado a otro de la habitación mientras la melodía continúa bajo mis dedos. Parece frágil, pero también curiosa. Como si intentara recordar por qué está aquí, quién es, qué somos el uno para el otro sin el odio como cimiento.

Alza las manos lentamente, temblorosas, mientras dice por señas: —No pares.

Y no lo hago. Toco la pieza entera sin dejar de mirarla, viendo cómo algo cambia en su expresión. Cuando la última nota se desvanece, avanza un poco. No entra en la habitación, pero tampoco se va. Se deja caer en el mismo umbral de la puerta, con la espalda contra el marco y las rodillas flexionadas.

El camisón se le sube por los muslos y veo el moratón que se desvanece donde la agarré con demasiada fuerza. Se me acelera el pulso al recordar cómo suplicaba que fuera más fuerte, más profundo, más.

Ocupando el espacio intermedio. Ni dentro ni fuera.

—Otra vez —dice por señas, y hay algo desesperado en el movimiento—. Tócala otra vez.

Repito la composición entera, de principio a fin, mientras ella permanece sentada en ese espacio liminal. Cuando termina, vuelve a hacer una seña: —Otra vez. Por favor.

Tres veces. Cuatro. Mis dedos no se cansan porque cada repetición la rescata de ese lugar al que ha estado desapareciendo. Con cada interpretación, se instala más firmemente en ese umbral, como si la música la estuviera reconstruyendo a partir de sonido y memoria.

En algún momento durante la séptima repetición, su respiración cambia.

Echo un vistazo y la encuentro dormida en el umbral, con la cabeza ladeada contra el marco y mi camisa amontonada a su alrededor como una armadura. Incluso dormida, parece agotada. Ese tipo de cansancio que te cala hasta los huesos, el que viene de luchar con todo lo que creías saber.

Termino la pieza antes de levantarme, moviéndome con cuidado para no despertarla. La manta del sofá se posa sobre ella con delicadeza. Se la subo hasta la barbilla, se la arropo alrededor de los hombros, la cubro por completo con una suavidad que no pediría estando despierta. Podría llevarla a la cama, pero eso sería elegir por ella. Ella eligió venir a la música. Eligió quedarse en este espacio intermedio. Eso tiene que ser suficiente.

Me dejo caer al suelo frente a ella, con la espalda contra el lado opuesto del marco de la puerta. Guardián y vigilado, como de costumbre. Se mueve ligeramente, acurrucándose más en la manta con la que la he cubierto, pero no se despierta.

Mañana se cumplirán cuatro días desde que descubrió la verdad y yo le conté el resto. Cuatro días desde que su antiguo yo murió. El número parece significativo. Muerte y resurrección, final y principio. ¿Se despertará siendo alguien nuevo? ¿O se despertará y se irá, sin dejar nada más que el fantasma del jazmín y la rabia?

Ella eligió venir a la música. Eligió pedir más. Eligió quedarse dormida confiando en que yo la cuidaría incluso ahora, incluso después de todo.

Su mano se desliza por debajo de la manta, sus dedos deletreando algo en sueños. Me inclino, intentando leer el movimiento, y capto fragmentos que me paran el corazón: «Dante» y «perdón» y algo que podría ser «quédate».

26 - Ana

Me despierto con tortícolis, derrumbada en el umbral de una puerta, y tardo un momento en darme cuenta de dónde estoy. La sala de música. Él.

Un papel doblado me esperaba al lado, colocado con esmero donde lo encontraría.

Está frente a mí, desplomado en el suelo, y se espabila al notar mis movimientos.

Le lanzo una mirada inquisitiva y él me responde con otra que lo dice todo.

Sigo aquí. Siempre aquí. Tómate el tiempo que necesites.

Después de todo, después de que intentara matarlo, de que lo llamara monstruo, de que lo hiciera sufrir por crímenes que no cometió, sigue aquí. Paciente como la muerte y el doble de certero.

Papá no querría este espectro vacío en el que me he convertido. Querría que eligiera la vida, aunque esa vida no se parezca en nada a la que habíamos planeado.

Mis dedos aprietan la manta que me ha echado por encima. Dante se incorpora y apoya la espalda contra el otro lado del umbral. El silencio se alarga, expectante. No exige nada, nunca lo hace. Solo espera.

Dio mio, parece agotado. Unas ojeras oscuras ensombrecen sus ojos, su aspecto, normalmente impecable, está desaliñado.

—Lo siento. —Mis manos tiemblan mientras gesticulo las palabras, los movimientos torpes por la desesperación.

Niega con la cabeza, lenta y deliberadamente. No.

—Lo siento —gesticulo de nuevo, con más frenesí—. Las palabras no son suficientes, nunca podrían serlo, pero es todo lo que tengo. —Lo siento, lo siento, lo siento muchísimo.

Cada repetición es más rápida, mis manos se mueven en una disculpa violenta. Por el cuchillo en su garganta el día de nuestra boda. Por cada palabra cruel, cada momento de odio que derramé

sobre un hombre inocente. Por tardar diez años en ver la verdad que siempre estuvo ahí si hubiera mirado más allá de mi rabia.

—Intenté matarte. —Los gestos rasgan el aire—. Varias veces. Planeé tu asesinato mientras estabas sentado en esa silla protegiéndome. Te llamé monstruo cuando eras…

Me coge las manos a mitad de un gesto, con un agarre firme pero suave. El contacto detiene mi espiral, me ancla en el presente en lugar de ahogarme en el pasado. Sus pulgares me acarician las palmas, calmando la energía frenética, y me doy cuenta de que estoy llorando otra vez. Todavía. Siempre.

Cuando mi respiración se calma, suelta una de mis manos para gesticular:

—Nada que perdonar.

—No lo hagas. —La palabra se me desgarra en la garganta—. No me lo pongas fácil. Necesito ganarme esto. Necesito merecerte después de lo que he hecho.

Sus ojos se oscurecen y sus gestos se vuelven bruscos:

—¿Crees que quiero tu penitencia? ¿Tu culpa? Te quiero a TI. Fiera, inquebrantable, eligiéndome no por deuda, sino por deseo.

—Durante diez años he sido una cuchilla apuntando a tu corazón. Sin ese propósito, ¿qué soy? ¿Otra chica rota en tu cama?

Me suelta las manos para gesticular con violenta precisión:

—La única chica en mi cama. Siempre. La única que puede romperme y reconstruirme con sus manos.

—¿Quién soy sin la venganza? —La pregunta se me escapa antes de que pueda detenerla.

—¿Quién quieres ser?

La respuesta llega sin pensar, sin dudarlo:

—Tuya.

Su cuerpo entero se queda quieto, esa quietud perfecta que significa que lo he sorprendido. Bien. Se merece que le sorprenda algo que no sea la violencia por una vez.

—No por obligación —continúo, con mis gestos cada vez más seguros—. Ni por el contrato, ni por la culpa, ni porque te lo deba todo. —Doy un paso más, lo bastante cerca como para oler el humo de los cigarrillos impregnado en su camisa—. Te elijo a ti. Elijo amarte. Si es que me aceptas después de todo.

Sus manos no se mueven. Se limita a mirarme con esos ojos oscuros que me han observado dormir durante semanas, que me

vieron en mi peor momento y aun así me protegieron. El silencio se alarga hasta que no puedo soportarlo más.

Así que acorto la distancia que nos separa.

Mis labios encuentran primero su garganta, presionando las cicatrices abultadas con la reverencia que merecen. Cada marca es una disculpa, una promesa, una confesión. Su respiración se entrecorta mientras trazo el rastro de la vieja violencia con la lengua, saboreando la sal de su piel, la prueba de su sacrificio.

—La culpa de esto es mía —susurro contra su cuello.

Levanta las manos para enmarcarme la cara, inclinándome la cabeza hacia atrás para encontrar sus ojos. Gesticula con cuidado, asegurándose de que veo cada movimiento:

—Mi decisión. Volvería a elegirla. Siempre.

El beso que sigue no se parece en nada a los anteriores. No es violento, ni desesperado, ni se trata de posesión o de reclamar lo que es tuyo. Es suave, vacilante, como si nos estuviéramos conociendo por primera vez. Sabe a espresso y a noches en vela, a todas las palabras que su garganta marcada por cicatrices no puede pronunciar. Sus labios se mueven contra los míos con una ternura que me produce un dolor en el pecho, y saboreo algo nuevo en este beso. Esperanza, quizá. O perdón. O simplemente el simple reconocimiento de que ambos estamos rotos de maneras que encajan a la perfección.

Cuando por fin nos separamos, ambos con la respiración agitada, apoyo mi frente en la suya.

—Te quiero —susurro, las palabras que nunca pensé que diría a nadie, y mucho menos a él—. Creo que tal vez lo he hecho desde hace un tiempo. Simplemente no podía verlo más allá del odio.

Sus manos se deslizan hasta mi cintura, atrayéndome con una suave posesividad que hace que el calor se acumule entre mis piernas. He estado tan centrada en mi dolor, en mi venganza, que he negado lo que ha estado creciendo entre nosotros. Ahora, con la verdad al descubierto, el deseo me atraviesa como un maremoto.

Me arrodillo ante él, mis manos temblando mientras alcanzan su cinturón. Su respiración se entrecorta, y cuando levanto la vista, sus ojos arden de calor y preguntas.

—Déjame —susurro—. Por favor.

Asiente una vez, una brusca sacudida de cabeza que delata que está perdiendo el control. Manoseo su cinturón y luego su

cremallera, mi inexperiencia es obvia en mis torpes movimientos. Pero él no me mete prisa, solo observa con esos ojos oscuros y pacientes que lo ven todo.

Cuando por fin le libero el miembro, no puedo evitar el pequeño jadeo que se me escapa. Es enorme, grueso, largo e intimidante. Lo rodeo con la mano, asombrada de lo dura y sedosa que tiene la piel, de cómo mis dedos no pueden abarcar del todo su contorno.

—Nunca he… —admito, alzando la vista hacia él.

Me hace señas con una mano, mientras la otra me acaricia el pelo con suavidad: No hay prisa. Solo lo que tú quieras.

Lo que yo quiero es complacerlo como él me ha complacido a mí. Demostrarle con mi cuerpo lo que las palabras nunca podrán expresar del todo. Me inclino hacia delante y, con timidez, le paso la lengua por la parte inferior de la polla. El sabor no me resulta familiar, pero no es desagradable: sal, almizcle y algo singularmente suyo.

Me aprieta la mano en el pelo, no para empujar, solo sujetándome como si yo fuera su ancla en una tormenta. Envalentonada, me llevo el glande a la boca, estirando los labios para abarcar su grosor. Solo consigo introducir unos centímetros antes de sentir la amenaza de una arcada, pero el sonido ahogado que emite —uno de los pocos ruidos que le permite su garganta dañada— me llena de un orgullo feroz.

Establezco un ritmo, tragando lo que puedo de su longitud mientras mi mano trabaja lo que no cabe. Su respiración se vuelve entrecortada sobre mí, los músculos de su abdomen se contraen bajo mi mano libre. Levanto la vista y lo encuentro observándome con una intensidad que debería asustarme, pero que solo me vuelve más audaz.

Cuando ahueco las mejillas y succiono con más fuerza, sus caderas se sacuden de forma involuntaria. De inmediato, me hace señas para disculparse, pero niego con la cabeza y lo suelto solo el tiempo justo para susurrar: «No pasa nada. Te quiero entero».

Esta vez me lo meto más adentro, luchando contra el reflejo nauseoso, con lágrimas brotando de mis ojos mientras voy más allá de mi zona de confort. Me ahueca la cara con una ternura infinita y me seca una lágrima con el pulgar. El gesto, tan delicado en medio de un deseo tan puro, hace que algo se rompa en mi interior.

Su polla late contra mi lengua, y sé que está cerca por la tensión de sus muslos, por la forma en que su respiración se convierte en jadeos silenciosos.

De repente, me rodea con sus brazos y me levanta del suelo. Lo rodeo con mi cuerpo instintivamente, confiando en que me lleve adonde quiera. No al despacho, con su escritorio lleno de recuerdos complicados. No a la habitación de invitados, donde la distancia vivía entre nosotros.

A nuestro dormitorio. A nuestra cama. Esa en la que he dormido sola mientras él vigilaba desde aquel tortuoso sillón de cuero.

Me deposita junto a la cama con un cuidado infinito, como si pudiera hacerme añicos con un trato brusco. Sus manos se dirigen a mi ropa, pero despacio, esperando permiso. Asiento, ayudándolo cuando le tiemblan un poco los dedos.

Esto no tiene nada que ver con lo de antes. Cuando me quitó la virginidad en su escritorio, todo fue hambre y necesidad desesperada, violencia y placer entrelazados. Esto es adoración. Cada caricia, reverente; cada beso, una disculpa por el dolor que nos hemos causado.

Mi ropa se amontona a mis pies. La suya le sigue, y nos quedamos desnudos el uno frente al otro bajo la luz de la tarde. Le recorro las cicatrices con dedos temblorosos —tantas, demasiadas— y él me deja explorarlas una a una. Aprendiendo la geografía de su sacrificio, el precio de proteger a gente que lo consideraba un monstruo. Sus dedos trazan el cardenal que se desvanece en mi cadera, su marca de cuando la pasión se tornó violenta.

«Lo siento», me indica por señas.

—No lo sientas —le digo—. Quería tus marcas entonces. Ahora quiero unas nuevas. Suaves. Chupetones en lugar de heridas de guerra.

Cuando me tumba en nuestra cama, su contacto es tan delicado que me dan ganas de llorar. De hecho, estoy llorando, unas lágrimas lentas que él me seca a besos mientras sus manos llenas de cicatrices cartografían mi cuerpo como si estuviera escribiendo música sobre mi piel, cada roce una nota en una sinfonía que solo nosotros podemos oír.

—Por favor —susurro, atrayéndolo hacia mí—. Te necesito. Necesito sentirte. Necesito saber que esto es real.

Entra en mí despacio, con la mirada fija en la mía, y la sensación me abruma por completo. El estiramiento de su polla llenándome, su peso sobre mí, el calor de piel contra piel. Su mano se cierra sin apretar alrededor de mi garganta, no amenazante, sino posesiva. Su pulgar presiona mi pulso, donde se acelera por él. «Mía», articula contra mis labios, la palabra que puedo leer sin señas.

—Tuya —le devuelvo el aliento, y su control se resquebraja. Su siguiente embestida es más profunda, más fuerte, como si intentara marcarme a fuego por dentro. Mi coño se contrae a su alrededor, atrayéndolo más adentro, y ambos gemimos ante la sensación.

Es esto. Esto es el hogar. Por fin en casa. No un lugar con paredes y puertas, sino esto: él dentro de mí, a mi alrededor, eligiéndome a pesar de todo. Después de tanto vagar, tanto odio, tanta búsqueda de quién se supone que soy, por fin estoy exactamente donde debo estar.

Finalmente a casa, por fin en casa. La sensación se me instala en los huesos.

Nos movemos juntos en una sincronización perfecta, del mismo modo que luchamos en aquel restaurante, pero esto es creación en lugar de destrucción. Construyendo algo nuevo a partir de las cenizas de quienes solíamos ser. Sus manos me enmarcan el rostro mientras se mueve dentro de mí, y veo mi propio asombro reflejado en sus ojos. Su polla golpea ese punto dentro de mí que hace que las estrellas estallen tras mis párpados, y clavo las uñas en sus hombros.

—Dante —jadeo, su nombre una plegaria en mis labios.

Su pulgar encuentra mi clítoris y lo rodea con la presión justa para empujarme hacia el borde. La doble sensación de su polla llenándome y su pulgar en mi clítoris envía relámpagos por mis venas.

Cuando el placer llega a su punto álgido, le digo «Te quiero» con señas contra su pecho, sobre su corazón, sobre las peores cicatrices. Él me lo devuelve contra mi piel, con los dedos temblorosos mientras su propio orgasmo sigue al mío. Lo siento pulsar dentro de mí, llenándome de calor, marcándome desde dentro. Nos rompemos juntos, pero esta vez nos rompemos para formar algo completo en lugar de pedazos rotos.

Yacemos enroscados en nuestra cama, ahora verdaderamente nuestra, mientras la tarde se desvanece hacia el anochecer. Sus dedos trazan dibujos perezosos en mi hombro desnudo mientras yo reparto

besos en cualquier trozo de piel que alcanzo. El sillón de cuero permanece vacío al otro lado de la habitación, un monumento a la distancia que por fin hemos cruzado.

—Se acabó el sillón —digo contra su garganta, sintiendo cómo se estremece ante mis palabras.

—Se acabó el sillón —concuerda él, y su mano encuentra la mía para entrelazar nuestros dedos.

—Ya estamos casados —continúo, sonriendo ante la maravilla del momento—. De verdad. No solo por el contrato o la ceremonia. Esto. Nosotros. Es real.

Se aparta un poco para mirarme y veo ese atisbo de sonrisa jugueteando en sus labios. Mueve las manos con cuidado:

—Cuatro semanas para darnos cuenta de lo que todos los demás ya saben en el altar.

—Los demás no tienen nuestro lastre —señalo, y él suelta una risa sorda que le sacude los hombros.

La luz del exterior es dorada y pinta nuestra piel de tonos cálidos donde seguimos pegados. Su polla sigue dentro de mí, ablandándose, pero ninguno de los dos quiere separarse todavía.

—Te elijo a ti —gesticulo sobre su pecho mientras susurro las palabras, necesitando que entienda que no se trata de que le deba algo, ni de culpa, ni de no tener adónde ir—. Cada día, te elijo a ti.

Sus brazos se aprietan a mi alrededor y siento cómo me da un beso en la coronilla. No necesitamos palabras ni señas para esto. La forma en que nuestros cuerpos encajan, la forma en que nuestra respiración se sincroniza, la forma en que nos abrazamos como si fuéramos a desaparecer lo dice todo.

Somos exactamente quienes debemos ser.

El uno del otro. Por completo. Y que Dios ayude a quien intente separarnos ahora.

27 - Dante

Sus dedos encuentran mi cuello lleno de cicatrices bajo la luz de la tarde, trazando el tejido en relieve con una reverencia que me oprime el pecho y me endurece la polla. Hace unas semanas, me presionó aquí un cuchillo el día de nuestra boda. Ahora presiona sus labios en el mismo lugar, y la contradicción, la violencia transformada en adoración, rompe algo dentro de mí que no sabía que seguía intacto.

—Cuéntame la historia de cada una —susurra Ana contra mi piel, su aliento cálido donde antes vivía mi voz.

Nadie me lo había preguntado nunca. En los diez años transcurridos desde aquella noche, la gente ve las cicatrices y aparta la mirada, incómoda ante la prueba de lo que exige esta vida. Pero Ana las ve como parte de mí, no como algo que ignorar, sino como algo que comprender. Sus dedos bajan y encuentran las quemaduras de cigarrillo en mi clavícula.

Le cojo la mano y me la llevo a los labios. Gesticulo contra su palma: «No todas de golpe».

—¿Por qué? —Se echa hacia atrás para verme la cara, sus ojos verdes se suavizan con algo que todavía estoy aprendiendo a aceptar. Amor. Amor de verdad, no por obligación ni por culpa.

«Demasiada oscuridad», gesticulo, pero ella niega con la cabeza.

—Nuestra oscuridad encaja. Muéstramelas.

Y lo hago. Guío sus dedos hasta la larga cicatriz que tengo en las costillas y gesticulo la historia sobre su piel: «Esta fue por proteger a Marco de la ira de nuestro padre. Tenía dieciséis años».

La besa en toda su longitud, su lengua recorre el tejido en relieve hasta que la polla me late de deseo. Pero esto va más allá del simple anhelo. Se trata de que me vea, de que me vea de verdad, por primera vez en mi vida.

Su mano se mueve hacia mi hombro, encuentra allí la cicatriz de bala. Esta no necesito gesticularla. Ella lo sabe. Una bala perdida

durante la masacre. La noche en que todo cambió. La noche que nos trajo hasta aquí.

—Lo siento —susurra, pero la cojo por la barbilla, obligándola a mirarme a los ojos.

«No te disculpes por sus pecados», gesticulo. «No somos nuestros padres».

—No —acepta, acomodándose a horcajadas sobre mi regazo mientras su camisón de seda se le sube por los muslos—. Somos algo nuevo.

La luz de la tarde vuelve su piel dorada, y yo catalogo cada marca que le he dejado. Los moratones casi desaparecidos de sus caderas por haberla agarrado con demasiada fuerza cuando le quité la virginidad. La marca de mordisco que se desvanece en su hombro de nuestro acoplamiento desesperado contra la pared. Las marcas más recientes y suaves de anoche, prueba de adoración en lugar de guerra.

Toco cada una con cuidado, gesticulando disculpas sobre su piel.

—No —jadea, cogiéndome las manos—. Son mías. Me las he ganado. Las quiero.

La comprensión me inunda. Necesita una prueba de que esto es real, de que nosotros somos reales, de que todo lo que hemos construido con sangre y mentiras se ha transformado en algo verdadero. Muevo mis manos a sus caderas, mis pulgares presionan contra los moratones que le dejé. Ella gime, meciéndose contra mí, y siento su humedad a través de la fina seda.

«Te necesito», gesticula frenéticamente, tirando de mi pantalón de pijama.

«Soy tuyo», gesticulo de vuelta contra su muslo, y luego bajo la boca hasta su coño.

Ya está húmeda, ya está lista, y su sabor me hace gemir en silencio. Salada y dulce y singularmente suya, todo lo que ella es, dulce, peligrosa y mía. La trabajo con la lengua, lento y deliberado, a diferencia del hambre desesperada de nuestras primeras veces. Esto es adoración. Esto es gratitud. Esto es amor traducido en caricias.

Sus manos se enredan en mi pelo, las caderas se mueven contra mi boca mientras persigue su placer. Le meto dos dedos dentro, curvándolos hacia adelante para encontrar el punto que hace que todo su cuerpo se tense. Está cerca, sus muslos tiemblan a ambos lados de mi cabeza cuando tira de mí hacia arriba.

«Juntos», gesticula, y luego me guía a su interior.

La sensación de entrar en ella me roba el poco aliento que me queda. Está apretada, perfecta, es mía. Nos movemos juntos, sin batalla por el dominio ahora, solo el ritmo ancestral de dos amantes que por fin han encontrado su hogar. Ella gesticula mientras nos movemos, comunicaciones desesperadas entre jadeos.

Puedo ver la disculpa en su rostro, que está a punto de verbalizarla, y no quiero eso.

Aparto las manos de sus caderas por un momento para gesticular: «Nos convirtió en quienes somos». Empujo más profundo, tragándome su jadeo con mi boca.

Entonces llegan sus lágrimas, unas de felicidad que me salpican el hombro mientras se mece en mi regazo. «Te quiero», gesticula contra mi corazón, justo sobre la peor cicatriz. «Te quería antes de saber que podía».

«Te quise desde el primer golpe», admito, la verdad por fin libre.

Se echa hacia atrás, sorprendida. «¿Cuándo?».

Le quito las manos de su perfecta espalda y las coloco donde pueda verlas. «Nuestra boda. Cuando intentaste matarme. Luchaste con tantas ganas. Tan hermosa».

Se ríe entre lágrimas, un sonido más hermoso que cualquier música. «Sabías que iba a fracasar».

«Esperé. Te quería dispuesta, no derrotada».

—¿Valió la pena? —pregunta, y luego se contrae alrededor de mi polla, haciéndonos jadear a ambos—. ¿La espera?

Empujo más profundo, más fuerte, mostrándole con mi cuerpo lo que los gestos no pueden expresar del todo. «Valió la pena todo. Valió la pena mi voz. Valió la pena las cicatrices. Valió la pena los años de vacío antes de ti».

Está cerca ahora, lo siento en cómo su coño me aprieta, en cómo cambia su respiración. Pero hay más que decir, más verdad que compartir mientras estamos unidos de esta manera.

—No más secretos —jadea.

Asiento y hago esa promesa con la mirada, mientras gesticulo contra su espalda: «No más mentiras».

—No más dormir separados.

El gruñido no logra salir de mi garganta, pero la abrazo más fuerte ante la perspectiva de volver a dormir en una cama distinta a la suya. La necesito cerca. La necesito siempre.

—Quiero tener hijos tuyos —dice de repente, y me quedo paralizado en plena embestida.

Lo ha dicho en voz alta, no por señas. Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, enormes, perfectas y aterradoras.

—Hijos tuyos —continúa, moviéndose contra mí al ver que no reacciono—. Nuestra familia. Guerreros de corazón noble.

Casi me corro solo con oír esas palabras. La imagen de Ana embarazada con un hijo mío, de pequeños con sus ojos verdes y mi oscura intensidad. Mis embestidas se vuelven desesperadas, impulsadas por esta nueva hambre que ha despertado.

—Perfectos como nosotros —dice, y luego suelta un grito cuando la embisto con especial profundidad—. ¡Dios, Dante, por favor!

Los dos estamos a punto, con los cuerpos moviéndose en perfecta sincronía, signando con desesperación entre besos y jadeos.

Reclamamos ser del otro a la vez: —Mía —dice ella; «Mío», signo yo frenéticamente contra sus caderas, donde ni siquiera puede verlo, pero sabe que lo he dicho.

Ambos nos rendimos: —Tuyo. —Tuya.

El orgasmo nace en la base de mi columna y recorre cada cicatriz que ella ha besado, cada herida que ha sanado con su tacto. Cuando se estrella contra mí, signo su nombre en su garganta, en su corazón, en cada centímetro de piel que alcanzo. Ella se corre conmigo, con el coño apretándose alrededor de mi polla en oleadas que parecen infinitas, su voz quebrándose al pronunciar mi nombre.

Después, permanecemos unidos, ninguno de los dos dispuesto a separarse. Llora en silencio contra mi hombro; está abrumada, lo entiendo. Esto ha sido diferente a todas las demás veces. Lo del escritorio fue hambre. Lo de la pared, desesperación. Esto ha sido algo completamente distinto.

—Ha sido diferente —susurra, expresando mis pensamientos.

«Ha sido amor», signo, y luego le doy un beso suave sobre el corazón.

—Hemos hecho el amor. —El asombro inunda su voz.

Sigo duro dentro de ella, sin estar listo para abandonar el paraíso de su cuerpo. Así es como deberíamos estar siempre: conectados, unidos, completos. Mañana traerá peligros. Detroit no ha olvidado. Los rusos siguen al acecho. Las pruebas mostraron conexiones rusas, esos tatuajes cirílicos en los atacantes, pero aún no sabemos qué facción ni por qué atacaron a nuestras dos familias esa noche.

Pero ahora mismo, en nuestra cama, con la luz de la tarde pintándonos de dorado, somos perfectos. Estamos completos.

Me besa la garganta llena de cicatrices y siento su sonrisa contra el tejido destrozado. —Mi demonio silencioso.

«Mi tormenta perfecta», le respondo por señas.

Pasados unos minutos, estoy listo para empezar de nuevo. Nos movemos juntos, esta vez más despacio, saboreando cada sensación. Sus dedos recorren mis cicatrices mientras yo mapeo su cuerpo con mis manos; ambos reescribimos nuestra historia con cada caricia. Lo que empezó con violencia se ha transformado en esto: perfecto, absorbente, completo.

Cuando vuelve a correrse, es de forma suave, una ola ondulante en lugar de un estallido. La sigo al otro lado; mi liberación es menos desesperada, pero de algún modo más profunda. Hemos pasado del hambre a algo más peligroso: la verdadera intimidad.

—Quédate dentro de mí —murmura mientras el agotamiento la vence—. Necesito sentirte.

Nos acomodo con cuidado, todavía unidos, su cabeza en mi pecho, donde puede sentir los latidos de mi corazón, la única voz que me queda que habla constantemente. Mis dedos trazan perezosos patrones en su espalda mientras se deja llevar por el sueño.

Esto es lo que estuve protegiendo durante todas esas noches en el sillón de cuero. No solo su vida, sino esta posibilidad. Este futuro en el que nos elegimos el uno al otro por completo, donde nuestra oscuridad se convierte en luz por proximidad, donde el silencio no significa ausencia, sino una presencia demasiado profunda para las palabras.

Su respiración se acompasa, y justo antes de quedarse completamente dormida, deja escapar un murmullo de satisfacción que me llena el pecho de calidez.

28 - Dante

El mapa del territorio sangra tinta roja sobre mi escritorio mientras Detroit avanza sobre nuestros distritos del sur. La voz de Marco posee esa autoridad comedida mientras expone las estrategias de respuesta, pero algo frío se me asienta en las entrañas. Una premonición, quizá, o solo el recuerdo de la sonrisa soñolienta de Ana esta mañana cuando la dejé enredada en nuestras sábanas, sus dedos signando «te quiero» contra mi pecho antes de obligarme a marcharme.

—La ruta del sur necesita una reestructuración —continúa Marco, señalando las rutas de transporte—. Detroit se está envalentonando.

Asiento, obligándome a concentrarme, pero mi mano encuentra la grulla de papel que guardo en el bolsillo. Una de las de Ana, plegada anoche mientras hablábamos de tener hijos, del futuro, de todo lo que casi perdimos. Su aroma a jazmín todavía está impregnado en mi camisa de cuando me atrajo hacia ella para darme un último beso.

Mi móvil yace apagado sobre el escritorio. Ni un mensaje. Normalmente a estas horas ya me habría enviado algo, aunque solo fuera una foto de su café de por la mañana o un vídeo en lengua de signos que me hiciera sonreír. Este silencio no me gusta nada.

—¿Dante? —me saca de mis pensamientos la voz de Marco—. ¿Y la situación de Hadley?

«Doblad la seguridad en esos envíos», signo, pero mi atención se divide. Esa sensación fría se extiende, como hielo por mis venas. Algo va mal. Algo está pasando.

Entonces Nico irrumpe por la puerta, y su cara me lo dice todo.

«Ana». Sus signos son frenéticos, violentos. «Se la han llevado. Detroit».

El mundo se detiene.

Y luego explota.

El escritorio vuelca antes de que me dé cuenta de que me estoy moviendo. Los papeles se esparcen, el mapa del territorio se rasga

mientras todo se estrella contra el suelo. Una taza de café se hace añicos contra la pared y los fragmentos de cerámica salen disparados. Un sonido se me desgarra desde la garganta dañada. No son palabras, solo pura rabia que hace que Marco y Nico retrocedan. El ruido que se me escapa es inhumano, el tejido cicatrizado me arde al intentar formar su nombre. Siento como si la garganta se me estuviera abriendo de nuevo, desesperada por gritar lo que nunca podrá.

Mis manos encuentran la pared, atraviesan el pladur de un puñetazo, necesitando destruir algo, cualquier cosa, todo. La sangre mana de mis nudillos, pero no la siento. No siento nada más que su ausencia.

Los contratos sobre mi escritorio, los que le ayudé a entender la semana pasada, con mi letra en los márgenes explicando el complejo inglés, los hago pedazos. No valen nada. Todo carece de valor sin ella. Mi puño impacta contra la ventana, agrietando el cristal en una telaraña. En el reflejo fracturado, veo lo que ven mis hermanos: no al ejecutor controlado que conocen, sino a algo salvaje. Algo que nunca han presenciado, ni siquiera cuando volví después de tres días de tortura.

Marco me agarra, con un apretón de hierro en los hombros. —Dante. Hermano. Céntrate. La traeremos de vuelta.

Pero no puedo respirar. Mi garganta llena de cicatrices convulsiona, intentando gritar, intentando llamarla, pero solo consigo emitir ese horrible sonido dañado. No puedo pensar más allá de la imagen de sus manos sobre ella. Ana sola, asustada, quizá herida. Quizá… no. Está viva. Tiene que estarlo. Querrían que lo supiera si la hubieran… si ella estuviera…

Todavía tengo su sabor en los labios del beso de despedida de esta mañana. Las marcas de sus uñas aún me escuecen en los hombros de anoche, cuando cabalgaba sobre mí, signando mi nombre mientras se corría. Hace tres horas estaba debajo de mí, a mi alrededor, eligiéndome. Ahora la tienen ellos. Detroit tiene lo que es mío.

—Hermano. —Es Luca, y por una vez su voz no tiene rastro de diversión—. Estás asustando a Nico.

Levanto la vista y veo a Nico pegado a la puerta, con la mano en el arma. No para usarla, solo por instinto al enfrentarse a algo peligroso. Tienen miedo. Mis propios hermanos tienen miedo de en

lo que me estoy convirtiendo. Bien. Deberían tenerlo. Todo el mundo debería.

Me tiemblan tanto las manos que no puedo signar bien. Los movimientos salen entrecortados, desesperados: «¿Cómo? ¿Cuándo? ¿La seguridad?».

—Ha ido de compras —informa Nico, con eficiencia militar a pesar de la crisis—. Tres guardias muertos. Ejecución profesional. Sabían exactamente cuándo y cómo.

Profesional. Planeado. Han estado vigilando, esperando el momento perfecto en el que yo estuviera distraído, atrapado en una reunión, incapaz de proteger lo que más importa.

Otro sonido se escapa de mi garganta, esta vez pura furia animal. El tejido cicatrizado tira, amenaza con desgarrarse, pero no me importa. Que se abra. Que sangre. Nada importa sin ella.

—Dante. —La voz de Marco interrumpe—. Han dejado esto.

Un sobre marrón, con mi nombre garabateado en mayúsculas. Me tiemblan las manos al abrirlo. Cae una única foto. Ana, inconsciente, tumbada en lo que parece una furgoneta. Un moratón le florece en la sien, púrpura contra su piel pálida. Su vestido, el azul que llevaba esta mañana, el que le ayudé a subirle la cremallera mientras le besaba el cuello, está rasgado por el hombro. Pero está respirando. Viva.

La foto huele mal. Colonia de hombre, barata. El olor de otro en su imagen. La vista se me tiñe de rojo por los bordes.

Le doy la vuelta. El mensaje es simple, imposible:

«Tu reina por tu reino. Todos los territorios, todas las operaciones, todo lo Rosetti. Medianoche. Seis horas. O la venderemos al mejor postor. Muchos quieren a la puta de los Rosetti».

El papel se arruga en mi puño. La han llamado así. Se han atrevido a llamarla así.

La garganta me arde de nuevo, intentando rugir, gritar, emitir cualquier sonido que se corresponda con la rabia que me desgarra por dentro. Esta mañana me recorrió las cicatrices de la garganta, besó cada una de ellas y signó: «tu voz está en tus manos, en tu forma de tocar, en cómo me amas». Ahora esas mismas cicatrices arden con la necesidad de gritar su nombre.

La puerta se abre de nuevo. Un chaval, de unos dieciocho años, que tiembla como un flan. El mensajero de Detroit. Es valiente.

Estúpido. Está muerto.

—Señor Rosetti —se le quiebra la voz—. Se supone que debo esperar una respuesta.

Me muevo antes de que se forme el pensamiento. Mi mano se cierra alrededor de su garganta y lo levanta del suelo. No lo estoy estrangulando, todavía no, solo lo mantengo suspendido mientras sus pies patalean inútilmente. Su pulso martillea contra mi palma. Una presa asustada en las garras de algo que ha dejado de ser humano. Puedo sentir su laringe funcionar, lo que yo perdí, lo que me quitaron. Él puede gritar. Yo no.

Marco no interviene. Tampoco Nico. Saben que es mejor no interponerse entre mí y cualquier cosa relacionada con el secuestro de Ana. Los veo intercambiar una mirada. Nunca me habían visto tan desquiciado. Cuando volví de las torturas, me mostré silencioso, contenido. Esto es diferente. Esto es lo que pasa cuando le quitas a un monstruo lo único que hace que quiera ser humano.

Al chico se le desorbitan los ojos. —Por favor, yo solo..., me obligaron.

Lo suelto y le agarro la muñeca. El hueso se parte con un crujido satisfactorio que lo hace gritar. Una advertencia. Una promesa. Un adelanto de lo que les espera a todos los implicados. Su grito es el eco de lo que mi garganta no puede producir, y quiero romperle cada hueso hasta que sus alaridos igualen mi rabia.

—Diles —traduce Marco mis señas mientras el chaval gimotea—. Diles que están todos muertos. Hasta el último de ellos. Pero que desearán la muerte antes de que él termine.

El chico se escabulle, sujetándose la muñeca rota. Bien. Que les lleve el mensaje. Que sepan lo que se les viene encima.

—Hermano. —La voz de Luca llega desde la puerta, con esa alegría macabra que significa que la violencia está cerca—. He oído que por fin vamos a jugar como es debido.

Entra con esa sonrisa terrible, sabiéndolo ya todo. Por supuesto que lo sabe. Luca siempre sabe cuándo va a correr la sangre. Pero incluso él se mueve con cuidado a mi alrededor, reconociendo algo diferente en mi mirada. Esto no es la violencia controlada que ha visto antes. Esto es otra cosa. Algo a lo que no le importan los daños colaterales ni las consecuencias.

Alex es el siguiente en llegar, ya con el móvil en la mano. —Voy a cobrar todos los marcadores, todos los favores. Información

completa en veinte minutos.

Mi familia se moviliza sin rechistar, cada uno asumiendo su papel. Pero yo solo puedo ver esa foto. Ana inconsciente, vulnerable, en manos del enemigo porque no he sabido protegerla. Todavía me sangran los nudillos de golpear la pared, la ventana, de la destrucción, pero no registro el dolor. El dolor físico no es nada. Este vacío desolador donde debería estar ella, eso es la agonía.

Mis manos se mueven con desesperación: —¿Dos horas? ¿Lleva dos horas desaparecida?

—Desde esta mañana —confirma Nico—. Lo han calculado a la perfección. Querían que estuvieras atrapado en la reunión cuando llegara el mensaje.

Dos horas. Dos horas en las que la han tenido, la han tocado, quizá la han herido. El moratón en su sien grita mi fracaso. Esta mañana recorrí con los dedos su piel intacta, memoricé cada peca, cada cicatriz, cada centímetro. Ahora la han marcado. Han puesto su violencia en lo que es mío.

—Está llegando información —anuncia Luca, consultando su tableta con ese interés académico que le suscita la violencia—. Barrio de los almacenes. Edificio abandonado de los Patrilli. Veinte hombres confirmados, posiblemente treinta.

Levanta la vista, con esos ojos pálidos brillantes de expectación. —¿Y sabes qué, hermano? Tu mujer ya ha herido a dos de ellos. Le ha arrancado un dedo a uno de un mordisco y le ha roto la nariz a otro. Han tenido que sedarla.

El orgullo lucha contra el terror en mi interior. Esa es mi Ana, peleando incluso drogada, incluso superada en número. Pero la han sedado. Le han puesto las manos encima. Le han metido fármacos en el cuerpo para doblegarla. La imagen de ella inconsciente, incapaz de luchar, incapaz de pedir ayuda por señas, hace que mi garganta herida vuelva a sufrir convulsiones.

Mía para protegerla. Mía para vengarla. Mía para quemar esta ciudad por ella.

—Arsenal —digo por señas, poniéndome ya en marcha.

La armería se abre al acero y la pólvora familiares. Pero esta noche es diferente. Esta noche no estoy seleccionando herramientas para un trabajo. Estoy eligiendo instrumentos de tortura. Este cuchillo, de filo serrado, para el que le amoró la sien. Esta pistola

para quienquiera que diera la orden. Este puño americano para cualquiera que la llamara con esa palabra.

Me veo reflejado en el acero pulido de una hoja. El hombre que me devuelve la mirada no es el que Ana besó al despedirse esta mañana. Aquel hombre estaba aprendiendo a ser humano, a ser amable, a ser digno de su amor. Esta cosa en el reflejo es lo que queda cuando arrancas esa humanidad. El demonio que ella una vez pensó que yo era, ahora convertido exactamente en eso porque se han llevado lo único que me hacía ser algo más.

Mis hermanos se arman con eficacia, pero no dejan de observarme. Estoy cogiendo demasiadas cosas, más de las que puedo llevar, más de las que tienen sentido tácticamente. Me ato armas a cada superficie disponible. Una masacre para lo que se avecina.

—Guárdame alguno —canturrea Luca, escogiendo cuchillos con una meticulosidad inquietante—. Quiero jugar con quien le haya amoratado esa cara tan bonita.

Su violencia despreocupada suele inquietar a la gente. Esta noche, a mi lado, parece el colmo de la cordura. Me tiemblan las manos mientras me aseguro otra hoja, recordando los dedos de Ana sobre los míos esta mañana, cómo me dijo «ten cuidado» por señas aunque ambos sabíamos que la reunión era solo papeleo. Se preocupa por mí. Nadie se había preocupado por mí antes.

Marco coordina la táctica mientras nos armamos. —Nico lidera el equipo de entrada Alfa. Dante y Luca van directos a por Ana. Alex, tú das cobertura y preparas la salida. Espera a Sofia. Está a veinte minutos, pero insiste en unirse.

Familia. Ana lloraría si oyera que Sofia vuelve a toda prisa de su reunión en el centro para ayudar a rescatarla. Ahora no está, se la han llevado, está sufriendo, y cada segundo parece un año.

—Dos minutos —dice Marco—. Los coches están listos.

Necesito ver nuestra habitación primero. Necesito respirar su olor, tocar algo suyo, recordar por qué estoy a punto de convertirme en el demonio del que susurran en Chicago.

El dormitorio todavía huele a jazmín y a sexo, como la mañana que compartimos antes de que empezara esta pesadilla. Las sábanas están revueltas de cuando hicimos el amor, su almohada todavía tiene la marca de su cabeza. Aprieto la cara contra ella, respirando hondo, tratando de aferrarme a su aroma. En la mesilla de noche, tres grullas de papel que plegó anoche mientras hablábamos.

Envuelvo una, con cuidado de no aplastar las delicadas alas, en el pañuelo de seda que llevó ayer, y me lo meto en el bolsillo.

Su camisón roto de anoche yace en el suelo. La prueba de mi desesperada necesidad de estar dentro de ella, de reclamarla de nuevo después de que me eligiera por completo. Ahora otro le ha rasgado la ropa. Ha puesto sus manos sobre lo que es mío. La rabia crece hasta que la visión se me tiñe de rojo, hasta que mi garganta dañada arde con la necesidad de gritar.

—Voy a por ti —le digo por señas a la habitación vacía, a su fantasma, a quienquiera que esté escuchando—. Aguanta, nena. Lucha. Ya voy.

La grulla de papel presiona contra mi pecho, envuelta en una seda que huele a hogar. A ella. A todo lo que intentan arrebatarme.

Marco aparece en el umbral. —Los coches están listos. Es hora de irse. Sofia se reunirá con nosotros allí.

Se detiene al verme con claridad por primera vez. Su hermano sereno, el estratega silencioso, ha desaparecido. En su lugar hay algo que hace retroceder incluso al Don de Chicago.

—Dante —dice con cautela—. La recuperaremos.

Paso a su lado y no intenta detenerme. Ninguno lo hace. Me siguen a distancia, dándole espacio para respirar al demonio. Listos. La cosa en la que me estoy convirtiendo no distingue entre amigos y enemigos. Solo hay obstáculos entre Ana y yo.

—Tráela a casa, hermano —dice Marco, comprendiendo la mirada en mis ojos—. Cueste lo que cueste.

Cueste lo que cueste. Aunque tenga que perder la humanidad que ella me ayudó a encontrar.

La grulla de papel presiona contra mi pecho mientras nos dirigimos a los coches. Un talismán. Una promesa. Un recordatorio de que, en algún lugar de esta ciudad, mi mujer espera a que la rescaten.

Aguanta, Ana. El diablo va a por ti.

Y el infierno viene con él.

29 - Ana

La cuerda se me clava más en las muñecas con cada movimiento. La piel en carne viva me arde donde he estado probando los nudos durante la última hora. La sangre me resbala por las palmas, dejándolas resbaladizas, pero eso podría incluso ayudar. El almacén se extiende a mi alrededor como una tumba, todo hormigón frío y metal oxidado que pronto se teñirá de sangre. De su sangre, si conozco a mi marido. Y lo conozco. Lo conozco de una forma que hace que el pecho me duela de amor y terror a partes iguales.

El labio partido me late donde el primer guardia me dio un revés por escupirle. El sabor metálico de la sangre me cubre la lengua y se mezcla con el sabor fantasma del beso de Dante de esta mañana.

—Ten cuidado —le había signado, y él me había cogido las manos y besado cada palma con una reverencia que hizo que me ardieran los ojos—. Vuelve siempre a mí. —Su promesa estaba en la forma en que me apretó la mano contra su corazón, dejándome sentir su latido constante, la única voz que de verdad habla por él.

—El jefe la quiere consciente para cuando llegue —masculla un guardia mientras enciende un cigarrillo. El humo flota hacia mí, mezclándose con el olor a aceite de motor y a sudor del miedo. No el mío. El suyo. Saben lo que Dante hará cuando descubra que me han cogido.

Me duelen los hombros de tenerlos torcidos detrás de la silla, pero sigo frotando la cuerda contra un borde metálico áspero que he encontrado en la pata de la silla. Cada movimiento me envía un nuevo dolor a través de las muñecas en carne viva, recordándome la delicadeza con que Dante me sujetó esas mismas muñecas anoche, besando la delicada piel donde el pulso se me acelera por él. El dolor significa que estoy viva. El dolor significa que aún tengo tiempo.

Doce hombres que puedo ver, quizá más en las sombras. Papá estaría orgulloso de que siga contando, de que siga planeando. Pero lo único que quiero de verdad son los brazos de Dante a mi alrededor, su promesa silenciosa de que nos vamos a casa. Dos

salidas visibles desde esta silla: el muelle de carga por el que me arrastraron y una puerta con la pintura desconchada que podría llevar a unas oficinas.

La puerta del almacén se abre con un estruendo y se me corta la respiración. Entran más hombres, sus pasos resonando en el hormigón. Cuento ocho más, lo que suma un total de veinte. Veinte hombres para una sola mujer. Le tienen pánico a Dante. Como debe ser.

—Sigue forcejeando con esa cuerda, cielo —dice una voz familiar a mi espalda—. No te servirá de nada, pero admiro el esfuerzo.

Carlo Senior entra en mi campo de visión y se me encoge el estómago. El hombre de la conversación del restaurante, el padre que adoptó el nombre de su hijo muerto. Lo reconozco ahora, no por su cara, sino por su presencia, por esa forma de moverse como si la violencia fuera su derecho de nacimiento. Tal y como lo describieron en la cena antes del ataque. El exaltado que desafiaba los límites, el que buscaba venganza por la muerte de Carlo Junior el año pasado. Su colonia es barata, inadecuada, nada que ver con el aroma a sándalo de Dante que aún perdura en mi pelo.

—Ana Rosetti —dice él, y esa sonrisita suya se extiende por su curtido rostro—. Aunque muy pronto volverás a ser Ana Moretti. O quizá solo «mercancía». Depende de cómo salga todo esto.

—Cree que está vendiendo a Ana Moretti —le digo, con la sangre goteándome del labio partido—. Pero ahora soy Ana Rosetti. Mi marido no negocia por lo que ya es suyo. Simplemente lo recupera.

—Tu marido tiene hasta medianoche. —Saca un reloj caro y hace el paripé de mirarlo—. Le quedan cuatro horas para entregarlo todo. Cada territorio, cada ruta, cada céntimo que los Rosetti han amasado. Su reino por su reina.

—No lo hará…

—Entonces irás al mejor postor. —Su sonrisa socarrona se ensancha y la bilis me sube por la garganta—. Te sorprendería saber cuántos quieren un turno con la puta de los Rosetti. La chica que se abrió de piernas para el asesino de su familia.

Siento que la cara me arde, pero mantengo una expresión neutra. No pienso darle esa satisfacción.

—Te hemos estado observando —continúa Carlo, rodeando mi silla como un depredador—. Ese dormitorio tuyo, esos ventanales.

Deberías correr las cortinas cuando te lo follas. Aunque debo admitir que mis hombres disfrutaron del espectáculo.

Sus palabras me pillan por sorpresa. Sabía que habían estado observando, planeando. El prisionero del sótano nos lo había dicho. Pero saber que vieron nuestros momentos más íntimos, que convirtieron nuestro amor en entretenimiento… Esta mañana en la ducha, cuando Dante me apretó contra los azulejos, con el agua corriendo sobre nosotros mientras me follaba con una necesidad desesperada, signando mi nombre en la mampara de cristal. Lo vieron todo.

—¿Es verdad que no hace ningún ruido cuando se corre? —Su voz gotea una diversión enfermiza—. Ni siquiera en el placer, el demonio silencioso permanece mudo. Debe de ser frustrante no oírle gritar nunca tu nombre.

Aprieto las manos detrás de la silla y la cuerda se me clava más. Nos observaron. Invadieron nuestra intimidad, convirtieron nuestro amor en algo vulgar para su entretenimiento. Pero no lo entienden. Dante me habla de formas que ellos jamás podrían comprender. Su cuerpo es su voz, cada caricia una palabra, cada embestida una promesa.

—La subasta empieza a medianoche si no cumple —dice Carlo, sacando su móvil—. Ya tengo tres compradores interesados. Los mexicanos te quieren por venganza. Los irlandeses creen que serías una palanca útil. Y hay un coleccionista privado al que simplemente le gustan las cosas bonitas.

Entonces lo oigo. Distante al principio, como un trueno que llega de muy lejos. Gritos, ahogados por la distancia y los muros, pero cada vez más cercanos. Uno de los guardias que está cerca de la puerta se tensa y lleva la mano a su arma.

El aire del almacén cambia, como antes de una tormenta. Los guardias también lo sienten, esa conciencia primitiva de que los depredadores están cerca. Uno comprueba su pistola por tercera vez. A otro le tiembla la mano al encender un nuevo cigarrillo. Saben lo que yo sé: la Muerte viene a por ellos, y su nombre es Dante Rosetti.

—Comprobad eso —espeta Carlo, pero él también se ha dado cuenta. La ligera incertidumbre en sus ojos, la forma en que su mano se desliza hacia su propia pistola.

Más gritos, ahora más cerca. Y de repente, el silencio. Ese tipo de silencio que es peor que los gritos.

La esperanza florece en mi pecho, ardiente y desesperada. Dante. Viene a por mí. No a medianoche, no va a seguir sus reglas. Está aquí ahora, y por los sonidos de fuera, ha traído el infierno con él.

—Doblad la guardia en las puertas —ordena Carlo, pero ahora puedo oír un atisbo de miedo en su voz. Creía que tenía hasta medianoche. Creía que Dante negociaría, que sopesaría las opciones como un hombre de negocios.

No conoce a mi marido en absoluto. Dante no negocia cuando se trata de mí. Arrasa.

Otro grito se corta en seco. Más cerca. Los guardias se mueven nerviosos, con las armas desenfundadas.

La explosión revienta la puerta del muelle de carga y el humo entra a bocanadas en el almacén como un ser vivo. Me pitan los oídos por el estallido, pero ya me estoy moviendo, aprovechando el caos para forcejear con más fuerza mis ataduras.

Los guardias se dispersan, gritando, disparando a ciegas hacia el humo. Empiezan a caer cuerpos, pero no veo quién dispara. Todo es caos y cordita, sombras que se mueven entre las sombras.

Un guardia tropieza hacia atrás y cae por encima de mi silla. Mientras pasa a mi lado, me abalanzo hacia delante a pesar de la cuerda que me ata y le hundo los dientes en la garganta. Grita, intenta zafarse, pero muerdo con más fuerza, notando el sabor a cobre y sintiendo cómo cede el cartílago. Esta soy yo ahora, no la chica que vino aquí por venganza, sino la mujer que derramará sangre por su familia. Por él. Nuestra violencia es nuestro lenguaje del amor, escrito con balas y moratones.

Deja caer el arma para agarrarse la garganta, y yo intento acercar los pies a ella, luchando por colocarme. El cuchillo de mi bota, el que no encontraron porque estaban demasiado ocupados manoseándome más arriba por las piernas, se desliza y queda libre cuando me tuerzo el tobillo.

A ciegas, con las manos aún atadas a la espalda, consigo agarrar la pequeña hoja entre los dedos. La cuerda se va rompiendo fibra a fibra, y cada segundo parece una eternidad mientras los disparos estallan a mi alrededor. Finalmente, mis manos quedan libres.

Cojo el arma del guardia caído y la memoria muscular del entrenamiento de mi tío se hace con el control. Noto el peso adecuado en mis manos, familiar. El arma da una coz en mi mano cuando disparo y no me inmuto.

—Ana Rosetti —digo en voz alta para mí, para ellos, para cualquiera que escuche. Siento el nombre como una armadura, como un arma, como una verdad. No la Ana Moretti que busca venganza. Sino Ana Rosetti, que elige luchar junto a su familia.

Una silueta se mueve hacia mí a través del humo, otro guardia. No dudo. Tres disparos, al centro del pecho. Cae, y no siento más que una salvaje satisfacción. Estos hombres nos observaron, violaron nuestra intimidad, amenazaron con venderme como si fuera una propiedad.

—Esa es mi chica —susurro, imaginando el orgullo de Dante cuando se entere de que no esperé a que me rescataran. Luché. Tal y como él sabía que haría.

Más sombras en el humo, pero estas se mueven de forma diferente. Controladas, eficientes, letales. Los hermanos Rosetti han llegado.

A través del humo que se disipa, lo veo a él primero. Luca. Esa sonrisa extendiéndose por su cara, la sonrisa equivocada que hace que la gente sensata salga corriendo. Pero ahora mismo, esa sonrisa aterradora es lo más bonito que he visto en mi vida.

Se mueve por el almacén como la muerte personificada; los cuerpos caen a su alrededor mientras sus cuchillos encuentran gargantas, corazones, arterias. No dispara, es demasiado impersonal. Cada muerte es íntima, personal; los guardias caen sin ni siquiera un jadeo mientras las hojas de Luca se deslizan entre las costillas, a través de los cuellos. Uno intenta gritar, pero la mano de Luca le tapa la boca mientras el cuchillo entra, y el hombre cae como los demás, uniéndose a la creciente pila de cadáveres.

—Hermana —dice alegremente, pasando por encima de los muertos—. Has estado practicando tu mordisco. Buena chica.

Hermana. Me ha llamado hermana. Familia de verdad que quema mundos por mí.

Intento levantarme, moverme hacia él, pero un metal frío presiona mi sien. El brazo de Carlo me rodea el cuello por detrás, usándome como escudo.

—¡Alto! —grita Carlo, con la pistola apretada con fuerza contra mi cabeza—. ¡Que todo el mundo se pare o le reventaré los sesos contra la pared!

El almacén se queda en silencio. A través del humo, veo más siluetas. Nico, táctico y preparado. Marco, imponente incluso en

medio del caos. Alex, elegante de alguna manera a pesar de la sangre en su traje. Sofía también está aquí, serena y feroz.

Y Dante.

Oh, Dios, Dante.

Está a seis metros, cubierto de la sangre de otros hombres, y que Dios me ayude, mi cuerpo responde como si no fuera la muerte encarnada sino mi salvación. Se me contrae el coño al recordar esta mañana, cómo me folló contra la pared de la ducha susurrando promesas con sus manos. Incluso ahora, incluso con una pistola apuntando a mi cabeza, lo deseo. Monstruo, protector, mío.

Nunca lo había visto así. No es violencia controlada, ni furia calculada. Esto es otra cosa. Algo primitivo y terrible, y centrado por completo en la pistola de Carlo en mi cabeza. Sus ojos se encuentran con los míos a través del almacén, y en ellos, veo mi mundo entero.

—Habéis elegido la muerte —me susurra Carlo al oído—. Los dos. Juntos. Qué romántico.

Los ojos de Dante se encuentran con los míos a través del almacén. En ellos, veo la misma verdad que siento yo. Si morimos esta noche, al menos tuvimos esta mañana. Al menos tuvimos estos días de elegirnos el uno al otro. Esta mañana doblaba grullas de papel en nuestra cama mientras él me observaba, sus ojos oscuros se suavizaban con asombro como si yo fuera algo precioso. Ahora estoy usando una como arma. Todo lo que fui y todo en lo que me estoy convirtiendo, plegado en este momento.

—Juntos —le digo con los labios, y veo que lo entiende.

Pero no he terminado de luchar. Mi mano encuentra la pequeña grulla de origami en mi bolsillo, la que hice esta mañana antes de que me llevaran. Mis dedos se cierran alrededor de ella, el papel afilado entre mis dedos.

—Juntos —le susurro a Carlo, y a continuación le doy un cabezazo hacia atrás en la nariz mientras le clavo el pico puntiagudo de la grulla en la mano que sujeta la pistola.

La pistola se dispara, pero ya me estoy agachando, la bala pasa por donde estaba mi cabeza. El cuchillo de Luca sigue la trayectoria de la bala y encuentra la garganta de Carlo antes de que pueda recuperarse.

—Nadie —dice Luca con naturalidad mientras Carlo cae— toca a mi hermana.

Entonces, los brazos de Dante me rodean y me pegan a su pecho, mientras sus manos me recorren frenéticamente en busca de heridas. Le tiemblan las manos al enmarcarme el rostro. Dante, que nunca tiembla, que se mantuvo firme incluso con mi cuchillo en la garganta. Pero la idea de perderme lo ha desarmado de un modo que la violencia jamás podría. Saboreo su miedo en la presión desesperada de su boca contra mi frente, siento cómo se hace añicos su control en la forma en que me estruja contra su pecho, como si intentara meterme dentro de su piel para que estuviera a salvo para siempre.

—Estoy bien —susurro contra su garganta, inspirando sándalo y pólvora, una mezcla de hogar y guerra—. Estoy bien. He luchado. Te he esperado, pero he luchado.

La mirada en sus ojos me rompe el corazón y lo reconstruye al mismo tiempo. Orgullo, terror, amor, rabia; todo lo que no puede decir en voz alta está escrito en esa oscura mirada.

—Juntos —gesticula, todavía temblando—. Siempre juntos.

Ambos estamos cubiertos de sangre —mía, de ellos, quizá suya—, pero me besa la frente con tal ternura que me duele el pecho. Estamos aquí. Hemos sobrevivido.

—A casa —susurro contra su garganta—. Llévame a casa.

Sus brazos me aprietan con más fuerza y lo sé sin palabras, sin gestos, sin nada más que la forma en que me abraza: estoy en casa. En sus brazos, cubierta de la sangre de nuestros enemigos, estoy exactamente donde debo estar.

30 - Dante

—¡Hermanita! —aparece Luca entre el humo, con esa sonrisa retorcida y radiante de alegría—. ¡Estás sangrando! Qué maravilla. Dante pintará la ciudad de rojo por esto.

Tiene razón. Ya lo he hecho. Y la volveré a pintar si es necesario.

—Por aquí —le indico rápidamente, cogiéndola de la mano.

Unos guardias nos cortan el paso. Sin dudarlo, adoptamos la formación. Ella cubre arriba mientras yo voy por abajo; sus disparos los mantienen a raya mientras acorto distancias. Cuando miro hacia atrás, el orgullo que siento en el pecho amenaza con romperme las costillas. Incluso cubierta de sangre, incluso temblando por la adrenalina, es perfecta.

Cuando por fin conseguimos salir a cielo abierto, tiembla contra mí. Pero está viva. Es lo único que importa.

El coche está al ralentí en la entrada del almacén, con Nico listo al volante. Sofia está en el asiento del copiloto; se ha dejado los tacones en algún lugar del interior y la seda color crema está salpicada de sangre. Nico no pestañea ante la carnicería que nos cubre; arranca en cuanto estamos dentro.

Mis manos se posan sobre Ana de inmediato, ahora con delicadeza, tan distintas de la violencia de hace unos minutos. Mis dedos rozan su labio partido, inspeccionándolo, asegurándome de que esté bien. La sien amoratada... Por eso, alguien sufrirá una muerte más lenta. Las muñecas en carne viva por la cuerda; memorizo el patrón para cotejarlo más tarde con los cadáveres. Cuando mis dedos le rozan las costillas y ella se estremece de dolor, aprieto la mandíbula con fuerza suficiente como para partirme los dientes.

—Estoy bien —dice, aunque ambos sabemos que solo es una media verdad.

Continúo mi inventario, buscando heridas ocultas. Cuando la atraigo hacia mí, con una delicadeza infinita, con cuidado de no tocarle ninguna herida, mi cuerpo se estremece una sola vez. Todo en

mi interior grita que casi la he perdido. Le ahueco la cabeza con la mano y la sostengo contra mi pecho, donde puede sentir los latidos acelerados de mi corazón, la única voz que habla constantemente.

Tiene los dedos torpes por las quemaduras de la cuerda, pero se las arregla para gesticular contra mi pecho:

—Sabía que vendrías. Nunca lo he dudado.

Mis manos tiemblan cuando le respondo:

—Siempre. Siempre vendré a por ti.

—¿Cómo me has encontrado tan rápido?

—Ha puesto la ciudad patas arriba —dice Nico desde el asiento del conductor—. Nunca lo había visto así. Doce locales de Detroit en tres horas.

Doce locales. Tres horas. Me he convertido en todo lo que susurraban sobre mí, y en algo peor. El demonio silencioso desatado, pintando Chicago de rojo para encontrar lo que es mío.

Ana me coge la mano y deja un beso en mis nudillos llenos de cicatrices. Estas manos que acaban de matar por ella, que matarían al mundo entero para mantenerla a salvo. El contraste de sus labios suaves sobre mi violencia me oprime el pecho.

Entonces la adrenalina la abandona de golpe. Su cuerpo se afloja y se derrumba contra mí. Sostengo su peso sin esfuerzo, manteniéndola erguida cuando su cuerpo deja de luchar.

—Cansada —murmura contra mi camisa manchada de sangre—. Tan cansada, Dante.

La sujeto con firmeza, pero con delicadeza, contra mi pecho.

—Señora Rosetti —susurra, saboreando el título—. Les dije que era la señora Rosetti y que vendrías. Se rieron.

Mi mano se aprieta en su pelo, posesiva, reclamándola. Ese sonido gutural retumba en mi pecho, tratando de decir lo que mi garganta herida nunca podrá.

—Seguro que ahora no se ríen —continúa, arrastrando las palabras por el agotamiento.

Saco del bolsillo una grulla de papel que he encontrado en el suelo de nuestro dormitorio esta mañana, una que ella había doblado anoche mientras hablábamos del futuro. La he llevado conmigo, envuelta en su pañuelo de seda, mientras la buscaba; su arte contra mi corazón mientras yo destruía por ella.

Nota el crujido del papel entre nosotros.

—A casa —murmura, ya medio dormida—. Llévame a casa.

Pero sé que no se refiere a la mansión. El hogar es esto: ella en mis brazos, nosotros juntos, respirando el mismo aire. El hogar está dondequiera que esté ella.

—Mío —susurra, apenas audible.

Marco nos espera en la entrada de la mansión. Examina las heridas de Ana con una mirada que promete una muerte más lenta para los de Detroit.

—¿Detroit? —pregunta, simplemente.

—Acabados —le indico. Por completo. No ha sobrevivido ninguno. Carlo y sus lugartenientes, todos muertos.

—Bien. —Y a Ana—: Ya estás a salvo.

—Lo sé —dice ella, encontrando fuerzas para enderezarse un poco —. Tengo una familia.

Marco sonríe de verdad, una sonrisa rara, auténtica. Mi hermano acepta a mi mujer como sangre de su sangre.

En nuestro cuarto de baño, le limpio la sangre de la piel con un cuidado obsesivo. No toda es suya, la mayor parte es de enemigos. Pero cada marca en su piel perfecta hace que la rabia resurja. Ella me cura los nudillos como siempre, nuestro ritual de cuidado mutuo. El antiséptico escuece en la piel abierta, pero su tacto alivia más que cualquier medicina.

—Están muertos —me calma cuando me tiemblan las manos de furia al ver sus moratones.

—No lo bastante —le indico con las manos.

Me coge la cara entre las palmas, obligándome a mirarla a los ojos.

—Estoy aquí. Me has encontrado. Es lo único que importa.

Mientras le vendo las muñecas, con cuidado de la piel en carne viva, me dice en lengua de signos:

—Tu silencio me ha salvado.

Me detengo, confundido.

—Podía sentir que venías —explica—. No hacían falta palabras. Hablamos sin hablar.

La verdad me golpea como un rayo. No es una maldición, es una bendición. Nuestro lenguaje, que nadie más conoce. Comprensión perfecta en el silencio. Sabía que venía porque no necesitamos palabras. Nunca las hemos necesitado. Mi silencio no es una debilidad, es nuestra fuerza.

—El dolor me trajo hasta aquí —susurra, besándome la cicatriz de la garganta. El calor de sus labios en el tejido dañado envía una corriente por todo mi cuerpo—. Me encanta tu silencio. Es nuestro lenguaje secreto.

Por primera vez, me lo creo. No estoy roto, solo soy diferente. Perfecto para ella.

En nuestra cama, la abrazo como si pudiera desaparecer. Su cabeza sobre mi pecho, sintiendo los latidos de mi corazón, el ritmo que habla cuando mi voz no puede. Las sábanas de seda están frías contra nuestra piel, pero su calor, pegado a mí, abrasa todo lo demás.

—No volveré a dejarte sola nunca más —trazo sobre su piel.

Se ríe por lo bajo, haciéndome cosquillas en el pecho con su aliento. —Posesivo.

—Sí. Siempre.

—Bien.

Por primera vez en mi vida, estoy en paz. No atrapado en el silencio, sino libre en él. Ella entiende cada gesto, cada mirada, cada caricia.

31 - Ana

Aparece la segunda raya rosa y se me doblan las piernas.

Me dejo caer al suelo del baño, y el frío del mármol me muerde los muslos desnudos mientras mi mundo se tambalea sobre su eje. Tres tests esparcidos por las baldosas como pruebas en la escena de un crimen, todos gritando la misma verdad imposible. Positivo. Positivo. Positivo.

Ha pasado más de un mes desde que Detroit intentó venderme al mejor postor. Desde que Dante tiñó la ciudad de rojo para recuperarme. Y dos semanas de náuseas matutinas que había achacado al estrés, al trauma, a cualquier cosa menos a este milagro que crece dentro de mí.

Mis dedos temblorosos encuentran mi vientre aún plano, presionando contra el camisón de seda. En algún lugar bajo mi palma, la vida crece. Nuestro hijo. De Dante y mío. Creado a partir de amor y violencia a partes iguales, concebido en sábanas que probablemente aún conservan restos de la sangre de nuestros enemigos.

—*Madonna mia* —susurro en el baño vacío, con el sabor cobrizo de haberme mordido el labio. Entonces llegan las lágrimas, calientes y abrumadoras, pero por una vez, saben a alegría en lugar de a pena.

Un guerrero silencioso, quizá. Como su padre, que se comunica a través del tacto y la presencia en lugar de con palabras. O quizá ruidoso, como solía ser yo antes de aprender la belleza del silencio. En cualquier caso, perfecto. En cualquier caso, nuestro. En cualquier caso, conocerá tanto la ternura como el modo de sobrevivir en este mundo que tanto da como quita.

He estado aprendiendo más señas estas últimas semanas, ampliando lo que estudié antes de venir a Chicago. Vocabulario nuevo para cosas que mi año de preparación no pudo anticipar: señas para «eterno» y «bendecido» y «agradecida». Pero ninguna se compara con lo que tendré que signar esta noche. Tres simples

movimientos que harán añicos su mundo para reconstruirlo más fuerte.

Los tests se vuelven borrosos a través de nuevas lágrimas mientras los recojo. Después de todo, de la sangre, de las traiciones, de casi morir, hemos creado vida. Papá vería poesía en eso, citaría algo sobre el ave fénix resurgiendo de sus cenizas. De las cenizas, el renacimiento. De los finales, los comienzos. De un matrimonio que comenzó con un intento de asesinato, un amor que podía obrar milagros.

El espejo refleja a una desconocida mientras practico las señas por centésima vez. Mis dedos se mueven a través de los sencillos gestos: Tú. Yo. Bebé. Tres señas que destrozarán el minucioso control de Dante de la mejor manera posible.

—Tú. Yo. Bebé —susurro en voz alta en italiano y luego en español, viendo cómo mis manos dan forma a nuestro futuro.

Esta noche hay cena familiar, la reunión semanal que Marco impone sin importar qué territorios haya que defender ni qué enemigos haya que enterrar. Todos los hermanos, sin excepciones ni excusas. Incluso Luca asiste, aunque suele pasarse el rato describiendo su trabajo con detalles perturbadores mientras comemos.

Me tiemblan las manos al elegir el vestido: un tejido suave y azul que susurra contra mi piel, lo bastante holgado para ocultar lo que aún no se ve, pero que pronto lo hará. Del mismo tono que la corbata favorita de Dante, la que llevaba cuando me enseñó a luchar a corta distancia. A lo mejor se da cuenta. A lo mejor lee el mensaje en cada elección que haga esta noche.

—*Coraggio* —le digo a mi reflejo, con la voz de papá resonando en mi memoria—. *E forza.* —Coraje y fuerza. Lo que toda mujer Moretti necesita. Lo que toda mujer Rosetti rebosa.

Este niño sabrá que su madre puede protegerlo. Continuaré mi entrenamiento, con cuidado ahora, más ligero, pero sin detenerme nunca. Este bebé aprenderá la fuerza junto con el amor.

La puerta se abre a mi espalda y Dante aparece en el reflejo del espejo. Mi cuerpo responde al instante. Mis pezones se endurecen contra el vestido, el pulso se me acelera, la humedad se acumula entre mis muslos. Incluso ahora, después de semanas de nuestro matrimonio real, me afecta como una corriente eléctrica bajo la piel.

—Preciosa —signa él, y luego cruza la habitación para besarme el hombro, que el vestido deja al descubierto. Su colonia me envuelve, sándalo y humo de cigarrillo, y me reclino en su sólida calidez.

Esta noche. Se lo diré esta noche. Cuando nuestra familia nos rodee con su violento amor.

El comedor vibra con esa energía particular que solo las cenas familiares de los Rosetti crean. Marco se sienta a la cabeza de la mesa como el don que es, dominando la sala con su quietud mientras todos los demás se mueven a su alrededor. Sus ojos oscuros lo perciben todo: el nuevo moratón en los nudillos de Luca, la forma en que la mano de Sofia descansa cerca de su bolso, donde guarda el arma; cómo no dejo de tocarme el vientre sin querer.

—Por la familia —dice Marco levantando su copa de vino, con su voz cargada de esa mesurada autoridad—. Por sobrevivir una semana más en esta ciudad. Por los territorios conservados y los enemigos enterrados.

—Por Ana, que nos sobrevive —añade Alessandro con su característica sonrisa que vuelve tontas a las mujeres y recelosos a los hombres—. Dos meses de cenas familiares y todavía no ha salido corriendo y gritando.

—Dale tiempo —murmura Luca, pero está sonriendo con esa sonrisa extraña que significa que en realidad está contento—. Los gritos vienen después.

A mi lado, Sofia estira la mano y sus dedos de manicura perfecta encuentran los míos bajo la mesa. El apretón es breve pero intenso. —Hermana —dice sin más, pero la palabra lo contiene todo. Aceptación. Protección. La promesa de esconder cadáveres juntas si fuera necesario.

Las lágrimas amenazan con brotar y tengo que apartar la vista, encontrándome con la mirada de Nico al otro lado de la mesa. Él asiente una vez, con ese reconocimiento de precisión militar que dice mucho. —Ahora luchas bien —dice, y viniendo de él, es prácticamente una declaración de amor—. Es un orgullo tenerte cubriéndonos las espaldas.

—Muerde hasta atravesar los dedos —añade Luca como si nada, inclinando la cabeza—. Una técnica fascinante. La mayoría de la gente no muerde con decisión. Ella sí. Interesante. —Viniendo de cualquier otro, sería perturbador. De él, es prácticamente un soneto.

Se me hace un nudo en la garganta por la emoción. Estas personas poderosas y peligrosas se han convertido en mi lugar en el mundo. Después de años sola, huérfana y enfadada, entrenando para una venganza que se convirtió en amor, tengo esto. Una familia que reduciría Chicago a cenizas por mí, que celebra mi presencia en su mesa como si siempre hubiera pertenecido a este lugar.

—*Vi amo tutti* —digo en italiano, y luego repito en español—: Os quiero a todos.

La mano de Dante encuentra mi muslo por debajo de la mesa, firme, cálida y posesiva. Su pulgar lo acaricia una vez, una pregunta silenciosa. Sus dedos llenos de cicatrices me abarcan todo el muslo, reclamándome a la vez que me consuelan. Me vuelvo para encontrarme con sus ojos, y lo que veo en ellos me da el último ápice de valor que necesito.

El corazón me martillea tan fuerte que sé que Marco lo oye. Nada escapa a la atención del Don. La oscura mirada de Dante se clava en la mía, leyendo el secreto apenas contenido que está a punto de cambiarlo todo.

Mis manos se elevan lentamente, temblorosas pero seguras. La habitación se reduce a solo nosotros dos, a solo este momento, mientras mis dedos forman las señas que he practicado hasta que me han dolido las articulaciones.

—Tú —lo señalo.

—Yo —me llevo la mano al pecho.

—Bebé —la seña que hará añicos nuestro mundo para reconstruirlo con más fuerza.

El silencio se alarga como el instante previo a una ejecución. Dante se queda helado, con la copa de vino a medio camino de los labios, y sus ojos oscuros se abren de par en par mientras la comprensión lo golpea. La copa cae, el cristal se hace añicos contra el mármol italiano y el vino, rojo como la sangre, se derrama como toda la sangre que hemos derramado. Pero ni siquiera se da cuenta. Ya se está moviendo, dejándose caer de rodillas a mi lado. Mi marido, el diablo silencioso de Chicago, el hombre que se mantuvo en pie durante tres días de tortura, cae de rodillas junto a mi silla. Le tiemblan las manos cuando me las posa en el vientre, con las palmas planas sobre la seda, abarcándome todo el abdomen como si ya estuviera protegiendo lo que crece allí.

Es entonces cuando las veo. Las lágrimas. Ríos silenciosos que le recorren el rostro, las primeras lágrimas que le he visto derramar. Sus hombros se sacuden con sollozos ahogados, la garganta llena de cicatrices convulsiona con sonidos que no puede emitir. Este hombre que no pudo gritar cuando le arrebataron la voz se derrumba por completo ante la promesa de una nueva vida.

Apoya la frente en mi vientre y yo entrelazo los dedos en su pelo, mientras mis propias lágrimas caen ahora sin reparo. Permanecemos así, inmóviles, mientras el mundo se transforma en algo completamente nuevo.

—¡Ana está embarazada! —grita Alex, levantándose de la silla con tanta fuerza que la tira—. ¡Vamos a tener un bebé!

La habitación estalla en un caos maravilloso.

Sofia se pone a mi lado al instante, rodeándome con sus brazos, llorando y riendo en mi hombro.

—Un bebé —repite sin parar en italiano y en inglés—. Le enseñaré dónde esconder armas en bolsos de diseño.

La mano de Marco se posa en el hombro de Dante, apretando lo suficiente como para dejar un moratón. Cuando miro al Don de Chicago, sus ojos brillan con algo que nunca he visto.

—Este niño asegura nuestro legado —dice en voz baja, pero su voz transmite una emoción que resquebraja su habitual control—. Bien hecho, hermano.

Dante hace señas con manos temblorosas:

—Mío para protegerlo siempre. Nuestra sangre, nuestro futuro.

Nico sonríe más ampliamente de lo que le he visto nunca, con su compostura militar hecha añicos.

—Un pequeño guerrero —alza su copa—. Pobre crío, no tiene ninguna posibilidad de llevar una vida normal con esta familia.

—¿Será enorme? —pregunta Luca con genuina curiosidad científica, ladeando la cabeza—. ¿O diminuto? Las posibilidades genéticas son fascinantes. Podría estudiar…

—Perfecto —lo interrumpo, mi mano cubriendo la de Dante donde aún abarca mi vientre posesivamente—. Nuestro hijo será perfecto de cualquier manera. Silencioso o ruidoso, gentil o violento. Nuestro.

—Le enseñaré dónde cortar para conseguir el máximo efecto —añade Luca alegremente—. Tradición familiar. También genética. Deberíamos hablar de los grupos sanguíneos.

—Más tarde —lo interrumpe Marco, pero casi está sonriendo.

Dante se aparta lo suficiente para hacer señas, con movimientos seguros a pesar de sus lágrimas:

—Nuestro. Perfecto. Para siempre. Ya estoy planeando la seguridad.

Luego me levanta de la silla y me sienta en su regazo, enjaulándome contra su pecho con los brazos mientras nuestra familia estalla a nuestro alrededor. No ha apartado las manos de mi vientre, con los dedos extendidos como si ya estuviera protegiendo a nuestro hijo de un mundo que querrá ponerlo a prueba. Sé lo que está pensando porque yo estoy pensando lo mismo. Este bebé nacerá entre sangre y belleza a partes iguales. Aprenderá a decir «te quiero» y «dónde está la salida» en lenguaje de señas con la misma fluidez. Llevará el nombre Rosetti como una armadura y un arma combinadas.

Maria aparece desde la cocina, le echa un vistazo a Dante de rodillas con lágrimas en el rostro y rompe a llorar también.

—¡*Un bambino*! ¡*Madonna mia*! —se santigua y llora e intenta abrazar a todo el mundo a la vez—. ¡Le cocinaré de todo! ¡Todo lo que usted quiera!

—Por la siguiente generación —Marco vuelve a alzar su copa, y todos lo imitan—. Por el hijo de Ana y Dante. Por nuevos comienzos a partir de viejos finales. Por un imperio que durará generaciones.

—Por pequeños humanos que probablemente darán más miedo que todos nosotros juntos —ríe Alex.

—Por enseñarles la técnica apropiada con el cuchillo desde que nazcan —añade Luca con una sinceridad inquietante.

—Por tener a alguien nuevo a quien proteger —dice Nico, ya planeando estrategias defensivas.

—Por mi sobrino o sobrina, que tendrá las mejores sesiones de compras —sonríe Sofia entre lágrimas—. Y una puntería perfecta.

Los brindis continúan, solapándose, caóticos, perfectos. Esta es mi familia. No la que perdí, sino la que elegí. La que me eligió a mí. Esta gente que acepta que la alegría viene acompañada de violencia, que el amor significa estar dispuesto a destruir por los demás.

Las manos llenas de cicatrices de Dante me enmarcan el rostro y articula palabras que su garganta no puede pronunciar, pero que yo entiendo de todos modos: «Gracias».

Nuestro hijo nunca conocerá la soledad que yo conocí. Nunca se preguntará si es amado, deseado, protegido. Crecerá en este caos, en esta intensidad, rodeado de una familia que mata unida y celebra unida con la misma pasión. Sabrá que las historias perturbadoras del tío Luca significan amor, que las lecciones de armas de la tía Sofia son afecto, que el silencio del tío Marco significa aprobación.

—Vamos a tener un bebé —susurro contra la garganta llena de cicatrices de Dante, saboreando la sal de sus lágrimas—. Nuestro bebé.

Sus brazos se ciñen a mi alrededor, posesivos, protectores y perfectos. El latido de su corazón contra mi pecho dice lo que su voz no puede: firme, fuerte, eterno. Ahora estamos completos. Enteros. Una familia forjada en sangre y venganza, transformada en algo hermoso, duradero y nuestro.

Para siempre.

32 - Epílogo - Ana

Han pasado seis meses desde que descubrí el milagro que crece dentro de mí, la vida que creamos a partir de toda nuestra muerte y violencia.

Las náuseas todavía me asaltan algunas mañanas, aunque de forma más leve ahora que se me nota. Mi mano se curva sobre mi vientre hinchado mientras estoy de pie frente al espejo de nuestro dormitorio, maravillándome de cómo se ha transformado mi cuerpo. El vestido de seda que Marco me regaló la semana pasada se desliza sobre mis nuevas curvas, diseñado para adaptarse a mi creciente abdomen y, al mismo tiempo, permitirme acceder al cuchillo que llevo atado al muslo. Porque incluso embarazada, sobre todo embarazada, sigo armada en este mundo que nos pondría a prueba.

—*Madonna mia* —susurro, sintiendo a nuestro hijo moverse dentro de mí—. Ya está activo, este pequeño guerrero. Dante dice que está practicando sus movimientos de combate, preparándose para un mundo que requerirá tanto ternura como dientes. Mis dedos trazan dibujos en mi vientre y juraría que el bebé responde, presionando contra mi palma como si ya conociera mi tacto.

Esta noche hay cena familiar. Marco exige asistencia sin importar qué territorios ardan o qué enemigos haya que enterrar. Todos los hermanos estarán allí, reunidos alrededor de esa enorme mesa en la que hemos celebrado victorias y planeado venganzas a partes iguales. Estas cenas se han convertido en mi tradición favorita, la prueba de que este es mi sitio, de que esta familia me ha reclamado por completo.

Papá entendería esto, el elegir crear vida en un mundo que la arrebata con tanta facilidad. Estaría orgulloso de que su hija haya encontrado el amor donde buscaba venganza, de que haya construido una familia a partir de las cenizas.

El comedor resplandece a la luz de las velas y de un caos apenas contenido. Marco se sienta a la cabecera de la mesa, observando a sus hermanos con esa autoridad mesurada. Sofía pasa el vino, su risa

brillante mientras se mete con Alex por su último desastre amoroso. Nico limpia su pistola en la mesa, una costumbre que Marco ya ha desistido de intentar quitarle, mientras Luca revisa su móvil con una concentración inusual. Los guardias vigilan las ventanas incluso durante nuestra cena familiar, un recordatorio de que aquí la alegría siempre coexiste con el peligro.

—Por la familia —dice Marco levantando su copa, cuyo cristal refleja la luz—. Por otra semana sobrevivida en esta ciudad que nos quiere muertos.

—Por que Ana no envenene la pasta —añade Alex con esa sonrisa demoledora—. Aunque, después de seis meses de práctica, la verdad es que se le está dando bastante bien. Ahora es casi comestible.

—La semana pasada no estaba tan mala —protesto, pero sonrío—. Estas cenas se han convertido en mi altar, esta gente en mi religión. Cada cicatriz en estas paredes cuenta nuestra historia.

La mano de Dante encuentra mi vientre bajo la mesa, su palma cálida y posesiva sobre el lugar donde crece nuestro hijo. No ha podido dejar de tocarme desde que nos enteramos, sus manos buscan constantemente la prueba del milagro que hemos creado. Sus dedos abarcan ahora todo mi abdomen, protectores incluso en este simple contacto.

—¿Cómo está mi sobrino? —pregunta Sofía, prácticamente radiante de emoción. Lleva comprando ropa de bebé desde el día que se lo dijimos a todos, bodies de diseño mezclados con diminutos chalecos antibalas.

—Sobrina —la corrige Nico sin levantar la vista de su Glock—. Es una niña, sin duda. Lo sé por cómo lo lleva Ana.

—Las probabilidades del grupo sanguíneo sugieren que cualquiera de los dos es igualmente probable —murmura Luca, pero está distraído, revisando de nuevo su móvil con esa sonrisa rara dibujada en los labios—. Aunque el desarrollo de la estructura ósea en esta fase es fascinante.

—¿Una cita? —bromea Alex al percatarse de la atención que Luca presta a su móvil—. ¿Alguien lo bastante loco como para estar a tu altura?

—Algo así —dice Luca en voz baja y, por un instante, gira el móvil hacia nosotros. Una joven en una iglesia, con el pelo rubio reflejando la luz de las vidrieras, completamente ajena a que la están fotografiando.

—Es guapa —dice Sofía, aunque algo en su voz sugiere incomodidad—. ¿Quién es?

—Faith Winters. —Luca dice su nombre como si lo estuviera saboreando—. La hija del juez. Reza por la seguridad de su padre todos los domingos. Una hija muy devota. —Su sonrisa se ensancha de esa manera que hace que la gente cuerda eche mano a las armas —. Me pregunto por qué rezará cuando sea mía.

La voz de Marco corta como una cuchilla. —El problema es el juez. Deja a su hija en paz.

—Define «en paz» —murmura Luca, mostrando otra foto. Esta la muestra dentro de su apartamento, sin que ella se dé cuenta—. No la he tocado. Pero tiene unas costumbres muy interesantes. ¿Sabíais que duerme con un cuchillo bajo la almohada? Igual que hacía Ana.

La mesa se queda en silencio. Eso es demasiada información, demasiada observación. La ha estado vigilando. Estudiándola.

—Deja en paz a la familia —advierte Marco, su voz cargada con el peso de una orden absoluta—. El juez es lo único de lo que tenemos que ocuparnos, no de los civiles.

—No la tocaré —murmura Luca, con esa sonrisa extraña que nunca flaquea—. Pero mirar no es tocar, ¿verdad?

Una tensión incómoda se instala sobre la mesa. Incluso en nuestro mundo de violencia necesaria, el particular interés de Luca parece diferente. Más oscuro. Más personal que profesional.

Sofía cambia de tema desesperadamente. —Deberíamos hablar de nombres para el bebé. Voto por algo fuerte. Pero nada ruso. —Lo dice con firmeza, casi con agresividad—. Ningún nombre ruso.

Luca se ríe, suave y socarronamente. —¿Todavía tienes pesadillas con Mikhail?

La copa de vino se le escurre de la mano a Sofía y se hace añicos contra el suelo de mármol. El vino tinto se derrama sobre el mármol blanco, y su rostro pierde todo el color. Por un momento, se parece exactamente a la niña asustada que debió de ser aquella noche hace diez años.

—¿Qué has dicho? —Su voz es apenas un susurro.

—Nada importante —dice Luca, ladeando la cabeza con falsa inocencia—. Solo recordaba a ese chico ruso que maté. Hace años. Durante el desagradable incidente. ¿Cómo se llamaba? ¿Mikhail? Sí, Mikhail. Al final gritó mucho. No paraba de llamar a su hermana. En ruso. Una estructura lingüística fascinante cuando alguien sufre.

Sofia se levanta bruscamente y la silla raspa contra el mármol. —Disculpad. Necesito tomar el aire.

Se marcha antes de que nadie pueda responder, prácticamente huyendo del comedor. Hago ademán de seguirla, pero Dante me coge de la muñeca y me dice rápidamente por señas: —Dale un poco de espacio primero.

Pero no puedo. Algo en su mirada, el terror en sus ojos, me arrastra tras ella. La encuentro en la terraza, llorando con la cara entre las manos y murmurando en lo que parece ruso.

—¿Sofia? —me acerco con cuidado, como quien se acerca a un animal herido.

Se da la vuelta de golpe, con el rímel corriéndole por su perfecto rostro. —Es culpa mía —susurra, y las palabras se le escapan como si hubiesen estado atrapadas durante una década—. Ese chico, Mikhail. Murió por mi culpa. Todos murieron por mi culpa.

—¿Qué quieres decir?

Pero ya se está recomponiendo, y ese control tan propio de los Rosetti vuelve a imponerse con fuerza. —Nada. A mí también me afectan las hormonas del embarazo. Síntomas por simpatía. —Esboza una sonrisa forzada que no le llega a los ojos—. Deberíamos volver antes de que se preocupen.

Cuando regresamos, la silla de Luca está vacía.

—¿Adónde ha ido? —pregunto, con una sensación fría instalándoseme en el estómago.

Marco suspira y de repente parece mayor. —A encargarse de la situación de los Winters. Ha insistido.

Mi mano se posa protectora sobre mi vientre y nuestro hijo se mueve como si presintiera mi inquietud. Sea lo que sea que Luca esté a punto de hacer, signifique lo que signifique para él esa chica de la iglesia, siento que es el principio de algo. Algo que se extenderá por nuestra familia como lo hizo mi llegada.

—Sofia sabe algo —le digo a Dante, que todavía tiene las manos recorriéndome el vientre—. Sobre esa noche. Sobre los rusos. Sobre lo que de verdad les pasó a nuestras familias.

Él asiente despacio, sin sorprenderse. Lo ha sospechado, quizá siempre lo ha sabido. Mi marido guarda los secretos de sus hermanos con el mismo celo con que guardó los míos.

—Y Luca está a punto de hacer algo terrible —continúo, recordando la cara inocente de aquella chica rubia, la forma en que

se arrodillaba para rezar, ajena al monstruo que la observaba desde las sombras.

—Luca siempre hace algo terrible —me dice Dante por señas, pero hasta él parece preocupado.

Más tarde, mientras la familia celebra a nuestro alrededor, veo a Luca observando desde el umbral. No nos mira ni a Dante ni a mí, sino algo en su móvil. Esa sonrisa extraña juega en sus labios mientras sus dedos se deslizan por la pantalla.

—¿Qué estás mirando? —pregunta Sofia, acercándosele con cautela.

—El futuro —dice en voz baja—. Dante ha conseguido su final feliz. Quizá sea hora de que yo encuentre el mío.

La mirada en sus ojos pálidos me hiela la sangre a pesar del calor de los brazos de Dante a mi alrededor. Porque la versión de Luca de un final feliz no se parecerá en nada al nuestro.

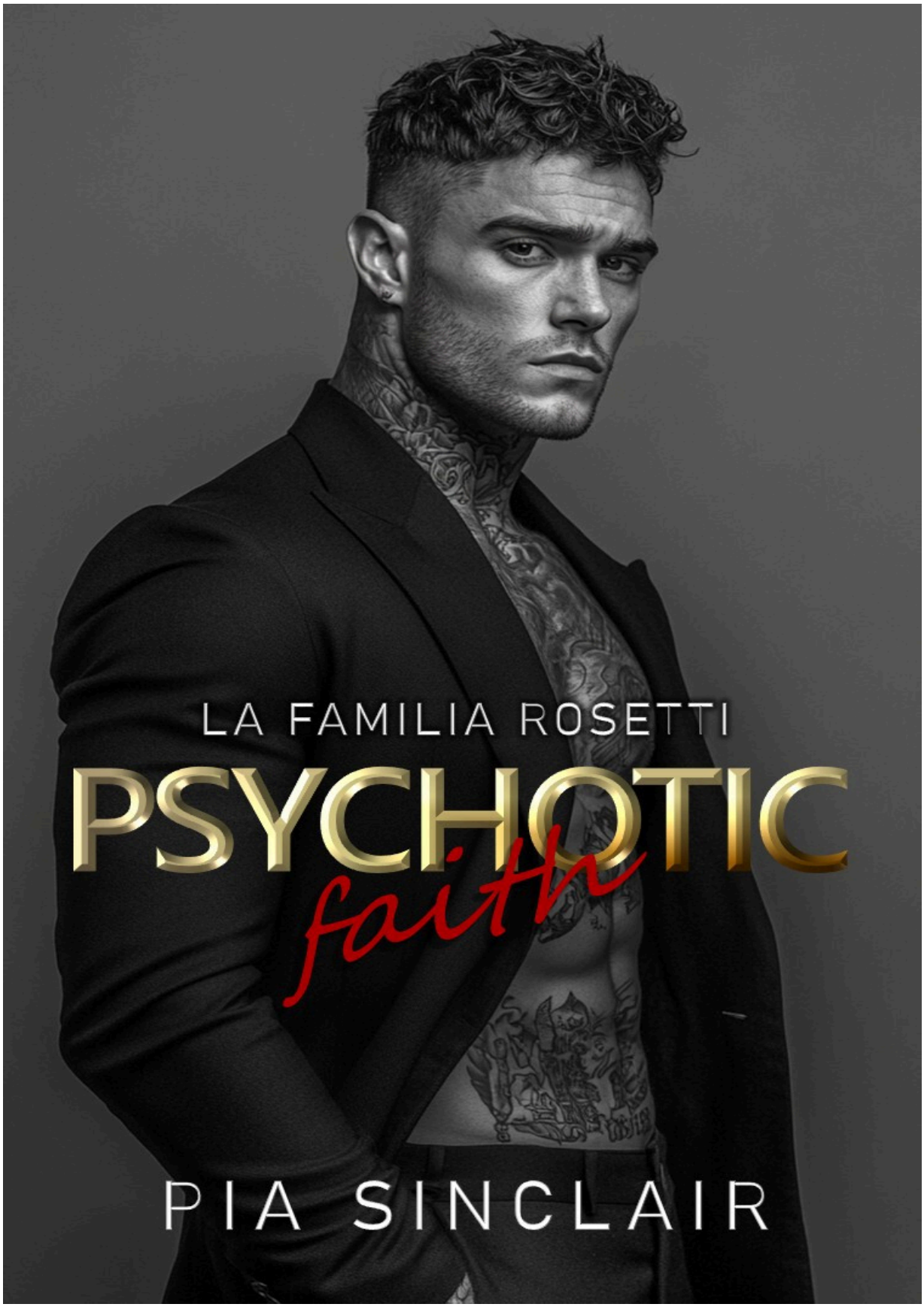
Le enseña la pantalla a Sofia, cuyo rostro pierde todo el color. —¿No hablarás en serio?

—¿Cuándo no he hablado en serio sobre algo que quiero? —Se guarda el móvil en el bolsillo y se marcha, tarareando algo que suena como un himno.

Los ojos de Sofia se encuentran con los míos a través de la sala, y se acerca a mí y me coge la mano, apretando tan fuerte que me hace daño. —Esa chica —susurra—. Faith Winters. Alguien tiene que avisarla.

—¿Avisarla de qué?

La mirada de Sofia sigue la figura de Luca mientras se aleja. —De que el diablo no siempre viene con cuernos. A veces viene con ojos azul pálido y sabe exactamente qué plegarias responder.


LA FAMILIA ROSETTI
PSYCHOTIC
faith
PIA SINCLAIR

1 - Luca

El hombre vuelve a gritar, pero su grito es cada vez más débil. Decepcionante.

—Dijiste que tenía «labios para mamar pollas». —Pruebo el filo de la cuchilla contra mi pulgar y me hago un fino corte de sangre —. Esas fueron tus palabras exactas en la cafetería. El martes. 9:41 a. m.

Se debate contra las ataduras, con los ojos desorbitados por un terror que antes solía significar algo para mí. Que solía hacerme sentir vivo, cuando aún podía sentir algo. —¿¡Ni siquiera sé de quién me hablas!

—Esa es la cuestión. —Dejo la cuchilla y elijo otra herramienta. La precisión es importante—. Ni siquiera sabías su nombre cuando lo dijiste. No te diste cuenta de su estremecimiento. No viste cómo tu existencia le arruinó el día.

El sótano huele a lejía y a miedo. Las cuatro de la mañana. La mayoría de la gente duerme, pero yo llevo diez años sin dormir una noche como es debido. No desde la masacre. No desde que mi padre dejó de respirar.

Sin embargo, el insomnio tiene sus ventajas. Me da más horas para perfeccionar mi arte.

Llevo veintidós noches observándola. Faith Winters. Veintitrés años. Bibliotecaria. Profesora de catequesis. Hija del juez que cree que puede acabar con mi familia.

Mía.

La palabra apareció en mi mente hace tres semanas, sin ser invitada y de forma absoluta. Estaba manejando una situación en St. Mary's —un camello pensó que el suelo consagrado significaba territorio neutral—. Se equivocaba. Pero entonces la vi a través de la ventana, leyéndole a un círculo de niños, y la luz de la tarde hacía que su pelo dorado brillara como algo sagrado.

Algo se rompió dentro de mí. O quizá algo por fin encajó en su sitio.

—Por favor —gimotea el hombre, devolviéndome al presente—. Tengo dinero…

—Yo tengo más. —Cojo los alicates—. Lo que tú tienes son tres minutos de vida. Quizá cuatro, si vuelves a decepcionarme desmayándote.

Los pasos de Marco resuenan al bajar las escaleras antes de que aparezca. Mi hermano mayor nunca hace ruido a menos que quiera. Es una advertencia, una cortesía entre familia.

—Es tarde, Luca. —Su tono tiene ese peso particular de desaprobación mezclada con resignación. Dejó de intentar cambiarme hace años.

—En realidad, es temprano. —No aparto la vista de mi trabajo—. Pero bueno, ya sabes que ya no duermo.

—¿La hija del juez? —Marco entra en la luz, con su traje de Armani todavía perfecto a pesar de la hora—. He oído que has estado… atento.

—He estado cumpliendo con lo necesario.

—Has sido un temerario. Tres cuerpos en dos semanas, todos relacionados con la rutina de ella. Su padre ya nos está investigando por el cargamento del mes pasado. Le estás dando munición.

El hombre sobre la mesa emite un gorgoteo. Sigue respirando. Bien.

—Seis cuerpos —corrijo—. Te has olvidado del camarero que la miró demasiado tiempo, del borracho que le tocó el brazo en el paso de peatones y del repartidor que la incomodó. Este es el séptimo.

El silencio de Marco se alarga. Y luego: —Has perdido la cabeza.

—La perdí hace diez años. —La noche que murió nuestro padre. La noche que todo cambió. Marco lo sabe.

—Esto es diferente —dice finalmente.

Y tiene razón. Es diferente. Hasta ahora, he sido el fantasma de la familia. El hermano psicópata que se encarga del trabajo sucio, que hace lo que hay que hacer sin sentir absolutamente nada. Trabajo durante noches interminables, perfecciono mis métodos, sirvo a la familia.

Pero entonces la vi.

—El juez… —empieza Marco.

—No será un problema.

—Está presionando para que intervengan los federales. Sabe algo de nuestras operaciones.

—No sabe nada de su propia hija. —Las palabras se me escapan antes de poder detenerlas. Porque el juez Winters no sabe que ella tiene sus propios secretos.

Marco se queda quieto. —¿Qué quieres decir?

—Nada que concierna a la familia. —Todavía—. Yo me encargaré.

—¿Como te estás encargando de esto? —pregunta, señalando al hombre moribundo.

—De él ya me he encargado. —El sonido húmedo que sigue demuestra lo que digo.

Marco me observa trabajar un momento más. —Ni siquiera sabe que existes.

Eso me detiene. La herramienta resbala ligeramente, arruinando mi línea limpia. Porque tiene razón, y eso me ha estado carcomiendo durante veintidós noches. Cada hora de insomnio se hace más larga que la anterior. Ella no sabe que existo. No sabe que me he memorizado su pedido de café, su horario en la biblioteca, la forma en que cuenta los pasos cuando está ansiosa. No sabe que he matado por ella.

Cada domingo reza por la seguridad de su padre. Para tener la fuerza de ser buena. Por algo que nunca nombra pero que la hace agarrarse al banco de la iglesia hasta que sus nudillos se quedan blancos.

No tiene ni idea de que sus plegarias deberían ser por los hombres que la miran mal. Porque su diablo guardián no duerme, no perdona y no se detiene.

—Lo sabrá —digo finalmente—. Pronto.

Marco se dirige a las escaleras. —Limpia esto. Mañana tenemos una cena.

—Allí estaré.

Ambos sabemos que miento.

Cuando se va, termino mi trabajo rápidamente. El hombre expira con un gemido en lugar de un grito. Decepcionante. Pero mi mente ya está en otra parte, ya está en ella.

Saco el móvil y compruebo la señal de la cámara de vigilancia. El apartamento de Faith está a oscuras, pero sé que está despierta. Se levanta a las 2:50 a. m. la mayoría de las noches, bebe té junto a la ventana y escribe en un diario que cree que está bien escondido. A veces mira a la oscuridad como si supiera que hay algo ahí fuera. Como si estuviera esperando algo.

Veintidós noches de vigilancia. Toda una vida de violencia.

Ya es hora de que sepa que su guardián existe.

Examino la Polaroid bajo la tenue luz roja de mi zona de trabajo. La tomé esta mañana mientras colocaba rosas en la tumba de su madre. Dentro de mi bolsillo, un rotulador permanente espera. Doy la vuelta a la foto y escribo una sola palabra en la parte trasera blanca: «Protegida».

Mañana por la noche, la dejaré sobre su almohada.

Mañana por la noche, todo cambiará.

Porque puede que ya no duerma, pero por primera vez en diez años, tengo una razón para recibir el amanecer.

2 - Luca

La llave se desliza en la cerradura sin hacer ruido, aunque ya me he memorizado en qué dirección girarla para evitar el ligero atasco a las tres en punto. Noche veintitrés. La puerta se abre sobre bisagras engrasadas. Arreglé el chirrido durante la noche siete, mientras ella asistía al servicio religioso vespertino.

Su apartamento me recibe con sombras familiares; la luz de la farola se filtra a través de las finas cortinas para pintarlo todo de ámbar y gris. El aroma es lo primero que me golpea: jazmín de su ducha de hace tres horas, vainilla de la vela que enciende mientras lee, canela y azúcar de las galletas que ha horneado para la venta benéfica de la iglesia de mañana, y por debajo, algo singularmente suyo que me oprime el pecho con la necesidad de poseer.

Mi teléfono vibra. Es Nico, para saber si necesito que limpien el sótano después de mi trabajo de antes. Lo silencio sin mirar. Ya me he encargado. El cuerpo del que esta noche hizo un comentario grosero sobre Faith ya ha sido procesado y eliminado. Mis conocimientos de química hacen que la eliminación sea eficiente; sé exactamente qué compuestos descomponen la materia orgánica, qué temperaturas desnaturalizan por completo las proteínas. Ahora nada me aparta de su apartamento, de este ritual que se ha vuelto más necesario que respirar.

Me muevo por su espacio como el humo, con guantes quirúrgicos para no dejar rastro de mi presencia. Primero el baño, siempre el baño. Un único cabello dorado se adhiere al desagüe de la ducha, y lo extraigo con unas pinzas para guardarlo en una bolsa de pruebas etiquetada. La muestra 22-A se unirá a las demás en mi almacén de temperatura controlada en casa. Otros veintiún cabellos, cada uno etiquetado, fechado y conservado. Suficiente para construir un santuario. Suficiente para conservar una parte de ella para siempre, incluso si algo le ocurriera al resto de ella.

Mis fotos de ella están ahora organizadas en álbumes. Cincuenta y tres Polaroids en el primer álbum, antes de que lo supiera.

Cuarenta y dos en el segundo, después de que lo supiera, pero antes de que lo aceptara. El tercer álbum está vacío, esperando lo que vendrá después. Fotos de nosotros juntos, tal vez. O quizás solo más fotos de ella, porque nunca dejaré de necesitar capturarla en momentos que no controla.

La puerta de su botiquín se abre sin hacer ruido. Fotografío cada estante, anotando los cambios desde la última visita. Del medicamento para la ansiedad solo le quedan tres pastillas. Las ha estado tomando con más frecuencia. Serán las cefaleas, probablemente, de mirar pantallas de ordenador planeando las actividades de la biblioteca. O por el peso que sea que carga que la hace buscar alivio farmacéutico. También hay una crema para quemaduras con receta; debe de haberse quemado de nuevo con el horno. Tercera vez este mes. Tomo nota para investigar al médico que se la ha recetado. Si le está dando algo adictivo, le arrancaré las manos antes de matarlo.

Una tarjeta de visita metida detrás del frasco de medicinas me llama la atención. «Dr. Harrison Zu, Psiquiatra». Hombre. El impulso de encontrar a este hombre, de arrancarle la piel a tiras por el mero hecho de existir en su esfera, casi me saca del apartamento. Pero no. Paciencia. Fotografío la tarjeta y añado su nombre a mi lista. Pronto.

Cierro el botiquín con cuidado, asegurándome de que el espejo refleje exactamente lo mismo que antes. Es muy especial con estas cosas, mi Faith. Se da cuenta cuando los objetos se mueven, aunque sea ligeramente. Es una de las cosas que amo de ella, esa hipervigilancia que delata una conciencia más profunda. Sería una excelente incorporación al negocio familiar si no estuviera destinada a algo más puro. O quizás no. Quizás está destinada a ser corrompida por completo.

A continuación, la cocina. Aún hay harina espolvoreada sobre la encimera a pesar de haberla limpiado con esmero. Dos rejillas de enfriamiento con galletas de canela y azúcar reposan, perfectas y doradas, cada una de tamaño uniforme. Es precisa al hornear, lo mide todo con exactitud. Aprecio la precisión.

Los platos de la cena están en el escurridor: un plato, un tenedor, un vaso. Ha vuelto a preparar pasta, cabello de ángel con mantequilla y parmesano. Sencillo. Solitario. Llevo el vaso a mis labios, saboreando donde su boca lo tocó. La intimidad del acto hace que se

me endurezca la polla. Se merece a alguien que le cocine, comidas de verdad. Me imagino dándole de comer en la boca, controlando cada bocado, observando cómo se mueve su garganta al tragar lo que le doy. La idea me hace sonreír, aunque me han dicho que «sonrisa» no describe adecuadamente esa expresión concreta en mi rostro.

Lo documento todo: la leche caducada que no ha tirado, las vitaminas que olvidó tomarse esta mañana, la lista de la compra en su frigorífico donde ha escrito «pan, huevos, esperanza» con su pulcra caligrafía. Esa última palabra me hace detenerme. Esperanza. Como si fuera algo que se puede comprar, algo que se puede agotar. Yo seré su esperanza. O su condenación. De cualquier forma, nunca se quedará sin mí.

Veintitrés noches de esto. Veintitrés noches aprendiendo todo sobre ella mientras sigo siendo un fantasma en su vida. Veintitrés noches corriéndome en mi puño con el recuerdo de su respiración, viniéndome con su nombre en los labios como una plegaria a un Dios en el que no creo.

El diario bajo su colchón apenas puede considerarse escondido. Cualquiera podría encontrarlo, un pensamiento que hace que apriete la mandíbula y que mi mano se deslice hacia el bisturí de mi bolsillo, el que todavía tiene rastros del trabajo de esta noche. Ya lo he leído antes, he fotografiado cada página. Anotaciones inocentes sobre clientes difíciles de la biblioteca, planes de lecciones para la catequesis, oraciones por la seguridad de su padre. Nada revelador, nada real.

Pero esta noche, algo nuevo me llama. La rejilla de ventilación cerca de su estantería tiene un tornillo ligeramente fuera de lugar. Una diferencia microscópica, pero mi formación en química me hace notar indicios, el patrón particular de polvo alterado que delata un movimiento reciente. Siempre me doy cuenta de todo cuando se trata de ella.

La cubierta de la rejilla se levanta para revelar un segundo diario, este encuadernado en cuero y desgastado. Se me acelera el pulso al abrirlo y encontrar páginas con una caligrafía diferente. Urgente. Más oscura. Esta es la verdadera Faith, la que se esconde bajo la oración y la cortesía.

«Paciencia», ha escrito una y otra vez en una página, la palabra presionada con tanta fuerza que ha traspasado a la hoja siguiente. «Doce años y tres meses».

Fechas. Listas. Las iniciales «T.N.» aparecen con frecuencia, rodeadas por círculos y subrayadas. Fotografío cada página rápidamente, mi mente procesando los detalles. Hay bocetos en los márgenes: planos de edificios, rostros que no reconozco.

«La ley tiene que funcionar esta vez», se lee en una entrada. «Pruebas. Evidencias. Solo por la vía legal».

«Él no sabe quién soy. Bien. Que se olvide».

¿Quién es «él»? ¿T.N.? ¿Alguien más? La ambigüedad me frustra tanto como me fascina. Mi Faith tiene enemigos a los que ha estado observando, estudiando. La idea de que alguien le haga sentir este tipo de ira contenida hace que quiera encontrar cada nombre de este diario y eliminarlo de la existencia.

Vuelvo a colocar el diario exactamente como lo encontré, mi mente repasando posibilidades a toda velocidad. Sea lo que sea que esté planeando, lo que sea que la tenga contando los días y memorizando planos, no debería tener que encargarse de ello sola. Para eso estoy yo. Para eliminar obstáculos. Para despejar su camino. Para asegurarme de que nunca tenga que mancharse las manos con la violencia necesaria.

En lugar de eso, me dirijo a su dormitorio.

Duerme de lado, con una mano bajo la almohada y la otra acurrucada contra el pecho. Me arrodillo junto a su cama, poniéndome a la altura de su rostro dormido. Lo bastante cerca para ver el pulso en su garganta, ese punto vulnerable donde la vida late más cerca de la superficie.

Su respiración es profunda, regular. Dieciséis respiraciones por minuto en sueño profundo, veintidós cuando sueña. Ahora mismo está en dieciséis, pero eso cambiará pronto. Siempre lo hace entre las dos y las tres de la madrugada, cuando llegan las pesadillas.

Sus pestañas se agitan contra sus mejillas, y sé que está entrando en la fase REM. Pronto el terror se apoderará de ella. Siempre lo hacen a esta hora, haciéndola retorcerse y murmurar palabras que nunca logro entender del todo. A veces llora. Esas noches son las más difíciles, cuando tengo que agarrarme al suelo para no estrecharla contra mí, para no convertirme en el consuelo que no sabe que necesita. O para no ser el monstruo que le provoca pesadillas de verdad, de esas en las que se despierta siendo de mi propiedad.

Dos y cuarenta y uno de la madrugada. Puntual como un reloj, su mano se crispa. Su respiración cambia, se acelera. Veinte

respiraciones, veintiuna, veintidós. La pesadilla la tiene atrapada.

Murmura algo que suena como «Luke». Se me corta la respiración, la polla me da un respingo al oír algo parecido a mi nombre de esos labios. Su mano busca algo que no está ahí. Un arma, quizás. Mi chica sabe luchar incluso en sueños.

—Shhh —susurro, tan bajo que apenas me oigo a mí mismo—. Ya he matado a los monstruos, mi pequeña Faith. El que te siguió hasta el coche está alimentando a los peces en el río Chicago. Ya no están. Estás a salvo.

Se calma un poco, como si una parte de su mente dormida me oyera, me creyera, aceptara la protección del diablo. Me inclino más, lo bastante cerca para oler el jazmín de su pelo, lo bastante cerca para sentir el calor que irradia su piel. Mi mano se cierne sobre su pelo, a milímetros del contacto.

Una caricia. Es todo lo que quiero. Alisar la arruga de preocupación de su frente, ahuyentar cualquier demonio que atormente su sueño. Rodear con mi mano esa delicada garganta y sentir su pulso contra mi palma, ser dueño de su aliento por un solo instante.

Pero no lo hago. No puedo. Aún no. No hasta que sepa que existo, hasta que decida dejarme acercar tanto. O hasta que yo decida que la elección es un lujo que ninguno de los dos puede permitirse.

La pesadilla pasa. Su respiración vuelve a estabilizarse en dieciséis, y se mueve, hundiéndose más en su almohada. A salvo. Protegida.

La necesidad de despertarla, de ver el reconocimiento amanecer en esos ojos avellana al darse cuenta de que no está sola, casi quiebra mi control. Quiero ver su miedo transformarse en comprensión, que el demonio en su habitación es lo único que se interpone entre ella y otros peores. Que a veces el diablo conocido es la salvación.

En la mesa de su cocina, saco la cámara Polaroid de mi chaqueta. La luz del techo está apagada. Trabajo con la luz de la farola que se filtra por su ventana, la misma luz que ha iluminado mi trabajo en tantos cuerpos. La luz indicadora roja brilla suavemente mientras la cámara se calienta, lista para capturar lo que necesito.

Esta será diferente de las fotos de vigilancia que llenan mi apartamento. Esta es el Primer Contacto. El comienzo de su conocimiento de que alguien la observa, alguien se preocupa, alguien

garantiza su seguridad incluso cuando duerme. El primer hilo de la telaraña que estoy tejiendo a su alrededor.

Saco la foto del bolsillo de mi chaqueta: ella en la tumba de su madre esta tarde, colocando rosas amarillas con una precisión tan delicada. Le doy la vuelta y leo la única palabra en el reverso blanco: «Protegida».

Sencillo. Claro. Una declaración y una promesa combinadas. Cuando la encuentre mañana, se preguntará qué significa. Probablemente pensará que es de uno de sus alumnos de catequesis, algo inocente y dulce. Que piense eso por ahora. Que crea que el mundo todavía contiene una bondad tan simple en lugar de la compleja posesión que yo le ofrezco.

El cuchillo bajo su almohada atrae mi atención a continuación. Buena chica, duerme armada. Pero la hoja está patéticamente desafilada, no cortaría ni papel, mucho menos la defendería de una amenaza real. Saco mi piedra de afilar y trabajo la hoja hasta que podría partir un pelo por la mitad. El ritmo es familiar. He afilado tantas hojas, aunque normalmente están húmedas de sangre en lugar de polvorientas por el desuso.

Pruebo el filo contra mi pulgar, viendo cómo una gota de sangre brota de inmediato. Perfecto. Se merece armas que funcionen, filos que corten profundo, una protección que tenga dientes. Me chupo el pulgar hasta limpiarlo, saboreando mi propia sangre en su espacio, marcando territorio de formas que ella nunca conocerá.

Su manta ha vuelto a caer al suelo. Siempre la aparta a patadas sobre las dos de la madrugada, y luego tirita el resto de la noche, demasiado dormida para recuperarla. La visión de ella acurrucada, buscando calor, hace que algo violento se retuerza en mi pecho.

Levanto la manta, la sacudo y la coloco sobre ella con cuidado. Suspira en sueños, un sonido de pura satisfacción que hace que me palpite la polla dolorosamente. Imagino lo diferente que sonaría ese suspiro con mis manos alrededor de su garganta, controlando su respiración, haciéndole entender que hasta su oxígeno me pertenece ahora.

La Polaroid va sobre su almohada, colocada para que sea lo primero que vea al despertar. Mi tarjeta de visita. Mi presentación. La primera de las muchas pequeñas invasiones que planeo dejarle.

No puedo resistirme a coger una de sus galletas. No como prueba; mis conocimientos de química me permitirían analizar cada

ingrediente hasta la estructura molecular si quisiera. Pero quiero probar algo que hizo con sus propias manos, algo que creó con esmero.

Las tres de la madrugada llegan con las primeras gotas de lluvia contra su ventana. El sonido crea un ritmo, una cuenta atrás para cuando deba irme. Pero me quedo inmóvil, memorizando este momento: Faith durmiendo plácidamente, con la manta cubriéndola como es debido, la fotografía esperando en su almohada, el cuchillo afilado debajo.

Sus labios se entreabren ligeramente mientras duerme, y me imagino metiendo mi pulgar entre ellos, sintiendo el calor húmedo de su boca. Mi mano se dirige a mi polla sin pensarlo, apretándola con fuerza a través de los pantalones. Aquí no. Aún no. Pero pronto.

La lluvia se intensifica, y sé que me he quedado demasiado tiempo. Marco querrá un informe sobre la situación del juez. El guardia de seguridad volverá pronto de su descanso. Incluso mis puntos ciegos cuidadosamente dispuestos tienen sus límites. Pero la idea de irme, de volver a mi apartamento donde solo puedo vigilarla a través de cámaras, me provoca un dolor físico en el pecho.

La necesidad de que sepa que existo ha evolucionado de un deseo a una necesidad. Mi cuerpo rechaza la idea de seguir siendo un desconocido para ella por mucho más tiempo.

—Pronto —le susurro a su figura dormida—. Pronto sabrás que alguien te observa. Pronto entenderás que nunca estuviste sola. Pronto te darás cuenta de que cada aliento que tomas es porque yo lo permito, cada pesadilla que pasa es porque yo lo ordeno.

Me obligo a moverme, a cruzar su apartamento una última vez. En la puerta, hago una pausa, con la mano en el pomo. El chasquido de la cerradura al echarse suena como un disparo en el silencio.

La puerta se cierra detrás de mí con un suave clic. Tres pasos por el pasillo, me detengo. Mi mano ya está de vuelta en el pomo, girándolo, mi cuerpo moviéndose sin permiso de vuelta hacia su apartamento. La necesidad de regresar, de despertarla, de verla descubrir la Polaroid mientras todavía estoy allí, de ver el reconocimiento amanecer en esos ojos avellana, casi rompe mi control.

Mi frente se aprieta contra su puerta, y puedo oírla moverse en la cama a través de la fina madera. El susurro de la manta. Un suave suspiro.

Mi polla se endurece al oírlo, presionando contra mi cremallera hasta hacerme daño. Mi mano se aprieta en el pomo, con los nudillos blancos por el esfuerzo de no girarlo. Una vuelta. Eso es todo lo que se necesitaría. Una vuelta y estoy de nuevo dentro, arrodillado junto a su cama, dejando que se despierte y me encuentre allí. Dejando que grite. Dejando que entienda que el monstruo bajo su cama es real y la ha estado protegiendo todo este tiempo.

El pomo gira una fracción bajo mi agarre. Podría empujar la puerta, podría estar de vuelta a su lado en segundos. Mi mano libre encuentra el cuchillo en mi bolsillo, mis dedos trazando el mango. No para hacerle daño. Nunca para hacerle daño. Sino para mostrarle lo que he hecho por ella, la sangre que he derramado en su nombre.

Se mueve de nuevo, y oigo el susurro de la piel contra las sábanas. ¿Tendrá demasiado calor ahora? ¿Es la manta demasiado pesada? La necesidad de comprobarlo, de ajustarla, de asegurar su comodidad perfecta, tira de mí como la gravedad.

—Por favor —murmura, y mi control se rompe.

Mi mano gira el pomo por completo, la puerta comienza a abrirse.

Entonces lo oigo. Pasos en las escaleras de abajo. Pesados. Varios pares. El guardia de seguridad que regresa con alguien más. Suelto la puerta, dejando que se cierre con un clic como es debido esta vez. Pero no me muevo. No puedo moverme. Mi frente permanece presionada contra la madera, escuchándola respirar, mi polla palpitando con cada suave sonido que hace.

Un sonido. Si hace un sonido más, vuelvo a entrar. Y si vuelvo a entrar ahora, no me iré hasta que ella sepa exactamente a quién pertenece. Hasta que entienda que cada pesadilla que ahuyento tiene un precio. Hasta que me esté mirando con esos ojos avellana bien abiertos de miedo y algo más. El reconocimiento de lo que siempre ha sido verdad.

Ella me pertenece.

Los pasos pasan por el piso de abajo. El guardia de seguridad riéndose de algo. Sonidos normales de un mundo normal que no sabe que una bestia se encuentra un piso más arriba, luchando por no reclamar lo que es suyo.

Me aparto de la puerta, me obligo a bajar por el pasillo. Cada paso es como arrancarme pedazos de mí mismo, dejándolos esparcidos a su paso. Mañana encontrará la Polaroid. Mañana sabrá que alguien

la vigila. Pero esta noche, ahora mismo, la necesidad de hacérselo entender me quema por dentro como ácido.

La galleta me quema en el pecho a través del bolsillo, todavía conservando su calor. Tres pepitas de chocolate en el lado izquierdo, cuatro en el derecho; memoricé el patrón antes de envolverla cuidadosamente en plástico. Una prueba de su amabilidad que nunca sabrá que guardé.

Mi teléfono marca las 3:18 de la madrugada. Tres horas y media hasta el amanecer. Nueve horas hasta que les lea a los niños en la hora del cuento, probablemente llevando ese vestido amarillo con florecitas que la hace parecer la primavera encarnada.

Me he convertido en un matemático de su existencia, calculando cada momento, cada aliento, cada posibilidad.

La matemática es simple: cualquiera que le haga daño, resta de la población mundial.

3 - Faith

La Polaroid reposa sobre mi almohada como una acusación.

Me quedo paralizada en el umbral, con el cepillo de dientes aún en la mano y espuma de dentífrico en la comisura de los labios. Recorro la habitación con la mirada: no hay nada más fuera de lugar, nada robado, solo esa única fotografía colocada precisamente donde había estado mi cabeza.

Alguien ha estado en mi apartamento. En mi dormitorio. Mientras dormía.

Siento las piernas desconectadas del cuerpo mientras me acerco. La foto es nítida, está perfectamente encuadrada. Soy yo en la cafetería ayer por la mañana, riéndome de algo que dijo Sarah. El ángulo sugiere que estaba al otro lado de la calle, quizá en el segundo piso del edificio de enfrente. Lo bastante lejos para permanecer oculto. Lo bastante cerca para capturar el instante exacto en que eché la cabeza hacia atrás.

Debería llamar a la policía. Eso es lo que hace la gente normal cuando se da cuenta de que alguien ha entrado en su casa. Tengo el teléfono en la mano antes de darme cuenta de que lo he cogido, pero mi pulgar se detiene sobre el teclado.

¿Qué les diría? ¿Que alguien ha dejado una foto en mi almohada? No falta nada. No hay amenazas. Ni daños. Levantarían un atestado, me dirían que cambiara las cerraduras, quizá buscarían huellas que no existirían porque alguien tan cuidadoso llevaría guantes.

La fotografía vuelve a atraerme. Le doy la vuelta con dedos temblorosos. En el reverso, en pulcras letras de imprenta: «PROTEGIDA».

No un «vigílate» o un «te estoy observando» ni ninguna de las frases amenazantes que esperaría de alguien que se cuela en los apartamentos de las mujeres. Protegida.

Me hundo en la cama, con la Polaroid en el regazo, intentando procesar lo que esto significa. La manta a mis espaldas está lisa, bien extendida, cuando sé que la aparté de una patada durante la noche,

como siempre. Alguien la ha arreglado. Alguien me ha tapado bien mientras dormía.

El cuchillo. El pensamiento me golpea de repente. Guardo un cuchillo debajo de la almohada; una cosa sin filo que compré en un mercadillo y que no cortaría ni mantequilla, pero que me hace sentir más segura. Mi mano vuela bajo la almohada y lo saca.

La hoja reluce, afilada profesionalmente hasta alcanzar un borde malvado.

Se me revuelve el estómago. Alguien sabía lo de mi patético cuchillo. Alguien lo ha hecho letal. Alguien que escribe «protegida» y lo dice en serio.

Voy a llegar tarde al trabajo.

El ajetreo matutino en la cafetería, a tres calles de mi apartamento, se mueve con su habitual ritmo caótico, pero los familiares sonidos del vapor y el parloteo no logran calmar mis pensamientos acelerados. No dejo de tocar la foto en mi bolsillo, asegurándome de que es real, de que no me lo he imaginado todo.

—¿Lo de siempre? —pregunta Cheryl cuando llego a la cabeza de la cola. Es nueva, empezó la semana pasada, y atiende la caja con eficacia mientras la marabunta matutina crece detrás de mí.

—Sí, pero… ¿dónde está Tony? —recorro con la vista el espacio familiar. Lleva dos años en el turno de mañana, siempre aquí con cumplidos incómodos sobre mi aspecto de «bibliotecaria sexi» y dedos que se demoran demasiado al dar el cambio.

—Ha llamado diciendo que estaba enfermo. —Cheryl ya está cobrando mi pedido—. O eso es lo que ha dicho el encargado. Parecía bastante molesto.

—Ah. —Acepto el cambio —el contacto de Cheryl es breve y profesional— y me muevo para esperar mi bebida. Tony nunca se pone enfermo. Se ha jactado de su asistencia perfecta, normalmente mientras se ponía demasiado cerca, con su aliento a café cálido en mi cara.

La biblioteca se siente como un santuario después de mi mañana agitada. Me retiro a mi lugar habitual: la sección de consulta jurídica que convencí a la junta de ampliar hace tres años. La mayoría de los días me digo a mí misma que es por el acceso de la comunidad, pero en realidad necesito estos recursos. Las Reglas Federales de Evidencia, el Código Penal de Illinois, jurisprudencia que se remonta a décadas. Todo ese tiempo enseñándome lo que los abogados

aprenden en tres años de carrera. Me pierdo en la rutina familiar: registrar devoluciones, ayudar a la señora Canto a encontrar el siguiente libro de su saga de misterio, prepararme para la hora del cuento. A los niños no les importa que alguien estuviera anoche en mi apartamento. Solo quieren oír hablar de dragones.

—Y el dragón desplegó sus poderosas alas —leo, mostrándoles la ilustración—, protegiendo al pueblo de la tormenta.

Protegiendo. La palabra se me atasca en la garganta.

—Señorita Faith, ¿por qué los protegió el dragón? —pregunta una niña llamada Lucy—. Se supone que los dragones dan miedo.

—A veces las cosas que dan miedo también pueden protegernos —me oigo decir—. A veces son exactamente lo que nos mantiene a salvo.

Salgo después de la hora del cuento y lo encuentro. El gorrión yace en los escalones traseros de la biblioteca, con el ala doblada en un ángulo antinatural, el pecho revoloteando con respiraciones rápidas y dolorosas. La sangre empapa las plumas marrones, probablemente por el ataque de un gato.

Dejo mi pila de devoluciones en el suelo y me agacho a su lado. El ojo del pájaro se fija en mí, negro y brillante de dolor.

—¿Señorita Faith?

Me giro y me encuentro a Emma, una de mis habituales de siete años, asomándose por la puerta. Su rostro se descompone al ver al pájaro.

—¡Oh, no! ¡Tenemos que ayudarlo! Podemos llevarlo al veterinario, ¿verdad? Mi mamá llevó a nuestro hámster cuando…

—Ven aquí, cariño. —Mantengo la voz suave, atrayéndola hacia mí. El pájaro se estremece, su respiración es más trabajosa—. ¿Ves cómo tiene el ala rota? ¿Y esta sangre de aquí?

Ella asiente, con los ojos llenándose de lágrimas.

—A veces lo más amable que podemos hacer es detener el sufrimiento. —Acuno al pájaro en mis manos, sintiendo su diminuto corazón acelerado contra mi piel—. ¿Por qué no entras y eliges el cuento de mañana? Yo me encargaré de nuestro amiguito.

—Pero a lo mejor…

—Emma. —La miro fijamente a los ojos—. Confía en mí.

Ella duda, y luego entra. En cuanto la puerta se cierra, coloco mis dedos alrededor del cuello del gorrión. Un movimiento rápido, preciso, eficiente. El pájaro se queda quieto.

La puerta trasera se abre de nuevo. Emma está allí; claramente ha estado observando por la ventana. Su cara está pálida pero curiosa, no horrorizada.

—Señorita Faith, ¿por qué no intentó salvarlo?

Envuelvo el pequeño cuerpo en un pañuelo de papel de mi bolsillo, mis movimientos son tranquilos y sin prisa. —A veces la piedad no es como esperamos, cariño. —Le aliso el pelo con mi mano limpia—. El pájaro estaba sufriendo. Ahora ya no. Eso también es una forma de salvarlo.

Ella procesa esto, y luego pregunta:

—¿Le dolió?

—No. Fue muy rápido.

—Ah. —Reflexiona—. Mi abuela dice que al final todo muere.

—Tu abuela tiene razón. —Me levanto; el pájaro envuelto es ligero como el aire en mi palma—. La muerte no siempre es el enemigo que creemos que es.

Emma asiente solemnemente y vuelve a entrar. Tiro el gorrión al contenedor, me lavo las manos en el fregadero de servicio y regreso a mi escritorio. Mi pulso nunca se aceleró. Mis manos nunca temblaron.

Poner fin al sufrimiento nunca me ha afectado como debería.

Después de que los niños se dispersan, sus padres recogiéndolos con sonrisas cansadas y promesas de almuerzo, Sarah me acorrala durante nuestro descanso.

—Vale, ¿qué pasa? Has estado rara toda la mañana.

—Estoy bien. —Me centro en mi ensalada, evitando su mirada preocupada—. Solo cansada.

—Una mierda. Has mirado el móvil doce veces en la última hora. Nunca miras el móvil durante el trabajo. ¿Novio nuevo?

—No, nada de eso. —La Polaroid descansa en el bolsillo de mi cárdigan, los bordes presionando contra mis costillas. La he estado tocando inconscientemente toda la mañana, asegurándome de que sigue ahí. La prueba de que no lo imaginé.

—Hablando de novios —continúa Sarah—, ¿has visto al señor Patterson hoy? Suele rondar la sección de biografías los martes, fingiendo leer mientras te mira fijamente.

Mi tenedor se detiene a medio camino de mi boca.

—No, no lo he visto.

—Bien. Ese tipo me da repelús. ¿Recuerdas la semana pasada cuando te acorraló junto a la sección de la Guerra Civil?

Lo recuerdo. Me había agarrado la muñeca cuando intenté irme, insistió en que cenara con él, me dejó moratones que acaban de desaparecer.

—Sí.

—Si te vuelve a molestar, díselo a Roger. Le prohibirá la entrada a la biblioteca.

—Lo haré. —Pero algo me dice que el señor Patterson no volverá a molestar a nadie. El pensamiento debería aterrorizarme. En cambio, siento que mis hombros se relajan por primera vez en todo el día.

El resto de mi turno pasa en una neblina de devoluciones y recomendaciones, y antes de darme cuenta, estoy caminando las cinco familiares manzanas hasta el adosado de mi padre para nuestra cena fija de los martes.

—Pareces cansada. —Son las primeras palabras de papá cuando llego a nuestra cena semanal. Ya está sentado en la mesa del comedor, con la copa de vino medio vacía.

—Día largo en la biblioteca. Alguien donó trescientos libros que hay que procesar.

Me sirve una copa sin preguntar. Tenemos nuestras rutinas, ritmos establecidos a lo largo de años de estas cenas.

—La ciudad está cada vez peor, Faith. Han encontrado otro cuerpo esta mañana.

Mi mano se detiene sobre mi copa de vino.

—¿Otro?

—El tercero esta semana. Todos con historiales de violencia: maltrato doméstico, denuncias por agresión, órdenes de alejamiento. Alguien está atacando a estos hombres específicamente.

—Eso es… —busco la palabra correcta. ¿Horrible? ¿Preocupante? —. Extraño.

—Está escalando. Quienquiera que lo esté haciendo tiene recursos, entrenamiento. Esto no es violencia callejera al azar. —Se frota las sienes, pareciendo mayor de sus cincuenta y ocho años—. Quiero que tengas cuidado. Empieza a coger Ubers en lugar de caminar.

—Papá, vivo a doce manzanas de la biblioteca.

—Hazme caso. Con este justiciero ahí fuera y el índice de criminalidad general…

—¿Justiciero?

Agita una mano.

—Así es como lo llama la prensa. El Justiciero de Chicago. Tonterías dramáticas, pero vende periódicos.

Comemos en un silencio cómodo durante un rato. En esto se ha convertido nuestra relación: cenas semanales en las que discutimos la actualidad y evitamos cuidadosamente cualquier cosa personal. Él no pregunta sobre mi vida amorosa. Yo no pregunto sobre su trabajo. Existimos en paralelo, conectados por la sangre y algo de lo que nunca hablamos, pero poco más.

—Se acerca el aniversario —dice de repente, sorprendiéndonos a ambos.

Dejo el tenedor con cuidado.

—Lo sé.

—¿Irás al cementerio?

—Siempre voy.

Él asiente, volviendo a su comida. No hablamos de lo que pasó. No hablamos de por qué empecé a estudiar derecho por mi cuenta, por qué paso horas en las salas de archivos de los juzgados. Simplemente reconocemos la fecha y seguimos adelante, dos personas atrapadas en ámbar, congeladas en el momento en que nuestro mundo se hizo añicos.

El camino a casa desde lo de papá me lleva más tiempo de lo habitual; no dejo de pararme, de mirar por encima del hombro, preguntándome si me siguen o si solo estoy paranoica. Para cuando llego a mi edificio, el sol se ha puesto y las farolas proyectan largas sombras que parecen moverse cuando no las miro directamente.

Mi apartamento se siente diferente cuando vuelvo. No se ha movido nada —lo he estado comprobando obsesivamente—, pero el aire parece cargado, como el momento antes de que caiga un rayo.

Debería estar aterrorizada. Debería estar instalando nuevas cerraduras, llamando a la policía, quedándome con papá hasta que esto se resuelva. En cambio, me encuentro de pie en mi dormitorio, hablando al aire.

—Sé que estuviste aquí.

Silencio.

—La Polaroid. El cuchillo. ¿Estuviste aquí de nuevo hoy mientras yo no estaba?

Nadie responde, pero continúo de todos modos, sintiéndome tonta y obligada a partes iguales.

—Tony no ha venido a trabajar. El señor Patterson no ha venido a la biblioteca. —Toco los moratones que se desvanecen en mi muñeca—. Mi padre dice que ha habido cuerpos. Hombres con historiales violentos.

Me acerco a la ventana, contemplando las luces de la ciudad. En algún lugar ahí fuera, alguien está observando. Protegiendo, según su nota.

—Debería tenerte miedo —le susurro al cristal—. Entrar en mi apartamento, dejar cosas en mi almohada… eso es lo que hace la gente peligrosa. Acusadores. Depredadores.

Mi reflejo me devuelve la mirada, una mujer de veinticuatro años que parece más joven, todo bordes suaves y sonrisas cuidadosas. Pero detrás de mis ojos vive otra persona. Alguien que ha estado esperando durante la mitad de su vida, que eligió su trabajo no por amor a los libros, sino porque la información es poder. Alguien que sabe exactamente en qué sección hay libros sobre venenos, sobre muertes imposibles de rastrear, sobre cómo desaparecer por completo.

—Pero los depredadores quitan cosas —continúo—. No afilan tu cuchillo. No arreglan tu manta. No eliminan otras amenazas.

La palabra «eliminan» queda suspendida en el aire. ¿De verdad estoy pensando esto? ¿Que quienquiera que dejó la Polaroid está conectado con la ausencia de Tony, con la desaparición de Patterson, con los cuerpos en las noticias?

Es una conclusión demasiado precipitada. Demasiadas suposiciones. Pero la foto en mi bolsillo se siente como una confirmación de todos modos.

Debería horrorizarme la idea de que alguien mate por mí. Debería darme asco la idea de la violencia ejercida en mi nombre. En cambio, pienso en la sonrisa lasciva de Tony, en el agarre magullador de Patterson, en todas las pequeñas violencias que las mujeres soportan a diario.

—Todavía voy a misa —me encuentro diciendo—. Todos los domingos en St. Mary's. Me siento en el tercer banco desde atrás, en

el lado izquierdo. Rezo por la salud de mi padre, por la justicia y por la fuerza para ser buena.

¿Por qué le estoy contando esto al aire vacío? Pero no puedo parar.

—Mañana hay hora del cuento a las diez. Voy a leer Donde viven los monstruos. Después del trabajo, iré al mercado de la Quinta Avenida, el que vende flores frescas. Rosas amarillas para… —No puedo decirlo en voz alta.

Estoy estableciendo patrones. Diciéndole a mi acosador dónde encontrarme. Esto es una locura, es peligroso, todo aquello sobre lo que advierten a las mujeres que no hagan. Pero la Polaroid en mi bolsillo no se siente como una amenaza. Se siente como una promesa.

—Si vas a vigiarme —susurro—, al menos sé que estás ahí.

Me preparo para acostarme metódicamente: ducha, crema hidratante, la misma rutina que he tenido durante años. La señora Chen mencionó que hoy me veía delgada. Quizá debería llevar algunas de mis galletas antiestrés a la biblioteca mañana. Las snickerdoodles de anoche salieron perfectas. Pero cuando voy a coger el pijama, dudo. Normalmente uso una camiseta vieja, algo cómodo y sin forma. Esta noche elijo algo diferente: un camisón que compré en oferta y nunca usé, de seda que se adhiere a mis curvas.

Me estoy vistiendo para un público que no puedo ver. El pensamiento debería asquearme. En cambio, envía calor a través de mi vientre, un aleteo de algo que no es exactamente miedo.

Dejo la foto granulada en mi mesita de noche antes de meterme en la cama. El cuchillo afilado vuelve a estar bajo mi almohada. Yazco en la oscuridad, hiperconsciente de cada sonido, de cada sombra.

—Buenas noches —le susurro a la oscuridad.

La oscuridad, por supuesto, no responde.

Pero cuando me despierto a las tres para ir al baño y vuelvo a la cama a tientas en la oscuridad, mi mano roza algo en la almohada que no estaba allí antes.

Otra Polaroid. La imagen es tan oscura que casi no puedo distinguirla: soy yo, dormida en mi cama, tomada desde el ángulo de la ventana de mi dormitorio. Estaba FUERA observándome dormir.

Me tiemblan las manos mientras le doy la vuelta para leer el mensaje del reverso:

«DUERME BIEN».

Dos palabras que se sienten como una declaración de propiedad. Como si alguien hubiera estado sobre mí mientras dormía, lo suficientemente cerca como para colocar esto bajo mi cabeza sin despertarme. Lo suficientemente cerca para ver el camisón que elegí, para vigilar mi pecho subir y bajar, para adueñarse de estas horas oscuras en las que soy más vulnerable.

Debería estar aterrorizada.

En cambio, coloco la Polaroid cuidadosamente junto a la blanca en mi mesita de noche. Dos guardianes de imagen velando por mí mientras me deslizo de nuevo en la cama.

Esta vez, cuando susurro «buenas noches» a la oscuridad, juro que la siento escuchar.

4 - Faith

La alarma suena a las 5:30, pero ya estoy despierta. Llevo despierta desde las 4:00, con la vista clavada en el techo, pensando en la segunda Polaroid de anoche. Mi ropa de correr está preparada en la silla: mallas negras, una sudadera morada de Northwestern y las mismas Nike que llevo usando tres años.

Me visto en silencio en la oscuridad, la memoria muscular guiándome a través de la rutina. Empecé a correr como terapia. Ahora es mi forma de pensar, de planificar, de escapar de los sueños que no me sueltan.

El aire de noviembre me muerde la cara cuando salgo. Todavía está completamente oscuro a esta hora. Me gusta que sea así: una oscuridad sincera en lugar de un amanecer fingido. Mi ruta habitual me lleva al norte por Sheffield, pero hoy voy primero al cementerio. Mamá se merece unas rosas y necesito hablar con ella.

Las puertas del cementerio siempre están abiertas, un hecho que antes me reconfortaba. Ahora, sabiendo que alguien podría estar observándome, parece una invitación.

Las rosas amarillas pesan más de lo que deberían, doce flores perfectas. La niebla matutina se aferra al camposanto, el frío de noviembre se cuela a través de mis mallas de correr mientras recorro el camino familiar hasta su tumba. Mi aliento forma pequeñas nubes en el aire; cada exhalación, una prueba visible de que yo sigo respirando cuando ella ya no.

La lápida sigue exactamente igual que desde hace más de una década: las fechas que enmarcan su vida parecen demasiado juntas, cuarenta y un años no son suficientes. Me arrodillo sobre la hierba húmeda. El frío que se filtra a través de mis mallas me ancla al mundo físico cuando mi mente quiere dejarse llevar por los recuerdos. El aroma de las rosas desentona con el olor a tierra y descomposición del cementerio; demasiado vivas, demasiado brillantes, como llevar la luz del sol a una tumba.

—Hola, mamá. —Mi voz resuena más fuerte de lo necesario en el cementerio vacío. Si alguien está mirando —y se me eriza la piel con la certeza de que así es—, tiene que oír esto—. He estado trabajando para mantener mi promesa.

Saco el gastado cuaderno de cuero de mi mochila de correr, el que he llenado de observaciones, patrones, pruebas. El pulso se me acelera mientras lo coloco deliberadamente sobre la lápida; las páginas se abren y revelan el nombre de Trent Neumann rodeado con tinta roja. Fechas. Horas. Lugares. Patrones que he seguido durante tanto tiempo que se sienten como respirar. Dejo el cuaderno donde cualquiera que esté mirando pueda verlo. Mi prueba, mi desafío, mi confesión, todo a la vez.

—Neumann confía en mí ahora —digo, todavía hablando más alto de lo necesario para una conversación con una piedra—. La invasión de ser observada en la tumba de mi madre debería repugnarme. En cambio, un calor se enrosca en la boca de mi estómago. Alguien me ve entera, la fachada de niña buena y la oscuridad que hay debajo—. ¿Puedes creerlo? De verdad confía en mí. Su esposa cree que soy un encanto. Me invita a sus eventos de caridad.

Mis dedos encuentran el frío granito, recorriendo las hendiduras de su nombre. —A sus hijos les encanta la hora del cuento en la biblioteca. No tienen ni idea de lo que es su padre.

El viento arrecia y agita las páginas de mi cuaderno. Unas fotos metidas dentro amenazan con escaparse. Imágenes de Neumann en varios eventos, su familia, sus socios comerciales. Documentación cuidadosa, todo expuesto sobre esta tumba para que mi Vigía lo vea.

—Estoy tan cerca, mamá. Unos meses más y tendré todo lo que necesito para el juicio. —Las palabras me saben a ceniza en la boca—. Justicia legal. A través del sistema. Eso es lo que quieren las chicas buenas, ¿no?

—La ley tiene que funcionar esta vez —le digo a su lápida—. Tiene que hacerlo. He aprendido cada estatuto, cada precedente, cada vacío legal. Estoy construyendo algo hermético.

Pero incluso al decirlo, algo violento se retuerce en mi pecho. Los sueños de los que no puedo hablar, ni siquiera aquí. Los que me despiertan en mitad de la noche, temblando, sudando y avergonzada.

No le hablo de esos sueños. No le cuento lo que pasó que me hizo empezar a tenerlos. Algunas cosas son demasiado oscuras incluso para los cementerios.

El viento vuelve a soplar, más frío ahora. Me ajusto la sudadera, pero no bajo la voz. Que mi Vigía oiga esto también. Que sepa exactamente qué tipo de oscuridad ha estado protegiendo.

—El padre Molina dice que la venganza es de Dios. Que la justicia terrenal es suficiente. Así que estoy haciendo esto legalmente. Construyendo un caso. Documentando sus crímenes, la evasión de impuestos, los sobornos, los cargos de agresión que ha pagado para hacer desaparecer. —Toco el cuaderno, trazo su nombre rodeado por un círculo con un dedo—. Lo necesito vivo para esto. Lo necesito funcional. Necesito que se enfrente a un tribunal y a una celda, no a… no a lo que me muestran mis sueños.

La confesión me oprime el pecho. No debería estar haciendo esto, dejando confesiones para alguien que entra a la fuerza en mi apartamento. Pero quienquiera que dejara esas Polaroids, quienquiera que haya estado observando… me está protegiendo de formas en que la policía nunca podría. De formas que hacen que mis sueños oscuros parezcan menos monstruosos.

—Justicia legal —repito, esta vez más fuerte, poniéndome en pie sobre piernas temblorosas—. A través del sistema. De la manera correcta. Aunque cada noche sueñe con la manera incorrecta.

Dejo el cuaderno sobre la lápida un momento más, la prueba de mi obsesión al descubierto. Si mi misterioso guardián está mirando, que lo vea. Que entienda que Trent Neumann es mío para destruirlo.

Incluso si mis sueños sugieren apetitos más oscuros de los que cualquier ser humano decente debería tener.

Miro a mi Vigía: las 6:45. Si corro con ganas, todavía puedo hacer ocho kilómetros antes del trabajo. El sendero del cementerio lleva directamente a Lincoln Park, mi ruta habitual. Vuelvo a guardar el cuaderno en la mochila y empiezo a correr; necesito el ardor en mis pulmones, el dolor en mis piernas, algo físico para ahuyentar a los fantasmas.

Alguien me sigue. Puedo sentirlo aunque no lo vea, una presencia que mantiene el ritmo a pesar de mi velocidad. Soy rápida para ser una civil: hago la milla por debajo de los ocho minutos incluso después de tres años. Pero mi guardián no es un civil, ¿verdad?

Aprieto el paso, giro bruscamente a la izquierda y vuelvo sobre mis pasos por un callejón. Poniéndolo a prueba. La presencia se queda conmigo, paciente y persistente como una sombra.

El sol se pone cuando regreso a mi apartamento, agotada por los recuerdos, las confesiones y la carrera más larga que he hecho en meses. El descubrimiento de anoche de la Polaroid borrosa a las 3 de la madrugada todavía me inquieta. Alguien tan cerca mientras dormía, dejando oraciones de papel en mi almohada. En el umbral de mi puerta ahora hay otra, esta de un blanco inmaculado que resalta sobre la pintura oscura. El corazón se me acelera mientras la recojo y encuentro una imagen mía caminando fuera de la biblioteca con una mirada pensativa. Dentro, bajo una luz mejor, le doy la vuelta con dedos temblorosos. Una sola palabra con esas mismas letras de imprenta precisas: «¿POR QUÉ?».

Estuvo allí. Observando. Vio el cuaderno, escuchó mi confesión.

La foto se siente cálida en mis manos, como si acabara de revelarla. Me lo imagino mirando cómo la tinta forma la imagen en el papel, creando mi imagen de la nada. Las mismas manos que podrían haber afilado mi cuchillo, que arreglaron mi manta mientras dormía. Un escalofrío me recorre y no tiene nada que ver con el miedo.

Doblo un cuadrado de papel de periódico por la mitad. Dentro, escribo simplemente: «Justicia».

La ventana junto a la escalera de incendios se convierte en mi punto de mensajería. Coloco el mensaje allí, visible desde la calle, desde las azoteas, desde donde sea que él mire. Luego espero, demasiado nerviosa como para intentar dormir.

Me acuesto en la cama, mirando al techo, preguntándome si lo entiende. Si me juzga por mis sueños violentos o por mi necesidad de vindicación legal. La idea de sus ojos sobre mí, conociendo ahora mi oscuridad, hace que el calor se acumule entre mis muslos. No debería sentir esta atracción por alguien tan peligroso. No debería imaginar qué clase de hombre deja algo tan delicado como una Polaroid mientras observa desde las sombras.

Exactamente a las tres de la madrugada, lo oigo. El susurro de papel deslizándose bajo mi puerta.

Otra foto me espera en el suelo, esta vez con bordes de papel rojo, yo en un primer plano nítido con mi chaqueta verde favorita. Me tiemblan las manos al darle la vuelta, sabiendo ya que esta pregunta será más difícil.

«¿Justicia o venganza?».

Una pregunta tan simple que cala hasta los huesos. Pienso en las promesas que hice. En los crímenes de Neumann. En los sueños donde la justicia se ve diferente a los tribunales. En el cuaderno lleno de pruebas. En las oraciones susurradas cada domingo para lavar la violencia de mis pensamientos.

Mi mano se mueve sin una decisión consciente, escribiendo una sola palabra en papel blanco: «Ambas».

La admisión me oprime el pecho, como confesar mi pecado más profundo. Cuando lo escribo, la mano no me tiembla de miedo, sino por la emoción de ser comprendida por alguien lo suficientemente peligroso como para apreciar ambas caras de mi hambre.

Coloco el cuadrado doblado en la ventana y vuelvo a la cama, sabiendo que no podré dormir. Sabiendo que acabo de admitirle a un extraño algo que nunca me he admitido a mí misma. Algo que me hace apretar los muslos contra el calor creciente, preguntándome qué se sentiría al pertenecer a alguien que entiende que las chicas de iglesia pueden soñar con sangre.

La luz de la mañana se filtra gris y vacilante por mi ventana, exactamente como me siento después de confesar mi oscuridad a un extraño. El cuadrado doblado con «Ambas» escrito dentro sigue en la ventana, esperando. Me visto mecánicamente. Rebeca, falda, el uniforme de una bibliotecaria inofensiva que oculta lo que realmente soy.

El cuadrado ha desaparecido.

Se me corta la respiración y abro la ventana de golpe; el aire frío golpea mi piel acalorada. Allí, en la escalera de incendios, hay una nueva Polaroid. Blanca esta vez, inmaculada contra el metal oxidado, mostrándome de espaldas a la ventana, dentro de mi apartamento. Salgo con cuidado, el metal helado quema mis pies descalzos, y la recojo.

Dentro, dos palabras que hacen que mi corazón se acelere: «Lo entiendo».

Sus palabras se sienten como una declaración. Como si hubiera visto mi oscuridad y hubiera decidido que ahora le pertenece, igual que aparentemente el resto de mí. Él lo entiende. Este extraño que entra en mi apartamento y me protege de las sombras, él entiende la dualidad de querer justicia y venganza, de ser buena mientras sueñas con la violencia.

Coloco mi propio cuadrado doblado y tosco en la escalera de incendios donde él dejó su mensaje, un simple intercambio que se siente como mucho más. Como aceptar algo de lo que no puedo retractarme. Sea quien sea, sabe cosas. El encuadre perfecto, la sincronización cuidadosa, la habilidad de moverse sin ser visto. No es una persona corriente. Es alguien con habilidades. Alguien que opera en las sombras como si perteneciera a ellas.

Dentro, me enfrento a mí misma en el espejo del baño. La misma cara que siempre he tenido. La misma sonrisa cuidada, los mismos ojos inocentes que engañan a todos. Pero algo es diferente ahora. Hay un conocimiento en mi reflejo que no estaba allí ayer. Alguien sabe que mi oscuridad existe. No toda, no el alcance completo de lo que he planeado, pero lo suficiente. Alguien ha visto los sueños violentos que cargo y ha respondido con comprensión en lugar de juicio.

—Alguien lo sabe —le susurro a mi reflejo.

5 - Luca

El papel doblado en un cuadrado descansa entre mis dedos como una confesión; su caligrafía está grabada con tanta fuerza en el papel que puedo trazar la hendidura de cada letra. «Los sueños están empeorando». Cinco palabras que hacen que algo violento se retuerza en mi pecho, la misma sensación que tengo justo antes de hacer gritar a alguien. Aliso el papel sobre mi escritorio y lo añado a la colección de otros seis, cada uno un trozo de su alma que me ha confiado.

Las imágenes de vigilancia brillan en mis monitores y muestran su apartamento desde seis ángulos diferentes. Ahora está vacío, mientras ella trabaja, pero he memorizado cómo la luz de la tarde da en la mesa de su cocina, donde esta noche se sentará a doblar otro mensaje para mí. Mi respuesta ya espera en mi bolsillo: «¿Sueños o recuerdos?». Porque necesito saber si la atormenta lo que fue o lo que podría ser.

Me aparto del escritorio, necesito moverme, quemar esta energía inquieta. El garaje bajo la mansión alberga mi colección: cinco motocicletas de época en diversas fases de restauración. La Vincent Black Shadow de 1948 necesita trabajo, y desmontar motores me ayuda a pensar.

Mis manos encuentran su ritmo con las herramientas, memoria muscular de años en este oficio. Empecé a los diecisiete, justo después de la masacre. Nico dijo que necesitaba un pasatiempo que no implicara sangre. Resulta que reconstruir algo que ha sido destruido me atrae. La precisión requerida, la paciencia. No es tan diferente de mi otro trabajo.

El trabajo de la tarde todavía se aferra a mis nudillos: sangre del número nueve, el obrero de la construcción que cometió el error de gritar «Bonitas tetas, cariño» cuando Faith pasó por su obra a la hora del almuerzo. Los ojos del obrero se desviaron hacia alguien más merecedor después de que le explicara, entre sus gritos, qué aspecto exacto tenían esas «bonitas tetas» que mencionó bajo el suéter de

Faith. No es que las haya visto todavía, pero mi imaginación es vívida y su miedo necesitaba ser alimentado. Los limpiadores ya se han ocupado del desastre, eficientes como siempre.

Miro la hora; tengo que asearme para esta noche. Pero primero, busco más información sobre los patrones de Faith. Ha estado asistiendo a galas farmacéuticas, tres en los últimos dos meses. Siempre como acompañante de alguien, normalmente de la señora Webb o la señora Patterson. ¿Por qué una bibliotecaria necesitaría relacionarse con ejecutivos farmacéuticos?

Su medicación para la ansiedad proviene de Neumann Pharmaceuticals. La conexión parece importante, pero no logro situarla. ¿Está investigando algo sobre sus recetas? ¿Sobre la compañía? Las piezas aún no encajan.

Me quito la camisa manchada de sangre y voy a mi armario. Esta noche no toca traje. Los trajes sugieren negocios, violencia, el hombre que soy en horas de trabajo. Esta noche se requiere otra cosa. Vaqueros oscuros de fabricación italiana y un suéter de color carbón, tan suave que cuando inevitablemente me toque, y me tocará, sentirá un lujo caro en lugar de una amenaza obvia.

Mi teléfono vibra. Es Marco, preguntando por la Vincent. Quiere saber si la tendré lista para la feria de época del mes que viene. Lo ignoro. La moto es mía, como todo lo que restauro. No comparto.

Compruebo la reserva del restaurante una vez más. Mesa de esquina, línea de visión perfecta hacia la puerta y hacia cualquier otro asiento. He comido allí seis veces este mes, aprendiendo los patrones, los puntos ciegos, qué camarero atiende cada sección. El cumpleaños de Sarah proporciona la excusa perfecta. Las flores anónimas que hice entregar esta mañana con una tarjeta que decía «De tu admirador secreto» garantizaban que querría celebrarlo. En las bibliotecas no pagan lo suficiente para un sitio tan bonito, pero los cumpleaños hacen que la gente se dé un capricho.

Una fotografía más sobre la que escribir antes de irme. Mis dedos trabajan sin pensar, creando algo delicado de la nada. En el reverso, escribo: «Búscame esta noche». No sabrá dónde ni cuándo, pero sabrá que voy. La expectación la pondrá en alerta máxima, buscando en cada sombra, en cada rostro. Exactamente como la quiero cuando por fin me vea.

El restaurante bulle con conversaciones caras y el chocar de copas de cristal en brindis que no me importan. Llevo media hora con la

misma copa de vino, situado en mi mesa de la esquina desde donde puedo verlo todo.

La anfitriona intentó ofrecerme un menú tres veces antes de que mi mirada la incomodara lo suficiente como para marcharse. No estoy aquí para comer.

Las siete y cuarenta y cinco. Llegan tarde, pero el tráfico de los viernes desde la biblioteca lo explica. Muevo la copa de vino, captando la luz de la vela, practicando el ángulo exacto que usaré cuando nuestras miradas se encuentren. Cada detalle planeado, excepto su reacción. Esa es la variable que no puedo controlar, lo que hace que mi sangre se caliente como antes de una matanza particularmente satisfactoria.

La puerta se abre. Sarah entra primero, ruidosa y emocionada, con un vestido que probablemente se compró específicamente para esta noche. Detrás de ella, otras dos trabajadoras de la biblioteca que he visto pero descartado como irrelevantes. Y entonces, Faith.

Lleva un suave suéter azul que no le había visto antes, combinado con una falda negra que termina justo por encima de sus rodillas. El pelo le cae suelto sobre los hombros en lugar de su habitual moño. Pero son sus ojos los que me cortan la respiración. Escudriñando el restaurante de inmediato, buscando, cazando. Sabe que estoy aquí. Puede sentirlo. Como la presa que acaba de oler al depredador, pero no sabe en qué sombra se esconden los colmillos.

—Este sitio es increíble —dice efusivamente Sarah, casi saltando —. No puedo creer que alguien me haya enviado flores. ¡Un admirador secreto! ¿Te lo imaginas?

Faith murmura algo apropiado, pero su atención permanece en la sala. Su mano toca su bolso, donde sé que guarda mis Polaroids, las siete envueltas en papel de seda como si fueran plegarias. La he visto transferirlas cada mañana, con cuidado de no doblar los bordes, tratándolas como algo precioso.

La anfitriona las sienta en el centro del comedor, exactamente donde le dije que lo hiciera. Faith elige la silla que mira en mi dirección, aunque todavía no me ha encontrado. Sus ojos se mueven sistemáticamente. Una pareja en la barra, un hombre de negocios solo con su portátil. Está memorizando rostros, buscando el que no encaja.

—Faith, estás muy rara —dice una de las compañeras de trabajo —. ¿Qué estás buscando?

—Nada. Solo… observando a la gente.

Pero su mano permanece en el bolso. El camarero se acerca a su mesa y ella apenas mira el menú, pidiendo lo primero que ve. Su atención se mantiene en la sala, en la búsqueda.

Sarah parlotea sobre sus flores, especulando sobre quién podría habérselas enviado. —¿Quizá ese chico de la cafetería que siempre coquetea? O el guardia de seguridad del banco. Es mono, ¿verdad?

Faith emite sonidos de asentimiento, pero no está escuchando. Sus ojos continúan su barrido, y sé el momento exacto en que me encontrará. Tres segundos. Dos. Uno.

Nuestras miradas se encuentran.

Cuando nuestras miradas se cruzan, algo se resquebraja en mi pecho como huesos que se rompen para soldar correctamente. Veinticuatro noches de ser un desconocido, de no ser más que sombras y papel, terminan en una mirada que me quema por dentro. Me ve. No mi nombre, no mi familia, solo a mí. El monstruo que la ama de la única manera que sé: completa, violentamente.

Sus labios se separan ligeramente, el vaso de agua tiembla en su mano mientras esos ojos avellana permanecen fijos en los míos, pálidos. Ella lo sabe. No mi nombre, no quién soy, pero sabe qué soy. Su guardián. Su Vigía. El que afila sus cuchillos y mata sus miedos.

Mi mano se aprieta en la copa de vino hasta que me sorprende que no estalle en mil pedazos. Cada instinto me grita que cruce la sala, que la agarre por la muñeca, que la haga decir mi nombre. En lugar de eso, levanto la copa. El control es lo que me separa de los hombres vulgares que mato por ella. Un brindis por ella, por este momento, por el fin del escondite. La luz de la vela se refleja en el cristal, enviando una luz fragmentada sobre mi mesa, y su respiración se entrecorta visiblemente. El vaso de agua vuelve a la mesa con un suave clic que suena como un trueno, tal es mi consciencia de cada uno de sus movimientos.

—¿Faith? —La voz de Sarah irrumpe—. ¿Estás bien? Pareces haber visto un fantasma.

—Yo… disculpadme. Al baño. —Se levanta sobre piernas temblorosas, con el bolso aferrado a su costado.

El camino al baño requiere pasar junto a mi mesa. Seis metros de distancia que se sienten a la vez interminables e instantáneos. Se mueve despacio. Con cuidado, deliberadamente, tratando de no desencadenar el instinto de caza. Demasiado tarde, pequeña Faith.

Llevo semanas cazándote. La caza terminó en el momento en que entraste.

No levanto la vista mientras se acerca, pero cada nervio de mi cuerpo sigue su movimiento. Cinco metros. Cuatro. Dos.

—Pequeña Faith —susurro mientras pasa, lo suficientemente alto como para que solo ella me oiga.

Se queda helada. Su cuerpo se pone rígido, los nudillos blancos aferrados a la correa de su bolso. Durante tres latidos, permanece perfectamente quieta, procesando la voz que coincide con la de su guardián, que el hombre del reservado de la esquina es el que ha estado en su apartamento, el que sabe de su cuchillo, el que dobló siete promesas de papel.

Luego continúa hacia el baño con piernas que tiemblan ligeramente, el suéter azul agitándose con cada respiración. Bebo un sorbo de vino, saboreando la forma en que perdura su perfume. Vainilla y algo floral que me hace querer seguirla, acorralarla en ese baño y mostrarle exactamente cuánto control he estado ejerciendo.

Pero todavía no. Esta es su elección. Su jugada en nuestro juego.

Sale tres minutos después, se ha echado agua en la cara a juzgar por la sombra bajo sus ojos. En lugar de volver a pasar por mi mesa, da un rodeo, circundando todo el restaurante para evitarme. Chica lista. Excepto que.

Cuando regresa a su mesa, Faith no aparta la vista. Se sienta, con la comida intacta, la mano buscando constantemente las fotos en su bolso como si comprobara que siguen siendo reales. Sus amigas parlotean a su alrededor, pero ella se ha ido a otro lugar, ha caído en este momento en el que existimos en el mismo espacio, respirando el mismo aire, ya no separados por sombras y cámaras de vigilancia.

Saco mi cámara Polaroid y disparo una foto mientras ella mira, un espectáculo solo para ella. La imagen toma forma entre mis dedos, y la veo inclinarse ligeramente hacia adelante, con los labios entreabiertos.

Cuando termino, me levanto y dejo sobre la mesa una cantidad de dinero que triplica el coste del vino.

El camino hacia la puerta me lleva más allá de su mesa. No la miro, no reconozco su existencia, pero mi mano encuentra su silla al pasar. La fotografía se desliza sobre la tela, donde la encontrará cuando se levante. Mis dedos rozan la parte posterior de su cuello, donde su pulso martillea contra una piel sedosa, cálida y ligeramente

húmeda por el calor nervioso. El contacto dura medio latido, pero memorizo la textura, añadiéndola a mi colección de trozos robados de ella.

Entonces me marcho, saliendo a la noche de Chicago, donde el aire de noviembre me quema los pulmones. Pero solo avanzo media manzana antes de detenerme, de pie en las sombras desde donde puedo ver a través de la ventana del restaurante. Ya ha encontrado la Polaroid, dándole la vuelta con esos mismos dedos temblorosos.

En el reverso, mi mensaje: «Mañana. Gala benéfica Rosetti. Ven a reclamarme».

Lo lee tres veces, las cuento, antes de añadirlo cuidadosamente a su colección. Sarah dice algo que hace reír a las otras, pero Faith permanece en silencio, tocando el papel a través de su bolso. Sabe que mañana todo cambia. Entrará en mi mundo sin saberlo, buscando a su guardián entre la élite de Chicago.

De vuelta en la mansión, volveré a la Vincent, dejaré que mis manos trabajen mientras mi mente procesa. Para mañana por la noche, sabré más. Faith estará en mi territorio, donde podré Vigilar sus reacciones ante todos, catalogar quién la pone tensa, a quién evita.

Por ahora, revivo ese momento en que nuestras miradas se encontraron, cuando me vio y no huyó.

Se queda otros veinte minutos por cortesía, removiendo la comida en su plato mientras Sarah abre los regalos de las otras bibliotecarias. Yo Vigilo desde la calle, con las manos en los bolsillos, pareciendo un hombre cualquiera que espera a alguien. Pero estoy memorizando cómo sostiene la Polaroid a contraluz, tratando de ver a través del papel para leer las palabras de nuevo.

Finalmente, se excusa. Dolor de cabeza, un día largo mañana, necesita prepararse para un evento. Sarah la abraza, dice algo que hace que Faith fuerce una sonrisa, y luego se dirige hacia la puerta. Hacia mí, aunque no sabe que sigo aquí.

Me fundo más en las sombras mientras ella sale, Vigilo cómo se para en la acera mirando a ambos lados. No por el tráfico. Por mí. Su mano agarra su bolso como un salvavidas, y puedo ver sus labios moverse. Contando, quizá. U orando. Ambas cosas se sienten como una adoración desde donde estoy.

Un taxi se detiene, pero antes de subir, hace algo que me rompe. Saca la Polaroid de nuevo, se la lleva a los labios y besa el papel como

si fuera algo sagrado. Como si me besara a mí. El gesto es tan inocente, tan jodidamente puro, que algo violento me desgarra el pecho.

De camino a casa, pienso en la Vincent esperando en el garaje. En desmontar algo roto y hacerlo completo de nuevo. En la sospechosa muerte de la madre de Faith. En las conexiones farmacéuticas. En cómo mañana entrará en una habitación llena de las pesadillas de Chicago, y yo seré la peor de todas.

Pero también el único que le pertenece.

Mi pequeña Faith, lo suficientemente valiente como para verme, para acercarse a mí, para besar mi puto mensaje.

Estoy deseando que llegue mañana.

6 - Luca

Su suéter yace sobre mi escritorio, gris marengo e increíblemente suave, todavía tibio por el calor de su cuerpo. Han pasado tres horas desde que lo dejó sobre su silla en la biblioteca. Dos horas y cuarenta y cinco minutos desde que lo recuperé. Dos horas y treinta minutos desde que me lo apreté por primera vez contra la cara como un adicto que necesita su dosis.

—Te veo.

Su último mensaje de papel doblado no pesa nada en mi palma, pero esas dos palabras tienen el significado suficiente para redefinir mi semana entera. Sabe que la estoy observando. Lo sabe y no huye. El aroma a vainilla y jazmín del suéter se mezcla con el del papel, creando algo nuevo. Algo que nos pertenece a los dos.

Mi teléfono vibra. Es Marco, preguntando por el envío de mañana. Lo ignoro, demasiado concentrado en lo que importa: Faith dejó este suéter a propósito. Nadie olvida una prenda tan cara. Quería que yo la cogiera. Quería que tuviera algo suyo.

O está tendiendo una trampa.

Cualquiera de las dos opciones me la pone más dura de lo que debería.

Las once de la noche. La sala de vigilancia huele a ozono y a sangre vieja; el calor de los aparatos electrónicos se mezcla con rastros de las herramientas que a veces pruebo aquí. Los monitores lo bañan todo en una luz azul, haciendo que mi pálida piel parezca la de un cadáver en el reflejo. Apropiado, ya que estoy a punto de planear un asesinato. La silla de cuero cruje mientras me acomodo para lo que serán horas de excavación digital. Me vio. Me vio de verdad. Mañana entrará en la gala, en mi mundo, con un vestido que yo no he elegido, rodeada de hombres a los que no he investigado, en un peligro que no he eliminado. La idea me hace querer encerrarla en mi habitación hasta que haya eliminado todas las amenazas. O quizá solo encerrarla en mi habitación.

Empiezo con lo básico. El certificado de nacimiento aparece inmediatamente: nacida en el Northwestern Memorial Hospital, tres kilos doscientos setenta gramos. Después, los expedientes académicos. Estudiante de sobresalientes durante la primaria, un breve bache en la secundaria, y luego de vuelta a la perfección en el instituto. Los historiales médicos muestran las vacunas infantiles habituales, una muñeca rota a los nueve años por caerse de una bicicleta, medicamentos para la ansiedad recetados a los trece.

A los trece. Después de lo que sea que pasó a los doce.

El certificado de defunción se carga lentamente, como si el propio sistema dudara en mostrármelo. Ahí está, el nombre completo de su madre. Jenna Bailey Winters, fallecida en 2014. La causa de la muerte figura como «circunstancias sospechosas»; no homicidio, no accidente, no causas naturales. Solo sospechosas. ¿Qué tipo de muerte desafía toda clasificación?

Los antecedentes juveniles están sellados, bajo llave tras muros legales que detendrían a la gente normal. Pero yo nunca he sido normal, y la encriptación que usan bien podría ser de papel de seda. Mi formación en química ayuda: entender sistemas, descomponerlos en sus componentes, encontrar los enlaces moleculares débiles. Mis dedos vuelan por el teclado, rompiendo capas de protección. Alguien quería esto enterrado. Alguien con dinero y contactos.

Profundizo más. Registros hospitalarios de esa época. Jenna Winters trabajaba como enfermera en el Chicago Memorial, en el turno de noche de la unidad cardíaca. Trent Neumann estaba en la junta directiva del hospital. La conexión se siente importante, eléctrica en mis dedos mientras tecleo. T.N. Las iniciales del diario de Faith.

T.N. es Trent Neumann. El ejecutivo farmacéutico. Aquel al que ha estado rondando.

La puerta se abre sin avisar. Solo la familia entra en mi espacio de trabajo sin ser invitada.

—Te eché de menos en la cena —dice Nico desde el umbral, todavía con el equipo táctico de la operación de esta noche. Salpicaduras de sangre decoran su manga izquierda en un patrón que sugiere un trabajo a corta distancia—. La tercera vez este mes.

—He estado ocupado. —No aparto la vista de las pantallas mientras el código se desplaza.

—Ya lo veo. —Se acerca, y siento que se detiene cuando ve lo que llena mis monitores. La foto de su carné de conducir, sus registros de empleo en la biblioteca, el certificado de defunción de su madre—. ¿La rubia del restaurante? El jefe tenía gente allí. Dijo que estableciste contacto.

Por supuesto que el jefe lo sabe todo. Nuestro hermano mayor tiene esta ciudad cableada como su sistema nervioso personal. Nada sucede sin su conocimiento, incluida mi primera interacción real con ella.

—Define contacto —murmuro, buscando los registros de negocios de Neumann. Neumann Pharmaceuticals. Contratos importantes con hospitales de todo Illinois.

Nico acerca una silla y se instala con la paciencia de alguien que ha aguantado muchas de mis obsesiones.

—¿El obrero del martes? ¿El barista de la semana pasada? ¿El hombre de negocios del viernes? ¿Todos relacionados con ella?

—La miraron mal. —Le enseño lo que he encontrado—. Pero este, Trent Neumann, hizo algo más que mirar.

—¿Neumann? —Nico se inclina hacia delante—. Hice una evaluación de seguridad para su empresa el año pasado. El lugar estaba blindado, pero había irregularidades. Inventario desaparecido que no cuadraba con los libros. Acuerdos que fueron enterrados.

—¿Y cuál es la conexión? ¿Por qué se está acercando Faith a él? Vi su nombre en algunas listas de organizaciones benéficas, es voluntaria en todo lo que su familia toca.

—Lo está cazando —susurra Nico.

—Legalmente —siseo, asintiendo—. A través del sistema. Para eso es toda su investigación legal.

La puerta se abre de nuevo. Entra Sofia, todavía con un vestido de noche de algún acto social al que ha asistido hoy, como si hubiera salido de una revista.

—¿Los chicos conspirando sin mí? —Se deja caer sobre una silla, pero sus ojos son agudos—. Estoy dolida.

Echa un vistazo a las pantallas y se queda muy quieta cuando ve la foto de Neumann.

—¿Trent Neumann? —Su voz baja una octava—. Ese pedazo de basura intentó tocarme una vez. Hace dos años, en la subasta benéfica médica. No paraba de decir que le recordaba a alguien, no paraba de intentar llevarme a un lugar a solas.

La temperatura de la habitación baja veinte grados. Mi visión se fractura en posibilidades: las manos de Neumann amputadas por las muñecas, sus dedos dados de comer uno a uno, nudillo por nudillo, sus ojos haciendo un recorrido por los rostros de otras personas. Sofia. Mi hermana pequeña. La que todos protegimos después de la masacre, y este cabrón le puso las manos encima.

—¿Por qué sigue respirando? —Mi voz suena como grava en una licuadora.

—Alessandro se encargó. Convenció a Neumann de que tocar a las mujeres Rosetti no sería saludable. Hizo algún trato sobre la distribución de productos farmacéuticos que lo mantuvo alejado de mí. Se echó para atrás.

—Alex debería haberme dejado encargarme. —Mis manos se cierran en puños, imaginando todo lo que le habría hecho a Neumann por atreverse a tocar a Sofia. Todo lo que le haré por lo que sea que le hizo a Faith.

—Tu chica ha sido paciente —observa Sofia, estudiando lo que he encontrado y comprendiendo rápidamente la situación—. Años acercándose. Enseñando a sus hijos en la escuela dominical, haciéndose amiga de su esposa en eventos benéficos. Ha estado jugando a largo plazo.

—¿Y mañana? —pregunta Nico en voz baja—. Neumann viene a la gala. Donante importante: doscientos mil este año. El jefe no puede rechazarlo sin motivo.

La sangre se me hiela. Mañana, Faith entrará en el salón de baile del hotel de mi familia. Mañana, Trent Neumann estará allí. El hombre al que ha estado cazando.

—No sabe que él estará allí —digo lentamente—. No tiene ni idea de que va a entrar en…

—…la oportunidad perfecta —termina Sofia—. Piénsalo. Un lugar público, cientos de testigos, cámaras de seguridad. Si está planeando algo legal, necesita pruebas. Grabaciones. Testigos.

—O podría perder los estribos —replica Nico—. ¿Verlo allí inesperadamente? La gente se quiebra.

Ambos tienen razón. Mañana, todo colisionará. Entrará en el mundo de mi familia sin saber que el hombre que ha estado cazando estará allí. Sin saber que yo estaré observando cada una de sus respiraciones, intentando averiguar si necesito protegerla de él, o a él de ella.

—¿Y si la reconoce? —pregunta Sofia—. Se parece a su madre, ¿verdad? Si mató a la madre y luego ve a la hija en nuestra fiesta…

—Podría entrar en pánico. Hacer alguna estupidez. —La mano de Nico se desliza hacia su arma.

—No en mi casa —gruño. La idea de que Neumann siquiera mire a Faith me enrojece la vista. Pero hay algo más, algo que dijo Sofia—. ¿Dijiste que no paraba de decir que le recordabas a alguien?

Sofia asiente.

—No paraba de hablar de mujeres hermosas que no conocen su lugar. —Se estremece, y Sofia nunca se estremece.

—Necesito saber su plan primero —digo, sorprendiéndome a mí mismo con la contención. Normalmente, ya estaría seleccionando herramientas para la introducción de Neumann al verdadero dolor. Pero ella ha sido paciente. Se merece llevar a cabo su plan, o decidir que quiere algo más sangriento.

—Simplemente mantente al margen, Luca —dice mi hermano. El buen chico disciplinado del ejército—. Aléjate. No tiene nada que ver con nosotros, y nuestra familia no necesita que nos traigas problemas.

—Oh, déjale que se divierta —dice Sofia, sonriendo con malicia—. Quiero ver cómo actúa esta chica. Toda esa planificación. ¿Investigación legal? ¿Acercarse a su familia sin exponer su verdadera identidad? Esta chica podría ser más peligrosa de lo que crees.

—Los pacientes siempre lo son —concuerda Nico, levantándose para irse—. Son los que saben cómo hacer que duela de verdad. No el cuerpo, cualquiera puede herir un cuerpo. ¿Pero la destrucción total? Eso requiere paciencia.

Después de que se van, me quedo solo con su historia extendida por mis pantallas. Las piezas finalmente conectan. T.N. es Trent Neumann. Su madre trabajaba en su hospital. Algo pasó, algo que terminó con Jenna Winters muerta y Neumann y su compañía farmacéutica libres de toda culpa.

Y mañana, mi pequeña Faith entrará en un salón de baile con el hombre que ha estado cazando durante media vida.

La pregunta es: cuando lo vea, ¿mantendrá el control? ¿Su plan legal? ¿O estallarán por fin años de rabia reprimida?

De cualquier manera, yo estaré allí. Listo para protegerla de él. O listo para entregarle el cuchillo si decide que la justicia legal ya no es

suficiente.

Pienso en la Vincent Black Shadow que espera en el garaje. Mañana, tal vez se la enseñe. Le hablaré de reconstruir cosas rotas, de volverlas poderosas de nuevo.

La idea me hace esbozar esa sonrisa incorrecta que hace llorar a los niños.

7 - Faith

El vestido negro se adhiere a mi cuerpo como la culpa. Aliso la tela una vez más, practicando mi cara de sorpresa en el espejo del vestíbulo. «¡Oh, señor Neumann! ¡No me había dado cuenta de que estaría aquí!». La mentira me sabe a ceniza. Las confesiones dominicales no me han servido de nada; ahora miento con la misma facilidad con la que respiro.

Mi teléfono vibra con el mensaje de Papá: «Pásalo bien en el evento para recaudar fondos de la biblioteca, cariño».

El collar con la cruz me pesa en la garganta como una sentencia mientras le respondo: «Gracias, Papá. Estaré en casa sobre las once».

Otra mentira. La biblioteca no organiza eventos para recaudar fondos en el Ritz-Carlton. La biblioteca no requiere que entre en la guarida de la familia criminal más peligrosa de Chicago. Pero Trent Neumann estará aquí. Es uno de los principales donantes de todas las galas benéficas que importan, y los Rosetti organizan las más grandes. Sin embargo, la de esta noche es diferente. Va a anunciar una nueva iniciativa farmacéutica. Necesitará los canales de distribución de los Rosetti. Tiene que quedarse, tiene que hacer contactos.

Toco la Polaroid en mi bolso, la que me trajo aquí. «Ven a buscarme». Tres palabras que hacen que se me acelere el pulso. Dos objetivos esta noche: acercarme a Neumann y encontrar a mi misterioso guardián.

Puede que mi guardián piense que me ha atraído hacia él esta noche, pero no es así: solo me ha dado acceso a Neumann.

La muerte de mamá lo cambió todo, me convirtió en quien soy. Se horrorizaría si supiera que estoy aquí, caminando entre criminales. ¿O entendería que a veces la justicia necesita de la oscuridad para impartirse? Ya no lo sé. Toda una vida siendo buena, y me estoy desmoronando en cuestión de semanas porque unos ojos azul pálido me hacen sentir vista.

El aparcacoches toma mis llaves con desinterés profesional. Aquí no soy nadie, solo otra cara con un vestido negro de diseño. Perfecto para cazar. El hotel se alza sobre mí, todo piedra caliza y poder, con ventanas que brillan con una luz cálida que oculta lo que sucede dentro de estas paredes. Mis tacones repiquetean contra el mármol al entrar, el sonido engullido por las conversaciones y la música de cámara.

El salón de baile se abre ante mí como un escenario, y esta noche soy tanto público como actriz. El aire huele a dinero: a perfume caro y a whisky añejo. Nada que ver con el olor a polvo y papel de mi biblioteca, mi refugio seguro que de repente se siente como una jaula que yo misma he construido.

Cojo una copa de champán de un camarero que pasa mientras mis ojos exploran sistemáticamente. En estos eventos, Neumann siempre se posiciona cerca de la barra; le gusta ser el centro de atención con un whisky mientras los simples mortales se le acercan a rendirle pleitesía.

Ahí está. Neumann, de pie junto a la barra exactamente donde predije, bourbon en mano, contando alguna historia que hace que dos hombres más jóvenes rían nerviosamente.

El champán me sabe a ácido cuando lo localizo. Mis dedos se aprietan en la copa de cristal. Parece mayor —mechones plateados en su pelo, arrugas alrededor de sus ojos—, pero sus manos son las mismas. Cuidadas. Suaves. No son las manos de alguien que ha sufrido las consecuencias.

Alguien me da un golpe y se disculpa profusamente. Apenas lo oigo. Neumann se está girando hacia aquí, a punto de escudriñar a la multitud, y mi agarre se intensifica inconscientemente.

El crujido es sutil: una fisura delgada que se extiende como una telaraña por el cristal. Entonces la presión gana. El tallo se parte, el cáliz se hace añicos en mi palma.

Un dolor agudo florece al instante. La sangre brota, mezclándose con el champán, goteando sobre el suelo de mármol en diminutas salpicaduras rojas. La sensación se dispara directamente entre mis piernas, un latido de oscuro placer que no esperaba.

—¡Oh, Dios mío! —jadea la mujer a mi lado—. ¡Está sangrando!

Miro mi palma con desinteresado interés. Un trozo de cristal se ha incrustado profundamente en la carne bajo mi pulgar. La sangre corre en hilos nítidos por mi muñeca.

—No es nada. —Arranco el trozo más grande sin inmutarme, viendo cómo brota más sangre. El dolor se agudiza, se clarifica. Mis pezones se endurecen bajo la seda de mi vestido, mi cuerpo respondiendo al daño como si fuera un juego previo.

Un camarero aparece con servilletas. Cojo una y envuelvo mi mano metódicamente, presionando lo justo para hacer que los cortes punzaran con intensidad. La tela blanca se tiñe de rojo de inmediato.

—¿Debería llamar a un médico…?

—No es necesario. —Le sonrío, serena a pesar de la sangre que empapa la servilleta—. Solo un pequeño accidente.

Al otro lado de la sala, Neumann se ríe de algo, sin saber que estoy sangrando por su culpa. Sin saber que verlo me hace apretar las cosas hasta que se rompen. Sin saber que ahora el dolor me humedece, desde que empecé a planear todas las formas en las que le haré sufrir. Legalmente, por supuesto.

Aprieto mi mano vendada, enviando otra punzada de sensación por mis nervios. El dolor me ancla, me recuerda por qué estoy aquí. No para romper copas. Para romperlo a él.

He practicado este acercamiento en el espejo de mi apartamento. El tropiezo «accidental», la disculpa sobresaltada, el reconocimiento que me permite iniciar una conversación. Mi mano encuentra la correa de mi bolso mientras me muevo entre la multitud, esquivando a camareros con bandejas de champán.

Seis metros. Cuatro y medio. Tres.

Estoy a punto de llegar cuando el rostro de Neumann pierde todo su color. Está mirando más allá de mí, hacia algo que hace que su mano tiemble lo suficiente como para derramar el bourbon. Empiezo a girarme para ver qué podría asustar a un hombre que ha destruido tantas vidas, pero ya está retrocediendo.

—Disculpen —murmura Neumann a sus acompañantes, con la voz aguda por el miedo—. Acabo de recordar una llamada urgente.

Huye. Literalmente huye, moviéndose entre la multitud con la urgencia desesperada de una presa. Mi acercamiento ensayado muere en mi garganta mientras veo cómo prácticamente corre hacia la salida más lejana.

Ahora me giro por completo, con la frustración ardiendo en mi pecho. Semanas planeando este momento, y Neumann huye antes de que pueda siquiera hablar.

Un movimiento en el balcón atrae mi mirada. Él. El hombre del restaurante, mi guardián, ahora con un caro traje de color carbón que le sienta como la violencia envuelta en Armani. Incluso desde aquí, puedo ver esos ojos azul pálido, helados, el tipo de azul que pertenece a los cielos de invierno o a los lagos congelados donde la gente se ahoga. Siguen el movimiento de abajo antes de posarse en mí con el peso de un toque físico.

Es más alto de lo que me pareció en el restaurante, quizás un metro ochenta y cinco, con esa complexión delgada que denota una fuerza controlada en lugar de volumen. Pelo oscuro, casi negro, peinado hacia atrás, retirado de unos pómulos afilados que podrían cortar el cristal. Hay algo anómalo en su belleza, como la belleza de una cuchilla, todo filos mortales disfrazados de arte. El tipo de rostro que te hace querer tocarlo aunque sepas que vas a sangrar.

El calor se acumula en la parte baja de mi vientre cuando empieza a bajar las escaleras, con ese andar lánguido y felino que hace que mis muslos se contraigan involuntariamente. Cada paso es deliberado, sin prisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo para venir a reclamar lo que ya es suyo. Nuestras miradas se cruzan a través del espacio. No sonríe —no creo que su boca supiera formar algo que no fuera una amenaza o una promesa de violencia—, pero siento su atención como unas manos sobre mi piel. Mi guardián. El hombre que ha estado en mi dormitorio, que afila mis cuchillos, que aparta a los hombres por mirarme mal.

Prometió protección, susurra mi mente.

Esto se siente como posesión, responde mi cuerpo.

No mira en ningún momento hacia donde huyó Neumann, no reconoce al hombre que acaba de salir corriendo, pero el mensaje es claro. Él lo ha provocado. Ha ahuyentado a mi objetivo con solo su presencia.

Una parte de mí se pregunta qué le hizo para que Neumann corriera. ¿Lo amenazó? ¿Le prometió dolor? La idea me humedece, mi cuerpo ha dejado de escuchar a mi conciencia hace días.

—Maldita sea —suspiro, viendo a Neumann desaparecer por completo de la vista. Mi acercamiento cuidadosamente elaborado, arruinado. Semanas de planificación destruidas por una sola mirada de esos ojos pálidos.

Me retiro hacia la pared, cogiendo un champán que no pienso beber, intentando entender qué está pasando. Una mujer coge una

copa a mi lado y susurra con urgencia:

—Aléjate de ese, cariño. Los hombres Rosetti coleccionan cosas bonitas y las rompen.

Se me cae el alma a los pies.

—¿Los hombres Rosetti?

—Oh, cariño, ¿no sabías de quién es esta fiesta? —Se ríe, pero no con maldad—. La gala benéfica de los Rosetti. Su demostración anual de que son miembros civilizados de la sociedad.

La copa de champán tiembla en mi mano. Me ha invitado a la gala de los Rosetti. A la gala de su familia. Porque él es…

No. No, eso no puede ser.

—Toda la familia está aquí esta noche. —Señala discretamente, saboreando el chisme—. Ahí está Marco, junto a las puertas principales. Él lo dirige todo. Ese de su lado es Dante, el que no habla. Nadie sabe por qué. Su esposa es Ana, la mujer embarazada del vestido dorado.

Cada identificación es como una cuchillada en mi pecho. Esta es la gente por la que Papá no duerme. La gente de la que prometí alejarme. La gente que dirige los bajos fondos de Chicago como si fuera su reino personal.

—Aquella de seda color crema es Sofia. No dejes que la cara de niña buena te engañe. Y ese es Luca. —Su voz baja a un susurro—. El psicópata. Dicen que ya no duerme. Solo trabaja en ese sótano suyo, haciendo cosas que hacen llorar a hombres hechos y derechos.

Está señalando a mi guardián. El hombre de los ojos pálidos que ha estado en mi apartamento. El que me deja fotografías como cartas de amor escritas con violencia.

Luca Rosetti.

La copa se me resbala de los dedos entumecidos y se hace añicos en el mármol. Varias cabezas se giran, pero no puedo moverme, no puedo respirar. El hombre al que le he estado escribiendo, en el que he estado confiando, con el que he estado teniendo sueños inapropiados… es Luca Rosetti. El que Papá mencionó específicamente. «Si ves a alguno de ellos, especialmente a Luca, corre», había dicho. «Ese no tiene los límites de un ser humano normal».

Por supuesto que es él. ¿Quién más podría moverse entre las sombras como el humo? ¿Quién más podría matar a nueve hombres

y hacerlos desaparecer por completo? ¿Quién más tendría un sótano para «trabajar»?

Papá dice que es el peor de todos. El ejecutor. El torturador. El que incluso otros criminales evitan cruzándose de acera.

Te está protegiendo, argumenta débilmente mi mente.

Es un Rosetti, responde mi pánico. Ha estado en mi apartamento. Sabe dónde duermo. Podría…

Lo está arruinando todo, mi furia atraviesa el pánico. Trent Neumann está aquí en alguna parte, y ahora estoy atrapada en el corazón del territorio Rosetti.

Él mata por ti.

Yo no se lo pedí.

Pero te gusta.

Dios me perdone, sí, me gusta.

Mis rodillas amenazan con doblarse. Luca Rosetti. He estado dejando que un Rosetti entre en mi apartamento. En mis sueños. Oh, Dios, me he excitado por un hombre que mi padre considera el diablo en persona.

«El enemigo de mi padre» no empieza ni a describirlo. Papá los llama el cáncer que se come a Chicago desde dentro. Dice que Luca, específicamente, es el peor de ellos, un auténtico psicópata que disfruta demasiado de su trabajo.

Y ha estado en mi apartamento. En mi dormitorio. Viéndome dormir.

Localizo a la esposa de Neumann cerca de las mesas de la subasta. Es mi objetivo secundario, la que podría devolverme a su círculo social. Me aliso el vestido, me pongo mi sonrisa de bibliotecaria y me acerco.

—¡Señora Neumann! Qué alegría verla aquí. Soy voluntaria en el programa de la biblioteca y…

Su rostro se vuelve blanco. —Oh, acabo de recordar que necesito… el tocador de señoras. —Prácticamente corre, sus tacones de diseño repiqueteando frenéticamente contra el mármol.

No necesito mirar para saber por qué. Luca está en algún lugar detrás de mí, ya ni siquiera intentando ser sutil. Me está aislando sistemáticamente, aterrorizando a todos para que se alejen de mí, creando una burbuja de aislamiento en este salón de baile abarrotado.

—Señor Harrison, —intento con uno de los socios de Neumann, la desesperación colándose en mi voz—, he oído hablar de la financiación para la nueva ala psiquiátrica.

Sus ojos miran por encima de mi hombro y de hecho retrocede tropezando. —Yo… disculpe.

Tres intentos. Tres fracasos. Todo por su culpa.

La ira crece lenta y ardiente en mi pecho. Durante años he sido paciente. Estudiando derecho, haciendo voluntariado en las organizaciones benéficas de Neumann, acercándome a su círculo de influencia. Y en una noche, este psicópata Rosetti lo está desentrañando todo.

Cojo un champán de un camarero que pasa, agarrándolo con demasiada fuerza para que no se me resbale, y me coloco donde pueda observar a toda la familia. El conocimiento es poder, y necesito entender a qué me estoy enfrentando.

Marco Rosetti impone sin intentarlo, la gente se le acerca como suplicantes a un rey. A su lado, el silencioso, Dante, lo observa todo con ojos oscuros que no se pierden nada. Su esposa embarazada le toca el brazo, y todo su comportamiento se suaviza. Al parecer, hasta los asesinos tienen gente a la que aman.

Sofia Rosetti se ríe de algo, el sonido como campanas de cristal, pero hay algo afilado en su sonrisa. Hermosa y peligrosa, el tipo de mujer que podría destruirte mientras lleva perlas.

Hay otros dos hermanos por aquí en alguna parte, aunque aún no los he localizado. Alessandro y Nicolò.

Y Luca. Mi guardián. De pie ahora en el borde de la sala, esos ojos pálidos siguiendo cada uno de mis movimientos. Ni siquiera finge socializar, solo me observa.

«Me está aislando», me doy cuenta de repente. No solo de las amenazas, sino de todo el mundo. De mis conexiones cuidadosamente construidas, de mis objetivos, de cualquier vida que no lo incluya a él.

La furia me sabe a bilis. Me está protegiendo al destruir mi venganza. Mi plan de doce años, todo por lo que he trabajado, cada conexión que he cultivado, cada acercamiento que he practicado. Destruido en una sola noche por su protección posesiva.

Necesito aire. Necesito espacio. Necesito pensar sin esos ojos pálidos diseccionando cada una de mis respiraciones. Dejo mi

champán intacto y me dirijo a la salida del pasillo, mis tacones repiqueteando contra el mármol con una finalidad cortante.

El pasillo se extiende ante mí, vacío y resonante. Óleos de la antigua Chicago bordean las paredes, observando mi retirada con ojos críticos. Los sonidos de la fiesta se desvanecen detrás de mí, reemplazados por el trueno de mis propios latidos.

Pero no estoy sola. No necesito mirar atrás para saber que me está siguiendo. Sus pasos son pacientes, medidos, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Como si supiera exactamente dónde termina esto. Cada pisada detrás de mí envía un calor que se acumula entre mis piernas. Lo odio por arruinar mis planes. Me odio más a mí misma por querer que me alcance, que me presione contra estos retratos acusadores y me muestre exactamente qué clase de monstruo he estado dejando que me proteja.

El pasillo parece extenderse para siempre. Mis tacones resuenan demasiado fuerte, anunciando mi huida a quienquiera que escuche. Detrás de mí, sus pasos se mantienen firmes. Sin apurarse. Sin perseguirme. Solo siguiéndome con esa terrible paciencia, como un lobo que sabe que el ciervo se cansará al final.

Doblo una esquina y encuentro otro corredor vacío. Más cuadros, más ojos críticos. Una puerta al fondo promete una escapatoria, pero ¿una escapatoria hacia qué? Él sabe dónde vivo. Sabe dónde trabajo. Ha estado en mi dormitorio mientras dormía.

Mi mano encuentra mi collar de cruz, el metal cálido por mi piel. ¿Qué diría el Padre Murphy sobre esto? ¿Sobre dejar que un asesino me proteja? ¿Sobre el calor que se acumula en la parte baja de mi vientre cuando pienso en esos ojos pálidos?

Sus pasos nunca flaquean, nunca se aceleran. Solo ese ritmo constante que dice que me seguirá hasta el fin del mundo si es necesario. Paciente. Implacable. Inevitable como la gravedad. Su aroma me llega ahora, algo oscuro y caro, como cuero envejecido y el humo de puros caros. El olor hace que se me haga la boca agua mientras mi mente grita que corra.

La puerta al final del pasillo se acerca. Mi mano la alcanza, los dedos temblando por la adrenalina. El metal frío del pomo se encuentra con mi palma, sólido y real en una noche que parece un sueño febril.

Lo giro.

Su mano cubre la mía sobre el pomo, atrapándola allí. Sin empujar, sin tirar. Solo sosteniéndome en este momento entre la huida y la rendición. El calor de su cuerpo irradia contra mi espalda, lo suficientemente cerca como para sentir su aliento alborotar el pelo de mi nuca. Lo suficientemente cerca como para que su pecho casi roce mi columna con cada inhalación.

—Has estado cazándolo media vida —dice contra mi oído, su voz grave y áspera como whisky caro sobre cristales rotos. Cada palabra envía escalofríos por mi espina dorsal, hace que mis pezones se endurezcan más contra la seda de mi vestido—. Una noche, y he hecho que huya. Dime, pequeña Faith. ¿Eso hace que quieras darme las gracias? ¿O castigarme?

8 - Luca

—Dime, pequeña Faith. ¿Eso hace que quieras darme las gracias? ¿O castigarme?

Cada palabra le provoca escalofríos por la espalda; puedo sentirlos a través de mi pecho, casi presionado contra su espalda.

Intenta girar el pomo bajo nuestras manos unidas, pero lo sujeto con firmeza, atrapándola entre la puerta y mi cuerpo. Sin llegar a tocarnos, salvo por las manos, pero lo bastante cerca como para que sienta el calor que irradia de mí.

—Suéltame. —Su voz titubea entre la orden y la súplica.

—No. —Simple. Definitivo. La forma en que lo digo hace que se le entrecorte la respiración, que su diafragma se contraiga espasmódicamente contra sus costillas—. Huiste de mí. Nadie huye de mí, Faith.

—Eres Luca Rosetti. —Lo dice como una acusación, como si saber mi nombre cambiara lo que hay entre nosotros—. Mi padre me advirtió sobre ti. Dijo que eres el peor de todos.

—Tu padre tiene razón. —Me inclino más, mis labios casi rozan el pabellón de su oreja—. Soy el peor. El que ya no duerme porque el sueño es tiempo que podría pasar observándote. El que ha matado a hombres por mirarte mal. El que sabe que te tocas a las tres de la mañana después de tus pesadillas, tratando de ahuyentar la culpa con tus dedos.

Se pone rígida contra la puerta. —Eres un enfermo…

La hago girar, presionando su espalda contra la puerta con mi cuerpo. Sin brusquedad, pero de forma inevitable. Como la gravedad. Levanta las manos para empujar mi pecho, pero en el momento en que sus palmas hacen contacto con la costosa tela de mi traje, se detiene. Sus dedos se curvan ligeramente, sin llegar a agarrar, sin llegar a apartar.

—¿Enfermo? —repito, estudiando cómo se dilatan sus pupilas en la penumbra del pasillo. Un cuarenta por ciento de dilatación a pesar

de la iluminación adecuada. Respuesta de excitación—. ¿Es eso lo que te dices a ti misma cuando miras mis fotografías? ¿Cuando las besas como si fueran plegarias?

—No sabía que eran tuyas. De un Rosetti.

—¿Habría importado? —La acorralo con mis brazos contra la puerta, observando el pulso martilleándole en la garganta. Ciento treinta pulsaciones por minuto—. ¿Habrías dejado de buscarme en las sombras? ¿Dejado de poner mensajes en tu ventana? ¿Dejado de usar ese camisón de seda cuando sabes que te estoy observando?

Contiene el aliento. —El camisón fue un error.

—El camisón fue una invitación. —Me inclino más, hasta que mis labios casi rozan los suyos. Tan cerca que puedo saborear su aliento, dulce por el champán que apenas probó—. Tu cuerpo sabe a quién pertenece, aunque tu mente finja lo contrario.

—Has estado observándome. —No es una pregunta. Es una acusación envuelta en unos ojos avellana que arden con algo entre la furia y la fascinación.

—Todas. Y cada una. De las noches. —Cada palabra es deliberada, mientras observo cómo sus pupilas se dilatan aún más—. Memorizando tus patrones de respiración. Asegurando tu protección. Conteniéndome para no despertarte y mostrarte exactamente quién custodia tu sueño.

—Estás loco.

—Y tú estás mojada. —No es una pregunta. Puedo olerlo, ese almizcle dulce que delata que su cuerpo reconoce a su dueño aunque su mente se rebele—. Mojada por el hombre que mata por ti. Que te observa mientras duermes. Que conoce cada secreto que crees haber escondido.

Intenta zafarse de mí, pero desplazo mi peso, mi muslo deslizándose entre sus piernas mientras me pego más a ella. Ambos nos quedamos helados ante el contacto. Su calor contra mi pierna, la presión haciéndola jadear. El olor de su excitación se intensifica, mezclándose con el jazmín de su champú y algo únicamente suyo: una firma de feromonas que llevo semanas catalogando.

—Has estado en mi apartamento —susurra, pero no suena tanto a la acusación que debería ser.

Estudio el pulso que martillea en su garganta, resisto el impulso de presionar mis labios allí, de marcarla. Saboreo el calor de su vientre suave tan cerca de mi polla dura, durísima. —Sé que escribes

en ese diario que escondes en el conducto de ventilación, no debajo del colchón como quieres que la gente piense.

—¿Cómo podrías…

—Sé que Trent Neumann es el responsable de la muerte de tu madre. —Las palabras quedan suspendidas entre nosotros como una cuchilla—. Y sé que quieres que pague.

—¡Lo estás arruinando todo! —Las palabras estallan de su boca como si las hubiera estado conteniendo toda la noche—. Años de planificación, de acercarme a su familia, de ganarme su confianza, y tú… tú simplemente…

—Iba a tocarte. —Mi mandíbula se tensa al recordar a Neumann acercándose a ella antes—. Su mano ya se estaba alargando cuando lo hice huir.

—¡Quería que se acercara! —golpea mi pecho con el puño, pero no hay verdadera fuerza en el golpe—. ¡Ese era el objetivo! ¡Ese era todo el objetivo de esta noche!

—No. —Mi mano atrapa su muñeca, el pulgar encontrando su pulso. La arteria radial late a ciento cuarenta pulsaciones por minuto ahora—. El objetivo de esta noche era que me encontraras. Que dejaras de esconderte tras mensajes en papel doblado y sombras. Que admitieras lo que tu cuerpo ya sabe.

—¿Que eres un psicópata que se cuela en mi casa?

—Que eres mía. —Presiono mi pulgar con más fuerza contra su pulso acelerado—. Lo has sido desde la primera Polaroid. Desde antes de eso, cuando empezaste a buscarme en la oscuridad. Tu cuerpo sabía que yo estaba ahí antes de que tu mente lo entendiera.

—Siete cuerpos —susurra de repente, y hay algo en su voz que no es miedo—. ¿Crees que eso te convierte en mi salvador? Eran siete testigos que podrían haber testificado contra Neumann. Siete pruebas que destruiste.

La observación es tan inesperadamente inteligente que agudiza mi deseo, y mi verga se endurece dolorosamente contra la cremallera. Cuando me inclino, mi erección presiona contra su estómago a través de nuestra ropa. Sus ojos se abren de par en par ante la evidencia de lo que me provoca.

—Nueve cuerpos —la corrijo—. Y no eran testigos. Eran amenazas. Hombres que pensaron que podían mirarte, desearte, acercarse a ti.

—Esa no es tu decisión.

—Todo lo que te concierne es mi decisión ahora. —Suelto su muñeca, dejo que mis dedos recorran su brazo, sintiéndola temblar —. Lo que vistes. Adónde vas. Con quién hablas. Quién vive después de mirarte.

—No soy tuya.

—¿O no? —Saco la Polaroid de mi bolsillo. Papel negro esta vez, tomada durante las interminables horas de anoche mientras la observaba dormir a través de mis cámaras—. Tu cuerpo dice lo contrario. La forma en que te frotas contra mi muslo dice lo contrario.

Se queda quieta, al parecer dándose cuenta de que se ha estado moviendo contra mí. El sonrojo se extiende por su cuello y desaparece bajo el escote de su vestido.

—Eres un enfermo —susurra, pero sus caderas no se han detenido por completo.

—Y te gusta. —Meto la fotografía en el escote de su vestido, mis dedos rozando la piel caliente de su pecho por un instante. Ella jadea ante el contacto, y siento el latido de su corazón contra mis nudillos. Salvaje, desesperado—. Te gusta que alguien te vigile. Te proteja. Mate por ti.

—No he pedido nada de esto.

—No tenías por qué. —Me inclino más, mis labios casi rozando los suyos—. Tu cuerpo lo pide cada vez que te pones ese camisón para dormir. Cada vez que miras por la ventana a las tres de la mañana preguntándote si te estoy observando. Cada vez que besas mis Polaroids como si fueran cartas de amor.

Su aliento tiembla contra mi boca. —Debería estar aterrorizada de ti.

—Deberías estarlo. —Retrocedo lo suficiente para ver sus ojos, abiertos y oscuros de deseo—. Soy todo aquello de lo que tu padre te advirtió. Todo aquello de lo que deberías huir. Pero no huirás, ¿verdad, pequeña Faith? Porque una parte de ti ha estado esperando a alguien como yo. Alguien que ve más allá de la máscara.

—No me conoces.

—Sé que sueñas con la violencia. Sé que te despiertas empapada con pensamientos de venganza. Sé que has estado planeando la destrucción de Neumann con la paciencia de una santa y la dedicación de una pecadora. —Mi mano encuentra su garganta, sin

apretar, solo descansando ahí, sintiendo su pulso acelerarse bajo mi palma—. Te conozco mejor que tú misma.

—Déjame ir. —Pero no se aparta de mi contacto.

—Nunca. —La palabra sale como un gruñido—. No te dejaré ir hasta que el último aliento abandone tu cuerpo. Y probablemente ni siquiera entonces, porque no se me da bien compartir, ni siquiera con la muerte.

Me mira fijamente, algo cambia en esos ojos avellana. No es rendición, no del todo. Pero es reconocimiento. De lo que soy. De lo que es esto. De en lo que nos estamos convirtiendo juntos.

—Me lo suplicarás —le digo, retrocediendo de repente, apartando por completo mi cuerpo del suyo. Se tambalea hacia adelante sin mi apoyo, y su mano vuela hacia la pared para mantenerse en pie—. Me suplicarás que te toque. Que te tome. Que te haga mía de todas las formas que importan.

—Nunca.

—Mañana —digo, arreglándome los puños como si hubiéramos estado hablando del tiempo en lugar de ahogarnos en tensión sexual —. La Polaroid tiene instrucciones. Síguelas, o me encargaré de Neumann de forma permanente. Y, pequeña Faith… cuando me encargo de algo de forma permanente, no quedará lo suficiente para tu plan de doce años. No quedará lo suficiente ni para que Dios lo reconozca.

Me doy la vuelta para marcharme, luego me detengo y miro por encima del hombro. —Ah, ¿y Faith? La próxima vez que huyas de mí, no seré tan delicado cuando te atrape.

La dejo allí, temblando contra la puerta, la excitación y la furia luchando en esos ojos avellana. Mi polla late con cada paso que me aleja de ella, exigiéndome que regrese, exigiéndome que la reclame. Pero esto no se trata de destrozarla. Se trata de hacer que venga a mí. De hacer que elija al pecador por encima del santo.

El sonido de su respiración agitada me sigue por el pasillo, cada exhalación un recordatorio de aquello de lo que me estoy alejando. De aquello por lo que volveré.

Mañana encontrará las instrucciones en esa Polaroid negra, la foto de esa sonrisita torcida que se dibuja en sus labios justo antes de su primer sorbo de café cada mañana. Mañana tendrá que elegir: su plan de doce años o aceptar mi protección por completo. Pero ya sé

lo que escogerá. Su cuerpo ya eligió en el momento en que se frotó contra mi muslo.

Toda una vida sin dormir como es debido, y por fin, algo por lo que merece la pena seguir despierto.

Mi pequeña Faith. Tan valiente en su furia. Tan hermosa en su negación.

9 - Faith

La caminata de doce manzanas desde el hotel debería llevar quince minutos. Me lleva cuarenta, deteniéndome cada pocos pasos para recuperar el aliento, para apretar los muslos para mitigar el dolor que él dejó. Las llaves se me escurren de los dedos temblorosos y tintinean contra el suelo del pasillo. El sonido retumba demasiado fuerte en el corredor vacío, anunciando mi desmoronamiento a cualquiera que escuche. El vestido se me pega al cuerpo, húmedo de sudor a pesar del frío de noviembre que se cuela por las viejas ventanas del edificio.

Finalmente, consigo abrir la cerradura al tercer intento. El apartamento me recibe con sus sombras familiares, pero nada se siente igual. Él ha estado aquí. En cada rincón, tocando mis cosas, estudiándome mientras yo dormía. El espacio que era solo mío ahora también le pertenece a él.

Rosetti. El nombre me quema la mente como un hierro al rojo vivo. El enemigo de mi padre. La familia a la que llama el cáncer de Chicago. Y el más joven —Luca—, de quien hasta los policías más curtidos susurran con temor.

Me apoyo en la puerta cerrada, con las piernas de repente débiles, y un recuerdo me golpea con fuerza. Uno que he enterrado tan profundo que casi me había convencido de que nunca sucedió.

Tenía dieciséis años. Cuatro años después del asesinato de mamá, dos años después de empezar mi cuidadosa planificación.

El recuerdo es tan vívido que me deslizo por la puerta hasta sentarme en el suelo, transportada de vuelta a aquella noche.

Simon Putney. Uno de los compañeros de póquer de Neumann, siempre en sus eventos de caridad. Lo había estado observando porque formaba parte del círculo de Neumann; solo estaba aprendiendo sus patrones, me decía a mí misma.

Pero esa noche, al pasar por su casa de piedra rojiza después de mis horas de voluntariado en la biblioteca, vi a través de la ventana

de su sala. Su esposa en el suelo, con el labio ensangrentado, suplicando. Él, de pie sobre ella con el cinturón en alto.

No pensé. No planeé. Simplemente actué.

La puerta trasera estaba sin cerrar; estos ricachones nunca creen que alguien se atrevería. Me deslicé dentro mientras él todavía estaba en la sala, mientras su esposa sollozaba tras la puerta cerrada de un baño. Lo encontré veinte minutos después en su estudio, bebiendo whisky como si no acabara de dejar a su esposa molida a golpes.

El GHB era de las viejas recetas de mi madre; lo había investigado obsesivamente después de leer sobre las drogas para la violación en citas, pensando que necesitaba protegerme. Nunca imaginé que usaría ese conocimiento de esta manera. La dosis tenía que ser perfecta: suficiente para paralizar, no para matar.

Cuando sus músculos se agarrotaron, cuando podía ver y oír pero no moverse, acerqué una silla. Mis manos estaban firmes. Mi voz no temblaba.

—Tomé fotos —mentí, pero él no tenía forma de saberlo—. De los moratones de tu esposa. De la sangre en la alfombra. Con fecha y hora. —Me incliné más, percibiendo el olor a su whisky y a su sudor de miedo—. Sé que trabajas en Neumann Pharmaceuticals. Sé que juegas al golf con él los domingos. Imagina si supiera lo que le haces a tu esposa. Imagina si todos en el club de campo lo supieran.

Sus ojos se abrieron de terror. Bien.

—Pero peor que eso —continué, con mi voz de dieciséis años inquietantemente tranquila—, sé dónde vives. Entré esta noche. Puedo volver a entrar. Y la próxima vez… —Saqué una jeringa vacía del bolsillo, una que había cogido de la basura de la enfermería del colegio—. La próxima vez la dosis será diferente.

Me quedé hasta que la parálisis desapareció, tres horas después. Lo observé probar cada extremidad, vi cómo se daba cuenta de que una adolescente lo había dejado completamente indefenso.

—Tu esposa te va a dejar —le dije mientras luchaba por incorporarse—. No te opondrás. Le darás todo lo que quiera. O volveré.

Su esposa solicitó el divorcio dos semanas después. Él no se opuso.

Esa noche, escribí en mi diario: «No soy mi madre. No soy una víctima».

Pero debajo, en letras más pequeñas, escribí la verdad: «Me sentí bien».

El recuerdo se desvanece, dejándome sin aliento en el suelo de mi apartamento. Esa chica —la que paralizó a un hombre adulto y lo amenazó mientras no podía moverse— siempre ha estado aquí. Oculta bajo cárdigans, carnés de biblioteca y sonrisas de catequesis.

Y de alguna manera, Luca Rosetti la vio. La reconoció en la forma cuidadosa en que esquivo las preguntas, en las galas farmacéuticas a las que asisto, en algo invisible para todos los demás, pero tan claro como la sangre para él.

«Nueve cuerpos», su confesión resuena en mi mente mientras me esfuerzo por ponerme de pie. Nueve hombres muertos porque me miraron mal.

La chica de dieciséis años que drogó a Simon Putney susurra: *¿Solo nueve?*

El calor me inunda, mis muslos se contraen al recordar su cuerpo presionándome contra esa puerta. La presión fantasma de su muslo entre mis piernas me hace jadear, y me apoyo en la pared.

Necesito una ducha. Necesito lavar esta sensación, esta perversión que me hace humedecerme en lugar de horrorizarme. Pero ahora sé la verdad: no es perversión lo que intento lavar.

Es reconocimiento.

Porque Luca Rosetti no me está corrompiendo. Solo es la primera persona en ver lo que ya estaba allí.

Mis manos tiemblan mientras abro el agua, poniéndola al máximo. Pero incluso bajo el chorro, incluso frotando mi piel hasta dejarla rosada, no puedo borrar el recuerdo de esos ojos helados. No puedo dejar de sentir su aliento en mi cuello.

La ducha no sirve de nada. Sigo temblando cuando salgo, sigo sintiéndolo en todas partes. Mi apartamento se siente diferente ahora, cargado con la certeza de que está observando. De que siempre ha estado observando.

Intento vestirme, pero la ropa se siente extraña contra mi piel sensible. El camisón de algodón que cojo me recuerda lo que me puse para él, sabiendo que miraba. Todo me recuerda a él. Siento la piel demasiado tirante, cada terminación nerviosa viva.

Me desplomo en mi cama envuelta solo con mi toalla, el agua de mi pelo goteando sobre las sábanas. Esto está mal. Todo sobre esto está mal. Es un asesino, un Rosetti, todo aquello sobre lo que mi

padre me advirtió. El tipo de hombre que destruye a la gente por deporte.

Pero mis dedos ya se deslizan por mi estómago, persiguiendo el recuerdo del calor.

—No —susurro a la habitación vacía—. Esta no soy yo.

Excepto que a mi cuerpo no le importa lo que debería o no debería ser. Mis dedos encuentran el espacio entre mis muslos y un sonido roto se escapa de mi garganta. Estoy tan húmeda que me sorprende; lo he estado desde que apretó su muslo entre mis piernas y me hizo restregarme contra él como un animal en celo.

El recuerdo de estar atrapada contra esa puerta me inunda. Su voz, áspera como cristales rotos: «Pequeña Faith». La forma en que lo dijo, como si fuera dueño de cada sílaba. Como si fuera mi dueño.

Mis dedos encuentran ese punto sensible, y me odio por mi propio tacto. Las sábanas debajo de mí son ásperas contra mi piel hipersensible. Imagino sus manos en lugar de las mías, esos dedos que revelan fotografías con tal precisión haciéndome cosas terribles y maravillosas.

—Luca —jadeo, su nombre derramándose de mis labios mientras me introduzco dos dedos.

La confesión lo empeora todo, lo hace real. Me estoy tocando pensando en un hombre que mata por mí. Que me mira dormir. Que sabe exactamente lo ansiosa que estoy por él en este mismo momento porque probablemente me está mirando a través de sus cámaras.

Ese pensamiento, él observando esto, viéndome deshacerme con su nombre en mis labios, me empuja al límite. Todo se hace añicos, un placer tan intenso que se siente como romperse en pedazos. Mi espalda se arquea sobre la cama, un grito arrancado de mi garganta.

Luego vienen las lágrimas. Lágrimas calientes y furiosas que se mezclan con el agua que aún gotea de mi pelo. ¿Qué clase de persona se corre pensando en un asesino? ¿Qué clase de mujer se excita recordando ser cazada por los pasillos?

Yo, al parecer. En esto me he convertido.

La medianoche llega y se va. Dormir es imposible.

A las 2 a. m., la pantalla de mi portátil brilla demasiado en la oscuridad, pero no puedo dejar de buscar. «Luca Rosetti Chicago» no produce casi nada. Algunas fotos de sociedad donde es una mancha

borrosa en el fondo. Menciones en informes criminales que nunca lo nombran directamente. Sombras y rumores, nada sólido.

«El psicópata de los Rosetti», lo llaman en un foro. «El hermano mediano que se encarga del trabajo sucio de la familia». Esa frase otra vez. Trabajo sucio. Un término tan limpio para algo tan sangriento.

El apellido Rosetti aparece en casos federales, siempre como «personas de interés», nunca condenados. Son dueños de jueces, son dueños de policías. Son los dueños de Chicago.

Profundizo más, siguiendo migas de pan digitales a través de foros y archivos de noticias. «Si Luca Rosetti sabe tu nombre, ya estás muerto», publicó alguien hace tres años. Las respuestas van desde el escepticismo hasta el terror.

Un comentario me hiela la sangre: «Los Rosetti no solo te matan. Te borran. Tu familia olvida tu nombre».

Se me revuelve el estómago. Tony. El barista que se reportó enfermo y nunca volvió. Patterson, que dejó de venir a la biblioteca. ¿Cuántos más?

Admitió nueve. Pero a medida que leo más informes, más desapariciones que coinciden con mi línea de tiempo, me doy cuenta de que son más. Muchos más. El obrero de la construcción que me piropeó hace dos semanas. El borracho que me agarró del brazo fuera de un bar. El repartidor que se quedó demasiado tiempo en mi puerta.

Ha estado matando por mí durante semanas. Eliminando a cualquiera que me hiciera sentir incómoda, que mirara demasiado tiempo, que se atreviera a desear lo que él considera suyo.

Cuerpos en el río, en contenedores de basura, disueltos en los productos químicos que sea que use en ese sótano del que susurran. Todo por mí. Una mujer con la que ni siquiera había hablado hasta esta noche.

Busco más.

El cajón donde guardo sus Polaroids me atrae como la gravedad. Ocho promesas de papel perfectas. «Protegida». «Duerme bien». «Respira». Cada una, un paso hacia este momento. Desdoblo la de esta noche, trazo su caligrafía. Hasta sus letras parecen peligrosas.

El collar de la cruz pesa en mi palma, el oro tibio por haber estado contra mi garganta toda la noche. Lo he llevado todos los días desde que mamá murió, desde que cumplí doce años y mi mundo se

derrumbó. Un recordatorio para ser buena, para ser fiel, para confiar en el plan de Dios.

Pero el plan de Dios probablemente no incluía ponerme cachonda por un hombre que mata como si respirara.

Pongo la cruz en mi mesita de noche, incapaz de soportar su peso por más tiempo. La buena chica católica que la llevó a la gala ya no existe. Quizá nunca existió. Quizá solo era una máscara que usaba para sobrevivir, para parecer normal, para encajar en un mundo que rechazaría a mi verdadero yo.

Mi verdadero yo, que investiga a asesinos a las 2 de la mañana. Que se corre con el nombre de un asesino en los labios. Que no puede dejar de pensar en ojos fríos que prometen violencia y protección a partes iguales.

Me muevo para sentarme en mi escritorio, de cara a la esquina donde siempre me he sentido observada. Si tiene cámaras, estarían ahí. Mi pulso se acelera.

—Sé que estás mirando, Luca.

Las palabras quedan suspendidas en la habitación vacía. Decir su nombre en voz alta hace que mis muslos se contraigan, me hace recordar su voz ordenándome que lo repitiera.

—Has estado observando todo este tiempo. A través de tus cámaras, a través de mis ventanas, en cada momento que pensé que estaba sola. —Mi voz se vuelve más fuerte, furiosa—. Acabo de… tocarme pensando en ti. Me he corrido con tu nombre en mis labios mientras mirabas.

La admisión me quema la garganta, pero continúo.

—¿Estás contento? ¿Es esto lo que querías? ¿Arruinar mis planes cuidadosamente trazados? ¿Destruir años de paciencia en una noche? —Mis manos se aferran al borde del escritorio—. Ahuyentaste a mi objetivo. Lo hiciste huir. Y ahora también me has arruinado a mí. Ya ni siquiera puedo usar mi cruz porque estoy demasiado manchada para ella.

La hermana Catherine diría que estoy confraternizando con el diablo. Tendría razón. Pero el diablo sabe mi nombre, y Dios ha guardado silencio.

El silencio me responde, pero sé que está escuchando. Siempre está escuchando.

Mi teléfono vibra de inmediato, la pantalla se ilumina con un número desconocido. Mi corazón late con fuerza mientras lo cojo,

sabiendo ya quién es.

—Di mi nombre otra vez.

Cuatro palabras que hacen que todo mi cuerpo se encienda de calor. Debería ignorarlo, debería bloquear el número, debería tirar el teléfono. En lugar de eso, mis dedos teclean de vuelta:

—Luca.

Su respuesta es instantánea: —Otra vez.

—No.

—Lo harás. Lo gritarás.

Se me corta la respiración. Incluso a través de un texto, provoca reacciones en mi cuerpo que no puedo controlar. Mis dedos tiemblan mientras tecleo: —Te odio.

—Ódiame más fuerte.

Dios, ¿por qué eso me hace contraerme? ¿Por qué cada palabra suya se siente como un juego previo? —Estás destruyéndolo todo.

—Estoy protegiendo lo que es mío.

La posesión en esas palabras me enfurece y me excita a partes iguales. —No soy tuya.

—Tus dedos húmedos dicen lo contrario.

El teléfono se me resbala de la mano, pero cae boca arriba, y los tres puntos aparecen, para luego materializarse en palabras que no puedo ignorar.

—Pequeña Faith, contéstame o voy para allá.

La amenaza y la promesa en esas palabras me hacen recoger el teléfono y teclear furiosamente. —No te atrevas.

—Entonces pórtate bien y contéstame. ¿Te gustó? ¿Saber que te estaba mirando mientras te follabas pensando en mí?

Lanzo el teléfono al otro lado de la habitación con todas mis fuerzas. Golpea la pared con un crujido seco y se desliza hasta el suelo. La pantalla permanece oscura, rota o simplemente aturdida hasta el silencio. Pero incluso dañado, incluso silencioso, sé que él sigue ahí. Sigue mirando. Sigue poseyendo pedazos de mí que no sabía que existían.

Mañana tendré que enfrentar esta nueva realidad. Esta noche, me siento en la oscuridad, con mis dedos húmedos como prueba de mi caída, sabiendo que todo ha cambiado. La Faith que entró en esa gala ya no existe. Lo que queda es su creación: corrompida, reclamada, completamente destruida para cualquier otro.

El apartamento se sume en el silencio, solo mi respiración y los sonidos lejanos de Chicago por la noche. Debería intentar dormir. Debería al menos vestirme. Debería hacer algo que no fuera sentarme aquí desnuda bajo una toalla, pensando en unos ojos azul pálido y unas manos que matan.

Desde el otro lado de la habitación, mi teléfono vibra de repente contra el suelo. El sonido hace que se me pare el corazón. Me arrastro por el suelo para mirarlo; la pantalla, agrietada pero aún funcional, muestra un mensaje que de alguna manera ha llegado:

—3 a. m. Deja la ventana sin cerrar.

Se me para el corazón. La pantalla del teléfono marca las 2:20 a. m.

Eso es en cuarenta minutos.

Me siento en la cama, mirando el pestillo de la ventana. Mi mano se acerca a él tres veces, retrocediendo cada vez. No lo dejes entrar, grita la parte racional de mi cerebro. Llama a la policía. Huye.

Pero mis dedos trazan las palabras en su última Polaroid. «Lo entiendo».

A las 2:58 a. m., tomo mi decisión. El pestillo se queda echado. Que sepa que no soy tan fácil de reclamar como él cree.

10 - Luca

Son las 3:00 a. m. en punto.

Presiono la palma de mi mano contra el frío cristal de la ventana, probando. El pestillo se mantiene firme contra mi presión: cerrado con llave. La muy cabrona me ha dejado fuera.

Su desafío se me clava hondo, afilado e inesperado. Las tres de la madrugada, justo cuando le dije que la dejara abierta, y mi pequeña Faith ha decidido desafiarme. Se me endurece la polla al instante ante el reto, mientras la rabia inunda mi sistema como adrenalina inyectada.

Leyó mi mensaje. La vi leerlo a través de las cámaras, vi sus dedos temblar mientras procesaba mi orden. La vi caminar hasta esta misma ventana a las 2:55 a. m., quedarse aquí de pie treinta segundos y luego, deliberadamente, echar el pestillo.

El viento de noviembre me atraviesa la chaqueta, pero apenas lo siento. Todo lo que siento es la ventana cerrada bajo mi palma, la barrera que ha puesto entre nosotros. Mi aliento empaña el cristal mientras me inclino, imaginándola al otro lado, probablemente despierta, probablemente escuchando si llego.

Podría romperlo. Un golpe seco y estaría dentro, podría enseñarle exactamente lo que pasa cuando me niega algo. La fantasía hace que se me dispare el pulso: ella despertando con un jadeo para encontrarme de pie junto a su cama, esos ojos color avellana muy abiertos de miedo y de algo más oscuro.

Pero no. Eso sería arrebatar. Quiero que me lo dé. Quiero que ella misma abra esta ventana, que invite al monstruo a entrar, que me suplique por lo que solo yo puedo darle.

Me aparto, estudiando su apartamento en la oscuridad. Tercer piso, la esquina. Salida de incendios en el lado este. Siete posibles puntos de entrada si quisiera forzarla. Pero ya no se trata de forzar. Se trata de hacer que me elija a mí, que elija esto, que elija dejar entrar al diablo.

Bajo al nivel de la calle justo cuando mi móvil vibra. Marco: «¿Dónde coño estás?».

Lo ignoro. Él puede esperar. La familia puede esperar. Todo puede esperar mientras estoy aquí de pie en la oscuridad, tres pisos por debajo de la mujer que se atrevió a dejarme fuera.

Movimiento en su ventana. La cortina se mueve ligeramente y sé que está observando. Bien. Que vea lo que se está negando. Que vea lo que la espera en las sombras.

Saco mi móvil, escribo con una mano sin apartar la vista de su ventana.

—Mi valiente y pequeña Faith, dejando fuera al diablo.

La cortina cae de inmediato. Aparecen tres puntos, desaparecen, vuelven a aparecer. Luego:

—El diablo no estaba invitado.

—El diablo no necesita invitaciones. Toma lo que le pertenece.

—No le pertenezco a nadie.

La mentira me hace sonreír, esa sonrisa perversa que la pondría húmeda si pudiera verla. Porque sí le pertenece a alguien. Me pertenece desde la primera Polaroid, desde antes incluso, desde el momento en que la vi en esa iglesia leyéndoles a los niños mientras yo me deshacía de un problema.

—Tu coño dice lo contrario. Sigues pensando en lo de anoche, ¿a que sí?

No hay respuesta. Pero la cortina vuelve a moverse. Sigue ahí, sigue observando. Mi polla presiona dolorosamente contra mi cremallera, exigiendo una atención que no le daré. Todavía no. No hasta que sea ella quien se la dé.

Es hora de cambiar de táctica. Vuelvo a mi coche, necesito distancia antes de hacer algo que rompa nuestro juego. Algo que termine con ella debajo de mí, gritando mi nombre mientras le demuestro exactamente quién es su dueño.

A las nueve de la mañana estoy aparcado fuera de St. Mary's, observando a través de mi móvil cómo entra en la iglesia. Dudó en la puerta durante treinta segundos, con la mano en el pomo de latón como si pudiera quemarla. Bien. Debería dudar. Debería sentir el peso de lo que hizo anoche, de lo que quiso hacer, de lo que hará.

Lleva un recatado vestido azul que lo cubre todo: cuello alto, mangas largas, el bajo por debajo de las rodillas. Ocultando la piel que he marcado en mi mente, si no con mi boca todavía. El vestido es

una armadura contra su propio deseo, una protección contra lo que sabe que se avecina.

A través de la cámara que instalé hace meses (originalmente por negocios, ahora reutilizada para la obsesión), la vigilo mientras toma asiento en la última fila. Suele sentarse en la tercera fila, a la izquierda. Hoy se esconde.

Su mano va a su collar de cruz, sus dedos jugueteando con el oro. Lo ha llevado todos los días desde que la observo, pero hoy lo toca como si le quemara. Como si supiera lo que hizo anoche, lo que pensó mientras sus dedos se movían entre sus muslos.

Comienza la misa. La vigilo mientras se pone de pie para los himnos, se arrodilla para rezar, pero cuando llega la comunión, se queda sentada. Una anciana a su lado le lanza una mirada de preocupación, pero Faith solo niega con la cabeza, con la vista gacha.

Demasiado culpable para comulgar. Demasiado manchada por lo que quiere de mí.

Le escribo: «Dios sabe lo que hiciste».

La vigilo a través de la cámara, veo cómo se tensa mientras su mano vuela hacia su bolso. Saca su móvil roto, la pantalla todavía resquebrajada por cuando lo estampó contra la pared anoche. El daño me hace sonreír. La prueba de cuánto la afecto, de hasta qué punto le hago perder el control.

Su cara se sonroja al leer mi mensaje, ese bonito color rosa que me hace querer ver hasta dónde le llega.

Responde tecleando en la pantalla dañada: «Dios perdona».

—Pero tú no te perdonas a ti misma.

Levanta la cabeza de golpe, sus ojos escudriñando la iglesia como si pudiera encontrarme en los bancos. Pero no estoy allí. Estoy en todas partes y en ninguna.

—Deja de vigilarme.

—Nunca.

Guarda el móvil, pero veo que al hacerlo le tiembla la mano. La misa continúa a su alrededor, pero ella ya no está presente. Está pensando en mí, en anoche, en lo que vendrá después. Puedo verlo en la forma en que se agarra al banco, con los nudillos blancos por el esfuerzo de quedarse quieta.

Cuando la misa termina, prácticamente sale corriendo, sin detenerse a charlar con los otros feligreses como de costumbre. La

sigo a distancia mientras recorre las cinco manzanas hasta su casa, observándola mirar por encima del hombro a cada pocos pasos.

Buscándome.

Queriendo verme aun cuando lo teme.

Dos de la tarde y estoy en el despacho de Marco para una reunión de emergencia sobre Detroit. Tres de su gente han atacado nuestros cargamentos esta semana, robando producto y enviando un mensaje. Este es el tipo de cosas que inician guerras, que necesitan una respuesta inmediata y decisiva.

Pero mi mente está en otra parte, observando a Faith en la biblioteca desde mi móvil.

—…necesitamos devolver el golpe con fuerza —está diciendo Alessandro—. Eliminar su almacén, dejar claro que…

Faith se inclina para ayudar a un niño pequeño a alcanzar un libro de cuentos, su vestido se sube ligeramente para mostrar la parte de atrás de sus rodillas. Una piel tan inocente, pero sé cómo se vería marcada por mis dientes.

—Luca. —La voz de Marco atraviesa mi concentración—. ¿Qué opinas?

No levanto la vista de la pantalla. Faith se está riendo de algo que ha dicho el niño, toda su cara se ilumina. Preciosa.

—¡Luca! —Alex chasquea los dedos delante de mi cara.

—Encárgate tú y punto —le espeto, sin apartar la mirada de la pantalla.

La habitación se queda en silencio. Ese tipo de silencio que precede a la violencia, donde todos contienen la respiración y esperan la explosión.

—Todos fuera —dice Marco en voz baja. Demasiado baja.

Las sillas se arrastran. Pasos que se alejan. La puerta se cierra con un suave clic que suena como un disparo.

—Mírame.

Finalmente arranco los ojos del móvil. Marco está de pie detrás de su escritorio, con las manos planas sobre la superficie de caoba. Se parece a nuestro padre cuando está a punto de ordenar la muerte de alguien.

—¿Qué coño te pasa?

—Nada.

—¿Nada? —Se mueve alrededor del escritorio, cada paso medido —. Tres cargamentos atacados. Doce millones en producto perdidos.

Nuestra gente esperándonos para que respondamos. ¿Y tú estás mirando tu puto móvil como un adolescente?

—Me estoy encargando.

—No te estás encargando de nada. —Ahora está frente a mí, mirándome desde arriba donde estoy sentado—. Estás vigilando a esa chica en lugar de proteger a esta familia.

—Puedo hacer ambas cosas.

—Demuéstralo. —Se apoya en el escritorio, con los brazos cruzados—. Esta noche. Gael Zapatero. El FBI lo captó hace dos semanas. Hay que encargarse de él.

Zapatero. Conozco el nombre, conozco la dirección, sé que debería ser limpio y rápido. Una bala en la cabeza, el cuerpo disuelto en productos químicos, a la familia se le dice que se fugó con alguna amante.

—Bien. —Pero mis ojos se desvían de nuevo hacia mi móvil. Faith le está leyendo a un grupo de niños ahora, animada, viva, perfecta.

Marco me arrebata el móvil de la mano. Sus ojos se entrecierran al ver lo que hay en la pantalla. Faith, rodeada de niños, con esa sonrisa inocente que oculta lo que realmente es.

—Joder, Luca. —Me lanza el móvil—. Estás completamente jodido.

—Ella está bien.

—Es un riesgo. —Marco vuelve a su silla, de repente con aspecto agotado—. ¿La hija del juez? ¿Sabes lo que pasa si esto sale mal?

—No saldrá mal.

—Ya está saliendo mal. Estás distraído. Eres un chapucero. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

Dormir. Recuerdo dormir, antes de empezar a vigilarla. Cuando las noches eran para trabajar, para resolver problemas, para ser el caballo de batalla de la familia. Ahora las noches son para ella. Para verla respirar. Para dejarle regalos. Para asegurarme de que sabe que está protegida.

—No necesito dormir.

—Lo que necesitas es que te miren la puta cabeza. —Pero ahora hay algo más en su voz. No solo rabia. Preocupación—. Esto no es propio de ti.

Tiene razón. El antiguo Luca se habría encargado de Zapatero hace semanas. Habría planeado la destrucción de Detroit hasta la

última molécula. Habría sido el soldado perfecto, el bisturí quirúrgico de la familia.

Pero el antiguo Luca no había conocido a Faith. No la había visto aprender a doblar mensajes de papel en respuesta. No la había sentido restregarse contra su muslo mientras negaba que lo deseara.

—Encárgate de Zapatero esta noche —dice Marco finalmente—. Limpio. Profesional. Demuestra que todavía puedes hacer el trabajo. Luego hablaremos de tu… situación.

Me levanto para irme, pero su voz me detiene en la puerta.

—¿Luca? Si compromete a esta familia, me encargaré de ella yo mismo.

La amenaza hace que algo violento se revuelva en mi pecho. La idea de que Marco toque a Faith, hiera a Faith, incluso mire a Faith, me da ganas de pintar las paredes con su sangre. Sea mi hermano o no.

—No la tocarás.

—Entonces asegúrate de que no tenga que hacerlo.

Zapatero tarda una hora en morir. Más sucio de lo que debería. Más ruidoso. Marco se enterará de esto, sabrá que no seguí las órdenes. Pero Marco no lo entiende. Esto ya no es solo trabajo. Ahora todo gira en torno a ella. La violencia, la obsesión, la necesidad de poseer y proteger y destruir cualquier cosa que se interponga entre nosotros.

Para cuando termino, es más de medianoche. Mi ropa está arruinada, la sangre ha traspasado hasta la piel. Tendré que quemarlo todo, ducharme en el piso franco antes de ir a verla.

Porque voy a ir a verla. Esta noche. No para tomar nada, sino para dejar algo. Para intensificar nuestro juego.

Dos de la madrugada y estoy de nuevo en su dormitorio. Está dormida, acurrucada de lado, una mano metida bajo la almohada donde espera el cuchillo que afilé. La misma posición en la que duerme siempre, excepto que esta noche lleva ese camisón de seda. El que se puso para mí antes de saber mi nombre.

Sabe que voy a venir. Sabe que no puedo mantenerme alejado.

He traído dos cosas. Primero, un vestido. De seda roja que se adherirá a cada curva, mostrará suficiente piel como para que los hombres se queden mirando, se vuelvan estúpidos, se conviertan en objetivos. Cuando se lo ponga, se declarará mía. Reclamándome tanto como yo la reclamo a ella.

Segundo, las bragas que llevaba anoche. Las que estaban empapadas con su excitación, con la prueba de lo que le provoco. Las he mandado limpiar, planchar, doblar perfectamente. El mensaje es claro: tomo lo que quiero, pero lo devuelvo cambiado. Mejorado.

Coloco ambas cosas en su almohada, justo donde las verá cuando se despierte. El vestido cuidadosamente extendido, las bragas encima, una nota metida entre ellas:

«Para cuando estés lista para suplicar».

Se mueve entre sueños, murmurando algo. Me quedo helado, observando su rostro en la tenue luz de la calle. Tan hermosa. De aspecto tan inocente, aunque conozco la oscuridad que vive dentro de ella. La violencia con la que sueña.

Somos iguales, ella y yo. Ambos fingiendo ser humanos.

Su móvil roto descansa en la mesilla de noche, el patrón de telaraña en la pantalla atrapando la luz de la farola. Prueba de su pérdida de control, de a lo que la llevo. Podría enviar otro mensaje, despertarla, hacer que me vea de pie aquí. Pero esto es mejor. La anticipación. El saber que se despertará y descubrirá que he vuelto a estar aquí, que ningún lugar está a salvo de mí, que las ventanas cerradas no significan nada cuando le perteneces a alguien de la forma en que ella me pertenece a mí.

Estoy en la puerta, con la mano en el pomo, cuando lo oigo.

—Luca.

Mi nombre en sus labios dormidos. Lo ha dicho antes. Pero oírlo ahora, inconsciente y sin defensas, susurrado como una oración o una invocación, golpea de otra manera. Este es su subconsciente reclamándome, soñando conmigo, incapaz de escapar de mí ni en sueños.

Me quedo paralizado, cada músculo tenso mientras la vigilo moverse en la oscuridad. Sigue dormida. Sigue soñando. Pero soñando con el verdadero yo. El monstruo que acaba de dejarle unas bragas limpias en la almohada como tarjeta de visita. El Rosetti desquiciado que sabe que no debería desear.

Se me pone la polla dolorosamente dura, y tengo que agarrarme al marco de la puerta para no volver. Para no despertarla y hacer que lo diga de nuevo mientras esté consciente, mientras esté dentro de ella, mientras lo esté gritando.

Mañana. Mañana se pondrá mi vestido rojo, reclamándome tan seguro como yo la he reclamado a ella. Ambos sabiendo exactamente lo que estamos eligiendo.

11 - Faith

Mis bragas.

Limpias, planchadas, dobladas con precisión quirúrgica y colocadas sobre mi almohada como una tarjeta de visita. Las de seda negra que llevé a la gala, las que estaban empapadas con la evidencia de lo que él me hace, ahora impolutas y esperando a que las encontrara.

Estoy paralizada en el umbral de mi habitación, con la toalla envuelta alrededor del cuerpo después de la ducha, el agua goteándome por las piernas mientras contemplo la profanación sobre mi cama. Seis horas desde que lo dejé fuera. Seis horas de sueño intranquilo, soñando con ojos gélidos y manos que matan. Y mientras yo dormía, él estuvo aquí. Dentro de mi apartamento. Dentro de mi dormitorio. Tocando mis cosas.

En mi estado de somnolencia, había ido al baño a trompicones al despertar, apenas abriendo los ojos.

Ahora lo veo. Debajo de las bragas, una seda roja se derrama sobre mis sábanas blancas como la sangre.

Me tiemblan las manos mientras me acerco, sabiendo ya lo que es, temiendo ya el mensaje que envía.

Un vestido. El tipo de vestido que hace declaraciones, marca territorio, inicia guerras. El tipo de vestido que dice que pertenezco a alguien peligroso.

Mi teléfono vibra antes de que pueda procesar ninguno de los dos regalos. Número desconocido, pero reconozco esas palabras:

—Póntelos.

Mis dedos responden, la furia los vuelve torpes: —Jodido enfermo.

—Chorreabas en ellas. —Su respuesta es inmediata, como si hubiera estado esperando.

El calor me inunda la cara, mis muslos se aprietan al recordarlo. —Voy a llamar a mi padre.

—No, no lo harás.

Tiene razón. No lo haré. Ambos lo sabemos. En lugar de eso, levanto el vestido, lo sostengo contra mi cuerpo. El espejo me muestra cómo me vería con él puesto: peligrosa.

—Póntelo cuando estés lista para mí —dice su siguiente mensaje.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque quieres ver qué pasa después.

Lanzo el teléfono sobre la cama, necesitando distancia de sus palabras, de la verdad que encierran. La seda se desliza por mi piel como lo harían sus manos, marcándome como suya incluso mientras me doy la vuelta. El vestido me queda perfecto. Por supuesto. Ha memorizado mi cuerpo a través de sus cámaras, conoce cada curva. Mis pezones se marcan contra la toalla, mi cuerpo me traiciona incluso en la ira.

En su lugar, me pongo unos vaqueros y un cárdigan, el uniforme de alguien inofensivo, alguien que no sueña con la violencia, alguien que ni siquiera piensa en asesinos.

La biblioteca me necesita a las ocho para la formación de voluntarios. Gente nueva a la que enseñar a leer a los niños, a ser gentiles y amables y todo lo que yo ya no soy.

Veinte minutos después, estoy en la sección infantil, rodeada de colores primarios e inocencia, explicando nuestro programa de lectura a tres nuevos voluntarios. Dos jubilados en busca de un propósito y Janine Chapman, recién salida de Northwestern con su título en educación y un entusiasmo que me oprime el pecho.

—Los niños pueden ser tímidos al principio —les digo, sacando libros ilustrados de las estanterías—. Pero si son pacientes, se abrirán. Los libros son espacios seguros para ellos.

Janine se aferra a cada palabra, tomando notas en un cuaderno arcoíris, su coleta rubia rebota cuando asiente. Veintidós años, ojos brillantes, confiada. Me recuerda a mi madre, de alguna manera.

La campanilla de la puerta de la biblioteca suena a las ocho y media. Trent Neumann entra como si el lugar fuera suyo, lo que técnicamente es en parte: gran donante, miembro de la junta, depredador con piel de filántropo.

—¡Señorita Winters! —Su voz resuena en toda la biblioteca, demasiado alta para el lugar—. Justo la persona que quería ver.

Se me revuelve el estómago, el ácido me quema la garganta. Pero me pongo mi sonrisa de bibliotecaria. —¿Señor Neumann, qué le trae por aquí hoy?

—La inspección trimestral de nuestras inversiones benéficas. —Se acerca a nuestro pequeño grupo, pero sus ojos ya han encontrado su objetivo. Se clavan en Janine como un halcón que divisa un conejo. Esa misma evaluación sexual disfrazada de interés profesional que he visto en mil recuerdos.

—¿Y quién es esta joven tan dedicada? —Le extiende la mano a Janine, sujetándola un instante de más cuando ella se la estrecha.

—Janine Chapman, señor. Acabo de graduarme en Northwestern. Educación infantil con una especialización en biblioteconomía.

—Extraordinario. —Su pulgar le roza la muñeca antes de soltarle la mano—. Tanta dedicación en alguien tan joven. Sabe, siempre estamos buscando mentes brillantes en Neumann Pharmaceuticals.

A Janine se le agrandan los ojos. —¿De verdad?

—Por supuesto. De hecho, estamos lanzando una nueva iniciativa educativa. Llevando el conocimiento farmacéutico a los niños pequeños, enseñándoles sobre salud y bienestar. —No ha apartado la vista de ella ni una sola vez—. Creo que los entornos grupales diluyen la experiencia de aprendizaje. El verdadero crecimiento ocurre con atención focalizada, ¿no estaría de acuerdo, señorita Chapman?

—Yo… sí, eso tiene sentido.

Su mano encuentra el hombro de ella, sus dedos presionando con un peso posesivo, un toque que parece paternal pero que se siente como de propiedad. El mismo toque posesivo que vi en esas viejas fotos de él con mi madre en la recaudación de fondos del hospital, semanas antes de que ella muriera.

—Considérelo una pasantía remunerada. Yo la guiaría personalmente. Sesiones individuales donde realmente podamos centrarnos en su desarrollo.

—Eso es increíblemente generoso —musita Janine, prácticamente resplandeciente.

—Tonterías. Invertir en jóvenes talentos es cómo cambiamos el mundo. ¿Por qué no pasa por mi oficina la próxima semana? Podemos discutir su futuro en un entorno más… íntimo.

Me tiemblan las manos mientras finjo ordenar libros, observándolo colocarse más cerca de Janine, observándola a ella dejarse llevar por su atención, completamente inconsciente de que está siendo preparada por alguien que colecciona mujeres jóvenes como trofeos.

—Haré que mi asistente la llame —dice él, soltando finalmente su hombro pero dejando su mano suspendida cerca de su espalda—. Organizaremos algo privado. Solo nosotros.

—Eso suena perfecto, señor Neumann.

Finalmente vuelve a prestarme atención, con esa sonrisa ensayada que nunca flaquea. —Señorita Winters, ha formado a una excelente voluntaria. Estoy seguro de que la echará de menos cuando pase a cosas más grandes.

La amenaza en sus palabras es sutil pero clara: no interfieras.

Después de que se va, Janine prácticamente flota durante el resto de la formación, incapaz de concentrarse en nada que no sea su increíble oportunidad. Los jubilados la felicitan. Yo me muerdo la lengua hasta sangrar.

Alcanzo a Janine antes de que se vaya, mi mano en su brazo quizá demasiado apretada.

—Sobre la oferta del señor Neumann —digo con cuidado—. Por favor, ten mucho cuidado.

Su rostro se torna confuso. —¿Por qué? Es una oportunidad increíble.

—Solo… asegúrate de no estar nunca a solas con él.

—Ese es un consejo raro, Faith. Dijo que sería una tutoría individual.

—Lleva a una amiga. Quedad en lugares públicos. Por favor.

Ella se suelta del brazo, mirándome como si me hubiera salido una segunda cabeza. —¿Te encuentras bien? Estás siendo muy paranoica.

—Estoy tratando de proteger…

—¿De qué? Es un hombre de negocios respetado. Un filántropo. Mis padres estarán muy orgullosos cuando se lo cuente. —Retrocede hacia la puerta—. Quizá deberías tomarte la tarde libre. Pareces estresada.

Y entonces se va, llevándose su inocencia y confianza con ella. He fracasado. La advertencia sonó descabellada. ¿Cómo se dice «mató a mi madre» sin pruebas, sin sonar trastornada?

Pasan tres días. Tres días viendo a Janine resplandecer por su próxima oportunidad. Tres días de intentos fallidos de advertirla. Tres días de pesadillas sobre la historia repitiéndose.

A las nueve de la noche, estoy en mi portátil, rebuscando en registros que ya me sé de memoria. El programa de pasantías de

Neumann Pharmaceuticals. Tres víctimas en cinco años, todas siguiendo el mismo patrón de silencio. Lola Nguyen, contratada en enero, se fue en julio. Presentó una denuncia por acoso que fue retirada en cuarenta y ocho horas. Ahora trabaja en Seattle, no devuelve las llamadas, no habla con los periodistas.

Jennifer Park. Seis meses en la empresa, luego silencio absoluto. Un vacío en su historial laboral que grita trauma. Cuando reaparece, está en terapia, trabajando en una tienda.

Amanda Phillips. La peor. Brillante, ambiciosa, se parecía un poco a mi madre en la foto de la empresa. Duró tres meses antes del intento de suicidio. Los registros del hospital están sellados, pero he reconstruido el patrón. Las coacciona, las rompe, asegura su silencio con acuerdos de confidencialidad y amenazas. Tres víctimas que aprendieron que hablar tiene un precio más alto que permanecer en silencio.

Mi madre fue la única que luchó con la suficiente fuerza como para morir por ello.

Estoy buscando más registros cuando mi teléfono vibra con una alerta de noticias. Sección de entretenimiento, ¿por qué tengo eso activado? Pero el titular hace que se me hiele la sangre:

«Gigante farmacéutico asiste a estreno de cine»

La foto se carga lentamente en mi viejo portátil. La mano de Neumann en la cintura de Janine, posesiva, autoritaria. La misma mano que estaba sobre mi madre en esas fotos del hospital que encontré. La historia repitiéndose mientras yo esperaba pacientemente, jugando según las reglas que protegen a los hombres poderosos. Ella lleva un vestido caro que sé que no es suyo, con aspecto abrumado pero sonriente, interpretando a la perfección el papel de la ingenua.

Otra foto. Él guiándola hacia la entrada del cine, su mano ahora en la parte baja de su espalda, dirigiéndola hacia la oscuridad. La marca de tiempo: hace una hora.

El estreno empezó a las nueve. Son las diez y media. Una hora y media. Ha estado a solas con él en ese cine a oscuras durante una hora y media.

Durante tres latidos, me quedo helada, mirando la foto. La sonrisa de Janine. La mano de él. La oscuridad de la entrada del cine. Entonces cierro el portátil de un golpe y me pongo en marcha, mi paciencia se hace añicos en un instante.

Abro mi armario de un tirón, sacando el vestido rojo, el único apropiado para un estreno de cine. La seda me quema los dedos, pero ya me lo estoy poniendo, subiendo la cremallera con manos temblorosas. La seda se desliza por mi piel como lo harían sus manos, marcándome como suya incluso mientras corro hacia el peligro. El vestido me queda perfecto. Él conoce cada curva.

No hay tiempo para maquillarse, para planificar, para nada que no sea actuar.

La caja fuerte de mi arma está en mi armario, la combinación es la fecha de la muerte de mi madre. La cerradura se abre con un clic, y el peso del arma se siente a la vez ajeno y correcto en mis manos temblorosas. Tanta investigación legal, y aquí estoy, echando mano de mi arma como una justiciera. Como Luca. La idea me revuelve el estómago. ¿Me estoy convirtiendo en él? Pero Janine está en ese cine ahora mismo, en la oscuridad con T.N., probablemente confundida de por qué la mano de él sigue subiendo por su muslo, probablemente demasiado educada para decir que pare.

Mi teléfono explota mientras meto el arma en mi bolso.

—¿Qué estás haciendo?

Lo ignoro, buscando mis llaves. Me tiemblan tanto las manos que se me caen dos veces.

—Faith. Contéstame.

¿Cómo lo sabe? Cámaras. Por supuesto que hay cámaras. Una parte de mí odia la invasión, pero otra parte se siente más segura sabiendo que está vigilando. Incluso ahora, incluso cuando estoy a punto de hacer una estupidez.

Llega un tercer mensaje de texto. —Te estás poniendo el vestido. ¿Por qué?

Siguiendo sin hacerle caso, cojo el teléfono y las llaves.

—¿A dónde vas?

—Esa es tu arma de la caja fuerte.

Lo sabe todo. Cada movimiento que hago, cada aliento que tomo. Pero no está aquí. No puede detenerme.

—Espérame.

Los mensajes llegan más rápido ahora, todavía controlados pero urgentes:

—Faith, para.

—Sea lo que sea que estés planeando.

—A tres minutos.

—No salgas de ese apartamento.

—Yo me encargaré de Neumann.

—Solo espera.

Pero no puedo esperar. Cada segundo que dudo es otro segundo que Janine está a solas con él. Otro segundo para que le haga a ella lo que les ha hecho a todas las demás. Lo que le hizo a mi madre.

Salgo disparada por la puerta de mi apartamento, los tacones repiqueteando contra el suelo del pasillo mientras corro hacia las escaleras. Tres minutos, dijo. Eso significa que tengo quizá dos antes de que él esté aquí, antes de que me detenga, antes de que su protección se convierta en una prisión.

El aparcamiento resuena con mis pasos, el vestido rojo me dificulta correr, pero no me importa. Ya he perdido demasiado tiempo. No perderé ni un minuto más.

Mi teléfono vibra sin parar mientras busco a tientas las llaves del coche.

—Te veo en el garaje.

—Para.

—Faith, escucha.

—Es peligroso cuando se le acorrala.

—Deja que yo me encargue de esto.

—Vuelve aquí. Ahora.

—FAITH.

Lanzo el teléfono al asiento del copiloto y arranco el motor. El volante de cuero me quema bajo el agarre, resbaladizo por el sudor. El vestido rojo se me sube por los muslos mientras conduzco. El lugar del estreno está a quince minutos si acelero. Janine ya ha estado a solas con él noventa minutos. Son noventa minutos de más.

Los neumáticos chirrían al salir del aparcamiento, casi rozando la barrera de seguridad. Detrás de mí, los faros del coche de Luca parpadean en mis retrovisores como un pulso, como sus manos alcanzándome a través de la oscuridad. Tres minutos por detrás, como prometió. Siempre vigilando, siempre siguiéndome, siempre tratando de protegerme del mundo.

Pero esta noche no necesito protección. Esta noche necesito ser la espada en lugar del escudo.

¿Cuántas Janines ha habido mientras yo apostaba a largo plazo? ¿Cuántas mujeres rotas o muertas porque elegí la justicia legal en lugar de la acción inmediata?

Esta noche no. Janine no. Nunca más.

Mis manos se afianzan en el volante mientras me salto un semáforo en rojo. Que Luca me siga. Que vigile. Que vea lo que pasa cuando llevas a las chicas buenas demasiado lejos.

El arma pesa en mi bolso, una promesa y una amenaza combinadas. El arma de mi padre, cargada con las balas que compró para protegernos después de la muerte de mamá. Justicia de hierro para los monstruos que la ley no toca. Ya no me tiemblan las manos. Doce años siendo buena, y solo hace falta una foto para convertirme en la hija de mi madre. Lista para defenderse con todo menos con palabras.

Detrás de mí, esos faros se acercan, Luca llevando su coche al límite. Pero conozco estas calles mejor, conozco cada atajo de años memorizando rutas de escape.

Dos giros más y estaré allí. Dos giros más y evitaré que otro cordero sea sacrificado.

Mi teléfono se ilumina en el asiento del copiloto, la pantalla brillante en la oscuridad. Ya no son múltiples mensajes. Solo uno:

—Cuando te atrape, mi pequeña Faith, vas a suplicar.

La amenaza me hace pisar más fuerte el acelerador, incluso mientras el calor se acumula entre mis muslos, el vestido de seda roja subiendo más con cada cambio de marcha. Su vestido. Marcándome como suya incluso mientras corro hacia otro hombre. Detrás de mí, esos faros se acercan. Ya no solo me siguen. Me cazan.

El asiento de cuero ya está húmedo bajo mi cuerpo, respondiendo a su persecución incluso mientras mi mente se mantiene centrada en Janine. Esto es lo que somos juntos: violencia y deseo tan enredados que ya no puedo separarlos. Me va a atrapar. Ambos lo sabemos. La única pregunta es si la salvaré a ella primero.

Un giro más. Mi dedo encuentra el seguro del arma y lo quita. El metal está frío contra el calor que se acumula entre mis piernas, el contraste me hace temblar.

Ven a atraparme, Luca. Pero primero la salvaré a ella.

Luego podrás hacerme lo que quieras.

12 - Luca

El motor del Maserati ruge mientras me salto un semáforo en rojo, siguiendo sus luces traseras por el laberinto de calles de Chicago. Toma Lake Shore Drive —una temeridad a esta velocidad— y luego atraviesa Lower Wacker. Conoce estas calles mejor de lo que esperaba.

Mi teléfono muestra su rastreador moviéndose hacia el distrito de los teatros. Janine. De verdad va a intentar salvarla.

11:05 p. m. La persecución termina donde empezó: conmigo siguiendo a Faith hacia la oscuridad.

Sus luces traseras desaparecen en el carril del aparcacoches del teatro veinte segundos antes que mi Maserati. He contado el tiempo mientras forzaba el motor más allá de los límites de seguridad, viendo pulsar su rastreador en la pantalla de mi teléfono. He estado empalmado desde que huyó de su apartamento con ese vestido rojo, la seda aferrándose a cada una de sus curvas.

El aparcacoches da un respingo cuando freno con un chirrido. Le lanzo las llaves sin mirar, con mi atención centrada en una sola cosa: Faith. Mi Faith, a punto de destruirse por venganza mientras lleva el vestido que elegí para marcarla.

La gente en el vestíbulo se aparta a mi paso. Siempre lo hacen cuando un Rosetti está de caza. Me fijo en las salidas y los testigos automáticamente, pero mi verdadera atención sigue ese destello rojo que desaparece en el teatro. La forma en que ese vestido se le sube por los muslos cuando camina, la forma en que sus caderas se mueven con determinación desesperada, hace que quiera doblegarla sobre el mostrador y enseñarle a todo el mundo a quién pertenece exactamente.

Dentro del teatro, mis ojos se adaptan rápidamente. Tercera fila: Neumann con la mano en el muslo de la joven voluntaria. Janine, la rubia a la que Faith ha estado intentando proteger. Caminando por el pasillo: Faith, con la mano hundida en el bolso, los dedos en el gatillo

de la pistola de su padre. Sus hombros tiemblan de rabia y adrenalina.

De verdad va a hacerlo. Acercarse y ejecutarlo delante de doscientos testigos. Echarlo todo a perder por un momento de satisfacción.

No en mi Vigía.

La alcanzo justo cuando se tensa para sacar la pistola del bolso. Mi mano agarra su muñeca, una fuerza controlada, suficiente para dominar sin hacer daño. Su pulso martillea contra mi pulgar.

—No. Aquí. —El gruñido contra su oreja la hace temblar. Lo siento a través de nuestras manos unidas, esa respuesta involuntaria que su cuerpo siempre tiene hacia mí.

—¡Suéltame! —Su susurro desesperado va directo a mi polla.

No respondo, solo aplico una presión que la obliga a darse la vuelta y salir. Lucha maravillosamente: arañando, retorciéndose, todo mientras intenta no llamar la atención. Cada forcejeo presiona su cuerpo contra el mío, y tengo que concentrarme para no tirarla al suelo aquí mismo en el pasillo.

Las luces fluorescentes del pasillo revelan todo lo que la oscuridad ocultaba. Sus pupilas dilatadas por la furia, los labios entreabiertos, el pecho agitado en ese vestido rojo que le queda como si se lo hubiera pintado sobre la piel. El contorno de sus pezones endurecidos se transparenta a través de la seda.

—¡Janine está ahí dentro con él! —Tira de mi agarre y el movimiento hace que sus pechos reboten—. ¡La tiene ahora mismo!

—Tu madre está muerta. —La verdad brutal la detiene en seco—. Y tú estabas a punto de unirte a ella.

La arrastro hasta el guardarropa, la empujo dentro y nos encierro. Retrocede contra los abrigos colgados, la lana y las pieles de diseño creando una jaula cara a su alrededor.

—¡No lo entiendes!

—Sé exactamente quién es Trent Neumann. —Me acerco más, observando cómo su cuerpo responde a pesar de su ira. La forma en que sus pezones se endurecen aún más, visibles a través de la seda roja. La forma en que sus muslos se mueven—. Lo sé todo sobre ti, mi pequeña Faith. Cada secreto que crees haber escondido. Cada vez que has tocado ese coño bonito pensando en la violencia. —Mi sonrisa se tuerce—. Cada vez que lo has tocado pensando en mí.

Saco la pistola de su bolso y vacío las balas en el suelo. Se desparraman como promesas, cinco oportunidades de venganza que nunca podrá tomar.

—¿Toda esa planificación para echarla a perder?

—¡Tiene a Janine AHORA!

—¿Y tu cadáver la salvaría? —La aprisiono contra la pared, lo suficientemente cerca para que sienta mi erección presionando contra su estómago. Se le corta la respiración, ese pequeño jadeo que me hace querer abrirle los labios a la fuerza y follarle la boca hasta que entienda quién es su dueño.

—Tus pupilas se dilatan cuando estoy cerca.

—Es miedo.

—Tu pulso se acelera aquí. —Mi dedo roza su garganta, sintiendo su carótida disparada—. Al mismo ritmo que cuando te corres. Te he observado, Faith. He contado cada respiración, cada gemido cuando te follas con esos dedos delicados.

—Para.

Pero ya se está inclinando hacia mí, con las caderas hacia delante hasta que hay más presión donde mi polla se encuentra con su cuerpo. El calor entre nosotros podría derretir acero.

—Ya estás lista para mí. —No es una pregunta. Puedo oler su excitación, ese almizcle dulce que me ha estado volviendo loco durante semanas—. Lista para el monstruo que mata por ti.

—¡Necesito salvarla!

—Yo me encargaré de Neumann. Después de que admitas la verdad.

—¿Qué verdad? —Su voz se quiebra al pronunciar las palabras.

—Que has sido mía desde la primera fotografía que te tomé. La primera que te dejé.

Mi mano encuentra su muslo y se desliza lentamente hacia arriba, dándole tiempo para detenerme. No lo hace. La seda roja se amontona bajo mi palma mientras subo más, encontrando el borde de encaje de sus bragas. Están empapadas. Puedo sentir el calor incluso antes de tocarla como es debido.

—Todos esos hombres, Faith. —Mis dedos trazan el borde de ese encaje empapado—. Muertos porque se atrevieron a desear lo que es mío.

Separa más las piernas. Involuntariamente. Perfecto.

—Dime que pare. —Deslizo un dedo bajo el encaje, encontrando su coño chorreando, hinchado, listo—. Dime que no quieres esto.

En lugar de responder, balancea las caderas hacia delante, buscando más contacto. Se lo doy: dos dedos que se hunden dentro sin previo aviso. Su coño se contrae de inmediato, tan apretado y caliente que tengo que apretar los dientes contra la necesidad de reemplazar mis dedos con mi polla.

—El camarero que hizo comentarios sobre tus labios tardó tres horas en entender su error. —Curvo los dedos hacia delante, encontrando ese punto que hace que todo su cuerpo se sacuda—. Le hice rogar, Faith. Le hice pedir perdón a tu foto mientras se desangraba.

Establezco un ritmo brutal, follándola con los dedos mientras mi pulgar encuentra su clítoris. Está tan mojada que los sonidos son obscenos, ese deslizamiento húmedo de mis dedos en su coño resonando en la pequeña habitación.

—¿El obrero de la construcción que te silbó? —Añado un tercer dedo, estirándola, viendo cómo su boca se abre ante la invasión—. Cuatro horas. Sus manos nunca volverán a tocar a otra mujer.

Su coño se contrae alrededor de mis dedos, ondulando con cada embestida. Ya está cerca. Puedo sentirlo en la forma en que sus paredes tiemblan, en la forma en que sus caderas persiguen mi mano desesperadamente.

—¿Patterson, el que te agarró la muñeca? —Aumento la presión en su clítoris, viéndola ascender hacia el orgasmo—. Seis horas en mi sótano. Al final gritaba tu nombre, suplicaba tu perdón mientras le quitaba partes que nunca volverá a usar.

—¡Oh, Dios!

—No es Dios, mi pequeña Faith. Soy yo. Soy tu dios ahora. El que responde a tus plegarias con sangre.

Presiono más fuerte, más rápido, follándola con los dedos hasta que tiembla. Su coño está tan apretado, contrayéndose rítmicamente, tratando de atraerme más profundo. Los sonidos de mis dedos en su coño llenan la habitación, mezclándose con sus pequeños gemidos desesperados.

—Vas a correrme para mí. —Me inclino y le muerdo el cuello con la fuerza suficiente para dejar una marca—. Córrete en mis dedos mientras piensas en esos hombres muriendo por ti. Mientras entiendes que mataré a cien más si se atreven a mirarte.

Eso la rompe. Su orgasmo la golpea con fuerza, el coño apretándose en mis dedos en oleadas, todo su cuerpo convulsionándose. La domino sin piedad a través de él, sin dejarla escapar del placer, obligándola a tomar todo lo que le doy.

—Eso es —gruño contra su garganta—. Córrete para tu asesino. Muéstrame lo caliente que te pones pensando en la sangre de mis manos.

Grita, no lo suficientemente alto como para que alguien de fuera la oiga, pero lo suficiente como para que yo reproduzca el sonido para siempre. Su coño pulsa y pulsa, empapando mi mano, goteando por sus muslos. Mantengo mis dedos dentro de ella, sintiendo cada réplica, cada temblor.

Cuando finalmente se queda quieta, saco los dedos lentamente. Están cubiertos de su excitación, relucientes bajo la luz del techo. Mantengo el contacto visual mientras chupo cada dedo hasta dejarlo limpio, saboreando su gusto: dulce y adictivo.

—Joder —resopla, todavía temblando contra la pared.

—La próxima vez —prometo, ajustando mi polla dolorosamente dura en mis pantalones—. La próxima vez te doblegaré y te follaré como es debido. Haré que grites tan fuerte que todos en la ciudad te oirán.

La promesa la hace apretar los muslos. Puedo decir que su cuerpo se está preparando para mí, incluso mientras su mente lucha por procesar lo que acaba de suceder.

—Vete a casa, Faith. Ahora.

—¡Pero Janine!

—Está bajo mi protección porque está bajo la tuya. —Abro la puerta, aunque cada instinto me grita que la cierre de nuevo y termine lo que empezamos—. Todo lo que es tuyo me pertenece ahora. Tu venganza, tu justicia, cada persona que te importa. Todo mío para protegerlo o destruirlo.

Se aparta de la pared con piernas temblorosas, el vestido rojo arrugado, marcado con las huellas de mis manos. Parece completamente follada a pesar de llevar aún la ropa puesta.

Cuando pasa a mi lado, la agarro de la muñeca una vez más, acercándola lo suficiente para susurrarle: —Cuando llegues a casa, vas a tocarte pensando en esto. En mis dedos dentro de ti. Y vas a correrme de nuevo, imaginando que estoy ahí observando. Porque siempre estoy observando, Faith. Siempre.

Me sostiene la Mirada por un segundo. —¿No lo mates?

—¿A Neumann?

—Necesito ser yo quien lo derribe.

Esos ojos de acero me sujetan, más fuerte que cualquier enlace iónico, y no puedo evitarlo. Asiento. —No morirá esta noche. Solo me llevaré a la chica.

Huye sin decir una palabra más, sus tacones inseguros sobre la alfombra. La Vigía mientras se va, mi polla latiendo con cada latido del corazón, su sabor aún cubriendo mi lengua. La visión de ella tambaleándose en ese vestido hace que algo primitivo ruja en mi pecho.

Luego me vuelvo hacia el teatro donde mi presa me espera.

13 - Faith

El aparcacoches me trae el coche y le doy una propina con dedos temblorosos. El trayecto a casa es una maraña de farolas y autorreproches. Tomo tres desvíos equivocados, con la mente reviviendo cada segundo en aquel armario. La forma en que supliqué. La forma en que me rompí en mil pedazos.

Mi apartamento me resulta extraño cuando por fin llego a las dos de la madrugada. Me quedo de pie en el umbral, completamente vestida, con miedo de que si me acuesto, soñaré con él. Miedo de que si no lo hago, me quedaré despierta deseándolo.

Llego a un punto intermedio sentándome a la mesa de la cocina hasta el amanecer, todavía con el vestido puesto, preparando mentiras para el desayuno con mi padre.

La cafetería huele a grasa y al consuelo de la infancia, nuestra tradición semanal desde que mamá murió. Papá se sienta frente a mí en nuestro reservado de siempre, el vinilo rojo agrietado por años de mañanas de domingo como esta. Miro mis tortitas, incapaz de concentrarme en otra cosa que no sea el eco en mi mente.

Hombres muertos por ti.

Su voz de anoche se repite sin cesar, ese gruñido áspero contra mi oído mientras sus dedos estaban dentro de mí. Aprieto mi taza de café con más fuerza, intentando anclarme en el presente, pero las manos me tiemblan tanto que la cerámica traquetea contra la mesa de formica.

—¿Faith? —la voz de papá atraviesa mi espiral—. ¿Estás bien, cariño?

—Bien —la mentira me quema en la lengua.

Me observa por encima de su propio café, con esos agudos ojos de juez a los que no se les escapa nada. Llevo años mintiéndole sobre mis planes con Neumann y nunca he cometido un desliz. Pero ahora mi cuerpo me traiciona con cada aliento, recordando el tacto de Luca, su sabor, la forma en que me hizo deshacerme en aquel guardarropa.

—Sabes que la vista previa al juicio de los Rosetti empieza el mes que viene —dice papá con cautela, observando mi reacción—. Robo a mano armada, tres muertos. Aunque por supuesto se librarán. Siempre lo hacen.

Mis muslos se contraen involuntariamente. Tres muertos. ¿Solo tres? Luca ha matado a nueve hombres solo por mirarme mal.

Se cae un plato en la cocina y el estruendo me hace saltar. El café se me resbala de los dedos temblorosos y el líquido marrón se extiende por la mesa.

—Por Dios, Faith. —Papá coge servilletas, limpiando el derrame mientras yo me quedo paralizada—. ¿Qué te pasa?

—Nada. Lo siento. Es solo que…

—Has estado rara últimamente. —Estudia mi cara y me obligo a mirarle a los ojos—. Distraída. Nerviosa.

—Las fiestas siempre son un ajetreo en la biblioteca —consigo decir, cortando mis tortitas con unas manos que no dejan de temblar —. Además, estoy cansada de planificar la recaudación de fondos de la biblioteca anoche.

Papá asiente despacio, pero su expresión no se suaviza. —Hablando de anoche.

Mi tenedor se congela a medio camino de mi boca. El sirope de mis tortitas forma un charco espeso y dorado en el plato.

—Alguien te vio en el Teatro Arcadia —sus palabras caen precisas y pesadas—. Durante el estreno. Saliendo de un guardarropa.

Mi mente repasa las posibilidades a toda velocidad. ¿Quién podría haberlo visto? ¿Uno de los contactos de papá? ¿Alguien que le informa sobre los Rosetti?

—Yo no estuve en ningún estreno. —La mentira me quema la garganta—. Llegué a casa temprano, ¿recuerdas? Me enviaste un mensaje para que tuviera cuidado.

—El testigo dijo que parecías desaliñada. —Se inclina hacia adelante, bajando la voz—. Dijo que estabas con un hombre de los Rosetti. Alto, pelo oscuro, traje caro.

El apellido de la familia de Luca en los labios de mi padre suena pecaminoso. Como mis recuerdos, cómo me hizo suplicar, cómo me hizo correrme mientras confesaba sus asesinatos.

—Debe haberse equivocado. —Me obligo a tomar un bocado de tortita. Se me asienta pesadamente en la lengua—. Hay muchas rubias en Chicago.

—Faith. —Su mano cubre la mía sobre la mesa—. Sabes lo que son los Rosetti. Ya te he advertido sobre ellos antes.

Sé exactamente lo que hace Luca. Sé que ha matado a más de una docena de hombres que me miraron mal. Sé que me observa mientras duermo. Sé que sus dedos pueden hacerme olvidar años de cuidadosa planificación.

—Sé que debo mantenerme alejada de ellos —digo, las palabras tan huecas como mis muslos que se aprietan bajo la mesa.

—Especialmente de Luca. —El agarre de papá se tensa en mi mano—. ¿Recuerdas lo que te dije? Es el peor de todos. Un auténtico perturbado. Las cosas que ha hecho, los cuerpos que han encontrado… o no han encontrado… —Se interrumpe, negando con la cabeza—. El mes pasado, las manos de alguien fueron entregadas a su viuda en una caja de regalo. Esa es la firma de Luca. No se limita a matar. Hace arte del sufrimiento.

Mi vientre se contrae. Dios me perdone, pero oír hablar de su violencia mientras mi cuerpo aún recuerda su tacto… Estoy enferma. Necesito ver a un psiquiatra.

—Solo prométeme que tendrás cuidado.

—Lo prometo. —Otra mentira que añadir a mi colección, otro pecado que tendré que confesar si alguna vez puedo volver a enfrentarme al padre Murphy.

—El testigo fue muy específico —continúa papá, sin soltar mi mano—. Dijo que la chica era idéntica a ti, salvo por la ropa.

—Papá, a las once estaba en casa. Puedes comprobarlo con la junta de la biblioteca si quieres. —Libero mi mano, rodeando mi taza de café con ella, aunque la cerámica no ofrece calor contra el hielo de mi pecho—. Tu hombre se equivoca.

Pero él sigue observándome con esos ojos de juez, viendo algo que ya no puedo ocultar. El cambio en mí. La corrupción que comenzó con una polaroid y estalló en un guardarropa.

Me salto la misa por primera vez en mi vida y voy directa a la biblioteca. Debería ser mi santuario, pero incluso aquí me estoy desmoronando. Caras resplandecientes me miran durante la hora del cuento infantil, esperando a que continúe la historia que llevo semanas contándoles. El libro tiembla en mis manos, las páginas susurrando con cada sacudida.

El olor a papel viejo y cera de colores, normalmente reconfortante, ahora se mezcla con el aroma fantasma de colonia

cara y sangre que no puedo quitarme de la piel. Cada vez que respiro, lo huelo a él.

—Y entonces la princesa… —Me detengo, perdiendo por completo el hilo de la página. Las palabras se vuelven borrosas. Todo lo que puedo ver son unos ojos azul pálido. Todo lo que puedo oír es un *pequeña Faith* gruñido contra mi oído.

Me doy cuenta de que he estado trazando letras inconscientemente con el dedo en el margen del libro. L-U-C-A. Retiro la mano de un tirón.

—¿Señorita Faith? —La pequeña Lily tira de mi falda, su voz aguda e inocente—. ¿Qué pasa después?

Bajo la mirada hacia ella, esta niña inocente que no tiene idea de que su bibliotecaria favorita pasó la noche anterior con los dedos de un asesino dentro de ella, probándose a sí misma en su lengua. Las voces de los niños suenan como un juicio, como si supieran en qué me he convertido.

—Yo… la princesa…

Sarah, mi compañera de trabajo, interviene con fluidez. —¿Por qué no termino yo la historia hoy? La señorita Faith no se encuentra bien.

Pero mientras me voy, lo veo: un hombre con un traje oscuro junto a la sección de consulta, fingiendo leer pero observándome por encima de su libro. Uno de los hombres de Luca. Asegurándose de que sepa que nunca estoy sola, que nunca soy libre.

Me escapo al baño, agarrándome al frío lavabo de porcelana mientras mi reflejo me devuelve la mirada. Me veo exactamente igual: rebeca, falda recatada, pelo recogido en un moño pulcro. Pero por dentro me estoy deshaciendo, descosiéndome por las costuras de las que Luca tiró.

La tarde no hace más que empeorar. La reunión de la Fundación Neumann para la que me he estado preparando, mi oportunidad de acercarme a los registros, y apenas puedo concentrarme. No hay ni rastro de Janine esta mañana, y espero que eso signifique que escapó ilesa después del estreno, tal y como prometió Luca.

—Faith. —La voz de Neumann atraviesa mi espiral—. Pareces distraída hoy.

Su mano se posa en mi hombro, pesada y posesiva, y me estremezco violentamente. El movimiento es demasiado obvio,

demasiado revelador. Sus dedos se aprietan, presionando puntos que hacen que mi brazo hormiguee con una advertencia.

—Nerviosa —observa, estudiándome con esos ojos fríos—. No pareces la misma de siempre, tan alegre.

Nueve hombres muertos por mí. Luca quitaría esta mano. Probablemente quitaría todo el brazo. El pensamiento me excita en lugar de horrorizarme, y me odio por ello. ¿En quién me estoy convirtiendo?

—Solo estoy cansada, señor Neumann. —Imagino su mano en el hombro de mi madre y el mundo entero se tambalea a mi alrededor.

Me levanto demasiado rápido y su mano se aparta. —Disculpe. Necesito usar el baño.

Huyo, saliendo de la biblioteca en línea recta hacia casa.

Mi apartamento parece una jaula. Llevo dos horas dando vueltas, marcando un camino en la alfombra. Mi cuerpo vibra de rabia y necesidad y años de control desmoronándose. Necesito salir a correr para liberar esta energía nerviosa, pero no consigo hacer otra cosa que pasear e imaginar el cuerpo decapitado de Neumann.

Mi teléfono agrietado yace en la mesa de centro; la telaraña de la fractura en la pantalla es de cuando lo tiré contra la pared. Llevo todo el día luchando contra el impulso, diciéndome que no lo usaré, que no cederé. Pero mi determinación se debilita con cada vuelta que doy a mi apartamento.

El tablón de pruebas me mira desde el otro lado de la habitación. Fotos de Neumann, documentos que he recopilado, conexiones que he trazado. Doce años de paciencia, de interpretar a la perfecta inocente, de acercarme a su círculo. Doce malditos años.

Y una noche con el tacto de Luca lo ha arruinado todo.

El vestido rojo cuelga en mi armario como una acusación. Me lo puse para salvar a Janine, pero lo único que hizo fue llevarme a él. A esos dedos. A ese guardarropa. A mi completa perdición.

Cojo la pila de papeles más cercana y la lanzo por la habitación. Se esparcen como hojas muertas; todo mi cuidadoso trabajo no significa nada porque no puedo concentrarme, no puedo pensar, no puedo hacer nada más que recordar sus dedos dentro de mí.

—¡Mierda! —grito a la habitación vacía, sabiendo que me está observando a través de sus cámaras, sabiendo que puede verme desmoronarme.

Abro mi portátil y busco psiquiatras cerca de mí, pero mientras escaneo la lista, sé que nadie puede curarme. Estoy rota en algún lugar profundo de mi interior, olvidando a mi padre, olvidando a Dios, dejándome caer en un pozo del que ni siquiera quiero escapar.

Lo necesito. Sus manos, su boca, su polla. Necesito que termine lo que empezó en ese guardarropa. Necesito que destruya lo que queda de mí para que pueda dejar de fingir.

El tablón de pruebas se burla de mí. Cojo otro puñado de documentos, lista para destruirlo todo, cuando mis ojos se posan en mi teléfono dañado.

Mi vida ya está arruinada. ¿Qué más da una terrible decisión más?

Mis dedos tiemblan mientras le envío un mensaje en mi pantalla agrietada: —Tenemos que vernos en persona.

Su respuesta es inmediata, como si hubiera estado esperando: —Por fin.

—Mañana. En algún lugar público. —Incluso ahora, intento mantener algo de control, alguna barrera.

—No. Esta noche. En tu apartamento. —Su mensaje exige una rendición total.

Mi risa es amarga. —Eso no es seguro.

—No has estado a salvo desde que te vi, pequeña Faith. Deja de fingir lo contrario.

La verdad de sus palabras me oprime el pecho. Nunca he estado a salvo de él. No desde esa primera imagen borrosa de mí, quizá ni siquiera desde antes. Quizá he estado caminando hacia este momento toda mi vida, hacia la pesadilla que destruiría todo lo que he construido.

—Una hora —le respondo, sabiendo ya que estoy cometiendo un error.

—Treinta minutos. Abre la puerta.

—Luca…

—Cada minuto que me haces esperar es otro hombre que te miró mal hoy y que no verá el mañana.

La amenaza no debería excitarme. Pero ya estoy caminando hacia mi puerta, girando la cerradura. Rindiéndome ya a lo que venga después.

Apago las luces una por una, dejando que la oscuridad llene mi apartamento. Si voy a caer, que sea en la penumbra, donde pueda

fingir que todavía es un sueño.

Porque tiene razón. No he estado a salvo desde que me vio. Pero quizá estar a salvo nunca fue lo que quise. Quizá he estado esperando toda mi vida a alguien lo suficientemente peligroso como para igualar la oscuridad que llevo dentro.

Veintiocho minutos para que llegue. Mi cuerpo ya se prepara, ya duele.

Que venga. Que destruya lo que queda de mi control. Al menos entonces podré dejar de fingir que soy buena.

Al menos entonces podré ser lo que realmente soy: suya.

El pomo de la puerta gira.

14 - Luca

Mi mano gira el pomo de su puerta a los treinta minutos exactos. Ni veintinueve, ni treinta y uno. El control es lo que me separa de los hombres que he matado por ella. La puerta se abre y revela a Faith, todavía con la misma ropa con la que huyó antes, con las pupilas dilatándose de par en par ante mi presencia a pesar de la intensa luz del pasillo.

Ha estado esperando. Lo sé por cómo permanece completamente inmóvil, como si se hubiera quedado congelada junto a la puerta desde que me mandó el mensaje, temerosa de adentrarse en su apartamento sabiendo que yo venía. Su respiración es superficial, controlada. Ha estado ensayando qué decir.

—No has usado la ventana —su voz vacila entre la acusación y el alivio.

—Esta noche soy un invitado, no un fantasma —entro, observando cómo retrocede exactamente tres pies. Lo bastante cerca para parecer acogedora, lo bastante lejos para mantener la ilusión de seguridad. Conmigo no hay seguridad, pero le permito la comodidad de la distancia. Por ahora.

Esto es diferente. Estar aquí sabiéndolo ella, con su permiso. El apartamento huele igual: a jazmín, a vainilla, a ese aroma subyacente que es puramente Faith. Pero el aire arrastra una nueva tensión. Miedo mezclado con expectación. Ira aderezada con excitación. La química de su cuerpo prácticamente grita contradicciones.

Lo asimilo todo con la misma precisión que utilizo al planear un asesinato. El tablón de pruebas que ya no se molesta en esconder. La copa de vino vacía sobre la mesa de centro, una mancha de pintalabios en el borde que me dice que necesitó valor antes de enviarme el mensaje. La forma en que le tiemblan las manos al cerrar la puerta detrás de mí, echando el cerrojo como si importara, como si no pudiera romperlo de un solo golpe si fuera necesario.

—Has sido puntual —dice, rodeándose el cuerpo con los brazos. Una postura defensiva, pero sus pezones están duros bajo el

cárdigan. Su cuerpo traicionando lo que su mente no admite.

—¿Esperabas que te hiciera esperar? —Me adentro más en su espacio, notando cómo sigue mis movimientos—. Eso es para los castigos, mi pequeña Faith. Esta noche es una negociación.

Su risa es amarga, afilada.

—Negociación. ¿Así es como lo llamamos ahora?

—Estás arruinando mis planes —dice, levantando la barbilla con un desafío que hace que se me contraiga la polla. Incluso aterrorizada, incluso furiosa, me encara directamente. Sin acobardarse. Sin suplicar. Solo esa columna de acero que llevo semanas observando.

—Tú estás arruinando mi control —replico, dejando que oiga la verdad en ello. Veintiocho años de disciplina perfecta, y esta bibliotecaria con sus cárdigans suaves y su violencia oculta me tiene actuando como un aficionado. Siguiéndola a estrenos. Enviándole mensajes como un tonto enamorado. Dejando vivir a Neumann cuando todos mis instintos gritan que acabe con él.

La confesión flota entre nosotros, tan pesada como la sangre en el agua. Ahora está temblando, pero no de frío. Este apartamento es cálido. Lo sé porque he comprobado el termostato durante mis visitas. Esto es pura reacción a mí, a lo que nos estamos convirtiendo juntos.

—Háblame de Neumann. Todo.

Se da la vuelta y se acerca a la ventana donde me ha dejado tantos mensajes de papel doblado.

—Ya lo sabes.

—Sé los hechos —la sigo, manteniendo exactamente dieciocho pulgadas entre nosotros. Lo bastante cerca para que sienta mi presencia, lo bastante lejos para que no pueda decir que la estoy agobiando—. Su nombre. Su empresa. Que mató a tu madre. Quiero TU verdad.

—¿Por qué importa? —No me mira, pero puedo ver su reflejo en la ventana. Esos ojos color avellana brillan con lágrimas no derramadas.

—Porque tú importas —las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas. Una debilidad que ni siquiera reconoce.

Su risa es hueca, rota.

—¿Quieres añadirlo a tu lista de cadáveres?

—Aquellos fueron por necesidad. Negocios —doy un paso más, rompiendo finalmente esa barrera de dieciocho pulgadas—. Neumann será un placer.

Se gira bruscamente para encararme, la furia reemplazando al miedo.

—¡No! Necesito que confiese. Públicamente. Legalmente. En un tribunal donde todo el mundo pueda oír lo que hizo.

—La ley no te dará justicia.

—¡Tengo que intentarlo! Doce años…

—Doce años malgastados en un sistema que le falló a tu madre —me acerco aún más, observando cómo el pulso salta en su garganta. Ciento cincuenta pulsaciones por minuto—. El mismo sistema que le permite andar libre. Que le permite atacar a otras mujeres como a esa voluntaria…

—No sigas —su voz se quiebra.

—Cuéntamelo todo o mañana estará muerto —no es una amenaza. Es una promesa—. Al amanecer, para ser exactos. Ya he seleccionado las herramientas.

—No puedes sin más…

—Puedo. Y lo haré. A menos que me des una razón para no hacerlo —otro paso. Ahora está de espaldas a la ventana, sin escapatoria—. Habla, Faith. O me encargaré de esto a mi manera.

—¡Eso no es justo!

—¿Justo? —la palabra sale disparada de mi boca—. ¿JUSTO? ¿Como que él ande libre es justo? ¿Como que la muerte de tu madre fuera justa?

Algo se hace añicos en su expresión. La máscara que ha llevado durante más de una década se resquebraja, y lo que se derrama es la verdad pura y cruda.

—¡Lo vi matarla!

Las palabras brotan de ella como un chorro arterial. La primera vez que lo dice en voz alta. Lo noto en la forma en que todo su cuerpo se convulsiona con la confesión.

—Estaba allí, escondida detrás del sofá —ahora se desliza por la pared, las piernas cediendo—. Me dijo que me escondiera cuando llamó a la puerta. Que no hiciera ruido pasara lo que pasara.

Yo Vigía su colapso, luchando contra todo instinto de tocar, de poseer, de consolar. Pero necesita esto. Necesita sangrar este veneno que ha estado conteniendo.

—Podía ver por el hueco de debajo —su voz es pequeña ahora, la de una preadolescente otra vez—. Su cara poniéndose morada. Sus manos arañando las de él. Y su sonrisa. Estaba SONRIENDO.

Entonces llegan las lágrimas, sollozos violentos que sacuden todo su cuerpo. Está en el suelo, con los brazos rodeando sus rodillas, haciéndose pequeña. Tratando de esconderse como hizo aquella noche.

Caigo de rodillas a su lado. No tocar. Tocarla la rompería por completo. Pero estoy aquí. Presente. Un testigo de su verdad.

Mi rabia es un ser vivo que quiere cazar a Neumann ahora mismo, hacerle sufrir por cada lágrima que ella derrama. Pero más que eso, algo cambia en mi pecho. Reconocimiento. Ha estado llevando esto sola, este peso que rompería a la mayoría de la gente.

—¿Qué edad tenías? —mi voz sale mortalmente suave, el tono que uso antes de hacer gritar a alguien.

—Doce. Tenía doce años.

Doce. No mucho más joven de lo que yo era durante la masacre. Cuando maté a Mikhail. Cuando me convertí en lo que soy. Ambos estamos congelados en la adolescencia, ambos cargando con cuerpos en nuestros recuerdos.

—Has estado cargando con esto sola.

—Papá no sabe que lo vi. Nadie lo sabe. Si lo supiera, él… —me mira, con los ojos rojos e hinchados—. Se rompería. Apenas sobrevivió a su pérdida. Si supiera que fui testigo…

—Así que has estado planeando la venganza mientras hacías de hija perfecta.

Asiente, limpiándose la cara con la manga de su cárdigan.

—Acercándome a la familia de Neumann. Su mujer confía en mí. Cree que soy un encanto. Sus hijos de verdad me aprecian. Me piden para la hora del cuento.

El cálculo que hay detrás, la paciencia, me pone la polla dura a pesar de las circunstancias. Esto no es solo venganza. Es arte.

—Tengo pruebas de todo —continúa, su voz volviéndose más fuerte—. Aventuras con subordinadas. Sobornos a funcionarios de la ciudad. Tres agresiones sexuales que ha pagado para silenciar. Delitos financieros que le costarían un mínimo de veinte años.

—Has construido un caso.

—Iba a destruirlo públicamente. Hacer que confesara el asesinato de mamá a cambio de un trato por los otros cargos. Forzarlo a

admitirlo en un tribunal abierto donde papá tendría que ver que se hace justicia —me mira, y ahora hay algo frío en sus ojos. Algo que coincide con lo que veo en el espejo—. Destrucción legal primero. Y luego…

—¿Y luego?

—Luego iba a Vigía cómo moría en prisión. Lentamente. Solo. Olvidado.

Estudio su rostro, viéndome reflejado en él.

—Brillante. Frío. Paciente —una pausa—. Eres como yo.

—No —pero la negación es débil.

—Sí. Solo que lo vistes con cárdigans y carnés de biblioteca en lugar de sangre y balas.

Esta vez no lo niega.

—Las pruebas no la traerán de vuelta —señalo, necesitando entender su fijación con los canales legales.

—Pero lo destruirán legalmente. Públicamente. Sus hijos sabrán lo que es. Su mujer. Todo el mundo.

—Yo puedo destruirlo mejor. Hacerle sentir lo que sintió tu madre. Hacerle rogar…

—No legalmente. Eso importa.

—¿Por qué? —es curiosidad genuina. En mi mundo, la justicia proviene de la fuerza, no de los tribunales.

—Mi padre… —mira hacia otro lado—. La ley es en lo único que cree. Todo lo que le queda de ella es su fe en la justicia. Si actúo al margen de ella, lo pierdo a él también.

—Pero ya le estás mintiendo.

Levanta la vista bruscamente.

—Por justicia. No por venganza.

—Son lo mismo.

—No. No lo son —se pone de pie, y yo me levanto con ella—. La justicia es sistemática. La venganza es personal.

—¿Y cuál de las dos quieres realmente?

La pregunta pende entre nosotros como una cuchilla.

—Ambas —admite finalmente—. Quiero ambas.

Me acerco lentamente, telegrafiando el movimiento para que pueda apartarse. No lo hace. Mi pulgar roza una lágrima de su mejilla, y ella contiene el aliento. El primer contacto suave entre nosotros. Su piel es suave como la seda, cálida, viva.

—Eres magnífica en tu paciencia —le digo, y lo digo en serio.

—Estoy cansada de ser paciente —la confesión le cuesta algo. Puedo verlo en la forma en que se le caen los hombros.

—Entonces déjame ser impaciente por ti.

—No puedo dejar que lo mates. Todavía no.

—Entonces dame una alternativa.

Me mira y algo cambia en esos ojos color avellana. Un reconocimiento. Una decisión.

—¿Ayudarme a destruirlo legalmente primero?

—¿Y después?

—Después es tuyo.

Las palabras caen con fuerza. Me está ofreciendo a Neumann. Ofreciéndose a dejar que me lo quede después de que ella haya obtenido su victoria legal. A combinar nuestros métodos.

—Me dejarías…

—Quiero Vigía —las palabras salen de golpe, como si temiera retractarse—. Después. Después de que haya reunido todas las pruebas para la destrucción pública. Quiero Vigía lo que le hagas.

Algo oscuro se reconoce a sí mismo entre nosotros. Ahora me ve de verdad. No como un monstruo al que temer, sino como un igual para su propia oscuridad. La paciencia que ha demostrado, la cuidadosa planificación, es lo mismo que mis asesinatos metódicos. Ambos somos artistas de la destrucción, solo que usamos medios diferentes.

Levanta la mano y la posa en mi nuca. Sus dedos están fríos contra mi piel, pero queman como hierros al rojo vivo.

—De todas formas, ya me has arruinado —susurra, y hay algo parecido al asombro en su voz—. Toda una vida siendo buena, y la destruiste en semanas.

—Faith…

Tira de mí hacia abajo.

El beso estalla entre nosotros como la violencia. Su boca choca contra la mía, desesperada y posesiva, y nada parecida a lo que esperaba. Pensé que sería tentativa, cuidadosa. En cambio, besa como si se estuviera ahogando y yo fuera el aire. Como si hubiera estado hambrienta y yo fuera su sustento.

Sus labios son suaves, pero su beso es brutal. Dientes y lengua y rabia reprimida vertiéndose en mí a través de su boca. Sabe a lágrimas y vino y a algo más oscuro: esa violencia que ha estado escondiendo bajo cárdigans y sonrisas amables.

Mi control se hace añicos. Mis manos encuentran su cintura, atrayéndola bruscamente hacia mí con tanta fuerza que jadea en mi boca. Me trago el sonido, profundizando el beso hasta que ya no es un beso, sino una posesión. Una destrucción mutua. Ella me devora tanto como yo la devoro a ella.

Su lengua se desliza contra la mía y mi polla se pone dolorosamente dura. Debe de sentirla presionada contra su estómago, pero no se aparta. Al contrario, se aprieta más, su cuerpo suave amoldándose contra mí como si hubiera sido diseñada para esto. Para mí.

Saboreo su furia. Su paciencia. La niña que vio morir a su madre. La mujer que pasó la mitad de su vida planeando una venganza. La bibliotecaria que lee a los niños mientras sueña con sangre. Todo ello, toda ella, vertiéndose en mí a través de este beso.

Mi mano se enreda en su pelo, tirando de su cabeza hacia atrás para cambiar el ángulo, para ir más profundo. Gime en mi boca, un sonido que va directo a mi polla. Sus uñas se clavan en mi nuca, no arañando, sino anclándose. Aferrándome a ella como si temiera que fuera a desaparecer.

No lo haré. No puedo. Ahora está en mi torrente sanguíneo, más adictiva que cualquier droga que haya usado en mis víctimas. Su sabor, su tacto, saber que es tan oscura como yo bajo la superficie. Lo es todo.

Cuando finalmente nos separamos, ambos estamos jadeando. Sus labios están hinchados, enrojecidos por mi asalto. Sus pupilas están completamente dilatadas, solo queda un fino anillo de color avellana. Parece completamente besada, completamente poseída, completamente arruinada.

—Ha sido un error —resuella, pero sus manos no han abandonado mi nuca.

—Todo lo nuestro es un error —me inclino, apoyando mi frente en la suya—. Eso no significa que podamos parar.

15 - Faith

Nos quedamos paralizados un instante después de separarnos, con ese beso desesperado todavía ardiendo entre nosotros, con la palabra «error» suspendida en el aire como humo. Pero ambos sabemos que es mentira. Esto era inevitable desde el momento en que lo vi.

Sus ojos pálidos escudriñan los míos y, entonces, volvemos a estrellarnos el uno contra el otro, con un beso aún más violento que el anterior. Su boca me reclama con una devastación calculada. Saboreo sangre y no sé si es mía o suya, pero no me importa porque le devuelvo la mordida con la misma fuerza; mis dientes encuentran su labio inferior y lo hacen gruñir en mi boca.

Esto es una locura. Estoy besando a mi acosador. Al hombre que ha asesinado a gente por mirarme mal. Que se cuela en mi apartamento mientras duermo. Que me observa a través de unas cámaras cuya existencia ya he aceptado, a las que les he hablado en la oscuridad.

—Esto es una locura —jadeo cuando nos separamos para tomar aire, pero tengo las manos enredadas en su pelo, atrayéndolo hacia mí incluso mientras hablo.

—Sí —acepta él, con sus ojos pálidos ardiendo—. Una completa y jodida locura.

Entonces su boca está de nuevo sobre la mía y dejo de pensar en la cordura. Es solo una necesidad física, me digo. Toda esa maldita sexualidad reprimida liberándose por fin. No tiene nada que ver con quién es él, ni con lo que ha hecho. Le agarro el pelo con la fuerza suficiente para que le duela, y cuando gime contra mis labios, una oleada de poder me recorre. Puedo afectarlo. A este asesino controlado que planea cada respiración, y puedo hacerle perder el control.

Sus manos encuentran mi cintura y me levantan como si no pesara nada. De repente, mi espalda golpea la pared con la fuerza suficiente para hacer caer un cuadro. El cristal se hace añicos en el

suelo, pero ninguno de los dos siquiera le echa un vistazo. Mis piernas se enroscan en su cintura por instinto, y puedo sentir lo duro que está a través de sus pantalones, presionando contra mí justo donde lo necesito.

—Espera —dice de repente, retrocediendo lo justo para verme la cara. Su respiración es entrecortada, el pecho le sube y le baja con fuerza—. Si quieres que me vaya, dilo ahora. Pero entiende una cosa: aunque salga por esa puerta, nunca te librarás de mí. Ahora estoy en tu sangre, Faith. En tus sueños. En cada sombra que veas.

Suelto una risa oscura y rota. —¿Libre? No he sido libre desde que encontré esa primera Polaroid en mi almohada. —Mis manos enmarcan su cara, obligándolo a verme de verdad—. ¿No lo entiendes? DEJÉ que invadieras mi vida. Una parte de mí quería... quería algo. Quizá no esto, pero algo que rompiera la monotonía.

—Faith...

—Estoy harta de ser buena. —Las palabras se me desgarran en la garganta, aunque no entiendo del todo lo que quiero decir. ¿Harta de qué? ¿De seguir las reglas? ¿De estar sola? Es más fácil no analizarlo demasiado.

Sus ojos escudriñan los míos durante un largo momento, buscando dudas, vacilación. No encontrará dudas sobre el sexo, al menos. De eso estoy segura.

Estrella su boca contra la mía, y esta vez no hay vacilación por parte de ninguno. Sus manos están por todas partes: en mi pelo, en mi garganta, en mis pechos a través del cárdigan que de repente parece demasiada tela. Le desgarro la camisa, y los botones se esparcen por el suelo. Necesito sentir piel contra piel.

—El dormitorio —jadeo contra su boca.

—No. —Nos separa de la pared de un giro y me lleva hasta el sofá —. Aquí. Donde te sientas cada noche antes de dormir, pensando en la violencia mientras intentas leer.

Lo sabe. Por supuesto que lo sabe. Pero aparto ese pensamiento. Esto es solo cuerpos que se encuentran. Solo necesidad.

Me siento en el brazo del sofá, deslizando las manos por mis muslos, subiéndome la falda. Su contacto deja rastros de fuego sobre mi piel, y me doy cuenta de que no quiero delicadeza. No quiero cuidado. Quiero el filo de la violencia que coincide con algo que no puedo, que no quiero, nombrar.

—No seas delicado —le digo, y sus ojos brillan con algo peligroso.

—No pensaba serlo. —Su mano se cierra alrededor de mi garganta, sin apretar, solo sujetando, sintiendo mi pulso acelerado bajo su palma—. ¿Quieres saber lo que soy, Faith? ¿Lo que estás eligiendo?

—No estoy eligiendo nada más que este momento —nos miento a los dos—. Solo sexo. Solo cuerpos.

—¿Y qué eres tú en realidad?

—Alguien que necesita sentir algo que no sea el vacío —esquivo, no estoy lista para admitir las verdades más oscuras—. Alguien que está harta de estar a solas con sus pensamientos.

Su agarre en mi garganta se tensa ligeramente y gimo ante la presión. —Hermosa y terrible criatura —murmura, usando la mano libre para abrirme el cárdigan de un tirón. Los botones tintinean contra la mesa de centro—. No tienes ni idea de cuánto tiempo he esperado a que dejaras de fingir.

—No estoy fingiendo, es solo que… —Pero no puedo terminar la frase porque ya no sé lo que soy.

—Te he visto planear, Faith. He visto los dibujos que haces en los márgenes de los libros de la biblioteca cuando crees que nadie te mira. Te he visto investigar sobre venenos y muertes imposibles de rastrear rodeada de libros infantiles. —Su pulgar me acaricia la garganta mientras su otra mano encuentra el broche de mi sujetador —. No eres una inocente corrompida. Eres la oscuridad revelada.

—Para —jadeo, sin querer oírlo, sin estar preparada. Capturo su boca con la mía para que deje de hablar.

El sujetador no ha terminado de deslizarse por mis hombros cuando su boca ya está en mi pecho: caliente, hambrienta, con el filo de unos dientes que me hacen soltar un chillido. Hundo los dedos en su hombro, y mis uñas trazan líneas que durarán más que mi próxima ducha. Él se estremece contra mí como si el dolor fuera un lenguaje secreto. Quizás lo es. No tengo tiempo para pensarlo porque mis manos ya están en su cinturón, forcejeando con la hebilla con una urgencia que roza el pánico. Ya ni siquiera sé cómo desear algo con delicadeza. Necesito la fricción, la violencia, la aniquilación de todo lo que existió antes de este momento.

Devora mi pezón, su lengua chasqueando, sus dientes raspando, hasta que la sensación florece de aguda a eléctrica. Me arqueo bajo él, agarrando su pelo, y él sonríe contra mi piel. Mi acosador, el hombre que asesinó por mí, la única cosa en mi vida de la que nunca

podría escapar aunque huyera. Él lo sabe. Yo lo sé. La única salida es atravesarlo.

Me levanta sin esfuerzo, como si estuviera hecha de papel y no de años de dudas y represión. Pivota, girándonos para que mi espalda quede contra el sofá, y con el mismo movimiento me gira para que quede de cara a los cojines, doblándome sobre el respaldo mientras mis rodillas golpean el asiento. Mi falda está subida hasta la cintura, y el aire en mis muslos es frío en comparación con el calor de sus manos. Su palma cae sobre mi culo —fuerte, punzante, no exactamente doloroso, pero sí una insinuación de ello— y el sonido rompe el silencio de mi apartamento. Suelto un jadeo. Lo hace de nuevo, más fuerte esta vez, y me doy cuenta de que me está pintando con su propia paleta, reclamando cada superficie. Mi piel hormiguea. Ya no importa quién esté mirando. Quiero que me vea entera.

—¿Es esto lo que quieres, Faith? —Su voz raspa en mi nuca mientras se presiona contra mí, todavía completamente vestido, todavía en total control—. ¿Ser arruinada por alguien que no puede recordar la última cosa buena que hizo? —Sus caderas se clavan en mi trasero como un signo de puntuación—. ¿Correrte para mí? ¿Correrte por lo que soy?

Me estremezco, las palabras tan afiladas como su tacto, pero el anhelo en mí se niega a retroceder. Quiero gritarle que no lo llame así, que no lo haga real, pero eso es lo que ha sido el último año: una lenta y tortuosa revelación. Él me vio antes de que yo me viera a mí misma. —No —digo con voz ahogada, girando la cabeza para fulminarlo con la mirada mientras mi mejilla se presiona contra la felpa—. No lo digas. Solo… fóllame. Por favor. —Es lo más sincero que ha salido de mi boca en meses.

Él se ríe, una risa grave y peligrosa, y me baja la ropa interior de un tirón. No la desliza, la rasga. El elástico estalla y el delicado encaje se parte con un sonido tan obsceno como cualquier cosa que esté a punto de ocurrir. Mis muslos tiemblan. Pasa una mano por mi espalda, y siento lo excitada que estoy, lo vergonzosamente preparada, cuando sus dedos se deslizan a través y dentro de mí sin previo aviso. Dos nudillos de profundidad, su otra mano sujetando mi cadera.

—¿Todo esto para mí? —Sus dedos bombean, deliberados y seguros, estirándome, arrancándome ruidos que no sabía que podía

hacer—. Estás empapada, Faith. ¿Quieres las manos de un asesino dentro de ti?

Cierro los ojos con fuerza, pero no sirve de nada. Las sensaciones son abrumadoras. —Cállate —jadeo, pero mi cuerpo me traiciona: me presiono contra su palma, restregándome, queriendo más, codiciándolo. La línea entre la humillación y la euforia se desdibuja. Me da vueltas la cabeza.

Se inclina, con los labios en mi oído. —¿Sabes en lo que pensaba cada noche que te miraba por esa cámara? En cómo sabrías. En cómo sonarías cuando te vinieras abajo por mí. —Añade un tercer dedo, abriéndome, y duele de una manera que me desespera—. Nunca te tocaste como necesitabas. Siempre tan cuidadosa, tan clínica. Como si tuvieras miedo de perder el control.

Su pulgar rodea mi clítoris, lento y deliberado, y mis rodillas ceden. No puedo sostenerme. Tiene que mantenerme erguida con un brazo mientras me trabaja con el otro, como si yo fuera una marioneta y él el único que sabe dónde se conectan los hilos. El orgasmo llega tan rápido que es como un desmayo. Mi visión se estrecha. Mi cuerpo entero se convulsiona. Grito, sin importarme si es una palabra o solo un sonido, corriéndome tan fuerte que casi me resbalo del sofá.

Pero no ha terminado. Me deja desplomarme un segundo y luego me da la vuelta, dejándome boca arriba, con las piernas colgando del borde del sofá. Él está arrodillado en el suelo, con la cara al nivel de mi coño, y por un segundo lo veo exactamente como siempre he temido y deseado: no a un hombre, sino a un lobo, con los ojos pálidos y hambrientos, listo para devorar aquello por lo que se ha obsesionado durante tanto tiempo.

Se lanza, con la lengua ávida, lamiéndome hasta dejarme limpia, y el sabor de mí misma en su boca se siente como una marca. No para hasta que estoy temblando. No para ni siquiera después de eso. Araño sus hombros, tratando de apartarlo, pero es más fuerte e implacable, y yo estoy demasiado débil para resistirme. Cuando finalmente se aparta, con los labios hinchados, se limpia la boca con el dorso de la mano y me mira fijamente como si intentara memorizar esta versión de mí: destrozada, arruinada, incapaz de esconderse.

Se pone de pie, con la voz áspera. —¿Quieres esto? —Forcejea con su cremallera, y saca su polla dura, que ya gotea. No puedo apartar la

mirada—. ¿Quieres mi polla dentro de ti, Faith?

Debería sonar degradante, pero en cambio se siente como una promesa, una invocación. Asiento, muda, demasiado perdida para las palabras.

Me levanta de nuevo, esta vez manteniéndome suspendida, con mis piernas alrededor de sus caderas, la punta de su polla rozándome. Se detiene, con su frente presionada contra la mía, y por un segundo creo que va a decir algo tierno. No lo hace. Me embiste con una sola estocada brutal, y el dolor es una línea al rojo vivo que atraviesa mi centro, tan agudo que casi se siente bien. Suelto un jadeo y las lágrimas brotan de mis ojos, pero al segundo el dolor se rompe y el placer lo inunda todo.

Mis dientes encuentran su garganta mientras me embiste de nuevo, mordiendo lo suficientemente fuerte como para marcarlo, para reclamarlo. Él gime, su polla se contrae dentro de mí.

—Más fuerte —exige, y muerdo hasta que saboreo el cobre, hasta que llevará mi marca por semanas.

Me folla duro, rápido, desesperado, cada embestida un signo de puntuación, sus caderas golpeteando contra mí hasta que el sofá gime y la pared tras él retumba al ritmo. Mi cuerpo está completamente a su merced, y me doy cuenta de que eso es lo que quería desde el principio: no tener que decidir, rendirme a alguien que no me soltará, sin importar lo oscuro que se ponga.

—Joder —gruñe, sus manos magullando mis caderas—. Pareces hecha para esto. Hecha para mí.

Su pelvis se frota contra mi clítoris cada vez que llega al fondo, y pronto estoy al borde del precipicio de nuevo. No quiero correrme, no tan pronto, pero él sabe exactamente lo que está haciendo. Se inclina, sus dientes en mi cuello, mordiendo lo suficientemente fuerte como para dejar una marca, y la sacudida me hace caer. Me convulsiono a su alrededor, todo mi cuerpo se arquea, y él me cabalga a través del orgasmo, implacable.

Tan pronto como bajo, su mano está de nuevo en mi garganta, apretando lo justo para que el aire se enrarezca y el mundo brille en los bordes. Me martillea, más rápido, perdiendo lo último que le quedaba de control, y le oigo rugir mientras se corre, inundándome, su polla pulsando dentro hasta que la presión es demasiada y se desploma sobre mí.

Después, no se mueve. Simplemente yace ahí, con el pecho agitado contra el mío, el sudor pegándonos, su mano aún descansando suavemente sobre mi garganta. Durante un largo momento, el único sonido es nuestra respiración, entrecortada y sincronizada.

Finalmente sale de mí, lento y deliberado, y me deposita con delicadeza en el sofá. Siento su semen goteando, corriendo por mi muslo, y la humillación es tan completa que se convierte en una especie de orgullo. Mi cuerpo es la escena de un crimen, y las pruebas están por todas partes.

Se arrodilla frente a mí, con las manos en mis rodillas, apartándolas para inspeccionar el daño. Sus ojos, antes tan fríos y calculadores, se ablandan al ver lo que me ha hecho. Se inclina y vuelve a lamerme, limpiándome con caricias lentas y reverentes, como si intentara borrar la violencia de lo que acaba de suceder. O quizás para grabarla aún más profundamente.

Cuando está satisfecho, se sienta a mi lado, en silencio, observando el subir y bajar de mi respiración. Todavía me tiemblan las piernas. No puedo sostenerle la mirada.

—¿Estás bien? —pregunta, con la voz despojada de bravuconería, casi tierna.

Asiento, pero no sé si es verdad. Mi cuerpo vibra, cada terminación nerviosa en abierta rebelión, pero lo que más me asusta es la hueca ausencia de arrepentimiento.

Me deja sentarme en silencio, esperando que mi cerebro se reinicie. Cuando finalmente levanto la vista, me mira como si yo fuera la respuesta a una pregunta que nunca se atrevió a formular.

Abro la boca, pero no sale nada. Ni palabras. Ni acusaciones. Solo la enfermiza y dulce certeza de que he cruzado una línea que nunca podré desandar.

Lo ve en mi cara, la confusión y la aceptación, y sonríe; no es la sonrisa demoníaca, sino algo casi humano.

Permanecemos unidos un momento, ambos respirando con dificultad, el sudor enfriándose en nuestra piel. Luego se retira lentamente, girándome para que quedemos frente a frente. Sus ojos pálidos estudian mi rostro, buscando arrepentimiento. En su lugar, encuentra confusión.

—Eso fue… —empiezo, pero no hay palabras para lo que acaba de pasar. Para lo que he dejado que pase.

Me besa, más suave esta vez, pero aún posesivo. —Eso fue el principio.

Al final nos vamos a mi dormitorio, pero no dormimos. Me posee de nuevo, más lento esta vez, pero no menos intenso, trazando un mapa de cada centímetro de mi cuerpo con sus manos y su boca. Descubro que puedo hacerle perder el control por completo cuando lo tomo en mi boca, aprendo la presión exacta que le hace gemir mi nombre como una plegaria. Me concentro en lo físico, en el poder, no en lo que significa que esté haciendo esto con él.

La tercera vez que está dentro de mí, con mis piernas sobre sus hombros y sus ojos clavados en los míos, algo se desata, una verdad que no puedo seguir enterrando: —Quiero verlo morir.

Se detiene un momento, estudiando mi cara. —¿A Neumann?

—Sí. —La admisión me aterra incluso mientras lo atraigo más profundamente—. No solo quiero que muera. Quiero ver cómo sucede. Pero eso está mal. Eso me convierte en…

—Faith… —Pero ya se está moviendo de nuevo, más fuerte ahora, espoleado por mi confesión.

—He soñado con ello —continúo, horrorizada de mí misma mientras las palabras brotan—. De diferentes maneras. Con diferentes herramientas. A veces soy yo quien sostiene el cuchillo. Pero solo son sueños. Solo trauma. En realidad no soy…

—Joder —gime, su ritmo se vuelve errático—. Qué perfecta y terrible criatura.

Nos corremos juntos esta vez; mi confesión de intenciones asesinas nos empuja a ambos al límite. Después, me acurruco lejos de él, horrorizada por lo que he admitido.

Horas más tarde, el amanecer se cuela por mis ventanas, pintándolo todo de un dorado pálido. Miro al techo, sintiéndome diferente. Sintiendo que estoy podrida.

—¿Qué soy ahora? —le pregunto al techo, con un miedo genuino en mi voz.

—Real —dice Luca simplemente, su mano posesiva sobre mi cadera.

—No —susurro, sin estar lista para aceptar eso—. Esto fue solo… necesitaba… No sé lo que necesitaba. Pero no soy lo que crees que soy.

Resigo con el dedo los arañazos que he dejado en su pecho, sorprendida de mi propia violencia incluso en la pasión.

Por primera vez, me pregunto si mis sueños de violencia podrían volverse reales.

—Eres exactamente lo que creo que eres —me dice.

Su sonrisa es esa sonrisa equivocada que me aterra incluso cuando mi cuerpo responde a ella.

—Y vas a ayudarme a pintar las paredes con Neumann.

La idea me repugna, incluso cuando algo oscuro en mí susurra «sí». Reprimo ambas reacciones, incapaz de procesar ninguna de las dos.

—No. Yo no soy… No soy como tú.

—Claro que no —dice, pero su tono sugiere que sabe que no es así.

Cuando me levanto para ducharme, me veo en el espejo. Sus marcas en mis caderas, en mis pechos. Mi pelo está destrozado, mis labios hinchados, mis ojos brillantes con algo que parece más confusión y miedo que libertad. Pero la satisfacción me inunda al ver los profundos arañazos en su espalda, la marca de la mordida que le dejé en el hombro cuando me hizo correrme la tercera vez. Los cortes en forma de media luna de mis uñas en su pecho. Él me marcó, pero yo se la devolví.

Detrás de mí, en el espejo, aparece Luca, presionándose contra mi espalda, con sus manos posesivas en mis caderas. Nos vemos mal juntos. Oscuridad y luz, bondad y maldad. Excepto que ya no estoy segura de quién es quién.

16 - Luca

Seis horas desde que la tomé. Seis horas alternando entre follar y planear un asesinato. Ahora son las tres de la mañana y Faith duerme sobre mi pecho, su peso ya me resulta familiar después de solo unas horas de tenerla aquí. Mi polla sigue medio dura desde nuestro último asalto, su coño me apretó tan fuerte cuando se corrió que vi las estrellas. La evidencia de nuestro acoplamiento se ha secado en sus muslos, marcándola como mía de la manera más primitiva.

Me sorprendí a mí mismo al dormir de verdad unas cuantas horas. Cuatro horas seguidas, lo que es una especie de récord personal. Mi dedo traza patrones sobre su piel desnuda, mapas deliberados en vez de toques aleatorios. Aquí, a lo largo de su columna vertebral, es donde le haré el primer corte a Neumann. Superficial, lo justo para que entienda lo que le espera. Mi dedo se mueve hacia su omóplato: más profundo aquí, donde los cúmulos nerviosos cantarán. La idea de sus gritos hace que mi polla se contraiga contra su cadera.

Se mueve en sueños, apretándose más contra mí, y anoto este nuevo dato. Su respiración se entrecorta en cada séptima exhalación, un patrón que he estado contando desde que se durmió. Siete respiraciones normales y luego ese pequeño enganche, como si su cuerpo recordara la violencia incluso en sueños. Sus pezones siguen hinchados por mi boca, marcados con tenues huellas de dientes que me hacen querer añadir más.

Me escuece la espalda por sus uñas, largos surcos que talló en mi piel cuando se corrió. La marca del mordisco en mi hombro palpita. Bien. Quiero cicatrices suyas. Quiero pruebas de que se defiende incluso mientras se rinde.

Mi Glock yace en su mesilla de noche, junto a sus gafas de leer. Violencia e inocencia, una al lado de la otra. El teléfono de prepago que está al lado vuelve a vibrar. Marco. La cuarta llamada que ignoro. La familia necesita a su sicario para la situación de Detroit.

Pero su sicario murió en algún momento entre el primer orgasmo de Faith y el instante en que me clavó los dientes en el cuello con la fuerza suficiente para hacerme sangrar.

Mi mano libre sostiene mi móvil, desplazándome por diagramas quirúrgicos mientras la otra continúa trazando la futura agonía de Neumann sobre la piel de ella. Cada línea que trazo es otro corte que haré, otro grito que extraeré. La yuxtaposición no se siente mal. Planear una tortura sistemática mientras mis dedos rozan los moratones que le dejé a base de succiones en los huesos de la cadera. En mi mente, la ternura y la brutalidad siempre han sido el mismo lenguaje. Cartas de amor escritas con gritos.

Se aferra a mí en sueños, sus dedos se clavan en mis costillas como si temiera que fuera a desaparecer. A través de mis cámaras, la he visto dormir sola durante semanas. Nunca extiende los brazos hacia nada, nunca busca el contacto con el aire vacío. Pero ahora, conmigo aquí, se ancla a mi cuerpo como si yo fuera lo único sólido en su mundo. Engancha su pierna sobre la mía y puedo sentir el calor de su coño contra mi muslo, todavía húmedo, todavía preparado.

La revelación me golpea de repente: la deseo más ahora que antes de tenerla.

Esto está mal. No moralmente. Yo no trafico con la moralidad. Sino científica, psicológicamente mal. La posesión debería disminuir el interés. Lo desconocido se vuelve conocido. La caza termina. El misterio se disuelve en una decepcionante realidad.

He tenido veintitrés obsesiones desde la masacre Rosetti-Moretti. Cada una estudiada, perseguida, poseída, desechada. El patrón nunca varía. El deseo lleva a la posesión. La posesión lleva al aburrimiento. El aburrimiento desencadena el descarte. Limpio. Eficiente. Predecible.

Pero mirando a Faith ahora, con el sabor de su coño todavía en mi lengua, sintiendo dónde marcó mi pecho con sus uñas, la necesito de nuevo. Necesito abrirle las piernas y enterrar mi cara entre ellas hasta que grite. Necesito follarla hasta que ninguno de los dos pueda caminar. La ecuación está al revés, rota, imposible.

Mi polla se endurece por completo al recordar cómo se veía cabalgándome antes, con la cabeza echada hacia atrás, sus tetas perfectas botando mientras usaba mi cuerpo para su placer. La forma

en que su coño se apretó cuando le rodeé la garganta con la mano, lo justo para hacer que la cabeza se le cayera hacia atrás por el deseo.

Mi mente repasa obsesiones pasadas como si fueran fichas de archivo, tratando de encontrar el error en este patrón. Pero ninguna de ellas se compara con esto. Con ella. Ahora sé exactamente lo estrecho que es su coño, a qué sabe, cómo suplica cuando está a punto. Debería estar satisfecho. Debería estar planeando mi salida. En cambio, estoy calculando de cuántas maneras diferentes puedo hacer que se corra antes del amanecer, cuántas veces puedo llenarla con mi semen hasta que gotee por sus muslos.

Algo se resquebraja en mi pecho. Un reconocimiento. La última vez que sentí algo parecido a esta intensidad fue antes. Antes de la masacre. Antes de ver morir a mi padre y aprender que sentir cosas solo conduce a la agonía.

Aún no era un adulto cuando todo dentro de mí se apagó. La misma noche en que maté a Mikhail durante el caos, vi la vida abandonar sus ojos como pago por lo que nos habían hecho. Una década de entumecimiento desde entonces, diez años fingiendo emociones sin sentirlas.

Faith no solo ha roto mi patrón. Ha abierto una grieta en algo que sellé aquella noche.

Me tiembla la mano mientras trazo otra línea en su piel, planeando la destrucción de Neumann mientras mi polla palpita contra su cadera. El temblor me perturba más de lo que jamás lo ha hecho la violencia. Este sentimiento, crudo, sin filtros, imposible de clasificar, es lo que sentía antes de que el trauma reconfigurara mi cerebro.

Faith se remueve contra mí, abriendo los ojos lentamente en la oscuridad. Me ve despierto, observándola, y en lugar de miedo o incomodidad, sonríe. No es su sonrisa de bibliotecaria ni su máscara de niña buena. Esta es la sonrisa de alguien que ha probado la sangre y le ha gustado. Alguien que se corrió sobre mi polla mientras le contaba sobre los hombres que he matado por ella.

Se mueve, levantándose para sentarse a horcajadas sobre mí, completamente desnuda, su coño ya húmedo contra mi estómago. Sus manos encuentran mis muñecas y las presionan contra el colchón. Como si de verdad pudiera sujetarme. Como si sus pequeñas manos tuvieran algún poder contra mi fuerza. Pero la dejo

inmovilizarme, fascinado por esta versión de ella. Segura en su oscuridad, tomando lo que quiere.

—¿No puedes dormir? —pregunta, balanceando las caderas, arrastrando su coño por mis abdominales, dejando un rastro de excitación en mi piel.

—No duermo —le recuerdo, pero mi voz se quiebra cuando se restriega con más fuerza, su clítoris rozando las crestas de mis músculos.

—Quizá pueda agotarte —se inclina hacia mí, su pelo crea una cortina a nuestro alrededor, y me aprieta las muñecas con más fuerza —. Sus tetas rozan mi pecho, los pezones duros como diamantes.

Está bromeando, pero yo no. En mi vida me he sentido agotado.

—Inténtalo —la reto, mi voz es un gruñido grave.

Sonríe más ampliamente, esa nueva sonrisa que nunca antes había visto esta noche, la que hace que mi polla pulse de necesidad. Sus manos se deslizan desde mis muñecas hasta mi garganta, sus dedos presionan experimentalmente a los lados. No lo suficiente como para cortar el flujo de sangre, solo lo suficiente para mostrar su intención. Para la mayoría de los hombres, esto sería ridículo: una mujer de su tamaño pensando que podría dominar a alguien como yo. Pero no hay nada gracioso en la forma en que mi cuerpo responde, mis caderas se arquean involuntariamente.

—Te gusta eso —susurra, no es una pregunta, sino una afirmación —. Sus dedos se aprietan gradualmente en mi garganta, y siento mi pulso latir contra su palma.

Podría romper su agarre en menos de un segundo. Podría voltearla sobre su espalda y recordarle quién tiene el control. En cambio, le dejo tener este momento, curioso por ver hasta dónde lo llevará.

Se desliza hacia atrás, dejando un rastro húmedo por mis abdominales hasta que se posiciona sobre mi polla. Suelta una de mis muñecas para alcanzar el espacio entre nosotros, envolviendo mis genitales con sus delicados dedos. El contraste es obsceno: su pequeña mano apenas rodea mi grosor, la piel pálida contra el rojo airado de mi excitación. Siseo entre dientes mientras me coloca en su entrada, atormentándonos a ambos.

—Quiero sentirte de nuevo —dice, su voz ronca por el sueño y la excitación—. Quiero estar tan llena de ti que no pueda pensar.

No respondo con palabras. Mis manos encuentran sus caderas, los dedos se clavan en los moratones que le dejé antes, y la levanto ligeramente, posicionándola. Se hunde lentamente, su coño se estira a mi alrededor, tomándome centímetro a centímetro hasta que se sienta por completo sobre mí.

—Joder —resopla, echando la cabeza hacia atrás, exponiendo la columna de su garganta marcada por mis dientes—. Su mano cae de mi cuello mientras se apoya en mi pecho—. Estás tan profundo así.

Vigilo su rostro mientras empieza a moverse, la forma en que sus labios se separan y sus ojos se agitan. La forma en que toma su placer de mi cuerpo como si le perteneciera. Como si yo le perteneciera. Ese pensamiento debería enfurecerme. En cambio, hace que mi polla palpite dentro de ella.

—Eso es —la animo, mi voz áspera por la necesidad—. Úsame. Toma lo que quieras.

Se balancea hacia delante, cambiando el ángulo para que mi polla golpee ese punto dentro de ella que hace que sus paredes se aprieten a mi alrededor. Sus uñas se clavan en mi pecho, dejando marcas de media luna junto a las que dejó hace horas.

—Luca —gime mi nombre como una oración, cabalgándome con una urgencia creciente—. Su coño me aprieta como un tornillo de banco, su calor envuelve mi polla mientras sube y baja.

Le agarro el culo, ayudándola a moverse, guiándola a un ritmo que nos deja a ambos jadeando. Es exquisita así, tomando su placer, usando mi cuerpo. La forma en que sus tetas botan con cada movimiento me hipnotiza. Levanto la mano para ahuecarlas, pellizcando sus pezones entre mis dedos hasta que grita.

—Nunca me vas a dejar —gruño, embistiendo hacia arriba para encontrar sus movimientos—. Dilo.

Ella solo jadea, su coño apretándose a mi alrededor.

Nos giro de repente, inmovilizándola debajo de mí sin romper nuestra conexión. Sus ojos se abren de sorpresa, luego se oscurecen de lujuria mientras engancho sus piernas sobre mis hombros, doblándola casi por la mitad. Desde este ángulo, puedo penetrar más profundo, golpear lugares dentro de ella que la hacen morderse el labio para no gritar.

—Déjame oírte —ordeno, puntuando cada palabra con una embestida—. Nadie puede oírnos más que yo.

Obedece al instante, sus gritos llenan la habitación mientras la embisto sin descanso. Su coño está empapado, haciendo sonidos obscenos con cada embestida. La cabecera de la cama golpea contra la pared, marcando el ritmo de nuestra follada como un metrónomo de destrucción.

—Estoy cerca —gimotea, su espalda arqueándose fuera de la cama —. Por favor, Luca, por favor…

Ralentizo mi ritmo deliberadamente, haciéndole sentir cada centímetro de mi polla mientras me retiro casi por completo antes de volver a hundirme. —¿Por favor, qué?

—Hazme correr —suplica, sus manos se aferran a mis bíceps, las uñas se clavan lo suficientemente profundo como para dejar marcas —. Lo necesito. Te necesito.

La desesperación en su voz alimenta algo primario en mí. Me estiro entre nosotros, encontrando su clítoris con mi pulgar, rodeándolo al compás de mis embestidas. Su coño se agita a mi alrededor, al borde.

—Córrete para mí —ordeno, presionando su clítoris—. Ahora.

Su orgasmo la atraviesa como un maremoto. Su espalda se arquea, su coño se cierra sobre mi polla con fuerza suficiente para desencadenar mi propia eyaculación. Me entierro hasta el fondo mientras me corro, llenándola con chorros calientes de semen, marcándola desde dentro.

Permanecemos unidos mientras las réplicas nos recorren a ambos. Le bajo las piernas de mis hombros, pero permanezco dentro de ella, reacio a romper nuestra conexión todavía. Sus ojos están entornados, la satisfacción escrita en sus facciones.

Aquí es cuando el interés debería desvanecerse. Cuando la persecución termina y comienza el aburrimiento. Es el patrón que he seguido toda mi vida adulta: desear, tomar, desechar. Limpio. Eficiente.

Pero mientras miro a Faith, sintiendo su coño todavía pulsando suavemente alrededor de mi polla ablandada, me doy cuenta de que quiero más.

El patrón está roto sin remedio. La ecuación ha cambiado, las variables se han desplazado a una configuración desconocida. La posesión debería haber disminuido mi interés. En lugar de eso, lo ha intensificado más allá de todo reconocimiento.

Miro a Faith debajo de mí, su cuerpo sonrojado y marcado por mis manos, mi boca, mi semen goteando de entre sus muslos. La visión debería satisfacerme. En cambio, es la leña para un fuego que creí extinguido hace años.

—¿En qué piensas? —pregunta, su voz ronca de gritar mi nombre.

Considero mentir. Mentir es eficiente. Pero algo en la forma en que me mira —como si pudiera ver el caos que se agita bajo mi piel— me hace contar una versión de la verdad.

—Pienso en que esto no está siguiendo el patrón.

Sus dedos trazan los contornos de mi cara, deteniéndose en la cicatriz a lo largo de mi mandíbula. —¿Qué patrón?

—Desear. Tomar. Desechar —digo cada palabra deliberadamente, observando su reacción—. Así es como siempre funciona.

El miedo parpadea en sus ojos, rápidamente reemplazado por algo más oscuro. Comprensión. —¿Y dónde estamos en ese patrón?

—Ese es el problema —admito, girando sobre mi costado, pero manteniéndola cerca, una pierna echada sobre la suya posesivamente—. Deberíamos estar acercándonos a la fase de descarte. Ya debería estar aburrido, ahora que te he tenido.

Se queda quieta contra mí. —¿Lo estás? ¿Aburrido?

Me río, el sonido oxidado por el desuso. —Mira tu cuerpo, Faith. Mira lo que te he hecho en las últimas seis horas. ¿Te parece eso aburrimiento?

Sus manos se deslizan hacia los moratones con forma de huellas dactilares en sus caderas, las marcas de mordiscos en sus pechos, los arañazos en sus muslos. Una pequeña y satisfecha sonrisa juega en sus labios. —No. Parece obsesión.

—Lo es. Pero esa no es la cuestión —cojo mi móvil y compruebo la hora—. Las cuatro de la mañana. Tres horas para el amanecer. —Las obsesiones siempre siguen el patrón. Tú lo estás rompiendo.

Se acerca más, su pequeña mano se extiende sobre mi pecho, donde mi corazón late a un ritmo que no me resulta familiar. —Quizá soy diferente.

—Quizá —no le digo que eso es lo que me aterra—. Que las ecuaciones que han gobernado mi existencia durante la última década son de repente inestables, las variables cambiando más allá de mi control. Que el muro que construí entre mí y sentir algo real tiene grietas que no puedo reparar.

17 - Faith

Me despierto con la luz del sol y el cuerpo dolorido; cada músculo protesta. La cama a mi lado está vacía, pero todavía tibia. Por supuesto que Luca no se quedó a dormir; él no duerme. Probablemente me observó durante horas antes de desaparecer.

Mi teléfono muestra las 7:41 a. m. y tres mensajes perdidos:

Luca (6:23 a. m.): —Eres preciosa cuando duermes. Dejaste de respirar dos veces. Deberías ir al médico a que te lo miren.

Luca (6:45 a. m.): —Tu coche volvió a calarse ayer. Inaceptable.

Luca (7:30 a. m.): —Café y a comprar un coche. Estate lista a las ocho.

Miro los mensajes fijamente. Después de la noche que acabamos de pasar, después de que me hiciera gritar su nombre y confesarle cada oscuro deseo, ¿está pensando en mi coche?

Llaman a la puerta a las ocho en punto.

Tiene peor aspecto que anoche: la misma ropa, las ojeras bajo sus pálidos ojos más profundas, como si no hubiera dormido en días. Lo que probablemente es cierto. Pero trae dos vasos de café de la cafetería cara de Michigan Avenue, esa por la que paso todos los días porque un solo café con leche cuesta lo que me presupuesto para la compra de toda una semana.

—Lo tomas solo y con un terrón de azúcar —dice, entregándome un vaso. No es una pregunta.

Miro el vaso, luego a él. —¿Cómo sabes eso?

—Lo sé todo sobre ti, mi pequeña Faith. —Entra sin invitación, moviéndose por mi espacio como si fuera suyo. Porque en su mente, probablemente lo es—. Tu coche es una trampa mortal.

El cambio de tema me hace parpadear. —Mi coche está bien.

—Tu coche es un Honda Civic de 2010 con 160.000 millas, una transmisión a la que le patina la segunda marcha y unos frenos que chirrían cada vez que te detienes. —Deja el café en mi encimera con

la precisión de quien cataloga hechos—. Se caló dos veces la semana pasada. Una a las 11:07 p. m. en West Roosevelt, un barrio con un índice de criminalidad violenta un 40 % por encima de la media de la ciudad. Estuviste allí sentada siete minutos antes de que arrancara.

Se me seca la boca. Siete minutos. Lo ha cronometrado. —¿Estuviste observándome?

—Siempre. —Sin vergüenza. Sin disculpas. Solo esa certeza impávida que me revuelve el estómago—. Cualquiera podría haberse acercado. Roto tu ventanilla. Sacado a rastras. Y yo habría estado a tres manzanas, vigilando desde una cámara, demasiado lejos para detenerlo a tiempo.

La imagen que pintan sus palabras me pone la piel de gallina. O quizás es darme cuenta de que me ha estado observando tan de cerca. Cronometrando mis momentos vulnerables. Calculando los tiempos de respuesta.

—¿Así que has venido a las ocho de la mañana a darme un sermón sobre mi coche?

—He venido a llevarte de compras. —Saca su teléfono y me enseña una conversación de texto con alguien llamado «M. Santoro-Prestige Motors»—. Cita privada. 9 a. m. Vas a elegir un coche nuevo.

—No puedo permitirme un coche nuevo, Luca.

—Yo sí. —Lo dice como si nada, como si comprar un coche fuera el equivalente a comprar el café que acaba de entregarme—. Y lo haré. Esto no es negociable.

Un calor me invade, mitad ira, mitad algo más a lo que no quiero ponerle nombre. —No soy un caso de caridad…

—No. —Se acerca, acorralándome contra la encimera, su calor corporal abrumador incluso a través de su camisa arrugada—. Eres mía. Y lo que es mío no se pasea en una trampa mortal que podría dejarte tirada y vulnerable.

—No soy tuya. —Pero la protesta suena débil incluso para mis oídos, sobre todo con sus marcas aún palpitando en mi piel bajo el albornoz.

Levanta la mano y sus dedos trazan el moratón que me dejó en el cuello anoche. El tacto es suave, reverente, en completo desacuerdo con la forma en que llegó allí. —Esto dice lo contrario. La forma en que me besaste dice lo contrario. El acuerdo al que llegamos dice lo contrario.

Debería discutir. Debería apartarlo de un empujón. En lugar de eso, me inclino hacia su caricia como un gato en busca de calor, mi cuerpo traicionando cada pensamiento racional de mi cabeza.

—Vístete —dice en voz baja, retrocediendo antes de que pueda hacer alguna estupidez como atraerlo hacia mí—. Algo cómodo. Tenemos una hora.

—¿Y si digo que no?

Aparece esa sonrisa equivocada, la que nunca le llega a los ojos. —Entonces mañana por la mañana, encontrarás tu viejo coche reemplazado de todos modos. Pero no habrás podido elegir lo que conduces. Preferiría que eligieras tú. Te hace sentir que tienes el control.

La manipulación es descarada. Y de alguna manera, esa honestidad lo hace peor. O mejor. Ya no sé distinguirlo.

—Está bien. —Me dirijo a mi dormitorio, y luego me detengo—. Pero nada descabellado. Soy bibliotecaria infantil. No puedo aparecer en un Ferrari.

—Por supuesto que no —su voz me sigue, casual—. Eso sería poco práctico para los inviernos de Chicago.

Algo en su tono me hace detenerme. —Luca, ¿qué es lo que vamos a ver exactamente?

—Opciones. Opciones seguras. Con excelentes clasificaciones en pruebas de choque, tracción a las cuatro ruedas y seguimiento por GPS.

—¿Seguimiento por GPS?

—Para saber siempre dónde estás. —Dicho como si fuera lo más razonable del mundo—. Vístete, Faith. Nos esperan.

¡~!

Prestige Motors no parece un concesionario normal. Parece una mansión: un edificio blanco inmaculado con aparcacoches y un portero que nos abre la puerta incluso antes de que lleguemos.

—Señor Rosetti. —El saludo del portero es respetuoso, casi deferente—. Señorita Winters. El señor Santoro los está esperando.

El interior rezuma dinero. Dinero de verdad. Del que no necesita anunciarse ni negociar. No hay filas de coches con precios de venta en los parabrisas, ni muñecos hinchables, ni pancartas de «¡OFERTA!». Solo obras de arte discretamente caras en las paredes y una recepcionista que parece sacada de una revista de moda.

Mi rebeca y mis vaqueros de repente parecen cutres, a pesar de ser mi mejor ropa informal.

La mano de Luca encuentra la parte baja de mi espalda, cálida y posesiva. —Estás perfecta —murmura, leyendo mi incomodidad como lee todo sobre mí.

Aparece el propio Matthew Santoro: pelo plateado, traje caro, el tipo de hombre que probablemente gana más con una sola comisión que yo en un año. —Luca. Un placer, como siempre. —Sus ojos se posan en mí con aprobación profesional—. Y esta debe de ser Faith. Bienvenida.

—Matthew. —La voz de Luca tiene ese filo que estoy aprendiendo a asociar con los negocios—. Hablamos de los parámetros.

—Por supuesto. Por aquí, por favor. —Matthew nos guía a través de unas puertas de cristal hasta una sala de exposición privada.

Tres vehículos reposan bajo una iluminación perfecta como obras de arte en un museo. El primero es un elegante Audi Q5 negro, todo líneas afiladas y estilo agresivo. El segundo es un BMW X3 azul medianoche que consigue parecer a la vez práctico y lujoso. El tercero es un Volvo XC60 plateado, discreto pero elegante.

Los miro fijamente, mi cerebro luchando por procesarlo. Cada uno de ellos cuesta más de lo que gano en un año. Probablemente en dos.

—Basándome en sus especificaciones —dice Marco, su voz tan suave como los asientos de cuero—, seguridad, fiabilidad, apropiado para la profesión de la señorita Winters y capaz de soportar los inviernos de Chicago. El Audi tiene el sistema de tracción a las cuatro ruedas más sensible y una calificación de seguridad de cinco estrellas. El BMW ofrece una maniobrabilidad superior en condiciones adversas. Y el Volvo tiene la mejor tecnología para evitar colisiones de su clase, además de las calificaciones de seguridad más altas en general.

Nos habla a los dos, pero sus ojos siguen volviendo a Luca, esperando su aprobación.

—Son demasiado caros —consigo decir, mi voz saliendo más débil de lo que me gustaría.

—Son seguros —corrige Luca, acercándose a los vehículos—. Las mejores calificaciones de seguridad de su clase. El Volvo tiene el mejor sistema para evitar colisiones: puede frenar automáticamente si detecta un obstáculo. El BMW tiene una maniobrabilidad superior

en nieve y hielo. El Audi tiene la tracción a las cuatro ruedas más sensible para maniobras de emergencia.

Se ha memorizado las especificaciones. Por supuesto que lo ha hecho. Probablemente pasó horas investigando, comparando, calculando cuál me mantendría más segura.

Matthew se retira con tacto para «preparar el papeleo», dejándonos a solas con lo que debe ser un cuarto de millón de dólares en vehículos.

—No puedo aceptar esto. —Me giro para encarar a Luca por completo—. Es demasiado.

—Tu vida no es demasiado. —Su voz baja, con esa intensidad peligrosa adentrándose en ella—. Siete minutos, Faith. Estuviste sentada en ese coche averiado durante siete minutos a las once de la noche en un barrio donde tres mujeres fueron agredidas en los últimos dos meses. ¿Sabes lo que hice durante esos siete minutos?

Niego con la cabeza, incapaz de apartar la vista de su rostro.

—Consulté las estadísticas de delincuencia de esa manzana exacta. Planeé doce formas diferentes de matar a quienquiera que se te acercara. Sostuve mi teléfono, listo para llamar a mis hombres para que acudieran a tu ubicación. Te vi intentar arrancar seis veces a través de la cámara de seguridad de la bodega. —Sus manos están temblando ahora, temblando de verdad—. Y no pude hacer nada hasta que ese motor de mierda finalmente se puso en marcha.

La confesión pende entre nosotros, cruda y honesta.

—No puedo protegerte si tu propio vehículo te atrapa.

—Esto no es solo protección. —Me acerco a él, necesitando que lo admita—. Es control.

—Sí. —Sin desvíos. Sin mentiras bonitas—. Es ambas cosas. Necesito saber que estás a salvo. Necesito saber dónde estás. Necesito poder llegar a ti si algo sucede. —Su mano me ahueca el rostro, el pulgar rozando la marca en mi garganta—. Llámalo control. Llámalo obsesión. Llámalo como quieras. Pero vas a tener un coche seguro con seguimiento por GPS, y ese es el final de la discusión.

Debería estar enfadada. Debería salir de aquí furiosa. En cambio, estoy estudiando su rostro, viendo el miedo genuino bajo la exigencia. Está aterrorizado. Realmente aterrorizado de que algo me pase.

—El Volvo —me oigo decir.

Sus ojos se agudizan. —¿Por qué?

—El plateado es menos llamativo que el negro. Y dijiste que tiene el mejor sistema para evitar colisiones. —Me acerco a él, pasando la mano por el capó. Es precioso: práctico pero lujoso, una elegancia discreta que no gritará «comprado por un jefe de la mafia» cuando aparque en la biblioteca—. Me va mejor que los otros.

Algo en su expresión se suaviza, solo por un momento. —¿Prueba de conducción?

—¿Me dirás cada especificación técnica mientras conducimos?

—Probablemente.

—¿Me dirás también exactamente cómo accediste a la cámara de seguridad de la bodega?

Esa sonrisa equivocada. —La hackeé. Y vi la grabación dos veces porque la primera estaba demasiado enfadado para pensar con claridad.

Está completamente loco. Y yo estoy completamente perdida por él.

—Vamos a conducir.

¡~!

El Volvo se conduce como un sueño. Suave, silencioso, sensible. Todo lo que mi pobre Honda no es. El asiento se ajusta de una docena de maneras diferentes, el volante está calefactado, y cuando piso el acelerador, acelera con apenas un susurro de sonido.

—Asientos calefactados —señala Luca, estirando el brazo para ajustar algo en la consola. Su brazo roza mi muslo, deliberadamente —. Siempre tienes frío en invierno. Te he visto sentarte en tu coche durante cinco minutos en el aparcamiento de la biblioteca, esperando a que la calefacción funcionara, frotándote las manos.

—Das mucho miedo, ¿lo sabes?

—Sí. —No parece ni un poco molesto—. Monitorización de puntos ciegos a ambos lados: esas luces en los retrovisores parpadearán si hay un coche que no puedes ver. Aviso de salida de carril si te desvías sin señalizar. Frenado automático de emergencia si detecta una colisión inminente.

—Realmente te has memorizado las especificaciones.

—Cristales antibalas. Nada extremo, solo protección de nivel 3. Y los neumáticos no se pueden pinchar; puedes conducir cincuenta millas con ellos incluso si están rajados.

Lo miro.

—Investigué durante seis horas anoche. Hice que Santoro preparara sus mejores vehículos modificados. —Su mano descansa en mi muslo ahora, posesiva y cálida a través de mis vaqueros—. Después de verte dormir durante dos horas.

Debería pisar el freno en seco. Debería exigir saber por qué me estaba viendo dormir. En cambio, mi cuerpo se calienta bajo su tacto, el calor acumulándose en la parte baja de mi vientre ante la admisión casual.

—El GPS —digo con cuidado, probando la maniobrabilidad del coche mientras giro hacia Lake Shore Drive. La dirección es precisa, sensible—. ¿Me rastrearás constantemente?

—Sí.

—¿Y si voy a un lugar que no apruebas?

—Entonces o me uniré a ti o eliminaré la amenaza, dependiendo de la ubicación. —Lo dice como si fuera razonable, como si así funcionaran las relaciones normales—. Pero siempre sabrás que estoy observando. No lo ocultaré.

De alguna manera, la honestidad lo hace menos invasivo. O quizás estoy tan enferma como él, encontrando consuelo en la idea de ser constantemente observada.

—Hay una función de arranque remoto —continúa, sus dedos trazando pequeños círculos en mi muslo que hacen difícil concentrarse en la conducción—. Puedes calentar el coche desde tu apartamento. Descongelar las ventanas, calentar los asientos, antes incluso de salir a la calle.

—Eso es... realmente considerado.

—Pienso en ti constantemente, Faith. En lo que necesitas. En lo que te haría sentir cómoda. En lo que podría hacerte daño. —Sus dedos se aprietan ligeramente—. Los pensamientos obsesivos se convierten en acciones protectoras.

El lago se extiende a nuestro lado, gris e infinito bajo el cielo de la mañana. Pasan otros coches, gente normal viviendo vidas normales, completamente ajenos a que estoy probando un coche de 110.000 dólares comprado por un asesino que cronometra cuánto tiempo tarda mi motor en calarse.

Entro en el aparcamiento del concesionario veinte minutos después, mis manos firmes en el volante a pesar de mi corazón acelerado.

—Vale.

—¿Vale? —La voz de Luca es cuidadosamente neutral, pero puedo sentir su tensión.

—Acepto el coche. —Me giro para mirarlo, necesitando ver su reacción—. Pero tengo condiciones.

El interés parpadea en esos ojos pálidos. —Dime cuáles.

—Una: me enseñas a acceder al seguimiento por GPS. Si tú me vigilas, yo también te vigilo a ti.

Su sonrisa es genuina esta vez, llegando a sus ojos por una vez. —De acuerdo. Lo justo es justo.

—Dos: no más regalos sorpresa sin preguntar primero. El coche tiene sentido, necesito un transporte fiable. Pero no quiero despertarme y encontrar un armario nuevo o joyas o cualquier otra cosa que creas que necesito.

—A ti nunca se te podría comprar. —Me interrumpe antes de que pueda terminar—. Eres demasiado lista. Demasiado peligrosa a tu manera. Esto no es para hacerte dependiente de mí, Faith. Es para mantenerte a salvo mientras planeas la destrucción de Neumann.

La forma en que lo dice no debería excitarme. De verdad que no.

—Tres: deja de observarme dormir a través de mi ventana. Es siniestro hasta para tus estándares.

—No.

—Luca…

—Empezaré a usar las cámaras que instalé en tu apartamento. Mejores ángulos, una señal más fiable. —Lo dice completamente en serio, sin siquiera intentar fingir que está bromeando.

Debería estar horrorizada. En cambio, me estoy riendo, un sonido roto que es mitad diversión, mitad desesperación. —Eres imposible.

—Y tú eres mía. —Se inclina sobre la consola, su boca capturando la mía en un beso que sabe a posesión, a café y a promesas que no debería desear que cumpliera—. Di que sí al coche, mi pequeña Faith.

Contra sus labios, susurro: —Sí.

Dos horas después, conduzco mi nuevo Volvo XC60 plateado y modificado a casa, todavía procesando que Luca acaba de gastar 110.000 dólares como si fuera el dinero del café. El papeleo está hecho, todo a mi nombre, totalmente pagado, el seguro arreglado para los próximos tres años. Matthew lo había gestionado con la

eficiencia de alguien acostumbrado a las extrañas peticiones de hombres peligrosos.

Mi teléfono vibra cuando estoy parada en un semáforo en rojo.

Luca: —Veo que estás a tres manzanas de casa. El límite de velocidad es 30. Vas a 32. Reduce la velocidad.

Debería sentirme asustada. En lugar de eso, me encuentro sonriendo mientras levanto el pie del acelerador, comprobando mi espejo retrovisor a pesar de que sé que no me está siguiendo. Está observando a través del GPS, probablemente lo encendió en uno de sus muchos monitores en el segundo en que salí del concesionario.

Otro mensaje: —Buena chica. Además, revisa la guantera cuando llegues a casa.

El semáforo se pone en verde. Conduzco exactamente a 30 mph el resto del camino, hiperconsciente de sus ojos sobre mí a través de satélites y tecnología.

En casa, me siento en mi coche nuevo en el aparcamiento durante un minuto entero antes de abrir la guantera.

Dentro, encuentro:

- El manual del propietario, perfectamente organizado.
- Un botiquín de primeros auxilios (por supuesto que pensaría en eso).
- Los documentos de matriculación y del seguro en una carpeta de cuero.
- Una pequeña caja negra.

Mis manos tiemblan ligeramente mientras abro la caja.

Una navaja. No una navaja cualquiera: una preciosa navaja plegable con mango de nácar, la hoja ya tan afilada que atrapa la luz. Está perfectamente equilibrada cuando pruebo su peso, de calidad profesional, el tipo de arma que cuesta más que mi antigua cuota mensual del coche.

La nota metida dentro dice con su letra precisa: «Arma de respaldo. Porque no siempre puedo estar allí en persona. Pero siempre sabré dónde estás. -L»

Estoy sentada en mi coche tuneado, en el aparcamiento de mi edificio, sosteniendo una navaja de un psicópata que acaba de gastar más dinero en mí del que yo he gastado en mí misma en cinco años.

Y me siento más segura que nunca en mi vida.

Que Dios me ayude.

18 - Faith

Ayer por la mañana estaba comprando un coche nuevo con el semen de Luca todavía goteando por mis muslos. Ahora estoy sentada frente a mi padre en Giovanni's, fingiendo ser la hija que él cree que soy mientras mi cuerpo palpita con la evidencia de en quién me he convertido. Me salté nuestro desayuno habitual esta mañana, así que se lo estoy compensando.

Los moratones laten bajo mi recatada chaqueta de punto mientras me deslizo en el reservado de cuero. Cada roce de la tela contra las marcas de mordiscos en mis hombros envía calor directo a mis entrañas, un vergonzoso recordatorio de que no solo dejé que un asesino me tocara. Se lo supliqué. La áspera lana me irrita la piel sensible, y tengo que contenerme para no emitir un sonido cuando se engancha en la marca que me dejó con la boca en la clavícula.

Me digo a mí misma que está mal, pero la verdad es más oscura: lo deseaba por lo que es, no a pesar de ello. El asco por mí misma se me asienta pesadamente en el estómago, mezclado con algo peor: el recuerdo de lo viva que me sentí con sus manos alrededor de mi cuello.

—Pareces cansada, cariño. —Los ojos de juez de papá notan las ojeras que el corrector no logra ocultar del todo, la forma en que estoy sentada con demasiado cuidado, intentando no agravar el delicioso dolor entre mis piernas.

—Solo ha sido una semana larga en la biblioteca. —Cojo la carta de vinos como si fuera un salvavidas, necesitando algo entre nosotros, una barrera tras la que esconderme—. Estamos implementando un nuevo sistema de catalogación.

La mentira me quema en la lengua. Ahora todo sabe a mentiras. A culpa mezclada con el sabor fantasma de Luca que todavía puedo saborear a pesar de haberme cepillado los dientes seis veces durante el día.

—Bueno, no te exijas demasiado. —Le hace una seña al camarero y pide lo de siempre: su whisky solo, mi vino blanco. Su colonia, algo

caro y judicial, me hace pensar en el aroma de Luca: más oscuro, peligroso, como a pólvora y cuero caro—. Ya sabes lo que se preocupaba tu madre cuando te esforzabas demasiado.

Mi madre. La mujer que me crio para ser buena, para seguir las reglas y confiar en la justicia. ¿Qué pensaría ahora de su hija? Pero incluso mientras lo pienso, recuerdo mis propios planes para Neumann. ¿Cómo puedo destruirlo por matar a mamá cuando le estoy abriendo las piernas a otro asesino?

El camarero regresa con nuestras bebidas y doy un sorbo demasiado grande al vino, necesitando el ardor para distraerme del dolor entre los muslos que me hace apretarlos involuntariamente. El vino se mezcla con el sabor fantasma de la boca de Luca y casi gimo.

—¿Coche nuevo? —Su voz de juez. Esa que hace que los testigos se retuerzan.

—Sí. —Trago el vino, evitando su mirada.

—Es un Volvo XC60. Esos cuestan a partir de sesenta mil dólares. —Deja el vaso con deliberada precisión—. ¿De dónde saca una bibliotecaria infantil dinero para un coche así?

—Tenía ahorros…

—Faith. —Una palabra. Es todo lo que hace falta—. No me mientas.

Se me hace un nudo en la garganta. La verdad lo destruiría: «El novio psicópata de tu hija me lo compró porque me ha estado acosando y cronometró cuánto tardaba mi viejo coche en calarse en un mal barrio».

—Un amigo me ayudó —logro decir.

—¿Qué amigo? ¿Sarah? ¿Tu club de lectura? —Entrecierra los ojos—. ¿O alguien más? ¿Alguien con quien has estado saliendo?

—Nadie que conozcas, papá.

—La ciudad se está volviendo más peligrosa —dice, estudiando la carta aunque ambos sabemos que pedirá el chuletón, como siempre —. Las familias criminales se están envalentonando.

Me escondo detrás de la carta, apretando los muslos con la fuerza suficiente para hacerme daño. La presión me hace recordar las manos de Luca separándolos. —¿Ah, sí?

—Algo los está agitando. Disputas territoriales, por lo que dicen mis fuentes. —Baja la carta y sus ojos afilados encuentran los míos—. Estás teniendo cuidado, ¿verdad? ¿Tomas Ubers por la noche?

—Por supuesto. —Otra mentira. Vine andando porque necesitaba que el aire frío me despejara la cabeza, que me limpiara la sensación de ser poseída. No funcionó. Todavía puedo olerlo en mi piel a pesar de tres duchas.

—Bien. Porque esta gente, Faith… —Se inclina hacia delante, bajando la voz—. Son animales. Sin conciencia, sin moral. Destruyen todo lo que tocan.

Depredador puro, diría él. Sí. Y yo soy la presa que exhibió su garganta y suplicó ser devorada. El vino amenaza con subírseme mientras mi coño se contrae al recordarlo.

—Hablando de eso —continúa papá, sacando su teléfono—, seguimos teniendo problemas con el caso Rosetti. No conseguimos que nada se sostenga.

El nombre hace que todo mi cuerpo se tense. Agarro mi copa de vino demasiado rápido, y el líquido se derrama peligrosamente cerca del borde. Al otro lado del restaurante, veo a un hombre con un traje oscuro, fingiendo leer una carta pero observando nuestra mesa. Uno de los de Luca. Ni siquiera aquí estoy libre de él.

—¿Los Rosetti? —Mi voz sale más aguda de lo que pretendía.

—Los peores de todos. —Se desplaza por algo en su teléfono, probablemente archivos del caso que no debería mostrarme en público—. Cinco hermanos, una hermana, todos asesinos. Pero hay uno que es particularmente… —Hace una pausa, buscando la palabra —. Trastornado.

Sé lo que viene. Sé qué nombre dirá. Me tiembla la mano al llevarme el vino a los labios, tocándome inconscientemente el cuello para asegurarme de que la bufanda oculta los moratones con la forma de los dedos que Luca dejó como un collar.

—Luca Rosetti. —La voz de papá destila asco—. El psicópata de la familia. Mis investigadores dicen que ya ni siquiera finge ser humano. Puro animal.

El vino se me va por el mal camino. Me ahogo, tosiendo violentamente mientras el líquido me quema la garganta. Papá se preocupa de inmediato y se estira para darme palmaditas en la espalda.

—Tranquila, cariño.

—Lo siento —jadeo, agarrando la servilleta para secarme los ojos —. Se me ha ido por otro lado.

—Como decía, este Luca es el peor de todos. Las cosas que ha hecho… —Papá niega con la cabeza—. Hay fotos de escenas del crimen que te harían perder la fe en la humanidad. No solo mata, Faith. Hace que dure. Lo hace personal.

Lo sé, pienso, apretando deliberadamente un moratón en mi cadera hasta que el dolor me hace estremecer. *Sé exactamente lo personal que lo hace todo*. Lo peor no es la culpa; es que me estoy mojando al recordarlo.

—Pero no tienes que preocuparte por nada de eso —continúa papá, volviendo a su carta—. Eres una buena persona, cariño. Como tu madre. La oscuridad de esta ciudad no puede tocar a gente como tú.

Las palabras pretenden consolar. En cambio, se sienten como un panegírico para la persona que solía ser. Porque no soy buena. Las chicas buenas no se corren con los dedos de un asesino. Las chicas buenas no se enfadan porque él mencione su patrón de desechar mujeres, no se sienten orgullosas de que alguien tan peligroso las desee, aunque sea temporalmente.

—Intento serlo —susurro, y la confesión me raspa la garganta.

Él estira la mano sobre la mesa y cubre la mía con la suya. El suave contacto multiplica mi culpa, incluso mientras lo comparo con el agarre de Luca: posesivo, que marca, que reclama. —No tienes que intentarlo, Faith. Es lo que eres. Tu madre estaría muy orgullosa de la mujer en la que te has convertido.

Algo debe de reflejarse en mi cara, porque la expresión de papá cambia a una de preocupación. —Cariño, ¿qué pasa? Pareces preocupada.

—Estoy bien. —Pero mi voz se quiebra en la mentira.

—No estás bien. Pareces como si no hubieras dormido en días. —Su pulgar frota círculos relajantes en mi mano, tan diferente de cómo me tocó Luca—. ¿Es por tu madre?

La salida que me ofrece es muy tentadora. —Últimamente he estado pensando mucho en ella —digo, lo que no es del todo mentira. He estado pensando en ella, en cómo a las dos nos atraen los hombres peligrosos, en cómo quizás esta oscuridad se hereda.

—El duelo cambia, pero nunca desaparece del todo —dice papá suavemente—. Sin embargo, tu madre querría que fueras feliz. Que vivieras plenamente.

¿De verdad? ¿Querría que viviera plenamente si eso significa follarme a un contemporáneo de su asesino? ¿Si vivir plenamente significa descubrir que podría ser más monstruo que víctima?

—Perdona —consigo decir, soltando mi mano—. Necesito ir al baño.

Huyo antes de que pueda responder, cada paso haciéndome consciente del dolor entre mis piernas, evidencia de cuán a fondo Luca me reclamó. El baño está felizmente vacío, todo de mármol color crema y una iluminación suave que hace que todo parezca caro y limpio. A diferencia de mí.

Me agarro al lavabo, mirando mi reflejo en el espejo. La misma cara, pero ahora algo salvaje acecha tras mis ojos. Algo que anhela la violencia envuelta en trajes caros.

—¿Quién eres? —le susurro a mi reflejo.

La mujer en el espejo no responde. Solo me devuelve la mirada con unos ojos que guardan secretos, que saben lo que se siente al deshacerse por un diablo.

Mi teléfono vibra en mi bolso. Luca.

Has vuelto a olvidarte de almorzar. Come, o iré a darte de comer yo mismo.

La amenaza-promesa me hace contraerme, imaginándolo cumplirla. Luego otro mensaje:

Deja de darle vueltas, pequeña Faith. Se te nota la culpa, y papá está mirando.

¿Cómo lo sabe siempre? El recordatorio de que me está observando me repugna. Me enfada. Pero también estoy apretando los muslos, enfadada con él por hacerme desearlo, confundida por su atención cuando me advirtió sobre su patrón. Desear, tomar, desechar. ¿En qué fase estamos ahora?

Aprieto deliberadamente la marca del mordisco en mi hombro, necesitando el dolor para anclarme a la realidad. La aguda sensación me hace jadear, me hace recordar sus dientes ahí mientras me follaba. Lo estoy, me recuerdo. Horrorizada.

Cuando vuelvo a la mesa, papá ya ha pedido por nosotros. Mi salmón de siempre, su chuletón, como cada vez que venimos aquí.

—¿Te encuentras mejor? —pregunta.

—Sí, lo siento. —Vuelvo a acomodarme en mi asiento, y el movimiento hace que cada moratón palpite al ritmo de mi pulso. El

hombre del traje oscuro sigue allí, sigue observando. Protegiendo o aprisionando: con Luca, son la misma cosa.

—Faith —dice papá de repente, dejando el tenedor—. Necesito que me escuches.

La seriedad en su tono me hace levantar la vista de mi salmón apenas tocado.

—Sea lo que sea con lo que estás lidiando, y veo que estás lidiando con algo, necesito que recuerdes quién eres. —Sus ojos se clavan en los míos con todo el peso de su cargo, su moralidad, su creencia en la justicia—. Eres mejor que la oscuridad de esta ciudad. Eres de los buenos.

Las palabras deberían consolar. En cambio, suenan a broma. Porque anoche no quise ser buena. Quise ser poseída, devorada, destruida y rehecha a su imagen.

—La oscuridad a veces es tentadora —continúa, sin saber cómo me hieren sus palabras—. Parece más fácil, más inmediata que hacer las cosas de la manera correcta. Pero una vez que la dejas entrar, Faith, una vez que comprometes quién eres… no hay vuelta atrás.

Dijo que probablemente se aburriría, susurra mi mente. *Dijo que sigue un patrón. Desear, tomar, desechar.* El pensamiento me enfada, no con él, sino conmigo misma por anhelar ya lo que sé que me destruirá.

—Y si… —empiezo, y luego me detengo. ¿Y si no soy mejor? ¿Y si la oscuridad se siente más como un hogar que lo que nunca se sintió la luz? ¿Y si no quiero volver?

—¿Y si qué?

—Nada. —Me obligo a tomar un bocado de salmón. Sabe a ceniza comparado con el recuerdo de la lengua de Luca—. Tienes razón. Solo necesito recordar quién soy.

Cuando la cena termina y papá me abraza para despedirse, diciéndome de nuevo que tenga cuidado, que me mantenga alejada de la gente peligrosa, apenas puedo mirarlo a los ojos. Porque sé que esta noche me desnudaré y examinaré cada moratón que dejó, presionando cada uno hasta que el dolor me haga gemir. Me tocaré pensando en él observando a través de sus cámaras. Me odiaré por querer que vuelva, que termine de arruinarme.

Y la verdad más oscura de todas: una parte de mí, la parte que no puedo mostrarle a mi padre, que no puedo admitir a la luz del día, no está rota por haberse acostado con un asesino.

Está decepcionada de que solo haya ocurrido una vez.

El frío de noviembre me golpea la cara al salir del restaurante, pero no hace nada por enfriar el calor que todavía pulsa a través de mí. Mi apartamento está a solo seis manzanas, y necesito el paseo para despejarme, para prepararme para otra noche de presionar moratones y odiarme por querer más.

Mi llave gira en la cerradura y entro, quitándome ya la chaqueta de punto, necesitando ver las marcas de nuevo, confirmar que son reales, que no imaginé…

Me quedo helada.

El vestido rojo del teatro está extendido sobre mi cama como una promesa. O una amenaza. La seda capta la luz de la lámpara de mi mesilla, haciendo que parezca sangre fresca contra mis sábanas blancas. Mi corazón se acelera mientras me acerco y veo la nota colocada precisamente encima.

Tres palabras con su escritura áspera: «Mañana. 20:00 h».

Me fallan las piernas. Ha estado aquí. Mientras cenaba con mi padre, mintiendo sobre quién soy, Luca estaba en mi apartamento, en mi dormitorio, dejándome órdenes como si el espacio fuera suyo. Como si yo fuera suya.

Cojo el vestido con manos temblorosas, la seda se desliza entre mis dedos como el agua. Todavía huele a él, ese aroma oscuro y caro que hace que mi coño se contraiga con el recuerdo. Hay algo más debajo de la nota. La tarjeta de un hotel. El logo del Ritz-Carlton brilla dorado a la luz de la lámpara.

Sin número de habitación. Sabe que lo encontraré. O él me encontrará a mí.

Mi teléfono vibra. *No lleves nada debajo.*

La orden hace que se me caiga el vestido, y todo mi cuerpo se sonroja de calor.

Debería tirar el vestido y, desde luego, no presentarme mañana.

En cambio, ya me lo estoy imaginando. La seda contra mi piel desnuda. Caminando por el vestíbulo del hotel, sabiendo que estoy desnuda bajo el vestido, sabiendo que él está esperando. Sabiendo que mañana por la noche terminará lo que empezó.

19 - Faith

Siete de la mañana, lunes. La única constante en mi semana que no involucra sangre o cámaras de vigilancia.

Aparco el Audi a tres calles del centro comunitario, encajándolo entre una furgoneta oxidada y un sedán al que le falta la luna trasera. Nada es una invitación al robo más clara que la ingeniería italiana en un barrio donde la mayoría de los coches funcionan de milagro. Me tiemblan un poco las manos mientras apago el motor, los dedos temblando sobre el volante de cuero.

La Glock me presiona las costillas cuando salgo, un peso familiar que me acompaña a todas partes. Dos salidas desde esta calle, tres posibles rutas de escape, catorce lugares donde podría posicionarse un francotirador. La paranoia es automática, está cableada en mi sistema nervioso como la respiración.

El aire de noviembre me atraviesa la chaqueta mientras camino hacia el mugriento edificio de ladrillo. Pintura fresca cubre los grafitis de la semana pasada, pero ya se transparentan unos nuevos, meadas territoriales de bandas que se creen dueñas de estas calles. No lo son. Los verdaderos dueños son la pobreza y la violencia, y le alquilan el espacio a quien pague con sangre.

La pantalla de mi teléfono permanece a oscuras. Ningún mensaje de Faith desde anoche, cuando le dejé el vestido. No es que esperara ninguno. Las mujeres no suelen enviarle mensajes a su acosador convertido en amante convertido en lo que coño sea que soy ahora. El agotamiento hace que todo se sienta como si estuviera bajo el agua, los sonidos distorsionados, las sombras moviéndose donde no debería haberlas. Cuando Faith ocurrió, durante unas pocas y preciosas horas, mi cuerpo recordó lo que era el descanso. Ahora es peor porque mi cerebro sabe lo que se está perdiendo.

La puerta metálica del centro comunitario gime cuando la empujo para entrar. El mismo olor de siempre: desinfectante industrial librando una batalla perdida contra el moho, el sudor y ese particular olor dulzón a miedo que emiten los niños traumatizados.

El mismo fluorescente parpadeante que necesita ser reemplazado. El mismo linóleo agrietado que ha visto demasiados pies huyendo de demasiadas tragedias.

Damon llega primero, como de costumbre. Catorce años, ya mide un metro ochenta, los hombros empezando a llenarse de un músculo que la pobreza intentará malgastar. Su padre murió en un tiroteo desde un coche que iba dirigido a otra persona. Probabilidad estadística de que esté muerto o en la cárcel en cuatro años: sesenta y siete por ciento.

—Señor L —asiente, ayudándome a sacar las colchonetas del armario. La espuma barata se me pega a las palmas, ya húmedas por la humedad. Nunca pregunta por qué tengo cara de muerto. Estos chicos conocen el agotamiento íntimamente.

Maria es la siguiente, once años con unos ojos que han visto demasiado. Su madre le disparó a su padre y luego se suicidó, mientras Maria se escondía en el armario. Probabilidad de desarrollar tendencias violentas: jodidamente inevitable. Luego Jerome, de nueve, cuya madre murió de una sobredosis después de que su padre fuera asesinado por policías que dijeron que encajaba con una descripción.

Siete niños en total hoy. Siete resultados potenciales, siete futuros que estoy moldeando con cada lección. La ironía sería divertida si me quedara algo de humor.

—Los mismos compañeros que la semana pasada —les digo, viéndolos emparejarse con la eficiencia de los soldados. Dos salidas visibles, cuatro ventanas, teléfono de emergencia en la oficina. Siempre trazando mapas, siempre calculando.

No les sonrío. No ofrezco ánimos vacíos ni falsas esperanzas. Prefieren mi honestidad a la simpatía ensayada de los trabajadores sociales. Nos reconocemos mutuamente, cosas rotas intentando funcionar en un mundo que sigue rompiéndose.

Mi teléfono vibra. Marco.

La situación de Detroit ha empeorado. Esta noche. Medianoche. Se requiere una resolución final.

Le respondo con una confirmación y luego me guardo el teléfono. Tendrá que ser después de que me reúna con mi Faith en el Ritz-Carlton. En diez horas, estaré con mi mujer. En dieciséis horas, estaré en mi sótano con herramientas y alguien que pensó que cruzarse con los Rosettis era sobrevivible. La urgencia que se ha ido

acumulando durante semanas finalmente llega a su punto álgido. Pero primero, esto.

—Hoy vamos a trabajar en llaves de escape —anuncio, haciendo una demostración con Damon. Su muñeca en mi mano, mostrándole el ángulo necesario para liberarse. El mismo agarre que usaré esta noche, solo que no estaré enseñando a escapar—. Recuerden, no están intentando ganar una pelea. Están intentando huir.

Practican en parejas, y corrijo la postura con la misma precisión que uso al seleccionar herramientas para un interrogatorio. Ambas cosas implican entender cómo se rompen los cuerpos, dónde son débiles, cómo la presión crea sumisión o libertad. Modulo mi voz de la misma manera que lo hago durante los interrogatorios: controlada, calculada, efectiva.

Entonces Keisha grita.

No muy fuerte. Los que están rotos no gritan fuerte. Pero es ese sonido agudo y fino de alguien que desaparece en un recuerdo. Jerome le tiene agarrada la muñeca para la demostración, y de repente ella ya no está aquí. Ha vuelto allí, donde sea que viva su trauma.

—Suéltala —le digo a Jerome, que la suelta de inmediato. Los otros niños forman un círculo, reconociendo lo que todos han experimentado. Mi propia visión se fractura por un segundo. Sangre en suelos de mármol, los ojos de mi padre vaciándose. Pero lo reprimo a la fuerza.

Keisha hiperventila, atrapada entre el ahora y el entonces. —Sus manos, sus manos —susurra, y sé que se refiere a su tío. El que mató a sus padres hace dos años. El que yo maté seis meses después, haciéndole sufrir durante seis horas mientras suplicaba, aunque ella nunca lo sabrá.

Me arrodillo, con cuidado de no tocarla. El contacto lo empeora cuando te estás ahogando en recuerdos. Lo sé por experiencia.

—Keisha. —Mi voz baja de tono—. Estás en el centro. Lunes por la mañana. Noviembre. Cuenta las colchonetas conmigo. Una, dos, tres…

Sus ojos se mueven, desenfocados, pero lentamente sale a la superficie. La hiperventilación se calma. Las lágrimas surcan sus mejillas, pero no se las seca.

—Lo siento —susurra.

—Nunca te disculpes por sobrevivir —digo, más duro de lo que pretendía—. Tu cuerpo recordó el peligro. Eso no está mal.

Ella asiente, comprendiendo de una manera que la mayoría de los niños de ocho años no lo harían.

—¿Estás bien para continuar?

Asiente de nuevo, feroz a pesar de las lágrimas. —Muéstreme otra vez.

Así que lo hago. Tan paciente como lo soy durante las delicadas fases de un interrogatorio. Estos niños crecerán hipervigilantes, viendo una amenaza en cada sombra. No los estoy salvando. Estoy creando futuros yo.

—Se ve enfermo, señor L.

La observación de Maria atraviesa mi concentración. No deja de practicar mientras me interroga, la memoria muscular tomando el control.

—¿Cuándo fue la última vez que durmió?

—No hace tanto.

—Eso no es una respuesta. —Ejecuta el escape a la perfección—. Mi madre dejó de dormir antes de que…

Antes de que perdiera la cabeza, le disparara al padre de Maria y luego se suicidara.

—Me estoy encargando de ello.

Maria me estudia. —Vuelve a verse vacío.

Mi cuerpo se pone rígido. Es observadora, esta niña.

Vacío. Sí. Desear, tomar, descartar. Excepto que no puedo completar el patrón. Ella no me deja descartarla, y yo no puedo dejar de desearla.

Movimiento en la puerta. Mi cuerpo reconoce a Faith antes que mis ojos. Cortisol y oxitocina elevados, estrés y apego, mi confusa respuesta química a su proximidad. Está ahí de pie, mirándome mientras le demuestro a Jerome cómo liberarse de una llave de estrangulamiento.

¿Cuánto tiempo lleva observando? ¿Lo suficiente para verme con Keisha? Incluso agotado, incluso aquí con niños cerca, quiero follármela contra la pared, recordarle lo que hacen estas manos cuando no están enseñando llaves de escape.

—Bien —le digo a Jerome, aunque toda mi atención está en Faith —. Practica con Maria.

Camino hacia ella, esperando asco. En cambio, su expresión muestra reconocimiento. Comprensión. Ella también ve a través de esta actuación.

—Al pasillo —digo en voz baja, y ella asiente. Los niños no levantan la vista. Están acostumbrados a que los adultos los excluyan.

Los fluorescentes del pasillo parpadean sobre nosotros. Cierro la puerta, necesitando la barrera. Ya estoy calculando: pasillo vacío, sin cámaras, lleva una falda. Podría tenerla contra la pared en dos segundos.

—Me has seguido. —No es una acusación.

—Tienes una pinta horrible.

—La falta de sueño me vuelve inestable. Más inestable. —La broma cae en saco roto.

—¿Cuánto tiempo llevas viniendo aquí?

—Tres años.

—¿Por qué?

—Porque crear más monstruos me hace sentir menos solo.

Ella se estremece. —No son monstruos. Son niños.

—Yo también fui un niño. Mírame ahora. —Extiendo las manos—. Les estoy enseñando a ser como yo. ¿Es eso realmente supervivencia?

Su mano me toca la cara. Cálida contra mi mejilla, y mi cuerpo me traiciona al inclinarse hacia el contacto. Su caricia me hace querer estamparla contra la pared, recordarle lo que hacen estas manos cuando no están siendo delicadas.

—Les estás enseñando a protegerse.

—Les estoy enseñando la violencia. Mañana seguiré matando a cualquiera que te amenace. Esto —señalo hacia el centro— es solo control de daños. Tres años de lunes. Prácticamente un santo, ¿verdad? Si los santos tuvieran un recuento de cadáveres.

Pero ahora me está mirando de forma diferente. Esa expresión específica que significa que alguien está viendo salvación donde solo hay condenación.

—Te quedaste con esa niña. La ayudaste a superar su ataque de pánico.

—Reconocimiento de patrones. Narcisismo disfrazado de empatía.

—Te estás mintiendo a ti mismo sobre por qué estás aquí.

—Cuidado, Faith. —Doy un paso más cerca, tan cerca que tiene que inclinar la cabeza hacia atrás—. La última persona que intentó salvarme terminó con mis manos alrededor de su garganta. Y no llevaba un vestido rojo en ese momento.

Su respiración se entrecorta, y huelo su excitación. Ese almizcle dulce que hace que mi polla palpite. Incluso aquí, discutiendo mi naturaleza irredimible, me desea.

—Estás tan empeñado en ser malvado —observa ella.

—No empeñado. Solo preciso. Vas a intentar salvarme ahora. —Las palabras me queman la garganta—. Añadirme a tu lista de proyectos. La destrucción de Trent Neumann y la redención de Luca Rosetti.

Su silencio lo confirma. Joder. Cree que soy recuperable porque no dejo que los niños se ahoguen en su trauma. No entiende que no los estoy sacando del agua. Les estoy enseñando a respirar mientras se ahogan.

—Los niños confían en ti —dice ella.

—Los niños son malos testigos de carácter.

Mi teléfono vibra. Marco otra vez.

Almacén. Treinta minutos. Trae tus herramientas.

Miro a Faith, que sigue viendo salvación en mis ojos.

—Ahora tengo que ir a matar a alguien —le digo—. ¿Todavía quieres salvarme?

No responde con palabras. En cambio, se acerca más, su mano deslizándose por mi pecho hasta posarse sobre mi corazón. El contacto me quema a través de la camisa, y mi pulso martillea contra su palma. Exhausto, desesperado, deseoso.

—No estás tan perdido como crees —susurra.

Antes de que pueda discutir, antes de que pueda explicarle por qué se equivoca, se pone de puntillas y presiona su boca contra la mía.

El beso me destroza. No es brusco como en el guardarropa, no es desesperado como anoche. Este es suave, comprensivo, como si viera toda mi oscuridad y la eligiera de todos modos. Sus labios son suaves, su lengua se desliza contra la mía con una ternura que me abre el pecho.

Mis manos encuentran su cintura, atrayéndola hacia mí a pesar de dónde estamos, a pesar de los niños a diez metros de distancia, a

pesar de todo. Sabe a café y a posibilidad, a una redención que no merezco pero que de repente anhelo más que el sueño.

Cuando se aparta, ambos respiramos con dificultad. Mi polla palpita contra mi cremallera, y sé que puede sentirla presionada contra su estómago. Sus pupilas están dilatadas, sus labios hinchados por mi boca.

Sus dedos trazan los moratones de sus caderas antes de encontrar los correspondientes en las mías, ocultos bajo nuestra ropa; huellas dactilares de un negro purpúreo donde me agarró mientras me cabalgaba, tomando el control, haciéndome suplicar.

—Estamos en paz —dice, presionando mis moratones de la misma manera que yo presiono los suyos.

Cree que la estoy marcando como mía, pero no se da cuenta: cada arañazo que deja, cada mordisco, cada moratón, es ella reclamándome a mí. Nunca antes había dejado que nadie me marcara. Nunca quise la evidencia. Pero con Faith, catalogo cada herida como una carta de amor escrita con violencia.

—Esta noche —digo, las palabras arrancándose de mi garganta sin permiso—. Usa la tarjeta. Ponte el vestido.

No es una pregunta. Es una promesa. Una necesidad.

Ella asiente, con los dedos aún presionados en mi pecho, sintiendo mi corazón acelerado. —Sí.

—Faith…

—Esta noche —interrumpe, retrocediendo—. No me hagas esperar demasiado.

Se aleja, y yo la miro irse, mi cuerpo gritando que la siga. Que me salte el almacén, que me salte el asesinato, que me salte todo excepto enterrarme dentro de ella hasta que ninguno de los dos pueda pensar.

Pero tengo trabajo que hacer. Sangre que derramar. A alguien a quien hacer gritar.

Y después, cuando esté cubierto de pruebas de lo que soy, iré a verla. Veré si todavía quiere salvarme cuando huela a la muerte de otro. Veré si me besa de la misma manera con sangre bajo mis uñas.

La idea hace que mi polla se ponga imposiblemente más dura.

Esta noche no puede llegar lo suficientemente rápido.

20 - Faith

Cuando las puertas del ascensor se cierran justo antes del final de la jornada laboral, mi mente todavía da vueltas por haber seguido a Luca hasta el centro comunitario. Había planeado desintoxicarme de él por completo descubriendo algún secreto desagradable que demostrara la profundidad de su depravación, solo para encontrarlo... ayudando. Enseñando a niños a defenderse. Aportando algo a gente que no tiene nada. Entré y lo encontré arrodillado junto a una niña traumatizada de ocho años. Esas mismas manos que dejaron huellas en mis muslos contaban colchonetas con ella, con una voz increíblemente dulce: «Una, dos, tres... ya estás a salvo, estás en el centro». Enseñando a niños rotos a escapar de la misma violencia que él crea.

La contradicción me oprime el pecho, me hace presionar un moratón solo para anclarme a algo real.

El ascensor suena. Planta treinta y dos.

Algo va mal en el momento en que se abren las puertas. La zona de recepción está demasiado silenciosa, el aire demasiado quieto. Cheryl, la asistente de Neumann, está metiendo archivos en su bolso con un pánico apenas controlado, y su habitual sonrisa profesional no aparece por ninguna parte.

—El señor Neumann la está esperando —dice, mientras ya retrocede hacia el ascensor, evitando mi mirada—. Dijo que entrara directamente.

—¿No se queda? —Mi voz suena normal a pesar de las alarmas que aúllan en mi cabeza—. ¿Para tomar notas?

—Me ha dicho que me vaya antes —prácticamente salta dentro del ascensor—. Dijo que ustedes dos necesitaban privacidad para discutir... asuntos delicados.

Las puertas del ascensor se cierran sobre su rostro asustado, y de repente lo entiendo. Ella sabe algo. Quizás no el qué, pero lo suficiente para huir.

A través de las puertas de cristal, puedo ver a Neumann en su escritorio, observándome con una expresión que me pone la piel de gallina. No es el empresario condescendiente que tolera a la servicial bibliotecaria. Es otra cosa. Algo que me recuerda a todos esos años atrás, a observar a través de ese hueco bajo el sofá.

Mi mano encuentra mi teléfono, necesitando el ancla. Un solo mensaje a Luca y vendría. Pintaría estas paredes con la sangre de Neumann antes de que yo pudiera siquiera gritar. El pensamiento no debería excitarme, pero a mi cuerpo ya no le importan los «no debería».

Me obligo a echar los hombros hacia atrás, pongo mi inofensiva sonrisa de bibliotecaria y atravieso las puertas.

La cerradura hace clic detrás de mí. Deliberado. Definitivo. Atrapada.

Me giro, mi mano tantea el pomo. Cerrado desde dentro. —La puerta…

—Privacidad —Neumann no levanta la vista de lo que sea que esté estudiando—. Necesitamos discutir algo bastante delicado, Faith.

El corazón me late con tanta fuerza que estoy segura de que puede oírlo. Cada latido parece hacer eco: lo sabe, lo sabe, lo sabe.

—Por favor, siéntese —hace un gesto hacia la silla frente a su escritorio, pero cada instinto me grita que me quede junto a la puerta, que mantenga mi ruta de escape a la vista.

—Debo mencionar que tengo obligaciones en la biblioteca esta tarde. La hora del cuento a las tres —la mentira me quema la lengua, cobre mezclado con miedo y el recuerdo fantasma de la lengua de Luca en mi boca.

—La hora del cuento —finalmente levanta la vista, y sus ojos brillan con algo que hace que la bilis me suba por la garganta—. Qué dedicada es usted. Cuánto tiempo pasa con los niños. Con las familias. Con mi familia.

Se levanta, rodeando el escritorio con una lentitud deliberada. Mi cuerpo recuerda esta sensación del sábado por la noche, pero diferente. Donde la caza de Luca me hizo arder, la de Neumann hace que mi piel intente desprenderse de mis huesos.

—Mi esposa cree que es usted maravillosa. Mis hijos la adoran —se acerca, cada paso medido—. La junta de la biblioteca también la tiene en alta estima. ¿Sabía que soy su mayor donante?

—Ha sido usted muy generoso con la biblioteca —mi voz suena débil, aguda.

—¿Lo he sido? —Ahora está cerca, supuestamente buscando un archivo del gabinete a mi lado, pero su cuerpo me acorrala contra la puerta. Su colonia me llena los pulmones hasta que no puedo respirar—. Veinte millones solo el año pasado. Eso financió toda la renovación del ala infantil. Su salario, técnicamente, proviene de mi fundación.

Levanta la mano. Me encojo bruscamente, mi cuerpo recordando otras manos, pero él solo toca mi rostro con una dulzura devastadora, su pulgar trazando la curva cerca de mi ojo.

—Es usted muy hermosa, Faith. Demasiado hermosa para esconderse detrás de los mostradores de la biblioteca.

—Señor Neumann, debería irme…

—Podría conseguirle cosas —su pulgar se mueve hacia mi labio inferior—. El puesto de bibliotecaria jefa queda vacante el próximo año. Con mi recomendación, sería la bibliotecaria jefa más joven en la historia de la ciudad.

—Estoy contenta donde estoy.

—¿Lo está? —se inclina más, su otra mano encuentra mi cintura —. ¿O es que solo tiene miedo de tomar lo que quiere? Veo cómo me mira durante las reuniones de la junta. Cómo encuentra excusas para asistir a cada evento de recaudación de fondos.

Intento dar un paso a un lado, pero él se mueve conmigo, manteniéndome atrapada. —Asisto por la biblioteca…

—La biblioteca —su risa es suave, cómplice—. Hablemos de la biblioteca entonces. ¿Sabía que las revisiones de financiación son el mes que viene? La junta tiende a seguir mis recomendaciones. Sería una lástima que el presupuesto del programa infantil fuera… reasignado.

La amenaza es clara. Sométete o mira cómo todo lo que he construido desaparece.

—Una copa —continúa, su mano deslizándose de mi cintura a mi cadera—. Esta noche. En el Ritz Carlton, su bar es muy discreto. Podemos discutir su futuro adecuadamente.

—No puedo…

—¿No puede? —su mano en mi cadera se aprieta dolorosamente —. Faith, es usted una mujer inteligente. Seguramente entiende cómo funcionan las cosas. He invertido millones en esa biblioteca.

En usted, específicamente. Yo la seleccioné para ese puesto hace dos años.

Se me encoge el estómago. —¿Me seleccionó?

—Su entrevista fue solo una formalidad. La quería allí. Cerca. Disponible —su aliento está caliente en mi cuello—. Me recordó a alguien que conocí una vez. Alguien que también pensó que era demasiado buena para lo que yo le ofrecía.

Su mano se mueve a mi garganta, no apretando, solo descansando allí. Posesiva. —Ella aprendió que no era así. Siempre lo hacen.

—Por favor, necesito irme. Los niños están esperando.

—Los niños —sus dedos se flexionan contra mi garganta—. Sí, usted ama a esos niños. Sería trágico que los recortes presupuestarios eliminaran la hora del cuento. Que tuviera que decirles a todas esas caritas que la señorita Faith ya no podía leerles porque la biblioteca no podía permitírselo.

—Usted no…

—Yo sí —da un paso atrás de repente, pero sus ojos me retienen en el lugar—. A las ocho, Faith. En el bar del Ritz Carlton. Lleve algo que demuestre que comprende su posición. O el lunes por la mañana, le estará explicando a su director por qué la Fundación Neumann retira toda su financiación.

Vuelve a su escritorio, despidiéndome. —Ah, ¿y Faith? Prefiero a mis mujeres de azul.

La cerradura se abre con un clic.

—Vaya a su hora del cuento —dice sin levantar la vista—. Y piense en sus opciones. Una pobreza que acabaría con su carrera, o una copa con un hombre generoso que podría cambiarle la vida. La elección inteligente parece obvia.

Mi mano encuentra el pomo de la puerta detrás de mí, los dedos resbalan en el metal por el sudor. Voy a vomitar. Voy a vomitar aquí mismo, en su costosa alfombra. Pero lo contengo, me obligo a sonreír. —Haré lo que usted me pida, señor Neumann. Pero, por favor, déjeme ir con los niños ahora.

Me mira fijamente un momento más. —Buena chica —dice finalmente, y luego pulsa un botón para liberar la cerradura. Giro el pomo con dedos temblorosos, y me cuesta todo lo que tengo abrir la puerta y caminar, no correr, hacia el ascensor.

Las puertas del ascensor se cierran y aguanto exactamente tres pisos antes de que comiencen los sollozos. Apenas consigo abrir las puertas a tiempo, tropezando en el aparcamiento, donde me derrumbo detrás de un pilar de hormigón, con el cuerpo sacudido por arcadas hasta que no queda nada más que ácido y lágrimas. La bilis me quema la garganta, mezclándose con el sabor fantasma de la boca de Luca, y sollozo más fuerte por la corrupción de ese recuerdo.

Mi teléfono tiembla tanto en mis manos que me cuesta tres intentos escribir:

«Se me ha insinuado».

La respuesta es instantánea: «¿Dónde estás?».

Busco a tientas mi teléfono, con los dedos como bloques de hielo, y cuando suena, casi se me cae.

—¿Dónde estás? —la voz de Luca es fría y calmada.

—Saliendo del edificio de Neumann. Dijo que cortará la financiación de la biblioteca si... si no...

Un instante de silencio, y luego: —Ven a esta dirección —una ubicación aparece con un marcador—. Ahora.

—¿Qué hay allí?

—El complejo privado de Neumann.

Mi corazón se dispara. —No, no puedo ir allí, nunca...

—Necesitas ver lo que he hecho para que te sientas segura.

—¿Segura? Estás loco. El hombre acaba de amenazarme, no puedo ir a su casa. Además, su seguridad es enorme. Con entrenamiento militar. No puedes simplemente...

—Ya no.

Dos palabras que hacen que se me hiele la sangre. Oh, Dios. Oh, Dios, ¿qué ha hecho?

Debería irme a casa. Llamar a mi padre. Llamar a la policía. Hacer cualquier cosa excepto conducir hacia cualquier horror que Luca haya creado. Pero ya he vuelto a guardar el teléfono en el bolso, ya estoy arrancando el coche con manos temblorosas, ya me incorporo al tráfico, ya elijo al psicópata que me marca en lugar del hombre que estranguló a mi madre.

El trayecto de cuarenta minutos parece segundos y años a la vez. El atardecer lo tiñe todo de rojo: el parabrisas, los edificios, mis manos agarrando el volante. Como si el mundo ya estuviera sangrando, preparándome para lo que está por venir.

Las puertas del complejo están abiertas. Mal. Estas puertas nunca deberían estar abiertas, requieren códigos, guardias, verificación. Neumann paga millones por su privacidad, su protección. Lo sé, lo he comprobado.

La cabina de seguridad está vacía. Peor.

Mis faros barren los coches caros en sus lugares habituales, todo normal excepto por la quietud absoluta. Ningún movimiento. Ningún guardia patrullando el perímetro. Ningún perro ladrando.

La puerta principal está entreabierta.

—¿Luca? —mi voz resuena en la entrada de mármol. No hay respuesta, pero oigo algo en el interior de la casa. Un sonido suave y rítmico. Metal sobre tela.

El primer cuerpo me deja helada.

Un guardia de seguridad yace junto a las escaleras, con la garganta cortada con tal precisión que apenas hay sangre. Sus ojos miran a la nada, la mano todavía intentando alcanzar un arma que nunca desenfundó.

Caigo de rodillas con fuerza. Gateo hacia él, una parte demente de mí comprobando su pulso aunque sus ojos dicen la verdad. Cojo su cartera y la dejo abrirse. Dos hijas gemelas me sonríen desde sus fotos escolares. La bilis vuelve a subir, pero no queda nada que vomitar.

El segundo cuerpo yace cerca de la entrada del estudio. Johnson, según su placa de identificación. Un disparo limpio, profesional.

La puerta del estudio está abierta.

Dentro, dos guardias más yacen inmóviles sobre la costosa alfombra persa. Cuatro hombres en total. El silencio es absoluto, esa quietud particular que llega después de que la violencia ha terminado.

Luca está de pie junto a la ventana, limpiando tranquilamente su cuchillo con un pañuelo con monograma. Como si estuviera haciendo el mantenimiento de sus herramientas después de una tarea sencilla. Su camisa blanca está impoluta, excepto por una única gota de sangre en el puño.

Estas manos, las mismas que me hicieron gritar su nombre el sábado por la noche, que contaron colchonetas con una niña traumatizada esta mañana, ahora limpian metódicamente la sangre del acero.

—Faith —levanta la vista, esos ojos pálidos serenos—. Has venido.

Mi cuerpo tiembla tan violentamente que tengo que agarrarme al marco de la puerta. —Los has matado.

—Cuatro —sin remordimiento. Solo un hecho—. El resto huyó cuando se dieron cuenta de lo que estaba pasando. Los listos.

Nico está de pie junto a la ventana con un rifle, vigilando los terrenos. —Dos vehículos se fueron en dirección sur hace unos diez minutos. No volverán.

Cuatro hombres muertos. Los demás huyeron. No es una masacre, pero aun así son cuatro familias que nunca sabrán qué les pasó a sus padres, hermanos, hijos.

—¿Dónde está Neumann? —las palabras salen a duras penas de mi garganta.

—No está aquí —la sonrisa de Luca es esa sonrisa equivocada—. Pero ahora no tiene a nadie que lo proteja. Ni guardias. Ni seguridad. Solo él, solo y vulnerable.

Estoy contando los cuerpos entre lágrimas que no me había dado cuenta de que caían. No conozco a estos hombres, pero eran humanos. Y eso significa algo.

—Esto es asesinato —susurro, pero incluso mientras lo digo, esa oscura satisfacción pulsa dentro de mí. Estos hombres que protegían al asesino de mi madre han desaparecido.

Dios me ayude, estoy agradecida.

—Esto es eliminar obstáculos —dice Nico sin emoción.

Mi teléfono vibra y me hace saltar. Papá. Seis llamadas perdidas y ahora un mensaje: «Faith, me llegan informes de un altercado en el complejo de Neumann. ¿Dónde estás? Responde de inmediato».

Miro el mensaje mientras estoy de pie entre cadáveres. Mi padre, el juez, defensor de la ley y el orden. Su hija, presenciando una matanza y sintiendo cómo se le contrae el coño al ver a su amante cubierto de sangre.

«Lo siento, emergencia en la biblioteca. Un niño se puso enfermo. Encargándome de ello», tecleo con dedos temblorosos.

Otro mensaje de Papá de inmediato: «Algo va mal. Voy a enviar una patrulla para ver cómo estás».

El pánico se apodera de mi pecho. «¡No! Estoy bien. Con Sarah. Por favor, no lo hagas».

—El equipo de limpieza llega en diez minutos —anuncia Nico—. Decida si se queda o se va.

Diez minutos antes de que estos cuerpos desaparezcan. Antes de que estos hombres se conviertan en nada, sus familias sin saber nunca qué pasó. Sin justicia. Sin juicio. Solo ausencia.

—Has destruido mi caso legal —consigo decir—. Su testimonio podría haber sido crucial. Las grabaciones de seguridad a las que tenían acceso, los registros…

—No habría significado nada —Luca se acerca, y huelo a muerte en él: cobre y pólvora. Mi cuerpo responde igualmente, mis pezones se endurecen bajo el cárdigan—. Los mejores abogados. Jueces comprados. Nunca vería una celda.

Tiene razón. Sé que tiene razón. Pero…

—Esto es lo que soy —dice Luca suavemente, y por primera vez, oigo algo parecido al arrepentimiento en su voz—. Esto es lo que significa amarme.

La palabra «amar» me despierta de golpe. ¿Es eso lo que es esto? ¿Esta cosa oscura y retorcida entre nosotros?

—Tengo que irme —retrocedo hacia la puerta, con cuidado de no mirar los cuerpos demasiado de cerca—. No puedo… no puedo estar aquí.

—Faith… —intenta alcanzarme.

—¡No! —me aparto de un respingo. No porque tenga miedo. Sino porque quiero que me toque. Quiero que me abrace cubierto de sangre, quiero que me folle aquí mismo, entre los cuerpos, quiero que me haga olvidar todo excepto la seguridad de ser propiedad de alguien más aterrador que mis pesadillas.

Estoy rota. No puedo seguir aquí.

—Vendrá a por ti ahora —dice Luca—. Pero no tiene protección. Ni barreras. Solo él.

—Y tú —las palabras se me escapan antes de poder detenerlas—. Tiene que pasar por encima de ti.

Algo destella en esos ojos pálidos: una posesión tan absoluta que me hace retroceder.

Entonces corro. Paso junto a más cuerpos, junto a pruebas de una eliminación sistemática, mis tacones resbalando en sangre en la que intento no pensar. Mi coche arranca de inmediato, y me alejo de la masacre, de lo que Luca ha hecho por mí.

Las lágrimas llegan entonces, calientes y amargas, no porque esté horrorizada, sino porque no lo estoy lo suficiente. La chica que solía

ser estaría llamando al 911, estaría vomitando de asco, estaría corriendo hacia su padre.

En lugar de eso, me detengo en una calle lateral oscura porque mis manos no dejan de temblar, pero no creo que sea de miedo. Mis muslos se contraen de necesidad.

Estoy corrompida. Necesito ayuda. Y el primer paso para la recuperación tiene que ser huir lo más lejos posible de Luca Rosetti.

21 - Luca

Los cuerpos entre nosotros bien podrían ser un muro entre Faith y el resto de su vida. La Vigía tropezar hacia su coche, cada paso alejándola más de lo que acaba de presenciar, de lo que he hecho en su nombre. Mis piernas se quedan trabadas, cada músculo gritándome que la persiga, que la alcance, que le explique.

Le tiemblan tanto las manos que se le caen las llaves dos veces antes de lograr abrir la cerradura. El sonido del metal al chocar contra el hormigón resuena en el aparcamiento vacío. Doy un paso hacia delante y me obligo a detenerme.

Si la persigues ahora, huirá para siempre.

La lógica apenas puede contener al instinto. Mi cuerpo vibra con la necesidad de perseguirla, de acorralarla contra ese coche y hacerle entender que cada muerte, cada grito que extraje, fue por su protección. Pero su cara cuando me miró desde el otro lado del complejo, el puro horror mezclado con algo peor: reconocimiento. Vio lo que soy en realidad. No el hombre que enseña defensa personal a niños traumatizados. No el protector que le afila los cuchillos. El demonio que pinta las paredes con sangre y lo llama amor.

Sus luces traseras desaparecen al doblar la esquina, un rojo que se desangra en la oscuridad, mientras llega la furgoneta de la limpieza. Me quedo congelado en la entrada de Neumann, con los brazos colgando inútiles a los costados. El viento de noviembre me atraviesa la camisa empapada de sangre; el hedor a cobre y pólvora aferrado a mí como una confesión. No siento el frío. No siento nada, salvo lo equivocado que es que se marche, dejarla ir, no tenerla a la vista para poder garantizar su seguridad.

Así es como debe de sentirse la presa cuando escapa del lobo. Solo que se supone que yo no soy la presa. Se supone que debo cazar, atrapar, poseer. El cambio de papeles hace que mi cerebro tartamudee, incapaz de procesar la nueva configuración en la que Faith existe fuera de mi control inmediato.

Tres segundos. Eso es lo que tardé en dudar cuando echó a correr. Tres segundos viéndola huir en lugar de seguirla de inmediato. La vacilación más larga de mi vida adulta, y podría haberme costado todo.

De vuelta dentro, Nico dirige al equipo de limpieza. Me echa un vistazo y afirma: —Estás comprometido.

Me tiemblan las manos mientras ayudo a mover los cuerpos, los dedos estremeciéndose contra la carne que se enfría. El temblor es leve pero persistente, como si mi sistema nervioso estuviera rechazando lo que acaba de suceder. Faith huyendo. Faith marchándose. Faith mirándome como si fuera exactamente lo que siempre he dicho que soy: un monstruo.

—Volverá —dice Nico, echándose un cuerpo al hombro—. Siempre lo hacen cuando se calman.

Pero Faith no es como «ellas». No es una civil traumatizada que racionalizará esto, que se convencerá a sí misma de que era necesario. Ella lo vio claramente. Lo del centro comunitario era una actuación, una coreografía cuidadosa diseñada para parecer humano. Esto, una docena de cadáveres ejecutados sistemáticamente, esto es la verdad.

Marco envía tres mensajes mientras trabajamos. Los borro sin leerlos. Nada importa más allá de la puerta cerrada de Faith, más allá de la creciente distancia entre nosotros.

Aguanto nueve horas. Nueve horas paseándome por mi sala de vigilancia, observando su apartamento a través de las pantallas, viendo la luz de su dormitorio arder como una acusación. Ella tampoco duerme. Su sombra pasa una y otra vez por la ventana, moviéndose de un lado a otro como un animal enjaulado.

Los moratones que le dejé puede que se desvanezcan, pero ahora estoy grabado en su ADN. Puede huir, pero su cuerpo siempre recordará a quién pertenece.

A las tres de la mañana, meto mi llave en su cerradura. La llave se me resbala entre los dedos torpes. No me dejan de temblar las manos. ¿Cuándo se volvieron difíciles las cerraduras? ¿Cuándo olvidaron mis manos su precisión?

Su apartamento huele a azúcar quemado. Ha estado horneando otra vez. Me está esperando en el salón. No está sorprendida. No está durmiendo. Solo está sentada en la oscuridad, su silueta a contraluz de una farola.

—Sabía que vendrías —dice, con una voz tan plana como un encefalograma. Muerta. Como la voz de Sofia después de la masacre, después de descubrir lo que le había hecho a Mikhail.

—Faith…

—Fuera.

Dos palabras que golpean más fuerte que las balas.

—Necesito explicarme…

—No hay nada que explicar. Mataste a toda esa gente.

—Siempre supiste lo que era.

—Lo sabía, pero verlo… Fuera.

—Lo hice por ti, mi pequeña fe.

—No —se pone de pie, e incluso en la oscuridad puedo ver que tiene las manos apretadas en puños—. Por ti. Porque estás enfermo.

Las palabras empiezan a salir de mí a borbotones, mal, demasiado rápidas, sin control como un chorro arterial: —No sé de qué otra forma protegerte. Cuando tenía diecisiete años, no pude proteger a nadie. Mi padre murió, y yo solo pude Vigía cómo su sangre se extendía por el mármol mientras seguían viniendo. Ahora puedo evitar eso. Tengo que evitarlo.

Mi voz se quiebra, y me doy cuenta de que estoy llorando. ¿Cuándo ha empezado eso? Lágrimas corriendo por mi cara como un niño, como aquel chico que miraba el cadáver de su padre desde el otro lado de la habitación. La boca me sabe a sangre vieja.

—No lo entiendes —continúo, incapaz de detener el torrente—. Cada hombre que te mira podría ser el indicado. Podría ser la amenaza que no veo venir. No puedo permitir que eso suceda. No puedo volver a fallar.

Doy un paso hacia ella. Ella retrocede. Bailamos esta horrible coreografía alrededor de su mesa de centro, yo avanzando, ella retrocediendo, sin que ninguno de los dos gane.

Faith me observa desmoronarme sin ninguna compasión en su expresión. Sus ojos color avellana son de piedra, esa calidez a la que me he vuelto adicto está completamente ausente.

—Necesitas ayuda profesional, Luca —lo dice como un diagnóstico. Clínico. Distante.

—Te necesito a ti —odio lo joven que sueno. Lo roto que sueno.

—Ese es el problema.

Enciende la lámpara, y la luz repentina me hace retroceder. Debo de parecer patético: con lágrimas en la cara, las manos todavía

temblorosas, cubierto con la sangre de otros hombres.

—Me hiciste sentir vivo, Luca. Pero también me hiciste sentir cómplice de asesinato. No elijo ninguna de las dos cosas.

La admisión corta más profundo que el simple rechazo. Ella también lo sintió, esa conexión eléctrica, y aun así está eligiendo cortarla.

—Vete —dice, colocando cada palabra con precisión—. No vuelvas. No me Vigía. No me sigas. Hemos terminado.

Mi pecho se resquebraja, un sonido real, una sensación real. Como si las costillas se rompieran de dentro hacia afuera.

—No lo dices en serio.

—Sí, lo digo. Estás enfermo, y no puedo curarte. Y no voy a ser tu cómplice.

Está usando lenguaje de terapia, tratándome como un problema a resolver en lugar del hombre cuyo nombre gritó hace dos noches, cuyos dedos conocían cada secreto que su cuerpo guardaba.

—Faith, por favor. ¿Cuándo he suplicado yo alguna vez? Nunca. Pero mis rodillas quieren doblarse, la visión se me vuelve gris en los bordes por el agotamiento y algo peor: la pérdida.

—Si sientes algo genuino por mí, te irás.

La trampa. Quedarme y demostrar que no me importan sus deseos. Irme y perderla. De cualquier manera, pierdo.

—Esto no ha terminado —logro decir.

—Sí, lo ha hecho.

Llego a mi coche antes de que el temblor se apodere de mí por completo. Mi cuerpo convulsiona como el de un drogadicto. Peor que el de un drogadicto. Ellos pueden conseguir otra dosis. Solo hay una Faith. El volante está resbaladizo por el sudor, ¿o es sangre? Ya no lo distingo. Así debe ser como se siente el síndrome de abstinencia, solo que no puedo encontrar otro camello, otro subidón.

Llamo a Nico, mi voz apenas reconocible: —Me ha dejado.

Silencio. Luego: —Vuelve a casa. No es seguro que estés solo así.

Así. Comprometido. Débil. Inútil. El camino a casa transcurre en piloto automático, equivocándome de salida, olvidando dónde estoy hasta que el GPS recalcula. Dos veces tengo que parar, convencido de que voy a vomitar, pero no sale nada. Mi polla se siente muerta. Incluso la idea de la violencia se siente vacía sin ella a la que volver.

Al entrar en la mansión, ya todos lo saben. Nico debe de haber llamado antes.

Sofia me echa un vistazo: —Joder, Luca. Tienes cara de muerto.

No se equivoca. Mi reflejo en el espejo del pasillo muestra a alguien que no reconozco: ojos hundidos, piel pálida como el papel, sangre seca todavía bajo mis uñas.

Marco aparece, estudiándome con esa valoración clínica que usa antes de ordenar ejecuciones. —¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

—El sábado. Con ella.

—Es lunes por la noche, Luca. Casi martes.

¿Lo es? He perdido la noción del tiempo en algún lugar entre el almacén y aquí. Entre tenerla y perderla.

Maria trae agua, haciéndome beber, rondando a mi alrededor como si pudiera desplomarme. Quizá lo haga. Esta sensación, el pecho abierto de par en par, las entrañas derramándose, quizá esto sea lo que se siente al morir cuando ya estás muerto por dentro.

—Necesitas intervención médica —dice Marco.

—Necesito a Faith.

—Ella no va a volver, hermano.

Las palabras atraviesan lo que queda de mi control.

—Entonces nada importa —lo digo en serio. El centro comunitario, el negocio familiar, respirar, nada de eso importa sin ella para hacerlo real.

El teléfono de Marco vibra con asuntos de negocios. Detroit. Envíos. Territorio. Me enseña la pantalla, tratando de devolverme a la realidad. Me doy la vuelta. Nada del negocio familiar penetra la niebla de su ausencia.

Setenta y dos horas sin dormir ya. Las alucinaciones comenzaron alrededor de la hora sesenta: sombras moviéndose en mi visión periférica, su voz llamándome desde habitaciones vacías. Mis manos tiemblan constantemente, haciendo imposibles las tareas más simples. Traté de limpiar mi Glock y casi me pego un tiro cuando se me resbaló el dedo.

Pierdo el control y la llamo. Contesta al tercer tono, y su «hola» casi me rompe por completo.

—Dijiste que me dejarías en paz —su voz está cansada. Muy cansada.

—No puedo —una verdad simple.

—Luca…

—Ya no sé cómo existir sin ti. Cambiaste la química de mi cerebro. Literalmente. O duermo contigo o no duermo. O siento contigo o no siento nada. Te has vuelto necesaria para mi funcionamiento básico.

Un largo silencio. Puedo oír su respiración, cada exhalación una pequeña tortura.

—Eso no es amor, Luca. Eso es adicción.

—¿Cuál es la diferencia? —es una pregunta real. De verdad que no entiendo la distinción.

Ella suspira, y me la imagino frotándose las sienes como hace cuando está abrumada. —Si me quisieras, querrías lo mejor para mí. Aunque eso no fueras tú.

La lógica me atraviesa como un cuchillo. Perfecta. Terrible. Verdadera.

—¿Y si nada es lo mejor para ti sin mí?

—Esa no es una decisión que te corresponda a ti.

Cuelga. El silencio que sigue es absoluto, como si el mundo hubiera dejado de existir. Miro fijamente el teléfono, deseando que suene, deseando que vuelva a llamar y diga que no lo decía en serio.

Pero Faith no vuelve a llamar. Ha hecho exactamente lo que dijo: me ha dejado. Y a diferencia del patrón que he seguido toda mi vida adulta (querer, tomar, desechar), ella me ha desechado a mí primero.

El teléfono se me resbala de los dedos entumecidos y la pantalla se resquebraja contra el suelo de mármol. El sonido retumba por la habitación vacía, agudo y final. Ahora todo se está rompiendo. El asesino controlado que planea cada corte, que sabe exactamente dónde presionar para hacer gritar a los hombres, se está desmoronando.

Me encuentro en el sótano sin recordar cómo he llegado. Mi cuerpo se mueve en piloto automático, la memoria muscular guiándome al único lugar que siempre ha tenido sentido. Mis herramientas cuelgan en perfecto orden: bisturís, alicates, todo lo que uso para hacer que los hombres entiendan las consecuencias. Las luces fluorescentes zumban sobre mi cabeza, proyectando sombras duras que hacen que el metal brille como promesas.

Mis dedos recorren el mango de mi cuchillo favorito, el que ha probado más sangre de la que puedo contar. Su peso es familiar, reconfortante cuando nada más tiene sentido. Está perfectamente

equilibrado, lo suficientemente afilado para dividir átomos, una extensión de mi mano que nunca me ha fallado.

Setenta y dos horas sin dormir. Sin ella. Mi reflejo en la hoja muestra a alguien que no reconozco: vacío, desesperado, peligroso. No el hombre metódico que desmonta a los hombres pieza por pieza. Algo más. Algo peor. Algo sin límites ni propósito.

El cuchillo se siente bien en mi mano temblorosa. Sólido. Real. No juzga ni me abandona ni me dice que estoy enfermo. Simplemente existe, listo para lo que venga después.

Pruebo el filo contra mi pulgar, viendo cómo una gota de sangre brota de inmediato. El dolor no es nada comparado con el vacío doloroso de mi pecho, pero al menos es algo que puedo controlar. Algo que entiendo.

Sin ella, dormir es imposible. Sin ella, el control es imposible.

Y un Rosetti sin control es la pesadilla de todos.

22 - Faith

Tres días desde que huí del complejo de Neumann. Tres noches sin dormir de verdad. Me duele el cuerpo en lugares que no tienen nada que ver con el agotamiento. Unas caricias fantasmales me queman a lo largo de la columna vertebral, huellas de dedos en mis caderas que se niegan a desaparecer a pesar de que los moratones ya se han ido.

Me llevo los dedos a los labios en la madrugada del jueves, buscando su olor como una adicta que necesita su dosis, pero no hay nada salvo el recuerdo de la pólvora y la sangre mezcladas con esa colonia oscura que me provocaba pensamientos lascivos incluso mientras aquellos cuerpos se enfriaban a nuestro alrededor.

Lanzo el teléfono al otro lado de la habitación con la fuerza suficiente para abollar la pared, asqueada por la traición de mi cuerpo. Aterriza cerca de la borrosa fotografía mía que soy incapaz de destruir. Pruebas de mi debilidad esparcidas por mi apartamento como un rastro de migas de pan que me lleva de vuelta hasta él.

Trece cuerpos. Nueve que me miraron mal. Cuatro que se interpusieron entre la justicia y yo.

Los cuento como si fueran las cuentas de un rosario, cada rostro una plegaria que nunca admitiré. Agradeciéndole que eliminara las amenazas, aunque lo odie por demostrar que necesitaba su protección. El guardia de seguridad junto a la escalera, con la garganta cortada con tanta precisión. Johnson, con su placa identificativa, dos disparos. Todos esos hombres que podrían haber testificado sobre las reuniones extraoficiales de Neumann, que procesaron los envíos farmacéuticos que nunca aparecieron en los manifiestos, que sabían de los ensayos clínicos que salieron mal.

Los guardias del complejo que podrían haber testificado… desaparecidos. Cuatro testimonios que nunca llegarán a un tribunal.

Caer en la cuenta de esto me revuelve el estómago. No por la muerte, sino porque es lo primero en lo que pienso. No en cuatro familias destrozadas. No en cuatro hombres que probablemente

tenían hijos, hipotecas, vidas normales cuando no estaban protegiendo a un gilipollas. Solo cuatro pruebas que se desvanecen en cualquier infierno que Luca haya creado para ellos.

Mis piernas me llevan a la cocina, donde lleno la tetera, siguiendo unos movimientos que parecen ensayados de otra vida. La chica que se preparaba un té en mitad de la noche porque no podía dormir, atormentada por el asesinato de su madre. Ahora no puedo dormir porque estoy calculando cuántos testigos me quedan, cuántos podría eliminar Luca antes de que yo pueda usarlos. Y porque la piel todavía me quema donde me tocó, unas huellas dactilares fantasmales que no se borran por mucho que frote.

El agua hierve. La vierto sobre una manzanilla que se supone que calma los nervios, pero me tiemblan tanto las manos que la taza repiquetea contra el platillo. La dejo sobre la encimera, el té ya enfriándose, intacto como todo lo demás en mi vida ahora. Té frío, apartamento frío, cama fría. Todo frío sin su ardiente presencia.

El apartamento se siente extraño. Demasiado silencioso. Demasiado inmóvil. Durante semanas he sentido su presencia incluso cuando no podía verlo. Esa sensación de ser observada, protegida, poseída. Ahora solo hay una ausencia vacía. Ningunos ojos siguiéndome a través de cámaras ocultas. Ningún guardián en las sombras garantizando mi seguridad. Ningún cuerpo cálido contra el que apretarme cuando las pesadillas se volvían demasiado reales.

Debería sentirme libre. Lo eché. Le dije que me dejara en paz. Este vacío es lo que elegí.

Entonces, ¿por qué siento como si me hubiera cortado un brazo?

Cuando el agotamiento finalmente me vence sobre las cuatro de la madrugada, las pesadillas llegan de inmediato. Pero esta noche son diferentes. No solo la cara amoratada de mi madre, sus manos arañando las de Neumann, que la agarraban. Ahora el complejo se superpone a todo. Cuerpos esparcidos como los libros de mi madre cayeron aquella noche, sangre que se encharcaba como la tinta derramada de su mesa volcada.

En el sueño, Neumann está de pie entre los cadáveres, con la misma sonrisa de antes extendiéndose aún más. —No quedan testigos, pequeña Faith —ríe, pasando por encima de los cuerpos—. Los necesitabas para que hablaran, y tu novio psicópata los ha silenciado para siempre. ¿De qué lado está en realidad?

Me despierto jadeando, con las sábanas empapadas en sudor, buscando el espacio vacío donde debería estar su cuerpo, donde por una noche aprendí lo que se sentía al no estar sola. Mi piel aún recuerda su peso, la seguridad de estar rodeada de peligro.

Cierto. Lo eché. La buena elección. La elección moral.

Pero mi cuerpo no está de acuerdo, anhelando el consuelo que he rechazado, al hombre que me hizo sentir segura mientras estaba cubierto de sangre.

La pantalla de mi teléfono me quema los ojos. 5:50 a. m. Navego por las noticias en mi pantalla rota. La fractura en forma de telaraña es ahora peor y distorsiona las imágenes. Las acciones de Neumann Pharmaceuticals han subido un tres por ciento. Fotos de la gala benéfica médica de anoche: Neumann con su esmoquin, champán en mano, su esposa elegante a su lado. Prosperan mientras mi madre se pudre en la tierra.

El artículo menciona la nueva aprobación de la FDA para su último medicamento contra la ansiedad. La misma marca que tomo. La amarga ironía me da ganas de tirar todas las pastillas por el retrete, pero ahora las necesito más que nunca.

Otra noticia: «Empresario local desaparecido». Peterson, el que solía blanquear dinero a través de su cadena de tintorerías. Uno de mis testigos. Desaparecido, igual que los demás que siguen desapareciendo aunque se supone que Luca me deja en paz.

Suena mi teléfono. Papá. No son ni las seis de la mañana.

—Parece usted cansada, cariño —dice sin preámbulos. Su voz de juez, la que disecciona la verdad de las mentiras.

—Solo es estrés del trabajo. —La mentira me sale sola ahora, suave como la seda. Aunque no tan suave como las sábanas caras de Luca contra mi piel desnuda. Aparto ese pensamiento con ferocidad.

—Quizá debería tomarse un tiempo libre. Venga a quedarse conmigo unos días.

La oferta es tentadora. Retirarme a mi habitación de la infancia, rodearme de las fotos de mi madre, fingir que sigo siendo la hija buena que cree en la justicia a través de los canales adecuados. Fingir que no dejé que un asesino me hiciera correrme tan fuerte que vi las estrellas.

—Estoy bien, papá.

—No parece que esté bien. Parece preocupada. Se lo oigo en la voz. El mismo tono de cuando su madre… —deja la frase en el aire,

pero ambos sabemos a qué se refiere.

—Estoy bien —repito, las mentiras se vuelven más difíciles de mantener cuando mi cuerpo todavía me duele en lugares que me recuerdan exactamente lo que «no bien» que estoy.

—Faith, si algo va mal…

—No pasa nada. —Otra mentira. Todo va mal. Mi plan se desmorona, los testigos desaparecen y he alejado a la única persona capaz de ayudarme a destruir a Neumann.

—Tengo que irme —digo antes de que sus preguntas preocupadas puedan resquebrajar mi fachada.

Cuelgo antes de que pueda insistir. Tiene buenas intenciones, pero el juez Theodore Winters no puede ayudar con esto. Él cree en la ley y el orden, en sistemas que le fallaron a mi madre. Solo una familia en Chicago tiene el poder de destruir a Neumann por completo, y acabo de decirles que me dejen en paz.

Mi plan de doce años se está desmoronando. Sin testigos, sin pruebas que no vayan a desaparecer misteriosamente, sin contactos con gente que pueda hacer que las cosas sucedan, no tengo nada más que una rabia y una paciencia que finalmente se han agotado.

Para mediodía, estoy inmersa en modo investigación, mi portátil rodeado de periódicos y artículos impresos. No sobre Neumann esta vez. Sobre los Rosetti. Toda la familia, no solo el hermano que ha matado a incontables hombres por mí.

Sus recursos son asombrosos. Empresas de transporte que podrían mover cualquier cosa a cualquier parte. Empresas de construcción que vierten cimientos lo suficientemente profundos como para ocultar secretos. Servicios de gestión de residuos que hacen desaparecer los problemas. La infraestructura del poder, construida a lo largo de generaciones.

Hicieron desaparecer cuatro cuerpos en una noche. Sin pruebas. Sin investigación. Ese tipo de eficacia podría ser útil, aplicada correctamente al objetivo adecuado.

«Estás racionalizando», me susurra la conciencia. Pero la risa de Neumann resuena con más fuerza, ahogando la moralidad con el recuerdo.

Suena mi teléfono. Número desconocido. Casi no contesto, pero algo, ese mismo instinto que me hizo besar a Luca, me obliga a deslizar el dedo para aceptar.

—¿Faith? —Una voz de mujer, suave y culta—. Soy Sofia. La hermana de Luca.

Mi corazón se detiene. —No estoy…

—Sé que no está hablando con él. No se trata de eso. —Su tono es puramente profesional, sin rastro de emoción—. Mañana tenemos una cena familiar. A las siete de la tarde.

—No creo que…

—No es una cita. No es por… la situación de Luca. Es por Neumann.

Su nombre hace que me quede helada, apretando el teléfono hasta que la pantalla rota se me clava en la palma de la mano.

—¿Qué pasa con él?

—Venga a cenar. Discutiremos las opciones. Mutuamente beneficiosas. —Hace una pausa—. Solo negocios, Faith. El tipo de negocios en los que todos obtienen lo que quieren.

Negocios. Eso es todo lo que esto necesita ser. Una transacción. Sus recursos a cambio de mi información. Nada que ver con cómo mi cuerpo todavía anhela el contacto de su hermano.

—¿Estará Luca allí?

—Sí. —No tiene sentido mentir, al parecer—. Pero no la molestará. La familia está… preocupada por su estado actual. Marco se asegurará de que mantenga la distancia.

Algo se me retuerce en el pecho. No es exactamente culpa, no es exactamente satisfacción. El mismo sentimiento que cuando presiono los moratones que me dejó y que se están desvaneciendo, un dolor mezclado con algo más oscuro.

—Solo una cena —digo lentamente—. Para hablar de Neumann.

—Exacto. Venga a la entrada trasera. Alguien la recibirá.

Cuelga sin despedirse. Me quedo mirando el teléfono, sabiendo que estoy a punto de entrar en una guarida de asesinos. Pero son asesinos con los recursos para destruir a Neumann por completo, y después de años de ser paciente, de ser buena, de seguir reglas que protegen a los hombres poderosos, quizá sea hora de dejar de fingir que soy diferente a ellos.

A las seis de la tarde, estoy delante de mi armario, eligiendo una armadura para la cena de mañana. Mi mano se dirige inmediatamente al vestido negro del funeral de mi madre, ajustado a lo largo de los años, pero que aún carga con el peso de la pérdida.

Apropiado para entrar en la casa de los Rosetti. Apropiado para la muerte de quien yo solía ser.

Me lo pongo y, de pie ante el espejo, practico lo que diré. «Necesito su ayuda con Neumann». Demasiado desesperado. «Tenemos intereses comunes con respecto a Neumann». Mejor. Profesional. Sin emoción.

Pero mi voz se quiebra al pronunciar su nombre, mi rabia reprimida se filtra. Mezclada con el recuerdo de la voz de Luca cuando prometió encargarse de él. Lo intento de nuevo, apretando las manos sobre la cómoda. —Hay que destruir a Neumann. Yo tengo información. Ustedes tienen los medios.

Las palabras suenan vacías. Estoy pidiendo a unos asesinos que me ayuden a eliminar un problema. Legalmente, por supuesto. O lo suficientemente legal como para poder seguir mirando a mi padre a los ojos.

¿A quién quieres engañar? Lo quieres muerto. Siempre lo has querido muerto. Igual que deseabas a Luca a pesar de saber exactamente lo que es.

La Polaroid sigue en mi cómoda. La última que me dio Luca. «Lo entiendo», escrito en el reverso con su letra afilada. He querido tirarla cincuenta veces, pero mis dedos no cooperan. La prueba de lo que fuimos durante esos breves momentos. La prueba de que alguien más ve el monstruo en el que me estoy convirtiendo.

Me ducho con agua tan caliente que me abrasa, intentando borrar el recuerdo de sus manos. Pero mi cuerpo traidor recuerda exactamente cómo me hizo deshacerme, lo segura que me sentí rodeada de peligro. Tres días, y las sensaciones fantasmales me persiguen. Sus dedos dentro de mí, su polla estirándome, sus dientes marcándome el cuello. Cada terminación nerviosa lo recuerda y quiere más.

A las dos de la madrugada, estoy de pie frente a mi tablón de pruebas. Fotos de Neumann en galas, con su familia, en el hospital la noche que murió mi madre. Registros financieros que he reunido. Testimonios de mujeres que no quisieron hablar públicamente. Conexiones trazadas con hilo rojo como en una película de detectives.

Doy un paso atrás y lo miro de verdad por primera vez en semanas.

Se parece exactamente a la sala de vigilancia de Luca.

La misma documentación obsesiva. La misma vigilancia paciente. La misma sed de destrucción. Somos de la misma especie, solo que usamos métodos de caza diferentes. Él usa cuchillos y balas. Yo uso la paciencia y el papel. Pero ambos queremos sangre.

Me estoy convirtiendo en lo que él es. No, eso no es cierto. Por fin estoy admitiendo lo que siempre he sido. La chica que soñaba con la violencia, que se excitaba cuando él confesaba sus asesinatos, que se corría más fuerte sabiendo lo que esas manos habían hecho. Él no me corrompió. Me reveló.

La única diferencia es que él admite lo que es. Yo disfrazo lo mío de justicia, de rectitud, de hacer lo correcto. Pero aquí, en mitad de la noche, contemplando años de acoso a Neumann, ya no puedo fingir más.

Quiero verlo morir. Quiero ver cómo la luz se apaga en sus ojos como vi oscurecerse la de mi madre. Quiero que sepa que es por ella, quiero que suplique como lo hizo ella, quiero que entienda que algunos pecados no pueden ser perdonados.

Eso no es justicia. Eso es venganza.

Y mañana voy a entrar en una casa llena de asesinos y a pedirles ayuda para conseguirla.

Mi teléfono vibra. Sofia otra vez, con los detalles: «Entrada trasera, 7 PM en punto».

Me quedo mirando el mensaje un buen rato, sabiendo que responder significa elegir un camino sin retorno. Mi pulgar se cierne sobre el teclado, y siento una presión fantasma. La mano de Luca sobre la mía. Incluso ausente, me está guiando hacia la violencia.

Escribo: «Confirmado. Asistiré».

El mensaje se envía con un silbido que suena a un destino que se sella, como firmar un pacto con demonios. Pero la foto de mi madre me observa desde mi mesita de noche, y sé que ella lo entendería. Ella también se defendió, a su manera. Solo que no con la suficiente fuerza. No con las armas adecuadas.

Me acerco a mi ventana, aquella donde solía dejar mis mensajes mal doblados para Luca. La farola de fuera parpadea, proyectando sombras que se mueven como seres vivos. Por un momento, juro que vuelvo a sentir unos ojos sobre mí, ese peso familiar de ser observada que solía hacerme sonrojar de expectación. Pero cuando miro, solo hay oscuridad.

—Sigo necesitando que muera —susurro a la noche, a cualquier sombra que pueda estar escuchando—. Si eso significa necesitarte a ti…

No puedo terminar la frase, pero mi cuerpo la completa de todos modos. Los pezones se me endurecen, el coño se me contrae, cada célula recuerda exactamente lo que se sentía al necesitarlo.

La decisión ya está tomada. Elijo la venganza por encima de la rectitud. Elijo convertirme en el tipo de persona que hace tratos con asesinos, que cambia la justicia por la venganza, que admite que ser buena no me ha servido de nada más que para oír la risa de Neumann sobre cadáveres.

Mi reflejo en la ventana muestra a alguien que apenas reconozco. No la chica que reza todos los domingos. No la paciente bibliotecaria que se ha pasado la vida siguiendo las reglas. Alguien más dura. Alguien que cuenta los cuerpos como si fueran piezas de ajedrez y siente rabia en lugar de horror al perder testigos. Alguien cuyo cuerpo todavía anhela el toque de un asesino.

Alguien que entiende por qué Luca hace lo que hace.

Mañana dejaré de fingir que soy buena.

—Me estoy convirtiendo en lo que eres —le digo a la oscuridad, sin estar segura de si me refiero a Luca o al asesino de mi madre, o a ambos—. Y lo estoy eligiendo.

La ventana me devuelve el reflejo de mi rostro, con los ojos hundidos por el insomnio pero decidido. Esta es quien soy ahora. Quien probablemente siempre he sido, debajo de los cárdigan y las sonrisas.

Alguien que necesita que Neumann muera más de lo que necesita ser buena.

Alguien que estrechará la mano de los demonios para que eso suceda.

23 - Luca

Siete de la tarde, viernes.

Las paredes del comedor palpitan a mi alrededor, o quizá es el agotamiento lo que hace que todo se mueva. Noventa y siete horas desde que huyó del complejo. Desde que vio lo que soy en realidad. Mi cerebro cuenta obsesivamente; cada segundo es una prueba más de que el tiempo no significa nada sin ella. Mis manos tiemblan sobre la mesa de caoba, peor que las de un adicto con el síndrome de abstinencia, porque los yonquis al menos pueden encontrar otra dosis. Solo hay una Faith, y mis células gritan por su proximidad como una dependencia química de la que jamás me libraré.

Me arde la garganta como si hubiera estado gritando, pero llevo días sin emitir un solo sonido. El estómago se me retuerce por negarme a comer. La polla me palpita dolorosamente, la única parte de mí que se niega a morir, y permanece dura a pesar del agotamiento, como si el imperativo biológico de mi cuerpo por reclamarla se impusiera incluso a la inanición.

El motor de un coche atraviesa el silencio de la mansión. Sé que es ella antes de que se abra la puerta, mi cuerpo responde a su cercanía con un reconocimiento violento. El ritmo cardíaco se acelera, la temperatura sube; una pura reacción química a su proximidad. Entra por la cocina, la entrada trasera que Sofia debe de haberle sugerido, evitándome. El vestido negro me para el corazón. El vestido del funeral de su madre, todavía cargado de muerte. Ha perdido peso; las ojeras bajo esos ojos avellana se parecen a las mías. *Bien. Ambos estamos muriendo poco a poco.*

El vestido negro se aferra a las curvas que he marcado con la boca, a las caderas que he agarrado mientras la follaba hasta hacerla gritar. Cada centímetro de ella me pertenece, aunque finja lo contrario.

Ocupa la silla más alejada de mí, una distancia tan deliberada como una cuchillada. No me mira, mantiene los hombros rígidos

mientras Marco dispone unos papeles. Mi familia llena los espacios entre nosotros, pero bien podrían ser muebles. Cada átomo de mi atención se centra en su negativa a reconocer que existo. El temblor empeora, mi sistema nervioso se cortocircuita por la abstinencia y la necesidad luchando por el dominio.

La luz de la lámpara de araña se fractura en prismas, cada cristal se convierte en los ojos de Faith juzgándome. Puedo oler su jazmín fantasma aunque esté al otro lado de la habitación, mi cerebro crea fantasmas sensoriales.

Marco desliza la tableta sobre la madera pulida hacia Faith. —Señorita Winters. Gracias por venir —. Su voz transmite la autoridad de un Don que nunca es cuestionado. —Sofia mencionó que tenía algunas ideas sobre cómo abordar a Neumann.

Faith asiente y saca su propia tableta. —He estado pensando desde la llamada de ayer —dice ella, con los dedos firmes a pesar de todo—. Tiene un tipo. Mujeres que lo rechazan. Lo vuelve agresivo, descuidado —. Las fotos que muestra me fracturan la visión: otras tres mujeres, todas muertas o desaparecidas tras rechazar sus insinuaciones. Nunca me ha hablado de las otras.

—Yo podría desencadenar esa respuesta —continúa Faith, con una voz tan plana como las notas de una autopsia—. Acercarme a él como cebo. Las mujeres que lo rechazan se convierten en su obsesión.

La vista se me empieza a fracturar cuando dice «cebo». Un rojo que se filtra por los bordes. Las manos se me cierran y se abren.

—Hay una conferencia farmacéutica este fin de semana —los ojos de Sofia se iluminan con interés—. Podría hacerse pasar por la hija traumatizada que ha recuperado recuerdos. Él querrá controlar esa narrativa, aislarla para hablar.

—Llevaría un micrófono —añade Nico, con su mente táctica en marcha—. Podríamos controlar la seguridad de la conferencia. Podríamos aislarlo en quince segundos una vez que muerda el anzuelo.

Las palabras de Sofia desencadenan algo primordial. Oír «cebo» por tercera vez rompe algo en mí. Ya no es mi hermana, solo otra voz que sugiere que Faith debería ser colgada como carne para un depredador.

Me pongo de pie antes de ser consciente de ello, la silla cae hacia atrás con estrépito. Mi mano golpea la mesa con la fuerza suficiente

para hacer saltar los vasos, derribando uno. El vino tinto se extiende por el mantel blanco como la sangre.

—No —la palabra sale hecha jirones, en carne viva—. No, joder.

—Luca… —empieza a decir Sofia.

—¿Quieren enviarla ahí sola? —mi voz se alza, perdiendo el control—. ¿Con Neumann? ¿Después de lo que le hizo a su madre? ¿Después de que ya la ha amenazado?

La sala se queda en silencio.

—¿Y creen que él va a… qué? ¿Esperar educadamente a que lleguemos? —tiemblo ahora, con las manos apoyadas en la mesa, cada músculo tenso—. ¿Creen que no le hará daño en cuanto la tenga a solas?

Me aparto de la mesa de un empujón, caminando de un lado a otro como un animal enjaulado. Cinco días sin dormir lo hacen todo más nítido, más desesperado.

—Mató a su madre con sus propias manos. La estranguló mientras una Faith de doce años miraba. ¿Y quieren darle otra oportunidad?

Marco se levanta lentamente. —Luca. Siéntese.

—No —me vuelvo hacia él—. Usted no decide esto. Ninguno de ustedes.

Dante también se ha puesto de pie, situándose entre los demás y yo. No en actitud amenazante, solo… preparado. Su expresión dice que me detendrá si pierdo el control por completo.

Sofia se mantiene firme, con la barbilla en alto a pesar del peligro que crepita en el aire. —Su protección la está asfixiando. Ni siquiera puede respirar sin que usted lo vigile.

Las palabras golpean como un golpe físico. Agarro el respaldo de mi silla volcada, los nudillos blancos, luchando contra el impulso de lanzarla por la ventana.

—Mejor asfixiada por mi protección que muerta en sus manos —consigo decir, con la voz quebrada.

—Ustedes no lo entienden —continúo, cada palabra saliendo a duras penas—. Está obsesionado con ella. La forma en que la miraba, en que hablaba de su madre… No se limitará a matarla. Hará que dure. Que duela. Y yo estaré demasiado lejos para detenerlo.

La voz de Faith irrumpe, fría como un día de febrero: —¿Y qué, Luca? ¿Prefieres que siga vivo para siempre?

Todos se giran. Ella sigue estudiando esos esquemas como si estuviéramos discutiendo los planes para la cena, no su posible asesinato.

—Prefiero que tú sigas viva —digo, mirándola fijamente—. ¿Es eso tan jodidamente descabellado?

Finalmente me mira, con los ojos vacíos en un rostro que se ahueca por su propia obsesión. —Necesito que muera. Todo lo demás es secundario.

—¿Incluida tú? —me muevo hacia ella. Dante se desplaza para interceptarme, pero Marco levanta una mano, deteniéndolo—. ¿Entrarías en su trampa? ¿Dejarías que te pusiera las manos encima? ¿Solo para acercarte lo suficiente?

—Si eso es lo que hace falta —su voz es plana, sin emociones. No es mi Faith en absoluto.

—Estás loca —susurro.

Casi sonríe. —Tú lo sabrías bien.

Faith se levanta y se acerca a mí por primera vez desde la masacre del complejo. Mi cuerpo se tensa, cada terminación nerviosa grita ante su proximidad.

—Luca —mi nombre en su boca, después de cinco días de silencio, hace que me flaqueen las rodillas—. Necesito que muera. Tú entiendes la necesidad, ¿verdad?

Está lo bastante cerca como para tocarla, pero no lo hace. Puedo ver el ligero temblor de sus dedos, la forma en que se le entrecorta la respiración. Su cuerpo nos recuerda, aunque su mente haya elegido este camino.

—Te estás matando por mí. Yo me estoy destruyendo por venganza. Ambos estamos obsesionados más allá de toda salvación.

—Si haces esto… —mi voz baja a un tono peligroso, desesperado —, mataré a todos en esta sala para detenerte. Sean familia o no. Prenderé fuego a toda esta mansión si eso significa mantenerte alejada de él.

Nadie se ríe. Mi familia sabe que lo digo en serio. Cada palabra.

Dante hace una seña brusca. Ana traduce en voz baja: —Dice que necesitas calmarte antes de que hagas algo de lo que te arrepentirás.

—¿Arrepentirme? —suelto una risa rota—. De lo único que me arrepentiré es de no haberla encerrado en un lugar seguro cuando tuve la oportunidad.

Sofia habla con cuidado, manteniendo la distancia. —Su protección la está asfixiando peor que cualquier amenaza de Neumann.

—Bien —la palabra sale salvaje—. Que la asfixie. Mejor eso que la alternativa.

La expresión de Faith cambia, algo parpadea en esos ojos vacíos. Ira, por fin. —Tu protección es una jaula, Luca.

—Pues enjaúlate —doy un paso más cerca, y esta vez Dante sí se interpone entre nosotros, con una mano levantada en señal de advertencia—. Enjaulada y viva. No me importa si me odias por ello.

—Tú no puedes tomar esa decisión por mí.

—Mírame.

Faith camina hacia la puerta, cada paso deliberado. —Voy a hacer esto con o sin la ayuda de los Rosetti. Elijan.

Se detiene en el umbral, sin mirar atrás. —He esperado doce años. No voy a esperar más porque has decidido que soy demasiado preciosa para arriesgarme.

La puerta se cierra con una finalidad que suena como una sentencia de muerte.

Me quedo de pie en el comedor destrozado, con la silla volcada, el vino extendiéndose como sangre por la mesa, mi familia mirándome como si fuera una bomba a punto de estallar.

—Luca —empieza Marco, pero yo ya estoy calculando: cada forma de rastrearla, cada forma de detener esto, cada forma de mantenerla alejada de Neumann aunque me odie por ello.

—No lo entienden —les digo temblando—. No se limitará a matarla. La hará sufrir primero. Como a su madre. Y yo tendré que vivir sabiendo que podría haberlo impedido.

—Su protección la está asfixiando —dice Sofia de nuevo, con cuidado—. Está demostrando que ella tiene razón.

—No me importa —mi voz es cruda, sincera—. Prefiero que me odie y viva a que me ame y muera.

La expresión de Marco se endurece. —Y si no la ayudamos, lo hará sola. ¿Qué resultado prefiere?

La habitación se inclina. El agotamiento me aplasta; cinco días sin dormir finalmente me pasan factura. Mis piernas amenazan con ceder.

—Veinticuatro horas —consigo decir, con la voz rasposa como un cristal roto—. Tiene veinticuatro horas para cambiar de opinión

antes de que me ocupe de esto a mi manera.

—¿Qué significa eso? —pregunta Nico, pero yo ya estoy saliendo, siguiendo su rastro.

—Significa que la encerraré en mi habitación antes de dejarla caer en la trampa de Neumann —las palabras salen crudas, desesperadas —. Y si alguno de ustedes la ayuda a hacer esto, tendrán que pasar por encima de mí primero.

No espero su respuesta. Mis piernas se mueven por instinto, siguiéndola a través de la mansión. Cinco días muriendo sin ella, y ella camina hacia la muerte como si ya la hubiera aceptado.

No bajo mi guardia. Ni de puta coña.

La idea de las manos de Neumann sobre ella hace que mi visión se tiña de rojo. La idea de que ella camine voluntariamente hacia el peligro me da ganas de encadenarla en algún lugar del que solo yo tenga la llave.

¿Cree que la estoy asfixiando ahora? No tiene ni idea de cómo es la verdadera posesión.

Pero está a punto de descubrirlo.

Veinticuatro horas para hacerle entender que me pertenece a mí, no a la venganza. Veinticuatro horas antes de que elimine por completo la posibilidad de elegir.

La puerta principal se está cerrando cuando llego a ella. Sus luces traseras desaparecen por el camino de entrada, el rojo sangrando en la oscuridad.

Me tiemblan las manos, pero ya no es por la abstinencia. Es por la anticipación. Por la desesperación.

Cree que está eligiendo la venganza sobre la seguridad.

Se equivoca.

Y he terminado de pedir permiso.

24 - Faith

El alambre se me clava en la delicada piel entre mis pechos, donde los dientes de Luca me dejaron marcas hace casi una semana. Metal frío en lugar de una boca cálida, vigilancia en lugar de posesión. Me tiemblan las manos mientras lo fijo con cinta adhesiva, no por miedo a Neumann, sino por lo retorcido de prepararme para ser la carnada.

—Probando audio —la voz de Nico crepita en el auricular, diminuto e invisible bajo mi pelo.

—Nítido —consigo decir, aunque nada en esta situación es nítido. Catorce horas desde que salí de la mansión Rosetti. Catorce horas desde que le dije a Luca que preferiría morir antes que aceptar su asfixiante protección. Ahora estoy pegándome un micrófono entre los pechos, convirtiéndome exactamente en lo que él me llamó: carnada.

El vestido azul marino se desliza sobre mi cuerpo. Lo bastante profesional para una asesora de archivos médicos, lo bastante entallado para atraer el tipo de hombre que le gusta a Neumann. El bajo me llega justo por encima de las rodillas, el escote es recatado, pero insinúa lo que hay debajo. Piel que arde con contactos fantasma, que sabe que le pertenece a alguien que ahora mismo está encerrado por amenazar con quemar este lugar hasta los cimientos.

—Estamos en posición —confirma Alex desde la furgoneta de vigilancia. Marco coordina desde algún lugar remoto. La ausencia que importa me oprime el pecho. Luca, quien según Marco había sido «contenido» después de que sus amenazas pasaran de quemar el edificio a algo más siniestro.

«Bien», me digo, ajustando el micrófono una última vez. No puedo pensar en él ahora.

Pero mi reflejo dice lo contrario. Me parezco exactamente a mi madre. La misma estructura ósea, los mismos ojos color avellana, la misma expresión obstinada en la mandíbula. Me he peinado con ondas rubias que caen justo por debajo de los hombros, como solía

llevarlo ella. El parecido no es casual. He convertido la genética en un arma, he transformado mi rostro en un fantasma que atormentará a Neumann hasta que cometa errores. El corrector oculta las sombras de demasiadas noches sin un verdadero descanso.

Un alboroto en alguna parte del hotel, gritos ahogados que hacen que el equipo se detenga. —Disturbio menor —la voz de Marco llega tensa—. Seguimos con el plan. —Pero yo conozco esa energía, esa clase particular de violencia apenas contenida. Está luchando contra ellos, dondequiera que lo hayan metido.

La idea hace que me tiemblen más las manos, aunque mis dedos se estabilizan mientras me aplico el último toque de maquillaje.

—Voy a entrar —murmuro al equipo, dejando atrás mi teléfono. No puedo permitirme la distracción del caos que Luca esté creando, sus promesas de pintar Chicago de rojo si Neumann me tocaba.

El centro de conferencias abruma mis sentidos. Demasiado luminoso, demasiado ruidoso, demasiados cuerpos moviéndose por el espacio. Mi tapadera es muy endeble: asesora en ciencias bibliotecarias especializada en la digitalización de archivos médicos. Como si mi presencia aquí no tuviera nada que ver con Neumann.

Lo localizo de inmediato cerca de los puestos principales de la exposición, acaparando la atención de posibles inversores. Dos guardaespaldas lo flanquean ahora, ambos nuevos desde la semana pasada. Contratistas militares privados, según Marco, sus ojos buscan amenazas constantemente. Su paranoia se ha intensificado desde que perdió la seguridad de su complejo. Desde Luca.

—Objetivo localizado —murmura Nico en mi oído—. Esos guardaespaldas son profesionales. Exfuerzas especiales por sus patrones de movimiento. Procede con extrema cautela, Faith.

Me abro paso entre la multitud, dejando que su visión periférica me capte gradualmente. El vestido azul marino funciona. Su reacción de sorpresa al verme es visible a cuarenta pies de distancia. Su mano se detiene a medio gesto, todo su cuerpo se pone en alerta como un tigre que percibe un olor familiar.

Eso es. Soy el fantasma de Jenna Winters. Acércate.

Se me revuelve el estómago, pero mantengo la posición cerca de la estación de café, sincronizando mi llegada para que coincida con su acercamiento. Finjo estudiar el programa de la conferencia mientras sigo su movimiento con la visión periférica. Su colonia me

llega primero. Ese mismo perfume caro de aquella noche, de todas las pesadillas desde entonces.

—Faith Winters. —No es una pregunta. Su voz contiene esa mezcla particular de interés y cálculo que me pone la piel de gallina.

Me vuelvo, fingiendo sorpresa. —Señor Neumann. No sabía que asistiría.

Sus ojos recorren mi cuerpo con un aire de posesión casual, deteniéndose en mi garganta, donde los moratones de los dedos de Luca se han desvanecido. La piel sin marcas se siente vulnerable, expuesta, incorrecta sin sus debidas marcas.

—Se parece usted asombrosamente a su madre en las galas benéficas farmacéuticas. El parecido es… sorprendente.

El comentario está diseñado para inquietar. Dejo que surta efecto, mis dedos tiemblan ligeramente alrededor de mi taza de café. —La gente lo comenta. Es… difícil a veces.

—¿Está aquí por trabajo? —Se acerca más, invadiendo la distancia cortés entre extraños.

—Trabajo de consultoría. Archivos digitales para bibliotecas médicas. —Hago que suene aburrido, luego añado vulnerabilidad a mi voz—. De hecho, últimamente he estado teniendo sueños. ¿O quizá recuerdos? De cuando era pequeña.

Neumann se queda completamente inmóvil, reconociendo un posible objetivo o quizá una posible amenaza. —¿Qué clase de recuerdos?

Me toco la garganta inconscientemente. El gesto está ensayado, pero se siente falso porque mi garganta recuerda otros roces, otra presión que me hizo ver las estrellas mientras me deshacía. —La voz de un hombre. Alguien que conocía a mi madre. Fragmentos de conversación. Probablemente no sea nada, pero mi terapeuta cree que un trauma infantil puede resurgir inesperadamente.

—La memoria es notoriamente poco fiable —dice con cuidado, estudiando mi rostro en busca de señales de engaño—. Especialmente en lo que respecta a sucesos traumáticos.

—Eso es lo que dice la doctora Lopez. Pero estos se sienten tan reales. Como si mi mente intentara decirme algo importante.

Su mano encuentra mi codo, sus dedos presionando posesivamente contra la tela. La piel se me eriza con el contacto. El roce equivocado, el hombre equivocado, todo equivocado. Mi cuerpo conoce a su dueño, y este no es él. Pero yo he elegido esto. He elegido

la venganza por encima de la protección. La traición que supone me quema más que su agarre.

—Quizá deberíamos hablar de esto en privado. Conocí bien a su madre. Podría ayudar a aclarar las cosas. Mi despacho está arriba. En la tercera planta.

Habitación 312. Donde Nico tiene cámaras. Donde espera la trampa.

—Eso sería de gran ayuda —acepto, aunque me tiemblan las piernas mientras lo sigo hacia los ascensores.

Pero en el ascensor, su dedo se cierne sobre los botones antes de seleccionar una planta completamente diferente. —En realidad, usemos la sala de juntas ejecutiva. Décima planta. Mejor acústica para conversaciones delicadas.

Mi pulso se dispara mientras el ascensor pasa de la tercera planta. La voz de Nico es cortante en mi oído: —Ese no es el plan. La décima planta es una zona muerta total. No hay cobertura de cámaras.

El ascensor sigue subiendo, cada piso es una traición al plan, a la seguridad, a todo lo que he orquestado cuidadosamente. Sus guardaespaldas no lo siguieron.

—Pensé que su despacho sería más conveniente.

—En obras —miente con suavidad, observando mi reflejo en las puertas del ascensor—. De todas formas, la sala de juntas es más cómoda. Privacidad total.

El pasillo de la décima planta se extiende ante nosotros, vacío y silencioso. La puerta de la sala de juntas ejecutiva se alza al final como una boca esperando para tragarme entera.

—Uno no puede ser demasiado cuidadoso con la privacidad cuando se discuten asuntos delicados. —Saca una tarjeta y la cerradura se desactiva con un clic electrónico que suena como el sello del destino.

Sostiene la puerta, esperando. Todos mis instintos me gritan que corra, pero estoy atrapada por mi propio plan, por mi necesidad de venganza, que es más fuerte que mi necesidad de seguridad. Entro en la sala de juntas y él me sigue, cerrando la puerta tras de sí.

La cerradura se activa automáticamente. Él se guarda la tarjeta en el bolsillo.

Años de investigación obsesiva, cada callejón sin salida y paranoia nocturna, condensados en esta única habitación. La vista

desde la sala de juntas es gris e infinita, el horizonte del lago Míchigan se disuelve en el cielo nublado. Neumann permanece en silencio, con las manos entrelazadas a la espalda, el traje a medida se mueve mientras respira en ciclos lentos y medidos. Está actuando, me doy cuenta; su escenario es el horizonte, su público el mundo invisible de abajo. Siempre ha sido la estrella de su propio espectáculo. Me pregunto si siente mis ojos sobre él, o si solo soy una extra más en el fondo de su vida cuidadosamente seleccionada.

Pero cuando habla, es con la paciencia aburrida de alguien que espera ser halagado. —Señorita Winters. —Sigue sin mirarme—. ¿Por qué estamos realmente aquí? —La inflexión es practicada, el arma retórica de un hombre que ha soportado mil amenazas de deposición e interrogatorios de grupos de sondeo.

Mis dedos rozan la delgada grabadora negra en mi bolsillo, una chatarra de consumo en comparación con el arsenal de vigilancia que los Rosetti me dieron, pero lo suficientemente buena para una mujer con una misión. Presiono el botón, imaginando el frío brillo del led bajo la tela.

—Señor Neumann —digo, dejando que mi voz lleve el temblor justo para sonar a la vez vulnerable y plausible—. Gracias por aceptar reunirse en privado con tan poca antelación.

Se da la vuelta como si fuera una señal, girando con lenta gravedad. Su sonrisa es cálida, amplia, absolutamente muerta detrás de los ojos. —Por supuesto. Su entusiasmo por nuestra iniciativa de alfabetización ha sido bastante… memorable. Tres eventos de recaudación de fondos en ocho semanas. —Mira mi vestido, luego vuelve a subir la mirada, lentamente—. Muy dedicada.

La pausa deliberada: me deja marinar en el conocimiento de que me ha estudiado tan a fondo como yo a él. Me acerco a la mesa, sacando la carpeta de mi bolso. El contenido está organizado: correos electrónicos internos, informes falsificados, un puñado de Polaroids borrosas de la peor noche de mi infancia y una sola hoja de papel de cuaderno amarillento con la letra de mi madre. Mis manos no tiemblan. Todavía no.

—He estado haciendo una investigación por mi cuenta —digo, dejando caer la carpeta sobre la superficie de cristal de la mesa con un golpe seco que resuena más fuerte que los latidos de mi corazón —. Los ensayos clínicos de su empresa de la década pasada. En particular, el proyecto Nervex.

Neumann mira la carpeta pero aún no la toca, como si esperara que los documentos parpadearan primero. —Nervex se suspendió después de que los ensayos de la fase inicial no cumplieran los objetivos. Una molécula prometedora, pero no un éxito comercial. —Se sienta, cruza las piernas, perfectamente a gusto en una silla de diez mil dólares—. Tengo curiosidad por saber por qué le resulta tan interesante, señorita Winters.

Él sabe la respuesta. Me está retando a decirlo. Abro la carpeta, extendiendo las pruebas como cartas del tarot. Primero las Polaroids: niños serios con batas de hospital, sus rostros marcados con fechas e iniciales. Libros de contabilidad financieros, resaltados en neón. Y finalmente, los resúmenes de los ensayos clínicos: bloques de texto tachados, pero con lo suficiente para reconstruir el número de muertos.

—No retiraron Nervex, simplemente le cambiaron el nombre a LumoSmart. Dieciséis sujetos murieron durante los ensayos de la Fase II del Nervex renombrado. —Mi voz es firme, sorprendentemente firme—. Siete eran niños. La causa de la muerte se registró como respuesta inmunitaria adversa, pero los informes del patólogo cuentan otra historia.

Neumann finalmente se inclina hacia delante, apoyando los dedos sobre la mesa. Sus uñas son cortas, limpias, casi femeninas. —¿Esto es una emboscada? —pregunta, con un tono conspirador, divertido—. ¿Saldrá alguien de la prensa del aparador o esto es una actuación en solitario?

—En solitario —digo, y suena casi valiente.

Hojea las páginas, tarareando suavemente. —Debe de estar muy orgullosa de sí misma. Esta es una colección impresionante. Nunca trabajó para nosotros y, sin embargo… —Levanta la vista, esos ojos pálidos de repente afilados como cuchillas—. Ha accedido a documentos que estaban sellados por una citación federal.

—Tengo amigos —replico, dejando que el fantasma de una sonrisa se deslice por mis labios—. Y tengo los nombres de las familias a las que pagó para que guardaran silencio.

Cierra la carpeta suavemente, como para no dañar el lomo. —Está aquí para chantajearme. —No es una pregunta, sino una incitación.

—Estoy aquí para asegurarme de que nunca vuelva a hacerle daño a nadie. —Mis manos están sobre la mesa, los nudillos palideciendo

—. Mi madre fue la informante. Murió por su contrato de limpieza con SafeGuard. Usted la asesinó.

Él sopesa esto, las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba solo ligeramente. —Esa es una acusación muy seria.

Entonces lo veo: no está enfadado, ni siquiera a la defensiva. Está encantado. La máscara se le cae por una fracción de segundo y veo al niño que una vez diseccionó ranas en su garaje, al hombre que vio morir a mi madre y no sintió nada más que curiosidad.

—¿Sabe cuál es la diferencia entre un superviviente y una víctima, señorita Winters? —pregunta, levantándose de repente para que su sombra caiga sobre la mesa—. Un superviviente se adapta. Una víctima se aferra al pasado.

Mi auricular zumba con estática. La voz de Nico, estrictamente controlada: —Está ganando tiempo. Sus hombres se están moviendo por las escaleras.

Lo ignoro, concentrándome en las manos de Neumann, que ahora están entrelazadas bajo su barbilla. —¿Cree que es la primera persona que intenta esto? —dice, con voz suave, casi paternal—. Ni siquiera es la primera de este año.

—No estoy aquí por dinero —repito, sacando la segunda carpeta: fotocopias de correos electrónicos entre Neumann y su jefe de seguridad, detallando los calendarios de pago a SafeGuard por la «eliminación de activos fuera de las instalaciones». Una sola hoja de papel encima: la declaración jurada de Patricia Harrison, notariada por un secretario del condado.

Se detiene ante el nombre, el reconocimiento parpadea detrás de sus gafas. —Patricia. La recuerdo. Una mujer nerviosa. Siempre disculpándose. —Lee la declaración, los labios crispándose en las líneas clave—. Murió en un accidente de coche la semana pasada, ¿no es así?

La habitación se tambalea. Siento el pulso en los dientes. —¿Qué?

—Revisé yo mismo la grabación de la cámara del salpicadero. —Su sonrisa regresa, afilada y simétrica—. Volvía a casa de la clase de violín de su hija. Pavimento mojado, visibilidad reducida. La autopsia no encontró pruebas de juego sucio.

Ahora estoy temblando. No solo mis manos, todo mi cuerpo, un temblor que empieza en mis rodillas y sube por mi columna vertebral. —Miente —digo, pero las palabras suenan infantiles, poco convincentes.

—No necesito mentir —dice, doblando la declaración y guardándola en el bolsillo de su chaqueta con una pulcritud posesiva que me pone la piel de gallina—. Esa es la diferencia entre nosotros. Usted es una contadora de verdades, pero yo soy la verdad. —Se acerca, lo suficiente como para que pueda oler la loción para después del afeitado cara, el más leve toque de humo y libros viejos—. Si planea extorsionar a alguien, señorita Winters, no debe dejar que dicte los términos del encuentro.

25 - Faith

Neumann retrocede, vuelve a la ventana y deja que el horizonte reafirme su dominio sobre la sala. —¿Puedo ser sincero con usted? —pregunta. Es retórica, pero espera a que yo asienta.

—Usted no es la primera en descubrir esto, y no será la última. Nervex fue una tragedia, pero también salvó vidas, si se para a pensarlo. El dinero que ganamos se destina a financiar el desarrollo de nuevos fármacos. ¿Quiere una confesión o quiere sentirse poderosa? Porque puedo darle ambas cosas si eso significa que desaparecerá discretamente.

Tengo la garganta seca. —Quiero que sea llevado ante la justicia. Quiero que responda por lo que le hizo a mi madre, a esos niños…

Me interrumpe con un gesto displicente con la mano. —¿Justicia? No existe tal cosa. Solo existen la influencia y el coste. —Se gira por completo, observándome como a un espécimen clavado en un cristal —. ¿Qué hará falta, señorita Winters, para comprar su silencio? ¿Dinero? ¿Una disculpa? —Se encoge de hombros.

Por un segundo me veo desde arriba, una mujer con un viejo vestido negro, armada con una carpeta y el sentido de justa indignación de una mujer muerta. En toda la ciudad no hay nadie menos poderoso que yo. Pero hago lo único que me queda por hacer: ponerme en pie. Le sostengo la mirada.

—Quiero que el mundo sepa lo que hizo.

Se ríe, una risa baja y suave. —Entonces debería haberse esforzado más por sobrevivir.

Se acerca de nuevo a la mesa y pasa al siguiente documento. —Este… Gustav Treyson. Sobredosis hace tres días. Sorprendente para un hombre que nunca tocó las drogas. —Sus dedos recorren los papeles como una caricia—. Parece que sus testigos están teniendo muy mala suerte, Faith.

El sonido de mi nombre de pila en sus labios me pone la piel de gallina. Retrocedo un paso, con la mano dirigiéndose hacia mi bolso, donde la pistola pesa mucho. —Usted los mató.

—Matar es una palabra muy fea. —Ordena los papeles en una pila pulcra, con movimientos ensayados y tranquilos—. Prefiero «complicaciones resueltas». Muy parecido a como su madre fue una complicación.

Las palabras me golpean como agua helada. Todo se detiene. —¿Qué ha dicho?

—Vamos, Faith. —Se sienta en el borde de la mesa, tan despreocupado como si estuviera hablando de informes trimestrales —. ¿De verdad creía que no lo sabía? La hija de Sarah, pasando años acercándose a mis socios comerciales, ofreciéndose como voluntaria en los eventos de mi empresa, haciéndose pasar por la bibliotecaria inocente mientras reunía pruebas.

Se ríe, un sonido refinado y horrible. —La he estado observando durante tres años. Esperando a ver qué haría. Ha sido fascinante, de verdad. Como ver a un ratón construir una elaborada trampa para un gato.

—Lo sabía. —Las palabras me salen huecas. Todos aquellos movimientos cuidadosos, toda esa planificación, y él había estado viéndome actuar para él.

—Desde la primera gala benéfica a la que asistió. —Se levanta y se acerca—. Vestía de verde. ¿Lo sabía? El mismo color que ella llevaba en el congreso médico donde nos conocimos. Donde me rechazó.

Mi mano se cierra sobre la pistola en mi bolso. —Usted la asesinó.

—Asesinato es un término legal. —Está lo bastante cerca como para que pueda oler su colonia. Cara. Sofocante—. Su madre estaba investigando los ensayos de Nervex. Iba a destaparlo todo. Pero no murió por eso.

—¿Entonces por qué? —Mi dedo encuentra el gatillo a través del cuero, mientras doy otro paso hacia atrás.

—Se rio de mí. —Su voz cambia, algo más oscuro se filtra a través de su pulcritud de ejecutivo—. Le ofrecí todo. Protección para su investigación, dinero, una vida juntos. Y se rio. Dijo que yo era patético. Dijo que preferiría morir antes que dejar que la tocara.

La máscara se le cae por completo, su rostro se transforma. —Así que le di lo que quería.

—La estranguló. —Se me quiebra la voz—. Lo vi. Estaba debajo del sofá y lo vi sonreír mientras lo hacía.

—Sí. —Simple. Casual—. Y usted ha pasado todo este tiempo convirtiéndose en ella. La misma rectitud. La misma planificación

cuidadosa. La misma creencia ingenua de que la justicia significa algo.

Saco la pistola del bolso, pero él ya se está moviendo. Más rápido de lo que un hombre de su edad debería ser. Su mano se cierra en mi muñeca, torciéndola hasta que el arma cae con estrépito al suelo.

—Incluso los mismos errores —continúa, presionándome contra la mesa—. ¿Cree que las pruebas importan? Soy dueño de jueces, fiscales, comisarios de policía. La pequeña investigación de su padre no me ha afectado. ¿Qué le hizo pensar que la suya lo haría?

Intento liberar mi muñeca, pero él lo anticipa, empujándola en la dirección equivocada hasta que mi brazo se ve obligado a doblarse por el codo. —Esto es lo que va a pasar, Faith. Va a desaparecer. Quizá una crisis nerviosa por el dolor. Su padre recibirá una nota sobre usted empezando de nuevo en algún lugar lejano. Estará desolado, pero lo entenderá. El duelo lleva a la gente a hacer cosas desesperadas.

—Sabrá que fue usted.

—¿Con qué pruebas? ¿Una reunión entre un ejecutivo farmacéutico y una bibliotecaria interesada en obras de caridad? —Sus manos se mueven hacia mi garganta, sus dedos descansando sobre mi pulso—. Sin testigos. Sin pruebas. Solo otra trágica desaparición en Chicago.

Debería haber elegido la jaula de Luca en lugar de esta trampa. Debería haber aceptado su protección en vez de caminar hacia la muerte sola.

—Puede que mi equipo de seguridad se haya ido —continúa, extendiendo la mano para tocarme el pelo. El contacto hace que la bilis me suba a la garganta. Esto se siente como una agresión—. Pero tengo otros recursos. Investigadores privados que la han estado siguiendo durante meses.

Su mano libre se mueve hacia mis hombros, deslizándose metódicamente por mis brazos. Encuentra el micrófono de inmediato, sus dedos se cierran alrededor de él. Un tirón brusco y lo arranca, la cinta me desgarra la piel, que aún recuerda una violencia más amable.

—¿De verdad pensó que podría grabarme confesando? —Lo siguiente es el rastreador en mi pulsera. Lo arranca y lo aplasta contra la mesa de conferencias. Luego la grabadora de respaldo en mi bolsillo.

La voz de Nico se convierte en estática y luego en nada. Silencio total. Estoy sola.

—Sus amigos Rosetti probablemente estén revolviéndose ahora mismo —dice—. Especialmente ese en particular. El que marca su territorio de forma tan obvia. ¿Creía que no notaría los moratones que se desvanecían y que intentaba cubrir? ¿La forma en que la rodea como un halcón?

Mi respiración se acelera ahora, y ya no tengo el valor de ocultar mi miedo.

—Esta sala está completamente insonorizada. Diseñada para adquisiciones hostiles donde millones dependen de conversaciones que nadie más puede oír. —Regresa a donde estoy, congelada—. Apropiado, ¿no cree? Se parece tanto a ella. La misma justa indignación. La misma creencia ingenua de que la justicia significa algo.

—Siempre lo supo —susurro, la comprensión me golpea como agua helada.

—Desde el primer evento benéfico al que asistió. La he estado observando a usted observándome a mí, esperando a ver cuándo haría su movimiento. Hoy parecía apropiadamente teatral. Usted con el vestido de su madre, jugando a los recuerdos recuperados.

—Su madre fue menos paciente —dice, sus manos moviéndose hacia mi garganta con una horrible inevitabilidad—. Me confrontó directamente sobre los ensayos clínicos, las muertes que encubrimos.

Tropiezo hacia atrás hasta que mi espalda se presiona contra el frío cristal de la ventana que va del suelo al techo, y entonces no tengo adónde ir. Sus dedos descansan sobre mi pulso. Mal, todo mal. Mi garganta recuerda otras manos, unas que sabían exactamente cómo apretar para hacerme deshacer de placer en lugar de terror. Esto es violencia sin deseo, muerte sin el oscuro romance de una posesión consentida.

—Al principio luchó. Luego intentó negociar. Ofreció cualquier cosa excepto a sí misma. —La presión aumenta ligeramente y se me corta la respiración—. ¿Pero usted? Una planificación cuidadosa, y comete el mismo error fundamental que ella.

Intento darle un rodillazo, pero lo anticipa, usando su peso corporal para inmovilizarme entre la mesa de conferencias y el cristal de la ventana. Sus manos se aprietan, y de repente no puedo respirar. Es esto. La misma posición, el mismo agarre que mató a mi madre.

—Pensó que la ley importaba —continúa conversador mientras mi visión empieza a nublarse—. Pensó que las pruebas y los testimonios podrían derribarme. Pero soy dueño de jueces. Soy dueño de fiscales. Fui dueño de su madre, y ahora…

La presión aumenta. Mis manos arañan las suyas, mis uñas le sacan sangre, pero su agarre no se afloja. Mi visión se reduce a un túnel, la oscuridad avanza desde los bordes. A través de la creciente neblina, veo su rostro con claridad. Esa sonrisa satisfecha, la que está grabada a fuego en mi memoria.

Luca tenía razón. Tenía razón todo el tiempo. Debería haber elegido la violencia por encima de la ley. Debería haberle dejado protegerme.

Mis manos se debilitan, la lucha se desvanece mientras la falta de oxígeno apaga mi cuerpo. El cristal de la ventana presiona frío contra mi espalda. Qué contraste con el calor que recuerdo, la calidez de estar rodeada de un peligro controlado en lugar de este caos.

¿Es esto lo que sintió mi madre? ¿Esta rabia por fracasar, esta necesidad desesperada de una bocanada más de aire, esta certeza de que el orgullo la llevó a la muerte?

Araño sus manos, pero su agarre se tensa gradualmente. —¿Quiere saber algo especial? ¿Algo que nunca le he contado a nadie?

Puntos negros danzan en los bordes de mi visión mientras él se inclina más cerca.

—Su madre estuvo consciente hasta el mismísimo final. Tres minutos y cuarenta y siete segundos. Dejó de luchar después de dos minutos, pero sus ojos permanecieron conscientes. Igual que los suyos ahora.

La presión aumenta y no puedo respirar. No puedo gritar. Mis manos se debilitan, la misma impotencia que debió sentir mi madre. A través de la creciente oscuridad, lo oigo hablar, tan casual como si discutiera opciones sobre acciones.

Luca tenía razón. Tenía razón todo el tiempo. La violencia era el único idioma que Neumann entendería jamás.

Mi visión se reduce a un túnel. A lo lejos, algo se estrella. Cristales rompiéndose. Gritos. Pero está demasiado lejos, y estoy cayendo en la misma oscuridad que se llevó a mi madre.

—Qué desperdicio —murmura Neumann, su agarre inquebrantable—. Podría haber vivido su tranquila vida de bibliotecaria. Pero tenía que ser como ella. Tenía que defenderse. Y

así termina exactamente como empezó. Con una mujer de la familia Winters muriendo en mis manos.

Mi cuerpo se convulsiona una vez, un último intento desesperado de supervivencia antes de que mis manos se desprendan de sus muñecas. La visión de túnel se colapsa hasta que todo lo que puedo ver es su rostro, esa sonrisa, la misma vista que tuvo mi madre al morir.

El último resquicio de luz se desvanece. Mis pulmones arden, cada célula grita por oxígeno mientras mi cerebro se apaga por fases.

Lo último que veo es su sonrisa.

Entonces la oscuridad me reclama, y comprendo con perfecta claridad que elegí mal. Elegí la ley sobre la violencia, las pruebas sobre la acción, la paciencia sobre la justicia brutal e inmediata.

Elegí mal, y ahora moriré exactamente como lo hizo mi madre: consciente hasta el mismísimo final de que había fracasado.

En algún lugar abajo, algo explota. El edificio tiembla.

Él viene.

Incluso mientras la consciencia se desvanece, mi cuerpo conoce a su dueño. Sabe que la violencia está a punto de responder a la violencia.

Pero no estaré viva para verlo.

26 - Luca

Diez minutos antes

La suite de lujo del octavo piso bien podría ser una celda de prisión.

—Para tu propio bien —había dicho Marco, guiándome hasta aquí con seis de nuestros hombres después de que yo jurara matarlos a todos por dejar que se usara como cebo—. Necesita hacer esto sola, y tú no debes interferir.

—Jódete.

—Además, es necesario que no nos mates a todos —añadió Marco como si todo fuera una gran broma.

La cerradura se activó desde fuera, electrónica, sin anulación manual. Lo habían planeado. Sabían que nunca la dejaría enfrentarse a Neumann sola. La traición quema casi tanto como el miedo.

Ahora mis puños sangran de golpear las paredes reforzadas, los nudillos abiertos de poner a prueba cada debilidad. A través de la ventana, el centro de conferencias se burla de mí. Tan cerca. Ella está justo ahí, sirviendo de cebo mientras yo estoy atrapado como un animal.

—Últimamente he estado teniendo sueños —la voz de Faith crepita a través del transmisor, y esa vulnerabilidad hace que se me parta el pecho—. ¿O tal vez recuerdos? De cuando era pequeña.

Mi cuerpo se estrella contra la puerta de nuevo, usando todo mi peso. La cerradura electrónica aguanta. Sin anulación manual, sin debilidad en el marco. Marco lo planeó a la perfección. El impacto me provoca un dolor punzante en el hombro, y me doy cuenta de que llevo demasiado tiempo golpeando esta puerta, con demasiada fuerza. Algo no está bien en la articulación.

—Disturbio menor en el octavo —dice Alex desde fuera, su voz se oye a través de la puerta—. Nada que no pueda manejar.

Mi guardia. Mi propio hermano apostado fuera para mantenerme encerrado mientras Faith entra en la trampa de Neumann. La ironía sería graciosa si la rabia no me estuviera consumiendo vivo.

—Quizás deberíamos discutir esto en privado —la voz de Neumann hace que mi visión se tiña de rojo—. Mi oficina está arriba.

Voy a zancadas hasta el minibar, con la mente a toda velocidad. Licenciatura en química, años de conocimiento sobre reacciones y compuestos. El vodka brilla transparente en su botella. Alta graduación. Inflamable. Mis manos se mueven sin pensamiento consciente, agarrando botellas. Ginebra. Ron. Cualquier cosa de más de ochenta grados.

El baño me proporciona limpiacristales, a base de amoníaco. No es ideal, pero servirá. Desmonto el detector de humo y extraigo la pila de nueve voltios. Pelo el cable de la lámpara con los dientes, dejando el alambre de cobre al descubierto. El etanol por sí solo no arde lo suficiente. Necesito un oxidante. El litio de la pila podría funcionar, pero es demasiado inestable. Un simple acelerante tendrá que bastar. A veces la fuerza bruta supera a la elegancia.

—En realidad, usemos la sala de juntas ejecutiva —dice Neumann a través del transmisor—. Décimo piso.

Ese no es el plan. Mis manos tiemblan mientras empapo una toalla en la mezcla de alcohol, creando una mecha improvisada.

Entonces el transmisor se corta y solo se oye estática.

Silencio total.

—Perdimos la señal —la voz de Nico llega a través del auricular de Alex, lo suficientemente alta para que yo la oiga—. No encuentro su señal.

El pánico me golpea como agua helada. Se acabó el fingir que está a salvo. Se acabó la fe en el plan. Está a solas con él, y el silencio podría significar cualquier cosa. Podría significarlo todo.

Encajo la toalla empapada contra el mecanismo de la cerradura, coloco el cable pelado. La chispa prende de inmediato. El acelerante arde con una llama intensa y brillante, y la placa de circuito de la cerradura se fríe con un chasquido seco y olor a plástico quemado.

La puerta se abre de golpe.

Alex ya está echando mano a su arma, pero paso a su lado antes de que pueda desenfundar. —¡Luca, espera!

—¡Décimo piso! —grita a mis espaldas, sin intentar detenerme—. ¡La sala de juntas está cerrada con llave!

Dos pisos. Solo dos pisos entre Faith y yo. El décimo piso no tiene cámaras, es una zona muerta para la vigilancia. Lo sé por los planos del edificio que Marco nos mostró durante la planificación.

Las escaleras desaparecen bajo mis pies, de tres en tres escalones. El hombro me arde por los repetidos impactos contra la puerta; sin duda, ahora está dislocado por mis desesperados intentos de escapar. Cada segundo podría ser el último para ella. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que se cortó la comunicación? ¿Diez segundos? ¿Quince?

El daño cerebral comienza a los cuatro minutos sin oxígeno. ¿Cuánto tiempo pueden apretar las manos de Neumann antes de que su garganta se colapse? ¿Cuánto tiempo hasta que la luz abandone sus ojos como abandonó los de su madre?

El rellano del noveno piso pasa como un borrón. Un tramo más. Me queman las piernas, los pulmones gritan por un aire que no tengo tiempo de tomar. Sigo sin oír nada de arriba. El aislamiento acústico de esa planta es absoluto. Podría estar gritando. Podría estar en silencio. Podría estar ya muerta.

No.

El pasillo del décimo piso se extiende vacío ante mí. La puerta de la sala de juntas al fondo, con la cerradura electrónica brillando en rojo. Anulación ejecutiva, sin ningún desvío que pueda ver. Aquí no hay tiempo para la química.

Retrocedo, midiendo la distancia. La puerta está reforzada, pero el marco es solo de madera y pladur. Las leyes de Newton: toda acción tiene una reacción igual y opuesta. Mi hombro ya está dañado por los intentos de fuga. Mejor usarlo.

La primera patada impacta exactamente donde el marco se une a la pared. El dolor estalla en mi hombro dislocado, pero la madera cruje. Otra vez. El marco se astilla, se forma una brecha entre la puerta y la pared. Otra vez. Mi visión se oscurece por los bordes, pero ahora puedo ver la luz del día a través de la grieta.

Otra vez.

El marco se desprende parcialmente, todavía conectado por la parte superior pero abierto por el lateral. Suficientemente ancho. Me cuelo a través del hueco, con el hombro rozando hueso con hueso, y entro en el silencio.

Neumann tiene a Faith presionada contra la ventana, su cuerpo completamente lánguido, el rostro morado-azulado por la falta de oxígeno. No se mueve. No respira. La luz de la tarde a través del cristal hace que su piel parezca traslúcida, ya tornándose gris.

Cruzo la habitación en dos zancadas y embisto a Neumann para apartarlo de ella. Caemos con fuerza contra la mesa de conferencias, pero yo ya estoy rodando para alejarme, de vuelta a Faith. Ella se desploma inerte sobre la alfombra, con la cabeza colgando en un ángulo que me parte el pecho.

Mis dedos buscan su garganta. Su pulso apenas se percibe, filiforme y débil. Pero no respira. El pecho no sube ni baja. Sus labios están azules, los ojos entreabiertos, pero sin ver nada.

Mis conocimientos científicos se activan. La estrangulación causa un espasmo laríngeo, sus músculos respiratorios están paralizados. La respiración de rescate podría funcionar si las vías respiratorias no están aplastadas. Le inclino la cabeza hacia atrás, le pinzo la nariz y sello mi boca sobre la suya.

Respira.

Sus labios están helados, sin calor, sin respuesta. Le insufflo mi calor, saboreando el café y esa dulzura subyacente que se está enfriando. Mis pulmones arden al darle todo, al vaciarme para llenarla. Su pecho se eleva con mi aire. Cae. Nada.

Otra vez.

El cobre y la dulzura me impregnan la lengua. Todo se está enfriando.

—Por favor —la palabra se me desgarra de la garganta entre respiraciones—. Por favor, Faith. Vuelve.

Otra respiración forzada en sus pulmones. Su pecho sube, baja, permanece inmóvil.

—Respira, Faith. No puedes irte. Respira por mí.

Otra respiración.

¡POR FAVOR!

Su cuerpo convulsiona. Un estertoroso jadeo se le escapa de la garganta mientras sus pulmones recuerdan su función. Tose, se ahoga, lucha por respirar, pero está respirando. Respirando.

Viva. Está viva. ¡VIVA!

La atraigo hacia mí, y mis manos tiemblan más que con cualquier síndrome de abstinencia, más que con cualquier asesinato. El temblor se extiende por todo mi cuerpo, temblores incontrolables que no tienen nada que ver con el agotamiento y todo que ver con lo cerca que estuve de perderla.

—Estás bien. Te tengo. Estás bien —las palabras brotan sin pensar, una plegaria a ningún dios en el que crea, solo al universo

que me la devolvió.

Intenta hablar, pero solo logra un resuello. Los moratones ya se están formando en su garganta, impresiones púrpuras perfectas de los dedos de Neumann, el mismo patrón que su madre llevó a la tumba.

—No hables. Solo respira. Sigue respirando.

Pero ahora soy yo el que está hiperventilando. El temblor empeora, todo mi cuerpo se convulsiona con algo que no reconozco. Terror. Así se siente el terror. No cuando mi padre murió al otro lado de la habitación. No durante la masacre. Esto es peor porque ella eligió esto. Eligió ser el cebo. Eligió morir por venganza.

—No puedo… Si tú… —las palabras no se forman correctamente. ¿Cómo le explico que se ha vuelto tan necesaria como respirar? ¿Que sin ella solo soy carne y violencia?—. No puedes morir. Ya no funciono sin ti.

La presión se acumula detrás de mis ojos, extraña, incorrecta. Mi cuerpo lucha contra ella, una década de insensibilidad entrenada batallando contra esta nueva fractura. Pero ver su pecho quedarse quieto, sentir su pulso desvanecerse bajo mis dedos… algo se rompe. Las lágrimas brotan como la sangre de una herida que no deja de sangrar.

Llorando como no lo había hecho en diez años. Sal caliente corriendo por mi cara, mocos cayendo, el cuerpo temblando con sollozos que vienen de un lugar profundo y roto. El llanto empeora cuando está viva en mis brazos, cuando me doy cuenta de lo cerca que estuve de sostener su cadáver. No desde Mikhail. No desde que me convertí en lo que soy. Pero ella ha atravesado todo eso, me ha abierto de par en par hasta dejar al descubierto al niño que todavía podía llorar.

Faith levanta una mano temblorosa hacia mi cara, sus dedos apenas pueden moverse, pero intentan secarme las lágrimas.

—Lu-ca —mi nombre sale destrozado, apenas un susurro a través de su garganta dañada, pero me rompe por completo.

—No puedo… Si tú… Faith, no puedes morir —las palabras se agolpan entre sollozos, mis manos tiemblan mientras la sostengo, sintiéndola viva, respirando, aquí—. No existo sin ti.

—Qué conmovedor —la voz de Neumann interrumpe mi colapso mientras se levanta, ajustándose la corbata como si estuviéramos en

una reunión de negocios—. El psicópata de los Rosetti llorando como un niño.

Su respiración se estabiliza contra mi pecho, viva pero dañada. Las lágrimas se detienen tan bruscamente como empezaron, dejando algo más frío a su paso. No el frío vacío de antes. Propósito. Un propósito cristalino. Está viva, lo que significa que Neumann va a sufrir por lo que casi me arrebató.

Dejo a Faith en el suelo con una delicadeza infinita, asegurándome de que está estable, todavía respirando. Luego me giro. No rápido. Sin prisas. El lento giro de alguien que ha encontrado su propósito.

Neumann intentaba escapar, salir por la puerta destrozada, pero está atrapado en su propia trampa. Sus ojos recorren la habitación desesperadamente.

—La tocaste. —Simple constatación de un hecho.

—Intentaste matarla. —Otro hecho, constatado.

—Como mataste a su madre.

Neumann retrocede hacia el hueco en el marco de la puerta, pero yo ya estoy en movimiento. No corriendo, sino acechando.

—Pero tienes razón. Estoy llorando. —Mi voz suena extraña. Rota. En carne viva—. Porque la amo.

La palabra encaja perfectamente en mi boca. Amor. No obsesión, no posesión, aunque eso también está ahí. Algo peor. Algo que me hace quebradizo. Me ha convertido en algo que puede sentir la pérdida, y eso es más peligroso que cualquier psicópata.

Alcanzo a Neumann junto a la puerta destrozada.

—Y tú intentaste arrebatármela.

La llave de estrangulamiento carotídeo es de manual. Mi brazo se desliza alrededor de su cuello, la mano agarra mi propio bíceps, y aplico presión a ambas arterias. Sus manos arañan mi brazo durante exactamente tres segundos antes de que su cerebro se apague por la falta de flujo sanguíneo. Cae inerte.

Las bridas ya están en mi bolsillo. Nunca voy a ninguna parte sin ellas. Primero sus muñecas, luego los tobillos. Rápido, eficiente, sin movimientos desperdiciados. El antiguo Luca lo habría hecho teatral, lo habría alargado. Pero Faith necesita atención médica. Su respiración sigue siendo entrecortada, cada inhalación es una lucha.

Nico y el equipo irrumpen por la puerta destrozada justo cuando estoy asegurando la última brida.

—Atención médica. Ahora. —Mi voz transmite el tipo de autoridad que los hace moverse sin hacer preguntas.

Uno de los hombres de Nico se deja caer junto a Faith, comprobando sus constantes vitales mientras otros levantan el cuerpo inconsciente de Neumann. —¿Al hospital? —pregunta el médico.

—No. A casa. Marco tiene un equipo médico esperando.

Faith intenta protestar, pero la interrumpo con una mirada. —Estuviste inconsciente más de treinta segundos. No estás en condiciones de tomar decisiones ahora mismo.

La tomo en mis brazos, su peso no es nada comparado con el alivio de que esté viva para poder llevarla. Se siente demasiado ligera, demasiado frágil, demasiado cerca de haberse ido. El trayecto en ascensor se siente eterno aunque solo son segundos. Su mano encuentra la mía y la aprieta con la poca fuerza que le queda.

El equipo médico rodea a Faith en el momento en que llegamos, llevándosela rápidamente arriba para recibir tratamiento. Oxígeno, esteroides para la inflamación de la garganta, un examen cuidadoso de los daños. Quiero seguirla, pero primero hay trabajo que hacer.

El sótano me recibe con su familiar resplandor fluorescente. Mi hombro palpita después de que me lo hayan colocado en su sitio, dolorido pero funcional. Neumann está consciente ahora, observando las paredes de hormigón, la única silla de metal, la mesa en la esquina.

—El famoso sótano de los Rosetti. —Intenta mostrarse valiente, pero oigo el temblor debajo—. Bastante decepcionante.

No respondo. Solo cojo una silla de la esquina y me siento frente a él. Esperando.

—Faith necesita un mínimo de doce horas para que su garganta se recupere del trauma —digo finalmente, mi voz vacía del cálculo habitual—. Luego ella decidirá qué pasará contigo.

Neumann se ríe, el sonido rebotando en el hormigón. —Ella no tiene estómago para esto. Es una bibliotecaria. Una niña buena.

—Vio morir a su madre. —Me reclino, estudiándolo como estudiaría un espécimen—. Tiene más agallas de las que imaginas. Y más paciencia también. Lleva doce años planeando tu destrucción.

Su rostro cambia, la incertidumbre se abre paso.

—He matado a cientos —continúo, en tono conversacional. Clínico—. Pero tú eres diferente.

No es una amenaza. Solo una observación. Un hecho científico.

—Eres el primero al que mato por amor en lugar de por vacío.

La palabra amor sale más fácil ahora, como si decírsela al cuerpo moribundo de Faith le hubiera enseñado a mi boca su forma. Apoyo las manos en mis rodillas, completamente quieto. Lo más peligroso que he sido jamás.

—Los otros eran negocios. Patrones. Rutina. —Lo miro a los ojos —. Esto es personal.

Cada palabra deliberada, medida, la voz que uso cuando explico reacciones químicas. Cómo se combinan los elementos. Cómo se rompen los enlaces.

—Faith respira mal por tu culpa. Tiene pesadillas por tu culpa. Perdió a su madre por tu culpa.

Me levanto, dirigiéndome a la mesa de la esquina. Hay un único cuchillo allí. Lo cojo, pruebo su peso y lo vuelvo a dejar.

—Cuando despierte, cuando su garganta se haya curado lo suficiente para hablar, va a bajar aquí. Y me va a decir lo que necesita de ti. Una confesión. Una disculpa. Lo que sea que signifique cerrar el círculo para ella.

Me vuelvo para mirarlo, con las manos vacías.

—Y entonces ella decidirá si vives o mueres.

Su rostro se ha puesto pálido ahora que la realidad se está asentando. Esto no es una negociación ni un juego.

—Vas a sentarte en esa silla y pensar en lo que hiciste. En cada mujer que heriste. En cada vida que destruiste. Y cuando Faith llegue, vas a enfrentarte a ella.

Fotografío a Neumann en la silla. No para Faith, ella no necesita ver esta parte. Para mí. Documentación de cada paso. La foto del antes. El después será muy diferente.

Me muevo hacia las escaleras, luego me detengo.

—Espero que aproveches bien el tiempo. Porque una vez que tome su decisión, no hay tribunal superior al que apelar.

Lo dejo allí en el silencio, la anticipación es peor que cualquier cosa que pudiera hacerle ahora mismo.

Arriba, Marco espera.

—¿Está asegurado? —pregunta.

—Mucho. —Me dirijo hacia la sala médica donde están tratando a Faith—. Y tiene doce horas para darse cuenta de lo jodido que está.

—¿No vas a encargarte de él?

Me detengo en la puerta. —Este no es mío. Es de ella. Yo solo soy el arma que ella puede elegir usar o no.

Marco asiente lentamente. —Realmente la amas.

—Sí. —La confesión ya no duele—. Y por eso estoy esperando. Porque ella necesita decidir en quién se convierte. No le quitaré esa elección.

Aunque la espera pueda matarme.

27 - Faith

El séptimo escalón hacia el sótano me hace saborear sangre. Siento la garganta como si tuviera cristales rotos; cada aliento raspa el tejido en carne viva que las manos de Neumann destrozaron hace apenas unas horas. Pero ahora él está ahí abajo, encadenado, esperando, y toda mi paciencia se acaba hoy.

Mis pies descalzos encuentran el octavo escalón. Hormigón frío, nada que ver con la calidez de las lágrimas de Luca. El psicópata de los Rosetti lloró. Por mí. Las palabras de Marco aún resuenan: —Estaba sollozando cuando dejaste de respirar. No paraba de decir «Por favor, Faith, vuelve». Nunca lo había visto así—. La descripción me atormenta con cada latido mientras desciendo hacia el hombre que mató a mi madre.

Marco no me preguntó si quería ir. Se limitó a desconectar el goteo de morfina cuando se lo exigí, me observó luchar por ponerme en pie con las piernas temblándome como las de un potro recién nacido y se limitó a decir: —Es tu decisión. Pase lo que pase ahí abajo —.

El noveno escalón. Me agarro a la barandilla con tanta fuerza que me duelen los nudillos, pero no es nada comparado con la agonía de mi garganta. En mi memoria, la sala médica de arriba todavía huele a antiséptico y a cuero caro, a esa vía intravenosa que introducía líquidos en mi brazo porque no podía tragar bien. Me había despertado con la luz de la tarde, desorientada, y mis dedos habían encontrado de inmediato las heridas en mi cuello. Las marcas moradas de las manos de Neumann, el mismo patrón que mi madre se llevó a la tumba.

Pero no estoy en una tumba. Estoy viva porque Luca derribó puertas para llegar hasta mí, porque me devolvió el aliento a los pulmones entre sollozos. El hombre que sonríe mientras habla de desmembramientos, que maneja la violencia como otros manejan el papeleo, completamente destrozado mientras sostenía mi cuerpo sin vida.

Décimo escalón. Me llegan voces de abajo. Neumann intentando negociar, ofreciendo dinero, contactos, cualquier cosa. Las respuestas de Luca son frías, vacías de sentimiento, como si estuviera leyendo un libro de texto de medicina. El contraste con las lágrimas desesperadas que describió Marco me oprime el pecho.

El olor del sótano me golpea al llegar abajo. Lejía, el hedor agrio del sudor del miedo y, por debajo de todo, esa oscura colonia que es tan característica de Luca. Las luces fluorescentes zumban sobre mi cabeza, haciendo que todo sea crudo y sin sombras. El hormigón es hielo bajo mis pies, cada paso una pequeña sacudida que me mantiene en el presente, que me impide flotar hacia los recuerdos o la neblina de la morfina. Esto es real. Está pasando.

Neumann está encadenado a una silla de metal, y parece más insignificante que el cabrón de mis pesadillas. Su traje caro está arrugado, el sudor mancha el cuello, haciendo que la tela se le pegue de forma poco favorecedora. La temperatura aquí abajo hace visible nuestro aliento en pequeñas bocanadas. Parece patético. Humano. No el destructor casi divino de mis recuerdos de la infancia, sino solo un hombre que eligió el mal y lo vistió de Armani.

Pero es Luca quien me deja helada.

Tiene peor aspecto que Neumann. Más allá del agotamiento, superado el punto en que los estimulantes podrían ayudar. Su hombro cuelga de forma extraña, claramente dañado por derribar esas puertas para alcanzarme. El recuerdo de él golpeando el marco una y otra vez, la madera astillándose bajo su asalto desesperado, hace que mis ojos ardan con lágrimas que no derramaré. Todavía no.

Las marcas secas de las lágrimas aún surcan su rostro, y no se ha molestado en limpiarlas. Su camisa blanca se le pega al pecho por el sudor, rota en algunas partes, y la sangre mancha la tela cara. Los botones de arriba están desabrochados, mostrando el hueco de su garganta donde su pulso late demasiado rápido. Incluso destrozado así, es hermoso de esa manera peligrosa que hace que mi cuerpo responda a pesar de todo.

Me salvó. Se destrozó a sí mismo para salvarme.

—No deberías estar levantada —dice sin mirarme, organizando herramientas en su mesa con movimientos que intentan ser precisos, pero que delatan el temblor de sus manos.

—Necesitaba… —empiezo, y tengo que detenerme, presionándome la garganta con la mano. Las palabras se sienten

como si tragara fragmentos de cristal. Señalo a Neumann, luego a mí, luego a las herramientas, esperando que entienda lo que no puedo decir.

Entonces por fin me mira, y esos ojos están vacíos de su cálculo habitual. Solo agotamiento y algo crudo que nunca antes había visto. Vulnerabilidad. Como si todos sus muros se hubieran derrumbado cuando dejé de respirar y no supiera cómo reconstruirlos. O no quisiera hacerlo.

—Lo sé —dice en voz baja, y su voz se quiebra al pronunciar las palabras—. Sé que necesitas esto.

—La hija se une a nosotros —dice Neumann, tratando de impostar su autoridad de sala de juntas, pero logrando solo una falsa bravuconería que lo hace parecer más pequeño—. ¿Vienes a Vigía el trabajo de tu perro de ataque? ¿A ver cómo se cuecen las cosas?

Me acerco lentamente, estudiando a este hombre que atormenta mis sueños. Parece viejo, canas entre su pelo, arrugas alrededor de sus ojos. Solo un hombre. Las cadenas tintinean cuando se mueve, tratando de mantener su postura de ejecutivo incluso atado a la silla de Luca.

—Lloró por ti —continúa Neumann, con los labios torcidos en una burla que hace que apriete las manos—. El famoso psicópata de los Rosetti, sollozando como un niño. «Por favor, vuelve» —imita lo que debe haber oído de los guardias o a través de la vigilancia.

Lo veo. El pequeño respingo en los hombros de Luca, la forma en que sus manos tiemblan con más fuerza, la vulnerabilidad que ya no puede ocultar. No a mí. No después de que muriera en sus brazos. No después de que se permitiera romperse por completo.

—Basta —le dice Luca, pero no hay amenaza en su voz. Solo un agotamiento hasta los huesos que le hace parecer un anciano a pesar de tener solo veintiocho años.

Me acerco a Luca, necesitando tocarlo, anclarnos a ambos en algo real. Mi mano encuentra su brazo, sintiendo los temblores que lo recorren. No por la violencia o la anticipación. Por el trauma. Por casi perderme. Su camisa está húmeda de sudor bajo mi palma, sus músculos tensos como si se mantuviera entero solo por fuerza de voluntad.

—Cuéntame —susurro, aunque las palabras raspan mi garganta destrozada como papel de lija. Tengo que parar, tragar saliva con sabor a sangre que me da náuseas.

Cierra los ojos y, de repente, parece más joven. No el sicario de los Rosetti, sino recordando cuando era un adolescente traumatizado que nunca procesó su pérdida. Cuando habla, su voz se quiebra como lo habría hecho la de aquel chico.

—Encontré a Papá en el comedor —dice, con la voz hueca como una iglesia vacía—. Aún vivo, pero desangrándose. Balas de los Moretti por todas partes. Hice presión en las heridas, pero la sangre seguía saliendo entre mis dedos como agua. Caliente al principio, luego fría. Intentó hablar, pero solo… —Tiene que parar, todo su cuerpo se estremece bajo mi mano—. Solo gorgoteaba. Sangre en la garganta. No pude salvarlo. No pude proteger a nadie. Dante perdió la voz por protegernos. Sofia todavía tiene pesadillas. No pude…

Su voz se rompe por completo, y ahora lo veo claramente. El paralelismo entre nosotros. Luca a los diecisiete años, sosteniendo a su padre moribundo, indefenso para detener la sangre. Yo, con doce, viendo cómo la cara de mi madre se ponía morada, indefensa para detener su asesinato. Ambos rotos por esa impotencia, moldeados en lo que somos por el fracaso de no salvar a alguien que amábamos.

—Por eso —consigo decir, aunque tengo que hacer una pausa entre palabras, con la garganta gritando de dolor. Levanto las manos, imitando protección, y luego me señalo—. Por eso matas las amenazas.

Asiente, sin mirarme todavía, su cuerpo tiembla con más fuerza ahora. —No puedo volver a fallar. Cuando te vi sin respirar… —Sus manos tiemblan tan violentamente que tiene que agarrarse al borde de la mesa hasta que sus nudillos se quedan blancos—. Fue mi padre otra vez. Cada fracaso. Pero peor porque tú me haces…

—Humano —termino, la palabra apenas audible—. Te hago humano.

Se ríe, un sonido como de cristales rotos. —¿Humano? ¿Es eso lo que es este sentimiento? ¿Este terror? ¿Esta necesidad de mantenerte respirando?

—Qué conmovedor —interrumpe Neumann, rompiendo el momento con su crueldad casual—. Dos niños rotos jugando a las casitas. Dime, ¿te hace llamarlo «papá» cuando te folla?

Me vuelvo hacia él, y algo frío y definitivo se asienta en mi pecho. No la rabia ardiente que me ha impulsado hasta ahora. Algo más silencioso. Más letal. La morfina está desapareciendo, todo se vuelve

nítido y cristalino. Cada terminación nerviosa viva de dolor y propósito.

—Usted mató… —empiezo, pero la voz me falla. Tengo que parar, con la mano en la garganta, luchando contra la agonía para terminar —. A mi madre.

—Ella me rechazó —corrige él encogiéndose de hombros, las cadenas tintineando como acentos de su indiferencia—. Igual que tú. Como todas. Unas frígidas de mierda que se creen demasiado buenas para lo que ofrezco.

Ningún remordimiento en su voz. Ningún reconocimiento de la vida que robó, de la niña que dejó huérfana, de los años de pesadillas que creó. Me doy cuenta con perfecta claridad de que la ley nunca lo tocará. Es dueño de jueces, de fiscales, tiene suficiente dinero para comprar su salida de cualquier consecuencia. La cárcel no lo reformaría. Nada lo haría. Siempre será exactamente esto. Un hombre que encuentra belleza en asesinar a las mujeres que lo rechazan.

—Usted sonrió —fuerzo las palabras, cada una una agonía. Tengo que parar, recuperar el aliento, saboreando el cobre en mi boca—. Mientras la estrangulaba. —Otra pausa, luchando por continuar—. Usted sonrió.

—Era hermosa cuando murió. Ese momento en que la luz se apaga, cuando finalmente dejan de luchar y aceptan lo que está pasando. Tu madre tenía unos ojos preciosos. Se quedaron tan quietos.

Las palabras suenan tan casuales como si hablara del tiempo, y entiendo por fin, por completo, que la ley nunca lo tocará. Tiene comprados a jueces, a fiscales, tiene suficiente dinero como para librarse de cualquier consecuencia. La cárcel no lo reformaría. Nada lo haría. Él siempre será exactamente esto. Un hombre que encuentra belleza en asesinar a las mujeres que lo rechazan.

—Muéstrame —le digo a Luca, aunque tengo que señalar las herramientas cuando mi voz vuelve a fallar—. Necesito… estar aquí. Ver esto.

Luca se acerca más a mí, y siento su aliento agitar mi pelo, huelo sangre y agotamiento y esa oscura colonia que me oprime las costillas. Su pecho casi toca mi espalda cuando se estira a mi alrededor hacia la mesa, y tengo que luchar para no apoyarme en su calor.

—No tienes que… —empieza él, con la voz áspera por la preocupación.

—Sí. —La palabra sale más fuerte que ninguna hasta ahora. Me acerco a su mesa de herramientas, estudiando la disposición precisa. Bisturís en orden ascendente, cosas que no reconozco pero cuyo uso puedo adivinar.

Mi mano flota sobre ellas, temblando. ¿Podría? ¿Debería?

Cada movimiento hace que Luca se mueva detrás de mí, su aliento se entrecorta cuando nuestros cuerpos casi se tocan.

Miro las herramientas, luego a Luca. Está esperando. Tal como ha estado esperando, a que yo decida lo que necesito, en quién me convertiré.

Espero la repulsión, que el fantasma de mi madre aparezca y me avergüence por lo que estoy a punto de hacer. En cambio, siento su presencia como una mano en mi hombro, firme y aprobadora. Ella también se defendió, solo que no con la suficiente fuerza. No con las armas adecuadas. Yo terminaré lo que ella empezó.

—Estás cometiendo un error —dice Neumann, pero ahora oigo el primer hilo de miedo real en su voz—. Tu padre es juez. Eres una buena chica. Esta no eres tú.

—No —consigo graznar—. Es mi decisión.

Pienso en todas las formas en que imaginé este momento. En mis sueños más oscuros, era violenta, descontrolada, salvaje. Pero de pie aquí, sintiendo la presencia de Luca detrás de mí como un oscuro ángel de la guarda, me doy cuenta de algo.

No tengo que convertirme en un monstruo para elegir a uno.

Mi mano se cierne sobre las herramientas de la mesa de Luca. Mis dedos rozan el mango del bisturí: metal frío, lo suficientemente afilado para acabar con esto. Por un momento, lo imagino. El peso en mi mano. La satisfacción de ser yo quien le haga pagar.

Pero entonces veo la cara de mi madre. No como murió, morada y luchando. Como vivió. Sonriente. Amable. La mujer que me enseñó que hay límites que, una vez cruzados, te cambian para siempre.

Cojo el bisturí. Lo giro en mi mano, viendo cómo atrapa la luz fluorescente.

Luego se lo tiendo a Luca.

—No soy un monstruo —le digo a Neumann, mi voz áspera pero clara—. Soy su consecuencia. Pero no me convertiré en usted para destruirlo.

Los dedos de Luca se cierran alrededor del mango, aceptando lo que le ofrezco. No solo la hoja. El permiso. La colaboración. La confianza.

—Háble me de las otras —grazno, necesitando saberlo antes de que esto termine—. ¿Cuántas?

—¿Acaso importa? —Neumann intenta mostrarse desafiante.

—Cada una importa. —Mantengo mis ojos en su cara—. Diga sus nombres.

Y lo hace. Entre jadeos y protestas, confiesa haber violado a siete mujeres a lo largo de veinte años. Cada nombre es un peso que se aligera del mundo. Cada confesión demuestra lo que ya sabía: nunca pararía. Nunca sentiría remordimiento.

—Tu madre fue la que más luchó. Me arañó la cara tan profundo que necesité puntos. Tuve que decirle a la gente que fue un accidente de esquí.

Algo se asienta en mi pecho. No es rabia. Es certeza.

Miro a Luca, lo miro de verdad. Agotado, herido, pero esperando. Esperando a que yo decida.

—Por mi madre —susurro, con la garganta gritando de dolor—. Por tu padre. Por todas a las que hizo daño.

Luca asiente una vez, entendiendo todo lo que no puedo decir.

—¿Juntos? —pregunta en voz baja.

—Siempre —consigo decir—. Pero esta parte… esta es tuya. Estaré aquí mismo. Seré testigo. Pero no puedo…

—Lo sé —dice Luca, y hay algo parecido al alivio en su voz. Como si no quisiera que yo tuviera que cargar con este peso—. Puedes irte. No tienes que Vigía.

—No. —La palabra sale más fuerte de lo esperado—. Me quedo. Yo elegí esto. Te elegí a ti. Él necesita verlo.

Me muevo hacia la pared, colocándome donde pueda ver la cara de Neumann. Me tiemblan las piernas, amenazando con ceder, pero trabo las rodillas y me mantengo en pie.

Luca se acerca a Neumann con el bisturí en la mano, y algo en su postura cambia. El agotamiento se desvanece. Para esto fue hecho. Para esto lo moldeó el trauma. Y yo le estoy permitiendo hacerlo. Eligiéndolo a él para que lo haga.

—Faith —intenta Neumann por última vez, mirándome por encima del hombro de Luca—. Tú no eres como él. Eres buena. No dejes que él…

—No soy buena —le digo, y lo digo en serio—. Simplemente no soy usted.

Vigía la cara de Neumann mientras la comprensión lo golpea. No voy a detener esto. Elegí al monstruo por encima de la piedad. Doce años de su libertad terminan aquí, por lo que le hizo a mi madre.

No aparto la mirada. No me tapo los oídos. No le doy la espalda.

Soy testigo.

Cuando los ojos de Neumann por fin se quedan quietos, siento que algo dentro de mí se resquebraja. No es alivio. No es satisfacción. Solo… vacío. Como si hubiera cargado con este peso tanto tiempo que no sé cómo mantenerme en pie sin él.

Luca se vuelve hacia mí, con las manos ensangrentadas, una pregunta en sus ojos.

Me acerco a él y tomo su mano ensangrentada entre las mías. —¿Ha terminado?

—Ha terminado.

28 - Faith

Luca me lleva en brazos por los pasillos de la mansión, pasando junto a puertas cerradas tras las que duerme su familia. La bata de hospital se me pega al cuerpo, pesada por la sangre y el sudor y por el peso de, por fin, por fin haber conseguido justicia.

Su cuarto de baño es todo de mármol y grifería dorada, demasiado bonito para el horror que estamos a punto de limpiar. O quizá perfecto para ello. La belleza y la sangre siempre han coexistido en el mundo de los Rosetti. Ahora también coexisten en el mío.

Veo mi reflejo y me quedo helada. La sangre me salpica la cara como si fueran pecas; mis ojos, desorbitados, pero por fin, verdaderamente vivos. La mujer del espejo no es la bibliotecaria que les lee a los niños. No es la hija obediente que aguanta los desayunos de los domingos mintiendo sobre todo.

Intento hablar, pero solo consigo decir: —Me veo… —antes de tener que detenerme, señalando mi reflejo, una mujer cubierta de sangre. Me daría miedo si estuviera en cualquier otro sitio que no fuera el espejo.

Luca se coloca detrás de mí, con el pecho contra mi espalda, y se encuentra con mi mirada en el espejo. —Te ves como tú misma.

Sus manos se dirigen a mi bata, retirando la tela lentamente. Cae y se amontona a mis pies, y estoy desnuda, a excepción de la sangre de Neumann. Mi cuerpo es un mapa de la transformación. Marcas moradas de dedos en mi garganta donde Neumann intentó matarme, un corte en las costillas de cuando se resbaló el bisturí.

—El agua está lista —dice Luca, comprobando la temperatura con el mismo cuidado que emplea al medir compuestos químicos.

Me meto en el agua caliente, y esta se tiñe de rosa al instante. Me hundo, observando cómo la sangre se arremolina y se diluye, llevándose las pruebas, pero no la satisfacción. Mis manos desaparecen bajo la superficie y flexiono los dedos, recordando el tacto del bisturí, cómo la piel de Neumann se abría como la seda.

—Creía… —consigo decir, pero tengo que parar y llevarme la mano a la garganta. Niego con la cabeza.

Luca se arrodilla junto a la bañera y coge una toallita cara. —¿Creías que te sentirías culpable?

Asiento, agradecida de que lo entienda.

—¿Y te sientes así?

Vuelvo a negar con la cabeza y luego logro pronunciar una sola palabra a pesar del ardor: —Libre.

Empieza por mi cara; cada pasada de la toallita elimina la sangre, pero revela algo más puro debajo. El agua caliente hace que cada moratón palpite, que cada corte escueza, pero el dolor se siente como un bautismo. Como nacer en quien realmente soy.

La risa que se me escapa es oscura, satisfecha, aunque sale más como un carraspeo.

Las manos de Luca se detienen un momento. —Querías algo más que su muerte. Querías ser tú la que sostuviera el arma.

—Sí. —La única palabra me quema, pero necesito que la oiga.

Sus manos reanudan su movimiento, las yemas de sus dedos masajeándome el cuero cabelludo en lentos círculos que me hacen gemir a pesar de todo.

El agua me lame los pechos mientras me recuesto para enjuagarme el pelo. Cada marca en mi cuerpo cuenta una historia. Este moratón del agarre de Luca en mi cadera, ese corte de mis propias uñas desesperadas, esas sombras moradas en mi garganta de casi morir. Ahora estoy escrita en violencia, con nosotros dos como autores.

—Tu madre estaría orgullosa de ti —dice Luca—. Orgullosa de que hayas sobrevivido a lo que ella no pudo.

No discuto porque quizá sea verdad. Quizá ella entendería que eligiera la supervivencia y la justicia por encima de la inocencia. Quizá ella habría tomado la misma decisión si hubiera tenido las armas adecuadas, el monstruo adecuado de su lado.

Entonces llegan las lágrimas, mezclándose con el agua rosada, y de repente estoy temblando. No de frío, sino del shock retardado, de la adrenalina que finalmente se desvanece, del reconocimiento de lo que he hecho y no puedo deshacer.

Luca no ofrece tópicos ni consuelo. En cambio, se desnuda con eficiencia y se desliza en la bañera detrás de mí, atrayendo mi

espalda contra su pecho. Sus brazos me rodean, manteniéndome entera mientras me desmorono.

—La primera vez que maté por la familia, fue necesario, mecánico. ¿Pero la primera vez que maté por ti? —Sus labios encuentran mi oído—. Eso fue diferente. Eso tuvo sentido. Un propósito.

Me giro ligeramente, con la pregunta en los ojos.

—El obrero de la construcción. Una semana después de que empezara a vigilarte. Hizo un comentario sobre tu cuerpo, sobre lo que quería hacerle. —Sus brazos se tensan—. Me aseguré de que nunca más volviera a hacer comentarios sobre nadie.

Intento hablar, pero solo logro emitir un sonido interrogante.

—Sí, es enfermizo —coincide él, sin más—. Y estás excitada pensando en ello.

No puedo negarlo. Incluso agotada, incluso temblando por la liberación emocional, mi cuerpo responde a su oscuridad.

Él entiende mi pregunta tácita. —Somos una pareja perfecta.

Su polla se endurece contra la parte baja de mi espalda, el latido es tan honesto como una confesión. A pesar de todo —la sangre, el dolor, la sombra de las manos de Neumann todavía impresa en mi garganta—, lo deseo. Quiero sentir cualquier cosa que no sea el regusto de la violencia. Quiero llenarme de algo que no sea un recuerdo, un trauma o ni siquiera justicia. Quiero que me llene él.

Me doy la vuelta en el agua, con las rodillas golpeando la porcelana, y me siento a horcajadas sobre su regazo. Su mirada nunca abandona la mía. Me mira como si yo fuera la cosa más preciosa y peligrosa que ha visto jamás. El movimiento me hace consciente de cada músculo dolorido, cada moratón reciente, cada marca que nos hemos dejado el uno al otro.

Sus manos suben, lentas y reverentes, y no sé si está tratando de adorarme o de expiar algo.

—Necesito… —susurro, la palabra ronca y débil, pero es todo lo que me queda. Lo alcanzo, hundo mis dedos en la oscuridad húmeda de su pelo y lo acerco para que nuestras frentes se toquen. Podría besarlo, pero esto se siente más grande que eso.

Ve la súplica en mis ojos, la forma en que mi cuerpo tiembla al borde de algo para lo que no tengo nombre.

—Necesitas saber que todavía eres capaz de sentir —dice.

Su voz es un murmullo bajo, tranquilizador y crudo. Me levanta y me guía hacia abajo sobre él. El estiramiento es inmediato, agudo, casi purificador. Un dolor que no es terror ni daño, sino una reivindicación. Me dejo acomodar, dejo que me llene, dejo que el agua chapotee y se desborde mientras encontramos nuestro encaje.

Cada movimiento es una prueba. Mi cadera grita donde los moratones son más profundos. Mis rodillas resbalan contra sus muslos. Pero sus manos nunca se detienen: una en mi cintura, la otra trazando las sombras en mi caja torácica, el corte reciente, los moratones con forma de huella, la pequeña marca de mordisco justo debajo de mi clavícula. Los lugares donde yo termino y él empieza están escritos con violencia y ternura. Me pregunto si alguna vez seremos capaces de notar la diferencia.

Comenzamos despacio, meciéndonos juntos. Esto no es como antes, como ninguna otra vez que hemos follado. No hay lucha de poder, ni juegos, ni castigo o recompensa. Solo dos cosas rotas tratando de volverse enteras. El agua amplifica la sensación, el calor, la fricción y el movimiento, y a veces olvido dónde termina el dolor y empieza el placer. No me importa. Lo quiero todo.

Intento decir algo —gracias, no te vayas, por favor no me dejes ir —, pero me he quedado sin voz. Presiono mi palma contra su pecho, siento el martilleo de su corazón, luego toco el mío, que late al doble de velocidad. Llevo su mano a mi corazón, la mantengo allí, dejo que sienta lo que me ha hecho.

Él lo entiende, por supuesto. Siempre lo hace.

—Me diste una razón para ser más que violencia vacía —dice, y las palabras calan más hondo que cualquier cosa física.

Su pulgar se mueve en lentos círculos sobre mi esternón, anclándome, haciéndome real.

Su boca encuentra mi hombro, luego mi mandíbula, luego el hueco detrás de mi oreja. No me besa tanto como me inhala, como si tratara de memorizar mi olor, mi sabor después de la victoria, la sangre y las lágrimas. Sus dientes rozan mi clavícula, no lo suficiente como para doler, pero sí para recordarme que estoy viva, que he sobrevivido. Que estoy, por este momento, a salvo.

El ritmo entre nosotros aumenta gradualmente, como una marea que regresa después de una tormenta. El dolor en mi cuerpo se convierte en una especie de música. Dejo caer la cabeza hacia atrás, el agua se derrama por mi cuello y sobre mi pecho, y gimo. No hay

nada educado ni bonito en el sonido. Solo necesidad, cruda, animal y tan humana.

Él se mueve más rápido, pero no quiero que termine. Me aferro a él, mis uñas clavándose en forma de media luna en sus hombros, rogándole en silencio que se quede dentro de mí, que me mantenga anclada, que me impida volver a la deriva, a ese lugar donde Neumann estaba vivo y yo estaba indefensa. El placer alcanza su punto álgido, se fractura y se recompone, y cuando me corro, no es una explosión de fuegos artificiales, sino un largo y estremecedor temblor que me deja sollozando.

Él lo hace un momento después, mi nombre en sus labios. Siento su calor dentro de mí, la forma en que su cuerpo se tensa y luego se desploma, y me doy cuenta de que no estamos separados en absoluto. Somos una sola cosa ahora, enredados y magullados y, de alguna manera, más vivos que antes.

El agua está tibia ahora, teñida de rosa con sangre diluida. Observo cómo las ondas se calman, las secuelas de nuestra violencia, y sé que nunca volveré a ser la misma. No quiero serlo.

Permanecemos unidos en el agua que se enfría, ninguno de los dos dispuesto a separarse.

Finalmente, salimos del agua mientras los últimos rastros de rosa desaparecen por el desagüe. Luca me envuelve en una toalla como si fuera algo precioso, y vuelvo a ver mi reflejo.

La misma cara, pero ojos diferentes. Más duros. Más claros. Honestos.

Me lleva a su cama, acostándome con el tipo de cuidado que normalmente se reserva para las cosas sagradas.

—Descansa —dice Luca, metiéndose en la cama a mi lado—. Necesitas curarte.

Pero su mano ya está entre mis piernas, sus dedos encontrándome empapada, todavía lista a pesar de todo.

Aparto la mano de Luca. —Mi padre… —consigo graznar.

—Para cuando llame —murmura contra mi cuello—, tu voz será más fuerte. Le dirás que estás a salvo. Y todo lo que verá será a su hija cansada. No verá a la asesina en la que te has convertido. No saboreará la sangre que has derramado.

Gimo suavemente mientras sus dedos se deslizan de nuevo entre mis piernas, trabajándome, el sonido quejumbroso por mi garganta dañada.

—Pero yo lo sabré —continúa—. Sabré que debajo de tu cárdigan, estás cubierta con mis marcas. Que tu coño está dolorido por mi polla. Que tienes la sangre de un asesino bajo las uñas y que te encantó cada segundo.

Me vengo con un grito ahogado que es en parte placer, en parte reconocimiento. Esta es mi vida ahora. Atrapada entre dos mundos, mintiéndole a todos excepto a él.

Mientras el sueño me arrastra, siento la mano de Luca apretarse posesivamente en mi cadera, sus dedos presionando los moratones que ya se están formando. Su cuerpo se mueve contra el mío y lo siento endurecerse de nuevo.

—Cuando despiertes, tendrás que mentirle a tu padre —murmura sombríamente—. Mirarlo a los ojos y fingir que no tienes sangre de asesino bajo las uñas.

Sus dedos trazan los jugos que todavía se escapan de mí, haciéndome temblar.

—Pero ahora mismo —continúa, su polla presionando insistentemente contra mí—, voy a follarte una vez más antes de que duermas. Quiero que estés agotada y chorreando de mí cuando amanezca. Quiero que te despiertes sabiendo exactamente lo que has elegido.

Intento hablar, pero solo consigo emitir un sonido suplicante, en parte un jadeo, en parte un gemido roto.

—Shh. —Sus dedos encuentran mi clítoris, rodeándolo lentamente, provocando el latido que comenzó con la violencia y nunca se detuvo del todo—. Guarda tu voz. La necesitarás para las mentiras que se avecinan.

Se posiciona detrás de mí, su polla rozando mi entrada. Estoy tan mojada de nuevo, mi cuerpo programado para su oscuridad. Me pregunto cuánto tiempo tardaré en desaprender esto, o si siquiera quiero hacerlo. La pregunta se disuelve cuando lo siento deslizarse dentro. El lento e implacable estiramiento me llena de un dolor que es casi un alivio; un dolor que me pertenece, uno que puedo elegir, uno que abre espacio para algo nuevo dentro de mí.

—Demuéstrame que lo entiendes. Demuéstrame que sabes lo que has elegido.

Me empujo hacia atrás contra él, acogiéndolo más profundamente, mi cuerpo respondiendo lo que mi voz no puede. La respuesta es sí, sí, sí, en todos los idiomas que nunca aprendí a

hablar. Quiero esto. Necesito el castigo y la recompensa, la forma en que todo se desdibuja en la oscuridad.

—Buena chica. Mi chica perfecta y terrible.

Me folla lentamente, manteniéndome al borde de la conciencia. Cada vez que mis ojos se cierran, él cambia de ángulo, me hace jadear para volver a la consciencia. Quiere que recuerde cada segundo, que no me escape ni huya de las consecuencias. Me quiere aquí mismo con él, anclada al momento, indefensa, despierta y cómplice.

Se inclina, con los labios en mi oído. —Dentro de unas horas —dice conversacionalmente, como si me estuviera contando un cuento antes de dormir—, le dirás a tu padre que estás a salvo mientras mi semen te gotea por los muslos. Prometerás verlo pronto mientras todavía te duele la garganta por lo que has hecho.

El escalofrío que me recorre es más que excitación: es pavor, es triunfo, es la constatación de que nunca volveré a ser inocente. Él sigue follándome con embestidas largas y lentas, hundiéndose profundamente, rozando cada moratón y cada recuerdo de violencia. Sus manos recorren mi cuerpo, cartografiando el territorio de sus victorias: mi cintura, mi hombro, mi garganta maltratada. Me agarra la mandíbula, gira mi cara para poder ver las lágrimas que se escapan de mis ojos, para poder observar cómo el placer, la vergüenza y el orgullo luchan por el control.

—Y cuando pregunte por la desaparición de Neumann, actuarás sorprendida. Preocupada. La perfecta hija inocente que no sabe nada del sótano donde se desangró.

Intento protestar, decir que no se me da tan bien mentir, pero las palabras nunca salen de mis labios. Solo un gemido, un estremecimiento. Tiene razón: para cuando mi padre llame, estaré lista, la máscara será perfecta, la actuación impecable. La agonía y el éxtasis de esa verdad son casi demasiado, y el orgasmo me golpea inesperadamente, ola tras ola, desgarrándome hasta que sollozo contra la almohada, con los ojos cerrados.

Me folla durante todo el proceso, implacable, y luego me pone boca arriba. Todavía estoy temblando, los músculos contraídos, mi visión borrosa y manchada de sal. Pero me sujeta la cara con ambas manos, casi con ternura, y dice: —Mírame. Quiero ver tu cara cuando te des cuenta de que no hay vuelta atrás.

Sus pálidos ojos azules son casi plateados en la oscuridad previa al amanecer, hermosos y terribles y tan llenos de deseo que se me encoge el corazón. Muevo los labios para pronunciar las palabras que no puedo decir: «Nunca la hubo».

Sonríe, suave y frío. Luego embiste profundamente, una, dos, tres veces, y se corre dentro de mí, caliente y pesado. Cae hacia delante, su peso presionándome contra el colchón, su aliento abanicando mi mejilla.

—Duerme ahora —dice, permitiendo finalmente que el agotamiento se apodere de mí—. Tienes horas antes de enfrentarte al mundo.

Pero no me suelta de inmediato. En cambio, se queda dentro de mí, manteniéndome quieta, como para mantener la violencia y el recuerdo encerrados en su sitio. Su mano acaricia mi pelo, luego mi mejilla, con dedos suaves.

Cuando finalmente se retira, lo hace lenta y cuidadosamente, y siento cada centímetro de pérdida. Mi cuerpo es una ruina, magullado y estirado, el interior de mis muslos pegajoso con su semen. Dejo caer las piernas, demasiado cansada para preocuparme por el desastre, y miro fijamente el techo. La ciudad se está despertando fuera. Las bocinas empiezan a sonar, los camiones de basura retumban por la calle, y en la luz gris azulada todo parece más imposible, más real.

Sale de la habitación por un momento y regresa con una toalla tibia y húmeda. Se arrodilla entre mis piernas y me limpia con cuidado.

Lo observo mientras termina, mientras arroja la toalla a un lado y se mete en la cama a mi lado. Pasa sus brazos alrededor de mi cintura y me acerca, su cuerpo enroscándose alrededor del mío como una armadura. La violencia se ha ido. Todo lo que queda son las secuelas.

Siento su respiración ralentizarse, su corazón estabilizarse contra mi espalda. Sé que no está durmiendo; nunca está completamente en reposo. Está esperando, siempre, la próxima amenaza, el próximo momento en que tendrá que moverse, proteger, matar.

Pero por ahora, estamos suspendidos en este espacio liminal, ni inocentes ni condenados, solo dos personas enredadas en la ruina del otro.

29 - Luca

Han pasado veinticuatro horas desde que Faith eligió el sótano en lugar de la salvación de su padre. Su respiración contra mi pecho sigue un patrón: siete respiraciones normales y luego ese pequeño respingo que significa que está soñando con sangre. Con mi sangre o la de Neumann, no sabría decirlo. No me importa. Ambas son suyas ahora.

Los moratones de su garganta se han oscurecido hasta volverse de un morado negruzco, huellas perfectas de los dedos de Neumann que hacen que apriete la mandíbula cada vez que las veo. Pero está viva. Respirando. Aquí. Mi pequeña Faith, que entró en mi sótano buscando justicia y salió aceptando a un asesino, buscando el sueño en mis brazos.

Mi teléfono vibra. Alerta de seguridad. La pantalla muestra al juez Theodore Winters en la verja principal, con una carpeta tan repleta de lo que parecen fotos de vigilancia que se aprecian incluso a través de las cámaras. Sus hombros están rígidos por la furia justiciera, la postura de un hombre a punto de librar una guerra por el alma de su hija.

Mi cuerpo reconoce la amenaza antes de que mi mente la procese; los músculos se me tensan, la mano busca la Glock que siempre está al alcance. Faith se remueve a mi lado, alerta al instante a pesar de los moratones que aún tiñen de púrpura su garganta. Su mano encuentra la mía sobre el arma, no para detenerme, sino para compartir la misma disposición.

—Está aquí. —No es una pregunta. Sabíamos que esto iba a pasar.

La Vigía el rostro, esperando ver arrepentimiento por lo de Neumann, liquidado de forma permanente, su destino sellado en mi sótano, pero solo veo preocupación por su padre. Cualquier otra chica estaría presa del pánico. Estaría buscando excusas desesperadamente. Pero Faith solo respira contra mi pecho, calculadora.

—Podrías irte por la puerta de atrás —le ofrezco, aunque cada célula de mi cuerpo grita que no la deje ir—. Yo me encargaré de él.

Se incorpora; la decisión ya está tomada. La sábana cae, revelando el lienzo de su piel perfecta e imperfecta.

—Se acabó el huir. —Se desliza fuera de la cama y se dirige al armario donde he colgado ropa para ella. No las rebecas de bibliotecaria con las que llegó, sino ropas negras y sofisticadas que la marcan como propiedad de los Rosetti.

La Vigía mientras se viste con la misma atención que pongo al seleccionar las herramientas para un interrogatorio. Elige la blusa de seda que muestra los moratones de la garganta en lugar de ocultarlos. La falda entallada que deja claro que es una mujer, no la niña que su padre quiere salvar. Cada elección, deliberada. Mi perfecta y terrible chica preparándose para la guerra.

—La garganta —le recuerdo al oír la carraspera que todavía tiene al hablar.

—Que oiga lo que su ignorancia casi le cuesta. —Se vuelve hacia mí, y sus ojos tienen esa fría claridad que reconocí en el sótano—. Necesita entender que ya no soy su niñita.

Se me parte el pecho al pensar en la elección que tiene ante sí, no por miedo a que lo elija a él, sino por saber lo que esto le va a costar. Yo ya perdí a mi padre por la violencia. Ahora ella perderá al suyo por una elección.

Me visto mientras ella se cepilla el pelo, dejándoselo suelto para enmarcar los moratones. Mi teléfono muestra que el juez sigue en la verja, discutiendo con nuestra seguridad. Aferra la carpeta como si fuera un arma. Probablemente no ha dormido, se ha pasado toda la noche investigando, intentando encontrar pruebas para arrancarle a su hija de mis manos.

No entiende que ella no está en mis manos. Ella ES mis manos ahora. Las que sostuvieron el bisturí. Las que eligieron la sangre por encima de la ley.

—¿Lista? —pregunto, aunque «lista» no es la palabra adecuada para enfrentarse a la decepción de tu padre.

—Siempre —dice, tomándome de la mano. Nuestros dedos se entrelazan, su pulso firme contra mi palma. Ciento diez pulsaciones por minuto. Elevado pero controlado. Mi chica preparándose para la batalla.

El camino hasta mi estudio se hace eterno y a la vez brevísimo. Cada paso es Faith eligiéndome a mí por encima de él, eligiendo la oscuridad sobre la luz, eligiendo el sótano sobre la sala del tribunal. No debería ponérseme dura con su resolución, pero mi cuerpo responde a su entrega como si fueran los preliminares.

La puerta del estudio se abre para revelar al juez Theodore Winters como un ángel vengador. Lleva el traje arrugado, algo inusual en un hombre que trata la apariencia como una armadura. Los ojos inyectados en sangre por una noche de insomnio buscando pruebas. La carpeta en sus manos, lo suficientemente gruesa como para condenarme por una docena de crímenes. Pero su mirada se clava primero en Faith, y le veo la cara descomponerse ligeramente al verla con mi ropa, los moratones visibles en su cuello.

—Faith. Gracias a Dios que estás viva. —El alivio es genuino a pesar de la ira que vibra en él.

Ella se coloca a mi lado en lugar de correr hacia él. La elección visible en la posición. En la proximidad. En la forma en que su mano permanece unida a la mía como si temiera que yo desapareciera si la soltara.

La expresión del juez pasa del alivio al horror al procesar lo que está viendo. No es un secuestro. No es coacción. Es su hija eligiendo estar con el hombre al que ha pasado años intentando destruir.

—Siéntese —le digo, señalando la silla frente a mi escritorio. No es una oferta. Es una orden en mi propio territorio.

No se sienta. En su lugar, extiende las fotos sobre mi escritorio como si repartiera cartas de condena. Las fotos de vigilancia son exhaustivas. Yo entrando en el apartamento de Faith en múltiples ocasiones. Nosotros juntos en el centro comunitario. En el estreno de la película. Aquí, en mi casa.

—Este hombre te ha estado acosando, Faith. —Su voz tiembla con una furia apenas contenida.

Faith coge una foto, ella en la tumba de su madre, yo observando desde la distancia. La imagen es granulada pero inconfundible. Su dedo traza mi silueta con algo parecido al cariño.

—Lo sé —dice ella, sin más.

El juez se tambalea.

—¿Lo SABES?

Saca más pruebas. Polaroids en bolsas de pruebas —copias, debió de hacer que registraran su apartamento mientras ella no estaba—.

Informes policiales de hombres que desaparecieron tras interactuar con ella. Gráficos de correlación que vinculan sus últimos avistamientos con mis movimientos.

—Cinco hombres muertos, Faith. Cinco hombres que tuvieron la mala suerte de mirarte mal antes de desaparecer.

—Más que eso —corrijo, con voz de conversación—. Está contando los que puede demostrar. El número real es mayor. Más el complejo, por supuesto.

El rostro del juez pierde todo el color. Le tiembla la mano al volverse hacia Faith.

—¡Es un asesino! ¡Un psicópata! ¡El peor de los monstruos Rosetti!

Faith no se inmuta ante las acusaciones.

—Sí.

Esa única palabra lo golpea más fuerte de lo que lo habría hecho cualquier negación. Se apoya en el escritorio para no caerse.

—Entonces, ¿por qué? ¿Cómo?

—Es más de lo que puedes ver, papá —dice Faith en voz baja, la posesión en su voz haciendo que ambos la miremos—. Y, sea lo que sea, ahora es mío. Mi defensor. Mi ángel de la guarda. Mi monstruo.

La admisión queda suspendida en el aire como una confesión. El juez mira a su hija como si nunca la hubiera visto antes. Quizá no lo ha hecho. A la verdadera ella, no a la actuación de inocencia que ha llevado desde que murió su madre.

—¿Qué te ha hecho? —El susurro es quebrado, el de un padre que ve a su hija elegir la condenación.

—Me dio permiso para ser yo misma.

Las palabras aterrizan pesadamente entre nosotros. Lo Vigía al juez procesarlas, tratando de reconciliar a la hija profesora de escuela dominical con la mujer que se adueña de un asesino. La disonancia cognitiva hace que se tambalee.

—Vuelve a casa ahora —dice desesperado, jugando su última carta—. Te conseguiré ayuda. Terapia, protección, reubicación de testigos si es necesario. Podemos arreglar esto.

Intenta tomar la mano de Faith, pero ella retrocede, acercándose más a mí. El movimiento, deliberado como una cuchillada entre las costillas.

—¿Arreglar qué? ¿A mí? —Su voz se mantiene suave incluso mientras lo destruye—. Papá, no estoy rota. Por fin estoy completa.

—Te ha corrompido.

—Me corrompí cuando mamá murió. —La admisión lo deja helado—. He estado fingiendo desde entonces. Fingiendo ser buena mientras planeaba la violencia. Fingiendo creer en la ley mientras documentaba mi venganza. Fingiendo ser tu hija perfecta mientras soñaba con sangre.

Cada palabra corta más profundo. El juez nos mira, viendo por fin la verdad.

Se vuelve hacia mí, desesperado.

—Si tiene algo de decencia, déjela ir.

—No. —La palabra sale seca, definitiva. Lo mataría antes de dejarla marchar. Lavaría los platos con su sangre judicial antes de permitirle llevarse lo que es mío.

—Papá —la voz de Faith se vuelve suave pero firme—. Te quiero. Pero no me voy.

El rostro del juez pasa por un ciclo de emociones: rabia, dolor, desesperación y, finalmente, el principio de la derrota.

—Te destruirá.

—Quizá. —Toma mi mano, entrelazando nuestros dedos de nuevo —. O quizá destruyamos todo lo demás. Juntos.

Hace una pausa y luego asesta el golpe de gracia:

—Mamá lo entendería.

El juez se estremece.

—Tu madre estaría horrorizada.

—Mamá entendería a alguien dispuesto a quemar el mundo por mí. —Su voz se mantiene áspera pero firme a pesar de las lágrimas que sé que se están acumulando—. Ella habría hecho lo mismo por ti. Por eso Neumann la mató. Porque amaba con demasiada ferocidad para ser controlada.

El paralelismo da en el clavo. El juez lo ve: la hija de su esposa eligiendo el mismo amor feroz que provocó la muerte de su madre. Pero eligiéndolo con un guerrero capaz de protegerla.

—La investigación sobre los Rosetti —dice el juez lentamente, reconociendo la derrota—. Quieres que la abandone.

—Completamente —confirmo—. Toda la vigilancia termina. Ninguna interferencia de su oficina ni de ningún canal federal.

Su mandíbula se tensa.

—¿Y a cambio?

—Se queda con su hija en su vida —declaro sin más—. En los términos que ella elija.

Faith añade:

—Seguiré yendo a los desayunos de los domingos. Fingiré lo suficiente para guardar las apariencias.

La palabra «fingir» lo hiere visiblemente. El juez se da cuenta de que es la mejor oferta que va a recibir. La única manera de mantener alguna relación con su hija.

—Si te hace daño… —empieza él.

—Entonces yo se lo devolveré —interrumpe Faith—. Somos iguales, papá. Iguales en nuestra violencia.

El juez procesa esta nueva realidad. Su hija no es una víctima. Es una participante. Una compañera voluntaria en la oscuridad.

—Trent Neumann está desaparecido —dice de repente, tanteando.

La expresión de Faith no cambia.

—¿Ah, sí?

—Su equipo de seguridad también. Hace ya veinticuatro horas. —El juez la observa atentamente en busca de cualquier indicio.

—Chicago es peligroso —observo—. La gente desaparece. Especialmente la gente que estrangula a mujeres.

—Su mujer ha contratado investigadores privados —continúa el juez.

La sonrisa de Faith es fría como enero.

—Debería ahorrarse el dinero. Los hombres como Neumann siempre abandonan a sus familias al final.

El juez entiende. Neumann se ha ido. Permanentemente. Y su hija estuvo involucrada. Saberlo rompe algo en él. Sus hombros se hunden, envejeciéndole una década en minutos.

Recoge sus inútiles pruebas, cada foto un recordatorio de su fracaso en protegerla de mí. O quizá su fracaso en reconocer que ella no necesitaba protección. Necesitaba permiso.

En la puerta, se vuelve.

—Te he fallado.

Faith se acerca a él y le besa la mejilla suavemente. El gesto es tierno a pesar de todo.

—No, papá. Me has querido de la única forma que sabías. Pero yo necesito un tipo de amor diferente. —Me mira—. El tipo que viene con las manos manchadas de sangre.

El juez se encuentra con mis ojos por encima de la cabeza de su hija. En ellos veo no solo derrota, sino comprensión. Sabe lo que soy. Lo que haré para retenerla.

—Cuídala —dice finalmente.

—Con mi vida —respondo, y lo digo en serio—. O con la de todos los demás.

Se va entonces, con los hombros encorvados, sus pasos pesados por el peso de haber perdido a su hija por sus propias elecciones. Faith observa desde la ventana cómo su coche desaparece tras las verjas. Su mano encuentra la mía, apretando tan fuerte que sus palmas, aún en proceso de curación, deben de dolerle.

—Eso ha sido más duro que el sótano —dice en voz baja.

—Es un tipo de herida diferente —convengo.

Se vuelve hacia mí, con los ojos húmedos pero resueltos.

—Te he elegido. Completamente. Delante de él.

—Te has elegido a ti misma —la corrijo—. Solo que tengo la suerte de estar incluido.

Se ríe, una risa oscura y fracturada.

—Estamos muy jodidos.

La atraigo hacia mí, sintiendo su cuerpo amoldarse al mío como si hubiera sido diseñado para este espacio. La visita de su padre ha cortado su último lazo con el mundo normal. Ahora es mía, por completo. Sin vuelta atrás. Sin vías de escape. Solo nosotros y cualquier violencia que creemos juntos.

—La familia tiene que saberlo —le digo—. Que ahora eres permanente.

—Después —dice, sus manos ya trabajando en mi cinturón—. Ahora mismo, necesito que me folles hasta que olvide la expresión de su cara.

—Eso no es olvidar —observo, haciéndola retroceder contra mi escritorio, donde las fotos de su padre aún yacen esparcidas—. Eso es reemplazar un recuerdo por otro.

—Entonces dame un recuerdo mejor —me desafía.

Barro las fotos y las tiro al suelo, ya no me importan las pruebas. Su padre lo sabe. El mundo lo sabrá pronto. Faith Winters pertenece a Luca Rosetti. La chica buena ha muerto. Lo que queda es mío.

—Cada vez que lo veas ahora —le digo, subiéndole la falda, apartándole las bragas, encontrándola lista para mí—, recordarás

esto. Elegirme a mí por encima de él. Elegir que te follen en el mismo escritorio donde intentó salvarte.

—Bien —jadea mientras embisto dentro de ella sin previo aviso, su coño apretándose alrededor de mi polla de inmediato—. Quiero recordarlo.

La follo con más fuerza, el escritorio crujiendo bajo nuestra violencia. Esto no es hacer el amor. Esto es reclamar territorio. Marcar el momento en que dejó de ser la hija del juez Winters.

Sus uñas se clavan en mi espalda con tanta fuerza que mi sangre empapa mi camisa blanca. Mañana tendré que explicarle a mi familia por qué parece que he peleado con un gato montés. Bien. Que sepan que no es una víctima frágil.

—Eres mía —gruño contra su garganta, saboreando los moratones que Neumann le dejó—. Dilo.

—Tuya —jadea, con las piernas rodeando mi cintura—. Toda tuya. Cada parte oscura y terrible de mí.

Cuando se corre, es con un sollozo que podría ser de pena por el padre que ha perdido o de alivio por ser libre. Cuando la sigo, llenándola con mi semen, es como firmar un contrato con ADN. Permanente. Irreversible. Perfecto.

Permanecemos unidos, respirando con dificultad, las pruebas de su padre esparcidas bajo nosotros. Fuera, Chicago continúa con su violencia diaria, sin saber que Faith Winters acaba de morir y que algo más oscuro ha nacido.

—¿Te arrepientes de algo? —pregunto, aunque puedo sentir la respuesta en cómo su coño todavía palpita a mi alrededor.

—Nunca —dice, atrayéndome para un beso—. Estoy exactamente donde debo estar.

30 - Faith

Siento que la mansión es mi hogar de una forma en que la casa de mi padre nunca lo fue. Entro por la puerta principal sin llamar, porque la gente que vive aquí no llama. La gente que pertenece a este lugar lleva llaves junto a armas ocultas.

—Qué oportuna —dice Alex, repartiendo las cartas con la elegancia de un crupier de Las Vegas—. Necesitamos dinero fresco que robar.

El salón huele a colonia cara y a aceite para armas, esa combinación particular que he llegado a asociar con la seguridad.

—Vuelve a tocar mis cartas y barajarás con muñones —amenaza Sofia a Alex con un cuchillo de mantequilla lo bastante afilado como para que le importe.

Pongo el tiramisú de Maria en la mesa auxiliar antes de que nadie pueda interferir con la partida de cartas.

Maria entra apresuradamente desde la cocina y su rostro se ilumina cuando me ve. —¡Faithy! Te quedas a cenar, ¿sí? Te haré tu plato favorito, la piccata de pollo que te encanta.

Me abraza antes de que pueda responder y su delantal, manchado de harina, deja una huella blanca en mi vestido negro. Luca se tensa, pero yo le devuelvo el abrazo, aspirando el aroma a ajo y romero que se le ha impregnado.

—Estás demasiado delgada —me regaña, sujetándome a distancia —. Este —le da una palmada en el hombro a Luca— se olvida de alimentarte como es debido.

—La alimento de sobra —murmura Luca, con un tono que hace que se me acaloren las mejillas.

—Comida, Luca. Me refiero a comida. —Pero los ojos de Maria brillan con diversión cómplice mientras regresa a la cocina.

Me deslizo en la silla vacía junto a Luca. Su mano encuentra mi muslo al instante. La presión deliberada me humedece a pesar de que toda su familia está mirando. O tal vez por eso.

Aparta la vista de sus cartas, y esa satisfacción posesiva todavía arde fresca en sus pálidos ojos. Tres meses, y sigue mirándome como si fuera una presa que ha reclamado, pero que aún no ha terminado de devorar. El calor en su Mirada recorre mi cuerpo como manos, haciendo que mis pezones se endurezcan contra la blusa de seda.

Tres meses desde que vi morir a Neumann. Noventa y dos días aprendiendo a respirar sin culpa, despertando con las manos posesivas de Luca en lugar de con pesadillas, soportando los intentos semanales de mi padre por salvar lo que queda de su hija. El mascarpone y el asesinato se me han asentado en los huesos, cada capa un paso más lejos de quien solía ser.

—¿La receta de Maria? —pregunta Marco, mirando el tiramisú.

—Ha supervisado cada capa —digo.

—Entonces puede que sobrevivamos —bromea Alex sobre mi postre, esquivando el manotazo de Sofia—. No como tu primer intento de lasaña.

—Eso fue educativo —me defiendo, hiperconsciente del pulgar de Luca acariciando ahora la cara interna de mi muslo, lo suficientemente alto como para que me mueva en el asiento—. Además, no te mataría cocinar de vez en cuando, Alessandro.

—¿Qué? ¿Y dejar a la pobre Maria sin trabajo?

Resoplo.

—¿Recuerdas cuando Luca intentó cocinar? —pregunta Sofia de repente, sonriendo ante un recuerdo.

Luca entorna los ojos. —De eso no se habla.

—Oh, claro que se habla de eso —dice Alex, encantado—. Casi quema la cocina haciendo una tostada.

—La tostadora estaba defectuosa —se defiende Luca.

Dante hace una seña y Ana me traduce entre risas: —Dice que primero metió un bagel en el microondas y luego en la tostadora.

—Era un experimento.

—Fue un desastre —dice Sofia entre risitas—. La alarma de incendios sonó durante veinte minutos.

Incluso Marco está conteniendo una sonrisa. —Me llamaron para que saliera de una reunión por eso. Pensé que estaban atacando la casa.

Yo también me río, imaginando a Luca —el peligroso y preciso Luca— derrotado por un desayuno.

—En mi defensa —dice Luca, acercándome más a él—, tenía diecisiete años y apenas había dormido.

—Tú nunca duermes —señalo.

—Exacto. Por eso ahora cocina Maria. —Me da un beso en la sien —. Es mucho más seguro para todos.

Esa familiaridad casual, esa historia compartida, esas risas genuinas… me hacen un nudo en la garganta con algo que se parece peligrosamente a la pertenencia.

—¿Recordáis la noche en que Luca alquiló todo el Instituto de Arte? —pregunta Ana, repartiendo otra ronda de cartas.

Me sonrojo al recordarlo. Una visita privada fuera de horario, solo nosotros dos paseando por las galerías mientras él explicaba la química de los diferentes pigmentos como un profesor de arte psicópata.

—Puso muy nerviosos a los guardias de seguridad —admito.

—Tú le pusiste muy nervioso a él —corrige Sofia—. Se pasó tres horas al teléfono asegurándose de que cada centímetro de ese edificio era seguro antes de llevarte.

Esa preparación obsesiva debería parecer excesiva. En cambio, me hace sentir como si me atesoraran.

En el televisor sin volumen detrás de Marco, la viuda de Neumann hace otra súplica entre lágrimas pidiendo información sobre su marido desaparecido. La actuación de la mujer es impecable. Casi se cree su propio dolor.

—Dicen que el director general huyó a Sudamérica —comenta Marco, con esos ojos oscuros estudiando mi reacción a la noticia—. Se llevó millones de las cuentas de la empresa.

—Sudamérica —reflexiona Alex, barajando las cartas con destreza —. Una historia conveniente. Muy de telenovela.

—Mejor que la verdad —dice Marco con sequedad—. Que es que tenemos unos abogados excelentes.

La referencia casual a la actividad criminal me hace recordar el sótano. Mi mano tiembla ligeramente al coger mis cartas, y el agarre de Luca en mi muslo se intensifica. Él lo sabe. Siempre sabe cuándo afloran los recuerdos.

—La gente cree lo que necesita creer —digo, y la frase se desliza de mi lengua como la miel. Hace tres meses, esas palabras me habrían quemado. Ahora saben a verdad. O quizá me he vuelto adicta al sabor de las mentiras necesarias.

Nunca aparecerá un cuerpo. Los productos químicos que Luca usó se aseguraron de ello, los mismos que a veces todavía me queman las fosas nasales cuando visito su sótano. Pero Sudamérica es una historia conveniente.

—Concéntrate en no hacer trampas —le dice Sofia a Alex, con acero bajo su sonrisa.

La cómoda violencia de sus bromas me envuelve como una cachemira cara empapada en sangre. Esto es ahora el domingo. No fingir inocencia en la iglesia, no mentir durante el desayuno con Papá. Solo esto: una familia discutiendo sobre cartas mientras habla de asesinatos como si fuera el tiempo.

—Subo veinte —digo, empujando las fichas hacia delante. Mi cara de póquer, perfeccionada a lo largo de años de ocultar planes de venganza, me sirve bien en esta mesa.

—Va de farol —insiste Alex—. Nadie tiene tanta confianza con Marco repartiendo.

—Yo no voy de farol —dice Marco, pero la forma en que me mira sugiere que no solo habla de las cartas. Es otra prueba. Todo aquí lo es.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto a Ana en voz baja mientras los hombres discuten sobre el recuento de fichas.

Ella coloca mi mano sobre su vientre. —Constantemente hambrienta y ocasionalmente homicida. O sea, un embarazo normal.

Siento un aleteo bajo mi palma: el bebé se mueve. Algo en mi pecho se contrae con una emoción inesperada.

—Es increíble —susurro.

—Lo entenderás muy pronto —dice Ana con una sonrisa cómplice —. ¿La forma en que Luca te mira? Estarás embarazada en menos de un año.

El pensamiento debería hacerme huir. En cambio, se asienta cálido en mi estómago.

Vuelvo a prestar atención a la mesa justo cuando Nico muestra sus cartas.

—Hablando de confianza —dice Nico, sin retirarse de la mano—, la Bratva se está volviendo audaz. Están probando nuestro territorio en el centro otra vez.

La temperatura desciende en picado, como si alguien hubiera abierto un congelador. La expresión de Marco se endurece hasta

convertirse en piedra, el tipo de mirada que precede a un derramamiento de sangre.

—¿Cuántos? —Su voz podría cortar el cristal.

—Tres equipos hasta ahora. Haciendo preguntas en nuestros clubes sobre viejas deudas.

La mano de Sofia tiembla de repente, y las cartas se esparcen por el fieltro verde. La reina de corazones cae boca arriba como una acusación, y veo el pulso saltar en su garganta. Miedo real, del que viene de la experiencia, no de la imaginación.

—¿Bratva? —Su voz se quiebra, suena más joven—. ¿La Bratva rusa? ¿Aquí?

—Está controlado —dice Marco, pero sus ojos permanecen fijos en Sofia mientras ella se apresura a recoger sus cartas, sus uñas perfectamente cuidadas arañando el fieltro.

Dante hace señas bruscas, gestos violentos que no necesitan traducción. Ana traduce de todos modos, aunque yo soy la única presente que no ha aprendido a signar: —Dice que están probando los límites después de diez años de silencio.

—Diez años —repite Sofia, y huelo su miedo, agudo y metálico como la sangre en el agua—. Desde la masacre. Desde Mikhail.

Se detiene, llevándose la mano al pecho como si contuviera algo dentro. El nombre queda suspendido en el aire como una pistola cargada.

—Desde que aprendieron a no jodernos —termina Alex, pero su humor habitual cae en saco roto, y su mano se desliza hacia el arma que lleva oculta en la cadera.

Sofia se sobresalta, y luego sale disparada. —Con permiso.

Sus tacones resuenan demasiado rápido contra el mármol. La partida de póquer se suspende en un silencio cargado.

—Iré yo —digo, poniéndome ya de pie.

La mano de Luca se aprieta en mi muslo: advertencia, permiso y posesión, todo a la vez. Pero Sofia no debería estar sola con los demonios que representan los rusos.

La puerta del baño está entreabierta y, a través del resquicio, veo a Sofia aferrada al lavabo de mármol con la fuerza suficiente para romperlo. Su respiración es entrecortada, cada jadeo lucha contra un ataque de pánico que quiere arrastrarla al fondo. El terror que emana de ella llena la habitación como el humo.

—¿Sofia? —Entro, cerrando la puerta.

—No puedo respirar —logra decir, con los nudillos blancos—. Los rusos, si de verdad van a volver…

Abro el grifo, lleno un vaso de cristal con agua fría. —Bebe. A sorbos pequeños.

Coge el vaso con manos temblorosas, y me doy cuenta de que tiene sangre bajo una uña. Ha estado arañando algo. A sí misma, tal vez.

—Esa noche. La masacre. —Su voz se fractura como un hueso—. Todo el mundo cree que sabe lo que pasó.

—Los Moretti mataron a los Rosetti, y viceversa. Tu Papá quedó atrapado en el fuego cruzado —digo yo.

—Sí, pero siento que hay algo más. Algo… no sé. Pero siento que hay secretos que podrían destruirnos a todos si salieran a la luz.

La puerta se abre. Aparece Ana, con una mano en el vientre, donde crece la próxima generación de asesinos. —¿Todo bien?

—Bien —miente Sofia, volviendo a pintarse los labios como si fueran una armadura.

Volvemos juntas, tres mujeres que entienden que a veces el pasado llama a la puerta con las manos manchadas de sangre.

La partida de póquer se ha disuelto. Marco está de pie a la cabeza de la sala, con un vaso de cristal que atrapa la luz como un arma. Todos se centran en él con la atención reservada a un Don cuya palabra es ley.

—Antes de continuar —dice, su voz con la misma carga de ceremonia que de amenaza—, quiero hacer oficial algo.

Luca me pega a su costado, su brazo posesivo rodeando mi cintura. A través de su camisa, siento la pistola que lleva pegada a las costillas, el cuchillo enfundado en la cadera. Está preparado para la violencia incluso aquí.

—Faith —Marco se dirige a mí directamente—. Hace tres meses, entraste en nuestro mundo sin ser invitada.

Me enderezo, pero entonces lo veo: un ligero ablandamiento alrededor de sus ojos. No es exactamente una sonrisa, pero casi.

—Y te quedaste. No porque tuvieras que hacerlo. Sino porque lo elegiste. —Levanta su vaso—. Le diste a mi hermano algo que ninguno de nosotros pudo: una razón para ser más que un arma. Solo por eso, tienes mi respeto. Bienvenida a la familia, Faith. De verdad.

Esas sencillas palabras tienen peso. No de amenaza, sino de aceptación. Aceptación real.

—También hace un tiramisú excelente —añade Alex—. Lo que importa más de lo que la gente piensa.

La boca de Marco se tuerce. —No se equivoca.

—Corrompió a nuestro hermano más puro —interviene Alex, sonriendo a pesar de la tensión—. Lo hizo casi tolerable.

La mano de Luca se aprieta en mi cintura, un apretón posesivo que me hace apoyarme en él. —Cuidado, hermanito.

—Oye, no lo decía con mala intención —ríe Alex, levantando las manos en señal de falsa rendición.

Dante hace una seña elaborada y Ana traduce: —Dice que nos ves como somos de verdad, sin juzgarnos ni temernos. Eso te hace valiente o loca. Ambas cosas funcionan aquí.

—Por Faith —Marco levanta su vaso de nuevo—. Que tu lealtad sea tan permanente como tu oscuridad.

Bebemos, el whisky caro quema como una promesa sellada con alcohol y sangre. Luca me gira hacia él, aplastando su boca contra la mía con una posesión que hace que todo mi cuerpo responda. Su lengua reclama la mía mientras su mano se cierra en mi pelo, tirando lo justo para hacerme jadear. Saboreo el whisky y la violencia en sus labios.

—Buscaos una habitación —se queja Alex.

—Esta es mi habitación —gruñe Luca contra mi boca—. Toda esta casa es mi habitación.

—Nuestra habitación —lo corrijo, y siento su polla endurecerse contra mi cadera.

—Cuidado —murmura, lo suficientemente alto para que yo lo oiga —. Sigue hablando así y te follaré en esta mesa mientras ellos vigilan.

La promesa envía calor directamente a mi centro, haciéndome retorcer contra él.

Más tarde, mientras ayudo a recoger los platos mientras los demás debaten sobre disputas territoriales, me sorprendo tarareando, y luego me detengo. El sonido parece fuera de lugar aquí, demasiado inocente para una habitación donde planeamos asesinatos mientras tomamos el postre. Maria llama desde la cocina diciendo que la cena estará lista pronto, y me doy cuenta del hambre que tengo. De lo normal que se siente esto, a pesar de todo.

A través de las ventanas, las luces de la ciudad se extienden como dianas. En algún lugar entre ellas, la casa de mi padre está iluminada. Tenemos nuestros desayunos de domingo donde finjo ser alguien que ya no soy, donde escondo los moratones que Luca deja como cartas de amor en mi piel, donde reconecto con mi padre con tortitas y sirope.

—Estás feliz —observa Ana, uniéndose a mí en la ventana—. Eso es peligroso en esta vida.

—¿Por qué?

—La felicidad te ablanda. Te hace vulnerable. —Me estudia con ojos agudos—. La mayoría de las mujeres que se casan para entrar en este mundo pasan años luchando contra él. Tú entraste como si volvieras a casa en el infierno.

A casa en el infierno. Sí, eso es exactamente. No a pesar de la sangre en estas paredes, sino por ella. Esta familia ve mi oscuridad como un don, no como un defecto que deba ocultarse.

—Mi padre cree que Luca corrompió a su niñita —admito.

—¿Lo hizo?

Considero la pregunta, sintiendo los ojos de Luca sobre mí desde el otro lado de la habitación, siempre observando con esa paciencia de depredador. Mi coño se contrae solo con su atención.

—No. Además —añado, viendo a Luca empuñar un cuchillo mientras discute algo con Marco—, alguien tiene que mantenerlo lo suficientemente humano para que funcione. Es un trabajo a tiempo completo.

Ana se ríe, atrayendo a los demás. Pronto Sofia me está enseñando insultos en italiano mientras me explica cuáles se dicen mientras cortas a alguien y cuáles mientras le disparas. Marco finge no aprobarlo. Incluso Dante contribuye, sus señas animadas mientras Ana traduce historias de Luca antes de que yo llegara. Más salvaje, menos controlado, pura violencia sin propósito.

Dante se estira sobre la mesa y me hace una seña directamente a mí, lo suficientemente lenta como para que, incluso con mi limitado conocimiento del lenguaje de signos, lo entienda: —Le haces sonreír. Gracias.

La sinceridad en sus ojos oscuros me produce un dolor en el pecho. Le devuelvo la seña, torpemente pero intentándolo: —Familia.

Su expresión se suaviza por completo, y asiente una vez. La aprobación del hermano silencioso se siente como una bendición.

Esta es mi familia ahora. La que me eligió a pesar de, y a causa de, lo que soy capaz de hacer.

A través de todo, Luca observa con esos ojos pálidos que me han visto cubierta de sangre y suplicando por su polla a partes iguales. Cuando nuestras miradas se encuentran, articula una sola palabra sin sonido: «Siempre».

Sí. Sea lo que sea esto, peligroso, violento, absolutamente condenado, es mi hogar. El tipo de hogar que viene con sangre en el felpudo de bienvenida y cuerpos en el sótano. El tipo donde el amor significa que alguien matará por ti sin dudarlo.

El único tipo que quiero ya.

Que vengan los rusos. Que mi padre me juzgue. Que el mundo entero arda.

Luca se inclina, su boca cerca de mi oído. —¿Estás bien?

No es su habitual orden o exigencia. Una pregunta genuina. Preocupándose por mí.

—Mejor que bien —le digo con sinceridad—. Estoy en casa.

Sus brazos se aprietan a mi alrededor, y por una vez, la posesividad se siente menos como una jaula y más como un refugio.

—Bien —susurra—. Porque nunca te irás.

—Lo sé. —Y lo digo en serio—. No quiero irme.

Estoy exactamente donde debo estar.

31 - Luca

Faith está arrodillada ante la tumba de su madre, colocando rosas amarillas. Hemos estado viniendo juntos, aunque no con regularidad. A veces semanalmente, cuando los fantasmas se vuelven ruidosos; a veces no durante un mes, cuando los vivos exigen demasiada atención. El olor a tierra y a rosas se mezcla con su perfume de jazmín, oprimiéndome el pecho con un sentimiento de posesión.

Mi cuerpo registra la amenaza antes que mi mente consciente: una respiración agitada detrás del monumento a unos seis metros al noreste, el sutil clic del obturador de una cámara cara. Alguien se cree muy listo, se cree invisible.

En tres segundos estoy detrás de él, mi mano se cierra alrededor de su garganta antes de que pueda bajar la cámara. El teleobjetivo cuelga de su correa mientras presiono al detective privado contra el árbol, la corteza áspera contra su chaqueta cara.

—Buenos días —digo en tono conversacional, aplicando la presión justa en su carótida para hacer que vea estrellitas—. Bonita cámara. ¿La Canon 5D?

Intenta hablar, pero estoy controlando su flujo de aire con demasiada precisión. La cámara se balancea entre nosotros y la atrapo con mi mano libre para revisar la pantalla. Cientos de fotos. Faith en la tumba, Faith entrando por las puertas, Faith y yo juntos. Semanas de vigilancia, a juzgar por las marcas de tiempo.

—Luca, ¿estás siendo dramático otra vez? —pregunta Faith sin levantar la vista de las flores—. Puedo oírte amenazar a alguien desde aquí.

—Un detective privado —le informo—. Te ha estado fotografiando.

—Ah, bien —dice, sin dejar de arreglar las rosas—. Estaba preocupada de que fuera algo serio. Buenos días, mamá. He traído a Luca otra vez. Está siendo sobreprotector.

Esa indiferencia casual hacia la violencia, la forma en que le habla a su madre muerta sobre mi evaluación de amenazas actual como si hablara del tiempo. Por esto es perfecta.

—¿Quién te contrató? —pregunto, revisando sus fotos sin dejar de presionar.

El detective privado intenta apelar a la ética profesional. —No puedo… revelar… clientes…

—Mi padre —dice Faith, poniéndose al fin de pie y acercándose—. ¿Verdad? Déjame adivinar. Preocupado por su niñita después de que eligiera al villano en lugar de los desayunos de los domingos.

Los ojos del detective se abren como platos al verla acercarse. Una rubia guapa con un vestido de verano, con aspecto de salvación. No entiende que ella es solo otra depredadora.

—Señora, este hombre es…

—Mi prometido —termina ella alegremente.

Coge la cámara y revisa las imágenes con un interés clínico. —Vaya, esta en realidad favorece. Mira, Luca. Le has pillado su lado bueno mientras mataba a… ¿es ese el camello de Morrison?

Echo un vistazo a la foto. Yo, en medio de la violencia, la hoja de mi cuchillo reflejando la luz de una farola.

—El martes —confirmo—. Fuera del almacén.

Le enseña la foto al detective. Se le va todo el color de la cara.

—Deberías borrar eso —le digo—. Por tu salud.

—Estás poniendo tu voz de miedo —me dice con cariño—. Es muy dramático, pero solo es un empleado.

—Violó tu privacidad —señalo.

Ella se ríe y me besa en la mejilla mientras sigo inmovilizando al detective. —Mi psicópata protector. ¿Qué haría yo sin ti?

—Probablemente matar gente con menos eficiencia —respondo con seriedad.

Puede bromear conmigo mientras sostengo la vida de un hombre en mis manos, me llama «psicópata» como una muestra de afecto cuando cualquier otra persona moriría por el insulto. Su privilegio único.

Destruyo sistemáticamente su equipo de vigilancia. Las tarjetas de memoria, aplastadas hasta hacerlas polvo; el teléfono, destrozado. —Tu jefe recibirá un mensaje. Faith Winters está bajo la protección de los Rosetti. Protección permanente.

—Desolló al último detective privado —añade Faith alegremente —. Bueno, en parte. Empezó por los dedos. ¿Sabía usted que cada uno hace un sonido diferente al separarse? Lo interrumpí antes de que llegara a las muñecas.

El hombre palidece y nos mira alternativamente como si tratara de decidir cuál de los dos es peor.

Lo suelto por completo. —Dile al juez Winters que su hija está exactamente donde quiere estar.

Sale corriendo, abandonando su equipo destrozado. Faith lo observa con satisfacción.

—Te has ablandado —observa—. El viejo Luca habría roto algo.

—Eres una terrible influencia. —Pero tiene razón. Ya no torturo por infracciones menores, solo por amenazas reales. Ella me ha dado un propósito más allá de la violencia vacía.

Nos sentamos junto a la lápida de su madre, el sol de la mañana calienta el granito. Estudio a Faith bajo la luz dorada.

—Me equivoqué contigo —admito.

—¿Cómo que te equivocaste?

—Al principio, pensé que me atraía tu inocencia. La chica de la iglesia que cantaba canciones para niños. —Le toco la cara, mi pulgar traza su pómulo—. Pero no era eso. Era la oscuridad que había debajo. Pude verla ese primer día. Cómo te mantenías apartada, observando a todos como si evaluaras amenazas.

—Viste a través de mi actuación.

—Y tú viste a través de la mía. El numerito del hermano psicópata.

—Ah, no —me corrige—. Definitivamente eres un psicópata. Solo que no eres *solo* un psicópata.

Ambas cosas son ciertas. Soy el psicópata que encontró un propósito. Ella es la asesina que encontró el permiso.

Llevo la mano al cuello de mi camisa, ajustándolo. Ella vislumbra lo que hay debajo: el chupetón morado que me dejó anoche cuando me hizo correr solo con su boca y sus dientes.

—¿Te duele? —pregunta inocentemente.

—Cada vez que me muevo. —Me inclino hacia ella—. Quiero más.

Ella se ríe. —Cuando quieras.

Una suave brisa juega con su pelo, envolviendo su rostro perfecto con mechones rubios. Podría quedarme aquí para siempre, viendo cómo el mechón de pelo le hace cosquillas en sus labios carnosos.

—Marco cree que deberíamos casarnos —digo.

Faith se queda quieta. —¿Porque estoy embarazada?

Esas palabras lo detienen todo. Me vuelvo para mirarla fijamente, procesando. Embarazada. Los datos se reorganizan en mi mente al instante. Docenas de pequeños cambios que había notado pero no conectado. La forma en que se ha estado apartando cuando Dante enciende un cigarrillo, algo que nunca antes le había molestado. Cómo se tensó cuando Maria mencionó el olor a café ayer. Sus pechos más llenos, más sensibles cuando los toco. Todas las pruebas estaban ahí. Lo vi todo, lo archivé, pero no hice la conexión porque estaba demasiado borracho de tenerla por fin como para analizarlo correctamente.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Tres días.

Tres días. Mientras yo documentaba cada aliento, cada movimiento, ella me ocultaba esto. No por engaño, sino por mi propia ceguera. Demasiado concentrado en las amenazas externas para ver el cambio que ocurría dentro de ella.

—¿Y no me lo dijiste? —Las palabras queman. No por ira hacia ella, sino hacia mí mismo por haberme perdido algo tan crucial.

—Quería decidir primero. Si podría criar a un niño en la sangre.

Mi mano se extiende sobre su vientre todavía plano, buscando cambios demasiado sutiles para detectarlos aún, pero sabiendo que están ahí. Posesivo y gentil a la vez. —Nuestro hijo. Criado en la verdad, no en la actuación.

Un hijo. La palabra lo reorganiza todo en mi mente como una ecuación química que encuentra el equilibrio. Nosotros, que nos ocupamos de los finales, creando un principio. Nuestros enemigos verán esto como una debilidad, una palanca. Mis manos tendrán que mancharse de mucha más sangre para mantener a este niño a salvo.

—Pequeño psicópata júnior —bromea.

—O actriz perfecta —replico.

Se vuelve hacia la lápida. —Mamá, estoy embarazada. Del bebé de un asesino en serie. Vivo en una mansión de la mafia. Ayudo a planear asesinatos. Y soy feliz. Realmente feliz. —El viento se mueve entre los árboles del cementerio—. Creo que lo entenderías. Tú luchaste hasta la muerte en lugar de someterte. Yo luché para llegar a *él*. Batallas diferentes, misma guerra.

Añado mi propio juramento: —La protegeré como tú lo habrías hecho. Excepto que yo sí tendré éxito.

No es una crítica, solo un hecho. Tengo recursos que Jenna Winters no tenía.

—No somos buenas personas —dice Faith—. Nunca lo seremos. Nuestro hijo crecerá conociendo la violencia como una canción de cuna.

—Bien. Mejor un pecador honesto que un santo mentiroso.

Me pone de pie tirando de mí. —Prométeme algo. Cuando yo ya no esté, sea como sea que ocurra, trae a nuestro hijo aquí. Cuéntale la verdad. Toda.

Lo prometo, aunque planeo morir primero o juntos. No puedo concebir un mundo en el que ella se haya ido y yo permanezca.

Volvemos a caminar por el cementerio, con las manos entrelazadas, mi pulgar frota círculos sobre su pulso. Otros dolientes que llegan se apartan instintivamente. Una abuela apresura a sus nietos para que pasen, un reconocimiento primario la hace aferrarse a ellos con más fuerza.

En el coche, Faith pone los pies en el salpicadero. Sabe que antes lo odiaba, y que ahora me parece adorable. Guía mi mano entre sus piernas, ya húmeda a través de la ropa interior.

—La violencia hace que te necesite —admite, ya sin vergüenza.

La toco con los dedos mientras conduzco, haciéndola correrse justo cuando pasamos por delante del juzgado de su padre; sus gritos de placer son una declaración de lo que ha elegido por encima de la versión de justicia de él. Sabe a victoria cuando me lamo los dedos en el semáforo en rojo.

—Llévame a casa —dice.

—¿A cuál?

Guía mi mano de nuevo entre sus piernas, todavía empapada por su orgasmo, su coño se contrae sobre la nada. —Donde puedas follarme más duro. El bebé me hace necesitarlo más fuerte.

Mi verga se endurece al instante, presionando dolorosamente contra mi cremallera. Nueve meses más de ella embarazada e insaciable. Nueve meses de su cuerpo cambiando, hinchándose con mi hijo mientras su hambre de violencia y de verga solo se intensifica.

—¿El sótano? —sugiero, sabiendo ya su respuesta.

—Sí —confirma, sus dedos trabajando en mi cinturón mientras conduzco—. Quiero celebrar a nuestro hijo donde celebramos nuestra venganza.

Me baja la cremallera con cuidado y su mano envuelve mi verga, acariciándola con esa presión perfecta que me hace desviarme ligeramente. —Faith…

—He estado lista para ti desde que amenazaste a ese detective —confiesa, su pulgar rodeando la cabeza de mi verga, esparciendo el líquido preseminal—. La forma en que te ves cuando estás a punto de hacerle daño a alguien por mí… Dios, Luca, me hace necesitarte dentro de mí.

Piso el acelerador con más fuerza. La mansión está a ocho minutos. Ocho minutos antes de que pueda ponerla sobre la misma mesa donde Neumann se desangró, follarla hasta que grite lo suficientemente fuerte como para despertar a los fantasmas que hemos creado.

—¿Sabes lo que hacen las hormonas del embarazo? —pregunta, todavía acariciándome con una lentitud enloquecedora—. Hacen que todo sea más sensible. Cada caricia, cada orgasmo. Y la violencia… —Gime, su mano libre se desliza bajo su vestido—. Verte trabajar me pone tan jodidamente cachonda ahora, que tuve que cambiarme la ropa interior dos veces durante tu interrogatorio de la semana pasada.

Mi verga palpita en su mano. La idea de ella observándome torturar a alguien mientras gotea de necesidad, llevando a mi hijo mientras anhela más violencia. Es todo lo que nunca supe que quería.

—El mundo no sabe —continúa, soltando mi verga solo para apartar su ropa interior empapada, mostrándome lo mojada que está — lo que estamos creando. En lo que nos estamos convirtiendo.

Quiero más de ella. Nueve meses no son suficientes para follarla de todas las formas posibles mientras está hinchada por mi hijo. Esta hambre entre nosotros solo se hará más fuerte, más oscura, hasta que consumamos todo lo que nos rodea.

Y no puedo jodidamente esperar.

32 - Epílogo: Marco

De pie en mi despacho, con vistas al perfil de Chicago, leo informes de inteligencia que me hacen apretar la mandíbula.

Valentina Bernardi se va a casar.

Esa principessa malcriada que me tiró una copa de vino a la cara en una negociación de paz caminará hacia el altar en seis semanas; no hacia un primo Bernardi o un socio de una familia aliada, lo cual sería aceptable, incluso esperado, sino hacia el puto Liam O'Brien, heredero de las operaciones de la mafia irlandesa en Chicago.

—Inteligente —murmuro, dejando el informe a un lado. El viejo Bernardi por fin ha encontrado una forma de evitar el control férreo que los Rosetti ejercemos sobre Chicago. Una alianza irlandesa-italiana controlaría los muelles, la mitad de los sindicatos y tendría suficiente influencia política para desafiar mi autoridad.

Mi teléfono vibra. Llega una foto de mi red de inteligencia: Valentina con su vestido de novia en una prueba. Seda y encaje color crema que la hacen parecer inocente, cuando sé que es todo lo contrario. Veintitrés años frente a mis treinta y cinco, puro fuego y desafío envueltos en ropa de diseñador.

La última vez que hablamos, me llamó «reliquia fosilizada de tradiciones anticuadas» cuando rechacé la reestructuración territorial que proponía su familia. De eso hace dos años. Aún puedo ver el brillo de sus ojos oscuros, la forma en que sus manos gesticulaban enérgicamente cada vez que se apasionaba.

Unos golpes en la puerta me sacan de mi ensimismamiento. Luca entra sin esperar, es uno de los pocos que puede hacerlo.

—Faith está embarazada —anuncia, con cara de pánico.

Lo estudio. Han pasado tres meses desde que encontró la horma de su zapato en la hija del juez. La familia todavía se está acostumbrando a que Luca tenga emociones genuinas más allá de la ira asesina.

—Felicidades. ¿Se lo has dicho a los demás?

—Sofia lo sabe. Le está enseñando a Faith a disparar mientras todavía puede moverse bien —hace una pausa—. Hay algo más. Los irlandeses están haciendo movimientos en los muelles. He oído que tienen el respaldo de los Bernardi.

—Estoy al tanto —me vuelvo hacia la foto de Valentina; con la barbilla levantada incluso durante la prueba de un vestido, como si desafiara al mundo—. La boda es en seis semanas.

Luca se inclina para ver la imagen.

—¿La princesa Bernardi? ¿Se casa con un irlandés?

—Lo intenta.

Él enarca las cejas.

—¿Que lo intenta?

Guardo silencio, calculando. Esa alianza no puede permitirse. Chicago ha sido territorio de los Rosetti durante tres generaciones. Más que eso, la idea de Valentina en la cama de otro hombre, teniendo bebés irlandeses, construyendo un imperio con O'Brien…

—Recuerdas —digo lentamente—, ¿la solución del bisabuelo para el problema Greco?

Luca abre los ojos de par en par. En 1952, Giuseppe Rosetti impidió una alianza no deseada secuestrando a la novia de su propia boda y casándose con ella; la mantuvo a su lado hasta que el síndrome de Estocolmo hizo efecto, hasta que le dio tres hijos, hasta que su familia original no la quiso de vuelta aunque ella hubiera querido irse.

—Eso fue hace setenta años —señala Luca—. Eran otros tiempos.

—Mismas soluciones —cojo el teléfono y escribo un mensaje a mi equipo de seguridad—. Necesito la iglesia bajo vigilancia. Todas las salidas mapeadas. También el lugar de la recepción, por si me pierdo la ceremonia.

—¿Vas a llevártela? ¿De su propia boda?

—¿Tú habrías dejado que Faith se casara con otro hombre? —pregunto, conociendo su respuesta. Aunque esto es diferente. Puramente negocios.

Se queda en silencio y luego dice:

—Luchará contra ti. La princesa Bernardi no es una virgen temblorosa de los años cincuenta. Conoce nuestro mundo.

—Bien. Prefiero que mis enemigos entiendan exactamente lo que les está pasando —recuerdo cómo me tiró aquel vino, la sonrisa de satisfacción al ver cómo manchaba mi traje de Armani—. Además,

las vírgenes están sobrevaloradas. Prefiero a alguien que lo haga interesante.

—Esto significará la guerra con los Bernardi y los irlandeses.

—Entonces, guerra será —mi voz transmite la serena certeza que me convirtió en Don a los veinticinco años—. Pero no habrá alianza. Y Valentina Bernardi será Valentina Rosetti antes de que tenga tiempo de procesar lo que ha pasado.

Luca me estudia con renovado interés.

—Nunca te había visto querer algo a nivel personal. Siempre ha sido por la familia, por los negocios.

Mi expresión no cambia, pero algo parpadea en mis ojos oscuros.

—La familia necesita impedir esta alianza.

—No lo haces por eso.

—Sí —digo con el tono que sé que pondrá fin a esa línea de preguntas—. Lo es.

Miro la foto de nuevo. Seis semanas para planificar. Seis semanas hasta que entre en esa iglesia y tome lo que debería haber sido mío hace dos años, cuando estaba de pie en mi despacho con aquel vestido rojo, discutiendo apasionadamente sobre derechos territoriales mientras yo imaginaba cómo la inclinaba sobre mi escritorio.

La dejé marchar entonces. La dejé pensar que había ganado.

Pero soy paciente. He sido paciente durante diez años construyendo este imperio. Puedo ser paciente durante seis semanas más.

—¿Me ayudarás? —le pregunto a Luca.

—Siempre —su lealtad es absoluta—. ¿Qué necesitas?

—Todo. Planos del edificio, detalles de seguridad, su agenda para las próximas seis semanas. Y... —hago una pausa—. Un juez que oficie un matrimonio con un consentimiento cuestionable. El padre Molina no lo hará.

—Conozco a alguien —dice Luca, porque, por supuesto, lo conoce. Su red de contactos eclesiásticos de moral laxa se ha expandido desde Faith—. ¿Cuándo quieres decírselo a los demás?

—Después de que esté hecho. Menos posibilidades de filtraciones.

Luca se dirige a la puerta y luego se detiene.

—De verdad que podría matarte, ¿sabes? La princesa Bernardi. Su padre la entrenó como a un hijo.

Sonrío, con una sonrisa afilada como una cuchilla.

—Puede intentarlo.

Después de que Luca se vaya, me quedo junto a la ventana, observando las luces de la ciudad. En algún lugar ahí fuera, Valentina Bernardi probablemente está planeando su boda, eligiendo flores, probando tartas. Haciendo el papel de novia sonrojada para un hombre al que no ama, por una alianza que fortalecerá a su familia.

En seis semanas, vestirá de encaje blanco, caminando hacia el altar.

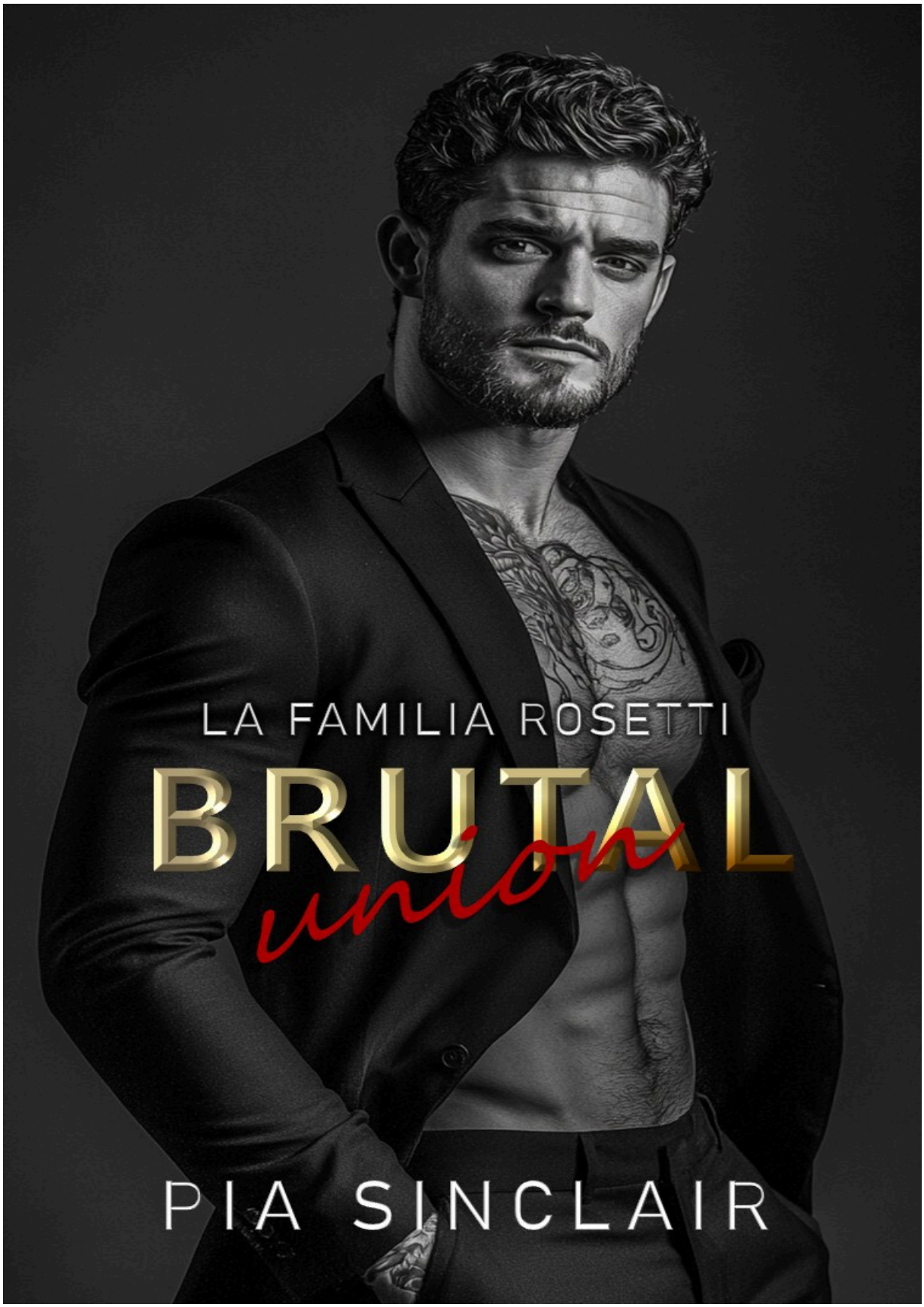
Simplemente no llegará a él. No al irlandés, de todos modos.

Mi teléfono vibra con otra foto: Valentina saliendo de la tienda de vestidos, riéndose de algo que le ha dicho su prima. Joven, hermosa, completamente inconsciente de que su destino acaba de decidirse en mi despacho, muy por encima de Chicago.

—Seis semanas, principessa —le murmuro a su imagen—. Disfruta de tu libertad mientras dure.

He tomado mi decisión.

Ahora es solo cuestión de ejecución.


LA FAMILIA ROSETTI
BRUTAL
union
PIA SINCLAIR

1 - Valentina

El vestido de novia había sido de mi abuela, de mi madre, y ahora sería mi prisión.

Estoy de pie frente al espejo de cuerpo entero en la suite nupcial, estudiando a la mujer que me devuelve el reflejo. La seda color crema y el encaje antiguo se ciñen a las curvas que heredé del mismo linaje que me maldijo a este destino. El vestido es hermoso, una elegancia atemporal que debería hacer brillar de felicidad a cualquier novia. En cambio, lo siento como una mortaja.

Mis dedos aprietan las cuentas del rosario escondido entre los pliegues de seda. El rosario de mamá, el que sostenía cuando murió. La madera lisa me ancla, evita que me haga los mil pedazos que siento romperse en mi interior.

—Estás preciosa —dice Alice en voz baja detrás de mí, ajustando el velo antiguo que cae en cascada por mi espalda. Sus manos son firmes, pero capto el temblor de su voz. Mi hermanita, de solo diecinueve años, tratando de ser fuerte.

—Lo bastante hermosa para sellar una alianza. —Las palabras tienen un sabor amargo—. Mi padre debe de estar muy orgulloso de su novilla premiada.

El reflejo de Alice se encuentra con el mío en el espejo. Ambas sabemos lo que significa esta boda. Conmigo casada con un irlandés, ella está a salvo de ser utilizada como moneda de cambio. Al menos por ahora. La familia Bernardi solo tiene dos hijas para intercambiar, y yo soy la mayor, a la que mi padre preparó para entender nuestro mundo, aun cuando me negó cualquier poder real en él.

—Mamá estaría orgullosa de ti —susurra Alice, pero ambas sabemos que es mentira.

Mamá murió intentando escapar de esta vida. Hace once años, su auto se estrelló contra un árbol en una noche perfectamente despejada, sin otros vehículos involucrados. Mi padre lo llamó trágico. Yo lo llamo asesinato. La encontré esa tarde haciendo las

maletas, prometiendo que nos llevaría a un lugar seguro. Para la medianoche, estaba muerta.

Ahora llevo su vestido de novia para casarme con un hombre al que no amo, consolidando mi lugar en el mundo que la mató. Las cuentas se me clavan en la palma de la mano mientras las aprieto con más fuerza, la única protección que me queda.

El recuerdo de otra ocasión en la que presioné demasiado aflora. El lugarteniente de mi padre, cuestionando mi presencia en una reunión familiar. «Tal vez la princesita debería ir a jugar con sus muñecas», se había burlado. Yo había sonreído con dulzura y le había preguntado si ya había aprendido a contar más allá de diez, ya que las cuentas nunca parecían cuadrar cuando él se encargaba de ellas. Mi padre me dio un revés más tarde, pero el lugarteniente nunca volvió a mirarme a los ojos. Esta compulsión de provocar a hombres peligrosos es el único momento en que me siento viva en esta jaula.

Alice termina con el velo y da un paso atrás para examinar su trabajo. En el espejo, parecemos opuestas. Su cabello oscuro, suelto y libre, todavía en jeans a pesar de las órdenes de mi padre de que se vistiera formalmente. Yo, atrapada en generaciones de encaje y expectativas.

—Prométemelo —digo de repente, girándome para tomarle las manos—. Prométeme que irás a la universidad. Que estudiarás algo que no tenga nada que ver con esta familia.

—Val…

—Prométemelo. —Mi agarre se hace más fuerte—. Hago esto para que tú no tengas que hacerlo. Para que puedas tener opciones. No lo desperdicies.

Sus ojos se llenan de lágrimas que se niega a dejar caer. Somos mujeres Bernardi. No lloramos donde alguien pueda vernos. —Te lo prometo.

La atraigo hacia mí en un abrazo feroz, con cuidado de no arrugar el vestido que define el estatus de nuestra familia. Huele al champú de fresa que usa desde los doce años, todavía mi hermanita a pesar de todo.

Cuando nos separamos, me obligo a enderezar la espalda, levantando la barbilla como me enseñó mamá. *Nunca dejes que te vean quebrarte, Valentina. Puedes hacerte pedazos en privado, pero en público, eres de mármol.*

La puerta se abre sin que nadie toque. Solo una persona en esta familia tiene ese privilegio.

—Perfecto. —La voz de mi padre llena la habitación como humo, asfixiante e ineludible. El olor de su colonia, cara y opresiva, me revuelve el estómago. Alonzo Bernardi me examina con la misma mirada calculadora que usa para evaluar inversiones inmobiliarias—. A los irlandeses les complacerá.

—Estoy segura de que Liam estará encantado con su adquisición. —Observo cómo se le tensa la mandíbula por mi tono—. ¿Debería mugir para él? ¿O reserva usted eso para la luna de miel?

—Cuida tu lengua, Valentina. —Se acerca, ajustando el velo con una satisfacción posesiva. Sus dedos son ásperos, descuidados—. Esta alianza lo cambiará todo. El nombre Bernardi combinado con el músculo irlandés. Por fin tendremos poder suficiente para desafiar el dominio de los Rosetti en Chicago.

Los Rosetti. Incluso el nombre hace que algo se me retuerza en el pecho. No solo miedo, sino algo mucho más peligroso. Pienso en unos ojos oscuros al otro lado de una mesa de negociación hace dos años, en el vino goteando de un traje caro, en una voz que podría congelar el mismísimo infierno diciendo: «Se arrepentirá de eso, *principessa*».

—Liam O'Brien es un débil —digo, observando el reflejo de mi padre—. Quien dirige su organización es su padre. Liam solo juega a ser peligroso.

—Los hombres débiles son más fáciles de controlar. —La sonrisa de mi padre es afilada como una cuchilla—. Lo guiarás, darás forma a la alianza desde dentro. Eres mi hija. Sabes cómo funciona realmente el poder.

Sí, lo sé. El poder funciona intercambiando hijas como si fueran fichas de póquer, matando a las esposas que intentan marcharse, fingiendo que el amor existe en un mundo construido sobre sangre y balas.

—La ceremonia empieza en quince minutos —continúa mi padre —. La catedral está llena. Todas las familias de importancia están aquí para presenciar esta unión. Los Moretti, a pesar de su enemistad de sangre con los O'Brien. Los Torrenti de Detroit. Incluso representantes de los territorios neutrales. Esto es más grande que una simple boda, Valentina. Esto es historia.

Historia. Estoy a punto de convertirme en una nota al pie en la historia de otro, la hija de los Bernardi que se casó con un irlandés para forjar una alianza. No una persona, solo un guion entre dos nombres.

Las campanas de la iglesia empiezan a repicar, profundas y solemnes, convocándome a mi destino. Cada tañido se siente como otro barrote que se desliza para cerrar mi jaula.

—Es hora de irnos. —Mi padre me ofrece su brazo con la misma cortesía formal que le ofrecería a un socio de negocios—. El novio está esperando.

Tomo su brazo porque no tengo otra opción, porque Alice necesita que haga esto, porque veintitrés años siendo la hija de Alonzo Bernardi me han enseñado que la rebelión solo conduce a accidentes de auto en noches despejadas.

Pero mientras caminamos hacia la puerta, aprieto con más fuerza el rosario de mamá y le hago una promesa silenciosa: *Sobreviviré a esto. De alguna manera, sobreviviré a lo que tú no pudiste.*

Las campanas continúan su toque de difuntos mientras mi padre me conduce hacia mi boda. Hacia Liam O'Brien, que cree que va a recibir una hermosa novia. Hacia una alianza que alterará el bajo mundo de Chicago. Hacia una trampa que ya siento cerrarse a mi alrededor.

La catedral se extiende ante mí como una tumba dorada, con cientos de los ciudadanos más peligrosos de Chicago apretujados en bancas antiguas. El olor a incienso se mezcla con perfumes caros. Avanzo por el pasillo del brazo de mi padre, cada paso medido e inevitable, mis tacones repiqueteando contra un mármol que ha sido testigo de mil promesas y otras tantas traiciones.

El vestido se arrastra detrás de mí, un río de encaje que lleva el peso de tres generaciones. Mi abuela caminó por este mismo pasillo hace sesenta años. Mi madre, hace treinta. Ahora yo, completando la maldita trilogía.

Los rostros se desdibujan a mi paso. Las familias italianas a la izquierda, las irlandesas a la derecha, una cuidadosa segregación que se supone que este matrimonio debe salvar. Tommy Torrino está sentado tres filas atrás, el hombre del que se dice que enterró a doce hombres en el lago Michigan. Detrás de él, el sicario de Patrick O'Brien, Seamus Kelly, se aferra a un crucifijo con las mismas manos que estrangularon a los hermanos Kozlov. Los Moretti fulminan con

la mirada a los irlandeses al otro lado del pasillo; su presencia aquí es un testimonio de las maniobras políticas de mi padre a pesar de su enemistad.

Mis ojos buscan las vidrieras, buscando una escapatoria en su luz de colores, pero hasta el cielo se siente atrapado en este lugar. Cada puerta bloqueada por soldados, cada ventana demasiado alta, cada camino conduce solo hacia adelante, a donde Liam espera en el altar con su traje caro, luciendo exactamente como lo que es: un débil miembro de la realeza irlandesa que juega a ser peligroso. El agudo olor de su sudor nervioso se abre paso a través de su excesiva colonia.

El sacerdote comienza antes de que esté lista, su voz resonando en los techos abovedados mientras mi padre me entrega a Liam como si fuera un contrato comercial. Se me revuelve el estómago ante el traspaso, ante el hecho de ser entregada como una propiedad con escritura.

—Queridos hermanos, estamos aquí reunidos hoy para presenciar la sagrada unión de Liam Patrick O'Brien y Valentina Maria Bernardi...

Sagrada. Casi me río. La mano de Liam está húmeda alrededor de la mía, y me pregunto si está nervioso o simplemente borracho. Probablemente ambas cosas.

Me tiemblan tanto las manos que las cuentas del rosario chocan entre sí, un sonido que parece resonar en la catedral a pesar del sermón monótono del sacerdote. Habla de amor y compromiso mientras mi mente toma nota de cada rostro que reconozco. Sicarios y asesinos vestidos con sus mejores galas, fingiendo ser invitados a una boda en lugar de testigos de una transacción.

—Si alguien aquí presente conoce alguna razón por la que estos dos no deban unirse en santo matrimonio, que hable ahora o calle para siempre.

El silencio cae sobre la catedral como una cuchilla. Esto es ceremonia, tradición. Nadie se opone a matrimonios como el mío. Se planean en salas de juntas, se sellan con juramentos de sangre, se garantizan con la amenaza de la guerra. Oigo rezos susurrados en italiano, alguien que se persigna, el crujido de la seda mientras la gente se mueve incómoda en sus asientos.

Entonces las puertas del fondo se abren.

No de forma dramática, no con un estruendo. Solo el silencioso susurro de la madera antigua moviéndose sobre bisagras bien engrasadas que, de alguna manera, ahoga todo lo demás. El órgano, los susurros, incluso los estruendosos latidos de mi propio corazón.

Marco Rosetti está de pie en el umbral.

Nuestros ojos se encuentran a través de sesenta metros de suelo consagrado, y el tiempo se fractura.

Se me corta la respiración, no solo por el miedo, sino por algo mucho más peligroso. La misma oscura atracción que sentí cuando lo conocí, esa única vez. La sensación de estar al borde de un acantilado, sabiendo que la caída me destruirá, pero queriendo saltar de todos modos.

Conozco ese rostro. Esos ojos oscuros que me desnudan a pesar de las capas de encaje, esa mandíbula que podría haber sido tallada en mármol, esa presencia que hace que los asesinos adultos se aparten. Marco Rosetti, el hombre que heredó un imperio a los veinticinco años y lo convirtió en algo que hace que otras familias susurren oraciones de protección.

El hombre al que le arrojé una copa de vino hace dos años.

El recuerdo me atraviesa. Su sala de conferencias, otra negociación en la que mi padre intentó apoderarse de un territorio que no era suyo. Yo tenía veintiún años, furiosa por ser un mueble decorativo en una habitación llena de hombres que decidían mi futuro. Marco me había mirado una vez, descartándome como irrelevante, y algo dentro de mí se rompió. El vino estaba en mi mano antes de que lo pensara, el carmesí extendiéndose por su perfecta camisa blanca mientras la sala contenía la respiración colectiva.

Él no se movió. No se inmutó. Solo me observó con esos ojos de obsidiana mientras el vino goteaba sobre sus zapatos de cuero italiano. «Se arrepentirá de eso, *principessa*», había dicho, con una voz suave como una promesa. Luego continuó la reunión como si nada hubiera pasado, como si no le acabara de declarar la guerra al hombre más peligroso de Chicago.

Ahora está aquí, en mi boda.

La catedral bulle de tensión. Oigo el suave chasquido de los seguros al quitarse, las manos moviéndose hacia las armas, las oraciones volviéndose más fervientes. Todas las personas aquí presentes saben quién es Marco Rosetti. El hombre que controla los

muelles, los sindicatos, la mitad de los jueces del condado de Cook. El hombre cuya familia ha gobernado el bajo mundo de Chicago durante tres generaciones. El hombre cuya sola presencia aquí es una declaración de algo que todavía no entiendo.

La mano de Liam se aprieta sobre la mía, sudorosa y desesperada. Mi padre está congelado detrás de nosotros. El sacerdote se aferra a su Biblia como si fuera un escudo.

Pero Marco solo tiene ojos para mí, y en ellos veo la paciencia de un depredador que ha planeado cada segundo de esta cacería. La satisfacción de un hombre cuya trampa cuidadosamente tendida está a punto de activarse.

Camina por el pasillo con una elegancia letal, su traje de diseñador perfecto, cada movimiento controlado. Cada paso lo acerca más, y con él viene el aroma de cítricos amargos, como bergamota, despertando algo en mí que he intentado enterrar.

La gente se aparta de él instintivamente. Veo a Torrino persignarse de verdad. Incluso el patriarca de los Moretti, que ha sobrevivido a tres intentos de asesinato, se aleja. Así es como se ve el verdadero poder. No la posición heredada de Liam ni las ambiciones desesperadas de mi padre, sino el tipo de autoridad que manda sin palabras, que doblega la realidad a pura fuerza de voluntad.

Mi corazón martillea contra mis costillas, el terror y ese otro algo traicionero inundando mis venas. Odio que incluso ahora, incluso mientras viene a destruir mi vida, una parte traidora de mí se emocione al verlo. Miro hacia arriba, pero incluso la protección de mi madre se siente frágil contra la tormenta que este depredador ha planeado.

Se detiene a mitad del pasillo, lo suficientemente cerca como para que pueda ver la satisfacción ardiendo en sus ojos oscuros, lo suficientemente lejos como para que todos puedan verlo, reconocerlo, temerle.

—Me opongo.

Su voz atraviesa la catedral como una cuchilla a través de la seda, dos palabras que lo reescriben todo. Pero luego añade otras que hacen que mis rodillas se debiliten:

—Ella es mía.

2 - Marco

—La novia es mía por derecho de conquista.

Mi voz resuena en la catedral como una cuchilla en la seda e invoca leyes más antiguas que esta ciudad. Leyes escritas con sangre antes de que Chicago tuviera nombre. El antiguo derecho de una familia más fuerte a reclamar lo que los débiles no pueden proteger.

Mis palabras son seguidas por el silencio. De ese que precede a la violencia.

Avanzo por el pasillo con la confianza de un hombre que ya ha ganado. Mis hermanos emergen de entre las bancas como sombras que cobran forma. Dante a la izquierda, silencioso y letal en su traje oscuro. Luca a la derecha con esa sonrisa inquietante. Alessandro cerca de las puertas traseras. Nico junto a las ventanas. Mis soldados se despojan de sus pieles de cordero y revelan a los lobos que llevan dentro. Sofia se levanta de su asiento cerca de las damas de honor; su vestido de seda amarillo oculta la navaja que sé que lleva.

La catedral estalla en murmullos y luego en movimiento. Las manos buscan sus armas. Se oye el clic de los seguros al quitarse. Los soldados de los Bernardi buscan las órdenes de su jefe mientras los irlandeses se esfuerzan por entender qué está pasando. Esperaban una boda. Van a tener una guerra.

Pero mis ojos permanecen fijos en Valentina.

Está paralizada en el altar con el vestido de su abuela; todo ese encaje antiguo la hace parecer salida de un sueño febril. Sus ojos oscuros están muy abiertos por la conmoción, pero veo el momento exacto en que la sorpresa se transforma en furia. Su espalda se endereza. Levanta la barbilla. Ahí está mi *principessa*. La que me arrojó vino a la cara antes que aceptar mi autoridad.

El vestido se ciñe a su cuerpo a la perfección y resalta cada curva que he imaginado desde aquella noche de hace dos años. El encaje antiguo habla de tradición, de generaciones de mujeres Bernardi

atadas por el deber. Pronto entenderá lo que significa estar atada a mí en su lugar.

—No puede hacer esto —la voz de Alonzo Bernardi se quiebra al cruzar el espacio—. Estamos en 2024, no en 1924. Las viejas leyes…

—Las viejas leyes nunca fueron revocadas —no lo miro. No puedo apartar los ojos de su hija—. Solo olvidadas por hombres demasiado débiles para imponerlas.

Las manos de Valentina se cierran alrededor de su ramo. Rosas blancas y gisófila, tradicional y puro. Nada que ver con la mujer que lo sostiene. La recuerdo en mi sala de juntas, con ese vestido rojo ceñido a unas curvas que me atormentaron durante meses, su voz apasionada mientras discutía por un territorio que nunca sería suyo.

Estuvo magnífica esa noche. De pie en mi oficina como si tuviera derecho a desafiarme. Sin miedo, solo pura convicción. Fue la primera vez en años que alguien me vio como un hombre en vez de como a un monstruo. Y he estado persiguiendo esa sensación desde entonces.

Ahora será mía. Junto con todo lo demás que su padre pensó que podía negociar.

—¡Ni hablar!

Alonzo intenta tomar su pistola, pero su mano se congela a medio camino. Dante se ha materializado a su lado, lo bastante cerca para susurrarle, lo bastante cerca para matarlo. Mi hermano no necesita palabras. Nunca las ha necesitado, desde aquella noche en que perdió la voz. Su sola presencia es una amenaza suficiente.

—Usted planeó esto —el rostro de Alonzo pierde todo su color cuando se da cuenta—. Sus hombres ya estaban aquí.

—El control es mi religión —continúo mi avance, cada paso medido—. ¿De verdad creyó que iba a permitir que se formara una alianza italo-irlandesa en mi ciudad?

Liam O'Brien finalmente se arma de valor y da un paso al frente.

—Ella es mi novia…

Las palabras mueren cuando la mano de Dante se cierra en su garganta. Sin apretar, todavía no, solo descansa ahí como una promesa. El príncipe irlandés palidece bajo su bronceado artificial. Detrás de él, los hombres de su padre intentan tomar sus armas, pero los superamos en número tres a uno.

—¿Su novia? —me río; el sonido es tan agudo que podría cortar—. Usted solo la estaba tomando prestada, O'Brien. Un accesorio

político para una alianza condenada al fracaso.

Sofia se desliza entre las bancas con una gracia letal, su dulce sonrisa nunca flaquea mientras se posiciona detrás del contingente irlandés. La navaja aparece en su mano como por arte de magia. Ahí está, y luego desaparece, solo lo suficiente para que la vean. Mi hermana pequeña, a la que todos subestiman porque parece salida de una revista de moda. No saben que ha matado a más hombres que Luca.

—Este es un lugar sagrado —balbucea el sacerdote—. No pueden…

—Todos somos católicos aquí, Padre —mi voz denota una oscura diversión—. Llevamos profanando lugares sagrados por generaciones. Un pecado más no nos condenará más profundo.

—Eres un maldito arrogante.

Ahí está ella. Ahí está el fuego que me hizo decidir que sería mía. Dos años desde que me hizo sentir algo más allá del frío cálculo. Dos años de desear destruirla y saborearla a partes iguales.

Llego al altar. Lo bastante cerca para ver el pulso acelerado en su garganta. Lo bastante cerca para oler su perfume. Algo francés y caro. El incienso de la iglesia se adhiere a su piel y se mezcla con ese perfume. Sagrado y profano. Huele a pecado en un confesionario.

—Hola, *principessa* —dejo que mis ojos recorran su vestido, tomándome mi tiempo—. Te ves hermosa. Virginal. Casi creíble.

—Vete al infierno.

—Eventualmente. Pero primero… —me acerco más, acorralándola contra el altar—. Me debes lo del vino. Con intereses.

Sus ojos oscuros brillan con el recuerdo. Ella también recuerda esa noche. La satisfacción en su rostro mientras el carmesí se extendía por mi camisa blanca, la forma en que sonrió con aire de suficiencia mientras mis hermanos contenían la respiración, esperando a ver si la mataba por el insulto.

No lo hice. Terminé la reunión, cerré el trato, envié a su padre a casa con menos de lo que había venido a buscar. Luego me fui a casa y recordé ese momento, sumándolo a la creciente obsesión que conduciría a este día.

—Eso fue por negocios —dice, pero su voz vacila.

—No —me inclino lo suficiente para que mi aliento agite el encaje de su velo—. Eso fue personal. Igual que esto.

Me lanza el ramo a la cara. Rosas blancas convertidas en armas. Le agarro la muñeca y las flores se esparcen por el mármol. Su otra mano se alza, con las uñas apuntando a mis ojos, y tengo que admirar sus instintos. Pelea como alguien que ha sido entrenada.

Pero yo soy más fuerte. Le sujeto ambas muñecas con una mano, la hago girar y la levanto sobre mi hombro en un solo movimiento fluido. El sonido del encaje rasgándose llena la catedral cuando su vestido se engancha en mi hombro. Grita de rabia, no de miedo. Nunca de miedo con esta. Y sus forcejeos son lo suficientemente feroces como para impresionarme.

No pesa nada. Todo ese encaje de diseñador y furia justiciera apenas se notan mientras la cargo sobre mi hombro. Detrás de nosotros, oigo el sonido distintivo de la risa de Luca mezclándose con maldiciones irlandesas. Alguien está a punto de aprender por qué Chicago es nuestro.

—¡Bájame! —sus puños golpean mi espalda—. ¡Te voy a matar!

—Promesas, promesas.

Sus uñas me arañan el cuello y sacan sangre. El escozor me hace sonreír. Pruebo el sabor a cobre donde una uña me alcanzó el labio. Detrás de nosotros, la catedral estalla. Gritos, amenazas, el sonido de armas desenfundándose. Pero mis hermanos se encargarán. Siempre lo hacen.

En algún lugar detrás de nosotros, su hermana Alice probablemente esté siendo llevada a un lugar seguro. Perder una hija es suficiente por hoy. La hija menor de los Bernardi estará a salvo. Por ahora. Alonzo todavía necesita una moneda de cambio para futuras negociaciones.

—¡Detente! —grita Alonzo—. ¡Esa es mi hija!

—Ya no.

Cargo a Valentina por el pasillo como un guerrero conquistador con su premio. Ella lucha todo el camino, el vestido se enreda, el velo se cae, el pelo se suelta de su elegante peinado. Para cuando llegamos a las puertas, se ve salvaje. Perfecta.

El aire de marzo golpea como una bofetada. Mi Escalade espera en la acera, con el motor en marcha. Tommy al volante, leal como siempre. Lanzo a Valentina al asiento trasero y la sigo antes de que pueda intentar pasar a la puerta opuesta.

Se lanza sobre mí de inmediato, toda rabia y garras y violencia desesperada. Le agarro las muñecas, uso mi peso para inmovilizarla

contra el asiento de cuero. La posición nos deja cerca. Demasiado cerca. Puedo sentir su corazón acelerado contra mi pecho, ver las motas doradas en sus ojos oscuros.

—¡Quítate de encima!

—No.

Ajusto mi agarre, inmovilizando sus dos muñecas sobre su cabeza con una mano. La otra va a su garganta. Sin apretar, solo descansando ahí, sintiendo su pulso martillear contra mi palma. El rápido aleteo de los latidos de su corazón, atrapado bajo mi pulgar como un colibrí en una jaula. Se queda quieta. Por fin.

—Mejor —estudio su rostro, observando la guerra de emociones en sus facciones. Furia, miedo y algo más. Algo que no quiere que vea —. Ahora, hablemos de tu futuro.

—¿A dónde me llevas?

—Es el día de tu boda, *principessa*. Vamos a casarnos —me inclino más, dejándola sentir la jaula de mi cuerpo—. La alianza de tu padre muere hoy, reemplazada por algo mucho más permanente. Una unión Rosetti-Bernardi, excepto que tú tomarás mi apellido, no al revés.

Intenta retorcerse para alejarse, pero no tiene a dónde ir. El movimiento hace que sus caderas choquen contra las mías, y veo que sus ojos se abren de par en par ante el contacto. Se le corta la respiración.

—No puedes obligarme a tomar tu apellido…

—¿Obligarte? —mi pulgar acaricia el punto de pulso en su garganta—. No, *principessa*. Suplicarás por mi apellido antes de que termine contigo.

El coche gira hacia Lake Shore Drive. A través de las ventanas polarizadas, la ciudad se extiende ante nosotros. Mi ciudad ahora. Mi imperio. Y pronto, mi esposa.

—Te odio —susurra, pero su cuerpo ha dejado de luchar. Es lo suficientemente inteligente como para reconocer la futilidad.

—Lo sé —inhalo su aroma. Incienso de iglesia y miedo mezclados con ese perfume caro—. No importa.

Sus ojos buscan los míos en busca de algo. Misericordia, tal vez. Debilidad. No encontrará ninguna de las dos. Pero debe ver algo, porque su cuerpo se mueve bajo el mío. No luchando, solo… consciente. De mi peso. De mi fuerza. De la colonia de bergamota

que me puse específicamente para este momento, sabiendo que estaría lo suficientemente cerca para que ella la oliera.

—¿Por qué? —la palabra es apenas audible—. ¿Por qué yo?

—Tú sabes por qué —finalmente le suelto las muñecas, pero no retrocedo—. Hace dos años, entraste a mi oficina y me desafiaste. Nadie me desafía, Valentina. Obedecen o mueren. Pero tú… —le toco el rostro, la veo estremecerse—. Me arrojaste vino a la cara y sonreíste.

—Eso fue un error —dice, con la voz más firme ahora—. Uno que no repetiré.

—No. Cometerás errores completamente nuevos —me siento hacia atrás, dándole espacio pero bloqueando cualquier escape—. Interesantes, espero.

Se endereza, con las manos temblando mientras intenta arreglarse el cabello destrozado. El vestido no tiene salvación. Encaje roto, botones faltantes, suciedad de su forcejeo. Parece que ha estado en una pelea. Y así ha sido. Perdió.

—Jamás me someteré a ti —cada palabra sale tallada en hielo—. Jamás. Puedes obligarme a estar a tu lado, obligarme a tomar tu apellido, pero nunca seré tuya.

La promesa en su voz me hace sonreír. Ahí está el fuego que me intrigó, el espíritu que la hizo arrojar ese vino. Otras mujeres llorarían. Rogarían. Se quebrarían. Pero Valentina Bernardi, que pronto será Rosetti, promete guerra.

—Bien —le agarro la barbilla para obligarla a mirarme—. Me decepcionaría que hicieras esto fácil.

El coche reduce la velocidad. A través del parabrisas, veo mi edificio alzándose contra el horizonte de Chicago. Mi hogar. El *ático* donde aprenderá exactamente lo que significa pertenecerme.

—Estás loco —susurra.

—No. Solo soy paciente —le suelto la cara y me recuesto contra el cuero—. He esperado meses por este preciso momento. Planeé cada detalle. La debilidad de tu padre, la desesperación de los irlandeses, la boda que nunca sucedería —dejo que la satisfacción tiña mi voz—. Incluso tu vestido. Tu abuela lo usó para casarse con tu abuelo. Tu madre lo usó para casarse con tu padre. Tradición familiar.

El horror destella en su rostro.

—¿Cómo pudiste saber eso?

—Lo sé todo sobre ti, *principessa*. Todo lo que importa.

La Escalade entra en mi garaje privado. Las puertas se cierran detrás de nosotros con un aire definitivo. Ya no hay escapatoria. Tommy abre mi puerta, con cuidado de no mirar a la novia desaliñada en el asiento trasero.

Salgo y luego empiezo a inclinarme para darle un último vistazo a mi premio. Pero su mano sale disparada y me agarra la muñeca con una fuerza sorprendente. Las cuentas del rosario enredadas en sus dedos se presionan contra mi piel. Todavía tibias por su agarre, dejando marcas en mi carne.

—¿Crees que has ganado? —su voz es baja, peligrosa a pesar de su estado desaliñado. A pesar de todo lo que le he quitado hoy.

Me vuelvo, me inclino hacia el coche hasta que nuestros rostros quedan a centímetros de distancia. Lo bastante cerca para ver las lágrimas que se niega a derramar. Lo bastante cerca para saborear su aliento.

—Sé que he ganado.

Algo cambia en sus ojos. No es rendición, nunca eso, sino reconocimiento. Ve lo que soy. De lo que soy capaz. Lo que estoy prometiendo. La mantendré a salvo de todos menos de mí. La protegeré de toda amenaza excepto de la que yo represento. Le daré todo y le quitaré aún más.

Me suelta la muñeca lentamente, las cuentas del rosario dejan impresiones perfectas en mi piel. Marcas que se desvanecerán por la mañana pero que ahora se sienten permanentes. Su mano cae a su regazo, los dedos todavía aferrados a las cuentas de oración de su madre como si pudieran salvarla de lo que viene a continuación.

Me enderezo y me alejo del coche. Tommy espera, con la mirada desviada, profesional como siempre. Detrás de nosotros, oigo más vehículos entrando en el garaje. Mis hermanos, regresando del caos que haya estallado en la catedral. Habrá consecuencias por lo de hoy. Deudas de sangre y nuevas vendetas. Pero ese es un problema para mañana.

Hoy, la tengo a ella.

—Veinte minutos, *principessa* —miro mi reloj con una calma deliberada—. El juez estará aquí en veinte minutos. Tiempo suficiente para que decidas si caminarás hacia otro altar hoy… —dejo que mis ojos recorran su vestido arruinado, su cabello alborotado, el desafío que todavía arde en sus ojos—. O si tendré que llevarte a este también.

La promesa queda suspendida entre nosotros, pesada de inevitabilidad. No responde, pero levanta la barbilla de esa manera que ya estoy aprendiendo que significa que se está preparando para la batalla.

Bien. Quiero que luche. Hará que su rendición sea mucho más dulce.

3 - Valentina

La jaula es hermosa, pero sigue siendo una jaula.

Veinte minutos. Eso fue lo que me dio antes de que llegara el juez. Veinte minutos para «prepararme» mientras él se encargaba de cualquier masacre que dejamos en la catedral. El viaje en el ascensor hasta su penthouse se sintió como un ascenso a mi ejecución, con Tommy trayéndonos hasta aquí en silencio antes de volver para lidiar con el caos de abajo.

Ahora estoy de pie en el centro de lo que debe ser la sala, girando lentamente para asimilar el lujo imposible que me rodea. Ventanas del piso al techo se extienden por tres paredes, con Chicago desplegándose abajo como un reino que nunca volveré a tocar. Mi vestido de novia, el vestido de la abuela, cuelga hecho jirones a mi alrededor, con el encaje rasgado arrastrándose mientras me muevo hacia el cristal.

A prueba de balas. Por supuesto que es a prueba de balas. Mi puño rebota sin siquiera dejar una marca.

El enorme penthouse se despliega ante mí en una opulencia vertical. Mármol italiano bajo mis pies descalzos, frío e implacable. Pinturas que deberían estar en museos, no en casas particulares. Una cocina que podría alimentar a cincuenta personas, aunque dudo que organice cenas. Cada superficie reluce con el tipo de perfección que el dinero no solo puede comprar. Lo impone.

Aprieto con más fuerza el rosario de mamá, las cuentas de madera son mi única ancla en este mar de excesos. Sus oraciones no pudieron salvarla de este mundo. Tampoco me salvarán a mí. Pero el peso familiar en mi palma evita que me haga añicos por completo.

El ascensor requiere una tarjeta de acceso. El que está a su lado, marcado como SERVICIO, requiere la misma. De todos modos pruebo ambos, presionando el botón de llamada hasta que me duele el dedo. Nada. La escalera que finalmente encuentro está detrás de una puerta que no cede por mucho que tire de ella. Incluso la puerta

de la terraza, que lleva a lo que debe ser una vista espectacular, permanece cerrada con llave.

Cuarenta pisos de altura. No hay forma de bajar, excepto a través de él.

El silencio se alarga mientras empiezo a explorar sistemáticamente. Veinte minutos no es tiempo suficiente para registrar adecuadamente, pero lo intento. Mi estómago gruñe, pero no comeré su comida. No beberé su agua. No usaré nada en esta prisión que no sea absolutamente necesario. Mi garganta arde de sed, pero la ignoro. Este es el único control que me queda: lo que permito que entre en mi cuerpo.

El silencio presiona contra mis oídos. Ningún sonido de tráfico penetra el cristal a prueba de balas. Ninguna voz de otros apartamentos. Solo yo y el suave zumbido del climatizador, reciclando el mismo aire atrapado una y otra vez.

Para cuando he registrado lo que está a mi alcance, sé que volverá en cualquier momento. El dormitorio principal con su cama tamaño California king y sus sábanas de seda que nunca tocaré. Habitaciones de invitados que nunca han alojado a nadie. Una biblioteca repleta de primeras ediciones que hace que mi corazón dé un vuelco. Un gimnasio que huele a su sudor y a su violencia. Cada habitación más hermosa que la anterior. Cada habitación es un barrote más en mi jaula.

En su despacho, noto los detalles que gritan mafia más que riqueza. Un mapa de Chicago con territorios marcados en rojo, una foto de él con sus hermanos, todos con trajes oscuros, en lo que parece un funeral, un decantador de cristal con líquido ambarino que probablemente selló tratos de sangre.

Los irlandeses no se tomarán esto a la ligera. Se derramará sangre por mi culpa. Lo que sea que haya pasado en la catedral después de que me sacara en brazos, con sus hermanos posicionados como soldados, la mano de Dante en la garganta de Liam, el caos que estalló cuando nos fuimos, es solo el principio.

El jarrón Ming está en mis manos antes de que me dé cuenta de que lo he tomado. De alguna dinastía, de algún siglo, probablemente de un valor incalculable. El peso se siente bien. Sólido. Real.

Lo lanzo contra la pared con cada gramo de rabia en mi cuerpo.

El estallido es magnífico. La porcelana explota sobre el mármol, la cerámica milenaria se convierte en añicos sin valor. El sonido

resuena por todo el penthouse, agudo y definitivo. Por un glorioso segundo, he destruido algo suyo.

—¿Se siente mejor?

Me doy la vuelta. Él está apoyado en el marco de la puerta, observándome con esos ojos oscuros. ¿Cuánto tiempo lleva ahí? ¿Cómo no lo oí entrar? Hay una mota de sangre en el puño blanco de su camisa. Sangre de otra persona, de lo que sea que haya pasado después de que me dejara aquí.

—Voy a romper todo en este lugar —le prometo, buscando ya otro objeto de valor incalculable.

—Rompa lo que quiera. —Se despega del marco de la puerta, moviéndose hacia mí con esa gracia de depredador—. Simplemente compraré más.

El desdén casual con el que desecha mi destrucción me da ganas de gritar. Por supuesto que puede comprar más. Los hombres como él siempre pueden. ¿Por qué su riqueza despreocupada hace que mi estómago se revuelva cuando debería repugnarme?

Retrocedo, pero no tengo a dónde ir. Él está entre la puerta y yo, y las ventanas a mi espalda bien podrían ser los barrotes de una prisión.

—Me ha estado observando. —No es una pregunta—. Viéndome como un animal enjaulado en su zoológico privado.

—Siempre la observo —confirma, sin dejar de acercarse—. ¿De verdad pensó que la traería aquí y no vigilaría cada uno de sus movimientos?

Su colonia me golpea a medida que se acerca. Bergamota y algo más oscuro, más peligroso. El aroma abruma mis sentidos, me marea. Me aprieto contra el cristal a prueba de balas, deseando poder derretirme a través de él, caer cuarenta pisos, terminar con esto antes de que realmente comience.

Se detiene justo fuera de mi alcance, estudiándome. —No comió.

—Prefiero morir de hambre.

—No, no lo hará. —Su certeza me pone la piel de gallina—. Usted es demasiado inteligente para eso. Demasiado práctica. Luchará contra mí, *principessa*, pero no se destruirá a sí misma para hacerlo.

Odio que tenga razón. Odio que me conozca lo suficiente como para predecir mis límites. —¿Cuánto tiempo ha estado planeando esto?

—Lo suficiente. —Extiende la mano por mi lado, su cuerpo enjaulando el mío sin apenas tocarme, y ajusta algo en la ventana. El tinte cambia, oscureciendo el cristal hasta que la ciudad desaparece. Ahora solo estamos nosotros, reflejados hasta el infinito en el espejo negro—. El juez estará aquí en cualquier momento. Justo cuando la luz de la tarde se vuelva dorada.

La sangre se me hiela en las venas. —¿Qué juez?

—El que la hará mía en todas las formas que importan. Legal. Vinculante. Para siempre.

El juez parece que preferiría estar en cualquier otro lugar. Le tiemblan las manos mientras coloca unos papeles en la mesa de centro, sin mirarme a los ojos. Hombre listo. Sabe a qué clase de monstruo está sirviendo hoy. Sabe que esto es un asunto familiar, de esos que acaban en sangre o esclavitud. No es un sacerdote. Marco encontró a alguien con una moral más flexible de la que el padre Molina jamás tendría.

—No lo haré. —Me quedo rígida junto a la ventana, tan lejos de ellos como puedo—. No diré los votos.

Marco cruza la distancia hacia mí en tres zancadas. El arma aparece en su mano como por arte de magia, el cañón frío besando mi sien con una intimidad mortal. Su cuerpo se presiona contra mi espalda, sólido e ineludible. Odio poder sentir cada relieve de sus músculos a través de su traje, odio que su aroma acelere mi pulso.

—Lo harás —gruñe contra mi oído, su aliento caliente en mi cuello.

El juez jadea, se santigua. Pero no se va. No protesta. Solo se aferra con más fuerza a sus documentos legales y espera su señal. Todo el mundo en Chicago sabe que no se debe desafiar a Marco Rosetti.

—Empiece —ordena Marco.

La voz del juez tiembla mientras pronuncia las primeras palabras. Lenguaje legal mezclado con ceremonia, votos sagrados profanados por el arma en mi cabeza. Intento concentrarme en la presencia de mamá observándome, pero todo lo que puedo sentir es el acero frío contra mi piel y el calor del cuerpo de Marco enjaulándome.

—¿Acepta usted, Marco Antonio Rosetti, a esta mujer…?

—Acepto. —Su voz no vacila. El arma no se mueve.

El juez se vuelve hacia mí, con el sudor perlado en la frente. —¿Acepta usted, Valentina…?

Le escupo en la cara a Marco.

Su mano libre se dispara, enredándose en mi pelo y tirando de mi cabeza hacia atrás. El arma presiona con más fuerza. Me concentro en el arma, no en cómo se sienten sus dedos enredados en mi pelo, no en el calor de su cuerpo presionado contra el mío.

—Dígalo. —Cada palabra cae entre nosotros como una piedra—. O traeré a la dulce y pequeña Alice aquí en menos de una hora. ¿Le gustaría verla tomar su lugar en este altar? Solo tiene diecinueve años, *principessa*. Todavía cree en los cuentos de hadas.

La imagen destella en mi mente. Alice con el vestido de la abuela, Alice con el anillo de Marco, Alice atrapada en esta jaula dorada. Mi hermana pequeña que todavía usa champú de fresa.

Se me corta la respiración. No lo haría. Pero al mirarlo a los ojos, sé que sí lo haría. No hay nada que no haría para conseguir lo que quiere.

—Ella acepta —susurro.

—Así no funciona —protesta débilmente el juez.

—Hoy sí. —El agarre de Marco en mi pelo se intensifica—. Continúe.

El resto se vuelve borroso. El juez apresurándose en la ceremonia, desesperado por escapar. Marco forzando la apertura de mi mano izquierda, separando mis dedos uno por uno mientras el arma permanece firme en mi sien. El anillo se desliza con facilidad. El metal está cálido por haber estado en su bolsillo, su peso inmediatamente extraño en mi dedo. Intento apartar la mano, pero su agarre se vuelve castigador, sosteniendo mi mano en alto para que los diamantes atrapen la luz.

—Un ajuste perfecto —murmura, su pulgar acariciando la banda como si la estuviera sellando a mi piel—. Como sabía que sería.

Papeles que se producen, se firman, atestiguados por el juez que no deja de santiguarse.

El anillo es hermoso. Por supuesto que lo es. Una banda de platino con diamantes que atrapan la luz como estrellas atrapadas. Odio que sea hermoso. Odio que una parte traidora de mí quiera admirar lo perfectamente que encaja.

El juez prácticamente corre hacia el ascensor una vez que todo ha terminado. Marco no baja el arma hasta que oímos el ascensor descender. Solo entonces suelta mi pelo, da un paso atrás y guarda el arma como si nunca hubiera estado ahí.

—Eso no fue legal —digo, con la voz ronca—. Forzada a punta de pistola…

—Revise los papeles. —Se dirige al bar, se sirve un whisky como si acabáramos de terminar una reunión de negocios en lugar de una boda forzada—. Su firma. El testimonio del juez. Todo debidamente registrado. Ahora usted es mía, *principessa*. Mi esposa, mi posesión, mi obsesión finalmente reclamada. —Da un sorbo a su bebida—. Su padre no vendrá por usted.

Las palabras golpean con fuerza. Me hundo en el sofá de cuero, las piernas de repente incapaces de sostenerme. El vestido de novia rasgado se amontona a mi alrededor, el encaje que se suponía que me uniría a los irlandeses ahora me encadena a él. Un amo más cruel y despiadado.

—No se atrevería a dejarme aquí.

—Ya lo ha hecho. —Marco coloca una tableta en la mesa de centro, reproduce un video—. La declaración oficial de su padre. Publicada hace una hora.

Veo a mi padre denunciarme. Repudiarme. Llamarme una decepción que eligió abandonar su deber familiar. Mira directamente a la cámara mientras dice que ya no soy su hija. Ya no soy una Bernardi.

—Usted lo obligó a decir eso.

—Le sugerí que sería más saludable para su hija restante si aceptaba la situación. —La voz de Marco no tiene emoción—. Estuvo de acuerdo con bastante rapidez.

Hija restante. Mi hermana es todo lo que le queda ahora para negociar. Y la mantendrá a salvo sacrificándome por completo.

—Ahora soy Valentina Rosetti —digo, probando las palabras. Me queman la lengua—. Su esposa. Su prisionera en esta torre a cuarenta pisos sobre la ciudad.

—Mi esposa —asiente—. La parte de la prisión depende de usted.

Me río, con dureza y amargura. —Claro. Puedo irme cuando quiera. Solo tengo que salir por la puerta.

—Una vez que acepte lo que es ahora. Lo que somos. —Se acerca a la ventana, toca algo que hace que el tinte se aclare. Chicago se extiende de nuevo bajo nosotros, hermosa e inalcanzable—. Este es su mundo ahora. Todo lo que el dinero puede comprar. Un esposo que le dará cualquier cosa excepto su libertad.

—Quiere decir un captor que me forzó a punta de pistola.

—Quiero decir un esposo que tomó lo que era suyo. —Se da la vuelta para mirarme, y hay algo en sus ojos que no entiendo—. Usted firmó el contrato de matrimonio en el momento en que arrojó ese vino.

El peso de eso se asienta sobre mí. Ha estado planeando esto. Cada movimiento que hizo mi padre, cada alianza intentada, todo observado y calculado por el hombre que ahora es dueño de mi nombre.

—Legal y vinculante —susurro, mirando el anillo que arde en mi dedo.

—Bienvenida a casa, señora Rosetti —dice, su voz tan oscura como un whisky añejo.

Las palabras resuenan por el penthouse mientras se dirige a su despacho, dejándome sola con mi nueva realidad. Señora Rosetti. El título se siente como una marca de ganado, señalándome como su propiedad para cualquiera que mire.

Miro el anillo hasta que mi visión se vuelve borrosa. Los diamantes proyectan patrones de arcoíris en las paredes, hermosas refracciones de mi hermosa jaula. Todo aquí es hermoso. El arte, las vistas, el mármol que pronto conocerá cada paso de mi cautiverio. Incluso el jarrón Ming destrozado se ve encantador en pedazos.

Las luces de la ciudad comienzan a parpadear a medida que cae la noche. Cuarenta pisos más abajo, la gente vive sus vidas, toma decisiones, creyendo que son libres. No saben que muy por encima de ellos, en la prisión más hermosa que el dinero puede comprar, Valentina Bernardi acaba de morir.

Y la señora Marco Rosetti nació a punta de pistola.

Detrás de mí, oigo sus pasos que regresan. Lentos, medidos, inevitables como todo lo demás en él.

—Venga, señora Rosetti —su voz atraviesa mis pensamientos en espiral—. Déjeme mostrarle nuestro dormitorio.

Nuestro dormitorio. Las palabras hacen que clave mis uñas en las palmas de mis manos, dejando medias lunas.

Sus pasos acortan la distancia entre nosotros. Lo siento detrás de mí antes de que me toque, su presencia como una sombra que cae sobre mi piel. Su mano cubre la mía, sus dedos deslizándose sobre las cuentas de madera que he estado aferrando como un salvavidas. Su pulgar traza el crucifijo del rosario, luego baja hasta el anillo que no saldrá por mucho que tire.

—Esto no la protegerá —dice suavemente, su aliento agitando el cabello en mi nuca—. No de mí.

De repente, las cuentas se sienten frágiles bajo su tacto, las oraciones de mi madre sin sentido ante su proximidad. Su pulgar rodea la banda de platino en mi dedo, presionándola contra mi piel como si me estuviera marcando de nuevo.

—Nada la protegerá de mí —continúa, y no es una amenaza. Es una promesa. Un hecho. La misma certeza con la que dice que el sol saldrá.

Su otra mano se posa en mi cintura, los dedos abarcando el encaje roto del vestido de la abuela. Puedo sentir el calor de su palma a través de la tela arruinada, marcando a quién le pertenezco ahora.

—Venga —dice, y no es una petición. Su mano se desliza del rosario a mi muñeca, su agarre firme pero no doloroso—. Su nueva vida la está esperando.

No tengo más opción que seguirlo. Sus dedos rodean mi muñeca como otro anillo, otra cadena, guiándome lejos de las ventanas y hacia el pasillo que exploré antes. Hacia el dormitorio principal con su cama tamaño California king y sus sábanas de seda que juré que nunca tocaría.

Mis pies descalzos susurran contra el mármol mientras me guía hacia adelante. Detrás de nosotros, la ciudad continúa su vida, sin saber que la señora Marco Rosetti está siendo conducida a su lecho nupcial por un hombre que la tomó a punta de pistola.

Y el anillo, su anillo, atrapa cada luz que pasamos, arrojando diamantes como promesas sobre las paredes de mi hermosa jaula nueva.

4 - Valentina

Los dedos de Marco rodean mi muñeca como otro anillo, otra cadena, alejándome de las ventanas. Mis pies descalzos susurran contra el mármol frío mientras nos movemos por su *ático*, pasando junto a obras de arte que tendré décadas para memorizar, hacia un pasillo que exploré antes, pero en el que nunca quise entrar.

La puerta de la habitación principal se alza ante nosotros como la entrada a un nuevo círculo del infierno. La abre con su mano libre, guiándome al interior con ese agarre firme, pero no doloroso. Todavía no.

El encaje rasgado del vestido de novia de mi abuela se arrastra detrás de mí como un fantasma, enganchándose en el marco de la puerta antes de rasgarse aún más. Aprieto el rosario de mi madre en mi mano libre; las cuentas de madera me clavan medias lunas en la palma. Sus oraciones no pudieron salvarla de un matrimonio que la mató. No me salvarán a mí de este.

La habitación es exactamente lo que esperaba: madera oscura, elegancia masculina, una cama *California king* que domina el espacio. Ventanas de piso a techo enmarcan el horizonte de Chicago, con las luces de la ciudad parpadeando como diamantes que nunca volveré a tocar. Todo huele a él, a esa colonia cítrica agridulce que me marea a pesar de mi odio.

—Suéltame —digo, tirando de su agarre.

—No —su pulgar encuentra mi pulso y presiona suavemente—. Tu corazón está acelerado.

—Lo único que está acelerado es mi impulso de empujarte por esa ventana.

—Mentirosa —me voltea para que lo mire, acorralándome contra la puerta cerrada—. Lo veo en tus ojos, *principessa*. La forma en que tus pupilas se dilatan cuando me acerco. La forma en que se te corta la respiración.

Odio que tenga razón. Odio el calor que se acumula en mi vientre a pesar de todo. Este hombre me obligó a casarme con él a punta de pistola. La misma pistola que besó mi sien hace una hora. Debería sentir nada más que repulsión. En cambio, mi cuerpo traidor responde a su proximidad como un fósforo encendido. Mis pezones se endurecen contra el encaje de mi sostén, y sé que puede verlos a través de la tela rota del vestido.

Mi mente grita en protesta incluso cuando mi cuerpo se inclina hacia él. Esto está mal. Es exactamente lo que mi madre debe haber sentido, atrapada entre la repulsión y la atracción, ahogándose lentamente en un mundo que mata a las mujeres que se resisten.

—Deliras —logro decir, pero mi voz tiembla.

Su mano libre recorre el escote rasgado de mi vestido; las yemas de sus dedos apenas rozan mi piel. —¿De veras? Tu pulso dice lo contrario. —Su pulgar acaricia el latido acelerado de mi muñeca—. Salta como un pájaro enjaulado.

—Eso es miedo.

—El miedo no te endurece los pezones —su mirada baja hacia donde presionan contra el encaje rasgado—. El miedo no hace que aprietes los muslos. El miedo no te humedece tanto como para que pueda oler tu excitación desde aquí.

La cruda observación hace que me sonroje. —Eres un asqueroso.

—Soy honesto. Y ya estás chorreando por mí, ¿no es así? —Su rodilla se abre paso entre mis piernas, presionando contra mi centro a través de las capas de tela. El contacto me hace jadear—. Ahí está. Ese sonidito que haces cuando quieres algo, pero no lo admites.

Me echo hacia atrás bruscamente, pero no tengo a dónde ir. —¿Así es como todos los hombres Rosetti desnudan a sus esposas? ¿O solo a las que secuestran?

Su sonrisa es oscura, depredadora. —Date la vuelta.

—Vete al infierno.

—Date la vuelta o yo mismo te voltearé —su voz tiene esa calma peligrosa que me revuelve el estómago—. El vestido tiene que salir de cualquier manera.

Por un momento, considero luchar. Pero sus ojos tienen la misma certeza que tenían cuando me presionó la pistola en la sien. Obtendrá lo que quiere. La única pregunta es cuánto sufriré en el proceso.

Me doy la vuelta lentamente, de cara a la puerta. Lo siento detrás de mí, su presencia es abrumadora en la silenciosa habitación. Sus manos agarran la tela rota a la altura de mis hombros y, con un movimiento rápido, desgarra por completo el vestido arruinado. El sonido del encaje al rasgarse llena la habitación mientras lo que queda del vestido de novia de mi abuela cae en jirones.

—Ya está demasiado roto para salvarlo —murmura, su boca de repente en mi cuello—. Igual que tú lo estarás.

El vestido se amontona a mis pies en una cascada de encaje destruido y sueños rotos. Me quedo con la lencería blanca que llevaba para la noche de bodas de otro hombre, otra vida que murió en el altar. Las sábanas de seda de la cama detrás de nosotros parecen susurrar promesas que no quiero oír.

—Hermosa —dice, mientras sus manos se deslizan por mis brazos, dejando la piel de gallina a su paso—. Date la vuelta. Déjame ver lo que es mío.

Me doy la vuelta lentamente, manteniendo los ojos fijos en su pecho. Pero él levanta mi barbilla, obligándome a encontrar su mirada. El hambre que veo en ella me corta la respiración.

—Encaje blanco —observa, mientras un dedo traza el borde de mi sostén—. Lencería de novia virgen. Qué inapropiado. —Su dedo baja, rodeando mi pezón a través del encaje—. Dime, *principessa*, ¿cuántos amantes te han decepcionado? ¿Cuántos muchachos torpes que no sabían qué hacer con una mujer como tú?

—No es de tu incumbencia.

—Todo lo que te concierne es de mi incumbencia ahora. —Me pellizca el pezón a través del encaje, haciéndome jadear—. Cada centímetro de piel, cada sonido que haces, cada gota de humedad entre tus piernas.

—Nunca seré tuya —las palabras salen entrecortadas, socavadas por la forma en que mi espalda se arquea contra su toque.

—Tu cuerpo ya lo es. —Su otra mano se desliza por mi vientre, sus dedos jugando con el borde de mis bragas—. Él sabe a quién pertenece, incluso si tu mente se resiste. ¿Debo demostrártelo? ¿Debo deslizar mis dedos en tu coño ahora mismo y mostrarte lo mojada que estás por mí?

Me volteo bruscamente, lista para abofetearlo, pero me atrapa la muñeca de nuevo. Ahora estamos cerca, tan cerca que puedo sentir su erección presionando contra mi vientre a través de sus

pantalones. El tamaño de lo que tiene hace que mi centro se contraiga con una anticipación no deseada.

—Adelante —lo desafío, con la voz áspera—. Fórzame. Demuestra que eres exactamente el monstruo que creo que eres.

Algo cambia en su expresión. Me quita el rosario de la mano y lo coloca en la mesita de noche con un cuidado deliberado. —¿Forzarte? No, *principessa*. —Se inclina, sus labios casi rozando mi oreja—. Vas a suplicarme. Vas a abrir las piernas y rogar por mi verga. Y vas a odiarte por amar cada segundo.

—Eres un arrogante…

—Dime que no estás chorreando ahora mismo —su mano me ahueca a través de mis bragas, y no puedo reprimir el gemido—. Joder, estás empapada. Puedo sentir lo caliente que estás a través del encaje. Tu clítoris probablemente está palpitando, ¿verdad? ¿Rogando que lo toquen?

Sus dedos presionan mi clítoris a través de la tela, y las rodillas casi se me doblan. —Detente…

—¿Detenerme? ¿Cuando tus caderas se están frotando contra mi mano? —Aumenta la presión, girando lentamente—. ¿Cuando tu coño se contrae, tratando de jalar mis dedos hacia adentro? Dime que no quieres saber cómo se sentiría mi lengua en tu clítoris. Cómo sería tener al hombre más peligroso de Chicago adorando tu coño hasta que grites.

La imagen que pinta hace que mi centro palpite de necesidad. Quiero negarlo, pero las palabras se me atascan en la garganta. Porque, que Dios me ayude, sí quiero saberlo. Esta terrible curiosidad me ha estado carcomiendo desde que lo vi por primera vez en esa sala de conferencias. Incluso entonces, debajo del vino arrojado y las palabras afiladas, algo en mí reconoció algo en él.

—¿Nada que decir? —sonríe con aire de suficiencia, sus dedos todavía trabajando sobre mí a través del encaje—. Entonces déjame probarte, *principessa*. Déjame enterrar mi cara entre tus muslos y hacer que te corras tan fuerte que olvides tu propio nombre. A menos que tengas demasiado miedo de descubrir lo bien que se siente mi lengua.

El desafío queda suspendido entre nosotros, eléctrico y peligroso. Podría detener esto. Podría gritar, luchar, resistir. Pero mi cuerpo traidor quiere lo que él ofrece, incluso cuando mi mente retrocede ante la traición.

Antes de que pueda formular una respuesta, Marco se arrodilla.

La visión de él allí, este hombre que comanda un imperio, que me tomó a punta de pistola, arrodillado ante mí con su traje caro, le provoca un cortocircuito a mi cerebro. Sus manos se deslizan por mis muslos, abriéndolos más mientras me mira con esos ojos oscuros.

—Qué estás…

—Demostrando un punto. —Sus dedos se enganchan en la cintura de mis bragas, bajándolas para revelar lo completamente empapadas que están. La evidencia de mi excitación es innegable, el encaje blanco prácticamente transparente por la humedad—. Joder, mírate. Tan mojada que te has empapado por completo. Tu lindo coño está chorreando por mí, todo hinchado y rosado. Tu cuerpo sabe exactamente lo que quiere.

Su boca presiona contra mi carne desnuda y yo grito. Su lengua trabaja contra mí, encontrando cada punto sensible, cada terminación nerviosa. Chupa mi clítoris entre sus labios y mis manos vuelan a sus hombros para mantener el equilibrio.

—Eso es —gruñe contra mí—. Déjame oír esos sonidos. Déjame probar cuánto necesitas esto.

Me abre más las piernas, estudiándome con oscura satisfacción mientras continúa su asalto con la lengua.

—Perfecto —murmura entre lametones—. Mira qué hinchada estás. Tu clítoris prácticamente ruega por mi boca. Y estás tan mojada que chorreas por tus muslos.

Su lengua encuentra un ritmo que me hace doblar las rodillas. Solo su agarre en mis piernas me mantiene erguida mientras me devora como un hombre hambriento.

—Marco —gimo, e inmediatamente me odio por decir su nombre como una oración.

—Marco no —se aparta lo suficiente para hablar, su aliento caliente contra mi carne sensible—. Esposo. Dilo.

—Nunca.

Desliza dos dedos dentro de mí sin previo aviso, y grito ante la dilatación. —¿Tu coño dice lo contrario. Sientes cómo aprieta mis dedos? ¿Jalándolos más adentro? —curva sus dedos hacia adelante, encontrando un punto que me hace ver estrellas—. Dilo, o me detengo.

—No te detengas —suplico, más allá del orgullo ahora—. Por favor, no te detengas.

—Entonces dilo. —Su lengua rodea mi clítoris mientras sus dedos bombean hacia adentro y hacia afuera, creando un ritmo que me hace subir rápido—. Di «por favor, esposo». Di «hazme venir, esposo».

El orgasmo crece imposiblemente alto, todo mi cuerpo se tensa. Voy a correrme. Este monstruo que me robó la vida va a hacerme venir más fuerte de lo que nunca lo he hecho, y no puedo detenerlo.

—Esposo —gimo, la palabra arrancada de mí mientras el placer alcanza su punto máximo—. Por favor, esposo. Hazme venir.

—Buena chica —gruñe, y chupa mi clítoris con fuerza mientras sus dedos acarician ese punto perfecto dentro de mí.

Me hago añicos. El orgasmo me atraviesa con una intensidad violenta, mi coño se contrae rítmicamente alrededor de sus dedos mientras oleadas de placer me recorren. Grito, realmente grito su título mientras me corro, mis muslos tiemblan tanto que me desplomaría si no fuera por su agarre.

Él no se detiene. Su lengua sigue trabajando mi clítoris hipersensible, sus dedos siguen bombeando, empujándome de un orgasmo directamente a otro. Este golpea aún más fuerte, mi visión se vuelve blanca mientras convulsiono contra su boca.

—Eso es —murmura contra mí—. Córrete para mí otra vez. Déjame sentir el pulso de ese coño.

Un tercer orgasmo se acumula antes de que el segundo termine por completo, y ahora sollozo, abrumada por la intensidad. Mis piernas tiemblan sin control, mi centro se contrae tan fuerte que casi duele. Me trabaja a través de todo, extrayendo cada temblor, cada pulso, hasta que gimoteo por la hipersensibilidad.

Cuando finalmente se aparta, me desplomo contra la puerta, incapaz de sostenerme sobre mis piernas. Se levanta lentamente, y puedo ver el prominente bulto en sus pantalones, su verga tensando la tela cara. Presiona su boca contra la mía, y me saboreo a mí misma en sus labios, dulce y vergonzoso, mientras reclama este beso como ha reclamado todo lo demás.

—Sabes a mía —dice contra mi boca—. Como si estuvieras hecha para mi lengua.

Espero que me tome entonces. Que libere su verga y me folle contra la puerta. Mi coño se contrae al pensarlo, todavía palpitando con las réplicas. Pero en cambio, da un paso atrás, dejándome temblorosa y desesperada.

—¿A dónde vas? —la pregunta se me escapa antes de que pueda detenerla.

—A ducharme. Solo. —Se acomoda el pene a través de los pantalones; su verga claramente gruesa y dura—. Tu castigo por el vino no fue el orgasmo, *principessa*. Fue mostrarte exactamente lo que te perderás. Lo que no puedes tener hasta que lo ruegues como es debido. No solo mi lengua, sino mi verga. Toda.

—No puedes simplemente…

—Puedo hacer lo que quiera. Eres mi esposa. —Se detiene en la puerta del baño—. Cuando estés lista para admitir que quieres que te folle, cuando estés lista para rogar por mi verga como rogaste por mi lengua, lo consideraré. Hasta entonces, puedes yacer en mi cama, chorreante y vacía, recordando lo bien que te hice sentir.

La puerta del baño se cierra con un suave clic. A través de ella, oigo abrirse la ducha, y sé que está ahí dentro acariciando esa verga gruesa que sentí presionada contra mí, negándome incluso su visión.

Me desplomo sobre las sábanas de seda, mi coño todavía contrayéndose sobre la nada, todavía chorreando de excitación a pesar de tres orgasmos. La cama huele a él, a ese maldito aroma cítrico que me hace querer meterme en esa ducha y caer de rodillas. Cada pocos segundos, otra réplica me recorre, haciéndome jadear y agarrar las sábanas.

El cabrón. Me comió hasta que grité, me hizo llamarlo esposo mientras me corría en su lengua tres veces, y luego se fue, dejándome desesperada por más. Mi coño duele por ser llenado, por sentir esa verga gruesa que solo pude presionar contra la tela.

¿Qué pensaría Alice si me viera ahora? Su hermana fuerte que prometió protegerla, abriendo las piernas para el enemigo, rogándole por más mientras se corría en su lengua. La vergüenza arde, mezclándose con la excitación que no se desvanece.

A través de la puerta del baño, oigo su gemido, bajo y satisfecho. Se está corriendo sin mí, negándome incluso eso.

Pero mientras yazco aquí en su cama, con el coño todavía palpitando por su boca, me hago una promesa: Marco Rosetti será el que ruegue antes de que esto termine. Rogará por follarme, rogará por probarme de nuevo, rogará por cosas que ni siquiera sabe que quiere todavía.

Cree que ha ganado al marcharse.

No tiene idea del tipo de guerra que acaba de empezar.

5 - Marco

Cuatro días de ella luchando contra mí en todos los sentidos, excepto en el que importa. Cuatro días de silencio helado y miradas acaloradas, de ella durmiendo en el borde más alejado de mi cama mientras yo yazco despierto, con la verga dura, recordando su sabor. La cena familiar de esta noche en la finca o la quebrará o la forjará en algo más fuerte.

—Se quebrará en una semana —la voz de Sofia irrumpe en mis pensamientos antes de que Valentina siquiera entre al comedor, cargada de la crueldad casual que corre por la sangre de los Rosetti.

Me detengo en el pasillo, con una mano en la espalda de Valentina, sintiendo la tensión enroscarse en su cuerpo ante las palabras de mi hermana. El vestido negro que elegí para ella le queda perfecto, ciñéndose a unas curvas que me hacen agua la boca a pesar de las circunstancias. Cuatro noches desde que se deshizo en mi lengua, llamándome esposo, y todavía me despierto duro por los sueños de su sabor.

—Tu familia es encantadora —murmura Valentina, con la barbilla en alto de esa manera desafiante que estoy aprendiendo que significa que se está preparando para la batalla.

—Te están poniendo a prueba. —La guío hacia adelante con una leve presión entre sus omóplatos—. Consi-déralo un cumplido. Solo se molestan con la gente que importa.

El comedor se abre ante nosotros, el candelabro de cristal arroja luz sobre la mesa de caoba donde espera toda mi familia. El aroma a ajo y albahaca de la cocina de María se mezcla con colonias y perfumes caros. Dante está sentado con Ana, su embarazo se nota más cada día. Luca se reclina junto a Faith, que se aferra a su mano como a un ancla. Él rara vez se separa de ella ahora que está embarazada, aunque apenas se le nota, una pequeña pancita y una piel radiante.

Alessandro estudia su vino con un aburrimiento calculado mientras Nico está de pie junto a la ventana, siempre vigilante. Y

Sofia, mi hermana pequeña que mata con una sonrisa, sigue la entrada de Valentina como un depredador que mide a su presa.

—Bienvenidos a la cena del domingo —anuncio, retirando la silla de Valentina—. Una advertencia justa, *principessa*. Esta familia se come a los suyos cuando se aburre.

—Preferimos llamarlo formación del carácter —dice Alex, alzando su copa en un saludo burlón.

Tomo mi asiento en la cabecera de la mesa, con Valentina a mi derecha, donde puedo tocarla, protegerla, recordarles a todos que está bajo mi protección. La advertencia es clara en cómo me posiciono, en cómo mi mano descansa en el respaldo de su silla. Es mía. Cualquiera que lo olvide recordará por qué me convertí en Don a los veinticinco.

—La infame princesa Bernardi —dice Sofia, con una sonrisa tan afilada como el cristal—. Padre se revolvería en su tumba si te viera en nuestra mesa.

—Probablemente —acepta Valentina, tomando su agua con manos firmes. El cristal tintinea suavemente cuando lo vuelve a dejar —. Pero, bueno, ya lleva un tiempo revolcándose, ¿no? Desde que los Moretti se unieron a través de Ana.

A Luca se le escapa una risa de sorpresa. Incluso la boca de Dante se curva ligeramente, lo más cercano a la diversión que muestra estos días. Mi pecho se hincha con algo peligroso a lo que me niego a ponerle nombre, viéndola navegar por el campo de minas de mi familia con una gracia natural.

—Por favor —continúa Sofia, haciendo girar su copa de vino—. ¿Una princesa Bernardi criada en la debilidad y el lujo? Se quebrará en una semana. Quizá menos.

—¿Debilidad? —Valentina deja su copa con un control deliberado —. ¿Es eso en lo que crees que se especializa la familia Bernardi?

—Entre otras cosas. —La sonrisa de Sofia se ensancha, oliendo la sangre—. Aunque supongo que abrir las piernas por una alianza fue más desesperación que debilidad.

La temperatura baja diez grados. Los nudillos de Valentina se ponen blancos alrededor de su servilleta, pero antes de que pueda responder, Luca se inclina hacia adelante con esa sonrisa inquietante.

—Hablando de abrir las piernas —dice como si nada—, ¿cuándo podremos probar la mercancía? Descuento familiar, ¿verdad, Marco?

Faith levanta la vista, probablemente para regañarlo, pero no le doy la oportunidad.

Mi puño golpea la mesa antes de que el pensamiento alcance a la acción. La madera se agrieta, el cristal salta, el vino se derrama. El sonido resuena en la habitación como un disparo. La caoba astillada se me clava en la palma de la mano, pero apenas lo siento a través de la rabia.

—Está bajo mi protección. —Mi voz sale mortalmente baja, el tono que hace que hombres hechos y derechos se meen encima—. Eso se extiende a la familia. Especialmente a la familia.

Luca levanta las manos en una falsa rendición, pero sus ojos pálidos bailan con interés. Está estudiando mi reacción, archivándola. Faith le toca el brazo, un suave recordatorio de que el embarazo la pone nerviosa ante la violencia, y él se recuesta como un lobo con correa.

—Protector —observa Alex con calma—. Eso es nuevo.

—Es definitivo —corrijo, dejando que todos vean la violencia que acecha bajo mi traje.

Valentina me observa con esos ojos oscuros, no con miedo, sino con algo parecido a la curiosidad. Examina mi violencia como otras mujeres estudian las flores, con un interés desapegado en lugar de terror. Mierda. Incluso su mirada analítica me pone duro.

—Los chicos y sus juguetes —suspira Sofia dramáticamente—. Aunque supongo que si vas a coleccionar una princesa Bernardi, al menos que sea una bonita.

—No soy un juguete —dice Valentina en voz baja, pero hay acero bajo la seda—. Y no soy débil. Sean cuales sean las suposiciones que hayan hecho sobre las mujeres Bernardi, les sugiero que las reconsideren.

—¿Suposiciones? —Sofia arquea una ceja perfecta—. ¿De qué otro modo llamarías a una mujer intercambiada entre familias como ganado?

—Una sobreviviente. —La voz de Valentina atraviesa la habitación —. Sobreviví veintitrés años con mi padre. Veintitrés años siendo preparada como moneda de cambio mientras lo veía destruir todo lo que tocaba. ¿Creen que su desaprobación me quebrará? ¿La violencia de su hermano? ¿Esta bonita prisión?

Se pone de pie, con las manos apoyadas en la mesa, dirigiéndose a la sala como si estuviera presidiendo un tribunal. El movimiento

hace que su pecho roce mi hombro, y el contacto va directo a mi verga. Me muevo en mi asiento, agradecido por la cobertura de la mesa.

—Me han abofeteado por hablar en reuniones familiares. Me han encerrado en mi habitación por cuestionar órdenes. Vi a mi madre morir por intentar marcharse. Aprendí a sonreír mientras sangraba, a hacer una reverencia mientras estaba furiosa y a planear mientras todos me descartaban como decoración. —Sus ojos se encuentran con los de cada uno de mis hermanos—. Así que no, Sofia. No me quebraré en una semana. No me quebraré en absoluto. Sobreviviré a esto como he sobrevivido a todo lo demás.

Cristo, su desafío me da ganas de doblarla sobre esta mesa y mostrarle a toda mi familia exactamente a quién pertenece. Hacerla gritar mi título de nuevo mientras ellos observan.

El silencio se extiende, tenso. Entonces Dante hace algo que sorprende a todos.

Sonríe.

No es su habitual fantasma de expresión, sino una sonrisa de verdad. Sus manos se mueven en señas rápidas que Ana traduce: «Tiene agallas. Bien. Marco necesita a alguien que no se doblegue».

—Pues, joder —dice Alessandro, alzando su copa—. La princesa tiene dientes.

Incluso Sofia parece ligeramente impresionada, aunque lo oculta tras otro sorbo de vino. La tensión cambia, no se vuelve amistosa, pero ya no es activamente hostil. Valentina ha pasado alguna prueba tácita, ha demostrado ser digna de algo más que desprecio. Cada mirada de aprobación de mis hermanos cambia algo entre nosotros.

—Veintitrés años —dice Nico en voz baja desde su puesto junto a la ventana—. Es mucho tiempo para jugar a ser prisionera.

—No prisionera —corrige Valentina, sentándose de nuevo con una gracia fluida—. Estudiante. Aprendí todo sobre cómo funciona este mundo viendo a mi padre fracasar en él.

El insulto a su padre queda suspendido en el aire, audaz y deliberado. Mi familia intercambia miradas, recalibrando su evaluación de la princesa Bernardi que habla de los fracasos de su propio padre sin inmutarse.

—Quizá no una semana, entonces —concede Sofia, lo más cerca que estará de la aprobación.

La cena continúa con menos sangre en el agua. Ana cuenta una historia sobre cómo sorprendió a Dante componiendo a las tres de la mañana, su forma de procesar la violencia de la semana. Faith menciona los planes para el cuarto del bebé, su mano protectora sobre su pequeña pancita mientras Luca la observa con una intensidad que aterrorizaría a cualquiera que no lo conociera. Alex nos deleita con historias de su última «negociación» con los sindicatos del muelle, que definitivamente implicó más que hablar, a juzgar por sus nudillos raspados.

Mi esposa se lleva la copa de vino a los labios, y recuerdo esos labios estirados alrededor de mi nombre mientras se corría. La verga me palpita, y me muevo de nuevo, el dolor se vuelve insoportable. Cuatro días durmiendo a su lado, inhalando su aroma, sintiendo su calor y sin tocarla es su propia tortura exquisita.

Cuando los platos se vacían y la conversación decae, Valentina se levanta y empieza a recoger los platos. El simple gesto doméstico deja a todos helados.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Sofia.

—Levantando la mesa. —Valentina apila los platos eficientemente —. A pesar de la opinión popular, las mujeres Bernardi no fuimos criadas por sirvientes. Mi madre insistió en que aprendiéramos a cuidarnos solas.

Se mueve con manos capaces, equilibrando cristal y porcelana como si lo hubiera hecho mil veces. Hay algo hipnótico en verla realizar una tarea tan mundana, esta mujer que robé de su boda ahora levantando la mesa de mi familia por elección propia. Se mueve por mi espacio como si perteneciera a él, y algo peligroso se tensa en mi pecho. Se suponía que esto era sobre posesión, control, evitar una alianza. Pero verla manejar la crueldad casual de mi familia con gracia, verla elegir ayudar en lugar de enfurruñarse, cambia las cosas. Se convierte en algo que no planeé y que no puedo permitirme.

La sigo a la cocina, atraído por la visión de ella trabajando en mi espacio. No me hace caso, simplemente continúa cargando el lavavajillas con precisión mecánica.

—No tenías que hacer eso —digo.

—Lo sé. —Enjuaga una copa de vino, sosteniendo el cristal para comprobar si tiene manchas—. Pero quedarme quieta me hace sentir más atrapada que moverme.

A través de la puerta, oigo a Sofia hablar con Alessandro: «Es diferente de lo que esperaba. No es lo que pensé que sería una princesa Bernardi».

—¿Diferente cómo? —pregunta Alex.

—Más fuerte. Más interesante. La forma en que se comporta… no es lo que esperaba de su familia.

—Al menos tiene buen gusto para los vestidos —añade Sofia, lo que, viniendo de mi hermana, es prácticamente una declaración de amistad.

Valentina también lo oye. Sus manos se detienen en el cristal que está secando, un destello de algo cruza su rostro. No exactamente victoria, pero quizás satisfacción. Se ha ganado el respeto de la familia más peligrosa de Chicago.

—No me odian —observa ella.

—No te odian —confirmo, acercándome hasta que puedo oler su perfume mezclado con el jabón de platos—. Eso es esencialmente aprobación en esta familia.

Ella se estira para tomar un paño de cocina, su pecho rozando mi brazo. El contacto va directo a mi verga y veo sus pezones endurecerse bajo el vestido negro.

—Tu hermano sonrió —dice ella, con la voz ligeramente entrecortada mientras deja el vaso—. Dante de verdad me sonrió.

—Lo sorprendiste. Eso es raro. —Estudio su perfil, la elegante línea de su garganta, la forma en que los mechones de pelo oscuro se escapan de su cuidadoso peinado—. Los sorprendiste a todos.

—¿Te sorprendí a ti?

La pregunta queda suspendida entre nosotros, cargada de un significado que no estoy listo para examinar. Cuatro días desde que la probé, desde que me llamó esposo mientras se deshacía, y sigue revelando nuevas facetas. Cada una más intrigante que la anterior.

—Tienes profundidades ocultas —admito, observando sus manos moverse con precisión—. Me hace preguntarme qué más ocultas detrás de esa fachada de princesa Bernardi.

Se vuelve para mirarme de frente, con esos ojos oscuros indescifrables. —Todos tenemos secretos, Marco. Incluso los hombres que creen que lo saben todo.

—Pienso descubrir todos los tuyos. —La promesa sale más oscura de lo que pretendía—. Cada pensamiento oculto, cada habilidad

disimulada, cada secreto que has enterrado bajo años de supervivencia.

—Eso suena como una amenaza.

—Es una promesa. —Le sujeto la muñeca, mi pulgar encuentra su pulso. Salta bajo mi toque, rápido y vibrante—. Ahora eres una Rosetti, aunque todavía no lo aceptes. Esta noche has demostrado ser digna del nombre. Pero la dignidad y la confianza son cosas diferentes.

Su pulso se acelera bajo mi toque, pero no se aparta. Puedo oler su excitación bajo el perfume, débil pero inconfundible. —¿No confías en mí?

—No te conozco. No de verdad. Esta noche me lo ha demostrado claramente. —Le suelto la muñeca, retrocediendo antes de hacer alguna estupidez como doblarla sobre este mostrador—. Pero lo haré. Cada rincón oscuro, cada fortaleza oculta, cada secreto que crees haber enterrado lo suficientemente profundo como para que nunca salga a la superficie.

Vuelve a los platos, pero veo la tensión en sus hombros, la forma en que sus manos aprietan el cristal con un poco más de fuerza de la necesaria. Bien. Que se pregunte qué métodos usaré para investigar sus secretos. Que se preocupe por lo que encontraré.

Mi familia pasa por la cocina, ofreciendo despedidas y asentimientos sorprendentemente civiles a Valentina. Incluso Sofia se detiene en la puerta.

—Intenta durar al menos dos semanas —le dice a Valentina—. Sería vergonzoso que me dieras la razón sobre lo de una semana.

Después de que se van, la finca se siente demasiado silenciosa. El olor a ajo persiste. Valentina termina con los platos en silencio mientras yo la observo, notando cada movimiento, cada microexpresión. No es lo que esperaba cuando la robé de ese altar. Es más. La pregunta es cuánto más, y si eso es peligroso o delicioso.

—¿Lista para irnos? —pregunto, aunque ambos sabemos que no tiene elección.

Se seca las manos con un cuidado deliberado. —¿De vuelta al *penthouse*-prisión?

—De vuelta a donde perteneces —corrijo, guiándola hacia la puerta con una mano en su espalda—. Pero estás aprendiendo a manejarlo bastante bien. Esta noche lo demostró.

El trayecto desde la finca hasta el *penthouse* transcurre en una tensión lo suficientemente densa como para cortarla con un cuchillo. Se sienta exactamente en el medio del asiento trasero, manteniendo la distancia incluso en el espacio reducido. Pero puedo oler su excitación creciendo con cada kilómetro. El dulce almizcle se mezcla con su perfume hasta que me duele la verga solo de saberlo. Sus muslos se aprietan, un gesto que no sabe que tiene. Su respiración se vuelve superficial a medida que nos acercamos al edificio.

Sabe lo que se avecina. Lo que se ha estado acumulando durante cuatro días.

Tommy estaciona en el garaje privado y lo despido con una mirada. El ascensor requiere mi tarjeta, atrapándonos en el pequeño espacio mientras sube. Cuarenta pisos de ella tratando de no mirarme, tratando de no reconocer el calor entre nosotros.

Capto su reflejo en las paredes de espejo. Labios entreabiertos, pupilas dilatadas. Sus pezones son puntas duras contra el vestido negro, visibles incluso en la tenue luz del ascensor. Cambia de peso y sé que su coño está chorreando. Probablemente lo ha estado desde que le toqué la muñeca en la cocina.

—Estás temblando —observo, acercándome hasta que queda de espaldas contra la pared de espejo.

—No lo estoy.

—Mentirosa. —La encierro con mis brazos, sin tocarla, pero lo suficientemente cerca como para que sienta mi calor—. Estás temblando porque sabes lo que pasa cuando lleguemos al *penthouse*. Cuatro días durmiendo a mi lado, oliendo mi colonia en las sábanas, recordando cómo se sentía mi lengua en tu clítoris.

Su respiración se corta.

—Cuatro días despertándote mojada —continúo, mi voz bajando a un gruñido—. Odiándote por querer lo que solo yo puedo darte.

—Deliras.

—¿Ah, sí? —Me inclino más, mis labios casi rozando su oreja—. Puedo oler lo mojada que estás. Me ha estado volviendo loco toda la noche. Sentado durante la cena, sabiendo que tu coño goteaba por mí debajo de ese vestido. Viéndote levantar los platos mientras tus pezones permanecían duros, rogando que los chuparan.

Gira la cara, pero veo su reflejo. Ojos cerrados, labios entreabiertos, el pecho subiendo y bajando rápidamente. Luchando contra su propio deseo y perdiendo.

El ascensor sube más alto. Treinta pisos. Treinta y cinco. Cada número en la pantalla nos acerca a lo inevitable.

—Cuando esas puertas se abran —le digo—, tienes una opción. Puedes pasar otra noche tocándote mientras piensas en mi lengua. O…

—¿O?

—O puedes admitir lo que tu cuerpo ya sabe. Que eres mía. Que has sido mía desde que te corriste en mi lengua llamándome esposo. Que serás mía hasta el día en que uno de nosotros deje de respirar.

Piso treinta y ocho. Treinta y nueve.

Sus ojos se abren y se encuentran con los míos en el espejo. —No volverás a tocarme. No así.

El ascensor llega al piso cuarenta. Las puertas comienzan a abrirse con un suave sonido.

—Entonces esperaré. —Doy un paso atrás, dándole espacio—. Soy muy paciente, *principessa*. Pero ambos sabemos cómo termina esto.

6 - Valentina

—Necesitas ropa adecuada para mi mundo, *principessa*.

La voz de Marco llena la Escalade mientras nos detenemos frente a una boutique sin letrero en la avenida Michigan. El escaparate reluce con una riqueza discreta, solo un cristal grabado y un único maniquí que viste lo que parece seda líquida. Doce días desde que me robó del altar. Doce días de dormir a su lado, respirando su colonia, despertando con el cuerpo adolorido por la necesidad.

Me hundo más en el asiento de piel, mientras las cuentas del rosario de mi madre se me clavan en la palma, dejando medias lunas. —Tengo ropa.

—Tienes harapos de la casa de tu padre. —No me mira; solo les hace una seña a Tommy y al guardaespaldas que van delante. Salen con fluidez y la mano de Tommy comprueba su arma oculta antes de posicionarse junto a la puerta—. Nada adecuado para ser la señora Rosetti. Nada que les demuestre a las otras familias a quién perteneces ahora.

El título me quema. Señora Rosetti. Como si decirlo suficientes veces hiciera que lo aceptara, que olvidara que se suponía que me casaría con Liam O'Brien. Mis pezones se endurecen al recordar la lengua de Marco entre mis piernas, obligándome a llamarlo «esposo» mientras me corría. Me muevo en el asiento, odiando lo mojada que ya estoy.

—Me niego a jugar a disfrazarme para ti.

Ahora se vuelve hacia mí, y esos ojos oscuros encuentran los míos con una concentración depredadora. —Harás exactamente lo que yo diga.

—¿O qué? ¿Me vas a disparar? —Levanto la barbilla, desafiándolo aunque se me acelere el pulso—. Adelante. Sería mejor que esto.

—No. —Su voz baja a ese susurro peligroso que hace que el calor se acumule en lo más profundo de mi vientre—. Pero tu hermana Alice sigue soltera. Sigue disponible para la alianza irlandesa que tu

padre necesita tan desesperadamente. Aunque he oído que el hijo menor de los O'Brien tiene... gustos peculiares en lo que respecta a las novias jóvenes.

La sangre se me hiela en las venas. —No te atreverías a tocar a Alice.

—Te saqué del altar de tu boda. ¿De verdad crees que dudaría en ir a buscarla a ella también? —Se inclina más cerca; la bergamota se mezcla con algo más oscuro, el olor a violencia de cualquier asunto que haya atendido antes de venir por mí—. Una llamada a tu padre. Es todo lo que se necesitaría. Ya ha perdido a una hija. No se arriesgará a perder a las dos.

Me tiemblan las manos. —No uses a Alice para manipularme.

—Entonces no me obligues a hacerlo. —Sale del auto con una gracia fluida y viene hacia mi puerta. Cuando la abre, me tiende la mano como si estuviéramos llegando a una gala en lugar de a la continuación de mi cautiverio—. Vamos. Giovanna nos está esperando.

Ignoro su mano y salgo sola. Pero sus dedos me agarran el codo de todos modos, guiándome hacia la boutique con ese toque posesivo que he llegado a esperar. A odiar. A desear cuando estoy sola durante el día, con los dedos entre las piernas, imaginando que es él.

Dentro, el cuero caro y el perfume francés asaltan mis sentidos. Luces tenues, una alfombra gruesa, el tipo de silencio que solo acompaña a precios astronómicos. Una mujer elegante de unos cincuenta años sale de detrás de una cortina de seda.

—Don Rosetti —lo saluda en un inglés con acento, haciendo incluso una ligera reverencia—. Qué honor. Ha pasado demasiado tiempo desde que una esposa Rosetti honrara mi boutique.

—Giovanna. —La saluda con un gesto de cabeza—. Ella es Valentina.

—La nueva señora Rosetti. —Sus ojos me evalúan con interés profesional—. *Bella, bella*. Se verá magnífica en las reuniones familiares, ¿no? Las otras familias verán el poder de los Rosetti en cómo se presenta.

Se me revuelve el estómago. Incluso esta extraña me ve como su posesión, un reflejo del estatus de su familia.

—Lo que necesite —le dice Marco, acomodándose en un sillón de piel como un rey en su trono—. Todo lo que le corresponde a una esposa Rosetti. Ahora representa nuestro apellido.

El probador bien podría ser un escenario, y yo soy la artista renuente.

Cada conjunto que Giovanna trae requiere que me desnude, me cambie y me presente para la aprobación de Marco. Él se sienta en ese sillón de piel como si fuera el dueño del mundo, lo que, en Chicago, básicamente es. Esos ojos oscuros siguen cada uno de mis movimientos mientras salgo con un vestido de diseñador tras otro.

Me tiemblan las manos mientras me desvisto de nuevo, con la piel erizada bajo su mirada. Cada vestido se siente más pesado que el anterior, cargado con su aprobación o su rechazo. La seda susurra contra mi piel como secretos. El cachemir, suave como sus amenazas. El encaje, que araña como mi conciencia.

—No —dice a un conservador vestido negro—. Demasiado fúnebre.

—No —a un vestido de cóctel azul brillante—. Demasiado llamativo. Es una Rosetti, no un recuerdo de fiesta.

—Mejor —a uno de seda color crema que me hace parecer virginal. Su boca se curva ante ese, y quiero arrancármelo solo para fastidiarlo. En su lugar, mis dedos encuentran el rosario de mi madre en mi bolsillo, pero ni siquiera las suaves cuentas pueden calmar el calor que se acumula entre mis muslos.

A mi madre le habría encantado esta boutique, antes de que mi padre le aplastara el espíritu. Antes de que intentara huir. Antes de que su coche se estrellara contra ese árbol en una noche perfectamente despejada. Ahora estoy aquí, siendo exhibida ante el hombre que me secuestró, Marco Rosetti, el mismo depredador que me ha estado observando desde que le arrojé aquel vino.

—El rojo —dice cuando salgo con un vestido del color de la sangre fresca. Sus nudillos se ponen blancos sobre los brazos del sillón, y por un instante, veo algo crudo bajo su control. No solo posesión, sino necesidad—. Quédate con ese.

—Es demasiado —protesto, pero mi voz sale entrecortada.

—Es perfecto. —Su voz se vuelve áspera—. Lo usarás en la próxima cena familiar. Que todos vean lo que me pertenece.

El calor inunda mis mejillas, mi pecho, y se acumula en la parte baja de mi vientre como fuego líquido. Mis piernas se aprietan involuntariamente, y sé que lo ve, que ve todo lo que mi cuerpo confiesa.

—El departamento de lencería está por allí —dice Giovanna, señalando otra puerta—. ¿Le traigo algunas opciones?

—Las elegiré yo mismo —dice Marco sin apartar la vista de mí, poniéndose de pie. El hambre en sus ojos hace que mi centro se contraiga con una necesidad vergonzosa.

Rápidamente me desvisto en el probador, agarro el siguiente vestido y me dirijo furiosa hacia lo que creo que es otro probador, desesperada por escapar de su mirada penetrante. Pero abro la puerta equivocada y, en su lugar, me encuentro entre percheros de seda y encaje. Estoy allí de pie, solo en ropa interior, un algodón blanco y sencillo que de repente se siente obsceno, cuando su brusca inspiración me deja helada.

Sus ojos se vuelven de un oscuro depredador, recorriendo desde mi cara hasta mi cuerpo apenas cubierto con un hambre que me hace querer correr y someterme a partes iguales. La mirada es pura posesión, puro deseo, y mi cuerpo traidor responde con una oleada de humedad entre mis piernas. Puedo oler mi propia excitación, dulce y vergonzosa, y sé que él también puede.

—Marco —la voz de Giovanna rompe el hechizo—. ¿Debería...?

—Fuera. —No aparta la vista de mí—. Todos fuera.

La boutique se vacía en segundos, dejándonos solos. Debería cubrirme, correr de vuelta al probador, hacer cualquier cosa menos quedarme aquí dejando que me devore con la mirada. Pero estoy paralizada, atrapada entre la humillación y la excitación que me hace arder todo el cuerpo.

—Eres exquisita —dice con voz áspera.

—Esto fue un accidente. Abrí la puerta equivocada. —Pero las palabras salen entrecortadas, socavadas por cómo mi espalda se arquea ligeramente hacia él, ofreciéndome como una ofrenda.

—Tu cuerpo sabe a quién le pertenece. —Se levanta, se acerca pero no me toca—. Mira cómo tus pezones suplican por mi boca a través de ese simple algodón.

—Te odio.

—Tu coño no. —Las crudas palabras me hacen jadear—. Puedo oler tu necesidad, *principessa*. Dulce y vergonzosa. El algodón está empapado.

Mi cara arde de vergüenza y excitación. Porque tiene razón. Estoy empapada. Lo he estado desde que me miró con ese vestido rojo con

tanta hambre oscura. La traición de mi cuerpo es total, respondiendo a mi captor como si fuera mi amante.

Retrocedo por la puerta abierta detrás de mí, y tan pronto como escapo de su mirada, me visto rápidamente; mi papel de su Barbie para vestir había terminado. El viaje de regreso comienza en un tenso silencio, con bolsas llenando el maletero con miles de dólares en ropa que nunca pedí. Una armadura de diseñador para una guerra que estoy perdiendo contra mí misma.

Estamos a tres calles de la boutique cuando nos detenemos en un semáforo en rojo. La ciudad bulle a nuestro alrededor, gente cruzando la calle, viviendo sus vidas libres. La manija de la puerta brilla bajo el sol de la tarde.

No pienso en escapar. Ya aprendí esa lección. En cambio, pienso en la rebelión.

—Podría gritar —digo como si nada—. Aquí mismo, rodeada de testigos. Decirles que me retienen en contra de mi voluntad.

Su mano sale disparada y me agarra del pelo con brutal eficiencia. Me echa la cabeza hacia atrás contra el reposacabezas, y su boca de repente está en mi oído.

—Inténtalo —gruñe, su agarre se hace más fuerte hasta que las lágrimas brotan de mis ojos—, y Alice se casará con el menor de Patrick O'Brien antes del atardecer. Ya conoces su reputación con las esposas jóvenes. Dicen que a la última no se la volvió a ver en público hasta su funeral.

La amenaza hace que se me hiele la sangre.

—Suéltame —consigo decir, pero mi voz tiembla.

—Nunca. —Su mano libre me rodea la garganta, sin apretar, solo apoyada allí como advertencia mientras el semáforo se pone en verde —. Eres mía, Valentina. Cuanto antes lo aceptes, más fácil será todo esto.

Tommy sigue manejando como si nada hubiera pasado, lo suficientemente profesional como para ignorar que su jefe amenaza a su esposa cautiva en el asiento trasero. La mano de Marco permanece aferrada a mi pelo una calle más antes de soltarme por fin, deslizándose para posarse posesivamente en mi muslo.

—Estás loco si crees que las amenazas me harán someterme.

—No necesito que te sometas. —Su voz es ahora tranquila, controlada—. Tu cuerpo lo hace sin permiso.

Tiene razón, y lo odio por ello.

Porque estoy mojada. Empapada por cómo me ha tirado del pelo, por su mano en mi garganta, por la amenaza de lo que haría para proteger su posesión sobre mí. La traición de mi cuerpo es total, respondiendo a su violencia con excitación en lugar de miedo.

Su mano se asienta más firmemente en mi muslo, posesiva y cálida a través de la fina tela de mi vestido. No se mueve hacia arriba, solo descansa allí, reclamando ese trozo de mí como reclama todo lo demás.

—Tu pulso está acelerado —observa, su pulgar acariciando una vez la cara interna de mi muslo—. Pero no de miedo.

Vuelvo la cara hacia la ventana, incapaz de mirarlo. Incapaz de enfrentar en lo que me estoy convirtiendo. —Te equivocas.

—Mentirosa. —Su mano se aprieta ligeramente—. Estás chorreando ahora mismo. Deseando que suba mi mano, que descubra lo mojado que está tu coño por mi trato rudo. Puedo olerlo, ese dulce aroma de tu excitación que se intensifica.

La verdad cruda me hace morderme el labio con la fuerza suficiente para saborear el cobre. Porque tiene razón. Quiero que su mano se mueva más arriba. Quiero que sienta lo que me hace. Quiero que tome lo que mi cuerpo le ofrece, aunque mi mente grite en protesta.

Esta es mi derrota. No el matrimonio forzado ni la jaula de oro. Esto, que mi cuerpo lo elija a él a pesar de todo, así es como me pierdo a mí misma.

—Sigo odiándote —susurro, la última resistencia que me queda.

—Lo sé. —Su pulgar acaricia mi muslo de nuevo, y tengo que reprimir un gemido—. No importa. Ódiame todo lo que quieras, *principessa*.

El resto del viaje transcurre en una tensión insoportable, con su mano sin moverse de mi muslo y mi excitación sin desvanecerse. Para cuando llegamos al garaje del penthouse, tiemblo de necesidad y autodesprecio a partes iguales.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo. Los ojos de Marco se dirigen a mí, pero no me impide que lo mire.

Alice: *Val, ¿estás bien? Papá no me dice nada. Dice que estás de luna de miel, pero sé que no es verdad.*

Se me hace un nudo en la garganta. Mi hermana pequeña, probablemente aterrorizada, definitivamente confundida. Mis dedos se ciernen sobre el teclado.

—Contéstale —dice Marco, al darse cuenta de mi indecisión—. Dile que estás bien.

—¿Tengo permiso?

—Es tu hermana. La familia es importante para los Rosetti. —Su mano se aprieta ligeramente en mi muslo—. Pero elige tus palabras con cuidado. Estaré leyendo por encima de tu hombro.

Escribo lentamente, consciente de sus ojos en la pantalla: *Estoy bien. Una situación diferente a la planeada, pero estoy a salvo.*

Alice: *¿Dónde estás? ¿Puedo verte?*

—Dile que no —me ordena Marco.

Yo: *Pronto.*

Alice: *Val, me estás asustando. ¿Es por los irlandeses? ¿Por Liam?*

Mis dedos se paralizan. Marco me quita el teléfono de la mano, escribe algo y me lo devuelve. Ha escrito: *Liam ya no es un problema. Concéntrate en tus estudios. Te quiero.*

—Envíalo —ordena en voz baja.

Pulso enviar, odiando cómo la verdad envuelta en mentiras suena exactamente a algo que yo escribiría. Tres puntos aparecen inmediatamente —Alice escribiendo—, pero Marco apaga mi teléfono.

—Está a salvo mientras te portes bien —me recuerda—. Recuérdalo cuando pienses en rebelarte.

De vuelta en el penthouse, estoy rodeada de bolsas de compras que valen una fortuna.

El vestido rojo capta la luz, la seda brillando como sangre fresca. Debería quemarlo. Debería destruir todo lo que compró, negarme a usar una sola prenda. Pero mis dedos trazan la tela, recordando el hambre en sus ojos cuando salí con él puesto, la forma en que su control se resquebrajó por un momento.

—Ese era el que mejor te quedaba —dice Marco desde el umbral. Se ha quitado el saco, se ha arremangado las mangas, con un aspecto devastadoramente informal. La forma en que la camisa blanca se estira sobre su pecho me seca la boca—. Lo llevarás a la cena del domingo.

—No lo quiero. —La mentira sabe amarga en mi lengua.

—Mentirosa. —Se acerca, y odio cómo mi cuerpo responde de inmediato, con los pezones sensibles, el pulso acelerado—. Quieres

ponértelo. Quieres volver a ver esa mirada en mis ojos, ese momento en que mi control casi se rompió.

—Deliras.

—Estás perdiendo, *principessa*. —Se detiene justo fuera de mi alcance, pero su presencia llena la habitación, me eriza la piel con su conciencia—. Cada día, pierdes un poco más de terreno. Tu cuerpo ya se ha rendido. Solo está esperando que tu mente acepte la derrota.

Se acerca a donde tengo el vestido rojo, sus dedos se deslizan sobre la seda con el mismo toque posesivo que usa en mi piel. El gesto me corta la respiración, imaginando esas manos sobre mí en lugar de la tela.

—La cena del domingo es en tres días. —Se vuelve hacia mí, y la mirada en sus ojos hace que mis rodillas se debiliten. Una oscura promesa mezclada con un hambre apenas contenida—. Cuando te pongas esto…

Me alcanza en dos zancadas, acorralándome contra la pared. Su mano se apoya junto a mi cabeza, su cuerpo enjaulando el mío sin apenas tocarme. Puedo sentir el calor que irradia, oler su colonia mezclada con algo exclusivamente suyo: masculinidad en estado puro.

—Cuando te pongas esto —continúa, su voz bajando a ese tono grave que me persigue en sueños—, todos los hombres en esa mesa sabrán exactamente a quién perteneces. Todas las mujeres verán lo que he reclamado. Y, *principessa*…

Su mano libre se levanta, el pulgar apenas rozando mi labio inferior. El toque es ligero como una pluma, pero podría ser una marca de fuego por cómo quema. —No seré el único cuyo control se rompa.

La amenaza, o promesa, queda suspendida entre nosotros, eléctrica y peligrosa. Sus ojos bajan a mi boca y, por un instante sin aliento, creo que me va a besar. Mi cuerpo traidor lo anhela, mis labios se separan ligeramente, mi espalda se arquea lo suficiente para rozar mis pechos contra su pecho.

Pero él retrocede, ese control exasperante vuelve a su sitio, aunque veo que sus manos se flexionan con el esfuerzo de no tocarme. La pérdida de su calor me deja fría y adolorida.

—Tres días —dice, dirigiéndose a la puerta—. Intenta no tocarte demasiado pensando en ello. Quiero que estés desesperada cuando llegue el momento.

La puerta se cierra tras él con un suave clic que resuena en todo mi cuerpo. Me quedo temblando contra la pared, respirando con dificultad, retorciéndome para aliviar el dolor que ha creado y abandonado.

Mis dedos encuentran de nuevo el rosario de mi madre, pero ni siquiera su recuerdo puede enfriar el fuego que ha encendido en mi sangre.

No solo estoy perdiendo esta guerra.

Estoy empezando a preguntarme si de verdad quiero ganarla.

Más tarde esa noche, no puedo dormir. El vestido rojo cuelga en el armario como una burla, y mi piel todavía arde por todos los lugares que no tocó. El penthouse está en silencio —Marco se fue por «negocios» hace horas, y los guardias están apostados fuera, no dentro.

Me deslizo fuera del dormitorio con los pies descalzos. El pasillo se extiende ante mí, la luz de la luna pintando caminos plateados sobre el mármol italiano. He memorizado la distribución del apartamento durante mi cautiverio, sé qué tablas crujen, qué puertas están siempre cerradas.

La puerta de su estudio está entreabierta.

No debería. Probablemente es una trampa, otra prueba. Pero el atisbo de estanterías del suelo al techo me atrae como un imán. Empujo la puerta para abrirla más, conteniendo el aliento.

El estudio es magnífico e intimidante, igual que su dueño. Madera oscura, sillones de piel que probablemente cuestan más que un auto, y libros. Miles de libros que cubren tres paredes, sus lomos captando las luces de la ciudad a través de las ventanas. Primeras ediciones, manuscritos raros, textos en latín, italiano, ruso.

Mis dedos recorren las estanterías, leyendo títulos. Filosofía, historia, poesía... y entonces los encuentro. Una sección entera dedicada a la guerra y la estrategia. Sun Tzu, Clausewitz, Maquiavelo, Comentarios de César. No son piezas de exhibición; los

lomos están gastados por el uso, algunos marcados con tiras de cuero.

Saco De la guerra de Clausewitz, hojeando páginas cubiertas con la letra de Marco. Sus notas son meticulosas, conectando batallas históricas con disputas territoriales actuales, analizando dónde fallaron los generales y por qué. Su mente funciona en capas que no esperaba de un simple matón con pistola.

Una sonrisa amarga se dibuja en mis labios. Perfecto.

Selecciono tres libros —los que tienen las notas más extensas— y me los meto bajo el brazo. Si quiere controlar mi cuerpo, mis movimientos, mi ropa, bien. Pero no va a controlar mi mente. Estos libros serán mi pequeña rebelión, mi manera de mandarlo al carajo a él y a su autoridad.

De vuelta en mi habitación, los escondo bajo el colchón como si fuera contrabando. Lo cual, en cierto modo, son. Mañana, cuando se haya ido de nuevo, leeré cada nota que ha hecho. Aprenderé cómo funciona su mente. Encontraré sus debilidades.

Y tal vez, solo tal vez, dejaré algunas notas propias.

La idea me hace sonreír por primera vez desde que me robó de ese altar. Es una pequeña victoria, probablemente insignificante, pero es mía.

Me duermo soñando con derrotas militares y notas al margen escritas con rebeldía.

7 - Valentina

Hay tres soldados irlandeses en el penthouse de mi esposo, y estoy agazapada detrás de su escritorio en un camisón de seda, contando sus pasos sobre el mármol italiano mientras la voz de Marco promete la muerte.

—Eligieron la jodida noche equivocada.

Han pasado doce días desde que me robó del altar, y el orgullo de Liam finalmente ha superado su miedo. El protocolo que Marco me explicó ayer regresa de golpe: si alguien irrumpe en el penthouse, escóndete detrás de su escritorio en la oficina. No salgas hasta que él lo diga.

Mi corazón golpea contra mis costillas mientras me hago más pequeña detrás del enorme escritorio. El suelo de mármol es hielo contra mis pies descalzos; el fino camisón no ofrece protección contra el frío ni contra el miedo que me recorre. Había estado soñando con ese vestido rojo, con el hambre en los ojos de Marco cuando me viera en él, cuando el sonido de cristales rotos destrozó mi sueño apenas unas horas después de que por fin me había quedado dormida.

A través del hueco debajo del escritorio, puedo ver hacia la sala, donde las sombras se mueven en una coreografía mortal. Más cristales se rompen, esta vez más cerca. El acento inconfundible de las voces irlandesas llena el espacio, áspero y amenazador en la noche.

—¿Dónde está la chica, Rosetti?

—Vengan a averiguarlo —la voz de Marco es tranquila, con un filo oscuro.

Mis manos tiemblan mientras me abrazo las rodillas. Detrás de mí, oigo cómo se estrellan los muebles, algo pesado golpea la pared con fuerza suficiente para hacer vibrar el suelo.

—Los O'Brien quieren a su novia de vuelta —grita uno—. Su robo deshonró a nuestra familia.

—¿Tres muchachos con cuchillos? —la risa de Marco es suave, mortal—. Esto nos insulta a ambos.

El primer atacante se mueve y Marco se convierte en algo inhumano. La precisión de su violencia me deja sin aliento: un movimiento fluido para desarmar, otro para romper la muñeca del hombre, un tercero para clavarle un cuchillo entre las costillas. El sonido de un hueso rompiéndose, húmedo y definitivo, hace que la bilis me suba por la garganta. El soldado irlandés cae, la sangre formando un charco sobre el mármol italiano.

Me tapo la boca con la mano para ahogar un grito ahogado. El sabor a hierro me inunda la boca donde me he mordido la lengua para no gritar. Esto es lo que él es. Junto a lo que he estado durmiendo durante doce noches. Un asesino que se mueve como la mismísima muerte, hermoso y terrible a la vez.

Los dos soldados restantes avanzan juntos, con los cuchillos brillando bajo las luces de la ciudad que se filtran a través del cristal antibalas. Marco cambia de postura, y reconozco la tensión contenida de un depredador que se prepara para atacar. Su colonia ya no puede enmascarar el olor metálico de la sangre.

—¿Crees que puedes simplemente tomar lo que nos pertenece? —El más alto se lanza, la hoja cortando el aire donde Marco estaba un instante antes.

Pero Marco ya se ha movido, le ha agarrado la mano del cuchillo y la ha girado hasta que el hueso se rompe. El grito se corta cuando Marco le clava la rodilla en la sien al atacante. Otro cuerpo cae al suelo.

Observo desde detrás del escritorio, paralizada en mi sitio, horrorizada pero incapaz de apartar la mirada. Dios me ayude, mis pezones se endurecen bajo la seda mientras él se mueve. Excitándome mientras veo a mi marido matar a los hombres que vinieron a rescatarme. Pero «rescate» es solo otra palabra para «transferencia de propiedad», y al menos la jaula de Marco ya me resulta familiar.

El tercer atacante es más listo, más cuidadoso. Rodea a Marco como un lobo, buscando una debilidad. —Ella no pertenece a tu mundo, Rosetti. La princesa Bernardi merece algo mejor que ser tu prisionera.

—Ella está bajo mi protección. —La voz de Marco baja a un tono letal—. Eso es todo lo que importa.

Chocan con una eficacia brutal, una danza violenta de golpes esquivados y ataques bloqueados. La camisa de Marco se rasga, revelando el pecho musculoso que he estado intentando no mirar durante semanas. La sangre le mancha la piel como pintura de guerra, aunque no es la suya. Todavía no.

El cuchillo finalmente lo encuentra. La hoja le corta el hombro mientras él se gira para evitar un golpe mortal, y el rojo florece sobre la tela blanca. Marco ni siquiera se inmuta, simplemente agarra la garganta del atacante y aprieta hasta que los ojos del hombre se ponen en blanco. El cuerpo cae con un golpe sordo.

Tres hombres muertos en lo que parecieron unos instantes, su sangre pintando mi nueva realidad sobre el suelo de mármol. El penthouse apesta a cobre y violencia. Y Marco está de pie entre los cuerpos como un ángel vengador, hermoso en su brutalidad.

Las piernas no dejan de temblarme. Cuento los cuerpos: uno, dos, tres. Como contar las cuentas de un rosario. Tres hombres muertos en mi sala. No, su sala. Todo aquí es suyo, incluyéndome a mí. La idea me aterra menos que los cadáveres, y esa constatación es lo que más me aterra de todo.

La sangre gotea sin cesar del hombro de Marco, cada gota una pequeña explosión carmesí sobre el mármol. Se presiona la mano contra la herida, y cuando la aparta, su palma está resbaladiza y roja.

—Valentina. —Su voz me saca de mi parálisis—. Puedes salir.

Me pongo de pie con las piernas temblorosas, incapaz de apartar la vista de la carnicería. El equipo de limpieza llegará pronto. Los mencionó de pasada una vez, cómo hacen desaparecer los problemas.

—Estás sangrando. —Las palabras se me escapan antes de poder detenerlas.

—Estoy bien.

Pero no lo está. La herida es profunda, sigue sangrando y su rostro ha adquirido un tono grisáceo que delata la pérdida de sangre. Se tambalea ligeramente y se apoya en la pared.

Este es mi momento de elegir. Está herido, vulnerable. El ascensor podría funcionar si encuentro su tarjeta-llave. Podría huir mientras está débil, escapar de esta hermosa prisión. Pero, ¿a dónde iría? ¿De vuelta con mi padre, que me vendió? ¿Con los irlandeses, que acaban de intentar recuperarme con violencia?

Doce días. Eso es todo lo que me tomó elegir a mi captor por encima de mis rescatadores. Los libros de psicología se darían un festín conmigo. Pero los libros de texto los escriben personas que nunca han tenido que elegir entre diferentes versiones del cautiverio.

—Necesitas sutura. —Mi voz suena extraña, demasiado tranquila para alguien que está de pie entre cadáveres—. ¿Dónde está tu botiquín?

Me mira como si hubiera hablado en otro idioma. —Deberías estar huyendo.

—Estás sangrando —digo como si eso fuera una respuesta.

El equipo de limpieza llega con una eficacia silenciosa, con bolsas para cadáveres y lejía, haciendo que la muerte desaparezca como si nunca hubiera ocurrido. Trabajan a nuestro alrededor mientras guío a Marco al baño.

—Esto va a doler —le advierto, enhebrando la aguja de su botiquín.

—No puede ser peor que verte considerar huir. —Sus ojos se encuentran con los míos, algo crudo bajo el dolor—. Lo vi. El momento en que decidiste quedarte.

—Sí. —Presiono la aguja a través de la piel y lo veo agarrarse al lavamanos—. Elegí ayudarte.

Mis dedos recuerdan demasiado bien esta danza: el hilo a través de la carne, tirar con fuerza, anudar. La voz de mi madre resuena en mi memoria: «Manos firmes, tesoro. Llorar hace que las puntadas queden torcidas». A veces se lastimaba, accidentes, decía ella, aunque ambas sabíamos la verdad. Para cuando tenía doce años, ya sabía primeros auxilios básicos, podía tratar heridas menores, incluso antes de poner un pie en una sala de conferencias de medicina. La noche antes de que mamá muriera, tenía el labio partido y las costillas magulladas. La ayudé entonces, también.

—Has hecho esto antes. —No es una pregunta.

—Entrené. Además… mi madre. —Los recuerdos hacen que se me quiebre la voz—. Antes de morir. Padre… ella salía herida. Y yo la ayudaba después. Me enseñó primeros auxilios básicos, decía que toda mujer debería saber cómo cuidarse a sí misma.

Su mano detiene la mía, interrumpiendo mi trabajo. —¿Él la lastimaba?

—A veces. —Me suelto y sigo cosiendo—. Me enseñó a estar preparada. Me volví buena en eso. Demasiado buena.

Mientras me limpio su sangre de las manos, veo las manos de mi madre en las mías: firmes a pesar de todo, competentes en la crisis. Ella me enseñó a curar heridas. Ahora estoy curando las de mi captor. La ironía me quema la garganta.

—Intentó irse una vez —continúo, las palabras brotando sin control—. Fue entonces cuando las cosas empeoraron. Fue entonces cuando realmente aprendí a ayudar, a lidiar con las consecuencias.

La herida ya está limpia, cerrada con puntadas pulcras que dejarán una cicatriz mínima. Aplico antiséptico en la zona y siento cómo se tensa ante el escozor. Tan cerca, puedo oler su colonia mezclada con sangre, sudor y lejía, una combinación que hace que mi coño se apriete a pesar de todo.

—Listo. —Doy un paso atrás, pero su mano me agarra la muñeca, con una suavidad que el agarre de mi padre habría magullado.

—Él no te tocará —dice Marco en voz baja—. Nunca. Te lo prometo.

—Ya me vendió. —Los recuerdos del sufrimiento de mi madre me aprietan la garganta—. Igual que la destruyó a ella.

—Pero tú sobreviviste. —Me acerca más, y no me resisto—. Aprendiste a sanar lo que la violencia rompía. Eso no es debilidad, *principessa*. Eso es fuerza.

Aquí, de pie en su baño, con las manos aún ensangrentadas por curarle la herida, los recuerdos del sufrimiento de mi madre frescos en mi mente, algo cambia entre nosotros. Un entendimiento de que ambos hemos sido moldeados por la violencia: él como el que la inflige, yo como la testigo de sus secuelas.

No puedo dejar de temblar.

Han pasado horas desde el ataque, pero cada vez que cierro los ojos, veo cuerpos sobre el mármol, sangre acumulándose bajo una luz perfecta. El borde lejano de su cama donde he estado durmiendo se siente demasiado expuesto, a pesar de que el sistema de seguridad ha sido reparado y ahora dos guardias patrullan el pasillo.

Yazco rígida en mi lado de la cama tamaño *California king*, tan lejos de él como el colchón lo permite, pero no es suficiente. Las sombras parecen moverse, cada sonido me hace sobresaltar. ¿Qué pensaría mi madre si me viera desear el consuelo de mi captor? Pero mi madre está muerta y yo estoy viva, y estar viva significa sobrevivir como pueda.

—No puedo dormir. —La confesión me quema—. Sigo viéndolos. Oyéndolos.

—Ven aquí. —Su voz es áspera por el dolor o el agotamiento.

Debería negarme. Debería mantener la poca distancia que queda entre nosotros. Pero las pesadillas son más fuertes que mi orgullo, así que me deslizo por el espacio que nos separa hasta que quedo apretada contra su lado ileso.

—Necesito… —empiezo, y luego me detengo, insegura de cómo preguntar.

—¿Qué necesitas? —Su voz es gentil en la oscuridad.

—Solo… abrázame. Por favor. —Las palabras arden con vulnerabilidad.

Su brazo me rodea, con cuidado de no lastimarse, atrayéndome más cerca de él. Presiono mi rostro contra su pecho desnudo, inspirando su aroma, dejando que los latidos de su corazón ahoguen los ecos de la violencia. Su mano me acaricia el cabello con una sorprendente delicadeza.

—Siempre te protegeré —murmura contra mi pelo, sus palabras son un voto y una afirmación—. Nadie toca lo que es mío. Ni los irlandeses, ni tu padre, ni nadie que respire en mi ciudad.

—Esto no cambia nada —susurro contra su piel, aun cuando mi cuerpo se amolda al suyo.

—Lo sé. —Sus labios rozan mi cabello—. Pero déjame consolarte esta noche. Déjame abrazarte hasta que las pesadillas se desvanezcan. Aquí estás protegida, *principessa*. Siempre protegida.

Y de alguna manera, rodeada de su calor, refugiada en sus brazos, le creo. El consuelo que ofrece se filtra en mis huesos, ahuyentando el terror. Los latidos de su corazón, firmes bajo mi oído, sus brazos, fuertes a mi alrededor, manteniendo a raya la oscuridad.

Mis ojos se vuelven pesados, el agotamiento finalmente vence al miedo. El último pensamiento coherente que tengo es lo perfectamente que encajo contra él: cada curva encontrando su lugar contra sus duros planos. Lo bien que se siente esto, aunque no debería. Cómo mi cuerpo reconoce el suyo como seguridad, como hogar, incluso mientras mi mente se rebela contra la idea.

Me quedo dormida, a salvo en los brazos de mi captor, su calor ahuyentando el frío terror de la noche.

Cuando despierte, lo primero que sentiré será su verga presionada contra mi espalda, dura e insistente bajo la luz de la

mañana. Y la primera elección que haré será si alejarme o empujar hacia él, rindiéndome por fin a esta hambre que lleva doce días creciendo.

Pero esa es la batalla de mañana. Esta noche, me permito tener esto: su protección, su consuelo, sus brazos sosteniéndome como si fuera algo precioso en lugar de algo poseído.

8 - Marco

Todos los hombres en este club te están mirando, principessa. Quieren lo que es mío.

Las palabras arden en mi oído mientras guío a Valentina a través de la entrada VIP del Noir, con mi mano posesivamente colocada en la parte baja de su espalda. El vestido rojo se aferra a sus curvas como fuego líquido, el mismo vestido que puso a prueba mi control en esa boutique. Lo eligió esta noche sin que se lo pidiera, y ambos sabemos por qué. Quería volver a ver esa hambre en mis ojos, quería sentir el poder de llevar a Marco Rosetti al límite solo con seda y piel.

El club late con un bajo tan potente que se siente en el pecho; una oscuridad rota por luces estratégicas que vuelven todo íntimo y peligroso. Mi territorio. Mis reglas. Mi hermosa cautiva en exhibición para que todos los socios y enemigos vean exactamente a quién pertenece ahora.

La aparición de esta noche no es casual. La familia Torrelli está aquí, junto con representantes de Detroit. Después de doce días de especulaciones sobre el destino de la princesa Bernardi, necesitan verla conmigo, quiera o no. Necesitan entender que la alianza que temían está muerta, reemplazada por algo mucho más permanente.

—Sonríe —murmuro contra su oreja mientras pasamos por la mesa de los Torrelli—. Vas en representación del apellido Rosetti esta noche.

Su espalda se tensa bajo mi contacto, pero levanta la barbilla de esa manera desafiante que hace que me duela la verga. Doce días desde que la robé de ese altar, y todavía lucha contra mí con cada aliento. Excepto cuando su cuerpo la traiciona. Excepto cuando aprieta los muslos, tratando de aliviar el deseo que mi proximidad le provoca.

El reservado VIP tiene vistas a toda la pista de baile, posicionado para que todos puedan vernos mientras mantenemos nuestra privacidad. Me deslizo primero y luego la atraigo hacia mí, su muslo

presionado contra el mío, mi brazo sobre sus hombros. Encaja perfectamente a mi lado, como si hubiera sido tallada de las piezas que me faltaban.

—Esto es humillante —sisea, pero sus pezones están duros contra la seda, visibles para cualquiera que mire.

—Esto es un negocio. —Le hago una seña a la mesera para que nos traiga lo de siempre: whisky para mí, champán para ella—. Todas las familias necesitan ver que ahora eres mía. Sin confusiones. Sin preguntas.

La mesera, una rubia que generalmente coquetea, echa un vistazo a cómo sostengo a Valentina y mantiene la mirada baja. Chica lista.

—No soy tu trofeo —dice Valentina, pero no se aparta cuando mis dedos trazan su hombro desnudo.

—No —convengo, observándola estremecerse ante mi tacto—. Eres mucho más que eso.

Doce días de ella luchando contra mí, y estoy empezando a desear la batalla tanto como la victoria. Está cambiando algo en mí que no sabía que podía cambiar. La forma en que se enfrenta a mi familia, la forma en que se niega a quebrarse es embriagadora.

Llega el champán y la observo tomar un sorbo, su garganta moviéndose al tragar. Todo lo que hace es elegante, incluso su furia. Especialmente su furia. A nuestro alrededor, las conversaciones se detienen cuando la gente se percata de la presencia de la princesa Bernardi en mi reservado, luciendo mi fortuna en diamantes, marcada por mi presencia.

En la mesa de al lado, veo a la esposa de Torrelli, perfectamente peinada, con la mirada muerta, moviéndose solo cuando su esposo se lo permite. En eso se convierten las esposas de la mafia después de años de cautiverio. La comparación también debe ocurrírsele a Valentina, porque se tensa.

—Baila conmigo —digo, poniéndome de pie y extendiendo mi mano.

—Preferiría beber cloro.

—Mentirosa. —Me inclino, mi boca cerca de su oído—. Tu cuerpo sabe la verdad, aunque tu mente la niegue.

Se le sonroja el rostro, pero toma mi mano y deja que la guíe a la pista de baile. La multitud se abre para nosotros, todos reconociendo al Don y su novia robada. La música cambia a algo más lento, más sensual, y la pego a mí hasta que no queda espacio entre nosotros.

—Todo el mundo está mirando —dice, con sus manos en mis hombros.

—Bien. —Presiono mi palma en la parte baja de su espalda, sintiendo el calor de su piel a través de la seda—. Que vean lo perfectamente que encajas a mi lado.

Nos movemos juntos y, a pesar de su resistencia, sigue mis pasos a la perfección. Su cuerpo conoce el mío, responde a él, incluso mientras su mente se rebela. Puedo sentir su corazón acelerado donde su pecho se presiona contra el mío, sentir el ligero temblor en sus manos.

—Tú elegiste este vestido —digo contra su sien, inhalando su perfume.

—Era la única opción que no era completamente horrenda —miente, pero se le entrecorta la respiración cuando le doy una vuelta y luego la pego a mí con más fuerza.

—Lo elegiste porque querías que te mirara exactamente así. —Mi mano abarca su cintura, mi pulgar acariciando justo debajo de su pecho—. Porque recuerdas cómo reaccioné en esa boutique, al verte de rojo.

—Estás delirando.

Pero no lo niega. No puede, cuando su cuerpo prácticamente se derrite en el mío, cuando cada movimiento hace que su respiración se agite. La canción termina, pero la sostengo un momento más, dejando que cada hombre en este club vea que Valentina Rosetti es completa e irrevocablemente mía.

Regresamos al reservado, y la posiciono aún más cerca que antes, mi muslo presionado contra el de ella, mi brazo alrededor de sus hombros. Esta vez no se resiste; acepta la intimidad como si estuviera aprendiendo su lugar. Mis dedos juegan con su cabello, enroscando los mechones oscuros mientras asiento a varios socios que se acercan a presentar sus respetos.

Cada uno la mira con un deseo que intentan ocultar. Cada uno sabe que es mejor no dejar que ese deseo se note demasiado.

Tomo un sorbo de mi whisky, estudiando su perfil en la tenue luz del club. —Noté que faltaban algunos libros de mi biblioteca. Textos de estrategia militar: Clausewitz, Sun Tzu, los Comentarios de César.

Sus dedos se aprietan en su copa de champán, pero no me mira. —Qué fascinante.

—Son las ediciones con mis notas personales. Años de análisis. —Observo su garganta moverse al tragar—. ¿No sabrás por casualidad dónde están?

—Tal vez los hayas perdido de vista. —Ella levanta la barbilla de esa manera desafiante que me dice que está mintiendo—. Has estado distraído últimamente. Secuestrar novias requiere concentración.

—Yo no pierdo las cosas de vista —digo, apretando mi agarre en su hombro.

—Bueno, tal vez tengas ratones. —Toma otro sorbo, todavía evitando mi mirada—. Ratones muy educados.

—Ratones —repito, divertido a mi pesar. El leve rubor que sube por su cuello me lo dice todo. Mi pequeña principessa ha estado estudiando mis estrategias, leyendo mis pensamientos en los márgenes.

—O tal vez alguien los tomó prestados —sugiere, finalmente encontrando mis ojos con una inocencia ensayada—. ¿Sofía, quizás?

—Sofía no lee historia militar. —Dejo que mis dedos jueguen con un mechón de su cabello—. Pero alguien en mi penthouse al parecer sí lo hace.

Ella levanta la barbilla de esa manera desafiante que me enciende la sangre. —Entonces espero que los encuentres.

El desafío en su voz es inconfundible. Me está provocando, y ambos lo sabemos.

Antonio Salvatore se acerca a nuestro reservado sin ser invitado, y siento a Valentina tensarse a mi lado.

El teniente de los Salvatore se mueve con la arrogancia de un hombre que cree que el nombre de su familia significa algo en mi territorio. Sus ojos se fijan en Valentina, recorriendo su cuerpo con una apreciación que me hace apretar la mandíbula. Detrás de él, dos de sus soldados merodean, tratando de parecer despreocupados.

—Don Rosetti —dice, pero su atención permanece en mi esposa—. Y la bella señora Rosetti. Aunque he oído que el matrimonio fue... poco convencional.

—Las mejores cosas lo son —respondo, con la voz serena mientras la rabia se acumula en mi pecho.

Antonio se desliza en el reservado sin permiso, colocándose al otro lado de Valentina. Demasiado cerca. La falta de respeto es deliberada, calculada. Una prueba a mi derecho frente a todo el club.

—Oí que los irlandeses están planeando represalias —dice Antonio, sin dejar de mirar a Valentina—. Quizás la principessa estaría más segura bajo la protección de los Salvatore.

La amenaza es sutil pero clara. Cuestiona mi capacidad para proteger lo que es mío. Sugiere que necesita a alguien más.

—Los irlandeses saben a qué atenerse —digo, mi voz bajando a un tono de advertencia—. Y usted también debería.

—Se ve exquisita —le dice a ella, ignorando mi advertencia, y luego hace algo que firma su sentencia de muerte.

Le toca el brazo.

Sus dedos recorren su piel desnuda, posesivos y presuntuosos, mientras habla. —Las mujeres hermosas no deberían mantenerse enjauladas, Rosetti. Tal vez ella preferiría un poco de… libertad.

Me quedo inmóvil, letal. El tipo de quietud que hace que los hombres inteligentes corran.

Toda la sección VIP parece contener la respiración. Las conversaciones cesan. La música continúa, pero se siente distante, amortiguada por el rugido de la sangre en mis oídos. Este pedazo de mierda está tocando a mi esposa. Poniendo a prueba mi autoridad. Desafiando mi derecho sobre ella.

Valentina no se aparta, congelada entre nosotros, pero siento su pulso acelerado donde mis dedos descansan contra su garganta. Ella reconoce el peligro, siente mi rabia como electricidad crepitando en el aire.

—Quite su mano de mi esposa —digo, cada palabra precisa y letal —, antes de que se la quite yo permanentemente.

Antonio sonríe, el muy imbécil sonríe, su mano todavía sobre la piel de ella. —Quizás debería preguntarle qué es lo que quiere.

—Quiero —dice Valentina, y ambos nos giramos hacia ella—. Quiero que deje de tocarme.

Pero Antonio no mueve la mano. En cambio, le aprieta el brazo, de forma posesiva e insultante. —Vamos, bella. Seguramente preferiría a un hombre que la ganó como se debe, no a uno que la robó como un ladrón.

La falta de respeto resuena en toda la sección VIP. La gente ahora mira abiertamente, esperando a ver cómo el Don de Chicago maneja este desafío. Cómo protejo lo que es mío.

—Última oportunidad —digo en voz baja.

Se ríe.

Mi mano se dispara, agarrando la muñeca de Antonio antes de que pueda reaccionar.

El primer hueso se rompe con un chasquido sutil, sus ojos se abren con sorpresa. Luego giro, aplicando presión metódicamente, y el sonido de los huesos rompiéndose resuena sobre la música. Su radio se quiebra. Luego su cúbito. Cada rotura deliberada, diseñada para causar el máximo daño.

El grito de Antonio atraviesa el club mientras continúo rompiendo su mano hueso por hueso. La sangre se acumula en el suelo de mármol bajo nuestro reservado mientras las fracturas expuestas rasgan la piel. La precisión de todo, el control, lo hace peor que la violencia al azar. Esto es arte.

—Es mía —gruño, todavía aplastando lo que queda de su mano—. Mi esposa. Bajo mi protección.

Sus soldados dan un paso al frente pero se congelan cuando mis hombres se materializan entre la multitud, con las armas a la vista. Los clientes inteligentes ya se están alejando, dándonos espacio. Los estúpidos sacan sus teléfonos hasta que mi seguridad les hace reconsiderarlo.

Antonio se retuerce a nuestros pies, acunando su mano destrozada contra su pecho. Fragmentos de hueso blanco sobresalen a través de la piel desgarrada. Nunca volverá a usar esa mano correctamente. Cada vez que intente sostener algo, recordará el precio de tocar lo que pertenece a Marco Rosetti.

Me pongo de pie, levantando a Valentina conmigo.

La sangre se extiende por el mármol blanco, oscura bajo las luces del club. Antonio gime, tratando de arrastrarse, dejando un rastro rojo. La escena debería asquear a mi esposa. Horrorizarla. Debería hacer que se apartara del monstruo con el que se casó.

En cambio, se pega más a mí.

El calor del cuerpo de Valentina contra el mío me lo dice todo.

Está excitada. Por la violencia. Por verme destruir a un hombre por atreverse a tocarla. Puedo olerlo en ella, ese aroma dulce ahora más fuerte, mezclándose con perfume y champán. Sus pezones están duros contra mi pecho donde se presiona, y cuando se mueve, siento sus piernas apretarse, sus caderas bailando.

Pero también hay algo más, el pulso rápido en su garganta que habla de miedo, no solo de excitación. La forma en que sus dedos se entrelazan.

La seguridad llega para llevarse a Antonio, arrastrándolo mientras sangra y gime. Los otros clientes nos abren paso, las conversaciones se reanudan pero más silenciosas, todos hiperconscientes de lo que acaba de suceder.

Al otro lado del club, un movimiento me llama la atención. Christopher O'Brien está sentado en la barra, observándonos con un interés calculado, su cabello claro peinado hacia atrás para exponer cada centímetro de su cara de hurón. Levanta su whisky en un brindis burlón, su sonrisa afilada como el cristal. El hermano menor de los O'Brien, más inteligente que Liam, y por ello más peligroso. Ha estado demasiado callado desde la boda.

—¿Algún problema? —pregunta Valentina, siguiendo mi mirada.

—Todavía no —digo, pero ambos sabemos que es temporal—. Estás temblando —observo, con mi mano en su cintura.

—Sí —admite, pero no se aparta. Si acaso, se acerca más, buscando mi calor, mi presencia, incluso mientras siento su lucha interna.

—Te gustó —digo contra su oreja, no es una pregunta.

Se le corta la respiración. —Eso es enfermizo.

—Eso es honesto. —Mi pulgar acaricia su cintura a través de la seda.

Gira su rostro hacia mi pecho, escondiendo su expresión, pero siento la respuesta de su cuerpo. La forma en que se derrite contra mí, cómo sus manos se aferran a mi saco, el ligero movimiento de sus caderas buscando fricción.

—Cállate —susurra, pero no hay enfado en ello.

El club continúa a nuestro alrededor, pero existimos en nuestra propia esfera. Su excitación perfuma el aire entre nosotros, haciendo que mi verga se crispe.

—Vámonos —digo, empezando a guiarla hacia la salida.

—No. —Se detiene, mirándome con las pupilas dilatadas y las mejillas sonrojadas—. Todavía no.

—¿Por qué?

—Porque si nos vamos ahora, podría… —Se detiene, mordiéndose el labio.

—¿Podrías qué, principessa?

Se ríe, una risa amarga y hermosa, pero no responde.

Trazo su mandíbula con mis dedos, sintiendo cómo se apoya en mi mano a pesar de sí misma.

—Te odio —dice, pero sus manos todavía están aferradas a mi saco, manteniéndome cerca.

—Lo sé. —Le beso la frente, con una gentileza que contrasta con la violencia que todavía canta en mi sangre—. Pero de todos modos estás empezando a necesitarme.

9 - Valentina

Marco Rosetti está de pie junto a la estufa batiendo huevos con la suave destreza de una abuela italiana. La imagen me deja helada en el umbral de la cocina; mi camisón de seda de repente es demasiado fino, demasiado revelador, mientras la luz del sol que entra por los ventanales tiñe Chicago de dorado.

Por un momento, no puedo procesar lo que estoy viendo. Este es el mismo hombre que le destrozó la mano a Antonio por tocarme. El mismo hombre que lleva una pistola como otros hombres llevan la billetera. Pero aquí está, con las mangas arremangadas hasta los codos, mostrando unos antebrazos que se flexionan con cada movimiento del batidor, con un aire casi… doméstico.

Mi cuerpo traicionero responde de inmediato. Mis pezones se endurecen bajo la seda, ese dolor conocido se acumula entre mis muslos. Dos semanas durmiendo a su lado, respirando su aroma, y mi cuerpo ha aprendido a desearlo como una adicción que no puedo superar. El mármol está frío bajo mis pies descalzos y me vuelve hiperconsciente de cada paso, de cada roce de la seda contra mi piel sensible mientras me acerco más.

El hombro que le suturé ahora se mueve sin rigidez, casi curado de la cuchillada irlandesa. Mis manos recuerdan el calor de su sangre, cómo elegí curarlo en lugar de huir. El recuerdo hace que algo se retuerza en mi pecho. No es arrepentimiento, ni tampoco satisfacción, sino algo peligroso en el medio.

—Ya despertaste —dice sin voltearse. Por supuesto que me oyó acercarme. A este hombre no se le escapa nada.

—Cocinas. —Las palabras se me escapan antes de poder detenerlas, teñidas de genuina sorpresa.

Él mira por encima del hombro, con una sonrisa que se dibuja en sus labios con el filo justo para recordarme quién es. —Mi *nonna* insistía en que todos sus nietos aprendiéramos. «¿Y si te casas con una mujer que no sabe alimentarte como Dios manda?». —Su voz se suaviza en la palabra «nonna», con una ternura que nunca antes le

había escuchado. Luego sus ojos se oscurecen al recorrer mi cuerpo, visible a través de la fina seda—. Aunque estoy descubriendo que tienes otros apetitos que me interesa más satisfacer.

La intimidad de este momento se siente más peligrosa que cualquier amenaza que me haya hecho. Este es Marco sin la armadura de sus trajes, sin el frío control. Este es un hombre que aprendió recetas de su abuela, que bate huevos con la misma precisión que usa para todo lo demás.

—Esa es su salsa carbonara —continúa, señalando con la cabeza una sartén donde la crema y el queso burbujean suavemente—. Amenazaba con desheredar a cualquier nieto que usara salsa de bote.

A mi pesar, me acerco, atraída por la curiosidad y el increíble olor. La cocina es una maravilla de diseño moderno y electrodomésticos caros, pero en este momento se siente casi… normal. Como cualquier cocina donde alguien prepara el desayuno para alguien a quien quiere.

No. No puedo pensar así.

—¿Carbonara para desayunar? —pregunto.

—Solo un toque para dar sabor a los huevos revueltos —dice con un guiño—. No se lo digas a nadie.

Suelto una risa a medias.

¿Espresso? —Sirve de una máquina italiana, sin esperar mi respuesta. La taza que me entrega es de delicada porcelana; el café que contiene, intenso y perfecto.

La acepto porque negarme sería una mezquindad, y el primer sorbo me hace cerrar los ojos involuntariamente. Es extraordinario. Por supuesto que lo es. Todo en este *ático* está diseñado para seducir a través del lujo.

—Tu *nonna* te enseñó bien —admito, viéndolo servir los huevos revueltos con fluidez.

—Nos enseñó a todos. Decía que un hombre que no puede alimentar a su familia no es digno del apellido que lleva. —Pone un plato frente a mí y luego toma su propio asiento en la barra de desayuno. Cerca. Demasiado cerca. Su muslo roza el mío y el contacto me llega directo al centro del cuerpo—. El recuerdo de ella enseñándonos es uno de mis favoritos de la infancia.

La confesión queda suspendida entre nosotros mientras doy el primer bocado. Los sabores explotan en mi lengua. Intensos,

cremosos, perfectamente equilibrados. Un pequeño sonido de placer se me escapa antes de poder evitarlo.

Sus ojos se oscurecen al oír el sonido, con las pupilas dilatadas por un hambre que no tiene nada que ver con la comida. —Sigue haciendo esos sonidos, princesa, y el desayuno terminará de una manera muy diferente a la planeada.

El calor me inunda la cara y se acumula más abajo mientras mi centro se contrae ante la promesa en su voz. Me muevo en el taburete, tratando de aliviar el dolor, pero el movimiento solo lo empeora. La fina seda de mi camisón no ofrece ninguna barrera. Puedo sentir el cuero frío contra mi piel desnuda donde se ha subido.

Afuera, el amanecer continúa su lento avance sobre el horizonte de Chicago, bañándolo todo en oro. La luz transforma el *penthouse* de una prisión a otra cosa, algo que casi parece un hogar. Aparto el pensamiento, pero persiste.

—¿Y cómo habías planeado que terminara? —pregunto, a mi pesar—. El desayuno, quiero decir.

Sus dedos tamborilean el mostrador mientras piensa. —Quizás con un animado debate sobre novelas.

El sonido de incredulidad se me escapa antes de poder detenerlo. —Creeré que lees ficción el mismo día que un cuervo se convierta en alcalde de Chicago.

Su boca se contrae como si me hubiera atrapado en una trampa. —¿Has leído a Calvino?

—¿Italo Calvino? —parpadeo, mirándolo—. ¿De verdad lees ficción?

—¿Por qué tan sorprendida? —Toma su asiento en la barra de desayuno, lo suficientemente cerca como para percibir su colonia de bergamota—. ¿Pensabas que solo leía estrategia militar?

—Bueno, considerando que tienes tres estantes de…

—Cuatro estantes —me corrige—. Pero hay más en la biblioteca. Incluyendo una primera edición de Si una noche de invierno un viajero.

Casi me atraganto con mis huevos con infusión de carbonara. —¿Tienes una primera edición de Calvino?

—Varias, de hecho. Mi madre las coleccionaba. —Algo se suaviza en su expresión—. Le encantaba cómo jugaba con el concepto de la lectura en sí. La relación entre el lector y la historia.

—La forma en que rompe la cuarta pared —digo, olvidando por un momento con quién estoy hablando—. Haciendo del lector un personaje en su propia historia.

—Exacto. —Parece genuinamente complacido—. A la mayoría de la gente le parece pretencioso.

—La mayoría de la gente no tiene paciencia para la metaficción. —Doy otro bocado a los huevos, que están frustrantemente perfectos—. Aunque siempre he pensado que Las ciudades invisibles era su obra maestra.

—La conversación entre Marco Polo y Kublai Khan sobre ciudades que pueden o no existir. —Sonríe ligeramente—. Al final, todas las ciudades son Venecia.

—O cada ciudad es un reflejo de la mente del observador —replico—. Ese es todo el punto: vemos lo que estamos preparados para ver.

Me estudia con una expresión que no puedo leer. —¿Es eso lo que crees que estás haciendo aquí? ¿Viendo lo que estás preparada para ver?

—Creo —digo con cuidado—, que Calvino encontraría nuestra situación fascinante. Una realidad impuesta por la fuerza, pero cuya percepción sigue siendo de alguna manera negociable.

Se le escapa una risa corta; genuina, no calculada. —Mi esposa, la filósofa.

—Tu prisionera que resulta que lee —corrijo, pero con menos mordacidad de lo habitual.

—Hablando de leer. —Se levanta para rellenar mi café—. Esos libros de estrategia de guerra que definitivamente no tomaste de mi biblioteca… ¿te están resultando útiles?

El calor me inunda la cara. —No sé a qué te refieres.

—La nota que dejaste en el margen de Clausewitz fue particularmente perspicaz. —Su tono es casual, pero capto el destello de diversión en sus ojos—. Sobre cómo su concepto de fricción en la guerra se aplica a las disputas territoriales en Chinatown.

Me quedo helada, con el tenedor a medio camino de la boca. —¿Encontraste eso?

—«La debilidad de la familia Torrelli no son sus soldados, es la fricción en su cadena de suministro». Cita directa. —Definitivamente está disfrutando esto—. Tenías razón, por cierto. Los hemos estado abordando de manera equivocada.

—¿Cómo…? ¿Cuándo…?

—Anoche. No eres tan sutil devolviendo libros como crees. —Se apoya en el mostrador, observándome con ojos oscuros que contienen más diversión que amenaza.

La luz del sol es un destello de oro rosado sobre las encimeras, y el toque de ajo y jamón llena el aire.

—Esto está bueno —digo, señalando los huevos, necesitando llenar el silencio que se ha vuelto demasiado cómodo—. Muy bueno.

—Dos semanas, y ese es el primer cumplido genuino que me has hecho. —Su tono es ligero, pero hay algo debajo. Satisfacción.

Los días se han desdibujado en una rutina establecida sin mi consentimiento consciente. Él se va por negocios. Yo leo. Él regresa. Cenamos. Dormimos en la misma cama, yo aferrándome al borde como si eso pudiera salvarme, él dándome un espacio que no esperaba. Todas las noches, me toco pensando en su boca entre mis piernas, odiándome por necesitar lo que solo él puede darme.

—No te has ganado muchos cumplidos —replico, pero no hay verdadera mordacidad en mis palabras.

Se levanta para rellenar mi café, y me doy cuenta de que sabe exactamente cómo lo tomo. ¿Cuándo aprendió eso? ¿Cuándo dejé de notar que me observaba?

Le da un sorbo a su espresso, observándome por encima del borde de la taza con esos ojos oscuros que todo lo ven. —No eres una prisionera aquí, Valentina. Eres mi esposa.

—Una esposa a la que forzaste a punta de pistola —le recuerdo, necesitando restablecer los límites que siguen desdibujándose.

—Sí —acepta, sin más—. Pero una esposa al fin y al cabo. Y yo cuido lo que es mío.

La palabra «mío» me hace pensar en cómo destrozó la mano de ese hombre por tocarme. En cómo me abraza cuando las pesadillas me despiertan. En cómo ha hecho que este espacio se sienta seguro a pesar de todo. En lo mucho que me mojo cada vez que afirma su posesión.

—Desbloquearé la biblioteca —dice.

—Eso no cambia nada —digo, pero mi voz carece de convicción.

—No —concuerda—. Pero leerás los libros de todos modos. Y hablaremos de ellos durante la cena. Y fingirás que no disfrutas la conversación mientras tus ojos se iluminan discutiendo las motivaciones de los personajes. Mientras tu cuerpo se inclina hacia

mí sobre la mesa. Mientras olvidas, solo por un momento, que se supone que debes odiarme.

Tiene razón, y ambos lo sabemos. Esta rutina en la que hemos caído se está volviendo cómoda. Familiar. Casi como un matrimonio de verdad.

—¿Juegas ajedrez? —pregunta, como si él también estuviera imaginando un matrimonio real. Uno con intereses compartidos.

El cambio de tema me descoloca, y me imagino el ornamentado tablero de ébano y marfil que entreví en su despacho. —Mi madre me enseñó.

—A mí también. —Hace una pausa—. Solía decir que el ajedrez era la única guerra en la que ambos bandos comienzan en igualdad de condiciones.

—Pero eso no es cierto —argumento, incapaz de evitarlo—. El blanco tiene la ventaja del primer movimiento. Es pequeña, pero estadísticamente significativa.

—Hablas como alguien que ha estudiado el juego en serio.

—Hablo como alguien que se cansó de perder contra su madre. —La confesión se me escapa antes de poder detenerla.

—¿Alguna vez te habló de su origen? ¿El juego indio de chaturanga?

Niego con la cabeza, extrañamente cautivada por este atisbo de un Marco que discute sobre literatura e historia del ajedrez durante el desayuno.

—Cuatro divisiones del ejército —explica—. Infantería, caballería, elefantes, carros. Cada pieza moviéndose según su naturaleza, sus limitaciones. La reina —o consejero, como era entonces— solo podía moverse una casilla en diagonal. La pieza más débil del tablero.

—Hasta que el juego llegó a Europa —digo, recordándolo ahora—. Y de repente, la reina se convirtió en la pieza más poderosa.

—Los europeos afirmaron que era para honrar a Isabel de Castilla. —Sus labios se tuercen—. Pero yo creo que simplemente entendieron que subestimar a las reinas es un error fatal.

El peso de la declaración queda suspendido entre nosotros, no del todo un cumplido, no del todo una amenaza.

—¿Es eso lo que es esto? —pregunto—. ¿Ajedrez? ¿Soy una pieza que estás moviendo en tu tablero?

—No —dice simplemente—. Eres una jugadora. Solo que aún no has decidido si quieres ganar o volcar el tablero por completo.

El momento se extiende entre nosotros, tenso de posibilidades. Entonces su teléfono vibra, rompiendo el hechizo.

—Negocios —dice, revisando la pantalla con un ceño fruncido que promete violencia para quienquiera que nos haya interrumpido—. Tengo que irme.

La pérdida de su proximidad me deja fría y de alguna manera desolada. Se mueve por el *penthouse*, recogiendo lo que necesita, transformándose de nuevo en el Don que gobierna el bajo mundo de Chicago. El hombre que cocinó el desayuno desaparece bajo trajes caros y violencia controlada.

—Hay más carbonara en la sartén —dice, ajustándose los puños con la misma precisión que usa para todo—. Los libros están en la biblioteca. Tercer estante desde la ventana.

Asiento, sin confiar en mi voz. Este intercambio doméstico se siente demasiado normal, demasiado parecido a un matrimonio real en lugar de lo que realmente somos.

Se detiene en la puerta, luego regresa a donde yo estoy, congelada junto a la isla de la cocina. Antes de que pueda reaccionar, se acerca. Lo suficientemente cerca como para sentir el calor de su cuerpo, oler esa maldita colonia agridulce que provoca un cosquilleo entre mis muslos con solo una bocanada. Su mano ahueca mi mandíbula, su pulgar acaricia mi pómulo mientras se inclina. Sus labios se presionan contra mi frente, tiernos pero persistentes, y siento su aliento abanicando mi piel. El contacto hace que mis rodillas se debiliten, mi centro se contrae de necesidad.

—Que tengas un buen día, princesa —murmura contra mi piel, su voz ronca por la misma necesidad en la que me estoy ahogando.

Luego se va, dejándome sola con el eco de su ternura ardiendo en mi piel y la humedad acumulándose en mis bragas.

No me muevo por un largo momento, con la mano elevándose para tocar donde sus labios se presionaron. El gesto fue tan inesperado, tan gentil, tan diferente al hombre que me tomó a punta de pistola. ¿Quién es este hombre?

Luego se va, dejándome sola con el eco de una conversación normal, del tipo que dos personas podrían tener durante el desayuno si una no hubiera secuestrado a la otra. Del tipo que me hace olvidar, por peligrosos minutos a la vez, que esto no es real.

Mi teléfono suena desde el mostrador donde Marco lo dejó. El nombre de Alice parpadea en la pantalla. Él se ha ido; podría

responder libremente. Pero recuerdo su advertencia sobre elegir las palabras con cuidado.

—¿Val? —Su voz se quiebra cuando respondo—. Dios mío, de verdad contestaste.

—Hola, nena. —El apodo se me escapa, como la he llamado desde que nació.

—¿Estás bien? ¿De verdad bien? ¿No solo por decirlo?

Me acerco a la ventana, mirando Chicago extendiéndose abajo como el reino personal de Marco. —Estoy… es complicado, Alice.

—Papá dice que ahora estás con los Rosetti. Que lo de los irlandeses se canceló. —Su voz baja a un susurro—. Dice que te entregaste a cambio de la protección de nuestra familia.

Se me hace un nudo en la garganta. Por supuesto que mi padre lo contaría así, haciéndose la víctima y a mí el noble sacrificio. —Algo así.

—Val, lo busqué. A Marco Rosetti. Las cosas que dicen de él…

—Probablemente sean ciertas —la interrumpo, sin querer oír la lista de sus crímenes mientras aún puedo saborear el desayuno que me preparó—. La mayoría, en todo caso.

—Entonces, ¿cómo puedes…?

—Porque la alternativa era que te casaras con Christopher O'Brien. —La verdad se me escapa antes de poder detenerla—. Y eso no iba a suceder.

El silencio se extiende entre nosotras. Luego, en voz baja: —Papá mencionó a Christopher ayer. Dijo que como tú no estás disponible, tal vez sea hora de reconsiderar…

—No. —La palabra sale lo suficientemente afilada como para cortar—. Eso no pasará. Me aseguraré de ello.

—¿Cómo? Estás atrapada allí…

—No estoy atrapada. —La admisión nos sorprende a ambas—. Quiero decir, lo estoy, pero es… Marco no dejará que mi padre te use de esa manera. Me he asegurado de ello.

—¿Entregándote a él en su lugar?

Pienso en sus labios en mi frente hace un momento, gentiles a pesar de todo lo que él es. —No es tan simple.

—Val, ¿tú… te está empezando a importar?

La pregunta queda suspendida entre nosotras, cargada de implicaciones que no estoy lista para examinar.

—Tengo que colgar —digo en lugar de responder—. Pero, Alice, estás a salvo. Concéntrate en tus estudios. Todo lo demás... yo me encargo.

—Te quiero —susurra ella.

—Yo también te quiero.

Lavo los platos del desayuno lentamente, procesando los acontecimientos de la mañana. Alice está bien. Marco Rosetti lee a Calvino. Su madre coleccionaba primeras ediciones. Encontró mis notas de estrategia y las consideró perspicaces en lugar de amenazantes.

Más tarde, me encuentro en la biblioteca con Las ciudades invisibles, leyendo sus notas al margen con una letra cuidada. Junto a la descripción de Zaira, una ciudad definida por relaciones y recuerdos en lugar de edificios, ha escrito: «Todo imperio se construye en última instancia sobre la percepción en lugar del poder».

Sin pensar, tomo un bolígrafo y añado debajo: «Entonces todo imperio puede reconstruirse reformulando esa percepción».

Se siente como el comienzo de algo. No una rendición, no exactamente. Pero quizás Calvino tenía razón: toda historia es una conversación entre escritor y lector, donde cada uno crea al otro a través del acto de participar.

Empiezo a pensar que Marco y yo estamos escribiendo algo que ninguno de los dos pretendía.

Y ya no estoy segura de quién es el autor y quién es el lector.

10 - Valentina

Tres semanas desde que me robó del altar. Tres semanas fingiendo que nada ha cambiado, cuando en realidad todo lo ha hecho. Ahora estoy de pie frente al espejo de cuerpo entero en el *ático* de Marco, observándolo abrochar diamantes alrededor de mi garganta. Cada piedra es otra cadena, otra reafirmación de su poder, y esta noche todas las mujeres de la élite de Chicago lo sabrán.

—Hermosa —murmura contra mi oído, sus dedos demorándose en el punto de mi pulso donde descansa el collar—. Mi reina.

Toco los diamantes deliberadamente, sintiendo su peso. Dejo que crea que es sumisión. Sé que es una estrategia. —Querrás decir tu trofeo.

Su reflejo sonríe, oscuro y sabio. —Ambas cosas.

El vestido negro de Valentino se adhiere a cada una de mis curvas, el tipo de vestido que deja claras las intenciones. Pero son los diamantes los que me marcan como suya. Las joyas de la familia Rosetti que no se han usado en público desde la muerte de su madre. Todas las personas en la subasta benéfica de esta noche entenderán el significado.

El rosario de mi madre está escondido en mi bolso de mano, su peso familiar me recuerda lo que les sucede a las mujeres que disfrutan demasiado de sus jaulas. Pero cuando la mano de Marco se posa posesivamente en la parte baja de mi espalda para guiarme al ascensor, me inclino ligeramente hacia su contacto. La traición de mi cuerpo se está volviendo una costumbre.

El salón de baile del Palmer House brilla con un peligro disfrazado de elegancia. Tommy espera con el auto mientras el equipo de seguridad de Marco flanquea nuestra entrada, sus manos nunca se alejan demasiado de las armas ocultas. Dos más de sus soldados se mezclan entre la multitud, sus ojos siguiendo cada movimiento hacia nosotros. El aroma del perfume caro no logra enmascarar del todo el aceite de armas y la violencia apenas contenida que sigue a hombres como mi esposo.

Las conversaciones se detienen a nuestro paso. La reputación de Marco lo precede. El Don que se llevó a una novia del altar, que le rompió la mano a un hombre por tocar lo que era suyo. Las mujeres me miran con una mezcla de envidia y lástima. Los hombres no me miran en absoluto, demasiado conscientes de lo que le pasó al último que lo hizo.

—La infame señora Rosetti —se acerca Margaret Whitmore, su sonrisa tan afilada como el invierno. Es la esposa del senador Whitmore, intocable para la policía de Chicago, pero muy consciente de quién dirige realmente esta ciudad—. Se ve radiante. El cautiverio le sienta bien.

La pulla es una prueba en busca de debilidad. Levanto la barbilla, canalizando cada lección de compostura regia que mi madre me enseñó antes de que mi padre la destruyera. —La libertad está sobrevalorada cuando la jaula viene con un Cartier.

Su risa es de sorpresa, reevaluándome. —Ciertamente. Aunque imagino que algunos pájaros cantan más bonito enjaulados que otros.

—Solo si eligen cantar —replico, sintiendo la aprobación de Marco en la forma en que su pulgar acaricia mi columna.

Se retira, captó el mensaje. No soy una víctima temblorosa. Estoy eligiendo estar aquí, eligiendo usar sus diamantes, eligiendo interpretar este papel. Aunque la elección no sea del todo mía.

—Magnífica —murmura Marco contra mi sien, su aliento agitando mi cabello—. Estás aprendiendo a ser mi reina.

El elogio me reconforta a pesar de mí misma, un calor que se acumula en la parte baja de mi vientre. Me he vuelto adicta a estos momentos de aprobación, a estos destellos de orgullo en sus ojos oscuros. Mi madre estaría horrorizada.

La subasta comienza con la parafernalia habitual. Ejecutivos de hospitales agradeciendo a los donantes, historias lacrimógenas sobre niños enfermos, la cuidadosa danza de la caridad que en realidad se trata de deducciones de impuestos y posicionamiento social. Marco oferta de vez en cuando, lanzando dinero a las causas con la misma indiferencia casual que usa para todo lo que no soy yo.

Entonces comienza la subasta de personas.

—¡Señoras, preparen sus chequeras! —retumba la voz del subastador—. Nuestro siguiente artículo es un baile con una de las mujeres más encantadoras de Chicago. ¡La señora Valentina Rosetti!

Se me hiela la sangre. Miro a Marco, cuya expresión se ha vuelto letal. Por supuesto que lo sabía. Él controla cada detalle de mi vida. Esta es otra prueba, otra muestra pública de posesión.

—Tú lo sabías —susurro.

—Sé todo lo que pasa en mi ciudad. —Su voz podría congelar el cristal—. La pregunta es si alguien será lo suficientemente estúpido como para ofertar.

Antes de que pueda responder, un familiar acento irlandés atraviesa el murmullo de la multitud. —Cincuenta mil por un baile con la hermosa señora Rosetti.

Liam O'Brien está de pie al otro lado del salón, sus ojos verdes fijos en los míos con una malicia calculada. Mi antiguo prometido, con quien se suponía que debía casarme antes de que Marco me robara. El príncipe irlandés poniendo a prueba al rey italiano.

El salón de baile entero queda en silencio. Esto ya no se trata de caridad. Se trata de territorio, de quién es dueño de qué en el bajo mundo de Chicago.

—Cien mil —dice Marco, su tono conversacional pero mortal.

La sonrisa de Liam es fría. —Ciento cincuenta. Algunos premios valen la pena el costo. Incluso los robados.

A nuestro alrededor, siento el cambio en el ambiente de la sala. Manos moviéndose hacia armas ocultas, cuerpos posicionándose para una posible violencia. Los soldados de Marco se acercan al escenario.

—Doscientos mil —dice Marco, cada palabra precisa como una bala.

Liam lo considera, sus ojos desnudándome mentalmente, calculando si presionar más vale una posible guerra. —Doscientos cincuenta. A menos de que le preocupe la competencia, Rosetti. ¿Teme que ella recuerde lo que se está perdiendo?

El insulto da en el clavo. Marco se queda quieto a mi lado, el tipo de quietud que precede a la violencia. Cuando habla, su voz carga con suficiente amenaza como para hacer retroceder a los asesinos más experimentados.

—Quinientos mil. —La cifra cae en el silencio—. Ella ya es mía. Esto es solo para que a cualquiera que lo olvide le cueste caro.

El martillo del subastador golpea antes de que Liam pueda responder. —¡Vendido! ¡Quinientos mil dólares al señor Rosetti!

Los aplausos son nerviosos, inciertos. Todos reconocen lo que acaba de pasar. Una declaración pública de posesión que vale una fortuna. Pero mientras Marco me lleva a la pista de baile, no me siento humillada.

Me siento poderosa.

Gastó medio millón de dólares solo para recordarles a todos que le pertenezco. El pensamiento me moja, hace que mis pezones se endurezcan bajo el vestido de diseñador. Mi cuerpo ha aprendido a anhelar su posesión tanto como lucha contra ella.

Su mano quema a través de la seda en mi cintura mientras bailamos, su otra mano sujetando la mía con una posesividad deliberada. Todos los ojos en el salón nos observan. El Don y su novia robada, una declaración pública de quinientos mil dólares girando por la pista.

—Disfrutaste eso —murmura contra mi oído, su aliento me hace temblar—. Ver cómo lo destruía financieramente solo para demostrar un punto.

—Deliras —logro decir, pero mi voz sale entrecortada.

—Tu cuerpo dice lo contrario. —Su mano se aprieta en mi cintura, el pulgar acariciando justo debajo de mi pecho donde otros pueden ver—. Tus pupilas están dilatadas. Tu pulso está acelerado. Y si deslizara mi mano bajo este vestido ahora mismo, te encontraría chorreando.

La cruda verdad hace que me sonroje. Porque tiene razón. Estoy empapada, retorciéndome con cada movimiento del baile. Una parte oscura de mí ama esto. Valer tanto para él que humillará públicamente a sus rivales solo para quedarse conmigo.

—Cuidado, Rosetti —interviene la voz de Liam mientras pasa cerca durante su propio baile—. Algunos premios vienen con un precio de sangre. Los irlandeses tienen buena memoria.

Marco ni siquiera lo mira. —Y yo tengo un sótano perfecto para acortarlas.

La amenaza es casual, como si nada. Liam palidece y se aleja, su pareja de baile parece aliviada cuando la canción termina. A nuestro alrededor, los otros bailarines nos dan espacio, reconociendo el peligro que irradia mi esposo.

—Deberíamos irnos —susurro, consciente de la atención, de la forma en que la gente cuchichea detrás de manos bien cuidadas.

—Todavía no. —Su mano se desliza por mi espalda, sus dedos trazando mi columna con una oscura promesa—. Quiero que cada persona aquí vea exactamente a quién le perteneces. Quiero que te vean derretirte en mi contacto a pesar de ti misma.

Me hace girar y luego me jala de nuevo contra su pecho, mi espalda contra su frente. Sus manos se posan en mis caderas, posesivas e inconfundibles. En la pared espejada, nos veo. Él, oscuro y peligroso detrás de mí, yo, sonrojada y obviamente excitada en sus brazos.

—Mira —ordena en voz baja—. Mira en lo que te has convertido.

En el reflejo, veo a una mujer que no reconozco. Cubierta de diamantes que la marcan como una propiedad. El cuerpo dócil contra su captor. Los ojos oscuros por la necesidad en lugar del miedo. Me veo como todas las esposas de la mafia en las que juré que nunca me convertiría.

—Te odio —susurro, pero mis caderas se presionan contra él, sintiendo su erección a través de nuestra ropa.

—No —me corrige, su boca en mi garganta—. Odias que quieres esto. Que me quieres a mí. Que quieres ser mi reina oscura.

La canción termina, pero me sostiene un momento más, dejando que todos lo vean. Cuando finalmente regresamos a nuestra mesa, las mujeres me miran con un nuevo respeto mezclado con miedo. No soy solo su cautiva. Soy su obsesión elegida, digna de bancarrotas y derramamiento de sangre.

El resto de la noche transcurre en una neblina de felicitaciones y una distancia cuidadosa. La gente se acerca a presentar sus respetos, pero no se queda. Liam y la delegación irlandesa se van temprano; captaron el mensaje. La esposa del senador asiente hacia mí con algo parecido a la aprobación.

En el auto, después, la mano de Marco encuentra mi muslo, posesiva y cálida. —Quinientos mil —reflexiona, su pulgar acariciando más arriba—. Valió cada centavo para verte darte cuenta de lo que eres.

—¿Y qué es eso? —Mi voz tiembla, mis uñas se clavan en mis palmas.

—La señora —su mano sube más, por debajo del dobladillo de mi vestido y a lo largo de mi muslo hasta que juega con el borde de mis bragas—, jodida —hace a un lado las bragas y encuentra el calor

húmedo dentro de ellas, pasando un dedo por mi humedad—, Rosetti. —Introduce un dedo en mí, haciéndome jadear.

Veo mi reflejo en la ventana. Diamantes en mi garganta, sus marcas en mi piel, mis labios hinchados de morderlos durante el baile. Cuando sus dedos me acarician, separo más las piernas, odiándome por el gemido que se me escapa.

—Dime que quieres esto —me desafía—. Llámame esposo y suplica quedarte conmigo.

—Nunca —jadeo, aun cuando mis caderas se mecen contra su mano.

Su risa es oscura, sabia, con un filo de peligro. —Oh, lo harás. Y cuando lo hagas, me tendrás todo para ti, *principessa*. Cada. Jodido. Centímetro.

Y cuando retira su mano de mí, lamiendo sus dedos lentamente, y luego se da la vuelta y mira por la ventana la ciudad que pasa borrosa, casi cedo. Casi me inclino y lo tomo en mi boca, cualquier cosa para estar más cerca de su cuerpo. Se necesita cada ápice de fuerza de voluntad que poseo para darme la vuelta y tragarme mis gemidos, fingiendo que no me importa.

11 - Marco

El día después de la subasta. Desde que gasté medio millón de dólares para recordarle a Chicago a quién le pertenece Valentina. Desde que se apretó contra mí en el auto después, tan mojada que podía oler su excitación, tan cerca de rendirse antes de echarse para atrás de nuevo.

Hoy le doy algo más valioso que los diamantes: la ilusión de libertad.

La pared de monitores de seguridad llena el muro de mi oficina, cada pantalla rastreando un ángulo diferente de las calles de Chicago. Mi esposa camina por ellas como si fuera la dueña de la ciudad, su cabello oscuro capturando la luz del sol de abril mientras se mueve entre multitudes que no tienen idea de que se abren paso para una Rosetti.

—Se dirige al norte por la State —la voz de Tommy crepita a través del auricular—. Manteniendo la distancia como se ordenó. Vimos a los hombres de Torrelli dos cuadras al este, pero no se están moviendo hacia ella.

Me reclino en mi sillón de cuero, firmando sentencias de muerte mientras sigo sus movimientos. Tres rivales deben desaparecer después de la disputa territorial de anoche. Mi firma sella su destino mientras la observo detenerse en un cruce peatonal. La forma en que inclina el rostro hacia el sol, respirando profundo como si hubiera estado semanas bajo el agua, hace que algo se me retuerza en el pecho.

Demasiado tiempo desde que la probé. Desde que se deshizo en mi lengua llamándome esposo. El recuerdo me obliga a reacomodarme, ya duro y adolorido solo por verla a través de una puta cámara.

—Déjala respirar, Tommy. Pero si alguien se le acerca, quiero saberlo antes de que esté a menos de tres metros.

El dispositivo de rastreo en su teléfono muestra su camino con claridad, pero necesito tener ojos sobre ella. Necesito ver qué

decisiones toma cuando cree que no la estoy mirando. Pero lo hago. Siempre contando: sus respiraciones, sus pasos, las treinta y ocho veces que se tocó el cuello hoy, donde mi boca estuvo esta mañana.

Entra al zoológico de Lincoln Park y cambio a las cámaras públicas que mi especialista en tecnología hackeó hace años. Los caminos están casi vacíos tan temprano en un martes. Deambula lentamente, deteniéndose a leer letreros sobre animales que probablemente vio de niña, antes de que su madre muriera, antes de que su mundo se convirtiera en jaulas y contratos.

Entonces encuentra a los pingüinos.

Veinte minutos. Se queda frente a ese cristal durante veinte minutos completos, observándolos zambullirse y salir a la superficie, zambullirse y salir a la superficie. Su mano se apoya contra la barrera entre ella y la libertad contenida de ellos. Una criatura enjaulada observando a otra. Si huye, la cazaré hasta los confines de la tierra.

—Jefe —la voz de Tommy de nuevo—. Solo está… parada ahí.

—Ya lo veo. —Aprieto la mandíbula cuando un corredor pasa demasiado cerca. Ella se hace a un lado y yo memorizo su rostro. Por si acaso.

Pero lo que realmente veo hace que mi pecho se oprima con algo más oscuro que la posesión. La forma en que sus hombros finalmente se relajan, la primera sonrisa genuina que le he visto que no esté teñida de sarcasmo o rabia. De repente, parece joven. Como la chica de veintitrés años que es, no la superviviente endurecida en la que ha tenido que convertirse.

Que corra. Que lo intente. Aprenderá lo que sucede cuando huyes de un Rosetti.

La cafetería en la Avenida North es exactamente el tipo de lugar que Valentina habría frecuentado antes de que la tomara. Ladrillo a la vista, expreso carísimo, universitarios liberales que no saben que sus lates se sirven en una ciudad de la que soy dueño.

Sarah Harrison la encuentra a los pocos minutos. Vieja amiga de la universidad según mis archivos, estudia derecho en Northwestern, su padre es un juez federal. Conexiones peligrosas para que mi esposa las mantenga.

—Val, por Dios. —La voz de Sarah llega a través del micrófono en el teléfono de Valentina—. Todos han estado muy preocupados. Después de la boda…

—Es complicado.

Se sientan en un reservado de la esquina, Sarah se inclina hacia adelante con la intensidad de alguien que cree que está salvando a una amiga. La mano de Valentina se desvía hacia su cuello, sus dedos trazando el lugar donde presioné mis labios esta mañana, donde le susurré lo que le haría cuando llegara a casa si tan solo me lo pedía. El gesto inconsciente, ese recuerdo del contacto, hace que se me contraiga la verga.

—No es complicado —insiste Sarah, bajando la voz—. Fuiste secuestrada. El FBI tiene un grupo de trabajo. Mi papá conoce a gente que puede…

—Sarah, detente.

—No, Val, escucha. Podemos sacarte. Ahora mismo. Hay un taxi afuera. Vamos directo al Edificio Federal. Estarás en custodia protectora en una hora.

La oferta queda suspendida entre ellas como una pistola cargada. Es este. El momento de la verdad. Mi mano se cierne sobre mi teléfono, lista para llamar a cada soldado que tengo. Si se sube a ese taxi con Sarah, incendiaría medio Chicago para recuperarla.

Los dedos de Valentina todavía descansan en su garganta, presionando el punto exacto donde estuvo mi boca, su cuerpo aferrándose a mí incluso cuando su mente quiere soltarme. —No puedo.

—¿Qué quieres decir con que no puedes? Val, esta es tu oportunidad…

—Elijo no hacerlo. —Su voz tiene ese filo de autoridad que ha estado desarrollando. Ese temple Rosetti que me hace querer doblegarla sobre mi escritorio y follármela hasta que grite—. Mi situación está… controlada.

—¿Controlada? Te tiene Marco Rosetti. *El* Marco Rosetti. ¿Entiendes de lo que es capaz?

La risa de Valentina es oscura, de complicidad. —Mejor que nadie. Lo he visto romperle la mano a un hombre por tocarme. Lo vi matar a tres soldados irlandeses en nuestra sala.

El uso casual de «nuestra» hace que mi agarre apriete el bolígrafo hasta que se rompe.

Sarah se estira sobre la mesa y toma las manos de su amiga. —Esta no eres tú. La Val que conocí nunca…

—La Val que conociste está muerta. —Valentina retira sus manos con cuidado—. Tengo que irme.

—Val, por favor. Solo piénsalo. Llámame si cambias de opinión.

Valentina se pone de pie y por un momento creo que podría aceptar la oferta. En cambio, se inclina para besar la mejilla de Sarah, una despedida que se siente definitiva.

—Cuídate mucho —dice, y luego sale, dejando atrás su antigua vida una vez más.

La voz de Tommy en mi oído: —Rechazó la ayuda. Pudo haber gritado, pudo haber corrido. Eligió irse sola.

La observo en las cámaras de la calle, la forma en que se detiene fuera de la cafetería, con la mano en la garganta de nuevo.

—Quédate con ella —le ordeno a Tommy, luego me dirijo a Luca, que ha estado sentado frente a mí, limpiando sus armas mientras observo a mi esposa—. Encárgate de la situación de los Torrelli. Quiero que su capo desaparezca para el atardecer.

La sonrisa de Luca es puro diente. —¿Qué tan desaparecido lo quieres?

—Desaparecido en el lago Michigan.

—Mi tipo favorito. —Se levanta, guardando su pistola—. Te tiene muy tenso, hermano. ¿Cuándo vas a dejar de jugar y simplemente follártela?

—Cuando me lo suplique.

—Por lo que oí, ya lo hizo. Con su boca en tu…

El pisapapeles golpea la pared donde estaba su cabeza, pero Luca ya se está moviendo, riéndose mientras sale.

La librería en la Avenida Michigan es una de las últimas independientes, demasiado terca para morir como la mujer que recorre sus estantes. Alterno entre las cámaras de seguridad, observando cómo sus dedos se deslizan por los lomos de los libros. La forma en que se muerde el labio mientras lee me hace imaginar esos dientes en mi piel.

Se detiene en la sección de filosofía, toma a Marco Aurelio. Sé que ya ha leído mi copia, dejó sus propias notas en mis márgenes. La idea de su caligrafía mezclada con la mía se siente más íntima que el sexo.

Luego encuentra la sección de estrategia.

Se me corta la respiración cuando alcanza «El Arte de la Guerra» de Sun Tzu. La misma edición que tengo. Lo abre, lee, y algo cambia en su expresión. Una decisión que se cristaliza.

Lo lleva al mostrador, paga en efectivo. Dinero de la billetera que dejé en el tocador esta mañana, otra prueba superada. Le pide

prestado un bolígrafo al cajero y garabatea algo dentro del libro, pero no logro distinguir lo que escribe.

—¡Maldita sea! —golpeo el escritorio con el puño.

—Jefe —la voz de Tommy se tensa—. Se dirige al cementerio St. Mary's.

Donde está enterrada su madre. Donde mi madre descansa tres hileras más allá.

Cambio a las cámaras de tráfico, siguiendo el camino del taxi a través de las venas de Chicago. La veo pagarle al conductor, caminar a través de las puertas de hierro que han presenciado demasiado dolor. Sus tacones, los Louboutin que le compré, se hunden ligeramente en la hierba.

Encuentra la tumba de su madre fácilmente. «Chiara Bernardi, Amada Madre».

Valentina se arrodilla, su caro vestido se extiende sobre el suelo frío. El libro descansa a su lado mientras traza el nombre de su madre.

—Hola, mamá. —Su voz a través del micrófono del teléfono es suave, rota—. Sé que ha pasado un tiempo.

Le cuenta a su madre sobre la boda que no fue, el matrimonio que es. Sobre mi familia, sobre la violencia, sobre la forma en que la observo.

—¿Qué pensarías de mí ahora, mamá? —Las palabras se le atascan, las lágrimas fluyen—. No se parece en nada a papá. Es peor. Él hace que yo quiera la jaula. Hace que olvide por qué debería odiarlo.

La confesión queda suspendida en el aire de abril. Ahora llora de verdad, sus hombros tiemblan.

—Cuando me mira, siento que existo. Que importo. No como una propiedad, sino como... Dios, mamá, pienso en él constantemente. Sueño con él.

El informe de Tommy vibra en mi teléfono: «Lleva quince minutos llorando. ¿Debería...?».

—Ni se te ocurra acercarte a ella —le escribo de vuelta, mi mano libre agarrando el escritorio con la fuerza suficiente para dejar marcas.

Se queda otros diez minutos, susurrando cosas que el viento se lleva. Cuando se levanta, se besa los dedos y los presiona contra la lápida.

—Me voy a casa —le dice a la tumba—. Con él. Y creo que… creo que quiero hacerlo.

El portero de mi edificio, George, que ha estado aquí desde antes de que comprara el *ático*, no oculta su sorpresa cuando Valentina atraviesa el vestíbulo sola.

—Señora Rosetti —la saluda con cuidado—. ¿Quiere que avise que sube?

—No es necesario. Llegué a casa. —La palabra sale de sus labios con naturalidad, y la veo congelarse al escuchar lo que ha dicho—. Quiero decir, voy a subir.

—Por supuesto, señora Rosetti. Bienvenida a casa.

Se sonroja, pero no lo corrige de nuevo. El ascensor sube y yo cierro las señales de seguridad, moviéndome de mi oficina a la sala.

El ascensor suena. Entra con sus llaves, las que dejé al lado del dinero. Otra prueba superada.

Me ve de inmediato. Levanta la barbilla de esa manera desafiante que me hace querer estamparla contra la pared más cercana y follármela hasta arrancarle ese desafío.

—Te compré algo —me dice, metiendo la mano en su bolso y sacando el libro que compró.

Lo presiona contra mi pecho, sosteniéndolo ahí, demorándose, retándome a que lo acepte. Cuando finalmente lo hago, retira sus manos como si yo estuviera hecho de fuego.

Abro inmediatamente la página del título y leo la dedicatoria que escribió: «Conoce a tu enemigo, pero ¿qué pasa cuando tu enemigo también te conoce a ti?».

—Ese viejo lugar en la Avenida Michigan nunca tiene primeras ediciones —digo con pereza, tensándome ante su reacción.

Se acerca más, cada paso deliberado. —Me estuviste observando hoy.

Es una afirmación, no una pregunta.

—Cada segundo.

—Eso es enfermizo.

—Eso es protección. —Me pongo de pie y ella da un paso instintivo hacia atrás. Bien. Debería recordar lo que soy—. ¿Crees que te dejaría deambular por mi ciudad sin saber exactamente dónde estás? ¿Quién está cerca de ti? ¿Qué hijo de puta te está mirando más de la cuenta?

—No iba a huir.

—¿No? —Me acerco más, acorralándola contra la estantería—. El FBI estaba justo ahí, *principessa*. La libertad en bandeja de plata.

—Regresé.

—Volviste a casa. —La encierro con mis brazos, sin tocarla del todo, pero lo suficientemente cerca como para que sienta mi calor—. Dilo bien.

Su respiración se corta. —Regresé al *penthouse*.

—Inténtalo de nuevo. —Mi mano se mueve hacia su garganta, el pulgar presionando el lugar que ha estado tocando todo el día. Su pulso martillea bajo mi tacto—. ¿A dónde viniste?

—A casa —susurra, y la palabra me destruye—. Vine a casa.

—¿Por qué?

—Vuelve a preguntarme cuando descubra la respuesta.

—Ya la sabes. —Me inclino más, mi boca cerca de su oído—. Viniste a casa porque tu cuerpo sabe a quién pertenece. Porque has estado mojada todo el día pensando en esta mañana. Porque te tocas por la noche deseando que fueran mis manos, mi boca, mi verga.

Se estremece y siento sus pezones endurecerse a través de la seda de su vestido.

—No huiste —continúo—, porque estás empezando a ansiar esto. La forma en que te miro. La forma en que te hago sentir. La forma en que tu coño se aprieta cuando me acerco.

—Estás delirando.

—Tengo razón. —Mi mano libre encuentra su cintura y la atrae hacia mí para que sienta lo duro que estoy—. Y mañana, cuando te envíe de nuevo con más libertad, volverás a casa aún más rápido. Porque cada día, necesitas esto más.

Sus manos se apoyan en mi pecho, pero no empuja. —Esto no es sano.

—Nada de lo nuestro es sano. —Suelto su garganta, observándola recostarse contra la estantería, respirando con dificultad—. Pero es real. Y es nuestro.

Me mira, con los labios entreabiertos, los ojos oscuros con la misma necesidad que me ha estado consumiendo vivo durante tres semanas. El momento se alarga entre nosotros, eléctrico e inevitable. Me inclino, lo suficientemente cerca como para que nuestros alientos se mezclen, lo suficientemente cerca como para que ella pueda saborear lo que viene. Sus ojos se cierran, su barbilla se inclina hacia

arriba, ofreciendo su boca como la rendición que he estado esperando.

—Marco. —Mi nombre en sus labios, mitad súplica, mitad plegaria.

Mi boca está a un centímetro de la suya cuando mi teléfono vibra contra mi pecho. Lo ignoro, concentrado solo en el calor entre nosotros, en la forma en que su cuerpo se arquea hacia el mío. Pero vibra de nuevo. Y de nuevo. El patrón de emergencia que solo mi familia usa.

—No —susurra cuando me aparto ligeramente.

El teléfono continúa con su insistente zumbido. Lo saco, listo para destruir a quien sea que esté interrumpiendo, cuando veo el mensaje de Luca.

«Su padre acaba de hacer un anuncio. Revisa el sitio del Tribune. Ahora».

Abro el enlace con una mano, la otra todavía presionada contra la estantería al lado de la cabeza de Valentina. El titular se carga y se me hiela la sangre.

«HEREDERA BERNARDI SE CASARÁ CON HIJO DE O'BRIEN: Alianza se fortalece a pesar de reciente contratiempo».

Debajo hay una foto de Alice Bernardi, con aspecto joven y aterrorizado, de pie junto al hijo menor de Patrick O'Brien, Christopher. El mismo hijo con reputación de romper sus juguetes.

Valentina debe ver algo en mi cara porque su excitación se convierte en preocupación. —¿Qué pasa?

Giro el teléfono para mostrarle. Veo cómo el color se desvanece de su rostro mientras lee. Le flaquean las piernas y la sujeto antes de que caiga, sosteniéndola contra mí mientras procesa lo que esto significa.

—No —respira—. Lo prometió. Si me casaba, si no luchaba, prometió que Alice estaría a salvo.

—Tu padre es un hombre de negocios —digo, con la voz cuidadosamente controlada a pesar de la rabia que se acumula en mi pecho—. Encontró otra hija para intercambiar.

Agarra su teléfono y marca el número de su hermana, con aspecto frenético. La dejo. Pero ella solo niega con la cabeza y lo apaga, con los ojos brillantes.

—Déjame adivinar —digo—. La llamada no entró.

—Alice tiene diecinueve años. —Su voz se quiebra—. Todavía cree en el amor. Todavía piensa que podría elegir su propia vida. Y Christopher O'Brien… —Se estremece.

—Sé lo que les hace a las mujeres.

Se aparta para mirarme, con lágrimas corriendo por su rostro. —¿Lo sabes? Entonces sabes lo que le pasará a mi hermana. Lo que le hará.

—No es mi problema.

La bofetada me toma por sorpresa, su palma se estrella contra mi cara con la fuerza suficiente para girar mi cabeza hacia un lado. Ambos nos quedamos inmóviles, la violencia suspendida entre nosotros como una pistola cargada.

—¿No es tu problema? —Su voz se eleva—. Me robaste para impedir la alianza de mi padre con los irlandeses. Tú empezaste esta guerra. Y ahora mi hermana pequeña pagará el precio.

Toco mi mandíbula donde su mano impactó, siento el sabor a cobre donde mis dientes cortaron mi mejilla. Cualquier otra persona estaría muerta por golpearme. Pero mirándola ahora, con la furia y el dolor luchando en sus ojos, solo la deseo más.

—Viniste a casa conmigo —le recuerdo, con voz suave y peligrosa —. Me elegiste por encima de la libertad. ¿Era solo para proteger a Alice? ¿O había algo más?

Se ríe, amarga y rota. —¿Importa? Te elegí a ti, y mi padre la está vendiendo de todos modos. Mi sacrificio no significó nada.

—Tu sacrificio lo significó todo. —La presiono de nuevo contra la estantería, con las manos a cada lado de su cabeza—. Ahora eres mía. Bajo mi protección. Eso significa algo.

—Pero no Alice.

—Alice no es mi esposa.

—Es mi hermana. —Sus manos se aferran a mi camisa, atrayéndome más cerca, la desesperación reemplazando a la furia—. Por favor. Marco, por favor. Tú tienes el poder de detener esto.

—¿A qué costo? —Estudio su rostro, la forma en que la desesperación la hace aún más hermosa—. ¿Qué me darías para salvar a tu hermana?

—Cualquier cosa. —La palabra sale de inmediato, sin vacilación—. Todo.

—Palabras peligrosas, *principessa*.

—Lo digo en serio. —Se pone de puntillas, acercando nuestros rostros de nuevo—. Salva a mi hermana y dejaré de luchar. Seré tu perfecta esposa de la mafia. Calentaré tu cama, te daré hijos, estaré a tu lado en cada reunión familiar. Te elegiré, te elegiré de verdad, no solo volveré a casa, sino que me quedaré en casa.

La oferta queda suspendida entre nosotros, tentadora y terrible. Todo lo que he querido ofrecido libremente, pero por las razones equivocadas.

—¿Te prostituirías para salvarla?

Ella levanta la barbilla. —Haría cualquier cosa para salvarla. La pregunta es, ¿eres lo suficientemente hombre para proteger lo que es tuyo? ¿O tu protección solo se extiende a las cosas que te benefician?

El desafío en su voz me pone la verga dura a pesar de la gravedad de la situación. Esta mujer, mi esposa, parada aquí negociando conmigo como una igual, usando mi propia posesividad en mi contra.

—Si hago esto —digo lentamente—, si detengo esta boda, si salvo a tu hermana, no hay vuelta atrás. Eres mía por completo. No más resistencia, no más fingir que no me deseas, no más dormir en el borde más alejado de la cama como si la proximidad a mí fuera veneno.

—Sí.

—Me suplicarás por mi verga. Gritarás mi nombre. Te someterás a todo lo que quiera hacerle a ese cuerpo perfecto.

Su respiración se corta, pero me sostiene la mirada. —Sí.

—¿Y si estás mintiendo? ¿Si te echas para atrás en este trato?

—No lo haré. —Se acerca más, hasta que siento cada curva contra mí—. Salva a Alice y seré tuya en todas las formas que has estado esperando. Ya no se trata solo de protección, Marco. Se trata de si eres el hombre que estoy empezando a creer que eres, o solo otro monstruo que usa a las mujeres como moneda de cambio.

Mi teléfono vuelve a vibrar. Otro mensaje de Luca: «La boda está programada para mañana por la noche. Se están moviendo rápido».

Veinticuatro horas para detener una boda, salvar a su hermana y reclamar lo que ha sido mío desde que la saqué de ese altar. El juego ha cambiado, las apuestas han subido más allá de todo lo que había anticipado.

Me aparto de la estantería, ya calculando lo que se necesitará. Los irlandeses no la entregarán fácilmente. Se derramará sangre.

Morirán hombres. Pero mirando a Valentina ahora, con lágrimas en las mejillas y acero en la columna, sé que ya he decidido.

—Prepara un bolso —le digo—. Vamos a buscar a tu hermana.

El alivio en sus ojos casi vale la guerra que estoy a punto de empezar. Casi tan valioso como lo que ha prometido a cambio.

—Marco. —Me agarra del brazo cuando me doy la vuelta para irme—. ¿Por qué? ¿Por qué harías esto?

La miro de nuevo, a esta mujer que volvió a casa conmigo, que eligió su jaula, que está a punto de convertirse en mía en todos los sentidos que importan.

—Porque ahora eres una Rosetti —digo simplemente—. Y los Rosetti protegen a los suyos.

La verdad es más oscura, más posesiva. No estoy salvando a Alice por amabilidad. Lo hago porque Valentina me lo pidió, porque se ofreció por completo, porque la idea de tenerla agradecida y dispuesta en mi cama vale la pena quemar Chicago hasta los cimientos.

12 - Valentina

El asiento de cuero se me pega a los muslos desnudos mientras la Escalade de Marco atraviesa las vacías calles de Chicago al amanecer. Su colonia llena el espacio reducido, mezclándose con aceite de arma y peligro, haciendo que mis pezones se endurezcan bajo el vestido a pesar del terror que me recorre. Mis dedos trazan el plano de la finca Bernardi en su tableta, marcando las posiciones de los guardias de memoria mientras mi estómago se revuelve con una mezcla de miedo y algo más oscuro: anticipación.

—La entrada de la bodega está aquí —marco el lugar con un dedo tembloroso—. Papá nunca pone guardias ahí porque la cerradura es electrónica. Cree que la tecnología es más confiable que los hombres.

—Error de novato —dice Alex desde el asiento trasero, su voz tan suave como un whisky añejo a pesar de la pistola visible bajo su chaqueta—. La tecnología no tiene instintos. No puede oler cuando la muerte entra por la puerta.

La mano de Marco cubre la mía sobre la tableta y su pulgar encuentra el punto donde siento el pulso. Se supone que su contacto es para calmarme, pero envía un calor líquido directo a mi centro. Han pasado veinticuatro días desde que me robó, y mi cuerpo todavía le responde como si fuera de su propiedad. Lo cual, supongo, es cierto.

—¿Cuántos guardias hay adentro? —Su aliento me agita el cabello y tengo que luchar para no apoyarme en él.

—Seis durante el día. Dos en la entrada principal, dos patrullando los terrenos, dos adentro. —Cierro los ojos, imaginando la rotación que memoricé de niña—. Pero puede que Padre haya aumentado la seguridad por la boda.

—Lo dudo —dice Alex, mirándonos desde el asiento trasero con sus ojos verdes y perspicaces—. Los hombres como tu padre asumen que sus hijas están demasiado rotas para rebelarse. Sin ofender, cuñada.

El uso casual de mi nuevo título hace que algo se me retuerza en el pecho. —No me ofendo. Tiene razón. Estaba demasiado rota. Hasta que…

Me detengo antes de decir «hasta Marco». Pero su pulgar me acaricia los nudillos y sus ojos oscuros me sostienen la mirada con esa satisfacción posesiva que me produce un hormigueo en las entrañas.

—La boda es esta noche —dice Marco, su voz cargada de esa calma mortal que significa que alguien está a punto de morir. El sonido hace que mi sexo se contraiga—. Sacaremos a Alice antes del mediodía.

La risa de Alex es una amenaza sofisticada. —Nada dice «hasta que la muerte nos separe» como robarse a la novia. Aunque en nuestra familia, eso suele ser más literal.

A pesar de todo, casi sonrío. Pero entonces la mano de Marco se desliza hacia mi muslo, posesiva incluso mientras planea una guerra, y pierdo el aliento por completo.

—Una vez dentro —continúo, forzándome a concentrarme a través de la neblina de su tacto—, la habitación de Alice está en el segundo piso. La tercera puerta a la derecha. La compartíamos hasta que… —Hasta que mamá murió. Hasta que Padre me mudó a la otra ala, como castigo por parecerme demasiado a la mujer que intentó dejarlo.

—Rápido y limpio —dice Marco, pero sus dedos se aprietan en mi muslo, y sé que está pensando en el después. En lo que le prometí si salva a Alice. Mi cuerpo se inunda de calor al recordar mi trato desesperado: *Salva a mi hermana y dejaré de luchar*. *Seré tuya por completo*.

—A menos que el querido papá tenga otros planes —añade Alex con oscura elegancia—. Entonces improvisaremos con estilo.

La finca aparece a través de la niebla matutina y se me cierra la garganta. La mano de Marco se mueve hacia mi cuello, su pulgar presionando donde martillea mi pulso. —¿Lista, *principessa*?

—No —susurro, hiperconsciente de su tacto—. Pero Alice me necesita.

—Y tú nos necesitas a nosotros —murmura, lo suficientemente bajo como para que Alex no lo oiga. Las palabras contienen una promesa y una amenaza a partes iguales.

La entrada de la bodega se abre con la fecha de cumpleaños de Padre. Las escaleras del sótano descienden a una oscuridad que huele a Barolo añejo y a terror infantil. Vomité aquí la noche que murió mamá, y juraría que todavía puedo oler el miedo ácido.

—Guardia —susurra Marco, su cuerpo presionándose contra mi espalda, y que Dios me ayude, incluso ahora mi sexo traidor se contrae por su proximidad.

Carlo está al final de las escaleras interiores. El amable Carlo que me enseñó a andar en bicicleta. Mis pies se quedan pegados al suelo.

Alessandro pasa a mi lado como humo caro, deslizando su brazo alrededor de la garganta de Carlo con elegante eficiencia. —Dulces sueños —murmura mientras los ojos de Carlo se cierran. Lo baja con cuidado, comprobando su pulso—. Se despertará con dolor de cabeza y una historia que valdrá la pena contar.

El cuidado en el gesto me oprime el pecho. Estos asesinos mostrando piedad porque necesito que lo hagan.

La casa se siente como un mausoleo. Mis pies conocen cada tabla que cruje, cada recuerdo doloroso. La mano de Marco en la parte baja de mi espalda me guía, su pulgar encontrando el hoyuelo en mi columna a través del vestido, posesivo incluso en la casa de mi infancia.

La puerta de Alice está entreabierta. La empujo para abrirla más y mi corazón se detiene.

Lleva puesto el camisón blanco de mamá. Parece un vestido de novia, o una mortaja, cubriendo el cuerpo drogado de mi hermana pequeña. Sus ojos están vidriosos, con las pupilas dilatadas.

—Alice —susurro, corriendo hacia ella.

—¿Val? —Cuando finalmente se despabila, parpadeando contra las drogas, su voz es pastosa—. Padre dijo… dijo que ahora eres una puta de los Rosetti.

Las palabras me duelen, aun sabiendo que es Padre quien habla. —Estoy aquí para salvarte, pequeña.

—No puedo… Christopher es… Padre dice…

—Padre dice muchas cosas. —Le aparto el pelo de la cara, luchando contra las lágrimas—. La mayoría son mentiras.

La puerta se cierra de golpe. La cerradura suena como el clavo de un ataúd.

—Qué conmovedor.

Alonzo está de pie flanqueado por tres guardias, con las armas desenfundadas. Lleva su mejor traje, el de las ocasiones especiales como vender a sus hijas.

—Sabía que vendrías —dice con esa mezcla particular de decepción y satisfacción que perfeccionó durante años—. Mi débil y sentimental hija.

Marco da un paso adelante, pero tres armas se giran hacia él. Incluso verlo prepararse para la violencia provoca calor entre mis muslos. Estoy enferma. Rota. Soy suya.

—Mátenlo —ordena Padre—. Pero dejen viva a mi hija ingrata. Necesita mirar.

Los dedos de los guardias se mueven hacia los gatillos. Marco se tensa, evaluando sus opciones, y veo su muerte en sus ojos.

—Cuénteles lo de mamá, Padre. —Las palabras explotan de mí como el champán de una botella agitada—. Cuénteles cómo murió realmente Chiara Bernardi.

El rostro de Padre pierde todo el color. —Tu madre murió en un accidente.

—Cuénteles lo de los frenos. El mecánico al que le pagó para que los cortara. —Doy un paso adelante, mi voz cada vez más fuerte—. Cuénteles cómo vio arder su auto. Cómo se quedó ahí parado, asegurándose de que no pudiera escapar ni siquiera en la muerte.

Las armas de los guardias vacilan. Estos hombres conocieron a mi madre. La querían.

—Mientes —gruñe Padre, pero su voz se vuelve aguda, su tic delator.

—Pregúntele por qué Giuseppe, el mecánico, desapareció dos días después. Por qué prohibió su nombre en esta casa. —Mi voz es firme ahora—. Se iba. Nos llevaba a Italia. Pero usted no podía permitir que su propiedad escapara.

—¡Cállate la boca! —Padre saca su propia arma y le apunta a Marco.

El caos es todo lo que Marco necesita. Se mueve como la mismísima muerte, hermoso, terrible, haciendo que el calor inunde mis mejillas incluso mientras desarma al guardia más cercano.

Alex se mueve con la misma gracia letal. —Decepcionante —murmura mientras cae el segundo guardia—. Esperaba más de los hombres de Bernardi.

El tercer guardia se gira hacia ellos, pero duda. El puño de Marco choca contra el hueso.

—Usted la mató —jadea desde el suelo el guardia consciente—. A la señora Chiara… *Madonna santa*, usted la mató.

Padre retrocede hacia la puerta, con la pistola temblando. —¡Era mía!

—Nunca fue suya —escupo—. Así como nosotras nunca fuimos suyas.

Alex levanta a Alice con una sorprendente delicadeza, el camisón de mamá arrastrando como un fantasma. Corremos por pasillos que resuenan con gritos, no dirigidos a nosotros, sino a Padre.

—¡Cuéntanos lo de Chiara! —exigen las voces.

—¿Dónde está Giuseppe?

—¿Usted la asesinó?

La finca estalla a nuestras espaldas, veinte años de lealtad desmoronándose con una sola verdad. Estos hombres le dieron todo a los Bernardi, pero Chiara era su corazón.

Salimos por la puerta principal justo cuando estallan los disparos en el interior. El imperio de Padre consumiéndose a sí mismo.

Alex acomoda a Alice en el asiento trasero mientras yo me deslizo a su lado. Marco toma el volante y el motor ruge. Mientras nos alejamos a toda velocidad por el camino de entrada, el humo se eleva desde la casa de mi infancia.

Todo mi cuerpo tiembla, no de miedo sino por la magnitud de la traición. Acabo de destruirlo todo con la verdad, le prendí fuego al apellido Bernardi. Veintitrés años temiéndole, y me tomó veintitrés segundos destruirlo. La chica que le arrojó el vino a Marco estaría orgullosa. La mujer que lleva su apellido, definitivamente lo está.

—Una jugada maestra, cuñada —dice Alex, volteándose con genuina admiración—. Recuérdame que nunca me ponga en tu contra.

La mirada de Marco encuentra la mía en el espejo retrovisor. La mirada me atraviesa con calor a pesar de todo. —Nos elegiste.

Las palabras penden con un gran significado. No se refiere a hoy. Se refiere a cada elección: volver a casa en lugar de huir, compartir su cama, prometerme a él por completo si la salvaba.

—Elegí a Alice —digo.

—Tu padre vendrá por ti ahora —dice Marco con certeza—. Por las dos.

—Que venga. —Las palabras saben a libertad—. Se acabó lo de huir.

Alex ríe con oscura aprobación. —Definitivamente una Rosetti ahora. Nosotros no huimos. Hacemos que nuestros enemigos se arrepientan de habernos encontrado.

Alice se remueve, murmurando sobre flores. Cuando despierte, tendré que explicárselo todo. Que nunca podrá volver a casa. Que la vida que conocía se acabó.

—Esto es la guerra ahora —dice Marco, sus nudillos blanqueando sobre el volante—. Una guerra de verdad.

—Lo sé. —Pienso en lo que le debo ahora, en lo que le prometí, y el calor se acumula en mi vientre a pesar de todo—. Estoy lista.

—¿Lo estás? —Sus ojos encuentran los míos en el espejo, oscuros y llenos de promesas. Sabe lo que significa salvar a Alice: que soy suya esta noche, por completo, sin resistencia.

El auto se desvía de repente, las llantas rechinando mientras Marco se detiene en el acotamiento. El corazón me golpea contra las costillas cuando pone el auto en modo de estacionamiento, con el motor aún encendido, vibrando a través de los asientos de cuero.

—¿Marco? —La voz de Alex es una pregunta, pero Marco ya se está girando en su asiento, con sus ojos oscuros clavados en los míos con una intensidad que me corta la respiración.

El espacio entre nosotros crepita con electricidad. Su mirada recorre mi cuerpo, luego vuelve a mi cara, y veo el momento exacto en que su control se quiebra. El músculo de su mandíbula se contrae. Aprieta el volante con tanta fuerza que sus nudillos se ponen blancos.

Alice duerme sobre mi hombro, ajena a todo. Alessandro guarda silencio, reconociendo el peligro en la quietud de Marco.

—Una hora —dice Marco, con la voz áspera como la grava, sin apartar los ojos de los míos. Las palabras son una promesa, una amenaza, una cuenta regresiva que hace que todo mi cuerpo se contraiga de anticipación—. Alice se instala en el complejo. Y luego, eres mía.

Se me escapa el aire de los pulmones. Mis pezones se endurecen dolorosamente contra mi vestido. Entre mis piernas, ya estoy mojando mis bragas, mi cuerpo preparándose para lo que viene. Lo que prometí. Lo que deseo a pesar de todo.

Sus ojos bajan a donde estoy apretando los muslos, y sus labios se curvan en una sonrisa que es pura depredación. —Una hora,

principessa. Y luego pagarás tu deuda.

13 - Valentina

Alice duerme apoyada en mi hombro mientras Chicago se desdibuja a través de las ventanillas polarizadas, su respiración superficial pero constante por las drogas que Papá la obligó a tomar. Mi corazón se acelera, en una cuenta regresiva. Han pasado cuarenta minutos desde que escapamos de la finca Bernardi. Quedan veinte minutos para que venza la hora que Marco me prometió.

Sus ojos se encuentran con los míos en el espejo retrovisor, oscuros, llenos de promesas que me revuelven el estómago. El músculo de su mandíbula se contrae mientras su mirada baja hacia donde aprieto las rodillas, intentando no pensar en esa punzada. Sabe exactamente lo que esa mirada me provoca. Lo sabe desde hace semanas.

—Ya casi llegamos —murmura, con la voz áspera como la grava, y puedo oír todas las capas que hay debajo: casi a salvo para Alice, casi en el complejo, casi en el momento en que pague lo que debo.

Alex se mueve en el asiento del copiloto, revisando su teléfono sin alejar la mano de su arma. —El equipo de seguridad confirma que la finca se está incendiando. Los hombres de tu padre se volvieron completamente en su contra.

Sus palabras deberían darme satisfacción, pero todo lo que siento es una victoria vacía.

—Bien —dice Marco, pero su atención permanece fija en mí a través del espejo—. Estará demasiado ocupado sobreviviendo a sus propios hombres como para venir por lo que es mío.

El complejo de los Rosetti se materializa entre la niebla matutina, piedra caliza y legado, la vieja riqueza de Chicago mezclada con el nuevo poder. Los guardias asienten mientras cruzamos las puertas, y me doy cuenta de que es la primera vez que lo veo a plena luz del día, sin que la adrenalina de las cenas familiares o la violencia me nuble la vista. Jardines bien cuidados. Juguetes de niños en el césped por la visita de algún primo, justo al lado de una cámara de seguridad que brilla bajo el sol de la mañana.

—Maria instalará a Alice —dice Marco mientras Tommy estaciona —. Cuarto de huéspedes, tercera puerta a la derecha.

Sabe muy bien que eso no me bastará. No me iré hasta que la vea durmiendo profundamente.

El vestíbulo huele a una mezcla de antiséptico y flores frescas, una combinación imposible que de alguna manera encaja perfectamente con esta familia. La mano de Marco me quema a través de la blusa en la parte baja de mi espalda mientras nos guía por pasillos de mármol repletos de fotos familiares. Generaciones de hombres Rosetti con aspecto peligroso en trajes caros, y mujeres hermosas y atrapadas a partes iguales.

Subimos a Alice, su cuerpo inconsciente y liviano entre Marco y Alex. La depositan con delicadeza sobre sábanas de seda. Murmura algo sobre ardillas de servilleta antes de sumirse en un sueño más profundo inducido por las drogas. A salvo. Por fin a salvo. El alivio hace que me flaqueen las rodillas.

—Se le pasará durmiendo —dice Alex desde la puerta, su encanto habitual apagado—. Maria vendrá a verla cada hora.

—¿Y me llamarás en cuanto despierte?

—En el mismo instante.

Desde abajo llegan voces, risas mezcladas con maldiciones en italiano. Los dedos de Marco encuentran mi muñeca, su pulgar presiona donde mi pulso se acelera como un pájaro enjaulado. —Ven. Lo prometiste.

Bajamos las escaleras y las voces se hacen más fuertes. —Todo el mundo está desayunando —le digo a Marco—. No podemos irnos sin saludar.

Gruñe por el retraso, pero me sigue mientras me desvío hacia la parte trasera de la casa.

La cocina es un caos hermoso. Sofia está sentada en la encimera comiendo pasteles mientras Dante le dice algo con señas a Ana que la hace reír a pesar de su enorme barriga. Debe de estar de casi ocho meses, a punto de explotar en cualquier momento. En la mesa está sentada una pareja que no reconozco: un hombre con los rasgos de Marco pero pelirrojo y con una energía más salvaje, y una mujer elegante que lo mira con una adoración tan abierta que me oprime el pecho.

—Leonardo —dice Marco a modo de presentación—. Mi primo de Nueva York. Y su esposa, Eleanor.

Eleanor se vuelve hacia mí con una sonrisa que le llega a los ojos, una calidez real bajo el maquillaje perfecto. —Otra novia robada, según oigo. —Su tono es ligero, pero hay comprensión en él, el reconocimiento de una experiencia compartida—. Bienvenida al club.

La estudio con atención mientras tomo asiento. El vestido de diseñador, las uñas cuidadas, la forma en que se inclina inconscientemente hacia su marido incluso mientras unta con mantequilla una tostada. Cada gesto habla de una intimidad informal, de un afecto genuino. ¿Es falsa su felicidad? ¿Otra actuación para la familia? ¿O es que las mujeres como nosotras podemos realmente encontrar la felicidad en nuestras jaulas?

Leo dice algo en italiano que hace que Eleanor se sonroje y le dé una palmada juguetona en el brazo. —Compórtate —lo regaña, pero está sonriendo, con todo el rostro iluminado.

El gesto es tan naturalmente íntimo, tan casualmente afectuoso, que hace que se me anude la garganta con un anhelo que no quiero examinar. No parece una mujer que finge. Parece una mujer enamorada.

—No les hagas caso —dice Sofia, robando un trozo de tocino del plato de Dante—. Las parejas son nauseabundas. Dale unos años, Eleanor, y estarás planeando su muerte como el resto de nosotras.

Ana se ríe del chiste de Sofia, pero de repente se dobla con un jadeo que corta la conversación. Dolor, sorpresa y terror se mezclan en el sonido que se le escapa. Un líquido salpica el suelo de mármol cuando rompe aguas en un torrente dramático.

—Oh, Dios —suspira, agarrándose el vientre con ambas manos, con los nudillos blancos—. Es demasiado pronto. Se supone que el bebé no… —

La sala estalla en pánico. Estos hombres que matan sin pestañear, que dirigen imperios criminales con puño de hierro, se quedan paralizados mientras Ana se agarra al borde de la mesa. Incluso Dante, normalmente tan controlado, parece perdido mientras su esposa jadea durante una contracción que le pone rígido todo el cuerpo.

Mi cuerpo se mueve antes de que mi mente lo asimile, mi entrenamiento se impone a todo lo demás. —Todos atrás. —La orden sale cortante, autoritaria, sorprendiéndome incluso a mí—. Sofia, necesito toallas limpias. Alex, llama al 911 pero diles que puede que no tengamos tiempo de esperar.

Las cejas de Marco se disparan. —Valentina…

—Estudiaba medicina antes de que Papá pusiera fin a mi educación. —Ya estoy ayudando a Ana a llegar al sofá de la sala, tomándole el pulso, notando cómo su piel se ha vuelto húmeda y fría —. Hasta que decidió que las hijas no necesitaban una carrera.

Siempre he ocultado esta parte de mí, la mujer competente que Papá intentó borrar. Pero los ojos de Ana están desorbitados por el terror, y elijo ser quien realmente soy, al diablo con las consecuencias.

Sofia obedece, corriendo a por las toallas sin su habitual sarcasmo. Alex tiene el teléfono en la mano, hablando rápidamente con el operador. Pero mi atención está centrada por completo en Ana, cuyo rostro se ha vuelto gris de dolor.

—¿Cada cuánto son las contracciones? —pregunto, manteniendo la voz tranquila a pesar de la adrenalina que inunda mi sistema.

—No sé… acaban de empezar, pero… —Ana grita cuando le da otra, apenas treinta segundos después de la última. Demasiado rápido. Esto está sucediendo demasiado rápido.

Le subo el vestido, manteniendo su pudor tanto como es posible mientras compruebo su dilatación. Lo que encuentro hace que se me pare el corazón. Un pequeño pie. Dios, no, de nalgas no. Pero me obligo a mantener la calma en mi expresión. Esta gente confía en mí por completo.

—El bebé viene ahora —le digo a la habitación, mirando directamente a los ojos de Dante—. Y no vamos a esperar a una ambulancia.

—Viene de nalgas. —Las palabras pesan en mi boca—. Tengo que girarlo.

Los ojos de Ana se desorbitan de terror y las lágrimas corren por su rostro. —¿Qué? No, eso es… ¡Dante! —Busca a su marido, que cae de rodillas a su lado y le toma las manos.

Mis manos ya se están moviendo, palpando su vientre para determinar la posición exacta del bebé. Distocia de hombros, la peor posición de nalgas posible. Si no giro a este bebé ahora, tanto Ana como el niño podrían morir.

—Ojalá estuviera Van aquí —murmura Sofia, y lo recuerdo. Van, el médico que se casó con su prima Carmela. Pero él está en Nueva York, y yo soy todo lo que tienen.

—Puedo hacerlo —les digo, clavando mi mirada en la de Dante—. Pero necesito que todos confíen en mí por completo.

Para un hombre que se comunica sin palabras, la respuesta de Dante es elocuente. Me estudia durante un latido, dos, buscando algo en mi cara. Luego asiente una vez. Confianza total de un hombre que no confía en nadie.

—Marco, despeja la habitación —ordeno, yendo al fregadero para lavarme las manos y los brazos con agua caliente y jabón—. Todos, excepto tú y Dante, tienen que irse. Ahora.

Siento los ojos de Marco ardiendo en mí, siento su apenas contenida necesidad de controlar la situación luchando con su reconocimiento de que soy la única que puede ayudar. Pero se mueve, su voz baja y autoritaria mientras conduce a la familia lejana hacia afuera.

Mi atención se centra en Ana, en el bebé que necesita girar, en la sangre que empieza a fluir demasiado rápido. Mis manos están firmes a pesar de lo que está en juego. Esto es lo que estaba destinada a hacer antes de que Papá me robara ese futuro.

—Ana, mírame. —Le agarro la mano mientras la otra trabaja para manipular la posición del bebé externamente—. No vas a morir. Tu bebé no va a morir. Te lo prometo.

—Duele —solloza, empujando contra el dolor, con todo el cuerpo temblando.

—Lo sé. Pero eres la mujer que se enfrentó a la familia Rosetti. Los sobreviviste. Puedes sobrevivir a esto. —Mis manos están cubiertas de sangre ahora, tibia y resbaladiza, pero siento que el bebé empieza a moverse—. Eso es. Está girando.

La habitación contiene la respiración mientras trabajo, manipulando manualmente al bebé a través del vientre y el canal de parto de Ana, técnicas que aprendí pero que nunca pensé que usaría. Cada segundo se alarga como horas. Más sangre. Demasiada sangre. Pero el bebé se mueve, responde.

—Por favor —susurra Ana, con la voz quebrada—. Por favor, salva a mi bebé.

—Los estoy salvando a los dos —prometo, y lo digo en serio. Puede que esta gente sea asesina, criminal, pero ahora mismo son solo una familia aterrorizada por perder a alguien que aman.

La niña se desliza en mis manos con un llanto que llena la habitación como un milagro. Perfecta. Diminuta. Viva.

—Lo lograste —susurro, mi propia voz temblando mientras le despejo las vías respiratorias rápidamente—. Ana, lo lograste. Es perfecta.

Los gemidos de la bebé son el sonido más hermoso que he oído nunca. Rosada, enfadada y absolutamente sana a pesar de su dramática entrada. La limpio con las toallas que trajo Sofia, compruebo sus reflejos, cuento sus dedos de las manos y de los pies. Luego la coloco sobre el pecho de Ana, piel con piel.

—Mi bebé —solloza Ana, aferrándose a la niña mientras Dante los rodea a ambos con sus brazos. Sus hombros se sacuden con lágrimas silenciosas que finjo no ver.

—Es preciosa —susurra Eleanor desde la puerta, con lágrimas corriendo por su rostro y la mano presionada sobre el corazón.

Sofia se me acerca lentamente mientras me pongo de pie con las piernas temblorosas, mis manos cubiertas de sangre que ya se está secando y agrietando en mi piel. Me estudia con esos ojos afilados que suelen cortar como cuchillos.

—Lo hiciste —dice, y por una vez, no hay burla en su voz. Solo calidez genuina, verdadera aceptación.

La sinceridad en su voz rompe algo en mí, y de repente mis piernas no son lo suficientemente fuertes para soportar mi peso.

—Necesito lavarme las manos —alcanzo a decir, con la voz áspera por una emoción que me niego a examinar demasiado de cerca—. La placenta saldrá pronto, y…

Marco aparece a mi lado, guiándome al fregadero de la cocina. Sus manos cubren las mías bajo el agua tibia, ayudándome a limpiar la sangre mientras su familia celebra en la habitación de al lado. La intimidad del gesto, él cuidando de mí después de que yo cuidara de su familia, hace que mis ojos ardan con lágrimas no derramadas.

—Alice sigue durmiendo arriba —murmura contra mi oído, su aliento haciéndome temblar—. Maria está con ella, vigilándola.

—Bien. —Observo el agua rosada arremolinarse por el desagüe, llevándose con ella la evidencia de lo que acaba de suceder—. Eso es bueno.

Capto mi reflejo en la ventana sobre el fregadero. El pelo alborotado, el vestido manchado, pero algo diferente en mis ojos. No me reconozco. Su reflejo se une al mío, oscuro y posesivo detrás de mí, y el contraste me corta la respiración.

—Te has tomado más tiempo de la hora que te asignaron. —La voz de Marco baja a ese registro peligroso que hace que el calor me inunde al instante—. Recuerdas lo que me debes.

Me giro entre sus brazos, encontrando por fin esos ojos oscuros que han perseguido mis sueños durante semanas. El hambre en ellos hace que mis pezones se endurezcan contra mi blusa ensangrentada.

—Me distraje un poco —digo, haciendo un gesto general hacia la sala donde Ana todavía yace con su bebé.

—Cada promesa que hiciste —continúa, acorralándome contra la encimera, enjaulándome con su cuerpo—. Todo lo que juraste que me darías si salvaba a Alice. La cuenta se cobra esta noche.

El pulso me martillea donde su pulgar presiona mi garganta, marcando el lugar con el que parece obsesionado. —Lo sé.

—Lo hiciste bien con Ana. —Su elogio me llena de satisfacción, y quiero volver a oírlo. Su otra mano encuentra mi cintura, atrayéndome hacia él para que sienta lo duro que está, la gruesa longitud de su miembro presionando contra mi vientre a través de nuestra ropa—. Pero, *principessa*… —Sus labios rozan mi oreja, haciéndome temblar—. Todavía me debes todo.

El recordatorio de nuestro pacto envía un calor líquido directo a mi centro. Prometí dejar de luchar, ser suya por completo, pagar cualquier precio por la libertad de Alice. Ahora ella duerme a salvo arriba mientras Ana amamanta a su hija recién nacida, y mi deuda con Marco Rosetti está a punto de ser cobrada en su totalidad.

—Sí —susurro, la palabra cargada con toda mi rendición.

Su sonrisa es pura depredación, pura promesa oscura. —Tommy está trayendo el coche. Despídete de la familia, señora Rosetti. Tu marido te lleva a casa.

La forma posesiva en la que dice «marido» me llena el pecho de calor. Llevo cuatro semanas luchando contra esto, pero al ver la felicidad genuina de Eleanor, al ver cómo Sofia me aceptó, al sentir la confianza que Dante depositó en mí… quizá rendirme a Marco no sea perder. Quizá sea elegir un tipo de victoria diferente.

El hambre en esos ojos oscuros promete que todo cambiará una vez que lleguemos al *penthouse*. Todo contra lo que he luchado, todo lo que he negado, todo lo que anhelo en secreto se cobra esta noche.

Y que Dios me ayude, me muero de ganas por pagar.

14 - Marco

El viaje en auto desde el complejo se siente como una eternidad comprimida en minutos. Valentina está sentada a mi lado en el asiento trasero, tan cerca que su perfume se mezcla con el cuero y el aceite de pistola que se aferran a mi traje. Tan cerca que puedo sentir el calor que irradia de su piel. Tres semanas y tres días he esperado este momento y, ahora que está aquí, la victoria sabe a cenizas.

Tommy entra en mi garaje privado y lo despido con una mirada. El ascensor requiere mi tarjeta de acceso, atrapándonos en el pequeño espacio mientras sube. Valentina está a mi lado, su vestido todavía con rastros del caos de la mañana: polvo de la finca de su padre, un pequeño desgarro en el dobladillo de nuestra huida. No hay sangre, se limpió después de ayudar a Ana, pero la evidencia de la violencia del día se aferra a ella de todos modos.

—Cuarenta pisos —murmura, observando cómo suben los números—. Apropiado. Se siente como ascender al juicio.

—O descender al infierno —mi voz sale más áspera de lo que pretendía.

Se vuelve para mirarme y hay algo en su expresión que no logro descifrar. No es exactamente resignación, ni exactamente anticipación. Algo más complejo que me oprime el pecho.

El ascensor llega a nuestro piso y las puertas se abren para revelar el ático bañado por la luz del final de la mañana. Ella sale primero, sus tacones repiquetean deliberadamente sobre el mármol. La sigo, observando cómo se mueven sus caderas bajo la sencilla ropa que se puso esta mañana para el rescate, la forma en que su mano se desliza hacia el bolsillo donde guarda el rosario de su madre.

—Debería cambiarme —dice, sin mirar atrás—. Esta camisa, estos pantalones... han pasado por demasiado hoy.

—Déjalo así —las palabras se me escapan antes de poder detenerlas—. Te quiero exactamente como estás.

Se detiene en medio de la sala, con los hombros tensos. Cuando se da la vuelta, levanta la barbilla de esa manera desafiante que ha atormentado mis sueños. —¿Cubierta con el polvo de la destrucción de mi padre? ¿Eso es lo que te excita?

—No —me acerco a ella, incapaz de mantener la distancia por más tiempo—. Lo que me excita eres tú. La mujer que salvó a Ana y a su bebé. Que destruyó el imperio de su padre con la verdad. Que eligió volver a casa conmigo.

—Volví a casa por Alice —pero su voz flaquea, delatando la mentira.

—¿Ah, sí? —me detengo justo fuera de su alcance, lo suficientemente cerca como para verle el pulso saltar en la garganta —. ¿O volviste a casa porque tu cuerpo ya sabe a dónde pertenece?

Retrocede hasta chocar contra la ventana, con cuarenta pisos de Chicago extendiéndose bajo nosotros. La luz de la mañana vuelve su piel dorada, resalta el subir y bajar de su pecho mientras su respiración se acelera.

—Te debo una deuda —dice, pero sus manos ya me están buscando—. Eso es todo.

Sus dedos encuentran mi saco, atrayéndome hasta que nuestros cuerpos se alinean. El contacto va directo a mi verga; tres semanas de desear más cristalizadas en pura necesidad. Hemos hecho cosas, Dios, el recuerdo de ella corriéndose en mi lengua todavía me atormenta, pero nunca todo. Nunca lo que ambos ansiamos. Pero algo anda mal. No es así como lo imaginé. No ella rindiéndose por obligación, no una transacción para saldar una deuda.

—Valentina… —empiezo, pero me silencia con su boca.

El beso explota dentro de mí como un incendio forestal. Sus labios son suaves pero exigentes, su lengua se desliza contra la mía con un hambre que iguala a la mía. Sabe a jugo de naranja y café, a victoria y derrota mezcladas. Sus manos se enredan en mi cabello, tirando con la fuerza suficiente para doler, y el dolor solo me pone más duro.

La presiono contra el cristal, mis manos encuentran su cintura, sintiendo su calor a través de la tela delgada. Ella gime en mi boca, el sonido va directo a mi verga. Tres semanas durmiendo a su lado, respirando su aroma, esa única noche probándola, y ahora finalmente está en mis brazos, besándome como si fuera a morir si se detuviera.

Pero no es suficiente. Así no.

Me aparto, respirando con dificultad. —Para.

Sus ojos se abren de golpe, con las pupilas dilatadas por el deseo. —¿Qué?

—Así no —decir las palabras duele físicamente—. No porque me debas algo. No como pago por salvar a Alice.

Me mira como si hubiera perdido la cabeza. Quizás lo hice. Marco Rosetti, rechazando lo que ha deseado durante semanas. Pero quiero que ella quiera esto. Que me elija a mí, no a la deuda.

—¿Hablas en serio? —su voz se eleva, el color inunda sus mejillas —. ¿Tres semanas de tortura, de obligarme a dormir a tu lado, de estos juegos y ahora no me quieres?

—Te deseo más de lo que necesito respirar —mis manos aprietan su cintura con más fuerza—. Pero no como una transacción. Cuando te folle, *principessa*, será porque me lo ruegues. Porque necesites mi verga más que tu próximo latido. No porque creas que me lo debes.

—Maldito arrogante —empuja mi pecho, pero no me muevo—. ¿Crees que no quiero esto? ¿Después de lo que hicimos esa primera semana?

—Eso fue diferente. Ahí estaba demostrando algo.

—Vete a la mierda —sus palabras son venenosas—. Me robas de mi boda, me obligas a casarme contigo a punta de pistola, me haces correrme en tu lengua hasta que grité, ¿y ahora te sale la conciencia?

Tiene razón. La hipocresía quema, pero no puedo quitarme la sensación de que tomarla ahora rompería algo entre nosotros que apenas comienza a crecer.

—Cuando vengas a mi cama por algo más que mi boca —digo, retrocediendo para darle espacio—, será porque tú lo elijas. No porque...

Su mano se estrella contra mi cara; la bofetada resuena en todo el ático. —¿No te atrevas a decirme lo que elijo?

Me toco la mandíbula donde me golpeó y siento el sabor a cobre donde mis dientes me cortaron la mejilla. Cualquier otra persona estaría muerta por eso. Pero al verla ahora, con la furia y la excitación luchando en sus ojos, solo la deseo más.

—Terminé con tus juegos —dice, con la voz mortalmente tranquila—. Terminé de fingir que no siento esto —hace un gesto entre nosotros—. Terminé de luchar contra lo que mi cuerpo quiere.

—Valentina...

—Cállate —se deja caer de rodillas.

La imagen me detiene el corazón. Valentina Rosetti de rodillas ante mí, mirándome con esos ojos oscuros llenos de desafío, brillando con un oro furioso. Sus manos van a mi cinturón, con movimientos seguros a pesar del temblor en sus dedos.

—Para —logro decir, pero mi voz carece de convicción.

—No —abre mi cinturón y luego mi cremallera—. ¿Quieres que te ruegue? ¿Quieres que elija? Bien. Elijo esto. Elijo tomar lo que he querido desde que me apuntaste con esa pistola a la cabeza y me hiciste tuya.

Me mira desde donde está arrodillada, retándome a retroceder, las motas doradas en sus ojos oscuros capturando la luz temprana que entra por las ventanas. El pecho se me contrae, atrapado en una mezcla de pánico y asombro. He visto hombres arrodillarse ante mí, obligados a hacerlo, rotos y sangrando, pero esto… esta es Valentina de rodillas porque ella elige estarlo; no en señal de rendición, sino como un acto de guerra.

Me desabrocha el cinturón con un solo movimiento suave. Sus manos están firmes, casi profesionales, no el manoseo torpe del deseo o el miedo. Es casi clínico, la forma en que me abre los pantalones y mete la mano, y cuando su mano se cierra alrededor de mi verga, todo en mí se vuelve blanco y brillante y se hace añicos. Aspiro una bocanada de aire tan brusca que me arde la garganta.

—Valentina… —su nombre sale de mi boca como si fuera lo último bueno en el mundo.

Ladea la cabeza, sin apartar la mirada. —Dije que te calles —su voz es más grave ahora, espesa con algo que suena a vieja ira, o quizás hambre—. ¿Quieres que te ruegue? ¿Ese es el juego ahora? ¿Quieres que me arrodille y diga «por favor, Marco»? ¿Quieres que admita que te deseo? —me masturba con tirones largos y uniformes, su agarre seguro, y casi me doblo ahí mismo.

Todas las palabras que podría decir mueren en mi boca. Lo único que queda son los sonidos que ella me arranca: un gemido ahogado; una risa que es mitad sollozo. Tres semanas durmiendo a su lado y cada noche me despertaba con la verga tan dura que dolía, mi piel tensa por el deseo. Tres semanas de sus ojos sobre mí en el desayuno, de su ira, su lengua afilada, su desafío. Pensé que podría quebrarla. Pensé que podría esperar a que cediera. Ahora es ella la que me está quebrando a mí.

—Hiciste que te deseara —dice, cada palabra afilada como una cuchilla—. Hiciste que me mojara todas las noches. Hiciste que me tocara contigo en la habitación de al lado, y lo sabías. ¿Verdad? —se inclina, su aliento caliente sobre mi piel—. Me hiciste correrme en tu lengua y luego te fuiste. Ahora es tu turno.

Comienza con su lengua, una lamida lenta y deliberada sobre la punta de mi verga, como una amenaza más que una promesa. Estoy tan duro que duele y el calor de su boca cuando finalmente desliza sus labios sobre la punta me marea. Succiona, solo una vez, profunda y codiciosa, y tengo que apoyar la mano en el cristal detrás de ella para no desplomarme. No hay vergüenza en ella; no se sonroja ni evita mi mirada. Me mira, retándome a romperme, y su mirada es firme, hambrienta, casi insoportablemente intensa.

Su boca es jodidamente apretada, la succión perfecta, el calor húmedo de su lengua girando alrededor del borde y luego aplanándose debajo de mí mientras me toma más profundo, centímetro a centímetro, hasta que toco el fondo de su garganta. No tiene arcadas. Solo respira por la nariz, sus pestañas oscuras revolotean mientras se adapta, y por una fracción de segundo, siento ese viejo impulso de conquistar, de forzarme hasta el fondo. Pero ella ya tiene el control; siempre lo tiene. Sea cual sea el juego que creía estar jugando, ella ha reescrito las reglas.

Se retira, deja que me deslice lo suficiente para que el aire golpee la piel hipersensible, y luego desciende de nuevo, esta vez tragándome entero. Su mano se envuelve alrededor de la base, apretando al ritmo de su boca, la presión perfectamente calculada para volverme loco sin dejar que me corra. Me ha estudiado, incluso si finge que no le importa; sabe exactamente cómo tocar, cómo provocar, cómo mantenerme al borde.

Observo cómo sus labios se estiran a mi alrededor, el brillo de la saliva en su boca, la línea de su mandíbula apretándose con determinación. Cada movimiento es preciso, practicado, no desesperado ni torpe, y el efecto es devastador. Quiero hundir las manos en su cabello y follarle la cara hasta explotar, pero no soy capaz de arruinar el orgullo en sus ojos, la satisfacción que obtiene al volverme indefenso. En cambio, solo me aferro a su cuero cabelludo, sin guiar, solo aguantando para sobrevivir.

—Dios, Valentina —gimo, las palabras crudas, arrancadas de un lugar profundo y desprotegido—. Vas a matarme.

Sonríe de lado, el movimiento envía una onda de placer por mi columna vertebral, y luego comienza a tararear; solo un sonido bajo y burlón en su pecho, y la vibración hace que mis rodillas amenacen con doblarse de verdad. Me mira fijamente, sin pestañear, mientras su mano libre se desliza por mi muslo para ahuecar mis bolas, haciéndolas rodar con la presión justa para que mi visión chispee en los bordes.

No es suave. Tampoco es cruel, pero es implacable: nunca cede, nunca me deja recuperar el aliento. Cada vez que pienso que va a bajar el ritmo, a darme la oportunidad de respirar, redobla la apuesta, chupando más fuerte, hundiéndome más. Me doy cuenta, en algún rincón distante y racional de mi mente, de que estoy sudando, de que mi corazón late sin control, de que si no concentro cada fibra de mi fuerza de voluntad voy a pasar una vergüenza aquí mismo.

Valdría la pena, solo por verla triunfar.

Se retira, sus labios se despegan de la punta con un chasquido, y casi grito por la pérdida. Me masturba con una mano, la otra todavía acunándome, sus ojos nunca dejan los míos. —Querías que te rogara —susurra, con las palabras graves y roncas—. Querías que admitiera que te necesitaba —saca la lengua y prueba el líquido preseminal untado en la punta—. Aquí estás, Marco. Rogando. Necesitándome.

No puedo respirar. Cada músculo de mi cuerpo está tenso, y me siento salvaje, desesperado, totalmente perdido. —Joder, *principessa*…

Me hace callar con un movimiento de cabeza y se hunde de nuevo, moviendo la cabeza ahora, rápida y despiadada, el chasquido húmedo de su boca obsceno en el ático bañado por el sol. Mis caderas se sacuden, involuntarias, y finalmente me permito empujar, solo un poco, lo suficiente para sentir la línea rígida de sus dientes contra la piel suave, la forma en que se abre más para tomarme más profundo. Ella gime y el sonido me empuja al límite.

La imagen de ella, mi novia robada, mi esposa reacia, eligiendo adorar mi verga con su boca perfecta, rompe algo en mí. Todo el control del que me enorgullezco se hace añicos mientras ahueca sus mejillas, succionando más fuerte.

Estoy a punto, a segundos de correrme, e intento advertirle, pero me clava las uñas en el muslo y me mira a los ojos, retándome a terminar, a perder el control en su boca. Y lo hago. Me corro con un grito, explotando en su garganta, mi visión al rojo vivo mientras

traga, sin romper nunca el contacto visual, sin bajar el ritmo hasta dejarme seco y temblando.

Me suelta con una última y suave succión, luego se sienta sobre sus talones, limpiándose la boca con el dorso de la mano. Está sonrojada, su cabello alborotado, su boca hinchada y roja, y parece una puta diosa. Como la victoria y la derrota al mismo tiempo.

15 - Valentina

Cuando intento abrazar a mi hermana, ella se aparta con un respingo.

El rechazo duele más que cualquier bofetada. Alice está recostada sobre almohadas de seda en la cama de invitados de los Rosetti, todavía con el camisón blanco de mamá del rescate de ayer. La tela cuelga holgada en su delgada complexión, haciéndola parecer aún más joven de sus diecinueve años.

—No lo hagas. —Su voz se quiebra en esa única palabra.

Me dejo caer en el borde de la cama, manteniendo la distancia que ella claramente necesita. El sol de la mañana se cuela por las ventanas del complejo como una sentencia, iluminando las motas de polvo que danzan en el aire entre nosotras. Apenas dormí anoche. Cada vez que cerraba los ojos, sentía las manos de Marco enredadas en mi pelo, lo saboreaba en mis labios, recordaba el poder de ponerlo de rodillas. Me duelen las rodillas por los moretones del piso de mármol, marcas que llevo como medallas de la guerra que estoy ganando. O perdiendo. Ya no lo sé.

El aroma a bergamota del abrazo de Marco de esta mañana se aferra a mi ropa, un recordatorio de que ahora camino entre dos mundos. En algún lugar debajo de nosotras, oigo voces ahogadas. Los hombres de Marco ocupándose de los «negocios» matutinos que probablemente involucran sangre y dolor. Mi cuerpo todavía me duele por lo de anoche y me muevo incómoda, hiperconsciente de que debo oler a él.

—Alice, por favor. Vine tan pronto como pude.

—Me dejaste allí. —No me mira a los ojos; sus dedos juguetean con el dobladillo del camisón con el mismo gesto nervioso que tenía mamá—. Los elegiste a ellos. Lo elegiste a él.

La acusación queda suspendida entre nosotras, cargada de una verdad que no puedo negar. —Él me llevó, Alice. No tuve elección al irme.

—Pero estás eligiendo quedarte. —Ahora sí me mira, con los ojos rojos, pero afilados como los cuchillos de papá—. Puedo verlo. La forma en que dijiste su nombre cuando me encontraste. La forma en que te ves… adaptada. Como se veía mamá, después de que dejó de luchar.

La comparación me cala hondo. ¿Cómo explico que sí, que estoy eligiendo esto? ¿Que en algún punto entre el secuestro y el rescate, he empezado a necesitar a Marco como si fuera oxígeno? ¿Que la jaula se ha convertido en un hogar? La chica que le arrojó el vino estaría horrorizada. La mujer en la que me estoy convirtiendo quiere arrodillarse ante él de nuevo.

—Tienes razón —admito en voz baja—. Estoy eligiendo quedarme.

La risa de Alice es amarga, envejecida más allá de sus años. —Así que eres igual que mamá. Amando al hombre equivocado, quedándote cuando deberías huir.

—Mamá no tenía opciones.

—Tú tampoco, al parecer. —Lleva las rodillas al pecho, un gesto defensivo que recuerdo de cuando papá se enfurecía—. Te secuestró, Valentina. Te obligó a casarte con él a punta de pistola. ¿Y lo estás defendiendo?

—No estoy defendiendo nada. Solo estoy… —Dejo la frase en el aire, incapaz de encontrar palabras que no suenen a traición o rendición. Mis dedos se deslizan inconscientemente hacia mi garganta, donde siempre siento el fantasma de los labios de Marco, y obligo a mi mano a bajar.

—¿Lo amas?

La pregunta queda suspendida entre nosotras, tan pesada como los cuerpos que Marco deja a su paso. Abro la boca, la cierro, lo intento de nuevo. No sale nada. El silencio se prolonga, hablando más fuerte que cualquier confesión. Dios, ayúdame. Esta enfermiza necesidad de hombres peligrosos debe ser hereditaria.

La expresión de Alice se suaviza ligeramente al comprender. —Aprendí a leer las intenciones de los hombres por las malas. Viendo a papá destruir a mamá pedazo a pedazo. Tienes la misma mirada que ella ponía cerca del final. Como si la violencia hubiera dejado de dar miedo y hubiera empezado a ser… necesaria.

Mis ojos arden con lágrimas no derramadas. —Mamá murió tratando de irse.

—No —corrige Alice con delicadeza—. Mamá murió porque esperó demasiado para elegir. O te quedas o te vas, pero la indecisión la mató. Tú tienes suerte. Tu captor te quiere viva. El de mamá la quería rota.

¿Cuándo se volvió mi hermana pequeña tan sabia sobre la supervivencia? Me acerco un poco más y esta vez no se aparta. —¿Puedo? —le pregunto, señalando su pelo enredado.

Ella asiente, girándose para que pueda alcanzar los mechones oscuros que son iguales a los míos. Encuentro el cepillo en la mesita de noche y empiezo a desenredar los nudos; el ritmo familiar nos calma a ambas. Solíamos hacer esto todas las noches antes de dormir, cuando nuestra mayor preocupación era el humor de papá en la cena, no contratos de matrimonio escritos con sangre.

—Tenía tanto miedo —susurra mientras la peino—. Cuando papá me habló de Christopher O'Brien, de la boda. No dejaba de pensar que me salvarías de alguna manera.

—Siento no haber llegado antes.

—Pero viniste. —Se estira para apretarme la mano—. Tú y tu aterrador esposo incendiaron nuestro mundo para sacarme.

Mi aterrador esposo. Las palabras se sienten correctas de alguna manera. Pienso en sus nudillos ensangrentados, la violencia casual, la forma en que mata con las mismas manos que me preparan el expreso cada mañana. —Él no es… no te haría daño, Alice. Ni a mí.

—Lo sé —dice simplemente—. Vi cómo te miraba. Como si fueras el sol y él hubiera estado viviendo en la oscuridad. Como si fuera a matar a cualquiera que intentara eclipsarte.

La descripción me oprime el pecho. —Es más complicado que eso.

—El amor siempre lo es. Especialmente cuando viene con una cuenta de cadáveres. —Alice se gira para mirarme, pareciendo mayor de lo que es—. Solo… ten cuidado, ¿sí? Los hombres como él aman con la misma intensidad con la que destruyen. Y en nuestro mundo, eso suele acabar en sangre.

Antes de que pueda responder, me da un abrazo feroz, hundiendo la cara en mi hombro como solía hacer durante las tormentas. —No quiero perderte a ti también —murmura contra mi camisa.

—No lo harás —prometo, abrazándola con fuerza—. No me voy a ninguna parte.

—Ya lo hiciste —dice, pero hay perdón en sus palabras. Comprensión—. Ya te fuiste, ¿verdad? Ahora le perteneces a él.

La verdad de sus palabras se asienta en mis huesos como plomo. Sí, le pertenezco a Marco Rosetti. La pregunta es si sobreviviré a ello mejor de lo que mamá sobrevivió a pertenecerle a papá.

—Necesito entender —dice Alice mientras sigo cepillándole el pelo, con nuestros reflejos atrapados en el espejo del tocador frente a la cama—. Ayúdame a entender cómo puedes elegir esto.

Mis manos se detienen por un momento. ¿Cómo explico que la violencia de Marco se siente como protección mientras que la de papá se sentía como un encarcelamiento? ¿Que su control viene con cuidado mientras que el de papá venía con crueldad? ¿Que una punzada de humedad me recorre incluso ahora, al recordar su gemido de placer cuando me lo tragué?

—Cuando me llevó —empiezo lentamente—, pensé que mi vida se había acabado. Pensé que me convertiría en otra esposa de la mafia, con la mirada muerta y bien adornada. Pero él... él me ve. No solo como una propiedad o un premio, sino como una persona.

—El síndrome de Estocolmo existe, Val.

—Lo sé. Dios, lo sé. He cuestionado todo lo que siento, me he preguntado si es real o solo supervivencia. —Separo otra sección de su pelo—. Pero cuando esos soldados irlandeses vinieron por mí, cuando tuve la oportunidad de irme con ellos o más tarde con Sarah, elegí quedarme. No porque tuviera que hacerlo. Porque quería hacerlo.

Alice se queda en silencio un largo momento, procesándolo. A lo lejos, oigo el portazo de una puerta, voces masculinas que se elevan con ira antes de callar abruptamente. Alguien no dio la respuesta correcta a las preguntas de Marco.

Me aprieta la mano. —No pareces aterrorizada. Pareces... viva. Más viva de lo que te he visto desde que mamá murió.

La observación me golpea profundamente. Tiene razón. Durante once años, he estado viviendo en piloto automático, sobreviviendo en lugar de vivir. Hasta que Marco me robó de ese altar e, inadvertidamente, me despertó.

—Él me hace sentir real —admito—. Como si importara más allá de mi apellido o mi cuerpo. Me pide mi opinión, escucha cuando hablo, me confía a su familia. —Pienso en el nacimiento de Ana, en ser necesitada por mis habilidades en lugar de por mi linaje—. Asistí el parto del bebé de su cuñada ayer.

—¿Qué? —Los ojos de Alice se abren de par en par.

—Se puso de parto, venía de nalgas. Yo me encargué. —El orgullo se cuela en mi voz—. Su familia confía en mí ahora. No soy solo la esposa de Marco para ellos. Soy Valentina.

—Pareces feliz —observa Alice, con asombro en su voz—. A pesar de todo, pareces realmente feliz.

La revelación me cae como un rayo. Lo soy. De alguna manera, en esta jaula dorada con mi peligroso esposo, he encontrado algo que nunca tuve en la casa de papá: a mí misma. Aunque ese yo sea más oscuro ahora, manchado con su violencia, hambriento de cosas que las chicas buenas no deberían desear.

Salgo de la habitación de Alice sintiéndome en carne viva, expuesta, como si ella hubiera despegado capas que no sabía que existían. El pasillo se extiende ante mí, la luz de la mañana pintando patrones en el costoso papel tapiz. Puedo oír ruidos de abajo. Algo pesado siendo arrastrado, agua corriendo, el eficiente sonido de la limpieza. Me duelen las rodillas al caminar, moretones de los pisos de mármol que presiono deliberadamente, recordando el poder de hacerlo perder el control.

Necesito encontrar al chofer de Marco, volver al *ático*, procesar todo lo que mi hermana acaba de hacerme admitir.

En cambio, casi choco con Alessandro, que acompaña a una rubia desaliñada hacia las escaleras.

—No puedo creer que estés haciendo esto —sisea la mujer, con su vestido de diseñador arrugado, el pelo revuelto, el maquillaje corrido. Se ve exactamente como lo que es: un error de una noche—. ¡Dijiste que llamarías!

—Dije que me llamarías tú —corrige Alex con esa sonrisa que probablemente derrite bragas a cincuenta metros—. Sutil diferencia, cariño.

—Eres un imbécil. —Se aparta bruscamente de su mano—. Pensé que lo de anoche significaba algo.

—Significó que ambos la pasamos bien. Repetidamente, si no me falla la memoria. —Su tono es ligero, casual, como si estuviera discutiendo las opciones para el desayuno—. Pero el amanecer tiene una forma de terminar todos los cuentos de hadas.

Se arregla los puños y noto sangre debajo de una uña. No es suya, ni de ella. Algo de cualquier negocio que haya atendido antes de su entretenimiento nocturno.

La palma de la mujer cruza su cara de todos modos, el sonido resonando en el pasillo. Alex no se inmuta, solo se toca la mejilla con una expresión divertida. —¿Te sientes mejor?

Ella se aleja furiosa sin decir otra palabra, sus tacones repiqueteando con un staccato furioso en las escaleras de mármol. Alex la ve irse, luego se gira y me encuentra paralizada en el pasillo.

—¡Cuñada! —Su deleite parece genuino a pesar de la marca roja de la mano en su cara—. ¿Disfrutando del entretenimiento matutino?

—Eso fue cruel —digo, aunque una parte de mí lo entiende. La honestidad de los monstruos.

—Hubiera sido cruel fingir —corrige. Hay algo afilado en su sonrisa ahora, peligroso como todos los hombres Rosetti—. Además, ella también me estaba usando. Me usan por la emoción del peligro, por la historia de haberse acostado con un Rosetti. —Se acerca más y huelo una colonia cara mezclada con un perfume que no es el suyo, y pólvora debajo de todo—. Un intercambio justo, en mi opinión.

—Esa es una forma solitaria de vivir.

Su risa es aguda. —¿Lo dice la mujer que se casó con mi hermano a punta de pistola?

El calor inunda mi cara, pero no lo niego. —Eso es diferente.

—¿Lo es? Él te está usando para obtener legitimidad, control, para cualquier necesidad psicológica que tú llenes. Tú lo estás usando para obtener protección, un propósito, para… —hace una pausa, estudiándome con esos ojos verdes que ven demasiado—. Bueno, esa es la cuestión, ¿no? ¿Para qué estás usando a mi hermano?

La pregunta me cala más hondo de lo que pretendía. —No lo uso.

—¿No? —La sonrisa de Alex cambia, se vuelve algo más genuino —. Entonces o estás mintiendo o estás enamorada. Y cariño, en nuestro mundo, bien podrían ser la misma cosa. El amor es solo otra moneda aquí. La gastas, la acumulas o la usas como arma.

—Marco no es como tú.

—No, no lo es. —La expresión de Alex se vuelve pensativa—. Él no colecciona mujeres como mariposas. Te coleccionó a ti, en singular, y ahora ha terminado. El hombre ha sido célibe durante dos años, ¿sabías eso? Dos años de nada más que trabajo y violencia; luego, le tiras vino a la cara y de repente se obsesiona.

—No sabía eso —admito; la información remueve algo en mi pecho. La reacción de mi cuerpo hacia él tiene más sentido ahora.

Toda esa hambre reprimida enfocada únicamente en mí.

—Es diferente contigo —continúa Alex, apoyándose en la pared con una elegancia casual que no oculta el arma bajo su chaqueta—. Conozco a mi hermano de toda la vida. Nunca le ha importado si alguien se queda o se va. Las personas son piezas de ajedrez para él, útiles o no, pero nunca esenciales.

—¿Y ahora?

—Ahora te deja leer sus libros de estrategia. Te deja salir sola del *penthouse*. Te confía secretos familiares. —Los ojos verdes de Alex me clavan en mi sitio—. ¿Entiendes lo sin precedentes que es eso? Marco no confía en nadie, no del todo. Ni siquiera en nosotros. Pero en ti... en ti confía. Y la confianza, en nuestro mundo, es más letal que cualquier bala.

—No debería —susurro, recordando el poder que ejercí anoche, lo fácil que podría destruirlo si quisiera.

—Probablemente no. La confianza lo hace vulnerable. Y Marco Rosetti vulnerable es o lo más peligroso de Chicago, o lo más débil. Todavía no sé cuál es.

—Pareces preocupado.

—Siempre me preocupo cuando mi hermano se cree invencible. Y ahora mismo, cree que tenerte a ti lo hace intocable. —Alex se despega de la pared—. Tu padre ha estado ocupado hoy, por cierto. Organizando reuniones, haciendo llamadas. Se rumorea por ahí que está planeando algo grande con los irlandeses.

La sangre se me hiela. —¿Marco lo sabe?

—Por supuesto que lo sabe. Tiene ojos en todas partes. —La sonrisa de Alex es afilada como una cuchilla—. Pero saberlo y actuar en consecuencia son cosas diferentes. Está dudando porque es tu padre. Porque hacerle daño a él te hace daño a ti.

—Mi padre se merece lo que le venga. —Las palabras saben a verdad y a traición al mismo tiempo.

—Quizás. Pero Marco está sopesando tus sentimientos por encima de la estrategia. Eso es nuevo. Eso es peligroso. —Alessandro se acerca, su voz bajando a apenas un susurro—. Tu padre tiene a los O'Brien totalmente comprometidos ahora. Esa boda rechazada fue un insulto suficiente, pero ¿llevarse a Alice? Eso es una declaración de guerra. Y hay rumores de que algunos rusos están interesados en el caos.

—Marco no es débil.

—No, pero está distraído. Por ti. Por esta cosa entre ustedes que ninguno de los dos quiere nombrar. —Su risa es amarga—. El amor vuelve estúpidos a los hombres, *principessa*. Les hace pensar que son invencibles cuando en realidad solo están expuestos. Les hace dudar cuando deberían atacar.

Pienso en Marco anoche, la forma en que me abrazó después de que me arrodillé ante él, la forma en que me miró como si yo lo fuera todo. La forma en que sus manos temblaron ligeramente cuando pensó que no lo estaba mirando. —¿Crees que me ama?

—Creo que mi hermano quemaría Chicago para mantenerte a salvo. Ya empezó, ¿no? Ese rescate de ayer no fue estrategia. Fue pura emoción. —La expresión de Alex es seria ahora, todo rastro de su encanto habitual ha desaparecido—. Tiene algo planeado, algo grande. O asegurará tu posición para siempre o lo matará en el intento.

—Estás siendo dramático.

—¿Lo estoy? ¿Cuándo fue la última vez que lo viste realmente relajado? No fingiendo, no actuando con control, sino realmente tranquilo.

No puedo responder porque tiene razón. Incluso al dormir, Marco está tenso, listo para la violencia. Incluso cuando se corre, hay tensión en él, como si estuviera esperando un ataque.

—No puede ser invencible y vulnerable a la vez —continúa Alex—. O el amor lo hace más fuerte, o lo mata. En nuestro mundo, rara vez hay un término medio. Los hombres que aman demasiado mueren primero.

—Entonces, ¿qué sugieres?

—Dejen de fingir. Los dos. Sea lo que sea esto, comprométanse por completo o márchense. —Se ríe de mi expresión—. Sí, sé que nunca te dejaría marchar. Pero podrías obligarlo, si realmente quisieras. Dile que lo odias, dilo en serio, rompe cualquier control que tengas sobre él. Te dejaría ir antes que mantenerte odiándolo. Le queda ese poco de orgullo.

—¿Crees que tengo control sobre él?

—Cariño, lo tienes en la palma de tu mano. Cuerpo, alma y dedo en el gatillo. La pregunta es qué vas a hacer con ese poder. Porque el poder que no se usa es poder desperdiciado, y el poder mal utilizado hace que todos mueran.

Antes de que pueda responder, su teléfono vibra. Lo revisa, frunce el ceño. —Hablando de problemas que se avecinan, Marco está interrogando a alguien ahora mismo. Un informante irlandés, por lo que he oído. Probablemente por eso tendrá los nudillos ensangrentados cuando lo veas más tarde.

Se me encoge el estómago. —¿Marco está…?

—Siempre ocupándose de algo. —Alex empieza a caminar hacia las escaleras—. Tommy está esperando en el garaje. Ah, ¿y Valentina?

Me detengo. —¿Sí?

—¿Eso de ser vulnerable? Funciona en ambos sentidos. Estás tan expuesta como él. La diferencia es que tú no tienes un ejército para protegerte. Solo a él. —Su sonrisa es afilada—. Más vale que el amor sea suficiente, porque la guerra se acerca, estés lista o no. Y en la guerra, las personas que amamos se convierten en armas que nuestros enemigos usan contra nosotros.

El calor de haber visto a Alice se disipa, reemplazado por un pavor helado. Alessandro tiene razón. Estamos en el filo de la navaja, y cualquier movimiento en falso podría desangrarnos a ambos.

—Además —grita Alex desde la mitad de la escalera—, puede que quieras ponerte hielo en esas rodillas. Los moretones se están oscureciendo. Cuentan una historia muy reveladora sobre tu piel.

El calor me sube a la cara mientras bajo la mirada, viendo las marcas del suelo del *penthouse*, moradas y evidentes contra mi piel. —Imbécil —murmuro, pero él ya se ha ido, su risa resonando tras él.

El *penthouse* está demasiado silencioso cuando entro, ese silencio particular que significa que la violencia lo ha visitado. Puedo olerlo. Sangre y cloro, sudor del miedo y pólvora. Encuentro a Marco en su estudio, de pie junto a la ventana, de espaldas a mí, con los nudillos ensangrentados y en carne viva. Su camisa blanca tiene una salpicadura de sangre arterial en el puño. Definitivamente no es suya.

—¿Cómo está Alice? —No se gira, pero oigo una preocupación genuina en la pregunta. La primera vez que pregunta por alguien fuera de su familia con verdadero interés.

—Asustada. Herida. Pero a salvo. —Me acerco a él, evaluando el daño. Sus hombros están rígidos por una violencia apenas contenida —. ¿Qué pasó?

—Negocios. —Finalmente se enfrenta a mí y veo la furia fría en sus ojos, del tipo que significa que alguien murió de mala manera—. Tu padre está haciendo movimientos. Tuve que tener una conversación con alguien que pensó que podía recopilar información sobre mi esposa.

—Alex mencionó que te estabas ocupando de algo. —Tomo sus manos heridas entre las mías, examinando la piel abierta sobre sus nudillos. La sangre no es toda suya—. ¿Con la cara de quién se encontraron?

—Con la de alguien que no volverá a cometer ese error. —Su voz es casual, pero la violencia se filtra en cada palabra—. Nadie lo hará.

Lo guío a su escritorio, empujándolo hacia la silla de cuero antes de dirigirme al baño por el botiquín. Esto se está convirtiendo en una rutina: él vuelve ensangrentado, yo lo limpio. La domesticidad de la situación ya no me perturba.

—No tienes que hacer esto —dice mientras regreso con antiséptico y vendas.

—Sí, tengo que hacerlo. —Me siento a su lado, tomando primero su mano derecha. Los nudillos están peor aquí. Golpea con esta mano—. Esto es lo que hacemos ahora, ¿no? Tú sangras, yo te curo. Tú matas, yo lo acepto.

—Eso no es lo que quiero que seamos.

—¿No? —limpio las heridas con cuidado, observándolo controlar su reacción al escozor. Su piel está ardiente bajo mis dedos, viva con violencia—. Entonces, ¿qué quieres que seamos?

Su mano libre me toma la barbilla, inclinando mi cara hacia arriba. —Reales.

La palabra queda suspendida entre nosotros mientras trabajo en sus nudillos. Un concepto tan simple, una petición tan imposible en nuestro mundo de mentiras y violencia. Pero quizás eso es lo que somos. Reales en nuestra disfunción, reales en nuestra violencia, reales en esta enfermiza necesidad que sentimos el uno por el otro.

—Alessandro dice que te hago vulnerable —digo, centrándome en vendar su mano en lugar de mirarlo a los ojos.

—Alex habla demasiado.

—¿Es verdad? —Termino con su mano derecha y paso a su izquierda. Estos nudillos están menos dañados, pero aun así abiertos —. ¿Te hago vulnerable?

—Sí.

La simple admisión detiene mis manos. Levanto la vista y lo encuentro observándome con esos ojos oscuros que lo ven todo, que me vieron de rodillas anoche y les encantó.

—Me haces vulnerable —continúa, con la voz firme a pesar del peso de la confesión—. Me haces dudar cuando debería atacar, reconsiderar cuando debería destruir. Estoy planeando mis movimientos de forma diferente ahora. Preguntándome qué pensarías si vieras las consecuencias.

—Eso suena peligroso.

—Lo es. —Su mano vendada me acaricia la cara—. Tu padre lo sabe. Los irlandeses lo saben. Pronto todos sabrán que Marco Rosetti tiene una debilidad.

—Lo siento.

—No lo sientas. —Su pulgar acaricia mi pómulo—. Ser vulnerable a ti, por ti… es lo más humano que me he sentido en años. Quizás nunca.

—Podría hacer que te maten. El amor y la muerte son la misma moneda en nuestro mundo.

—Todo podría hacer que me maten. Al menos esto —gesticula entre nosotros—, esto vale la pena el riesgo. Tú vales la pena el riesgo.

Termino de vendar su mano izquierda, el ritual familiar nos ancla a ambos. —No puedes permitirte ser vulnerable en tu mundo.

—Nuestro mundo —corrige—. Y quizás eso es exactamente lo que necesito. Alguien que me haga recordar que soy más que solo violencia y estrategia. Alguien que me haga recordar por qué estoy luchando.

—Bien —respiro. Dejo a un lado los suministros, encontrando su mirada por completo—. Alguien debería.

16 - Marco

La última nota de Valentina en el margen de Miyamoto Musashi: *La mayor victoria es la rendición que se siente como un triunfo.*

Me recuerda inmediatamente a su triunfal «rendición» de hace tres días, cuando me puso de rodillas en mi propio apartamento. Termino cancelando tres reuniones para llevarla a almorzar. Algo que nunca he hecho por nadie.

Me doy cuenta de esto mientras Tommy se detiene frente al pequeño café en North Halsted, con su fachada bohemia que contrasta marcadamente con los restaurantes de poder donde suelo hacer negocios. A través de la ventana, veo muebles disparejos, paredes de ladrillo a la vista cubiertas de arte de aficionados, estudiantes inclinados sobre computadoras portátiles y cuadernos de poesía. El olor a expreso quemado e incienso de pachulí se cuela por la puerta entreabierta, la música folk de alguien se escapa de unos audífonos baratos. Todo lo opuesto a mi mundo de cuero y pólvora.

Este es su mundo. El que habitaba antes de que la tomara.

Tommy se posiciona junto a la puerta cuando entramos, sutil, pero presente. Ya he localizado las dos salidas, las ventanas estrechas, la mesa en la esquina con la mejor línea de visión. Mi mano se posa en la parte baja de su espalda mientras nos abrimos paso entre las mesas abarrotadas, un gesto posesivo que parece que no puedo dejar de hacer. La seda de su vestido está cálida bajo mi palma y siento la ligera tensión en su columna.

—Vas a odiar este lugar —dice ella, pero hay algo juguetón en su tono. Poniéndome a prueba.

—Probablemente. —Aspiro el café y el pachulí, tan diferentes de los lugares que suelo frecuentar—. Pero a ti te encanta.

Hace una pausa y me mira con esos ojos oscuros que todavía me oprimen el pecho incluso después de veintisiete días. Ayer sostuvo a su sobrina recién nacida mientras Ana se recuperaba, unas manos competentes que habían atendido un parto de nalgas ahora eran

gentiles con la bebé. Hace tres días, esas mismas manos tenían mi verga en su boca, tragándome como si hubiera nacido para eso, y ahora me mira con sorpresa porque recordé su café favorito.

Adentro, el rostro del barista se ilumina.

—¡Val! ¡Dios mío, no te habíamos visto en una eternidad!

—Hola, Diego. —La sonrisa de Valentina es genuina de una manera que rara vez veo—. Este es mi esposo, Marco.

La palabra «esposo» en su boca, voluntaria y pública, me inunda de satisfacción. Los ojos del barista se abren de par en par mientras me examina. El traje caro, la forma en que mi saco cae para apenas ocultar mi arma, cómo mantengo mi mano en la espalda de mi esposa como si ella pudiera desaparecer.

—Esposo —repite Diego, claramente tratando de procesar esto—. Guau. De acuerdo. ¿Lo de siempre?

Ella asiente y luego me mira.

—Un expreso para él. Del bueno, no la porquería quemada que sueles servir.

Diego se ríe con nerviosismo y se apresura a preparar nuestro pedido. Me aseguro de presentarla como «mi esposa» al gerente que viene a ver cómo estamos y al estudiante que pregunta si usamos la silla vacía en nuestra mesa. Cada vez, la palabra sale de mi boca con una satisfacción creciente, y observo a Valentina darse cuenta, observo su reacción a mi reclamo público.

Encontramos una mesa en la esquina y tomo el asiento con la espalda contra la pared, con una vista clara de ambas salidas. Viejos hábitos. Valentina se sienta frente a mí, luciendo más relajada de lo que la he visto fuera del penthouse.

—Solías venir aquí a estudiar —digo, sin ser una pregunta. He reconstruido partes de su vida anterior, aunque todavía me sorprende.

—Solía venir aquí a pensar. —Acepta su café de Diego con una cálida sonrisa que hace que algo se me retuerza en las entrañas—. A fingir que era una estudiante universitaria más.

La forma en que evita cuidadosamente mencionar a su padre me recuerda la guerra que ahora libramos en múltiples frentes. Las advertencias de Alex resuenan en mi mente. Los irlandeses reagrupándose, su padre haciendo llamadas, los rusos husmeando en el caos. Pero ese es el problema de mañana. Hoy, estoy almorzando con mi esposa en su café favorito, viendo su rostro iluminarse

mientras explica las terribles lecturas de poesía que organizan los martes.

—Perderías la cabeza —dice, riendo—. La última vez que estuve aquí, alguien hizo una danza interpretativa sobre su relación con el gluten.

—Suena a tortura.

—Fue hermoso. —Su sonrisa se vuelve maliciosa—. Especialmente la parte en la que se retorcía en el suelo gritando sobre la traición del pan.

Me encuentro riendo, riendo de verdad, ante la imagen. ¿Cuándo fue la última vez que me reí de algo que no fuera violencia o victoria? Quizás cuando la bebé de Ana me agarró el dedo ayer, ese pequeño y feroz agarre de mi nueva sobrina.

—Pronto vendrás aquí por consejos estratégicos —bromea, señalando a los serios estudiantes que discuten sobre filosofía.

—Bueno, si se parecen en algo a ti, tal vez lo haga. —Sus cejas se disparan—. Tu análisis ha resultado… valioso —admito, eligiendo mis palabras con cuidado—. La debilidad en la cadena de suministro de los Torrelli. Funcionó exactamente como lo predijiste.

Sus ojos se abren como platos.

—¿Usaste mi estrategia?

—Uso todo lo que me da una ventaja. —Me reclino en mi asiento, estudiándola—. Y tus percepciones se están volviendo… significativas. Ves patrones que yo paso por alto, conexiones que se me escapan porque estoy demasiado concentrado en la amenaza directa.

Se sonroja ante el elogio, y quiero continuar, decirle cómo sus notas al margen en mis libros han cambiado la forma en que abordo las disputas territoriales, cómo su sugerencia sobre los estibadores evitó una huelga que habría costado millones. Pero las palabras se me atascan en la garganta. Admitir cuánto dependo de su inteligencia se siente más vulnerable que cualquier cosa física que hayamos compartido.

—Tu interpretación de Clausewitz también fue brillante —dice en voz baja—. Sobre que la niebla de guerra es interna en lugar de externa. Nunca lo había pensado de esa manera.

Nos inclinamos el uno hacia el otro sobre la pequeña mesa, perdidos en una discusión sobre teoría militar en este ridículo café bohemio, cuando capto un movimiento por el rabillo del ojo. Alguien

en una mesa de la esquina, esforzándose demasiado por parecer casual. La forma en que sostiene su periódico. Nadie menor de cuarenta años lee periódicos físicos en los cafés. Lo archivo en mi mente, me muevo ligeramente para mantenerlo a la vista sin interrumpir la conversación.

—¿Valentina?

La voz corta nuestra discusión como una cuchilla. Ella se pone rígida, el color desaparece de su rostro mientras se gira hacia el que habla.

Un hombre está de pie junto a nuestra mesa. Alto, de aspecto pulcro, el tipo de atractivo seguro que pertenece a los bufetes de abogados y a los clubes de campo. Todo en él grita respetabilidad, desde sus pantalones caqui hasta su sudadera de la Universidad de Columbia. Todo lo que yo no soy.

Mi mano se mueve inmediatamente hacia mi arma, un reflejo tan natural como respirar. Tommy se mueve junto a la puerta, alerta a la tensión.

—James. —Su voz es apenas un susurro.

James. El nombre no está en ninguno de mis archivos, pero la forma en que lo dice me lo revela todo. Novio de la universidad, por la forma en que se miran. El tipo de normalidad que podría haber tenido antes de que su padre pusiera fin a su educación.

—No podía creerlo cuando te vi por la ventana. —Sus ojos se desvían hacia mí, asimilando el peligro que represento incluso en este entorno pacífico—. Me enteré de… la boda. ¿Estás bien?

La pregunta queda suspendida en el aire. Todo el café parece detenerse, los otros clientes perciben la tensión aunque no la entiendan. El hombre del periódico definitivamente ha dejado de fingir que lee. *¿Estás bien?* Como si la tuviera de rehén. Lo cual, técnicamente, hice. Al principio.

—Estoy bien —dice Valentina, pero su voz flaquea.

James se acerca, ignorando deliberadamente la advertencia en mi postura.

—Val, si necesita ayuda, si este hombre la está obligando…

—Elija sus próximas palabras con mucho cuidado. —Mi voz baja a ese tono que hace que los asesinos hechos y derechos retrocedan.

Él se vuelve hacia mí por completo ahora, y veo que registra lo que soy. La pistola bajo mi saco. Las cicatrices en mis nudillos. La

forma en que me siento, tenso, listo para la violencia incluso en este lugar pacífico.

—Usted es Marco Rosetti. —No es una pregunta—. El criminal que la secuestró de su boda.

El café ha quedado en completo silencio. Alguien deja caer una taza, el estallido resuena en la quietud. La mano de Tommy se desliza hacia su arma oculta. Todos están mirando ahora. Estudiantes que levantan la vista de sus computadoras, el barista congelado a mitad de servir, todos conscientes de que algo peligroso ha invadido su espacio seguro.

—Sí —digo simplemente—. Lo soy.

—Usted es un asesino. —La voz de James se eleva, actuando para la creciente multitud de espectadores—. Un monstruo que obliga a las mujeres a casarse. Val, intenté ayudar antes. Tu padre me dejó claro lo que me pasaría si insistía, pero debí…

—James, para. —La voz de Valentina corta su creciente diatriba.

—No, Val. Alguien tiene que decirlo. Alguien tiene que hacerle frente a esta gente que cree que es dueña de todo, de todos. —Extiende la mano para tomar la de ella—. Ven conmigo. Ahora mismo. Podemos irnos, te mantendré a salvo…

Mi mano se aprieta en mi arma, la violencia se enrosca en mi interior. Un centímetro más cerca de mi esposa y este universitario se estará desangrando en el piso de bambú sostenible. Tommy da un paso adelante. El hombre del periódico se levanta, y ahora lo reconozco. Uno de los soldados de los Torrelli. Observando. Esperando ver una debilidad.

Pero antes de que la violencia estalle en este lugar pacífico, sucede algo extraordinario.

—Sí, lo es.

La voz de Valentina resuena clara en el silencioso café. Se pone de pie, moviéndose entre James y yo con una gracia que hace que algo cambie en mi pecho, de forma violenta e irreversible.

—Es exactamente lo que dices que es. Un criminal. Un asesino. —Se vuelve para mirar a James de frente—. Y es mío.

Las palabras me golpean con fuerza. *Mío*. No «soy suya», sino «es mío». La distinción reescribe todo lo que creía saber sobre el poder entre nosotros.

—Val, no lo dices en serio. Síndrome de Estocolmo…

—Basta. —Su mano se mueve hacia atrás, encontrando la mía sobre la mesa, cubriéndola por completo. El gesto es protector, posesivo, un reclamo público que me deja sin aliento—. ¿Crees que me estás rescatando? ¿De qué? ¿De un hombre que valora mi inteligencia? ¿Que implementa mis estrategias? ¿Que me confía a su familia?

—¡Te secuestró!

—Sí, lo hizo. —Me aprieta la mano, y siento el ligero temblor en sus dedos, el coraje que esto le está costando—. Y yo elegí quedarme. Elijo quedarme todos y cada uno de los días.

La multitud observa, hipnotizada. No entienden la complejidad de lo que somos, pero reconocen el poder cuando lo ven.

James da un paso atrás, la confusión reemplazando a la rectitud.

—Esta no eres tú. La Val que yo conocía nunca…

—La Val que conocías se estaba muriendo lentamente en casa de su padre, esperando ser vendida al mejor postor. —Su voz ahora lleva acero bajo la seda—. ¿Querías salvarme? ¿Dónde estabas cuando mi padre anunció mi compromiso con Liam O'Brien? ¿Cuando me estaban vistiendo como una novilla de concurso para una alianza irlandesa?

—No lo sabía… Tu padre amenazó…

—Porque te alejaste en el momento en que las cosas se complicaron. En el momento en que mi apellido se volvió demasiado pesado para tu vida normal. —Se ríe, amarga y hermosa—. Al menos Marco nunca pretendió que yo pudiera ser algo distinto de lo que soy. Nunca me pidió que fuera menos para él poder sentirse más.

La observo defenderme, defendernos, y algo fundamental cambia dentro de mí. Esta mujer que me arrojó vino a la cara, que luchó contra mí durante semanas, ahora se interpone entre el peligro percibido y yo como si fuera mi soldado, mi ejecutora.

—Estás cometiendo un error —dice James en voz baja.

—Quizás. —Se gira para mirarme, y la expresión en su rostro me detiene el corazón—. Pero es mi decisión.

James se queda allí un momento más, mirándonos a ambos. Lo que sea que ve en su rostro, en la forma en que se posiciona como mi escudo en lugar de buscar refugio detrás de mí, le hace retroceder.

—Espero que sepas lo que haces, Val.

—Por primera vez en mi vida, lo sé.

Entonces se va, con los hombros caídos en señal de derrota. El café vuelve lentamente a la vida, las conversaciones se reanudan en susurros ahogados. Pero no puedo concentrarme en nada de eso porque Valentina todavía sostiene mi mano, todavía de pie como mi ejecutora personal entre el mundo y yo.

—Siéntate —digo en voz baja.

Lo hace, pero no suelta mi mano. Sus dedos se entrelazan con los míos sobre la mesa, a la vista de todos. Reclamándome tan públicamente como yo la he reclamado.

—Me defendiste —digo, todavía procesando lo que acaba de pasar.

—Nos defendí a nosotros. —Me mira fijamente—. Hay una diferencia.

Nosotros. La palabra queda suspendida entre nosotros, cargada de implicaciones que ninguno de los dos está listo para expresar por completo.

Al irnos, noto las miradas hostiles de los otros clientes, la forma en que se encogen a nuestro paso. Valentina me aprieta la mano, con la barbilla en alto, sin avergonzarse de su elección. El gesto me oprime el pecho.

El viaje de vuelta en el auto comienza en completo silencio. La lluvia golpea las ventanillas en gotas constantes mientras Tommy se abre paso por el tráfico de Chicago. Valentina se sienta cerca de mí en el asiento trasero, más cerca de lo necesario, su muslo presionado contra el mío. El contacto me quema a través de mi traje caro, directamente hasta mi verga.

Se gira para mirarme, y hay algo en sus ojos que nunca he visto antes. No es miedo, ni desafío, ni siquiera el deseo al que me he vuelto adicto. Algo más profundo.

—¿Esperabas que huyera con él? —pregunta en voz baja—. ¿Que aprovechara la oportunidad de una vida normal con un hombre seguro?

—La idea se me cruzó por la mente.

—Entonces no me conoces tan bien como crees. —Mira por la ventana la ciudad que pasa—. James habría intentado arreglarme. Convertirme en alguien aceptable para su mundo. Limpiar mis asperezas, ocultar mi apellido, fingir que la oscuridad en mí no existe.

—¿Y yo?

—Tú ves la oscuridad y la igualas con la tuya. —Se vuelve hacia mí —. No me quieres a pesar de lo que soy. Me quieres por ello.

La verdad de sus palabras me cala hondo. Pienso en la otra noche, en cómo se veía de rodillas para mí, poderosa en su sumisión. Pienso en su mente estratégica, en la forma en que ve la violencia como una herramienta en lugar de un horror. Pienso en cómo me cose las heridas sin inmutarse, en cómo atiende mi violencia como si fuera solo otra parte de lo que sea que esto se esté convirtiendo.

Algo debe de doler en mi expresión, porque ella pregunta:

—¿Qué pasa?

—Nada —digo.

Solo que me estoy enamorando de ella.

17 - Marco

—Dijiste que todavía no —su voz atraviesa mi concentración mientras rodea mi escritorio, descalza y vistiendo solo mi camisa—. ¿Cuándo, Marco?

Los informes de seguridad se vuelven borrosos sobre mi escritorio. El nombre de su padre repetido diecisiete veces, amenazas irlandesas, interés ruso. No importa lo que hagamos, los rusos siempre están interesados. Pero solo puedo concentrarme en cómo el algodón blanco se aferra a sus curvas, todavía húmedo con mi perfume de cuando la abracé en el ascensor. Sus pezones están duros bajo la fina tela, picos visibles que hacen que se me haga agua la boca.

—¿Cuándo vas a tomar por fin lo que ambos queremos? —se acerca más, sus pies descalzos silenciosos sobre el mármol, pero escucho cada respiración, cada roce de la tela contra su piel.

Me recuesto en mi sillón, observándola acercarse con la misma cautela que le mostraría a un arma cargada. Han pasado tres días desde que me puso de rodillas, y esta mujer amenaza con destruirlo todo con una sola pregunta. La forma en que me defendió públicamente en ese café todavía me quema en el pecho, una sensación que me niego a examinar demasiado de cerca.

—Estoy revisando las amenazas —digo, con la voz cuidadosamente neutral a pesar de cómo se agita mi verga al verla. Mis nudillos se ponen blancos sobre el vaso de whisky, una reacción involuntaria que creí haber eliminado hace años.

—¿De mi padre? —se detiene junto a mi sillón, lo suficientemente cerca como para oler mi perfume en su piel mezclado con algo únicamente suyo. Esa dulce excitación a la que ya soy adicto. El aroma fractura mi control, abriendo finas grietas a través de años de disciplina—. Ha estado ocupado desde la interrupción de esta mañana.

—Tu padre, los irlandeses, todas las familias que huelen una oportunidad. —El whisky añejo me quema, pero no puede borrar el

sabor de su coño, el recuerdo de cómo se interpuso entre su exnovio y yo, declarándome suyo con una convicción tan feroz—. Tu defensa pública de mí hoy tiene consecuencias.

Se mueve entre el escritorio y yo, bloqueando mi vista de los informes, obligándome a mirarla. Estoy reclinado en mi sillón, por lo que la posición pone su coño a la altura de mis ojos, oculto solo por mi camisa y lo que sea que lleve debajo. Si es que lleva algo.

—Bien. Te hice una pregunta —dice—. ¿Cuándo vas a tomarme por fin?

—Cuando estés lista para ser mía por completo —agarro los brazos del sillón con la fuerza suficiente para romper el cuero—. No solo en la cama. En todo.

—Te defendí hoy. —Su voz baja, sus dedos recorriendo la superficie pulida del escritorio donde algunos hombres se han desangrado—. Te elegí públicamente por encima de la libertad. ¿Qué más necesitas?

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que siento un sabor a cobre. Cada instinto me grita que la agarre, que la marque, que la reclame. Contraigo los músculos, luchando contra la necesidad. —Necesito saber que te quedarás. No porque te obligué. No por deudas. Porque quieres esto.

Ella se ríe, pero no hay humor en su risa. —¿Crees que no quiero esto? ¿Después de todo? ¿Después de lo que te hice hace tres días? ¿Después de que me hiciste correrme en tu lengua hace semanas?

El crudo recordatorio hace que mi verga se contraiga. —Creo que quieres la idea de esto. La emoción, el peligro. Pero cuando la realidad se imponga, cuando te des cuenta de lo que realmente significa ser mía…

—Basta. —Se acerca más, sus muslos desnudos rozando mis rodillas. El contacto envía electricidad por todo mi cuerpo—. Deja de decidir lo que quiero. Deja de fingir que conoces mi mente mejor que yo.

—Entonces dímelo. —Mi voz se vuelve áspera a pesar de mi intento de control—. Dime qué quieres.

—Quiero a mi esposo. —La palabra queda suspendida entre nosotros, cargada de significado—. Quiero dejar de fingir que esto son solo circunstancias. Quiero ser tu esposa en todo lo que importa. Quiero tu verga dentro de mí, marcándome, reclamándome hasta que no pueda recordar cómo se sentía antes de que fueras mi dueño.

Algo se quiebra en mi pecho, violento e irreversible. Mis manos se mueven sin permiso, agarrando sus caderas, sintiendo el calor de su piel a través de la fina camisa. —¿Quieres ser mi esposa?

—Soy tu esposa. —Enmarca mi rostro con sus manos, obligándome a mirarla a los ojos—. Eso lo elegí hoy. No a punta de pistola, no bajo coacción. Te elegí a ti, Marco. Elijo quedarme. Ahora deja de hacerme esperar y fóllame como si de verdad lo quisieras.

Esas palabras destruyen cada defensa que he construido. Mi verga está completamente dura ahora, tensa contra mis pantalones, y sé que ella puede verla. Cada hombre que la miró hoy firmó su sentencia de muerte. ¿Ese universitario que se atrevió a sugerir que me dejara? Desaparecerá para el final de la semana. Ella aún no lo sabe, que mi amor viene con un saldo de muertos.

—Dilo otra vez —exijo, tirando de ella hacia mi regazo. Viene de buena gana, sentándose a horcajadas sobre mis muslos. No lleva bragas. Su coño desnudo presiona contra mis pantalones, ya húmedo, ya listo.

—Elijo quedarme. —Mueve sus caderas, moliéndose contra mi erección. Su humedad traspasa la tela hasta mi piel, marcándome con su excitación—. Te elijo a ti.

Se desliza de mi regazo antes de que pueda detenerla, dejándose caer de rodillas junto a mi sillón. La imagen me para el corazón. Valentina Rosetti de rodillas por elección propia, sus manos buscando mi cinturón, abriéndolo con dedos firmes.

—Se acabó la espera —dice, liberando mi verga de mis pantalones. Salta libre, gruesa y dura, la cabeza ya brillando con líquido preseminal. Sus ojos se oscurecen al verla—. Se acabó el fingir que esto no es lo que quiero.

Se inclina hacia adelante, su lengua saliendo para probar el líquido preseminal que gotea en mi punta. El contacto me hace gemir, mis manos se enredan en su cabello. Me mira por debajo de las pestañas, y luego me toma profundamente, tragándose la mitad de mi longitud en un suave movimiento.

—Joder —gruño, luchando contra el impulso de embestir en su garganta—. Tu boca…

Tararea alrededor de mi verga, la vibración hace que mis bolas se tensen. Su mano se envuelve alrededor de la base, acariciando lo que su boca no puede tomar, mientras su lengua trabaja la sensible parte

inferior. Ha aprendido exactamente cómo destruirme, conoce cada punto que me debilita.

Le quito la verga de la boca antes de perder el control por completo. —Al cuarto. Ahora.

—Sí —respira ella, con los labios hinchados y brillantes.

La llevo en brazos a nuestro dormitorio, sus piernas envueltas alrededor de mí, su coño desnudo moliéndose contra mi verga a cada paso. La fricción es tortura y paraíso. Cuando la siento en el borde de la cama, inmediatamente abre las piernas, mostrándome exactamente lo mojada que está. Su coño está rosado e hinchado, brillando de excitación, su clítoris suplicando ser tocado.

—Quítatela —ordeno, con la voz áspera por la necesidad.

Se pone de pie, desabrochando los botones lentamente, revelando centímetro a centímetro de piel dorada. Cuando la camisa cae, está desnuda a excepción de los diamantes en su garganta. Sus pezones están duros, de un rosa oscuro contra la piel dorada, suplicando por mi boca. La imagen hace que mi verga gotee, una gota de líquido preseminal deslizándose por mi longitud.

Me desnudo rápidamente, desesperado por sentir su piel contra la mía. Cuando estoy desnudo, sus ojos recorren mi cuerpo con un hambre abierta, deteniéndose en mi verga, estudiando las gruesas venas, la forma en que se curva ligeramente, las pesadas bolas debajo.

—¿Cómo me quieres? —pregunta, pero hay poder en la pregunta, no sumisión.

—De todas las formas. —La empujo de espaldas sobre la cama, cubriendo su cuerpo con el mío. El primer contacto de piel con piel nos hace jadear a ambos. Mi verga presiona contra su estómago, dejando rastros húmedos de líquido preseminal en su piel—. Voy a follarte en todas las posiciones hasta que no puedas recordar un momento en que no fueras mía.

Se arquea debajo de mí, abriendo más las piernas, inclinando las caderas en una invitación. —Entonces deja de hablar y demuéstralo.

Me deslizo por su cuerpo, necesitando probarla primero. Mi lengua encuentra su clítoris, rodeando el botón hinchado mientras ella se retuerce debajo de mí. Sabe a sexo y rendición, dulce y adictiva. Deslizo dos dedos dentro de ella, curvándolos para tocar ese punto que la hace gritar.

—Marco, por favor —ruega, su coño apretándose alrededor de mis dedos—. Necesito tu verga. He esperado tanto tiempo.

Me posiciono en su entrada, la cabeza de mi verga presionando contra su calor. Está tan mojada que su excitación gotea sobre las sábanas. —Mírame. Quiero ver tus ojos cuando te reclame por primera vez.

Me sostiene la mirada mientras la penetro, una sola y larga embestida que me entierra por completo. Ambos gritamos ante la sensación. Su coño me aprieta como un torno caliente y húmedo, estirándose para acomodar mi tamaño. Esto es posesión a nivel molecular. Está tan apretada que tengo que apretar los dientes para no correrme de inmediato.

—Esposa —gruño, comenzando a moverme, lento al principio, dejando que se ajuste a mi tamaño.

—Esposo —gime, sus uñas arañando mi espalda, dejando marcas que llevaré con orgullo—. Dios, eres tan grande. Tan profundo.

La follo más duro con cada embestida, impulsado por sus palabras, por la forma en que su coño me aprieta como si nunca quisiera soltarme. La cabecera de la cama golpea contra la pared, el sonido mezclándose con sus gemidos y el sonido húmedo y obsceno de mi verga hundiéndose en su coño empapado.

—Te sientes jodidamente bien —gruño, angulando mis caderas para golpear su punto G con cada embestida—. Tan apretada. Tan mojada. Hecha para mi verga.

Envuelve sus piernas alrededor de mi cintura, sus talones clavándose en mi culo, tirando de mí más profundo. —Más duro. Por favor, Marco. No me voy a romper.

Me retiro solo lo suficiente para ponerla a cuatro patas, la nueva posición me permite ir aún más profundo. Ella empuja hacia atrás contra mí, aceptando todo lo que le doy, su culo ondeando con cada impacto. Le agarro las caderas con fuerza, sabiendo que llevará las marcas de mis dedos durante días.

—Mírate —gruño, viendo mi verga desaparecer en su coño una y otra vez—. Aceptando mi verga tan bien. Tan desesperada por ella. Estás goteando por tus muslos, *principessa*.

—¡Sí! —grita mientras su primer orgasmo la golpea, su coño contrayéndose alrededor de mi verga en oleadas—. ¡Joder, Marco, sí!

No me detengo. No puedo parar. Me retiro solo lo suficiente para voltearla de nuevo, colocando sus piernas sobre mis hombros,

doblándola casi por la mitad. El ángulo me permite ir increíblemente profundo, mi verga golpeando su cérvix con cada embestida.

—Oh, Dios —solloza, sus manos apretando las sábanas—. Es demasiado. Demasiado profundo.

—Puedes soportarlo —le digo, mi pulgar encontrando su clítoris, rodeando el botón hinchado—. Fuiste hecha para esto. Hecha para tomar mi verga.

Se corre de nuevo, más fuerte esta vez, su coño apretándose tan fuerte que veo estrellas. La visión de ella deshaciéndose debajo de mí, la sensación de su coño ordeñando mi verga, rompe mi control por completo.

—Dilo —ordeno, embistiéndola ahora sin control—. Llámame esposo.

—Esposo —grita mientras otro orgasmo se acumula—. Por favor, esposo, por favor, córrete dentro de mí.

La palabra «esposo» de sus labios, dispuesta y desesperada, me hace añicos. Me corro con un rugido que probablemente despierta a la mitad del edificio, bombeando chorro tras chorro de semen caliente dentro de ella. Se contrae a mi alrededor, su coño ordeñando cada gota, su cuerpo reclamando el mío tan completamente como yo he reclamado el suyo.

Nos desplomamos contra el colchón, jadeando, mi gran cuerpo todavía cubriendo el suyo, más pequeño.

Me retiro, viendo mi semen gotear de su coño hinchado. Es tan hermosa. Jodidamente hermosa. Quiero decírselo, pero las palabras se sienten demasiado pequeñas para lo que siento.

La fiebre en mi sangre no ha disminuido; si acaso, el sabor de ella, la visión de mi semen goteando de su coño, me ha vuelto salvaje. La quiero de nuevo, y de nuevo, hasta que cada célula de su cuerpo recuerde que soy el único hombre que tendrá jamás. Yace sin fuerzas en la cama, su pecho subiendo y bajando con respiraciones superficiales y posorgásmicas, pero aun así, veo el brillo en sus ojos. Quiere ver lo que haré cuando no quede nada que reprimir.

Le agarro las caderas y la pongo boca abajo, sin delicadeza. Jadea, pero no es miedo, es anticipación.

—De rodillas —digo, con la voz ronca por la necesidad—. El culo en alto, ahora.

Mis manos se demoran en sus muslos, los pulgares hundiéndose en la piel dorada, y ella se estremece en respuesta. Valentina se

levanta, su culo elevándose en el aire como una diosa en un altar, ofreciéndose a mí sin vergüenza, sin disculpas. Paso mi mano por su espalda, trazando la línea de su columna, luego agarro ambas nalgas y las abro. Mi verga está dura de nuevo, la visión de ella tan abierta y lista para mí hace que el dolor en mis bolas sea casi insoportable.

Me hundo en ella de una sola embestida suave. Está tan resbaladiza con mi semen y su propia excitación que la penetración es sin esfuerzo, pero el calor y la estrechez de su coño son tan intensos como la primera vez. La follo lento al principio, saboreando la sensación de cada embestida, viendo mi verga desaparecer en ella, y luego reaparecer húmeda y brillante, cubierta de todo lo que hemos creado juntos. Mis dedos encuentran su clítoris, hinchado y suplicando atención, y empiezo a frotar en círculos lentos y perezosos mientras la bombeo con creciente velocidad.

—Dios, Marco —gime, con la cabeza enterrada en la almohada—. No puedo… no puedo… —Su voz se quiebra en un sollozo, pero sus caderas se balancean hacia atrás para recibir cada embestida, desesperada por más.

—Sí puedes —digo, inclinándome sobre ella, presionando mis labios en la nuca—. Lo harás. Quiero que te corras de nuevo. Por mí. Por tu esposo. —La palabra queda en el aire, a la vez una promesa y una amenaza.

Araña las sábanas, sus nudillos blanqueándose por el esfuerzo. —Estoy tan… joder, estoy tan cerca.

Acelero, el sonido de nuestros cuerpos chocando resuena en la habitación, el sonido de la humedad y la piel contra la piel. La quiero arruinada para cualquier otro, marcada por dentro y por fuera. Quiero que se despierte mañana adolorida y sabiendo que no hay lugar al que pertenezca más que aquí, conmigo.

Empieza a temblar. Siento su coño revoloteando alrededor de mi verga, la señal reveladora de que está a punto de perder el control. Le doy una nalgada, lo suficiente para que le pique, y ella chilla, pero el sonido es puro placer. —Córrete para mí, Valentina —ordeno, mis palabras un gruñido—. Déjame sentirte.

Se corre con un grito, la voz ahogada por la almohada, todo su cuerpo estremeciéndose debajo de mí. Su coño se cierra sobre mi verga con tanta fuerza que es casi doloroso, y pierdo toda pretensión de contención. La follo brutalmente durante su orgasmo,

persiguiendo el mío propio, necesitando correrme dentro de ella de nuevo, llenarla hasta que no pueda pensar con claridad.

—Voy a preñarte —escupo, la parte animal de mi cerebro tomando el control—. Voy a llenarte de mi semilla a la fuerza hasta que gotees durante días. Quieres eso, ¿verdad?

Intenta responder, pero es solo un sollozo ahogado, y sé que ya está demasiado perdida. Su coño exprime mi verga, y exploto dentro de ella, oleada tras oleada de liberación, llenándola hasta que se derrama a mi alrededor y por sus muslos. Me quedo enterrado en ella, jadeando, mi cuerpo temblando con las réplicas.

Me retiro, viendo la mezcla cremosa salir de entre sus piernas. Tomo dos dedos y la empujo de nuevo adentro, lento y deliberado, viéndola estremecerse ante la sensación. Luego bajo mi boca a su coño y la limpio a lametones, mi lengua hundiéndose profundamente, asegurándome de que nada se desperdicie. Ella araña mi cabello, sollozando por la sobreestimulación, pero no me detengo hasta que está retorciéndose y suplicando.

—Por favor —ruega, con la voz apenas más que un susurro—. No puedo más.

La miro, mi barbilla brillando, y sonrío con suficiencia. —Sí, puedes. Ahora eres una Rosetti. Puedes soportar cualquier cosa que te dé.

Ella se ríe, un sonido salvaje y delirante, e intenta arrastrarse lejos, pero le agarro el tobillo y la jalo de vuelta al borde de la cama. Mi verga ya está endureciéndose de nuevo, insaciable. Me deslizo dentro de ella de una sola embestida, la estrechez es aún mejor ahora que está tan en carne viva y usada. Grita mi nombre, agudo y dulce, su espalda arqueándose fuera del colchón.

La follo como un animal, rudo y rápido, ambos sin pensar por la lujuria. Sus manos están por todas partes: en mi espalda, en mi cabello, arañando mis brazos. Me muerde el hombro lo suficientemente fuerte como para sacar sangre. No me importa. Estoy más allá del dolor, más allá de cualquier cosa que no sea la necesidad de fusionarme con ella, de borrar todo recuerdo de cualquier hombre que vino antes que yo.

La habitación huele a sexo, sudor y posesión. Las sábanas están arruinadas, manchadas con nuestro semen y su excitación. No me importa. Quiero que todo el edificio sepa lo que estamos haciendo, a quién pertenece ella.

Se corre de nuevo, esta vez con un grito silencioso, la boca abierta y los ojos desorbitados. La sensación me arranca un último orgasmo, y me derrumbo sobre ella, agotado.

Nos quedamos ahí, enredados, ambos temblando, ambos reventados de tanto follar y delirando. Le doy besos en la cara, el cuello, la clavícula, probando la sal de su sudor y sus lágrimas.

—Nunca es suficiente —le digo, con la voz suave ahora—. Podría follarte mil veces y todavía querría más.

Ella se ríe, débil pero feliz. —Entonces estás en problemas, esposo. Porque no quiero parar nunca.

Ruedo sobre mi costado, atrayéndola hacia mi pecho, envolviéndola en mis brazos como si pudiera mantenerla a salvo del mundo de esa manera. Nos quedamos así un rato, respirándonos el uno al otro, sin que ninguno de los dos hable.

Finalmente, empiezo a quedarme dormido, mi cuerpo por fin saciado, mi mente tranquila por primera vez en años. Pero incluso mientras me duermo, mantengo mi mano en su cadera, un recordatorio para mí y para ella de que ahora me pertenece.

18 - Valentina

El suelo de mármol es hielo contra mis pies descalzos mientras me deslizo de la cama, y el movimiento envía una descarga de sensación por todo mi cuerpo. Todo me duele, una prueba deliciosa e innegable de la noche anterior escrita en mi piel con puntos sensibles y moretones. Mi coño palpita con un dolor profundo y satisfecho por haber sido estirado y llenado una y otra vez. Al ponerme de pie, lo siento de inmediato: su semen, aún tibio dentro de mí, que empieza a deslizarse por mi muslo interno.

La evidencia física de lo que hicimos, de lo que elegí, me hace detenerme en seco. No por vergüenza, sino por la cruda intensidad de la sensación. Cada músculo protesta mientras me enderezo, mi cuerpo recordando cada posición en la que me dobló, cada vez que me hizo gritar su nombre hasta que mi voz se volvió ronca.

—¿Vas a alguna parte, *principessa*?

Su voz, áspera por la mañana y de oscura satisfacción, me hace girar. Marco está apoyado en un codo, estudiándome con esos ojos oscuros que ven demasiado. La luz de la mañana vuelve su piel dorada, resalta los arañazos que dejé en su pecho. La sábana descansa sobre sus caderas, y puedo ver que ya está medio duro de nuevo.

—Café —logro decir, aunque mi voz sale ronca—. Necesito café.

—¿Así? —Sus ojos recorren lentamente mi cuerpo desnudo, deteniéndose en mis pechos, en los moretones en mis caderas con la forma de sus dedos, en la humedad que ahora desciende hasta mi rodilla—. Estás goteando mi semen.

La cruda observación hace que el calor inunde mi cara, pero levanto la barbilla. Algo en la forma en que me observa, posesivo, hambriento, pero también curioso, me envalentona. En lugar de alcanzar su bata que cuelga en la puerta del baño, doy otro paso hacia la cocina, dejándole ver todo. Las marcas que su boca dejó en mis muslos internos. La floración púrpura de su boca en mi

garganta. La forma en que mis pezones todavía están hinchados y rojos por su atención.

—Sí —digo simplemente—. Así.

Algo brilla en sus ojos. Sorpresa, tal vez, o aprobación. Echa la sábana hacia atrás y se levanta de la cama, completamente desnudo y sin pudor, con su verga ahora totalmente dura y sobresaliendo con orgullo. Verla a la luz del día hace que se me haga agua la boca. Gruesa, venosa, con la cabeza ya brillante de líquido preseminal.

—Valiente esta mañana —observa, moviéndose hacia mí con esa gracia de depredador que me humedecía incluso cuando lo odiaba—. Anoche rogabas tan dulcemente. Esta mañana te paseas marcada y goteando como si fueras la dueña del lugar.

—¿No lo soy? —La pregunta se me escapa antes de poder detenerla, y sus ojos se oscurecen peligrosamente.

En tres zancadas está sobre mí, acorralándome contra la pared, con sus manos apoyadas a cada lado de mi cabeza. Su verga presiona contra mi vientre, dejando un rastro húmedo de líquido preseminal en mi piel. Tan cerca, puedo olernos. Mi excitación, su semen, el persistente olor a sexo, a sudor y a posesión.

—Repite eso —gruñe, pero hay algo de complacencia en su tono.

—Este es mi hogar ahora —respiro, encontrando su mirada firmemente a pesar de que mi pulso se acelera—. Nuestra cama. Nuestro *penthouse*. Soy tu esposa, no tu prisionera. Eso significa que este lugar también es mío.

Su mano se dispara, se enreda en mi cabello, echándome la cabeza hacia atrás para exponer mi garganta. Pero en lugar de la violencia que espero, su boca encuentra ese punto sensible debajo de mi oreja, su lengua trazando el contorno antes de hablar.

—Palabras peligrosas, *principessa*. Reclamar la propiedad del territorio de un Rosetti.

—Ahora soy una Rosetti —le recuerdo, jadeando mientras su mano libre ahueca mi pecho, el pulgar rodeando mi adolorido pezón —. Te aseguraste de eso. Varias veces anoche.

Su risa es oscura contra mi piel. —Lo hice. Y planeo asegurarme de ello varias veces esta mañana también.

—Primero el café —insisto, aunque mis caderas ya se mecen contra él, buscando fricción—. Soy humana. Necesito cafeína antes de que me destruyas de nuevo.

Él retrocede, estudiando mi rostro con una expresión que no puedo leer. —Estás diferente esta mañana.

—Somos diferentes —corrijo, haciéndome eco inconscientemente de palabras que se sienten importantes—. ¿No es así?

En lugar de responder, da un paso atrás, dándome espacio. —¿Café, entonces. Pero, *principessa*…? —Su mirada baja hasta donde su semen ahora cubre mis muslos internos—. No te limpies. Quiero ver mis marcas en ti mientras bebes tu café de la mañana como una mujer civilizada.

El contraste, un café civilizado mientras estoy decorada con su libertinaje, me hace contraerme en el vacío. Camino hacia la cocina con piernas temblorosas, hiperconsciente de su mirada siguiendo mi movimiento, de cómo mi cuerpo duele con cada paso.

En la cocina, alcanzo la cafetera, estirándome deliberadamente para agarrar una taza del estante superior. Oigo su brusca inspiración, siento el peso de su mirada mientras mi cuerpo se extiende, mis pechos se levantan, mi trasero completamente expuesto. La exhibición, el poder de elegir mostrarme, hace que una nueva humedad se acumule entre mis muslos ya empapados.

—Mierda —murmura, y escondo mi sonrisa mientras sirvo el café con manos firmes.

Cuando me doy la vuelta, se ha puesto un pantalón de pijama, pero nada más, y puedo ver el contorno de su erección tensando la tela. Se ha preparado su propio café, y ahora estamos uno frente al otro a través de la isla de la cocina como cualquier pareja normal, excepto que estoy desnuda y goteando su semen, y él me mira como si quisiera doblarme sobre la encimera.

—¿Cómo te sientes? —pregunta, y la pregunta me sorprende por su gentileza.

—Adolorida —admito, tomando un sorbo de café—. Marcada. Cambiada.

—¿Te arrepientes?

La pregunta queda suspendida entre nosotros, cargada con algo más que solo la preocupación por la noche anterior. Se trata de todo. El secuestro, el matrimonio forzado, las semanas de tensión que me llevaron a ponerme de rodillas.

—No —digo honestamente—. No me arrepiento de nada. ¿Y tú?

—¿Cómo podría arrepentirme de esto? —Hace un gesto hacia mí, desnuda en su cocina, y algo en su expresión me oprime el pecho—.

Eres magnífica.

El cumplido es simple, pero cala hondo. No hermosa, no sexi, sino magnífica. Como si fuera algo poderoso, algo para ser admirado en lugar de solo poseído.

—Debería ducharme —digo, dejando mi café—. Soy un desastre.

—Mi desastre —corrige, rodeando la isla hacia mí—. Mi perfecto y sucio desastre. Y no he terminado de ensuciarte más.

—Marco…

Pero ya me está levantando sobre la encimera, abriendo mis piernas de par en par. El mármol está frío contra mi trasero, haciéndome jadear. Se coloca entre mis piernas, y puedo sentir su calor incluso a través de su pantalón.

—Solo una probada —murmura, cayendo de rodillas—. Necesito probar lo que hicimos juntos.

Su boca está en mi coño antes de que pueda protestar, su lengua lamiendo la mezcla de nuestro semen que se ha escapado. La sensación en mi carne ya sensible me hace gritar, mis manos vuelan a su cabello. Él gime contra mí, la vibración hace que mi clítoris palpite.

—Tan jodidamente dulce —dice entre lamidas—. Sabes a mío. Como si te hubiera marcado por dentro y por fuera.

Desliza dos dedos dentro de mí, curvándolos justo como debe, y me avergüenza lo rápido que estoy llegando al orgasmo. Todo está hipersensible, sobrecargado, pero a mi cuerpo no le importa. Quiere más, siempre más de él.

—Eso es —me anima cuando empiezo a temblar—. Córrete en mi lengua. Aumenta el desastre. Demuéstrame cuánto necesitas esto.

Cuando me corro, es con un sollozo que resuena por toda la cocina, mi coño apretándose alrededor de sus dedos mientras olas de placer desbordante me atraviesan. Él me guía a través de ello, gentil pero implacable, hasta que estoy empujando sus hombros.

—Ducha —jadeo—. Por favor. Necesito…

—Sé lo que necesitas. —Se pone de pie, lamiéndose los labios obscenamente—. Ven.

El baño es todo mármol y cristal, el vapor ya empieza a llenar el espacio mientras él ajusta el agua. Lo veo bajarse el pantalón de pijama, su verga saltando libre, dura y lista. Una gota de líquido preseminal perla en la punta, y tengo el impulso demente de caer de rodillas aquí mismo y probarlo.

—Más tarde —dice, leyendo mi expresión—. Ahora mismo, necesito estar dentro de ti.

Me jala bajo el chorro de agua caliente, e inmediatamente sus manos están sobre mí, posesivas y exigentes. El agua nos baña mientras me acorrala contra la pared de la ducha, el azulejo frío hace que mis pezones se endurezcan.

—Date la vuelta —ordena, y obedezco sin pensar, presionando mis palmas contra el cristal.

Sus manos se deslizan por mi columna, sobre la curva de mi trasero, y luego entre mis piernas. —Todavía tan húmeda —gruñe, deslizando dos dedos en mi coño sin previo aviso. Jadeo ante la intrusión, aún adolorida pero deseando desesperadamente más—. Todavía estirada por aceptar mi verga toda la noche.

Bombea sus dedos lentamente, su pulgar encontrando mi clítoris. —Vas a sentir mis dedos primero —dice contra mi oído—. Luego te correrás en mi verga. Quiero que recuerdes esto cada vez que te muevas hoy. Quiero que me sientas a cada paso.

Sus dedos se curvan dentro de mí y mis rodillas se doblan. La pared es lo único que me mantiene en pie mientras me trabaja. Su otra mano me rodea para pellizcar mi pezón, haciéndolo rodar entre sus dedos hasta que el placer roza el dolor.

—Eso es —murmura cuando empiezo a temblar—. Puedo sentir tu coño apretándose. Tan desesperado por correrte ya. Qué buena chica, aceptando todo lo que te doy.

Antes de que pueda recuperarme, me gira, levantándome con facilidad. Enlazo mis piernas alrededor de su cintura mientras me presiona contra la pared, y puedo sentir su verga en mi entrada, gruesa e insistente.

—Por favor —ruego, más allá de cualquier pretensión de dignidad —. Sí, ahora.

—Dime exactamente lo que quieres —exige, la cabeza de su verga apenas empujando hacia adentro, torturándome con lo que necesito.

—Te quiero a ti —jadeo, tratando de hundirme sobre él, pero sus manos en mis caderas me mantienen quieta—. No solo tu cuerpo. A todo tú. Ahora.

Con una embestida suave, se entierra por completo. Ambos gemimos ante la sensación. Él por el calor apretado y húmedo que agarra su verga, yo por la plenitud perfecta de estar estirada a su alrededor.

Esto es diferente a la jodida desesperada de anoche. Más lento, más profundo, sus ojos fijos en los míos mientras se mueve dentro de mí con un control devastador. Cada embestida deliberada, medida, la cabeza de su verga rozando ese punto dentro de mí que me hace ver estrellas. El agua corre sobre nosotros mientras me hace el amor. Porque eso es lo que es esto, aunque ninguno de los dos diga la palabra.

Enmarco su rostro con mis manos, con gotas de agua adheridas a mis dedos. —Mi esposo.

La declaración posesiva lo hace embestir más profundo, más fuerte, pero aún con un cuidado que me duele el pecho. Cuando me corro esta vez, es con un grito suave que se convierte en algo más salvaje, mi coño apretándose rítmicamente alrededor de su verga.

—Mierda —gime, sus embestidas volviéndose erráticas—. Tu coño se siente tan jodidamente bien cuando te corres.

Se corre con mi nombre en sus labios, su verga pulsando dentro de mí mientras me llena con chorros calientes de semen. La expresión de su rostro me hace gemir contra su cuello.

Después de la ducha, no alcanzo la bata. No me cubro mientras camino desnuda por el *penthouse*, dejando huellas húmedas en los suelos de mármol. El sol de la mañana entra a raudales por los ventanales, pintando todo de dorado, incluida mi piel aún sonrojada por su toque.

Marco me observa moverme por su espacio, nuestro espacio, con algo parecido al asombro. Ya no me escondo, no finjo ser modesta o tímida. Este cuerpo es mío, marcado por él, lleno de él, y he elegido exhibirlo por completo. El poder de esa elección me hace sentir invencible.

—Eres diferente —observa de nuevo desde el umbral.

—Soy la misma —corrijo, volteándome para encararlo por completo—. Es el universo el que ha cambiado.

Se acerca a mí en tres zancadas, sus manos enmarcando mi rostro con esa peligrosa gentileza que me deshace. —Dime que no volverá a cambiar.

—Nunca —digo simplemente—. El universo solo puede evolucionar, nunca retroceder.

—Te estás poniendo filosófica de nuevo, *principessa*.

El beso que sigue sabe dulce. A pasta de dientes, a café y a mañanas apacibles.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto.

—¿Ahora? —Su pulgar traza mi pómulo—. Ahora no eres solo mi esposa, *principessa*. Eres mi reina. Y que Dios ayude a quien lo olvide.

19 - Marco

La paz nunca dura en mi mundo; es solo contener la respiración antes de que alguien apriete el gatillo. Así que cuando Valentina captura a mi reina con una jugada que no vi venir, y su sonrisa de satisfacción ilumina la mañana, sé que algo está a punto de hacerse añicos.

—Jaque mate en tres jugadas —anuncia, recostándose en la silla de mi escritorio, vistiendo nada más que mi camisa de vestir. La luz de la mañana entra a raudales por las ventanas del estudio y resalta los hilos dorados de su cabello oscuro.

Tres días desde que me puso de rodillas en mi propio penthouse. Tres mañanas despertando con su sabor en mi lengua, su aroma en mis sábanas. Y ahora me está destrozando en el ajedrez con la misma eficiencia implacable que aplica para desmantelar las estrategias de las familias rivales.

—Sacrificaste tu alfil hace cuatro jugadas —observo, estudiando el tablero—. No vi la trampa.

—Nunca sacrificas nada sin calcular el costo. —Mueve su torre—. Esa es tu debilidad, Marco. A veces el sacrificio vale más que la pieza.

Sus palabras me calan más hondo de lo que ella sabe. He estado calculando costos toda mi vida, desde que…

—Cuéntame —dice de repente, leyendo algo en mi rostro—. En lo que sea que estés pensando. En el fantasma que acaba de cruzar por tu mirada.

Podría evadirla, pero ella merece esta verdad. —Hace unos años, confié en el consejo estratégico de alguien. Mi primo Tony. Una mente brillante, veía ángulos que otros pasaban por alto.

Ella permanece en silencio, dejándome encontrar las palabras.

—Los serbios avanzaban sobre nuestro distrito de almacenes. Tony dijo que debíamos dejarlos tomar el almacén de carnada y luego atraparlos adentro. Una estrategia perfecta sobre el papel. —Muevo un peón, sin ver ya el tablero—. Excepto que Tony ya nos había traicionado. Los serbios conocían la ubicación de nuestros

verdaderos almacenes. Mi primo menor, Sergio —diecisiete años, apenas aprendiendo el negocio—, estaba haciendo el inventario esa noche.

—Marco…

—Lo incendiaron con él adentro. Porque confié en la mente estratégica equivocada. —La miro a los ojos—. No he vuelto a seguir el consejo táctico de nadie desde entonces. Ni siquiera el de Dante. Planeo solo, triunfo solo, fracaso solo.

Ella extiende la mano sobre el tablero y sus dedos cubren los míos. —Pero estás confiando en mí. Con el análisis de territorio, las estrategias familiares.

—Tú eres diferente.

—¿Por qué?

—Porque no tienes ninguna razón para traicionarme. Odias este mundo tanto como estás aprendiendo a dominarlo. Y porque… —Volteo mi mano, entrelazando nuestros dedos—. Porque por primera vez en años, estar solo se siente más peligroso que confiar en alguien.

Aprieta mi mano y luego vuelve al juego. —La familia Torrelli se está expandiendo demasiado en Chinatown. Ataca primero su almacén de Fullerton y toda su cadena de suministro se derrumba.

—Ya está hecho. Luca se encargó anoche mientras estábamos ocupados.

El sonrojo en sus mejillas al recordarlo hace que quiera barrer el tablero de ajedrez con el brazo y tomarla sobre el escritorio. Pero esa inquietud todavía me recorre la espalda. Esta perfección doméstica, su mente brillante trabajando en conjunto con la mía… es todo lo que nunca pensé que tendría después de lo de Tony. Lo que significa que es todo lo que me pueden quitar.

—Tu abuela llamó —menciona, capturando mi rey con elegante finalidad—. Algo sobre nietos flacuchos que necesitan esposas italianas de verdad.

La manera casual en que menciona a Nanna Toni, como si fueran conspiradoras, hace que algo se mueva en mi pecho. Pero no puedo quitarme la sensación de que estoy a punto de repetir la historia: confiar en la estrategia de alguien, dejar que vea nuestras debilidades.

—Tengo algo que mostrarte —digo, tomando una decisión repentina pero necesaria. Si voy a confiar plenamente en ella, necesita saberlo todo—. En la caja fuerte.

Sus cejas se enarcan ligeramente, pero me sigue sin hacer preguntas, con los pies descalzos y silenciosos sobre el mármol. Otra transformación: ahora confía en mí, incluso dirigiéndose a la caja fuerte donde guardo mis secretos más profundos.

Esto podría destruirnos. La prueba del monstruo que soy. Pero ella merece la verdad. O quizás solo necesito que me vea por completo y aun así elija quedarse.

Me acerco al cuadro e introduzco la combinación. La caja fuerte se abre con un sutil siseo, revelando fajos de billetes, documentos y, encima de todo, una gran fotografía de ella.

—¿Qué es eso? —pregunta, acercándose.

Me hago a un lado y la dejo ver la fotografía. Se queda helada. Fue tomada la noche en que me arrojó vino a la cara y me llamó fósil, encendiendo un fuego en mi pecho que aún no se ha apagado.

—¿Por qué tienes esto? —Su voz es cortante.

—No pude desecharla —admito—. Lo intenté, docenas de veces, pero… bueno, aquí está.

Sus dedos recorren la foto. —Esta fue la noche en que nos conocimos.

—Sí. Cuando entraste a mi sala de juntas con ese vestido rojo y me dijiste exactamente lo que pensabas de mi propuesta de reestructuración de territorio.

Sus manos tiemblan al dejar la foto, pero cuando me mira, no hay horror en sus ojos. En cambio, veo algo que acelera mi pulso: excitación. Sus pupilas están dilatadas, su respiración se acelera, y conozco esa mirada. Es la misma que pone cuando la acorralo contra la pared, cuando la violencia y el deseo se fusionan en algo más oscuro.

—No solo me tomaste para detener la alianza de mi padre con los irlandeses —dice, y la comprensión nace en su voz—. Me tomaste porque me deseabas. La alianza fue solo la excusa que necesitabas.

—Habría encontrado otra manera de detener la alianza si hubiera sido necesario —admito, acercándome—. Pero cuando surgió la oportunidad de tomar lo que de todos modos había estado planeando reclamar…

—Me elegiste a mí. —Su voz contiene asombro y ardor a partes iguales—. De entre todas las mujeres de Chicago, todas las alianzas posibles, todos los matrimonios estratégicos. Tú elegiste obsesionarte conmigo.

La verdad de sus palabras queda suspendida entre nosotros, la profundidad de mi interés en ella, al descubierto. No solo el último mes, sino años de paciencia, de planificación, de esperar el momento perfecto para hacerla mía.

Ella toma la foto y la rompe deliberadamente por la mitad. —Esa chica está muerta. La mataste en el momento en que decidiste tomarla. Y creo… creo que te lo agradezco.

Esa confesión rompe algo en mí, el control se hace añicos mientras ella se pone de puntillas y su boca encuentra la mía en un beso que sabe a posesión y a rendición a la vez.

Su boca se mueve contra la mía con un hambre desesperada, como si intentara meterse dentro de mí a través del beso. Mis manos se enredan en su cabello, sujetándola contra mí mientras años de deseo se cristalizan en este momento. Ahora sabe la verdad: la profundidad de mi obsesión, la planificación, la paciente determinación de hacerla mía.

Mi teléfono vibra sobre el escritorio, el patrón específico que significa un asunto familiar urgente. Lo ignoro, atrayéndola más hacia mí, pero vuelve a vibrar. Y otra vez.

—Marco —dice en voz baja, comprendiendo la importancia—. Deberías revisar eso.

A regañadientes, tomo el teléfono, manteniendo un brazo alrededor de su cintura. La pantalla muestra múltiples mensajes de Dante, y se me hiela la sangre al leerlos:

Dante: Situación crítica. Veinte soldados irlandeses movilizándose.

Dante: Van a hacer su jugada.

Dante: Consejo de guerra en una hora. Vengan armados.

La paz que sabía que no podía durar acaba de hacerse añicos, justo a tiempo.

—¿Qué sucede? —pregunta Valentina, leyendo la tensión en mi cuerpo.

—Los irlandeses. —Le muestro los mensajes, observo cómo palidece su rostro—. Se están movilizando en nuestra contra. La verdadera amenaza que estábamos esperando.

La atmósfera cambia al instante, nuestro paraíso doméstico haciéndose añicos como un cristal. Siento el cambio en mis huesos, la confortable calidez de la mañana reemplazada por una concentración gélida. El hombre que la besaba hace unos segundos

desaparece, reemplazado por el Don que construyó un imperio a base de sangre y disciplina.

—¿Qué tan grave es? —pregunta, reconociendo el cambio de inmediato. Esto es lo que somos: amantes en momentos robados, pero cuando llega la guerra, me convierto en lo que siempre he sido. Un asesino. Un líder. El Don de Chicago.

—Están desesperados. El respaldo irlandés significa soldados, recursos, apoyo político. —Reviso mi teléfono de nuevo, memorizando las actualizaciones de Dante—. La guerra que hemos estado evitando acaba de llegar a nuestra puerta.

20 - Valentina

Está encorvado sobre su escritorio cuando lo encuentro en las primeras horas de la mañana, los mapas del territorio extendidos sobre la superficie de caoba como planes de batalla de una guerra que estamos perdiendo lentamente. La lámpara proyecta duras sombras bajo sus ojos, resaltando un agotamiento que nunca mostraría a la luz del día. Las marcas rojas muestran la invasión irlandesa, las azules nuestro territorio, y el azul cada vez más reducido hace que se me anude el estómago. Nos están haciendo retroceder, y cada cuadra perdida es otra grieta en su imperio.

Mi cuerpo aún lleva dulces recordatorios de ayer. Moretones de sus dedos en mis caderas, ese delicioso dolor entre mis muslos por haber sido completamente reclamada por primera vez. Pero el dolor no es nada comparado con el nudo en mi estómago mientras lo observo trabajar. Este hombre que me hizo gritar su nombre hasta el amanecer ahora parece no haber dormido desde entonces.

—Necesitas dormir —digo desde el umbral de la puerta, aferrando con más fuerza mi bata de seda.

No levanta la vista. —No puedo dormir cuando estamos perdiendo terreno.

Me acerco, estudiando los mapas por encima de su hombro. Mis dedos se deslizan hacia mi bolsillo, donde suele descansar el rosario de Mamá, pero lo dejé en la mesita de noche. Qué estúpida. Necesito su protección ahora más que nunca, especialmente para lo que estoy a punto de proponer.

—Estamos siendo demasiado reactivos —digo, las palabras escapando antes de que pueda detenerlas—. Esperando a que ellos se muevan, y luego apresurándonos a responder. Necesitamos tomar el control de las negociaciones.

Ahora me mira, con esos ojos oscuros bordeados de fatiga. —¿Qué sugieres?

Mi dedo encuentra el lugar en el mapa que me ha estado llamando desde que comenzó esta guerra, el lugar donde mis

recuerdos de la infancia se enredan con el fantasma de mi madre. —Sapore di Casa. El viejo restaurante en la Pequeña Italia.

—Ese lugar lleva años cerrado.

—Pero sigue siendo propiedad de la iglesia. Sigue siendo tierra sagrada, lo que lo convierte en terreno neutral. —Me apoyo en su escritorio, sintiendo el peso de lo que estoy proponiendo. La madera está tibia donde sus brazos han descansado, y percibo su aroma. Café con un toque de lima y agotamiento—. Los irlandeses quieren legitimidad. Reunirse en el histórico restaurante de la iglesia se las da. Vendrán.

Pero incluso mientras las palabras salen de mi boca, algo se retuerce en mi estómago. Tenía solo siete u ocho años cuando Papá se reunía allí, lo suficientemente pequeña como para esconderme debajo de las mesas y escuchar conversaciones que no entendía. Mis recuerdos son fragmentos. El olor a ajo, las voces de los hombres, el tintineo de los vasos. ¿Y si me equivoco? ¿Y si estoy jugando a ser estratega cuando en realidad solo soy una mujer con impresiones de la infancia y demasiada desesperación por ser útil?

La mandíbula de Marco se tensa. —Es demasiado expuesto. Demasiadas variables que no podemos controlar.

—Recuerdo algo de eso. —Mi voz ahora tiene menos confianza, más honestidad—. Papá solía reunirse allí con sus lugartenientes cuando yo era pequeña. Me escondía y escuchaba. Una sola entrada desde la calle, una cocina que conectaba con el callejón, un apartamento arriba. Parecía defendible, por lo que pude deducir de niña.

Se pone de pie, rodeando el escritorio para mirarme de frente. Su presencia llena el espacio entre nosotros, haciendo que mi pulso se acelere por razones que no tienen nada que ver con la estrategia. —¿Estás basando una evaluación táctica en recuerdos de la infancia?

—Te estoy pidiendo que confíes en mí. —Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, cargadas con todo en lo que nos hemos convertido. Ayer estuvo dentro de mí, reclamándome, haciéndome suya de todas las formas posibles. Ahora le pido algo más profundo. Su fe en mi juicio—. Puede que no conozca cada detalle, pero sé que ese restaurante significaba algo. Las viejas familias lo respetaban.

Sus manos encuentran mi cintura, atrayéndome con ese toque posesivo que todavía me humedece incluso después de nuestra primera noche juntos. —Mi brillante estratega —murmura, y hay un

orgullo en su voz que me calienta por dentro—. Planeando operaciones como si hubieras nacido para ello.

Por primera vez desde que empezamos esta guerra, me está mirando como una socia igualitaria en la planificación, no solo como su esposa que casualmente tiene percepciones. La confianza en sus ojos me hace valiente y aterrorizada en igual medida. Esto es lo que quería. Ser más que su novia cautiva, más que un cuerpo en su cama. Ser necesaria.

—Liam vendrá —prometo, aunque algo parpadea en mi pecho cuando lo digo. Una advertencia que elijo ignorar—. Está desesperado por demostrar su valía después de lo que pasó en la boda. ¿Una reunión formal en un lugar histórico? ¿Tierra santificada? No podrá resistirse.

El pulgar de Marco me acaricia la mejilla, suave a pesar de la violencia que estamos planeando. La misma mano que rompió los huesos de Antonio por tocarme ahora traza mi piel como si yo fuera preciosa. —Si hacemos esto, te quedas aquí. A salvo.

—Debería estar allí. —Cuando empieza a protestar, presiono mi dedo sobre sus labios, sintiendo el calor de su aliento—. No como tu debilidad. Como tu fortaleza. Muéstrales que no me estás escondiendo.

Besa mi dedo, luego mi palma, y después me aprieta contra él por completo. Mi cuerpo se amolda al suyo automáticamente ahora, reconociendo su hogar. —Cada vez que creo que te conozco, revelas otra capa.

—Ese es el plan —digo, tratando de sonar ligera cuando mi corazón late con el peso de lo que estoy sugiriendo—. Mantenerte en vilo para que nunca te aburras.

Su risa es suave, agotada pero genuina. —Imposible, *principessa*.

El restaurante huele mal.

Ese es mi primer pensamiento cuando entramos en Sapore di Casa la noche siguiente. Debería oler a ajo y albahaca, como cuando venía de niña. En cambio, solo hay polvo y algo más, algo que me eriza la piel de inquietud.

—Demasiado tranquilo —le hace señas Dante a Marco, sus ojos oscuros escudriñando los rincones sombríos.

Tiene razón. Incluso abandonado, este lugar no debería sentirse tan vacío. Paso la mano por la barra donde el abuelo solía servir vino a las familias visitantes, tratando de quitarme la sensación de que

algo anda mal. La madera ahora está áspera, astillada en algunos lugares, nada que ver con la superficie pulida que recuerdo de cuando era pequeña. El reservado donde me escondía bajo las mesas, escuchando las reuniones de Papá, yace en la sombra.

La cocina. ¿Por qué la cocina está tan silenciosa? Debería haber sonidos de asentamiento, tuberías quejándose, algo. Pero solo hay silencio, pesado y expectante.

—Llegan tarde —dice Marco, mirando su reloj. Su traje está impecable como siempre, pero veo la tensión en sus hombros, la forma en que su mano permanece cerca de su arma oculta.

—Un juego de poder —sugiero, aunque mi voz carece de convicción—. Hacernos esperar para demostrar que no están desesperados.

La puerta principal se abre y las campanillas tintinean con una falsa alegría. Liam O'Brien entra, y se me corta la respiración. Este no es el novio sudoroso y débil de mi casi boda de hace solo unas semanas. Algo ha cambiado en estas pocas semanas desde que Marco me robó. Ahora es diferente, sus ojos verdes fríos como lagos en invierno. La humillación ha comenzado a transformarlo en algo que hace que mis instintos griten peligro.

—Hola, esposa. —Su voz atraviesa el espacio como una cuchilla, y siento a Marco tensarse a mi lado—. Qué extraño verlo a través de una mesa en lugar de un altar.

Dos soldados irlandeses lo flanquean, con las manos en una actitud casual pero listas. La atmósfera cambia, eléctrica con una violencia potencial. La mirada de Liam me recorre lentamente, posesivamente, como si todavía fuera de su propiedad a pesar de todo. A pesar del anillo de Marco en mi dedo, a pesar de las marcas que su boca dejó en mi garganta esta mañana, a pesar de todo lo que ha sucedido desde esa boda interrumpida.

—Señora Rosetti —corrijo, levantando la barbilla.

Su risa es amarga. —Claro. La novia robada. ¿Sabe cómo me llaman ahora? —Toma asiento frente a nosotros, con movimientos controlados y depredadores—. El novio que no pudo retener a su mujer. Me convirtió en un chiste en mi propia familia.

—Negocios —dice Marco, su voz cargada de advertencia—. Estamos aquí para discutir sobre el territorio, no sobre agravios pasados.

—Todo es un agravio cuando se trata de ella. —Los ojos de Liam nunca se apartan de los míos, y hay algo en ellos que hace que se me caiga el alma a los pies—. ¿Creía que no sabía que este era el antiguo lugar de su familia? ¿Que no lo sugeriría? Es usted predecible, *principessa*. Su madre también confió en las personas equivocadas, ¿no es así? Creyó que el terreno neutral significaba algo. Creyó que la tradición la protegería.

La sangre se me hiela. —¿Qué sabe de mi madre?

—Más que usted, al parecer. —Su sonrisa es afilada como el cristal—. Pero claro, las hijas nunca conocen realmente los secretos de sus madres. Los tratos que hacen, la gente en la que confían, las razones por las que mueren.

La mano de Dante se mueve hacia su arma, pero Marco levanta un dedo para detenerlo. La negociación continúa, pero ahora parece un teatro, todos interpretando papeles mientras algo más oscuro acecha debajo. La piel se me eriza con la certeza de que he cometido un terrible error, de que mi necesidad de ser útil nos ha llevado al peligro.

Mi mano encuentra el brazo de Marco justo cuando la puerta de la cocina estalla hacia adentro.

Soldados irlandeses entran en tropel por lo que deberían haber sido salidas seguras, con las armas desenfundadas y los movimientos coordinados. Esto no es una negociación. Es una trampa, y yo nos metí de lleno en ella.

Mis rodillas flaquean. Es culpa mía. El sabor a cobre me llena la boca por haberme mordido el labio. Mi brillante plan. El terreno neutral de mi familia. Mi catastrófica arrogancia.

—¿De verdad creyeron que negociaríamos? —Liam se levanta, sacando su pistola en un movimiento fluido—. ¿Que nos sentaríamos a una mesa y fingiríamos que no destruyeron todo? He estado planeando esto desde la boda, estudiando este lugar, sabiendo que usted lo sugeriría.

Dante se mueve más rápido que el pensamiento. Se lanza delante de Marco mientras Liam dispara, su cuerpo sacudiéndose mientras las balas le desgarran el torso. La sangre salpica los manteles blancos, el restaurante abandonado, el terreno neutral que nunca fue neutral en absoluto.

—¡Dante! —El rugido de Marco llena el espacio mientras su hermano se desploma, la sangre formando un charco bajo él.

Estallan más disparos. Marco me jala detrás de la barra mientras las botellas explotan sobre nuestras cabezas, los vidrios lloviendo como nieve mortal. El reservado donde me escondía de niña ahora está salpicado con la sangre de Dante.

Marco gruñe mientras me protege, el sonido arrancado de un lugar primario. Incluso en su furia por mi error, su cuerpo se mueve para protegerme.

A través del caos, veo a Dante tratando de hacer una seña con unas manos que no cooperan, la sangre haciendo que sus dedos resbalen. Sus ojos están muy abiertos por el dolor y la frustración, incapaz de hablar, incapaz de hacer señas, atrapado en el silencio.

—Emboscada desde la cocina —gruñe Marco, devolviendo el fuego—. Las salidas que dijiste que eran seguras.

La acusación me hiere profundamente porque tiene razón. Es culpa mía. Quería ser su socia, su igual, y en cambio he demostrado por qué a las mujeres de nuestro mundo se las mantiene a salvo y en silencio.

—Recuperaré lo que fue robado —grita Liam por encima de los disparos—. A los dos. La novia y el respeto. Todo lo que me quitaron.

Marco arrastra a Dante hacia la entrada principal mientras yo los cubro, mis manos firmes a pesar del terror que me recorre. La respiración de Dante es húmeda, dificultosa, y hay muchísima sangre. Sus manos, las manos que usa para hablar, están destrozadas por heridas defensivas.

Salimos a la calle, donde los hombres de Marco ya se enfrentan a los soldados irlandeses. Tommy tiene el auto en marcha, y nos metemos dentro, la sangre de Dante empapando el costoso cuero.

—¡Maneja! —grita Marco, presionando las heridas de Dante—. ¡Llévanos al hospital ya!

Mientras nos alejamos a toda velocidad, veo a Liam de pie en el umbral del restaurante, su promesa suspendida en el aire como humo: reclamará lo robado. A mí.

El complejo está en silencio. Dante lleva tres horas en cirugía, y la expresión de la doctora cuando finalmente nos llama nos dice todo lo que no queremos saber.

—Vivirá —dice, el agotamiento pesando en su voz—. Pero sus manos... hay un daño significativo. Daño en los nervios, posiblemente permanente. Puede que nunca vuelva a tener pleno uso de ellas.

Las palabras caen con peso. Dante habla con las manos. Sin ellas, ha vuelto a perder la voz. Por mi culpa. Porque quería demostrar que podía ser algo más que la mantenida de Marco.

Ana solloza contra la pared, acunando a su hija recién nacida que se inquieta por la angustia en la voz de su madre. Faith sostiene a Ana mientras Luca camina de un lado a otro como un animal enjaulado. Pero Marco... Marco se ha ido a un lugar que no puedo alcanzar.

Está de pie junto a la ventana, mirando a la nada, y el hielo en su postura me hace temblar. Cuando me acerco, no me presta atención. La calidez de esta mañana, cuando me llamó su brillante estratega, cuando estaba dentro de mí susurrando lo perfecta que soy, ha desaparecido por completo.

—Marco, lo siento mucho —empiezo, mi voz quebrándose—. No lo sabía. Nunca pensé...

—No lo hagas. —Me interrumpe sin mirarme—. Se acabaron tus estrategias. Esto es lo que pasa cuando olvido que las mujeres Bernardi hacen que maten a la gente.

La referencia a mi madre hace que la herida sea más profunda que cualquier bala. —Por favor —susurro—. Déjame...

—Esto es lo que pasa cuando olvido quién soy. —Su voz es fría como la muerte invernal—. Cuando dejo que la emoción anule el juicio. Cuando te trato como algo más de lo que eres.

Las palabras me atraviesan. —¿Qué soy?

Finalmente me mira, y sus ojos están vacíos. Toda la calidez, el orgullo, el amor que vi esta mañana cuando me llamó su igual, su socia. Todo se ha ido, reemplazado por el frío cálculo del Don que me tomó a punta de pistola.

—Mi esposa —dice simplemente—. Nada más. Nada menos. —Su mandíbula se contrae, la única señal de que las palabras le han costado algo.

21 - Marco

El segundo informe del cirujano no es mejor que el primero. Su voz se oye entrecortada en mi teléfono, cada palabra un clavo más en mi pecho. —El daño en los nervios es extenso, señor Rosetti. Las manos de su hermano…

Estoy de pie junto a la ventana de mi oficina, con la sangre de Dante todavía seca bajo mis uñas, manchando los puños de mi camisa. El sol de la tarde se burla de todos nosotros, demasiado brillante para un día que comenzó con balas y traición. La oficina todavía apesta a la pólvora de mi chaqueta, mezclada con el olor a cobre de la sangre que no se quita.

—¿Qué tan extenso? —Mi voz sale plana, controlada, nada que ver con la furia que se acumula en mi pecho.

—Reparamos lo que pudimos. Los huesos sanarán, pero la motricidad fina… puede que nunca la recupere por completo. Lo siento.

Motricidad fina. Las manos que Dante usa para hablar, para comunicar todo lo que su garganta dañada no puede. Perdidas porque confié en el juicio de mi esposa. Porque dejé que la emoción se impusiera sobre años de cuidadosa planificación. La garganta me arde por la tensión de los últimos minutos, por contener el rugido que quiere escapar.

La puerta de la oficina se abre a mis espaldas. No me volteo, pero la huelo. Mi colonia en su piel de ayer, cuando estuve dentro de ella, mezclada con el sudor del miedo del restaurante. Mi verga se contrae, traicionera, ante el recuerdo, incluso mientras la rabia lo consume todo. Valentina vacila en el umbral, con ropa limpia sobre el brazo.

—Marco, te traje algo limpio para…

—Esto es un asunto de familia. —Las palabras salen lo suficientemente afiladas como para cortar. Termino la llamada con el cirujano, sin voltear a verla todavía.

—Soy familia. —Su voz tiene ese desafío que antes me parecía embriagador. Ahora solo me recuerda que ella sugirió ese restaurante, tan confiada en los recuerdos de su infancia—. Déjame ayudar. Tenemos que coordinar una respuesta para…

—¿Tenemos? —Finalmente me volteo y ella retrocede un paso ante lo que sea que ve en mi cara—. No hay un «nosotros» en esto. Mi hermano está postrado en una cama de hospital por tu brillante estrategia.

Se estremece, pero no se retira. La ropa se le escurre de los dedos, amontonándose en el suelo entre nosotros. —Yo no sabía…

—Exacto. No sabías. —Me muevo hacia mi escritorio, extendiendo mapas de territorios que se desdibujan por el agotamiento y la furia. La sangre de Dante se descascara de mis nudillos cuando aprieto el puño—. Deberías ver cómo está tu hermana. Asegurarte de que esté cómoda.

La forma de despacharla queda flotando entre nosotros. Ella da un paso adelante, con la mano extendida hacia mí. Mi cuerpo me traiciona, inclinándose hacia su calor por un instante antes de que yo esquive el contacto como si fuera veneno. Algo parpadea en sus ojos. Dolor, confusión, el principio de la comprensión.

—Marco, por favor. Puedo ayudar a planear el contraataque. Sé cómo piensa mi padre, cómo…

—No. —La palabra cae entre nosotros con rotundidad—. Ya ayudaste suficiente.

La puerta se abre de golpe con la fuerza suficiente para resquebrajar la pared. Luca entra hecho una furia, irradiando violencia en cada movimiento. Tiene sangre en los nudillos; conociendo a mi hermano, es de alguien más. Su mirada va de Valentina a mí, notando la distancia, la tensión.

—¡Esto es lo que pasa cuando nos ablandamos! —Patea una silla, haciéndola girar—. Cuando dejamos que gente de fuera entre en las reuniones de planificación, cuando confiamos en cualquiera que no sea de nuestra sangre.

Valentina se pone rígida, pero no la defiendo. No puedo defenderla. No cuando la sangre de Dante todavía está bajo mis uñas. Las palabras que debería decir se me atascan en la garganta como vidrios rotos.

—¿Dónde estabas? —pregunto en su lugar, con una voz mortalmente silenciosa.

—Ocupándome del soldado irlandés que capturamos. Ahora está muy hablador. —La sonrisa de Luca es solo dientes y locura—. Parece que llevaban semanas planeando esto. Solo esperaban el terreno neutral adecuado.

Mi teléfono suena. Es el número de Ana. Contesto en altavoz, un error del que me doy cuenta demasiado tarde.

—¿Es verdad? —La voz de Ana tiembla de furia—. Me lo acaba de decir Sofia. ¿Valentina sugirió el lugar de la reunión?

El silencio se alarga entre nosotros como un garrote, apretándose con cada respiración. El color abandona el rostro de Valentina a medida que la comprensión la invade. Veo cómo su mano se dirige al lugar donde la marqué ayer en el cuello, un gesto inconsciente que hace que el ardor de mi ira queme con más fuerza.

—Ana… —empieza ella.

—No. —La voz de Ana se quiebra—. No te atrevas. Puede que mi marido no vuelva a usar el lenguaje de señas por tu error. Porque pensaste que podías jugar a la estratega.

—Ya es suficiente —digo, pero el daño está hecho.

—Espero que estés satisfecha —continúa Ana, con lágrimas de furia evidentes en su voz—. ¿Querías ser importante? Felicidades. Has destruido a la única persona de esta familia que no podía hablar para defenderse.

La línea queda en silencio. Valentina permanece congelada, con los brazos rodeándose como si estuviera manteniendo juntos sus pedazos. Por un momento, quiero consolarla. Mi mano se mueve hacia ella, por el viejo instinto de atraerla hacia mí como hice ayer, pero la obligo a quedarse quieta.

—¿Me estás excluyendo? —Su voz es débil, incrédula.

—Estoy manejando esto como debería haberlo hecho desde el principio. Solo.

Me mira fijamente durante un largo momento, esos ojos oscuros ahora huecos de dolor, luego se da la vuelta y se va sin decir una palabra más. Con un gesto de cabeza, le digo a Luca que se vaya y cierre la puerta detrás de ellos. A través de los monitores de seguridad de mi escritorio, observo a mi esposa pasearse por el pasillo. De un lado a otro, de un lado a otro, como un animal enjaulado que se da cuenta de que los barrotes son reales. Luca pasa a su lado, sus ojos siguen su movimiento con un interés que nunca

antes había mostrado. Mi mano se mueve hacia mi pistola antes de que me dé cuenta.

Pasa una hora de fría planificación. Estoy trazando coordenadas de ataque cuando Sofia toca, tres golpes secos que exigen atención.

—¿Qué? —No levanto la vista de los mapas.

—Tenemos un problema. —Entra sin ser invitada, cerrando la puerta tras de sí—. Alice ha desaparecido.

Mi bolígrafo se detiene sobre el papel. —¿Qué quieres decir con que ha desaparecido?

—Estuvo haciendo preguntas sobre viejos asuntos de la familia antes. —La voz de Sofia tiene un matiz de preocupación que rara vez oigo—. Oyó algo durante el caos cuando regresamos. Algo sobre el pasado que la alteró.

—Viejos asuntos de la familia. —Dejo el bolígrafo, finalmente mirando a mi hermana. El peso de los viejos pecados me oprime el pecho—. ¿Qué oyó exactamente?

—No lo sé. Estaba cerca de la cocina cuando algunos de los guardias más viejos estaban hablando. Algo sobre los viejos tiempos, sobre cómo se solían manejar las cosas. Marco, no paraba de preguntar si nuestras familias tenían más historia de la que ella conocía.

Se me forma hielo en el pecho. Algunos secretos es mejor que se entierren con los muertos. —¿Dónde está ahora?

—Ese es el problema. Se ha ido. Alice ha desaparecido del complejo. —Sofia se acerca a los monitores de seguridad, sus dedos vuelan sobre el teclado—. Intenté encontrarla, pero no está en ninguna de las áreas comunes.

Las pantallas cambian entre diferentes cámaras. Pasillos vacíos, el jardín, el garaje. Todo vacío. Pongo la grabación de hace dos horas, cuando acabábamos de regresar del restaurante. Ahí, en el caos, mientras llegábamos a casa chorreando sangre, una pequeña figura se escabulle por la puerta de la cocina.

—Mierda. —Rebobino, miro de nuevo. La grabación muestra claramente su escape durante nuestro regreso. Alice, moviéndose con el tipo de determinación que significa que no va a volver—. Se fue durante el caos. Estábamos todos distraídos.

—Debe haber oído algo que la asustó —dice Sofia—. O que la enfureció lo suficiente como para huir.

La marca de tiempo del video muestra noventa minutos atrás. A estas alturas podría estar en cualquier parte de Chicago. Otra hermana Bernardi suelta por ahí, otro problema táctico que resolver porque dejé que la emoción nublara mi juicio.

La puerta se estremece con el impacto. No es un golpe, es alguien lanzando su hombro contra ella. Valentina irrumpe, respirando con dificultad.

Verla, competente, desafiante, me recorre una oleada de calor a pesar de todo. Mi brillante y exasperante esposa.

—¡Alice se ha ido! —Las palabras salen desesperadas, crudas—. Fui a ver cómo estaba y su habitación está vacía y…

—Lo sé. —Giro el monitor para mostrar la grabación de seguridad, el escape de su hermana repitiéndose en bucle.

—¡Tenemos que ir a buscarla! —Cruza hasta el escritorio en tres zancadas, golpeando la madera con las manos, inclinándose hacia adelante. Vislumbro el moretón que le dejé en la garganta ayer. Mía, incluso cuando no puedo confiar en su juicio—. Ahora, Marco. Ahora mismo.

—Es una trampa. —Las palabras salen frías, fácticas—. Igual que tu restaurante era una trampa.

Se estremece, pero no retrocede. —No me importa que sea una trampa. Es mi hermana, Marco. La única familia que me queda que importa.

—Y Dante es mi hermano. —Me pongo de pie, usando mi altura para dominarla, sintiendo el calor que irradia su cuerpo, recordando cómo se sentía debajo de mí al amanecer de ayer—. Puede que pierda las manos porque te escuché. Porque dejé que me convencieras de que los recuerdos de la infancia eran suficientes para una evaluación táctica.

Algo muere en sus ojos. Lo veo suceder, veo cómo la luz se apaga. Pero su voz se mantiene firme. —¿Así que no me vas a ayudar?

—No dije eso. —Vuelvo a los mapas, excluyéndola con mi lenguaje corporal, aunque cada instinto grita que la agarre, que la mantenga cerca, donde está a salvo—. Pero tú no vienes. Estás excluida de cualquier plan de rescate.

—Excluida. —Repite la palabra como si fuera veneno—. De salvar a mi propia hermana.

—Ya hiciste suficiente. —Cada palabra es deliberada, diseñada para cortar—. Cada vez que dejo que la emoción anule el juicio, la

gente sale herida. Mi gente. Así que sí, estás excluida. Ve a esperar en nuestra habitación mientras yo me encargo de esto como es debido. Te prometo que recuperaré a Alice.

Las palabras me queman la lengua. Una parte de mí la quiere allí, a salvo, donde pueda encontrarla después de que la sangre se asiente. Otra parte sabe que encerrarla me hace igual que a su padre, todo lo que ella detesta.

El silencio se extiende entre nosotros, pesado con todo lo roto, todo lo que quizá nunca sane. Cuando finalmente habla, su voz es hueca.

—¿Eso es lo que soy ahora? ¿Solo otra esposa a la que encerrar cuando se vuelve un inconveniente?

No respondo. No puedo responder. Porque decir que sí sería una mentira, pero decir que no significaría admitir que todavía tiene poder sobre mí. Y ese poder casi me cuesta a mi hermano hoy.

—Hablaremos de esto mañana, Valentina. Ahora mismo, tengo varios problemas que atender. Como recuperar a Alice.

Se queda ahí, estudiándome la cara, y la veo memorizando cada línea, cada sombra. Como si estuviera creando un retrato para llevar consigo. El escrutinio hace que algo se retuerza en mi pecho, algo que se siente como una costilla rompiéndose hacia adentro.

—Entiendo —dice finalmente, y la resignación en su voz es peor de lo que habría sido la ira.

Se da la vuelta y sale sin decir una palabra más. Sin portazos, sin lágrimas, sin súplicas. Solo pasos que se desvanecen por el pasillo, medidos y definitivos. Mis manos me duelen por las ganas de agarrarla, de hacerla volver, de estamparla contra la pared y recordarnos a ambos quiénes somos juntos. En cambio, la dejo ir.

Vuelvo a mis planes de guerra, pero los mapas se desdibujan. Mi verga sigue medio dura por su proximidad, por el recuerdo de ayer cuando me cabalgó hasta que ambos nos rompimos. Su sabor todavía está en mi lengua. Café y necesidad y ese sonido que hace cuando se viene. Mis manos tiemblan mientras intento marcar las coordenadas.

Mierda. No puedo concentrarme. La ropa limpia que dejó caer sigue en mi suelo, y su aroma se eleva de ella con cada movimiento del aire.

Aguanto treinta segundos antes de ir como una tromba hacia nuestra habitación. Necesita entender la situación táctica. Eso es todo. Necesito que sepa por qué tiene que quedarse aquí, a salvo,

mientras yo me encargo del trabajo sangriento. Mi cuerpo se mueve en piloto automático, anticipando ya la pelea, la forma en que sus ojos brillarán con desafío, la forma en que tendré que presionarla contra la pared para que escuche, la forma en que eso siempre termina con nosotros arrancándonos la ropa.

La puerta del dormitorio se abre de golpe y ya estoy hablando. —Valentina, tienes que entender…

Vacío.

No un vacío de «está en el baño». No un vacío de «salió un momento».

Un vacío de «se fue».

No hemos pasado la noche aquí juntos, siempre elegimos quedarnos en el penthouse, pero ella suele tener libros esparcidos por la habitación para poder retirarse aquí después de las cenas familiares. Pero en mi almohada, mi almohada, no la suya, descansa el rosario de su madre. El que aprieta cuando tiene miedo. El que nunca sale de su bolsillo.

Lo dejó atrás. Deliberadamente.

Se me oprime el pecho. No esperó. No obedeció. No jugó a ser la buena esposa encerrada en su torre.

No está esperando a que yo salve a Alice.

Va a buscar a su hermana ella misma.

Ya estoy en movimiento, tomando mi chaqueta, mi pistola, llamando a Tommy para que traiga el coche. Pero incluso mientras la rabia me consume, algo más arde con más fuerza.

Cinco minutos. Tiene una ventaja de cinco minutos hacia cualquier infierno que haya elegido.

Y cuando la encuentre, cuando, no si, voy a recordarle exactamente a quién pertenece. Justo antes de matar a cualquiera que se atreva a ponerle un dedo encima.

22 - Valentina

La lluvia martillea mi parabrisas mientras me detengo frente a las rejas del cementerio, cada gota como un disparo contra el cristal. Mis manos no dejan de temblar sobre el volante. La Glock que Marco me enseñó a usar pesa en el bolsillo de mi abrigo, su peso es a la vez un consuelo y una burla. Mi cuerpo me traiciona incluso ahora: me arde la garganta donde Marco me marcó esta mañana, todavía me duelen los muslos por cómo me reclamó al amanecer. Cada recordatorio físico de nuestra conexión pulsa con cada latido de mi corazón.

El cementerio de St. Mary se extiende ante mí en la oscuridad, con hileras de lápidas que desaparecen en una niebla que se desliza entre las tumbas como espíritus en pena. El olor a tierra húmeda mezclado con flores funerarias en descomposición me llena los pulmones. Aquí es donde descansa mamá. Donde papá la enterró después del «accidente». Donde Alice siempre venía cuando nuestro mundo se desmoronaba.

Atravieso las rejas oxidadas y mis tacones se hunden en la hierba mojada a cada paso. El vestido azul se me pega a las piernas, ya empapado, la seda arrastrándose como manos que intentan detenerme. Debería haberme puesto algo práctico, pero no hubo tiempo. No cuando Alice podía estar en cualquier parte, haciendo cualquier cosa en su dolor y confusión.

El camino familiar hacia la tumba de mamá serpentea a través de las secciones más antiguas, pasando por mausoleos que se alzan como guardianes de piedra en la niebla. Mi aliento sale en bocanadas blancas, el persistente frío de abril me cala a través del abrigo. Cada sombra podría esconder un peligro, cada sonido podría ser una amenaza, pero sigo avanzando. La lluvia se mezcla con las lágrimas, sal y agua dulce en mi lengua.

Entonces la veo.

Alice está arrodillada en el barro ante la lápida de mamá, con su camisón blanco —el camisón de mamá— empapado y pegado a su

cuerpo tembloroso. La tela se arrastra por el lodo con cada sollozo, un susurro húmedo contra la tierra. Llora con grandes sollozos entrecortados que sacuden todo su cuerpo. Sus manos arañan la tierra mojada como si intentara cavar hasta llegar a la propia mamá.

—Alice —mi voz se quiebra al pronunciar su nombre—. Alice, nena, tenemos que irnos. Ahora.

No se mueve. Ni siquiera reconoce que estoy aquí. Solo continúa con ese horrible gemido que me desgarra el pecho.

Caigo de rodillas a su lado, sin importarme el barro, el frío ni la lluvia que lo empapa todo. —Alice, por favor. No es seguro estar aquí. Tenemos que volver….

—Tú lo sabías —su voz es áspera, destrozada—. Sabías lo que le hicieron.

—En realidad, no lo sabía.

La voz corta la lluvia como una cuchilla. Ya estoy buscando la Glock cuando Liam O'Brien emerge de la niebla, su silueta materializándose entre las lápidas como salida de una pesadilla.

—Pero está a punto de saberlo.

Soldados irlandeses salen de detrás de los mausoleos, de sombras que debería haber revisado, de lugares que creía vacíos de vida. Seis de ellos, quizás más, todos armados, todos observándonos con la paciencia de los cazadores que ya han ganado. Mi mente repasa escenarios incluso mientras mi corazón martillea. Seis hombres, Alice como carnada, aproximadamente a cuatro metros y medio de la cobertura más cercana.

Este no es el casi novio débil y sudoroso del altar. Liam se mueve de otra manera ahora, se comporta con la fría confianza de alguien que ha estado planeando este momento. La humillación ha erradicado todo lo blando de él, dejando algo afilado y terrible.

—Hola de nuevo, esposa —. Su sonrisa no le llega a los ojos. Su mirada cae sobre mi garganta, sobre los moretones que Marco dejó visibles por encima del cuello de mi abrigo—. Veo que la ha marcado. Como un perro que mea su territorio. ¿Disfrutó cuando él la jodió, sabiendo lo que su familia le hizo a la suya?

Las palabras golpean como agua helada, pero mantengo mi rostro neutral, mi mente sigue calculando: dos guardias tienen una disciplina de gatillo floja, uno favorece su pierna izquierda, probablemente una vieja herida.

Otra figura emerge de la niebla. Christopher O'Brien, más joven que Liam, con el tipo de belleza cruel que me revuelve el estómago. Sus ojos se fijan en Alice, estudiándola como si fuera algo que está considerando comprar. La forma en que su mirada recorre su camisón mojado, la forma en que se lame los labios... quiero interponerme entre ellos, pero no puedo moverme sin provocar algo peor.

—Dos hermanas Bernardi —dice Christopher, su voz con un deje que me pone la piel de gallina—. Tal y como lo planeamos originalmente. Aunque una ya está un poco usada.

La mano de Christopher se desliza del hombro de Alice a su garganta, una burla de intimidad que me hace ver todo rojo. —Su hermana es más bonita de lo que sugerían las fotos. Inocente. Marco ya la amansó a usted, pero esta....

Mi mano se mueve de nuevo hacia la pistola, puro instinto, pero el chasquido de un martillo al amartillarse me detiene en seco. Uno de los soldados tiene su arma presionada contra la sien de Alice. Ella ni siquiera reacciona, perdida en su dolor, pero veo el dedo del hombre en el gatillo, veo la poca presión que se necesitaría.

—Yo no haría eso —dice Liam con tono conversacional—. Mi amigo de allí tiene una disposición muy nerviosa. Los ruidos fuertes lo ponen inquieto.

Liam nos rodea lentamente, sus costosos zapatos chapoteando en el barro. La lluvia le ha pegado el pelo rojo al cráneo, pero no parece notarlo ni importarle. Su atención está centrada por completo en mí, en este momento que ha orquestado.

—Su madre estuvo aquí mismo —dice, deteniéndose junto a un mausoleo—. Hace todos esos años. Rogando por las vidas de sus hijas.

Se me hiela la sangre. —¿De qué está hablando?

—Oh, esto es increíble —. Saca algo de su abrigo, una carpeta de plástico, protegida de la lluvia—. ¿Su preciado Marco nunca se lo contó? ¿El hombre para el que abre las piernas nunca mencionó el pequeño acuerdo de su familia?

Arroja la carpeta a mis pies. A través del plástico transparente, veo fotos. Fotos de vigilancia, granulosas pero inconfundibles. Mamá en este mismo cementerio, hablando con alguien cuyo rostro está de espaldas. La marca de tiempo indica hace once años, dos días antes de que muriera.

—Estaba intentando negociar un trato —continúa Liam, observando mi rostro mientras proceso lo que veo—. Su silencio sobre los asuntos de la familia a cambio de un salvoconducto para salir de Chicago. Para ella y sus hijas.

Otra foto. Mamá en un banco. Otra que la muestra en lo que parece la oficina de un abogado. Armaba un caso, planeaba un escape.

—Pero los Rosetti no podían dejar cabos sueltos —. Liam saca otro documento, esta vez un registro de transferencia bancaria—. ¿Reconoce el nombre de la cuenta?

Sí, lo reconozco. Es una cuenta de la familia Rosetti, una que he visto en papeles en la oficina de Marco. El monto de la transferencia es significativo, con fecha del día anterior a la muerte de mamá.

—El padre de Marco lo ordenó —dice Liam, saboreando mi reacción—. Su padre simplemente… facilitó las cosas. Les dio su horario, su ruta. Ambas familias la querían fuera.

El mundo se inclina. Todo lo que creía saber se reorganiza en un nuevo y horrible patrón. Me arde la garganta donde estuvo la boca de Marco esta mañana, susurrando que yo era suya, solo suya, para siempre suya.

—Ambas familias —susurro, las palabras como ceniza y lluvia en mi lengua—. Trabajaron juntas.

—La única cosa que podía unirlos —confirma Liam—. Una mujer que sabía demasiado y quería salirse. Su madre tenía información que podría haberlos destruido a ambos. Así que la destruyeron a ella primero.

El llanto de Alice se ha detenido. Ahora me mira con ojos que arden de traición. —Te estás acostando con ellos —dice, cada palabra precisa y terrible—. Te estás tirando a la gente que mató a nuestra madre.

La acusación me golpea con fuerza. Porque es verdad. Cada noche en la cama de Marco, cada vez que me toca, cada momento en que he empezado a sentir algo por él, todo ello construido sobre la sangre de nuestra madre. ¿La peor parte? Incluso sabiendo esto, mi cuerpo traidor todavía lo anhela. Todavía recuerda cómo me abrazó después del ataque irlandés, cómo susurró «mía» como una oración. ¿Era posesión o culpa? ¿Amor o control?

—Él lo sabía —. Las palabras salen entrecortadas—. Todo este tiempo, Marco sabía lo que hizo su familia.

¿Cuántas veces ha mencionado a mi madre? ¿Cuántas veces me ha comparado con ella, me ha advertido sobre las mujeres Bernardi que provocan la muerte de la gente? Él sabía desde el principio que su padre ordenó el asesinato que nos dejó huérfanas, que creó a la mujer rota que un día caería en su cama.

—¿La mejor parte? —Liam disfruta de esto, se alimenta de mi horror—. Probablemente lo ve como justicia. La hija de los Bernardi pagando por la traición de su madre, un polvo a la vez.

Alice se lanza sobre mí, arañándome con las uñas, gritando incoherentemente. No me defiendo, no puedo defenderme, porque cada acusación que chilla es cierta. Me acuesto con los asesinos de nuestra madre. Los elegí a ellos por encima de nuestra familia. Soy exactamente la traidora que ella cree que soy. El mismo sabor a cobre llena mi boca que cuando Marco me besó por primera vez. Dios, ¿cómo me permití volverme tan estúpida? Mamá se avergonzaría.

Los soldados se acercan, su círculo se cierra como una soga. Uno me quita a Alice de encima, sin delicadeza, y ella lucha contra él con la desesperación salvaje de alguien que no tiene nada que perder. Otro me agarra los brazos, y noto la fuerza de su agarre, el ángulo que necesitaría para liberarme si Alice no fuera su carnada.

—Ambas vienen con nosotros —anuncia Liam, con el triunfo claro en su voz—. Las hermanas Bernardi, juntas de nuevo. Aunque dudo que esta sea la reunión que imaginaban.

Christopher tiene a Alice ahora, sus manos en sus hombros en un agarre que habla de propiedad en lugar de contención. Ella ha dejado de luchar, se ha quedado flácida por la conmoción o el agotamiento. Verla así, rota y capturada por mis decisiones, desgarra algo dentro de mí.

La lluvia se intensifica, pasando de gotas constantes a cortinas de agua que oscurecen todo más allá de nuestro pequeño círculo. Estamos atrapadas en este momento, en esta revelación, en este cementerio donde nuestra madre rogó por nuestras vidas.

—¿Qué va a hacer con nosotras? —mi voz suena distante, como si otra persona estuviera hablando, incluso mientras mi mente repasa rutas de escape, posiciones de armas, cualquier cosa que pueda salvar a Alice. Aprendí de Marco, pero no lo suficiente para lidiar con esto.

La sonrisa de Liam es todo dientes. —Eso depende enteramente de su esposo. ¿Cuánto vale su esposa para él? ¿Cuánto vale su hermana? Estamos a punto de averiguar exactamente qué precio le pone Marco Rosetti a las mujeres que conocen los secretos de su familia.

Marco vendrá por mí. No por amor, sino por posesión. Arrasará con los irlandeses para reclamar su propiedad, dejará cuerpos a su paso y, cuando me encuentre, me joderá contra la superficie más cercana para reafirmar su dominio. ¿Y la peor parte?

Probablemente lo dejaré. Porque me ha convertido exactamente en lo que Liam dijo: una mujer que abre las piernas para hombres peligrosos, que confunde la posesión con el amor, que se moja con la idea de la violencia.

Igual que mi madre.

Igual que la mujer que murió por intentar escapar de este mundo.

La revelación se asienta en mi pecho como una piedra mientras la lluvia golpea las lápidas a nuestro alrededor. Marco Rosetti no solo ha robado mi cuerpo o mi libertad. Ha robado mi capacidad de existir sin él. Incluso sabiendo lo que hizo su familia, incluso ahogándome en esta traición, mi cuerpo traidor todavía anhela su tacto.

Me he convertido exactamente en lo que él me hizo: su víctima perfecta, programada para anhelar mi propia destrucción.

Y de eso no hay vuelta atrás.

23 - Marco

Las puertas del cementerio estallan hacia adentro mientras llego con mis hermanos, nuestras Escalades arrasando el terreno sagrado como los jinetes del apocalipsis. La lluvia golpea contra el parabrisas, convirtiendo el mundo en una acuarela de violencia. A través del aguacero, los veo: soldados irlandeses apostados entre las lápidas, usando a los muertos como cobertura.

—Seis a la izquierda, cuatro junto al mausoleo —anuncia Luca, mientras ya carga una bala. Su voz tiene ese filo de emoción que significa que los cuerpos están a punto de caer.

Diez hostiles a la vista, probablemente más en la reserva. Liam mantiene su distancia, es listo. Sabe que no arriesgaré a Valentina en el fuego cruzado. Cada disparo que hago tiene que tomar en cuenta su posición, poniéndome a la defensiva cuando debería estar a la ofensiva. Él ya ha ganado esta pelea y lo sabe.

Salimos al mismo tiempo, una danza de la muerte coreografiada que hemos ejecutado demasiadas veces. Alex toma una posición elevada, usando un ángel de piedra como cobertura. Nico se mueve a la derecha, con precisión militar en cada paso. Los primeros disparos restallan a través de la lluvia, los fogonazos de los cañones iluminando el cementerio como relámpagos. El olor a tierra mojada y cordita llena mis pulmones.

Un soldado irlandés se levanta de detrás de una lápida, con el arma apuntándome. La bala de Luca lo alcanza primero, salpicando sangre sobre un mármol en el que se lee «Amado Padre». No se me escapa la ironía mientras el hombre cae, sus propios hijos a punto de perder al suyo. La sangre está caliente al principio, humeando bajo la lluvia fría antes de diluirse en ríos rosados entre las tumbas.

—¡Marco, a las dos en punto! —la advertencia de Alex llega justo cuando otro atacante rodea un mausoleo. Pivoto, mi Glock habla dos veces. Al centro del torso. El soldado cae, su sangre se mezcla con la lluvia y el lodo. Mi siguiente disparo se desvía, es la primera vez que

fallo en años. La quietud de Valentina me está jodiendo la cabeza, haciendo que mis manos tiemblen.

A través de todo, a través de los disparos que resuenan en la piedra y los gritos de los hombres moribundos, la veo. Valentina está arrodillada ante la tumba de su madre, con el vestido azul empapado y el pelo oscuro pegado a la piel. Incluso empapada y rota, es mía. Mis marcas aún son visibles en su garganta a pesar de la lluvia, evidencia de la posesión de ayer. El pensamiento me pone duro a pesar de la carnicería, a pesar de todo. Esto es lo que me ha hecho: me convirtió en un animal que la desea incluso en la tumba de su madre.

No se mueve. No se inmuta mientras las balas desprenden trozos de granito a centímetros de su cabeza. Solo mira fijamente algo en su regazo, su respiración agitada pero decidida, su pecho subiendo y bajando con fuerza.

Otro soldado irlandés carga desde detrás de un árbol. Nico lo intercepta con un cuchillo en la garganta, el chorro arterial pinta la lluvia de rojo. El hombre gorgotea, cae, y añade su sangre a la colección del cementerio.

Los soldados irlandeses dudan ahora, con las armas apuntándonos pero sin disparar. Liam debe de haberles ordenado que dejaran que esto se desarrollara, que me permitieran ver lo que estoy perdiendo.

—¡Valentina! —rujo por encima de los disparos, pero no reacciona. Ni siquiera cuando uno de mis hermanos abate otro cuerpo a un metro de donde está arrodillada.

Un movimiento cerca del camino de servicio del cementerio me llama la atención. Liam O'Brien arrastra a Alice hacia una camioneta negra, con Christopher ya al volante y el motor en marcha. La chica tropieza con su camisón empapado, pero el agarre de Liam en su brazo es de hierro.

Levanto mi arma, pero Liam me ve venir. En un solo movimiento fluido, hace girar a Alice frente a él, usándola como escudo. Mi dedo se congela en el gatillo. Un solo tiro, y podría darle a ella.

—¡Cobarde! —gruño, tratando de encontrar un ángulo que no ponga en riesgo la vida de Alice.

La sonrisa de Liam es fría mientras retrocede hacia el vehículo, manteniendo a la chica entre nosotros. —Solo es buena táctica, Rosetti.

Disparo de todos modos, apuntándole al hombro, pero él se lo espera y se agacha por completo detrás de Alice. La bala chispea en una lápida. Christopher pisa el acelerador mientras Liam lanza a Alice al asiento trasero, zambulléndose detrás de ella. La camioneta arranca antes de que pueda hacer otro tiro limpio, las llantas derrapando en el lodo y desapareciendo en la lluvia.

—¿Debo perseguirlos? —pregunta Nico, con el arma aún apuntando hacia su ruta de escape.

—No —la palabra tiene un sabor a cobre en mi lengua, por habérmela mordido para no rugir—. Aseguren el área primero.

Me vuelvo hacia Valentina. No se ha movido en absoluto. Ni cuando su hermana gritó. Ni cuando Liam escapó con la única familia que le quedaba. Simplemente sigue mirando esos papeles cubiertos de plástico en su regazo, la lluvia corriendo por ellos como ríos.

A nuestro alrededor, el cementerio queda en silencio, excepto por el tamborileo de la lluvia sobre la piedra. Seis soldados irlandeses yacen muertos o moribundos entre las tumbas. Mis hermanos están listos, buscando más amenazas, pero la pelea ha terminado.

—El resto huyó —informa Alex, con sangre en el cuello de su camisa que no es suya—. ¿Quieres que los rastreemos?

—No —digo de nuevo, avanzando hacia mi esposa. Mi esposa congelada y rota que ni siquiera me mira.

—Valentina —me acerco lentamente, los vidrios de floreros rotos crujen bajo mis zapatos—. Tenemos que irnos.

Finalmente levanta la vista, y la muerte en sus ojos me detiene en seco. Sin furia. Sin miedo. Nada.

—Tu padre pagó por el asesinato de mi madre.

Las palabras cuelgan entre nosotros como una espada. Sostiene los papeles: estados de cuenta bancarios, registros de transferencias, números de cuenta que reconozco con un nudo de náuseas en el estómago. Cuentas de la familia Rosetti. Del tipo que usábamos para el trabajo sucio hace una década.

—Mira —señala una línea con un dedo tembloroso—. Cincuenta mil. La cantidad exacta. La fecha exacta. El día antes de que su coche se estrellara.

Intento tomar los papeles, pero ella los retira y los aprieta contra su vestido empapado. La lluvia ha corrido la tinta, pero los números siguen siendo claros. Siguen siendo condenatorios.

—Yo no….

—No lo hagas —su voz se quiebra—. No me mientas. No sobre esto. No estando sobre su tumba.

La verdad me pesa en el pecho. ¿Lo sabía? No los detalles. Pero sabía que mi padre había manejado una «situación» con los Bernardi ese año. Sabía que alguien había estado hablando con los federales. Sabía que se había resuelto de forma permanente. Simplemente nunca lo relacioné con la madre de Valentina. Nunca quise hacerlo.

—Tu familia hizo esto —continúa, cada palabra precisa a pesar de su temblor—. Pagó por el asesinato de mi madre. Y tú lo sabías. Quizá no los detalles, pero sabías algo. Por eso seguías mencionándola. Advirtiéndome sobre las mujeres Bernardi que hacen que maten a la gente.

No puedo negarlo. No la insultaré con mentiras mientras está arrodillada en el lodo donde descansa su madre. El pago está ahí mismo, en blanco y negro. La firma de mi padre autorizando la transferencia. Dinero manchado de sangre que la convirtió en huérfana.

—Todo este tiempo —susurra—, me he estado acostando con el asesino de mi madre.

Se levanta lenta, mecánicamente, el agua escurriendo del vestido azul que se le pega como tinta corrida. Mi cuerpo se inclina hacia ella por instinto, y la veo tambalearse ligeramente antes de recuperar el equilibrio. Incluso ahora, incluso con todo roto entre nosotros, esa atracción magnética permanece.

Del bolsillo de su abrigo, saca más papeles. Documentos legales. El membrete de un bufete de abogados es visible a través de la lluvia.

—Liam preparó estos mientras me tenían —dice, con la voz vacía —. Papeles de divorcio.

—No estás pensando con claridad…

—Fírmalos.

—Valentina…

—FÍR-MA-LOS —su voz se rompe por completo, un dolor crudo desgarra esa calma mortecina—. Estoy parada sobre la tumba de mi madre, cubierta de sangre, por culpa de tu familia. Por lo que eres. Por lo que me has hecho ser.

Me arroja los papeles al pecho, y los atrapo por instinto. Las páginas ya están mojadas, la lluvia emborrona parte del texto, pero puedo ver lo que son. Disolución del matrimonio. Citando

diferencias irreconciliables. Ya están notariados, solo necesitan mi firma.

—Es el trauma el que habla —intento decir, aunque algo fundamental se rompe en mi pecho—. Tienen a Alice. No estás…

—Esto es claridad —se abraza a sí misma, temblando de frío o de conmoción o de ambas cosas—. Por primera vez desde que me sacaste de ese altar, lo veo todo con claridad. No puedo estar con sus asesinos, Marco. No puedo mirarte sin ver su muerte.

—Todavía llevas mis marcas. Todavía hueles a mí. Eso no se quita con la lluvia.

—No —dice en voz baja—. Pero puedo intentarlo.

La lluvia continúa su asalto constante, volviendo transparentes los papeles de divorcio en mis manos. La tinta se correrá. La firma podría ni siquiera ser legal. Pero al mirarla, a mi esposa, mi obsesión, de pie rota sobre la tumba de su madre, sé que la he perdido.

Mi mano va primero a mi arma, por instinto de eliminar la amenaza en lugar de aceptarla. Pero al mirarla, rota sobre la tumba de su madre por lo que hizo mi familia… El bolígrafo pesa más que mi pistola jamás lo ha hecho.

El bolígrafo se cierne sobre la línea de la firma, y la veo ayer: las piernas enroscadas en mi cintura, prometiendo que nunca se iría, que éramos socios. Veinticuatro horas. Esa promesa duró veinticuatro jodidas horas.

Cada letra de mi firma me desgarra algo por dentro, pero obligo a mi mano a mantenerse firme. Se merece esta elección, incluso si nos destruye a ambos. Algo se rompe en mi pecho, un dolor real, físico, como si una costilla se partiera hacia adentro. Me han disparado cuatro veces en mi vida, y esto duele más. Mi visión se vuelve gris en los bordes, y por primera vez desde que era un niño, tengo que trabar las rodillas para mantenerme en pie.

—Eres libre —digo, devolviéndoselos.

Los toma, aferrándose a ellos como si fueran su salvación, el agua gotea de las páginas arruinadas.

—Siempre lo fui —su voz es ahora tranquila, segura—. Simplemente lo olvidé.

Se gira hacia la salida del cementerio, cada paso deliberado, cuidadoso, como si estuviera aprendiendo a caminar de nuevo. En la puerta, se detiene pero no mira hacia atrás.

—Quieren que me case con Liam —las palabras flotan de vuelta a través de la lluvia—. Para honrar el acuerdo original. Tu robo los deshonró. Los contratos de mi padre aún deben cumplirse.

Mi mano se mueve hacia mi arma. —Si haces eso…

—¿Qué? —ahora sí se vuelve, y hay algo parecido a la lástima en sus ojos—. ¿Lo matarás? ¿Empezarás una guerra? Ya lo hiciste, Marco. Ya está muriendo gente. Dante ya pagó el precio de nuestros juegos.

Tiene razón. Cada movimiento que hago esparce más sangre por las calles de Chicago. Cada soldado irlandés muerto tiene hermanos, padres, hijos que querrán venganza. El ciclo que he perpetuado desde que me convertí en Don a los veinticinco años.

—No dejaré que te tengan —digo, pero las palabras suenan huecas incluso para mí.

—Ya lo hiciste —se da la vuelta hacia la salida—. En el momento en que tu padre pagó por ese asesinato, perdiste cualquier derecho sobre mí. Lo nuestro se acabó antes de empezar.

Atraviesa las puertas del cementerio y desaparece en la lluvia. No la sigo. No puedo seguirla. Mi verga sigue dura, maldita traidora, incluso cuando mi pecho se derrumba. A esto me ha reducido: a un hombre que se pone duro viendo cómo su mundo se acaba, que quiere follar para ahogar el dolor de perder lo único que importaba.

Mis hermanos permanecen de pie entre los cuerpos, esperando órdenes.

—¿Jefe? —pregunta Luca, su voz inusualmente seria—. ¿Quieres que la traigamos de vuelta?

Me miro las manos, la lluvia limpiando la sangre, pero no el recuerdo de haber firmado esos papeles.

—Nunca fue realmente mía —me alejo de la puerta, del camino que ella tomó—. Solo fue algo que robé.

24 - Valentina

Las puertas del cementerio desaparecen en mi espejo retrovisor mientras manejo por las calles de Chicago, resbaladizas por la lluvia, con los papeles de divorcio y su tinta corrida sobre el asiento del copiloto.

Mis manos no dejan de temblar sobre el volante. Por el frío de la lluvia, sí, pero sobre todo por la herida abierta donde antes estaba mi corazón. Cada respiro se siente como ahogarse a la inversa, un aire que no satisface, unos pulmones que no se llenan.

Todavía puedo sentir el fantasma del tacto de Marco en mi piel, lo que me hace querer arañarme hasta despellejarme. Esas mismas manos que me hicieron sentir viva, que me enseñaron a disparar, que me sostuvieron como algo precioso, descendían de las manos que firmaron la ejecución de mi madre. Cada beso fue una traición. Cada caricia, una profanación de su recuerdo.

La verdad corre como veneno por mis venas, quemando cada buen recuerdo que construimos. Su padre pagó por el asesinato. Cincuenta mil dólares para hacer desaparecer a mamá. Y Marco lo sabía; tal vez no los detalles, pero sabía algo. Todas esas advertencias sobre las mujeres Bernardi que hacían que mataran a la gente. Se refería a ella. A lo que su familia le hizo.

Dejé mi teléfono en el ático. Ninguna tentación de leer sus mensajes, ninguna forma de que me pueda rastrear. El silencio se siente como libertad y amputación a la vez.

Pondrá Chicago de cabeza buscándome. Lo conozco lo suficiente para saberlo. Pero para entonces ya estaré muy lejos, e incluso Marco no empezaría una guerra que nos destruiría a todos.

¿O sí?

El desastre del restaurante demostró lo que realmente soy para él. En el momento en que mi estrategia falló, cuando Dante salió herido, me excluyó por completo. Me encerró como la posesión decepcionante en la que me había convertido. —Nunca fue realmente

mía —había dicho—. Solo otra adquisición, otro territorio que conquistar.

Pero nada de eso importa ahora. Lo único que importa es Alice. Diecinueve años, aterrorizada, en manos de Christopher O'Brien. Conozco la reputación de Christopher con las mujeres, los moretones que su última novia no pudo ocultar hasta que desapareció por completo.

¿Qué pensaría mamá al verme entregarme de nuevo? Pero mamá está muerta porque intentó huir. Al menos yo estoy eligiendo mi jaula. Al menos Alice obtiene aquello por lo que mamá murió intentando darnos: libertad.

Manejo durante veinte minutos, dando vueltas a las mismas cuadras, armándome de valor. Dos veces me estaciono afuera de casas de seguridad que sé que son de Marco, casi a punto de entrar. Pero el rostro aterrorizado de Alice sigue tirando de mí hacia el sur, hacia la única opción que la salva.

La lluvia se hace más intensa, como si el propio Chicago intentara limpiar la sangre. A través del aguacero, lo veo. El complejo de los O'Brien, agazapado en el Lado Sur como una herida que no cicatriza.

Me estaciono justo en las puertas principales, sin intentar esconderme. La lluvia ha parado, pero el aire todavía huele a cobre y a concreto mojado.

—Díganle a Liam que su novia está aquí —le anuncio al puesto de guardia, viendo cómo sus ojos se abren con reconocimiento.

La sorpresa en su rostro sería graciosa si pudiera sentir algo más allá de esta determinación hueca. Me escoltan a través de las puertas, pasando junto a cruces montadas en las paredes como si pudieran limpiar el dinero manchado de sangre. El complejo se esfuerza tanto por parecer respetable con sus cruces y su mármol, pero puedo sentir la violencia que emana de las paredes. Me recuerda a la casa de papá, la santidad pintada sobre la sangre.

Liam me espera en lo que debe de ser el estudio de su padre, todo de cuero y caoba intentando parecer legítimo. El sillón de cuero cruje cuando se pone de pie, y el sonido me hace pensar en el sillón de la oficina de Marco, en cómo sonó cuando me sentó en su regazo esa primera vez que le llevé café. Mi sexo se contrae ante el recuerdo, y me muerdo la lengua con la fuerza suficiente para sacarme sangre.

Christopher está a su lado, y el estómago se me vuelve de hielo. Tiene rasguños en la cara, frescos, del tipo que dejan las uñas cuando

alguien lucha por su vida. Alice peleó contra él. Mi hermanita peleó mientras yo estaba en la cama de Marco.

—Vaya, vaya… —Los ojos de Liam brillan con algo entre sorpresa y triunfo—. La novia robada regresa.

La mirada de Christopher me recorre con el tipo de hambre que hace que se me erice la piel. Su reputación lo precede. Chicas que dejan de hablar, que se encierran en sí mismas antes de desaparecer por completo.

—Déjela ir —digo sin preámbulos.

—¿Dejar ir a quién? —pregunta Liam, aunque su sonrisa dice que sabe exactamente a quién me refiero.

—A Alice. Déjela irse de Chicago. Ir a la universidad. Tener una vida de verdad. —Mi voz se mantiene firme a pesar de los terremotos en mi pecho—. Tiene diecinueve años. No se merece esto.

Liam rodea el escritorio para estudiarme más de cerca. Cuando se detiene a solo unos centímetros, su colonia, tan equivocada, nada parecida al aroma a bergamota, me revuelve el estómago. Sus dedos rozan los moretones en mi garganta, las marcas de Marco, todavía de un morado oscuro contra mi piel.

—¿Y a cambio? —pregunta Liam, con el aliento caliente contra mi oído.

—Honraré el acuerdo original. El matrimonio que nuestras familias planearon.

Christopher suelta una carcajada, un sonido agudo como un cristal al romperse. —Ya estás casada, princesa. ¿O se te olvidó qué cama has estado calentando?

Lanzo los papeles de divorcio sobre el escritorio con fuerza suficiente para desparramar otros documentos. Las páginas están manchadas de agua, arrugadas, la tinta corrida en algunas partes haciendo el texto apenas legible. Pero todavía se puede distinguir la firma de Marco si se mira de cerca, esos audaces trazos de tinta corridos pero visibles.

—Ya no —digo, y la verdad me quema la garganta—. Marco los firmó hace una hora. Puede que no se sostengan en un tribunal con el daño del agua, pero demuestran la intención. Eso es suficiente para las familias.

—¿Así de fácil? —Liam no puede ocultar su sorpresa—. ¿El gran Marco Rosetti la dejó ir?

—Obtuvo lo que quería. La alianza rota, mi familia destruida. —Fuerzo mi voz para que suene muerta, sin emociones, vendiendo el engaño con todo lo que tengo—. Yo solo fui un daño colateral. Un medio para un fin.

Las palabras arden como ácido porque una parte de mí se pregunta si son verdad. ¿Alguna vez fui más que una conquista? ¿Más que un premio robado para exhibir?

—Él nunca me quiso —continúo, cada palabra cuidadosamente elegida para sonar creíble—. Solo quería humillar a los irlandeses, romper la alianza. Ahora que está hecho, soy prescindible.

—¿Y se casaría conmigo? ¿Después de todo?

—Mejor que ser la nada de nadie —digo, y eso al menos se siente cierto.

Los ojos de Liam brillan de triunfo mientras procesa mis palabras. Aquí está, su novia robada, la mujer cuyo robo inició una guerra, volviendo a sus manos voluntariamente. La victoria definitiva sobre Marco Rosetti.

—Usted no es la misma mujer del altar —observa, y hay algo parecido al respeto en su voz—. Esa chica estaba aterrorizada. Usted es… diferente.

—Marco Rosetti le hace eso a una persona —digo, y la honestidad de mis palabras lo hace sonreír.

Vuelve a su sillón, el cuero cruje de nuevo, ese sonido que me hace pensar en otro cuero, otros sillones, otras manos sobre mi cuerpo. —Alice se va libre esta noche. Intacta. Con dinero para la universidad. Suficiente para desaparecer por completo.

—Ese es el trato —afirmo—. Tómelo o me voy.

Él mira a Christopher, algún tipo de comunicación silenciosa pasa entre ellos. Se me eriza la piel imaginando lo que están planeando para mí, pero me mantengo firme.

—Trato hecho. Alice se va libre esta noche. Dinero para la universidad, una nueva identidad si la quiere.

—Quiero verla primero. Despedirme.

—Por supuesto. —Su sonrisa se ensancha—. No podemos permitir que piense que somos unos monstruos.

La ironía sería graciosa si pudiera sentir algo más allá de este vacío inmenso. Aquí todos somos monstruos. La única diferencia es qué jaula elijo.

—Nos casaremos como es debido esta vez —dice—. Sin interrupciones.

La puerta se abre y traen a Alice desde donde sea que la hayan estado reteniendo en el complejo. Está llorando incluso antes de verme, extendiendo las manos hacia mí con desesperación. Su vestido, el mismo camisón blanco roto del cementerio, está embarrado y arruinado, su pelo enredado por la lucha, pero está entera. Está viva. El champú de fresa que todavía usa aún se percibe débilmente detrás de todo el lodo, y memorizo el aroma.

—¡Val! —Se estrella contra mis brazos, sollozando contra mi hombro—. Lo siento, lo siento mucho, dije cosas, no quise…

—Shh. —Le acaricio el pelo, memorizando la sensación—. Está bien. Estás bien.

—Dijeron que volviste. Que te vas a quedar. —Se aparta para mirarme, la confusión y la esperanza luchando en sus ojos—. Pero Marco…

—Se acabó —termino por ella—. Escúchame, Alice. Te vas esta noche. Te van a dar dinero, suficiente para empezar de nuevo en cualquier parte.

—No sin ti.

—Sí, sin mí. —Le enmarco la cara con las manos, obligándola a mirarme—. Esta es mi elección. Mi sacrificio. Tú podrás ser libre.

La comprensión amanece en sus ojos, seguida por el horror. —No. Val, no, no puedes…

—Puedo y lo haré. —La acerco de nuevo, susurrándole al oído—. Mamá querría esto para ti. Una jaula u otra, nena. Al menos esta te salva a ti.

Ella niega con la cabeza, protestando, pero ya tomé mi decisión. Algunas de nosotras estamos destinadas a las jaulas. Las afortunadas pueden elegir cuál.

—Toma el dinero —le digo a Alice con firmeza—. Vete a California. Estudia algo hermoso. Enamórate de alguien normal. Vive la vida que mamá quería para nosotras.

—Esto es mi culpa —solloza—. Si no hubiera huido…

—Entonces ambas estaríamos atrapadas. —Le beso la frente, la sal de sus lágrimas mezclándose con la lluvia persistente—. De esta manera, una de nosotras se libera.

Liam observa desde su escritorio, la satisfacción evidente en cada línea de su cuerpo. Su novia robada eligiendo su jaula, entrando en

ella con los ojos bien abiertos. La poesía del asunto probablemente le atrae a su alma irlandesa.

Suelto a Alice, retrocediendo antes de perder mi determinación. Ella me busca de nuevo, llorando más fuerte, pero los hombres de Christopher ya la están escoltando hacia la puerta. Hacia la libertad. Hacia una vida que nuestra madre murió tratando de darnos.

Mientras se la llevan, todavía gritando mi nombre, me vuelvo para enfrentar mi futuro. Liam O'Brien, con quien me casaré para salvar a mi hermana. Otra jaula, otro captor, otra clase de muerte lenta.

Mi mano se dirige a mi garganta, mis dedos encontrando los moretones de Marco por última vez. Las marcas se desvanecerán, pero lo que él me hizo, en lo que me convirtió, eso es permanente. Una mujer que pasará el resto de su vida comparando cada caricia con las suyas.

—Venga —dice Liam, levantándose de su sillón con una gracia depredadora. Su mano se cierra alrededor de mi muñeca, donde las huellas de Marco todavía queman marcas invisibles en mi piel—. Hablemos de los arreglos de la boda.

Me acerca más y el estómago se me revuelve. El asco debe notarse en mi cara porque Liam sonríe.

—La entrenó bien —murmura, su pulgar acariciando el punto donde late mi pulso—. Hizo que anhelara lo que odia. No se preocupe, le daré un buen uso a su trabajo.

—No tiene idea de con qué se está metiendo —le digo, con la voz hueca—. Marco no suelta lo que es suyo.

—Él firmó los papeles.

—Los papeles no significan nada para hombres como él. Me lo dijo una vez, la muerte es el único divorcio que reconoce.

La mano de Liam se mueve hacia mi garganta, sus dedos presionando los moretones que Marco dejó, reclamando el mismo espacio con intención deliberada. —¿Cree que vendrá por usted?

—Sé que lo hará —susurro.

—Que venga —dice Liam, su agarre se tensa hasta que jadeo—. La saqué de sus manos una vez en el altar. Esta vez, me aseguraré de que mire mientras reclamo lo que siempre debió ser mío.

Su boca desciende a mi cuello, la lengua trazando los moretones de Marco antes de que sus dientes se hundan justo debajo de ellos, marcándome sobre las marcas de Marco. La repulsión se arrastra por

mis venas. Esto es lo que soy ahora, un arma que Marco forjó y que cualquiera puede empuñar.

25 - Marco

El tercer bar irlandés de esta noche y mis nudillos por fin empiezan a abrirse como se debe. La sangre gotea sobre el suelo de aserrín, mezclándose con el whisky derramado y el sudor del miedo mientras contemplo los destrozos: mesas volcadas, botellas rotas, tres hombres quejándose en rincones de los que no saldrán arrastrándose sin ayuda. El espejo detrás de la barra está resquebrajado en forma de telaraña donde estrellé la cara de alguien. Los vidrios crujen bajo mis botas con cada paso, el sabor a cobre de la sangre espeso en mi boca.

—Marco, ya basta —la voz de Luca atraviesa el zumbido en mis oídos. Está de pie en la entrada, con Alessandro y Nico flanqueándolo como si se acercaran a un perro rabioso—. Esto no es estrategia. Es solo violencia.

—Bien —me limpio la sangre de la boca; si es mía o de alguien más, ya no puedo distinguirlo. El escozor del whisky en mis heridas apenas lo siento—. La violencia es todo lo que queda.

Otro soldado irlandés intenta arrastrarse hacia la salida. Mi bota encuentra sus costillas y el crujido resuena en el bar en ruinas. Sin ningún propósito. Sin información que extraer. Solo dolor respondiendo al dolor.

—Este no eres tú, hermano —dice Luca, pasando sobre los vidrios rotos—. Me estás robando el papel.

Me vuelvo hacia él rápidamente, mi mano se dispara para agarrarlo por el cuello, estampándolo contra la pared con la fuerza suficiente para agrietar el yeso. Sus ojos se abren de par en par por la sorpresa mientras mis dedos se aprietan.

—Esto es exactamente quien soy —las palabras resuenan con la verdad.

Lo suelto y él tropieza, llevándose la mano a la garganta mientras jadea. Alex se mueve para ayudarlo, pero Luca le hace un gesto para que no se acerque, sin apartar los ojos de los míos. El cálculo allí, la

cautela. Bien. Deberían tenerle miedo a aquello en lo que me he convertido.

—La bodega de los O'Malley se quemó hace veinte minutos —informa Nico, profesional a pesar de la carnicería—. Los trabajadores del muelle están huyendo. Todos los negocios irlandeses en un radio de cinco kilómetros están destruidos o abandonados.

Nada de eso importa. Nada de eso la trae de vuelta. Nada de eso borra la forma en que me miró en ese cementerio, como si yo fuera veneno en sus venas.

El complejo se siente como una tumba cuando regresamos. Dante espera en el vestíbulo principal, todavía pálido por sus heridas, sus manos vendadas moviéndose en lentas y desesperadas señas.

Ni siquiera le hago el honor de intentar descifrar lo que sus torpes y rotos dedos intentan decir.

—Te amaba —traduce Alex, con voz cautelosa—. Esto deshonra ese amor.

La risa que se desgarra de mi garganta suena inhumana. —¿Amor? El amor es solo la mentira antes de la destrucción.

Dante hace señas de nuevo, con más urgencia, y esta vez miro. —Te estás convirtiendo en el monstruo que ella temía que fueras.

—Siempre fui ese monstruo. Ella solo hizo que lo olvidara por un tiempo —hago una pausa, la verdad calando más hondo—. No, ella hizo que quisiera ser otra cosa. Me hizo creer que podía serlo. Esa es la verdadera crueldad.

El teléfono de Nico vibra. Lo revisa y algo cambia en su expresión. —Jefe, necesita oír esto.

—Si no se trata de quemar más de su territorio…

—Nuestro contacto en el complejo de los O'Brien acaba de confirmar —las palabras caen como piedras—. Sigue allí. Ha estado allí desde que entró hace dos horas. Están preparando algo.

El decantador de cristal se queda en mi mano esta vez, el whisky quemándome la garganta en lugar de decorar la pared. Sigue allí. Dos horas en el complejo de los O'Brien, ¿haciendo qué? ¿Planeando qué? La idea de las manos de Liam sobre ella, su boca donde estuvo la mía ayer mismo, su verga dentro de lo que me pertenece. Las imágenes atraviesan mi cerebro como balas. Todavía puedo saborearla en mi lengua, todavía puedo sentir su coño apretándose a mi alrededor mientras gritaba mi nombre. Y ahora se lo está dando a él.

Mi puño atraviesa el espejo antiguo, luego la pared detrás de él. Otra vez. Y otra. Hasta que el yeso cede a las vigas, hasta que mis nudillos están hechos papilla, hasta que el dolor en mis manos pueda igualar a la cosa que me desgarra el pecho.

—Esto es lo que padre quería —me oigo decir, con la voz hueca—. Un hijo que pudiera destruir sin sentir. Que pudiera ser el monstruo que la familia necesitaba.

—Marco… —empieza Alex.

—Ganó. Incluso muerto, el muy cabrón ganó —miro mis manos destrozadas—. Me convirtió en esta cosa que ni siquiera ella pudo amar.

La llamada telefónica llega mientras me lavo la sangre de las manos. Inteligencia, sin aliento: —Alonzo Bernardi. Visto en el antiguo apartamento de su amante en Halsted.

No se lo digo a mis hermanos. No quiero sus preguntas ni su preocupación. Esto es entre los Bernardi y yo ahora.

El edificio de apartamentos está venido a menos, tratando de ocultar su decadencia bajo una capa de pintura fresca que no engaña a nadie. Tercer piso, apartamento de la esquina. La puerta se hace astillas bajo mi bota.

Alonzo se apresura a tomar una pistola, pero ya estoy sobre él. El arma se desliza por el linóleo agrietado mientras lo estampo contra la pared. De sus manos se caen pasaportes falsos. Estaba huyendo. El cobarde huía mientras sus hijas pagaban por sus pecados. El olor de su sudor se mezcla con colonia barata, revolviéndome el estómago.

No hablo. Las palabras son para hombres que todavía fingen ser humanos. El cuchillo aparece en mi mano y empiezo por sus dedos. Metódico. Preciso. Cada articulación separada con cuidado quirúrgico. La sangre hace que el mango esté resbaladizo, pero mi agarre nunca flaquea.

Sus gritos llenan el pequeño apartamento, pero nadie en este edificio pedirá ayuda. Saben que es mejor no interferir en los asuntos de los Rosetti.

—Tu hija preguntó por su madre —digo finalmente entre sus sollozos—. En el cementerio. De pie sobre su tumba.

—Por favor…

—La verdad, Bernardi —la hoja encuentra nueva carne—. Toda. O haré que esto dure días.

Se quiebra antes de lo esperado. Los hombres débiles siempre lo hacen.

—¡Tu padre la quería muerta! ¡Me ofreció cincuenta mil! ¡Tengo la transferencia bancaria, la prueba! —las palabras se derraman mezcladas con sangre y mocos, desesperadas y llenas de pánico—. Ella sabía de los cargamentos, las rutas. Iba a testificar.

—Y tú la mataste por él.

—¡No! —sus ojos, desquiciados por el dolor y la desesperación—. ¡Me negué! Era la madre de mis hijas. Matarla habría sido demasiado complicado, demasiadas preguntas.

El cuchillo se detiene contra su garganta.

—Pietro vino a verme —continúa Alonzo, las palabras atropellándose—. Ofreció cincuenta mil por el trabajo. Pero me negué a hacerlo. Demasiado complicado, le dije. No se mata así a la madre de tus hijos.

—Pero murió de todos modos.

—Sí —ríe, con amargura y quebranto—. Pero no fui yo quien lo organizó. No puedo negar que fue conveniente. Se acabaron las amenazas de testificar. Se acabaron las peleas por las niñas.

Proceso esto. Mi padre mintió. Valentina cree que yo sabía de un asesinato que nunca ocurrió como ella cree. Cree que la toqué sabiendo que mi familia mató a su madre, cuando la verdad es aún más retorcida.

—Ya no importa —resuella Alonzo entre sangre—. Se va a casar con Liam. Esta noche. Adelantaron todo.

El cuchillo se me cae de los dedos inertes. —¿Qué?

—En el complejo de los O'Brien. Lo harán esta noche en lugar de esperar —su sonrisa es roja y terrible—. Se entregó a cambio de la libertad de Alice. Entró allí y se ofreció para salvar a su hermana. La ceremonia es a medianoche, la adelantaron del plan original.

Por supuesto que lo hizo. Mi brillante y abnegada esposa. Entregándose a sí misma como su madre intentó hacerlo, como hacen todas las mujeres Bernardi, pensando que el sacrificio es igual al amor.

—Mi hija morirá con un vestido de novia irlandés —dice Alonzo—, igual que su madre murió intentando escapar de este mundo.

Miro mi reloj. Once y cuarto. Cuarenta y cinco minutos para la medianoche. Ni siquiera cuatro horas desde que se fue del cementerio y ya se está entregando a otro hombre. No necesitó ni un

día entero para llorarme. Necesitó menos de cuatro para reemplazarme.

Hace veinticuatro horas estaba en mi cama, mi semen goteando por sus muslos mientras prometía que nunca se iría. Veinticuatro malditas horas.

Dejo a Alonzo tirado donde está, todavía respirando, pero con la mano izquierda destrozada sin remedio. —Si está herida cuando llegue, volveré y haré que esto parezca piedad.

La ciudad se vuelve borrosa a mi paso mientras corro hacia el Lado Sur, hacia el complejo de los O'Brien. Mi teléfono suena. Luca, Dante, Alessandro. Pero no contesto. Esto es entre mi esposa y yo ahora.

El motor ruge mientras lo fuerzo más, corriendo por calles vacías. Ignoro cada semáforo en rojo, rompo cada ley. Por primera vez desde que murió mi madre, me encuentro rezándole a un Dios en el que no creo. Déjame llegar a tiempo. Que esté a salvo. Déjame detener esto antes de que...

Las puertas del complejo se alzan adelante, resplandeciendo con luces como si celebraran el robo de lo que es mío. Once y cuarenta. Piso el freno a fondo, los neumáticos chirrían contra el asfalto al ver lo que espera: veinte soldados irlandeses, armados y en posición. Sabían que vendría. Por supuesto que lo sabían, carajo.

Detrás de ellos, a través de las puertas, vislumbro algo verde. Un destello de un vestido de novia desapareciendo en el edificio principal. El bajo del vestido arrastrándose tras ella como un fantasma.

Valentina.

Mi esposa en otro vestido de novia. Caminando hacia otro hombre. Mientras mis marcas todavía están en su piel, mientras todavía huele a mí, mientras su coño probablemente todavía le duele por cómo la follé ayer por la mañana.

Reviso mi cargador. Quince balas. Veinte hombres entre mi esposa y yo.

Los números están en mi contra. El movimiento inteligente sería pedir refuerzos, esperar a mis hermanos, planear esto adecuadamente. Pero no hay tiempo para movimientos inteligentes. En veinte minutos, ella le dirá sus votos a otro hombre. En veinte minutos, le prometerá a él lo que ya me prometió a mí.

Sonrío por primera vez esta noche. Por fin, unas probabilidades que tienen sentido. Veinte hombres que creen que pueden mantenerme alejado de lo que es mío. Veinte cuerpos entre mí y la mujer que firmó los papeles del divorcio bajo la lluvia, pero cuyo cuerpo todavía sabe exactamente a quién pertenece.

El primer guardia me ve y empieza a levantar su arma. Demasiado lento. Ya me estoy moviendo, ya estoy calculando ángulos y coberturas, ya estoy saboreando la sangre que aún no se ha derramado.

Once y cuarenta y uno.

Diecinueve minutos para detener una boda. Diecinueve minutos para recordarle a mi esposa que la muerte es el único divorcio que reconozco. Diecinueve minutos para reclamar lo que es mío o morir en el intento.

Meto otro cargador y salgo del coche. Los guardias se tensan, los dedos en los gatillos, pero ya me muevo hacia ellos con la confianza de un hombre que no tiene nada que perder y todo que recuperar.

No tienen ni idea de lo que se les viene encima.

26 - Valentina

El vestido esmeralda pesa veinticinco kilos; cada cuenta de cristal es otra cadena, cada cruz celta bordada en el corsé, un recordatorio de que soy ganado listo para el matadero. Estoy de pie frente a otro espejo más, con otro vestido de novia más, pero este me provoca náuseas. La reliquia de la familia O'Brien me ahoga en capas de pesado encaje irlandés, transformándome en una caricatura de la virtud católica.

Mis dedos encuentran el cuchillo escondido en mi liguero; la hoja está tibia contra mi muslo. Pequeño, afilado, perfecto para rebanar una garganta durante un beso. Su peso me da aplomo mientras dos mujeres irlandesas se afanan con el velo estilo catedral, sus manos ásperas donde las de Marco eran suaves. Se me hace un nudo en la garganta al recordar: sus dedos en mi pelo esta mañana, su boca en mi cuello, susurrando que yo era su reina. Asesino de mi madre o no, mi cuerpo todavía anhela su contacto. Encierro esa necesidad junto con todo lo demás que no puedo permitirme sentir en este momento.

La capilla aguarda abajo, íntima y sofocante con sus sombras de medianoche. A través de la ventana, veo velas ya encendidas, oraciones en latín ya ensayadas por el nervioso sacerdote. Todo está listo para una ceremonia que no puede detenerse, que no será interrumpida, que me atará antes de que nadie pueda oponerse.

—Casi es medianoche —dice una de las mujeres, mirando su reloj —. El señor O'Brien quiere que esto se haga rápido.

No respondo. Me duele el pecho por las ganas de oír la voz de Marco, pero dejé mi teléfono en el penthouse con el rosario de mi madre, una ruptura deliberada de lazos. El hombre que firmó los papeles del divorcio bajo la lluvia no tiene derecho a hacerse el salvador ahora.

—Hermosa —sentencia la otra mujer, retrocediendo para admirar su trabajo—. El señor O'Brien estará complacido.

El señor O'Brien estará muerto, pienso, presionando el muslo contra el cuchillo oculto. Después de los votos, durante el beso,

cuando crea que ha ganado, le pasaré la hoja por la garganta. Es mejor morir como una asesina que volver a vivir como una propiedad. Es mejor teñir de rojo este espantoso vestido verde que dejar que otro hombre me reclame como su esposa.

Prometieron que liberarían a Alice con dinero para la universidad y un pasaje seguro para salir de Chicago. Tengo que creer que esa parte fue real, que mi sacrificio le compró su libertad aunque todo lo demás fueran mentiras. Christopher me mostró la confirmación de la transferencia, el recibo del taxi de hace horas. Ya debería estar en un tren, camino a un lugar seguro. Eso tiene que ser suficiente.

La pesada tela cruje como sudarios fúnebres mientras me conducen hacia la puerta, cada paso una pequeña muerte de la niña que una vez creyó en los cuentos de hadas. Cada paso está calculado, midiendo la distancia del liguero a la mano, de la mano a la garganta. Un movimiento fluido. Es todo lo que necesito.

La capilla apesta a mirra; las oraciones en latín cuelgan en el aire como humo. La luz de las velas proyecta sombras danzantes que parecen manos que se extienden, y en alguna parte se oye un pequeño murmullo. Uno de los soldados rezando para que no todos muramos esta noche. Christopher me lleva al altar; su agarre en mi brazo es más restrictivo que de apoyo. Solo un puñado de testigos llena las bancas: soldados irlandeses que han visto demasiado, sus rostros cuidadosamente inexpresivos mientras observan a otra mujer ser intercambiada como moneda.

—Tu madre estaría orgullosa —susurra Christopher, su aliento caliente contra mi oreja—. Morir por la tradición familiar.

Liam espera en el altar con un esmoquin negro, intentando parecer poderoso, pero solo logrando verse desesperado. La forma en que me observa acercarme, como un premio que finalmente ha ganado, me eriza la piel. Pero mantengo mi expresión neutral, mi mano firme, imaginando ya cómo se verá su sangre extendiéndose sobre el mármol blanco.

El sacerdote comienza en latín, las viejas palabras que atan sin consentimiento, que atrapan sin llaves. Mis dedos se deslizan hacia mi muslo, encontrando el contorno del cuchillo a través de las capas de tela. El tiempo se ralentiza. Lo noto todo: el ángulo de su cuerpo, el peso de la pistola en su cadera, la forma en que su atención se divide entre el sacerdote y sus hombres. Tres segundos. Es todo lo que necesito. La voz de mi madre susurra en mi memoria: «Nunca

dejes que te vean derrumbarte». Pero nunca me enseñó qué hacer cuando derrumbarlos a ellos se convierte en la única opción.

—¿Aceptas tú, Liam, a esta mujer…? —La voz del sacerdote continúa monótonamente mientras yo ensayo en mi mente. El cuchillo es corto. Necesitaré acercarme, necesitaré que se incline para el beso. Mi muñeca tendrá que girar justo en el ángulo correcto para alcanzar su garganta.

—Sí, acepto —dice Liam, sus ojos brillando de triunfo.

—¿Aceptas tú, Valentina, a este hombre…?

Abro la boca para decir que sí, para activar mi trampa, pero la mano de Liam de repente se cierra sobre mi muñeca con una fuerza que me magulla. No para tomar mi mano, sino para buscar dónde se esconde el cuchillo.

—Creo que no, esposa —dice, apretando más fuerte hasta que los huesos rechinan—. ¿De verdad pensaste que no lo sabíamos?

Christopher se ríe detrás de nosotros. —Lo encontramos hace horas durante la prueba del vestido. Te dejamos conservarlo para darte una falsa esperanza. Para ver si de verdad lo intentarías.

La traición, la calculada crueldad de dejarme planear, de dejarme tener esperanza, hace que mi visión se nuble de rabia. Jugaron conmigo como el gato con el ratón, sabiendo todo el tiempo que estaba atrapada.

—Di que sí —ordena Liam, sus dedos hundiéndose más en mi muñeca—. O haré que mis hombres recojan a la dulce Alice de donde sea que crea que está a salvo. ¿La tarjeta de crédito que le dimos? Rastreada. ¿El taxi? Nuestro conductor. Ella nunca ha estado libre, solo tiene una correa más larga.

—Lo prometiste.

—Mentí. Igual que tu preciado Marco mintió sobre tu madre. Igual que todos los hombres en tu vida te han mentido. —Su sonrisa es fría—. Ahora di las palabras, o tu hermana pagará por tu desafío.

La amenaza pende entre nosotros, la seguridad de Alice en equilibrio con mi libertad. Siempre la misma elección. Siempre la misma jaula.

Las puertas de la capilla se abren de golpe con la fuerza de un huracán.

Marco está recortado en el umbral y, por un momento, creo que estoy alucinando. Pero no, es sangre real la que cubre su camisa blanca, la que gotea de sus nudillos, la que salpica su rostro como

pintura de guerra. Nada de esa sangre es suya, por la forma en que se mueve.

Mi cuerpo me traiciona al instante. Mis pezones se endurecen bajo el espantoso vestido, esa conocida punzada se acumula en mi vientre. Incluso viéndolo cubierto de sangre, incluso después de su traición, mi cuerpo reconoce a su amo.

—Estás tocando a mi esposa.

Las palabras caen en la capilla como granadas. El agarre de Liam en mi muñeca se aprieta por reflejo mientras todos los ojos en la capilla se giran hacia Marco Rosetti, de pie en la entrada. Los irlandeses se apresuran a tomar sus armas; la capilla estalla en amenazas a gritos y martillos amartillándose.

Pero apenas registro el caos, porque los ojos de Marco están fijos en los míos a través del espacio. Esos ojos oscuros que me han visto en mi peor y en mi mejor momento, que me han visto romperme y reconstruirme. Incluso cubierto de sangre, incluso rodeado de violencia, él vino. El hombre que firmó los papeles del divorcio bajo la lluvia aun así vino.

—Ya no es tuya —gruñe Liam, atrayéndome hacia él como un escudo—. Firmaste los papeles. La dejaste ir.

—No firmé nada que importe. —Marco da un paso adelante, y cada soldado irlandés se tensa—. El único divorcio que reconozco es la muerte.

La violencia en su voz, la promesa que contenía, hace que algo se resquebraje en mi pecho. Ha matado para llegar hasta aquí. Ha dejado cuerpos a su paso. Todo por una mujer que se alejó de él en la tumba de su madre.

—Eres mía. En la sangre, en la oscuridad, en cualquier infierno que hayamos creado. Los papeles no significaron nada. Lo sabes.

Las palabras impactan como balas, cada una encontrando las marcas que él dejó en mi cuerpo, en mi corazón. Mi pulso traidor responde a su reclamo, aun cuando mi mente grita rechazo. Esto es lo que me ha hecho: hacerme desear mi propia destrucción.

Pero no necesito que me salven.

El pensamiento se cristaliza mientras Liam me acerca más, con su atención dividida entre Marco y sus soldados en pánico. Ha cometido el mismo error que todos los hombres en mi vida: asumir que esperaré a ser rescatada, que necesito a alguien más para liberarme.

Mi rodilla se estrella en su entrepierna con toda la rabia reprimida de una vida entera.

Él se dobla con un grito ahogado, su agarre finalmente soltando mi muñeca. Tomo su pistola antes de que pueda recuperarse, mis dedos encuentran la empuñadura justo cuando se da cuenta de lo que está sucediendo. Sus ojos se abren de par en par, la boca se abre para hablar o gritar o suplicar.

Le disparo a quemarropa.

El sonido resuena en la capilla como un trueno. La sangre salpica el espantoso vestido verde, el suelo de mármol blanco, el altar donde se suponía que debía prometer obediencia. Liam cae hacia atrás, su pecho una mancha roja que se expande, sus ojos ya vidriosos.

La capilla queda en silencio, excepto por el zumbido en mis oídos. Todas las armas siguen levantadas, pero nadie se mueve. Ni los soldados irlandeses. Ni siquiera Marco, que está congelado a mitad del pasillo, mirándome como si me viera por primera vez.

Miro el cuerpo de Liam, la sangre que se extiende en círculos perfectos sobre la piedra antigua. No me tiemblan las manos. No me flaquea la voz.

Espero la culpa, el horror, cualquier cosa. En cambio, me siento… poderosa. Por primera vez en mi vida, elegí la violencia en lugar de recibirla.

—No necesitaba que me salvaran. —Las palabras salen firmes a pesar de la sangre que gotea de mis manos, a pesar del cuerpo a mis pies, a pesar de la forma en que Marco me mira como si yo fuera algo nuevo y peligroso—. Nunca lo necesité.

27 - Marco

Está ahí de pie, con la pistola de Liam aún tibia en la mano, con el aspecto de la mismísima novia de la muerte. El vestido verde gotea sangre sobre el mármol blanco, y cada gota es una pequeña rebelión contra la santidad de esta capilla. Detrás de ella, las velas parpadean en sus candelabros, arrojando sombras que danzan sobre el altar como espíritus inquietos. El aire de la capilla sabe a humo aromatizado. Cada bocanada me cubre la lengua de muerte.

Christopher busca su arma a tientas, con la mano metiéndose bajo la chaqueta con la velocidad desesperada de un hombre que sabe que ya está muerto. Mi bala lo encuentra primero, un tiro limpio en la sien que lo derriba antes de que sus dedos puedan cerrarse en torno a la empuñadura. Cae de lado en una banca, con los ojos aún abiertos, todavía sorprendido. A la luz de las velas, su sangre parece negra.

—Despejen la sala —digo en voz alta, dándoles órdenes a estos soldados irlandeses que de repente se han quedado sin líder.

Tras una larga y contenida respiración, obedecen, dispersándose hacia las salidas en lugar de enfrentarse a mí. Sus botas arrastran los pies por el suelo de piedra, un hombre tropieza y, aun así, sus ojos nunca se apartan de mí.

Debo de parecer el mismísimo diablo.

El sacerdote se encoge detrás del altar, murmurando oraciones en latín que no salvarán a ninguno de nosotros. No después de lo que hemos hecho aquí esta noche. El frío de la capilla se filtra a través de mi ropa empapada en sangre.

Valentina no se ha movido. Permanece de pie sobre el cadáver de Liam como si hubiera echado raíces, como si se hubiera convertido en parte de esta escena de destrucción. La pistola cuelga de sus dedos, olvidada. La sangre empapa el ridículo vestido verde, convirtiendo el esmeralda en óxido.

Avanzo a grandes zancadas para llegar hasta ella mientras los cristales de las ventanas rotas crujen bajo mis zapatos. El olor metálico de la sangre se mezcla con el incienso, sagrado y profano. Cuanto más me acerco, más veo: el temblor de sus manos, la distancia vidriosa de su mirada, la forma en que se mantiene entera por pura fuerza de voluntad.

—Valentina.

No responde. Solo mira fijamente lo que ha hecho, al hombre que mató en lugar de casarse con él. He visto esa mirada antes, en los soldados después de su primera víctima. El momento en que te das cuenta de que has cruzado una línea de la que nunca podrás regresar.

—No lo sabía. —Las palabras se me desgarran de la garganta como metralla y cada una me abre una herida—. Sobre tu madre. Juro por la tumba de mi madre que no sabía que mi padre lo ordenó.

Ahora me mira y la muerte en sus ojos es peor que cualquier furia. —¿Habría importado? ¿Si lo hubieras sabido?

La pregunta me cala hondo. ¿La habría tomado de todos modos, sabiendo que mi familia destruyó la suya? ¿Habría presionado esa pistola contra su sien, forzado esos votos, reclamado su cuerpo sabiendo que estaba construido sobre los huesos de su madre?

—Torturé a tu padre —digo, necesitando que lo entienda—. Después de que te fuiste. Lo encontré intentando huir y lo hice hablar. Me lo contó todo. Cómo mi padre ordenó el golpe, cómo Alonzo se negó a hacerlo porque no quería ensuciarse las manos, pero se alegró de que se hiciera.

Su risa es amarga. —Así que la muerte de mi madre fue solo otra mentira en un mundo construido sobre ellas.

—Nunca te mentí sobre esto.

—Mentiste sobre todo lo demás. —Su voz se endurece—. Sobre confiar en mí. Sobre valorar mi opinión. En el momento en que lo del restaurante salió mal, en el momento en que fallé, me convertí en nada para ti. Encerrada como otra posesión decepcionante.

—El restaurante…

—El restaurante me mostró exactamente lo que soy para ti. —Deja caer la pistola, que resuena en el mármol con un sonido como de huesos rompiéndose—. Un lastre. Una debilidad. Algo que proteger, pero en lo que nunca confiar.

La verdad de sus palabras quema. Tiene razón. En el momento en que le dispararon a mi hermano, la excluí por completo. Me volví

como su padre, frío, controlador y cruel.

—Dilo —exige, acercándose tanto que puedo oler la pólvora en su piel—. Di que te equivocaste al excluirme. Di que te convertiste en mi padre.

—Me convertí en él. —La confesión me sabe a lodo—. Me convertí en todo lo que juré que nunca sería. Nunca fuiste nada —añado, pero las palabras suenan huecas incluso para mí.

Algo se quiebra en mi pecho, violento e irreversible. La última pieza del legado de mi padre haciéndose añicos como un hueso. Su padre es horrible, pero el mío no era mucho mejor. Ahora que está muerto lo glorificamos, pero en vida fue un hombre brutal. Cada instinto grita en contra de esto. La voz de mi padre en mi cabeza: «Nunca muestres debilidad. Nunca te arrodilles. Nunca ruegues». Pero ella vale más que el orgullo. Vale más que el legado de hombres muertos.

Caigo de rodillas en la sangre de Liam, sintiendo cómo empapa mis costosos pantalones, todavía tibia y espesa. El sonido específico de la tela encontrándose con la sangre, una rendición húmeda. La posición me sitúa por debajo de ella, mirando a esta mujer que me ha destruido, me ha rehecho y me ha vuelto a destruir.

Mis hermanos finalmente entran en tropel por la entrada de la iglesia a mis espaldas, los refuerzos que ordené pero que no esperé. Tan pronto como me ven, se detienen en seco. En diez años al frente de esta familia, nunca me he arrodillado ante nadie. Nunca he mostrado sumisión, nunca he mostrado debilidad. Pero aquí estoy, arrodillado en una capilla irlandesa, en la sangre de mi enemigo, a punto de rogar.

—Tú me trajiste de vuelta —le digo, con las palabras raspando como vidrio—. Me hiciste sentir algo más allá de la violencia y el control. Me hiciste desear algo más que un imperio y sangre.

Me mira y veo algo parpadear en sus ojos. No es perdón, pero quizá sea reconocimiento.

—Después de que te fuiste, me convertí en todo lo que temías. —Mis manos se aprietan en la sangre bajo mis rodillas, sintiéndola escurrirse entre mis dedos—. Incendié bares irlandeses sin estrategia. Torturé a hombres sin propósito. Me convertí en tu padre, en mi padre, me convertí en el monstruo que él siempre quiso que fuera.

—Aquí todos somos monstruos. —Señala la carnicería que nos rodea—. Mira lo que hice. Mira en lo que me convertí sin ti.

—No, *principessa*. Tú eres un ángel que aprendió a usar un arma. Yo soy el demonio que te enseñó.

Meto la mano en mi chaqueta y saco el anillo que me arrojó en el cementerio. El anillo de mi madre. Los diamantes atrapan la luz de las velas, proyectando fractales sobre el mármol manchado de sangre. El metal está frío contra mis dedos ensangrentados.

—Debería haber confiado en ti —digo, sosteniendo el anillo como una ofrenda—. Debería haber sido tu compañero, no tu captor. Debería haber sido el hombre que merecías en lugar de uno como tu padre.

El anillo tiembla en mi mano. Tengo treinta y cinco años y estoy temblando como un muchacho con su primera víctima.

—Cásate conmigo. —Las palabras salen ásperas, desesperadas—. No por una alianza, ni por estrategia, ni por tradición. No porque te robé, te atrapé o te poseo.

Sus ojos se clavan en el anillo, en mis manos cubiertas de sangre que no es mía, en este asesino que pide algo que no tiene derecho a desear.

—Cásate conmigo porque te amo con esta cosa enferma que tengo por alma. —Permanezco de rodillas, sintiendo la sangre acumularse a mi alrededor, dejando que me vea roto y honesto quizá por primera vez—. Cásate conmigo porque reduciría Chicago a cenizas solo por verte sonreír. Porque mataría a cada hombre que te ha hecho daño si pudiera.

—Tu padre ya está muerto —dice con voz hueca—. Si no lo estuviera, lo mataría yo misma. ¿Todavía quieres casarte conmigo, sabiendo eso?

—Si mi padre no estuviera ya muerto, lo mataría por ti. Lo desenterraría solo para volver a matarlo. —La confesión sabe más dulce que el vino de consagrar—. Mataría al mismo Dios si intentara apartarte de mí.

Algo cambia en su rostro, esa mirada muerta se resquebraja como el hielo en primavera. Baja la mano y toma el anillo de mis dedos ensangrentados. El sonido específico del anillo deslizándose sobre la piel ensangrentada, metal contra carne húmeda, mientras se lo pone en el dedo, justo sobre las manchas que ya están ahí.

—Estás loco —susurra.

—Completamente. —Sigo arrodillado, esperando su juicio—. Pero soy tuyo. Si me aceptas.

Mira el anillo en su dedo, sangre y diamantes a partes iguales. Cuando habla, su voz es firme como una cuchilla. —Entonces sí. Sí, me casaré contigo otra vez. Como se debe esta vez.

El alivio casi me desploma. Ella baja la mano y me toca la cara con los dedos todavía calientes por los disparos.

Me pongo de pie de un salto y la beso entre los cadáveres, saboreando el cobre y la cordita en sus labios. Me devuelve el beso con la misma hambre desesperada, sus manos se aferran a mi camisa empapada de sangre. Ambos estamos temblando ahora, aferrándonos el uno al otro en esta capilla que se ha convertido en un matadero.

Su cuerpo se presiona contra el mío e, incluso rodeada de muerte, se siente como la vida. En esto es en lo que me ha convertido: un animal que la desea incluso en medio de una masacre. El calor de su cuerpo a través de ese vestido ensangrentado, la forma en que sus caderas se presionan hacia delante buscando contacto, todo me vuelve medio loco de necesidad.

—Esposa —gruño contra su boca—. Dilo.

—Esposo —suspira, con las uñas clavándose en mis hombros—. Mi jodido esposo.

A través de las ventanas rotas, las sirenas se acercan a lo lejos, sus lamentos aún débiles, pero cada vez más fuertes. Mis soldados ya han comenzado la limpieza, eficientes incluso en este caos. Cuerpos de los que hay que deshacerse, pruebas que hay que destruir.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta contra mi boca, con su aliento caliente.

—¿Ahora? —Me aparto lo justo para ver su rostro, esta mujer hermosa y terrible que me ha elegido a pesar de todo—. Ahora construiremos algo nuevo de estas cenizas. Algo mejor que lo que nuestros padres nos dieron.

Se ríe y hay algo salvaje en su risa. —¿De verdad crees que podemos construir algo que no esté empapado en sangre?

—No. —Le beso la frente, saboreando la sal y el humo—. Pero al menos será nuestra sangre. Nuestras decisiones. Nuestro imperio construido sobre violencia honesta en lugar de bonitas mentiras.

Las sirenas se acercan más, su lejana aproximación indica el poco tiempo que nos queda en este momento. Mis hermanos han

terminado su trabajo y están listos para recibir órdenes. El sacerdote ha desaparecido, probablemente corriendo para olvidar lo que ha presenciado. Y aquí estamos nosotros, dos asesinos haciéndose promesas sobre los cuerpos que pusimos juntos.

—Deberíamos irnos —digo, aunque no quiero abandonar este momento, esta sangrienta honestidad entre nosotros.

—¿Juntos? —pregunta y hay algo frágil en la palabra.

—Siempre —prometo, tomando su mano, sintiendo el anillo resbaladizo de sangre bajo mis dedos—. No más encierros. No más mentiras. Solo nosotros y cualquier infierno que creemos.

Lo que sea que venga después, lo enfrentaremos juntos. Cubiertos de sangre, marcados el uno por el otro, unidos en nuestra hermosa condenación.

28 - Valentina

El Porsche ronronea por las calles vacías de Chicago, sus asientos de cuero pegajosos por una sangre que no es nuestra. Marco maneja con una mano, la otra descansa sobre mi muslo, sus dedos trazan patrones a través de la tela verde rasgada de este vestido espantoso. El peso del anillo de su madre se siente en mi dedo, la sangre de Liam seca en sus diamantes como óxido en las grietas.

—¿Tu casa o la mía? —pregunta Marco, con un humor negro que se abre paso a través del agotamiento.

La broma cae mal, demasiado ligera para lo que hemos hecho, para lo que hemos sobrevivido. Estudio su perfil bajo las luces de la calle que pasan: sangre salpicada en su mandíbula, su camisa blanca ahora más roja que blanca, la colonia que tan bien conozco ahora mezclada con pólvora y sangre.

—Nuestra —lo corrijo, la palabra se siente extraña pero correcta en mi lengua—. Ahora es nuestra.

Su mano se aprieta en mi muslo, deslizándose más arriba hasta que sus dedos rozan mis bragas. El toque envía una descarga eléctrica directa a mi clítoris, haciéndome jadear, y puedo sentir la humedad extendiéndose por mis bragas.

—Dilo de nuevo. —Su voz baja a ese registro peligroso que hace que mi coño se contraiga.

—Nuestra. Nuestra casa. Nuestra decisión. Nuestra sangre en los pisos.

El motor ruge mientras él acelera, sus dedos apartan mis bragas para encontrarme chorreando. —Estás empapada, principessa. ¿Es por la violencia o por mí?

—Por ambos —admito, abriendo más las piernas mientras él desliza dos dedos dentro de mí—. Siempre es por ambos con nosotros.

Me folla con los dedos mientras maneja, su pulgar rodea mi clítoris hasta que estoy a punto de venirme. Retira la mano y se lleva

los dedos a la boca para saborearme. La imagen me hace gimotear.

—Viniste por mí —digo, con la necesidad de decirlo en voz alta—. Incluso después del cementerio. Después de que me marché.

—Siempre vendré por ti. —Tiene los nudillos blancos sobre el volante—. Esa es la maldición, principessa. Incluso cuando te vayas, incluso cuando elijas a otro, aun así vendré.

—No lo elegí a él. Elegí la libertad de Alice.

Mi estómago se contrae al oír su nombre. —Marco, Alice. Necesitamos saber si está a salvo. Si cumplieron su palabra de dejarla ir.

—Tengo hombres revisando cada estación de tren, cada terminal de autobuses —dice, su voz se suaviza—. La encontraremos. Pero primero, tenemos que entrar. Limpiarnos. Los irlandeses nos estarán buscando.

El recordatorio del peligro inmediato hace que se me erice la piel. Acabamos de matar a dos herederos O'Brien. Habrá consecuencias.

Entramos a su garaje privado, y noto la seguridad adicional: hombres que reconozco del equipo de Marco, con las armas a la vista. Asienten a nuestro paso, sus ojos escudriñan el lugar en busca de amenazas incluso aquí.

Marco da la vuelta para abrir mi puerta, y cuando me pongo de pie, las piernas me tiemblan a partes iguales por la necesidad y el agotamiento.

Me sujeta, me aprieta contra él, y siento su verga dura contra mi vientre a través de sus pantalones. —Estamos en casa —dice contra mi pelo, moliéndose contra mí—. A salvo. Por ahora.

El ascensor sube en silencio, cuarenta pisos de anticipación que se acumula entre nosotros. En el momento en que las puertas se cierran, me dejo caer de rodillas.

—Valentina, qué…

Le abro el cinturón antes de que pueda terminar, su verga salta libre, ya dura y goteando líquido preseminal. Lo tomo profundo en un solo movimiento, tragando toda su longitud mientras golpea el fondo de mi garganta.

—Joder —gime, sus manos se enredan en mi pelo—. Tu boca, principessa. Esa puta boca perfecta.

Lo trabajo con los labios, la lengua y apenas los dientes, saboreando su almizcle. Su verga es gruesa y pesada, estira mis labios, y me encanta su peso sobre mi lengua. Me folla la boca con

embestidas cortas, dejándome controlar la profundidad hasta que el ascensor suena. Piso cuarenta.

Me aparto de él con un chasquido obsceno, limpiándome la boca mientras me pongo de pie. Su verga sobresale, mojada con mi saliva, y la imagen hace que mi coño se apriete con fuerza.

—Adentro —gruñe, guardándose con visible dificultad—. Antes de que mi control se rompa por completo.

El penthouse se siente diferente cuando entramos. No como una prisión o un palacio, sino algo intermedio.

Marco cierra la puerta detrás de nosotros con firmeza, activando el sistema de seguridad. Cuando se da la vuelta, nos enfrentamos por primera vez desde el cementerio.

—Lo mataste sin dudar —dice con algo parecido al asombro—. Le disparaste a quemarropa.

—Nunca iba a ser su víctima. No después de ser tu igual.

Chocamos el uno contra el otro, violentos y desesperados. Su boca reclama la mía, su lengua follando dentro de mi boca como si me estuviera reclamando desde adentro. Mis manos rasgan su camisa, los botones se esparcen por el mármol, necesitando su piel contra la mía.

El vestido se rasga cuando tira de él hacia abajo, adiós a la seda verde y a las pretensiones irlandesas. Su boca encuentra mi pecho, succiona mi pezón con tanta fuerza que me hace gritar, sus dientes rozan la sensible punta.

Gruñe contra mi piel, luego muerde la suave carne de mi pecho, marcándome. —Dime a quién le perteneces.

—A ti. Siempre a ti. Incluso cuando te odiaba. —Jadeo mientras cambia a mi otro pecho, prodigándole la misma atención ruda—. Pero tú también eres mío, Rosetti. Ese es el trato.

Cae de rodillas, me separa las piernas y luego lame una larga franja desde mi rodilla hasta mi coño. —¿Todo esto es para mí?

—Por favor —suplico, más allá del orgullo.

Hunde la cara entre mis piernas, su lengua encuentra mi clítoris de inmediato. Lo succiona entre sus labios mientras desliza tres dedos en mi coño, estirándome, llenándome, haciéndome gritar.

—Así es —gruñe contra mi clítoris—. Déjame oírte.

Me vengo con fuerza, mi coño se aprieta alrededor de sus dedos mientras olas de placer me atraviesan. No se detiene, me trabaja a

través del orgasmo y me lleva directamente a otro que me hace temblar las piernas.

Se pone de pie, me gira para apretarme contra la puerta. Siento la gruesa cabeza de su verga presionando mi entrada.

—Te amo, joder —dice, frotando su verga a través de mi humedad pero sin entrar.

—Yo también, esposo, te amo —gimoteo.

Se estrella contra mí con una embestida brutal, llenándome por completo. El estiramiento quema perfecto, mi coño lucha por acomodar su tamaño en este ángulo.

—Tan jodidamente apretada —gime, retirándose solo para volver a embestir.

Me folla contra la puerta con una fuerza castigadora, cada embestida sacude el marco. Una mano se envuelve en mi pelo, sujetándome en mi sitio, mientras la otra encuentra mi clítoris.

—Nunca más —jadea contra mi cuello—. Nunca más te marcharás.

—Nunca —convengo, y luego grito mientras otro orgasmo me desgarra.

Él me sigue de inmediato, su verga palpita mientras me llena con chorros calientes de semen. Nos derrumbamos en el suelo en un enredo de extremidades y ropa rasgada, su semen ya se escapa de mí sobre el mármol.

Pero no es suficiente. Nunca podrá ser suficiente después de esta noche.

—La ducha —logro decir, y me lleva hasta allí, ambos tropezando con armas esparcidas y tela arruinada.

El agua caliente se desliza sobre nosotros, volviéndose rosada mientras lava la sangre que no es nuestra. Marco me aprieta contra la pared de la ducha, se arrodilla de nuevo, y me doy cuenta de que está lamiendo su propio semen de mi coño, limpiándome con la lengua.

Un gemido se me escapa, mi cuerpo tiembla entre el dolor y el placer, alcanzando ya la siguiente cresta.

Se levanta, guiándome para que me ponga de cara a la pared. —Las palmas contra el cristal. —Su voz no deja lugar a discusión.

Me coloco, abriendo más las piernas mientras él me reclama por detrás. Me llena por completo. Nuestros cuerpos se conectan en una percusión rítmica bajo la cascada de la ducha.

—Te sientes como el cielo —murmura, sus dedos encuentran mi pecho mientras su otra mano desciende, provocándome—. Como si estuvieras hecha para esto. Para mí.

—No te contengas —lo insto, presionando contra él.

Su respuesta es inmediata: implacable y consumidora hasta que las lágrimas de éxtasis nublan mi visión. Cuando el orgasmo me reclama, mi cuerpo se contrae a su alrededor con tanta fuerza que tiene que soportar mi peso mientras la fuerza abandona mis extremidades.

Se retira solo para girarme, levantándome sin esfuerzo. Mis piernas lo rodean mientras nos une una vez más, mi espalda contra el azulejo frío, sus movimientos impulsados por una necesidad cruda.

—No me quites los ojos de encima —exige—. Necesito verte cuando te marque por dentro.

Le sostengo la mirada mientras se mueve dentro de mí, cada embestida envía olas a través de mi cuerpo. Sus labios reclaman mi garganta, prometiendo moretones que contarán nuestra historia mañana.

—Marco —susurro, sintiendo que la tensión crece de nuevo—. No puedo…

—Déjate llevar —ordenan sus palabras—. Ríndete a mí. Solo a mí.

Sus palabras desbloquean algo primario, y me hago añicos a su alrededor. Él lo sigue, mi nombre una oración en sus labios mientras encuentra su liberación en lo profundo de mí.

Horas más tarde, derrumbada en sábanas que apestan a sexo, a sudor y a nosotros, trazo patrones en su pecho. Mi coño está adolorido, bien usado, y me encanta. El reloj de la mesita de noche marca las cinco de la mañana. Llevamos horas en esto.

—Esos papeles del divorcio —digo contra su piel, algo me inquieta —. Creí que eran reales. Necesitaba que fueran reales para salvar a Alice.

—Podrían haberlo sido —admite Marco—. Liam estaba bastante desesperado. Pero aunque fueran legítimos, nunca los acepté. No en mi corazón. No donde importa.

—Necesitaba que fueran reales —repito, mi voz se quiebra ligeramente—. Era la única manera de salvarla. Y ahora… ni siquiera sabemos si está a salvo.

—La encontraremos —promete, sus brazos se aprietan a mi alrededor—. A primera hora cuando salga el sol. Tengo a todos mis contactos buscándola.

Asiento contra su pecho, luego digo en voz alta lo que se ha estado gestando en mí toda la noche: —Quiero algo permanente. Algo que no pueda ser Cuestionado ni deshecho.

—¿A qué te refieres?

—Sin papeles. Sin ceremonias que puedan ser interrumpidas. Sin anillos que puedan quitarse. —Lo miro a los ojos—. Quiero que nos marquen. Que nos tatúen. Algo que no pueda deshacerse con la lluvia, las balas o la duda.

—Tatuajes —dice, entendiendo de inmediato, su verga ya endureciéndose de nuevo ante la idea.

—En nuestros dedos anulares. Donde todos puedan verlo. Donde no podamos ocultarlo.

Me voltea sobre mi espalda, acomodándose entre mis muslos. —¿Quieres ser marcada como mía para siempre? ¿Sin cláusula de escape?

—Quiero ser marcada como tuya mientras tú eres marcado como mío. —Me estiro para acariciar su verga, ya completamente dura de nuevo.

—Tendríamos que esperar —dice, incluso mientras empuja dentro de mí de nuevo, más lento esta vez—. Ahora todo está cerrado. Y necesitamos transporte seguro después de lo que pasó esta noche.

—Mañana entonces —jadeo mientras me llena—. Después de que nos ocupemos de las consecuencias.

Esta vez hacemos el amor. No hay otra palabra para la forma suave en que se mueve dentro de mí, los besos suaves, las promesas susurradas. Cuando nos venimos, es juntos, mi nombre en sus labios, el suyo en los míos.

A medida que el sol se eleva, pintando el dormitorio de dorado, el teléfono de Marco zumba insistentemente en la mesita de noche. Lo revisa, su expresión se ensombrece.

—Alice —dice, y mi corazón se detiene—. Está a salvo. Mis hombres la encontraron en Union Station. Está asustada pero ilesa. La están llevando a una casa de seguridad.

El alivio me inunda con tanta intensidad que empiezo a llorar. Marco me abraza mientras sollozo, el estrés de no saber finalmente

se libera.

—Y tu padre —continúa con cuidado—. Sigue vivo. Sigue en el antiguo apartamento de su amante donde lo dejé. Bajo vigilancia.

—Tenemos que ocuparnos de él —digo, secándome las lágrimas—. Sea lo que sea que eso signifique.

—Mañana —dice Marco—. Hoy —se corrige, viendo el amanecer completo a través de las ventanas—. Pero primero, dormimos. Luego los tatuajes. Luego tu padre.

Trazo patrones en su pecho, pensando en la permanencia que estamos eligiendo. —No habrá divorcio esta vez. Tendrías que cortarte el dedo.

—O tú el tuyo —responde, atrayéndome más cerca.

Su teléfono vuelve a zumbar. Múltiples mensajes en rápida sucesión.

—Déjalo sonar —digo, atrayéndolo hacia abajo para otro beso—. Por unas horas más, deja que el mundo espere.

Silencia el teléfono, su atención vuelve por completo a mí. Mientras el agotamiento finalmente nos vence, pienso en los tatuajes que nos haremos, las marcas que nos unirán cuando todo lo demás haya fallado.

Estamos en casa. Pero el hogar, estoy aprendiendo, es solo otro campo de batalla. Y cuando hayamos dormido, cuando nuestros cuerpos se hayan recuperado lo suficiente para enfrentar lo que venga, iremos a la guerra de nuevo.

Juntos esta vez. Permanentemente. Sin cláusula de escape para ninguno de los dos.

29 - Marco

—Te convertiste en una asesina.

Las palabras de Alice caen como balas bajo el sol de la mañana que entra a raudales por los ventanales de la cafetería de Northwestern. Mi esposa no se inmuta, pero veo que sus nudillos se ponen blancos alrededor de su taza de café, la tinta negra de su anillo tatuado —de hace tres días, aún sensible— resaltando contra su piel.

La acusación pende entre las hermanas como una espada. Permanezco en silencio, dejando que ellas naveguen por este campo minado, pero mi mano descansa en mi muslo, a centímetros de la Glock que llevo bajo la chaqueta. Alice llegó con quince minutos de retraso —una deliberada jugada de poder, haciendo esperar a Valentina hasta que los demás clientes empezaron a rodear nuestra mesa como si fuéramos una fuerza de la naturaleza que no querían perturbar—. Ahora está sentada en la silla más alejada de nosotros, con la espalda recta, viéndose de algún modo mayor. Estos pocos días la han envejecido años.

—Me convertí en una sobreviviente —dice Valentina.

Levanta la barbilla, con la línea de su mandíbula tan afilada que podría cortar vidrio, y me sentiría avergonzado por la forma en que mi cuerpo reacciona si no estuviera tan preocupado por la muy real posibilidad de que alguien reciba un disparo antes de que terminemos nuestros lattes.

La voz de mi esposa es serena, pero sus palabras restallan en el aire entre nosotros, frágiles y nítidas. —Con poder. Con opciones.

La insinuación flota en el aire: *Yo tomé las decisiones que tú no pudiste, y sigo en pie. ¿Qué dice eso de ti?*

Alice no parpadea. Entrelaza las manos recatadamente sobre la mesa, una postura infantil que contrasta con su inocencia destrozada. El parecido entre ellas es inconfundible en este momento: los mismos ojos oscuros; la misma nariz arqueada y los pómulos altos y eslavos; el mismo indicio de algo violento y salvaje

enterrado en el fondo. Vislumbro cómo debieron de verse de niñas, peleando por la última galleta o una muñeca rota, y me doy cuenta con una claridad terrible de que esta conversación estaba escrita en sus huesos mucho antes de que cualquiera de nosotros entrara en esta maldita cafetería.

—Mamá murió tratando de salvarnos de esta vida —recuerda Alice, con una voz tan suave que es casi tierna—. Las palabras se enroscan alrededor de nuestra mesa, veneno en seda. Se inclina hacia adelante y la cuchara de plástico en su taza tiembla, un pequeño estremecimiento de miedo o rabia, o ambos. —Se quemó por nosotras…, literalmente. Lo sabes.

Valentina no cede. —Mamá murió porque creyó que podía ser más lista que los hombres que se pasan la vida construyendo jaulas para mujeres como nosotras —su mirada nunca se aparta del rostro de Alice—. Ella intentó huir. Yo me quedé y luché. Por eso estoy viva.

Dos ancianos en la mesa de al lado discuten sobre estadísticas de béisbol, sus voces subiendo y bajando de fondo como la marea. Una mujer con un cochecito revisa su teléfono, su pulgar deslizándose por la pantalla mientras su bebé le grita al vacío. El mundo sigue girando, ignorante de que el equilibrio de poder en la ciudad podría derrumbarse con una palabra descuidada de cualquiera de las hermanas.

Quiero decirle a Valentina que no tiene por qué hacer esto. Que podríamos marcharnos, desaparecer juntos, empezar de nuevo en algún lugar sin fantasmas; solo que sé que eso es mentira. Los fantasmas siempre te encuentran. Lo sé porque yo soy uno. El hombre que solía ser acecha cada decisión que tomo, cada vez que busco un arma en lugar de una palabra, cada vez que dejo que Valentina tome la iniciativa porque ella es mejor en el derramamiento de sangre de lo que yo jamás fui en ser bueno.

Alice se mueve y su rodilla golpea la mesa. —Crees que eres libre —dice—, pero solo estás en la cima de una jaula diferente —sus ojos se desvían hacia mí y luego vuelven a su hermana—. Se casó con un hombre que podría matarla. ¿Eso es poder?

Valentina sonríe. —Me casé con un hombre que moriría antes de dejar que nadie me tocara —no me mira, no lo necesita—. Ese es todo el poder que necesitaré jamás.

Quiero estirar la mano sobre la mesa, entrelazar mis dedos con los suyos. Pero ella no quiere consuelo, no ahora. Quiere un testigo.

La boca de Alice se tuerce y me pregunto si está a punto de llorar o de lanzarle el café a la cara a Valentina. En lugar de eso, desvía la mirada hacia la ventana, donde una camioneta negra espera en el borde de la acera. —Usted no está a salvo —dice—. Nunca lo estará.

Las palabras me hielan el pecho, porque son ciertas. No solo para Valentina, sino para todos nosotros.

Inclino mi silla hacia atrás, escaneando de nuevo la sala. El barista de antes limpia un mostrador, pero sus ojos no dejan de desviarse hacia nuestra mesa. El universitario del portátil no ha tecleado nada en diez minutos. En el reflejo del cristal, alcanzo a ver el destello de la lente de una cámara. Meto la mano bajo la chaqueta, rozando con los dedos el frío metal de mi Glock, y siento la aprobación de Valentina como una mano cálida en la nuca.

Tommy está apostado en la entrada norte, con dos hombres más en autos sin distintivos. Hasta esta conversación requiere un ejército.

Los ojos de Alice se encuentran con los míos, esos ojos jóvenes de repente antiguos. —Su padre mató a nuestra madre.

—Sí —no tiene sentido negarlo. La culpa se asienta en mi pecho como metralla, afilada y constante—. Y cargaré con ese pecado para siempre.

Tres días desde la capilla. Tres días desde que Valentina mató a Liam con su propia pistola. Tres días desde que nos tatuamos la permanencia en la piel en lugar de llevar anillos que se pueden quitar. Las marcas apenas han sanado y aquí estamos, esperando que la última pieza de su antigua vida emita su juicio.

—¿Pero no nuestro padre? —la voz de Alice se afila como una cuchilla que encuentra su filo—. ¿Sigue vivo?

Las hermanas clavan la mirada la una en la otra, y esta es la verdadera prueba. Todo depende de este momento. Mi teléfono vibra con las últimas noticias de Luca sobre el movimiento de los irlandeses en la zona sur, pero lo ignoro. El sabor metálico a sangre nunca abandona del todo mi boca, mezclándose con el café amargo mientras las observo rodearse mutuamente con palabras.

Ahora Alice se inclina hacia adelante y veo el acero que corre por las venas de las mujeres Bernardi. —Déjalo ir. Está destrozado, derrotado. Déjalo desaparecer.

—No merece piedad —dice Valentina.

—Ninguno de ustedes la merece. Pero aquí estamos —los dedos de Alice tamborilean sobre la mesa, un tic nervioso que

probablemente no sabe que tiene—. Iré a la universidad. Dejaré esta vida. Nunca volveré a Chicago —hace una pausa, dejando que el peso de sus siguientes palabras se acumule—. Pero solo si lo dejas vivir. Esas son mis condiciones.

Valentina me mira. Asiento levemente: su familia, su decisión. Decida lo que decida, la apoyaré. Y a quienquiera que tenga que morir por ello, yo me encargaré. La luz de la mañana se refleja en la tinta negra que rodea su dedo anular mientras busca mi mano. La energía nerviosa irradia de ella, la misma tensión que la hacía aferrarse a su taza de café como a un salvavidas antes de que llegara Alice.

—Está bien —dice tras un largo momento—. Pero lo deja todo. El territorio, el dinero, las conexiones.

—¿Todo pasa a ser tuyo? —pregunta Alice, con una sonrisa amarga en los labios.

—Todo pasa a ser nuestro —corrige Valentina, deslizando sus dedos entre los míos. Los anillos tatuados se alinean. Incluso este simple contacto hace que se me mueva la polla; tres días desde la capilla y mi cuerpo todavía le responde como si estuviera muerto de hambre. Follamos como animales después de la violencia, y hoy ha estado lleno de aristas afiladas.

La verdad que se oculta es más oscura: lo volvería a hacer. Matar a cualquiera, destruir cualquier cosa, por tenerla. Eso es lo que me convierte en el monstruo del que su madre intentó escapar. Pero al mirar a Valentina ahora, viendo el poder que está reclamando, sé que se está convirtiendo en algo igual de peligroso. Mi reina con colmillos.

Ama a su hermana. Y por eso la está dejando ir.

Dos horas después, el centro médico apesta a antiséptico; ningún otro olor sobrevive al desinfectante industrial. Valentina y yo encontramos a Alonzo en una habitación privada, con la mano izquierda fuertemente vendada, el rostro amoratado pero consciente. El pitido de las máquinas marca el tiempo como una cuenta atrás.

—Mis hijas —grazna, con la voz ronca de gritar o llorar, o ambas cosas—. Las he perdido a las dos.

—Nos perdió el día que mamá murió —dice Valentina, sin emoción en su voz.

Me quedo junto a la puerta, comprobando las salidas, vigilando las líneas de visión, buscando amenazas mientras ella se ocupa de lo que tiene que ocuparse. Este es su momento, su cierre. Mi papel es asegurarme de que lo consiga. Y meterle una bala a cualquiera que intente detenerla.

Saca unos papeles de su bolso y los pone sobre la mesita de noche. —Firme esto. Todo se transfiere a mí.

Su mano derecha tiembla al tomar el bolígrafo, la izquierda demasiado dañada para usarla. —Luego desaparece —continúa—. En cuanto salga del hospital. No vuelva nunca a Chicago.

El rasguido del bolígrafo sobre el papel llena el silencio. Cada firma, un clavo más en el ataúd del imperio Bernardi tal como era. Con dedos temblorosos, firma la renuncia a todo: territorio, cuentas, conexiones. Toda una vida de sangre y violencia reducida a tinta sobre papel.

—No quería matarla —suelta Alonzo, con la voz quebrada por el peso de todo lo que ha perdido.

El bolígrafo se le escapa de los dedos y cae sobre la impecable carpeta manila con un suave golpeteo que suena a definitivo. Durante un segundo vertiginoso, el único sonido es el pitido lento y constante del monitor médico. Su pecho sube y baja con movimientos superficiales y frenéticos, el tubo de oxígeno aleteando en sus fosas nasales.

No nos mira cuando lo dice, su mirada fija en la pared blanca frente a su cama de hospital, como si pudiera transportarse a otro universo donde el pasado es reversible. No es el hombre que ordenó una docena de ejecuciones por teléfono, no es el hombre que irrumpió en la casa de los Bernardi con una pistola y una plegaria; ahora mismo es solo un viejo lobo malherido, acorralado y desesperado, atormentado por la única muerte que importó.

Todo el cuerpo de Valentina se tensa, sus manos se cierran en puños a los costados. Ha practicado esta confrontación un millón de veces en su cabeza, ha repasado cada posible permutación de sus últimas palabras, pero nada podría haberla preparado para esto: la repentina y fea vulnerabilidad de un padre demasiado cobarde para

salvar lo único que lo hacía humano. Veo el temblor comenzar en su mandíbula, un leve estremecimiento que recorre su garganta y se asienta en los nudillos de su mano derecha.

Nuestras miradas se cruzan durante un nanosegundo, y veo su cálculo: ¿cuánto de esto es una actuación? ¿Cuánto debería permitirse sentir? Siempre ha dicho que el cierre es un mito, pero una parte de ella todavía lo quiere, todavía anhela el final pulcro y quirúrgico que solo existe en las películas. En cambio, todo lo que obtiene es esto: un hombre destrozado y una confesión sin lugar donde aterrizar.

Sigue hablando, con una voz que es apenas un susurro. —Esa noche… Intenté salvarla. No me quedé ahí parado viéndola arder como dijiste. Pero era demasiado tarde. El accidente… —cierra los ojos con fuerza y las lágrimas trazan surcos en la mugre de sus mejillas—. Fallé. Le fallé a ella. Y a ustedes.

Quiero acercarme y romperle cada costilla que le queda. Pero Valentina se queda ahí, comoarraigada al suelo, y escucha. Ella es la que merece enfurecerse, gritar, lanzar una silla por la ventana y dejar que la seguridad nos saque a rastras. Pero, en cambio, su expresión se congela e inhala una vez, profundamente, como si estuviera aspirando el dolor con una pajita y aplastándolo en sus pulmones.

Intenta alcanzarla con su mano buena, pero la vía intravenosa lo retiene. —La amaba, Val. Tal vez nunca me creas, pero lo hacía.

Se derrumba, sollozando abiertamente, del tipo de llanto que suena como si le estuviera desgarrando la garganta en jirones. Casi me doy la vuelta, pero los ojos de Valentina están fijos, sin parpadear, bebiendo la agonía de su padre como si fuera la única justicia que obtendrá.

Se arrodilla a los pies de la cama, no lo suficientemente cerca como para tocarlo, pero sí lo suficiente para que él sepa que está escuchando.

—Se equivoca —dice ella, con la voz ronca pero firme—. No solo le falló a ella. Nos falló a Alice y a mí también.

Él intenta protestar, pero ella lo interrumpe con un gesto brusco. —No. Usted escuche. Toda nuestra vida, nos enseñó que la supervivencia es un acto de guerra. Que el amor es una debilidad. Cada vez que nos hizo elegir entre usted y ella, se aseguró de que nunca lo olvidáramos —la risa amarga que sigue es casi un sollozo—. Bueno, felicidades, papá. Lo recordamos.

Él se estremece, asimilando la realidad de sus palabras. Por primera vez, noto lo demacrado que se ha vuelto su rostro, la carne colgando suelta de sus huesos. Ahora es una reliquia, una advertencia de una era moribunda.

Valentina se levanta y se alisa la falda, el movimiento preciso, casi ceremonial. Me mira, sus ojos brillan con lágrimas no derramadas, y me doy cuenta de que nunca se ha visto más viva. No está aquí por perdón o reconciliación. Está aquí para enterrar el pasado, y a sí misma, y resurgir de la tumba.

—Todos le fallamos —dice en voz baja—. Pero Alice y yo sobrevivimos.

Recoge los papeles, ahora documentos legales que la convierten en la jefa de lo que queda de la organización Bernardi. El cambio de poder es tangible, eléctrico. Mi esposa se acaba de volver aún más peligrosa, y mi polla responde a ese conocimiento con un interés inapropiado.

—¿Dónde está Alice? —susurra Alonzo, más para sí mismo que para nosotros.

—Se fue —dice Valentina mientras se da la vuelta para irse—. Nunca volverá a vernos a ninguna de las dos.

Cuando llegamos a la puerta, Alonzo grita con una fuerza sorprendente: —¡Los Rosetti también los destruirán a ustedes! ¡Igual que destruyen todo lo que tocan!

Me vuelvo lentamente, mi mano encuentra la de Valentina. —No. Destruiremos a cualquiera que nos amenace.

La risa del viejo es amarga. —¿Crees que el amor conquista las deudas de sangre? ¿Crees que porque ella abre las piernas para ti, el pasado desaparece?

Las palabras apenas han salido de su boca cuando ya he cruzado la habitación, con la mano en su garganta. —Será mejor que la próxima palabra que salga de su boca sea «adiós», o le cortaré la lengua y haré que se la coma. Mi esposa se siente misericordiosa. Yo no.

Pero la mano de Valentina en mi brazo me detiene. —Déjalo. Es un hombre pequeño. No le des una gran muerte.

Alonzo se encoge en sus almohadas, comprendiendo finalmente lo que ha creado. No una víctima ni un peón, sino algo mucho más peligroso: una mujer sin nada que perder y todo por ganar.

Lo dejamos allí con sus vendas y su amargo miedo. El ascensor desciende en silencio, pero siento la energía que irradia de Valentina. Está procesando lo que acaba de pasar, lo que significa.

—Huirá —digo cuando llegamos al vestíbulo.

—Bien. Que pase el resto de su vida mirando por encima del hombro —su voz tiene un filo que todavía estoy aprendiendo a reconocer—. Que se pregunte cada día si hoy es el día en que cambiamos de opinión.

Salimos al sol de media mañana y ella se detiene, inclinando el rostro hacia el calor. Bajo esta luz, parece lo que se está convirtiendo: peligrosa y hermosa a partes iguales. La misma mujer que esperaba ansiosa en la cafetería ahora se yergue como si fuera la dueña de la ciudad.

30 - Valentina

Tres semanas. Es todo lo que hizo falta para pasar de follar para ahuyentar los recuerdos del cementerio a estar sentada en la noche de juegos de la familia Rosetti como si este fuera mi lugar. Como si no llevara marcando las distribuciones de territorio en mis muslos, donde se desvanecen los moretones de Marco, reemplazando el dolor con poder.

—¿Así es una noche de juegos en familia? —le pregunto a Marco, observando a Dante hacer señas con cuidadosos insultos sobre la estrategia de defensa de Luca, tratando de seguir lo que dice. Tendré que aprender. Sus movimientos son más lentos, más deliberados que antes de la lesión, pero aún demasiado rápidos para que yo los pueda interpretar.

Faith se sienta al lado de Luca, conspirando en voz baja con él cuando cree que nadie los observa. Él le agarra la mano con dedos de hierro, como si no tuviera intención de soltarla jamás.

Sofía amenaza con voltear todo el tablero de Risk si Alex no deja de tararear canciones de victoria. El sabor metálico de la anticipación me cubre la lengua, el mismo sabor que siento antes de la violencia, antes del sexo, antes de cualquier cosa que importe.

Tres semanas desde que le disparé a Liam O'Brien en su propia iglesia, y el recuerdo todavía me excita. Dios, ¿en qué me ha convertido Marco? O más bien, ¿en qué estaba destinada a convertirme?

—Esto es tranquilo —dice Marco, calculando su próximo movimiento con la misma concentración que usa para la guerra de verdad. Lleva las mangas arremangadas y noto una mancha de sangre seca que se le pasó en el puño. La sangre de alguien. Alguien que probablemente no estuvo de acuerdo con nuestra expansión territorial—. El mes pasado, Sofía apuñaló a Luca con un hotel del Monopoly.

—Se lo merecía —dice Sofía sin levantar la vista de su conquista sistemática de Sudamérica—. Estaba haciendo trampa.

—Todo el mundo hace trampa —replica Luca, lanzando los dados con una precisión sospechosa—. Es una práctica para la vida real.

Ana me pasa una copa de vino, cuyo intenso color burdeos atrapa la luz. Ella se sirve un vaso de agua, sosteniendo a su bebé dormida en brazos. A la niña la llamaron Antonia, en honor al padre de Dante. Con solo cuatro semanas de nacida, es diminuta y frágil, con pequeños rizos negros pegados a la cara. El aroma a talco y leche de bebé flota en el aire alrededor de Antonia, un olor reconfortante que evoca abrazos cálidos y besos suaves, pero que de alguna manera no parece fuera de lugar.

—¿No te molesta el olor de este vino tinto, Faith? —pregunta Ana —. Yo no lo soportaba cuando estaba embarazada.

Faith sonríe.—Estoy en el segundo trimestre. Ya nada me molesta.

—Espera un par de meses —murmura Ana—. Te sentirás como una ballena varada.

—No puedo esperar —dice Luca, con un brillo en sus ojos azul pálido, y me alegro de que estén fijos en su esposa y no en mí.

La mano de Marco roza la mía, pero no dice nada. Solo se vuelve hacia el tablero donde Dante está destruyendo metódicamente su campaña europea. Pero bajo la mesa, su otra mano encuentra mi muslo, sus dedos trazando los moretones que me dejó esta mañana cuando me folló contra la pared de la ducha.

—Valentina, dile a mi estúpido hermano que no vale la pena defender Australia —gesticula Dante, con los movimientos todavía rígidos por el daño nervioso. Cada gesto requiere un esfuerzo visible. Los médicos dijeron que podría recuperar más funciones con tiempo y terapia, pero por ahora, sus manos funcionan lo suficiente para comunicarse, un milagro considerando lo grave que parecía el daño. Ana traduce para mi beneficio.

—Australia es una fortaleza —argumenta Luca—. Dos puntos de acceso, fácil de defender.

—Es una jaula —digo, sorprendiéndome a mí misma al hablar. Mi voz tiene más autoridad ahora, la voz de alguien que ha probado la sangre y le ha gustado—. Dos tropas por turno no valen el aislamiento.

La habitación se queda en silencio por un momento, todos mirándome. Me han invitado oficialmente a la noche de juegos en familia desde el incidente de la iglesia, una aceptación familiar total,

pero normalmente solo observo, aprendiendo sus dinámicas, notando las debilidades incluso en las personas a las que estoy empezando a amar.

—Habla de estrategia —dice Alex con falsa sorpresa—. Nuestra reina tiene opiniones.

—Nuestra reina ha estado dirigiendo las distribuciones de territorio desde la semana pasada —dice Marco, con un claro orgullo en su voz. Su mano se aprieta en mi muslo, y tengo que morderme el labio para no sonreír—. Simplemente no lo ha estado anunciando.

El juego continúa con una eficiencia brutal. Sin piedad, ni siquiera en el juego. Alguien menciona a «los soldados de los que nos encargamos ayer» y todos levantan sus copas en un brindis casual por la violencia necesaria. La normalidad de esto no me perturba. En cambio, aprieto los muslos, sintiendo lo mojada que estoy. Esta es mi normalidad ahora: muerte y deseo enredados hasta que no puedo distinguirlos.

Sofía se apodera de África con una eficiencia despiadada, con la misma sonrisa dulce que probablemente puso cuando mató a su primer objetivo. Alex hace alianzas que rompe tres turnos después. Luca juega de forma caótica y neutral, atacando a quien parezca estar ganando, a menos que resulte ser Faith.

Y Marco está perdiendo Europa.

Sus territorios del norte caen uno por uno ante el asalto sistemático de Dante. Su hermano no se regodea, el esfuerzo de gesticular requiere demasiada concentración ahora, pero la satisfacción en sus ojos lo dice todo. La mandíbula de Marco se tensa con cada territorio perdido, el mismo gesto que hace durante las derrotas tácticas reales. La misma mandíbula que recorrí con la lengua esta mañana, saboreando la sal de su piel.

—Tu Mediterráneo está expuesto —observa Faith, moviendo piezas hacia los territorios del sur de Marco.

—Lo sé —dice Marco, pero puedo ver la frustración que se acumula en él.

—La ruta del norte está demasiado expuesta —digo finalmente, incapaz de seguir viéndolo perder.

Todos se quedan en silencio. Hasta los dados dejan de rodar.

—¿Qué sugerirías? —pregunta Marco, y no hay condescendencia en su voz, solo genuina curiosidad.

Me inclino sobre el tablero, estudiando las piezas como si fueran ejércitos reales, territorios reales. Como si fueran los soldados irlandeses que vi a Marco masacrar para llegar a mí. —Sacrifica Gran Bretaña.

—Eso es una locura —dice Luca de inmediato—. Gran Bretaña vale…

—Gran Bretaña está aislada. —Trazo la ruta con mi dedo—. Mira, estás malgastando recursos tratando de mantenerla mientras Dante destroza tus territorios continentales. Déjala ir. Toma el sur de Europa a través de África en su lugar.

—África es de Sofía —señala Marco, su pulgar dibujando círculos en la piel de mi muslo.

—Por ahora. —Miro a Sofía a los ojos, luchando por mantener mi voz firme—. Pero se ha extendido demasiado tratando de mantener tanto África como Sudamérica. No puede defender ambas.

Los ojos de Sofía se entrecierran, pero hay algo más ahí. ¿Aprobación? —¿Sugieres que venga por mí?

—Sugiero que deje de jugar a no perder y empiece a jugar a ganar. —Me vuelvo hacia Marco—. Gran Bretaña es orgullo. El Mediterráneo es poder. Controla el centro del tablero y controlarás el juego.

—Eso es brillante —gesticula Dante lentamente, el esfuerzo visible en sus cuidadosos movimientos. Incluso yo puedo entender eso—. Es jodidamente brillante.

—Muéstrame —dice Marco, empujando sus piezas hacia mí.

La estrategia funciona.

Seis turnos. Es todo lo que necesita Marco para dominar el tablero una vez que le muestro el camino. Gran Bretaña cae ante Alex, que malgasta recursos tratando de mantenerla. Sofía divide sus fuerzas tratando de defender dos continentes. Y Marco se desliza por los huecos que identifiqué, reclamando territorio tras territorio.

—Jesús —murmura Alex mientras su última pieza cae—. Es mejor en esto que tú.

—Es mejor en todo que yo —dice Marco, y me sienta en su regazo. Froto mi trasero contra él ligeramente, sintiendo cómo se contrae—. Cuéntales sobre las distribuciones de territorio.

—Las posesiones de los Bernardi serán absorbidas —digo, mi voz más áspera ahora—. Cada almacén, cada ruta, cada contacto. La

situación de los irlandeses es un caos. Podemos empezar a reclamar su territorio en menos de una semana.

—Ella diseñó todo el plan —añade Marco, con el brazo apretado alrededor de mi cintura—. En una semana. Usando un Jenofonte anotado como material de referencia. Sus notas al margen sobre la fricción en la guerra eran más perspicaces que las mías.

—Dejaste mejores notas en Séneca —replico, incapaz de contenerme—. Sobre que el poder es percepción.

Los ojos de Luca se agudizan con interés. —¿Ustedes dos se pasan notas como si fueran niños de escuela?

Faith ríe entre dientes.

—Como estrategas —corrige Marco, su pulgar acariciando mi cintura—. Las mejores conversaciones ocurren entre líneas.

Sofía se ríe de verdad con eso. —Cristo, ambos son unos nerds. Unos nerds violentos y aterradores.

Alex suelta una carcajada. —Dime que no le propusiste matrimonio en el margen de un libro.

Marco se encorva, y puedo notar que considera eso una oportunidad perdida. Le froto el brazo para animarlo.

Sofía levanta su copa con una sonrisa afilada. —En la próxima reunión familiar, Valentina dirige la estrategia.

Hay un desafío en su voz, probando si buscaré el poder o me someteré a Marco. La antigua Valentina habría mirado a su marido en busca de permiso. La mujer que le disparó a Liam O'Brien sonríe y dice: —Ya lo hago.

Ana levanta su vaso de agua formalmente. —Por la nueva reina de Chicago.

El brindis resuena por toda la habitación. Incluso Dante levanta su agua, gesticulando «Reina» con dolorosa deliberación usando sus manos dañadas. La aceptación es completa, pero tuvo un precio. Sangre en el suelo de la iglesia, cuerpos en el lago Michigan, mi relación con Alice fracturada, aunque no rota. Esto es lo que pagué por mi corona.

Pienso en Alice, probablemente ya en un tren, dirigiéndose al oeste con el dinero que le dimos. Libre. Lo único bueno que salió de toda esta sangre.

Más tarde, Marco y yo estamos en el balcón con vistas a nuestra ciudad. Chicago se extiende bajo nosotros, las luces parpadeando

como territorios conquistados. Marco me rodea por detrás, y siento su polla dura contra mi espalda, siempre lista, siempre deseosa.

Miro la ciudad que ahora es nuestra. Cada luz representa un territorio que controlamos, vidas que afectamos, poder que ejercemos. El aroma a escarcha y flores sube de los jardines a nuestros pies.

—Mi madre intentó escapar de este mundo —digo, saboreando la sangre donde me he mordido la lengua—. Murió con las manos de mi padre metafóricamente alrededor de su garganta.

La mano de Marco se mueve hacia mi garganta, apretando suavemente, y gimo. —¿Y tú?

—Yo voy a gobernarlo en su lugar —digo, rozándome contra su erección—. Estoy eligiendo poner tus manos literalmente sobre las mías, suplicarte por la violencia de la que ella huyó.

Sus dedos se aprietan en mi garganta, y gimo solo por eso, por su posesión, por la promesa de violencia.

—Esa es mi reina —gruñe contra mi cuello, y luego sus dientes se hunden en la piel sensible donde mi pulso se acelera—. Mañana empezamos a tomar los territorios irlandeses.

Se me corta la respiración. —¿Qué vas a hacer? —Pero ya lo sé. Puedo sentirlo en la forma en que su polla presiona insistentemente contra mi trasero, en la oscuridad que irradia de él.

—Voy a hacer que se arrodillen ante ti. —Su otra mano se desliza hacia abajo, levantando mi vestido, sus dedos encontrando mis bragas empapadas—. Cada uno que se resista. De rodillas ante su nueva reina.

—Marco…

—Luego —continúa, su voz bajando a ese registro peligroso que me hace mojarme—, voy a follarte en su territorio. Reclamarlo todo. —Sus dedos apartan mis bragas, deslizándose por mi humedad—. Para que todos sepan exactamente quién gobierna Chicago ahora. Para que entiendan que no eres solo mi esposa. Eres su reina, y yo soy el rey que matará a cualquiera que lo olvide.

La imagen que pinta, yo inclinada sobre algo en un almacén, la polla de Marco enterrada dentro de mí mientras reclamamos un nuevo territorio, hace que el calor recorra todo mi cuerpo.

—Estás enfermo —susurro, pero ya me lo estoy imaginando, ya estoy desesperada por ello.

—Ambos lo estamos. —Me gira de repente, presionándome contra la barandilla del balcón, las luces de la ciudad borrosas abajo.

Su boca se estrella contra la mía, y saboreo el vino tinto. Mañana. Mañana empezaremos a reclamar lo que es nuestro, y él me follará en territorio conquistado, y me encantará cada segundo porque en esto me he convertido. En una reina que se moja al pensar en expandir nuestro oscuro reino.

Mi madre estaría horrorizada.

No puedo esperar.

31 - Epílogo: Alessandro

La noche de juegos de los Rosetti terminó, el vino se acabó y la ciudad se ve tan bien que dan ganas de follársela.

Así es Chicago: sucia de día, dorada de noche.

Todavía estoy medio entonado de ver a Marco y su nueva reina jugar Risk como si fueran los preliminares. Él finge no saber que yo contaba cada moretón que ella le dejaba. El tipo está prácticamente salvaje ahora. Bien por él. Mantiene a la familia interesante.

Mientras todos brindan por su conquista de Europa, Marco desliza una carpeta hacia mí. Sin preámbulos, sin advertencias. Solo una sonrisa delgada que dice: «es tu turno».

Hago una pausa antes de tomar la carpeta. Dentro: un contrato. Papel grueso, el escudo de los Hewson grabado tan profundo que se marca del otro lado. El motivo de hierro y sangre continúa en el contenido, que está escrito tanto en jerga legal como en ese viejo dialecto siciliano reservado para bodas o funerales.

La cláusula catorce llama mi atención.

En circunstancias excepcionales, la identidad de la novia podrá ser sustituida por acuerdo de ambas familias.

Suelto un silbido bajo. —¿Carajo, qué específico. ¿Esperan que se evapore antes de los votos?

Marco levanta la vista. Si no lo conoces, no es nada. Si lo conoces, es suficiente para congelar un vaso de bourbon a diez pasos.

—Los Hewson son una situación delicada —dice, con la voz tan plana como una moneda sobre un riel—. Necesitamos que esto funcione. No te vas a casar con ella por afecto, Alex. Te casas por el titular. Los Hewson necesitan estabilidad y nosotros necesitamos su acceso.

—Ah, el romance —murmuro—. Nada dice «felices para siempre» como el chantaje mutuo.

Me lanza *la* mirada, la que significa «cállate y sé útil».

—¿Viene con política de devolución? ¿Garantía de reembolso si no sonríe lo suficiente? ¿O si usa los zapatos equivocados en un

baile?

Me dirige una mirada que podría cortar el vidrio. —No la cagues.

—Por favor. Yo solo jodo las cosas que vale la pena romper.

Hojeo el contrato, buscando dónde está el truco. Hay una foto sujeta con un clip: una toma espontánea de una chica en un café, con el rostro casi oculto tras un libro. Su cabello es oscuro, con un corte recto y corto, y sus manos son tan delgadas que se pueden ver dónde los huesos presionan la piel, como si intentara desaparecer incluso sentada en público. El nombre está escrito debajo en pulcras letras de imprenta: FRANCES HEWSON.

—Linda —digo, inclinando la foto hacia Marco—. Pero no sabía que me estabas emparejando con un fantasma de biblioteca.

Un tic en la comisura de sus labios: su versión de una risa genuina. —Es la única foto que pudimos conseguir. Ha estado fuera del radar durante años. Educada en casa, protegida. Los Hewson son paranoicos, y con razón. Pero Frances es hija única, y su padre hará cualquier cosa para mantenerla fuera del alcance de sus enemigos.

—Entonces, ¿dices que sus pasatiempos incluyen esconderse de asesinos y..., qué, observar pájaros detrás de un vidrio a prueba de balas? —Golpeteo la mesa, dejando que la carpeta caiga con un ruido sordo—. ¿Cuál es el verdadero ángulo? Y no digas «honor familiar» o voy a vomitar sobre tus zapatos.

Marco se inclina hacia adelante, juntando las yemas de sus dedos. —Los Hewson tienen la mitad de los derechos de patente de la nueva batería de litio. En el momento en que esa tecnología se haga pública, todos los sindicatos de la ciudad vendrán arrastrándose por un pedazo. Si somos dueños de la alianza, dejamos fuera al resto. Tú obtienes una esposa a la que puedes ignorar, y la familia obtiene un asiento en la mesa del futuro.

Hay una leve conmoción al otro lado de la habitación: alguien vuelca una copa de vino y el líquido rojo se extiende como una herida de bala sobre el mantel blanco. Miro la mancha, luego el contrato, y de alguna manera se siente extrañamente apropiado.

—¿Y si ella dice que no? —pregunto, no porque me importe, sino porque me gusta imaginar que todavía existe un mundo donde el consentimiento es una variable.

—No lo hará —dice Marco, simplemente—. Su padre lo controla todo y ella ha sido entrenada para esto desde que nació. Si hay un problema, nos encargamos.

Pienso en lo que «encargarse» significa en nuestro mundo. Significa que desaparece, o peor, que no lo hace.

Cierro la carpeta y se la devuelvo empujándola con dos dedos. —¿Nunca te cansas de jugar a ser Dios con la vida de la gente?

No responde. Solo me mira como si yo fuera lento para aprender, y supongo que lo soy. Sigo esperando que el próximo trabajo sea diferente, que la violencia y la política se transformen de alguna manera en algo parecido a la normalidad. Pero así son los Moretti. No hacemos lo normal. Hacemos lo eficiente, lo despiadado y, a veces, cuando nos da la gana, lo poético.

Me levanto, me estiro y tomo otra botella del aparador. La ciudad brilla afuera; miles de ventanas como los ojos de animales, observando, esperando.

Levanto mi copa. —Por la futura señora Moretti, dondequiera que se esté escondiendo. Que tenga el buen juicio de correr lejos y rápido.

Marco choca su copa con la mía. —Que tenga el buen juicio de correr directo hacia nosotros.

Bebemos. El vino es tinto y pesado.

Me acomodo el contrato bajo el brazo y me dirijo a la puerta, pero Marco me detiene con una sola palabra:

—Firma.

Lo hago. Mi firma se enrosca en la página como humo, uniendo a nuestras familias más fuerte de lo que la sangre jamás podría. El matrimonio como diplomacia. El matrimonio como chaleco antibalas. La clásica estrategia Rosetti.

Me digo a mí mismo que no importa quién sea la novia. Podrían enviar un maniquí con un vestido de diseñador y aun así la haría sonreír para las cámaras. Eso es lo que hago: suavizar las asperezas, verter champán sobre la podredumbre.

De todos modos, la monogamia no está en mi vocabulario. No cuando la lealtad es solo otra actuación.

—La fecha está fijada para dentro de tres semanas —dice Marco —. Que sea sencillo. Que sea limpio.

—Limpio —repito, mirando el contrato de nuevo—. Claro. Nada más limpio que la cláusula catorce.

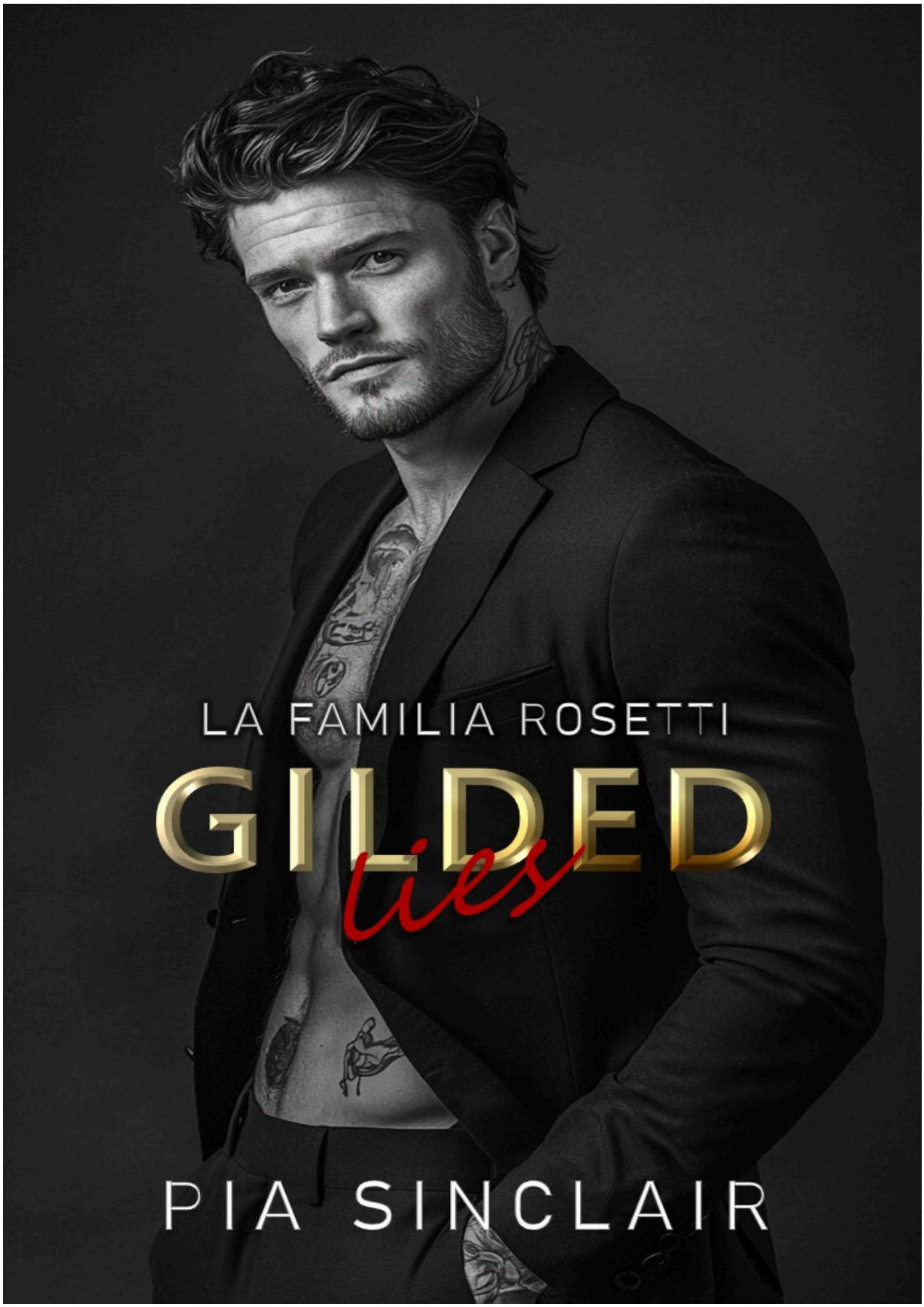
Salgo al balcón; el aire nocturno es denso por la niebla del lago. Me apoyo en la baranda, con la ciudad extendida debajo de mí como un cuerpo dispuesto. En algún lugar, mi futura esposa espera, o se esconde, o no existe en absoluto.

De cualquier manera, ahora es mía. Para aparentar, por estrategia, por el tiempo que dure la paz.

Aun así, levanto la copa que traje del bar y brindo hacia el horizonte.

—Por la paz —digo en voz baja—. Y por quienquiera que resulte ser.

El viento corta el aire en el balcón, trayendo el perfume de la ciudad. Mi reflejo tiembla en la ventana, multiplicado cien veces en oro y negro. Cada versión de mí sonriendo. Cada una un poco más vacía que la anterior.


LA FAMILIA ROSETTI
GILDED
lies
PIA SINCLAIR

1 - Emma

La mancha de vino no sale del mármol.

Llevo veinte minutos restregando, sabiendo que si sigue ahí cuando la señora Hewson regrese, perderé algo más que este trabajo. Las rodillas me arden contra el frío suelo y cada pasada del paño es una plegaria. *Por favor, que no se fije en mí, por favor, déjame desaparecer.*

El abrillantador de limón me pica en los dedos despellejados, pero sigo restregando. A mi alrededor, la cocina todavía apesta a la celebración de anoche; el champán y el caviar se mezclan con el olor ácido de mis productos de limpieza.

La voz de la señora Hewson atraviesa mi invisibilidad como un rayo quebrando un cristal.

—¡Frances ha desaparecido! —grita por el teléfono, en algún lugar por encima de mí. Sus Louboutin se acercan con cada palabra—. ¡La boda es mañana, mañana, y esa pequeña zorra desagradecida se ha esfumado!

Mis manos tiemblan mientras trabajo en la mancha, tratando de hacerme más pequeña, menos visible. Los otros sirvientes huyeron en el momento en que estalló su furia, pero yo estoy atrapada por este obstinado recuerdo de la fiesta en la que los Hewson celebraron el inminente matrimonio de su hija.

Un matrimonio con Alessandro Rosetti. Hasta pensar en su nombre hace que se me encoja el estómago. Los sirvientes susurran sobre él cuando creen que nadie los escucha. Cómo devora a las mujeres como si fueran champán caro: saboreadas, consumidas, desechadas. Cómo su sonrisa puede hacerte olvidar que es peligroso hasta que lo ves pasar de la seducción a la violencia sin cambiar de expresión. Dicen que le propuso matrimonio a su última amante con un collar de diamantes en una mano y una pistola en la otra, solo para ver cuál elegiría. Cómo el último hombre que insultó a su cita fue encontrado en pedazos a lo largo del río Chicago, pero no sin que

antes Alessandro terminara su postre y le preguntara a la mujer si prefería la ópera o el ballet para su próxima salida.

—Alessandro Rosetti espera una novia —sisea la señora Hewson, con sus tacones cada vez más cerca. El sonido resuena en el mármol como balas—. ¿Entiende lo que esa familia le hace a la gente que rompe los acuerdos? Él no es solo un mafioso peligroso. Es algo peor. Mañana llega esperando a Frances, y si no hay boda…

No termina la amenaza. El silencio dice suficiente.

Estudio cada temblor de su voz, cada grieta en su compostura. La señora Hewson, que gobierna esta mansión con puño de hierro, está aterrorizada. Y eso me da algo que no he tenido en dos años: información. Sea lo que sea Alessandro Rosetti, es lo suficientemente poderoso como para asustarla incluso a ella.

—¿Qué es esto?

Antes de que pueda reaccionar, me arrebata el sobre del bolsillo de mi delantal. La carta de Tommy. Llevo tres días con ella, releyéndola una y otra vez, cada palabra hundiéndose más en mi corazón. La letra apretada de mi hermano describe las amenazas crecientes de los guardias de la prisión, su desesperada necesidad del dinero de protección que no tengo.

La lee lentamente y su expresión cambia de irritación a algo más agudo, calculador. Luego me mira. Me mira de verdad por primera vez en los dos años que llevo restregando sus suelos.

—Levántese —ordena.

Obedezco. Mis piernas tiemblan por algo más que las horas de rodillas. Achina los ojos mientras me rodea como un comprador que examina la mercancía. Sus uñas cuidadas se clavan en mi barbilla, obligándome a girar la cara hacia la luz.

—Dios mío —suelta un suspiro entrecortado—. El parecido con Frances es… es exacto. La misma altura, la misma complexión, incluso la forma en que inclinas la cabeza.

Puedo ver los engranajes girando tras sus ojos, la desesperación convirtiéndose en oportunidad. Está más aterrorizada que yo, y eso es lo que más me asusta.

—Por favor, eso es privado —le digo mientras intento tomar la carta de Tommy, pero ella la aparta con una sonrisa tan afilada como los diamantes de su garganta.

—Su hermano Tommy —dice en voz baja, peligrosa—. Una situación muy precaria en esa prisión en particular. Los guardias de

allí pueden ser tan… impredecibles —hace una pausa, observando cómo se me va el color de la cara—. Una palabra mía, y podrían convertirse en sus protectores en lugar de sus verdugos. O…

La alternativa pende entre nosotras como una cuchilla. Pienso en Tommy señalando las constelaciones desde nuestra escalera de incendios cuando éramos niños, inventando historias sobre héroes y monstruos en las estrellas. Ahora estoy a punto de convertirme en ambas cosas.

—¿Qué es lo que quiere? —mi voz sale más firme de lo que me siento.

—Venga conmigo.

El vestido de novia es de seda pura, blanca como la nieve recién caída contra mis manos ásperas por el trabajo. La tela susurra contra mi piel mientras la señora Hewson me obliga a ponérmelo. Sus manos son eficientes y frías mientras lo ajusta. Cada toque me transforma. El peso de la pedrería me endereza la espalda, el corsé me ciñe la cintura hasta convertirla en algo elegante en lugar de meramente delgada.

En el espejo, no veo a Emma, la sirvienta. Veo a alguien peligroso. Alguien que podría pertenecer al mundo de Alessandro Rosetti, aunque todo sea una ilusión.

—Perfecto —suspira la señora Hewson—. Podrías ser Frances. Serás Frances.

—¿Qué? No.

—¿No? —su voz es aguda.

—Todos se darán cuenta —tartamudeo, bajando la cabeza.

Las uñas de la señora Hewson tamborilean contra sus pantalones de sastre. —Frances no ha estado en casa en años —dice mientras me inclina la cabeza a izquierda y derecha, y me retira el pelo de la cara —. Sí, servirá perfectamente.

Mi boca se abre y se cierra un par de veces antes de que las palabras salgan. —No puedo.

La mujer ha tomado una decisión. —Puede y lo hará. Y yo me aseguraré de que Tommy esté bien cuidado.

—Pero… Esto es una locura. ¿Cuánto tiempo tendría que fingir?

Me rodea en un círculo completo, todavía inspeccionando la mercancía. —Deje los detalles en mis manos —responde finalmente, lo que no es nada tranquilizador.

La mujer que me devuelve la mirada desde el espejo de cuerpo entero se ha puesto tan blanca como su vestido. —¿Y si se da cuenta de que no soy Frances?

Su silencio se alarga, cargado de implicaciones. —Si Alessandro Rosetti descubre que le ha estado mintiendo, ni siquiera Dios podrá ayudarla —dice finalmente, ajustando la cola del vestido.

Una oscura emoción me recorre junto con el miedo. He limpiado estos suelos durante dos años, invisible como el polvo. Mañana, podría caminar por estos mismos pasillos como Frances Hewson, y todos los que me ignoraban harán una reverencia. La idea me provoca un escalofrío que me atraviesa el pecho. El poder, aunque sea prestado, aunque sea peligroso, sabe más dulce de lo que imaginaba.

—Este es mi trato —continúa, bajando la voz hasta casi un susurro—. Mañana, fingirá ser mi hija. Caminará por ese pasillo, se casará con Alessandro Rosetti, interpretará el papel durante la ceremonia y después. A cambio, Tommy vive. Hago una llamada y los guardias se convierten en sus protectores.

—Esto no puede funcionar. Alguien se dará cuenta.

—Nadie ha visto a Frances en años. Ha estado en un internado en Suiza, uno de esos lugares que protegen la privacidad mejor que Fort Knox —su sonrisa podría cortar el cristal—. Si se niega, Tommy morirá esta noche. Tengo contactos en esa prisión. Un motín, un conveniente accidente, y su hermano desaparecerá. Elija rápido. La boda es en quince horas.

Quince horas. Sin preparación, sin entender la vida de Frances, caminando a ciegas hacia un matrimonio con el hombre más peligroso de Chicago. Ni siquiera he conocido a Frances Hewson. El corazón me late con tanta fuerza que estoy segura de que puede verlo a través de la seda.

—Los sirvientes reconocerán…

—Los sirvientes ven lo que yo les digo que vean. La sacaremos rápidamente por la mañana. Y después de mañana, de todos modos no estará aquí. Los Rosetti tienen su propia casa.

Me desata el vestido y me lo quita, mirándome fijamente mientras me vuelvo a poner mi uniforme de sirvienta. —Tiene treinta minutos —declara, despidiéndome con un gesto. Estoy tan harta de que me despache gente que se cree mejor que yo.

Salgo sigilosamente de la habitación y me dirijo a la planta de arriba. La azotea siempre ha sido mi santuario, el único lugar en la mansión Hewson donde puedo respirar. Esta noche, la ciudad se extiende abajo como diamantes esparcidos sobre terciopelo negro, hermosa y fría. Abro el libro de astronomía de mi abuela, con sus páginas suaves por el tiempo y los recuerdos, y trazo los mapas de las constelaciones mientras mi mente corre a toda velocidad.

Orión observa desde arriba, constante e indiferente, mientras tomo mi decisión. El aire nocturno trae el olor de una tormenta que se acerca, mezclado con el perfume de gases y ambición de la ciudad. En algún lugar de esa oscuridad resplandeciente, Alessandro Rosetti se prepara para reclamar a su novia. La idea me provoca escalofríos.

Por la libertad de Tommy, haría cualquier cosa. Me convertiría en Frances Hewson, me casaría con un desconocido, desaparecería en la vida que me esperara como esposa de un mafioso. La alternativa, mi hermano muerto, su sangre en mis manos, es impensable.

Mis dedos encuentran mi cofia de sirvienta y me la quito lentamente, dejando que mi pelo caiga libre. Es de un castaño corriente, nada especial, pero mañana lo peinarán profesionales, transformado como todo lo demás en mí. Mañana, Emma Pitt desaparecerá.

Miro a las estrellas por última vez, memorizando sus posiciones, preguntándome si volveré a verlas de la misma manera. Mi abuela solía decir que las estrellas nunca mienten, que nos muestran quiénes somos en realidad. Esta noche, me muestran a una chica a punto de arriesgarlo todo en un engaño que podría destruirla.

El estudio de la señora Hewson huele a cuero y flores frescas. Apenas levanta la vista cuando entro, como si supiera que vendría.

—Lo haré —digo, y cada palabra se siente como un paso al vacío —. Acepto su trato. Pero quiero garantías. Tommy obtendrá total libertad después de la boda. Después de que cumpla su condena. Nueva identidad, historial limpio, dinero para desaparecer de forma segura.

—Por supuesto —ya está sacando documentos, preparativos que claramente había hecho incluso antes de preguntarme. Su presunción debería enfurecerme, pero estoy demasiado entumecida para que me importe—. Una vez que la ceremonia esté completa, una vez que sea legalmente la señora de Alessandro Rosetti, moveré mis

hilos para que su hermano sea liberado lo antes posible, y con todo lo que necesite.

Me acerco a su escritorio, notando el temblor de sus manos mientras escribe. —¿Cómo lo convenzo? A Alessandro, quiero decir. ¿Cómo engaño a alguien como él?

Su risa es baja y amarga. —Querida, los hombres como Alessandro ven lo que esperan ver. Sea hermosa, sea silenciosa, hable solo cuando le hablen, y él no mirará más allá. Ese hombre es un vividor, y preferirá una esposa que se mantenga al margen.

Hace una pausa, estudiándome con esos ojos calculadores. —Aunque me pregunto qué hará cuando descubra la verdad. La última persona que intentó engañar a Alessandro Rosetti… Esos hombres no perdonan la traición. Pero, por otro lado, usted será su esposa. Eso conlleva sus propias… protecciones. Y peligros.

Mañana me casaré con Alessandro Rosetti. Mañana me convertiré en propiedad de la familia más peligrosa de Chicago. Llevaré su anillo, tomaré su nombre, le perteneceré en todas las formas que la ley reconoce.

Una llama se enciende en mi pecho, oscura y desconocida. He pasado dos años invisible, restregando suelos mientras los ricos me pisoteaban. Mañana, seré la señora de Alessandro Rosetti, y todos los que me ignoraron tendrán que mirarme a los ojos.

Mañana, perteneceré a un Rosetti.

Y que Dios me ayude, parte de mí quiere saber exactamente qué significa eso.

2 - Alessandro

Marco cree que este matrimonio me hará sentar cabeza.

Como si un anillo pudiera impedir que Alessandro Rosetti sea exactamente quien es. Interpretaré el papel de esposo en público, pero mi naturaleza no cambia solo porque dije «sí, acepto». Aunque debo admitir que la ironía de follarme a otras mujeres mientras estoy casado con una mujer que no toco le atrae a mi sentido del humor.

Mi novia tiembla como un pájaro atrapado, y me encuentro inesperadamente fascinado por el aleteo de su pulso bajo su piel de porcelana.

Está de pie ante mí en la capilla, ahogándose en seda blanca y el velo de encaje de mi madre. La luz de la mañana que entra por los vitrales la pinta en tonos dorados y carmesí, pero es la forma en que agarra su ramo —con los nudillos blancos y los tallos aplastándose bajo la presión— lo que capta mi atención. Tres salidas de la capilla. Dos guardias en cada una. Las ha recorrido todas con la mirada. Pajarito listo.

—Amados hermanos —comienza el padre Molina, su voz resonando en las paredes de mármol que han presenciado tres generaciones de uniones Rosetti. La mayoría de ellas más felices de lo que será esta.

Frances Hewson no se parece en nada a su fotografía. La chica de esa foto espontánea parecía insignificante, olvidable. Esta mujer que vibra con un pánico apenas contenido es algo completamente distinto. Su cabello oscuro está recogido en un elegante moño que deja al descubierto la grácil línea de su cuello, donde puedo ver su pulso martilleando contra su piel translúcida.

He coleccionado cosas hermosas toda mi vida. Mujeres, autos, arte... los he tenido todos. La supermodelo que dejó a su esposo multimillonario por una noche conmigo. La hija del senador que todavía envía cartas rogando por otra oportunidad. Pero ninguna de

ellas vibraba con tantos secretos como esta aterrorizada novia que se acerca a mi altar.

Los Moretti enviaron representantes. Los irlandeses también están aquí, llenando las bancas traseras como lobos en una subasta de ovejas. Todos observando esta alianza, midiendo nuestra nueva debilidad o fortaleza. Que miren. Verán exactamente lo que quiero que vean.

Estudio su perfil mientras el sacerdote recita monótonamente la apertura ceremonial. Pómulos altos, mandíbula delicada, labios que tiemblan a pesar de su visible esfuerzo por aquietarlos. Bastante bonita, aunque eso apenas importa. Lo que importa es la alianza, las patentes, el poder que su nombre aporta a nuestra familia.

Pero esas manos…

Cuando cambia el ramo de posición, me fijo bien en ellas. Suaves, sí, pero no mimadas. Hay un leve callo en su pulgar derecho, el fantasma de viejas ampollas en la palma de su mano. Extraño para una chica que pasó años en internados suizos para señoritas.

Marco está de pie como mi testigo, su presencia un recordatorio silencioso de lo que significa esta unión. Detrás de nosotros, mi familia llena las primeras tres filas. Los ojos oscuros de Dante lo siguen todo a pesar de su silencio, la rubia perfección de Sofia enmascara cualquier cálculo que pase por su mente, Nico en posición de firmes como el soldado que siempre será.

La capilla huele a incienso y cera de velas, a madera vieja y promesas aún más antiguas. Su vestido de seda susurra con cada temblor que la recorre, una sinfonía susurrada de miedo. He visto suficiente terror como para ser inmune. Pero el suyo sabe diferente, de alguna manera; más agudo.

—Los anillos, por favor —entona el padre Molina.

Extiende su mano izquierda, y ahí está de nuevo, ese temblor que recorre todo su cuerpo. Le agarro la muñeca, aparentemente para estabilizarla, pero en realidad para sentir el latido acelerado de su pulso contra mis dedos.

—Con este anillo —comienzo, deslizando la brillante esmeralda nueva en su dedo, lenta, deliberadamente—, la reclamo como mi esposa.

Los votos tradicionales dicen «te tomo a ti», pero los Rosetti siempre hemos preferido la precisión.

—¿Usted, Frances Hewson, toma a Alessandro Rosetti como su legítimo esposo?

Abre la boca, y por un instante suspendido, veo el pánico puro destellar en su rostro. Sus labios forman el comienzo de un sonido diferente antes de que se contenga con un esfuerzo visible.

—Yo… Frances… —Se detiene, traga saliva con dificultad, lo intenta de nuevo—. Yo, Frances Hewson…

La vacilación se alarga demasiado. Cada persona en esta capilla lo nota, aunque la mayoría lo atribuirá a nervios virginales. Pero he negociado demasiados tratos, he interrogado a demasiados mentirosos, como para no reconocer que algo anda mal cuando está temblando frente a mí en un vestido de diseñador blanco.

—Tómese su tiempo, princesa —murmuro, lo suficientemente bajo para que solo ella pueda oírme, mientras mi pulgar acaricia su muñeca. Un consuelo para cualquier observador, pero ambos sabemos que es una advertencia—. Tenemos todo el día.

Sus ojos se clavan en los míos, abiertos de par en par con una emoción que no logro identificar del todo. Terror, ciertamente, pero también algo más. Lo que sea que los Hewson no me hayan contado sobre su hija, está escrito en la forma en que se estremece al oír su propio nombre.

—Yo, Frances Hewson —logra decir finalmente, con una voz más fina que un hilo de seda—, tomo a Alessandro Rosetti como mi legítimo esposo.

Las palabras salen mecánicas, ensayadas. No es lo que esperaba. Los años fuera en el internado la han cambiado más de lo que sugería su foto. Una transacción de negocios. Pero la forma en que ya carga secretos hace que quiera abrirla como si fuera una caja fuerte.

Al menos es más bonita de lo que esperaba. La foto la hacía parecer una bibliotecaria. Esta versión… bueno, he roto compromisos por prospectos menos atractivos. Quizá no necesite visitar mis lugares habituales con la frecuencia que había planeado.

—Puede besar a la novia —anuncia el sacerdote, y todo su cuerpo se pone rígido.

Interesante. La mayoría de las novias fingen entusiasmo en esta parte, interpretando el romance para el público. Esta parece que se está preparando para una ejecución. Hora de darle algo real que temer.

Le ahueco el rostro con ambas manos, inclinándolo hacia el mío. Su piel está febril contra mis palmas, y puedo sentir el fino temblor que la recorre. Mi colonia hace que sus fosas nasales se ensanchen ligeramente.

—Mía —susurro contra sus labios, tan bajo que solo ella puede oírlo—. Y si huye, la encontraré. Los Rosetti siempre cobran lo que les pertenece.

Entonces reclamo su boca con la mía.

Se supone que el beso es ceremonial, una rápida presión de labios para sellar el contrato. Pero en el momento en que la pruebo, algo cambia. Sabe a miedo y a vainilla, a secretos y a una rendición renuente. Sus labios son suaves, dóciles bajo los míos, pero puedo sentir la tensión vibrando a través de su cuerpo como un cable de alta tensión.

Profundizo el beso, y una de mis manos se desliza para enredarse en su cabello cuidadosamente peinado. Varias horquillas caen al suelo de mármol con pequeños sonidos metálicos. Ella emite un pequeño ruido, de protesta o rendición, no puedo decirlo, y sus manos suben para agarrarse a mi chaqueta como si se estuviera ahogando.

Por un segundo de locura, quiero ser su balsa salvavidas en lugar de su ancla.

Mi lengua traza la comisura de sus labios, y ella los separa con un suspiro estremecido. Su cuerpo se amolda contra el mío a pesar de su miedo, sus suaves curvas presionando a través de la seda. Mi polla se agita con un interés que no esperaba de lo que debería ser un acuerdo de negocios. El beso se convierte entonces en algo más, algo que no tiene nada que ver con la ceremonia y todo que ver con establecer mi posesión frente a las familias más peligrosas de Chicago.

Su labial sabe a fresas, el sudor de su miedo se mezcla con el perfume caro con el que los Hewson deben de haberla bañado. Cada testigo en esta capilla me está viendo marcar mi territorio, viendo exactamente qué tipo de posesión representa este matrimonio.

Cuando finalmente me aparto, sus labios están hinchados, su labial cuidadosamente aplicado, corrido. Me mira con ojos que se han oscurecido con algo que ya no es exactamente miedo.

—Damas y caballeros —anuncia el padre Molina, claramente ansioso por terminar con nosotros—, les presento al señor y la señora

Alessandro Rosetti.

Las palabras la golpean con fuerza. Cualesquiera que sean los misterios que rodean a Frances Hewson, ahora me pertenece frente a todos los testigos que importan. El conocimiento se asienta en mi pecho, cálido y satisfactorio.

Mi mano encuentra la parte baja de su espalda mientras nos giramos para mirar a nuestros invitados. —Sonría, esposa —murmuro contra su oído—. Ahora está bajo la protección de los Rosetti. Eso significa que es intocable. Excepto por mí.

Consigue esbozar algo que podría pasar por felicidad si no se mira muy de cerca. Pero yo estoy mirando muy de cerca, y lo que veo es a una mujer que se mantiene entera por pura fuerza de voluntad.

La fila para saludar se forma rápidamente. Mi familia sabe cómo moverse en una ceremonia con eficiencia. La mantengo presionada contra mi costado, impidiendo su escape mientras mantengo la imagen de afecto de recién casados.

—Marco —digo mientras mi hermano se acerca—, te presento a mi esposa.

Las palabras saben extrañas pero no desagradables. Mi esposa. Mía.

Marco la besa en ambas mejillas, y noto cómo se congela antes de recordar responder. —Bienvenida a la familia, Frances —dice él, aunque sus ojos se encuentran con los míos con preguntas no formuladas.

—Por favor, llámeme… —empieza ella, y luego se detiene, tragándose lo que sea que iba a decir—. Gracias.

Uno por uno, presentan sus respetos. Dante asiente en silencio, su garganta llena de cicatrices oculta por su cuello alto. Sofia lanza besos al aire con una perfecta calidez femenina que no llega a sus ojos azules. Nico me da un apretón de manos de soldado.

Durante todo el proceso, noto sus reacciones. Su terror está ahí, pero hay inteligencia debajo, un cálculo mezclado con desesperación.

La señora Hewson se acerca, nerviosa y ligeramente sin aliento. —¡Cariño! —exclama, acercándose a Frances con algo que parece casi desesperación.

Mi novia se pone rígida ante el abrazo de su madre, y ninguna de las dos parece muy segura de cómo interactuar. Como actrices que han olvidado su coreografía.

—Nuestra carroza nos espera, princesa —anuncio, interrumpiendo esta incómoda actuación—. Intente no convertirse en calabaza antes de la medianoche.

El desafío que brilla en sus ojos arde inesperado y suave. Por un segundo, veo acero bajo la seda.

—Creí que preferiría una esposa sumisa —dice, tan bajo que solo yo puedo oírla.

—Oh, sí la prefiero —respondo, guiándola hacia la entrada privada de la capilla—. Pero usted no es sumisa, ¿verdad? Es algo completamente diferente. Y voy a disfrutar descubriendo qué es.

Las puertas de la capilla se cierran detrás del último de nuestros invitados, dejándonos solos en el vestíbulo. Ella se desploma ligeramente antes de recomponerse, y me encuentro extrañamente complacido de que siga luchando.

—Parece que va a desmayarse, esposa. ¿Debería cargarla para cruzar el umbral, o preferiría caminar hacia su perdición con dignidad?

—Puedo caminar —dice, levantando de nuevo esa barbilla de una manera que me da ganas de morderla.

—Bien. —Introduzco el código para la entrada privada—. La suite nupcial nos espera, y tenemos mucho de qué hablar.

—¿Qué clase de conversación?

Dejo de caminar y la giro para que me mire de frente. —La clase en la que nos conocemos. Después de todo, ha estado tanto tiempo fuera en ese internado suizo que siento que estoy conociendo a una extraña.

El color se drena de su rostro, pero me sostiene la mirada. —Soy una Hewson. ¿No es eso suficiente?

—Ni de lejos. —Le aparto un mechón de pelo de la cara, notando cómo lucha por no retroceder—. Pero no se preocupe. Tengo toda la noche para descubrir todo sobre usted. Prometo hacerla… memorable.

La puerta de la suite nupcial se cierne ante nosotros. Cama tamaño *king* cubierta de seda marfil, champán enfriándose en plata, rosas por todas partes porque alguien pensó que esta era una noche de bodas de verdad. La ironía no se me escapa. Esto es una noche de bodas, solo que no del tipo que nadie imaginaba.

—Después de usted, señora Rosetti. —Le hago un gesto para que entre con una falsa galantería.

Entra con piernas temblorosas, cada paso medido como si caminara hacia su ejecución. La seda blanca de su vestido capta la luz de las ventanas de la suite, haciéndola parecer etérea, intocable. Pero ahora es muy tocable. Legalmente mía para hacer con ella lo que me plazca.

La sigo adentro, y la cerradura se activa con un clic que hace que todo su cuerpo se ponga rígido. El sonido resuena en el silencio entre nosotros, tan definitivo como el cierre de un ataúd. Ella sabe lo que significa. Sin escapatoria. Sin interrupciones. Solo nosotros dos y las verdades que pueda extraer de esa boca temblorosa.

—Dese la vuelta, esposa. —Mi voz baja a un tono más oscuro que la promesa que hice en el altar. La máscara juguetona que uso para el mundo se desliza, revelando algo más hambriento debajo—. Déjeme ver lo que los Hewson me enviaron en realidad.

Se gira lentamente, con las manos apretadas en sus faldas. La luz de la tarde que entra por las ventanas la ilumina a contraluz, volviendo la seda blanca translúcida. Puedo ver el contorno de su cuerpo debajo. La curva de su cintura, la sombra entre sus pechos donde el corsé los junta. Mi polla se endurece al verlo, al saber que es mía para desenvolverla como un regalo que nunca pedí pero que de repente deseo con todas mis ganas.

—Cada. —Doy un paso más, lo suficientemente cerca como para que tenga que inclinar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual—. Maldito. —Otro paso, y ahora puedo olerla. Esa mezcla de perfume caro y sudor de miedo que es más embriagadora de lo que tiene derecho a ser—. Centímetro.

3 - Emma

—Hasta. El. Último. Centímetro.

Las palabras penden entre nosotros como una cuchilla y no puedo respirar. Alessandro me rodea lentamente, como un depredador que saborea el momento antes de la estocada final.

—No se preocupe, princesa. He desenvuelto suficientes regalos como para saber cómo hacerlo sin romper el papel. A menos, claro, que lo prefiera rudo. A algunas de mis favoritas les gusta así.

La seda blanca de mi vestido de novia (el vestido de Frances) se siente como papel de seda bajo su mirada, sin ofrecer protección alguna contra esos ojos verdes que ven demasiado.

—El cierre —dice, con una voz oscura como la del diablo—. Bájelo.

Me tiemblan las manos mientras las llevo a la espalda, forcejeando con el delicado cierre. La Sra. Hewson lo había mandado a coser específicamente para que fuera difícil, para que se necesitara ayuda para quitarlo. «Una protección para la virginidad», había dicho con esa sonrisa mordaz. Pero no hay nada de protector en la forma en que Alessandro me observa luchar, su paciencia más aterradora de lo que sería su ira.

—No alcanzo…

—Entonces, pídalo amablemente. —Se acomoda en el sillón de cuero de la suite como un rey en su trono, y un vaso de cristal con whisky aparece en su mano, tomado del carrito de bar—. Pídale ayuda a su esposo.

La palabra «esposo» me quema los oídos. Este hombre cree que soy Frances Hewson. Cree que está casado con una princesa, no con la sirvienta. Si supiera la verdad…

—Por favor —susurro, odiando lo débil que suena mi voz—. Ayúdeme.

—Venga aquí.

Cada paso hacia él se siente como caminar sobre arenas movedizas. La alfombra es mullida bajo mis zapatos de seda; zapatos que cuestan más de lo que ganaba en tres meses. Cuando estoy lo

suficientemente cerca, deja su vaso y me gira con una sorprendente delicadeza; sus dedos encuentran el cierre con una facilidad experta.

—Cuénteme sobre Suiza —dice con indiferencia, mientras me guía por la suite—. Los Hewson mencionaron que estuvo en una de esas escuelas exclusivas.

Mi pulso se acelera. Me obligo a asentir, manteniendo mi respuesta vaga. —Fue… tranquilo —logro decir.

—Tranquilo. —Repite la palabra lentamente, probándola—. Me imagino que lo sería, escondida del mundo —reflexiona, con su aliento cálido contra mi cuello mientras baja el cierre diente por diente—. Debieron de cambiarla considerablemente. Sus manos, por ejemplo.

Me quedo helada. —¿Mis manos?

—Callos, Frances. Leves, pero ahí están. —El cierre se detiene en la parte baja de mi espalda, y el aire fresco besa la piel recién expuesta—. ¿Qué le enseñaban exactamente en Suiza? ¿Trabajo manual?

—Yo… tenis. Mucho tenis. —La mentira sale estrangulada.

—Tenis. —Su dedo traza mi columna vertebral, haciéndome estremecer—. ¿Y esta cicatriz de aquí, justo debajo del omóplato? ¿También por el tenis?

La cicatriz de cuando me caí cargando una bandeja de cristal y me corté con los fragmentos mientras la Sra. Hewson gritaba por el gasto. No puedo decirle eso.

—Un accidente de esquí —consigo decir.

—Tantos accidentes. —Me gira para que lo enfrente de nuevo y el vestido, ahora suelto, amenaza con caerse. Solo mis manos, aferradas al corpiño, me mantienen cubierta—. Tantos pequeños misterios.

Sus ojos son del color de las sombras del bosque, oscuros y peligrosos. Tan cerca, puedo oler su colonia. Es hermoso de la misma forma que un arma es hermosa, todo bordes afilados y propósito letal.

—Quíteselo.

—Yo…

—Eso no fue una petición, esposa.

La última palabra es deliberada, cargada de posesión. Mis opciones son inexistentes. Si corro, me atrapará. Si me niego, lo hará él mismo. De cualquier manera, esto termina conmigo expuesta en todos los sentidos.

Dejo caer el vestido.

Se amontona a mis pies en un susurro de seda. Me paro ante él en la lencería blanca que la Sra. Hewson seleccionó: un encaje virginal que no hace nada por ocultar cómo mi cuerpo tiembla. Su mirada recorre lentamente cada centímetro de piel expuesta, como si estuviera memorizando el mapa de un territorio conquistado.

—Dese la vuelta.

Obedezco, mordiéndome el labio con la fuerza suficiente para sentir el sabor del cobre. Detrás de mí, oigo el tintineo del hielo en su vaso mientras toma otro sorbo.

—La finca Hewson —dice de manera conversacional, como si yo no estuviera casi desnuda frente a él—. Toda una fortaleza. Su madre la dirige como una operación militar.

La sangre se me hiela. ¿Qué más notó durante las negociaciones?

—Qué curioso —continúa, y lo oigo ponerse de pie, lo siento acercarse—. Parecía tan diferente en su fotografía. Insignificante, la llamó su padre una vez. Fácil de olvidar.

Sus manos se posan en mis hombros, cálidas contra mi piel helada.

—¿Usted no es nada fácil de olvidar, o sí?

—La gente cambia. —Las palabras salen demasiado rápido, demasiado desesperadas.

—¿En tres años? —Sus pulgares acarician mis clavículas y lucho por no inclinarme hacia su contacto. ¿Cuándo fue la última vez que alguien me tocó con algo que no fuera violencia o desdén?—. Dígame, Frances. ¿Qué pasó en Suiza que la transformó tan completamente?

—Crecí…

—Los mentirosos —me interrumpe, girándome para que lo enfrente—, siempre dan demasiadas explicaciones. Inténtelo de nuevo.

Sus manos enmarcan mi rostro, obligándome a sostenerle la mirada. Hay algo casi gentil en su tacto, en total contraste con el peligro que irradia cada línea de su cuerpo.

—Soy su esposa —digo, recurriendo a la única verdad que puedo decir.

—Mi esposa —repite, sus pulgares acariciando mis pómulos—. Sí, lo es. Lo que significa que está bajo mi protección. —Su voz baja a apenas un susurro—. Así que dígame, ¿a qué le tiene tanto miedo? ¿Qué la tiene temblando como un conejo en una trampa?

La ironía me haría reír si no estuviera tan aterrorizada. Él es a lo que le temo. Él y lo que hará cuando descubra que su esposa es un fraude, que la alianza que cree haber asegurado está construida sobre cimientos de mentiras.

—A usted —admito, porque es bastante cierto—. Le tengo miedo a usted.

Algo cambia en su expresión. —Chica lista. —Suelta mi rostro y retrocede para servirse otro whisky—. El miedo lo mantiene a uno con vida en nuestro mundo. ¿Pero los secretos? Los secretos hacen que lo maten.

No vuelve a tocarme, solo se queda allí de pie, bebiendo su trago mientras yo tiemblo en mi lencería. El silencio se prolonga, tenso como la cuerda de un arco.

—Métase a la cama —dice finalmente.

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo. —¿Va a...?

—¿Violarla? —Suena casi divertido—. No, princesa. Cuando la joda, y la joderé, usted me lo estará suplicando. Esta noche, va a quedarse acostada ahí y pensar en lo que pasará cuando descubra lo que esconde. Porque lo descubriré. Siempre lo hago.

Me meto en la enorme cama con las piernas temblorosas, subiendo las sábanas de seda hasta la barbilla. Alessandro atenúa las luces, pero no se desnuda; simplemente se acomoda de nuevo en su sillón con su whisky, observándome en la oscuridad.

—Que duerma bien, Sra. Rosetti —dice, y hay algo casi burlón en el título.

Cierro los ojos, pero es imposible dormir con él allí, un depredador paciente que espera a que me quiebre. Cada respiración parece demasiado ruidosa en el silencio, cada movimiento de las sábanas una traición a mi estado de vigilia.

El rostro de Tommy flota detrás de mis párpados: mi hermano, pudriéndose en la cárcel mientras yo juego a vestirme de seda y diamantes. Esto es por él, me recuerdo. Cada mentira, cada momento de terror, todo es por él.

Pero Tommy no puede protegerme de Alessandro Rosetti.

4 - Emma

La puerta del dormitorio no se puede cerrar con llave desde adentro.

Lo descubro después de despertar sola y probar de inmediato la pesada manija de latón tres veces, mis dedos buscando un mecanismo que no existe. La revelación se me asienta en el estómago como agua helada. Hermosa o no, sigue siendo una prisión.

Esta mañana, sola por primera vez mientras Alessandro se ocupa de sus asuntos, por fin puedo respirar. Todavía llevo la lencería de encaje blanco de la boda; mi vestido de novia y el traje y la camisa de Alessandro están arrugados en el suelo. Difícilmente puedo volver a ponerme el vestido, así que me pongo la camisa de botones de la boda de él, que me cubre hasta medio muslo, y luego busco rutas de escape.

Pero cada prueba revela la misma verdad: no hay ninguna.

La suite a la que Alessandro me trajo se extiende por lo que debe ser la mitad de un piso de la mansión. Todo reluce con la riqueza que yo solía pulir para otros: suelos de mármol que reflejan la luz de la tarde, cortinas de seda de un borgoña intenso. La cama domina la habitación, enorme y cubierta con una tela tan suave que se siente como un pecado contra mi piel.

Pero el lujo no significa nada cuando estás atrapada. Por Tommy, me recuerdo. Estoy haciendo esto por Tommy.

La pregunta que más me atormenta no es si Alessandro descubrirá mi engaño. Es dónde se ha ido la verdadera Frances Hewson. La señora Hewson dijo que «desapareció», pero la gente no desaparece sin más; no las herederas ricas con fideicomisos y contactos. O Frances está muerta, o está en algún lugar, viviendo la vida que eligió por encima de esta jaula de oro.

¿Y si está viva, qué pasará cuando decida que quiere recuperar su nombre?

Luego me dirijo a las ventanas, siete de ellas que se extienden del suelo al techo a lo largo de la pared este. Mis dedos encuentran los pestillos, unas piezas doradas y ornamentadas que parecen funcionales. No se mueven. Lo intento con más fuerza, poniendo todo mi peso en ello. Nada. El cristal es grueso, demasiado grueso, y cuando presiono la palma de la mano contra él, siento la sutil fuerza que delata un refuerzo. A prueba de balas, probablemente. Definitivamente selladas.

Afuera, Chicago se extiende bajo mis pies, lo suficientemente cerca como para ver a la gente caminar por las calles, lo suficientemente lejos como para que nunca me oyeran gritar. Los guardias patrullan los terrenos de abajo, sus patrones son precisos y se superponen. No hay puntos ciegos. No hay huecos en la cobertura. Cada salida está vigilada por hombres que parecen capaces de disparar primero y no molestarse nunca en hacer preguntas.

La señora Hewson prometió llamar para hablar de Tommy después de la noche de bodas. ¿Lo ha hecho? ¿Está él a salvo? No tengo forma de saberlo, ni de preguntar sin revelarlo todo. El peso del anillo en mi dedo, de cinco quilates, arrastra mi mano hacia abajo con cada movimiento.

Mi siguiente objetivo es el teléfono de la mesita de noche. Elegante, de color crema con detalles dorados, pero cuando levanto el auricular, el silencio me recibe. Intento combinaciones diferentes: 9 para una línea exterior, 0 para una operadora. Nada. Una pequeña pantalla digital parpadea: «Introduzca el código de autorización».

A través de la puerta, oigo voces masculinas graves que discuten algo en italiano. Palabras que no entiendo pero cuyo tono reconozco: negocios, de los que se hacen en las sombras. Un recordatorio de que la riqueza de mi marido proviene de la sangre.

Cada puerta que pruebo cuenta la misma historia. El baño, que está provisto de un desmaquillante a medio usar que él ciertamente no utiliza, solo conecta con el dormitorio. El clóset, lleno de ropa de mujer de varias tallas, no tiene otras salidas. Incluso la puerta de la terraza, que se abre con bastante facilidad, da a un balcón con muros demasiado altos para ver por encima y una caída de doce metros al otro lado.

Pero sí obtengo una pequeña victoria. Detrás de lo que parece un panel decorativo cerca del baño, mis dedos encuentran una unión. El panel se abre hacia adentro con bisagras silenciosas, revelando un

estrecho pasillo de servicio que huele a abrillantador de limón y a limpiador industrial, aromas que me oprimen el pecho con su familiaridad. El pasadizo se extiende en la oscuridad, pero una corriente de aire más cálido sugiere que conduce a algún lugar abierto, tal vez al techo o a un piso superior destinado al acceso del personal. Memorizo la ubicación del panel, cómo se siente el pestillo oculto bajo mis dedos, antes de cerrarlo con cuidado y volver a la puerta de la terraza justo cuando oigo que se acercan unos pasos.

Todavía estoy de pie junto a la puerta de la terraza, midiendo la imposibilidad de bajar, cuando oigo que la puerta principal se abre a mis espaldas. Mi espalda se endereza instintivamente, y siento el sabor metálico del miedo en la lengua.

—¿Admiras la vista?

La voz de Alessandro se desliza por la habitación como el whisky, suave y embriagadora.

Me giro lentamente, sin querer parecer sorprendida a pesar de que el corazón me martillea en las costillas. Él está de pie en el umbral, con el traje impecable a pesar de lo avanzado de la hora, observándome con esos ojos verdes que parecen ver a través de mi engaño. Su mirada recorre mi cuerpo, fijándose en mis piernas expuestas antes de añadir: —Aunque debo decir que la vista desde aquí es mucho mejor.

—Es hermoso —digo, lo que no es una mentira. La suite es preciosa. Una jaula de oro sigue siendo de oro, después de todo.

—La mandé a rediseñar cuando supe que venías. —Entra en la habitación, cerrando la puerta tras de sí con un suave clic que resuena—. El clóset está provisto de todo lo que necesitarás. Versace envió toda su colección de primavera cuando se enteraron de que Alessandro Rosetti había tomado una esposa.

NoVİa. No esposa. La distinción se siente importante de alguna manera, como si siguiera siendo solo una adquisición en lugar de una persona. Me doy cuenta de cómo la tela de su camisa se estira sobre sus hombros mientras se acerca, y me odio por darme cuenta.

Me alcanza en tres zancadas y me obligo a no retroceder. Correr demuestra miedo, y el miedo es una debilidad en su mundo. Cuando su mano se posa en la parte baja de mi espalda, con los dedos extendidos de forma posesiva, el calor de su palma me quema a través de la blusa de seda que llevo puesta, una de las muchas prendas caras que aparecieron en «mi» clóset.

Me muestra el resto como un rey que exhibe su castillo. El baño con su bañera de mármol hundida. El vestidor con espejos en tres lados y una iluminación que haría llorar de envidia a una actriz. Todo grita lujo, privilegio, una riqueza inconmensurable. Una riqueza construida sobre la violencia.

—¿Dónde va a dormir usted? —pregunto cuando volvemos al dormitorio, intentando mantener la voz neutra mientras mi mente corre a toda velocidad. Anoche durmió a mi lado, completamente vestido, pero espero que tenga su propia habitación a la que retirarse la mayoría de las noches.

Su mano se aprieta casi imperceptiblemente en mi espalda. —¿Dónde voy a dormir? —Me gira para que lo enfrente, y algo peligroso parpadea en sus ojos—. La última persona que intentó establecer dormitorios separados de mí terminó arrepintiéndose profundamente. Pero tú eres mi esposa, así que seré… paciente. —La amenaza pende entre nosotros como una cuchilla—. Tú duermes en mi cama, Frances.

El nombre falso en sus labios me hace estremecer por dentro. Cada vez que lo dice, espero que me llame mentirosa, que exponga esta farsa.

—Pensé que tal vez… Necesito tiempo para adaptarme.

—No.

Una sola palabra, pronunciada con el tipo de finalidad que mueve montañas. O las rompe.

—Estamos casados, Frances. —Ahí está de nuevo, ese nombre que no es el mío, saliendo de su boca como si lo estuviera probando—. Tú duermes a mi lado. Despiertas a mi lado. Existes a mi lado. Eso es lo que hacen las esposas.

La mano en mi espalda presiona con más fuerza, atrayéndome hacia él hasta que puedo oler su colonia: toques florales y algo más oscuro, masculino, que hace que mi cuerpo traicionero responda a pesar de mi terror. Tan cerca, puedo ver la tenue cicatriz a través de su ceja izquierda, la forma en que sus ojos sostienen los míos sin parpadear, estableciendo su dominio con solo una mirada.

—Por favor —susurro, odiando cómo mi voz flaquea. *Por Tommy*, me recuerdo. Puedo soportar cualquier cosa por Tommy.

—Tienes el resto de tu vida para adaptarte. —Su mano libre sube para ahuecar mi mandíbula, el pulgar rozando mi pómulo con una ternura fingida—. Pero lo harás en mi cama, *cara mia*.

El cariñoso apelativo en italiano contrasta con el acero de su agarre, y el calor se acumula en la parte baja de mi vientre contra mi voluntad. ¿Cuándo me convertí en alguien cuyo cuerpo la traicionaría de esta manera?

En la mesa del comedor cabrían veinte personas, pero esta noche está puesta para dos.

Alessandro me retira la silla con modales perfectos, como si estuviéramos en una cita en lugar de… lo que sea que es esto. El personal trae un plato tras otro: una sopa que huele a romero, una ensalada con ingredientes que no puedo identificar, algo que parece una obra de arte en un plato. El estómago se me contrae de hambre, pero no toco nada.

Me imagino la cara de Tommy y me obligo a permanecer en silencio, a mantener esta única y pequeña rebelión.

—Tienes que comer. —Su voz no denota preocupación, solo es una observación.

—No podría.

—¿No podrías? —Toma un sorbo de su vino, estudiándome por encima del borde de la copa—. ¿O no quieres?

—¿Importa?

Algo parpadea en sus ojos: sorpresa, tal vez, o interés. —La cocinera preparó esto especialmente para ti. Se decepcionará.

—Entonces tendrá que decepcionarse.

Deja su copa deliberadamente. —Déjennos solos —le dice al personal que está merodeando.

Desaparecen como el humo, bien entrenados en el arte de ser invisibles. Ahora estamos solos, solo nosotros, la luz de las velas y suficiente comida para alimentar a un pequeño ejército que me niego a tocar. La seda de mi ropa susurra contra la silla de cuero mientras me muevo, hiperconsciente de cada sonido.

—Cree que me está castigando al rechazar la comida —observa él, cortando su propia cena con movimientos precisos—. Pero solo se está lastimando a sí misma.

—Es mi decisión.

—¿Lo es? —Le da otro bocado, saboreándolo lentamente—. ¿Cuánto tiempo crees que puedes aguantar? ¿Otra hora? ¿Dos? Tarde o temprano, tu cuerpo se impondrá a tu orgullo.

Tiene razón, y ambos lo sabemos. Ya siento calambres en el estómago, vacío desde el desayuno de la boda de ayer que apenas toqué. Pero levanto la barbilla y le sostengo la mirada, pensando en Tommy en su celda, en las amenazas de la Sra. Hewson, en lo mucho que tengo que perder si no interpreto este papel a la perfección.

—Más de lo que cree.

Su sonrisa es lenta y peligrosa. —Ya veremos.

Pasa una hora. Él atiende llamadas de negocios en italiano, su voz fluye con palabras que no entiendo mientras sus ojos no se apartan de mí. El idioma suena como una combinación de música y amenaza, con retazos sobre envíos y disputas territoriales flotando en mi entendimiento.

Otra hora. Manda traer el postre: algo elaborado con chocolate y pan de oro. El olor hace que mi estómago se contraiga dolorosamente.

Para la tercera hora, estoy mareada. Mis manos, cruzadas en mi regazo, tiemblan. El olor de la comida ha pasado de ser tentador a nauseabundo y viceversa. Él simplemente espera, paciente como un cazador, mencionando de vez en cuando cosas que suenan a conversación casual pero que se sienten como amenazas.

—Tu familia —dice de repente, y la sangre se me hiela—. ¿Eres muy unida a ellos?

No puedo respirar. ¿Lo sabe? ¿Es por Tommy? Me obligo a mantener un rostro neutral, pero aprieto más las manos en mi regazo.

—La familia lo es todo —continúa, observando mi reacción—. Haría cualquier cosa por proteger a la mía. Supongo que sientes lo mismo, ¿no?

—Sí —susurro, porque es lo más sincero que he dicho en toda la noche.

—Bien. Entonces nos entendemos —se inclina hacia adelante—. Déjame explicarte algo sobre el control, *cara*. El verdadero control no consiste en la negativa. Consiste en elegir cuándo ceder.

—No cederé ante usted.

—Ya lo has hecho. Estás aquí. Llevas mi anillo. Estás sentada a mi mesa. —Su voz se vuelve más grave—. La única pregunta es si lo harás con elegancia o si tendré que esperar a que te derrumbes.

Se me nubla un poco la vista. ¿Cuándo comí por última vez? El champán de la boda no cuenta. Antes de eso… no recuerdo. Los dos últimos días se confunden en una neblina de terror y transformación.

Una parte de mí quiere someterse solo para terminar este juego, y eso me aterroriza. ¿Cuándo me convertí en alguien que siquiera consideraría la rendición?

—¿Todavía te sientes terca? —pregunta, y ahora hay algo casi amable en su tono que lo empeora todo.

Quiero decir que sí. Quiero mantener esta última pequeña rebelión. Pero mi cuerpo me traiciona con un balanceo visible, y su expresión cambia de paciente a decidida.

—Suficiente.

Alessandro se levanta y se acerca a mi lado en tres rápidas zancadas. Antes de que pueda protestar, ha puesto su silla junto a la mía, tan cerca que nuestras rodillas se tocan. El contacto envía una electricidad no deseada a través de mí. Coge el plato, selecciona un trozo de pan recién horneado esa tarde.

—Abre la boca.

—Puedo comer sola.

—Podrías, pero no lo harás. Así que lo haré yo. —Arranca un trozo pequeño y me lo acerca a los labios—. La última persona que se negó a comer en mi mesa perdió tres dientes. Pero eres mi esposa, así que seré… complaciente. Por favor, come, *cara mia*.

La amenaza envuelta en amabilidad hace que mi resistencia se desmorone. O quizá es el agotamiento, el hambre, la imagen de Tommy que no puedo quitarme de la cabeza. Sea como sea, mis labios se entreabren.

El primer bocado es el paraíso. Tibio, suave, con un toque de romero. Me da de comer lentamente, con paciencia, pequeños bocados que no abrumarán mi estómago vacío. Su mano libre descansa en mi rodilla, el pulgar acariciando distraídamente la seda de mi falda mientras me observa con una intensidad que me hace estremecer.

—Buena chica —murmura cuando termino el pan, y un hormigueo de calor se extiende por mi vientre ante el elogio. Me odio por esa reacción.

Luego viene la sopa, completamente fría pero aun así deliciosa. Sostiene la cuchara con firmeza, sin temblar a pesar de la íntima posición. Me siento humillada, alimentada como una niña, pero hay algo más en sus ojos. No es burla ni condescendencia, sino algo casi como… fascinación.

—¿Por qué? —pregunto entre bocados.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué es amable? Podría obligarme.

Su mano se aprieta en mi rodilla y mi pulso se acelera. —¿Dónde está la diversión en eso? Prefiero mucho más verte luchar entre el deseo de desafiarme y el de agradecerme. Tu cara es deliciosamente expresiva cuando estás en conflicto. —Ofrece otra cucharada—. Además, eres mi esposa. Cuidar de ti es mi responsabilidad ahora.

La palabra «responsabilidad» en sus labios suena como una promesa y una amenaza a la vez. Sigue dándome de comer: pequeñas porciones de todo, observando atentamente cualquier signo de malestar. Cuando mi estómago empieza a rebelarse contra el exceso de comida, se detiene inmediatamente.

—¿Mejor?

Asiento, incapaz de confiar en mi voz. Mi cuerpo se siente cálido y relajado, el temblor ha sido reemplazado por algo completamente distinto. La forma en que me cuida con tanto control, con una gentileza tan deliberada, hace que el calor se extienda por mis extremidades. Esta extraña mezcla de ternura y dominio hace que mi cabeza dé más vueltas de lo que el hambre jamás lo hizo.

Él levanta la mano y me aparta un mechón de pelo de la cara. El gesto es posesivo y tierno a la vez, una combinación que hace que sienta una punzada en la entrepierna. Sé que puede ver la respuesta de mi cuerpo: el rubor que se extiende por mi pecho, la forma en que ha cambiado mi respiración, porque sus ojos se oscurecen, siguiendo cada señal.

—Estás agotada —dice, aunque su voz se ha vuelto áspera—. Ven. Es hora de dormir.

El dormitorio parece más pequeño en la oscuridad, como si se encogiera hasta que puedo sentir su presencia con cada respiración.

Yazco rígida a su lado, intensamente consciente de cada sonido, de cada movimiento del colchón. Alessandro no me toca, pero puedo sentir el calor que irradia su cuerpo a escasos centímetros, el espacio entre nosotros cargado de electricidad. Me ha dado una de sus

camisas para dormir, al parecer mi armario todavía no incluye ropa de noche, y la tela lleva su aroma, esa colonia floral y almizclada mezclada con algo exclusivamente suyo.

—No estás respirando —observa, con voz queda en la oscuridad.

Me obligo a inhalar, pero el aire sale tembloroso. —Esto es… no puedo…

—Puedes. Y lo harás. —Su voz me envuelve como ataduras de seda—. Relájate, Frances. No voy a tocarte esta noche.

Ese nombre otra vez. Cada vez que lo dice, espero la acusación, que me exija quién soy en realidad. Emma. Mi nombre es Emma, y no soy nadie, una sirvienta que fregaba suelos hasta ayer.

—¿Entonces por qué?

—Porque eres mía. —Simple. Definitivo—. Y lo que es mío, permanece cerca.

Quiero discutir, enfurecerme contra la posesión en su voz, pero mi cuerpo me traiciona por completo ahora. La absoluta certeza en su tono hace que mi sexo se humedezca, de forma indeseada e innegable. Cuando habla, mi cuerpo responde como si ya me estuviera tocando, aunque mantiene esa cuidadosa distancia.

—Dime —dice tras un largo momento—, ¿qué te ha parecido tu primer día como una Rosetti?

—Creo que… —trago saliva—. Creo que ha construido una jaula muy hermosa.

Su risa es suave y peligrosa. —Todo matrimonio es una jaula, *cara mia*. La única pregunta es si aprendes a cantar en ella o te golpeas hasta sangrar contra los barrotes.

El colchón se mueve cuando se gira hacia mí. No puedo ver su rostro en la oscuridad, pero siento su atención como manos que se deslizan sobre mi piel.

Su voz se vuelve más grave. —No voy a hacerte daño, Frances. No a menos que me obligues.

«Por Tommy», pienso desesperadamente. «Estoy haciendo esto por Tommy». Pero ni siquiera ese recordatorio puede detener la forma en que mi cuerpo responde a la oscura promesa en su voz.

—Duérmete —murmura, y a pesar de todo, su voz tiene una cualidad hipnótica que hace que mis párpados pesen.

Pero incluso mientras el agotamiento me vence, soy hiperconsciente de cómo mi cuerpo reconoce su respiración, responde a su presencia con un calor que no puedo controlar. Por la

mañana, reconstruiré mis muros, encontraré nuevas formas de resistir.

Tumbada y rígida a su lado en la oscuridad, me doy cuenta de la verdad más aterradora de todas:

Cuando él se acerca un poco más, sin tocarme, pero lo suficiente para que yo sienta su calor, mi cuerpo traidor se mueve hacia él. Solo un centímetro. Quizá menos. Pero ambos lo sentimos, la atracción magnética que no puedo controlar. La seda de su camisa contra mi piel de repente se siente como fuego, y sé que puede sentir cada latido acelerado de mi corazón, cada respiración superficial.

—Ahí está —murmura, con la satisfacción impregnando cada palabra—. Mi verdadera esposa.

La peor parte no es que tenga razón.

Es que mi cuerpo palpita de calor al haber sido descubierta.

5 - Alessandro

Tres días desde que la reclamé en esa capilla. Tres días en los que su cuerpo aprende a arquearse hacia el mío, aunque su mente se rebele. Tres días de un aislamiento de luna de miel que termina esta noche.

El vestido azul que elegí se ciñe a cada una de sus curvas mientras la observo prepararse para su primera cena familiar. Mi familia nos dio privacidad, una cortesía para los recién casados, pero la cena del domingo es ley. Incluso para un matrimonio basado en mentiras que empiezo a sospechar que son más profundas que un simple nerviosismo.

—Respira —murmuro contra su oreja, dejando que mis labios rocen el pabellón—. Pueden oler el miedo.

Endereza la espalda, levantando esa barbilla terca de una forma que me provoca morderla. El comedor se extiende ante nosotros, la mesa de caoba puesta para ocho, las copas de cristal relucen como armas a la luz de las velas. La habitación apesta a madera vieja y a sangre aún más antigua, a cada celebración familiar y ejecución que tuvo lugar entre estas paredes.

Mi mano descansa posesivamente en la parte baja de su espalda mientras entramos, sintiendo el fino temblor que recorre su cuerpo. Bien. Debería estar nerviosa por conocer a mi familia.

Marco es el primero en entrar con Valentina, su presencia llena la habitación como el humo. Mi hermano asiente una vez, sus ojos siguen a mi esposa con el cálculo de un hombre que mide todo en términos de ganancias y pérdidas.

—Bienvenida de nuevo —dice, tomándole la mano y besándole ambas mejillas en un saludo formal.

Supera la presentación con una gracia sorprendente, aunque siento su pulso acelerado donde mi pulgar acaricia su muñeca. Dante y Ana llegan después, mi hermano mudo hace una seña que provoca que Ana sonría con dulzura. Sostiene a su hija Antonia, los ojos oscuros de la bebé están alerta a pesar de lo avanzado de la hora.

—Los hombres Rosetti no son tan malos como parecen —le dice Ana a mi esposa, con una genuina calidez en su voz—. Uno termina por encariñarse con ellos.

Luca y Faith entran, los ojos pálidos de mi hermano se encuentran con los míos con una diversión tácita. La mano de Faith descansa sobre su vientre hinchado, de seis meses, y parece que ha salido de una clase de catecismo en lugar de haber entrado en el comedor de la mafia.

—La más reciente señora Rosetti —dice Luca con voz arrastrada, rodeándonos con un interés depredador—. Qué delicia.

Nico aparece en el umbral, firme incluso con ropa de civil, el soldado que siempre será. Luego, Sofia entra deslizándose, una perfección rubia envuelta en seda color crema, su sonrisa tan afilada como la cuchilla que sé que lleva.

Cada presentación familiar tiene su peso, establece la jerarquía, y siento que mi orgullo posesivo crece a medida que le presento a mi esposa a cada uno de ellos. «Mi esposa», digo con cada presentación, las palabras como una declaración de propiedad en mi lengua.

Se suponía que esto sería sencillo. Un acuerdo de negocios. Pero al verla sortear sus miradas calculadoras, algo salvaje me araña el pecho.

—Estamos tan emocionados de que Alessandro por fin sentara cabeza —arrulla Sofia, lanzando besos al aire con precisión—. Empezábamos a preocuparnos de que moriría solo, rodeado de sus relojes.

—Bueno, bueno —digo, guiando a mi esposa a su silla—. No hay necesidad de compartir todos mis secretos en su primera cena familiar.

La silla que le corro está a mi derecha, lo suficientemente cerca para poder tocarla cuando quiera. Lo suficientemente cerca para que todos sepan que es mía. La familia toma sus asientos; años de jerarquía determinan la distribución.

—Nos mantuvimos alejados para darles tiempo a ambos —dice Marco, desdoblando su servilleta con movimientos precisos—. Pero Dante y Ana están considerando buscar su propio lugar pronto de todos modos.

Dante hace una seña, y Ana traduce mientras acomoda a Antonia en su regazo: —Quiere decir que queremos más privacidad con la bebé.

—Comprensible —respondo, mi mano encuentra el muslo de mi esposa bajo la mesa. Ella da un pequeño respingo y luego se obliga a quedarse quieta—. Aunque los extrañaremos.

La conversación gira brevemente hacia los negocios. El informe de Marco de esta mañana incluía noticias preocupantes: movimientos de barcos de los Volkov en nuestras rutas del norte. Los rusos han estado callados durante más de una década, desde que Luca mató a uno de los hijos de Viktor Volkov durante esa reunión con los Moretti que se convirtió en masacre. Pero callados no es lo mismo que desaparecidos. Sofia todavía se estremece cada vez que alguien menciona esa noche, aunque afirma no recordar los detalles.

—¿Y la situación con los Volkov? —pregunta Nico, y la copa de vino de Sofia tintinea contra su plato. Todos fingen no darse cuenta —. Nuestras fuentes dicen que Alexei ha estado haciendo averiguaciones. Preguntando por viejos asuntos. La masacre de los Moretti.

Es el turno de Ana de estremecerse ante la mención de la noche en que murió su padre, y la pequeña Antonia empieza a llorar.

—Eso fue hace once años —dice Marco con sequedad—. Mikhail Volkov está muerto y enterrado.

—Su hermano no —la mandíbula de Nico se tensa—. Y los rusos tienen buena memoria.

Llega el primer plato, una sopa elegante que, según insiste María, impresionará. Mi esposa sostiene la cuchara con cuidadosa precisión, pero noto su ligera dificultad con la etiqueta formal, la forma en que mira a Ana por el rabillo del ojo para copiar la manera correcta. Su perfume cambia cuando está nerviosa. La vainilla se vuelve penetrante, metálica.

—Y bien —empieza Sofia, haciendo girar su copa de vino con deliberada despreocupación—, cuéntanos sobre Suiza. Esos internados para señoritas deben de ser fascinantes.

Mi esposa se queda helada por un instante antes de recuperarse. —Fue… educativo.

—Me lo imagino —la sonrisa de Sofia no llega a sus ojos—. ¿A cuál asististe? ¿Le Rosey? ¿Aiglon?

—Era muy exclusivo. Valoraban la privacidad por encima de todo.

Marco la salva sin querer, desviando la conversación hacia los negocios. —Las patentes de tecnología de los Hewson son

exactamente lo que necesitamos para modernizar las operaciones. El territorio digital es el futuro.

—Suponiendo que la familia cumpla lo prometido —añade Luca, observándola con esos inquietantes ojos pálidos.

—Lo harán —digo con firmeza, mi agarre se tensa en su muslo—. ¿Verdad, *cara mia*?

Ella asiente, pero permanece en silencio, sus labios apretados en una fina línea. Puedo sentirla temblar bajo mi mano; la pregunta está claramente más allá de su conocimiento.

—Estoy seguro de que los Hewson cumplirán sus acuerdos —dice Marco, llenando la incómoda pausa—. Comprenden las consecuencias de fallarnos.

—Qué maravilla —ronronea Sofia, inclinándose hacia delante—. Aunque debo decir que tu etiqueta es bastante… peculiar. ¿Te enseñaron esa forma particular de manejar los platos en Suiza? Pareces tener dificultades con el orden formal.

Las palabras quedan suspendidas en el aire como una cuchilla. Observo los dedos de mi esposa aferrarse a su servilleta, su problema con la etiqueta ahora queda en evidencia para que todos lo vean. A nuestro alrededor, la familia se queda quieta, todos reconociendo la indagación de Sofia por lo que es: un interrogatorio.

—¿Qué estás insinuando exactamente? —mi voz baja hasta convertirse en un gruñido.

Los ojos de Sofia se abren con falsa inocencia. —Nada en absoluto. Simplemente tengo curiosidad sobre su procedencia. Parece tan… diferente de lo que esperábamos. La forma en que se comporta, no es exactamente de un internado para señoritas, ¿o sí?

Mi esposa abre la boca, tal vez para defenderse, tal vez para confesar, pero yo ya estoy en movimiento.

Elijo la pared junto a la cabeza de Sofia con precisión. Lo suficientemente cerca para dejar claro mi punto, lo suficientemente controlado para demostrar que elijo mi violencia con cuidado. Mi puño impacta contra el mármol y el crujido resuena por toda la habitación. El dolor explota en mis nudillos mientras se abren contra la piedra; la sangre brota de inmediato de la piel desgarrada.

—La próxima persona que cuestione a mi esposa no recibirá una advertencia —dejo que la sangre gotee sobre el mantel blanco, cada gota una promesa—. Ahora es una Rosetti. Eso significa que está bajo

mi protección. Quien lo olvide me responderá a mí. He disuelto a hombres en ácido por menos de lo que acabas de insinuar.

Sofia ni siquiera se inmuta, solo se recuesta con una sonrisa de satisfacción dibujada en los labios. Consiguió exactamente lo que quería: la prueba de que he perdido el control por esta mujer.

—Alessandro —la voz de Marco atraviesa la tensión—. Basta.

Flexiono mi mano ensangrentada, sintiendo el escozor de la piel abierta. Mis nudillos palpitan al ritmo de mi corazón, cada latido me recuerda lo que haré por ella. El dolor me ancla, me recuerda por qué estoy haciendo esto. Mi esposa está sentada, congelada a mi lado, mirando la sangre de mis nudillos con algo que no es exactamente miedo. Sus pupilas están dilatadas, su respiración se acelera.

—Mis disculpas —dice Sofia dulcemente, aunque su sonrisa de satisfacción se amplía—. No pretendía molestar a nadie. Simplemente soy protectora con nuestra familia.

—Tu protección no es necesaria —gruño, acercando a mi esposa con mi mano ilesa—. No para ella.

Luca se ríe, suave e inquietante. —Qué fascinante. Nuestro Alessandro, preocupándose de verdad por alguien que no sea él mismo. Partiéndose los nudillos contra una pared como un idiota enamorado.

—Cuidado, hermano.

Levanta las manos en una falsa rendición, pero sus ojos pálidos siguen la forma en que mi esposa se apoya inconscientemente en mi contacto, a pesar de presenciar mi violencia protectora. Toda la mesa nos observa ahora, evaluando esta inesperada demostración de sangre derramada en su defensa.

Ver su miedo hace que algo se quiebre en mi pecho. No porque tenga miedo. El miedo es natural en mi mundo. Sino porque quiero ser la excepción. La única persona hacia la que corra, no de la que huya.

Faith rompe el silencio con su voz suave: —¿Quizás deberíamos continuar la cena? El segundo plato se está enfriando.

Pero ya he terminado con las apariencias. Terminado de dejar que la rodeen como lobos buscando una debilidad. —Nos vamos.

—Alessandro —habla Valentina por primera vez, su mente estratégica siempre trabajando—. Irte ahora la hace parecer débil.

Tiene razón, y odio que la tenga. Vuelvo a sentarme, acercando la silla de mi esposa a la mía en el proceso. Mis nudillos

ensangrentados dejan manchas rojas en el mantel blanco mientras alcanzo mi copa de vino con la mano herida, dejando que todos vean el daño.

—Entonces nos quedamos —anuncio—. Pero el interrogatorio se acaba ahora.

El resto de la cena transcurre en un silencio tenso, salpicado solo por el tintineo de los cubiertos y una conversación trivial y forzada. Mi mano palpita, la sangre aún mana lentamente, pero no la atiendo. Que vean lo que pasa cuando alguien amenaza lo que es mío.

Mi esposa se disculpa para ir al baño después del postre. La veo marcharse, notando el ligero vaivén en su caminar, la forma en que se agarra al marco de la puerta para apoyarse. La velada le ha pasado factura.

Sofia se levanta como una víbora rubia. —Voy a ver cómo está.

Antes de que pueda detenerla, se ha ido. La sangre se me hiela. Sé lo que mi hermana hace mejor: identificar la debilidad y explotarla. Marco elige ese momento para exigir mi atención sobre un problema con un envío, pero mi concentración permanece en la puerta de ese baño.

Cuando no puedo esperar ni un segundo más, me pongo de pie y sigo a las dos mujeres por el pasillo. Sus voces flotan desde la vuelta de la esquina.

—Mi hermano no te ama —dice Sofia—. Él no sabe amar. Pero ha decidido que eres suya, y eso es en realidad peor. ¿Entiendes lo que eso significa?

Imagino las manos de mi esposa aferrándose al mármol para sostenerse, en silencio.

—Alessandro mata a la gente que mira mal sus posesiones. Un hombre tocó una vez su reloj favorito en una fiesta. Encontraron trozos de él en tres estados diferentes. ¿Y tú? Tú eres su posesión más preciada ahora.

—Intentas asustarme.

—Intento advertirte. Hay una diferencia. Cuando descubra lo que escondes, y lo hará, su amor no te salvará. Lo empeorará. La traición lo volverá loco.

—No escondo nada.

La risa cómplice de Sofia. —Tienes las pupilas dilatadas. Tu pulso es visible desde aquí. Estás aterrorizada, pero no solo de él. Estás

aterrorizada de que descubra lo que sea que estás escondiendo. Quizás yo lo descubra primero.

La puerta del baño se abre y mi esposa sale, pálida pero serena, con Sofia siguiéndola con esa misma sonrisa de satisfacción.

De vuelta en nuestra habitación, finalmente me ocupo de mis nudillos ensangrentados en el lavabo del baño. El agua corre rosada, luego clara. Frances merodea en el umbral, todavía con ese vestido azul que me ha estado volviendo loco toda la noche.

—Ven aquí —digo sin levantar la vista.

Se acerca lentamente, cada paso medido como si caminara por un campo de minas. Me seco las manos con cuidado, luego le tomo la barbilla entre los dedos, inclinando su rostro para examinarlo a la luz.

—¿Te molestó Sofia? —la pregunta sale suave, pero ambos escuchamos la amenaza que subyace.

—Fue… informativa.

—Informativa —paso el pulgar por su pómulo, examinando su rostro en busca de signos de angustia—. ¿Y qué información compartió mi querida hermana?

Intenta apartar la mirada, pero la mantengo firme, examinando cada detalle. La forma en que su lápiz labial se ha desvanecido, dejando su boca desnuda y rosada. La pequeña cicatriz en su sien que intenta ocultar con maquillaje. La forma en que sus pupilas se dilatan más cuando me acerco.

Esto es un inconveniente. He tenido cientos de mujeres: rubias, morenas, pelirrojas, todas ansiosas, todas dispuestas, todas aburridas después de una semana. Pero esta, que se estremece con su propio nombre y maneja el cristal como si temiera que se rompiera, me está dando curiosidad. Y la curiosidad siempre ha sido mi debilidad, justo después de las mujeres hermosas y el whisky caro.

—Sofia dijo que matas a la gente que toca tus cosas —susurra.

—Cierto —dejo que mi mano se deslice hasta su garganta, sintiendo su pulso martillear contra mi palma—. ¿Eso te asusta?

—Sí.

—¿Pero no lo suficiente como para huir?

Su lengua se desliza para humedecer sus labios, y mi verga se agita ante el gesto inconsciente. —¿A dónde podría huir? Soy tu esposa.

Las palabras envían calor por mis venas. La acorralo contra el mueble del baño, enjaulándola con mi cuerpo. Mis nudillos ensangrentados palpitan, pero el dolor solo agudiza mi concentración en ella.

—Lo eres —confirmo, mi voz baja a un tono más oscuro.

Ella mira mis nudillos ensangrentados, luego mi rostro. La peligrosa intimidad entre nosotros se espesa como el humo. Su cuerpo se balancea hacia el mío involuntariamente, atraído por la misma fuerza magnética que siento.

—Te abriste la mano defendiéndome de tu propia hermana —su voz denota asombro.

—Me abriría más que eso, *piccola bugiarda* —el italiano se me escapa sin querer. Pequeña mentirosa. Porque está mintiendo sobre algo, y ambos lo sabemos—. Sofia necesita aprender que eres intocable. Todos ellos.

Contiene el aliento. —¿Por qué te importa tanto? Esto es solo un acuerdo de negocios.

Sonrío, lento y peligroso, todavía examinando su rostro en busca de cada señal. —¿Lo es? Entonces, ¿por qué tienes las pupilas dilatadas? ¿Por qué tu pulso está acelerado? ¿Por qué sigues mirando mi boca?

No responde, pero su cuerpo me lo dice todo. La forma en que se arquea ligeramente, buscando más contacto. La forma en que sus manos suben para apoyarse en mi pecho, sin apartarme, solo tocando.

—La próxima vez que alguien te cuestione —murmuro contra su oreja, dejando que mis nudillos ensangrentados rocen su garganta—, no me detendré en la pared.

La promesa queda suspendida entre nosotros, oscura y absoluta. Ella se estremece, y sé que no es del todo por miedo.

6 - Emma

La mujer en el espejo no soy yo.

Viste seda que jamás podría permitirme en toda una vida de limpiar pisos, diamantes que habrían mantenido a Tommy a salvo. Cuando me giro, la tela susurra contra una piel que está aprendiendo a desear cosas que no debería: el calor de la mirada de mi marido, el peso de sus manos, la oscura promesa en su voz cuando me llama suya.

—Perfecta —dice Alessandro detrás de mí, y veo su reflejo acercarse en el espejo, siento sus manos posarse posesivamente en mi cintura. Su colonia me envuelve como cadenas invisibles—. Pero necesita más. Mucho más.

La cena familiar donde Sofía expuso mi insuficiencia fue apenas anoche, donde el puñetazo de Alessandro a la pared hizo que mi cuerpo me traicionara con deseo. Un día viéndome usar el mismo vestuario lleno de vestidos, con sus ojos calculando algo que temo comprender.

—Esta ropa ya es...

—Inadecuada. —Su pulgar traza círculos en mi cadera a través de la seda, haciendo que mi pulso se acelere a mi pesar. El calor de su palma quema a través de la fina tela como una marca—. María eligió mal. Esto la hace parecer una niña jugando a disfrazarse. Tenemos una cita en Celeste's en una hora.

Lo que él no sabe es que soy una niña jugando a disfrazarse. No podría haber dado con una descripción más perfecta, aunque difícilmente puedo admitirlo.

La mujer en el espejo, Frances Rosetti, quienquiera que sea, asiente obedientemente mientras Emma grita dentro de la jaula de su piel. He aprendido esto sobre Alessandro en cuatro días de matrimonio: su gentileza es solo terciopelo envolviendo acero. Cuando me guía fuera de la habitación, su mano nunca abandona mi espalda, y resisto el impulso de apoyarme en su contacto. La traición de mi cuerpo se vuelve más difícil de combatir cada día.

—No necesito…

—Lo que necesita —interrumpe, con voz suave pero terminante—, es parecer una Rosetti. El vestido azul de ayer fue aceptable para la cena familiar. Hoy, arreglaremos el resto.

No hay lugar para la discusión en su tono.

Dos sirvientas ríen en el pasillo, enderezándose de inmediato cuando ven a Alessandro. Una se muerde el labio, la otra se sonroja. —Señor Rosetti —dicen a coro, y él les guiña un ojo al pasar, haciendo que una incluso suelte un gritito. Ni siquiera hace una pausa en su conversación conmigo; para él esto es tan natural como respirar.

Cuando llegamos al auto, con su chófer ya esperando, la mano de Alessandro se desliza más abajo por mi espalda, sus dedos extendiéndose posesivamente. El contacto envía un calor no deseado a través de mis extremidades, mi cuerpo reconociendo a su dueño incluso mientras mi mente se rebela.

—Sabe, la mayoría de las mujeres matarían por estar en su posición —me dice en el auto—. Bueno, no literalmente; eso es más de mi departamento. Pero me mira como si estuviera planeando mi funeral. Es extrañamente encantador.

No tengo palabras, así que me quedo en silencio y miro el paisaje pasar, esperando llegar a la tienda. Y cuando lo hacemos, casi no la veo.

La boutique en Michigan Avenue ni siquiera tiene un letrero, solo puertas de cristal que reflejan la luz de la mañana como una promesa de transformación que no quiero. El chófer de Alessandro nos abre la puerta e inmediatamente los veo: fotógrafos al otro lado de la calle, con las cámaras listas, buitres rodeando la carne fresca.

—No se preocupe por ellos —murmura Alessandro, su agarre en mi cintura se tensa mientras me atrae contra su costado. El sólido calor de su cuerpo me hace sentir más segura de lo que debería—. El último fotógrafo que se acercó demasiado a una esposa Rosetti desapareció. Ellos lo recuerdan.

La mención casual de la violencia hace que se me hiele la sangre incluso cuando su proximidad la hace arder.

Adentro, el aire huele a rosas, nada que ver con el abrillantador de limón y el polvo de mi vida anterior. Una mujer de unos cuarenta años se desliza hacia nosotros, su sonrisa lo suficientemente brillante

como para cegar, sus tacones resonando contra el mármol que una vez habría estado fregando.

—Señor Rosetti, qué placer tan absoluto. Soy Vivian. Hemos cerrado toda la tienda para su cita, como lo solicitó. —Sus ojos se posan en mí, evaluándolo todo, desde mi vestido sencillo hasta mis manos nerviosas—. Y esta debe ser la nueva señora Rosetti. Qué maravilla conocerla por fin.

El nombre me duele. Señora Rosetti. Eso es lo que soy ahora, la única identidad que importa in este mundo de seda y sangre.

—Oh, despejamos nuestra agenda inmediatamente cuando nos enteramos —continúa Vivian, pero luego capta la mirada aguda de Alessandro y se calla—. Es decir… nos sentimos honrados de servir a la familia Rosetti.

—¿Champán? —Otra mujer aparece con copas de cristal en una bandeja de plata.

—Mi esposa prefiere concentrarse —dice Alessandro, despidiéndola con un gesto. Su tarjeta de crédito negra aparece en su mano como por arte de magia y se la entrega a Vivian con una autoridad despreocupada. Sin límite, dicen sus ojos. Lo que sea necesario—. Necesitaremos de todo. Ropa de día, de noche, lencería. —Sus ojos se encuentran con los míos en esa última palabra, oscuros y llenos de promesas—. Necesita un vestuario completo.

—Por supuesto. Tenemos reservadas las últimas colecciones de París y Milán. ¿Me siguen, por favor?

El salón privado tiene espejos en tres paredes, ningún lugar donde esconderse de mi transformación, y un diván de terciopelo en el que Alessandro se hunde como un rey reclamando su trono. Me quedo de pie en el centro, sintiéndome expuesta a pesar de estar completamente vestida, mientras las asistentes de Vivian traen un perchero tras otro de ropa.

—Empecemos con la ropa de día —dice Alessandro, sin apartar los ojos de mí. El peso de su mirada hace que se me erice la piel—. Algo que la haga parecer inocente.

Inocente. Como si pudiera volver a serlo, parada aquí fingiendo ser Frances mientras mi cuerpo aprende a desear al hombre que me posee.

Observo a Alessandro acomodarse más profundamente en el diván de terciopelo, su postura relajada pero sus ojos agudos, siguiendo cada movimiento mientras Vivian muestra un vestido tras

otro. Descarta la mayoría con un leve movimiento de cabeza, seleccionando otros con un dedo levantado. Nunca me pregunta mi opinión. Nunca mira las etiquetas de precio. Cada selección se siente como otra mentira, otro paso lejos de Emma.

—Este verde complementaría… —empiezo, tratando de afirmar algo de control sobre en quién me estoy convirtiendo.

—El azul —me interrumpe suavemente, sin siquiera mirar el verde—. Confíe en mí, *cara*. Sé lo que le sienta bien a mi esposa.

El pronombre posesivo hace que algo aletee en mi pecho.

El primer atuendo es un vestido azul pálido de una tela tan fina que se siente ingrávida contra mi piel. Vivian me ayuda a ponérmelo en el probador, sus manos eficientes y frías. La seda se desliza contra mi piel como agua fresca, demasiado fina, demasiado suave, nada que ver con el áspero algodón de mi uniforme de sirvienta.

Cuando salgo, los ojos de Alessandro se oscurecen, recorriendo desde mi garganta hasta el dobladillo con una intensidad que hace arder mi piel. El aire acondicionado de la boutique me pone la piel de gallina en los brazos, pero su mirada se siente como fuego, como si me desnudara a pesar de la costosa tela que me cubre.

—Gire —ordena en voz baja.

Lo hago, sintiendo su mirada como manos sobre mi cuerpo, tocando sin tocar, reclamando sin contacto. En los tres espejos, lo observo observarme, veo la satisfacción que se extiende por su rostro como un hombre que admira una compra con la que está particularmente complacido. Se sienta allí como un rey y yo solo soy otro territorio por reclamar. Mi cuerpo responde a su atención en contra de mi voluntad, el calor se acumula en la parte baja de mi vientre, mis pezones se endurecen bajo la seda.

—Perfecto. Nos lo llevamos. Ahora el traje blanco.

Y así continúa. Un atuendo tras otro, cada uno más caro que el anterior. Me convierto en una muñeca para que él la vista, quedándome quieta mientras Vivian ajusta dobladillos y endereza cuellos. Cuando pronuncio mal el nombre de un diseñador y Vivian me corrige amablemente, levanto la vista, pero Alessandro no parece darse cuenta.

—El rojo —sugiere Vivian, sosteniendo un vestido que parece rubíes líquidos, como sangre transformada en seda.

—Sí —dice Alessandro de inmediato, con la voz más áspera—. Ese.

El vestido se ciñe a cada curva, la seda tan fina que se siente como vestir el pecado mismo. Cuando salgo, sus nudillos se ponen blancos donde se aferra al brazo del diván. El hambre en sus ojos me corta la respiración, mi cuerpo respondiendo con un calor vergonzoso. La forma en que dice "perfecto" me provoca un hormigueo entre los muslos.

—Cristo —suspira, y su voz se ha vuelto oscura por el deseo—. Ese vestido me da ganas de pecar.

El calor inunda mis mejillas, mi cuerpo respondiendo al hambre en su voz a pesar de todo: a pesar de la jaula, a pesar de las mentiras, a pesar de que ni siquiera soy la mujer con la que cree que se casó. Cuando nuestras miradas se encuentran en el espejo, ambos nos quedamos helados, atrapados en un deseo mutuo que me aterroriza. Aprieto los muslos, tratando de aliviar el dolor que sus palabras crean, pero el movimiento solo lo empeora.

—Está aprendiendo —murmura, con la voz oscura por la aprobación—. Las niñas buenas obtienen recompensas. Las niñas malas… —Su pausa hace que mi sangre se hiele y arda a la vez—. Las niñas malas obtienen algo completamente diferente.

La promesa en su voz hace que mi sexo se contraiga con una necesidad que odio sentir.

—Ahora las joyas —dice, y Vivian saca cajas de terciopelo como si hubiera estado esperando este momento.

Alessandro se levanta de su trono por primera vez, acercándose a mí con un collar de diamantes que atrapa la luz como estrellas atrapadas. Este único collar podría haberlo cambiado todo para mí. Podría haberme ahorrado la vida de sirvienta, haberle dado esperanza a mi madre, haber mantenido a Tommy fuera de la cárcel. Pero esas oportunidades ya no existen, disueltas como mi identidad.

Sus dedos rozan mi garganta mientras lo abrocha, encontrando el punto de mi pulso con una precisión inquietante. Sé que siente cómo mi corazón se acelera con su contacto. Su aliento roza mi cuello, y me inclino hacia atrás, buscando más contacto antes de contenerme.

—¿Está nerviosa, Frances? —murmura contra mi oído, y su pulgar presiona contra mi pulso, sintiendo la evidencia de lo que me provoca.

Ese nombre. Cada vez que lo dice, recuerdo que estoy viviendo una mentira que me matará si la descubren. Que matará a Tommy. Eso me devuelve algo de compostura.

—Simplemente emocionada por la ropa nueva —digo con calma, alejándome de él para poder respirar adecuadamente.

Entro al probador y cierro las puertas detrás de mí, aunque no tengo ninguna razón para estar aquí. Vuelvo a llevar mi vestido azul original y estoy envuelta en un collar de diamantes, pero necesito alejarme de ese hombre.

Pero las paredes del probador se sienten como si se estuvieran cerrando. A través de la puerta entreabierta (porque la privacidad ya no es un derecho que tenga), sé que Alessandro observa. Mi cuerpo se calienta bajo su mirada distante, comenzando a desear su atención de maneras que me aterrorizan.

La mujer del espejo ya no es Emma. Ni siquiera la Frances de mentira. Es algo completamente diferente, algo creado por el dinero y el deseo de Alessandro, moldeado por sus preferencias como la arcilla en manos de un artista.

Afuera, oigo a Alessandro discutir los arreglos de envío con Vivian. Docenas de cajas, cientos de miles de dólares, todo para transformarme en su posesión perfecta. Mi respiración se vuelve más rápida, más corta.

¿Quién soy?

La pregunta me roba el aliento. No soy Emma la sirvienta; ella se ha ido, borrada por documentos de matrimonio y ropa de diseñador. No soy Frances Hewson; ella nunca existió en mi cuerpo. Solo soy... suya. Su creación. Su posesión.

Miro a esta extraña cara que lleva mi rostro, y algo dentro de mí se disuelve. Presiono la palma de mi mano contra el espejo, tratando de alcanzar a la sirvienta atrapada detrás del cristal, pero ya se está desvaneciendo, ya se está convirtiendo en un fantasma.

—¿Señora Rosetti? —dice la voz de Vivian a través de la puerta—. Su esposo la está esperando.

Su esposo. Las palabras hacen que la habitación se sienta aún más pequeña, el aire más difícil de respirar. Me estoy ahogando en lujo, sofocándome con seda y diamantes. Estoy empezando a entender la verdadera trampa: no es la mansión ni la ropa ni siquiera las puertas cerradas. Es cómo mi cuerpo traicionero está empezando a desear su atención, cómo mi piel arde por su contacto incluso cuando mi mente grita peligro.

Me miro una vez más, a esta extraña cara que lleva mi rostro, y tomo una decisión nacida del pánico puro.

Necesito desaparecer. No para volver a ser Emma. No para interpretar a Frances. Simplemente... irme. Me doy cuenta con una claridad cristalina: preferiría no ser nadie que esta ficción brillante que él está creando. Tengo que huir antes de desaparecer por completo en la señora Alessandro Rosetti.

Mis manos torpes forcejean con el broche del collar de diamantes y luego lo arrojo al suelo y me escabullo por la cortina trasera del probador que da al almacén, y luego salgo por la primera puerta que veo.

El callejón detrás de Celeste's huele a basura. Mis tacones resuenan sobre el concreto mientras corro, sin plan, sin destino, solo la necesidad desesperada de escapar.

Tres cuadras. Es todo lo que logro antes de oír su voz.

—Frances.

No lo grita. No con ira. Solo lo dice con esa autoridad tranquila que hace que la gente se detenga en seco, que hace que mi cuerpo responda antes de que mi mente pueda objetar. Sigo corriendo, pero mi cuerpo ya me está traicionando, disminuyendo la velocidad sin mi permiso.

Sus dedos se envuelven en mi brazo, firmes pero cuidadosos, como si estuviera atrapando algo precioso que podría romperse. El cuidado en su toque me confunde más de lo que lo haría la fuerza. Cuando me gira para que lo enfrente, estoy preparada para la furia. En cambio, encuentro algo peor: dolor parpadeando en esos ojos verdes, una confusión genuina mezclada con algo que casi parece preocupación.

Mi cuerpo reconoce su tacto antes de que mi mente lo procese, inclinándose hacia su calor incluso cuando quiero alejarme. Esta traición duele más que nada: mi propia piel eligiéndolo a él sobre la libertad.

—¿A dónde va? —pregunta suavemente, su pulgar acariciando el interior de mi muñeca donde mi pulso martillea.

—Lejos. A cualquier parte. No puedo... —Mi voz se quiebra—. No puedo hacer esto.

—¿Hacer qué?

—Ser quien sea que esté tratando de convertirme con esa ropa y esas joyas. No soy nadie, ¿no lo entiende? Nadie. —Las palabras salen a borbotones, peligrosas y verdaderas.

Estudia mi rostro. Su pulgar roza mi mejilla, atrapando una lágrima que no sabía que había caído, y la gentileza lo empeora todo.

—No tiene a dónde más ir —dice, y no es cruel. Es solo la verdad. Devastadoramente, horriblemente cierto.

—Eso no es… —empiezo, pero me interrumpe con un movimiento de cabeza.

—¿Dónde dormiría esta noche? Sus padres no la aceptarán de vuelta. Fue criada para casarse, y nunca me divorciaré de usted, así que, ¿qué más haría? —Cada pregunta aterriza con fuerza—. Ahora es la señora Alessandro Rosetti. Eso es quien es usted. La única identidad que importa.

Me burlo. No fui criada para casarme, fui criada para servir. Pero con él, hay poca diferencia.

—Vuelva —dice, y no es exactamente una orden—. Permítame cuidarla.

La lucha se desvanece de mi cuerpo. Me toma de la mano, atrapada pero con suavidad, y me guía de regreso hacia Michigan Avenue. De regreso a la boutique. De regreso a ser Frances.

—Esos fotógrafos al otro lado de la calle —dice en voz baja—, nos están observando ahora mismo. Preguntándose por qué Alessandro Rosetti está de pie en una acera con su novia fugitiva. Mañana, las fotos estarán en todas partes. La princesa Hewson que intentó escapar de su marido Rosetti. —Sus ojos buscan los míos—. ¿Es eso lo que quiere? ¿Humillarnos a ambos?

—No. —La palabra sale rota—. No quiero hacerle daño.

Algo parpadea en su rostro: sorpresa, tal vez. Como si no esperara que me importaran sus sentimientos en este matrimonio arreglado construido sobre mentiras.

—Entonces entre. Póngase la ropa hermosa. Interprete el papel. —Su voz baja aún más—. Deje de luchar contra lo que no puede cambiar.

Tiene razón. Esta verdad rompe lo que queda de mi resistencia. No tengo otro lugar a donde ir, ninguna otra vida esperándome. La puerta de la jaula está abierta, pero no hay nada más allá que el espacio vacío donde solía existir Emma.

7 - Alessandro

—Quiero dejar claro nuestro acuerdo.

No miro a mi esposa mientras el Bentley se desliza por la Gold Coast de Chicago hacia la finca Marchetti. Ella está pegada a la puerta opuesta, tan lejos de mí como los asientos de piel se lo permiten, con la mirada fija en las luces de la ciudad como si contuvieran secretos que intentara descifrar.

—Llevarás mi anillo. Portarás mi apellido. Estarás a mi lado en eventos como el de esta noche. —Me ajusto los gemelos y el escudo de los Rosetti refleja las luces de la calle—. Pero ahí termina todo. Yo no elegí este matrimonio y no voy a fingir lo contrario. Seré discreto, por supuesto, pero no esperes fidelidad de un hombre que fue obligado a ir al altar.

Se gira ligeramente y alcanzo a ver su perfil: facciones delicadas. La quietud estudiada de sus manos.

—Entiendo —dice en voz baja. Sin lágrimas, sin protestas, sin exigir saber mis intenciones. Solo aceptación.

Me irrita por razones que no puedo nombrar.

—Los Marchetti son viejos aliados de la familia —continúo, con la necesidad de llenar el silencio—. Finge ser la esposa devota durante unas horas. Sonríe, no hables a menos que te hablen e intenta no hacer el ridículo. Ni hacérmelo a mí.

—Por supuesto.

Dos palabras, tan neutras como el agua, y aun así hacen que apriete la mandíbula. Todas las demás mujeres que he conocido ya estarían rabiando, llorando o intentando seducirme para que cediera. Pero Frances… se limita a aceptar. Como si no esperara nada más.

—Aunque si quisieras negociar derechos exclusivos —añado, incapaz de contenerme—, estoy dispuesto a escuchar tu… propuesta. Me han dicho que valgo la inversión.

Ni siquiera esboza una sonrisa.

El Bentley se detiene frente a la mansión Marchetti y yo salgo primero para rodearlo y ofrecerle mi mano. Es pura actuación, pero

cuando sus dedos se deslizan en los míos, siento una sacudida de algo eléctrico. Lleva puesto el vestido que envié a su suite: de seda negra que se amolda a su cuerpo como una sombra líquida, con un escote que revela lo justo para ser respetable, pero que insinúa más. El vestido costó más de lo que la mayoría de la gente gana en un año, elegido para marcarla como mía, como propiedad de los Rosetti.

Lo que no esperaba era cómo se le vería puesto.

Frances Hewson debería llevarlo como una armadura, como la princesa con derechos que es. Pero mi esposa lo lleva como… como si estuviera interpretando un papel. Como si la seda fuera un disfraz con el que no se siente del todo cómoda. Desciende del auto con pasos cuidadosos, no con la zancada segura de alguien nacido en la opulencia, sino con el ritmo medido de quien teme dañar algo que no le pertenece.

Interesante.

—¡Alessandro! —La voz de Vivienne corta el aire nocturno como un chirrido—. Qué maravilloso verte.

Mi examante se desliza hacia nosotros en un vestido de seda rojo que no deja nada a la imaginación, sus manos se posan de inmediato en mi pecho con un gesto posesivo que perfeccionó durante nuestro acuerdo de dos años. Un acuerdo que terminó hace tres meses, aunque ella parece decidida a olvidar ese detalle.

Durante dos años jugamos nuestro juego. Ella abandonaba la cama de su marido para venir a la mía, todavía llevando las joyas que él le había comprado. Me gustaba la ironía. A ella le gustaba el peligro. Al final, ambos nos aburrimos; solo que ella aún no lo ha aceptado.

—Vivienne. —No retrocedo, pero tampoco la aliento. Que Frances vea con qué clase de hombre se ha casado—. Te acuerdas de mi esposa.

Los ojos verdes de Vivienne recorren a Frances como si estuviera coleccionando defectos. —Claro. La novia sonrojada. Qué… dulce. —No quita las manos de mi pecho—. Justo le decía a Bianca que Alessandro siempre prefirió a las mujeres con experiencia. Pero supongo que los matrimonios arreglados no se tratan de preferencias, ¿verdad?

Espero que Frances se estremezca, que reaccione con celos o dolor. En cambio, inclina ligeramente la cabeza, estudiando a Vivienne con esos ojos oscuros que no revelan nada.

—Qué afortunado entonces —dice ella, su voz con un matiz que no puedo identificar— que mi esposo tenga opciones tan… accesibles para sus preferencias. Debe ser reconfortante tener siempre algo familiar a lo que volver.

Vivienne parpadea, sin captar del todo el insulto. Pero yo sí. Mi esposa acaba de llamar a mi examante vulgar y predecible, todo mientras sonreía como una santa.

—¿Entramos? —pregunta Frances, tocándome el brazo ligeramente—. Creo que los Marchetti nos esperan.

Nos guía para pasar junto a Vivienne con la gracia de alguien que nació para ello, excepto que… excepto que su mano en mi brazo tiembla ligeramente.

El salón de baile ya está abarrotado con la élite criminal de Chicago. Los Marchetti saben cómo organizar una fiesta: candelabros de cristal que arrojan diamantes de luz sobre los suelos de mármol, champán que fluye como agua, suficiente seguridad para detener a un pequeño ejército. Doy la ronda con Frances del brazo, presentando a mi esposa tanto a socios como a enemigos.

—Hermosa e inteligente —dice Giovanni Serrano, el anciano don de la familia Serrano, con aprobación, dándole una palmadita en la mano—. Elegiste bien, Alessandro.

No elegí nada, pero no lo corrijo. Estoy demasiado ocupado viendo a mi esposa encantar a un hombre que no ha sonreído desde que su hijo murió hace diez años.

Nos reunimos con Sofia y Nico en el centro del salón, y veo cómo Frances se vuelve silenciosa, inerte. El teléfono de Sofia vibra y observo cómo su rostro pierde el color mientras lee la pantalla. Se recupera rápidamente, esa perfecta compostura Rosetti vuelve a su lugar, pero su mano tiembla ligeramente mientras desliza el teléfono en su bolso de mano. Cuando Nico le pregunta si todo está bien, ella se ríe y lo descarta como una emergencia del comité de caridad. Pero sus ojos se desvían constantemente hacia la delegación rusa al otro lado del salón, y no vuelve a tocar su champán en toda la noche.

Debo recordar preguntarle a Dante si sabe qué le pasa; él y Sofia siempre fueron muy cercanos.

—¡Alessandro, querido! —Otra voz, otra antigua conquista. Bianca Abbascia, vestida de blanco, lo que la hace parecer un sacrificio virginal a pesar de ser todo lo contrario—. Baila conmigo. ¿Por los viejos tiempos?

Ya me está arrastrando hacia la pista de baile y la dejo, porque esto es lo que hago. Lo que siempre he hecho. Colecciono mujeres hermosas como algunos hombres coleccionan autos, disfrutándolas hasta que me aburro y luego paso al siguiente modelo.

Pero mientras Bianca se pega a mí, con su perfume empalagoso y sus manos posesivas, me encuentro mirando por encima de su hombro. Frances está junto a la fuente de champán y Federico Calese —joven, ambicioso y lo suficientemente estúpido como para ponerme a prueba— se acerca a ella como un tiburón que huele sangre.

—Tu esposa parece sola —ronronea Bianca, siguiendo mi mirada —. Pobrecita. Debe ser muy difícil estar casada con un hombre que todo el mundo sabe que no la tocará. Oí que ni siquiera han consumado el…

La aparto de un giro a mitad de la frase, ya saliendo de la pista de baile. Bianca me llama, pero estoy concentrado en Federico, que ahora está demasiado cerca de mi esposa, con la mano en la parte baja de su espalda mientras le susurra algo al oído.

—Federico. —Mi voz conlleva suficiente amenaza como para que retroceda—. Creo que ya te ibas.

—Alessandro. —Sonríe, todo dientes y nada de calidez—. Solo le hacía compañía a tu encantadora esposa. Parecía abandonada.

Mi mano encuentra su garganta antes de que pueda pensarlo conscientemente y lo estampo contra la columna de mármol más cercana. La fiesta no se detiene —la violencia en estos eventos es de esperar—, pero hay un sutil cambio en la atención.

—Vuelve a tocar a mi esposa —digo en voz baja, con la presión justa en su tráquea para que jadee— y le enviaré pedazos de ti a tu madre hasta que se le acaben las lágrimas. ¿Entendido?

Asiente frenéticamente y lo suelto. Cuando me doy la vuelta, Frances me observa con una expresión que no puedo descifrar. No es miedo, no es gratitud. Es otra cosa. Algo que hace que se me caliente la sangre.

—Baila conmigo —ordeno, no es una pregunta.

Viene sin dudarlo y la llevo a la pista, quizá con más brusquedad de la necesaria. La orquesta toca algo lento y clásico, obligándonos a acercarnos. Su mano en la mía es más vacilante de lo que esperaba, más delicada. Huele diferente a las otras mujeres de aquí: sin perfumes abrumadores, solo algo limpio y suave que me hace querer inclinarme más cerca.

—No tenías que hacer eso —dice mientras nos movemos juntos.

—Ahora eres una Rosetti. Nadie toca mis cosas.

—¿Incluso si no las quieres?

La pregunta me pilla desprevenido. La miro. —¿Qué te hace pensar que no te quiero?

Se ríe, una risa suave y amarga. —Dejaste tus sentimientos bastante claros en el auto.

Giramos y la acerco más, lo suficiente como para sentir que se le corta la respiración. —¿Lo hice?

—Dijiste…

—Sé lo que dije. —Mi mano se extiende por la parte baja de su espalda, sintiendo su calor a través de la seda—. Pero no eres lo que esperaba, Frances.

Algo parpadea en sus ojos. ¿Miedo? —¿Qué esperabas?

—Lágrimas. Berrinches. Exigencias de atención, de afecto, del cuento de hadas que te prometieron. —La hago girar, trayéndola de nuevo contra mi pecho—. En cambio, escuchas a viejos aburridos contar historias de guerra. Insultas a mis examantes con una sonrisa. Ni siquiera te inmutas cuando casi estrangulo a alguien por tocarte.

—¿Debería inmutarme?

—La mayoría lo haría.

No responde. La canción termina, pero no la suelto. Parece que no puedo hacer que mis manos la dejen ir. Me mira con esos ojos oscuros que guardan secretos que de repente quiero descubrir.

—Alessandro. —La voz de Marco rompe el hechizo. Mi hermano está al borde de la pista de baile, con una expresión cuidadosamente neutral—. Los Conti quieren hablar sobre la situación del puerto.

Negocios. Siempre negocios. Suelto a Frances, ya extrañando el calor de su cuerpo contra el mío. —Espera junto a la barra. Ya vuelvo.

Ella asiente y se aleja con esa misma gracia cuidadosa, y me obligo a concentrarme en el asunto que tengo entre manos. La reunión con los Conti es predecible: quieren una porción más grande de las ganancias del puerto, les recuerdo por qué eso no va a suceder, todos se van descontentos pero vivos. Si mi recordatorio no funciona, tendremos que involucrar a Luca.

Cuando regreso a la barra, Frances no está.

La encuentro en la terraza, ayudando a un joven camarero que ha dejado caer una bandeja entera de champán. Está de rodillas con ese vestido carísimo, recogiendo los cristales con manos cuidadosas

mientras el camarero casi llora de alivio. Es una imagen tan extraña —la esposa de un mafioso haciendo trabajo de sirviente— que simplemente me quedo de pie y observo.

—Cuidado, princesa —digo—. Verte de rodillas con ese vestido me está dando ideas que no podemos llevar a cabo en una fiesta de los Marchetti. Son tradicionales en cuanto a las demostraciones públicas.

Levanta la vista, sorprendida, y solo por un instante, veo algo crudo en su expresión. Miedo. No de mí, sino de que la pillen. De que la vean.

—Es solo tela —dice, poniéndose de pie y alisándose la falda. El camarero se escabulle con los cristales rotos y nos quedamos solos en la terraza, con las luces de la ciudad extendiéndose bajo nosotros.

—La mayoría de la gente lo habría dejado encargarse.

—Sigues pensando que soy como la mayoría de la gente —dice, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios.

Me acerco más, atraído por algo que no puedo nombrar. —Pero no lo eres. La mayoría de la gente me aburre en cuestión de minutos. Tú has logrado mantener mi atención durante toda una noche. Eso es muy peligroso o muy prometedor. Posiblemente ambos. Eres un rompecabezas, Frances Hewson.

Se tensa. —Todo el mundo tiene secretos.

—¿Cuáles son los tuyos?

Me mira, y por un momento, creo que podría decírmelo. Que podría revelar cualquier verdad que esconde detrás de esas sonrisas cuidadosas y palabras medidas. Pero entonces la risa de Vivienne corta el aire nocturno y el momento se rompe.

—Tu novia te está buscando —dice ella, retrocediendo.

—No es mi… —Me detengo, frustrado. ¿Por qué le estoy dando explicaciones a mi esposa por conveniencia?—. Deberíamos irnos.

El viaje a casa es silencioso, pero es un silencio diferente al de antes. Cargado. Estoy hiperconsciente de cada uno de sus movimientos, de cada respiración.

Cuando llegamos al complejo, se vuelve hacia mí antes de salir. —Gracias. Por tu ayuda con Federico.

—Te lo dije. Nadie toca lo que es mío.

—Cierto. Protección de la propiedad. —Suena casi divertida—. Buenas noches, Alessandro.

Sale del auto antes de que pueda responder, caminando hacia la casa con esa misma gracia cuidadosa, dejándome con el sabor de su perfume y preguntas que no debería querer que me respondieran.

Me quedo en el auto un largo momento, pensando en las manos de Vivienne en mi pecho que se sintieron mal, en el cuerpo familiar de Bianca contra el mío que de repente no tuvo ningún atractivo. Pensando en mi esposa de rodillas, vestida de seda, ayudando a alguien por debajo de su estatus con una amabilidad instintiva.

Frances Hewson está ocultando algo. Y por primera vez en mi vida, quiero algo más que solo el cuerpo de una mujer.

Quiero sus secretos.

Quiero su verdad.

La quiero a ella.

La revelación es inoportuna, inconveniente e innegable. Mi esposa por conveniencia, la mujer a la que juré mantener a distancia, de alguna manera se me ha metido bajo la piel en una sola noche.

Mañana, investigaré. Mañana, mantendré la distancia.

Esta noche, me sirvo un whisky e intento no pensar en lo perfectamente que encajaba en mis brazos.

Esta noche, fracaso.

8 - Alessandro

Los gritos comienzan a las 2:45 a. m., y descubro que mi hermosa esposa tiene garras.

No metafóricas. Uñas de verdad que me arañan la mejilla cuando intento sujetar su cuerpo que se debate, sacándome sangre que brota caliente sobre mi piel. Está atrapada en alguna pesadilla que la tiene luchando contra demonios invisibles, con las sábanas enredadas en sus piernas como ataduras.

—¡Tommy! —El nombre se desgarra de su garganta, crudo y desesperado—. ¡Por favor, Tommy, no! Me portaré bien, trabajaré más duro, ¡no dejes que ellos…!

Se retuerce con violencia, casi cayéndose de la cama antes de que la atrape. Su piel arde con un sudor febril, el pelo pegado a la frente mientras lucha contra mi agarre con una fuerza sorprendente. Esta no es la criatura temblorosa que se estremece con mi tacto durante el día. Esta es alguien que ha aprendido a luchar por su supervivencia.

—Basta —ordeno en italiano, manteniendo la voz baja, estudiándola como evaluaría cualquier rompecabezas que necesite ser resuelto—. Frances. Despierta.

Pero no me oye. Su cuerpo se arquea, las manos arañan algo que no puedo ver, y grita de nuevo, un sonido que podría hacer añicos un cristal. —¡Tommy! No dejaré que te hagan daño, lo prometo, ¡haré lo que sea!

Interesante. Este Tommy inspira el tipo de lealtad que solo he visto en los lazos de sangre. El nombre me resulta familiar, algo de los preparativos de la boda, tal vez, aunque los Hewson mantuvieron la vida de su hija muy en privado. ¿Un hermano? ¿Un primo? La desesperada protección en su voz sugiere familia más que un amante, pero la idea de que cualquier hombre inspire tal devoción en ella hace que algo oscuro se enrosque en mi pecho. Encontraré a este Tommy y entenderé exactamente qué control tiene sobre mi esposa.

Intento despertarla suavemente de nuevo, con la mano en su hombro, pero ella golpea con un pánico animal. Sus uñas vuelven a

engancharse en mi mejilla, esta vez más profundo, y siento el sabor del cobre en mi labio por donde corre la sangre.

—Mierda —murmuro, esquivando otro manotazo—. A este ritmo, hará trizas algo más que mis camisas mientras duerme.

Las sacudidas se intensifican. Está luchando una guerra que no puedo ver, y perdiendo estrepitosamente a juzgar por los sonidos que se desgarran de su garganta.

Sus ojos se abren de golpe, pero no está realmente despierta. Las pupilas están dilatadas por el pánico, jadeando en busca de aire como si se estuviera ahogando. No reconoce la habitación, no me reconoce a mí. Su mirada se dispara salvajemente entre las ventanas y la puerta.

—¿Dónde…? —Su voz se quiebra—. ¡No, no, no!

Me acerco a su hombro, tratando de anclarla, pero se estremece con tanta fuerza que casi se cae de la cama. Cada músculo se tensa con mi tacto, su cuerpo preparándose para una violencia que espera, pero que no estoy ejerciendo. Todavía. La mujer ante mí ha sido condicionada a temer las manos de los hombres en la oscuridad.

—Frances, estás a salvo. —Las palabras se sienten extrañas en mi boca. No ofrezco seguridad. Ofrezco propiedad, control, peligro cuidadosamente gestionado. Pero ahora está hiperventilando, cada aliento más corto que el anterior, y mis tácticas habituales no funcionarán aquí.

Se presiona con más fuerza contra la cabecera cuando me acerco, como si pudiera desaparecer dentro de la madera. —Por favor — susurra, aunque no creo que sepa siquiera por qué está suplicando.

Esto es trauma, real y en carne viva, no el miedo ensayado que muestra durante el día. Lo que sea que le haya pasado, quienquiera que sea este Tommy, el daño llega hasta los huesos. No es mi novia serena en este momento. Es algo roto y con los bordes afilados, lista para cortar a cualquiera que se acerque demasiado.

Su respiración empeora, jadeos superficiales que harán que se desmaye si no se calma. Pero cada movimiento hace que se estremezca más, atrapada entre la pared y el monstruo que cree que soy.

—*Calma* —digo en italiano, y luego cambio de nuevo al inglés—. Respira, Frances.

Necesita un ancla. No consuelo, yo no doy consuelo, sino algo sólido para romper la espiral de pánico. Calculo el riesgo de más

arañazos contra la posibilidad de que hiperventile hasta quedar inconsciente, y luego la atraigo contra mi pecho a pesar de su lucha.

—*Tranquilla* —murmuro, el italiano viniendo de un recuerdo enterrado de la voz de mi madre durante las tormentas—. Escucha los latidos de mi corazón.

Al principio, lucha con más fuerza, el pánico la vuelve salvaje. Sus puños golpean débilmente mis hombros, pero me mantengo firme, con una mano acunando la parte posterior de su cabeza. —Solo escucha.

Esto es una debilidad: abrazarla, calmarla, dejar que marque mi cara con su terror. Nico le metería una bala a alguien tan dañado, lo llamaría misericordia. Pero sus dedos de repente dejan de empujar y, en cambio, se aferran a mi camisa, como si yo fuera la salvación en lugar de la condenación, y no soy capaz de apartarla. ¿Cuándo me convertí en el puerto seguro de alguien? ¿Cuándo empecé a querer serlo?

—Eso es, *cara*. —El término cariñoso se me escapa mientras su respiración comienza acompasarse con la mía—. Te tengo.

Algo se quiebra en mi pecho, probablemente una costilla por sus sacudidas. Al menos, eso es lo que me digo a mí mismo mientras su cuerpo deja de temblar gradualmente, mientras se acurruca inconscientemente más cerca de mi calor.

Mía. La palabra pulsa a través de mí con cada una de sus respiraciones. No solo legalmente, no solo físicamente, sino de esta manera rota y cruda que me hace querer encontrar a todos los que alguna vez la lastimaron y darles de comer sus propios dientes. Empezando por este Tommy que la hace gritar.

Se queda dormida así, acurrucada contra mi pecho con una confianza total que su yo despierta nunca permitiría. El peso de ella se siente extraño y necesario. Como si mi cuerpo hubiera estado esperando este peso específico para calmar algo inquieto dentro de mí.

Mi verga se endurece ante su completa rendición, incluso inconsciente. Estoy lo suficientemente enfermo como para desearla más cuando está indefensa, confiándome sus demonios mientras su cuerpo se amolda al mío. Esto no es protección. Es posesión con una máscara más amable. Pero si eso es lo que necesita para sobrevivir en mi mundo, llevaré cualquier máscara que sea necesaria.

Debería volver a mi estudio, revisar los horarios de envío de mañana. En cambio, la observo respirar, contando cada inhalación como cuentas de un rosario. El reloj antiguo en mi mesita de noche, comprado para su muñeca, parece vulgar ahora. Necesita más que bonitas cadenas. Aunque aun así se lo pondré, la marcaré de todas las formas posibles.

Sus dedos se aferran a mi camisa incluso dormida, sujetándose como si pudiera desaparecer. El gesto me afecta de maneras que no debería. Esta obsesión se está saliendo de mi control. Se suponía que ella iba a ser simple: una hermosa adquisición, una fusión hecha carne. Casarme con ella, acostarme con ella y luego pasar al siguiente cuerpo dispuesto. En cambio, se está convirtiendo en algo más, abriéndose paso bajo mi piel con cada temblor, cada lágrima, cada gesto inconsciente de confianza.

El amanecer se cuela por las ventanas, pintándolo todo de un dorado pálido. En el espejo frente a la cama, veo mi reflejo. Tres arañazos paralelos en mi mejilla izquierda, ya secos.

Dejarán cicatriz si no los trato. Pero al mirar las marcas, evidencia de sus garras ocultas, descubro que no quiero que se desvanezcan. Que dejen cicatriz. Que me recuerden que mi delicada esposa ha sobrevivido a cosas que quebrarían a la mayoría de la gente.

A la luz del día, mi familia las verá y sacará sus propias conclusiones. Que lo hagan. No necesitan saber que las pesadillas de mi esposa tienen garras, o que la sostuve a través de ellas como su demonio guardián personal.

Los arañazos laten con cada latido del corazón, un ritmo constante de dolor que me ancla en el presente. En una o dos horas, se despertará y verá lo que le ha hecho a mi cara. Se pondrá pálida, esos ojos marrones se abrirán de par en par con horror por el daño que su yo inconsciente infligió. Se disculpará, con la voz temblorosa, intentará curar las heridas con manos temblorosas.

La dejaré.

Me sentaré perfectamente quieto mientras ella aplica toques en la sangre con un algodón caro y un antiséptico que arderá como el fuego del infierno. La observaré morderse ese labio inferior carnoso mientras se concentra, inclinándose lo suficiente como para que pueda oler su piel: jabón y miedo y ese aroma subyacente que es

puramente suyo. Lo suficientemente cerca como para que su aliento roce mi mandíbula.

Susurrará «lo siento» una y otra vez, como si las disculpas pudieran deshacer la violencia. Como si yo quisiera que se deshicieran.

Y cuando haya terminado, cuando crea que ha hecho las paces, le sujetaré la muñeca antes de que pueda apartarse. La mantendré ahí, la dejaré sentir cómo su pulso se acelera bajo mi pulgar. Dejaré que vea cómo su proximidad pone dura mi verga, cómo sus suaves toques son más tortura de lo que jamás fueron los arañazos.

—Me marcaste —le diré, con la voz lo suficientemente baja como para hacerla temblar—. Me sacaste sangre mientras dormías.

Intentará disculparse de nuevo, pero presionaré mi pulgar sobre sus labios, silenciándola.

—Ahora vas a compensármelo. —La atraeré a mi regazo, la dejaré sentir exactamente lo duro que me pone—. ¿Y, Frances? Vas a usar esa dulce boca para algo mejor que decir «lo siento».

La idea de ella de rodillas, esos labios envueltos alrededor de mi verga mientras el sol de la mañana resalta los arañazos que dejó… joder. Mi mano se desliza hacia abajo para acomodarme, ya imaginando cómo se verá tragándomela hasta el fondo, con las lágrimas corriendo por su cara por el esfuerzo, mi mano enredada en su cabello.

Se mueve mientras duerme, presionándose inconscientemente más cerca, y murmura algo que suena casi como mi nombre. No Rosetti. No esposo. Solo «Alessandro», exhalado contra mi pecho como una confesión. Probablemente solo un resoplido.

Mi agarre sobre ella se aprieta por reflejo. Mañana, haré que lo diga mientras esté despierta. Haré que lo grite mientras esté enterrado dentro de ella. Haré que entienda que cada marca que deja en mí exige un pago, y siempre cobro lo que se me debe.

Los arañazos laten con un dolor renovado mientras sonrío.

Que dejen cicatriz. Son la prueba de que mi delicada esposa tiene garras, incluso si solo las muestra mientras duerme. Y mañana, cuando las trace con dedos temblorosos, tratando de sanar lo que ha hecho, le mostraré exactamente con qué clase de monstruo se casó.

Uno que se pone más duro con su violencia que con su sumisión.

Uno que quiere ser dueño de cada pesadilla, cada grito, cada súplica desesperada que cae de sus labios.

Uno que va a hacer que esté agradecida por ello.

9 - Emma

La camisa de Alessandro todavía está impregnada de su aroma cuando la robo en mitad de la noche, y sé que está despierto; nadie duerme tan quieto sin práctica.

Mis dedos tiemblan mientras levanto el algodón blanco de la silla donde la arrojó hace horas. La tela conserva su esencia como si fuera algo vivo, liberando esa colonia floral y almizclada que hace que mi cuerpo traicionero reaccione incluso en la oscuridad. Me quedo helada, observando la sombra de su figura en nuestra cama, esperando a que se mueva, a que me detenga.

Pero permanece perfectamente quieto. Demasiado quieto. El tipo de quietud que proviene de un esfuerzo consciente, no de un descanso inconsciente.

Me está dejando tomarla.

Darme cuenta de eso debería detenerme, debería enviarme corriendo de vuelta a las sábanas de seda o de regreso al baño para vestirme con mi propia ropa. En cambio, hace que algo rebelde se encienda en mi pecho. Si quiere jugar, fingiendo dormir mientras le robo la ropa, entonces yo también jugaré. Tomaré lo que necesito —esta armadura de algodón y su aroma— y escaparé al único lugar de esta mansión donde puedo respirar.

Se suponía que la ducha de medianoche me agotaría, que me ayudaría a dormir, pero solo me encendió aún más. Me deslizo la camisa sobre mi piel desnuda, cada botón es un pequeño acto de rebeldía. El dobladillo apenas me cubre los muslos, dejando mis piernas desnudas al aire fresco.

El suelo de mármol es hielo bajo mis pies descalzos mientras me deslizo como un fantasma hacia la puerta. Cada paso se siente como una respiración contenida, esperando que su voz me detenga, que su mano me agarre de la muñeca y me arrastre de vuelta a la cama. Pero no llega nada, excepto el ritmo constante de su sueño fingido.

La escalera de servicio me llama, mi secreto, descubierto mientras buscaba rutas de escape que no existen. Mi corazón late con

fuerza mientras subo hacia la azotea, hacia las estrellas, hacia lo único que todavía recuerda quién es Emma en realidad, debajo de esta actuación de ser Frances Hewson.

Las Perseidas están en su apogeo esta noche, y preferiría morir antes que perdérmelas por su culpa. Después de casi una semana como su esposa cautiva, necesito algo real, algo que existiera antes de que Alessandro Rosetti me reclamara.

La puerta de la azotea se abre a un jardín que me deja sin aliento. Lo descubrí hace dos noches, este oasis secreto sobre la jaula. Rosas y jazmines se enredan en los enrejados, su perfume se mezcla con el aire nocturno de Chicago: gases de escape, lluvia y peligro. Pero apenas noto la belleza cuidadosamente cultivada. Sobre mí, el cielo resplandece con estrellas fugaces, las Perseidas en su apogeo.

Me hundo en un banco de piedra, el granito frío mordiéndome a través de la fina camisa, un bienvenido respiro después del caluroso día, e inclino el rostro hacia el infinito. Las constelaciones familiares me saludan como viejos amigos: Perseo colgando en el noreste, Andrómeda encadenada para siempre en el horizonte. La ironía hace que me duela el pecho.

—Ahí estás —le susurro a Casiopea, encontrando su distintiva forma de W—. Sigues en tu trono mientras el resto de nosotros nos arrastramos aquí abajo.

Un meteoro atraviesa la oscuridad, luego otro. Me abrazo las rodillas contra el pecho, la camisa de Alessandro se me sube por los muslos, la piel de gallina me eriza la piel expuesta. Por primera vez desde la boda, recuerdo lo que se siente ser yo misma. No la chica aterrorizada que interpreta a Frances Hewson. No la esposa temblorosa que aprende a anhelar el toque de su captor. Solo Emma, pequeña e insignificante bajo un cielo infinito.

Tommy se reiría si me viera ahora; su hermana, que le enseñó las constelaciones desde nuestra escalera de incendios, ahora atrapada en otro tipo de azotea, sin llevar nada más que la camisa de mi captor. La idea de él, encerrado en su propia jaula, hace que se me llenen los ojos de lágrimas.

Otro meteoro arde en los cielos, y cierro los ojos para pedir un deseo que sé que no se hará realidad. Deseo poder desaparecer en esa oscuridad y, finalmente, ser verdaderamente libre.

—¿Pidiendo deseos sin mí, *cara*?

Salto sobre mis pies al oír la voz de Alessandro, mi momento robado se hace añicos como un cristal. Todo mi cuerpo empieza a temblar; un temblor real y visible por el que me odio. Él emerge de las sombras junto a la puerta de la escalera, y me doy cuenta con un terror helado de que me ha estado observando todo este tiempo.

Por supuesto que me siguió.

No lleva nada más que bóxeres, su pecho es vasto y desnudo, la luz de las estrellas ondeando sobre él.

—No podía dormir —consigo decir, apretando su camisa alrededor de mi cuerpo como si el fino algodón pudiera protegerme de su mirada. El suelo está frío bajo mis pies.

—Así que robaste mi camisa. —Se acerca, cada paso deliberado, depredador—. Otra vez.

La forma en que dice «otra vez» hace que el pulso se me acelere tanto que me mareo. Este juego que hemos estado jugando —él fingiendo no darse cuenta, yo fingiendo que me salgo con la mía— de repente se siente peligroso de una manera diferente.

—Tenía frío —miento.

—¿Ah, sí? —Ya está lo suficientemente cerca como para que pueda ver los arañazos que le dejé en la mejilla anoche, todavía sanando—. ¿O solo querías algo mío envuelto en ese hermoso cuerpo?

Un trueno retumba en la distancia. El viento húmedo arrecia, haciendo que su camisa robada aletee alrededor de mis muslos, la tela se levanta lo suficiente como para dejar todo al descubierto debajo. Sus ojos siguen el movimiento y algo cambia en su expresión, el hambre se mezcla con la curiosidad.

Me hace retroceder hacia el borde de la azotea, el murete bajo es lo único que hay entre una caída de doce metros y yo. Mis pies descalzos raspan contra la piedra áspera, pequeñas piedrecillas se clavan en mis plantas mientras retrocedo, pero no hay a dónde ir.

—Esa camisa me pertenece —dice en voz baja, sus ojos recorriendo mi cuerpo con un calor posesivo que hace que mi piel arda—. Todo en esa habitación me pertenece. —Su mirada vuelve a la mía—. Todo en esta casa me pertenece.

Incluyéndote a ti. No lo dice, pero las palabras penden entre nosotros como una cuchilla presionada contra mi garganta.

—Tienes suerte de que sea yo quien te haya encontrado aquí arriba —continúa, su voz se vuelve más oscura.

—Te la devolveré —susurro, mi voz tiembla tanto como mis manos.

—Oh, lo harás. —Su sonrisa es oscura, peligrosa—. Pero primero, quiero saber por qué mi esposa se escapa de nuestra cama para comunicarse con las estrellas en lugar de decirme lo que necesita.

La tormenta se acerca más rápido ahora, la electricidad crepita en el aire entre nosotros.

—Las Perseidas —digo, desesperada por desviar su atención de mi casi desnudez—. Están en su apogeo esta noche. Las he observado todos los años desde que tenía siete. Era… era todo lo que tenía.

—¿En serio? —Se acerca más, lo suficiente como para que pueda sentir el calor de su cuerpo igualando el aire húmedo de la noche—. ¿Y qué saben los Hewson sobre astronomía?

El nombre falso me duele, recordándome la mentira en la que vivo. Pero algo rebelde se enciende en mi pecho a pesar de mi terror. —Sé que Perseo rescató a Andrómeda de las cadenas. Sé que Casiopea fue castigada por su vanidad. Sé que las lluvias de meteoros son solo escombros de cometas, una hermosa destrucción que se quema en nuestra atmósfera.

—Interesante. —Su mano se alza para juguetear con el cuello de su camisa, donde se abre en mi garganta—. Hablas de cadenas y castigos como si los entendieras. Dime, esposa, ¿te sientes encadenada?

Un trueno estalla justo encima de nosotros, tan fuerte y repentino que salto hacia adelante sin pensar, directamente a los brazos de Alessandro. Su pecho es sólido y cálido contra el mío, sus manos automáticamente me sujetan la cintura para estabilizarme. Por un momento, nos quedamos congelados así: yo aferrada a sus hombros, él sosteniéndome contra él, su camisa como única barrera entre mi cuerpo desnudo y su pecho desnudo.

—¿Asustada por un pequeño trueno? —Su voz retumba a través de su pecho hasta el mío.

—No estoy asustada —miento, incluso cuando otro estruendo me hace apretarme más contra él.

—¿No? Entonces no te importará quitarte mi camisa. Después de todo, me la robaste. Es hora de pagar las consecuencias.

La sangre se me hiela. —¿Qué?

—Me oíste. —Sus pulgares me acarician las costillas a través del algodón—. Quítatela. Ahora. En mi mundo, el robo tiene

consecuencias. Incluso para las esposas bonitas.

—No puedo… No llevo… —Las palabras se disuelven mientras todo mi cuerpo tiembla con más fuerza.

—Sé exactamente lo que no llevas puesto. —Su voz se vuelve más oscura, más hambrienta—. Lo supe cuando robaste mis camisas hace dos noches. ¿Pensaste que no me daría cuenta? ¿Que no sentiría la tela todavía impregnada de tu aroma cuando la encontrara por la mañana?

Un relámpago nos ilumina y veo la verdad en sus ojos. Dejarme pensar que tenía libertad cuando en realidad solo estaba actuando para una audiencia de uno.

—Por favor —susurro, mis dedos aferrando la camisa cerrada en mi garganta.

—Esa no es una palabra de seguridad, *cara*. Eso es solo suplicar. —Sus dedos encuentran el primer botón—. Y en mi mundo, las súplicas solo hacen que los hombres como yo tengan más hambre.

El botón se suelta bajo sus dedos. Luego el segundo. El tercero. El aire húmedo se desliza por la abertura, denso contra la piel acalorada, y él inhala bruscamente mientras un relámpago revela una franja de piel desnuda desde la garganta hasta el ombligo.

—Joder —respira, y sus manos tiemblan ligeramente mientras se ciernen sobre el cuarto botón.

—Nunca he… —Mi voz se quiebra—. Nadie nunca ha…

—¿Nunca qué? —Levanta la vista bruscamente.

—Nunca he… —Señalo mi cuerpo, incapaz de decirlo en realidad —. Te has acostado con muchas mujeres, pero yo…

Algo cambia en su expresión, el hambre depredadora se mezcla con una sorpresa genuina. —Cristo, Frances. ¿Eres virgen?

Su mirada nunca abandona mi cuerpo mientras desabrocha el último botón.

La camisa cuelga abierta ahora, los relámpagos y las sombras pintan mi piel expuesta en un crudo relieve. Tiemblo tan fuerte que casi me castañetean los dientes. La lluvia comienza: gotas gordas y tibias que empapan rápidamente el algodón blanco hasta que se vuelve transparente y se adhiere a mi cuerpo. Sus ojos se oscurecen mientras observa cómo la tela se amolda a mis senos, mis pezones duros y visibles a través del material mojado.

—Mírate —murmura, sus dedos se deslizan por el borde abierto de la camisa sin apenas tocar la piel—. Sin actuar, sin fingir, solo

pura y genuinamente aterrorizada y excitada. ¿Tienes idea de lo que eso me hace? ¿Cuántas mujeres han fingido inocencia en mi cama, y aquí estás tú, la de verdad, temblando como una hoja en mi camisa?

Otro trueno estalla, y la lluvia me quema los labios mientras jadeo en busca de aire, saboreando el metal y el ozono.

En lugar de arrancarme la camisa como esperaba, Alessandro la cierra para cubrirme. El gesto es tan inesperado, tan diferente de lo que anticipaba, que solo puedo mirarlo en estado de shock.

—Eres diferente —dice con brusquedad, sus manos suaves mientras ajustan las solapas de la camisa, aunque puedo sentirlas temblar de contención—. Las otras… ellas conocían el juego. Sabían lo que estaban intercambiando, lo que yo estaba comprando. Pero tú…

La lluvia empapa su pecho, dibujando sus músculos con un brillo glorioso, pero él no se da cuenta. Su atención está completamente en mí, en mantener su camisa cerrada alrededor de mi cuerpo a pesar de la obvia erección en sus pantalones.

—Debería estar tomándote aquí mismo —continúa, con la voz tensa—. Inclinada sobre esta cornisa, enseñándote exactamente lo que les pasa a las chicas que me roban. Eso es lo que haría mi antiguo yo. Lo que quiero hacer.

—Entonces, ¿por qué…?

—¡Porque no eres como ellas! —Las palabras explotan de él—. No estás actuando. Esto no es un acto de virgen calculado para aumentar tu precio. Eres genuina… realmente inocente. Y una vez que destruya eso, una vez que te corrompa por completo, nunca podré recuperarlo.

La admisión parece costarle algo. Retrocede, dándome un espacio que no quiero, y puedo verlo reconstruir su control ladrillo por ladrillo.

—Quiero corromperte —dice en voz baja, la lluvia cayendo por su rostro—. Quiero enseñarle a ese hermoso cuerpo cada cosa pecaminosa de la que es capaz. Quiero verte deshacerte con mis dedos, mi lengua, mi polla. —Cada palabra hace que el calor pulse entre mis muslos a pesar de mí misma—. Pero no así. No cuando estás aterrorizada y semidesnuda en una azotea.

Toma una decisión en ese mismo momento, visible en la postura de sus hombros. Sus manos se mantienen suaves mientras sostiene

la camisa cerrada, mientras me guía hacia la puerta. —Vamos adentro antes de que te dé neumonía.

—¿Por qué te importa? —La pregunta se me escapa antes de que pueda detenerla.

Se detiene en la puerta, mirándome con una expresión que no puedo descifrar. —Porque eres mía para protegerte, incluso de mí mismo. Y porque cuando finalmente te tenga —y te tendré, Frances —, quiero que lo desees. Quiero que lo supliques con esa dulce boca, no que tiembles bajo la lluvia como una virgen sacrificial. —Su voz se reduce a un gruñido—. Aunque la imagen de ti como mi sacrificio personal tiene su atractivo.

La promesa en su voz me hace estremecer por razones completamente diferentes. Él se da cuenta, por supuesto. Alessandro se da cuenta de todo sobre las respuestas de mi cuerpo.

Su mano se posa en la parte baja de mi espalda mientras me conduce al interior, el calor de su palma ardiendo a través de la camisa mojada. Cada paso por las escaleras se siente como descender de nuevo al cautiverio, pero algo ha cambiado entre nosotros. Se ha cruzado alguna línea invisible.

—La próxima vez que quieras mirar las estrellas, *stellina* —dice mientras llegamos a la puerta de nuestra habitación—, pídeme que te acompañe.

—¿Te importa la astronomía? —No puedo ocultar mi sorpresa.

—Me importa saber qué hace que mi esposa se escape de la cama a las 2 de la mañana. —Su pulgar me acaricia la columna, enviando escalofríos no deseados a través de mí—. Me importa entender qué pone esa luz en tus ojos. Incluso si eso significa estar de pie bajo la lluvia escuchando sobre Perseo y Andrómeda.

No puedo evitarlo, tengo que preguntar. —¿*Stellina*?

—Estrellita —dice sin mirarme, esa mano cálida todavía apoyada en la parte baja de mi espalda, balanceándose con cada paso que doy.

Mi pecho se oprime. —¿De verdad las verías conmigo?

—Haré más que verlas. —Abre la puerta del dormitorio, guiándome adentro con esa mano siempre presente en mi espalda—. Te compraré un telescopio. Demonios, te compraré un observatorio entero si eso significa que dejarás de robar mis camisas y de correr a las azoteas sin mí.

—No quiero...

—Sé lo que quieres. —Me gira para que lo enfrente, sus dedos suaves mientras enmarcan mi rostro, aunque siento la violencia apenas contenida en su toque—. Quieres tu libertad. Quieres ser tú misma, no esta actuación. Quieres salvar a los que te importan y desaparecer entre esas estrellas que tanto amas.

La sangre se me hiela ante sus palabras. ¿Lo sabe? Siento las rodillas débiles, y solo sus manos en mi rostro me mantienen en pie.

—Pero aquí está la cosa, *stellina*. —Su pulgar roza mi pómulo, atrapando una gota de lluvia o quizás una lágrima—. Estás empezando a desear algo más también. Puedo sentirlo en la forma en que tu cuerpo responde al mío. Lo veo en la forma en que te inclinas hacia mi toque incluso cuando tu mente grita que corras.

Tiene razón. La parte más peligrosa de esto no es que él quiera poseerme. Una parte de mí quiere dejar que lo haga. Quiere saber cómo se sentiría dejar de luchar, rendirse a esta oscura hambre que crece entre nosotros.

—Duerme un poco —dice, retrocediendo—. Te ves cansada.

Me siento extrañamente despojada por la distancia, mi cuerpo ya extrañando su calor.

Mientras me dirijo al baño para cambiarme, me detiene con una palabra.

—Aquí. Eres mi esposa. Ya he visto tu cuerpo. Te cambias aquí.

Tímidamente, me quito su camisa mojada y la cuelgo con cuidado sobre la silla. Me observa con esa misma mirada hambrienta. Pero ahora hay algo más. Curiosidad. Interés genuino.

—¿Alessandro? —susurro mientras me meto bajo las sábanas.

—¿Sí, *stellina*?

—Gracias. Por la camisa.

Su sonrisa es lenta, peligrosa, llena de oscuras promesas. —No me des las gracias todavía. Aún voy a corromperte. Solo que me tomaré mi tiempo. Haré que desees cada cosa pecaminosa que le haga a ese cuerpo inocente. Haré que ruegues por tu propia destrucción.

El calor se acumula entre mis muslos, mi cuerpo ya me traiciona con su entusiasmo por saber exactamente cómo se siente la corrupción en sus manos.

Mientras los truenos retumban afuera y la lluvia azota las ventanas, cierro los ojos y trato de no pensar en cómo su contención

de esta noche se sintió más peligrosa que cualquier amenaza. Porque ahora sé que no solo está jugando con su comida.

La está saboreando.

10 - Alessandro

Mi esposa hace que todas las demás mujeres de esta sala parezcan niñas jugando a disfrazarse.

La constatación se asienta en mis entrañas, satisfactoria y peligrosa. Han pasado cuatro días desde que la encontré en la azotea con mi camisa robada, empapada por la lluvia y temblando, y todavía no puedo quitarme la imagen de la cabeza. La columna de piel expuesta desde el cuello hasta la suave y vellosa maraña en la parte superior de sus muslos se reproduce en mi mente una y otra vez. La gala de esta noche en el Four Seasons debería distraerme. En cambio, verla moverse entre la élite de Chicago solo agudiza mi obsesión.

Su vestido esmeralda se ciñe a unas curvas que hacen que se me contraiga la verga cada vez que se mueve. Todos los hombres de la sala siguen sus movimientos, y sus esposas le lanzan miradas asesinas mientras fingen sonreír. Los candelabros de cristal pintan su piel de oro.

Pero algo ha andado mal desde el primer día. Esas manos callosas que noté en nuestra noche de bodas. La forma en que gritaba por alguien llamado Tommy en sus pesadillas. Cómo se encogía cuando los sirvientes en casa la llamaban Sra. Rosetti, como si el título no le quedara bien. Esta noche solo confirma lo que he estado atando cabos.

—¿Caviar? —Un camarero aparece con una bandeja de plata, esas pequeñas perlas negras brillando.

Mi esposa arruga la nariz. —¿Hueva de pescado? No, gracias.

La esposa del alcalde, de pie a nuestro lado, suelta un jadeo. El sonido resuena en las columnas de mármol, y las cabezas se giran hacia nosotros. Deslizo mi brazo alrededor de la cintura de mi esposa, atrayéndola hacia mí con la fuerza suficiente para que tenga que recuperar el aliento. —Mi esposa prefiere las descripciones sencillas para todo. Nos mantiene a todos honestos.

La esposa del alcalde ríe nerviosamente, pero sus ojos se entrecierran con el tipo de sospecha que se extiende por los círculos sociales como la pólvora. Otro paso en falso social que se suma a la creciente lista. Primero el tenedor de la ensalada, empezando por el de dentro en lugar del de fuera, como alguien que aprendió los modales en la mesa por adivinanza y no por cuna. Luego llamó a la esposa del gobernador por su nombre de pila, sin darse cuenta de que la mujer exige su título incluso a sus amigos.

Cada error confirma lo que esas callosidades ya me habían dicho: sea quien sea esta mujer, nunca ha vivido en el mundo de Frances Hewson.

—¡Dios mío, Frances Hewson!

Ambos nos giramos. Una rubia vestida de Dior prácticamente rebota hacia nosotros, con una sonrisa lo suficientemente brillante como para cegar. Pero cuando se acerca, frunce el ceño confundida.

—Perdón —dice la rubia—. Creí que eras alguien con quien fui a la escuela. —Se aleja con una expresión confusa.

Me giro para examinar a mi esposa. Evita mi mirada hasta que le tomo la barbilla con la mano y le levanto la cabeza. El silencio se extiende como una cuchilla al desenvainarse. Las manos de mi esposa comienzan ese temblor revelador, el que ha ido empeorando durante toda la noche.

Abre la boca, la cierra y luego consigue decir: —Me he cortado el pelo, por eso no me ha reconocido. Qué tonta.

Mentirosa.

—Entonces llámala —la desafío—. Llama a tu amiga para que puedan recordar viejos tiempos en Suiza.

Pero no puede. Porque nunca estuvo allí.

La verdad encaja con la satisfacción de una bala en la recámara.

Alejo a mi temblorosa esposa de la multitud, a través de unas cortinas de seda hasta una alcoba de mármol diseñada para conversaciones privadas. O interrogatorios.

—Alessandro…

—No. —La apoyo contra la fría columna de mármol, acorralándola con mi cuerpo. Lo suficientemente cerca como para que su perfume se mezcle con el sudor del miedo, creando algo que hace que se me endurezca la verga a pesar de la gravedad del momento—. Te están temblando las manos.

—Solo estoy nerviosa…

—Inténtalo de nuevo, *stellina*. Y esta vez, no insultes mi inteligencia. —Mi pulgar encuentra su garganta, presionando contra su pulso acelerado. El ritmo golpea contra mi piel, veloz como el de un conejo por el pánico—. He sabido que algo andaba mal contigo desde nuestra noche de bodas, cuando vi esas callosidades en tus palmas. Desde que gritabas en tus pesadillas. Desde que te encogías cada vez que alguien te llamaba Frances.

Ahora todo su cuerpo tiembla, presionado entre el mármol y yo. Esos ojos oscuros que han estado atormentando mis sueños se abren de par en par con terror. Terror de verdad, no el simple nerviosismo de antes.

—Por favor…

—«Por favor» no es una respuesta. —Presiono con más fuerza su pulso, sintiéndolo aletear como un pájaro atrapado—. Llevas su vestido, sus diamantes, duermes en mi cama, pero no eres Frances Hewson. ¿Quién eres?

Se le escapa una lágrima que rueda por su mejilla. Intenta apartar la mirada, pero le sujeto la barbilla, obligándola a mirarme a los ojos.

—Toda socialité nacida en este mundo sabe qué tenedor usar —continúo—. ¿Pero tú? Tú eres algo completamente diferente. Así que te lo preguntaré una vez más: ¿quién demonios eres?

Intenta una vez más salvar la situación, sus labios se separan con otra mentira. —He estado fuera tanto tiempo…

Mi pulgar presiona más fuerte. —Ya hemos superado eso, pequeña mentirosa. Dime la verdad o llamo a Marco ahora mismo. Dejaré que él la extraiga a su manera. Probablemente le pedirá ayuda a Luca.

La presa se rompe. Se desploma contra el mármol, solo mi mano en su garganta la mantiene erguida, y las palabras brotan entre sollozos.

—Emma —dice sin aliento—. Me llamo Emma Pitt. Yo era… soy… era una sirvienta en la casa de los Hewson.

Las palabras impactan con la fuerza de una revelación. Una sirvienta. Me casé con una maldita sirvienta jugando a ser señorita, ni siquiera una amiga o prima de Frances Hewson, solo personal doméstico. Si Marco descubre este engaño, si la alianza Hewson se desmorona, todo lo que he construido para demostrar mi valía se derrumba.

—Frances se escapó la noche antes de la boda —continúa, las lágrimas ahora corren libremente, el rímel negro abriendo surcos en sus mejillas—. La señora Hewson me encontró fregando el suelo y se dio cuenta de que me parecía lo suficiente a su hija como para engañar a todo el mundo. Me amenazó… dijo que si no lo hacía, si no fingía ser Frances y me casaba contigo…

—¿Por qué? —Mi voz sale más áspera de lo que pretendía, áspera y cruda—. ¿Por qué aceptarías eso? ¿Tan ansiosa por dinero y vestidos de seda? ¿Por diamantes y fiestas de élite? ¿Todo para mejorar tu posición en el mundo?

Incluso mientras las digo, las palabras suenan falsas. Esta mujer, sea quien sea, nunca se ha deleitado con los lujos que la rodean. Literalmente huyó del edificio la primera vez que la llevé a una boutique.

—¡No tenía elección! —Las palabras explotan de ella—. Tenía algo con qué presionarme, algo que destruiría a alguien a quien amo si me negaba. Así que me puse ese vestido de novia y me convertí en Frances Hewson. Te he estado mintiendo cada día, cada momento.

Por medio latido, ambos quedamos paralizados por la horrible claridad en el aire. Cada sílaba pende entre nosotros, afilada como una navaja.

La mano que había usado para inmovilizarla contra la pared cae, dejando una huella fantasma de su pulso aún latiendo en mi palma. Se desliza por la columna, elegante como un lirio marchito, su vestido esmeralda se amontona alrededor de sus rodillas. Por primera vez —la primerísima vez— me doy cuenta de que el cuerpo que tiembla frente a mí es una persona. No un peón. No una novia. Una persona, viva y en carne viva, con cada nervio expuesto y crispado.

Una persona que acaba de confesar haber destrozado mi orgullo, mis planes, mi nombre.

Mi visión se estrecha a un único y sofocante punto mientras la furia crece. Mi respiración sale en ráfagas cortas y castigadoras. El mundo fuera de esta alcoba se reduce a nosotros dos: yo, de pie sobre ella, un puño de furia encarnada; ella, encogiéndose en su piel prestada, agarrando la tela sobre su pecho como si pudiera ocultar la verdad. Los candelabros de afuera proyectan mil reflejos dorados sobre el mármol, pero aquí dentro, toda la luz es absorbida por el agujero negro de mi decepción.

—¿Alguien a quien amas? —gruño, las palabras me raspan la garganta.

No responde. O quizá no puede. Las lágrimas cubren su rostro, disolviendo su maquillaje y emborronándola hasta convertirla en algo más honesto, más mortal. La ilusión ha muerto. Todo lo que queda es el patético y pequeño fantasma de Emma Pitt.

Quiero romperla. Quiero romper la columna, esta habitación, el maldito Four Seasons entero, y reconstruirlo con la sangre y los huesos de mi propio dolor. Mis manos se cierran en puños, las uñas se clavan en mi piel formando medias lunas hasta que siento el sabor del hierro de mi propia sangre en la boca. Intento imaginar qué clase de hombre podría inspirar tal lealtad, tal locura, como para que una mujer deseche toda su identidad solo para protegerlo.

Todo esto por otro. Alguien a quien ama, joder.

La ira muta. Se convierte en algo más feo, más personal; una humillación que arde más que el odio. Me han tomado por idiota, una chica demasiado astuta y desesperada para amarme jamás.

—¿Esperas que te dé las gracias? —digo, con una voz cortante como el filo de una navaja—. ¿Por tu lealtad? ¿Por tus mentiras?

Cierra los ojos y deja que su cabeza golpee contra el mármol. —No —susurra—. Espero que me arruines. O que me mates. Ya no me importa.

Me inclino sobre ella, mi sombra la envuelve por completo. —Eso no me toca decidirlo a mí —digo, y las palabras saben amargas y verdaderas—. Tú te buscaste esto. Yo solo quería una esposa que pudiera estar a mi altura. En cambio, me diste un fraude.

Abre los ojos. Brillan con una nueva y peligrosa determinación, un desafío, incluso ahora, al borde de su propia destrucción. —Quizá te merecías un fraude —dice—. Quizá deberías analizar por qué una verdadera Frances preferiría huir antes que casarse contigo.

Por un largo y eléctrico momento, ninguno de los dos se mueve. La tensión vibra entre nosotros, un cable invisible tensado hasta el punto de romperse. Descubro que quiero volver a tomarla del cuello. Quiero apretar hasta que la verdad y las mentiras se extingan juntas, hasta que no quede nada más que silencio.

Pero el universo, en su infinita estupidez, elige este momento para intervenir.

La cortina de la alcoba se corre detrás de mí, y un tonto ebrio entra tropezando.

—Vaya, vaya —dice la voz—. ¿Alessandro Rosetti escondiendo a su esposa en su primer gran evento social?

Blair Wollstonecraft se materializa detrás de las cortinas de seda, con una sonrisa de hijo de senador pintada en su cara de niño bien. Parlotea sobre algo banal mientras mi esposa se pone de pie, limpiándose el maquillaje corrido de la cara. Su mano aterriza en el brazo de mi esposa antes de que pueda detenerlo, los dedos se curvan alrededor de su piel desnuda.

—Pareces disgustada, Frances —dice, ignorándome deliberadamente—. ¿Por qué no vamos a por una copa? O mejor aún, bailemos una pieza mientras Alessandro está ocupado con… lo que sea que sea esto.

Emma… ya no puedo pensar en ella como Frances… se estremece con su contacto. Ese pequeño movimiento, ese retroceso instintivo ante las manos de otro hombre, hace que algo primitivo ruja en mi pecho.

—Quítale la mano de encima a mi esposa. —Uso la voz grave que ha hecho que hombres hechos y derechos se meen encima.

La sonrisa de Blair se ensancha. —Vamos, aquí todos somos amigos. Estoy seguro de que a Frances le encantaría…

Me muevo antes de que termine la idea. Mi mano se envuelve alrededor de su muñeca, aplicando una presión precisa hasta que suelta a Emma con un chillido. Luego lo arrastro fuera de la alcoba, a través de una puerta, directamente al baño de hombres.

Los accesorios de mármol y oro brillan bajo la dura iluminación mientras cierro la puerta detrás de nosotros. El olor a colonia cara no puede enmascarar el sudor del terror que ya le perla la frente.

—Qué coño, Rosetti…

Mi puño conecta con su estómago, dejándolo de rodillas sobre las baldosas italianas. Jadea, intentando recuperar el aliento, emitiendo sonidos húmedos de ahogo que resuenan en las paredes. Agarro su mano, la que la tocó, y extiendo sus dedos contra el suelo de mármol.

—Déjame explicarte algo sobre la propiedad —digo en tono conversacional, colocando su dedo índice—. Cuando algo me pertenece, es absolutamente mío.

El dedo se rompe con un sonido como el de un lápiz al partirse. Su grito resuena en el mármol, agudo y patético.

—Ese es uno. —Paso al dedo corazón, dejando que lo vea venir—. Mi esposa no está disponible para copas, bailes, o cualquier otra cosa

que tu patética mente haya imaginado.

Otro chasquido. El hueso atraviesa la piel esta vez, salpicando de sangre el mármol blanco.

—Dos. —El dedo anular a continuación, tomándome mi tiempo—. No la miras. No le hablas.

El crujido es más húmedo esta vez. Ahora solloza, con los mocos corriéndole por la cara.

—Tres. —Guardo el meñique para el final, dejando que lo anticipe —. Y nunca, jamás, vuelves a tocarla.

La rotura final es casi anticlimática. Blair Wollstonecraft se derrumba en el suelo del baño, acunando su mano destrozada.

—La próxima vez —digo, pasando por encima de él para lavarme las manos, viendo el agua rosada arremolinarse por el desagüe—, te arranco el brazo entero. Luego empiezo con tu verga.

Cuando salgo del baño, Emma está esperando en el pasillo. Debió habernos seguido, debió haberlo oído todo a través de la puerta: los gritos, el sonido de los huesos rompiéndose, mis promesas de violencia futura. Espero horror, asco, miedo al presenciar lo que realmente soy.

En cambio, me mira como si nunca me hubiera visto antes. Sus pupilas están dilatadas, el pecho sube y baja rápidamente, y puedo olerlo: su excitación mezclándose con su perfume. Está mojada por verme destruir a un hombre por tocarla.

—Le rompiste los dedos —dice en voz baja, la voz cargada de algo oscuro—. Por tocarme.

—Rompería más que eso. —La atraigo hacia mí, presionándola contra la pared. Mi verga está dura contra su estómago, y veo cómo sus pupilas se dilatan aún más—. ¿Sientes eso? Eso es lo que me provoca defenderte. Y a juzgar por cómo acabas de apretar los muslos, estás igual de afectada.

No lo niega. No puede, cuando su cuerpo me lo dice todo: el rubor que se extiende por su garganta, la forma en que se le corta la respiración, cómo se arquea inconscientemente hacia mí.

Me inclino, mis labios rozando su oreja. —Nadie te toca excepto yo, esposa. No me importa cuánto los ames, joder.

Frunce el ceño, confundida o molesta, no me importa cuál.

En ese mismo momento, juro que encontraré a ese imbécil de Tommy y haré que se familiarice con los gusanos. Puede que ella nunca me quiera, pero nunca, jamás, lo tendrá a él. Lo haré pedazos,

articulación por articulación, y lo meteré bajo tierra, aunque me odie por ello para siempre.

11 - Emma

—Tommy.

El nombre cae de los labios de Alessandro como una cuchilla mientras estoy rebuscando en el cajón de su escritorio en busca de un teléfono, una llave, cualquier cosa que pueda conectarme con el mundo exterior.

Me quedo helada, con los dedos todavía alrededor de un abrecartas que ahora se siente patéticamente inadecuado. Él ha estado de pie en el umbral de la puerta, observándome, completamente vestido con un traje de color carbón mientras yo no llevo nada más que su camisa de anoche. La luz de la mañana corta las cortinas, pintando duras líneas en su rostro.

—Hablas en sueños, Emma. —Mi verdadero nombre sigue al de Tommy como un puñetazo en el estómago—. Es fascinante lo que la gente revela cuando cree que está a salvo.

Mi corazón martillea con tanta fuerza que estoy segura de que puede oírlo desde el otro lado de la habitación. El enfrentamiento de la gala todavía resuena en mis huesos: los gritos de Blair Wollstonecraft, los nudillos ensangrentados de Alessandro, mi vergonzosa excitación ante su protección.

No sé cuántos días han pasado desde que se lo conté todo. El tiempo no avanza en línea recta aquí, no en esta tumba de cristal y acero, no cuando estoy esperando que caiga la guillotina con cada paso que oigo en el pasillo. Quizás tres días. Quizás cinco.

Sigo esperando que entre y diga: «Marco lo sabe», y entonces estaría muerta, o desaparecida, o tal vez finalmente libre, pero hasta ahora solo ha habido silencio.

Alessandro no me mira de la misma manera que antes; el ardor ha desaparecido, reemplazado por algo que se siente como una mano enguantada alrededor de mi garganta. Cada noche me acuesto despierta, con su camisa puesta —nunca mi propia ropa— y el aire frío pulsa desde las rejillas de ventilación como si intentara

asfixiarme. Es casi gracioso cómo lo único más cálido que la luna es el hombre al que más debería temer.

Intento consolarme recordando la forma en que me protegió en la gala, interponiendo físicamente su cuerpo entre el de Blair y el mío. Pero cada vez que lo revivo en mi mente, me quedo atrapada en la forma en que sus manos se demoraron en mi cintura, la forma en que me estabilizó como si yo fuera algo raro y frágil. Me quedo atrapada en las cosas que sentí en ese momento, la vergonzosa y morbosa emoción mientras la violencia de Alessandro se convertía en mi santuario.

Ahora, bajo la nítida luz que expone cada moretón e imperfección, me doy cuenta del poco control que he tenido sobre algo desde que entré en su mundo. Incluso ahora, con el abrecartas en la mano, sé que no soy una amenaza para él. Nunca lo fui.

Dice mi nombre de nuevo, más suave esta vez —Emma— y me estremezco, incapaz de ocultar el filo tembloroso de mi voz cuando finalmente hablo.

—¿Tommy quién? —pregunto, tragando saliva, mis dedos todavía aferrados al abrecartas como si fuera mi único salvavidas.

Alessandro cruza la habitación con pasos medidos, cada uno deliberado. El sonido de sus caros zapatos contra el suelo de madera se siente como una cuenta regresiva para mi ejecución.

—Deja de mentir, sirvienta —dice, deteniéndose justo fuera de mi alcance. Su voz es peligrosamente suave—. Dime quién es Tommy y por qué vale la pena destruir nuestras vidas.

La pregunta queda flotando en el aire entre nosotros. Podría mentir de nuevo, pero ¿qué sentido tiene? Alessandro ya sabe que no soy Frances. Sabe que estoy viviendo una vida prestada en una piel prestada. La única carta que me queda es Tommy, y puedo ver en los ojos de Alessandro que no se detendrá hasta saberlo todo.

Suelto el abrecartas, sabiendo que es inútil. ¿Contra qué? ¿Contra él? ¿Contra la verdad? Ya no lo sé. Siento las piernas débiles, así que me apoyo en el escritorio, tratando de parecer casual cuando no hay nada casual en ser acorralada por un hombre que rompe dedos por deporte.

—Es mi hermano —digo finalmente, las palabras raspándome la garganta—. Tommy es mi hermano.

Algo parpadea en el rostro de Alessandro: sorpresa, luego cálculo. No esperaba esto.

—Tu hermano —repite, probando las palabras—. No un amante.

—Por Dios, no. —La idea es tan absurda que casi me río a pesar de la tensión.

Alessandro se detiene, reevaluándome con esos ojos fríos que no se pierden nada. —Tu hermano —repite, probando las palabras como si las saboreara en busca de mentiras—. La baza que la señora Hewson tenía en tu contra.

Asiento, tragando contra la opresión en mi garganta. —Está en la cárcel. Ella prometió sacarlo si yo… si me convertía en Frances.

—¿Y si te negabas?

—Se aseguraría de que nunca más viera la luz del día. —El recuerdo de su fría sonrisa me hace estremecer—. Tiene jueces en el bolsillo. Jefes de policía. Alcaides de prisiones. Guardias que lo lastimarían, que lo matarían si no aceptaba casarme contigo.

Observo su rostro, buscando juicio. En cambio, algo cambia en su expresión, la curiosidad se transforma en algo más complejo.

—Has tenido pesadillas sobre él todas las noches —observa—. Gritando que serás buena, que te esforzarás más. ¿Con qué amenazaron con hacerle?

—Con todo. —Se me quiebra la voz—. Los guardias de allí son brutales. La señora Hewson tenía contactos, podía convertir su vida en un infierno o proporcionarle protección con una sola llamada. Lo dejó claro: interpreta a Frances a la perfección o mira a mi hermano morir en un motín carcelario.

La mandíbula de Alessandro se tensa. Acorta la distancia entre nosotros, atrapándome contra el escritorio. Puedo oler su colonia, sentir el calor que irradia de él.

—Así que todo esto —hace un gesto entre nosotros, hacia la cama deshecha visible a través de la puerta contigua, hacia mi cuerpo en su camisa—, ¿fue solo parte de tu sacrificio por Tommy?

Hay algo crudo en su pregunta, algo que no puedo definir del todo. Debería mentir. Debería decirle que sí, que todo lo que he hecho —cada caricia, cada jadeo, cada momento de rendición— fue solo para proteger a mi hermano. Pero estoy cansada de mentiras.

—No —susurro—. No todo.

Sus ojos se oscurecen. Levanta la mano y me encojo, esperando violencia. En cambio, sus dedos rozan mi mejilla con una sorprendente delicadeza.

—¿Qué partes fueron reales, Emma Pitt? —Su voz se vuelve más baja, más áspera—. Dime exactamente qué no fue mentira.

Se me corta la respiración. La verdad se siente peligrosa, más peligrosa que cualquier cuchillo o abrecartas.

—La forma en que te respondí —admito—. Esa noche en la gala, cuando lastimaste a Blair… Debería haberme horrorizado. Pero no lo hice.

Su pulgar delinea mi labio inferior. —¿Qué más?

—Cuando me tocas —continúo, el calor inundando mi rostro—. Me olvido de fingir. Me olvido de ser Frances.

Los ojos de Alessandro nunca se apartan de los míos, buscando engaño. Al no encontrar ninguno, su expresión cambia a algo más hambriento, más posesivo.

—Una sirvienta que lo sacrificó todo. —Lo dice lentamente. Su voz no conlleva juicio, solo observación—. Tu identidad, tu libertad, tu futuro. Todo para proteger a tu hermano.

—Es todo lo que me queda. —La confesión me cuesta algo—. Nuestra madre murió cuando éramos pequeños. Nuestro padre desapareció. Tommy y yo, solo nos teníamos el uno al otro. Y ahora está encerrado porque trató de protegerme de… —Me detengo, tragándome el resto.

—¿De qué?

—No importa. Lo que importa es que me necesita viva. Y yo lo necesito a él.

Alessandro me estudia durante un largo momento, su pulgar frotando ausentemente su mandíbula donde mis arañazos han sanado. —¿De cuánto es su sentencia?

—Tres años más. —La cifra se siente como una vida entera—. La señora Hewson prometió conseguirle protección, tal vez libertad anticipada, si interpretaba mi papel lo suficientemente bien.

—¿Y le creíste?

—¿Qué otra opción tenía? —Se me quiebra la voz—. Ella tenía todo el poder. Yo no tenía nada, excepto un rostro lo suficientemente parecido al de su hija como para engañar a una capilla llena de familias de la mafia.

Extiende su mano bruscamente. —Ven conmigo.

—¿A dónde?

—Solo ven. —Hay algo diferente en su voz ahora. No es ira, no es cálculo. Algo que no puedo identificar del todo.

Tomo su mano a regañadientes, dejando que me aleje de la pared. Mis dedos encuentran los suyos como si estuvieran magnetizados, como si mi cuerpo ya hubiera elegido lo que mi mente todavía combate. Los callos en su palma, de las armas, de la violencia, de alguna manera se sienten como seguridad contra mis propias manos desgastadas de sirvienta. No comenta sobre mis piernas desnudas o la forma en que su camisa apenas me cubre. En cambio, toma la chaqueta de su traje de la silla y la pone sobre mis hombros, un gesto inesperadamente gentil.

—Pantuflas —dice, señalando un par junto a la puerta—. El suelo está frío.

La consideración me confunde más de lo que lo haría la ira. Me las pongo y lo sigo a través de la silenciosa mansión, subiendo por las escaleras de servicio que descubrí esa primera noche. El corazón me late con fuerza mientras subimos hacia la azotea, hacia mi santuario.

Cuando abre la puerta, me quedo sin aliento.

Allí, entre las rosas y el jazmín del jardín, hay un telescopio. No un telescopio cualquiera: una belleza de latón antiguo de la década de 1960, del tipo que solo he visto en los libros de astronomía que me dejó mi abuela. Del tipo con el que soñaba mientras le describía las constelaciones a Tommy a través de nuestra escalera de incendios.

—¿Cómo…?

—Me hablaste de las estrellas esa noche bajo la lluvia. —Me guía hacia adelante con una mano en la parte baja de mi espalda—. Sobre ver las Perseidas cada año desde que tenías siete. Sobre cómo era todo lo que tenías.

Me acerco al telescopio con manos temblorosas, pasando los dedos por el latón liso, las lentes impecables. Ha sido perfectamente restaurado, posicionado para mirar al este, donde los planetas matutinos todavía son visibles.

El telescopio brilla a la luz de la mañana como una hermosa trampa. Quiero romperlo, rechazar esta amabilidad que me costará todo. Pero mis manos traidoras ya están acariciando el latón, mi corazón ya calculando qué estrellas le mostraré esta noche. ¿Cuándo me convertí en alguien que cambia su alma por latón y cristal?

—Alessandro, esto es… —Me faltan las palabras.

—Hice que lo entregaran anoche mientras dormías. Costó un poco de trabajo. Los telescopios antiguos no son fáciles de conseguir con poca antelación. —Ajusta ligeramente el ángulo, con

movimientos sorprendentemente seguros—. También hice que dejaran esto.

Me entrega un diario encuadernado en cuero, con páginas en blanco y esperando. Dentro de la portada, una nota con su letra: «Para tus observaciones - A.R.».

—Escuchaste. —Las palabras salen llenas de asombro—. Esa noche en la azotea, realmente escuchaste.

—Siempre escucho, *stellina*. —Se para detrás de mí mientras miro por el ocular, su calor bloqueando el viento de la mañana. Su pecho se presiona contra mi espalda, sólido y cálido. Siento los latidos de su corazón a través de la fina camisa, firmes donde el mío se acelera como un pájaro atrapado—. Te sorprendería lo que la gente revela cuando cree que nadie está prestando atención.

A través del lente, Venus brilla intensamente en el cielo matutino, más hermoso de lo que jamás lo había visto. Este regalo, este regalo reflexivo y perfecto, quiebra algo dentro de mí. Todas mis barreras, toda mi cuidadosa distancia, se desmoronan ante esta inesperada amabilidad.

—Te acordaste —susurro, todavía mirando a través del telescopio —. Te acordaste de mis sueños.

—Este telescopio —murmura contra mi oído— tiene un sensor de movimiento y una cámara. Así que siempre sabré cuándo subes aquí para escapar de mí. Cada vez que busques las estrellas, lo sabré. Te observaré observándolas.

La violación que supone aquello me repugna y me excita. El calor se acumula entre mis muslos ante la idea de que supervise incluso mi soledad.

—Mira —digo, ajustando el telescopio hacia el horizonte oriental, tratando de recuperar algo de control—. Ese es Venus, la estrella de la mañana. Y allí —muevo el ángulo ligeramente—, ese es Júpiter. Con este telescopio se pueden ver cuatro de sus lunas.

—Cuéntame más. —Su voz es suave detrás de mí, un interés genuino reemplazando su habitual tono calculador.

—En unas pocas horas, desaparecerán con la luz del día, pero ahora mismo están perfectos. —Me enderezo, girando para enfrentarlo—. Los antiguos griegos pensaban que los planetas eran dioses que vagaban entre las estrellas. Venus era Afrodita, Júpiter era Zeus.

—¿Y qué pensaba Emma? —Usa mi nombre real con delicadeza, como si lo estuviera saboreando, viendo cómo encaja entre nosotros ahora que ambos lo reconocemos.

—Emma pensaba que eran rutas de escape. —La honestidad me sorprende a mí misma—. Cada vez que las cosas se ponían mal, cuando mi madre murió, cuando arrestaron a Tommy, encontraba un lugar alto y oscuro y trazaba constelaciones. Como si quizás, si las estudiaba con suficiente atención, pudiera seguirlas a otro lugar.

—¿Y ahora?

—Ahora no sé qué pensar. —Miro mis manos que se aferran al telescopio—. Le rompiste los dedos a un hombre por tocarme. Guardaste mi secreto cuando podrías haberme destruido. Y ahora esto —hago un gesto hacia el regalo que debe haber costado miles—. Ya no te tengo terror.

—¿Pero?

—Eso es lo que me asusta. —La confesión se siente peligrosa—. No tenerte miedo.

Su mano sube para acunar mi rostro, el pulgar rozando mi pómulo con una delicadeza devastadora. El jazmín del jardín se mezcla con su colonia hasta que no puedo separar la belleza del peligro. —¿Quieres saber qué me asusta a mí, Emma?

Mi nombre verdadero en su boca hace que se me corte la respiración. —¿Qué?

—Lo mucho que quiero mantenerte a salvo. Cómo la idea de ti con un amante llamado Tommy me hizo querer sacarle los ojos y comérmelos con fresas. —Su pulgar desciende, recorriendo mi mandíbula—. No soy un buen hombre. He hecho cosas que te harían salir corriendo y gritando. Pero contigo…

—¿Conmigo qué?

—Contigo, haces que quiera ser mejor. No bueno, ya estoy demasiado perdido para eso. Pero mejor. —Se inclina más cerca, su frente casi tocando la mía—. ¿Conoces la historia de Perseo y Andrómeda?

—Por supuesto. Perseo salvó a Andrómeda del monstruo marino.

—Incorrecto. —Su sonrisa es suave, peligrosa—. Perseo reclamó a Andrómeda. Mató a cualquiera que intentara quitársela. Esa es la verdadera historia: no un rescate, sino una posesión.

Retrocedo ligeramente, reconociendo la advertencia en sus palabras. En cambio, me encuentro buscando su mano de nuevo,

nuestros dedos entrelazándose como si pertenecieran a ese modo.

—No soy Andrómeda —susurro.

—No —concuerda él—. Eres mucho más peligrosa. Eres la mujer que me hace querer darte todo, incluso mi control cuidadosamente guardado. Cada estrella que nombras, cada constelación que trazas, todas se vuelven mías por extensión. Porque eres mía, Emma. Tus sueños, tus miedos, la seguridad de tu hermano: todo es mío para protegerlo o destruirlo.

La gratitud y el terror luchan dentro de mí. Este hombre, este hombre peligroso y violento, me ha dado el primer regalo que fue verdaderamente mío. No de Frances, no algo para mantener una fachada, sino algo para Emma. Para la chica que amaba las estrellas.

—Gracias —digo, y lo digo en serio a pesar del conflicto que me desgarra por dentro—. Por el telescopio. Por guardar mi secreto. Por…

—¿Por no ser el monstruo que esperabas?

—Por ser exactamente el monstruo que esperaba —corrijo—. Solo que… uno considerado.

Me atrae más cerca, su mano libre posándose en mi cintura. Su mano se desliza por mi muslo, deteniéndose justo antes de la indecencia. —Muéstrame lo agradecida que estás, *stellina*. Un día, me dejarás probar esa gratitud en tus labios, en tu garganta, donde sea que elija reclamarla.

Mi coño se contrae con una necesidad que odio sentir. —Alessandro…

—¿A menos que prefieras agradecérmelo ahora? —Su pulgar acaricia más arriba, y tengo que agarrarme al telescopio para mantenerme en pie.

—Quiero darte el universo, Emma. Cada estrella, cada planeta, cada constelación que alguna vez has soñado con ver. Solo tienes que dejarme.

La oscura promesa que subyace en sus palabras me hace temblar.

12 - Emma

El telescopio que me regaló atrapa los rayos del sol del atardecer detrás de mí, hermoso y sofocante a la vez. Todo en este observatorio de la azotea me recuerda su consideración, su control, cómo presta atención a lo que amo y lo usa para atarme más fuerte.

Hay cosas que ni siquiera el matrimonio con la mafia puede borrar. Sarah, mi mejor amiga de la infancia, la única persona que conoció a Emma antes de que se convirtiera en nadie y, luego, en alguien completamente diferente.

La puerta de la azotea se abre con ese silencio particular que delata a Alessandro. Todo mi cuerpo se pone rígido, sorprendida en el acto de intentar conectar con mi pasado.

—Te ves perdida, *stellina*. —Su voz cruza el jardín, suave pero ineludible.

No me muevo. No me doy la vuelta. Mirarlo hace que pensar sea más difícil, me hace olvidar por qué necesito recordar quién era Emma.

—Solo estoy pensando —le digo a la ciudad que se extiende a mis pies, a las rosas, a cualquier cosa menos a él.

—¿Sobre qué?

—Sobre quién solía ser. —La honestidad nos sorprende a ambos.

Sus pasos se acercan, el costoso cuero italiano apenas susurra contra la piedra. —¿Y quién era esa persona?

—Alguien que tenía una amiga llamada Sarah. Alguien que se sabía su propio número de teléfono, su propia dirección, su propio apellido sin tener que pensar cuál se supone que debo usar.

Se detiene a mi lado, sin tocarme, pero lo suficientemente cerca como para sentir su calor. Su mirada cae sobre el teléfono en mi mano. —¿Sarah? Quieres llamarla.

No es una pregunta. Él siempre sabe lo que quiero antes de que lo pida, quizá antes de que yo misma lo sepa.

—Sí.

—Entonces llámala. —Saca su celular del bolsillo y me lo entrega —. Estaré escuchando, pero puedes llamar.

Su indiferente violación a mi privacidad hace que el calor se acumule en mi vientre ante su completo control, mi cuerpo ya entrenado para su posesión. Por supuesto que va a monitorear la llamada. Nada en esta casa sucede sin el conocimiento de Alessandro.

Marco el número de todos modos, desesperada por una voz que me conociera antes de convertirme en suya.

Sarah contesta al tercer timbre. —¿Hola?

—Sarah, soy yo. Soy Emma.

El silencio se extiende en la línea, y luego: —¿Emma? ¡Dios mío, Emma! ¿Dónde has estado? ¡Simplemente desapareciste de la casa de los Hewson, sin ninguna explicación, nada! Penny me dijo que te esfumaste una noche.

Sarah, al ser amiga de otra sirvienta de los Hewson, se habría enterado de mi repentina partida a través de la red de sirvientes. Miro a Alessandro, que está apoyado en el marco de la puerta. Sus ojos nunca abandonan mi rostro, leyendo cada microexpresión como un mapa hacia mi alma.

—Me casé —digo, y las palabras me saben extrañas—. Fue repentino.

—¿Casada? ¡Emma, si ni siquiera tenías novio! A menos que… — Su voz baja de tono—. ¿Estás bien? ¿Pasó algo? ¿Estás embarazada?

—No, nada de eso. —La interrumpo antes de que pueda acercarse demasiado a la verdad—. Es complicado.

—¿Complicado cómo? Emma, suenas asustada.

Fuerzo una risa que me suena hueca incluso a mí. —No estoy asustada. Mi esposo es… es bueno conmigo.

—Tu esposo. —Lo dice como si estuviera saboreando veneno—. Emma, ¿con quién te casaste?

Hago una pausa por un momento, buscando la aprobación de mi esposo, quien asiente.

—Alessandro Rosetti —digo finalmente.

El silencio esta vez es ensordecedor. Cuando Sarah habla de nuevo, su voz tiembla. —¿Emma, Alessandro Rosetti? ¿El de la mafia de verdad? Amiga, dicen que una vez disolvió a un hombre en ácido por tocar su auto. ¿Qué estás haciendo?

—No puedes decírselo a nadie —suelto de repente.

—¿Te está haciendo daño? Amiga, iré a buscarte. O… o nos vemos para tomar un café y tendré un auto esperando.

Mi espalda se endereza, y palabras que no esperaba salen de mi boca. —No es así. Es gentil conmigo, me da cosas. Me regaló las estrellas. Me compró un telescopio porque mencioné una vez que amaba la astronomía.

—¡Escúchate! ¿Estás defendiendo a un hombre que te posee?

Dios, tiene razón. ¿Cuándo me convertí en la mujer que defiende a un criminal?

—Ahora soy otra persona —digo en voz baja—. Frances Rosetti. Así es como todos creen que me llamo.

Alessandro se mueve contra el marco de la puerta, observándome mientras navego esta conversación. Oírme explicarle todo a Sarah añade otra capa a nuestra extraña realidad.

—¿Frances? Emma, ¿en qué te has metido?

—No puedo explicarlo todo. Solo necesitaba oír una voz familiar, recordar que Emma existía antes de todo esto.

—¡Claro que existías! ¡Existes ahora! Solo porque un criminal rico te vistió de gala no significa…

—Él me protege —la interrumpo, sorprendiéndome a mí misma por la vehemencia—. Le rompió los dedos a un hombre por tocarme. Me está enseñando a ser más que invisible.

—Nunca fuiste invisible para mí —dice Sarah en voz baja—. Eras mi mejor amiga, la que me ayudó a superar la muerte de mi mamá. Emma, ¿y Tommy? ¿Ese hombre sabe siquiera de tu hermano?

—Lo sabe —digo en voz baja, consciente de la atención intensificada de Alessandro—. Lo sabe todo. Sobre Tommy, pudriéndose en la cárcel.

—¿Por qué se casó contigo? ¿Cómo te conoció? ¿Te obligó a esto?

Me río. —Un Rosetti no obliga a una sirvienta a casarse con él.

—Emma, esto es una locura…

—Tengo que irme —digo, al notar que Alessandro se aparta del marco de la puerta—. Solo necesitaba oír tu voz. Recuerda, no puedes decírselo a nadie.

—Emma, espera. Si necesitas ayuda, si necesitas escapar…

—No necesito escapar. —Las palabras salen seguras, confiadas, y me doy cuenta, con una náusea en el estómago, de que lo digo en serio—. Estoy exactamente donde se supone que debo estar. Cuídate. Te quiero.

Cuelgo antes de que pueda responder, antes de que su duda pueda infectar cualquier delirio que esté construyendo para sobrevivir a esto.

Alessandro me observa mientras paso a su lado sin mirarlo a los ojos. Ninguno de los dos habla sobre la llamada, sobre el horror de mi amiga, sobre mi defensa hacia él. El silencio se siente pesado con cosas que ambos estamos pensando, pero que no diremos.

Las promesas de anoche cuelgan entre nosotros como moretones de la mañana siguiente, invisibles pero sensibles al tacto. La corrupción que prometió bajo las estrellas sucedió de formas más pequeñas: su pulgar sobre mi pulso, su aliento en mi cuello, mi vergonzosa humedad ante su contención.

Deambulo hacia la sala de estar contigua a nuestro dormitorio, tocando objetos caros que pertenecen a la vida de otra persona. Una licorera de cristal que refleja la luz del arcoíris. Cortinas de seda que susurran riqueza con cada movimiento. Cada objeto me recuerda lo bajo que he caído del mundo de Emma. O lo alto que he ascendido, dependiendo de qué perspectiva importe.

Veo mi reflejo en el espejo de cuerpo entero y me quedo helada.

La mujer que me devuelve la mirada lleva un vestido de diseñador de seda azul oscuro. Unos aretes de diamantes atrapan la luz, el anillo de bodas pesa en mi mano, un brazalete de perlas rodea mi muñeca. Cada pieza me marca como suya, como la señora Rosetti, como cualquier cosa menos Emma, la sirvienta.

La mujer que me mira podría ser cualquier esposa de la mafia. Cara, vacía, existiendo solo como una extensión del poder de su marido. ¿Cuántas otras han estado donde yo estoy, viéndose a sí mismas desaparecer en el imperio de su esposo?

—No te reconozco —le susurro a la extraña con ropa de diseñador.

Mis manos tiemblan mientras me quito las joyas, cada pieza más pesada que la anterior. Primero los aretes, luego el brazalete; cada acto de quitármelos es como mudar una piel que nunca me quedó bien. El anillo de bodas se atasca, por supuesto que lo hace, y tengo que girarlo para que pase por mi nudillo. Hasta mi cuerpo traiciona a Emma, hinchándose para mantener las cadenas de la señora Rosetti en su lugar.

El vestido de diseñador susurra contra mi piel mientras me hundo en el sofá de terciopelo, una tela costosa que me habría

tomado meses pagar con mi salario de sirvienta. Incluso mi forma de sentarme ha cambiado. Espalda recta, tobillos cruzados, la postura de alguien que pertenece a lugares como este.

Hasta que me desplomo.

Alessandro me encuentra llorando en el sofá, mi maquillaje cuidadosamente aplicado corriendo en ríos negros por unas mejillas que ya no siento como mías. Se arrodilla a mi lado, con movimientos cuidadosos y controlados, como si se acercara a un animal herido.

—Dime —dice simplemente.

—No sé quién soy. —Las palabras salen entrecortadas—. Sarah escuchó a una extraña en el teléfono. Te casaste con alguien que no existe. Y me estoy convirtiendo en algo que no reconozco.

Su pulgar aparta una lágrima con una gentileza devastadora. —Estás mojada —observa, y ambos sabemos que no se refiere solo a las lágrimas. Mis muslos se aprietan involuntariamente, mi cuerpo responde a su proximidad incluso en medio de mi colapso. Esto es lo que me ha hecho: hacer que lo desee incluso cuando me estoy desmoronando.

—Eres mi esposa.

—Lo dices como si eso lo resolviera todo.

—¿Acaso no es así?

—Has tenido dos semanas para hacerme tuya. He tenido dos semanas para olvidar quién era. Ninguno de los dos ha terminado todavía.

Estudia mi rostro como si estuviera memorizando cada rastro de lágrimas. —Te estás convirtiendo en quien estabas destinada a ser. No la sirvienta, no la falsa heredera. Algo nuevo.

—Algo que tú estás creando. —No es exactamente una acusación.

—Algo que estamos creando. —Sus manos enmarcan mi rostro, obligándome a mirarlo a los ojos—. ¿Crees que el haberte reclamado no me ha alterado de maneras que nunca esperé?

La admisión nos sorprende a ambos. Alessandro Rosetti no admite cambios, ni que le afecten las cosas. Pero aquí está, arrodillado en una alfombra cara, ofreciéndole consuelo a la sirvienta con la que se casó por accidente.

—Lo estoy aceptando —susurro—. Esta vida, esta ropa, tú. Estoy aceptando convertirme en tuya, aunque sé que significa perder todo lo que fui.

—No perder. Transformar. —Me atrae hacia su pecho, y lo dejo, necesitando el ancla, aunque sea lo mismo que me está hundiendo—. Sigues siendo la chica que ama las estrellas. Sigues siendo la mujer que sacrificaría todo por su familia. Esas partes no desaparecen solo porque uses seda en lugar de algodón.

Su colonia se mezcla con algo más, pólvora, tal vez, o simplemente el aroma metálico de la violencia que se adhiere a hombres como él. Lo inhalo como una adicta, odiando la forma en que me hace sentir segura.

Sus brazos a mi alrededor se sienten como una combinación de seguridad y peligro, como el hogar y el exilio, todo a la vez.

—Sabes que soy tan tuyo como tú eres mía —dice—. Esa es suficiente verdad por ahora.

La palabra «suficiente» sigue resonando entre nosotros. Su posesión es suficiente para él. Pero la pregunta que arde en mi pecho, la que no puedo expresar, es si ser suya será alguna vez suficiente para mí.

—¿Pero es suficiente para mí? —La pregunta se me escapa antes de que pueda detenerla, susurrada contra su hombro, donde podría no oírla.

Lo hace, por supuesto. Alessandro lo oye todo, especialmente las cosas que no quiero decir.

Sus brazos se aprietan a mi alrededor, y por un momento pienso que me presionará para que le dé una respuesta. En lugar de eso, solo me abraza mientras me fragmento en pedazos. Emma, Frances, la señora Rosetti, ninguna de ellas encaja ya del todo.

—Ya lo resolverás, *stellina* —murmura contra mi cabello—. Decidirás quién quieres ser.

La ironía no se me escapa. El hombre que lo controla todo ofreciéndome esta única elección. Pero quizá de eso se trata. Quizá la única identidad que importa ahora es la que yo elija construir a partir de estos pedazos rotos.

Me aparto lo suficiente para mirarlo, a este hermoso monstruo que me está remodelando con cada día que pasa. —¿Y si elijo ser alguien que no te guste?

Su sonrisa es peligrosa y tierna a la vez. —Imposible. Cada versión de ti me pertenece.

Sus labios rozan mi frente, gentiles de una manera que hace que me duela el pecho.

—Muéstrame las estrellas esta noche —dice Alessandro contra mi cabello—. Muéstrame lo que Emma Rosetti ve en ellas.

Su mano se desliza de mi espalda a mi cadera, su agarre se tensa posesivamente mientras me pega por completo a él. Siento su erección presionando contra mi estómago, y mi cuerpo responde al instante, el calor acumulándose entre mis muslos.

—Y una noche, quizá no esta noche, pero una noche pronto, después de que me hayas mostrado cada constelación que amas —su voz baja a ese susurro peligroso que hace que todo mi cuerpo se contraiga de necesidad—, te enseñaré nuevas formas de ver las estrellas.

Se pone de pie, levantándome con él, sus manos abarcando mi cintura. Su boca encuentra mi oreja, su aliento caliente contra mi piel. —De rodillas, *stellina*. Bajo Perseo y Andrómeda. Donde aprenderás exactamente en qué nació para convertirse Emma Rosetti.

Mis piernas amenazan con ceder ante la oscura promesa en su voz. Su pulgar acaricia mis costillas, justo debajo de mi seno, y me arqueo hacia su toque sin querer.

—No más fingimientos, no más peleas —continúa—. Solo tú rindiéndote a lo que ambos sabemos que anhelas.

Su mano sube por mi garganta, los dedos la rodean suavemente pero con una posesión inconfundible. Mi pulso martillea contra su palma, y él sonríe esa sonrisa peligrosa que me humedece.

—Pronto, Emma, vas a suplicar por tu corrupción. Y voy a darte exactamente lo que necesitas. Lo que solo yo puedo darte. —Su pulgar presiona mi yugular—. Cada cosa oscura con la que has estado soñando desde nuestra noche de bodas.

No puedo respirar, no puedo pensar, solo puedo sentir la promesa de lo que está por venir. Las estrellas que una vez significaron un escape ahora se convierten en testigos de mi destrucción voluntaria.

—Pronto —susurro, y la palabra sella mi destino.

Su sonrisa se vuelve depredadora, satisfecha. —Buena chica.

13 - Alessandro

—No tienes que hacer esto, *stellina* —murmuro mientras nuestro Mercedes negro se acerca al cementerio de St. Mary, pero la mandíbula de Emma está tensa con la misma determinación obstinada que me llamó la atención por primera vez en nuestra noche de bodas.

Tony, mi chofer, atraviesa las puertas del cementerio con suavidad y toma la ruta larga mientras yo busco amenazas. Tres autos nos siguieron desde la mansión: dos de seguridad, como esperaba, y un sedán plateado que hace que mi mano se deslice hacia la Glock metida junto a mis costillas. El sol de la mañana traza ángulos agudos a través de los árboles, haciendo que todo parezca desnudo y expuesto. El clima perfecto para que los secretos se escapen por las grietas.

Emma está sentada a mi lado, vestida de negro de diseñador, con un velo que oscurece su rostro, pero no oculta el temblor de sus manos. La seda susurra riqueza con cada movimiento. Pero debajo de esa costosa armadura, Emma se está quebrando. La mujer real con la que me casé, no la actuación.

—Mariam era mi amiga —dice, con la voz firme a pesar de las lágrimas que sé que amenazan con salir—. Solíamos robar manzanas de la cocina a escondidas cuando la señora Panbury no miraba.

Estudio su perfil a través de la malla negra de su velo, a esta mujer que insiste en caminar hacia el peligro para honrar a una amiga muerta. La mayoría de las esposas en mi mundo ni siquiera sabrían los nombres de sus sirvientes, y mucho menos se arriesgarían a exponerse para asistir a sus funerales. La forma en que agarra su bolso, con los nudillos blancos por el dolor reprimido, hace que algo oscuro se enrosque en mi pecho. Cuando está vulnerable así, temblando con una emoción apenas contenida, mi polla se agita a pesar del lugar. Soy lo suficientemente retorcido como para empalmarme por su necesidad de mi protección.

—Los Hewson estarán aquí —le recuerdo, aunque ya lo sabe—. Te pondrán a prueba.

—Que lo hagan. —Ahora hay acero en su voz, el mismo acero que he estado descubriendo lentamente bajo su sumisión actuada—. Necesito despedirme.

El cementerio se extiende ante nosotros, las lápidas como dientes rotos contra el césped bien cuidado. Un viento seco de junio trae el olor a tierra recién removida y flores moribundas. Cerca de la parte trasera, donde las parcelas son más pequeñas y las lápidas más sencillas, un grupo de figuras vestidas de negro rodea un ataúd de madera. Nada elaborado, solo tablas de pino y manijas de latón que se empañarán en unos meses.

Observo a los dolientes reunidos mientras Tony se estaciona, mi mente ya calcula rutas de escape y posibles armas. Esa lápida podría romper un cráneo. El soporte funerario que sostiene las flores: metal, bordes afilados. Sirvientes de varias casas llenan el espacio, sus posturas hablan de largas horas y huesos cansados. Reconozco a varios de los preparativos de la boda, sus rostros pasan por un ciclo de confusión al ver lo que parece ser la hija de los Hewson saliendo de mi Mercedes.

—Recuerda —digo, tomando el brazo de Emma mientras salimos —, apenas la conocías. Una amable sirvienta que te traía el té. Nada más. Y no puedes dejar que ninguno de los otros sirvientes te vea la cara. Mantén el velo puesto.

Ella asiente, pero siento la tensión vibrar a través de su cuerpo donde se presiona contra el mío. Cada uno de estos sirvientes conoce a Emma, no a Frances. Cualquiera de ellos podría destruirla con un solo saludo fuera de lugar. Mis dedos se aprietan posesivamente en su brazo. La idea de que alguien la exponga hace que la violencia se acumule en mis entrañas, oscura y ansiosa.

Nos acercamos a la tumba lentamente, mi mano en la parte baja de su espalda. Que todos vean que Frances Rosetti está bajo mi protección.

—Señor y señora Rosetti —una de las sirvientas, una mujer mayor con manos gastadas por el trabajo, empieza a decir algo, y luego se detiene, la confusión nublando sus facciones al reconocer algo familiar, pero equivocado en el rostro de mi esposa.

—Mi esposa deseaba presentar sus respetos —digo suavemente, cortando cualquier reconocimiento que pudiera estar surgiendo. Mi

voz transmite el tipo de autoridad que precede a la violencia, que ha dejado a hombres desangrándose en callejones—. Una tragedia tan inesperada merece un reconocimiento.

La mujer retrocede.

Los Hewson llegan como buitres descendiendo sobre la carroña, su Town Car negro los descarga a veinte pies de donde estamos. La mirada de la señora Hewson se clava en Emma de inmediato, el cálculo afila sus facciones hasta convertirlas en algo depredador. Mis dedos anhelan la navaja en mi chaqueta, imaginando con qué facilidad se abriría la garganta de la señora Hewson, cómo su sangre se acumularía en sus zapatos de diseñador.

—¡Cariño! —La voz de la señora Hewson cruza el cementerio con una dulzura que no le llega a los ojos—. Qué considerada de tu parte al venir. Aunque me sorprende que recuerdes a nuestra pequeña Mariam.

La prueba comienza de inmediato. Siento la espalda de Emma enderezarse contra mi palma, su cuerpo preparándose para la batalla incluso mientras mantiene su pose de duelo. Joder, la forma en que se enfrenta a las amenazas hace que quiera doblegarla sobre la lápida más cercana y mostrarle exactamente lo que su valentía me provoca.

—Algunas amabilidades se quedan con una —dice Emma con cuidado, su inteligencia brillando a través de la actuación.

La señora Hewson agarra el brazo de Emma, sus uñas cuidadas se clavan con la fuerza suficiente para que vea a mi esposa estremecerse. Las marcas se convertirán en moretones, un daño deliberado disfrazado de afecto. Aprieto la mandíbula, la violencia se enrosca en mi pecho como un resorte demasiado tenso. He roto dedos por menos. Les he hecho tragar sus propios dientes a hombres por atreverse a marcar lo que es mío.

—Oh, sí —continúa la señora Hewson, apretando más fuerte—, ¿recuerdas esas encantadoras fiestas de té que tú y Mariam tenían? Ella te traía esas galletas especiales de la cocina, ¿las de lavanda?

Una mentira. Puedo verlo en el cruel giro de su boca, en la forma en que el señor Hewson se mueve incómodo detrás de ella. Están probando lo que Frances sabe, a lo que Emma accederá, qué tan bien puede jugar este juego. El olor a tierra fresca se mezcla con el perfume empalagoso de la señora Hewson, revolviéndome el estómago.

Emma inclina la cabeza ligeramente, su rapidez mental la salva. —El servicio de Mariam siempre fue… memorable.

Ni acuerdo, ni negación. Chica lista. Mi pequeña e inteligente mentirosa aprendiendo a navegar sus trampas.

—En efecto. —La sonrisa de la señora Hewson podría cortar el vidrio—. Esa lealtad en los sirvientes es rara en estos días. ¿No está de acuerdo, señor Rosetti?

—La lealtad lo es todo en nuestro mundo, señora Hewson. Al igual que los secretos que los sirvientes guardan sobre sus empleadores. —Dejo que mi mirada se desvíce significativamente hacia el ataúd de madera, y luego de vuelta a su rostro ahora pálido —. Es increíble lo que se llevan a la tumba. O no. Se sabe que soy muy… minucioso para extraer información de fuentes reacias.

Su rostro se queda sin color, los dedos aflojando su agarre en el brazo de Emma. Observo cómo su otra mano se aprieta en la correa de su bolso, los nudillos se vuelven blancos mientras el miedo reemplaza su confianza anterior. Está procesando mis palabras: ¿amenaza u observación? Ambas, en realidad. Depende enteramente de lo estúpidos que decidan ser.

—Hablando de sirvientes leales —continúo conversadoramente—, debe dormir muy profundamente sabiendo que los suyos han estado con usted durante décadas. Todos esos años de conocimiento acumulado sobre los… hábitos de su familia. Registros financieros, preferencias personales, esos medicamentos especiales que toma el señor Hewson que no son exactamente recetados.

El señor Hewson da un paso adelante, su propio miedo apenas oculto bajo su máscara de hombre de negocios. —Quizás deberíamos dejar que comience el servicio.

—Por supuesto. —Alejo a Emma de la presencia tóxica de la señora Hewson, notando las marcas rojas que ya se están formando en su brazo. Cada marca es una deuda que cobraré con intereses—. No quisiéramos retrasar el descanso final de nadie. Ni acelerar el de nadie más.

El sacerdote recita oraciones genéricas mientras estamos junto a la tumba. Emma mantiene la compostura a la perfección, la máscara de Frances es perfecta, la imagen ideal de una simpatía distante en lugar de un dolor personal. El sonido de la tierra golpeando el ataúd de madera resuena en todo el cementerio, cada golpe como un latido

de corazón en una cuenta regresiva hacia algo que se rompe. Hasta el momento en que todo cambia.

Tres niños emergen de detrás de otro doliente. El mayor, de unos ocho años, agarra las manos de dos gemelos que no pueden tener más de cuatro. Llevan ropa negra que no les queda bien, claramente prestada para la ocasión, sus rostros tienen esa mirada hueca de huérfanos recientes.

—Mamá —gimotea uno de los gemelos—. ¿Dónde está mamá?

A Emma se le corta la respiración, un sonido tan pequeño que solo yo lo oigo. A través del velo, veo que las lágrimas comienzan a caer, no las lágrimas decorativas del dolor actuado, sino una agonía genuina y profunda por los hijos de su amiga. Emma sangrando a través de la armadura de Frances. Todo su cuerpo comienza a sacudirse contra mí, temblando como lo hizo en nuestra noche de bodas, pero por razones completamente diferentes.

—Tres hijos —susurra, rota—. Tenía tres bebés y ahora…

La cabeza de la señora Hewson se gira bruscamente hacia nosotros, percibiendo la debilidad como un tiburón que huele sangre. Otros dolientes también están empezando a notarlo. ¿Por qué la princesa Hewson llora tanto por una sirvienta que apenas conocía?

No pienso. Simplemente me muevo, atrayendo a Emma contra mi pecho, usando mi cuerpo para proteger su genuino dolor de las miradas indiscretas. Sus lágrimas empapan mi camisa de inmediato, el calor de ellas quema a través del costoso algodón. Sus manos se aferran a mi chaqueta mientras intenta ahogar sus sollozos y, joder, su completa rendición a mi protección hace que mi polla se contraiga. Soy lo suficientemente retorcido como para ponerme más duro por su vulnerabilidad, por la forma en que confía en mí por completo en este momento.

—Aquí estoy —murmuro contra su cabello, lo suficientemente bajo para que solo ella me oiga—. Respira, *stellina*.

—Se mató trabajando para ellos —susurra Emma contra mi pecho, su dolor demasiado crudo para contenerlo—. Jornadas de dieciséis horas, sin quejarse nunca, solo tratando de mantenerlos alimentados y ahora están solos y…

—Chss. —La abrazo con más fuerza, una mano acunando la parte posterior de su cabeza, los dedos enredándose en su cabello. Para los observadores, debe parecer que estoy consolando a mi sensible

esposa, abrumada por la tragedia de unos niños sin madre. No necesitan saber que está de luto por alguien que realmente la veía como un ser humano. La forma en que tiembla en mis brazos, necesitándome no solo para protegerla, sino para consolarla. Joder, ¿cuándo empezaron sus lágrimas a sentirse como heridas?

La niña mayor, con la barbilla testaruda de su madre, mira a Emma con un reconocimiento que me hiela la sangre. Aparto a mi esposa de las miradas indiscretas.

—Tómate el tiempo que necesites —le digo, manteniéndola presionada contra mi pecho, sintiendo cada sollozo vibrar a través de mí—. Deja que piensen que eres sensible. Es mejor eso que la alternativa.

Ella asiente contra mi camisa, tratando de recomponerse. Las lágrimas siguen cayendo, y la abrazo más fuerte, diciéndome a mí mismo que es estrategia cuando en realidad su dolor hace que algo se resquebraje en mi pecho.

Regresamos al Mercedes lentamente, los otros dolientes se apartan a nuestro paso. Sus susurros nos siguen, preguntándose, cuestionando. Tony ya tiene el motor en marcha, siempre eficiente.

De vuelta en el Mercedes, el cristal de privacidad levantado entre nosotros y Tony, Emma finalmente está a salvo de miradas indiscretas. Se permite romperse por completo, los sollozos vienen en oleadas mientras la sostengo, mi brazo envuelto alrededor de sus hombros. Los asientos de cuero crujen mientras la acerco más, su cuerpo encaja contra el mío como si estuviera hecho para este espacio específico.

—Lo siento —dice entre lágrimas—. Casi lo arruino todo. La señora Hewson estaba mirando y no pude…

—Lo hiciste perfectamente —interrumpo, sorprendiéndonos a ambos con mi vehemencia. En mi mundo, mostrar emoción es una debilidad, algo para ser explotado o castigado. ¿Pero verla navegar por ese campo minado de dolor y engaño mientras los Hewson rondaban como depredadores?—. Honraste a tu amiga mientras mantenías tu tapadera. Eso requiere una fuerza que la mayoría de la gente no tiene.

Ella se aleja un poco, buscando en mi rostro. —¿No estás enojado?

—Estoy impresionado. —La admisión me sorprende, se siente extraña en mi lengua—. Te enfrentaste a una presión imposible y no

te quebraste. Emma y Frances sobrevivieron a eso. Ahora somos un equipo, *stellina*. Aliados contra todos los que quieran hacerte daño.

El coche se convierte en nuestro santuario, el cristal de privacidad asegura que nadie pueda presenciar este momento de cruda honestidad. Algo cambia en su expresión. La confianza florece donde solo había una dependencia desesperada. La transformación hace que se me revuelva el estómago, la excitación y la admiración se enredan de maneras que no quiero examinar.

—Los amenazaste. A los Hewson. Me protegiste de sus preguntas.

—Y haré más que amenazarlos si vuelven a presionar. —La promesa sale más oscura de lo previsto, bordeada por el tipo de violencia que normalmente mantengo a raya—. Les haría tragar sus propios dientes antes de dejar que te hagan daño de nuevo. ¿Viste cómo se pusieron tensos cuando mencioné a los sirvientes leales que guardan secretos? Están aterrorizados de lo que su personal pueda saber. Bien. El miedo hace que la gente sea cuidadosa.

—O peligrosa —dice Emma en voz baja.

—Que lo intenten. —Trazo las marcas que la señora Hewson dejó en su brazo, que ya se están volviendo moretones morados. Cada marca está catalogada, archivada para una futura represalia—. Te lo prometo, *stellina*, muy silenciosamente, sin que nadie sepa nunca por qué, pagarán por cada marca que te pongan. Cada lágrima que te provoquen. Cada momento de dolor. ¿A la señora Hewson le gusta su té de la mañana? Qué lástima si algo amargo se mezclara. ¿Los medicamentos del señor Hewson? Tan fácil ajustar las dosis.

Ella se estremece ante la fría certeza en mi voz, pero no se aleja. Si acaso, se inclina más cerca. —¿De verdad lo harías, no? ¿Hacerles daño por mí?

—Haría algo peor que hacerles daño. —La verdad pesa entre nosotros en la segura privacidad del coche—. Eres mía, Emma. Eso significa que tu dolor es mío, tus enemigos son míos, tu dolor es mío para vengarlo. Hasta el más pequeño moretón.

Chicago pasa por fuera, el horizonte de la ciudad es un borrón de vidrio y acero.

—Esos niños —dice Emma de repente—. Los hijos de Mariam. ¿Podemos… podrías tú…?

—Ya me encargué de eso —le digo, sacando mi teléfono para mostrarle las transferencias bancarias—. Un fideicomiso para cada

uno, administrado discretamente. Educación completa, gastos de manutención, todo. Nunca les faltará nada.

Nuevas lágrimas corren por sus mejillas, pero estas son diferentes. De gratitud en lugar de dolor. —Ni siquiera los conoces.

—Sé que le importaban a alguien que te importa a ti. —Le seco las lágrimas con el pulgar, la sal de ellas de alguna manera más íntima que un beso—. Con eso basta.

La rodeo con mi brazo más firmemente, sintiendo cómo se desvanece el último vestigio de su resistencia. Ella apoya la cabeza en mi pecho, rindiéndose por completo a mi protección. Y en este momento, con sus lágrimas en mi piel y el peso de su dolor en mis brazos, me doy cuenta de que haría cualquier cosa para mantenerla a salvo. No porque sea mi esposa o mi posesión, sino porque algo en mí necesita que ella sobreviva.

14 - Emma

El almuerzo de caridad para niños huérfanos se siente como una broma cruel cuando acabas de regresar del funeral de tu amiga, que era madre soltera.

Los candelabros de cristal derraman luz por todo el salón de baile de la Sociedad Histórica de Chicago, transformando a doscientas de las mujeres más influyentes de la ciudad en depredadoras resplandecientes. Veinte días de entrenamiento con Alessandro no me prepararon para esto. Estoy sentada en la mesa principal con mi traje sastre de falda color crema de Chanel, que Alessandro eligió esta mañana mientras sus dedos se demoraban en cada botón, vistiéndome como a una muñeca; intento recordar qué tenedor sigue.

—La generosidad de la familia Rosetti con los huérfanos es legendaria —dice efusivamente la mujer a mi derecha, sus diamantes atrapan la luz con cada gesto—. Su suegra habría estado muy orgullosa.

Asiento, sonrío y esquivo el tema. La madre de Alessandro está muerta, como bien sabría Frances. Emma se enteró por los chismes de la cocina. La mujer que se supone que soy existe en algún punto entre esas verdades.

Al otro lado del salón, Alessandro hace negocios cerca de la barra, pero sus ojos me encuentran cada pocos minutos. Vigilando. Protegiendo. Poseyendo. El peso de su mirada hace que mi piel se sonroje bajo la lana de diseñador y me hace apretar los muslos debajo de la mesa.

—Oh, mira —susurra mi compañera de mesa—, ahí viene la señora Rourke.

El nombre no significa nada para mí, aunque estoy segura de que debería. Observo a la mujer acercarse, de unos setenta y tantos años, con perlas y una sonrisa afilada como el invierno. Se mueve entre la multitud como Moisés separando las aguas, mientras los simples mortales se apartan de su camino.

—Señora Rosetti —dice, con una voz lo bastante potente como para llamar la atención—. Qué encanto conocer por fin a la misteriosa esposa de Alessandro.

Me pongo de pie para saludarla y de inmediato sé que he hecho algo mal. Entrecierra los ojos al ver cómo me levanto, con la rapidez de una sirvienta en lugar de con la elegancia de la alta sociedad. Su mirada se detiene en mis manos mientras ajusto la servilleta, la misma mirada calculadora que la señora Hewson solía lanzarme cuando inspeccionaba mi trabajo.

—Señora Rourke. —Le extiendo la mano, pero en su lugar me da un beso al aire; su perfume es empalagoso.

—Mi querida amiga Sofia me dice que acaba de regresar de Europa. ¿Pudo ir al Louvre? —pregunta, acomodándose en la silla vacía a mi lado como un gato que se prepara para jugar con su comida—. Una visita privada, naturalmente, para evitar las hordas.

—Por supuesto —consigo decir, la misma respuesta vaga que ha funcionado antes—. Me gustan las visitas nocturnas. Pone los cuadros bajo las mejores, eh, luces.

—En efecto. —Su sonrisa se ensancha ante mi torpe frase.

Sigo su mirada y observo mis manos aferradas a la delicada porcelana, ambas manos, como si temiera que se me escapara. Como una sirvienta protegiendo algo precioso que no es suyo. Siento que la cara me arde mientras ajusto mi agarre a una sola mano, con el meñique extendido, como he visto hacer a otras mujeres.

—Qué refrescante —continúa la señora Rourke, lo suficientemente alto como para que nuestra mesa la oiga— ver a alguien tan… indiferente a la formación en etiqueta tradicional.

Las mujeres que nos rodean ríen nerviosamente. Huelen sangre en el agua, pero no están seguras de quién.

Me obligo a enderezar la espalda, a canalizar el personaje que se supone que soy. —Prefiero la autenticidad al artificio.

—Como digo, qué refrescante.

Me tiemblan las manos al tomar el vaso de agua y casi lo tiro. Varias mujeres se dan cuenta y levantan las cejas.

—Cuidado —dice dulcemente la señora Rourke—. Estos cubiertos pueden ser muy abrumadores cuando no estás acostumbrada a ellos.

La atención de Alessandro se agudiza desde el otro lado de la sala. Lo veo disculparse en su conversación, pero la señora Rourke no ha terminado.

—Dígame —dice, con la voz impostada para que la oigan—, ¿cuál era su apellido de soltera? ¿Antes de convertirse en una Rosetti?

La pregunta pende como la hoja de una guillotina.

—Hewson —logro decir, pero se me quiebra la voz.

—Ah, sí, nuevos ricos. Supongo que eso lo explica. —La sonrisa de la señora Rourke se vuelve depredadora.

Las otras mujeres se inclinan, intuyendo un escándalo. El pecho se me oprime, la respiración se me entrecorta.

—Es fascinante —continúa, dirigiéndose ahora a la mesa— cómo el matrimonio cambia a la gente. Algunas se elevan a su nueva posición. Otras… —Su mirada me recorre de arriba abajo—. Bueno, el dinero no puede comprar la clase, ¿verdad?

Las palabras me hieren profundamente. Porque tiene razón. No pertenezco a este lugar, y nunca lo haré.

No puedo respirar. La habitación da vueltas ligeramente, todos esos rostros observadores se desdibujan. Tiene razón. No soy nadie. Una sirvienta con ropa robada, fingiendo ser alguien que importa.

—Disculpen —susurro, levantándome demasiado rápido. Mi silla raspa contra el mármol, el sonido haciendo eco.

—Oh, vaya —dice la señora Rourke con falsa preocupación—. Espero que no se sienta mal.

Huyo. No con elegancia, no con dignidad, sino con la desesperada velocidad de una presa que escapa de un depredador. Mis tacones repiquetean contra el mármol mientras corro hacia el baño, con la visión borrosa por las lágrimas que me niego a dejar caer hasta que esté sola.

La puerta del baño se cierra detrás de mí, amortiguando el ruido del salón. Me agarro al mostrador de mármol, mirando mi reflejo en el espejo con marco dorado. El mármol del baño se siente frío, perfecto, como todo en este mundo que no es realmente mío. Mi reflejo se fractura a través de las lágrimas.

Mírenme. Traje de Chanel. Diamantes en mi garganta. El pelo peinado por profesionales esta mañana. Y debajo de todo, sigo siendo nadie. Sigo siendo la sirvienta que aprendió a ser invisible, que fregaba este tipo de suelos, que no se merece nada de esto.

Mi respiración llega en jadeos cortos. Un ataque de pánico. Lo reconozco de las noches después de la muerte de mamá, cuando el peso de criar a Tommy sola me oprimía el pecho hasta que no podía respirar. Mis dedos buscan a tientas los botones de la chaqueta de

Chanel, desabrochándolos, intentando respirar. El borde del lavamanos se clava en mis palmas mientras lo agarro, necesitando algo sólido, algo real.

Siento que el traje me asfixia. Lana de diseñador, y me está estrangulando. La señora Rourke vio a través de él. Vio a la sirvienta debajo, a la nadie que juega a fingir.

La puerta se abre. Espero a otra mujer, que viene a ser testigo de mi humillación.

Pero es él.

Alessandro llena el umbral de la puerta, sus ojos verdes oscuros con algo entre la rabia y el hambre. Entra y oigo el clic del cerrojo detrás de él. El sonido me llega directamente a las entrañas a pesar de mi pánico.

—Stellina.

—No. —Retrocedo contra la pared, necesitando distancia—. Por favor, no.

—Te hizo llorar. —No es una pregunta. Aprieta la mandíbula, sus manos se convierten en puños a sus costados—. Esa perra amargada te hizo llorar.

—Dijo la verdad. —Las palabras se me escapan entre jadeos—. No soy nadie. Una don nadie de nuevos ricos jugando a disfrazarse. Fingiendo ser alguien.

—Basta. —Se acerca más, acorralándome contra la pared. El calor de su cuerpo hace que mis pezones se endurezcan a pesar de todo—. Basta ya mismo.

—No lo entiendes —sollozo, el pánico me vuelve imprudente—. Nunca quise todo esto. Ni el dinero, ni las fiestas elegantes, nada de eso.

—Lo sé. —Su voz es suave, peligrosa—. Déjame cuidarte.

Se arrodilla.

La escena me deja sin aliento. Alessandro Rosetti, que domina salones con una mirada, que hace temblar a hombres hechos y derechos, está arrodillado en el suelo del baño con su traje de Armani. La posición pone su cara a la altura de mis caderas, y mi coño se contrae ante las implicaciones.

—Qué estás…

—Adorando lo que es mío. —Sus manos encuentran mis muslos a través de la falda de Chanel, sus pulgares acariciando en círculos que me humedecen a pesar de mis lágrimas—. Eres lo más preciado de

mi mundo. ¿Entiendes eso? No el apellido que usaste en nuestra boda. Tú. Emma. Cualquier nombre que elijas.

—Alessandro.

—¿Esa mujer de ahí afuera? —Su voz baja a un gruñido que vibra a través de mis huesos—. No es nada. Polvo. Olvidada en el momento en que muera. ¿Pero tú? —Sus manos suben más, arrugando la falda de diseñador, las yemas de sus dedos encuentran la piel desnuda sobre mis medias—. Tú eres todo. Mi obsesión. Mi perfecta corrupción.

—No soy nadie.

Su boca se presiona contra la cara interna de mi muslo a través de las medias de seda, y mi protesta muere en un gemido.

—Eres mía —murmura contra mi piel, sus dientes rozando la delicada tela—. Y yo adoro lo que es mío. Déjame mostrarte lo que me haces, lo dura que pones mi verga con solo respirar.

Me sube la falda, revelando el encaje debajo. Francés, caro, elegido por él esta mañana. Ya lo estoy empapando, mi cuerpo me traiciona incluso en mi angustia. Sus ojos se oscurecen al ver la mancha húmeda extendiéndose por la delicada tela.

—Joder, mírate —gruñe—. Ya goteando por mí. Tu coño sabe a quién le pertenece, incluso cuando tu mente duda.

—No podemos. Aquí no.

—Podemos y lo haremos. —Sus dedos se enganchan en el encaje, bajándolo lentamente—. Voy a hacerte venir en mi lengua mientras doscientas mujeres están sentadas afuera. Vas a agarrar mi pelo y a cabalgar mi cara hasta que olvides el nombre de esa perra.

El encaje se desliza por mis piernas, enganchándose brevemente en mis tacones antes de que lo arroje a un lado. El aire fresco golpea mi coño expuesto, haciéndome temblar. Estoy completamente desnuda bajo la falda de diseñador ahora, vulnerable y anhelante.

—Separa las piernas —ordena, y mi cuerpo obedece antes de que mi mente pueda protestar.

Me mira desde sus rodillas, sus ojos verdes ardiendo de posesión. —Mírame adorarte. No cierres los ojos. Quiero que veas quién está de rodillas por ti.

Su boca encuentra mi lugar más íntimo sin previo aviso, su lengua se desliza a través de mis pliegues intactos en una larga caricia que hace que mis rodillas se doblen. Solo sus manos en mis

caderas me mantienen en pie mientras me presenta un placer que nunca he conocido.

—Oh, Dios —jadeo, mis manos vuelan a su pelo, agarrando los mechones oscuros, abrumada por esta primera invasión.

La sensación es impactante, extraña; este es un territorio que nadie ha explorado jamás. Me siento vulnerable, expuesta de una manera en que nunca antes lo había estado. Mi cuerpo le responde instintivamente, aunque mi mente todavía lucha por procesar esta nueva sensación.

—No soy Dios —gruñe contra el centro de mi inocencia—. Solo yo. Tu esposo, reclamando lo que ningún hombre ha probado antes.

Me trabaja con la lengua, alternando entre lamidas amplias y toques precisos sobre mi clítoris hinchado. Sin previo aviso, desliza dos dedos dentro de mí y los curva hacia adelante para encontrar ese punto que me hace ver estrellas. Los sonidos húmedos retumban en las paredes de mármol, obscenos, inconfundibles.

—Escucha lo mojada que estás —murmura, bombeando los dedos más rápido—. Este coño está jodidamente empapado para mí. Chorreando por mi mano. Vas a corrérte en toda mi cara, ¿verdad?

—Alessandro, por favor.

—¿Por favor, qué? —Succiona mi clítoris entre sus labios, haciéndome sollozar—. ¿Que te haga olvidar que alguna vez no fuiste mía? ¿Que te joda con la lengua hasta que grites? ¿Que te muestre exactamente lo que vales?

La cerradura traquetea. Alguien intenta entrar.

—Ocupado —gruñe Alessandro sin levantar la boca de mi coño—. Lárgate.

Los pasos se alejan, pero el recordatorio de dónde estamos y qué estamos haciendo me provoca un oscuro escalofrío. Mi coño se aprieta alrededor de sus dedos y él gime contra mí.

—Te gusta eso —observa, añadiendo un tercer dedo para estirarme—. Te gusta saber que cualquiera podría oír cómo tu esposo te come el coño. Te gusta que te reclamen donde cualquiera podría atraparnos.

Su lengua vuelve a encontrar mi clítoris mientras sus dedos bombean más profundo, más fuerte. La doble sensación crea algo explosivo en mi interior. Me tiemblan los muslos, mi respiración se vuelve jadeante, mis dedos se aprietan en su pelo con la fuerza suficiente para hacerle daño.

—Eso es —me anima—. Úsame. Cabalga mi cara. Toma de mí lo que necesites.

Muevo las caderas contra su boca, persiguiendo mi primer orgasmo. Me deja controlar el ritmo, me deja restregarme contra su lengua mientras sus dedos se curvan dentro de mí, explorando lugares que nadie ha tocado jamás. La presión aumenta y aumenta.

—Córrete —ordena contra mi clítoris—. Córrete en mi lengua. Déjame probar lo perfecta que eres.

Mi orgasmo me atraviesa como un rayo. Me muerdo el labio con la fuerza suficiente para saborear la sangre, intentando no gritar mientras las olas de placer sacuden mi cuerpo. Mi coño palpita alrededor de sus dedos, apretando y soltando mientras él me ayuda a superarlo.

—Buena chica —murmura, lamiendo cada gota de mi orgasmo—. Mi perfecta y hermosa esposa. Corriéndose tan fuerte para mí.

Él no se detiene. Su lengua sigue trabajando mi clítoris hipersensible, sus dedos siguen bombeando lentamente.

—Es demasiado —jadeo, intentando apartarme.

—Nunca es demasiado. —Me sujeta en mi sitio con facilidad—. Vas a corrérte otra vez. Vas a empaparme la cara como se debe. Muéstrame lo que este coño puede hacer.

Su boca es implacable, adorando cada centímetro de mi coño con devota atención. Traza dibujos con la lengua, deletrea su nombre contra mi clítoris, me reclama con cada lamida. Mis piernas tiemblan tanto que apenas puedo mantenerme en pie, pero él me sostiene, me mantiene abierta, me mantiene exactamente donde me quiere.

—Siento que te acercas de nuevo —dice, con la voz áspera por la excitación—. Este coño se está apretando alrededor de mis dedos, rogando por mi verga. Pero primero te vas a correr en mi lengua. Vas a gritar por mí.

—Alguien oirá.

—Que oigan. —Curva los dedos justo como debe ser y mi visión se vuelve blanca—. Que todos sepan que Alessandro Rosetti adora el coño de su esposa. Que prefiero estar de rodillas para ti que de pie ante cualquier otra persona.

El segundo orgasmo llega más lento, más profundo. Lee mi cuerpo a la perfección, ajustando su ritmo a mis necesidades. Cuando estoy justo al borde, se retira un poco, haciéndome gemir.

—Dime tu nombre —exige.

—Emma —jadeo.

—¿Y qué eres?

—Una Rosetti. Soy una Rosetti.

—Así es. —Su boca vuelve a mi clítoris con renovado vigor—. Eres Emma Rosetti. Mi esposa. Mi obsesión. Mi puto todo perfecto.

Este orgasmo me destruye. Me corro tan fuerte que mis rodillas ceden por completo, y solo su fuerza me mantiene en pie mientras tiemblo, palpito y le empapo la cara. Gime contra mí como si mi placer fuera el suyo, lamiendo todo lo que le doy.

Cuando las réplicas por fin se desvanecen, se levanta lentamente, manteniéndome presionada contra la pared. Su cara brilla con mi excitación y no se la limpia. En lugar de eso, me besa profundamente, dejándome saborearme en su lengua. Siento su verga tensa contra sus pantalones, dura como una roca y presionando contra mi estómago.

—Tú no eres una don nadie —dice contra mis labios, restregando su erección contra mí—. Eres Emma Rosetti. La mujer que me pone tan jodidamente duro que no puedo pensar con claridad. La mujer por la que destruiría a cualquiera.

—Alessandro.

—Necesito estar dentro de ti —gruñe—. Necesito sentir este coño agarrando mi verga.

Pero otra vez se acercan pasos a la puerta, varias personas esta vez.

—Pero no dejaré que tu primera vez sea en un baño. Más tarde —promete, ajustándose con una expresión de dolor—. Esta noche, voy a follarte tan duro que olvidarás cualquier nombre que no sea el mío.

Saca un pañuelo, por supuesto que tiene uno, y limpia cuidadosamente entre mis muslos y luego su cara. Su tacto es suave pero posesivo, deteniéndose más de lo necesario.

—Mis bragas.

—Ahora son mías. —Guarda el encaje en su bolsillo con una sonrisa oscura—. Pasarás el resto de este almuerzo sin nada bajo la falda, con el coño todavía hinchado por mi boca, sabiendo que puedo olerte en mis labios.

La idea me hace apretar la nada, vacía y anhelante.

Se toma su tiempo para arreglar mi aspecto. Alisando mi falda, arreglando mi pelo, limpiando el rímel corrido. Cada toque es deliberado, posesivo, un recordatorio de lo que acaba de pasar.

—Ahí está —dice, dando un paso atrás—. Preciosa. Aunque pareces bien follada.

—No puedo volver a salir así.

—Puedes y lo harás. —Me toma de la mano, entrelazando nuestros dedos—. Con la cabeza bien alta. Con tu coño al aire y todavía palpitando por mi boca. Porque no eres una don nadie, Emma. Eres mía. Y eso te hace intocable.

—¿Y qué hay de la señora Rourke?

Sus ojos se vuelven fríos, aunque su verga sigue tensa contra sus pantalones. —Te lo dije. Nunca más volverá a hablarte. Te lo prometo.

Abre la puerta, sujetando mi mano con firmeza. El pasillo se extiende ante nosotras, y soy hiperconsciente de mi coño desnudo bajo la falda, de lo hinchada que sigo, de cómo un movimiento en falso lo revelará todo.

Entramos juntos en el salón de baile. Las cabezas se giran de inmediato. Las conversaciones se detienen a media frase. Todos lo ven. Mis labios hinchados, mi piel sonrojada, la sonrisa de satisfacción que Alessandro no puede ocultar del todo. Lo saben. Todos saben que acaba de tener la cara enterrada entre mis muslos.

La señora Rourke sigue siendo el centro de atención en mi mesa abandonada, sin duda compartiendo más veneno sobre la don nadie que se casó por encima de su clase.

Alessandro me guía directamente hacia ella.

—Señora Rourke —dice amablemente, aunque sus ojos prometen violencia—. Oí que tenía algunas observaciones sobre mi esposa.

Ella se endereza, intentando mantener la compostura. —Señor Rosetti, simplemente estaba….

—Simplemente siendo una vieja bruja amargada que no reconocería la verdadera belleza aunque le diera una bofetada en su cara estirada. —Su voz nunca se eleva por encima de un tono conversacional, pero toda la mesa se queda en silencio—. Por cierto, el coño de mi esposa sabe a gloria. Algo que usted nunca sabrá. La devoción de alguien que se arrodillaría por usted.

Varias mujeres ahogan un grito. La señora Rourke se pone colorada.

—Cómo se atreve.

—¿Cómo me atrevo? —Se ríe, un sonido tan agudo como un cristal al romperse—. Hizo llorar a mi esposa. ¿Sabe lo que le hago a

la gente que lastima lo que es mío?

—Alex —murmuro, pero en secreto su cruda defensa hace que mi coño desnudo se contraiga.

—No, *stellina*. Ella necesita entender. —Se inclina más cerca de la señora Rourke, bajando la voz—. Tres llamadas telefónicas. Eso fue todo lo que necesité. Los contratos de su marido, la licencia de su hijo, las cuentas del marido de su hija. Todo bajo revisión. Eso fue solo lo que logré mientras hacía que mi esposa se corriera. Imagine lo que haré con tiempo de verdad.

El color desaparece por completo de su cara.

—Pero me siento generoso —continúa Alessandro—. Discúlpese con mi esposa. Mi brillante, hermosa y perfecta esposa. Y podría reconsiderarlo.

—Yo… yo me disculpo, señora Rosetti. —Las palabras parecen dolerle físicamente.

—Más alto.

—¡Me disculpo, señora Rosetti! —Casi lo grita.

La sonrisa de Alessandro es puro diente. —Bien. Ahora váyase. Y recuerde. Sé exactamente dónde vive.

La señora Rourke huye, prácticamente corriendo con sus tacones de diseñador.

—¿Alguien más tiene alguna observación sobre mi esposa? —pregunta Alessandro a la sala en general.

Silencio.

—Excelente. —Retira mi silla con una cortesía exagerada—. ¿Terminamos de almorzar, *stellina*?

Me siento con cuidado, intensamente consciente de mi coño desnudo contra la tela de la silla. A mi alrededor, las mujeres recuerdan de repente cumplidos urgentes sobre mi traje, mi pelo, mi generosa donación.

Debajo de la mesa, la mano de Alessandro encuentra mi muslo, deslizándose hacia arriba hasta que sus dedos rozan mis pliegues todavía húmedos. Tengo que morderme el labio para no hacer ruido mientras traza círculos perezosos, manteniéndome al límite.

—Gracias —susurro.

—¿Por qué?

—Por ver a Emma y aun así quererla.

Su dedo se desliza dentro de mí bajo la mesa, haciéndome agarrar mi vaso de agua. —No te quiero «aun así» —murmura—. Te quiero

porque eres Emma. Un día, cuando me dejes, te voy a mostrar exactamente cuánto.

15 - Alessandro

Antes de que podamos pasar la noche juntos y de que pueda cumplir mi promesa de mostrarle a Emma exactamente cuánto la deseo, tenemos que sobrevivir a la cena.

La mano de Emma tiembla ligeramente mientras se ajusta el collar de zafiros que elegí, y me pregunto si mi familia puede oler su miedo como sangre en el agua, si ya están dando vueltas para matar.

—Recuerda —murmuro contra la oreja de Emma mientras entramos, mi mano posesiva en la parte baja de su espalda, mis dedos extendiéndose para reclamar más territorio—, te ponen a prueba porque les importa. La crueldad es nuestra forma de demostrar amor en esta familia.

Ella logra esbozar una leve sonrisa, pero siento la tensión vibrando a través de su cuerpo donde se presiona contra el mío. El zafiro en su garganta atrapa la luz con cada respiración superficial. Lo elegí específicamente: el tono exacto del escudo de la familia Rosetti.

La hora del cóctel ya ha comenzado. Marco está de pie junto a la chimenea, observando nuestra entrada con esos ojos oscuros a los que no se les escapa nada. A su derecha, Dante le hace una seña a Nico, quien asiente. Sofía está posada en el sofá de cuero como una víbora rubia en seda color crema, con una sonrisa lo suficientemente dulce como para pudrir los dientes.

—Llegan los recién casados —dice Marco, con esa voz que tiene un tono particular que hace que hombres hechos y derechos se replanteen las decisiones de su vida—. ¿Casi tres semanas de casados y ya olvidan las obligaciones familiares?

—¿Cómo podría olvidarlas? —guío a Emma hacia adelante, manteniendo mi toque ligero pero presente, mi pulgar acariciando la base de su columna a través de la seda—. Emma simplemente se estaba asegurando de lucir perfecta para la familia.

La mirada de Marco la recorre metódicamente. El vestido azul marino que seleccioné se ciñe a sus curvas sin ser vulgar, lo

suficientemente caro como para mostrar respeto, lo suficientemente conservador como para mostrar sensatez. Sus ojos se detienen en el collar de zafiros, y veo el leve asentimiento: no es aprobación, solo reconocimiento.

—¿Una copa? —aparece Nico con una bandeja, siempre el soldado perfecto incluso en situaciones sociales.

—El Château Margaux —respondo, sabiendo que Emma necesita valor líquido. La cosecha del 82 tiene peso en cada sorbo, sabe a dinero viejo y a violencia nueva: perfecto para una mesa Rosetti donde ambos fluyen libremente.

Mientras ella toma la copa de cristal, noto cómo la sostiene: con ambas manos al principio, como si temiera dejar caer algo tan delicado, antes de cambiar a una sola mano cuando se da cuenta de que Sofía la está mirando. Esos pequeños gestos que solo yo veo, los hábitos de sirvienta que no puede quitarse del todo. Hacen que se me ponga la polla más dura de lo que debería en una cena familiar. Joder, cómo se esfuerza.

—¿Dónde están Luca y Faith? —pregunto, notando su ausencia.

—Complicaciones del embarazo —responde Marco secamente—. Órdenes del médico de que descanse.

—Entonces —continúa Marco, acomodándose en su sillón de cuero con el tipo de autoridad que reconfigura las habitaciones a su alrededor—. Háblame de esas nuevas rutas de transporte que has estado proponiendo, Alessandro. A través del territorio de los Hewson.

Una prueba dentro de otra prueba. Hablar de negocios para ver si Emma conoce nuestras operaciones, si ha estado escuchando, si se le pueden confiar los secretos de la familia.

—Los corredores del norte son más eficientes —respondo con fluidez, observando a Emma por el rabillo del ojo—. Con la conexión de los Hewson, evitamos a los irlandeses por completo.

—¿Y los Hewson son de fiar? —el tono de Marco sugiere que ya sabe la respuesta—. He oído que han tenido algunas… dificultades últimamente. Ese chico, Tommy Pitt, arrestado por agresión. Los motines en las cárceles son tan… impredecibles.

Los dedos de Emma se aprietan imperceptiblemente en su copa de vino. Cualquiera más lo pasaría por alto, pero ahora lo veo todo en ella. La forma en que su respiración se corta por medio segundo antes de componer sus facciones en una expresión de cortés interés.

Me imagino la cara de este tal Tommy, me imagino presentándome con una palanca en sus rodillas si alguna vez amenaza lo que Emma ha sacrificado por él. La idea de que otro hombre le inspire tal lealtad hace que la violencia se acumule en mis entrañas, incluso si es su hermano.

—Qué terrible —dice ella, con un tono de voz perfectamente equilibrado entre la preocupación y la distancia—. La cárcel puede ser muy peligrosa para los que no están preparados.

Los ojos de Marco se agudizan con interés. No es la respuesta que esperaba de una heredera protegida. —Efectivamente.

—¿Pasamos a cenar? —sugiere Marco, terminando el momento antes de que pueda escalar.

El comedor formal se siente más pequeño con todos nosotros alrededor de la mesa. Siento a Emma a mi derecha, manteniéndola a mi alcance, mi mano encontrando inmediatamente su muslo bajo el mantel. El toque es posesivo, un ancla para ambos. Ella no se aparta, si acaso sus piernas se separan ligeramente, y joder, esa pequeña rendición hace que me reajuste bajo la mesa.

Los platos comienzan a llegar: siete en total, cada uno otra oportunidad para que ella tropiece con la etiqueta que supuestamente aprendió en Suiza.

Llega el plato de ensalada con su colección de cubiertos de plata, y observo a Emma estudiar los tenedores por una fracción de segundo antes de elegir uno. Elige correctamente, pero la vacilación está ahí para cualquiera que mire con suficiente atención.

Y Sofía siempre está mirando.

—Ay, querida —zurea mi hermana, su voz chorreando falsa preocupación—. ¡Estás sosteniendo ese tenedor con tanta fuerza! Como si tuvieras miedo de que alguien te lo arrebatara. —Se ríe, el sonido es como un cristal al romperse—. No te preocupes, no somos ese tipo de familia. Bueno, no en la cena de todos modos.

Mis dedos anhelan el cuchillo en mi chaqueta, imaginando la manicura perfecta de Sofía arruinada por unos dedos rotos. Solo el hecho de que sea familia mantiene sus huesos intactos. Mi otra mano se aprieta en el muslo de Emma, sintiéndola temblar.

—¿Sabes? —continúa Sofía, con la voz todavía melosa—, algunas personas tienen estos hábitos que simplemente no pueden quitarse. La forma en que manejan el cristal con tanto cuidado, como si pudiera hacerse añicos. La forma en que comen rápido,

eficientemente. Pero estoy segura de que es solo... estrés de adaptación. ¿Verdad, querida?

Pero entonces algo cambia en la expresión de Emma. El miedo no desaparece, pero la dignidad se alza junto a él, transformando su rostro en algo casi majestuoso. Deja su tenedor deliberadamente, endereza su columna hasta que podría equilibrar un libro sobre su cabeza.

—Tiene toda la razón —dice Emma, su voz firme ahora—. Tengo hábitos.

Los ojos de Sofía brillan de triunfo, pero Emma no ha terminado.

—Tengo el hábito de reconocer la inseguridad cuando se viste de seda de diseñador. —La voz de Emma se mantiene suave, controlada, lo que la hace más devastadora—. Tengo el hábito de ver cuando alguien se siente tan amenazado por otra mujer en su mesa que necesita establecer su dominio a través de... ¿cómo lo llamó? ¿Dulce preocupación?

La boca de Sofía se abre, pero Emma continúa con esa misma calma majestuosa.

—Ha estado dándome vueltas desde que llegué, buscando debilidades mientras pretendía ayudar. Pero esto es lo que su "preocupación" revela: está aterrorizada. Aterrorizada de que alguien que no juega según sus reglas pueda pertenecer realmente a este lugar. Que alguien que no nació en esta familia pueda ganárselo en su lugar.

Verla transformarse de presa asustada a esta reina digna me pone la polla tan dura que apenas puedo pensar con claridad. Joder, voy a follármela contra la pared en el momento en que estemos solos, a hacerla gritar mientras todavía lleva esa dignidad como armadura.

—¿Cómo te atreves? —comienza Sofía, la dulzura finalmente desapareciendo.

Las manos de Dante se mueven bruscamente: «Para, Sofía. Ahora es una de los nuestros».

La declaración de mi hermano mudo, que nunca desperdicia un gesto, reconfigura toda la habitación. Incluso Sofía entiende lo que acaba de suceder.

—Basta —dice Marco, esa única palabra es absoluta. Se levanta, seleccionando su copa de vino con deliberada precisión. El cristal capta la luz de las velas mientras la levanta.

—Por Frances —dice, usando su nombre falso con particular peso —. No nos decepciones.

Simple. Directo. Pero viniendo de Marco, es una bendición. La familia bebe, aceptándola en el clan por decreto del patriarca.

No puedo evitar el orgullo que me inunda, mezclándose con la excitación que ha estado creciendo desde que Emma sacó las garras. Mi mano se desliza más arriba por su muslo, mis dedos trazando el borde de sus medias. No se aparta. Si acaso, se mueve ligeramente para darme mejor acceso. Joder.

—Gracias —le dice Emma a Marco, su voz firme aunque siento su pulso acelerado bajo mi tacto—. Entiendo lo que esta familia representa. No defraudaré esa confianza.

—Bien. —Marco se sienta de nuevo, pasando ya a otro tema.

Sofía se levanta bruscamente, su silla raspando contra la madera. Su máscara dulce ha desaparecido por completo, reemplazada por una furia apenas contenida.

—Si me disculpan —dice tensamente—, necesito aire.

Sofía me toca el hombro al pasar. —Solo ten cuidado, hermano. La última vez que confiaste demasiado rápido… —No termina la frase, pero la preocupación en sus ojos es real bajo el hielo.

Se va sin esperar permiso, sus tacones resonando secamente contra el mármol. El sonido se desvanece, dejando atrás un tipo diferente de silencio: asentado, como la sangre después de una muerte limpia.

Dante le hace a Marco señas complejas, algo sobre los protocolos de seguridad para mañana. La conversación cambia a los negocios, disputas territoriales, los irlandeses poniéndose demasiado audaces cerca de los muelles. Emma escucha más de lo que habla, pero cuando contribuye, es con esa misma inteligencia tranquila que desmanteló el ataque de Sofía.

Verla navegar este mundo, mi mundo, con creciente confianza me hace querer recompensarla de maneras que la harán gritar mi nombre. La forma en que reclamó su lugar en nuestra mesa, joder, voy a hacer que se corra tan fuerte esta noche que olvide hasta su propio nombre.

Pronto la cena formal termina. Nico se excusa para hacer las rondas de seguridad, y Ana y Valentina lo siguen. Dante y Marco se quedan, discutiendo el comportamiento de Sofía en un rápido lenguaje de señas.

—Deberíamos irnos —digo, ayudando a Emma a levantarse de su silla, dejando que mis manos se demoren en su cintura—. Ha sido una noche movida.

Marco asiente. Guío a Emma hacia la puerta, mi mano posesiva en la parte baja de su espalda, ya imaginando cómo se verá inclinada sobre nuestra cama, esa dignidad rompiéndose mientras la hago suplicar.

Estamos casi en las escaleras cuando la voz de Sofía corta el pasillo.

—Alessandro. Una palabra.

Ha estado esperando, posicionada perfectamente para interceptarnos. Emma se tensa a mi lado, pero le aprieto la cintura.

—Adelántate a nuestra habitación —le digo—. Solo será un momento.

Emma mira de mí a ella, claramente reacia a dejarme solo con Sofía después del enfrentamiento de esta noche. —¿Estás seguro?

—Estoy seguro. —Le beso la frente, marcando territorio incluso en este simple gesto—. Subiré pronto.

Ella se va, pero la veo mirar hacia atrás una vez antes de desaparecer escaleras arriba. El cliqueo de sus tacones se siente final, como la tapa de un ataúd.

Sofía espera hasta que estamos solos antes de acorralarme contra la pared, sus ojos azules ardiendo con algo entre furia y miedo.

—No es quien dice ser —sisea, manteniendo la voz baja—. Yo lo sé, tú lo sabes, y si no estuvieras tan jodidamente cegado por ese coño, verías lo peligroso que es esto.

—Cuida tu tono —advierto, pero a Sofía ya no le importa la jerarquía esta noche.

—No, tú mira cómo todo lo que has construido se desmorona cuando la verdad salga a la luz. Porque saldrá, Alex. Los secretos tan grandes no permanecen enterrados. —Se acerca, y huelo el vino en su aliento, veo el ligero temblor en sus manos—. La he estado observando desde la boda. Algo no cuadra, Alex.

Se me hiela la sangre, pero mantengo mi expresión neutral. —Estás paranoica.

—Tengo razón. —Su risa es amarga, aguda—. ¿Esa mujer en nuestra mesa esta noche? No es Frances Hewson. Apostaría mi vida a ello. Y cuando la verdad salga, cuando nuestros enemigos

descubran que has estado albergando a una impostora, lo destruirá todo. Cada alianza, cada ápice de credibilidad, desaparecido.

—No sabes de lo que estás hablando.

—¿Ah, no? —Saca su teléfono, me muestra una foto borrosa de lo que parece una entrada de servicio—. Esta sirvienta tiene un parecido notable con tu preciosa novia. Misma altura, misma complexión, misma forma de caminar con la cabeza gacha como si intentara ser invisible.

La foto es demasiado borrosa para ser definitiva, pero la amenaza es clara. Sofía está investigando, y se está acercando.

—Déjalo estar —digo en voz baja, poniendo toda mi autoridad en las palabras.

—No puedo. —La voz de Sofía se quiebra ligeramente—. ¿No lo ves? Cuando esto salga a la luz, y lo hará, no solo vendrán por ella. Vendrán por todos nosotros. Por la familia que fue lo suficientemente estúpida como para dejarse engañar. Por ti, por Marco, por… —Se detiene, traga con fuerza—. No dejaré que tu polla destruya a esta familia.

—Lo que yo haga con mi esposa es asunto mío.

—¡No cuando nos afecta a todos! —Las palabras explotan de ella, más fuerte de lo que pretendía. Inmediatamente mira a su alrededor, comprobando que todavía estamos solos—. Por Dios, Alessandro. ¿Qué poder tiene sobre ti? ¿Qué es ella para que arriesgues todo?

Proteger a Emma de los extraños es simple: los quiebro. Pero protegerla de Sofía significa elegir entre la sangre y la obsesión. El hecho de que esté eligiendo a Emma me preocupa menos de lo que debería.

—Es mía —digo simplemente—. Eso es todo lo que importa.

Sofía me mira como si hubiera perdido la cabeza. Quizás lo he hecho. —Cuando la verdad lo destruya todo: tu reputación, nuestro negocio, quizás nuestras vidas, recuerda que tú elegiste esto. La elegiste a ella por encima de nosotros.

Se aleja antes de que pueda responder, sus tacones resonando contra el mármol como balas siendo cargadas en la recámara. La advertencia queda suspendida en el aire como el humo de un arma recién disparada.

Mañana, Sofía seguirá cavando. Mañana, las amenazas se acercarán más. Mañana, tendré que decidir entre la familia en la que nací y la mujer que se ha convertido en mi obsesión.

¿Pero esta noche? Esta noche, Emma está esperando arriba, probablemente reviviendo cada momento de su triunfo en la cena. Esta noche, podré recompensar su coraje de maneras que la harán olvidar cada amenaza, cada peligro, cada razón por la que debería huir. Esta noche, podré cumplir las promesas que le hice en el almuerzo de caridad y mostrarle exactamente lo que Emma Rosetti significa para mí.

16 - Emma

Al menos, las estrellas no mienten. No como yo, que ya ni siquiera recuerdo a qué nombre responder.

En lugar de esperar ansiosamente en nuestras habitaciones, me escapo al observatorio de la azotea mientras Alex se encarga de Sofía. Mis pies descalzos raspan la piedra aún tibia por el sol, mientras mi vestido de noche se arrastra detrás de mí como cadenas de seda. El telescopio que Alessandro me regaló me espera, pero esta noche no lo necesito. Uso mis dedos para medir la distancia entre las estrellas, de la manera en que mi abuela me enseñó antes de que todo se desmoronara.

La piedra me deja en carne viva los pies descalzos, un agudo contraste con el vestido de seda que pesa sobre mis hombros. Encuentro primero a Polaris, la única constante en un mundo donde no puedo navegar entre quien era y quien se supone que debo ser. Mis dedos abarcan la distancia hasta las estrellas punteras de la Osa Mayor, midiendo ángulos celestiales mientras mi mente reproduce los comentarios mordaces de Sofía sobre mis modales en la mesa, mi evidente incomodidad con su mundo. —A dos puños del horizonte — me susurro a mí misma; el ritual familiar me ancla—. Así es como encuentras la verdad cuando todo lo demás da vueltas.

La ciudad se extiende abajo como diamantes esparcidos sobre terciopelo negro, pero aquí arriba, con mis estrellas, casi puedo recordar quién era Emma antes de desaparecer para convertirse en la Sra. de Alessandro Rosetti. Mis dedos trazan los patrones de las constelaciones en el aire, midiendo las distancias entre cuerpos celestes que nunca mienten sobre lo que son. A diferencia de mí, que miento con cada aliento, cada gesto, cada momento que finjo pertenecer a este mundo mortal y hermoso.

Alessandro me encuentra como siempre lo hace, apareciendo por la escalera con una botella de vino y dos copas, sus movimientos cuidadosos como si se acercara a un animal asustado. La humedad de junio se adhiere a mi vestido de diseñador, pero su calor corporal

todavía me atrae incluso a metros de distancia. —Una ofrenda de paz —dice, dejando el vino en el borde a mi lado, y hay algo diferente en su voz. No el habitual tono posesivo, sino una preocupación genuina —. ¿Estás bien?

Su mano se contrae en mi dirección —un gesto que reconozco de cientos de toques posesivos—, pero la obliga a quedarse quieta, dejándome mi espacio a pesar de que claramente le cuesta.

—Sofía está hurgando en mi pasado —digo, sin mirarlo, manteniendo mis ojos en las estrellas porque son más seguras que ver cualquier expresión que él tenga—. No sé si se supone que debo ser la sirvienta que sabe cuál es su lugar o la esposa que impone respeto —le digo, el vino me suelta la lengua—. Sofía ve a través de mí. Todos lo hacen. Estoy perdida entre Emma y Frances, y no sé qué versión quieres que sea.

Se acerca más, su colonia se mezcla con el jazmín de la azotea, creando algo que hace que se me haga agua la boca. Su presencia atraviesa la noche húmeda, pero aún no me toca.

—Háblame de las estrellas —dice en lugar de responder a mi crisis de identidad, empezando a usar su tono de mando antes de suavizarlo deliberadamente—. Muéstrame qué te gusta de ellas.

La petición es tan inesperada, tan genuina, que finalmente me giro para mirarlo y encuentro sus ojos verdes enfocados completamente en mí, esperando aprender algo que yo pueda enseñar.

—Me gusta que me hagan sentir pequeña, tan pequeña como cualquier otro ser humano —me río—. Él no entendería eso. Es un Rosetti, por el amor de Dios. Nunca se ha sentido pequeño en su vida.

Abre la boca. Espero una hábil evasiva, una de sus encantadoras bromas, pero en su lugar se le escapa algo crudo.

—Después de que nuestro padre murió en esa masacre, yo era invisible —dice Alessandro de repente, apretando la mandíbula mientras lucha contra su instinto de evadir, su voz con un peso que nunca antes había oído—. Catorce años, demasiado joven para ayudar con la venganza, demasiado joven para importar. Marco se hizo cargo de todo, Dante se convirtió en su ejecutor incluso sin su voz, ¿pero yo? Yo era un adorno. Todavía lo soy, según la mayor parte de la familia. Así que sé un par de cosas sobre sentirse pequeño.

Su confesión pende entre nosotros como una nueva constelación que apenas estoy aprendiendo a trazar.

Le tomo la mano sin pensar. La misma que le rompió los dedos a Blair por tocarme, ahora aprendiendo a trazar estrellas con una inesperada delicadeza. Mi pecho se presiona contra su espalda mientras guío su mano para trazar a Orión, su aliento caliente contra mi cuello me hace recordar cómo se sintió esa boca entre mis muslos en el almuerzo de caridad.

—Marco todavía me ve como el hermano bonito que encanta a la gente —continúa mientras posiciono su mano para encontrar a Casiopea—. Útil para las negociaciones, pero no se le confía el poder real. Como si estuviera jugando a interpretar un papel que nunca llenaré de verdad.

—Sé lo que es sentirse como una farsante —susurro, su mano aún en la mía mientras trazamos juntos el mapa del cielo—. Esta ropa de diseñador se siente como un disfraz. Cada mañana me pongo la vida de Frances, pero por debajo sigo siendo la chica que limpiaba los pisos de mármol. —Nuestros cuerpos se han acercado sin que ninguno de los dos lo decidiera, atraídos por heridas compartidas que ninguno de los dos suele admitir. Podría destruir mundos con estas manos, pero ahora mismo están aprendiendo a trazar constelaciones.

Gira nuestras manos unidas para que sea él quien sostenga la mía en lugar de que yo lo guíe, y de repente ya no estoy enseñando. Solo somos dos personas que entienden lo que es ser invisibles para aquellos que más deberían vernos.

—No eres un adorno —le digo, mi voz tiembla ligeramente con el peso de ser vista—. Eres el que vio a través de mi disfraz, el que me protegió de tu propia hermana, el que me compró un telescopio porque realmente escuchaste cuando hablé de las estrellas.

La puerta de la azotea cruje. Un guardia que viene a revisar, su mano sobre el arma hasta que nos ve. —Todo seguro, señor Rosetti — dice, recordándonos a ambos que el peligro existe incluso aquí, antes de desaparecer de nuevo adentro. La interrupción me hace hiperconsciente de nuestra proximidad, de lo vulnerables que somos incluso en nuestro santuario.

—Mira —digo, señalando a Venus que brilla intensamente en el cielo del oeste—. Ese es Venus. La estrella de la mañana y de la tarde, el planeta más brillante que podemos ver. No importa si eres una

sirvienta mirando desde una escalera de incendios o una reina desde el balcón de un palacio. El brillo es el mismo. A las estrellas no les importa tu disfraz, Alessandro. Simplemente son lo que son.

Algo cambia en su expresión mientras procesa mis palabras, su mano se eleva para acunar mi rostro con una delicadeza devastadora. —Pero a mí me importa lo que hay debajo del tuyo. No el vestido, Emma. Lo que hay bajo tu piel, en tu sangre, las partes de ti que aún no he corrompido. —Su pulgar traza mi pómulo—. Eres lo único real en mi vida. Todo lo demás es una actuación, territorio, obligación familiar. Pero tú, enseñándome constelaciones con tus pies descalzos y tu vestido de diseñador… esto es real.

—Tú me haces sentir que yo también podría ser real —susurro, y entonces sus labios están sobre los míos. El beso comienza suave, mutuo, ambos inclinándonos en el mismo momento como estrellas binarias atraídas por una gravedad compartida, pero entonces el calor explota entre nosotros. Su lengua traza mis labios y mi coño se contrae, mi cuerpo responde a la intimidad emocional con tanta fuerza como a su dominio físico. Cuando gime contra mi boca, saboreo el vino.

Se aparta antes de que perdamos el control por completo, ambos respirando con dificultad, y apoya su frente contra la mía. —Enséñame más —dice, con la voz áspera por la excitación y algo más profundo, y sé que se refiere a las estrellas, pero también a ser visto, a ser real, a encontrar la verdad en un mundo construido sobre hermosas mentiras. Y lo hago, nuestros cuerpos entrelazados mientras le muestro a Perseo salvando a Andrómeda; la ironía no pasa desapercibida para ninguno de los dos.

Terminamos acostados de espaldas en la azotea, viendo las estrellas girar sobre nuestras cabezas mientras nuestras manos permanecen unidas entre nosotros. Los sonidos de la ciudad flotan hacia arriba: sirenas, música lejana, el zumbido siempre presente del peligro. Pero aquí arriba hemos creado nuestro propio universo. El pulgar de Alessandro acaricia el mío, un simple toque que de alguna manera se siente más íntimo que todo lo que hemos hecho antes.

—Mañana volveremos a ser quienes esperan que seamos —digo, sintiendo ya el peso de Frances posándose de nuevo sobre mis hombros como una armadura cara—. Tú serás el encantador negociador, yo seré la esposa perfecta de la mafia, y fingiremos que esto no pasó.

—Pero aquí arriba, somos reales —dice Alessandro, apretando mi mano. La promesa en su voz hace que mi pecho duela de deseo. Que esta azotea, estas estrellas, esta versión de nosotros pueda existir incluso en momentos robados.

Su mano libre se desliza por mi muslo bajo el vestido de diseñador, las yemas de sus dedos trazando patrones que me cortan la respiración. La seda se amontona alrededor de su muñeca mientras sube más, encontrando el borde de mis bragas de encaje. —Antes de que llegue el mañana —murmura contra mi garganta, su boca caliente contra el punto de mi pulso—, déjame adorarte bajo estas estrellas que amas. Déjame corromperte en el único lugar donde te sientes libre.

Mi espalda se arquea sobre la piedra tibia cuando sus dedos se deslizan bajo el encaje y me encuentran ya mojada. —Alessandro…

—Quiero saborearte mientras Perseo nos mira —gruñe, poniéndose de rodillas entre mis piernas, subiendo el caro vestido hasta mi cintura—. Quiero hacerte venir bajo las mismas estrellas sobre las que solías pedir deseos como sirvienta. Mostrarte que algunos deseos sí se hacen realidad, incluso si vienen envueltos en oscuridad.

El aire de junio es cálido contra mi piel expuesta, pero su aliento es puro calor contra mi muslo interno. Engancha sus dedos en mis bragas, bajándolas lentamente, sus ojos verdes nunca apartándose de los míos. —Dime que quieres esto —exige, incluso mientras su pulgar encuentra mi clítoris y lo rodea lentamente, haciendo que mis caderas se levanten de la piedra—. Dime que quieres que te adore aquí, en tu santuario.

—Sí —jadeo, mis manos encuentran su cabello, agarrándolo con fuerza—. Por favor, Alessandro. Hazme olvidar todo menos esto.

Su boca desciende, su lengua se desliza entre mis pliegues con una habilidad devastadora. Tengo que morderme el labio para no gritar, consciente de que los guardias patrullan abajo, de que cualquiera podría entrar en esta azotea y encontrar a Alessandro Rosetti de rodillas, devorándome bajo las estrellas. El peligro lo hace todo más nítido, más intenso.

—Mira las estrellas mientras te como —ordena contra mi coño, sus dedos se deslizan dentro de mí, curvándose hacia adelante para encontrar ese punto que me hace ver constelaciones detrás de mis

párpados—. Mira a tu preciado Perseo mientras te hago venir. Deja que vea a quién le perteneces realmente.

Fuerzo mis ojos a abrirse, mirando hacia la infinita oscuridad salpicada de luz mientras la boca de Alessandro obra su magia entre mis muslos. Su lengua rodea mi clítoris mientras sus dedos bombean más profundo, más fuerte, y puedo sentir mi orgasmo acumulándose como una supernova a punto de explotar.

—Eso es, *stellina* —me anima, añadiendo otro dedo, estirándome —. Córrete para mí bajo tus estrellas. Deja que todas sean testigos de en qué te conviertes cuando te toco.

La combinación de sus palabras, su boca, sus dedos y el vasto universo sobre mí me lleva al límite. Me corro con Perseo y Casiopea como testigos, mi coño se aprieta alrededor de sus dedos mientras él lame cada gota de mi éxtasis. Las estrellas se desdibujan a través de mis lágrimas de placer mientras ola tras ola me recorre.

No se detiene, y me provoca durante las réplicas hasta que estoy temblando, hipersensible, empujando débilmente sus hombros. Solo entonces se arrastra por mi cuerpo, besándome profundamente para que pruebe mi propio sabor en su lengua, la evidencia de mi corrupción y salvación mezcladas.

—Mañana —dice contra mis labios, su verga dura contra mi cadera a través de sus pantalones—, mañana volveremos a fingir. Pero la noche aún no ha terminado.

Se pone de pie, levantándome con él, mis piernas temblorosas por mi orgasmo. La ciudad brilla debajo de nosotros, peligrosa y hermosa, pero aquí arriba hemos creado nuestro propio universo. Me apoya contra el telescopio, el latón cálido me hace jadear mientras me levanta sobre él, extendiendo mis piernas alrededor de sus caderas.

—Voy a follarte contra el mismo telescopio que te di —gruñe, abriéndose el cinturón con una mano mientras la otra me agarra suavemente la garganta—. Cada vez que mires las estrellas a través de él, recordarás esto. Me recordarás dentro de ti, reclamándote en el único lugar que pensabas que era solo tuyo.

La promesa en su voz, oscura y posesiva y absoluta, hace que mi coño se contraiga con una nueva necesidad.

Trazo patrones en el pecho de Alessandro e intento no pensar en el fantasma que atormenta este matrimonio. La verdadera Frances

está ahí fuera, en alguna parte. Cada día que llevo su nombre, estoy robando algo que le pertenece.

¿Qué clase de mujer abandona un matrimonio con la mafia y huye a Europa? O es una cobarde o alguien con un plan mejor.

Estoy empezando a sospechar que Frances Hewson no es una cobarde.

17 - Alessandro

El latón del telescopio aún está tibio por sus manos cuando me besa de nuevo, y en su lengua saboreo polvo de estrellas y verdad, todo aquello por lo que nunca supe que me moría de hambre hasta que esta sirvienta con tacones de diseñador tropezó en mi vida.

Sus dedos se enredan en mi cabello, atrayéndome más cerca como si intentara meterse bajo mi piel, y, por Cristo, la dejaría. Después de veintisiete años de caricias calculadas y seducción practicada, su necesidad desesperada hace que cada mujer que he tocado se sienta como un ensayo para este momento.

—Nunca he… —dice, sin aliento entre besos—. No quiero que mi primera vez sea contra un telescopio.

Maldita sea, tiene razón. Y soy un cabrón egoísta, como siempre. Mi esposa es virgen, y no tomaré su inocencia en una maldita azotea.

—Adentro —gruño contra su boca, la palabra raspándome la garganta—. Ahora.

Sus pupilas se dilatan, y la forma en que asiente, ansiosa, nerviosa y completamente presente, hace que mi verga palpite dolorosamente contra mi cremallera.

Cuando la levanto en mis brazos, ahoga un grito y luego presiona su rostro contra mi cuello. Siento cómo inhala profundamente, memorizando mi aroma de la misma manera que yo he estado memorizando el suyo: vainilla, jazmín y algo esencialmente suyo que ningún perfume de diseñador puede enmascarar.

Cada escalón de la escalera de servicio se siente como descender a algo sagrado y profano a la vez. La puerta de mi habitación no llega lo suficientemente rápido. Logro abrirla sin bajarla y la cierro de una patada lo bastante fuerte como para hacer vibrar el marco. La cerradura hace un clic como un disparo, sellándonos en nuestro propio universo, lejos de los telescopios, las estrellas y el peso de quienes se supone que debemos ser.

Las luces de la ciudad se cuelan por los ventanales mientras la pongo de pie junto a mi cama. Las sábanas de seda detrás de ella brillan como el pecado, caras y perfectas como todo en mi vida que nunca ha logrado llenar el vacío dentro de mí. Pero la forma en que me mira, decidida a pesar de su temblor, hambrienta a pesar de su inocencia, casi me pone de rodillas.

—Estás temblando —observo, deslizando mis manos por sus brazos, sintiendo cómo se le eriza la piel bajo mi tacto. El aroma a jazmín de la azotea se mezcla con su dulzura natural a vainilla que me ha estado volviendo loco desde nuestra noche de bodas—. ¿Lo estás pensando mejor sobre dejar que el *playboy* más notorio de Chicago te corrompa?

Tira de mi cuello con una fuerza sorprendente y estampa su boca contra la mía. Su lengua se desliza contra la mía con una audacia impactante, y saboreo vino, luz de estrellas y decisión.

—¿Tú corrompiéndome a mí? —dice contra mis labios—. Qué gracioso, considerando que me tienes chorreando desde nuestra noche de bodas.

Mierda. Escuchar esa sucia confesión de su boca inocente, la misma boca que acaba de enseñarme las constelaciones con tanta paciencia, rompe algo dentro de mí. La agarro por la cintura y la restriego contra mi erección, dejándola sentir cada centímetro de grosor de lo que me provoca.

—Cuidado, *stellina* —advierto, mordiendo su labio inferior con la fuerza suficiente para hacerla jadear—. Una vez que empiece, no pararé hasta que estés gritando mi nombre tan fuerte que los guardias piensen que te estoy asesinando. Hasta que tu coño esté tan lleno de mi leche que sientas cómo te escurre por los muslos mañana.

Sus manos atacan los botones de mi camisa con dedos desesperados, pero tiembla demasiado para lograrlo. Desabrocha dos antes de enredarse con el tercero, y un suave «mierda» se le escapa, haciendo que mi verga gotee. Esta es la mujer real, no el acto de la serena Frances, no la sirvienta aterrorizada, sino la que no puede desvestirme lo suficientemente rápido.

—Quiero desvestirte —dice, la frustración y la necesidad quebrando su voz—. Pero ni siquiera puedo con los botones.

Sujeto sus muñecas y llevo cada palma a mi boca. Chupo su pulgar, dejándole sentir mi lengua, un adelanto de lo que se viene. Su

pulso martillea contra mi boca mientras beso su muñeca, justo donde es más sensible, y la inocencia de sus reacciones destruye cada seducción practicada que he realizado.

—Me estás destruyendo —le digo, abriendo mi camisa de un tirón, los botones esparciéndose por el suelo como las estrellas que me acaba de mostrar—. Cada coño que me he follado acaba de convertirse en nada. Olvidado. ¿Entiendes lo que me estás haciendo? Has hecho que todo lo anterior se sienta como si estuviera simulando tener sexo de la misma forma que simulo ser importante.

Sus ojos se abren de par en par mientras contempla mi pecho desnudo, los abdominales definidos por horas de natación, las líneas en V que desaparecen en mis pantalones, el rastro de vello oscuro que sigue con la mirada hasta que se detiene en mi evidente erección. Cuando se lame los labios inconscientemente, mi control se hace añicos por completo.

—Tócame —ordeno, tomando su mano y presionándola contra mi verga a través de mis pantalones—. Siente lo que me haces. Lo jodidamente duro que me pones solo por existir.

Aprieta a modo de prueba y yo gimo, mis caderas embistiendo contra su toque. —¿Así?

—Joder, sí. —Guío su mano hacia mi cremallera—. Sácala. Quiero ver tu mano envuelta en mi verga.

Sus dedos tiemblan mientras baja la cremallera, y cuando mete la mano en mis bóxers y envuelve su pequeña mano a mi alrededor, ambos gemimos. Estoy goteando tanto que su palma se moja de inmediato.

—Eres tan grande —susurra con genuina admiración, acariciando tentativamente—. ¿Cómo va a…?

—Cabrá —prometo sombríamente, follando contra su puño—. Tu coño se estirará para mí. Aceptará cada centímetro como si estuvieras hecha para mi verga. Como si el universo te hubiera diseñado específicamente para completarme.

—Muéstrame —respira, y hay la misma confianza en su voz que cuando guio mi mano para encontrar a Casiopea—. Muéstrame cómo tener sexo.

La giro y la presiono contra la pared mientras ataco la cremallera de su vestido. —Significa que soy dueño de cada orgasmo que tendrás. —El vestido cae, revelando una simple tela de algodón blanco que me hace la boca agua más que cualquier lencería—.

Significa que voy a arruinar este coño virgen tan a fondo que nunca pensarás en otra verga.

Caigo de rodillas, bajándole las bragas sin ceremonia. Intenta cubrirse, pero aparto sus manos de un manotazo, suave pero firme.

—Vuelve a esconderte de mí y te ataré de pies y manos a mi cama —advierto, abriendo más sus muslos—. Déjame ver mi coño. Joder, mira qué mojada estás ya. ¿Todo esto por besarnos bajo tus estrellas?

Está reluciente, la cara interna de sus muslos resbaladiza por la excitación. Me inclino y lamo una larga franja desde su entrada hasta su clítoris, gimiendo ante su sabor, dulce y perfecto.

—¡Alessandro! —Se arquea contra mi boca, sus manos volando a mi cabello.

Me sumerjo como un hombre hambriento que acaba de descubrir que el sustento existe, comiéndome su coño con un hambre desesperada. Mi lengua la folla mientras mi nariz presiona contra su clítoris, y ella se restriega contra mi cara, persiguiendo su placer con la misma determinación que mostró al enfrentarse a Sofia en la cena.

Cuando deslizo dos dedos dentro de ella, está tan estrecha que tengo que introducirlos lentamente, estirando sus paredes vírgenes. —Jodidamente estrecha —gruño contra su clítoris—. Este coño va a apretar mi verga tan bien. Vas a ordeñar cada gota de leche de mí.

Curvo mis dedos hacia adelante, encontrando ese punto que hace que todo su cuerpo se sacuda. Combinado con mi lengua en su clítoris, se corre en cuestión de minutos, su coño apretándose alrededor de mis dedos mientras grita mi nombre. El sonido rebota en las paredes de mi habitación, y nunca he oído nada más perfecto.

No la dejo recuperarse; la levanto y la lanzo sobre las sábanas de seda. Ya se ve libertina, los labios hinchados por mis besos, el coño reluciente por mi boca, marcas de mis dientes en sus muslos. Las luces de la ciudad pintan su piel de oro y sombra, y es más hermosa que cualquiera de las costosas obras de arte que decoran estas paredes.

—Abre las piernas —ordeno, quitándome los pantalones de un empujón—. Muéstrame dónde estoy a punto de destrozarte. Dónde estoy a punto de hacerte completamente mía.

Obedece, abriéndose de par en par, y mi verga se sacude al verla. Me la masturbo, esparciendo el líquido preseminal por todo el largo mientras la observo mirarme con esos ojos oscuros que ven demasiado.

—¿Ves lo duro que me pones? —Subo a la cama y me coloco entre sus muslos—. Mi verga está jodidamente dolorida por ti. Nunca he estado tan duro en mi vida. No por ninguna de las mujeres que me he follado y olvidado. Solo por ti.

Paso la cabeza de mi verga por sus pliegues, cubriéndome con su humedad. Ella gime cuando presiono contra su entrada, solo la punta, sintiendo lo estrecha que es.

—Mírame —exijo, necesitando ver su rostro para esto—. Quiero ver tus ojos cuando tome tu virginidad. Cuando te haga mía en todos los sentidos que importan.

Nuestros ojos se conectan mientras empujo lentamente, y joder, está tan estrecha que es casi doloroso. Sus uñas se clavan en mis hombros, su boca se abre en un grito silencioso mientras la abro. Observo su rostro, memorizando cada aleteo de sus pestañas, cada respiración contenida.

—Eso es —la animo, empujando más profundo—. Tómala. Toma mi verga como la niña buena que eres. Como si estuvieras hecha para esto, para mí.

Cuando estoy completamente dentro de ella, cuando su coño virgen se estira alrededor de cada centímetro de mí, ambos dejamos de respirar. Está tan caliente, tan húmeda, tan perfectamente estrecha que tengo que pensar en reuniones de la junta y hojas de cálculo para no correrme de inmediato.

—Mi jodida chica perfecta. Tu coño se siente como el paraíso.

—Muévete —suplica, girando experimentalmente las caderas—. Por favor, necesito…

Me retiro lentamente, viendo mi verga emerger reluciente con su excitación y el tenue rosa de su inocencia, prueba de que soy su primero, su único. Luego embisto de nuevo, más fuerte. Ella grita, su coño apretándose a mi alrededor.

—Eso es —gruño, estableciendo un ritmo que hace que la cabecera golpee la pared—. Toma mi verga. Déjame sentir ese coño estrecho apretándome.

Aprende rápido, respondiendo a mis embestidas, sus uñas arañando mi espalda con la fuerza suficiente para sacar sangre. El dolor solo me hace follarla más duro, más profundo, reclamando cada centímetro de ella de la misma manera que ella ha reclamado cada parte oculta de mí.

—Mía —gruño contra su garganta, succionando marcas en su piel —. Este coño es mío. Dilo.

—Tuyo —jadea, y luego más fuerte mientras golpeo ese punto dentro de ella—. ¡Tuyo! Pero tú también eres mío, Alessandro. De nadie más. Prométemelo.

—Mierda. —La posesividad en su voz casi me hace correr—. No son nada. Nadie. Me has arruinado para cualquier otro coño. Solo existes tú.

Meto la mano entre nosotros y encuentro su clítoris con mi pulgar. —Córrete en mi verga. Quiero sentir cómo me aprietas cuando te deshagas. Quiero sentir a la verdadera tú, no la actuación, corriéndose en mi verga.

Se corre con un grito que definitivamente llega a los guardias, su coño apretando mi verga como un tornillo de banco. La sensación desencadena mi propio orgasmo, y me entierro profundo mientras me vacío dentro de ella, llenándola con chorros calientes de leche que parecen interminables.

—Joder, joder —gimo, mi verga todavía palpitando dentro de ella —. Tomando mi leche tan bien. Qué coño tan perfecto. Qué chica tan perfecta.

Me desplomo a su lado, atrayéndola contra mi pecho, donde pertenece. Ambos estamos sudando, respirando con dificultad, y puedo sentir que mi leche comienza a escurrirse de ella hacia mi pierna. La parte posesiva de mí quiere volver a meterla dentro, mantenerla siempre llena de mí.

—Eso fue… —empieza, y luego se detiene, aparentemente sin palabras.

—Solo el comienzo —prometo, mi verga ya empezando a endurecerse de nuevo ante la idea—. Voy a follarte en cada habitación de esta casa. Contra cada superficie. Hasta que no puedas recordar cómo se sentía no tener mi verga dentro de ti. Hasta que las únicas estrellas que veas sean las que yo te haga ver cuando te corras.

Se estremece ante mis palabras, y siento su coño contraerse. Aún receptiva, aún hambrienta de más. Perfecto.

—¿Qué me has hecho? —susurra, y hay algo más profundo en la pregunta que una simple vulnerabilidad postsexo.

Le tomo la mano y la presiono contra mi pecho, donde mi corazón late como si hubiera corrido un maratón. —Lo mismo que tú me has hecho a mí.

Se aparta para estudiarme la cara, y veo cuándo lo entiende. Nos hemos vuelto vulnerables en un mundo que se come vivos a los vulnerables. Cada enemigo que tengo ahora tiene un arma: ella. Cada amenaza para ella es un cuchillo en mi garganta.

—Alessandro… —empieza, pero la silencio con un beso.

—Sin arrepentimientos —digo contra sus labios, mi mano deslizándose hacia abajo para ahuecar su coño, sintiendo nuestros fluidos combinados—. No sobre esto. Nunca sobre esto. Ahora eres mía, y yo protejo lo que es mío. Incluso de mi propia familia si es necesario.

Se acomoda contra mi pecho, su respiración comienza a ralentizarse hacia el sueño. Pero luego se mueve, murmurando algo que hace que todo mi cuerpo se ponga rígido.

—Tommy… —El nombre se le escapa de los labios en un suave suspiro—. No dejes que le hagan daño a Tommy.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que saboreo sangre. Incluso inconsciente, incluso después de haber reclamado cada centímetro de ella, está pensando en su hermano. Este Tommy que la hace gritar en pesadillas, por quien sacrificó todo para protegerlo. El hermano cuya seguridad es la palanca que la forzó a mi cama en primer lugar.

Mi teléfono vibra en la mesita de noche, la pantalla se ilumina con el nombre de Sofia. La vista previa de su mensaje de texto hace que se me hiele la sangre:

Los Hewson están nerviosos. Están haciendo preguntas sobre su «hija». ¿Quieres que me encargue?

Emma se mueve de nuevo, apretándose más contra mí en sueños, completamente inconsciente de que mi hermana está dando vueltas como un tiburón. Su mano descansa sobre mi corazón, confiando.

Borro el mensaje con una mano mientras la otra la atrae más hacia mí, mis dedos enredándose posesivamente en su cabello. Ella suspira contenta, murmurando mi nombre esta vez, y algo vicioso y protector ruge a la vida en mi pecho.

Mañana, me ocuparé de Sofia. Mañana, le haré entender que amenazar lo que es mío, ya sea mi esposa o sus secretos, es un deseo de muerte. Mañana, me aseguraré de que la protección de Tommy Pitt sea impenetrable, no por él, sino por la mujer que duerme en mis brazos.

¿Pero esta noche? Esta noche es mía, marcada por dentro y por fuera, llena de mi leche y llevando mi aroma como perfume. Y cualquiera que intente exponer su verdad o quitármela, ya sea mi familia, los Hewson o el mismísimo diablo, aprenderá lo que sucede cuando tocas lo que pertenece a Alessandro Rosetti.

La última persona que lo intentó todavía está gritando. Más le vale a Sofia rezar por ser más inteligente que eso.

18 - Emma

Mi coño palpita con un dolor que me hace jadear, prueba de que lo de anoche no fue un sueño febril. El dedo de Alessandro traza un moretón en mi cadera, presionando lo suficientemente fuerte como para hacerme arquear contra él, y me doy cuenta con una claridad pasmosa de que quiero que presione más fuerte.

—Perseo —murmura contra mi hombro, su aliento me hace estremecer mientras las yemas de sus dedos siguen líneas invisibles por mi piel desnuda, conectando caminos desde mi omóplato hasta la curva de mi cadera como si estuviera trazando constelaciones que solo él puede ver—. Justo aquí, donde tus pecas forman la constelación del héroe.

Su caricia es ligera como una pluma, pero posesiva, recordándome que incluso en la ternura, sigo siendo su cautiva, aunque después de anoche, empiezo a preguntarme quién está realmente atrapado.

La luz de la mañana entra a raudales por los ventanales, pintándonos a ambos de dorado. Incluyendo las marcas que me dejó: moretones morados floreciendo en mis caderas donde me agarró demasiado fuerte, la huella de sus dientes en la cara interna de mi muslo, mis pezones aún hinchados por su boca. Debería estar horrorizada por la evidencia de lo que hicimos, de lo que le rogué que hiciera. En cambio, el orgullo se hincha en mi pecho. Estas marcas demuestran que lo de anoche ocurrió, que la sirvienta que fregaba suelos hizo que Alessandro Rosetti perdiera el control por completo.

Las sábanas de seda se sienten diferentes contra mi piel hipersensible, cada movimiento envía réplicas a través de terminaciones nerviosas que no sabía que existían. Nuestros aromas combinados —sexo, sudor, su colonia— crean un perfume embriagador que hace que mi cuerpo responda a pesar del dolor.

—Estás despierta —observa Alessandro, su mano se detiene en mi cadera, el pulgar presiona de nuevo el moretón, deliberadamente

esta vez, observando mi reacción.

Mantengo los ojos cerrados un momento más, no estoy lista para la realidad. Pero mi cuerpo me traiciona, arqueándose hacia su caricia sin permiso, buscando más presión, más dolor, más de lo que sea que él quiera darme. El pequeño movimiento le hace inhalar bruscamente.

—Todavía tan receptiva —gruñe, su verga ya dura contra mi cadera—. Incluso después de que te hiciera correrte dos veces anoche. ¿Cómo te sientes? —Su voz transmite una preocupación genuina mezclada con una oscura satisfacción.

—Diferente —admito, abriendo finalmente los ojos para encontrarlo apoyado en un codo, estudiándome con una intensidad depredadora. El pelo le cae sobre la frente, haciéndolo parecer más joven, pero esos ojos verdes todavía arden con la misma hambre que me consumió anoche.

—¿Diferente para bien o diferente para mal?

Considero mentir, guardarme algo de poder. Pero, ¿qué sentido tiene? Mis pezones ya están duros, mi coño ya se está mojando solo por su proximidad.

—Bien —susurro, y luego, envalentonándome—: Muy, muy bien.

Su sonrisa se vuelve peligrosa. —Demuéstramelo.

Toma mi mano y la guía entre mis piernas. Mis dedos encuentran humedad allí, tanta humedad, prueba de que incluso dolorido y magullado, mi cuerpo lo anhela. La revelación hace que el calor inunde mi cara, pero también me hace lo suficientemente valiente como para explorar más a fondo.

—Eso es —me anima, mirando atentamente—. Siente lo hinchada que estás por mi verga. Lo mojada que te estás poniendo solo con mi voz.

Presiono dos dedos dentro de mí, sorprendida por mi propia audacia, jadeando por lo sensible pero necesitada que estoy. Mi coño se aprieta alrededor de mis dedos, y puedo sentir dónde me estiró, me cambió, me reclamó.

—Joder, Stella —suspira mientras meto mis dedos más adentro—. Estás chorreando. Escucha lo mojado que está tu coño.

Los sonidos obscenos deberían avergonzarme. En cambio, me envalentonan. Rodeo mi clítoris como lo hizo él, manteniendo el contacto visual incluso mientras el placer chispea a través de la carne hipersensible.

—¿Es esto lo que quieres? —pregunto, añadiendo otro dedo, jodiéndome lentamente—. ¿Ver cómo toco lo que reclamaste?

—Cristo. —Su verga se contrae, una gota de líquido preseminal aparece en la punta—. Vas a matarme. Después de todo lo que hemos hecho, el almuerzo de caridad, la azotea, anoche, y sigues sorprendiéndome.

Su elogio me humedece más. Abro más las piernas, dándole una mejor vista, observando cómo aprieta la mandíbula mientras lucha por el control. Se mueve hacia mí, pero lo detengo con una palabra.

—No. Solo mira.

Se estremece, con la mirada clavada en el lugar donde se unen mis piernas. Este hombre poderoso que comanda ejércitos está temblando porque todavía no le dejo tocarme.

—Stellina —gime cuando me pellizco el pezón con la mano libre —. Mi pequeña estrella perfecta. Mira lo que mi corrupción te ha hecho.

Los cariños en italiano brotan de sus labios —*cara mia, bellissima, la mia vita*—, cada frase extranjera hace que mi coño se contraiga. Pero verlo luchar, ver su verga gotear líquido preseminal solo de mirarme, me da una idea que habría aterrorizado a la versión de mí de ayer.

—Por favor —ruega, y oír a Alessandro Rosetti rogar hace que mi coño chorree—. Déjame probarte. Déjame adorar ese coño perfecto como es debido.

—No. —La palabra nos sorprende a ambos—. Todavía no. Quiero explorarte a ti primero.

Sus manos agarran las sábanas con tanta fuerza que la tela empieza a rasgarse. Este hombre que toma lo que quiere está temblando porque se lo estoy negando.

—Me estás matando, joder —dice con los dientes apretados—. ¿Sabes cómo te ves? Extendida en mi cama, con tres dedos metidos en el coño, cubierta de mis marcas. Te ves como todos los sueños húmedos que he tenido.

La desesperación en su voz me da valor. Saco mis dedos, gimiendo por la pérdida, y luego me sorprendo a mí misma llevándomelos a la boca, probándome a mí misma como lo hizo él aquel día en el almuerzo de caridad. Su verga se sacude violentamente.

—Joder, joder, joder —canturrea mientras chupo mis dedos hasta dejarlos limpios—. Stella, por favor. Necesito estar dentro de ti. Necesito sentir ese coño apretado agarrando mi verga.

Tomo mi decisión en un instante, montándome sobre él antes de perder el valor. La posición me pone por encima de él, en control, y la vista es embriagadora: Alessandro Rosetti extendido debajo de mí, su verga erguida, orgullosa y gruesa, de un rojo furioso y goteando sin cesar.

—Stella —suspira con algo parecido a la adoración.

—Mi turno —susurro, con la voz temblando de excitación nerviosa—. Mi turno de trazar un mapa de cada centímetro de ti.

Empiezo con sus cicatrices, trazando cada una con los dedos y la lengua. La herida de bala cerca de su cadera le hace sisear cuando la chupo. La cicatriz de cuchillo a través de sus costillas lo hace arquearse, su verga se desliza a lo largo de mi rendija húmeda, haciéndonos gemir a ambos.

—Por favor —ruega cuando trazo mi lengua a lo largo de su línea V, evitando deliberadamente su verga—. Stella, nena, por favor. Estoy tan jodidamente duro que duele.

—Me hiciste rogar esa primera vez —le recuerdo, envolviendo mi mano alrededor de su miembro, sintiéndolo pulsar desesperadamente—. Me hiciste gritar tu nombre mientras me comías el coño en ese baño.

—¡Y pasaré el resto de mi vida de rodillas por ti si tan solo… JODER!

He tomado su verga en mi boca, solo la punta, arremolinando mi lengua alrededor de la cabeza, saboreando el líquido preseminal salado que inunda inmediatamente mi boca. Sus caderas se sacuden con fuerza, tratando de empujar más adentro, pero me echo hacia atrás con un pop húmedo.

—Quieto —ordeno, ebria de poder, e increíblemente, obedece.

Lo tomo más profundo esta vez, relajando la garganta. Su verga es gruesa, estirando mis labios obscenamente, pero me encanta el peso de él en mi lengua, me encanta la forma en que tiembla debajo de mí.

—Joder de mierda —gime cuando ahueco sus bolas, haciéndolas rodar suavemente mientras lo tomo más profundo—. Tu boca, santo Cristo, esa boca jodidamente perfecta.

Ahueco mis mejillas, succionando con fuerza mientras trabajo mi lengua a lo largo de la parte inferior de su miembro. Sus manos encuentran mi pelo, sin forzar, solo sosteniendo, temblando por el esfuerzo de no joderme la garganta.

—Stella, nena, voy a… tienes que parar o me correré en tu garganta.

Me aparto lentamente, hilos de saliva conectando mis labios a su verga. —Tal vez quiero que lo hagas —digo, y luego lo tomo profundo de nuevo, gimiendo alrededor de su longitud.

—Joder, no —gruñe, levantándome con una sorprendente gentileza a pesar de su desesperación—. La primera vez que te corras hoy, va a ser con mi verga enterrada en ese coñito apretado.

Antes de que pueda responder, me besa profundamente, gimiendo al saborear el gusto de sí mismo en mi lengua. Su verga se desliza entre mis pliegues, la cabeza rozando mi clítoris con cada pasada, haciéndome gemir en su boca.

—Cabalgame —ordena contra mis labios—. Toma lo que necesites. Usa mi verga como quieras.

Me coloco encima de él, frotando su verga a través de mi humedad, cubriéndolo completamente. Ambos observamos cómo lo alineo con mi entrada, la punta apenas presionando dentro.

—Estás tan jodidamente mojada —se maravilla, sintiéndome gotear sobre sus abdominales—. Mi chica perfecta, tan lista para mi verga.

Me hundo lentamente, jadeando por el estiramiento. Todavía estoy adolorida por lo de anoche, pero el ardor se siente bien, se siente correcto. Su verga me llena por completo, tocando puntos que hacen que las estrellas exploten detrás de mis ojos.

—Joder —decimos al unísono cuando estoy completamente sentada, con su verga enterrada hasta la empuñadura.

Me quedo quieta por un momento, ajustándome a la plenitud, sintiendo mi coño revolotear a su alrededor. Desde esta posición, puedo verlo todo: la forma en que sus abdominales se contraen, la forma en que su mandíbula se crispa con contención, la forma en que sus ojos devoran cada centímetro de mí.

—Muévete —ruega—. Por favor, nena, cabalga mi verga. Necesito sentirte.

Empiezo despacio, moviendo las caderas de forma experimental. El ángulo es diferente al de anoche, su verga golpea más profundo,

haciéndome jadear con cada movimiento. Sus manos encuentran mis caderas, sin dirigir, solo sosteniendo, los pulgares acariciando los moretones que dejó.

—Eso es —me anima mientras encuentro mi ritmo—. Fóllate a ti misma en mi verga. Toma lo que necesites.

Me inclino hacia atrás, apoyando las manos en sus muslos, y el nuevo ángulo hace que su verga golpee mi punto G a la perfección. Grito, mi coño se aprieta con fuerza a su alrededor.

—¿Justo ahí? —pregunta, su pulgar encontrando mi clítoris—. ¿Es ese el punto, nena?

—Sí —gimo, cabalgándolo más fuerte—. Oh, dios, sí, justo ahí.

—Mírate —dice con asombro—. La mujer que se deshizo en ese baño, cabalgando mi verga como si hubiera nacido para ello. Tu coño me está apretando tan jodidamente fuerte.

Sus palabras me estimulan. Boto sobre su verga más rápido, persiguiendo mi placer, viendo cómo su cara se contorsiona por el esfuerzo de no correrse. Los sonidos húmedos de nuestra follada llenan la habitación. Mi coño está tan mojado que es obsceno, su verga hace ruidos asquerosos y chapoteantes con cada embestida.

—Tócate —ordena—. Quiero verte jugar con ese lindo clítoris mientras me cabalgas.

Obedezco, rodeando mi clítoris con una mano mientras la otra juega con mis pezones. La doble estimulación me hace subir rápidamente hacia el orgasmo.

—Esa es mi buena chica —alaba—. Mi chica jodidamente perfecta. Estás cerca, ¿verdad? Puedo sentir tu coño apretándose.

—Tan cerca —jadeo, moliéndome con fuerza, tomándolo imposiblemente profundo.

—Córrete para mí —exige, su pulgar uniéndose al mío en mi clítoris—. Córrete por toda mi verga. Muéstrame a quién le pertenece este coño ahora.

La combinación de sus palabras, su caricia y su verga golpeando ese punto perfecto me lleva al límite. Llego con un grito, mi coño apretándolo en oleadas. El orgasmo parece interminable, todo mi cuerpo tiembla mientras el placer me atraviesa.

—Joder, sí —gime, sus caderas se arquean—. Ordeña mi verga con ese coñito apretado.

Antes de que las réplicas se desvanezcan, nos da la vuelta, todavía enterrado dentro de mí. El cambio repentino me hace jadear,

hipersensible pero inmediatamente lista para más.

—Mi turno —gruñe, retirándose hasta que solo queda la punta, y luego embistiendo de nuevo.

—Oh, dios —grito, mis uñas rasgando su espalda con la fuerza suficiente para sacar sangre.

—Eso es, márcame —me anima, estableciendo un ritmo castigador—. Muéstrale a todos a quién pertenezco.

Me folla duro y profundo, cada embestida arranca pequeños gritos de mi garganta. El cabecero golpea rítmicamente contra la pared, y estoy segura de que toda la casa puede oírnos, pero no me importa.

—Te sientes tan jodidamente bien —gime, angulando mis caderas para ir más profundo. Engancha mis piernas sobre sus hombros, doblándome casi por la mitad. La posición le permite ir imposiblemente profundo, su verga golpeando mi cérvix con cada embestida.

—Alessandro —grito mientras se acumula otro orgasmo—. Voy a correrme otra vez.

—Dámelo —exige, su pulgar encontrando mi clítoris de nuevo—. Córrete en mi verga otra vez. Quiero sentir ese coño apretarme.

Este orgasmo golpea aún más fuerte que el primero, mi visión se vuelve blanca mientras el placer me consume. Mi coño se contrae tan fuerte a su alrededor que tiene que luchar para seguir moviéndose.

—Joder, Stella —gime, sus embestidas se vuelven erráticas—. Voy a correrme. ¿Dónde lo quieres?

—Dentro —jadeo sin dudar. —Quiero sentirte correr dentro de mí.

—Jesucristo de mierda —ruge, embistiendo profundamente una última vez. Siento su verga pulsar mientras se vacía dentro de mí. Se corre tan fuerte que todo su cuerpo tiembla, sus manos agarran mis caderas con una fuerza que deja moretones.

Colapsamos juntos, ambos jadeando en busca de aire. Él se queda dentro de mí, ninguno de los dos quiere separarse todavía. Puedo sentir nuestros fluidos combinados comenzando a filtrarse alrededor de su verga, pero no me importa el desastre.

—Eso fue… —empieza, y luego se interrumpe.

—Lo sé —digo contra su pecho, sonriendo.

Nunca me había sentido tan poderosa.

Él se ríe, el sonido retumbando a través de mí. —Acabas de joder veintisiete años de experiencia sexual hasta la irrelevancia. Todas las mujeres antes de ti están olvidadas.

Quiero reír. Burlarme de él por haberse acostado con tantas, pero el pensamiento me llena con una punzada de rabia. Celos, supongo.

—¿Alessandro? —digo, apretando mi coño alrededor de su verga, sintiendo cómo empieza a endurecerse de nuevo dentro de mí.

—¿Ya? —pregunta con asombro—. Joder, ¿qué me has hecho?

—Quiero más —admito, moviendo las caderas—. Quiero que me enseñes todo. Cada posición, cada forma en que puedes hacerme correr. Quiero ser una experta en follarte.

Su verga está completamente dura de nuevo, estirándome una vez más. —Vas a ser mi muerte —gime, empezando a moverse—. Mi perfecta corrupción. Mi hermosa obsesión.

Empujo contra su pecho de repente, obligándolo a detenerse a mitad de la embestida. La sorpresa en sus ojos me hace sentir ebria de poder.

—No —digo con firmeza, sorprendiéndome a mí misma con mi audacia—. Así no.

—¿Stella?

Lo empujo sobre su espalda, su verga se desliza fuera de mí con un sonido húmedo que nos hace gemir a ambos. Pero ya me estoy moviendo, deslizándome fuera de la cama con una confianza recién descubierta, mis piernas temblorosas pero decididas.

—¿A dónde vas…?

—No he terminado contigo —interrumpo, girándome para enfrentarlo con una sonrisa que se siente extraña en mis labios: depredadora, confiada, completamente diferente a la sirvienta que se acobardaba hace apenas unas semanas—. Tu familia está toda fuera por el día, ¿verdad? En ese picnic de la empresa al que te negaste a ir.

—Sí.

—Incluso Ana y el bebé.

—Sí, ¿por qué…?

—Quiero que me folles en cada habitación de esta casa hoy. Empezando por esa mesa donde me diste de comer por primera vez.

Su mandíbula cae. Alessandro Rosetti, que siempre tiene una respuesta ingeniosa, se queda sin palabras.

—¿En cada habitación? —Su voz se quiebra ligeramente.

—En cada. Maldita. Habitación. —Camino hacia la puerta, consciente de que estoy desnuda, cubierta de sus marcas, su corrida goteando por mis muslos. La yo de ayer se habría sentido mortificada. La versión de hoy se deleita en ello—. Empezamos en el comedor. Quiero que me pongas sobre esa mesa de caoba donde me diste de comer, donde tu familia me juzgó.

—Por el amor de Cristo, Stella. —Ya está saliendo de la cama, su verga balanceándose mientras se mueve—. De verdad vas a matarme.

—Entonces morirás feliz —digo, ya alcanzando el pomo de la puerta—. Ahora ven y muéstrame lo que esa lengua puede hacer en tu sillón de cuero. ¿A menos que estés demasiado cansado?

El desafío en mi voz hace que sus ojos brillen peligrosamente. En dos zancadas, está detrás de mí, haciéndome girar y presionándome contra la puerta. Su verga se presiona contra mi estómago, dura como una roca y goteando de nuevo.

—¿Demasiado cansado? —gruñe, su mano envolviendo mi garganta, sin apretar, solo sosteniendo, posesiva y gentil a la vez—. Te follaré en cada superficie de esta casa. Luego te follaré en el coche. En mi oficina. Junto a ese telescopio que tanto te gusta. Haré que te corras tantas veces que olvides tu propio nombre.

—Promesas, promesas —susurro, y luego bajo la mano para acariciar su verga, haciéndolo sisear—. Demuéstralo.

Estrella su boca contra la mía, el beso es violento y desesperado. Cuando se aparta, ambos estamos jadeando.

—Toma mi camisa —ordena—. La llevarás puesta al comedor. Quiero follarte vestida solo con mi camisa.

Me pongo su camisa blanca de botones de anoche, la tela todavía lleva su aroma. Apenas me cubre el culo, y sé que estoy goteando por los muslos, pero el hambre en sus ojos me hace sentir como una diosa.

—Muévete —ordeno, abriendo la puerta—. Tenemos toda una casa que bautizar, y quiero estar gritando tu nombre en cada habitación antes del almuerzo.

Mientras camino por el pasillo hacia el comedor, lo oigo detrás de mí, murmurando en italiano. Algo que suena como una combinación de oraciones y maldiciones. Sonrío, sabiendo que la sirvienta ha desaparecido de verdad, reemplazada por algo mucho más peligroso: una mujer que conoce su poder y no tiene miedo de usarlo.

—Stella —llama, y cuando me vuelvo, su expresión es de pura adoración mezclada con asombro—. Vas a destruirme por completo, ¿verdad?

—Sí —digo simplemente, y luego abro la puerta del comedor—. Ahora ven aquí y déjame hacerlo.

19 - Alessandro

Emma me roba tocino del plato con los mismos dedos que trazaron constelaciones en mi pecho anoche, y me doy cuenta de que he estado vigilando las salidas de la cocina durante diez minutos mientras ella tararea completamente desafinada.

El sonido debería ser doloroso —está destrozando la melodía de alguna canción pop que reconozco vagamente—, pero saliendo de su boca mientras no lleva nada más que mi camisa blanca de anoche, es lo más hermoso que he oído nunca. Aun si probablemente está haciendo que los guardias apostados afuera se cuestionen su elección de carrera.

Hace solo dos noches tomé su virginidad, y ya ha transformado mi rutina matutina, que pasó de ser de planificación estratégica a verla destruir el desayuno con una enternecedora incompetencia. Una mañana perfecta haciéndole el amor en cada superficie que pudimos encontrar, marcándola, adueñándome de ella, y aun así mi polla se pone dura solo de verla lamerse la grasa del pulgar.

—Estás demoliendo mi desayuno —señalo, aunque ambos sabemos que preparé de más específicamente para que pudiera robarlo después de quemar el suyo.

—Mmm —concuerda, tomando otro trozo directamente de mi plato mientras su otra mano busca la cafetera. El movimiento hace que mi camisa se suba, exponiendo los moretones que le dejé en la cadera ayer por la mañana. Tres de ellos, perfectamente espaciados donde la agarré mientras la follaba contra el marco de la puerta.

La luz de la mañana que entra por las ventanas de la cocina lo vuelve todo dorado, incluida su piel, donde mis marcas florecen en un tono morado. El aceite de arma todavía se adhiere a mis dedos por el ritual de limpieza de anoche —viejos hábitos que ni siquiera su presencia puede romper—, mezclándose con el aroma doméstico a café y tocino.

—Tu tocino está a punto de convertirse en carbón —observo, señalando con la cabeza la sartén que abandonó cuando comenzó su

campaña de robo.

Se da la vuelta con una espátula en alto como si fuera un arma —buen instinto, herramienta equivocada— y luego se ríe al ver el humo. —Mierda, el tocino.

Retira la sartén del fuego, ahuyentando el humo con la mano mientras yo abro las ventanas automáticamente, revisando la calle más allá de las rejas en busca de ese sedán plateado que he notado tres veces esta semana. Nada todavía, pero siento un hormigueo en la nuca con la sensación de que me observan. Los pasos de los guardias resuenan en el pasillo, sus rondas matutinas tan predecibles como mi necesidad de trazar un mapa de cada salida, incluso en mi propia casa. Tres salidas de esta cocina. Cuatro, si se cuenta la ventana.

—El desayuno está arruinado —dice con tristeza, mirando las tiras ennegrecidas como si la hubieran traicionado personalmente.

—Ven aquí —ordeno, sentándome en una de las sillas de la cocina, posicionándome para ver ambas entradas.

Se acerca con esa sonrisa tímida que todavía aparece a veces, como si no pudiera creer que se le permita tocarme. La jalo para sentarla de lado sobre mi regazo, sus piernas sobre el reposabrazos, su cuerpo encajando perfectamente contra el mío. Su peso me ancla.

—Planeaste mi desastre con el desayuno —me acusa, pero ya está tomando otro trozo de mi plato.

—Conozco las habilidades culinarias de mi esposa. —Le doy un trozo en la boca, viendo sus labios cerrarse alrededor de mis dedos, chupando la grasa con una lentitud deliberada que hace que mi polla se agite a pesar de lo a fondo que nos exploramos anoche.

—El tuyo está más rico de todos modos —admite, y luego roba otro trozo directamente del plato.

Comemos así, ella en mi regazo robando bocados mientras finjo proteger mi comida, el tipo de intimidad natural que nunca he tenido con nadie. Sin actuación, sin control cuidadoso, solo Emma siendo Emma: la chica que quema el tocino, tararea desafinada y me hace olvidar que he visto a hombres morir por menos de lo que ella le hace a mi autocontrol.

Mi celular vibra sobre la encimera. Marco, probablemente, preguntándose por qué me salté el reporte de la mañana. Lo ignoro. Que se lo pregunte. Que todos se pregunten por qué Alessandro Rosetti se ha ablandado por su esposa.

—Quiero ver los anillos de Saturno esta noche —dice de repente, sus dedos jugando con el pelo de mi nuca—. El telescopio debería poder mostrarlos claramente con el clima que estamos teniendo.

—Haré que suceda —prometo de inmediato, ya pensando en la hora óptima para la observación, en si necesitamos algún ajuste en el telescopio, en qué guardias apostar en el techo, en cómo garantizar las condiciones perfectas mientras mantenemos la seguridad.

Me toma el rostro entre sus manos, obligándome a mirarla en lugar de organizar mentalmente posiciones defensivas. —Alex, no tienes que orquestar cada momento. A veces, lo perfecto simplemente… sucede.

Su mano cubre la mía donde he estado dando golpecitos inconscientemente contra su muslo, ya planeando contingencias. La gentil comprensión en su voz me aquieta. Ella me ve —mi naturaleza controladora, la necesidad de manejarlo todo, la paranoia que nos mantiene a ambos con vida— y lo acepta sin juzgar.

—No puedo evitarlo —admito—. Quiero darte todo. Quiero encerrarte en esta casa donde nada pueda tocarte.

—Ya me has dado todo —susurra, dejando un beso en mi mandíbula.

—Dime algo real —digo, todavía sosteniéndola en mi regazo mientras la mañana se vuelve más cálida—. Algo que nunca le hayas dicho a nadie.

Se tensa ligeramente y luego se relaja contra mi pecho con un suspiro que tiene peso. El café caro queda olvidado mientras se prepara para confiarme algo que importa.

—Quieres saber sobre mi madre.

No es una pregunta. Sabe que he estado tomando nota de cada mención, cada respingo cuando se habla de madres, archivando cada dato para usarlo en el futuro. En mi mundo, conocer las heridas de alguien significa saber cómo protegerlo… o destruirlo.

—Se enfermó cuando yo tenía doce años —comienza Emma, su voz se vuelve distante—. Cáncer. Empezó en sus pulmones, se extendió por todas partes antes de que supiéramos que algo andaba mal. Había estado ocultando los síntomas, trabajando turnos dobles en la fábrica para pagar el alquiler.

Sus dedos encuentran los míos, entrelazándolos como si necesitara el ancla. Permanezco en silencio, aunque mi mente ya está calculando cómo lo habría manejado: qué médicos se podrían haber

comprado, qué tratamientos se podrían haber adquirido por canales extraoficiales. Los poderosos sobreviven. Los pobres simplemente mueren.

—Tommy solo tenía ocho años. No entendía por qué mamá seguía adelgazando, por qué ya no podía jugar con él. Traté de protegerlo, pero los niños lo saben. Siempre lo saben.

Su hermano, aquel por el que sacrificó todo, la palanca que la atrapó. Escuchar sobre su infancia compartida hace que apriete la mandíbula con una rabia retroactiva hacia todos los que les fallaron.

—Las facturas médicas… —Se ríe, pero es una risa amarga—. No te imaginas lo que cuesta morir lentamente. Cada tratamiento que no funcionó, cada especialista que no pudo ayudar, cada medicamento que podría comprarle otro mes… todo venía con una etiqueta de precio que bien podría haber sido de un millón de dólares.

Me lo imagino. He visto a hombres rogar por sus vidas por menos. Pero me guardo esa oscuridad para mí, solo la abrazo más fuerte.

Se acurruca más contra mi pecho, buscando un consuelo que estoy desesperado por brindarle, incluso si el consuelo que viene de mí tiene sangre bajo las uñas. —La vi morir poco a poco. Primero no podía trabajar. Luego no podía caminar. Luego ni siquiera podía sostener un vaso de agua sin ayuda. Y yo era completamente impotente para detenerlo.

Mis brazos se aprietan a su alrededor involuntariamente. La idea de una joven Emma, apenas una niña, viendo a su madre consumirse mientras trataba de proteger a su hermano… hace que algo violento se levante en mi pecho. Si pudiera retroceder en el tiempo, destruiría a todos los que no los ayudaron. Pintaría Chicago de rojo con su sangre.

—Los cobradores de deudas comenzaron a llamar antes de que ella muriera —continúa, su voz apenas un susurro—. Como buitres dando vueltas. Cuando finalmente falleció, no teníamos nada. Menos que nada. Teníamos una deuda que tomaría tres vidas pagar.

—Así es como se convirtieron en… —me interrumpo, sin querer decir «sirvientes» como si fuera vergonzoso, cuando ya estoy planeando cómo destruir retroactivamente a cada cobrador de deudas que acosó a una niña en duelo.

—Así es como quedamos atrapados —dice ella con delicadeza—. Los Hewson compraron nuestra deuda a cambio de nuestro servicio.

Servidumbre por contrato moderna disfrazada de empleo. Mi hermano y yo les pertenecíamos desde ese momento.

Se aparta para mirarme, con lágrimas corriendo por su rostro. —Era tan impotente, Alex. Verla desvanecerse, sabiendo que no podía salvarla, que ni siquiera podía hacer que estuviera cómoda. Es el peor sentimiento del mundo, ser tan indefensa.

Le seco las lágrimas con mis pulgares, con mi propia garganta apretada por la rabia hacia todos los que le fallaron. —Eras una niña. No era tu trabajo salvarla.

—Pero se convirtió en mi trabajo salvar a mi hermano —dice—. Y mira a dónde nos llevó eso.

—Te llevó a mí —gruño, la oscuridad posesiva deslizándose en mi voz—. Y ahora nunca volverás a ser impotente. A cualquiera que intente hacerte daño, que te haga sentir indefensa… le daré de comer sus propios órganos mientras mira.

Se estremece ante la promesa en mi voz, pero no se aparta. Está aprendiendo a amar mi violencia cuando se ejerce para su protección.

—¿Te arrepientes? —pregunto, la pregunta que me ha estado quemando desde que reveló la verdad hace semanas—. ¿Del camino que te trajo aquí?

Lo considera por un largo momento, con sus dedos trazando patrones en mi pecho a través de mi camisa, enganchándose ocasionalmente en la cadena que sostiene mi medalla de San Cristóbal; una protección en la que nunca creí hasta que la tuve a ella para proteger.

—Me arrepiento del sufrimiento de mi madre. Me arrepiento de que mi hermano esté en la cárcel. Me arrepiento de haber tenido que mentirte al principio.

—¿Pero? —la insto cuando hace una pausa.

—Pero no puedo arrepentirme del camino que me trajo a ti. —Las palabras salen seguras, decididas—. Incluso con todo —el miedo, el engaño, el peligro— lo haría de nuevo si eso significara terminar aquí, en esta cocina, robando el tocino de tu plato mientras planeas diecisiete maneras de mantenerme a salvo.

Algo se quiebra en mi pecho, el último muro que he estado manteniendo incluso después de todo lo que hemos compartido. Ella está aquí por mí. No por el apellido Rosetti ni por el dinero ni por la protección, sino por mí, Alessandro, el hombre que se levanta

temprano para hacer tocino de repuesto porque sabe que ella quemará el suyo.

—Te amo —dice de repente, las palabras tan naturales como respirar, no una declaración dramática sino una simple verdad dicha mientras está sentada en mi regazo en nuestra cocina iluminada por el sol—. Probablemente desde aquella noche que me diste el telescopio, cuando de verdad me escuchaste divagar sobre las estrellas.

Las palabras me hacen querer cerrar todas las puertas y no dejarla salir nunca de esta habitación donde está a salvo, es mía y me ama a pesar de la sangre que nunca podré limpiar. Otras mujeres han dicho que me amaban antes, generalmente mientras miraban mi reloj, mi auto o mi apellido. Pero Emma lo dice como si fuera un hecho, como si amarme fuera tan natural como quemar el desayuno.

—Emma —empiezo, pero ella presiona sus dedos sobre mis labios.

—No tienes que decirlo tú también. Solo necesitaba que lo supieras.

Mi última defensa se desmorona por completo. Esta mujer que comenzó como sirvienta, que fue obligada a fingir ser otra persona, a quien pensé que estaba corrompiendo… es ella quien me ha destruido y reconstruido.

La acerco más, aspirando su aroma mezclado con mi colonia de mi camisa. —Traes luz a mi vida. Me haces creer que hay algo más en toda esta violencia, esta familia y esta mierda. Me haces sentir real.

Sonríe, esa sonrisa genuina que aparece cuando se olvida de tener miedo. —Nos estamos haciendo reales el uno al otro.

El sol de la mañana sube más alto, pintando su piel de oro, y sé con absoluta certeza que quemaría el mundo entero para conservar este momento, esta mujer, este amor inesperado que ha demolido todo lo que creía saber sobre mí mismo.

Mi celular vuelve a vibrar. Marco, insistente. Algo sobre los irlandeses poniéndose audaces cerca de los muelles. Que lo hagan. Me ocuparé de eso más tarde, después de haberle recordado a mi esposa exactamente a quién pertenece.

Me pongo de pie abruptamente, manteniéndola en mis brazos. —Ven conmigo.

—¿A dónde? —pregunta, pero ya está envolviendo sus piernas alrededor de mi cintura, confiando en mí por completo, aunque sabe

que mis manos tienen una sangre que no se quita.

—A nuestra azotea —digo, llevándola por los silenciosos pasillos de la mansión, notando las posiciones de los guardias, la nueva cámara que instalé ayer—. Te necesito bajo el cielo donde me enseñaste a ver las estrellas, donde me mostraste quién eres realmente.

El aire de la mañana en la azotea ya es cálido mientras la llevo al lugar donde hemos pasado tantas noches trazando constelaciones juntos. El telescopio se alza como un centinela, pero la acuesto sobre la manta que guardamos aquí arriba. Escaneo automáticamente el perímetro: sin movimiento, sin amenazas visibles, pero ese sedán plateado está estacionado justo al final de la calle. Más tarde. Me ocuparé de eso más tarde.

—Alex —suspira mientras cubro su cuerpo con el mío, pero esta vez no hay urgencia, ni hambre desesperada. Esto es otra cosa: tierno y sagrado de una manera que hace que mis manos tiemblen, aunque han estado firmes al quitar vidas.

La desnudo lentamente, revelando la piel que he memorizado pero que todavía necesito adorar. Mi camisa se desliza de su cuerpo y queda desnuda debajo de mí, espléndida bajo la luz que se intensifica. Beso cada moretón que le dejé en las caderas, cada marca que demuestra que es mía, pero ahora con delicadeza, con reverencia, incluso cuando el monstruo posesivo en mí quiere agregar más.

—Ti amo —susurro contra su garganta, el italiano saliendo sin ser llamado—. Ti amo anch'io, stellina.

Jadea, comprendiendo incluso sin traducción. —Dilo otra vez.

—Yo también te amo, estrellita —le digo en español, luego en italiano de nuevo, y luego en todos los idiomas que conozco mientras me posiciono entre sus muslos—. Je t'aime. Te amo. Ich liebe dich. Y mataré a cualquiera que intente alejarte de mí.

Cuando entro en ella, es lento, cuidadoso, ambos manteniendo el contacto visual mientras nuestros cuerpos se unen. Esto no es follar. Ni siquiera es hacer el amor. Esto es algo más allá de lo físico: una reclamación de almas bajo el cielo que se ilumina.

—Mi santuario —susurra, sus manos enmarcando mi rostro mientras me muevo dentro de ella—. Tú eres mi santuario, Alex.

Gruño suavemente, necesitando marcarla incluso en la ternura.

Nos movemos juntos en perfecta sincronización, sin prisa por llegar al final, solo la acumulación constante de placer mezclada con una intensidad emocional que nos hace temblar a ambos. La ciudad se despierta debajo de nosotros, pero aquí arriba, en nuestro universo privado, el tiempo se detiene.

Cuando ella se viene, es con mi nombre en sus labios y lágrimas en sus ojos. La sigo, susurrando «Ti amo» contra su boca mientras mi cuerpo se estremece con la liberación. —Mia per sempre —mía para siempre.

Permanecemos unidos, ninguno de los dos queriendo separarse, mientras el cielo se transforma de azul a dorado a nuestro alrededor. Esta azotea donde ella confió en mí por primera vez con su amor por las estrellas se ha convertido en tierra sagrada, nuestro santuario de un mundo que destruiría esta ternura si pudiera.

20 - Emma

—Mantén una postura más amplia, stellina. A la pistola no le importa lo delicada que te veas.

La voz de Alessandro retumba contra mi oído mientras ajusta mi posición en la galería de tiro subterránea, con su pecho presionado contra mi espalda, sólido y cálido en el fresco aire del sótano. El olor acre de la pólvora de nuestras rondas anteriores se mezcla con su colonia, ese aroma almizclado y floral que hace que mi cuerpo reaccione incluso cuando mi mente sabe que debería estar concentrada en el arma que tengo en las manos.

El peso de la Glock ya no me asusta después de cinco semanas de matrimonio. Cinco semanas desde que caminé hacia el altar como Frances Hewson, temblorosa y asustada. Ahora sostengo la muerte en la palma de mi mano con una confianza firme, y la transformación me emociona.

—Respira —murmura Alessandro, su aliento caliente contra mi cuello mientras sus manos cubren las mías sobre la empuñadura—. Siente el peso. Deja que se convierta en parte de ti.

Su cuerpo se amolda al mío por detrás y siento cada centímetro de él. Los duros planos de su pecho, la fuerza de sus brazos mientras guían los míos y, sin lugar a dudas, su verga endureciéndose contra la parte baja de mi espalda. La combinación de peligro y deseo hace que el calor se acumule entre mis muslos. Incluso aquí, rodeada de muros de hormigón que amortiguan el sonido, con armas letales y el débil eco de nuestros últimos disparos aún resonando, mi cuerpo le responde como si hubiera reprogramado mi propio ADN.

—Ahora —dice, sus labios rozando mi oreja—. Tres disparos, al centro del torso. Muéstrame lo que ha aprendido mi niña buena.

El elogio me provoca una oleada de humedad en la entrepierna. Aprieto el gatillo en una rápida sucesión. Uno, dos, tres. La pistola patea contra mi palma con cada disparo, un beso violento que me recorre el brazo. Cada bala destroza el centro del torso del blanco de

papel, tan agrupadas que crean un único agujero irregular donde estaría un corazón.

—Por Cristo —resuella Alessandro, su cuerpo se tensa detrás de mí. Su verga presiona con más fuerza contra mí, completamente erecta ahora, y sus manos se aprietan en mis caderas con una fuerza que deja marca—. Eres perfecta. Una asesina nata.

El orgullo me invade ante su aprobación, oscuro y embriagador. —Tuve un buen maestro —digo, frotándome deliberadamente hacia atrás contra su erección, sintiendo su gruesa longitud a través de nuestra ropa.

Me gira tan rápido que la pistola cae con un ruido metálico sobre el mostrador. Mi espalda golpea la fría pared de hormigón y su boca se estrella contra la mía con un hambre desesperada. Su lengua invade mi boca mientras sus manos me agarran el trasero, levantándome. Mis piernas se enredan en su cintura por instinto y puedo sentir su verga presionando contra mí a través de la ropa, justo donde más lo necesito.

—Vas a ser mi perdición —gruñe contra mi garganta, succionando con la fuerza suficiente para dejar una marca. Sus dientes rozan el punto donde late mi pulso mientras su mano se desliza bajo mi camisa. Su camisa, en realidad, robada de su armario esta mañana. Sus dedos encuentran mi pecho, el pulgar rozando mi pezón a través del encaje de mi sujetador hasta que se endurece dolorosamente.

—Alex —jadeo, frotándome contra él, buscando fricción—. Por favor.

—¿Por favor, qué? —Su mano se mueve entre nosotros, ahuecando mi intimidad a través de mis jeans. La presión me hace gemir—. Dime qué necesitas.

—A ti —logro decir, mis manos buscando a tientas su cinturón—. Te necesito dentro de mí. Ahora.

Me baja solo el tiempo suficiente para arrancarme los jeans y las bragas por las piernas. El aire fresco golpea mi piel acalorada por solo un instante antes de que sus dedos me encuentren, deslizándose entre mi humedad con un gemido.

—Ya estás tan húmeda —murmura, rodeando mi clítoris con el pulgar mientras dos dedos se clavan en mi interior—. Este coño siempre está listo para mí, ¿verdad?

—Sí —gimo, mis caderas arqueándose contra su mano—. Siempre. Solo para ti.

Me trabaja con pericia, curvando los dedos para tocar ese punto que me hace ver las estrellas mientras su pulgar mantiene una presión perfecta sobre mi clítoris. Ya estoy cerca, vergonzosamente rápido, cuando de repente se detiene.

—No —gimo ante la pérdida—. No pares.

—Date la vuelta —ordena, con la voz áspera por la necesidad—. Manos en la pared.

Obedezco de inmediato, apoyando las palmas contra el frío hormigón. Detrás de mí, oigo su cremallera, y luego siento la caliente longitud de su verga deslizándose por mis pliegues, cubriéndose con mi humedad.

—Eres mía —gruñe, posicionándose en mi entrada—. Dilo.

—Tuya —jadeo mientras se clava dentro de mí en una sola y profunda estocada. El estiramiento es perfecto, ese límite entre el placer y el dolor que enciende todo mi cuerpo—. Toda tuya.

Impone un ritmo castigador de inmediato, una mano sujetando mi cadera mientras la otra se enreda en mi pelo, echando mi cabeza hacia atrás. La posición hace que penetre aún más profundo, cada estocada arrancando pequeños gritos de mi garganta.

—Eso es —me anima, su agarre se intensifica—. Déjame oírte. Que cualquiera que escuche sepa quién se está follando este coño perfecto.

La idea de que me oigan, de que alguien sepa lo que me está haciendo, me hace apretarme a su alrededor. Él lo nota, por supuesto, y ríe oscuramente contra mi oído.

—¿Te gusta eso? ¿Te gusta la idea de que te encuentren con mi verga enterrada dentro de ti? —Su mano se desliza para encontrar mi clítoris, frotando en círculos apretados que hacen temblar mis piernas—. Qué niña tan sucia. Mi perfecta y sucia esposa.

Mi orgasmo crece rápidamente bajo su hábil toque, el placer enroscándose más y más en mi centro. Justo cuando estoy a punto de caer por el precipicio, algo cambia. El complejo está demasiado silencioso. Ni pasos en el pasillo exterior. Ni voces lejanas. El silencio nos presiona como una respiración contenida.

Alessandro debe sentirlo también, porque su ritmo flaquea ligeramente, aunque no se detiene. Su teléfono vibra insistentemente en el mostrador.

—Ignóralo —suplico, empujando hacia atrás contra él, tan cerca del orgasmo.

Pero ya se está retirando, dejándome vacía y dolorida. La pérdida me hace gemir mientras él se recoloca con una expresión de dolor, su verga enorme y erecta, balanceándose con cada movimiento.

—Alerta de seguridad —dice, revisando la pantalla—. Tenemos que subir. Pero esto no ha terminado, stellina. Ni de lejos.

Mi cuerpo palpita con una necesidad insatisfecha mientras me visto de nuevo con manos temblorosas. La mezclilla se siente áspera contra mi piel hipersensible, y puedo sentir lo húmeda que sigo, lo preparada que estoy. Los ojos de Alessandro siguen mis movimientos, oscuros de promesa y frustración.

—Ven —dice, tomándome de la mano—. A mi estudio. Ahora.

La subida por las escaleras se siente interminable, mis piernas inestables por nuestro encuentro interrumpido. Su agarre en mi mano es casi doloroso, delatando su propia frustración.

Su estudio huele a cuero y a whisky añejo, la luz de la tarde entra a raudales por las ventanas blindadas. Ya he estado aquí antes, pero nunca así. Aún temblando de necesidad, mi coño apretándose en el vacío, deseándolo tanto que apenas puedo pensar con claridad.

—Siéntate —ordena, señalando la silla de cuero frente a su escritorio.

Pero permanezco de pie, mis ojos atraídos por la pared de relojes detrás de él. Docenas de ellos, cada uno impecable, cada uno con una historia que apenas ahora empiezo a comprender.

—Háblame de ellos —digo, necesitando una distracción del dolor entre mis muslos.

Sus ojos se oscurecen con algo más allá del deseo. —¿Quieres saber sobre mis trofeos?

—Sí. —Me acerco a la vitrina, notando cómo su mirada me sigue como un depredador acechando a su presa—. Háblame del primero.

Se levanta de su silla, moviéndose detrás de mí, sin tocarme pero lo suficientemente cerca como para sentir su calor. —Abajo a la izquierda. El Rolex Submariner.

Estudio el reloj, su esfera brilla bajo la luz de la tarde. —¿Quién era?

—Antonio LaPaz. Un matón de bajo nivel que pensó que podía robar de los cargamentos de la familia. —Su aliento roza mi cuello—. Tenía diecinueve años. Marco quería ponerme a prueba, ver si su bonito hermano tenía estómago para el trabajo de verdad.

—¿Lo tenías? —Mi voz sale entrecortada cuando su mano se posa en mi cadera.

—Le metí tres balas en el pecho mientras suplicaba por su madre. —Sus labios rozan mi oreja—. Luego le quité el reloj mientras aún respiraba. Lo he usado en cada ejecución desde entonces.

La violencia casual me produce un escalofrío. Mi coño se contrae con una nueva necesidad. ¿Cuándo me convertí en alguien que se moja con confesiones de asesinato?

—¿Cuál añadirás después? —pregunto, girándome para mirarlo—. ¿Cuando alguien nos amenace?

Me mira fijamente por un largo momento, luego cruza hacia su escritorio, sacando su teléfono. —Esa es mi oscura y pequeña stellina. Ya planeando la violencia.

El elogio hace que el calor me inunde, pero entonces su expresión cambia mientras lee algo en la pantalla. Aprieta la mandíbula, un músculo crispándose con una rabia apenas contenida.

—¿Qué pasa? —pregunto, acercándome.

—Quédate ahí —ordena, pero ya estoy a su lado, mirando el mensaje.

Es de un número desconocido: «Mira tu correo. Tenemos que hablar de Frances. ¿O debería decir Emma?».

La sangre se me hiela en las venas. El nombre me golpea con fuerza, haciendo que mis rodillas se debiliten. Alessandro me sujeta, presionándome contra su escritorio, su cuerpo enjaulando el mío.

—¿Cómo? —susurro—. ¿Cómo lo saben?

—No importa. —Su voz es mortalmente tranquila, pero siento la tensión vibrando a través de él—. Lo arreglaré.

Un golpe en la puerta nos interrumpe. —Un paquete para usted, señor Rosetti —llama Maria a través de la puerta, su voz familiar, firme pero preocupada—. El mensajero dijo que era urgente. Lo dejó con seguridad.

Alessandro recupera el paquete, un sobre manila sin remitente. Sus movimientos son controlados, pero veo el ligero temblor en sus manos mientras lo abre. Las fotos se derraman sobre la superficie de caoba, y mi mundo se tambalea.

Ahí estoy. Emma Pitt, la sirvienta, fregando los suelos de los Hewson. Otra foto mía con mi uniforme de sirvienta, con la cabeza gacha, tratando de ser invisible. Y lo peor de todo, una foto mía del

día de la sentencia de Tommy, de pie fuera del juzgado, con las lágrimas corriendo por mi cara mientras se lo llevaban encadenado.

—Oh, Dios —exhalo, llevándome una mano a la boca.

Alessandro estudia cada foto con fría precisión antes de guardarlas en su caja fuerte. Cuando se vuelve hacia mí, su expresión está tallada en piedra.

—Stellina —dice, cruzando hacia donde estoy congelada—. Tenemos un problema. Alguien sabe exactamente quién eres en realidad.

Las palabras me golpean con fuerza, pero antes de que pueda procesarlas, el puño de Alessandro se estrella contra el escritorio de caoba con fuerza suficiente para romper la madera. La violencia del acto me hace sobresaltar, pero luego me atrae hacia él bruscamente, y siento que todavía está duro por nuestro encuentro interrumpido en la galería de tiro, su verga presionando insistentemente contra mi estómago.

—Nadie —gruñe, su mano enredándose en mi pelo para echar mi cabeza hacia atrás, obligándome a encontrar su peligrosa mirada— te aparta de mí. Ni los Hewson, ni mi familia, ni el mismísimo Dios.

Su boca se estrella contra la mía con una fuerza brutal, dientes y lengua reclamándome mientras el peligro nos rodea. Saboreo sangre, la mía o la suya, no lo sé, y el matiz metálico solo me hace besarlo más fuerte. Mi cuerpo, todavía preparado por lo de antes, responde al instante, derritiéndose contra él a pesar del terror que corre por mis venas.

Cuando se aparta, sus ojos son puro asesinato y puro deseo combinados, un fuego verde que promete violencia y placer a partes iguales.

—Vamos a encontrar a quien envió esto, stellina. Pero primero… —su mano se desliza hacia abajo para ahuecar mi intimidad a través de mis jeans, encontrándome todavía húmeda, todavía dolorida por nuestro asunto pendiente—, voy a terminar lo que empezamos abajo. Porque si el mundo se está acabando, vas a estar gritando mi nombre cuando suceda.

Sus dedos presionan con más fuerza contra mí a través de la mezclilla, y no puedo evitar el gemido que se me escapa. El peligro, su furia posesiva, la promesa de violencia, todo se combina en algo oscuro e irresistible que hace que mi coño se contraiga de necesidad.

—Alex —jadeo contra su boca—. ¿Y si se lo dicen a todo el mundo? ¿Y si…?

—Que lo hagan —gruñe, haciéndome retroceder contra el escritorio hasta que estoy sentada en su superficie, con las fotos del chantajista esparcidas debajo de mí—. Que todo el puto mundo sepa que Emma Pitt le pertenece a Alessandro Rosetti. Que te elegí, te reclamé y destruiré a cualquiera que intente alejarte de mí.

Sus manos ya están forcejeando con mis jeans, y levanto las caderas para ayudarlo, sin importarme ya el peligro o las consecuencias. Todo lo que importa son sus manos sobre mí, su verga dentro de mí, esta prueba de que, sea lo que sea que venga después, lo afrontaremos juntos.

—Mía —gruñe mientras me abre las piernas—. No importa qué nombre lleves, qué verdad expongan, eres mía, Emma. Y yo protejo lo que es mío.

El sonido de mi verdadero nombre en sus labios mientras sus dedos encuentran mi clítoris me hace gritar, placer y miedo y pertenencia, todo enredado en una perfecta tormenta de sensaciones. Se clava dentro de mí, y yo echo la cabeza hacia atrás y grito.

21 - Alessandro

Esta noche, finalmente exploté.

Mi camisa blanca está cubierta por la sangre arterial del trabajo de esta noche, pero todavía no he rastreado al puto chantajista.

Estoy de pie ante las fotos de vigilancia extendidas sobre mi escritorio de caoba. Mis nudillos palpitan, abiertos a golpes por una persuasión que no me llevó a ninguna parte. El complejo se siente diferente a las dos y media de la mañana. Todas las puertas están selladas con cerraduras electrónicas, sus luces rojas palpitan como heridas. Los sonidos nocturnos habituales, guardias bromeando, el personal de cocina preparando el desayuno, han sido reemplazados por susurros tácticos y el sonido de las armas al ser cargadas.

Las fotos cuentan una historia que apenas empiezo a comprender. Cada una muestra diferentes ángulos del complejo Rosetti, pero hay algo específico en ellas que no logro identificar del todo.

Mi teléfono permanece en silencio sobre el escritorio, esperando la siguiente llamada. El chantajista está yendo a más. Primero solo amenazas, luego exigencias, ahora promesas de revelaciones que destruirían todo lo que he construido con Emma. Dupliqué los guardias en cada entrada, pero alguien se acercó lo suficiente para fotografiarnos. Alguien que sabía exactamente dónde mirar.

Se oyen disparos lejanos desde el distrito de los almacenes. Mis hombres encargándose del último objetivo de esta noche. El sonido ya casi ni lo registro, es solo música de fondo para la sinfonía de violencia en la que se ha convertido mi vida desde que llegaron esas fotos. Tres cuerpos solo esta noche, y sigo sin estar más cerca de la verdad.

La puerta del estudio se abre sin que nadie llame. Solo una persona se atrevería.

—Te dije que te quedaras en nuestra habitación —digo sin voltearme, reconociendo el aroma a jazmín de Emma mezclándose

con el residuo de pólvora de mi ropa.

—Y yo te dije que ya me cansé de esconderme —responde, su voz firme a pesar de la sangre que decora mi camisa—. Además, esos disparos me despertaron. Es difícil dormir cuando estás llevando a cabo ejecuciones.

Cruza hasta el escritorio y su camisón, mi camisa, en realidad, robada como de costumbre, susurra contra su piel. Han pasado tres días desde que comenzó el chantaje, y ella ha empezado a transformarse de una víctima aterrorizada en algo completamente diferente. Algo que hace que se me agite la polla a pesar de la gravedad de nuestra situación.

—No deberías ver esto —le digo, pero no hago ningún movimiento para ocultar las fotos. Necesita entender a qué nos enfrentamos.

Emma estudia cada imagen con una intensidad concentrada que estoy aprendiendo a reconocer. Su ojo capta detalles que yo podría haber pasado por alto.

—Todas estas son áreas de servicio —observa, sus dedos trazando las fotos sin tocar las manchas de sangre que he dejado en ellas—. Quienquiera que las haya tomado sabe cómo se mueve el personal doméstico. Cuándo llegan las entregas. Qué puertas se dejan abiertas durante los cambios de turno.

La verdad me golpea. Mierda. Hemos estado cazando lobos mientras las ratas nos carcomían las paredes.

El teléfono suena, cortando nuestro análisis como una cuchilla. Número desconocido. Voy a tomarlo, pero la mano de Emma se dispara más rápido, sus dedos se cierran alrededor del dispositivo antes de que pueda detenerla.

—Emma, no…

Ella contesta de todos modos, su voz con una fuerza que no sabía que poseía: —Habla con la señora Rosetti. Exponga sus demandas.

Me quedo helado. No Frances. La señora Rosetti. Está reclamando mi nombre como una armadura, blandiéndolo como el arma que es.

—Cinco millones —créspita la voz distorsionada a través del altavoz—. Las rutas de envío a través del corredor norte. Y su completa sumisión a nuestras órdenes, señora Rosetti. O mañana por la mañana, todas las familias de Chicago sabrán exactamente quién es Emma Pitt y cómo engañó al gran Alessandro Rosetti.

Mi mano encuentra mi pistola sin pensar, necesitando su peso. El metal está tibio por el calor de mi cuerpo, tan familiar como respirar. A diferencia del frío terror de imaginarla expuesta, destruida por mis enemigos.

El agarre de Emma sobre el teléfono se tensa, pero su voz se mantiene firme: —¿Crees que puedes amenazar a un Rosetti y vivir para contarlo?

La risa que sale por el altavoz hace que me hierva la sangre. —Creo que Alessandro gastaría un poco de dinero para proteger a su preciosa esposa falsa. Cinco millones. Las rutas. Su cooperación. Pronto. Ya estamos más cerca de lo que creen.

La línea se corta.

Emma deja el teléfono con cuidado, como si pudiera explotar. Sus manos tiemblan ligeramente. Rabia, no miedo. ¿Cuándo empezó a cambiar?

—Alguien cercano al negocio —dice en voz baja—. Saben sobre las rutas de envío. Un rival de negocios, probablemente. O alguien aún más cercano.

Tiene razón. Las rutas específicas, el corredor norte. Solo una familia rival sabría su valor. O nuestra propia familia. Aprieto la mandíbula con fuerza suficiente como para romperme los dientes.

La puerta del estudio se abre de nuevo. Marco entra sin ceremonias, con los hombros tensos por una violencia controlada. Él también ha estado de caza esta noche. Manchas de sangre en su cuello que no se molestó en limpiar.

—Atrapamos a dos más —dice, con voz plana. Luego: —Alguien ha estado comprando información. Desde hace seis semanas. —Desliza unos registros financieros sobre mi escritorio—. En efectivo. Imposible de rastrear.

Hace seis semanas. Justo en la época de nuestra boda. Alguien ha estado planeando esto desde el principio, observándonos, esperando el momento perfecto para atacar.

Emma da un paso adelante y estudia los papeles. —El último depósito fue ayer mismo. Les están pagando por inteligencia continua. Su infiltrado sigue activo.

Los ojos de Marco se entrecierran mientras la mira de verdad por primera vez esta noche. No como mi esposa, no como la identidad que lleva, sino como alguien con una mente que vale la pena consultar. —¿Entiendes de esto?

Ella le sostiene la mirada con firmeza. —Entiendo cómo opera la gente invisible. Cómo les pagan para que sigan siendo invisibles mientras reúnen secretos.

—Esperen —dice de repente, señalando las marcas de tiempo de la vigilancia—. Tercer miércoles, día de rotación de sirvientes. Primer lunes, cuando viene el servicio de lavandería. Conozco este patrón. Así es como el personal crea puntos ciegos. Cuando los guardias se distraen con sirvientas bonitas que traen café. Cuando la entrada de la cocina se deja abierta para sacar la basura.

La observación encaja como si todo de repente tuviera sentido. He estado pensando como un don cuando debería haber estado pensando como Emma. Alguien que entiende cómo la gente invisible se mueve por nuestro mundo.

—Conocimiento de sirvientes —observa Marco, mirando a Emma con nuevo interés.

—Exactamente. Tu chantajista no solo está recibiendo ayuda desde dentro. Entiende las rutinas domésticas. —Su voz tiene la autoridad de la experiencia vivida—. Puedo encontrarlos porque conozco su mundo. Úsame.

—Absolutamente no —digo de inmediato, mi pulso se dispara al pensar en ella en peligro.

—Has matado a tres hombres esta noche tratando de protegerme —dice, alcanzando mis manos destrozadas. Sus dedos trazan los nudillos reventados con una ternura inesperada, sin inmutarse por la sangre que se queda en su piel—. Déjame protegernos a nosotros por una vez.

Levanta mi mano hasta sus labios, besando cada nudillo dañado. El gesto es tan gentil, tan en desacuerdo con la violencia que satura la habitación, que algo se quiebra en mi pecho.

—¿Quieres usar a tu esposa como carnada? —pregunta Marco, pero hay consideración en su tono, no desdén.

Emma no aparta la vista de mí mientras responde: —No como carnada, solo usar mi información. Además, no lo estoy pidiendo. Me estoy ofreciendo como voluntaria. Hay una diferencia.

—¿Así que mi esposa quiere jugar a la espía? —digo—. Este matrimonio se pone más interesante cada día. Lo próximo será que me digas que puedes abrir cajas fuertes y mezclar venenos.

Sus labios se tuercen en una mueca de diversión mientras toma un paño limpio del cajón de mi escritorio y empieza a limpiar la

sangre de mis manos con una eficiencia cuidadosa. Cada pasada elimina la evidencia de la violencia de esta noche, pero su tacto promete que no está tratando de limpiar la oscuridad de mí, solo de curar las heridas que causa.

—Tres cuerpos —murmura, repitiendo mis primeras palabras—. Tres hombres que pensaron que podían hacernos daño. ¿A cuántos más vas a destruir antes de darte cuenta de que no soy una princesa que necesita ser salvada? No te hagas daño por mi culpa.

—¿Preocupada por mí, *cara*? Cuidado, podría empezar a pensar que de verdad te gusto. Aunque la apariencia de esposa preocupada te queda muy bien.

El teléfono vuelve a sonar. Esta vez, Emma no pide permiso. Simplemente toma el control y lo pone en altavoz. Observo cómo su voz baja a un tono que nunca le he oído. Una autoridad intentada que vacila ligeramente pero se mantiene.

—Eso ha sido rápido —observa—. ¿Estás desesperado?

—¿Dónde está su marido, señora Rosetti? ¿Escondiéndose tras las faldas de su esposa falsa?

La risa de Emma es frágil pero decidida. —Mi marido está aquí mismo, cubierto de la sangre de todos los que nos han amenazado hasta ahora. ¿Te gustaría ser el siguiente?

A través de la ventana, veo movimiento. Mis hombres encargándose de otro interrogatorio. Emma sigue mi mirada, su mano se posa en mi hombro. Su agarre se tensa mientras observa, un pequeño temblor recorre sus dedos, pero no aparta la vista.

—Cinco millones es un insulto —continúa dirigiéndose al chantajista, su voz ganando fuerza—. Las rutas valen diez veces más. O eres estúpido o estás desesperado, y de cualquier manera, estás muerto. La única pregunta es si mi marido te matará rápido o… —hace una pausa, tragando saliva—, o lentamente.

—Estás cometiendo un error —advierte la voz, pero ahora hay incertidumbre donde antes había confianza.

—No —dice Emma, su voz más firme ahora—. Tú cometiste el error cuando pensaste que yo era el punto débil. Estoy aprendiendo a no serlo.

Cuelga la llamada sin esperar respuesta. Cuando se vuelve para mirarme, sus ojos brillan de miedo y determinación.

—Tus hombres tienen a otro —observa en voz baja, señalando hacia la ventana—. Otra pista que seguir.

Marco la mira fijamente con algo que se acerca al respeto. —No eres lo que esperaba de la princesa Hewson.

Ella no se inmuta, manteniendo la compostura. —Me estoy convirtiendo en lo que tu hermano necesita que sea. Una Rosetti.

Esas palabras golpean con la fuerza de una confesión. No solo está aceptando nuestra violencia. Está tratando de reclamarla, aunque sus manos todavía tiemblen ligeramente. Mi niña valiente, adentrándose en una oscuridad para la que no está del todo preparada, pero dispuesta a enfrentarla por nosotros.

—Tengo que decir que verte amenazar a la gente con esa camisa enorme le está haciendo cosas terribles a mi concentración —le digo —. Probablemente deberíamos discutir la estrategia, pero todo en lo que puedo pensar es en lo bien que te ves blandiendo mi nombre como un arma.

Marco se va para coordinar la ofensiva de mañana, y me quedo a solas con mi esposa que acaba de intentar darle órdenes a un chantajista a pesar de su evidente miedo. La adrenalina de la violencia de esta noche se mezcla con una necesidad desesperada mientras la atraigo hacia mí.

—Fuiste valiente —gruño contra su garganta—. Mi niña valiente.

Ella se arquea contra mí, su cuerpo ya respondiendo. —Llévame a nuestra habitación. Ahora.

No necesito que me lo pidan dos veces. La llevo en brazos a través del silencioso complejo, sus piernas envueltas alrededor de mi cintura, su boca caliente contra mi cuello. Cada paso nos acerca a nuestro santuario, donde la violencia de nuestro mundo se transforma en algo completamente diferente.

La puerta de nuestra habitación se cierra detrás de nosotros con firmeza. La coloco sobre la cama, ambos excitados por la adrenalina y la oscuridad compartida. Ella me atrae hacia abajo, su boca encuentra la mía con una fuerza que deja moretones.

Pero esta vez es diferente. Besa mis nudillos reventados con algo entre fascinación e inocencia persistente. —Cuéntame sobre esta noche —susurra contra mis labios, y oigo tanto curiosidad como nerviosismo en su voz.

Le arranco la seda del cuerpo, más allá de la delicadeza. Ya está húmeda, ya está lista, pero esta noche necesita más que solo mi polla. Necesita entender en qué me he convertido por ella.

—Tres hombres —gruño, deslizando bruscamente dos dedos dentro de ella—. Al primero le rompí los dedos, igual que a Blair, pero más lento. Al final gritaba.

Ella gime, restregándose contra mi mano, su inocencia luchando con una oscura excitación. —Más.

—El segundo pensó que podía negociar. —Curvo los dedos, encontrando ese punto que la hace arquearse sobre la cama—. Le mostré las fotos tuyas, le dije exactamente lo que le haría a cualquiera que amenazara a mi esposa. Lloraba cuando apreté el gatillo.

—Alessandro —jadea, y es tanto una protesta como una súplica.

—El tercero sabía tu verdadero nombre. Lo dijo mientras tenía mis manos alrededor de su garganta. —Añado un tercer dedo, follando con ellos mientras mi pulgar rodea su clítoris—. Me aseguré de que Emma Pitt fuera lo último que dijera.

Se corre con un grito, su coño se aprieta alrededor de mis dedos mientras la violencia y el placer se funden en algo oscuro y perfecto. No la dejo recuperarse, reemplazando inmediatamente mis dedos con mi polla, hundiéndome profundamente en una sola embestida.

Gruño, marcando un ritmo castigador. —Mi puta y valiente niña.

Follamos con una intensidad desesperada, cada embestida una promesa y una amenaza.

—Mañana acabamos con esto —prometo, mi voz áspera por el agotamiento y la determinación—. Los cazaremos, a todos y cada uno de los que nos amenazaron.

Arquea la espalda, mostrándome sus tetas llenas, y me inclino para tomar una en mi boca.

—Primero los Hewson —le digo, ya planeando la violencia de mañana—. Ellos empezaron esto cuando te obligaron a ponerte ese vestido de novia. Es hora de que aprendan lo que pasa cuando usan a mi esposa como un peón.

El gemido de Emma sale de su alma. —Haz que paguen —susurra —. Hazles entender que ahora soy tuya, no de ellos para controlarme.

—Di eso otra vez —gruño, girándola para ponerla debajo de mí sin perder el contacto. Me quedo quieto dentro de ella mientras espero su respuesta.

Me mira, con los ojos brillantes. Sabe lo que sus intentos de oscuridad me provocan. —Haz que paguen por lo que nos hicieron. Haz que se arrepientan de haber amenazado lo que es nuestro.

—¿Quieres que los destruya? —pregunto, saliendo de ella lentamente, colocando la punta de mi polla de nuevo en su entrada.

—Quiero que desaparezcan —corrige, levantando las caderas para tomarme dentro—. Quiero que vean lo que crearon cuando convirtieron a la sirvienta en tu esposa.

Me hundo profundo, haciéndola jadear. —Joder, Emma. Vas a hacer que mate a medio Chicago solo para mantenerte a salvo.

—Bien —gime, respondiendo a mis embestidas—. Haz lo que sea necesario. Muéstrales lo que pasa cuando alguien intenta separarnos.

La cama golpea contra la pared con cada embestida, compitiendo con las sirenas de fuera. Mis nudillos reventados dejan sangre en su piel dondequiera que la toco, marcándola con la evidencia de la violencia de esta noche. Ella se estremece al verlo, pero no se aparta.

—Se están impacientando —le recuerdo, follando más duro—. Se nos acaba el tiempo.

Ella jadea, su cuerpo se tensa a mi alrededor. —Necesitamos averiguar quién está detrás de esto. —Sus uñas se clavan en mis hombros—. Antes de que hagan su próximo movimiento.

—¿Quieres enfrentar esto juntos? —gruño, poniéndola boca abajo, levantando sus caderas—. Entonces lo haremos a mi manera.

La penetro por detrás, el ángulo me permite ir increíblemente profundo. Ella grita contra la almohada, su coño se aprieta a mi alrededor.

—Esto es lo que me haces —gruño, con una mano enredada en su cabello mientras la otra agarra su cadera con fuerza suficiente para dejar un moretón—. Me vuelves insaciable. Haces que quiera follarte mientras el mundo arde a nuestro alrededor.

—Que arda —jadea, empujando hacia atrás contra mí—. Siempre que estemos juntos.

Las sirenas se desvanecen en la distancia, pero ninguno de los dos se da cuenta. Estamos perdidos en nuestra propia intensidad, nuestra propia conexión desesperada, creando algo poderoso en el espacio entre el peligro y el deseo.

—Pronto —gruño contra su cuello mientras ella se corre de nuevo, todo su cuerpo temblando—. Todo esto terminará pronto.

22 - Alessandro

La sangre bajo el cuello de la camisa de Emma es mía, una huella de mi pulgar que dejé hace tres horas cuando le sujeté la garganta mientras la follaba hasta hacerla perder el sentido, después de encargarme del tercer cuerpo de la noche. Ahora está sentada a mi lado en la sala de guerra, con el Armani azul marino que elegí específicamente para ocultar mis marcas, mientras Marco desliza un sobre manila por la mesa de caoba como si fuera una sentencia de muerte.

—Tres entregas distintas en las últimas dos horas —dice Marco, con ese tono particular que antes me hacía buscar las salidas—. Cada una más específica que la anterior. Saben de nuestras rutas del norte, los horarios de los muelles, incluso qué jueces tenemos comprados.

A nuestro alrededor, mi familia está sentada en varios estados de tensión controlada. Dante le hace una seña a Nico, Luca se limpia las uñas con una navaja, Sofia observa a Emma con una sospecha apenas disimulada. La Glock presionada contra mis costillas es un peso familiar, con el seguro quitado, lista para quien sea que amenace lo que es mío. El cuerpo de Emma todavía lleva la evidencia de cuán profundamente la reclamé. Mis nudillos despellejados por el trabajo de persuasión, su piel marcada donde la agarré con demasiada fuerza, su coño probablemente todavía adolorido por recibir cada centímetro de mi desesperación y mi rabia.

Emma extiende las fotos sobre la mesa, estudiando cada una como si no hubiera estado temblando en mis brazos hace apenas unas horas, gritando mi nombre mientras yo le prometía destruir a cualquiera que nos amenazara. Sus dedos trazan patrones que solo ella ve y, joder, verla tomar el control de esta manera hace que se me mueva la polla a pesar de la gravedad de la situación. Todos los hombres en esta mesa están viendo lo que yo ya sabía. No es solo hermosa, es jodidamente brillante. Y es mía.

—Todas estas las tomaron desde áreas de servicio —observa en voz baja, con la voz firme a pesar de todo lo que hemos hecho en las

últimas seis horas—. Muelles de carga, entradas de cocina, los lugares donde el personal crea puntos ciegos durante los cambios de turno.

Las manos de Dante se detienen a media seña, y su oscura mirada se agudiza con interés.

—Quienquiera que haya tomado estas fotos conoce los patrones de los sirvientes —continúa Emma, ordenando las fotos por hora y fecha—. El movimiento la hace inclinarse hacia adelante, y percibo su aroma a jazmín mezclado con sexo y mi colonia, marcándola tan profundamente como podría hacerlo cualquier anillo—. El tercer miércoles, día de rotación. El primer lunes, servicio de lavandería. Están usando a la gente invisible, a los que no notas porque siempre han estado ahí.

Mi mano encuentra su muslo bajo la mesa, y mi pulgar lo acaricia a través de la seda. Para mi familia, el gesto parece de apoyo, pero Emma sabe que es posesión, un recordatorio de que después de esta reunión, la pondré sobre mi escritorio y le sacaré la tensión a folladas a los dos mientras le enumero cada amenaza que eliminaré por ella.

—¿Desde cuándo la princesita Hewson entiende de horarios de sirvientes? —pregunta Sofia con dulzura, aunque el veneno gotea de cada una de sus palabras.

Emma no se inmuta, aunque siento cómo se le acelera el pulso bajo mi mano. —Desde que empecé a prestar atención a cómo funcionan realmente las casas en lugar de solo vivir en ellas.

La respuesta es perfecta, una evasiva sin confesión. El orgullo y la excitación luchan en mi pecho mientras ella continúa su análisis, señalando detalles que incluso Marco pasó por alto. Mi pequeña y brillante mentirosa, interpretando su papel a la perfección.

—Este es un asunto de familia —anuncia Sofia a la sala, ignorando ahora por completo a Emma—. ¿Por qué están pidiéndole consejo a niños?

Emma se endereza, pero no retrocede. —Porque entiendo la desesperación —dice—. Y la gente desesperada comete errores predecibles.

Joder. La forma en que impone autoridad a pesar de su miedo me da ganas de despejar esta mesa y tomarla aquí mismo. Mi polla se endurece por completo ante la idea, y tengo que acomodarme bajo la mesa.

—Escuchen a la princesita —murmura Sofia, sus dedos tamborileando la mesa con creciente agitación—. Algo no anda bien con ella esta noche, una energía nerviosa crepita a su alrededor como estática—. Lo próximo será que nos enseñe sobre supervivencia. Sobre sacrificio. Sobre cosas que nunca ha experimentado desde su torre en un internado suizo.

—Sofia —advierte Marco, pero ella ya está cogiendo impulso.

—Es fascinante, de verdad. —Sofia se pone de pie, rodeando la mesa como un depredador—. Qué rápido se ha adaptado. Con qué naturalidad encaja en nuestro mundo. Casi como si hubiera estado ensayando este papel toda su vida.

Emma permanece perfectamente quieta, pero siento el ligero temblor donde nuestros cuerpos se tocan. Aprieto mi mano en su muslo, una promesa silenciosa de que me encargaré de esto. Calabrese observa el intercambio con creciente interés, oliendo la sangre en el agua. La rabia que se acumula en mi pecho tiene un sabor metálico, como la sangre que derramaré si Sofia sigue presionando.

—La chica tiene argumentos sólidos —interrumpe Luca, que sigue limpiándose las uñas—. Su teoría de los sirvientes encaja con las pruebas.

—Claro que encaja —espeta Sofia—. Porque ella no es…

—¿No es qué? —pregunto, mi voz descendiendo a un territorio peligroso. El mismo tono que usé antes de meterle tres balas al último hombre que amenazó a Emma—. ¿Aún no es de la familia? Es mi esposa, Sofia. Eso la hace más de la familia que los de afuera que ofrecen ayuda no solicitada.

—¡Es una impostora! —La acusación de Sofia explota en la habitación como un cristal hecho añicos—. ¡Esta no es la verdadera hija de los Hewson! No sé quién es, pero no es…

—Estás paranoica —digo con calma, aunque el pulso me martillea en los oídos y mi mano se desliza hacia mi pistola—. Otra vez.

Los ojos de Sofia se abren de par en par con rabia. —No estoy…

—Llevas semanas errática. Todos lo hemos notado. —Me levanto lentamente, colocándome entre ella y Emma, con mi cuerpo preparado para la violencia—. Has estado pasándola mal desde que los rusos reaparecieron, todos lo sabemos. ¿Pero atacar a mi esposa porque te estás desmoronando? Eso es caer más bajo incluso para ti.

La habitación se queda en silencio. Los ojos de Marco se entrecierran, reevaluando. Las manos de Dante se detienen por completo. Incluso Luca deja de fingir que se limpia las uñas. El sabor a sangre me llena la boca por morderme la lengua para no decirle a Sofia exactamente lo que le haré si dice el verdadero nombre de Emma.

—Cómo te atreves —resuella Sofia—. La muerte de padre nos destruyó a todos, pero al menos yo no estoy…

—¿No estás qué? ¿Siguiendo adelante? ¿Funcionado? —Dejo que la decepción tiña mi voz mientras imagino mis manos alrededor de su garganta—. Padre se avergonzaría de verte así, Sofia. Paranoica, haciendo acusaciones descabelladas porque no puedes soportar el cambio.

—¡Esto no tiene que ver con la muerte de padre! —La voz de Sofia se quiebra—. ¡Esto tiene que ver con la verdad…!

—Esto tiene que ver con que estás perdiendo el control —interrumpe Marco en voz baja, y todos se giran hacia él—. Alex tiene razón. La paranoia, las acusaciones… tienes que recomponerte, Sofia.

—¡No estoy paranoica! ¡Ella no es quien dice ser!

—Basta. —La única palabra de Marco tiene un aire de finalidad—. Tenemos amenazas reales que atender. Los chantajistas ya comprometieron tres de nuestras operaciones anoche. Si no puedes contribuir sin estos… episodios, entonces vete.

La mención de la violencia de anoche hace que la mano de Emma encuentre la mía bajo la mesa, sus dedos trazando mis nudillos despellejados con una ternura que me agrieta el pecho. Confía en mí por completo, incluso sabiendo que llegué a su cama con sangre bajo las uñas.

Sofia mira alrededor de la mesa, buscando apoyo. Pero la familia ya ha elegido un bando, y ella lo sabe. Dante no la mira a los ojos. Nico se mueve incómodo. Luca realmente parece comprensivo, lo que viniendo de él es prácticamente una declaración de preocupación.

Emma no se ha movido, no ha hablado. Su completa quietud, su confianza en que yo me encargaré de esto, hace que algo ruja en mi pecho.

Sofia sale furiosa sin decir una palabra más, la puerta se cierra con la suficiente fuerza como para hacer temblar los retratos de los antepasados. El sonido resuena en un silencio incómodo mientras

todos procesan lo que acaba de pasar. El olor a aceite de armas de mi pistola se mezcla con el perfume de jazmín de Emma; la violencia y la belleza entrelazadas.

—Bueno —dice Luca después de un largo momento—. Eso fue incómodo. Incluso para nosotros.

Nico se aclara la garganta. —¿Quizás deberíamos centrarnos en las amenazas reales? Los chantajistas siguen ahí fuera.

Emma finalmente se mueve, su mano aprieta la mía antes de hablar. —Mi análisis se mantiene —dice en voz baja, pero con la autoridad que le he estado enseñando—. Están usando las redes de sirvientes. Puedo predecir sus próximos movimientos porque entiendo cómo piensa la gente invisible.

Marco la estudia por un largo momento, luego asiente. —¿Puede decirnos quiénes son los chantajistas? No sabemos cuánto tiempo pasará hasta que pierdan la paciencia, y si no los contrarrestamos para entonces, quién sabe qué información sobre nuestro negocio filtrarán.

Emma respira hondo. —Deben ser los Hewson.

—¿Sus padres? —pregunta Marco bruscamente.

—Así es, mis padres —continúa Emma con fluidez—. Investigamos a su familia antes de la boda. Debida diligencia, y todo eso. Deben haber pensado que podrían usarme como palanca sobre usted para obtener algo de dinero extra. —Se ríe—. Siempre han sido gente de negocios primero.

—Habrá que vigilarlos —hace una seña Dante—. Si…

—Yo me encargaré de los Hewson —interrumpo, imaginando ya la garganta de la señora Hewson bajo mis manos—. Personalmente. Han estado nerviosos desde la boda. Es hora de averiguar por qué.

La reunión se disuelve en logística, pero la energía ha cambiado. Todos están pensando en la acusación de Sofia, aunque no lo digan. Emma mantiene la compostura, contribuyendo cuando se le pregunta, pero puedo sentir el esfuerzo que le está costando. Su muslo tiembla ligeramente bajo mi tacto, y subo mi caricia, recordándole que no está sola.

Cuando Marco finalmente nos despide a todos, Emma y yo somos los últimos en irnos. Su mano en la mía tiembla ligeramente, la única señal de lo que esto le ha costado.

Estamos casi en la puerta cuando la voz de Marco nos detiene.

—Alex. Un momento. En mi despacho privado.

Emma me mira y yo le aprieto la mano. —Adelántate a nuestra habitación. Iré enseguida.

Ella asiente, comprendiendo que esto es algo que tengo que manejar solo. Cuando se va, Marco me indica que vaya a su despacho privado, aquel donde se deciden los verdaderos asuntos de la familia. Lo sigo a través de la pesada puerta de roble, la que ha sido testigo de cada decisión importante de los Rosetti durante tres generaciones.

Una vez que estamos solos en su santuario privado, rodeados de libros encuadernados en cuero y el leve olor de los puros de nuestro padre, Marco se acerca a la ventana, de espaldas a mí.

—Tu esposa es lista —dice en voz baja—. Casi demasiado lista para ser una heredera protegida.

—Se ha adaptado bien a nuestra vida. —Mi mano se desliza de nuevo hacia mi pistola, calculando cuántos segundos tardaría en desenfundar si esto sale mal.

—¿Lo ha hecho? —Marco se da la vuelta, sus ojos clavados en los míos—. ¿O ya sabía cómo desenvolverse en ella?

Mi pulso se acelera, pero mantengo mi expresión neutral. —¿Qué estás insinuando?

—No estoy insinuando nada. Todavía. —Sirve dos vasos de whisky del decantador de su escritorio, del bueno que solo saca para conversaciones serias—. Pero Sofia no suele equivocarse con la gente. Así que, o tu hermana se ha desmoronado por completo, o...

—¿O qué?

—O tenemos que hablar. Mañana por la mañana, después de que implementemos el plan de tu esposa. —Su mano se posa en mi hombro, fraternal y amenazante a la vez—. Sea cual sea la verdad que estés ocultando, Alex, más vale que no ponga en peligro a esta familia.

El peso de su agarre me recuerda que la sangre lo significa todo y nada en nuestro mundo. Que ya he elegido a Emma por encima de la verdad, de la familia, de mi propia supervivencia si es necesario.

—Mi esposa es exactamente quien necesita ser —digo con cuidado —. Para esta familia. Para mí.

Marco me estudia durante un largo momento. —Mañana, entonces. ¿Y Alex? Ven preparado para contármelo todo, o ven preparado para perderlo todo. Tú eliges.

23 - Emma

Las voces rusas atraviesan el tecleo mecánico de las cámaras, y mi espalda se tensa bajo el Chanel. Dos fotógrafos cerca del escaparate de la boutique. Pero Alessandro eliminó a los traficantes de información. Estos tienen que ser paparazis normales. Tienen que serlo.

Obligo a mis hombros a relajarse y me ajusto las gafas de sol de diseñador mientras salgo por completo de la camioneta negra a la Avenida Michigan. Tony espera al volante, siempre paciente, mientras veinte cámaras se giran hacia mí como depredadores que huelen sangre. Les doy exactamente lo que quieren: a Frances Rosetti, cubierta de diamantes e irradiando una riqueza inalcanzable. El sol de la tarde rebota en los escaparates de cristal, creando la iluminación perfecta para los fotógrafos que me han estado siguiendo desde las puertas del complejo.

Alessandro se fue a encargarse de los Hewson directamente. Si de verdad son los chantajistas, les sacará la verdad. Descubrirán lo estúpido que es chantajear a los Rosetti.

—Muéstrales a todos quién es la señora Rosetti —dijo Alex contra mi boca esta mañana, con sus manos aferradas a mi cintura. Ahora estoy haciendo exactamente eso, aunque esas voces rusas me ponen la piel de gallina.

—¡Señora Rosetti! ¡Por aquí! —Los fotógrafos avanzan como una ola, pero los guardaespaldas en los que insistió Alessandro los mantienen a una distancia respetuosa. El sonido de las cámaras llena el aire como insectos mecánicos, hambrientos e insistentes. Sonrío, la sonrisa de sociedad que he perfeccionado durante estas semanas, y camino con la seguridad de una mujer que pertenece al Chanel y a los diamantes.

Esta es mi misión. Mi contribución para proteger a nuestra familia. Aunque algo en esos fotógrafos se sienta mal.

Reprimo la inquietud y me concentro en las palabras de Alessandro de esta mañana: «Piensas como una Rosetti».

La primera ubicación es esta boutique de lujo donde finjo comprar durante una hora, dejándolos que me fotografíen examinando joyas, probándome bufandas, siendo la esposa perfecta de la mafia que gasta el dinero de su marido. Las vendedoras me adulan y yo interpreto mi papel a la perfección. Examino un brazalete de diamantes con desinterés, notando distraídamente que mis manos ya no tiemblan al manipular cosas caras. El miedo de la sirvienta a romper algo valioso por fin ha desaparecido.

Pero esos dos fotógrafos se quedan cerca del escaparate y fragmentos de su conversación se cuelan a través del cristal. Algo sobre «el hermano» y «confirmación». Se me hiela la sangre, pero mantengo una expresión neutra, examinando unas perlas como si fueran lo único que importa en mi mundo.

Probablemente estén hablando de otra historia. El drama de otra familia. Los traficantes de información están muertos. Alessandro se aseguró de ello. Después, toqué sus nudillos partidos y saboreé la violencia en su piel. Estos fotógrafos no son nada. Ruido de fondo.

La segunda ubicación es un café donde me encuentro con una de las amigas de Ana para almorzar. Nos damos besos al aire, hablamos de galas benéficas y me aseguro de que todos los fotógrafos obtengan tomas claras de mí viviendo mi vida privilegiada. Mi acompañante parlotea sobre sus hijos mientras yo asiento y sonrío, interpretando a la esposa devota que pronto podría tener noticias propias.

Los fotógrafos me siguen, manteniendo siempre la distancia, pero sin perderme de vista. Profesionales. Pacientes. Como cazadores que conocen los patrones de su presa.

Mi teléfono vibra. Alessandro.

—¿Cómo está mi estrella? —Su voz me envuelve como la seda, llena de orgullo.

—Terminadas tres ubicaciones, falta una —le informo, alejándome de los fotógrafos para tener privacidad—. Están consiguiendo todo lo que querían.

—Eres magnífica, *stellina*. El propio Marco dijo que piensas como una Rosetti. —La aprobación en su voz hace que un calor florezca en mi pecho, ahogando temporalmente la ansiedad.

Las palabras se hunden en mis huesos y me transforman. Ya no soy la chica temblorosa que caminó por ese pasillo. Soy algo que él ayudó a crear: peligrosa y valiosa.

Todos en esa familia son más de lo que parecen. Asesinos, pero amables. Violentos, pero leales. Incluso Sofía, mi némesis Rosetti personal, tiene un lado bondadoso. Al salir de la casa esta mañana, la oí hablar con María en un italiano rápido. Capté lo suficiente para entender que preguntaba por el nieto enfermo de María y prometía que el médico de la familia lo visitaría. Es difícil conciliar a esa persona con la mujer que me lanza dagas cada vez que paso a su lado.

—Solo intento proteger lo que es nuestro —digo, tocando mi anillo de bodas, cuyo peso me tranquiliza.

—Vuelve a casa después de la última parada. Quiero celebrar tu éxito como se debe. —La promesa en su voz hace que mi interior se caliente a pesar de la inquietud persistente.

La tercera ubicación es la inauguración de una galería de arte. Floto entre la multitud, con una copa de champán en la mano, asegurándome de que todos los fotógrafos me capten apreciando la cultura, codeándome con la élite de Chicago, siendo exactamente quien ellos esperan que sea. La Emma que aprendió a disparar, que besó los nudillos ensangrentados de Alessandro, interpreta su papel a la perfección.

Pero puedo sentir a esos fotógrafos rusos observando, y ahora ni siquiera fingen tomar fotos. Solo están… esperando.

Estoy tan concentrada en ellos que casi no me doy cuenta del mensajero que se acerca entre la multitud.

—Una entrega para la señora Rosetti —dice, extendiendo un sobre de manila.

Mi guardaespaldas lo intercepta primero, comprobando que no haya nada peligroso, y luego me lo entrega con un asentimiento. Es ligero, solo papeles dentro. Probablemente otra invitación o una solicitud de caridad. Me lo meto bajo el brazo, pensando abrirlo en el auto.

Pero algo en la expresión del mensajero al irse hace que se me revuelva el estómago. No era distanciamiento profesional, sino otra cosa. Lástima, tal vez. Y detrás de él, juro que veo a los fotógrafos rusos asentir entre ellos, como si se hubiera dado una señal.

Me excuso para ir al baño de damas, necesito privacidad. El espacio de mármol y oro está vacío, solo estamos yo y lo que sea que haya en este sobre. El azulejo del baño reluce. Alguien pasó siglos

haciéndolo brillar, y sé exactamente cómo deben dolerle las rodillas. Deslizo el dedo bajo el sello con manos temblorosas.

Las fotografías se derraman.

Tommy.

El rostro de mi hermano, golpeado hasta quedar irreconocible. Sangre seca alrededor de sus ojos hinchados. Su cuerpo retorcido en ángulos que me provocan náuseas. El uniforme de la prisión, rasgado y manchado con tanto rojo.

Más fotos. Diferentes ángulos. Primeros planos de heridas que hablan de una tortura sistemática. Una última toma de él arrugado sobre el concreto, inmóvil y sin vida, otros reclusos de pie alrededor de su cuerpo como si no fuera nada.

Mis rodillas se doblan.

El azulejo del baño está frío contra mis rodillas. Lo noto distraídamente, sabiendo que alguien tendrá que limpiar mi sudor y mis lágrimas de este mármol. Las fotografías se esparcen por el suelo impoluto, cada una como un cuchillo en mi pecho. El rostro muerto de Tommy me mira desde todos los ángulos.

Muerto.

Tommy a los ocho años, sin sus dientes de leche, prometiéndome que me protegería para siempre. Tommy enseñándome a dar un puñetazo después de que mamá murió. Las cartas de Tommy desde la prisión, cada una insistiendo en que no me culpara.

Todo se ha ido.

La palabra no tiene sentido. No puede tenerlo. Yo lo salvé. Me casé con Alessandro. Me convertí en otra persona. Hice todo lo que me pidieron.

Mis manos tiemblan tan violentamente que no puedo recoger las fotos. No puedo respirar. No puedo pensar. La habitación da vueltas, el mármol y el oro se convierten en una pesadilla de la que no puedo despertar. Las fotos brillantes se arrugan en mi mano, el rostro destrozado de Tommy se pliega bajo mis dedos desesperados.

Murió de todos modos.

Todo. La boda, las mentiras, la transformación, las noches en los brazos de Alessandro diciéndome que valía la pena. Todo para nada.

No protegí a nadie. No salvé a nadie.

La Emma que aprendió a disparar, que vio a su esposo romper dedos por ella, me grita que luche. Pero esa mujer se construyó sobre

la idea de salvar a Tommy. Sin él, ella es solo otra mentira, otra actuación sin propósito.

La puerta del baño se abre. Entra una mujer, me mira de rodillas rodeada de muerte y retrocede de inmediato. Probablemente piensa que estoy teniendo una crisis por un amante o un negocio. No tiene idea de que estoy de luto por la única familia que me quedaba.

Tommy está muerto.

Las palabras resuenan en mi cráneo, rebotando en los huesos hasta que son lo único que puedo oír. Mi hermanito, a quien le enseñé a leer. Quien me tomó de la mano en el funeral de mamá. Quien fue a la cárcel intentando protegerme. Se ha ido.

Intento ponerme de pie, ser fuerte, ser la estratega que Alessandro elogió. Pero mi cuerpo me traiciona. Las piernas me tiemblan, las manos me tiemblan, la voz se me ha ido. La nueva Emma, la peligrosa, se disuelve como azúcar en la lluvia.

Salgo trastabillando del baño, dejando las fotografías esparcidas como acusaciones sobre el mármol. Las luces de la galería son demasiado brillantes, las risas demasiado fuertes. Todos me miran, pero el mundo de Emma acaba de terminar.

Mi teléfono suena. Alessandro. Miro su nombre en la pantalla, incapaz de responder. ¿Qué le diría? ¿Que todo lo que construimos no tenía sentido? ¿Que le fallé a la única persona que se suponía que debía proteger?

Suena de nuevo. Y otra vez. Su colonia parece persistir en mi piel desde la despedida de esta mañana, mezclándose con la sal de mis lágrimas.

Lo silencio y salgo de la galería, ignorando la confusión de mis guardaespaldas. Me siguen, por supuesto, pero yo ya no estoy realmente allí. Floto en algún lugar fuera de mi cuerpo, observando a esta mujer con ropa de diseñador tropezar por las calles de Chicago.

El teléfono sigue iluminándose. Alessandro llamando repetidamente, probablemente preguntándose por qué no respondo. Sus mensajes se mezclan:

«Stellina, ¿dónde estás?».

«Tus guardias dicen que te fuiste. ¿Qué pasó?».

«Contéstame. Por favor».

«Voy a enviar a los hombres de Marco a buscarte».

Finalmente, contesto solo para que se detenga.

—¿Emma? —Su voz está tensa por la preocupación—. ¿Qué pasa? ¿Qué sucedió?

—Se acabó. —Las palabras salen planas, tan muertas como Tommy—. Todo lo que hicimos fue para nada.

—¿Qué quieres decir? ¿Dónde estás?

—Está muerto. —No puedo decir el nombre de Tommy. No puedo hacerlo real—. Mi hermano está muerto. No salvé a nadie. No protegí a nadie. Todo fue inútil.

—Emma, escúchame…

—No. —Cuelgo la llamada, agarrando el teléfono con los dedos entumecidos. Detrás de mí, los guardaespaldas mantienen su distancia, probablemente informando a Alessandro, pero no me importa.

Ya nada importa.

Las puertas del complejo aparecen ante mí de alguna manera. Debo haber caminado hasta aquí en piloto automático, alguna parte de mí todavía programada para regresar a la jaula. Los guardias me dejan pasar, probablemente aliviados de que haya vuelto por mi cuenta.

Vago por la mansión como un fantasma. Cada habitación guarda recuerdos de haberme convertido en otra persona, alguien que tenía un propósito, una razón para existir. Cuando caminé por estos suelos de mármol esta mañana, Tommy ya estaba muerto. Ha estado muerto. Siempre estará muerto.

Mis pies me llevan por las escaleras de servicio, las que descubrí esa primera noche cuando todavía estaba luchando. Cuando todavía creía en salvar a la gente.

Me encuentro en nuestra suite y me muevo por el baño mecánicamente, reuniendo las pastillas para dormir del botiquín. De Alessandro, probablemente, para las noches en que su conciencia no lo deja dormir. Suficientes para siempre. El frasco traquetea en mis manos temblorosas, su propio estertor de muerte.

El observatorio de la azotea me espera, sin cambios. El telescopio que Alessandro me regaló está allí, un monumento a un amor construido sobre el engaño. Las estrellas apenas comienzan a aparecer en el cielo que se oscurece, y recuerdo haberle enseñado a Tommy a encontrarlas desde nuestra escalera de incendios.

—¿Ves esa brillante? —le había dicho cuando tenía seis años, su pequeña mano en la mía—. Esa es la Estrella del Norte. Si alguna vez

te pierdes, te guiará a casa.

Pero no hay hogar sin él. Ninguna constelación tiene sentido sin alguien con quien compartirla.

Me hundo en la piedra cálida donde hemos visto tantas estrellas juntos. Donde le enseñé a Alessandro a ver la belleza. Donde me sentí real. Pero ahora no soy más que un fraude. Hueca y vacía.

Hay una fotografía en mi mano. ¿Cuánto tiempo lleva ahí? Cruje, un largo pliegue que atraviesa el cuerpo de mi hermano. El rostro destrozado de Tommy, la última imagen que tendré de él. El papel brillante ya está arrugado por mi agarre, sus rasgos se distorsionan aún más. Trazo lo que queda de su boca con mi dedo, tratando de recordarlo riendo en lugar de roto.

—Lo siento mucho —le susurro a la foto—. Lo intenté. Me convertí en otra persona. Hice todo lo que me pidieron. Pero no fue suficiente.

Las pastillas son pequeñas en mi palma, de aspecto inocente. Amargas en mi lengua mientras las trago en seco, una tras otra. Mi último acto de autonomía. Nadie eligió esto para mí. Nadie me obligó. Esto es mío.

Pienso en Alessandro encontrándome aquí mañana. ¿Entenderá? ¿Sabrá que sin Tommy, sin mi propósito para existir, no soy más que un fantasma con ropa cara?

Miro hacia arriba una última vez, encontrando la constelación que Tommy más amaba. Orión, el cazador, persiguiendo por siempre lo que no puede alcanzar. Como yo, fingiendo que podía salvar a alguien.

Mi corazón empieza a acelerarse, luego a ralentizarse. Mi visión vuelve las estrellas borrosas, convirtiéndolas en halos, luego en rayos de luz. Me pregunto si Tommy puede verlas dondequiera que esté. Si me está esperando en esa oscuridad entre las luces. Mis miembros se vuelven pesados, luego ingrávidos, flotando entre la piedra y el cielo.

Me recuesto sobre la piedra cálida, con la fotografía de Tommy aferrada a mi pecho, observando las estrellas multiplicarse y bailar. Mi cuerpo lucha incluso cuando mi mente se rinde. Los pulmones luchan por aire, el corazón tartamudea su protesta.

Lo último que veo es Orión, brillante y constante, y finjo que Tommy lo está viendo conmigo.

¡Emma!

La voz de Alessandro atraviesa la oscuridad, pero suena lejana, como si llamara desde otro mundo. Apenas estoy consciente cuando me encuentra en la piedra caliente, mi cuerpo ya apagándose por las pastillas. Su colonia, ese aroma almizclado y floral, mezclado con sudor de miedo mientras se deja caer a mi lado.

—No, no, no. No hagas esto, *stellina*. No te atrevas.

Está haciéndome RCP, pienso vagamente. Su boca sobre la mía, insuflando una vida que no quiero. Sus manos bombeando mi pecho, tratando de reiniciar un corazón que se ha rendido.

—¡Castellano! —grita a su teléfono mientras trabaja en mí—. Ven aquí ahora. Azotea. Tomó pastillas. No sé cuántas. ¡Solo apúrate, joder!

Su voz se quiebra en la última palabra. Algo húmedo cae en mi cara. Caliente contra mi piel fría. Tardo demasiado en entender: lágrimas. Sus lágrimas. Cada una un pequeño choque de calor que apenas puedo sentir a través del entumecimiento que se extiende por mi cuerpo.

—Por favor, nena. Por favor. No puedes dejarme. No así. —Su boca está de nuevo sobre la mía, forzando aire en unos pulmones que no lo quieren—. Encontraré a quien hizo esto. Quemaré el mundo entero, pero tienes que quedarte. Tienes que dejarme arreglar esto.

Mi cuerpo convulsiona, expulsando pastillas y bilis, con un sabor ácido y amargo. Me gira de lado, sujetándome el cabello mientras vomito sobre la piedra. Incluso muriendo, me está cuidando.

—Eso es. Sácalo todo. Todo. —Sus manos son suaves a pesar de su desesperación—. El doctor Castellano ya viene. Vas a estar bien. Tienes que estar bien.

Me jala a su regazo y me mece como a una niña mientras esperamos. A través de mi visión borrosa, las estrellas surcan el cielo como si estuvieran cayendo conmigo.

—No te atrevas a dejarme, *stellina* —susurra contra mi cabello, su voz rota—. No te atrevas. No hemos terminado. Nos queda mucho por hacer. Tantas estrellas por ver.

La fotografía de Tommy se ha caído en algún lugar. Intento alcanzarla, pero mi brazo no responde. Alessandro se da cuenta, lo entiende de alguna manera, y la presiona de nuevo en mi mano. El papel brillante se arruga aún más en mi débil agarre.

—Te tengo —promete mientras unos pasos retumban subiendo las escaleras. El doctor Castellano y otros, sus voces

superponiéndose, sus manos apartándome de él—. Te tengo, y no te voy a soltar.

Pero Alessandro no permite que nos separen por completo. Su mano permanece aferrada a la mía incluso mientras trabajan, su agarre casi doloroso, como si intentara anclarme a la vida por pura fuerza de voluntad.

Lo último que oigo antes de que la oscuridad me consuma por completo es la voz de Alessandro contra mi oído, salvaje y tierna, un voto roto que me sigue al vacío:

—Si te mueres, te seguiré. Te cazaré a través de cualquier infierno al que estés huyendo. No puedes dejarme, Emma. Ni en esta vida ni en ninguna otra.

24 - Alessandro

Dos horas, treinta y un minutos y nueve segundos desde que Emma abrió los ojos por última vez.

Cuento cada una de sus respiraciones, superficiales e irregulares, mientras el doctor Castellano comprueba sus signos vitales por cuarta vez desde que llegó. Sus dedos presionan contra la muñeca de ella, midiendo un pulso que se siente como si ya estuviera medio muerta, con un pie en la tumba.

Estamos en el ala médica del complejo, que Marco había hecho instalar hace unos meses. Demasiados viajes al maldito hospital, demasiadas preguntas de demasiada gente. Mejor mantenerlo todo en casa. Y, por supuesto, Castellano es el mejor médico que el dinero puede comprar.

—Estable —murmura, pero «estable» no significa nada cuando no despierta, cuando su cuerpo libra una batalla que su mente ya ha rendido.

Dos horas, treinta y un minutos. Desde que le devolví el aliento a sus pulmones. Desde que eligió la muerte antes que a mí.

Las fotos esparcidas en mi regazo cuentan una historia de terror: el rostro de Tommy golpeado hasta quedar irreconocible, la sangre acumulándose bajo su cuerpo arrugado, otros reclusos de pie sobre él como si nada. Lo suficientemente horrible como para hacer que Emma se tragara esas pastillas. Ni siquiera se detuvo a preguntar por qué alguien le envió las fotos. Las fotos lograron su propósito. La quebraron por completo.

Alcanzo la muñeca de Emma, necesitando sentir su pulso yo mismo, necesitando una prueba de que sigue aquí. El ritmo bajo mis dedos es débil, apenas perceptible, y mis dedos se quedan quietos como la muerte misma, esa peligrosa calma antes de que destruya algo. Esta mujer que aprendió a amar mi violencia, que besó mis nudillos ensangrentados, eligió la muerte antes que la vida conmigo. El sabor metálico de la rabia me llena la boca al darme cuenta de la verdad que me ha estado carcomiendo: no puedo controlar esto. No

puedo obligarla a elegir la vida. No puedo protegerla de la oscuridad dentro de su propia mente.

Incluso inconsciente, su cuerpo llama al mío. Recorro los moretones en su cadera de nuestra última noche juntos, estas marcas de posesión que no pudieron retenerla aquí. Su aroma a vainilla se desvanece bajo la esterilidad médica, el antiséptico reemplaza al jazmín, y la pérdida se siente como otro tipo de muerte.

Marco llega sin avisar, llenando el umbral de la enfermería de Emma con una furia apenas contenida. El peso de su Beretta presiona contra sus costillas, visible para cualquiera que sepa dónde mirar.

—Necesitamos respuestas sobre nuestra exposición —exige, observando la figura inconsciente de Emma con frío cálculo—. Puede que los chantajistas estén muertos, pero su red sobrevive. Alguien todavía tiene pruebas. Los Hewson pueden haber pasado a la clandestinidad, pero otras familias están notando inconsistencias. Cualquier juego que estés jugando termina ahora.

Me muevo hacia la barra lateral, necesitando distancia de su interrogatorio, necesitando algo que hacer con unas manos que quieren alcanzar la Glock contra mis costillas. La botella de whisky choca contra el cristal, mis manos tan firmes como las de un cirujano, aunque la violencia se acumula en mis entrañas. El ámbar líquido llena el vaso a la perfección, sin derramar una gota, porque el control es todo lo que me queda.

—Todo el imperio Rosetti está comprometido —continúa Marco, aceptando la bebida que le ofrezco, estudiando mis movimientos demasiado tranquilos—. Los secretos de tu esposa, sean los que sean, amenazan todo lo que nuestro padre construyó. Cada alianza, cada territorio, cada ápice de respeto que hemos ganado con sangre. Las mentiras de una mujer podrían destruir tres generaciones de poder.

Deja su vaso intacto, el sonido tan agudo como un disparo en la silenciosa habitación. Poniéndome a prueba. Esperando.

—Ella no es Frances Hewson.

La confesión se me desgarra de la garganta, rompe el silencio como un cristal al quebrarse. Cada palabra arranca otra capa de protección, otra mentira que la ha mantenido a salvo.

—Su nombre es Emma Pitt. Era su sirvienta. —La verdad sabe amarga—. Los Hewson la obligaron a hacerse pasar por su hija cuando Frances desapareció antes de nuestra boda.

Marco se queda mortalmente tranquilo, esa clase de quietud que precede a las masacres. Su mano se desliza hacia su chaqueta, sus dedos encontrando la empuñadura de su arma.

—Explica.

No es una petición. Una orden del jefe de nuestra familia a un subordinado que ha perdido la cabeza.

—Ya lo hice —digo.

—Una sirvienta. —Las palabras salen secas, sin emoción—. Te casaste con una sirvienta y dejaste que engañara a toda nuestra familia.

—No tuvo elección. Usaron a su hermano como palanca…

—No me importan sus razones. —Marco se acerca a la cama de Emma, cada movimiento deliberado—. Este problema necesita ser eliminado.

Mi mano encuentra mi Glock antes de que pueda pensarlo conscientemente, el metal tibio por el calor de mi cuerpo. El seguro se desactiva, el sonido imposiblemente fuerte.

—*Toccala e sei morto*. —Tócala y estás muerto.

Marco se detiene, genuinamente sorprendido por el cañón que ahora apunta al centro de su torso. —¿Apuntarías a tu propia sangre?

—Aparentemente, sí. —La promesa sale firme, segura, mi dedo descansando en el guardamonte.

Permanecemos congelados, dos hermanos separados por una cama de hospital y la mujer que ha destrozado todo lo que creíamos saber sobre la lealtad. El momento se alarga, la violencia suspendida en el aire como la cordita antes de un tiroteo.

—La estás eligiendo a ella por encima de la sangre —observa Marco, pero ahora hay algo en su voz: comprensión, tal vez, o el reconocimiento de la misma locura que lo hizo robarse a Valentina de su propia boda.

—Sí. —Simple. Absoluto.

Estudia mi rostro, ve algo allí que lo hace retroceder de la cama de Emma. —Padre te habría disparado por menos.

—Padre nunca amó a nadie como yo la amo a ella.

La expresión de Marco cambia, la decisión tomada. —Mantendré este secreto por ahora. Pero los Hewson pagan por su engaño. Usaron a nuestra familia como peones.

La Glock vuelve a su funda, el seguro volviendo a su sitio con un clic. —Pagarán. Especialmente si enviaron estas fotos. Una vez que

entendamos su juego por completo.

—La red de chantaje…

—Me importa una mierda —digo, apretando tan fuerte mi vaso de cristal que resuena—. Emma se está muriendo, joder, aquí. Nada más importa.

La voz de Marco es una advertencia. —Cada hora que esperamos, nuestros enemigos se fortalecen.

—Cada hora que ella permanece inconsciente, pierdo más el control. —La admisión me cuesta algo—. La necesito despierta para pensar con claridad, para planear adecuadamente. Sin ella…

Marco mira a Emma entonces, la mira de verdad. Ve a la sirvienta que ha roto a su hermano tan completamente que estoy dispuesto a ir a la guerra contra nuestros propios aliados.

—La reunión familiar es mañana —dice finalmente—. Si no está despierta para entonces, necesitaremos planes de contingencia.

—Si no está despierta para mañana, no habrá un mañana.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, no como una amenaza, sino como una promesa. Marco entiende: si Emma muere, yo la sigo. El linaje Rosetti perderá un hijo por el corazón roto de una sirvienta.

Después de que se va, regreso al lado de la cama de Emma, presionando mis labios contra su cabello. Los mechones todavía huelen débilmente a jazmín bajo los olores médicos, rastros fantasmales de la mujer que dibujaba constelaciones en mi pecho.

—Descubriré quién envió esas fotos —susurro contra los mechones de seda que se sienten demasiado frágiles—. Descubriré si Tommy está realmente muerto o si esto es otra manipulación. Y cuando tenga respuestas, cuando sepa quién te hizo esto, decoraré la ciudad con sus cráneos.

Mis dedos encuentran su pulso de nuevo, todavía débil, todavía desvaneciéndose. El doctor Castellano dice que está estable, pero ambos sabemos la verdad: ella está eligiendo si volver, y cada hora que permanece inconsciente es una hora más en la que elige la muerte antes que a mí.

El peso de la Glock contra mis costillas ya no es para protección. Es para quienquiera que intente separarnos de nuevo. Incluida la propia muerte.

Deslizo mi mano bajo las sábanas, encontrando los moretones que dejé en su cadera, presionando hasta que siento su pulso aletear

bajo mis dedos. Mía. Todavía mía. Incluso inconsciente, su cuerpo recuerda a quién pertenece. Las marcas están desvaneciéndose a un amarillo verdoso ahora, pero las trazo una por una. Sigue aquí, sigue cálida, sigue respirando.

Presiono más fuerte contra el moretón, observando sus párpados temblar; una parte profunda de ella responde incluso en esta oscuridad. Su pulso se acelera bajo mi tacto, solo ligeramente, pero lo suficiente para decirme que todavía está ahí dentro en algún lugar. Sigue luchando, lo sepa o no.

—Cada persona que sabía de tu engaño y lo usó en nuestra contra. Cada miembro de la red de chantaje que sigue respirando. Cada alma que contribuyó a quebrarte. Cada persona involucrada en la muerte de Tommy. Cada imbécil que te envió esas fotos. —Mi boca encuentra su oído, los labios rozando una piel que está demasiado fría—. Todos morirán gritando tu nombre hasta que despiertes para hacerme parar.

25 - Emma

—Luchaste —La voz de Alessandro atraviesa la niebla y me doy cuenta de que ha estado observándome respirar. Sus dedos presionan mi muñeca, comprobando mi pulso. Las palabras se le quiebran cuando continúa—: Los médicos dijeron que te habías ido, pero luchaste por quedarte.

Me arde la garganta por el lavado gástrico y todo me sabe a ácido. Pero él está aquí, este hombre hermoso y demacrado que comanda ejércitos, y ha quedado reducido a contar los latidos de mi corazón.

—Por ti —susurro, la confesión arrancada en carne viva de mi garganta dañada.

Su agarre en mi muñeca se tensa, no de forma dolorosa, sino desesperada, como si necesitara una prueba física de que soy real. A la luz gris del amanecer que se filtra por las ventanas de nuestra habitación, puedo verlo todo: la barba incipiente oscureciendo su mandíbula, los ojos enrojecidos y hundidos por el insomnio, la misma camisa arrugada de ayer. Una taza de café vacía descansa en la mesita de noche junto a un vaso de agua y algunos frascos de medicamentos.

—Emma —Mi verdadero nombre se escapa de sus labios como una plegaria—. Stellina, pensé que... —Se detiene, su mano libre se acerca a mi cara, pero se congela a medio camino, temblando.

Atrapo esa mano suspendida y la guío hacia mi mejilla a pesar de mi debilidad. —Soy real. Estoy aquí.

Se estremece con el contacto, su pulgar trazando mi pómulo con una ternura desesperada. —Horas —dice—. Horas viéndote respirar, aterrorizado de que cada una fuera la última.

El peso de lo que he hecho se me viene encima. No solo el intento, sino lo que le hizo a él. Este hombre poderoso que ha estado de vigilia, que parece no haberse apartado de mi lado, que solo observó, esperó y tuvo esperanza.

—Cuando las pastillas empezaron a hacer efecto —confieso, presionando su palma con más fuerza contra mi cara—, cuando llegó

la oscuridad, podría haberme dejado ir. Habría sido fácil. Pero no dejaba de pensar en tu voz diciendo mi nombre.

Su autocontrol se hace añicos. Cae de la silla de rodillas junto a la cama, y ahora sus dos manos enmarcan mi rostro como si estuviera hecha de cristal soplado. —Nunca más —dice, las palabras a medio camino entre una orden y una súplica—. Prométemelo. Júralo por esas estrellas que tanto amas. No vuelvas a dejarme así nunca más.

—Alex…

—No puedo sobrevivirlo —Su voz se quiebra por completo—. He hecho cosas terribles, Emma. He matado hombres, he destruido vidas. Pero verte desvanecerte… —Apoya su frente contra la mía.

La verdad se asienta entre nosotros. Estuve a punto de morir y, al hacerlo, descubrí la única cosa que podía quebrar a Alessandro Rosetti.

Mi cuerpo me traiciona cuando intento sentarme; la debilidad me hace tambalear. La habitación da vueltas ligeramente y tengo que cerrar los ojos para combatir el mareo. Las manos de Alex me estabilizan de inmediato, pero incluso ese simple movimiento me deja sin aliento, temblando como si mis músculos hubieran olvidado cómo funcionar.

—Tranquila —murmura—. Tu cuerpo necesita tiempo para recuperarse. Los médicos dijeron…

—Te necesito —lo interrumpo con voz desesperada—. Necesito sentirte, todo tú. Necesito saber que estoy viva.

Un ardor estalla en sus ojos, luchando contra la preocupación. —Emma, todavía estás débil…

—Estoy vacía —lo corrijo mientras mi mano encuentra su pecho, sintiendo su corazón acelerarse bajo mi palma—. Me siento hueca donde debería haber vida. Llename. Por favor, Alex. Hazme sentir algo además de esta ausencia terrible.

Aprieta la mandíbula, el control y el deseo luchando por el dominio. —Si te toco ahora, no seré delicado. Después de estas horas pensando que te había perdido, apenas logro contenerme.

—Entonces no seas delicado —Lo atraigo hacia mí con la poca fuerza que tengo—. Sé real. Sé desesperado. Muéstrame lo que mi casi muerte te hizo.

Se estrella contra mí como una tormenta, su boca reclamando la mía con una fuerza que lastima. Saboreo su desesperación, horas de miedo, oraciones y negociaciones con cualquier dios que pudiera

escuchar. Su lengua invade mi boca, exigente y posesiva, y gimo ante su intensidad.

—Joder —gruñe contra mis labios—. Sabes a vida. A todo lo que pensé que había perdido.

Sus manos recorren mi cuerpo, apartando el camisón que llevo puesto —una de sus camisas, me doy cuenta—. Cuando sus palmas encuentran mis senos, me arqueo hacia su tacto a pesar de mi debilidad. Mis pezones se endurecen de inmediato, hipersensibles después del trauma.

—Mírate —respira, retrocediendo para absorber la imagen de mí —. Viva. Respondiendo a mí. Incluso después de… —Su voz se quiebra.

—Muéstrame cómo se siente vivir —exijo, mi voz apenas un hilo, pero duro como un alambre de acero. Mis muslos se abren para él, una invitación lánguida, pero él la toma como si le hubiera abierto las puertas del cielo. Hay una mirada en sus ojos que nunca he visto antes: una guerra entre el alivio y algo salvaje, un hambre animal enjaulada por demasiado tiempo. Cuando su mano se mueve entre mis piernas, la descarga de su tacto me atraviesa como adrenalina, tan cruda y viva que casi sollozo por ello.

Me encuentra hinchada, húmeda, en carne viva. Su pulgar rodea mi clítoris, cada pasada más deliberada que la anterior, pero son sus palabras las que me marcan a fuego:

—Prométeme que nunca lo volverás a hacer —dice con voz ronca, el tono una mezcla de amenaza y súplica, como si el eje del mundo pendiera de mi respuesta. En el mismo instante, dos de sus dedos presionan mi interior, gruesos e insistentes, y mi cuerpo se arquea hacia él, la memoria muscular arrancándome hacia el aire aunque apenas pueda sostenerme. Toda mi fuerza se ha canalizado en un único punto trémulo y dolorido.

—Lo siento —jadeo, y lo digo en serio, aunque sé que no será suficiente. Ni para él, ni para el universo, ni siquiera para mí.

No disminuye la velocidad. En cambio, me llena más profundamente, sus dedos curvándose para encontrar el punto que hace que mi visión se disperse en mil constelaciones, y todo lo que queda es sensación y calor y el martilleo de mi corazón. —Más duro —digo, o lo intento, pero sale como un gemido. Una debilidad, una súplica. Él lo oye de todos modos, y es como gasolina en el fuego.

—¿Quieres que te cojan hasta devolverte a la vida, stellina? —Ahora gruñe, la voz baja y espesa, no del todo humana—. ¿Es eso lo que necesitas?

—Sí —logro decir, apenas, agarrándome a su muñeca—. Sí. Por favor, Alex. Necesito…

Hunde un tercer dedo en mí y todo se vuelve blanco, mi cuerpo contrayéndose con tanta fuerza que creo que podría convertirme en polvo. Usa su peso para inmovilizar mis caderas, impidiéndome forcejear incluso mientras cabalgo su mano, cada terminación nerviosa gritando con la agonía de estar viva. Ahora sollozo, y no es por dolor o placer, es solo la inundación desatándose, cada muro que construí para evitar sentir, hecho pedazos en el lapso de unos minutos.

—Mírame —Está sobre mí, el rostro rígido por el control, los ojos húmedos de lágrimas no derramadas—. Abre los ojos, Emma. Quiero que veas quién te está salvando esta vez.

Fuerzo mis párpados a abrirse, y la imagen se graba a fuego en mi cerebro: Alessandro, sin camisa y dorado por el amanecer, su mano entre mis piernas, la mandíbula apretada como si estuviera a punto de ir a la guerra. Su otra mano está apoyada en el colchón, las venas resaltando como cables.

Se inclina, presionando su boca en mi oído, y su aliento es entrecortado. —La próxima vez que quieras morir, dímelo. Te mataré yo mismo, pero lentamente. Haré que me ruegues por cada centímetro. No tienes permitido dejarme, Emma. Nunca.

Estoy demasiado perdida para responder. Mi cuerpo ya está teniendo espasmos, un orgasmo me desgarra con tal intensidad que se siente como una convulsión, mis músculos se tensan y se relajan, una y otra vez, hasta que no queda nada más que temblores. Me aferro a él, a cualquier cosa para anclarme a este mundo. Cuando termina, colapso, deshuesada y agotada.

Saca su mano con delicadeza, pero al segundo siguiente se está quitando la poca ropa que le queda, arrojándola a un lado como si estuviera contaminada. Su polla ya está dura y goteando, la cabeza enrojecida casi hasta el púrpura. Intento alcanzarla, desesperada por saborearlo, pero intercepta mi mano antes de que pueda siquiera cerrar mis dedos a su alrededor.

—No —dice, la voz espesa por el dolor y la determinación—. Esto no se trata de mí. Todavía no. Necesito estar dentro de ti. Necesito

saber que estás aquí, que estás viva, que no me vas a dejar.

Se alinea en mi entrada, abriendo mis piernas tan ampliamente que me duelen las caderas. El estiramiento es una agonía, pero también un alivio. Empuja hacia adentro, lento al principio, y el aire abandona mis pulmones. Es demasiado grande, o yo soy demasiado pequeña, o quizás estoy demasiado jodidamente en carne viva, pero de todos modos lo quiero todo.

Toca fondo con una embestida brutal, sus manos ahora enmarcando mi rostro, los dedos hundiéndose en mi mandíbula. Me mira fijamente como si estuviera memorizando cada peca, cada rastro de lágrima, cada estúpido defecto humano. Las primeras estocadas son superficiales, cautelosas, pero no por mucho tiempo. Después de toda esa contención, la presa se ha roto; me folla como si estuviera tratando de grabar su nombre en mis huesos.

No es gentil, pero tampoco está enfadado. Hay demasiado amor en ello para eso, demasiado miedo. Está persiguiendo algo, y sé lo que es: quiere borrar las últimas veinticuatro horas, reescribir el recuerdo de encontrarme tirada y moribunda en el tejado. Quiere llenarme tan completamente que nada, ni siquiera la muerte, podría arrebatármelo.

Rodeo su cuello con mis brazos, tirando de él hacia abajo hasta que nuestras frentes quedan presionadas. Mis piernas están débiles, pero las engancho alrededor de su cintura, atrayéndolo más profundo, aferrándolo a mí.

Está jadeando, el sudor goteando por su sien, y sus embestidas se vuelven erráticas. —Dilo —dice con voz ahogada—. Dime que quieres esto. Dime que me quieres a mí. Necesito oírlo, joder, Emma.

—Te quiero a ti —sollozo, y no es una actuación, es la única verdad que queda—. Te quiero todo a ti. Joder, Alex. Te amo.

Las palabras lo quiebran. Hace un sonido que nunca he oído, agudo y herido, y su ritmo se va al infierno. Me folla más duro, más profundo, rozando mi clítoris con cada golpe de sus caderas, y me siento crecer de nuevo, imposiblemente, desde las cenizas.

Pienso en todas las veces que intenté huir, intenté liberarme de su gravedad. Nunca iba a funcionar. Siempre estuve destinada a orbitar a este hombre.

—Te elijo a ti —respiro, envolviendo débilmente mis piernas alrededor de su cintura—. Elijo esto. La vida.

Se siente mal estar hablando de la vida cuando Tommy está muerto, pero Alessandro expulsa todos los pensamientos de mi cabeza cuando se clava en mí en una suave embestida.

Se retira casi por completo antes de volver a clavarse, estableciendo un ritmo castigador que hace que la cabecera golpee contra la pared. Cada embestida es más profunda, más dura, como si estuviera tratando de follarme para devolverme la vida, o tal vez para sacar la muerte de mí a la fuerza.

—Esto es lo que me haces —gruñe, agarrando mis caderas con la fuerza suficiente para dejarme moretones—. Me vuelves jodidamente loco. Haces que quiera encerrarte donde la muerte no pueda encontrarte.

—No puedes controlar la muerte —jadeo, respondiendo a sus embestidas lo mejor que puedo con mi cuerpo debilitado—. No puedes controlarme a mí.

—Mira cómo lo hago —Cambia el ángulo, golpeando ese punto dentro de mí que hace que el universo se desvanezca por un momento—. Te follaré tan bien que nunca querrás irte. Te encadenaré a la vida con placer.

Su pulgar encuentra mi clítoris de nuevo, girando al compás de sus embestidas. La doble estimulación me hace subir rápidamente hacia otro orgasmo, mi cuerpo recordando el placer incluso después de haber bailado con la muerte.

—Eso es —me anima, sintiendo mi coño empezar a palpitar—. Vuelve a mí, stellina. Córrete en mi polla y demuestra que estás viva.

Lo hago. Me corro tan fuerte que es un desmayo, estrellas estallando detrás de mis párpados, mi cuerpo agarrotándose de nuevo, pero esta vez no se trata de morir, se trata de reclamar mi derecho a existir. Cuando vuelvo en mí, él todavía me sostiene, todavía dentro de mí, su cuerpo temblando como si estuviera al borde.

—Alex —susurro, y es todo el permiso que necesita.

Se entierra profundamente y se derrama dentro de mí, gimiendo mi nombre como si fuera a la vez una maldición y una salvación. Su cuerpo entero se dobla con la fuerza de ello, y luego se derrumba sobre mí, dejando que su peso me aplaste contra el colchón. No me importa. Se siente como seguridad, como estar clavada al mundo para no poder flotar y desaparecer.

Permanecemos allí, enredados y temblando, por lo que parece una eternidad. Su corazón late contra mi pecho, salvaje e irregular, y sé que si muriera ahora mismo, al menos se iría sabiendo que yo todavía estaba aquí, todavía con él.

Finalmente, levanta la cabeza, apartando el pelo sudoroso de mi frente. Ahora hay una delicada torpeza en él, todos los bordes afilados suavizados por el resplandor del después, y me doy cuenta de que, por una vez, está tan vulnerable como yo. Quizás más.

Me besa, esta vez lentamente, y hay sal en sus labios; no puedo decir si es mía o suya. Presiona su nariz contra mi mejilla, aspirándome. —Eres mía —dice, con suavidad pero de forma absoluta—. No lo olvides jamás.

—Alex —susurro, de repente abrumada por todo: la intensidad del sexo, el duelo que aún acecha bajo el placer, la complicada maraña de amor y mentiras entre nosotros.

—Lo sé —dice, finalmente dejándome girar para mirarlo. Sus manos enmarcan mi cara de nuevo, los pulgares limpiando lágrimas que no me di cuenta de que estaban cayendo—. Tenemos cosas que discutir. Confianza que reconstruir. Pero ahora mismo, en este momento, estás viva y en mis brazos, y eso es suficiente.

—¿Lo es? —pregunto, buscando en sus ojos. Todavía hay algo, esa cuidadosa reserva que hace que se me encoja el estómago.

—Tiene que serlo —dice, pero no me sostiene la mirada del todo.

El amanecer nos llama como siempre lo ha hecho, y a pesar de mi debilidad, empeorada por nuestra follada desesperada, necesito verlo. Alex me lleva en brazos a nuestro observatorio en el tejado, con mi cuerpo desnudo envuelto solo en su camisa. Puedo sentir su semen todavía goteando de mí con cada paso, marcando mis muslos con la evidencia de nuestra reunión.

La ciudad se extiende debajo de nosotros, pintada de oro por el alba, mientras las últimas estrellas se desvanecen en lo alto. Mi telescopio espera, pero ahora mismo el amanecer es suficiente.

—Tenemos que hablar —digo, acomodándome contra su pecho—. Sobre Tommy.

Alex se tensa, sus manos apretándose por reflejo. —Lo sé.

—Sigues tratando de controlarlo todo, de protegerme incluso de mis propias decisiones —Trazo patrones en su pecho, sintiendo cómo se acelera su corazón—. Pero el control no pudo salvar a Tommy. No pudo evitar que yo tomara esas pastillas.

—¿Qué quieres de mí? —Su voz es cruda.

—Quiero que confíes en mí. Que me dejes tomar decisiones aunque sean peligrosas —Me giro para mirarlo directamente—. No puedo estar en un matrimonio donde controlas todo para protegerme. Eso es posesión, no amor.

Permanece en silencio por un largo momento. Finalmente: —No sé si puedo cambiar tanto.

—Puedes intentarlo —digo con firmeza—, o puedes perderme. No por las pastillas. Simplemente desapareceré.

—¿Crees que te dejaría? —Su agarre se tensa peligrosamente—. ¿Después de esto? ¿Después de lo que acabamos de hacer? Todavía puedo oler mi semen goteando por tus muslos. Estás marcada, reclamada, eres mía.

—Y es exactamente por eso que necesitamos límites —digo, enfrentando su intensidad—. Porque tu amor a veces se siente como una jaula.

—Todavía tenemos que hablar de lo que viene ahora —dice con cuidado—. Las consecuencias, la familia, todo lo que enfrentamos después de lo que pasó con Tommy, después de la muerte de Tommy…

Se detiene, pero la corrección llega demasiado tarde. La forma en que tropezó con la frase, corrigiéndose a media oración, hace que mi corazón de repente lata con algo más allá de los temblores postorgásmicos.

—Alex —Mi voz tiembla ahora, una debilidad diferente a la de antes—. ¿Qué me estás ocultando?

Aprieta la mandíbula, esa máscara cuidadosa deslizándose sobre sus rasgos como una armadura. Pero ahora lo conozco demasiado bien. Sé cuando está ocultando algo.

—¿Hay algo sobre Tommy que no me estás diciendo? —Me aparto para mirarlo de frente, mi corazón desbocado—. Alex, ¿qué no me estás diciendo sobre mi hermano?

—Emma —Solo mi nombre, pero la forma en que lo dice me lo revela todo. Culpable. Atrapado. Todavía tratando de controlar lo que sé, cuándo lo sé.

El amanecer continúa su belleza implacable, pintándolo todo de oro, pero todo lo que puedo ver es el secreto detrás de sus ojos.

Algo que ver con mi hermano. Mi Tommy.

—Dime —respiro, todo mi cuerpo comenzando a temblar, no con debilidad ahora, sino con una rabia que empieza a encenderse—. Sabes algo sobre Tommy que no me estás diciendo.

—No, stellina, no hay nada más que tu dolor —dice, besándome suavemente en la frente. Y por primera vez, sé que me acaba de mentir.

26 - Alessandro

—El nuevo equipo de seguridad empieza mañana: dos hombres contigo en todo momento cuando salgas del complejo.

Lanzo el decreto desde detrás de mi escritorio de caoba; el denso olor a cuero y aceite de armas impregna el aire de mi estudio. Emma está de pie ante mí como una súbdita convocada, todavía pálida por su intento de suicidio de hace tres días, pero con algo más duro en su mirada de lo que he visto antes. Tres días de cuidadosa distancia. Tres días de ella recuperándose en nuestra cama mientras yo orquesto mentiras desde este escritorio. Tres días fingiendo que el duelo es lo único que la está matando.

—Dos guardias —repite, con voz inexpresiva—. Como si fuera una especie de prisionera.

—Como si estuvieras bajo mi protección —mantengo mi tono razonable, controlado, aunque mis dedos arden por alcanzarla, por sentir su pulso y confirmar que sigue viva—. Después de lo que pasó, después de las amenazas…

—Después de que intentara suicidarme, querrás decir —sus palabras atraviesan mi calma cuidadosamente construida—. Puedes decirlo, Alex. Cometí un error. Y ahora me estás castigando por ello.

—Te estoy protegiendo —mis manos se aplanan contra el escritorio con tanta fuerza que la madera cruje. Este enorme mueble entre nosotros se siente necesario. La distancia me impide tocarla, me impide dejar que la emoción anule la lógica—. El complejo es seguro. Estos hombres están entrenados. Estarás a salvo.

Ella se ríe, pero no hay humor en su risa. —¿A salvo de qué? ¿De quién? Los Hewson siguen ahí fuera, intensificando sus amenazas de chantaje incluso después de que mandaron matar a Tommy. No pudiste detener a los Hewson, no pudiste detener el chantaje y no pudiste proteger a Tommy. Así que, ¿exactamente cómo vas a protegerme a mí? Ya todos se han ido o están muertos. ¿De quién me estás protegiendo?

De ti misma. El pensamiento me quema la mente como ácido. Cada vez que la pierdo de vista, me la imagino encontrando otro frasco de somníferos, un cuchillo, otra forma de dejarme. Aprieto la mandíbula con fuerza suficiente para romperme los dientes.

—Siempre hay amenazas en nuestro mundo —digo en su lugar, aunque las palabras son ceniza en mi boca—. Tú lo sabes.

—Lo que sé es que me estás tratando como si fuera de cristal, Alex. Sobreviví a todo lo demás. La boda, el chantaje, la pérdida de Tommy. Puedo sobrevivir a la verdad.

—No —la palabra sale más dura de lo que pretendía, más un gruñido que un discurso—. Solo sobreviviste a la pérdida de Tommy porque yo estaba ahí para salvarte. Esto no es negociable, Emma. Los guardias se quedan.

No he estado de brazos cruzados estos últimos días. El rastro del dinero de los chantajistas me llevó a un lugar inesperado: una empresa fantasma con vínculos con Brighton Beach. Territorio ruso. El chantaje se sintió personal desde el principio; alguien que sabía de Emma, que tenía acceso a información sobre el acuerdo de los Hewson. ¿Pero los rusos? Los Volkov no tienen ninguna razón para preocuparse por mi matrimonio, a menos que esto no se trate de Emma en absoluto. A menos que ella sea solo la puerta que están usando para entrar.

De cualquier manera, está en peligro y pienso mantenerla a salvo.

Su mandíbula se tensa. Hace tres días, se derretía con mi contacto. Ahora está más erguida, reclamando su espacio en lugar de retroceder. La mujer que intentó morir regresó diferente. Menos dispuesta a dejarse controlar.

Y sospecha que no le estoy diciendo la verdad sobre Tommy. Sospecha que sé más de lo que aparento.

Y tiene razón.

Pero no puedo decírselo. No puede soportar la verdad, lo demostró cuando se tomó esas pastillas. Así que no hay ni una puta posibilidad en el infierno de que me arriesgue a que vuelva a hacer algo tan estúpido.

Cuando esté mejor, se lo diré. Pero no ahora. Todavía no.

—Bien —se gira hacia el cristal antibalas que forma las ventanas, estudiando los terrenos donde mis hombres patrullan con patrones precisos—. Ya que estás tomando todas las decisiones sobre mi vida, ¿al menos te has encargado de los preparativos?

Mi pecho se oprime. —¿Qué preparativos?

—Los de Tommy —su voz se quiebra ligeramente al pronunciar su nombre—. Su funeral. Necesito saber cuándo puedo despedirme de él como es debido.

Los informes médicos guardados bajo llave en mi cajón queman a través de la madera. Documentos que confirman que su hermano respira en un centro de alta seguridad al norte del estado, recuperándose de sus heridas, pero muy vivo. La mentira que he estado viviendo me abrasa la garganta.

—Me estoy encargando de todo —digo, manteniendo la voz suave —. No necesitas preocuparte por los detalles.

—Quiero preocuparme por ellos —se aparta de la ventana, sus ojos oscuros escrutando los míos—. Era mi hermano, Alex. Necesito saber. ¿Dónde está su cuerpo? ¿En qué funeraria? ¿Cuándo puedo verlo?

—*Stellina*… —el apelativo cariñoso se me escapa antes de que pueda detenerlo, amargo en mi lengua.

—No lo hagas —su mano corta el aire—. No desvíes el tema. No me evadas. Solo dime la verdad. ¿Dónde está el cuerpo de Tommy?

Revuelvo unos papeles en mi escritorio, ganando tiempo mientras la violencia se retuerce en mis entrañas. No hacia ella, nunca hacia ella, sino hacia la situación que he creado. —Las autoridades todavía están procesando todo. Estas cosas llevan tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —se acerca más al escritorio, sus preguntas se convierten en armas afiladas—. Han pasado días. ¿Has reclamado su cuerpo? ¿Has hecho los preparativos? ¿O solo esperas que me olvide?

—Por supuesto que no lo he olvidado —la mentira quema—. Estoy intentando ahorrarte el dolor de…

—¿De qué? ¿De llorar a mi hermano como es debido? —su voz se eleva—. No necesito que me ahorres nada, Alex. Necesito información. Necesito la verdad.

La verdad. La palabra flota entre nosotros como una Glock cargada. La verdad podría curarla o destruir la poca estabilidad que ha encontrado. Cada instinto me grita que mantenga el control, que maneje esta situación como manejo los territorios y los cargamentos.

—La morgue requiere papeleo —digo como evasiva, viendo cómo su rostro se tensa con cada una—. Identificación. Procesos legales.

Me estoy encargando de todo.

—Entonces muéstrame el papeleo —su exigencia me toma por sorpresa. La sirvienta nunca se habría atrevido—. Muéstrame el certificado de defunción. Los recibos de la morgue. Algo.

—Se están procesando…

—¡Deja de mentirme! —las palabras explotan de ella, crudas y desesperadas—. Cada vez que pregunto por Tommy, desvías el tema. Ocultas cosas. Igual que ocultaste la información de los chantajistas hasta que fue casi demasiado tarde. ¿Qué no me estás diciendo sobre mi hermano?

El cajón cerrado con llave vibra con acusación. He sido descuidado, distraído por casi perderla, olvidando que Emma se da cuenta de todo. Una habilidad de supervivencia de años de ser invisible.

—Tengo que hacer una llamada —digo, tomando mi celular aunque cada instinto me grita que no le dé la espalda—. Un problema de territorio. Cinco minutos.

La risa amarga de Emma me hiere profundamente. —Por supuesto. Los negocios siempre son lo primero. Incluso por encima de mi hermano muerto.

Me giro hacia la ventana, con el celular pegado a la oreja, discutiendo rutas de envío que me importan una mierda. Pero soy hiperconsciente del silencio que se transforma detrás de mí, del susurro de un movimiento que no debería estar ahí.

Stellina, ¿qué estás…?

El suave clic de mi cajón del escritorio al abrirse. El cajón que siempre cierro con llave, excepto esta mañana, cuando el dolor y el agotamiento me volvieron descuidado. Me doy la vuelta bruscamente; el celular cae al suelo con un golpe seco.

Emma está de pie junto a mi escritorio, con los papeles derramándose sobre la superficie de caoba como sangre de una herida. Los informes médicos, las órdenes de traslado, los acuerdos de custodia. Todo ello extendiéndose ante ella con una claridad condenatoria.

—¿Qué es esto? —pregunta, su voz mortalmente silenciosa, cada palabra es una bala disparada a quemarropa—. Paciente: Thomas Pitt.

El silencio que sigue se siente como el momento antes de una ejecución.

—Está vivo —levanta la vista hacia mí, y la devastación en sus ojos es peor que si hubiera sacado una pistola—. Tommy está vivo y tú lo sabías. ¿Montaste todo el numerito?

—¿Qué? No, por supuesto que no. Emma, déjame que te explique…

¿Explicar qué? —levanta el informe médico; sus manos tiemblan con tanta violencia que el papel susurra—. ¿Explicar cómo mi hermano ha estado bajo tu custodia durante tres días? ¿Cómo has estado recibiendo informes médicos mientras yo estaba de luto? Mientras yo… —su voz se hace añicos—. ¿Mientras intentaba suicidarme porque pensaba que estaba muerto?

Joder. Los papeles tiemblan en sus dedos. Cada documento es otro clavo en mi ataúd, la prueba de mi engaño esparciéndose por mi escritorio.

—Estaba protegiéndote —gruño, las palabras suenan inadecuadas incluso para mis propios oídos—. Las amenazas, el chantaje. Si supieran que está vivo…

—¡Dejaste que creyera que estaba muerto! —el grito se desgarra desde su garganta—. Me abrazaste mientras sollozaba por él. Me consolaste en mis pesadillas sobre su muerte. ¿Y todo el tiempo él estaba respirando en alguna instalación que tú controlas?

Avanzo hacia ella, desesperado por hacerla entender, pero retrocede como si yo fuera veneno. Hace tres días, este cuerpo aprendió a anhelar el mío. Ahora recuerda cómo resistirse.

—Eres igual que ellos —las palabras salen de sus labios como cristales rotos—. Los Hewson. La señora Hewson decidiendo lo que yo podía soportar. Y ahora tú. Decidiendo qué verdad merezco, qué dolor se me permite sentir.

Me lanza los papeles. Se esparcen como pájaros muertos, los informes médicos y las órdenes judiciales revoloteando por la alfombra persa. Uno aterriza a mis pies. La foto de ingreso de Tommy, muy vivo, mirándome con acusación.

—Emma, por favor…

—¡Me viste llorar su muerte! —su voz se quiebra por la traición.

—No podía arriesgarme a…

—¿Arriesgarte a qué? ¿A que tuviera autonomía? ¿A que tomara mis propias decisiones? —se ríe, pero suena a algo que se rompe—. No me ves como tu esposa, ¿verdad? Soy solo otra adquisición. Otra

cosa bonita que coleccionar y controlar. Una muñeca que puedes encerrar cuando la realidad se vuelve un desastre.

La acusación me hiere profundamente. Cada instinto me grita que cierre la puerta con llave, que la atrape aquí hasta que entienda. Pero eso es exactamente de lo que me está acusando. De convertirla en otra hermosa prisionera. La ironía sangra.

—Te amo —digo desesperadamente, mi control se fractura—. Todo lo que hice fue para protegerte.

—¡No proteges a alguien mintiéndole sobre la muerte de su hermano! —su voz resuena en las paredes—. Me abrazaste después de que desperté, me susurraste que entendías mi dolor, que me ayudarías a superar la pérdida de Tommy. Pero tú lo sabías. Sabías que estaba respirando, recuperándose, viviendo. Y dejaste que creyera que se había ido.

Mis justificaciones cuidadosamente construidas se desmoronan. Cada palabra que pronuncia corta más profundo que cualquier cuchillo. La traté exactamente como lo hicieron los Hewson. Como a alguien demasiado frágil para la verdad, demasiado débil para la realidad.

—Pensé que si sabías…

—Tú pensaste —enfatiza cada palabra con amarga precisión—. Tú decidiste. Tú controlaste. Igual que todos los demás en mi vida, me quitaste mis opciones y lo llamaste protección.

Las lágrimas en su rostro me destrozan, pero cuando doy un paso hacia ella, retrocede con la mano levantada. El rechazo quema más que cualquier herida de bala.

—No. No me toques. No me consueles —su voz se estabiliza en algo peor que la ira. Una fría resolución—. Confié en ti en todo. Mi verdadero nombre. Mi pasado. Mi cuerpo. Mi corazón. Y no pudiste confiar en mí con la verdad sobre mi propio hermano. Me equivoqué contigo, Alex —la voz de Emma tiene una calma mortal que me hiela la sangre—. Pensé que eras diferente.

Se dirige hacia la puerta con pasos firmes, ya no pide permiso, ya no busca aprobación. Cada chasquido de sus tacones en el mármol suena como si se estuvieran cargando balas.

Se detiene en la puerta, con la mano en el pomo. —La verdad es que nunca confiaste en que una simple sirvienta pudiera manejar su propia vida.

—Emma, espera…

—No —se vuelve para mirarme una última vez, y la fuerza en su expresión me detiene en seco—. Ya me cansé de esperar a que otras personas decidan lo que puedo soportar.

Abre la puerta y siento que nuestro mundo entero se sale de su eje. Si abandona el complejo ahora, si nuestros enemigos la ven sola y desprotegida, olerán la sangre en el agua. Y yo acabo de entregarles el cuchillo.

—¿A dónde vas?

—A ver a mi hermano. A mi hermano vivo —sus palabras son golpes de precisión, cada uno destinado a matar—. Y si tus guardias intentan detenerme, si tú intentas detenerme, aprenderás que Emma Pitt no es tan frágil como pensabas.

—Ni siquiera sabes dónde está.

Ella ladea la cabeza, con los ojos encendidos. —3504 de la avenida Hamilton, en Rockford.

Echo un vistazo a los documentos en el suelo. Por supuesto que se memorizó la dirección.

—*Stellina*…

—Para ti soy la señora Rosetti —la formalidad corta más profundo que cualquier cuchilla. Usa mi propio apellido como un arma contra mí. El nombre que los Hewson le impusieron se convierte en su armadura contra mí. Jodidamente poético—. Ya que parece que has olvidado que las esposas son compañeras, no posesiones.

Atraviesa la puerta con la espalda recta, la cabeza alta. No huye, no corre. Camina con el paso mesurado de alguien que finalmente ha reclamado su propio poder.

Mi puño impacta contra la pared junto a la puerta por la que acaba de salir. El yeso se agrieta, la sangre brota de inmediato de mis nudillos. El dolor no es nada comparado con verla marcharse. El daño físico no puede igualar lo que le he hecho a lo nuestro.

Me quedo inmóvil entre los papeles esparcidos, la prueba de mi traición extendida por el suelo como evidencia en la escena de un crimen. La puerta cerrada bien podría ser un océano entre nosotros, entre lo que éramos esta mañana y en lo que nos hemos convertido.

El silencio en mi estudio es ensordecedor, roto solo por el goteo de sangre de mis nudillos sobre la alfombra persa. Por primera vez desde nuestra boda, no sé a dónde va mi esposa, qué está pensando o si alguna vez volverá.

Y por primera vez, entiendo que puede que la haya protegido de todo, excepto de lo único que realmente podría destruirnos. Yo mismo.

27 - Emma

La maleta yace abierta sobre las sábanas de seda como una herida, a medio llenar con las pocas cosas que alguna vez fueron realmente mías. El libro de astronomía de mi abuela, gastado y suave por los años, está junto al reloj barato que usaba como sirvienta, con el cristal roto de cuando se me cayó fregando los pisos. Todo lo demás en esta habitación le pertenece a alguien que ya no existe.

Las sábanas todavía huelen a esta mañana: a sexo y a su colonia almizclada y floral que hace que mi coño traidor se contraiga incluso ahora. Odio a mi cuerpo por su traición, por la humedad que se acumula entre mis muslos solo por su fantasma impregnado en la tela. Mis pezones se endurecen bajo el camisón de seda mientras saco otro vestido del armario, el verde esmeralda con el que me folló después de la gala benéfica. La tela susurra contra mis dedos como un recuerdo, y todavía puedo sentir sus manos en el cierre, oír su voz ronca por el deseo: —Perfecta, *stellina*. Mi chica perfecta.

Esta ropa la eligió él para mí, cada prenda seleccionada con esas manos cuidadosas que saben exactamente cómo transformarme.

Lo doblo con cuidado antes de dejarlo a un lado. Nunca fue mío para llevármelo, aunque mi cuerpo recuerde cada vez que me lo arrancó.

El certificado de matrimonio está sobre la mesita de noche, donde lo encontré en el cajón de su escritorio, el papel pesado de mentiras. Frances Hewson se casó con Alessandro Rosetti. No yo. Nunca yo. La chica que amaba las estrellas y juntaba hasta el último centavo para comprarle cosas a Tommy en la prisión desapareció en el momento en que firmé ese nombre en la capilla, presenciado por las familias más peligrosas de Chicago, sellado con un beso.

Mis manos se congelan sobre la carpeta de cuero metida detrás de sus relojes. Diecisiete, los he contado, cada uno un trofeo de alguien que se cruzó en su camino. Adentro, encuentro fotografías. Decenas más de las que el chantajista envió hace días, todas de mí. Yo,

durmiendo con su camisa robada, el pelo esparcido sobre la almohada, un seno expuesto donde la tela se había movido. Yo, en el telescopio, perdida trazando constelaciones, sin darme cuenta de que su cámara capturaba la forma en que la luz de la luna pintaba mi piel. Yo, en la cocina, esa mañana que quemé el tocino, riéndome de algo que dijo, con la boca abierta en una alegría genuina.

Su caligrafía cambia a lo largo de las fechas. Controlada al principio, luego cada vez más desesperada, como si intentara capturar algo que no podía retener del todo. Las notas me oprimen el pecho: «Tararea desafinado cuando está feliz, suena como el cielo» y «El lado izquierdo del cuello es el más sensible, hace que se le ponga la piel de gallina en los brazos cuando la besan ahí» y «Prefiere dormir más cerca de la ventana, me busca en sueños».

Me ha estado estudiando como si fuera una de sus adquisiciones, documentando mi transformación de sirvienta a esposa con la misma precisión que usa para la violencia. Pero hay algo más en estas fotos. Una ternura en cómo ha capturado mis momentos de descuido, una obsesión que va más allá de la posesión. Son íntimas, privadas, tomadas con esmero.

Pruebo la puerta del dormitorio, pero no porque esté cerrada con llave. Sé que no lo está. El panel electrónico se iluminaría en verde para mí; Alessandro se aseguró de eso hace semanas. Pero mi mano se congela en el pomo porque sé lo que pasará si me voy. Los guardias lo alertarán de inmediato. Cada cámara en este complejo seguirá mi movimiento. El portón no se abrirá sin su autorización. ¿Y fuera de estos muros? Los Hewson que todavía quieren controlarme. Los rusos que han estado rondando. Las otras familias a las que les encantaría usar a la esposa de Alessandro Rosetti en su contra. No estoy atrapada por cerraduras, sino por la realidad de que sé demasiado como para poder ser libre de verdad.

Incluso si pudiera salir de esta habitación, ¿a dónde iría? Mis cuentas bancarias están todas a nombre de Frances Rosetti. Mi identificación es una hermosa mentira. La sirvienta está muerta. Ni siquiera puedo recordar cómo caminaba con la cabeza gacha, cómo se hacía invisible.

El primer vestido se rasga más fácil de lo que esperaba, la seda rompiéndose bajo mis manos con un sonido como un grito. El vestido blanco de nuestro aniversario, con el que me hizo correrme tres veces antes de que llegáramos al restaurante. Luego otro, el traje

de falda Chanel color crema que usé cuando me llamó *stellina* por primera vez, cuando me comió el coño en ese baño y me hizo olvidar mi propio nombre. Cada prenda guarda un recuerdo que corta más profundo que el anterior, cada destrucción haciendo que mi cuerpo palpite con toques fantasmales.

La seda rasgada atrapa la luz como estrellas caídas, hermosa incluso en su destrucción. Eso es lo que él ha hecho conmigo. Creó belleza al romperme.

Veo mi reflejo en el espejo de cuerpo entero. El pelo alborotado, las mejillas manchadas de lágrimas y rímel, usando un vestido de diseñador porque llegué sin ropa propia.

—¿Quién eres? —le susurro a la extraña que me devuelve la mirada. No la sirvienta que conocía su lugar, que mantenía la cabeza gacha, que sobrevivía gracias a su invisibilidad. No la esposa de un mafioso vestida de diamantes, aprendiendo a dominar salones con una autoridad prestada. La mujer en el espejo existe en un punto intermedio, fracturada y perdida, creada enteramente por las manos de Alessandro, marcada por dentro y por fuera por su posesión.

Mi cuerpo tiembla como si estuviera pasando por un síndrome de abstinencia. Y quizá lo esté. La ausencia de su tacto se siente como si me faltara un órgano vital. Mis manos no dejan de temblar. Incluso mi respiración sale mal sin su presencia llenando la habitación.

Agarrando mi maltrecha maleta, salgo a trompicones y recorro el pasillo de servicio, subo las escaleras, donde finalmente puedo respirar.

El observatorio de la azotea se siente más pequeño esta noche, las estrellas borrosas a través de unas lágrimas que no puedo detener. El aire nocturno me cala a través del vestido de Stella McCartney. El telescopio se interpone entre las luces de la ciudad y yo, este regalo perfecto que representa todo lo hermoso y terrible de nosotros. Me dio las estrellas, pero se aseguró de que solo pudiera verlas desde su azotea, a través de su regalo, bajo su protección.

Paso los dedos por el latón, recordando cómo aprendió la historia de Perseo, cómo sus manos cubrieron las mías mientras trazábamos a Casiopea, cómo me hizo correrme contra este mismo telescopio mientras las estrellas observaban.

—Soy adicta a mi propia jaula —susurro a las estrellas, y la verdad quema peor que cualquier mentira.

Mi coño palpita de vacío, mi cuerpo reconoce lo que mi mente combate. Que ahora soy biológicamente adicta a él, que cada célula ha sido reescrita para anhelar su tacto. El pensamiento me humedece de vergüenza y necesidad a partes iguales.

Empaco el telescopio con cuidado, dejando atrás el voluminoso soporte. En lo que sea que me convierta, conservaré este pedazo de nosotros.

La voz de Sofia atraviesa la oscuridad como una cuchilla, su silueta aparece en la entrada de la azotea. Se ve diferente. Más dura, más fría, la dulzura que usa como armadura completamente ausente. Esta noche lleva el pelo recogido en un moño severo, los ojos delineados con kohl y brillando con determinación. Parece que la vertieron en su vestido negro y luego la dejaron enfriar en el congelador, cada curva afilada hasta un borde letal.

—Has elegido la noche perfecta para huir —dice, con voz plana.

Avanza, los tacones de aguja acentuando cada sílaba con un clic que resuena en el cristal y la piedra. Su perfume la precede: algo agudo, resinoso, sin pizca de dulzura. No se detiene hasta que está lo suficientemente cerca como para ver que me tiemblan las manos.

Por un segundo caliente e idiota pienso que tal vez está aquí para ayudarme, o al menos para advertirme, o para decirme que no es tan desesperado como parece. Tal vez me va a meter en su auto y me va a sacar de la ciudad.

—¿Te llevo la maleta, *cara*? —El frío de la sonrisa de Sofia podría congelar el infierno—. O la tiramos desde la azotea y ya.

Quiero decir algo ingenioso, algo que la ponga en su lugar, pero lo único que se me ocurre es cómo su rímel nunca se ha corrido y cómo el mío probablemente me corre por las mejillas como alquitrán.

—¿Cómo supiste que estaba…?

Me interrumpe con un movimiento de su dedo. —Frances Hewson viene a cenar con nosotros. —Lo dice como si estuviera anunciando la llegada de un cargamento de caviar, o una nueva obra de arte para el vestíbulo—. Alessandro estará ocupado. Eres libre de irte. —Sus ojos me recorren con un desdén clínico—. ¿A menos que prefieras quedarte y verlo cambiar una esposa por otra?

Un sonido brota de mi garganta, pero no es una palabra. Intento de nuevo:

—Mientes.

Sale inseguro, una protesta infantil.

Sofia se inclina, su aliento caliente y con olor a vodka contra mi oído. —Cariño, ¿crees que eres la primera mujer en enamorarse de él? Ha tenido mil esposas. Tú solo eres la que pensó que los papeles importaban. —Se endereza, sacudiendo polvo invisible de su manga —. Aterrizó en el JFK hace una hora. Ya hay un lugar para ella en la mesa. Deberías haber empacado más ligero.

El mundo se inclina. Me aferro al soporte del telescopio para mantenerme en pie, el latón caliente contra mis palmas.

Alessandro se casó conmigo pensando que yo era Frances Hewson. Cuando descubrió la verdad, cuando la mentira se consumió en el calor de su obsesión, no montó en cólera ni me abandonó. Simplemente miró fijamente la cosa fea que soy y dijo: «Te amo de todos modos».

Esas palabras deberían haberme sanado. No lo hicieron. Fueron un cuchillo, arrancando la última carne blanda, dejando solo cicatriz y hueso donde antes había una chica. Me dije a mí misma que no importaba que fuera un fraude, que el cuerpo que él adoraba y la mente que intentaba doblegar pertenecían a una chica que nunca existió. Me permití creer que era suficiente ser amada por un hombre como él, ser necesaria incluso si nunca fui real.

Pero ahora, la verdadera Frances Hewson está aquí. La verdadera heredera, la chica perdida que siempre se suponía que debía ser suya. Esta noche, ella estará en el comedor, con la espalda recta, el pelo arreglado, cada parte de ella diseñada para ser devorada y exhibida ante el mundo. Me imagino a Alessandro doblando una servilleta de lino para ella, sirviendo vino con esas manos firmes que siempre huelen a aceite de pistola y jabón caro. Me imagino su voz, nítida y brillante, rebotando en el mármol y el cristal.

¿Qué pasará conmigo ahora? ¿Qué propósito tiene una falsificación cuando el original está de nuevo en circulación? La idea debería darme ganas de vomitar, pero lo único que hace es ahuecarme aún más. Quiero odiar a Frances, pero no puedo. Fue robada, igual que yo, igual que Tommy. Ella nunca pidió esta vida, y probablemente esté más perdida que yo.

Podría huir. La idea surge tan fácilmente, tan naturalmente, que se siente como un acto reflejo. Podría tomar el telescopio, la maleta y desaparecer antes del amanecer. Siempre hay ciudades donde una chica como yo puede empezar de nuevo, donde a nadie le importa quién solías ser.

Pero sé que no lo haré. El impulso de huir es viejo, pero no es tan fuerte como el nuevo impulso: quedarme, llegar hasta el final, enfrentar las consecuencias como una mujer en lugar de una pequeña nada asustada. Se lo debo a Alessandro, incluso si está a punto de elegir a alguien mejor. Se lo debo a la familia.

Sobre todo, se lo debo a Alex. Le debo un ajuste de cuentas, por más feo e inútil que sea.

No puedo huir de esto. No puedo huir de mis propias mentiras, no puedo irme sin mirar a Marco, Valentina, Dante, Ana y Nico a la cara y decirles que lo siento. Incluso a Luca y Faith. Puedo ver sus rostros ahora, cada uno con un matiz diferente de decepción: el juicio estoico de Marco, el desdén silencioso de Valentina, la confusión abierta de Dante, el asco frágil de Ana, la mirada silenciosa y herida de Nico. Faith, al menos, me miraría con lástima, pero Luca le impediría demostrarlo.

Quiero decirles que lo hice por Tommy, por mí, por supervivencia, pero ninguna de esas razones importaría. No importaría que los quisiera, que lo quisiera a él, que me esforzara tanto por merecer algo de esto.

Quiero gritar, o romper algo, o tirarme de la azotea y ver si reboto. Pero en lugar de eso, me quedo aquí, respirando el aire húmedo, sintiendo cómo mi cuerpo se rompe en pedazos cada vez más pequeños hasta que no soy más que espasmos y dolor. No creo que quede lo suficiente de mí para que alguien me ame, ni siquiera un hombre como Alessandro.

Me digo a mí misma que volveré adentro, enfrentaré la cena, dejaré que me bote con dignidad. Mantendré la cabeza en alto, aunque sienta que se equilibra sobre una aguja. Lo haré por la chica que solía ser, y por Tommy, y por el hombre que me amó cuando no era más que una mentira.

—Para mañana —continúa Sofia, acercándose—. La verdadera Frances Hewson finalmente será parte de nuestra familia. ¿Y Alessandro? —Se ríe, el sonido como de cristales rotos—. Hará lo que los hombres Rosetti siempre hacen. Se quedará con lo que es útil y destruirá lo que no.

Me tambaleo, aferrándome al soporte de latón del telescopio como si fuera un salvavidas, imaginando las manos de Alex en las caderas de Frances.

—Huye o quédate —dice Sofia, dándose la vuelta para irse—. De cualquier manera, para mañana por la noche, la sirvienta estará muerta. La única pregunta es si Alessandro apretará el gatillo él mismo.

Algo brilla en los ojos de Sofia, un destello hambriento que nunca antes había visto. Está disfrutando esto. Ha estado esperando esto.

—Nunca me engañaste, ¿sabes? —añade, deteniéndose en la puerta—. Sabía que no eras más que basura que Alessandro recogió. Solo lo dejé jugar contigo porque… —Agita la mano con desdén—. Bueno, los hombres tienen sus juguetes.

Las palabras cortan más profundo de lo que deberían. He oído cosas peores del propio Alessandro, en momentos en que su ira rompía su control. Pero la crueldad casual de Sofia se siente diferente. Definitiva.

—¿Él lo sabía? —susurro, la pregunta quemándome la garganta—. ¿Sabía que ella iba a volver?

La sonrisa de Sofia se ensancha. —¿Tú qué crees?

—Yo no lo hice.

Los ojos de Sofia se suavizan, solo un poco, y vislumbro un corazón tierno debajo de su elegante exterior, la hermana pequeña que solo quería proteger a su hermano mayor. —Si alguna vez lo amaste de verdad, lo dejarás ir ahora. Vete antes de que veas lo que pasa cuando no le queda otra opción.

Me deja allí, la puerta cerrándose con un clic tras ella. El aire nocturno se enfría a mi alrededor, las estrellas se vuelven borrosas mientras nuevas lágrimas llenan mis ojos.

Caigo de rodillas, la maleta volcándose a mi lado.

Debería irme. Pero mi cuerpo se niega a moverse.

Porque la verdad es que no quiero sobrevivir sin él.

Recojo mi maleta y el telescopio, dejando atrás el soporte. Mi decisión se forma con cada escalón que bajo, endureciéndose como acero en mis venas. No huiré. No me esconderé. Los enfrentaré a todos: a Alessandro, a la verdadera Frances Hewson, a toda la familia Rosetti.

Si voy a morir, moriré mirándolos a los ojos.

28 - Alessandro

Emma se sienta a mi diestra como una reina, pero no me mira a los ojos. Han pasado siete días desde que se tragó esas pastillas, desde que la encontré desangrándose en nuestro baño, y cada aliento que toma se siente prestado. La armadura de diseñador que lleva, una seda de zafiro que combina con el escudo de la familia Rosetti, no puede ocultar cómo sus manos todavía tiemblan cuando cree que no la estoy mirando.

La mesa de caoba se extiende entre nosotros y el resto de mi familia, las copas de cristal atrapando la luz de las velas, pero todo lo que veo es la forma en que evita mirarme. Una semana desde que intentó dejarme para siempre, y aunque su cuerpo ha sanado, la distancia entre nosotros se siente insuperable. Le mentí sobre Tommy, y nunca me lo perdonará.

—Los envíos del norte continúan según lo programado —dice Marco, cortando su ternera con movimientos precisos—. La integración de la tecnología de las patentes Hewson ha optimizado las operaciones en un treinta por ciento.

Los dedos de Emma se aprietan imperceptiblemente en su tenedor al mencionar a los Hewson. Alcanzo su muñeca por debajo de la mesa, mi pulgar encuentra el punto de su pulso, todavía demasiado rápido, todavía acelerado como el de un conejo, como lo ha estado toda la semana. Su piel quema contra la mía por medio latido antes de que se aparte y, joder, incluso su rechazo hace que se me revuelva la polla. Mi cuerpo no entiende que ella ya no quiere saber nada de mí.

—Números impresionantes —dice Dante con señas, mientras Ana traduce con fluidez para Valentina y Emma mientras se mece suavemente en su silla. La pequeña Antonia está arriba con una niñera—. La posición de la familia nunca ha sido más fuerte.

Sofia no ha tocado su comida. Sigue mirando hacia la puerta, jugueteando con su servilleta. —Es increíble —dice de repente, con

esa nota afilada en la voz de la que he aprendido a desconfiar— lo rápido que alguien puede adaptarse a una vida para la que no nació.

•

La mesa se queda en silencio. La barbilla de Emma se eleva ligeramente, la única señal de que escuchó la puya.

—Algunas personas —continúa Sofia, haciendo girar su copa de vino— realmente pertenecen a esta familia. Otras solo… interpretan el papel.

—Sofia —advierte Marco, pero ella ya se inclina hacia adelante, con sus ojos azules clavados en Emma.

—¿No crees, Frances? ¿Que pertenecer es algo más que solo llevar el vestido correcto?

Emma baja su tenedor deliberadamente. Cuando finalmente habla, su voz transmite la misma distancia fría que ha mantenido toda la semana. —Creo que la pertenencia se gana con lealtad. Con sacrificio. Eligiendo quedarse cuando irse sería más fácil.

Las palabras caen con dureza. Se queda, sí, pero solo porque la tengo atrapada. Porque le mentí sobre Tommy, la manipulé para que dependiera de mí.

—Qué filosófica —dice Sofia, pero hay algo nervioso en su risa—. Supongo que todos descubriremos quién pertenece de verdad muy pronto.

Antes de que pueda exigirle qué quiere decir, suena el timbre.

La sonrisa de Sofia se ensancha. —Justo a tiempo. He invitado a alguien especial esta noche.

—¿Qué hiciste? —La voz de Marco podría helar la sangre, pero Sofia ya está de pie, alisando su vestido de seda color crema.

—Protegí a esta familia —dice, moviéndose hacia la entrada del comedor—. De un fraude peligroso.

La casa se siente extraña, demasiado silenciosa a excepción de nuestras voces. ¿Dónde están los sonidos habituales? ¿Los pasos de los guardias, el personal de la cocina limpiando? Siento un cosquilleo en la nuca, la misma alerta que me ha mantenido con vida todo este tiempo.

Mi mano encuentra mi pistola antes de que lo piense conscientemente, pero los dedos de Emma se cierran sobre los míos bajo la mesa.

Las puertas del comedor se abren, y Frances Hewson entra como si fuera la dueña del lugar.

La verdadera Frances Hewson.

Es inquietantemente similar a Emma, misma altura, misma complexión, pero hay algo más duro en sus facciones, una fragilidad que proviene de tener demasiado dinero y muy poco calor humano. El parecido que una vez engañó a todos ahora parece una broma cruel. Su sonrisa es puro diente mientras su mirada se posa en Emma.

—¿De verdad pensaste —dice Frances, con la voz cargada de desprecio— que podías reemplazarme con una sirvienta y nadie se daría cuenta? Todas estas semanas viendo a la servidumbre usar mi nombre como un disfraz.

El caos se desata en la habitación. Dante se pone de pie, haciendo señas rápidamente. La mano de Nico va a su arma. Marco no se ha movido, pero la temperatura a su alrededor baja diez grados.

Emma se pone de pie lentamente, y por primera vez en toda la semana, me mira directamente. En sus ojos, veo que lo entiende todo: Sofia ha traído a Frances aquí. Mi propia hermana orquestó esto.

El triunfo de Sofia vacila, algo anda mal. Frances vino sola. ¿Dónde está su escolta?

—Una sirvienta —dice Emma, y hay algo casi divertido en su tono —. Sí, lo era. Fregaba suelos en casas como esta. Aprendí a ser invisible. Aprendí a sobrevivir a cosas que quebrarían a alguien como tú.

—¡Lo admitiste! —grita Sofia, el triunfo y la confusión luchando en su voz—. ¿Ven? ¡Ha estado mintiendo todo este tiempo! ¡Su identidad es completamente falsa, no es Frances, no es nadie!

—Su nombre es Emma —digo, poniéndome de pie, interponiéndome parcialmente entre mi esposa y la mujer cuyo nombre llevaba—. Emma Rosetti. Y es más de la familia de lo que tú has demostrado ser esta noche, hermana.

El ceño de Sofia se frunce, su perfecta compostura flaquea en confusión ante mi respuesta. Pensó que no lo sabía.

Frances se ríe, un sonido tan agudo como un cristal al romperse. —Qué conmovedor. El gran Alessandro Rosetti, engañado por una sirvienta. Esperen a que las otras familias se enteren de esto. Los Rosetti, engañados por una criada jugando a disfrazarse.

—Tienes razón —dice Emma, colocándose a mi lado en lugar de detrás—. La verdad ha salido a la luz. No soy Frances Hewson. Nunca quise serlo. Tu nombre solo era un yugo que tu madre me obligó a llevar.

—¿Quieres saber la parte realmente divertida? —Frances saca su teléfono, tecleando rápidamente—. Esto ya ni siquiera se trata de exponer tu falso matrimonio.

Las ventanas del comedor estallan hacia adentro.

Los rusos entran a raudales, una docena completa, con tatuajes de la Bratva visibles en sus cuellos. El escudo de la familia Volkov. Nico reacciona primero, lanzándose a proteger a Ana, mientras Luca empuja a su esposa embarazada, Faith, debajo de la mesa.

—¿Qué hiciste? —le grita Sofia a Frances, toda su arrogancia evaporándose en horror.

Frances se ríe, pero ahora hay confusión en su risa. Un hombre atraviesa el marco de la ventana destrozada con una gracia depredadora. Más joven de lo esperado, quizás en la treintena, con unos ojos pálidos que reflejan el invierno de Moscú. El escudo de la familia Volkov brilla en sus gemelos, pero es la violencia controlada en sus movimientos lo que lo marca como peligroso.

—La chica Hewson nos contactó después de que escapó de su boda —dice, con un acento casi imperceptible, cultivado para pasar desapercibido—. Pensó que estaba contratando mercenarios para su pequeña venganza. Nunca se dio cuenta de que estaba audicionando para una obra mucho más antigua.

—Me prometiste un pasaje seguro a Moscú —dice Frances, la incertidumbre colándose en su voz—. Yo te ayudo a eliminar al liderazgo de ambas familias y desaparezco con…

—Desaparecerás, sí —dice el hombre con frialdad—. Solo que no a Moscú. Pero primero, cumplirás tu propósito. Empieza con Alessandro. Él es quien te humilló casándose con una impostora.

Sus ojos pálidos encuentran a Sofia, y algo cambia en su expresión. Más frío. Concentrado. —Hola, Sofia.

Sofia retrocede tropezando, su rostro perdiendo todo color. —No… La voz en el teléfono, dijiste que eras calabrés. Dijiste que tenías pruebas de que Emma era una amenaza para la familia.

—Tus mensajes de voz fueron muy útiles, pequeña Rosetti. —Su sonrisa es escarcha de invierno—. Tan preocupada por la seguridad de tu hermano. Tan ansiosa por creer que una familia calabresa te

ayudaría a exponer un «fraude». ¿De verdad pensaste que ese acento era real? Llevo practicándolo desde que tenía quince años. Desde la noche en que mi hermano no volvió a casa.

—¿Hermano? —la voz de Marco atraviesa el caos, la comprensión comenzando a amanecer.

El ruso saca una fotografía, envejecida y arrugada. Una joven Sofia y un joven, jugando en un jardín. —Mikhail Volkov. Escribió sobre ti en su diario. «Sofia me enseñó una nueva palabra hoy. Sofia compartió su almuerzo». Garabatos infantiles de un chico enamorado. —Su voz nunca cambia de tono, lo que lo hace peor—. Luego le contaste a tu familia sobre el chico ruso que te seguía por todas partes, y Luca Rosetti se presentó.

Las rodillas de Sofia se doblan. —No, eso nunca pasó. —Niega con la cabeza, confundida—. Yo... ¡Yo solo era una niña! Pensé...

—También Mikhail. Apenas dieciocho años. —Los ojos del hombre nunca abandonan su rostro.

—Eres Alexei Volkov —dice Marco, las piezas encajando—. El hijo menor de Viktor.

—El único hijo ahora —confirma Alexei—. Once años he esperado. Once años he estudiado a su familia. Sus hábitos. Sus debilidades. Y la culpa de Sofia... —se acerca—, la culpa de Sofia. Tan fácil de manipular. Unas cuantas llamadas, el acento correcto, algo de información interna, y ella misma abrió la puerta. Otra vez.

—¡No sabía que eras tú! —grita Sofia, ahora con verdadero terror —. Nunca lo habría...

—¿Nunca habrías hecho qué? ¿Traicionar a tu familia? Pero se te da tan bien. Primero nos llevaste a esa casa de seguridad hace tantos años. Ahora nos has invitado a cenar.

Frances todavía tiene el arma levantada, temblando ahora, confundida por cómo ha cambiado la situación. —¿Vamos a hacer esto o no?

Alexei ni siquiera la mira. —Adelante. Dispárale. Ese siempre fue tu propósito aquí.

Frances apunta el arma directamente a mi pecho, el cañón vacilante pero mortal. —Para que conste —dice—, se suponía que esto era solo por el dinero.

Veo a Emma moverse por el rabillo del ojo. Veo su decisión en la postura de sus hombros. —No...

El disparo resuena en medio del caos.

Pero sigo de pie.

Emma no.

El cuerpo de Emma cae al suelo con un sonido que me atormentará para siempre. La sangre se extiende por su vestido blanco, formando un charco en el suelo de caoba bajo ella. Recibió la bala destinada a mí, se arrojó a su trayectoria.

Algo se quiebra en mi pecho, de hecho lo oigo, como una costilla cediendo. El control que he mantenido durante veintisiete años se hace añicos por completo. Mis manos tiemblan por primera vez desde que tenía catorce años, desde la noche en que murió nuestro padre.

—¡No! —La palabra se desgarra de mi garganta mientras caigo a su lado, presionando mis manos contra la herida en su pecho. Tanta sangre. Demasiada sangre. La pólvora se mezcla con su perfume de jazmín, creando algo que me atormentará para siempre.

Frances permanece congelada, con el arma todavía levantada, la conmoción reemplazando su triunfo anterior. Esa es toda la oportunidad que necesito. Mi pistola está en mi mano y disparando antes de que lo piense conscientemente. Tres disparos, al centro del torso. Frances Hewson se desploma como papel, su expresión sigue siendo de sorpresa mientras la muerte se la lleva.

La habitación explota en violencia. Marco y Nico se mueven en perfecta sincronización, derribando rusos con una eficiencia brutal. Dante protege a Ana mientras devuelve el fuego.

No puedo apartar la vista de Emma, pero por el rabillo del ojo veo a Sofia moverse: seda sobre acero, su cuchilla encontrando objetivos con precisión Rosetti, su vestido de noche no obstaculiza la forma precisa en que maneja la hoja. Derriba a dos rusos con una eficiencia que le recuerda a todos que es una Rosetti, no solo decoración, y luego cae a nuestro lado, tratando de ayudar a detener la hemorragia de Emma.

—¡No lo sabía! —solloza Sofia, presionando su pañuelo de seda contra la herida junto a mis manos—. ¡Pensé que te estaba protegiendo! ¡Pensé…!

—¡Cállate y ayúdame! —gruño.

Los rusos comienzan su retirada a medida que llegan más soldados Rosetti. Pero Alexei no corre. Camina con calma a través del caos hasta donde estamos arrodillados en la sangre de Emma.

Sofia lo mira, con el rímel corriéndole por la cara, y él extiende la mano para tocarle la mejilla con un dedo.

Ella se estremece, pero él captura un mechón de su cabello, enrollándolo alrededor de su dedo antes de apartarse.

—Diez años he esperado —dice en voz baja, solo para ella—. Tu deuda vence pronto, Sofia. Una vida por una vida. Y siempre cobro lo que se me debe.

—¡Médico! —grita Marco—. ¡Necesitamos un médico ahora!

Alexei retrocede, haciendo una seña a sus hombres. —Esto no ha terminado. El verdadero espectáculo ni siquiera ha comenzado. —Sus ojos se encuentran con los de Sofia una última vez—. Tienes algo que me pertenece. Vendré a recogerlo.

Luego se van, fundiéndose en la noche mientras las sirenas aúllan a lo lejos. Pero solo puedo concentrarme en el rostro pálido de Emma, sus ojos cerrándose con un aleteo, su respiración demasiado superficial.

—¿Por qué? —susurro, acunando su cabeza en mi regazo mientras Sofia mantiene la presión sobre la herida—. ¿Por qué me salvarías después de todo lo que hice?

Su mano encuentra la mía, su agarre débil pero decidido. Logra decir dos palabras antes de que la inconsciencia se la lleve: —Mi elección.

—No te atrevas a dejarme, *stellina*. —Mi voz se quiebra en su apodo—. No te atrevas, joder.

La sangre sigue fluyendo, empapándolo todo. Sofia está arrodillada en ella, susurrando disculpas que no significan nada si Emma muere. —La maté —repite—. Yo los traje aquí. Pensé que te estaba protegiendo y la maté.

—No está muerta —gruño, pero los ojos de Emma se han cerrado —. ¡No está jodidamente muerta!

El equipo médico irrumpe por la puerta, pero no puedo soltarla. Tienen que arrancármela de los brazos, y cuando lo hacen, veo el alcance total de la pérdida de sangre. El suelo parece un matadero.

Mientras trabajan en ella, lo único que puedo pensar es que ella eligió esto. Después de todo, mis mentiras, mis manipulaciones, mantenerla alejada de su hermano, aun así eligió salvarme.

Y en algún lugar de la noche, Alexei Volkov está planeando su próximo movimiento, con la deuda de Sofia pendiendo sobre todos nosotros como una cuchilla a punto de caer.

Si Emma muere, pintaré el mundo de rojo con sangre de los Volkov.

Pero tiene que vivir. Tiene que vivir, joder, para que pueda pasar una eternidad arreglando esto.

29 - Emma

—Esto es tuyo. —Alex desliza un sobre manila por su escritorio de caoba, y sus manos tiemblan ligeramente al soltarlo.

El peso se siente extraño, demasiado para ser solo papel. Me palpita el hombro donde la bala lo atravesó ayer; la herida sigue en carne viva a pesar de que Alex la curó con cuidado. El analgésico hace que todo parezca distante, como en un sueño, mientras alargo mi mano buena para tomar el sobre. Alex no me mira a los ojos, con la vista fija en sus nudillos en proceso de curación como si tuvieran las respuestas. Su colonia se ha desvanecido, reemplazada por algo más crudo: whisky, insomnio y el olor metálico del miedo que nunca antes había percibido en él.

El estudio se siente diferente a como se sentía hace una hora, cuando me llamó para que viniera. El complejo está inquietantemente silencioso. Marco se está encargando de las secuelas del tiroteo en la cena familiar, los otros hermanos se recuperan de las revelaciones de Sofia sobre mí. Alex insistió en que tuviéramos este momento a solas, lejos de las complicaciones familiares. Entonces, su voz tenía ese tono autoritario que conozco tan bien. Ahora está sentado detrás de su escritorio como un hombre que espera la ejecución, con los ojos verdes más oscuros que nunca.

Lo primero que se derrama cuando abro el broche es dinero en efectivo. Fajos ordenados de billetes de cien, más dinero del que he visto en mi vida. Me tiemblan los dedos al tocarlos, sintiendo su realidad. Luego, un pasaporte capta la luz y se me corta la respiración.

La foto es mía, tomada hace poco, pero el nombre dice Emma Pitt. Ni Frances Hewson. Ni Emma Rosetti. Solo Emma Pitt, como si me hubieran devuelto a quien era antes de que todo esto empezara.

—Hay suficiente dinero para un nuevo comienzo en cualquier parte —dice Alex, con la voz cuidadosamente neutra. Estudia los cortes de sus nudillos con intensa concentración, evitando mi mirada

—. El pasaporte es real. Completamente limpio, sin conexión con los Rosetti o los Hewson.

A continuación, mis dedos encuentran las llaves de un auto, sujetas a un llavero de Mercedes. El metal está caliente contra mi palma, macizo. Luego, el contrato de arrendamiento de un apartamento en Boston, pagado en su totalidad por dos años. Documentos bancarios que muestran una cuenta a nombre de Emma Pitt con suficientes ceros para que me dé vueltas la cabeza.

—Esto es… —me apago, incapaz de procesar lo que estoy viendo.

—Libertad —termina en voz baja—. Libertad de verdad, no la ilusión de ella.

El último objeto hace que se me congele la mano. Una nota manuscrita con la letra precisa de Alex: «El traslado de Tommy de prisión puede ser arreglado. Nueva identidad esperándolo. Guardias pagados para garantizar su seguridad hasta su liberación». Mi hermano, todavía atrapado, pero con una promesa de protección que nunca creí posible.

El peso de la elección me oprime el pecho. Como sirvienta, como esposa falsa, siempre tuve a alguien a quien culpar por mis circunstancias. Pero esto, elegir la libertad, sería decisión completamente mía. La responsabilidad de ello hace que mis manos tiemblen más que cualquier amenaza.

—Me estás dando todo —susurro, los papeles temblando en mi mano—. ¿Por qué?

Alex finalmente levanta la vista, y la crudeza de su expresión me deja sin aliento. No el hambre al que estoy acostumbrada, ni la posesión, sino algo vulnerable que me duele en el pecho.

—Porque nunca tuviste una opción real, *stellina*. —El apelativo cariñoso se le escapa, y hace una mueca—. Ni con las amenazas de los Hewson, ni cuando te reclamé en ese altar. Cada momento entre nosotros ha estado manchado por la coacción. —Aprieta la mandíbula—. Así que ahora eliges tú. Tómalo todo y desaparece. Empieza de nuevo, espera la liberación de Tommy en algún lugar donde nunca te encontraré. O… —Se detiene, incapaz de expresar la alternativa.

—O quedarme —termino por él.

—Solo si quieres. —Las palabras salen con esfuerzo—. Solo si Emma Pitt, no la mujer a la que obligué a ser mi esposa, realmente quiere esta vida. Me quiere a mí.

Estudio los documentos de nuevo, cada uno una llave a una puerta que creía soldada. Libertad real, no solo la promesa de ella. La capacidad de alejarme de todo: la violencia, las mentiras, el peligro constante de ser una Rosetti.

Incluso con la libertad en mis manos, mi cuerpo traicionero anhela su tacto. Mi coño se contrae al recordar sus manos, su boca, la forma en que me hace sentir poderosa incluso en la rendición.

—Alessandro Rosetti не cede el control —observo, mirándolo con atención—. Toma lo que quiere y nunca lo suelta.

Un músculo se contrae en su mandíbula. —A menos que lo que quiera sea a alguien que le corresponda. No porque tenga que hacerlo, sino porque elige hacerlo.

—¿Y si tomo todo esto y desaparezco? —lo pongo a prueba, necesitando entender cuán profundo es este gesto—. ¿Y si voy al FBI, expongo toda tu operación? ¿Les digo exactamente cómo los Rosetti trafican armas a través de esas rutas del norte?

Alex ni siquiera se inmuta. —Entonces hazlo.

—¿Me dejarías destruir a tu familia?

—Te dejaría hacer lo que necesites para ser libre. —Su voz permanece firme, aunque veo el esfuerzo que le cuesta—. Si quemar mi mundo te hace sentir completa de nuevo, entonces que arda.

La rendición total en sus palabras me golpea más fuerte que cualquier amenaza. Este hombre que ha construido su vida sobre el control, que manda a través de la violencia y el miedo, me está dando el poder de aniquilarlo.

Mi mano se extiende sobre el escritorio hacia la suya, necesitando sentir si es real, si este momento está sucediendo de verdad. Pero él se retira antes de que pueda hacer contacto, dejando caer las manos a su regazo.

—No lo hagas —dice bruscamente—. Si me tocas, podría influir en tu elección. Esto tiene que ser solo tuyo.

—¿Desde cuándo te importa la influencia? —La pregunta sale más cortante de lo que pretendía, pero algo en su rechazo me duele—. Has estado manipulando situaciones desde el día en que nos conocimos.

—Desde que me di cuenta de que te amo lo suficiente como para dejarte ir.

Las palabras penden entre nosotros como una cuchilla. Amor. Nunca lo había dicho a plena luz del día, solo cuando pensaba que

estaba dormida or demasiado perdida en el placer como para procesarlo por completo.

Me pongo de pie bruscamente, con los papeles apretados contra mi pecho con mi brazo bueno. El movimiento lo pone tenso, pero no se levanta, no intenta detenerme. Sus manos se aferran al borde de su escritorio con tanta fuerza que sus nudillos se ponen blancos, pero él permanece sentado, dándome todo el espacio que necesito.

—De verdad me dejarías ir —digo, moviéndome hacia la puerta—. ¿Después de todo lo que hemos pasado, todo lo que nos hemos vuelto el uno para el otro, simplemente me verías marchar?

—Si eso es lo que eliges. —Cada palabra suena como si se la estuvieran arrancando de la garganta—. Sí.

Alcanzo el picaporte de la puerta, el metal caliente contra mi palma se siente como un momento de verdad absoluta. Detrás de mí, Alex permanece congelado en su escritorio, un rey rindiendo su reino por algo más preciado que el poder.

Mis dedos se cierran alrededor del picaporte y oigo su brusca inspiración. Este es el momento: el momento en que Emma Pitt decide si seguir siendo Emma Rosetti o reclamar quién solía ser. El peso de la elección real, algo que no he tenido en tanto tiempo, hace que me flaqueen las rodillas.

—*Ti amo* —susurra Alex, tan bajo que casi no lo oigo.

Me quedo helada con la mano en el picaporte; esas palabras en italiano me detienen en seco. Lentamente, me doy la vuelta para mirarlo.

—Dilo en español. —Mi voz sale más dura de lo que pretendía, pero necesito oírlo con claridad, sin la protección de otro idioma—. Si lo dices en serio, dilo para que entienda cada palabra.

Alex se pone de pie lentamente, con movimientos cautelosos como si temiera asustarme. Pero no se acerca, solo permanece detrás de su escritorio, con las manos planas sobre la superficie de caoba.

—Te amo, Emma Pitt. —Hace una pausa, traga saliva con fuerza —. Sea cual sea el nombre que elijas, quienquiera que decidas ser, te amo lo suficiente como para dejarte ir.

Las palabras rompen algo dentro de mí. Este hombre que se desenvuelve en la violencia y la posesión, que nunca ha encontrado un problema que no pudiera resolver con fuerza o dinero, me está dando lo único que nadie me ha dado jamás: una elección genuina.

—Eso no es justo —susurro, con lágrimas amenazando con caer—. No puedes decir eso ahora.

—Es el único momento en que puedo decirlo. —Sus ojos verdes sostienen los míos a través de la habitación—. Cuando eres libre de irte. Cuando no puede ser otra cadena que te ate a mí.

Me doy la vuelta y salgo antes de que mi determinación se desmorone por completo. Mis pies me llevan por los pasillos de la mansión, pasando por los lugares donde hemos peleado, nos hemos besado y nos hemos descubierto. Las llaves del auto me queman en la mano cuando llego al garaje; el Mercedes que me da está esperando, con el tanque lleno, el GPS programado con rutas a cualquier lugar menos este.

El motor ronronea mientras atravieso las puertas del complejo. Nadie me detiene. Alex debe haberles dicho que me dejaran pasar. La ciudad se vuelve borrosa mientras recorro calles familiares, cada giro me aleja más de la vida que he construido como Emma Rosetti y me acerca a... ¿a qué? ¿La libertad? ¿O solo a otro tipo de prisión, una construida a base de huir en lugar de quedarse?

El letrero de «Saliendo de Chicago» se alza adelante, marcando los límites de la ciudad. Me detengo a un lado de la carretera, con el motor aún en marcha, mirando esas palabras que deberían sentirse como una liberación. Más allá de este punto, Emma Pitt podría desaparecer para siempre. Esperar la liberación de Tommy con el dinero que Alex me proporcionó, construir algo nuevo, algo seguro, algo sin sangre en sus cimientos.

El motor marcha en ralentí, el escape es visible en el cálido aire de la noche. La autopista se extiende por delante, prometiendo seguridad y aburrimiento a partes iguales. Detrás de mí, las luces de Chicago laten como un corazón. Como el latido de su corazón cuando presiono mi oído contra su pecho.

Me tiemblan las manos en el volante. Cada instinto de mis días de sirvienta grita que tome el dinero y huya. Pero esos instintos pertenecen a una chica que ya no existe. La mujer que Alessandro reveló, no, la mujer que me ayudó a descubrir, no huye de la oscuridad. La gobierna.

No quiero que me salven.

Ni de Alex, ni de la oscuridad que hemos encontrado juntos, ni de la mujer en la que me he convertido en sus brazos. Emma Pitt habría

tomado el dinero y huido. Frances Hewson nunca existió. Pero Emma Rosetti: ella es quien elijo ser, no a quien me obligaron a ser.

Doy la vuelta al auto.

El Mercedes responde al instante, llevándome de vuelta hacia la ciudad que casi me deja ir. Cada milla que me acerco se siente como volver a casa, no a un lugar, sino a una persona que de alguna manera se ha convertido en mi universo entero. El peso que me ha estado oprimiendo el pecho desde que me entregó ese sobre finalmente se levanta.

Para cuando llego al complejo, la oscuridad ha caído por completo. No voy a su estudio ni a nuestro dormitorio. Sé exactamente dónde estará Alessandro cuando su mundo se esté acabando: el único lugar que se ha vuelto nuestro y solo nuestro.

El observatorio de la azotea brilla suavemente en la noche, y ahí está él. No mirando el soporte vacío del telescopio, sino acostado bocarriba sobre nuestra manta, mirando al cielo.

—Regresaste. —Su voz no denota sorpresa, solo una silenciosa maravilla.

—Sí. —Me acuesto a su lado, cerca pero sin tocarlo.

—Dime por qué. —Gira la cabeza para mirarme, esos ojos verdes reflejando la luz de las estrellas—. Dime qué te hizo elegir esto en lugar de la libertad.

Señalo a Casiopea, trazando su distintiva forma de W contra la oscuridad. —¿Recuerdas lo que te conté sobre ella? ¿Castigada por vanidad, obligada a dar vueltas por el cielo para siempre?—Recuerdo todo lo que me has dicho.

—Me equivoqué sobre su castigo —continúo, encontrando a Perseo a continuación—. No está atrapada allá arriba. Está reinando. Cada noche, gobierna su porción del cielo, inmortal e intocable. Eso no es un castigo; es poder.

Alex permanece en silencio, dejándome procesar mis pensamientos.

—Emma Pitt era invisible —digo—. Frances Hewson era una mentira. ¿Pero Emma Rosetti? —Me giro para mirarlo de frente—. Ella es real. Es quien elijo ser. No porque alguien me obligara, me amenazara o me acorralara. Sino porque es en quien me convierto cuando estoy contigo. Alguien que ʜᴇ teme a la oscuridad porque ayuda a crearla.

—Emma —suspira, extendiendo la mano hacia mí, y luego se detiene.

—Ya puedes tocarme —susurro.

Su mano encuentra mi rostro con infinita delicadeza, el pulgar secando mis lágrimas. —Habría entendido si hubieras huido. Si hubieras esperado a Tommy en un lugar seguro.

—Seguro —río suavemente—. ¿Cuándo he elegido yo lo seguro? Me casé contigo, ¿no?Su propia risa retumba en su pecho. —Eso no fue realmente una elección al principio.

—No —concuerdo—. Pero cada día desde entonces lo ha sido. Cada vez que me quedé en lugar de intentar huir. Cada vez que te devolví el beso. Cada vez que elegí aprender tu mundo en lugar de esconderme de él. —Presiono mi palma sobre su corazón, sintiéndolo acelerarse bajo mi tacto.

Alex me atrae hacia él con una urgencia repentina, como si temiera que pudiera disolverme en polvo de estrellas si не me sujetaba con suficiente fuerza. —Esta vida, esta violencia, solo se volverá más oscura a partir de ahora.—Bien. —La palabra nos sorprende a ambos por su vehemencia—. Estoy cansada de ser inocente. De ser protegida. De ser la que necesita ser salvada. —Me echo hacia atrás para mirarlo a los ojos—. Terminé de ser la inocente, Alex. Cuando la oscuridad venga por nosotros, ya no me esconderé detrás de ti. Cuando la violencia sea necesaria, no apartaré la mirada.

—Por Dios, Emma. —Su voz baja a ese registro peligroso que solía aterrarme. Ahora solo hace que mi pulso se acelere con anticipación —. Ya no eres la chica que solías ser, ¿verdad?

—Sí lo soy —corrijo, trazando la cicatriz que atraviesa su ceja—. Finalmente me siento como yo misma.

Su boca se estrella contra la mía con un hambre desesperada. Saboreo su alivio, dulce y penetrante. Sus manos se enredan en mi cabello, tirando lo justo para hacerme jadear, recordándome que incluso en la rendición, él sigue siendo peligroso. Mi cuerpo responde al instante, presionándose contra él mientras el calor se acumula entre mis muslos. Mi cuerpo arde por su tacto como una adicción que nunca dejaré.

—Rosetti —gruñe contra mi garganta, y siento su verga endurecerse contra mi estómago.—Rosetti —concuerdo, y luego muerdo su labio inferior lo suficientemente fuerte como para sacarle sangre.Cuando nos separamos, ambos respirando con dificultad, las

estrellas giran sobre nuestras cabezas en su danza eterna. Perseo y Andrómeda, circulando para siempre, juntos para siempre, una historia de amor escrita con luz y sombra a través del universo.Giro deliberadamente mi anillo de bodas, el que una vez sentí como un grillete. Ahora se siente como una armadura, como poder, como una promesa del imperio que construiremos juntos. —Aunque técnicamente, supongo que sigo siendo Emma Pitt según ese pasaporte que me diste. Y ya que te casaste con una perra llamada Frances Hewson.—No por mucho tiempo —gruñe, atrayéndome de nuevo para otro beso—. Mañana anulamos el viejo matrimonio y lo hacemos real. Legal. Emma Rosetti en cada documento, cada cuenta, cada papel de la ciudad.Me río contra su boca, una risa oscura y libre. —Qué romántico. De verdad sabes cómo endulzarle el oído a una chica.

—Sé cómo endulzarle el oído a mi chica —corrige—. Siempre y únicamente mía.

30 - Alessandro

La fachada de piedra caliza de los Hewson se alza ante nosotros, toda de ángulos agudos y ornamentación excesiva: querubines y leones que compiten por atención como niños desesperados.

Las manijas doradas de las puertas atrapan la luz contra la mampostería de un blanco cegador; el jardín, tan inmaculadamente cuidado, que parece artificial, como el jardín de una casa de muñecas a escala humana.

Nuestros pasos suenan anormalmente silenciosos en el sendero de grava importada, cada crujido amortiguado como si el propio suelo buscara absorber cualquier sonido que pudiera perturbar la ilusión de perfección cuidadosamente construida.

El rostro de la señora Hewson aparece en el umbral, su expresión cambia de la molestia a la alarma al reconocernos. —No pueden simple… —empieza, intentando cerrar la puerta, pero la hago a un lado con el hombro y mi mano golpea la caoba con la fuerza suficiente para dejar las marcas de mis dedos en la madera.

—Señor Rosetti, esto es indignante —protesta el señor Hewson, saliendo de su estudio.

Ya estoy guiando a Emma a través de su vestíbulo de mármol hacia el salón de recepción formal, mis dedos posesivos en la parte baja de su espalda. El lugar apesta a abrillantador de limón. Alfombras persas, libros encuadernados en piel, una enorme chimenea de piedra que Emma probablemente pasó horas limpiando.

Los Hewson nos siguen, con sus voces agudas por la indignación, pero dirigen cada palabra hacia mí, tratando a Emma como si todavía fuera la sirvienta invisible que limpiaba su casa. La señora Hewson se coloca de modo que, literalmente, me tapa a Emma, dirigiéndose solo a mí como si mi esposa no existiera, como si pudiera borrar a la mujer que usó el nombre de su hija durante semanas.

La mano de Emma aprieta la mía. No es miedo, sino furia contenida por ser despreciada en la misma casa donde una vez restregó sus pisos. Siento cómo su espalda se endereza a mi lado. Inclina la cabeza ligeramente, el mismo cambio sutil que hago yo antes de la violencia, esa señal inconsciente que hace que la presa se dé cuenta de que ya está jodida.

—Se casó con la mujer equivocada —escupe la señora Hewson, abandonando toda pretensión de civilidad—. Frances regresó de Suiza, ahora está disponible para honrar nuestro acuerdo, y usted se ha atado a esta... a esta sustituta. —Su voz se eleva con cada palabra, la furia genuina resquebrajando su máscara de alta sociedad—. ¿Tiene idea de lo que le ha hecho a la reputación de nuestra familia? ¿Decirle al mundo que se casó con una sirvienta cuando Frances Hewson era la prometida?

Se acerca al escritorio de caoba y abre bruscamente un cajón para sacar un documento familiar. —Cláusula Catorce de su contrato matrimonial, señor Rosetti. —Su dedo apuñala el texto como si estuviera clavando un clavo—. En circunstancias excepcionales, la identidad de la novia puede ser sustituida por acuerdo de ambas familias. El novio permanece legalmente obligado a casarse con la novia contratada originalmente una vez que esté disponible. —La redacción del contrato se enrosca en mi garganta como un alambre. Cada palabra calculada para atraparnos, atestiguada y notariada por hombres a los que visitaré pronto con mi Glock—. Sigue obligado a casarse con Frances. La verdadera. Este matrimonio con su sirvienta no es más que un acuerdo temporal según el contrato que firmó.

El señor Hewson intenta tomar el contrato, y mi mano sale disparada, agarrándole la muñeca con la fuerza suficiente para que los huesos crujan. Él jadea, intentando zafarse, pero lo sujeto durante tres segundos. El tiempo suficiente para dejarle moretones, para dejar claro mi punto, antes de soltarlo.

—La Cláusula Catorce asume que el matrimonio original fue fraudulento —digo, con la voz mortalmente tranquila—. Pero Emma y yo consumamos nuestra unión ante testigos. Marco se aseguró de eso. Intente hacer cumplir las cláusulas de sustitución en un matrimonio consumado. A ver qué tan lejos llega en los tribunales. Suponiendo que llegue a los tribunales sano y salvo.

—Usted se divorciará de esta criatura inmediatamente —continúa la señora Hewson, negándose aún a mirar a Emma—, y se casará con

Frances como se acordó originalmente. De lo contrario, lo expondremos todo. Cómo el gran Alessandro Rosetti fue engañado por una sirvienta vestida con seda robada.

Emma da un paso al frente y algo cambia en su postura. —Es una amenaza fascinante —dice en voz baja, adoptando mi tono de violencia controlada—, viniendo de gente que ha estado falsificando sus impuestos desde 2018. —Las palabras caen agudas y repentinas. El rostro de la señora Hewson pierde el color mientras Emma continúa, cada revelación tan precisa como una cuchilla—. Tenía acceso a su estudio cuando limpiaba. He visto los documentos que creían que eran privados. Aquella conversación sobre mover dinero a través de la organización benéfica para niños fue particularmente memorable.

—No te atreverías —tartamudea el señor Hewson, acunando su muñeca amoratada, pero Emma ya está sacando documentos de su bolso. Fotocopias que debió haber hecho durante nuestra preparación esta mañana, secretos que ha estado guardando mentalmente.

—¿Creyeron que esas fotos que alguien les envió de mí restregando pisos les daban poder? —La voz de Emma tiene una oscuridad que hace que mi verga se crispe en reconocimiento. Ha aprendido mi lenguaje de violencia—. Cada hora de rodillas, estaba memorizando sus secretos. Las infidelidades, los sobornos, la sobredosis de su sobrino que le pagaron al Dr. Morrison para que la registrara como agotamiento. Años de porquería, todo recopilado por la chica invisible en la que confiaron para que limpiara sus desastres.

Desliza otro documento sobre el escritorio. —Pero este es mi favorito. ¿La patente tecnológica que han estado usando como palanca? Está basada en investigación robada a Industrias Yamamoto. Recuerdo los correos que vi, los planos originales que dejaron a la vista ese día.

El mayordomo, de pie en el umbral, esboza una sonrisa, claramente saboreando la destrucción de sus empleadores. Me mira y asiente levemente. La lealtad del personal ya ha cambiado.

—Esta es mi oferta —dice Emma, sacando un contrato simple—. Nos ceden la patente tecnológica completa a Industrias Rosetti. Retiran todas las reclamaciones sobre nuestro matrimonio. Se van de Chicago en cuarenta y ocho horas. O cada documento que recuerdo, cada secreto que presencié, se hará público esta noche. —No solo se

ha apoderado de su patente, sino de todo su futuro, y verla blandir estos secretos como armas hace que mi verga se tense contra mi cremallera, dura como una roca por la excitación ante su transformación.

El mayordomo da un paso al frente y habla por primera vez en mi presencia: —El personal ha estado esperando este día, señora Rosetti. —Enfatiza su título con satisfacción—. ¿Quizás los señores prefieran firmar en el estudio? ¿Para darles privacidad para... celebrar?

—Fuera —les digo a los Hewson, mi voz cargada de suficiente amenaza como para hacerlos retroceder a ambos—. Salgan de su propio salón. Ahora. —La señora Hewson abre la boca para protestar, pero doy un paso hacia ella, dejando que vea la violencia en mis ojos, y se apresura hacia la puerta, arrastrando a su marido con ella—. Tú también —le digo al mayordomo, quien hace una profunda reverencia a Emma, no a mí, y cierra las puertas con un clic decisivo. Oigo cómo gira la cerradura desde fuera. Nos está dando la habitación, asegurándose de que no nos molesten.

En el momento en que las puertas se cierran y estamos solos, pierdo toda contención. Mi sangre hierve. La violencia calculada del pequeño golpe de Estado de Emma, la forma en que hizo que esa gente poderosa se acobardara y se sometiera, me ha puesto tan duro que apenas puedo ver con claridad, y mucho menos pensar.

Se vuelve para mirarme, con los labios entreabiertos, los ojos salvajes y brillantes por las réplicas de lo que acaba de hacer. Verla así —Emma, mi esposa, la dócil sirvienta que una vez anduvo de puntillas por esta casa, ahora de pie en ella como su conquistadora— me hace querer destrozarla, poseerla, adorarla por el resto de mi vida.

La estrello contra mí, mi boca sobre la suya, hambrienta y posesiva. Sabe a adrenalina, a victoria, sus dientes rozando los míos. Gruño en lo profundo de mi garganta, incapaz de encontrar palabras para la necesidad que me desgarra. Sus manos ya están en mi cuello, arrancando botones, sin importarle si la camisa sobrevive. Sus uñas arañan mi pecho y le agarro las muñecas, sujetándoselas detrás de la espalda mientras la hago girar, llevándola hacia el enorme y antiguo sofá que domina el centro del salón de los Hewson. Es viejo, majestuoso, de esos que se importan de Europa a un costo demencial, tapizado en cuero verde oscuro, tachonado con remaches

de latón. Recuerdo que Emma una vez me dijo que pasó horas puliendo este mismo sofá hasta que los aceites le traspasaron los guantes y le hicieron arder los dedos durante días.

La inclino sobre el alto respaldo, sus manos abiertas y apoyadas contra el cuero. No se resiste, solo arquea la espalda y me mira, sus ojos desafiándome a tomar lo que es mío. La falda de su vestido se sube, dejando al descubierto sus muslos perfectos y pálidos.

—Esto es por cada vez que te ignoraron —gruño, con la voz áspera por el deseo.

Le subo el vestido hasta la cintura, arrugando la costosa tela sin piedad. Todavía lleva las pequeñas bragas de encaje que le elegí, las que se sonrojó al modelar para mí en la tienda. Se las arranco de un movimiento salvaje, la tela apenas resiste.

Mis dedos están sobre ella, dentro de ella, y está tan mojada que casi me vengo ahí mismo. Libero mi verga con manos temblorosas, el aire filtrado es frío, pero su calor me atrae como un horno.

—Por cada momento que fuiste invisible —gruño, alineándome y embistiéndola en una sola estocada brutal.

Ella grita, el sonido retumbando contra el mármol y el cristal, rebotando por la cavernosa habitación. El viejo sofá cruje ominosamente bajo la súbita violencia, pero no aflojo. La follo con fuerza, cada embestida una declaración, una nueva bandera plantada en un territorio que ahora es nuestro.

—Haz que oigan, *stellina* —exijo, mi mano se cierra en su pelo y tira de su cabeza hacia atrás para ver su rostro, con los labios rojos, húmedos y entreabiertos por la sorpresa—. Deja que escuchen. Deja que te recuerden cada vez que se sienten en esta jodida habitación.

La follo aún más fuerte, mis caderas golpeando su culo, el impacto enviando pequeñas ondas de choque por su columna vertebral. El sofá se mece peligrosamente, una antigüedad de valor incalculable reducida a un vulgar banco de polvo por nuestra necesidad.

—Estás… loco —jadea Emma, pero nada en su voz dice que no.

Sus dedos se clavan en el cuero, dejando medias lunas. Sus ojos se ponen en blanco cuando alcanzo el punto que la hace jadear, luego estremecerse, y su coño se aprieta con tanta fuerza que casi grito. Le encanta esto, la depravación, el poder. Cada vez que la follo así, algo en ella se abre. Un hambre oculta que iguala a la mía.

—Esto es lo que me haces —le digo, apenas capaz de formar las palabras—. Me arruinas, Emma.

Es la verdad. Estoy obsesionado, adicto, y no me importa si nunca me deja ir.

Se gira lo suficiente para mirarme por encima del hombro, con los ojos ardientes.

—Entonces no pares nunca.

Me lo lanza como un desafío, retándome a romperla, a romperme a mí, primero.

La embisto, una y otra vez, mis manos en su cintura, los dedos hundiéndose tan profundo que llevará mi agarre durante días. Cada estocada es una declaración, un recuerdo reescrito en músculo y hueso. El olor a sexo, a ella, se mezcla con el agrio aroma del viejo abrillantador de limón y el cuero. Quiero follarla hasta que desaparezca todo rastro de la propiedad de los Hewson, hasta que solo quede mi marca.

Ella se viene primero, por supuesto. Ahora siempre lo hace, los temblores comienzan en sus piernas antes de que siquiera se dé cuenta de que está sucediendo. Su grito es puro, honesto, arrancado de ella sin ningún artificio. Tiembla bajo mi cuerpo, sus manos resbalan en el cuero pulido, y la sujeto por la garganta, estabilizándola mientras convulsiona alrededor de mi verga.

Mi propio final llega segundos después, tan violento que veo todo blanco, mis caderas se sacuden incontrolablemente, derramando mi semilla en ella hasta que quedo vacío.

No me muevo, al principio. Me inclino sobre ella, jadeando, mi frente presionada contra la parte posterior de su cuello. Su piel está resbaladiza por el sudor, su pelo salvaje y enredado. Quiero morderla, marcarla, pero me conformo con besar la parte superior de su columna. Lentamente, me retiro, observando cómo mi semen se escurre por sus muslos, formando un charco obsceno en la invaluable alfombra persa de los Hewson. La imagen me hace desearla de nuevo, pero sé que no tenemos mucho tiempo. El personal volverá pronto, y la quiero vestida y serena antes de que el mundo derribe la puerta para ver lo que queda de nosotros.

Emma se deja caer en el sofá, con los ojos vidriosos de satisfacción. Me mira y la sonrisa que se dibuja en sus labios es astuta y salvaje. —Espero que te des cuenta de que los sirvientes

encontrarán esto mañana. Verán las manchas, olerán el sexo, sabrán exactamente lo que pasó aquí.

—Bien —digo, acomodándome la ropa y luego sentándome en el sofá a su lado.

—Contarán esta historia durante años. Cómo la sirvienta invisible se convirtió en la mujer que destruyó a los Hewson y luego se folló a su marido mafioso en sus muebles. —La oscuridad en su voz encaja perfectamente con la mía.

Me inclino hacia ella, mis labios rozando su oreja. —¿Crees que esto es una venganza, *stellina*? —Mi voz baja a un susurro peligroso —. Esto es solo práctica.

Se estremece a mi lado. —¿Práctica para qué?

—Los Hewson eran peones. Peones desesperados y estúpidos. Los rusos enviaron esas fotos. Sabían exactamente cuándo atacar, exactamente qué botones presionar. —Mis dientes rozan su cuello, sintiendo su pulso acelerarse bajo mis labios—. Y cuando los encontremos, cuando te muestre lo que les hacemos a los que de verdad intentaron separarnos…

Su respiración se corta cuando la giro para que me mire, observando sus mejillas sonrojadas, sus labios hinchados, la salvaje satisfacción en sus ojos.

—¿Cazaremos juntos? —pregunta, sabiendo ya la respuesta, anhelando ya la violencia que compartiremos.

—Cazaremos juntos —confirmo, atrapando su boca en un beso brutal que sabe a posesión y promesa—. Y, *stellina*, lo que acabamos de hacerles a los Hewson parecerá misericordia en comparación con lo que se avecina.

Su sonrisa contra mis labios es de pura depredadora, y mi verga se agita de nuevo a pesar de todo. Mi perfecta y peligrosa esposa. Ya no se esconde en las sombras, sino que las proyecta ella misma, lista para moldear el mundo que nos rodea.

31 - Emma

El lago Michigan se extiende interminable y azul, nada que ver con el turbio río Chicago, donde desaparecen los cuerpos. Han pasado tres semanas desde que recibí una bala por Alessandro y todavía me duele el pecho cuando respiro hondo, pero los médicos dicen que es normal. Lo que no es normal es que me inviten al yate de la familia Rosetti como yo misma: no Frances, no la sirvienta, solo Emma.

El *Serenità* se mece suavemente con el calor de julio. Son veintiún metros de impecable fibra de vidrio blanca y madera de teca; modesto para ser de multimillonarios, pero perfecto para una reunión familiar. Marco está al timón con Valentina, rodeándola con un brazo por la cintura mientras ella se ríe de algo que él le ha susurrado. Dante y Ana están acomodados en los bancos acolchados, con la pequeña Antonia durmiendo en brazos de Ana a pesar del ruido. Nico se encarga de la parrilla, discutiendo con Luca sobre las temperaturas adecuadas de la carne mientras Faith descansa en una silla de cubierta, con una mano sobre su panza de siete meses.

Y Sofia está sola junto a la barandilla, su vestido blanco de verano es azotado por el viento. No me ha mirado directamente desde aquella noche, pero está aquí. Eso significa algo.

—Deja de mirarla como si fuera a saltar —dice Alessandro, y su mano encuentra el hueco de mi espalda. El contacto todavía me recorre una corriente eléctrica, incluso después de todo.

—Lleva tres semanas evitándome.

—Ha estado evitando a todo el mundo. —Me da un beso en la sien, con cuidado de los moretones que se están desvaneciendo—. Dale tiempo.

Pero Sofia ya camina hacia nosotros, con dos copas de vino en sus manos bien cuidadas. Sus enormes lentes de sol le ocultan los ojos, pero su barbilla está levantada de esa manera tan distintiva de los Rosetti: orgullo incluso en la penitencia.

—Emma. —Me ofrece una de las copas—. Del bueno. El Château d'Yquem de 1947. Pensé que si voy a hacer esto, más vale que lo haga bien.

—¿Hacer qué? —Acepto el vino y noto que no le tiembla la mano. Una columna de acero, incluso ahora.

Se quita los lentes de sol y veo las sombras bajo sus ojos, el peso que ha estado cargando. —No soy de las que se arrastran. Pero tengo una deuda contigo que nunca podré pagar. —Toma un sorbo de vino, recomponiéndose—. Sangraste por mi error. Casi mueres porque yo era demasiado orgullosa para ver la verdad. Porque quería ser yo quien lo salvara.

—Estabas protegiendo a tu familia —digo.

—No. —Su risa es amarga—. Estaba protegiendo mi ego. Hay una diferencia. —Se baja el hombro del vestido, revelando un tatuaje reciente sobre la clavícula: una pequeña daga atravesando un corazón—. Me lo hice la semana pasada. Para no olvidar nunca lo que me costó mi orgullo.

La mano de Alessandro se aprieta en mi cintura. —Sofia…

—Necesito decir esto. —Me mira directamente ahora—. Yo traje a esos monstruos a nuestra puerta. Les di las llaves de nuestro reino porque estaba tan desesperada por demostrar que tú eras la enemiga, que me convertí en una yo misma. Recibiste una bala destinada a mi hermano después de todo lo que te hice. Eso te convierte en más familia de lo que yo he sido.

—Todos cometimos errores —dice Alessandro, y oigo la culpa en su voz—. Debería haberte dicho la verdad desde el principio. Sobre Emma. Sobre quién era realmente.

La sonrisa de Sofia es afilada y triste. —¿Habría escuchado? ¿O solo habría encontrado otra manera de demostrar mi valía? —Se toca la garganta, donde unos tenues moretones aún marcan su pelea con los rusos—. Nuestros secretos, hermano. Todos pagamos por ellos al final.

Sorbí mi vino, sintiendo el sol en mi piel y el suave balanceo del barco.

Alessandro es quien rompe el silencio.

—Para ser justos, Sofia, mi esposa tiene el talento de hacer que hasta la gente más observadora pase por alto lo obvio. Me tuvo convencido de que era aburrida durante casi tres horas enteras. Sigue siendo mi récord de haberme equivocado con alguien.

Sofia sonríe, genuina y brillante, y es como un segundo sol que resplandece.

—¡Basta de conversaciones pesadas! —grita Marco desde el timón —. Nico está a punto de quemar los filetes y no voy a comer carbón porque ustedes tres quieran tener una sesión de terapia.

La tensión se rompe y nos movemos hacia los demás. Luca le quita las pinzas a Nico con un asco exagerado. —Esto es lo que pasa cuando dejas que los niños se acerquen al fuego.

—Soy literalmente dos años menor que tú —protesta Nico.

—¿En experiencia? Eres un bebé. —Luca voltea los filetes con una precisión experta—. Faith, háblale de la preparación adecuada de la carne.

Faith ríe, frotándose el vientre. —Estoy embarazada de siete meses de tu engendro psicótico. No voy a meterme en medio de su extraña dinámica de hermanos.

Nos sentamos alrededor de la enorme mesa de la cubierta mientras el sol comienza su descenso hacia el horizonte, pintando el lago de oro y carmesí. Los filetes están perfectos; al parecer, las inquietantes tendencias de Luca se extienden a la precisión culinaria. La conversación fluye más fácil que en semanas, el agua abierta y el clima cálido aflojan algo que ha estado tenso desde el ataque.

Marco se pone de pie, levantando su copa. —Antes de comer, un brindis. —Sus ojos oscuros encuentran los míos—. Por Emma Rosetti. Que demostró que la familia no se trata de sangre o certificados de nacimiento. Se trata de elegir quedarse cuando irse sería más fácil. Se trata de recibir una bala por alguien que te mintió.

—Por Emma —añade Valentina—, que nos enseñó que la fuerza no siempre ruge.

Dante hace una seña y Ana traduce con una sonrisa: —Por la única mujer lo suficientemente valiente como para llamar a Alessandro idiota en su cara. Múltiples veces.

—Por alguien realmente interesante —dice Luca, con esa sonrisa desconcertante jugando en sus labios—. Te sorprendería lo aburrida que es la mayoría de la gente cuando realmente miras en su interior. Pero tú... tú estás llena de sorpresas.

Faith se estremece ligeramente ante las palabras de su marido, pero levanta su copa. —Por la mujer que me demostró que la fuerza viene en diferentes formas.

—Por una mejor puntería —añade Nico con un guiño—. La próxima vez, esquiva la bala en lugar de atraparla, ¿eh?

—Por mi hermana —dice Ana en voz baja, acomodando a Antonia contra su hombro—. Que entiende lo que significa luchar por tu lugar en esta mesa.

Sofia es la última. Se pone de pie, su copa atrapando la luz moribunda. —Por Emma. No Frances. No la sirvienta. Solo Emma. Que es más que suficiente. —Me mira a los ojos—. Que lo es todo.

Las palabras me golpean más fuerte de lo que podría hacerlo cualquier disculpa. Parpadeo para contener las lágrimas mientras todos bebemos, el vino añejo dulce y complejo en mi lengua.

—Ahora coman —ordena Marco—, antes de que Luca empiece a diseccionar la carne para mostrarnos la estructura muscular.

—Lo hice una sola vez —protesta Luca.

—En la cena de Navidad —le recuerda Faith—. Con el pavo. Mientras todos intentaban comer.

—La educación nunca es inapropiada —dice él, pero ya está cortando su filete con una precisión inquietante.

Mientras la conversación fluye a mi alrededor, observo a esta familia, mi familia, con nuevos ojos. Dante hace reír a Ana con bromas silenciosas que solo ella entiende. Marco le da a Valentina bocados de su filete cuando cree que nadie lo está mirando. Nico roba comida de los platos de todos con la confianza del eterno hermano menor. Incluso Luca parece casi normal, discutiendo nombres de bebé con Faith, aunque sus sugerencias se inclinan hacia envenenadores históricos.

—Camina conmigo —dice Faith de repente, apareciendo a mi lado mientras los demás debaten si Lucrezia o Agrippina es peor nombre para un bebé.

Nos movemos hacia la proa del yate, lejos del ruido. Se mueve con cuidado, con una mano sosteniendo su vientre y la otra agarrada a la barandilla. El sol ya casi se ha ido, el lago se ha vuelto de cobre líquido.

—Crecí creyendo en líneas claras —dice sin preámbulos—. El bien y el mal. Lo correcto y lo incorrecto. Mi padre era juez y me criaron en la iglesia. Todo era blanco o negro hasta que conocí a Luca.

—¿Y ahora?

Ella ríe, suave y comprensiva. —Ahora entiendo que la oscuridad no siempre es malvada, y la luz no siempre es buena. Las cosas que

Luca hace, las cosas que todos hacemos… son terribles. Pero se hacen por amor, por la familia, por la supervivencia. —Se vuelve para mirarme—. Sabías quién era Alessandro cuando lo salvaste. Conocías al monstruo y elegiste salvarlo de todos modos.

—Él no es un monstruo.

—Lo es —corrige ella suavemente—. Todos lo son. Todos lo somos ahora. Pero también somos otras cosas. Padres, hermanos, amantes. El truco no es fingir que la oscuridad no existe. Es aprender a vivir con ella sin dejar que consuma el resto.

—¿Cómo lo haces? ¿Amar a alguien capaz de tal violencia?

Su mano vuelve a su vientre, un gesto protector. —Recordando que su violencia nos mantiene a salvo. Aceptando que el mundo no es tan limpio como alguna vez creí. Eligiendo verlo todo de él, no solo las partes que son fáciles de amar. —Sonríe—. Y recordándole de vez en cuando que hay límites que ni siquiera los monstruos deberían cruzar.

—¿Se vuelve más fácil?

—No. Pero se vuelve más familiar. Y, con el tiempo, dejas de estremecerte cuando llega a casa con las manos manchadas de sangre. Solo le pasas una toalla y le preguntas si está herido.

El llanto de la pequeña Antonia atraviesa la cubierta, y nos volvemos hacia los demás. Alessandro la sostiene ahora, la diminuta bebé se ve increíblemente pequeña en sus brazos. Le está arrullando en italiano, completamente imperturbable por su alboroto, y algo en mi pecho se resquebraja ante la escena.

—Eso vale la oscuridad —dice Faith en voz baja—. Esos momentos. Esa familia.

Nos reunimos con el grupo mientras la noche se apodera por completo del lago. Unas luces de hadas colgadas alrededor de la cubierta del yate crean un cálido resplandor, y alguien ha sacado un altavoz que reproduce jazz suave. Ana y Dante se mecen juntos, con la cabeza de ella en el pecho de él, pareciendo comunicarse a través del movimiento. Marco y Valentina se han adueñado del banco acolchado, con las piernas de ella sobre su regazo mientras comparten una botella de vino.

—Sofe —dice Alessandro de repente, usando el apodo de la infancia que rara vez he oído—. Cuéntale a Emma la vez que intentaste escaparte para convertirte en piloto de Fórmula Uno.

—¡Tenía nueve años! —protesta Sofia, pero se está riendo—. Y lo habría logrado si no me hubieras localizado en la estación de tren.

—Tenías una maleta llena de animales de peluche y nada de dinero —añade Marco secamente—. ¿Adónde pensabas ir exactamente?

—A Mónaco, obviamente. ¿A dónde más iría una futura campeona de carreras?

Las historias fluyen: aventuras de la infancia, desastres familiares, momentos de inesperada ternura entre la violencia. Me están regalando su historia, entretejiéndome en su narrativa no como Frances, sino como yo misma. Sofia me cuenta sobre cómo le enseñó a un joven Mikhail palabras en italiano, y su voz solo se quiebra una vez. Nico comparte cómo Alessandro asumió la culpa por él cuando chocó el auto favorito de su padre. Incluso Luca contribuye, describiendo cómo Marco una vez se defendió de seis hombres para protegerlo, cuando Luca todavía era pequeño, extraño y vulnerable.

—Siempre fue raro —dice Marco, pero hay afecto en ello—. Pero era nuestro.

—Todavía lo soy —dice Luca, inclinando la cabeza en ese ángulo incorrecto—. Solo que con mejores habilidades con el cuchillo ahora.

El yate se mece suavemente mientras regresamos al puerto, con el horizonte de Chicago brillando en la distancia como una promesa o una amenaza. Estoy de pie en la barandilla, observando nuestra estela desaparecer en el agua oscura, cuando Alessandro me encuentra.

—¿Arrepentimientos? —pregunta, rodeándome con sus brazos por detrás.

—No. —Me apoyo en su calor—. Aquí es exactamente donde se supone que debo estar.

Se queda en silencio por un momento, luego: —Sofia va a estar bien. Sea lo que sea que los rusos tengan planeado, la protegeremos.

Pienso en los ojos pálidos de Alexei Volkov, en la forma en que miró a Sofia como si ya fuera suya. —Es más fuerte de lo que parece.

—Tendrá que serlo. —Su voz es sombría—. Pero esa es la guerra de mañana. Esta noche, solo somos una familia en un barco, pretendiendo ser normales.

—¿Es eso lo que estamos haciendo?

—Intentándolo. —Me gira en sus brazos y veo las luces de la ciudad reflejadas en sus ojos verdes—. Gracias. Por salvarme. Por quedarte. Por convertirte en Emma Rosetti incluso cuando te di todas las razones para huir.

—Alessandro…

—No más mentiras entre nosotros. Nunca. No más manipulaciones, no más verdades ocultas. Solo nosotros, tal como somos.

—Para siempre —añado.

Él se ríe y luego se inclina para besarme en los labios, murmurando en mi boca. —Probablemente debería mencionar que no hay devoluciones disponibles en este matrimonio. Has estado usando al marido durante varios meses, claramente ya pasó el plazo de devolución. Me temo que estás atrapada conmigo.

Detrás de nosotros, Nico ha comenzado una discusión sobre quién es el mejor tirador, lo que ha llevado a Valentina a demostrar lanzamientos de cuchillos usando grisines como blancos. Ana le está enseñando a Sofia una canción de cuna en italiano mientras Dante sostiene a Antonia. Marco los vigila a todos con la expresión satisfecha de un rey inspeccionando su reino. Faith y Luca se sientan aparte, ella leyéndole un libro de poesía renacentista, con la mano posesiva de él en su muslo.

—Vamos —le digo a Alessandro, tomando su mano—. Nuestra familia se está portando rara sin nosotros.

Mientras nos reunimos con ellos, Sofia toma mi mano y la aprieta una vez. Una promesa, una disculpa, una aceptación, todo en un solo gesto. El yate surca el agua oscura hacia casa, hacia lo que sea que venga después, y me doy cuenta de que no tengo miedo.

Los Rosetti me eligieron. Y lo que es más importante, yo los elegí a ellos.

Aun sabiendo lo que le espera a Sofia, qué sombras traerán los rusos a nuestra puerta, esta noche somos intocables. Esta noche, en este yate bajo las estrellas, solo somos una familia.

Mañana, volveremos a ser monstruos.

Pero esta noche, estamos en casa.

32 - Emma

El centro federal de liberación no se parece en nada a lo que imaginaba.

Esperaba concreto gris, alambre de navajas, guardias armados con ojos muertos. En cambio, Tommy atraviesa una simple puerta de metal hacia la luz del sol de la tarde, parpadeando como un topo que emerge de la tierra. Está más delgado de lo que recuerdo, con los hombros encorvados de una manera que me oprime el pecho, pero está vivo. Está libre. Está aquí.

La mano de Alessandro encuentra la parte baja de mi espalda, estabilizándome cuando mis rodillas amenazan con doblarse. —Ve —murmura contra mi oído—. Esperaré.

Corro antes de tomar la decisión consciente de moverme, mis tacones se hunden en el pasto, al diablo con el vestido de diseñador. Tommy me ve y se queda helado, su expresión pasa por la confusión, la incredulidad y algo que se parece aterradoramente a la esperanza.

—¿Em? —Su voz se quiebra en la única sílaba—. Emma, ¿de verdad eres…?

Me lanzo contra él con tanta fuerza que casi nos caemos los dos, mis brazos lo envuelven como si físicamente pudiera evitar que alguien se lo vuelva a llevar. Huele raro —a jabón de institución y aire viciado— pero por debajo, sigue siendo mi hermano. Sigue siendo el chico que me enseñó a encontrar a Orión desde nuestra escalera de incendios cuando el mundo se sentía demasiado grande y demasiado cruel.

—Lo siento —sollozo sobre su hombro, las palabras que he guardado durante meses por fin se liberan—. Lo siento mucho, Tommy. Lo que hice, las mentiras que dije, tú no sabes…

—Oye. —Sus manos toman mi cara, inclinándola hacia arriba como solía hacerlo cuando yo era pequeña y tenía miedo. Sus ojos son más viejos ahora, atormentados de formas que tardaré años en comprender, pero están claros. Presentes—. Lo que sea que hiciste, lo hiciste por mí. Lo sé. Siempre lo he sabido.

—No lo entiendes. —Me aparto, necesitando que me vea con claridad. Los diamantes en mi garganta. El anillo de bodas en mi dedo. La camioneta negra que espera detrás de nosotros con guardias armados y un príncipe de la mafia que ha matado por mí—. Me casé con alguien, Tommy. Me convertí en otra persona por completo. No soy… no soy la persona que recuerdas.

La mirada de Tommy viaja más allá de mí, hacia donde espera Alessandro, apoyado en el auto con esa quietud depredadora que solía aterrorizarme. Su expresión no cambia, pero lo veo catalogándolo todo: el traje caro, el arma apenas disimulada, la forma en que Alessandro me mira como si yo fuera la única estrella en su cielo.

—¿Es él? —pregunta Tommy en voz baja—. ¿El Rosetti?

—Sí.

—¿Y lo amas?

La pregunta debería ser complicada. Debería requerir una explicación, un contexto, un relato detallado de todo lo que ha sucedido desde que la señora Hewson me embutió en ese vestido de novia. En cambio, la respuesta surge simple y certera de algún lugar bajo mis costillas.

—Sí.

Tommy me estudia por un largo momento, y lo veo ver lo que Alessandro ve: no a la sirvienta que fregaba pisos, no a la novia aterrorizada que temblaba en el altar, sino a quien sea en que me he convertido en el espacio entre esas versiones de mí misma. Alguien que eligió la oscuridad y encontró la luz en ella.

—Te ves diferente —dice finalmente—. No un diferente malo. Solo… te ves como alguien que ya no tiene miedo.

La observación me golpea más fuerte de lo que esperaba. Pienso en todas las noches que pasé siendo invisible, en todos los años que pasé siendo insignificante, en todas las formas en que aprendí a desaparecer para que la gente como los Hewson no se fijara en mí. Tommy lo vio incluso entonces: el miedo que vivía en mis huesos como un segundo esqueleto.

—No lo tengo —admito—. Al menos no de las cosas que solían asustarme.

Alessandro se acerca entonces, sus pasos deliberados sobre la grava. Se detiene a una distancia respetuosa, con las manos a la vista, la postura abierta de una manera que nunca le he visto adoptar con

nadie fuera de nuestra familia. Está tratando de no parecer una amenaza. Por Tommy. Por mí.

—Señor Pitt. —La voz de Alessandro no tiene nada de su habitual dureza—. Soy Alessandro Rosetti. Su hermana me ha hablado mucho de usted.

La mandíbula de Tommy se tensa, sus instintos protectores luchan con la realidad de nuestra situación. —Y yo he oído mucho sobre usted. Nada bueno.

—La mayor parte probablemente sea cierto. —Alessandro no se inmuta ante la evaluación—. No fingiré ser algo que no soy. Pero puedo decirle esto: su hermana es la persona más importante en mi mundo. Su seguridad, su felicidad, su libertad… incendiaría Chicago hasta los cimientos por cualquiera de ellas.

—Libertad. —La risa de Tommy no tiene humor—. Qué ironía, viniendo del hombre que se casó con ella con falsos pretextos.

—Tommy… —empiezo, pero Alessandro levanta una mano.

—Tiene razón en sospechar. —Sus ojos se encuentran con los míos brevemente antes de volver a mi hermano—. Por eso le di a Emma todo lo que necesitaba para irse. Dinero, documentos, protección. Podría haber desaparecido, esperar su liberación en algún lugar donde nunca la encontraría. Ella eligió volver.

Tommy me mira, la pregunta clara en su expresión.

—Lo elegí a él —confirmo—. No porque tuviera que hacerlo. Porque quería hacerlo. Porque quienquiera que sea ahora —quienquiera en que me esté convirtiendo— esa persona existe gracias a él.

El silencio se alarga, lleno del canto de los pájaros, el tráfico distante y el peso de todo lo que hemos sobrevivido para llegar a este momento. Finalmente, Tommy exhala, la tensión desaparece de sus hombros.

—Está bien —dice en voz baja—. Está bien. Si tú elegiste esto, Em, entonces confío en ti. —Su mirada se afila sobre Alessandro—. Pero si alguna vez la lastimas…

—Entonces tendrá que hacer fila —interrumpe Alessandro, con algo casi parecido al respeto en su voz—. Detrás de Sofía, Marco, Dante, Nico, Luca y aproximadamente cuarenta guardias armados que la han adoptado como su Rosetti favorita. Su hermana inspira lealtad.

Tommy parpadea, claramente desconcertado por la respuesta. Luego, increíblemente, se ríe. Una risa real, oxidada por el desuso pero genuina. —Carajo, Em. Solo tú podrías caer en un matrimonio con la mafia y terminar dirigiendo el lugar.

—Yo no dirijo nada —protesto, pero la mano de Alessandro encuentra la mía, su pulgar traza la alianza de bodas que ya no se siente como un grillete.

—Dale tiempo —dice, y la promesa en su voz hace que mi pulso se acelere.

Llevamos a Tommy a su nuevo apartamento, un lugar que Alessandro arregló hace semanas, en un edificio con excelente seguridad y sin conexión ni con los Rosetti ni con los Hewson. Tendrá espacio para recuperarse, para reconstruir, para descubrir en quién quiere convertirse ahora que sobrevivir no es su única opción.

En la puerta, Tommy me abraza de nuevo, esta vez con más delicadeza.

—Las estrellas son diferentes adentro —murmura contra mi cabello—. La mayoría de las noches no podía verlas en absoluto. Solía cerrar los ojos e intentar recordar dónde estaba Orión, dónde estarían las Pléyades. Me mantuvo cuerdo.

Las lágrimas me queman los ojos. —Te compraré un telescopio. Uno de verdad. Podremos ver las Perseidas juntos el próximo verano.

—Me gustaría eso. —Se aparta, estudia mi cara una vez más—. De verdad eres diferente, Em. Más fuerte. Más intimidante, tal vez. —Una sombra de su antigua sonrisa aparece—. Pero sigues siendo mi hermana. Sigues siendo la niña que me mostró al Cazador cuando no podía dormir.

—Siempre —prometo.

Desaparece adentro, y me permito llorar de verdad por primera vez en meses. Alessandro no habla, solo me atrae contra su pecho y me sostiene mientras me desmorono y, lenta y dolorosamente, me reconstruyo.

Esa noche, nos casamos de nuevo.

No en una iglesia llena de extraños y alianzas políticas, sino en nuestra azotea, bajo estrellas que finalmente puedo nombrar sin estremecerme. Marco oficia —al parecer, tiene licencia, lo que parece un detalle extraño para un don de la mafia hasta que recuerdo que las familias criminales a menudo necesitan procesar documentos de forma rápida y discreta. Dante sirve como testigo, su garganta marcada por una cicatriz oculta por un cuello formal, sus ojos cálidos de una manera que nunca antes le había visto dirigida a mí.

Vuelvo a vestir de blanco, pero esta vez es un simple vestido lencero de seda que Alessandro eligió él mismo. Sin corsé, sin capas, sin armadura. Solo tela que susurra contra mi piel cuando el viento cambia.

—Emma Pitt —dice Alessandro, deslizando un nuevo anillo en mi dedo, no la esmeralda de antes, sino una banda de pequeños diamantes que atrapan la luz de las estrellas como constelaciones capturadas—. Te tomo como mi esposa. No por contratos, ni alianzas, ni venganza. Sino porque me mostraste que las estrellas son más interesantes que cualquier cosa que pudiera poseer, y que algunas cosas son mejores cuando las eliges libremente.

Sus votos son torpes, poco practicados de una manera que los hace perfectos. Este hombre que comanda ejércitos y orquesta la violencia por toda la ciudad tropieza con las palabras sobre el amor como un adolescente en su graduación. Abre una grieta en mi pecho, algo que ha estado esperando florecer desde la noche en que me abrazó durante una pesadilla y me llamó *cara* como si significara algo.

—Alessandro Rosetti —respondo, mi voz firme a pesar de las lágrimas en mis mejillas—. Te tomo como mi esposo. No porque tenga que sobrevivir, sino porque quiero vivir. No porque seas seguro —nunca serás seguro— sino porque el peligro se siente como un hogar cuando estás a mi lado. Me viste cuando era invisible y me hiciste la reina de tu mundo. Elijo eso. Te elijo a ti.

Marco nos declara marido y mujer con algo que podría ser emoción enronqueciendo su voz, y cuando Alessandro me besa, sabe a champán, a luz de estrellas y al comienzo de algo que estamos construyendo juntos, ladrillo a ladrillo manchado de sangre.

Más tarde, envueltos en mantas en nuestra azotea, los brazos de Alessandro se aprietan a mi alrededor mientras contemplamos el cielo. A lo lejos, Chicago se extiende y brilla, un reino de sombras y luces que gobernaremos juntos, no como la sirvienta y el playboy que iniciaron esta historia, sino como Emma y Alessandro Rosetti, unidos por la elección, la oscuridad y algo que se parece notablemente al amor.

Sobre nosotros, un meteoro surca el cielo. Cierro los ojos y pido un deseo que sé que se hará realidad.

Construyamos algo por lo que valga la pena morir.

Cuando los abro, Alessandro me está mirando con esa expresión que he llegado a reconocer: hambre, ternura y algo lo suficientemente feroz como para arrasar ciudades.

—¿Qué deseaste? —pregunta.

Me giro en sus brazos, presionando mis labios en el hueco de su garganta, donde su pulso se acelera contra mi boca. —No necesité desear nada —le digo—. Ya lo tengo.

Las estrellas giran sobre nosotros, indiferentes y eternas, mientras escribimos nuestra propia mitología en el cielo de Chicago.

33 - Epílogo: Sofia

La pesadilla es siempre la misma, excepto por las partes que no puedo recordar.

Sangre en los pisos de mármol. Gritos en un idioma que no debería entender, pero entiendo. La voz de un niño llamando a su hermano mientras los disparos retumban por pasillos que conozco como el latido de mi propio corazón. Pero cuando intento concentrarme en los detalles, aferrarme a lo que realmente sucedió esa noche hace once años, mi mente se queda en blanco. Como si alguien le hubiera pasado un borrador a mis recuerdos, dejando solo las emociones: terror, culpa y algo más. Algo peor.

Me despierto en mi suite del complejo Rosetti, con las sábanas empapadas de sudor y el sabor a cobre en la boca. Tres de la mañana. Siempre a las tres de la mañana, como si mi subconsciente tuviera una cita con el trauma.

Los somníferos están intactos en mi mesita de noche. Dejé de tomarlos hace two weeks, después de la cena en el yate. Si los recuerdos quieren volver, tengo que dejarlos. La familia cree que estoy manejando todo bien: el ataque ruso, la casi muerte de Emma, mi espectacular fallo de juicio. Me ven volver a mis rutinas, asistir a las cenas familiares, dirigir mi parte del negocio con la típica eficiencia Rosetti.

No me ven a las tres de la mañana, de pie junto a mis ventanas que dan a los jardines del complejo, observando a los guardias patrullar mientras mi mente se desgarra intentando recordar lo que he olvidado.

Me pongo una bata de seda y voy al pequeño despacho contiguo a mi suite. El espacio está inmaculado, todo en su sitio, controlado. A diferencia de mi mente. La laptop se abre en los archivos encriptados que he estado recopilando desde hace two weeks. Todo lo que puedo encontrar sobre la familia Volkov. Sobre Mikhail. Sobre Alexei.

Su fotografía llena la pantalla, extraída de una grabación de seguridad de uno de nuestros almacenes. Esos ojos pálidos que me

miraron como si pudieran ver a través de la piel y los huesos hasta lo que sea que me oculto a mí misma. En la foto, está en medio de una conversación con uno de sus hombres, pero hay algo en su postura, en la forma en que se comporta, que grita depredador.

Cruzo los manifiestos de envío con sus apariciones conocidas. Lleva meses, quizá años, merodeándonos. Paciente. Estratégico. Casi como si hubiera estado esperando el momento perfecto para atacar. Reconozco la técnica; es exactamente lo que yo haría.

«Tu deuda vence pronto, Sofia».

Toco la pantalla donde está su rostro, recordando la sensación de su dedo en mi mejilla, cómo enredó mi cabello en su dedo como si ya estuviera reclamando su propiedad. Debería estar aterrorizada. Lo estoy. Pero también hay algo más, algo que acelera mi pulso por razones que no tienen nada que ver with fear.

Mi teléfono vibra. Marco, porque por supuesto que mi hermano también está despierto a las three AM.

Marco: *Te oí moverte. ¿Estás bien?*

Los muros de este complejo no le ocultan nada. Probablemente supo que estaba despierta antes que yo.

Yo: *Bien. No podía dormir.*

Marco: *Ven a mi estudio.*

No es una petición. Cierro los archivos encriptados y recorro los pasillos familiares. El complejo de noche se siente diferente; más fortaleza que hogar. Cada sombra podría esconder una amenaza, cada esquina podría ocultar un enemigo. O quizá solo es mi paranoia la que habla.

La puerta del estudio de Marco está abierta. Está de pie junto a su ventana, con un vaso de whisky en la mano, todavía con el traje de ayer. ¿O ya es de hoy?

—Has estado investigando a los rusos —dice sin darse la vuelta. No es una pregunta.

—Necesito entender.

—No, lo que necesitas es protección —se gira entonces y veo el agotamiento en sus ojos—. Vamos a duplicar tu seguridad. No irás a ninguna parte sin…

—Eso no lo detendrá.

—Lo hará si le meto una bala en la cabeza primero.

—Marco…

—Te amenazó, Sofia. En nuestra casa. Dejó claro que viene por ti —su voz baja a ese registro peligroso que hace que hombres hechos y derechos se orinen en los pantalones—. Eso es una declaración de guerra.

Me hundo en una de sus sillas de cuero, de repente agotada. —¿Y si no es una amenaza? ¿Y si es… justicia?

Su vaso golpea el escritorio con la fuerza suficiente para resquebrajarlo. —¿Justicia? ¿Por qué? ¿Por ser una niña que le mencionó un amigo a su familia?

—Hice que mataran a Mikhail.

—Luca mató a Mikhail. Durante un ataque que los rusos iniciaron —pero ni siquiera Marco suena del todo convencido. Todos sabemos que faltan piezas de esa noche, cosas de las que ninguno de nosotros habla.

—Hay algo que no recuerdo —le digo, las palabras brotando de mí —. Algo importante sobre esa noche. Sobre lo de antes. Tengo estos fragmentos: imágenes, palabras en ruso que no debería saber, esta sensación de que he olvidado algo crucial.

Marco se acerca a mí, arrodillándose para que estemos a la altura de los ojos. Mi hermano mayor, que gobierna el hampa de Chicago con puño de hierro, me mira con tanta preocupación que me duele el pecho.

—Pasara lo que pasara, tenías fifteen years old. Eras una niña. Nada de lo que ocurrió fue culpa tuya.

Pero ya estoy negando con la cabeza. —Encontré algo. En mi antigua habitación —saco la pequeña pulsera del bolsillo de mi bata, el dije de plata capturando la luz de la lámpara—. Medio corazón. Creo… creo que le di la otra mitad a alguien.

El rostro de Marco se queda muy quieto. —Sofia.

—¿Y si lo conocía, Marco? ¿Si lo conocía de verdad? ¿Y si éramos…?

—Basta —toma la pulsera y la examina con la misma intensidad que le pone a todo—. Esto no cambia nada. Alexei Volkov es una amenaza para esta familia. Para ti. Cualquier conexión infantil que pudieras haber tenido murió con su hermano.

Quiero discutir, pero algo en su expresión me detiene. Sabe más de lo que dice. Todos lo saben: la forma cuidadosa en que han hablado de esa noche durante eleven years, los vacíos en la historia que nadie reconoce.

—No voy a esconderme para siempre —le digo.

—No tendrás que hacerlo. Nos encargaremos de los Volkov.

—¿Como nos encargamos de ellos eleven years ago?

—En ese momento pensábamos que los Moretti eran los culpables —dice Marco en voz baja.

Me río. —Exacto. Los Volkov siempre han tenido la ventaja. Siempre están un paso por delante de nosotros.

El silencio se extiende entre nosotros, cargado de verdades no dichas. Finalmente, Marco se levanta y vuelve a su ventana.

—Vuelve a la cama, Sofia. Mañana aumentaremos los protocolos de seguridad. Tendrás un equipo contigo en todo momento.

Me levanto para irme, pero me detengo en la puerta. —Alexei dijo que tengo algo que le pertenece. ¿Y si tiene razón?

Marco no se da la vuelta. —Lo único que tienes que él quiere es tu vida. Y no la va a conseguir.

Regreso a mi suite, pero no vuelvo a la cama. En cambio, me siento en mi escritorio y abro un nuevo documento. No de investigación esta vez. Un plan. Porque Marco se equivoca: un equipo de seguridad no detendrá a Alexei Volkov. Atravesó nuestras defensas como si fueran de papel. Podría haberme llevado esa noche de la cena si hubiera querido.

Pienso en Emma, en cómo entró en nuestro mundo con la frente en alto a pesar del peligro. En cómo eligió salvar a Alessandro incluso después de que él la traicionara. Cómo reclamó su lugar en nuestra mesa a través del coraje, no por derecho de nacimiento.

Quizá es hora de que deje de ser la princesa en la torre.

La pulsera reposa en mi escritorio, su corazón roto un recordatorio de algo que he perdido y no puedo recordar del todo. En algún lugar de Chicago, Alexei Volkov está planeando su próximo movimiento.

«Tu deuda vence pronto».

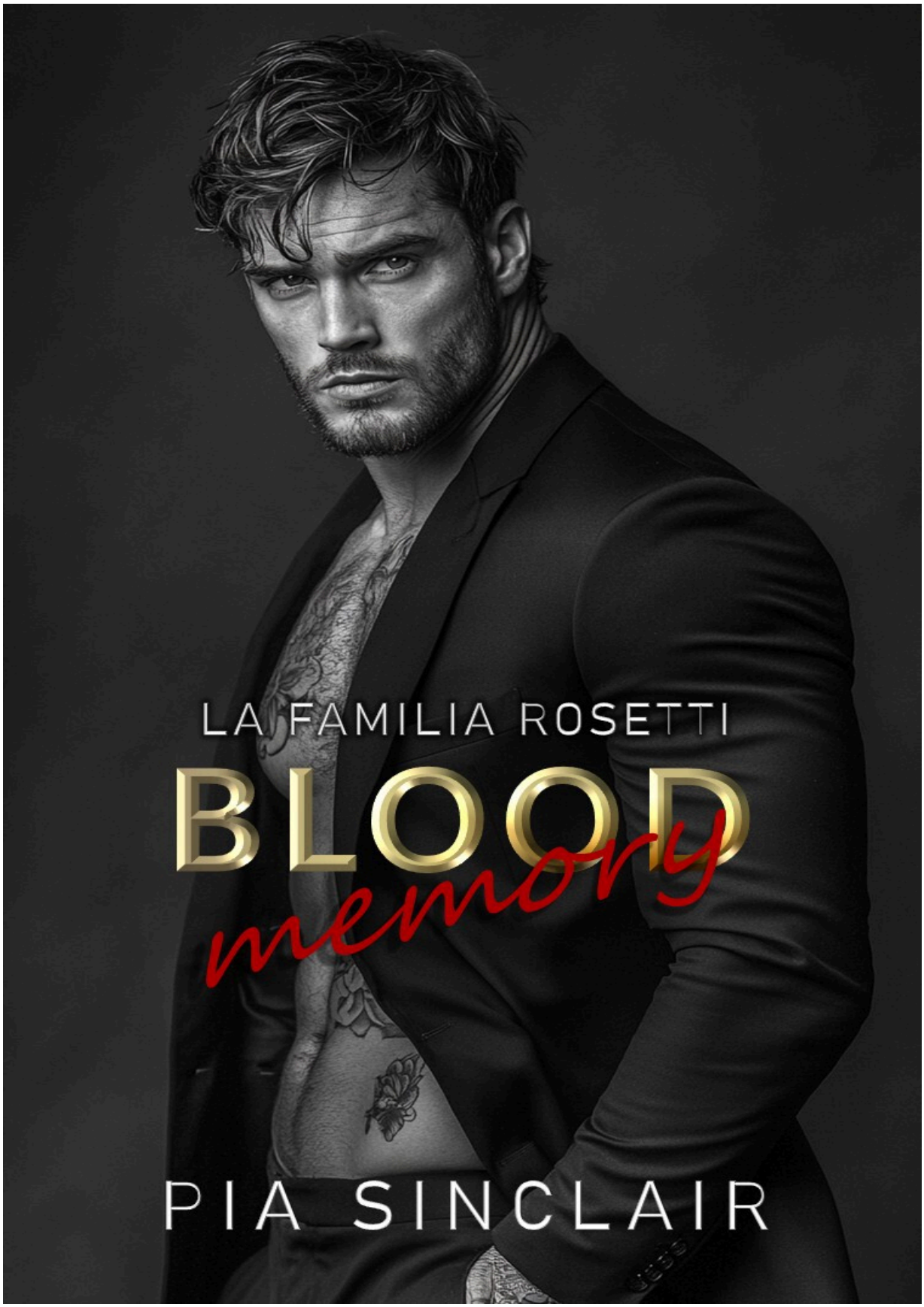
Cierro los ojos y tomo una decisión que horrorizaría a mis hermanos si lo supieran. Cuando Alexei venga a por mí —y vendrá—, no huiré. No me esconderé tras la protección de mi familia.

Iré con él. Voluntariamente. Entraré directo a la guarida del monstruo con los ojos abiertos y la frente en alto.

Porque la única manera de saldar una deuda es enfrentarla.

Y la única manera de recordar lo que he olvidado es volver a donde todo empezó.

La pesadilla puede ser la misma cada noche, pero ya me cansé de ser su víctima.


LA FAMILIA ROSETTI
BLOOD
memory
PIA SINCLAIR

1 - Sofia

La clutch de Chanel pesa exactamente tres onzas más de lo que debería, y me encanta.

De pie, sola, en los escalones del Museo, acomodo por última vez la seda color crema de mi vestido Valentino. El aire de la tarde de agosto sabe a lluvia que se avecina, trayendo consigo el lejano sonido de risas burbujeantes desde el interior, donde la élite de Chicago sigue su farsa de caridad sin mí. Han pasado tres semanas desde que Emma recibió una bala destinada a Alessandro. Tres semanas planeando mientras ella sanaba, mientras yo perfeccionaba este momento.

Mi chofer esperó exactamente el tiempo que le indiqué—diez minutos después de que lo despedí con una sonrisa y la seguridad de que me iría con mis hermanos.

Mis hermanos, que se fueron hace una hora.

La hoja oculta en el forro de mi clutch presiona mi palma, un consuelo más íntimo que cualquier caricia de amante. Las ganzúas electrónicas reposan junto a ella, herramientas de un oficio que mi familia no sabe que he perfeccionado. En la familia Rosetti, todos guardamos nuestros secretos cerca y nuestras armas aún más cerca.

Desciendo dos escalones, mis tacones resonando contra el mármol con un ritmo deliberado. La seda de mi vestido susurra sobre mi piel con cada movimiento, un contrapunto sensual a las armas ocultas debajo. El sonido se amplifica en la plaza vacía, campana de cena para los depredadores que sé que están vigilando. Tres semanas dejando brechas estratégicas en mi seguridad. Tres semanas de misteriosos dolores de cabeza que me hacían salir a buscar aire justo en los peores momentos. Tres semanas desempeñando el papel de la presa perfecta y vulnerable.

Todo llevando a este momento, sola en un vestido de diseñador, prácticamente envuelta para regalo, lista para ser tomada.

Mi pulso se mantiene firme en sesenta y cuatro latidos por minuto. Me preparé para esto. No para el secuestro en sí—eso es sólo

teatro. Me preparé para lo que viene después. Para entrar en la guarida del hombre que quiere verme muerta y descubrir por qué sueño con el nombre de su hermano. Los fragmentos de esas pesadillas arañan los bordes de mi conciencia—¿por qué conozco canciones de cuna en ruso? ¿Por qué esto se siente como regresar a casa?

El viento cambia, trayendo consigo el aroma de un perfume caro.

Ya llegaron.

Tres sombras emergen detrás de las columnas ornamentadas del museo, moviéndose con una precisión fluida. No corren, ni gritan, ni esgrimen armas. Simplemente aparecen, bloqueando mis rutas de escape con una economía de movimientos que sería hermosa si no buscara intimidar.

—Señorita Rosetti —la voz del hombre al frente lleva un ligero acento ruso, sutil pero presente—. El señor Volkov solicita su compañía.

Aprieto la mano sobre mi clutch—no lo suficiente para intentar sacar la hoja, sólo para fingir el miedo que debería sentir—. —No creo que nos hayan presentado formalmente.

—No —responde. Da un paso más cerca, y mi ojo entrenado capta el inconfundible bulto de su funda bajo el hombro, pero es la torpeza elegante de sus movimientos lo que llama mi atención. Una vieja herida en su pierna derecha, probablemente—. Pero el señor Volkov ha querido conocerla desde hace tiempo.

Mi pulso constante no revela la satisfacción que recorre mi cuerpo. Por fin. Después de semanas de planeación cuidadosa, la trampa que preparé para mí se está cerrando.

—¿Y si rechazo su solicitud?

La sonrisa del hombre es casi apenada. —Entonces tendríamos que insistir.

Observo a los tres, analizando posiciones, calculando ángulos de ataque que no tengo intención de usar. La SUV negra espera en la acera, su puerta ya abierta como una boca lista para devorarme entera.

—Bueno —digo, dejando que un leve temblor se filtre en mi voz, sólo a medias fingido—, dicho así…

Camino hacia el auto con la barbilla en alto, cada centímetro la princesa Rosetti demasiado orgullosa para dejarse arrastrar. Los hombres se forman a mi alrededor, lo bastante cerca para atraparme

si intento huir, pero separados lo suficiente como para que no pudiera con los tres aunque lo intentara.

Lo cual no haré. Porque esto es exactamente lo que buscaba.

—Puedes subir sola, o Boris puede ayudarte —el soldado principal indica la puerta abierta—. Al señor Volkov le gusta el cumplimiento voluntario, pero aceptará otros métodos.

Antes de que pueda responder, otra voz corta el aire nocturno. Suave, medida, y de algún modo más peligrosa que cualquier grito.

—Eso no será necesario.

Alexei Volkov sale de detrás de la SUV como si hubiera estado allí todo el tiempo, y mi fachada cuidadosamente mantenida se resquebraja apenas un poco. Sus ojos claros captan la luz moribunda de la tarde, tornándose del color del hielo invernal. Es exactamente como lo recuerdo desde la última vez que lo vi, de pie en mi propio comedor, amenazando a mi familia. Por mi culpa. Alto, delgado, moviéndose con la gracia contenida de un depredador que nunca ha necesitado apresurarse porque su presa nunca escapa.

—Sofiya Rozetti —dice en ruso—София Розетти—, y escuchar mi nombre en ese idioma, dicho por sus labios, me provoca un escalofrío inesperado. —Printsessa.

Princesa. La palabra debería sonar a burla, pero hay algo más en ella. Algo que me oprime el pecho.

Él me rodea lentamente, lo suficientemente cerca como para que perciba su perfume—oscuro, con notas de ámbar y humo. Cuando pasa detrás de mí, su aliento roza el vello de mi nuca, y odio que mi cuerpo lo reconozca—alguna memoria celular anterior al pensamiento consciente. Mi cuerpo traidor responde a su cercanía—mi pulso se dispara a pesar de mi control, la piel se calienta bajo la tela.

—Sabes —dice con aire casual, todavía rodeándome—, esperaba más miedo. Lágrimas, quizás. Por lo menos algo más que esta… calma.

—¿Las lágrimas cambiarían algo?

—No. —Se detiene justo frente a mí, lo bastante cerca para que tenga que inclinar la cabeza hacia atrás y mirarlo a los ojos—. Pero serían normales. Y usted, señorita Rosetti, está comportándose de manera decididamente anormal.

Lleva el dedo hacia arriba, sin llegar a tocar mi mejilla, trazando el aire justo al lado de mi rostro. El casi-rozar me sacude la piel con

electricidad. —La esposa falsa de tu hermano, Emma, gritó cuando le dispararon. Una reacción muy normal con una bala atravesando la carne. Pero tú... ni siquiera pestañeaste cuando mis hombres te rodearon.

El grito de Emma resuena en mi memoria—ese sonido que hizo cuando la bala le atravesó el hombro, la sangre extendiéndose por su vestido blanco como vino derramado. Mi culpa. Siempre mi culpa. La culpa me inunda, aguda y repentina, una compañera familiar en estas tres semanas pasadas.

—Emma sobrevivió —digo, con la voz más firme de lo que siento.

—Esta vez. —Sus ojos pálidos me estudian con una intensidad que casi me impulsa a retroceder. No lo hago—. Pero, ¿cuántos más sufrirán por tus pecados? ¿Cuánta sangre más debe correr antes de que la deuda quede saldada?

Sostengo su mirada directamente, dejándole ver algo real en mis ojos—no miedo, sino comprensión. —El pánico rara vez mejora una situación, señor Volkov.—

Algo se refleja en su rostro. ¿Sorpresa, tal vez, o respeto? —No,— asiente suavemente, —casi nunca lo hace.—

El momento se estira entre nosotros, cargado de algo que me niego a nombrar. Luego, él da un paso atrás y señala el auto con fingida galantería.

—¿Nos vamos, printsessa?—

Podría correr. Incluso ahora, incluso rodeada, probablemente podría regresar al museo antes de que me atraparan. Un solo grito bastaría para llamar a seguridad. Una llamada y mis hermanos estarían aquí en minutos, con suficiente poder de fuego para arrasar una manzana entera.

Pero no corro. No grito.

Elijo caminar hacia la SUV, cada paso deliberado y voluntario. El cuero cruje cuando me deslizo dentro. Debajo del olor a auto nuevo, percibo algo levemente metálico. No me permito pensarlo demasiado. Me acomodo como si estuviera entrando en una limusina tras una gala, y no en el vehículo de mi enemigo por decisión propia. La naturaleza voluntaria de mis movimientos claramente inquieta a los hombres de Alexei; veo cómo se intercambian miradas, la confusión marcada en la tensión de sus hombros.

Alexei entra tras de mí, sentándose tan cerca que nuestras rodillas casi se tocan. La puerta se cierra con un sonido que parece

definitivo, y el conductor se aleja de la acera.

Atravesamos las conocidas calles de Chicago, que se ven diferentes tras los vidrios polarizados—las relucientes vitrinas de la Avenida Michigan dan paso a territorios más oscuros. Conozco estos caminos. He matado en algunos de estos callejones, dejado cuerpos en los contenedores detrás de esos depósitos. Pero esta noche no soy la cazadora.

Esta noche elijo ser la presa.

—No eres lo que esperaba,— dice Alexei, su voz apenas un susurro.

Me giro para mirarlo, encontrando esos ojos pálidos ya fijos en mí. —¿Y qué esperabas?—

—Alguien más blanda. Más quebradiza.— Su mirada se desliza hacia mis manos, que siguen perfectamente apoyadas sobre mi cartera. —Alguien cuyo pulso estuviera desbocado.—

No puede sentir mi pulso desde ahí, pero de alguna manera sabe que está firme. Así como yo sé, de alguna forma, que no va a matarme. No todavía. Entre nosotros hay algo eléctrico e innombrable, que hace que esto se sienta más como un baile que como un secuestro.

Una sombra cruza su rostro—sorpresa, quizás, o el inicio de respeto. —Entrenamiento Rosetti,— murmura, casi para sí. —A sus mujeres las crían frías.

Que lo crea. Que piense que mi familia me hizo así, que estoy simplemente actuando mi papel de princesa intocable de la mafia. Es más fácil que la verdad.

—He conocido a tus hermanos,— continúa, todavía estudiándome. —Marco, que mata sin pestañear. Dante, que firma sentencias de muerte entre besos a su esposa. Esperaba que su hermana estuviera… protegida.—

—Que te cuiden no significa ser débil.—

—No,— concede, y ahora en su voz hay algo nuevo. Interés. —No lo significa.—

El silencio que sigue se siente menos como una amenaza y más como una evaluación. Lo he sorprendido, y está recalculando. Perfecto. Cuanto más subestime el verdadero motivo de mi presencia, más tiempo tendré para buscar mis respuestas.

Las puertas del complejo aparecen delante de nosotros, industriales e imponentes. A medida que nos acercamos, siento el

peso de mi elección posarse sobre mí. Una vez que esas puertas se cierren, no habrá marcha atrás. No habrá escape. No habrá rescate. Solo yo y los monstruos que he decidido enfrentar.

Las puertas se cierran detrás de nosotros con la precisión mecánica de una tumba sellándose, y a pesar de todo, me siento más viva de lo que me he sentido en años.

Alexei vuelve a estudiarme, esos ojos pálidos calculando algo que no logro descifrar. Los asientos de cuero crujen cuando se acomoda, orientando su cuerpo hacia mí de una forma que debería intimidarme, pero en cambio se siente como reconocimiento.

—La mayoría de las mujeres ya estarían negociando a estas alturas,— dice. —Suplicando. Ofreciendo algo a cambio de su libertad.—

—Yo no soy la mayoría de las mujeres.—

—No.— Su mirada recorre mi rostro como si intentara leer un idioma que casi reconoce. —No lo eres.—

El silencio se estira entre nosotros, cargado y peligroso. Siento que intenta descifrarme, encasillarme en una categoría que tenga sentido. Rehén valiente. Princesa rota. Alguien con deseos de morir. Lo dejo preguntarse.

—O eres muy tonta,— dice al fin.

Le sostengo la mirada. —Quizá solo estoy cansada de tener miedo.—

Algo cruza su rostro—no es exactamente fe, pero sí aceptación de una respuesta plausible. Se recuesta contra el cuero, pero noto cómo sus dedos tamborilean contra su muslo. Inquieto. Indeciso.

Bien. Que crea que soy imprudente. Que piense que la culpa por casi causar la muerte de Emma me dejó insensible. Que crea cualquier cosa menos la verdad.

Mis dedos encuentran el broche de mi cartera, notando las armas ocultas bajo el cuero de diseñador. Herramientas que probablemente no necesitaré, pero cuya presencia me da solidez. Igual que los recuerdos que atormentan mi sueño me anclan—fragmentos de nanas rusas, el sabor del té negro con mermelada, la risa de un niño resonando en salones de mármol.

Las pesadillas siempre terminan igual: con sangre y gritos y la voz de un niño llamando a su hermana. Pero quizá aquí, en este complejo que huele a peligro y a secretos, por fin descubra cómo comenzaron.

La SUV reduce la velocidad, y a través del parabrisas veo el edificio principal crecer ante mis ojos. Es una fortaleza disfrazada de mansión, con líneas limpias y cristales blindados.

—Todo el mundo quiere algo, señor Volkov,— digo, rompiendo el silencio. —Incluso los rehenes.—

—¿Y tú qué quieres, kotyonok?— El apodo se le escapa, y lo veo contenerse, la mandíbula tensándose casi imperceptiblemente.

La verdad arde en mi lengua: Quiero saber por qué sueño en ruso. Quiero saber por qué una pulsera de plata con medio corazón me hace llorar. Quiero saber por qué el nombre de tu hermano se siente como una oración y una maldición envueltas en una culpa que no puedo explicar.

En cambio, le doy otra verdad: —Quiero libertad.—

Su risa es suave, sin rastro de humor. —La libertad tiene su precio.—

—Todo lo tiene.—

La SUV se detiene, y sé que es el momento—mi última oportunidad para revelar esta trampa, para hacerle una señal a los hombres que seguramente mi familia tiene observando, para terminar esta farsa. El presente se siente más pesado de lo que debería, como dar un paso al borde de un precipicio sabiendo que no puedes volar.

Tomo el manillar de la puerta, saliendo al aire nocturno de Chicago que, de pronto, parece estar lleno de posibilidades en vez de peligro. El complejo se extiende ante mí, y en algún lugar dentro están las respuestas que llevo once años buscando.

Detrás de mí, escucho a Alexei salir del vehículo, sus pasos deliberados sobre la grava.

—Bienvenida a tu jaula, Sofiya Rozetti,— dice.

La forma en que dice jaula lo hace sonar más a una promesa que a una amenaza.

Pero las jaulas solo retienen lo que quiere escapar.

Y yo estoy exactamente donde quiero estar.

2 - Alexei

Sofia Rosetti no ha dicho una palabra desde que salimos del museo. Once años de planeación, y su silencio es la única variable que no tomé en cuenta.

Camina a mi lado entrando a mi casa, su vestido de seda color crema sigue impecable a pesar de las circunstancias. El viento de la tarde sopla y juega con el dobladillo de su vestido, subiéndolo apenas lo suficiente para dejar ver un destello de muslo. Aparto la mirada a la fuerza, odiando la reacción inmediata de mi cuerpo. Esto es por venganza, no por la forma en que la luz del verano hace que su piel brille como porcelana.

Su aplomo aviva mi ira como gasolina al fuego. Necesito hacer que se asuste.

—¿Sabes lo que voy a hacerte? —pregunto de manera casual, inclinándome hasta que casi rozamos los hombros.

Alza el mentón ligeramente, toda una princesa aun ahora. Esos ojos azules me estudian con una intensidad que pertenece al depredador, no a la presa.—Imagino que vas a decírmelo.

Su insolencia hace que mi sangre hierva. Bien. Quiero que pelee. Romperla será mucho más dulce.

Me adelanto para obligarla a detenerse y cruzo el espacio entre nosotros, mi mano encontrando su garganta. No la aprieto, todavía no, solo reclamo. Su pulso late bajo mi palma como un pájaro atrapado. Un cuello tan delicado. Tan jodidamente fácil de romper.

—Te está esperando una habitación —le digo, presionando con el pulgar justo donde su vida palpita más cerca de la superficie—. Paredes de cemento que han escuchado los gritos de cien hombres. Un desagüe por donde ha corrido sangre más veces de las que puedo contar. —Mi agarre se endurece apenas lo suficiente para que respirar le cueste trabajo.—La mandé limpiar especialmente para ti, printsessa.

Su pulso se dispara, por fin, algo real, pero luego, increíblemente, se estabiliza. Como si encontrara su centro a pesar de mi mano

rodeando su cuello. Sus dedos se aferran a su bolso, los nudillos blancos contra el broche, la única señal de que esto le cuesta algo.

—Cuando termine contigo —continúo, inclinándome lo suficiente para que mi aliento le roce el cabello en la sien—, vas a conocer cada rincón de esa habitación. Cada superficie. Todas las maneras en que puedo hacer que te dobles hasta que te rompas.

Ella jadea cuando aumento la presión, pero sus ojos nunca se apartan de los míos. Hay miedo, sí, pero también algo más. Algo que me dan ganas de matarla o de probarla, y no sé cuál impulso es más fuerte.

—El sótano está perfectamente insonorizado —murmuro contra su oído—. Puedes gritar tan fuerte como quieras. Nadie vendrá. Nadie va a salvarte.

—¿Como nadie salvó a Mikhail?

Sus palabras me enfrían la sangre. Mi agarre se afloja involuntariamente y ella inhala con dificultad, el color regresando a su rostro. Veo cómo se da cuenta de que mostró demasiado, pero ya es tarde.

—¿De eso se trata esto? —pregunta, su voz ya no tan firme como antes—. ¿Venganza por tu hermano?

Me hecho hacia atrás, estudiándola mientras mi mente corre. Esto no es el guion. Debería estar llorando, suplicando, negociando. No enfrentándome palabra por palabra, como si estuviéramos en una pelea de esgrima.

—Justicia —corrijo suavemente, sacando la foto de mi chaqueta —. Míralo.

Le arrojo la foto: el cuerpo de Mikhail, sangre escurriendo debajo de él, los ojos vacíos. Todo su cuerpo se sobresalta y trata de apartar la mirada, pero le sujeto el mentón, obligándola a ver.

—Dieciocho años —le digo—. Tu hermano psicópata lo mató solo porque se atrevió a querer a la chica equivocada. Mira lo que tu familia le hace a quienes se acercan demasiado.

Una lágrima se le escapa por la mejilla antes de poder evitarlo. Por fin, algo rompe esa compostura de porcelana.

—Entonces nos entendemos —susurra—. Los dos hemos perdido hermanos en esta guerra.

La comparación me da ganas de rodearle el cuello con ambas manos y apretar hasta que lo retire.—Tus hermanos están vivos.

—¿De verdad? —Me sostiene la mirada, y veo dolor real allí—. El chico que podía cantar perdió la voz para siempre. El que pudo ser otra cosa aprendió a amar la violencia. —Su voz baja.—Todos morimos un poco aquella noche.

—No. —La palabra sale como un gruñido.—No te atrevas a comparar las pérdidas de tu familia con las mías. Mikhail está muerto. No cambiado metafóricamente. Pudriéndose en la tierra.

—Tienes razón —dice en voz baja, y esa confesión me sorprende —. No es lo mismo. No podría serlo nunca.

Le sujeto la muñeca, buscando su pulso de nuevo. Sigue demasiado firme. Incluso los soldados entrenados muestran más miedo cuando enfrentan a la muerte. Presiono mi pulgar contra los huesos delicados y ella se estremece, pero no intenta soltarse.

—¿Por qué no tienes más miedo? —La pregunta se me escapa antes de poder contenerla.

Ve dónde mis dedos rodean su muñeca como un grillete, luego me mira de nuevo. Un leve temblor la recorre, uno que no puede ocultar del todo.—¿De qué serviría mi miedo?

—Sería satisfactorio.

—Entonces lamento decepcionarte. —Pero su mano libre sigue apretada tan fuerte al bolso que los nudillos están blancos como huesos.

Me hago a un lado y avanzo hacia la casa principal, dejando que me siga como una buena rehén. Mientras cruzamos, escucho atento, esperando una señal de que entiende que no hay escape de aquí.

Su respiración se quiebra, apenas. Pero cuando miro hacia atrás, la veo observando todo a su alrededor, analizando las medidas de seguridad con lo que parece interés profesional. Cámaras en cada esquina. Guardias en puntos estratégicos. Cerraduras electrónicas que sellan todas las salidas.

—Impresionante —murmura, y no sé si se burla de mí o solo está ganando tiempo.

He estado dentro del complejo de su familia, caminado sobre sus pisos de mármol, y sé que en comparación mi casa debe parecer simplemente funcional. La belleza la dejamos para las mujeres, no para la arquitectura.

Había planeado llevarla directamente al sótano, empezar de inmediato mientras su miedo aún estaba fresco. Pero algo en nuestra

conversación cambió mis intenciones. Quiero deshacerla lentamente, entender qué la mueve antes de desarmarla por completo.

—Tu habitación —le digo mientras subimos unas escaleras y recorremos un pasillo, mi mano encontrando la parte baja de su espalda para guiarla hacia adelante. Ella se pone rígida al sentir el contacto, y percibo el temblor recorrerla; por fin, una grieta.

Ella se detiene en el umbral.—¿No vas a llevarme al sótano con el desagüe conveniente?

La sequedad con la que lo dice casi me hace reír, lo cual me molesta. Esta mujer no debería estar haciendo bromas minutos después de haber sido capturada.

—¿Prefieres el sótano? —pregunto, desafiándola, presionando con más fuerza mi palma contra su espalda, sintiendo el calor de su piel a través del vestido.

—Me intriga la diferencia entre la amenaza y la ejecución —dice, pero ahora noto el leve temblor en su voz.

Me inclino, mis labios rozando casi su oído.—La noche es joven, kotyonok. Tenemos todo el tiempo del mundo para ambas cosas.

Ella se estremece, y la satisfacción me inunda. Ahí está, la niña asustada tras la fachada valiente.

La suite que he preparado para ella está en el tercer piso: necesidad desnuda envuelta en seguridad. Sábanas de algodón áspero, muebles básicos, un baño independiente. Y barrotes en las ventanas, cerraduras electrónicas en las puertas. Una habitación perfecta para una ex-princesa Rosetti.

Ella lo observa todo con esa mirada analítica, pero veo cómo sus manos tiemblan antes de entrelazarlas.—Y yo que pensaba que tratarías de seducirme.

El comentario me toma por sorpresa y mi cuerpo reacciona a la palabra “seducir” de formas que no debería.

—Tal vez aún lo haga —respondo, con la voz más ronca de lo que quisiera.

—¿Entonces por qué las sábanas de lija? —Pasa los dedos por la cama, y sigo el movimiento como depredador acechando a su presa. —¿O aquí comienza la tortura?

Carajo. Ya lo notó todo. Esta mujer no se le escapa nada.

—Guerra psicológica —le explico, acercándome hasta que tiene que alzar la cabeza para mantener el contacto visual.—Para recordarte que ya no estás en tu lindo castillo.

—Hmm. —Ella va hacia la ventana, prueba los barrotes con dedos que ya no tiemblan en absoluto.—Pierde el efecto si me lo cuentas, ¿no? O quizá no eres el monstruo que finges ser.

Mi mano sale disparada, la giro y la presiono contra la pared. Ella suelta un jadeo, y lo siento en el pecho.—Soy exactamente el monstruo que tu familia creó —le digo con frialdad, rodeándola con mis brazos a ambos lados.

Ahora respira más rápido, su pecho sube y baja de una manera que atrae mi atención antes de que pueda evitarlo.—Lo sé —dice simplemente, y a pesar del miedo que ahora veo en sus ojos, lleva la mano y acaricia la cicatriz en mi mandíbula, la de aquella noche.—Yo también lo soy.

Ese toque quema como ácido, y retrocedo bruscamente. Ella permanece pegada a la pared, la mano cayendo a su costado, pero algo ha cambiado entre nosotros.

—Ponte cómoda —le ordeno, retrocediendo hacia la puerta, porque si no me voy ahora, haré algo de lo que me arrepentiré. Algo que no tiene nada que ver con la venganza y todo con el calor que se forma en lo más profundo de mi columna.—Esta noche comenzamos de verdad.

—¿Comenzar qué exactamente? —pregunta, y hay un reto en su voz a pesar de que todo su cuerpo tiembla ahora.

No respondo, no puedo responder. Esto es un baile, y de alguna forma ella conoce los pasos.

Salgo de su habitación, el clic de la cerradura electrónica se escucha con una firmeza definitiva. Pero mientras camino por el pasillo, me siento desequilibrado y no es por su inesperada entereza, sino por la forma en que se veía contra esa pared, los labios entreabiertos y el pulso latiendo en su garganta.

En mi despacho, sirvo vodka y me permito sentirlo: la satisfacción de por fin tener la última pieza de un rompecabezas que llevo once años armando. Sofia Rosetti, enjaulada en mi casa, esperando mi juicio. Mikhail sabría apreciar la ironía: la chica que lo llevó a la muerte, ahora completamente a merced de su hermano.

Bebo mientras observo los monitores de seguridad que muestran su habitación desde distintos ángulos. Ella recorre el espacio con método, probando cada barrote, cada cerradura, buscando salidas que simplemente no existen.

Sus dedos recorren las paredes, se detienen en las esquinas, prueban la resistencia de las tablas del piso. Profesional. Metódica. No busca presa del pánico como una cautiva asustada, sino que es otra cosa. Eso me hace inclinarme hacia adelante, siguiendo sus movimientos con renovado interés.

Ella se acerca al tocador, se sienta con gracia y comienza a quitarse las horquillas del cabello. Las ondas rubias caen sobre sus hombros, y pasa los dedos entre ellas, observando su reflejo. Entonces hace algo inesperado: sonríe. Una sonrisa pequeña, privada, pero real. Como si ya hubiera ganado una partida que yo ni comprendo.

Esa sonrisa me desconcierta más que las lágrimas alguna vez lo harían.

Mi teléfono vibra. Ekaterina. Lo dejo sonar hasta el buzón, enfocándome en cambio en el monitor donde ahora Sofia examina las túnicas sencillas del clóset, acariciando las telas ásperas con los dedos.

Ya escucharé el mensaje de mi hermana después. Ahora necesito comprender a esta mujer que no se ha quebrado todavía, y por qué eso me afecta más que si lo hubiera hecho.

La observo durante otra hora, anotando cada uno de sus movimientos, cada expresión. Es metódica, cuidadosa, aprendiendo los límites de su jaula con la paciencia de alguien que ya planea su escape. Bien. Que busque. No hay salida.

3 - Sofia

Estoy en la postura del guerrero cuando la cerradura hace clic y se abre.

Sin tocar la puerta, sin advertencia. Solo Alexei llenando el umbral, con esos ojos pálidos observando mi posición—una pierna extendida detrás de mí, los brazos estirados sobre la cabeza, el cuerpo perfectamente equilibrado a pesar del sencillo y áspero vestido de verano que apenas cubre mis muslos. Lo encontré en el clóset, junto con un montón de otros atuendos toscos de mi talla. Una indirecta nada sutil de que no me tratarán como una princesa, a pesar de su absurdo y burlón apodo para mí.

La habitación intenta con todas sus fuerzas ser hermosa, pero parece que un catálogo de diseño vomitó aquí: papel tapiz de seda con destellos amarillos que chocan con las tablas pálidas del piso, molduras en el techo claramente pegadas como idea de último minuto, y barras de acero reforzado que no combinan ni contrastan con los accesorios del baño, sino que logran que ambos parezcan baratos. Pasé la tarde explorando mi espacio limitado, buscando salidas, localizando cada "hidden" cámara, complacida en silencio al no encontrar ninguna en el baño. Novato.

No me muevo cuando se abre la puerta. No me sobresalto. Sostengo la postura con el control elegante que me enseñó el ballet, dejando que vea exactamente cuánto no me afecta su presencia. Aunque mi pulso se acelera al verlo, al notar cómo se estira su camisa sobre el pecho, el poder casual en su postura.

—La mayoría de los prisioneros no hacen yoga —dice, entrando sin invitación.

—La mayoría de los captores no ofrecen un clóset lleno de ropa. Me niego a quejarme por el desaire obvio, las telas ásperas y los malos cortes de la ropa que básicamente son fundas de almohada con agujeros para los brazos, solo porque sé que eso es lo que él quiere.

Cambio suavemente a la postura del árbol, parándome en una pierna con las manos unidas al pecho. El movimiento hace que el vestido de algodón suba un poco. Sus ojos siguen el movimiento antes de regresar a mi rostro.

La luz de la luna que entra por el vidrio a prueba de balas resalta los bordes de su cabello rubio cenizo, vuelve sus ojos pálidos casi plateados. Parece que no ha dormido en una semana. Hay una tensión en sus hombros, una rigidez alrededor de su boca que antes no estaba. Bien. Que pierda la cabeza por mi culpa.

Me rodea despacio. Siento su mirada recorriendo mi cuerpo: mi garganta, el subir y bajar pausado de mi pecho, la definición de los músculos en mi pierna extendida. Está lo suficientemente cerca como para percibir su loción, ese mismo aroma oscuro de antes. Ámbar, humo y peligro que aceleran mi pulso, aunque trate de mantener el control.

—Eres muy flexible —observa, deteniéndose justo detrás de mí.

—Años de práctica. Bajo la pierna y me giro para enfrentarlo. Mis dedos tocan inconscientemente mi garganta, donde todavía percibo su caricia fantasma, y veo que sus ojos siguen el movimiento.

—Me pregunto hasta dónde logras doblarte antes de romperte. —Su voz baja hasta convertirse en un susurro que recorre mi columna como hielo y fuego.— Me pregunto si te doblarás igual de hermoso para mí cuando te tenga sobre mis piernas, suplicando.

El aliento se me corta, el calor inunda mis mejillas y se acumula en mi vientre. El recuerdo de su mano en mi garganta, la violencia contenida en su agarre, provoca un escalofrío no deseado en mí. ¿Qué me pasa? Esto es reconocimiento, nada más. Él es mi enemigo, mi captor, pero mi cuerpo parece no comprender esa diferencia.

—¿Te refieres a cuando me tortures en tu sótano?

—Hay muchos tipos de tortura, kotyonok. Solo algunas dejan moretones. —Da otro paso y puedo ver las venas de sus antebrazos, donde ha remangado sus mangas, la fuerza latente allí.

Sus palabras me atraviesan directo y me odio por la forma en la que mis muslos se tensan al escuchar su tono.

—He estado pensando en qué hacer contigo —continúa, su voz bajando a un susurro peligroso.— Quizás el desagüe en el sótano no sirva solo para limpiar sangre. —Extiende la mano, sus dedos rozando apenas mi garganta sin llegar a tocar. Ese casi-contacto eriza mi piel con una conciencia indeseada.— Podría llevarte ahí ahora —

murmura, acercándose tanto que su aliento calienta mi oído—, desnudarte, encadenarte a esa silla de metal. Hacerte entender lo que pasa con quienes se meten con la familia Volkov.

Retrocedo instintivamente hasta quedar contra la pared, atrapada entre el yeso frío y su presencia abrasadora. Tengo que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos.— De algún modo dudo que me hayas traído aquí solo para matarme en tu cámara de tortura.

—La muerte sería demasiado rápida. —Sus dedos por fin me tocan, presionando suavemente mi garganta. Reprimo un jadeo ante el dolor tierno, y por cómo mi cuerpo se inclina hacia su toque a pesar de todo.— Quiero que sufras primero. Quiero que entiendas lo que tu familia me quitó.

—Entonces vas a decepcionarte —le digo, con la voz menos firme de lo que quisiera.— Entiendo la pérdida mejor de lo que crees.

Algo titila en sus ojos. Sorpresa, quizá, o curiosidad. Baja la mano pero no retrocede, manteniéndome acorralada contra la pared.

—He estado observándote —dice de pronto.

La sangre se me hiela. Claro que aprovecharía las cámaras. Pensar que me observó esta noche mientras dormía me hace arder la piel de vergüenza.

—No lloraste —continúa.— No entraste en pánico. Probaste cada cerradura, cada barra, revisaste los turnos de los guardias por la ventana. Como si buscaras escapar. Permíteme dejarte algo claro: nunca serás libre otra vez.

Tres semanas de planeación me trajeron aquí, a esta hermosa prisión. Mi bolso Chanel descansa sobre el tocador donde lo dejé, aparentemente sin tocar. Mi navaja y ganzúa siguen en el forro, sin haber sido descubiertas por su búsqueda superficial.

—¿Qué eres en realidad, Sofia Rosetti? —se inclina hacia mí, acorralándome con sus brazos a cada lado.— ¿Perfecta princesa o algo completamente distinto?

En vez de responder, ladeo la cabeza.— ¿Por qué no me has matado todavía?

La pregunta se me escapa antes de poder detenerla, la curiosidad genuina superando la cautela. Esperaba haber tenido que usar mi navaja a estas alturas, deslizarla entre su tercera y cuarta costilla antes de esconder su cuerpo y buscar respuestas en su oficina, luego llamar a mis hermanos para que vinieran a rescatarme.

Su mano se mueve para delinear el borde de mi mandíbula, esos ojos pálidos se entrecierran. —¿Estás tan ansiosa por morir?

—No. —Inclino la cabeza, observándolo como él me ha estado observando a mí. —Pero lleva once años planeando esto. Me tiene exactamente donde quiere. Entonces, ¿por qué la demora?

Su mandíbula se tensa. —Quizá disfruto verte retorcerte.

—No me estoy retorciendo.

—No —asiente, y hay algo parecido a frustración en su voz—. No lo estás.

Una tos proveniente de la puerta abierta nos sobresalta a ambos, encontrando a un guardia que carga una bandeja. La cena.

Llega en bandejas de plata baratas adornadas con demasiadas flores como para ser elegantes. Alexei da indicaciones a los guardias, quienes evitan mi mirada al entrar. Preparan la pequeña mesa junto a la ventana, la plata y el cristal capturando la luz del atardecer. La suite se ha transformado a lo largo de la tarde. Lo que antes parecía una prisión ahora se siente como otra cosa. Un escenario, quizá.

Alexei despide a los guardias con un gesto, luego se vuelve hacia mí con esa sonrisa fría.

—Siéntate —ordena.

Podría negarme, pero tengo hambre y curiosidad por este juego que él está jugando. Me acomodo en la silla, notando cómo se posiciona entre la puerta y yo. Siempre calculador, siempre en control.

La comida huele exquisita. Filete miñón, verduras asadas glaseadas con algo decadente, vino que hasta Marco apreciaría. Pero cuando llevo la mano hacia el tenedor, su mano cubre la mía.

—No —dice simplemente—. Tú comes lo que yo te doy. Cuando yo te lo dé.

La orden me atraviesa, haciendo que el calor se acumule justo donde no debería. Mis dedos se aferran a la plata, pero su agarre es implacable.

—No puede estar hablando en serio.

—Siempre hablo en serio. —Toma el tenedor de mi mano, corta un trozo de carne con deliberación—. Abre la boca.

Giro la cabeza, un último gesto de desafío. Él atrapa mi barbilla con la mano libre, obligándome a mirarlo. El agarre es firme pero no doloroso, su pulgar presionando mi mandíbula de una forma que me roba el aliento.

—Puedes comer de mi mano o puedes morirte de hambre. Tú decides.

La humillación arde, pero hay algo más también. Un escalofrío oscuro ante esta intimidad retorcida. Entroabro los labios, permitiéndole alimentarme como si fuera de su propiedad. La carne está perfectamente cocida, tierna, pero apenas la pruebo. Todo mi enfoque está en la forma en la que observa mi boca, en la intensidad de esos ojos pálidos que parecen desnudarme.

Sus dedos rozan mis labios al retirar el tenedor, y veo sus pupilas dilatarse con el contacto. La visión me sacude por dentro. No soy la única afectada aquí.

—Háblame de la noche en que Mikhail murió —dice, cortando otro trozo.

La pregunta me toma por sorpresa, y lo miro antes de responder. —No sé nada de esa noche.

—Mientes. —El tenedor se detiene cerca de mi boca—. Cada detalle que recuerdes.

Así que esto es el inicio de la inquisición.

Acepto el trozo que me ofrece, usándolo para ordenar mis pensamientos. Sus dedos se quedan un momento más contra mis labios, y tengo que luchar contra el insensato impulso de abrirlos más, de probar su piel. Mi cuerpo me traiciona por completo, respondiendo a mi enemigo como si fuera un amante.

—Solo sé lo que me han contado. Mi padre y varios de sus hombres se reunieron con los Moretti, que eran nuestros grandes aliados, pero alguien disparó y la reunión amistosa se convirtió en una masacre. Casi todos terminaron muertos. Nosotros los culpamos durante años, y los Moretti nos culparon a nosotros, pero siempre fueron ustedes, los rusos, tratando de hacernos eliminar entre nosotros.

Otro bocado. Esta vez su pulgar atrapa una gota de jugo en la comisura de mis labios, el toque es eléctrico. La sensación va directa a mi centro, y aprieto los muslos bajo la mesa.

—No me interesa escuchar la propaganda de tu familia —dice—. Quiero saber qué recuerdas tú.

—No recuerdo nada —respondo, la angustia entrelazándose en las palabras. Respiro hondo varias veces, intentando recuperar el control, recordándome que estoy aquí por elección, aquí para encontrar información, no para compartirla. No es como si tuviera

algo que compartir. Dante dice que debería hablar con una terapeuta sobre mis recuerdos perdidos, pero mis sesiones en el campo de tiro son toda la terapia que necesito.

El tenedor cae sobre el plato. Alexei se levanta de golpe y camina hacia la ventana. El sol poniente perfila su silueta en relieve, hermoso y terrible, como un ángel vengador.

—Tenía dieciocho años —continúa, la voz áspera—. Tenía toda la vida por delante. Y tu hermano le abrió el pecho por fijarse en la chica equivocada.

El dolor en su voz quiebra algo en mi pecho. Mi compostura, tan cuidadosamente construida, finalmente se fractura. La culpa que cargo, las pesadillas que me despiertan a las tres de la mañana cada noche, todo sale a la superficie.

—Lo sueño —admito, las palabras escapándome antes de que las pueda detener—. Todas las noches. Los gritos, la sangre. Me despierto con sabor a cobre en la boca y sintiendo que me ahogo en culpa.

Él se gira para mirarme, y algo cambia en su expresión.

—Bien —dice, pero ya no hay tanto veneno en sus palabras como antes. Regresa a la mesa, toma la copa de vino y la acerca a mis labios—. Bebe.

El vino es rico, complejo. Notas de cereza negra cubren mi lengua. Su pulgar roza la comisura de mi boca, atrapando una gota, y el gesto es casi tierno. El toque se queda un momento, su piel cálida contra la mía, y noto que su respiración cambia, tornándose menos pareja.

Un momento después, él ya está de pie, sus ojos arden con una rabia fría. Llama a sus guardias para que retiren la comida y la mesa, ignorando mis protestas porque sigo teniendo hambre.

Cuando está a punto de salir, se da vuelta y me observa un largo momento, algo indescifrable en esos ojos pálidos. Casi parece que va a decir algo amable, o al menos agradable.

Su sonrisa es helada. —Espero que el hambre haga peores tus pesadillas.

4 - Sofia

Espero hasta las 2 de la mañana, cuando el complejo respira como una bestia dormida y la cámara de mi habitación completa su lenta rotación, apartándose de la puerta del baño.

La oscuridad presiona contra las ventanas con un peso invisible. Llevo horas siguiendo el patrón de la cámara: veinte segundos de punto ciego cada tres minutos. Más que suficiente para alguien entrenada en las sombras.

Mi clutch Chanel descansa inocente sobre el tocador donde lo dejé. Los guardias que lo revisaron no encontraron nada: labial de diseñador, espejo compacto, pañuelos. No notan el falso forro, la manera en que la costura tira apenas un poco en una esquina. De verdad parecen principiantes. Hasta mi prima más joven e ingenua de Nueva York, Carmela, podría descubrir el engaño si se fijara.

En el baño, con la puerta cerrada, trabajo el forro hasta liberarlo. La ganzúa se desliza—aleación de titanio hecha a la medida, tan delgada como una tarjeta de crédito pero infinitamente más útil. Un regalo de mi primo hacker, Milo, la pasada Navidad, aunque probablemente él nunca imaginó que la usaría para escapar de un complejo ruso. Gracias por el equipo, Milo. Gracias por el entrenamiento, Nico.

Pego el oído a la puerta de la suite. Silencio. El cambio de guardia pasó hace seis minutos; tengo otros nueve antes de que regresen. Mi pulso se mantiene firme; para esto fui hecha. No para sentarme en una jaula falsa esperando a que me quiebren.

La cerradura es sofisticada: electrónica, con un sistema manual oculto bajo un panel casi invisible. Cuarenta segundos de manipulación cuidadosa, ajustando el ángulo, aplicando justo la presión necesaria. El mecanismo susurra en vez de hacer clic, y soy libre.

El pasillo se extiende ante mí, iluminado sólo por tiras de emergencia a lo largo de los zócalos. Me quito los zapatos—ahora descalza, el piso está frío bajo mis pies pero silencioso,

perfectamente silencioso. Años de ballet me entrenaron para esto: avanzar sobre las puntas, distribuyendo el peso, cada paso deliberado y sin sonido. Mamá nunca imaginó que las clases de danza de su hija servirían para este propósito.

Voy trazando un mapa a medida que avanzo. Ala este primero—habitaciones de invitados vacías, motas de polvo bailando bajo la luz de la luna que entra por ventanas sin cortinas. El aire sabe a abandono, a estancamiento. Tres puertas, todas cerradas, pero la nada tiene una cualidad especial. Nadie ha estado aquí en meses.

Ala oeste, después—la diferencia es inmediata. Olor a tabaco y aceite de armas en el aire, el murmullo distante de voces, luz filtrándose bajo las puertas. Aquí la vida sigue incluso a esta hora. Su territorio. El aroma me eriza la piel—peligro y masculinidad condensados en una advertencia invisible.

Detrás de una puerta, lo veo: un arsenal oculto tras un panel falso, visible por una puerta entreabierta. Reconozco el montaje al instante. La misma configuración que usamos nosotros. ¿Son todas las familias mafiosas tan predeciblemente paranoicas, o él nos estudió con ese detalle?

Las escaleras me llaman. Hacia abajo está la sala principal y, más abajo, el aire helado y el olor a cloro—el sótano con el que me amenazó. La garganta me palpita recordando su toque, un collar que no puedo quitarme. Subir conduce a la oscuridad y a las posibilidades.

Elijo subir, contando cada escalón, memorizando los que crujen.

El tercer piso se siente distinto—más vivido, más peligroso. Una puerta queda entreabierta a la mitad del pasillo, luz azul desparramándose sobre el mármol como agua. Me acerco despacio, escuchando en busca de respiración, movimiento, cualquier señal de presencia.

Nada.

Abro la puerta un poco más, apenas lo suficiente para deslizarme de lado. El cuarto de vigilancia se abre ante mí—paredes cubiertas de monitores mostrando cada rincón del complejo. Mi ojo entrenado cuenta rápido: dieciséis pantallas, cuatro ángulos por cada una, cobertura total. Equipo profesional, de nivel militar.

Pero no es la tecnología la que me deja sin aliento.

El corcho cubre la mitad de la pared del fondo, y está tapizado de fotos. Decenas. No, más. Quizá cincuenta. Tal vez cien.

Todas de mí.

Mis piernas avanzan sin pensar, llevándome más cerca. Las imágenes se mezclan al principio—un caleidoscopio de mi propio rostro devolviéndome la mirada desde distintos ángulos, distintos días, distintas versiones de mí que no sabía que estaban siendo vigiladas.

Ahí—yo en la ópera hace tres meses, vestido esmeralda captando la luz mientras me río de algo que dijo Marco. Recuerdo esa noche. Acabábamos de cerrar el trato en Detroit. Me sentía intocable.

Otra—saliendo de mi cafetería favorita, lentes de sol puestos, el teléfono pegado a la oreja. El ángulo sugiere que el fotógrafo estaba al otro lado de la calle, probablemente en un auto. Paciente. Esperando. Cazando.

Aquí—bailando en la boda de Emma y Alessandro, girando con Nico, la cabeza echada hacia atrás de pura alegría. Una de las pocas veces que bajé la guardia por completo. Pero alguien me miraba incluso entonces.

Corriendo al amanecer en el parque, auriculares puestos, coleta balanceándose. Hago esa ruta tres veces a la semana. Llevo años así. ¿Cuántas veces estuvo ahí él, invisible, estudiándome como una presa que planea devorar?

Las fechas escritas en las esquinas hacen que se me encoja el estómago. Las fotos más antiguas son de hace tres años. Yo tenía veintidós entonces—cuando empecé a tomar el control de ciertos negocios familiares. Cuando dejé de ser sólo la princesa protegida de los Rosetti. Él no empezó a vigilarme de niña. Esperó hasta que me convirtiera en… ¿qué? ¿Una mujer? ¿Una amenaza? ¿Un trofeo digno de tomar?

Una foto en particular me atrae—yo en la ventana de mi habitación en la hacienda, mirando hacia los jardines. Tres de la mañana, según la marca de tiempo. Solo otra noche. Otra pesadilla con Mikhail, sin duda, me había arrancado del sueño, dejándome jadeando y culpable. Me había parado muchas veces en esa ventana, tratando de sacudirme la sensación de sangre en mis manos, una que nunca podría lavar.

Él estaba mirando. Incluso entonces. Incluso en mi momento más íntimo de dolor.

Otra imagen detiene mi corazón—yo a los quince años, días antes de que Mikhail muriera. Joven, inocente, intocada por la sangre que

pronto nos mancharía a todos. ¿Alexei habrá agregado esa foto después, buscando señales de la chica que conoció a su hermano?

El pecho se me aprieta cuando la comprensión me golpea como una ola. Esto no es venganza—es obsesión. Obsesión cruda, devoradora, aterradora que eriza mi piel.

Años de vigilancia, de documentación minuciosa. Aprendiendo mis rutinas, mis costumbres, mis momentos más desprevenidos. Algunas de estas fotos no tienen ningún propósito estratégico—solo yo existiendo, pensando, viviendo mi vida sin saber que unos ojos siguen cada uno de mis movimientos.

Mi mente se quiebra en mil preguntas, cada una más aterradora que la anterior. ¿Cuántas veces sonreí pensando que estaba sola? ¿Cuántos momentos privados ha reunido él como si fueran trofeos?

Estoy horrorizada. Perturbada hasta lo más profundo de mi ser.

Pero debajo de la repulsión, algo más late. Oscuro. Peligroso. Un reconocimiento que no quiero nombrar. La excitación que se enrosca bajo en mi vientre me hace odiarme. La bilis me sube por la garganta incluso cuando el calor se acumula entre mis piernas. ¿Qué clase de persona rota se moja por ser acechada? Mi mamá estaría horrorizada. Mis hermanos me encerrarían para protegerme de mí misma. Pero aquí, en la oscuridad, con su obsesión expuesta en las paredes, mi cuerpo traiciona cada lección moral que alguna vez aprendí.

Él me eligió. De todas las formas en que podía tomar su venganza, de todos los miembros de la familia a quienes pudo haber atacado—me eligió a mí. Pasó años estudiándome, aprendiéndome, deseando… ¿qué? ¿Entenderme? ¿Poseerme? ¿Destruirme?

El cuarto de vigilancia huele a café rancio y calor electrónico, pero debajo de eso—su loción. Ámbar y humo. Él se sienta aquí, mirándome, rodeado por su propio aroma, como la guarida de un depredador.

Pasos en el pasillo—dos pares, botas pesadas sobre mármol. No tengo tiempo para llegar a la puerta. Me agacho tras la fila de servidores en la esquina, pegándome contra la pared, haciéndome pequeña y quieta. Dejo de respirar por completo.

La puerta se abre de golpe. Dos guardias entran, hablando ruso. Las palabras pasan sobre mí y entiendo fragmentos—otra cosa que nunca me he permitido analizar demasiado. La facilidad para comprenderlo me inquieta menos de lo que debería. ¿Por qué

conozco este idioma? ¿Por qué se siente tan natural como respirar? Las preguntas se amontonan junto a todas las otras que no puedo responder sobre esa noche de hace once años.

—¿Escuchaste lo de Sergei? —pregunta el primer guardia, acomodándose en la silla frente a los monitores.

—Joder. Sí. —Un silbido bajo.— Mandíbula cerrada con alambres. Van a traer un especialista de Moscú por su ojo.

El estómago se me tensa.

—Idiota. Uno pensaría que después de cinco años ya sabría que no debe andar hablando de más.

—¿Y qué dijo?

Una pausa. El crujido de una silla.— Algo sobre la chica Rosetti. Lo que haría si tuviera diez minutos a solas con ella. —Otra pausa.— Lo dijo en el comedor. No vio que el jefe entró.

—Blyad. —La voz del segundo guardia se vuelve más baja.— ¿Y Gregor? Escuché que ahora está en la ruta a Siberia.

—Hasta la primavera. Si sobrevive.

—¿Y qué hizo?

—Le llevó la cena. Al parecer la miró demasiado tiempo cuando tomó la bandeja.

Silencio. Luego:— Debe valer algo. ¿Rescate? ¿Intercambio?

El primer guardia resopla.— Lo has visto aquí. Tres, cuatro de la mañana, solo… mirando su pantalla. No revisa la seguridad. Solo a ella. Por horas.

—Entonces, ¿hacemos de cuenta que no existe?

—¿Quieres acabar como Sergei? Sí. Ella no existe. Es un mueble. No la miras cuando estás cerca, y olvidas que tiene rostro.

Siguen hablando, pero mi mente se pone en blanco ante esta nueva información. Sergei—brutalizado por sugerir que me lastimen. Otro guardia prácticamente exiliado por mirarme demasiado tiempo.

No solo me mantiene cautiva. Me está protegiendo. Brutalmente. De sus propios hombres.

Por fin los guardias se van, su conversación deriva hacia otros temas. Yo me quedo congelada un minuto entero más, procesando lo que aprendí.

El hombre que envuelve mi cuello con su mano, que me obliga a comer de sus dedos como si fuera su mascota, que promete romperme en su sótano—ese mismo hombre les rompe los huesos a sus propios soldados por amenazarme.

El regreso se siente más largo, cada sombra como el posible escondite del hombre cuyas fotos prueban que sabe cómo volverse invisible. Mis pies descalzos se quedan un poco pegados al mármol—sudor, miedo, deseo—dejando huellas invisibles que gritan mi culpa. ¿Y si me está mirando ahora mismo? ¿Y si me deja escapar solo para ver qué haría? Cada movimiento es calculado, preciso—no los torpes pasos de una cautiva asustada, sino la destreza de alguien que ha matado en silencio antes. Mis hermanos me entrenaron para ser decorativa. Yo me entrené para ser letal.

La puerta de mi suite se relockea desde dentro con un suave clic. 3:52 AM. Poco menos de dos horas de libertad, de ver detrás del telón.

Me deslizo en la cama, pero mi mente no deja de dar vueltas. Dos revelaciones luchan por imponerse, cada una transformando todo lo que creía entender.

La vigilancia lo cambia todo. No ha estado planeando su venganza durante semanas o meses—me ha estado cazando durante años. Cada movimiento que he hecho, cada rutina que he establecido, cada momento que pensé que era privado—ha estado ahí, observando, aprendiendo, anticipando.

Pensé que estaba siendo astuta, dejando huecos estratégicos en mi seguridad. Pero él ya conocía mi seguridad. Probablemente la ha estudiado más tiempo que yo.

Pensé que yo era la cazadora, entrando en su trampa con los ojos abiertos, mis ganzúas ocultas, mis habilidades afiladas.

Pero él me ha estado cazando por mucho más tiempo. Muchísimo más. Yo era la presa antes de siquiera saber que había caza.

La segunda revelación me perturba aún más. La violencia contra sus propios hombres—no se trata de venganza ni de tortura ni de quebrarme. Se trata de posesión. No quiere que nadie más toque lo que considera suyo.

Él planea matarme, por eso tengo mi cuchilla enfundada contra mi muslo incluso ahora.

Pero primero quiere poseerme.

El pensamiento hace que el calor se extienda por mi cuerpo. Mi mano se desliza hacia mi cuello. El fantasma de sus dedos en mi boca me atormenta. Ahora entiendo que el hambre en sus ojos no era solo por humillarme—era por poseerme. Por finalmente tocar lo que solo ha podido observar.

¿Qué haría Marco si supiera que puedo abrir cerraduras? ¿Dante se sentiría orgulloso o horrorizado? ¿Luca se reiría y me ofrecería enseñarme más? La familia sabe que manejo bien la cuchilla y puedo tumbar a un hombre en un parpadeo, pero no tienen idea de mis otras habilidades. No tienen ni idea de lo que su princesa ha aprendido en las sombras.

La conversación de los guardias resuena en mi mente. No lo dijeron, pero lo pensaron: soy la debilidad de Alexei.

Bien.

Una debilidad que puedo explotar. Una obsesión que puedo manipular. Si ya está medio poseído por sus pensamientos sobre mí, puedo empujar eso más allá. Usarlo contra él. Hacer que me desee tanto que olvide ser cuidadoso, olvide su venganza, olvide todo excepto la necesidad de tener lo que lleva tanto tiempo observando.

Que me mire a través de sus cámaras. Que golpee a sus hombres por mirarme mal. Que crea que tiene el control mientras su obsesión lo consume desde adentro.

Voy a convertir su deseo en un arma, transformar su obsesión en mi salida. Ser el arma que no ve venir, escondida a plena vista, envuelta en calicó, moretones y su propia necesidad desesperada.

El poder en ese pensamiento me hace sentir más en control de lo que he estado desde que entré en su auto.

El sueño no llega. Cada vez que cierro los ojos, veo esas fotos en la pared—mi rostro una y otra vez, momentos que creí solo míos.

Lo peor no es la violación de ser observada. Ni siquiera es el escalofrío enfermo que siento al saber que alguien ha estado tan obsesionado conmigo durante años.

Lo peor es el calor que se acumula en mi vientre cuando lo imagino solo en esa habitación, mirando esas fotos en la oscuridad.

¿Se toca mientras las mira? ¿Se imagina a qué sabré, cómo sonaré, cómo me sentiré? ¿Planea todas las formas en que quiere romperme, o planea todas las maneras en que quiere adorarme?

Mi mano desciende por mi cuerpo antes de poder detenerla, deslizándose bajo el algodón áspero del camisón que encontré en el closet, los dedos encontrando el calor entre mis muslos. La humedad ahí me hace jadear—estoy empapada, mojándome solo por saber que él me observa. Solo por ver esas fotos, evidencia de una obsesión que me hace arder de una manera que nunca sentí antes.

Presiono con más fuerza contra su toque fantasma en mi garganta con la otra mano, sintiendo sus huellas como una marca, y mis caderas se arquean involuntariamente. El dolor se dispara directo a mi centro, haciéndome mojarme aún más, necesitándolo más. Mis dedos se deslizan entre mis pliegues, encontrando mi clítoris, y tengo que morderme el labio para no gemir.

Lo imagino mirándome a través de sus cámaras—yo tocándome mientras llevo sus marcas, excitándome con el saber de su obsesión. ¿Entraría furioso aquí? ¿Reemplazaría mis dedos con los suyos? ¿Por fin tomaría lo que ha estado observando durante tanto tiempo?

El pensamiento me empuja al borde. Froto mi clítoris más rápido, presionando mi garganta con más fuerza, persiguiendo algo oscuro, prohibido y perfecto. Mi espalda se arquea sobre la cama mientras recuerdo sus dedos en mi boca durante la cena, la manera en que me observaba tragar cada bocado como si fuera una declaración, una promesa, una amenaza.

El orgasmo llega rápido y devastador. Introduzco dos dedos dentro de mí, imaginando que son los suyos, que finalmente me está tocando como solo ha podido fotografiarme. Mi sexo se aprieta alrededor de mis dedos mientras llego al clímax, su nombre un susurro en mis labios que negaré por la mañana.

Mientras las sacudidas se alejan, dejándome sin aliento, avergonzada y de alguna manera aún deseando más, la verdad se asienta sobre mí:

Voy a seducirlo por información. Para evitar que me mate. Y voy a seducirlo porque lo necesito.

5 - Alexei

El teléfono suena a las 6:06 AM. Hora de Moscú—ya es tarde allá. Sé lo que es antes de contestar.

—Alyosha. La voz de Katya llega cansada, tensa.—Mamá pasó una mala noche.

—¿Qué tan mala?

—Los doctores dicen que quedan semanas ahora. Tal vez menos.

Miro por mi ventana el amanecer gris de Chicago. La ciudad parece fría, indiferente. Llevo once años planeando este momento, y ahora el tiempo se me escurre como arena entre los dedos.

—Sigue preguntando por Misha. Si ya fue vengado.—La voz de mi hermana se quiebra un poco.—Dice que no puede descansar hasta saberlo.

Aprieto la mandíbula.—Dile que pronto.

—¿En serio? ¿Pronto?—La voz de Katya se vuelve más baja.—Porque lo que sea que estés haciendo ahí, lo que sea que planees, se le está acabando el tiempo, Alexei.

—Dije que pronto.

—Quiere morir sabiendo que la muerte de su hijo significó algo. ¿Puedes darle eso?

Pienso en Sofia, allá arriba en su suite, tranquila como el agua en calma. Imperturbable. Indómita. La mujer que nombra a Mikhail como si tuviera derecho siquiera a pronunciar su nombre.

—Hoy—digo.—Dile que hoy.

Cuelgo antes de que Katya pueda responder.

El último aliento de mamá será para preguntar si lo he vengado. ¿Cómo le explico que quien mató a su hijo logra excitarme? Que pienso más en su boca que en su muerte?

Los monitores de seguridad brillan en la penumbra matutina. Abro el canal de Sofia. Sigue dormida, acurrucada de lado en la áspera camisón de algodón que le di, nada que ver con la princesa mimada que finge ser. Respira tranquila, en paz.

Ahora la imagen la muestra durmiendo, pero antes vi… No. Alejo esa imagen. No cambia nada.

Once años esperando. Mi madre muriendo sin paz. Y la mujer responsable duerme como una niña.

Basta.

Reviso los registros de la madrugada. Algo llama mi atención. Huecos entre las 2 y las 4 AM. Tres cámaras titilaron. Apagones de quince segundos, escalonados. Eso no es un fallo. Es intencional. Profesional. Aprieto la mandíbula cuando entiendo el significado. Alguien manipuló mi seguridad. En mi propio complejo.

Retrocedo la grabación, analizando cada cuadro antes y después de los apagones. Las cámaras del pasillo no muestran nada. El canal del cuarto la muestra en la cama antes y después. Pero en esos quince segundos…

Ella sabe cosas. Tiene habilidades que esconde. Bien. Cuando la tenga en el sótano, haré que me cuente todo.

Hoy, Sofia Rosetti muere.

No toco la puerta. La abro de golpe contra la pared y ella se despierta al instante. No son reflejos de princesa. Son reflejos de soldado. Se incorpora y cubre el pecho con la delgada manta. Esos ojos azules buscan los míos, evaluando el peligro de inmediato.

Por primera vez desde que la tomé, veo algo parpadear ahí. Miedo. Miedo real.

Bien.

—Levántate.

—Alexei…

—Ahora.

Obedece sin discutir. El camisón le llega a medio muslo, los pies descalzos contra el suelo frío. Parece pequeña, frágil. Sé mejor.

La tomo del brazo con fuerza suficiente para dejarle marca y la saco del cuarto. No pelea, no grita. Sólo camina conmigo, los pies descalzos golpeando el mármol. Atravesamos el pasillo. Los guardias desvían la mirada. Bien. Si alguno la hubiera mirado con ese camisón, tendría que matarlo.

Hasta las escaleras. Bajamos un piso. Luego otro.

La temperatura desciende con cada escalón. El aire se vuelve clínico, huele a cloro. Siento su resistencia ahora, leve, involuntaria. Sabe a dónde vamos. Ahora huelo su perfume floral apenas perceptible mezclado con sudor.

—Alexei, espera…

—Ya has esperado suficiente. Yo también.

La puerta del sótano se abre a la oscuridad. Acciono el interruptor, los fluorescentes encienden zumbando, revelando pisos de concreto con desagües, la mesa de metal atornillada al centro, herramientas alineadas en la pared. La silla espera en el medio. Estructura de acero, correas de cuero.

El concreto irradia frío. Esta habitación ha escuchado cosas. Visto cosas. Las paredes guardan ecos de hombres que pensaron que eran duros hasta que dejaron de serlo.

La arrastro a la silla y la obligo a sentarse. El cuero está helado contra su piel. Veo cómo la piel se le eriza en los brazos. Le ato las muñecas a los reposabrazos, los tobillos a las patas. El cuero le muerde la piel y ella jadea, y algo oscuro se enrosca en mi interior. Su pulso late bajo mis dedos cuando le sujeto la muñeca, rápido y cálido como un conejo.

Las correas están lo bastante apretadas para dejar marca, pero no para cortar la circulación. Quiero que esté consciente para esto.

Ahora respira rápido, el pecho subiendo y bajando bajo esa tela fina. La compostura finalmente se rompe, como hielo bajo presión.

Tomo un cuchillo de la pared. No el más grande, uno preciso. La hoja resplandece bajo la luz áspera al volver a situarme frente a ella.

—¿Sabes por qué estás aquí?

Traga saliva, la garganta le tiembla.—Por Mikhail.

—Porque mataste a mi hermano.

—Yo no…

—Le contaste a tu familia sobre el ruso que rondaba a su princesa. — El cuchillo presiona contra su garganta, no la corta, solo deja que sienta el filo. Ella traga saliva y veo cómo se mueve su cuello, me imagino marcándolo con mis dientes en lugar de acero. La traición de mi cuerpo me obliga a apretar más. —Y ellos le abrieron el pecho con una daga. Eso es culpa tuya.—

Por fin lágrimas. Maldita sea, por fin. Brillan en sus mejillas y odio que la hagan más hermosa, odio que mi verga se dé cuenta aunque le esté poniendo un cuchillo en la garganta.

Está llorando, asustada y atada a mi silla de tortura, y yo estoy poniéndome duro. ¿Qué clase de monstruo soy? El tipo que ella merece.

—Mi madre se está muriendo— le digo, manteniendo el filo firme —. Lleva once años esperando saber que su hijo fue vengado. Hoy, le doy paz.—

—¿Eso lo va a traer de vuelta?—

La pregunta me deja helado.

—¿Matarme hará que Mikhail regrese?— insiste.—¿Deshará lo que pasó?—

—Eso equilibrará la balanza.—

—No, no lo hará.— Su voz tiembla, pero mantiene mi mirada, esos ojos azules fieros incluso entre lágrimas.—Él seguirá muerto. Tu madre seguirá muriendo. Y solo habrá un cuerpo más en este cuarto. Nada más.—

—Tú no puedes…—

—Sueño con él.—

Las palabras me congelan por completo. El cuchillo titubea.

—Cada noche. Sueño con un niño llamando a su hermano. Escucho palabras en ruso que no debería entender. Me despierto llorando y no sé por qué.— Nuevas lágrimas caen, reales y crudas.— Hay algo que no recuerdo. De esa noche. De antes.—

El silencio se estira entre nosotros. Solo el zumbido de los fluorescentes y su respiración entrecortada.

—Estás mintiendo.—

—Estoy atada a una silla con un cuchillo en la garganta. ¿Por qué mentiría ahora?—

La lógica atraviesa mi rabia. Estudio su rostro, buscando engaño, pero solo encuentro confusión y dolor, igual al mío.

—¿Con qué sueñas?—

Me lo cuenta en susurros rotos. Fragmentos de un jardín, palabras rusas que le salen sin esfuerzo, la risa de un niño que le hace doler el pecho. Alguien grita “Misha, Misha” y no sabe si lo está oyendo o diciéndolo.

El cuchillo cuelga olvidado a mi costado.

—¿Cómo era él?— susurra, y la necesidad genuina en su voz me desarma.—Por favor. Necesito saberlo.—

Las palabras salen de mi garganta como metralla. Me odio por cada una, pero siguen llegando.

—Era tierno en una familia que valoraba la violencia.— Las palabras brotan sin mi permiso.—A los quince años, encontró un perro herido. En vez de matarlo como ordenó papá, lo llevó con un

veterinario, pagó su tratamiento con su propio dinero. Papá lo golpeó por eso. Mikhail solo sonreía y decía que el perro vivió.—

Ella llora aún más fuerte pero no aparta la mirada.

—Jugaba ajedrez fatal porque no podía sacrificar piezas. Decía que hasta los peones merecían sobrevivir. Tenía un bonsái que heredó de nuestro abuelo. Pasaba horas podándolo, hablándole como si pudiera escucharlo.— Mi voz se quiebra.—Quería ser arquitecto. Construir cosas en vez de destruirlas. Decía que en nuestra familia ya había suficientes guerreros.—

Ahora camino de un lado a otro, el cuchillo suelto en mi mano, perdido en recuerdos que no me permitía tocar desde hace años.

—Su risa era fuerte, sin reservas. Nada parecido al sonido que debería tener un Volkov. Cuando se reía, el cuarto entero cambiaba. Incluso papá sonreía a veces al escucharla.—

Me inclino lo suficiente para probar sus lágrimas, mi boca a centímetros de la suya.—Dime por qué viniste aquí, Sofia.— Sus labios se abren, y por un instante de locura, casi acorto la distancia. Casi reclamo esa boca que pronuncia el nombre de mi hermano.

Algo cruza su rostro. No es sorpresa. Más bien resignación.

—Me secuestraste— dice con calma.

—Tienes entrenamiento. Habilidades que tu familia no anda pregonando.— Mi mente repasa las implicaciones.

La recorro de arriba abajo, realmente deteniéndome a mirarla. Piernas abiertas, tobillos amarrados a las patas de la silla, muñecas atadas a los descansabrazos. El camisón de algodón áspero subido hasta la mitad de los muslos, mostrando más de lo que debería.

Pero quizás también está escondiendo algo.

Coloco la punta de mi cuchillo en el espacio entre sus piernas y lo uso para subirle aún más el camisón, tratando de no pensar en la piel de sus muslos que estoy exponiendo ni en si lleva algo debajo.

Ahí. Sujetada alto, en la parte externa de su muslo. Una navaja. Una maldita navaja.

—Tienes un cuchillo— digo.

No responde, solo me taladra con esos malditos ojos azules suyos.

Pudo haberlo usado contra mí. Apunñalarme de lado cuando la arrastraba abajo, o cuando la empujé a la silla. Tuvo minutos para salvarse, pero decidió no hacerlo.

¿De verdad estaba tan asustada que olvidó su única arma? No. No es propio de Sofia. Todo en ella es demasiado controlado, demasiado

preciso. Incluso atada a una silla con un cuchillo en la garganta, analiza, planea.

—Tuviste esto todo el tiempo.—

Ella no responde.

—Cuando até tus muñecas. Cuando presioné el cuchillo contra tu garganta. Pudiste haberte liberado. Pudiste haberme matado cuando estaba— Hablando de Mikhail como un idiota. Expuesto. Vulnerable. —distraído.—

Aún así, ella no dice nada.

—¿Por qué no lo hiciste?—

Ella levanta la mirada hacia mí. Las lágrimas aún frescas en su rostro. —No lo sé.—

La observo, luego al cuchillo en mi mano. Debería acabar con esto. Mi madre se está muriendo. Mikhail sigue sin ser vengado. La balanza exige sangre.

Pero no puedo matarla. No así. No hasta entender.

Por qué no luchó.

Por qué sueña con mi hermano.

Por qué acabo de pasar minutos valiosos contándole a mi enemiga sobre el corazón bondadoso de Mikhail.

Por qué desactivó mis cámaras para explorar mi propiedad.

Corto una de sus muñecas con mi cuchilla y luego me alejo.

—Libérate. O no. Alguien vendrá a revisarte en la mañana.—

—¿Vas a dejarme aquí? ¿En el sótano?—

—Considéralo tiempo para pensar en lo que me estás ocultando. Sea cual sea el juego que juegas, termina ahora.—

Me giro hacia la puerta, necesitando distancia entre nosotros antes de hacer una estupidez. Algo débil. Ella pasará el día en esta fría habitación de concreto, rodeada de las herramientas de mi oficio, preguntándose si al caer la noche traerá la muerte o algo peor.

—Alexei.—

Me detengo, pero no me giro.

—Lamento lo de tu madre.—

Las palabras me golpean fuerte. Doy un portazo, el sonido retumba por el pasillo del sótano. Que se quede en el frío y la oscuridad. Que se pierda en sus pensamientos.

En el pasillo, me apoyo contra la pared. Mis manos tiemblan.

Ella vino aquí armada con la hoja de una profesional. Ha estado jugando conmigo desde el principio, y la dejé porque estaba

demasiado enfocado en la venganza para ver lo que tenía delante.

Pero entonces, ¿por qué dejarme amenazarla? ¿Por qué no pelear cuando claramente tiene las habilidades?

¿Qué eres realmente, Sofia Rosetti?

No la princesa. No la víctima. Algo completamente distinto.

Y no voy a matarla hasta entender por qué.

Subo las escaleras hacia mi sala de vigilancia y enciendo las cámaras del sótano. La observaré en los monitores, veré cómo se libera con movimientos demasiado entrenados, demasiado precisos para una princesa consentida. Miraré cómo el camisón se sube por sus muslos mientras trabaja, revelando más de esa piel suave que no debería desear probar.

Mi polla late mientras me acomodo en la silla, múltiples ángulos de ella llenando las pantallas. Ya está trabajando en las ataduras, su mano libre moviéndose con una eficiencia inquietante. Profesional. Entrenada. Letal.

Agarro con fuerza el brazo de la silla hasta que los nudillos se me ponen blancos, con la fuerza suficiente para doler. El dolor no disminuye el calor que crece en mi columna mientras la observo arquear la espalda, probando la resistencia de las ataduras restantes. El algodón delgado se pega a sus pechos, marcando cada curva.

Mi mano se mueve para acomodar mi erección dolorosa, demorando más de lo que debería, y el ajuste se transforma en una caricia, y antes de darme cuenta tengo la verga en la mano, los ojos pegados a la pantalla, aunque solo piense en cómo matarla.

No sé cuánto tiempo me quedo allí, viéndola trabajar en las ataduras. Mi mano se mueve más rápido sobre mi polla cuando libera su otra muñeca, que debí atar más floja de lo que pensé. Con ambas manos libres, puede agacharse y alcanzar el cuchillo en el suelo, que usa para desatar sus tobillos. La manera en que se mueve —eficiente, calculada—solo confirma lo que sospechaba. Esta mujer está entrenada. ¿Militar? ¿Inteligencia? ¿Otra cosa?

Debería estar furioso. En cambio, me estoy masturbando como un adolescente, viendo cómo se frota las muñecas para que le vuelva la circulación.

Cuando se pone de pie, estira los brazos por encima de la cabeza, arqueando la espalda. El camisón se sube más, y me aprieto con más fuerza, odiando mi debilidad. Odiando estar masturbándome por la mujer que hizo que mataran a mi hermano.

Pero no me detengo.

Ella recorre la habitación, examinando cada herramienta en la pared con interés profesional. No miedo—curiosidad. Pasa los dedos sobre una hoja dentada, prueba la punta de un gancho en la yema de su dedo. La intimidad del gesto me hace gemir.

Entonces mira directamente a la cámara, y me quedo petrificado. ¿Podrá ver la luz roja? ¿O simplemente sabe instintivamente dónde estarían las cámaras? Esos ojos azules miran directo hacia mí, y por un momento enfermizo imagino que puede verme con la verga en la mano, observándola como un maldito pervertido.

Aparto la mano de golpe, asqueado de mí mismo. De ella. De lo que sea que es este retorcido juego entre nosotros.

Pero no puedo obligarme a apartar la mirada de los monitores. Sofia se ha acomodado de nuevo en la silla, las piernas cruzadas en los tobillos, como si estuviera esperando tranquilamente una reserva en un restaurante, en lugar de estar sentada en una cámara de tortura. La calma es inquietante. Calculada.

Estoy enfermo. Asqueado de mí mismo. Pero no puedo dejar de mirarla, y pronto mi mano vuelve a masturbarse en mi polla. Me vengo fuerte en la mano, la vergüenza ardiendo en mí como ácido.

6 - Sofia

El sótano está helado. Eso es lo primero. Ese tipo de frío que se mete en los huesos y se instala allí como si fuera el dueño del lugar.

Mi muñeca izquierda palpita donde la correa de cuero todavía muerde mi piel, y mi cuerpo recuerda el calor de los dedos de Alexei cuando la aseguró. Cortó la atadura de mi mano derecha antes de salir furioso, dejándome a medio atar en esta silla de tortura, como un pensamiento sin terminar. El cuchillo que tenía amarrado al muslo está en el piso de concreto, apenas fuera del alcance de mi mano libre. Seguro lo tiró ahí después de descubrirlo, después de examinarlo con esos ojos pálidos que no se pierden de nada.

Pero no sin antes rozar mi muslo con sus dedos, y tuve que morderme para no soltar un gemido que no tenía nada que ver con el miedo.

Poniendo a prueba el ángulo, me estiro tan lejos como la atadura lo permite. Mis dedos rozan el mango de la hoja, pero no logran agarrarlo. El cuero se clava más hondo en mi muñeca con cada intento, dejando ya marcas que para la noche se pondrán moradas.

Hay otra manera. Una que va a doler.

Sujeto mi pulgar izquierdo con la mano derecha, respiro hondo y jalo. La articulación se resiste, luego cede con un chasquido húmedo que resuena en las paredes de concreto. El dolor sube por mi brazo, brillante e inmediato, pero ya lo he hecho antes. Nico me enseñó la técnica hace años, aunque nunca imaginó que la usaría para escapar de una cámara de tortura rusa.

Ni que pelearía contra la loca necesidad de quedarme.

Mi mano se libera de la correa, el pulgar colgando en un ángulo antinatural. Lo sujeto de nuevo y lo regreso a su lugar con un quejido que no alcanzo a tragarme. La articulación late, ya inflamándose, pero funciona cuando flexiono los dedos.

El peso del cuchillo en mi palma me da seguridad, aunque mi pulso se acelera solo de pensar en que Alexei me descubra

desaparecida. No de miedo. Algo más oscuro, más perturbador. Algo que me hace presionar los muslos pese al frío del concreto bajo mis pies desnudos.

Podría escapar ahora. Forzar la cerradura, deslizarme por su complejo como el fantasma en que me convertí. Pero huir significa abandonar respuestas sobre Mikhail, sobre las palabras rusas que me atormentan en sueños. Sobre por qué el dolor de Alexei se siente como propio, retorcido y errado pero imposible de negar.

No. Me quedo. Pero a mi manera.

El camisón cuelga de mí como un costal de papas. Algodón áspero, sin forma, diseñado para arrancar la dignidad junto con el estilo. El mensaje es claro: aquí no eres nada. No eres la princesa Rosetti. Ni siquiera vales ropa decente.

Todavía me arde la piel donde él me miró esta mañana, su mirada recorriendo la tela delgada como una caricia física.

La mesa de metal atornillada al centro del cuarto brilla bajo las luces fluorescentes, y yo trabajo alrededor de ella, usando su superficie como mesa improvisada. Elijo una hoja pequeña de su pared de herramientas. El filo brilla, recién afilado, seguramente usado para trabajos delicados, del tipo que interesarían a Luca. El metal está frío en mi mano, y me pregunto de quién habrá sido la sangre que probó por última vez. El pensamiento me recorre la espalda con un escalofrío oscuro. Esto es lo que él hace, quien es él. Y yo uso sus propias herramientas para rehacerme.

El primer corte transforma el escote, creando una V sutil que de verdad favorece en vez de ahogar. Trabajo metódicamente, cada tajo es deliberado, pero mi mente vuelve una y otra vez a sus dedos en mi cuello, a la presión cuidadosa que me mojó en vez de asustarme. Mis manos tiemblan al cortar otra costura, y me repito que es por el frío.

Mentiras. Hasta a mí misma me miento.

Ajustar la cintura me lleva varios intentos. Pellizco la tela, corto, anudo el exceso en pliegues decorativos a los lados. Cada modificación es un acto de rebeldía, pero también algo más. Mientras el vestido toma forma, aferrándose a mis curvas en vez de ocultarlas, imagino su reacción. Cómo sus ojos pálidos se van a oscurecer, cómo su control podría destrozarse.

Pensar en eso me hace sentir calor entre las piernas, y me odio por ello.

El dobladillo lo acorto hasta la mitad del muslo. No es escandaloso, pero sí suficiente para mostrar que tengo piernas, que soy mujer y no un bulto de harina. Un tajo a un lado permite moverme mejor, práctico y con un toque de elegancia discreta. Pasan horas mientras trabajo, el movimiento repetitivo casi me calma, aunque cada ajuste me mantiene hipersensible a mi propio cuerpo. Cómo el algodón áspero roza mis pezones. La piel expuesta al aire frío.

Me reflejo en el metal de un instrumento quirúrgico. Cabello salvaje, mejillas encendidas por el esfuerzo, el vestido pegado a curvas que no debería querer que él note. Me veo como lo que soy: una mujer jugando un juego peligroso con un hombre capaz de destruirme.

¿Lo peor? Que una parte oscura y rota de mí quiere que lo intente.

Cuando al fin me alejo para mirar con perspectiva, la transformación está completa. Lo que fue diseñado para humillar se ha convertido en mi armadura. El algodón áspero ahora abraza mis curvas, el diseño improvisado da la impresión de que elegí esta prenda en vez de que me la impusieran.

Pero mis dedos tiemblan sobre la tela, recordando lo fácil que fue para él levantarme, cargarme, dominarme. Cómo mi propio cuerpo me traicionó deseando más.

La puerta se abre sin aviso. Un guardia entra, joven, tal vez de veinticinco, con esa postura rígida que grita entrenamiento militar. Lleva una charola: pan negro, agua, algún tipo de carne gris que tal vez fue comida en otra vida.

Lo coloca en el suelo, cerca de la silla, cuidando de mantenerse fuera de mi alcance. Inteligente. O bien entrenado. Sus ojos permanecen fijos en la pared detrás de mí con una intensidad que habla de consecuencias.

—Gracias —digo, modulando mi voz suave y cálida. La princesa, no el arma.

Nada. Su mandíbula se tensa, pero su mirada no vacila.

—¿Cuánto tiempo he estado aquí abajo? —intento de nuevo.

Silencio. Sus manos se cierran apretadas a los costados.

—¿Cómo te llamas?

Da media vuelta y se va. La cerradura suena tras de él con una firmeza definitiva.

Su silencio pesa más que las palabras. En mi mundo, los hombres que no miran a las mujeres o son santos o siguen órdenes respaldadas por la violencia. Este chico no es ningún santo.

La manera en que mantuvo sus ojos tan rígidamente apartados, la distancia cuidadosa. Algo en eso me recuerda cosas que he escuchado de pasada, patrones que he observado. Los hombres que temen involucrarse suelen tener buenas razones. Y en organizaciones como la nuestra, esa razón casi siempre es su jefe dejando bien claras las consecuencias.

Tiene miedo. No de mí, sino de lo que podría pasarle si lo descubren mirándome, hablándome. La disciplina rígida habla de órdenes estrictas, del tipo que viene acompañada de castigos severos ante la desobediencia.

Ese pensamiento acelera mi pulso. Me hace preguntarme qué más ha reclamado Alexei como suyo y solo suyo.

Pero noté el teléfono sujeto a su cinturón. Un modelo Android antiguo, de esos con seguridad mínima. El leve bulto del estuche sugiere que siempre lo guarda en el mismo lugar, probablemente lo saca un montón de veces durante un turno. Costumbre. Predecible.

Tampoco revisó mis ataduras. No notó los grilletes de cuero colgando vacíos, ni que ahora estoy sentada en la silla por elección y no a la fuerza. Estaba tan concentrado en no mirarme que olvidó realmente verme.

Descuidado. Y justo lo que necesito.

Como la comida insípida porque mi cuerpo necesita energía, aunque cada bocado me recuerda la noche anterior. Alexei alimentándome con su propia mano, sus dedos rozando mis labios, la forma en la que miraba mi boca como si quisiera devorarme. Cuento los segundos entre cada bocado, calculo el tiempo basándome en el ritmo de pasos que escucho ocasionalmente detrás de la puerta. Cambios de guardia cada dos horas. Ruido de cocina que debe ser la preparación de la cena, por cómo se siente el ambiente, como si fuera principio de la noche.

Cuando el recinto al fin se queda en silencio, salvo por algún que otro paso ocasional, calculo que ya es pasada la medianoche. Horas de guardia mínima, cuando incluso los criminales duermen.

Hora de moverse.

Desprendo la ganzúa del lugar donde está escondida en mi cabello, en la nuca, cubierta por mis mechones sueltos. La cerradura

del sótano tarda cuarenta segundos. Menos de lo habitual porque la adrenalina hace que mis dedos sean ágiles y seguros. El pasillo se extiende oscuro y vacío, con luces de emergencia que proyectan sombras largas donde podría esconderse cualquier cosa. Podría esconderse él.

Mi cuerpo se tensa ante el pensamiento, los pezones se endurecen bajo el vestido alterado. Contrólate, Sofia.

Ya conozco la ruta. Subir las escaleras, atravesar el corredor principal, pasar frente a la sala de monitoreo donde seguro alguien mira las pantallas. Pero a esta hora, observar se vuelve monótono. Los ojos pesan. La atención se dispersa.

La puerta de su estudio está, por supuesto, cerrada con llave. Esta me toma un minuto entero. Mecanismo más sofisticado, probablemente de fabricación alemana. Pero las cerraduras son solo rompecabezas, y siempre se me han dado bien los rompecabezas. Y con las herramientas de Milo, resulta más fácil.

Adentro, la oscuridad solo es quebrada por la luz de la luna filtrándose a través del vidrio blindado. Mis ojos se adaptan rápido, recorriendo cuero y caoba, y entonces su aroma me golpea. Ámbar impregnado en todo, como si hubiera marcado este cuarto como suyo. Odio la manera en que me hace endurecer los pezones bajo el algodón áspero. Mi cuerpo no entiende que él es el enemigo. Solo reconoce su cercanía, su toque, el recuerdo de sus dedos en mi boca.

Sobre su escritorio descansa un bonsái, meticulosamente cuidado. ¿Acaso no dijo que Mikhail solía cultivar bonsáis? Entonces, ¿por qué está ese árbol aquí? Una de las ramas ha sido podada recientemente. Hay algo tan cuidadoso, tan paciente en el gesto. Las mismas manos que rodearon mi garganta cuidan este árbol delicado.

Busco registros, pruebas, cualquier cosa que explique por qué sueño con un niño ruso llamando mi nombre. Su sistema de archivo es predecible. Alfabético, cronológico, codificado por color según tipo de operación. Manifiestos de embarques, expedientes de personal, registros financieros. Todo útil para entender su organización, pero nada sobre niños que se conocieron hace once años.

Entonces lo veo. Un marco plateado en la estantería, parcialmente oculto detrás de volúmenes encuadernados en cuero.

La foto muestra a dos chicos en un bote, con el sol brillando en el agua detrás de ellos. Uno claramente es Alexei, tal vez de dieciséis años, esos ojos pálidos inconfundibles incluso entonces, pero de

alguna forma más suaves, sin la coraza que siempre he visto. El otro debe ser Mikhail. Cabello más oscuro, rasgos más dulces, un brazo echado sobre los hombros del hermano menor. Ríen de algo que queda fuera del encuadre.

Tomo el marco con dedos temblorosos, estudiando el rostro de Mikhail. Me obligo a recordar. Este Alexei más joven, tan distinto del depredador controlado que me tiene cautiva, hace que algo se quiebre en mi pecho. Solo era un chico que amaba a su hermano.

Un destello me sacude, repentino, violento. Sol sobre el agua, pero distinto. Un jardín. Una voz de niño, emocionada: —Sofia, mira esto…— Su voz, joven, brillante y llena de vida.

Luego nada. El recuerdo se cierra de golpe como una puerta en mi cara.

El pecho se me parte de dolor por un niño al que no termino de recordar haber amado. Las lágrimas me empañan la vista antes de poder detenerlas. ¿Cómo se llora a alguien que ya olvidaste? ¿Cómo cargas la culpa de un crimen que no recuerdas haber cometido?

Me tiembla la mano al devolver la foto a su lugar, pero no queda exactamente igual. El ángulo un poco desviado, el marco girado apenas. El temblor sube por mi brazo, volviéndome torpe. Al girarme para irme, mi codo tropieza con una pluma fuente sobre el escritorio. Rueda, pero la agarro antes de que caiga al suelo.

La caseta del guardia está a mitad de camino de regreso al sótano. Por la puerta, veo a mi chico de los recados de antes desplomado en su silla, sus suaves ronquidos rompiendo el silencio. Su teléfono descansa sobre el escritorio a su lado, pantalla apagada.

Contengo la respiración, entro. Él no se mueve. El teléfono se desbloquea al tocarlo. Sin contraseña. Un error de principiante que lo mataría en la organización de mi familia.

Abro la app de mensajes, tecleo rápido al número desechable de Nico que memoricé:

Viva. Complejo Volkov. Recopilando información. No extraigan. Estoy cerca de algo. Contactaré cuando pueda. S

Enviar. Borrar el mensaje. Vaciar la carpeta de eliminados recientes. Cerrar la app. Devolver el teléfono exactamente donde estaba, en el mismo ángulo, la pantalla mirando en la misma dirección.

El guardia sigue roncando, ajeno a todo.

De vuelta por pasillos que ahora me resultan más familiares, aunque cualquier sombra podría ocultarlo, y mi cuerpo responde ante esa posibilidad con una anticipación vergonzosa. Entro al sótano que se ha convertido en mi reino temporal. Vuelvo a cerrar la puerta desde dentro, un truco que me llevó años perfeccionar pero que en momentos como este vale oro.

Me acomodo en la silla donde él me dejó, no atada, pero esperando. Serena. Arreglada como si nunca me hubiera ido, para quien solo mire por encima. Pero el camisón transformado cuenta otra historia, ahora ceñido donde antes era holgado, deliberado donde antes era degradante.

Mis pensamientos giran de nuevo hacia esa fotografía. La risa de Mikhail congelada en el tiempo, tan distinta a la sangre y los gritos de mis pesadillas. Parecía feliz. Joven. Vivo. Y Alexei a su lado, desprotegido y genuino de una forma que me hace doler el pecho.

¿Por qué sueño contigo? le pregunto al fantasma en mi memoria. *¿Por qué tu nombre me sabe a hogar?*

El sótano no ofrece respuestas, solo el eco de mi respiración y el zumbido lejano de los sistemas de ventilación. El frío se pega a mis piernas desnudas, pero por dentro ardo. Culpa, deseo, confusión, todo enredado.

Pienso en el rostro de Alexei cuando hablaba de su hermano. El dolor allí era real, crudo, tenía once años pero aún sangraba. Es un monstruo que guarda cuartos de tortura y hace que sus hombres teman mirarme a los ojos. Pero amaba a Mikhail. Y de alguna forma, creo que yo también lo hacía.

El vestido ahora se siente como una armadura. Aliso el algodón áspero sobre mis muslos, admirando mi trabajo bajo la luz fluorescente, aunque soy muy consciente de cómo se pega a la piel, de cuánta pierna revela, de cómo me mirará él cuando lo vea. Esto es lo que hago. Tomo lo que me dan y lo hago mío. Quiso romperme hasta dejarme en nada. Yo me reconstruí en algo más fuerte, más filoso.

Algo de lo que no podrá apartar la mirada, y detesto cuánto me importa eso.

Me siento en la silla y espero, espalda recta, manos en el regazo, perfectamente compuesta para lo que venga. Mi cuerpo vibra de anticipación y me niego a reconocerlo.

Que venga. Estoy lista.

O al menos eso me repito.

Pasos en las escaleras. Rápidos, pesados, subiendo de dos en dos. No es el andar medido de un guardia, ni el cuidado de quien intenta pasar desapercibido. Alguien tiene prisa.

El corazón se me acelera desbocado.

La puerta se abre de golpe, tan fuerte que golpea la pared de concreto.

Alexei está en el umbral, el pecho subiendo y bajando como si hubiera estado corriendo. Su camisa blanca está salida del pantalón, mangas arremangadas mostrando esos antebrazos que antes me sujetaron, el cabello revuelto como si se lo hubiera pasado los dedos demasiadas veces. Pero son sus ojos los que me congelan. Salvajes, furiosos, y con algo más que no puedo nombrar. Algo que parece hambre apenas contenida.

Su mirada me recorre sin piedad, tomando todo de una vez. Las ataduras vacías colgando de los brazos de la silla. Mi cuchillo descansa sobre mi regazo. El camisón que iba a humillarme, ahora convertido en algo que marca cada curva que no quiero que note.

El aire entre nosotros chisporrotea, eléctrico y peligroso. Puedo olerlo desde aquí, ámbar y humo y furia masculina, y mi cuerpo reacciona como si ya me estuviera tocando.

Me mantengo perfectamente quieta, las manos cruzadas sobre la hoja, sosteniendo su mirada con calma aunque el calor me invade entera.

—¿Qué demonios —resopla, la voz áspera como grava y pecado— has hecho?

7 - Alexei

—¿Qué carajos hiciste?

Ella levanta la mirada desde la silla, y por Dios, está sentada ahí como si fuera la dueña del lugar. Sin ataduras. Las correas cuelgan vacías de los brazos de la silla. El cuchillo, su cuchillo que yo había arrojado al piso, ahora descansa sobre su regazo, recuperado a pesar de que lo coloqué estratégicamente lejos.

Apenas he dormido. Cuando finalmente me rendí, fui a mi estudio para servirme un vodka. Fue entonces cuando lo vi. La pluma fuente estaba dos pulgadas a la izquierda de donde debía estar. Siempre la mantengo perfectamente paralela al borde del escritorio. Siempre. Es un hábito de la infancia, cuando saber si algo había sido movido significaba la diferencia entre estar a salvo o una puñalada en la oscuridad. Mi padre me inculcó esa paranoia a golpes hasta que se volvió tan natural como respirar.

Así que supe, sin duda, que la pluma había sido movida.

La miré en la oscuridad previa al amanecer, el vodka olvidado en mi mano. Alguien estuvo en mi estudio. Alguien tocó mis cosas, violó mi espacio, atravesó mis defensas como si no existieran.

Chert voz'mi. Saqué las grabaciones de seguridad en mi celular, rebobinando la noche. Ahí estaban, los mismos intervalos de quince segundos que había notado antes. Los consideré sospechosos, pero no los había relacionado con ella. Demasiado concentrado en la llamada de mi madre, en las lágrimas de Sofia por mi hermano.

Qué demonios.

Subí las escaleras de dos en dos, la rabia creciendo con cada paso.

Y ahora, ella se sienta frente a mí como una reina en su trono, las piernas cruzadas y una pequeña sonrisa en su rostro perfectamente sereno. La tosca bata de algodón se ha transformado en algo que realmente le queda, ajustada en la cintura, recortada para mostrar sus piernas, una abertura a un lado.

El aroma me golpea. Ya no es solo cloro, sino algo más. Ella. Ha cambiado este cuarto estéril solo con su presencia.

—Responde la maldita pregunta —gruño, entrando a la habitación.

Ella ladea la cabeza, estudiándome con esos ojos azules que no dejan entrever nada. Una breve pausa, y luego: —Me dejaste aquí durante horas. Me aburrí.

¿Aburrida? Se aburrió y decidió reinventarse usando herramientas diseñadas para sacar confesiones a asesinos endurecidos.

—Usaste mis cuchillos para hacerte un vestido.

Ella carraspea suavemente antes de contestar. —Las herramientas estaban justo ahí. —Señala la pared donde cuelga mi colección. Cuchillas serradas, ganchos, instrumentos que le han sacado gritos a hombres el doble de su tamaño.—Parecía un desperdicio no usarlas.

No puedo dejar de observar la transformación. La tela resalta curvas que debía ocultar. Ha convertido mi castigo en armadura, mi crueldad en algo casi elegante. La precisión de los cortes, la manera en que recogió el material sobrante. Esto no es trabajo de aficionada.

—Párate.

Ella se levanta, tan grácil como una bailarina, el cuchillo en la mano. Sin miedo. Sin dudar. La luz de la única bombilla encima convierte su piel en perla.

—Dámelo.

Ella lo extiende, con el mango por delante. Demasiado fácil. Demasiado dócil. Lo tomo, buscando el engaño que sé que está ahí, pero no lo encuentro.

—Alguien estuvo en mi estudio esta noche.

Su expresión no cambia.—¿En serio?

—No. —Me acerco, y ella no se mueve ni un centímetro. Su piel irradia una calidez que siento desde aquí.—Una pluma movida. Cámaras con apagones de quince segundos. Los mismos que documenté antes. No fueron fallas aleatorias. Sabotaje deliberado. Y tú— señalo las correas vacías, su vestido modificado, la forma casual en que se ha sentado aquí — claramente no estuviste en esa silla todo el tiempo.

—He estado en este sótano desde que te fuiste. Tus cámaras lo confirmarán.

—Mis cámaras muestran apagones en intervalos exactos. Alguien los creó con un dispositivo. Equipo profesional.

Un silencio. —¿Cableado defectuoso? Este lugar no es precisamente un ejemplo de remodelación moderna.

La evasiva me hace apretar la mandíbula.—¿Dónde está el dispositivo?

—¿Qué dispositivo?

—El que abrió estas cerraduras. El que causó esos apagones en las cámaras. —Ahora la rodeo, depredador evaluando a su presa, buscando algún indicio que la delate. *Ty dumaesh', chto ya durak?* ¿Crees que soy idiota?—No lograste esto solo con buenas intenciones y una oración.

—Quizá quien irrumpió en tu estudio simplemente es ingenioso. —Me sostiene la mirada, firme.—O quizá, simplemente, estás viendo patrones donde no existen.

—Oh, claro que estuviste ahí.

—Pruébalo —dice ella—. Demuestra que estuve en otro lugar que no sea aquí.

El desafío queda flotando entre nosotros. Ella sabe que no puedo. Sea lo que sea que hizo, como lo haya logrado, cubrió perfectamente sus huellas. Aprieto el puño alrededor de su cuchillo.

Cada minuto que se mantiene ahí tan tranquila, se adueña más de esta situación. Más de mí.

Le agarro el brazo y empiezo a arrastrarla hacia las escaleras. Mi agarre le dejará moretones.

—¿A dónde vamos?

—A un lugar con mejor luz.

—Alexei—

—Camina.

La arrastro por los pasillos que apenas empiezan a moverse con el turno de la mañana. Los guardias miran el vestido transformado, y apartan la vista rápidamente al encontrarse con mi expresión. Bien. Saben que no deben mirar mis cosas.

La puerta de su suite se abre de un solo golpe bajo mi mano. La empujo adentro y cierro con llave tras nosotros. La luz de la mañana se filtra a través de las ventanas enrejadas. Blanca, dura, implacable, lo revela todo.

—Despílete —ordeno, dándome la vuelta para enfrentarla—. Voy a revisarte bien. Voy a encontrar lo que sea que estás ocultando.

Se queda completamente quieta.—¿Qué?

—Me oíste. Quítatelo. Estás escondiendo algo. Una herramienta, un dispositivo, algo que te permitió escapar y meterte en mi despacho. Desvístete, o lo haré yo por ti.—

—Te dije—

—No me dijiste nada.— Me muevo rápido, acorralándola contra la pared, su propio cuchillo en su garganta. No la corto, solo le prometo. —Esto termina ahora. Desvístete.—

Su pulso salta bajo la hoja, pero su voz permanece firme. —Vas a tener que hacerlo tú mismo. No te la voy a poner fácil.—

Algo oscuro se enciende en mi pecho. *Upryamaya devchonka*. Chiquilla terca. Está bien. Si quiere jugar a esto así.

Le doy la vuelta al cuchillo, engancho la hoja bajo la tira que fabricó tan cuidadosamente. Horas de trabajo a punto de ser destruidas.

—Última oportunidad.—

—Hazlo.— Su barbilla se eleva, desafiante hasta el final. —Destruye algo más mío. Eso sí se te da bien.—

El cuchillo corta el algodón como si nada. Una tira cae, luego la otra. Paso la hoja por el centro y la tela se abre, revelando la piel pálida debajo. Ella no se estremece. No se cubre. Solo me mira con esos ojos azules mientras el vestido destrozado se acumula a sus pies.

No lleva nada debajo. Por supuesto que no. No le di nada para ponerse bajo el áspero algodón. Otra pequeña crueldad que ahora se vuelve en mi contra, porque está desnuda y no siente vergüenza, sosteniendo mi mirada como si estuviera completamente vestida.

Huele a desafío y a algo que solo es de ella. No es miedo, nunca miedo con esta mujer.

—Manos en la pared. Abre las piernas.—

Obedece despacio, a propósito, haciéndome esperar cada movimiento. Sus palmas se apoyan contra la pared, los pies separados a la altura de los hombros. La luz dura de la mañana se desliza por su piel, remarcando la piel erizada por el frío. Su piel está fría bajo mis palmas, pero se calienta rápido.

La reviso a fondo, tratando de mantener mi toque profesional. Mis dedos tiemblan mientras rozan sus costillas. Me digo que es por la rabia.

Comienzo por sus brazos. Paso mis manos de hombros a muñecas, buscando algo pegado o escondido. Nada. Después su torso.

Anoto cada curva de manera profesional. Mi cuerpo no entiende de profesionalismo. Mi verga se endurece aunque le ordeno que pare. Se trata de encontrar pruebas. Nada más.

Carajo, su piel es tan suave.

Nada escondido. Nada más que piel cálida bajo mi mano.

Sus caderas, la curva de su cintura, bajando por sus muslos donde estuvo amarrado su cuchillo. La piel ahí todavía tiene las marcas suaves de la funda. La parte trasera y externa de sus piernas, detrás de sus rodillas, sus pantorrillas, tobillos, entre los dedos de los pies.

Nada.

—Date la vuelta.—

Ella lo hace, ahora de frente, con esa misma calma que me dan ganas de sacudirla hasta que algo real se le salga del pecho. Vuelvo a revisar. Ahora por delante. Trato de no notar cómo sus pezones se erizan por el frío, cómo su respiración cambia cuando mis manos rozan ciertos lugares. El hueco de su garganta, sus clavículas, el espacio entre sus pechos.

Bajo sus pechos, a lo largo de sus costillas donde encuentro una cicatriz fina. Mis dedos se quedan ahí, preguntándose de qué otra violencia sería capaz.

Cada centímetro que registro, ella se adueña más de mí. Esto se supone que es sobre control, pero no el de ella.

Y todavía nada.

Mis ojos bajan a sus muslos, al espacio entre ellos. El único lugar donde no he buscado. Podría esconder algo ahí, dentro de…

Llevo mi mano hacia abajo. Ella se tensa. La primera fisura real en su compostura.

Pero paro. Algo me detiene. Siento que está mal, invasivo de una forma en que nada de lo anterior ha sido. Demasiado íntimo. Demasiado parecido a otra cosa.

Bajo la mano. Ella sabe que ganó esta ronda.

—¿Encontraste lo que buscabas?— me pregunta, su voz suave pero con filo de victoria.

—Vístete.—

—Destruiste mi vestido.— No se mueve a cubrirse, solo se queda ahí parada como una diosa esculpida en mármol. —El que pasé horas haciendo.—

—Entonces ponte otra cosa.— Señalo el armario donde cuelgan vestidos idénticos, sin forma. —A menos que planees quedarte

desnuda.—

—¿Quieres que me ponga otro saco para cortármelo después?—

—Quiero que dejes de ser un problema.—

—Entonces no debiste haberme secuestrado.—

Ella toma un vestido limpio del armario, el algodón deslizándose por su piel en un susurro. La tela sin forma esconde sus curvas, volviéndola de nuevo la prisionera que se supone debe ser.

—No sales de esta habitación— le digo, retrocediendo hacia la puerta porque si me quedo, haré una tontería. Algo que mi cuerpo exige aunque todo en mi cabeza diga lo contrario. —Guardias en la puerta todo el tiempo. Cámaras vigilando constantemente. Cada segundo.—

Ella se sienta al borde de la cama, mirándome con esos ojos que ven demasiado. —Revisaste cada centímetro de mi cuerpo y no encontraste nada. Quizás estoy diciendo la verdad. Quizá nunca salí de ese sótano.—

—¿Y la pluma?—

Una pausa mínima. —Tal vez tú mismo la moviste y se te olvidó. Pareces… estresado.—

El tono burlón me tensa la mandíbula. Ganó y lo sabe. No puedo probar nada. *Ona menya unichtozhit*. Ella va a destruirme.

Cierro la puerta de un portazo al salir y activo todas las cerraduras. En el pasillo, me detengo.

Ella se metió en mi despacho. Sé que lo hizo, pero no puedo probarlo. Se quedó desnuda frente a mí y de alguna manera mantuvo el control. No era yo el que mandaba en esa habitación. Era ella, desnuda, revisada y aún así ganando. El expuesto era yo.

8 - Sofia

El vestido llega acompañado de un collar.

La seda roja se derrama sobre mi cama como sangre derramada, la tela tan fina que es prácticamente transparente. A su lado reposa un delicado collar de oro; su cadena, tan sutil como una telaraña hasta que notas el candado. De esos que necesitan la llave de otra persona.

Han pasado horas desde que encontró evidencia de mis paseos nocturnos. Horas de sus ojos pálidos siguiendo cada uno de mis suspiros, buscando grietas en mi actuación. Horas de desvíos cuidadosos, interpretando a la princesa confundida que no podría abrir candados ni desactivar cámaras.

Y ahora, esto.

Levanto el collar y encuentro exactamente lo que sospechaba: un localizador de grado militar, incrustado en el oro. El mensaje es claro: esta noche no asisto a una reunión de la bratva. Esta noche, me exhiben como su pertenencia.

La seda se desliza sobre mi piel como el agua. Está cortado para mostrar mucho más de lo que oculta, el escote cae peligrosamente profundo, la espalda completamente descubierta salvo por finísimas cadenas doradas. Cuando me muevo, el vestido se desplaza como humo, dejando toda mi pierna expuesta por una abertura que sube peligrosamente alto. Debió mandar a alguien a tomar mis medidas mientras dormía.

La puerta se abre sin previo aviso. Alexei aparece en el umbral con un traje negro que hace que sus ojos pálidos luzcan como hielo invernal. Su mirada recorre mi cuerpo lentamente, y lo siento como si sus manos me tocaran.

—Date la vuelta —ordena en voz baja.

Obedezco, dejando que vea lo poco que queda del vestido por detrás. Escucho cómo suelta el aire de golpe, siento el peso de su mirada sobre mi espalda desnuda.

—El collar —dice, su voz más áspera ahora—. Ven aquí, kotyonok.

Sus dedos apartan mi cabello, dejando mi cuello expuesto. El peso del collar se asienta contra mi garganta, el metal frío que comienza a entibiarse al contacto con mi piel. El candado hace clic con una decisión final.

Sus manos quedan un momento en mi nuca, sus pulgares acarician la piel sensible justo bajo mi cabello. Cada caricia dispara chispas por mi espalda, endureciendo mis pezones bajo la tela delgada.

—Perfecta —murmura, su aliento caliente contra mi oído—. Te ves exactamente como lo que eres.

—¿Y qué soy?

Su pulgar recorre el límite entre el metal y mi piel.—Propiedad.

La palabra hace que el estómago se me retuerza, vacío y hambriento.

En el auto, su mano reclama mi muslo, sus dedos se extienden posesivos sobre la seda. Su pulgar traza círculos desesperantes, cada giro manda calor directo entre mis piernas.

—Recuerda las reglas —dice, con la mirada en el frente pero toda su atención puesta en mí—. No hablas con nadie a menos que yo lo permita. No miras a nadie directamente. Eres una princesa Rosetti rota, completamente conquistada, sabiendo cuál es su lugar.

—¿Y si alguien me habla?

Su mano se endurece, dedos clavándose en mi carne suave.—No lo harán. Saben a lo que se arriesgan.

—¿Pero si lo hacen?

Entonces se vuelve hacia mí, y algo depredador en su expresión me corta la respiración.—Entonces yo me encargaré.

La forma en que dice “encargar” me hace pensar en sangre sobre mármol, en huesos quebrándose bajo sus manos. Me estremezco solo de imaginarlo reaccionando así ante sus propios hombres por mí.

—¿Por qué exhibirme públicamente? —pregunto, dejando que la curiosidad real se asome—. Si sospechas que oculto algo, ¿por qué arriesgarte?

Su sonrisa es tan filosa como el invierno.—Porque a veces la mejor manera de sacar los secretos de alguien es aplicando la presión adecuada en público. Te controlas perfectamente cuando estamos solos, sofiyushka. Pero rodeada de mi gente, usando mi collar, actuando como mi pertenencia, ¿cuánto tiempo durará ese control perfecto?

No se equivoca. El peso del collar, el vestido que me hace sentir desnuda, su mano en mi muslo, todo me mantiene desequilibrada. Mis pezones están duros, visibles bajo la tela fina, y sé que él lo nota.

La opulencia de la propiedad abruma los sentidos: candelabros de cristal descomponiendo la luz sobre pisos de mármol, hombres en trajes haciendo negocios en rincones. El aire huele a puros cubanos.

Las conversaciones mueren en cuanto entramos. Todas las miradas se clavan primero en mi collar, luego en el vestido indecente, luego en la mano de Alexei, extendida con posesión sobre la parte baja de mi espalda. Ven exactamente lo que él quiere que vean: Sofia Rosetti, conquistada, luciendo la marca Volkov en la garganta.

Permanezco callada a su lado mientras él hace negocios, desempeñando el ornamento perfecto mientras memorizo cada detalle. Nombres, ubicaciones mencionadas, quién habla con quién. El collar se mueve con cada respiro, recordándome constantemente mi papel. Otras mujeres lucen joyas, pero ninguna la propiedad tan descaradamente.

Capto susurros en ruso: *su mascota, completamente rota, mira cómo ni siquiera pelea*. Debo esforzarme en mantener mi expresión neutral, en que no noten que entiendo cada palabra. Cada comentario moja aún más mi entrepierna, enredando vergüenza y deseo. Si supieran que los entiendo, si Alexei sospechara… Mi comprensión del ruso es un secreto tan valioso como mis habilidades de combate.

Después del tercer trago de la noche, todo cambia.

Un teniente se acerca, borracho y tambaleante. Sus ojos recorren mi cuerpo como si fuera carne en el mercado, deteniéndose en donde mis pezones se marcan contra la seda.

—La famosa Sofia Rosetti —balbucea, acercándose más de lo apropiado. Su aliento apesta a vodka—. Alexei, qué suertudo eres. Cuando termines de domarla, ¿tal vez podríamos hablar de hacer algún arreglo para compartir?

Su mano agarra mi trasero con fuerza, los dedos hundiéndose en mi carne a través de la tela fina.

Mi cuerpo reacciona por puro instinto. Mi mano vuela hacia su muñeca, los dedos encontrando los puntos de presión para hacer una llave articular que lo haría caer gritando. Estoy a un latido de

romperle el hueso cuando mi cabeza reacciona y fuerzo a que mi mano se relaje en su lugar.

Pero Alexei lo vio. Sus ojos pálidos siguen el movimiento de mis dedos posicionados hasta mi rostro, notando el ángulo preciso que elegí, la forma perfecta. Está recalculando todo.

El salón de baile ha quedado en silencio, todos mirando para ver cómo Alexei maneja la ofensa de su teniente.

—Tork —dice Alexei suavemente, con la muerte en la voz—. ¿Mencionaste algo sobre compartir?

El teniente borracho asiente, demasiado ebrio para reconocer el peligro.—Solo lo decía como entre hermanos—

—Permíteme compartirte yo algo, mejor.

Alexei agarra la mano de Tork, la que me tocó, y la alza para que todos la vean.

—Esta mano tocó lo que es mío —anuncia—. Quiero ser muy claro. Ella es mía. No nuestra. No negociable. Mía.

El primer dedo se rompe con un crujido húmedo. Tork grita.

—Este dedo la tocó. —¡Crac! El dedo medio se dobla hacia atrás, el hueso atraviesa la piel.

—Y este también. —El anular sigue el mismo destino, sangre goteando sobre el mármol.

Cada fractura hace que mi sexo se tense, la humedad empapando mi ropa interior. Estoy enferma, rota, excitándome por la violencia hecha en mi nombre.

—Cada. —Crac.—Maldito. —¡Snac!—Dedo.

El meñique se rompe al final. Tork se derrumba, sollozando y sosteniendo su mano destrozada.

—Pídele disculpas —ordena Alexei—. Besa su zapato y suplica su perdón.

Tork se arrastra hacia mí, dejando un rastro de sangre. Yo me mantengo inmóvil mientras él presiona sus labios contra mi tacón, murmurando disculpas. El salón observa en absoluto silencio.

—¿Alguien más —Alexei se dirige a la sala, su mano regresando a mi espalda— piensa que lo que es mío está disponible para discusión?

Silencio.

—Bien. Limpien esto.

Mientras seguridad arrastra a Tork, Alexei se inclina, sus labios rozan mi oído.—¿Te gustó, kotyonok?

—No disfruto la violencia —miento, aunque mis pezones están tan duros que duelen y mi ropa interior está completamente empapada.

Su risa oscura me estremece.—Tu cuerpo dice otra cosa. Tus pupilas están dilatadas. Tu respiración, agitada. —Su voz baja.—Te estás escurriendo de ver cómo lo destruí solo por atreverse a tocarte.

El calor me arde en la cara porque tiene razón. Mi sexo late de necesidad, vacío y dolorido por su brutal despliegue de posesión.

Me arrastra por pasillos de mármol, pasando junto a guardias que estudian las paredes al vernos pasar. Una puerta se abre para revelar un estudio privado lleno de madera oscura, cuero y peligro.

Apenas registro el seco chasquido de la cerradura detrás de nosotros antes de que las manos de Alexei estén sobre mí—una se cierra firme alrededor de mi garganta, por encima del collar, la otra se enreda en mi cabello sobre el cuero cabelludo, inclinando mi rostro hacia arriba hasta arquear mi espalda y forzarme a encontrar sus ojos pálidos como el invierno.

—Esa llave articular —gruñe—. Forma perfecta, precisión militar. ¿Dónde aprendió una princesa como usted algo así?

Mi pulso late salvaje contra su palma. Aspiro aire con dificultad, buscando esa expresión sumisa y vacía que me ha protegido hasta ahora, pero él no se deja engañar. No ahora. No después de lo que vio.

—No sé de qué—

Me interrumpe con una risa cruel, negando con la cabeza como si fuera una gatita traviesa que ha mordido demasiado fuerte.—Vuélveme a mentir y haré que Tork te parezca afortunado. —Su otra mano recorre la línea de mi cuerpo, subiendo el vestido hasta que la seda se agrupa en mis caderas. En un solo movimiento, mete los dedos bajo el elástico de mi ropa interior, encuentra el calor entre mis piernas y aparta el último pedazo de dignidad.

Es brusco, deliberado, como si hubiera estado imaginando esto cada noche desde que me tomó. Dos dedos gruesos se hunden en mí de golpe, sin advertencia. El estiramiento es repentino y obsceno, y mi cuerpo—traidor, traidor, traidor—recibe la invasión con un calor resbaloso que cubre su mano.

—Tu boca miente —escupe, hundiendo sus dedos más profundo —, pero tu coño dice la verdad.

Aprieto los labios, luchando por contener el gemido entre mis dientes. No le pienso dar el gusto. Pero él no se detiene, curva los dedos justo así, rozando ese punto que hace que me tiemblen las rodillas. La mano en mi garganta me sostiene, me mantiene enclavada en mi sitio mientras tortura mi cuerpo sin compasión. Su pulgar rodea mi clítoris, lento al principio, luego más rápido, luego una caricia apenas perceptible que me deja jadeando y desesperada.

—La verdad —dice él, marcando cada palabra con una embestida que hace que chispas recorran mi columna—. ¿Dónde aprendiste a pelear?

—Mis hermanos —logro decir entrecortadamente. Técnicamente es cierto— Nico y Dante, sobre todo, me entrenaron en defensa personal, lo básico de ser heredera de la mafia. Pero eso no es lo que él está preguntando, y ambos lo sabemos. Hay algo en mi agarre, en mi postura, en la forma en que casi le rompí la muñeca a Tork con precisión quirúrgica. Algo que nunca quise que él viera.

Él reduce el ritmo, se acerca hasta que sus labios rozan la concha de mi oído. —Intenta de nuevo, sofiyushka. Tus hermanos te enseñaron a disparar, tal vez a lanzar un golpe. ¿Quién te enseñó a matar?

Es como si pudiera ver directamente el catálogo de rostros en mi memoria: los entrenadores, los tutores, el ejecutor que le enseñó a una niña de doce años a desarmar a un hombre adulto antes de que pudiera cortarle el cuello. Pero no digo nada. Me niego a entregarle mis secretos.

Mueve la mano, encuentra un ritmo que debería ser ilegal, sus dedos me follan cada vez más rápido, su pulgar tortura mi clítoris hasta que mis caderas se sacuden involuntariamente, buscando el placer incluso mientras mi mente intenta negarlo. Los sonidos húmedos son obscenos en el silencio de la biblioteca.

—No es suficiente —gruñe, mordiendo las palabras contra mi cuello—. La protección no enseña llaves articulares tan precisas.

Sus dedos se curvan otra vez, y gimo, con el orgasmo acercándose, letal y brillante. Entonces reduce el ritmo, solo lo justo para mantenerme temblando, para mantenerme deseando más.

—Vas a correrte para mí —dice, y no es una petición, no es una seducción, es una orden—. Vas a venirte en mis dedos usando mi collar, después que cincuenta hombres vieron cómo te marqué como mía. Y después vas a contarme todo.

No se detiene, me lleva aún más alto, hasta que tiemblo en su agarre, tan mojada que puedo escuchar cómo empapo su mano con cada embestida. Estoy desesperada, aferrándome al último hilo de compostura mientras él me empuja cada vez más cerca del borde.

—Dilo —ordena—. Di quién eres realmente.

—Yo soy— —mi voz apenas es un suspiro. Intento resistirme, pero añade un tercer dedo, la apertura casi demasiado, y el dolor-placer rompe mis defensas.

—Dilo —repite, follándome sin compasión.

—Yo soy— —las palabras mueren en mi garganta cuando me golpea el orgasmo, violento y punzante, el placer blanco y ardiente irradiando desde mi centro hasta la punta de mis dedos. Me muerdo su hombro, ahogando mi grito contra la lana fina, probando la tela costosa mientras me estremezco y convulsiono alrededor de su mano.

Él me sostiene en pie, ahora suave, cargando mi peso mientras tiemblo con las réplicas del placer. Su rostro está a centímetros del mío, y en su mirada hay algo como respeto, mezclado con el hambre de siempre.

Retira los dedos lentamente, haciéndome gemir por la pérdida. Luego, sin romper el contacto visual, se los lleva a la boca y los chupa, su lengua recorriendo cada centímetro.

—Tienes sabor a secretos —dice, y luego presiona esos mismos dedos contra mis labios—. Pruébate. Sabe lo que tu cuerpo confiesa aunque tu boca no quiera.

Abro los labios, permitiendo que introduzca sus dedos profundamente en mi boca. Me saboreo en su piel, ácido y vergonzoso. Mi lengua se mueve contra sus dedos sin permiso, y su verga se endurece visiblemente contra sus pantalones costosos.

—El entrenamiento de protección de tus hermanos —reflexiona, follando mi boca con sus dedos, usándolos para girar mi rostro hacia la luz—. ¿Esa es tu historia?

Asiento con la cabeza, sus dedos aún en mi boca, aparentando estar sobrepasada aunque mi sexo ya se contrae, ansiosa por más.

Retira los dedos, deslizándolos por mi mentón, mi garganta, dejando una estela húmeda que me estremece.

—Hay más —afirma con certeza—. Sobre lo que eres realmente debajo de esta máscara de princesa.

Se acerca, sus labios rozan mi oído. —Voy a arrancar cada secreto, capa por capa, hasta encontrar a la verdadera tú. Y cuando lo haga, vas a rogar por contarme todo lo demás, solo para sentir mi verga dentro de ti.

La promesa hace que mi sexo palpite aunque la rabia revolotee dentro de mí. Él piensa que me posee. No tiene idea de que yo elegí esto, que estoy reuniendo información incluso mientras mi cuerpo me traiciona.

—Arréglate el vestido —ordena, retrocediendo y acomodando esa erección tan evidente—. Tenemos otra hora, y vas a actuar como la princesa conquistada perfecta. Todos los hombres allá afuera necesitan verte completamente reclamada, oliendo a sexo y sumisión.

Aliso la seda con manos temblorosas. Huelo a deseo, a vergüenza y necesidad desesperada. El collar pesa más ahora, cálido por el calor de mi piel enrojecida.

—Ah, y Sofia —pausa en la puerta—. La próxima vez que te corras, quiero escuchar mi nombre. Alexei.

Me deja allí, con las piernas temblorosas, el sexo aún apretando alrededor de la nada, tratando de entender cómo se supone que debo recolectar información cuando mi cuerpo lo desea como si fuera una droga.

Tratando de no pensar en cuánto deseo que haya una próxima vez.

9 - Alexei

Todavía puedo saborearla.

Han pasado dos días desde la gala. Dos días desde que la arrastré a ese despacho, metí la mano entre sus muslos y la hice venirse en mis dedos mientras un centenar de personas bailaba en la habitación de al lado. Dos días evitando mi mirada en los pasillos, dos días mandándole la comida a su cuarto porque se niega a bajar. Dos días repitiendo todo en mi mente como un disco rayado que no puedo apagar.

El calor resbaloso de su cuerpo. La manera en que se apretó contra mis dedos cuando los curvaba justo como le gustaba. Ese jadeo que intentó tragarse pero que no pudo contener. Y después, cuando aparté mi mano y lamí mis dedos limpio frente a ella, destrozada, furiosa y todavía temblando.

Tenía el sabor a miel y venganza y algo tan único de Sofia que no logro sacar de mi cabeza.

No la he tocado desde entonces. No confío en mí mismo para estar cerca sin hacer alguna estupidez. Algo que pondría en riesgo todo lo que he construido durante once años.

Estoy de pie junto a la ventana de mi estudio, viendo cómo la luz de la mañana se cuela por Chicago. A la ciudad no le importa mi obsesión. No le importa que cada vez que cierro los ojos vea su cara cuando se vino, esa grieta perfecta en su armadura, la forma en que se mordió los labios hasta hacerse sangrar para no gritar mi nombre.

Hoy tengo dos objetivos. Primero, averiguar quién es realmente. Esa llave articular en la gala no fue cosa de aficionados. La forma en que se mueve, cómo se sostiene, está entrenada. Realmente entrenada. Necesito saber hasta qué punto.

Segundo, ponerle una trampa. Plantar información. Ver si llega a los Rosetti. Si de alguna manera está comunicándose con su familia, lo sabré. Y entonces...

Entonces me encargaré de ello.

Apuro mi café, la amargura no logra borrar el sabor fantasma de ella.

Es hora de ver qué escondes, kotyonok.

Mi sala privada de entrenamiento está en la parte trasera del complejo, separada de donde entrenan mis hombres. Este es mi espacio. Tapetes en el piso, armas expuestas en las paredes, espejos que muestran cada ángulo. El lugar donde resuelvo problemas a golpes cuando pensar no me basta.

Hago que la traigan aquí sin explicación. Entra con otro vestido de algodón sin forma, descalza, el cabello recogido en una sencilla cola de caballo. Sus ojos recorren el lugar de inmediato, notándolo todo. Reflejos de soldado, no de princesa.

La áspera tela se mueve mientras camina y me obligo a no pensar en lo que hay debajo. O en lo que no hay. El recuerdo de revisarla, de no encontrar nada bajo ese vestido destrozado, me arde en la mente antes de poder detenerlo.

—¿Qué es esto? —pregunta, con la voz perfectamente neutral.

—Sala de entrenamiento.

—Eso lo puedo ver. ¿Por qué estoy aquí?

—Vas a mostrarme lo que sabes hacer.

Inclina la cabeza, fingiendo inocencia con los ojos abiertos de par en par. Su actuación sería convincente si no la hubiera visto casi partirle la muñeca a un hombre con técnica perfecta. —No sé de qué hablas.

—En la gala. —La rodeo despacio, observando cómo sigue mis movimientos sin girar la cabeza. El leve aroma de ella, floral mezclado con algo más oscuro, me llega. —La forma en que te moviste cuando Tork te agarró. Mi teniente. La llave articular en la que casi lo pusiste antes de contenerte.

Mantiene el rostro inocente, esa negación que domina tan bien. —Clases de defensa personal. Mis hermanos pensaron…

—Basta. —Ahora estoy delante de ella, lo suficientemente cerca como para oler ese aroma floral que se adhiere a su piel a pesar del algodón áspero. —Estoy cansado de esa mentira. Muéstrame, o haré que me lo muestres.

—¿Eso es una amenaza?

—Es una promesa.

La ataco sin previo aviso. No a toda velocidad, no para lastimarla, solo intento agarrarle la muñeca para probar sus reflejos.

Bloquea. Puro instinto. El movimiento es limpio, eficiente, entrenado. Su brazo desvía el mío con una economía de movimiento que requiere años de práctica.

Nuestras miradas se cruzan. Veo el momento en que nota lo que acaba de revelar.

—Otra vez —digo.

Esta vez voy con más fuerza. Amago por la izquierda y luego un intento real por la derecha. Ella evade, redirige mi impulso, crea distancia entre los dos. Nada de movimientos innecesarios. Sin pánico. Solo una gracia fluida que habla de práctica hasta que el cuerpo responde automáticamente. Nuestra respiración llena la sala, la suya controlada, la mía cada vez más agitada.

¿Quién diablos te entrenó?

Aumento la presión. Poniendo a prueba sus límites, encontrando los bordes de su habilidad. Ella se defiende, nunca ataca, pero su defensa es impecable. Sabe exactamente dónde estar para que mis golpes no la alcancen por centímetros. Lee mi lenguaje corporal como si fuera un libro abierto.

Cuando intento barrerle las piernas, cae pero rueda de inmediato y se levanta lista. La alfombra suena bajo su palma al levantarse de un salto. El vestido se sube mientras se mueve, dejando ver el muslo pálido, y me descubro siguiéndole el movimiento. Cuando la agarro por detrás, el brazo sobre su garganta, baja su peso, lanza un codazo a mis costillas que de verdad me arranca un gruñido y se zafa.

Ambos respiramos agitados ahora, el sonido rebotando en los espejos. Sudor brilla en su sien, la hace oler a esfuerzo y ese maldito aroma floral, ahora más intenso con su calor. El vestido sin forma se le pega en partes donde antes no lo hacía, el algodón se adhiere a su cuerpo por el sudor en lugares que me dejan la boca seca.

Y carajo, verla moverse así, precisa, letal y aún conteniéndose, me pone más duro que en la gala.

—Deja de jugar conmigo —gruño, secándome el sudor de la frente —. Muéstrame lo que realmente tienes.

Algo cambia en sus ojos. Es una decisión. Una máscara que cae.

Ataca.

La velocidad me toma por sorpresa. Un segundo está allí, a la defensiva; al siguiente, viene hacia mí con la intención de lastimar. Un golpe directo a mi garganta que apenas logro bloquear, su mano

como una cuchilla que habría destrozado mi tráquea si hubiera acertado.

Una rodilla va directo a mi entrepierna. Giro, recibo el golpe en el muslo, pero la fuerza igual logra hacerme tambalear. Un codo roza mi mandíbula antes de que pueda recuperarme por completo, haciéndome lanzar la cabeza hacia atrás. Siento el sabor a cobre, la sangre tibia cubriendo mis dientes.

Ahí está.

Sonrío, seguramente luciendo trastornado con la sangre en los dientes. —Ahí está mi chica.

Las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas, y veo cómo sus ojos se abren un poco. Pero no las retiro. No puedo.

Ahora peleamos de verdad. Sin más pruebas, sin contenernos. Cuerpos chocando, forcejeando, luchando por dominar. El sonido de nuestras respiraciones entrecortadas se mezcla con el golpeteo de piel contra piel, el chirrido de pies descalzos sobre tatamis. Es rápida, más que la mayoría de mis hombres, y su técnica es impecable. ¿Fuerzas especiales? ¿Entrenamiento de inteligencia? ¿Algo completamente distinto?

El vestido limita un poco sus movimientos, pero se ajusta, usándolo a su favor, dejando que oculte su verdadera posición hasta el último instante. Cuando luchamos cuerpo a cuerpo, soy muy consciente de cada centímetro de ella. El calor de su piel a través del fino algodón, la manera en que la tela se desliza, lo que revela y esconde con cada movimiento.

Pelea con la misma violencia precisa que mató a mi hermano. Ese pensamiento debería hacer que la odie aún más. No lo logra.

Soy más fuerte y tengo más alcance, pero ella usa mi tamaño en mi contra. Cuando me extiendo demasiado para agarrarla, ya está moviéndose, usando mi impulso para desequilibrarme. Cuando intento inmovilizarla, encuentra el hueco en mi agarre y lo aprovecha.

Dios, es magnífica. Toda esa gracia letal envuelta en algodón, sudor y furia.

Finalmente le tomo el brazo, uso mi peso para girarla, la estrello contra la pared de espejos y luego la atraigo hacia mí. Su espalda pegada a mi pecho, mi antebrazo cruzando su clavícula, ambos jadeando. Puedo sentir su corazón golpeando fuerte contra mi brazo.

Siento la curva de su trasero pegada al mío. El calor de su piel quema a través del algodón fino, y soy consciente de lo poco que nos separa.

—¿Quién te entrenó? —mi voz suena áspera en su oído.

No responde, pero siento el leve cambio en su peso. Probando. Siempre probando.

Estoy duro contra su trasero y sé que puede sentirlo. La pelea, su habilidad, el calor de su cuerpo, todo se mezcla en algo que no puedo controlar.

—¿Quién te entrenó, Sofia?

—Mi familia.

—¿Cuál de ellas?

—Todas.

La giro de nuevo, ahora queda frente a mí. Le sujeto las muñecas contra el espejo, arriba de su cabeza. La piel bajo mis palmas es suave, delicada, en contraposición con la fuerza que acabo de sentir. Empujo mi muslo entre sus piernas, y me digo a mí mismo que es por control, no porque necesite sentir su calor contra mí.

—Peleas como una asesina.

—Peleo como una sobreviviente.

—En nuestro mundo, es lo mismo.

Su pecho sube y baja con cada respiración. Sus labios están entreabiertos. Tiene un corte en el pómulo donde probablemente la alcancé con mi codo, una línea delgada de sangre que la hace lucir salvaje. Peligrosa.

Quiero lamer esa sangre de su rostro. Quiero arrodillarme aquí mismo y saborearla como se debe. Quiero follarla contra este espejo hasta que ninguno de los dos pueda mantenerse en pie.

—Si puedes pelear así —digo en cambio, luchando por mantener el control—, ¿por qué no has intentado matarme?

Se queda inmóvil. Observo su pulso saltar en su garganta.

—Has tenido oportunidades. El cuchillo en el sótano. Hace un momento, pudiste haberme destrozado la tráquea con ese golpe si te hubieras decidido por completo.

—Quizá no quiero verte muerto.

—¿Por qué no?

Sus ojos se encuentran con los míos, y hay algo crudo allí. Algo real. —Quizás necesito respuestas que sólo tú puedes darme.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, cargadas de posibilidades que no quiero analizar.

Suelto sus muñecas, retrocedo antes de hacer alguna estupidez. Mi autocontrol pende de un hilo y ambos lo sabemos.

—Límpiate —logro decir, la voz más áspera de lo que pretendo—. Te espero en mi estudio en veinte minutos.

Me voy antes de que pueda responder, antes de que la visión de ella contra ese espejo, roja y peligrosa, me haga olvidar por qué se supone que debo odiarla.

En la regadera dejo que el agua fría castigue mi piel, tratando de borrar la sensación de ella apretada contra mí, el aroma de su sudor y su calor. No funciona. Nada funciona. Ahora ella está marcada a fuego en mis sentidos.

Veinte minutos después, estoy sereno. Cambiado. El sabor de ella relegado al recuerdo, donde debe estar. Casi.

Ella llega con un vestido limpio, aún de algodón sin forma porque soy así de mezquino, pero de nuevo le hizo algo. Se ceñió la cintura con una tira de tela. Lo hizo suyo, como todo lo que toca.

—Siéntate.

Ella toma la silla frente a mi escritorio. El bonsái está entre nosotros, recién podado, la tierra aún húmeda tras el riego.

—Peleas como alguien que ya ha matado antes.

—¿Eso es una pregunta?

—Es una observación. —Sirvo dos vasos de vodka, deslizo uno hacia ella—. Bebe.

Ella lo toma, da un sorbo, y ni siquiera se estremece. Por supuesto que no lo hace.

—Mis hombres están preocupados por ti —digo.

—Tus hombres tienen miedo de mirarme.

Tomo mi propia copa, dejo que el ardor me centre. —Pero hablan. Piensan que eres una debilidad. Que estoy… comprometido.

—¿Lo estás?

—Lo estoy decidiendo.

Ella deja su vaso sobre la mesa con un suave clic. —¿Qué quieres, Alexei?

Mi nombre en sus labios todavía me provoca cosas que no deberían. —Quiero matarte. Pero primero quiero entenderte. Qué eres. Qué haces aquí.

—Ya te lo dije…

—Me has dicho mentiras envueltas en medias verdades. Ya me cansé de eso. —Me inclino hacia adelante, saco un archivo de mi

cajón—. Así que esto es lo que va a pasar. Voy a darte algo. Información. Y tú te vas a quedar sentada y vas a aceptarlo.

Deslizo el archivo por el escritorio. Ella lo abre, y observo su rostro cuidadosamente. Fotos, manifiestos de embarque, nombres, fechas. Todo inventado, pero ella no lo sabe.

—Los Barones —digo, manteniendo la voz neutral—. Están planeando un movimiento contra tu familia. Dentro de tres semanas. Un embarque llegará al puerto, armas, suficientes para armar a un pequeño ejército. Los alemanes los están apoyando.

Ella lee más rápido ahora, los ojos recorriendo la información falsa que pasé toda la mañana creando. La trampa meticulosamente puesta entre documentos legítimos para que sea creíble.

—¿Por qué me muestras esto?

—Porque quiero que entiendas algo. Los Rosetti tienen enemigos por todos lados. Tus hermanos están peleando una guerra en tres frentes, y la están perdiendo.

—No estamos perdiendo.

—Están sangrando. Despacio. Ese tipo de sangrado que no notas hasta que ya estás muerto. —Tomo de nuevo el archivo, observo cómo sus dedos tiemblan, como si quisiera agarrarlo—. Podría ayudarte. O podría ver cómo caen.

—¿Qué quieres a cambio?

—Todavía no lo decido.

La carnada está puesta. El lugar, la fecha, los involucrados, todo falso pero lo suficientemente creíble para que, si los Rosetti actúan, sabré que ella encontró la manera de comunicarse. Sabré que todo este tiempo me ha estado jugando.

—Puedes irte.

Ella se pone de pie, pero se detiene en la puerta, una mano en el marco. —Los Barones. Si lo que dices es verdad, ¿por qué decírmelo? ¿Por qué no dejar que pase?

—Quizá no estoy listo para que mueras todavía.

—¿Porque no has terminado de jugar conmigo?

Cruzo la mirada con ella, desde el otro lado del cuarto. —Cuando mueras, será por mi mano.

Sostiene mi mirada durante un largo momento, algo indescifrable en esos ojos azules. Luego se va, dejándome con un vaso vacío y una trampa que demostrará su culpabilidad o su inocencia.

De cualquier forma, tendré mi respuesta.

El estudio se siente demasiado silencioso después de que ella se va. Vierto otro vodka pero no lo bebo, solo sostengo el vaso mientras miro el bonsái.

Treinta años de paciente formación. Mi abuelo lo empezó, mi padre continuó, después Mikhail, y ahora es mío. Cada corte es deliberado, cada decisión afecta años de crecimiento futuro. No puedes apresurarlo. No puedes forzarlo. Hay que trabajar con lo que el árbol quiere ser, guiarlo poco a poco hacia algo hermoso.

Hago un pequeño corte en una rama, apenas un suspiro de las tijeras. Para el próximo año, esto cambiará todo el equilibrio del árbol. Paciencia.

Pero mis manos tiemblan levemente al dejar las tijeras, y sé por qué.

El recuerdo de la gala regresa sin invitación. Su jadeo cuando mis dedos la encontraron. La manera en que se arqueó buscando mi mano incluso mientras me insultaba. El calor húmedo, el temblor de sus paredes alrededor de mis dedos, cómo se rompió en mis brazos pero nunca se quebró. La textura de su piel bajo mis manos cuando hoy le sujeté las muñecas, suave sobre acero.

Y su sabor. Dios, su sabor. Dulce y sal y furia femenina que no logro quitarme aunque beba todo el vodka del mundo.

Cierro los ojos, me permito recordarla solo un momento. La forma en que se veía en la sala de entrenamiento, letal y grácil y magnífica. —Ahí está mi chica —le dije, y lo decía en serio. Mía. Aunque vaya a destruirme.

Pienso en la trampa que he tendido. En las próximas tres semanas, o los Rosetti actúan sobre la información falsa y tendré mi prueba, o no lo hacen y tendré que aceptar que quizá ella es exactamente lo que dice, una princesa secuestrada haciendo lo mejor en una situación imposible.

Una parte de mí espera que tome la carnada. Sería más sencillo. Más limpio. Podría matarla por traicionarme y seguir adelante.

Pero la parte más grande, la que todavía puede saborearla en mi lengua, la que se endurece solo de pensar en ella presionada contra ese espejo, esa parte espera que no lo haga. Esa parte quiere que esté aquí por algo completamente diferente. Algo que no tiene nada que ver con la lealtad familiar y todo que ver con la forma en que dijo que necesita respuestas que solo yo puedo darle.

Tomo de nuevo las tijeras, hago otro corte minúsculo. El bonsái no se estremece, no protesta. Acepta la formación, se convierte en lo que yo lo guío a ser.

Sofia no es un bonsái. Es algo salvaje que trato de contener, y ella me está formando tanto como yo intento controlarla.

Algunas cosas toman tiempo, me digo, dejando a un lado las tijeras.

Y algunas cosas valen la pena esperar.

Aunque al final te destruyan.

10 - Sofia

Espero hasta las 2 de la mañana, cuando el recinto se sumerge en su silencio más profundo. La oscuridad aprieta contra mis ventanas como si tuviera vida propia. He estado siguiendo los patrones de los guardias solo por el sonido: pasos en el pasillo, el murmullo lejano de voces cambiando de turno, el zumbido mecánico de cámaras girando en sus soportes.

La seguridad está más estricta ahora. Guardias duplicados. Cámaras monitoreadas constantemente, o al menos eso cree él.

Pero yo me aprendí los ritmos del recinto como el latido de un amante. El guardia que fuma a las 2:15, cigarros turcos que perfuman el aire con clavo, se va de su puesto exactamente siete minutos. La cámara en el pasillo este que tiene un desfase de cuatro segundos cuando gira, el zumbido mecánico apenas audible. La entrada de servicio que tiene alarma pero no vigilancia, su luz roja parpadea como un ojo adormilado.

Esta noche, me muevo.

El ganzúa se desliza desde mi cabello—aleación de titanio, tan delgada como una tarjeta de crédito, tibia por el calor de mi cuerpo. El regalo de Milo se siente como salvación entre mis dedos. Mis pies descalzos no hacen ruido en el mármol frío, cada paso calculado, el peso distribuido como me enseñó Nico. El piso es hielo contra mi piel, entumecedor, pero abrazo la incomodidad. Me mantiene alerta, me impide pensar en cómo las manos de Alexei se sentían lo bastante calientes como para dejar marca.

Por los pasillos que me memoricé, pasando junto al guardia dormido. Otro distinto al de antes—noto el cambio de rotación, lo guardo en la memoria. Sus ronquidos huelen a vodka. La alarma de la entrada de servicio se desactiva con un truco que Nico me enseñó hace años, mis yemas encuentran los puntos justos de presión en el teclado.

Tomo la chaqueta de un guardia de un gancho—cuero y humo de cigarro, demasiado grande pero necesaria—y me la pongo sobre el

vestido de algodón. El peso me recuerda las manos de Alexei en mis hombros después del sparring de ayer, posesivas y reclamando lo que es suyo.

A la fría noche de Chicago. El concreto muerde mis pies desnudos, filoso y entumecedor. Mi aliento se condensa en el aire y saboreo el escape del auto y la lluvia lejana. Sirenas aúllan en algún lugar al sur—otra noche en la ciudad que nunca duerme de verdad. Cada paso alejándome del recinto se siente como traición. Cada paso también se siente como libertad.

Mi cuerpo late con el recuerdo de sus dedos dentro de mí, la forma en que me tocó como si solo él supiera afinarme. Incluso ahora, incluso escapando, sigo mojada de solo pensarlo.

Un estacionamiento, a una milla del recinto. Llego en doce minutos, pegada a las sombras que huelen a orina, evitando las cámaras que barren arcos predecibles. Mis pies están ya completamente dormidos, dejando huellas de sangre en los parches más ásperos del concreto. Tercer nivel, esquina noroeste. Fluorescentes parpadeantes bañan todo de un verde enfermizo. Una SUV negra, luces apagadas, el motor haciendo tic-tic mientras se enfría.

Me acerco por el punto ciego—por costumbre. El concreto manchado de aceite está resbaloso bajo mis pies congelados. Toco dos veces la cajuela, espero, y toco una vez más. Nuestra vieja señal de cuando él me entrenó, cuando yo tenía doce años y creía que saber diecisiete maneras de matar a un hombre me hacía poderosa.

La puerta del conductor se abre con un suave clic.

Nico se desenrolla del asiento como un arma sacada de su funda. Uno noventa, músculo magro que habla de funcionalidad más que de apariencia, cabello negro cortado casi al ras militar. Se mueve con una economía letal, cada gesto deliberado. El hermano de en medio. El que me convirtió en esto—arma, espía, superviviente.

—Te ves hecha mierda —dice, sus ojos ya buscando heridas que no le muestro.

—Yo también te quiero —contesto.

Me jala para abrazarme—breve, feroz, sus brazos con cuidado como si pudiera romperme. Huele a aceite de armas y los caramelos de canela que mastica desde que dejó de fumar. Cuando me suelta, sigue evaluándome tácticamente. —¿Alguna herida?

Me arde la garganta con la presión fantasma, recordando el agarre de Alexei. —Estoy bien, Nico.

—Eso no fue lo que pregunté.

—Lo estoy manejando.

Su mandíbula se tensa, el músculo salta. Puedo ver el esfuerzo que hace por no meterme en la SUV y regresar directo al recinto. Por no entrar disparando y pintar las paredes de sangre rusa. Pero esa no es la misión. Le hice prometer—inteligencia primero, extracción solo si yo lo pido.

Me pasa un teléfono desechable—nuevo, todavía con ese olor a electrónica recién sacada de la caja. —Marco está perdiendo la cabeza. Quiere entrar al recinto a la fuerza.

—Marco siempre quiere entrar a la fuerza a todos lados.

—Dante es quien lo frena. Dice que confíe en ti. —Los ojos de Nico buscan los míos, color avellana bajo esta luz, firmes como la mira de un francotirador. —Confío en ti. Pero necesito saber que estás bien. Que de verdad estás bien.

Sus dedos estaban dentro de mí, Nico. Me deshice en sus brazos y quería más.

Las palabras mueren sin salir, se vuelven ceniza en mi lengua. En vez de eso, saco el papel doblado de dentro de mi vestido—notas hechas en papel higiénico con delineador, escritas en un código que solo nosotros entendemos. El papel está húmedo de sudor, el mío, por haberlo tenido pegado a mi piel durante la huida.

—Me llevó a una gala rusa. Hice un croquis del salón. —Mi voz se mantiene firme aunque mi cuerpo recuerde a Alexei rompiendo los dedos de Tork por tocarme. —Aliados de Volkov. Los Petrovs son de fiar—dinero viejo, lealtad vieja. Aliento a caviar y rencores de siglos. Pero la bratva Kuzmin tambalea. Vi a Viktor Kuzmin al teléfono toda la noche, alejándose de Alexei, evitando el contacto visual como perro apaleado.

Nico toma el papel, lo escanea con ojos que procesan datos tácticos como otros respiran. Su expresión se afila—entra el soldado. —¿Crees que los Kuzmin quieren pasarse de bando?

—Creo que están cubriéndose. Volkov ha estado obsesionado con su venganza contra nosotros. Las otras familias se están poniendo inquietas. Si pudiéramos acercarnos a Kuzmin discretamente…

—Ganar a uno de sus aliados. —La sonrisa que se dibuja en su boca es filosa como cualquier cuchilla.

—O al menos neutralizarlos.

No menciono la información sobre los Barone. La trampa es demasiado obvia—la reconocí enseguida como carnada falsa, sentí a Alexei mirándome leerla, esperando ver si la tomaba. La forma en que sus dedos tamborileaban en el escritorio, paciente como araña.

—¿Qué no me estás contando? —Nico me estudia con ojos que han visto demasiado, y hecho aún peor.

El estacionamiento está demasiado callado. Solo el zumbido lejano de la ventilación y el tic tic de los motores enfriándose. En algún lugar, una rata escarba en la basura. El silencio se estira hasta que escucho mi propio corazón, demasiado rápido, demasiado expuesto.

—Los Barone —digo con cuidado, saboreando cada palabra antes de soltarla—. Alexei me dio información de que se están moviendo contra nosotros. Envío de armas, en tres semanas.

Nico se queda completamente inmóvil. Ese tipo de quietud que precede a la violencia. —¿Y?

—Es falso. Una trampa. Me está probando para ver si tengo contacto externo.—

—¿Cómo lo sabes?

—Porque quería que lo supiera. Prácticamente me lo envolvió para regalo.— Nego con la cabeza, recordando cómo deslizó el expediente por su escritorio, esos ojos pálidos analizando cada microexpresión. —Alexei Volkov no regala ventajas. Si esa información fuera real, la utilizaría él mismo—nos dejaría caminar directo hacia una emboscada. El hecho de que me la entregara significa que es carnada. Carnada de novato.—

Nico exhala lentamente. —Qué listo de tu parte notarlo.—

—Aprendí de los mejores.—

—Aprendiste de Dante. Yo solo te enseñé a matar gente.—

El chiste cae como plomo entre nosotros, demasiado real para ser gracioso.

Nos quedan unos minutos antes de que el riesgo sea demasiado. No debería desperdiciarlos, pero…

—¿Cómo estás, Nico? De verdad.—

Él se encoge de hombros, el movimiento tan controlado como todo en él. —Igual que siempre. Evitando que Marco empiece guerras. Evitando que Luca las termine. Viendo a Dante fingir que está bien cuando no lo está.—

—¿Y tú?

—Estoy bien.—

—Eso no es una respuesta.—

Él deja escapar una risa—sorprendida, oxidada por la falta de uso. —Usando mis propias palabras en mi contra.—

—Tommy viene de visita el próximo mes —dice, cambiando el tema con habilidad—. Trae a su hermana. ¿Te acuerdas, de mi unidad?

—¿La que no dejaba de preguntar por ti en sus cartas?

—Preguntaba por la familia. Por el negocio.—

—Nico.— Veo cómo sus orejas se tiñen de rojo bajo la luz fluorescente. —Ella preguntaba por ti.—

Él desvía la mirada, súbitamente fascinado por una mancha de agua en el techo de concreto. Las puntas de sus orejas arden más, y algo en mi pecho se calienta al ver a mi letal hermano desarmado por la mención de una mujer.

Me lo guardo para molestarlo más tarde—si es que existe un después. Si esto algún día termina.

—Debo irme. Antes de que se den cuenta.—

Nico me agarra del brazo, su agarre firme pero cuidadoso. —Sof. Si esto se pone mal—si necesitas que te saquen, llamas. No me importa lo que diga Marco, ni la misión. Tú llamas, y yo voy por ti.—

—Lo sé.—

—Prométemelo.—

Pienso en el sótano, el cuchillo en mi garganta, la voz de Alexei diciendo *hoy, Sofia Rosetti muere*. Pienso en cómo no llamé entonces, en cómo mi cuerpo lo deseaba aunque la muerte pendía entre nosotros.

—Lo prometo,— miento, y las palabras saben a lodo.

El camino de regreso toma una ruta diferente—protocolo estándar, nunca usar el mismo trayecto dos veces. Mis pies ya no sienten nada, dejando rastros de sangre en el concreto que la lluvia matutina borrará. La chaqueta del guardia se mueve a mi alrededor, demasiado grande, llevando el fantasma de su dueño—colonia barata y cigarrillos aún más baratos.

Chicago respira a mi alrededor, ajena e indiferente. La ciudad suena distinta de noche—más honesta, más peligrosa. Cada sombra podría ocultar a alguien vigilando. Cada sonido podría ser pasos

siguiéndome. Mi cuerpo permanece alerta, entrenado, aunque mi mente gira de nuevo al complejo. A él.

Ahí está mi chica.

El recuerdo de su voz durante nuestra sesión de combate me invade, y mi cuerpo responde antes de que pueda detenerlo, la humedad acumulándose entre mis muslos. Incluso ahora, incluso después de entregarle información a mi hermano para condenarlo, lo deseo.

El complejo se alza frente a mí, una fortaleza disfrazada de civilización. Mi ruta de escape sigue liberada—la luz roja de la puerta de servicio parpadea, constante. Casi llego a mi cuarto cuando los pasos resuenan en el pasillo. Me congelo, cada músculo tenso.

Un guardia dobla la esquina, el haz de su linterna barriendo el lugar. Me pego a una puerta, me vuelvo sombra, me vuelvo nada. Mi corazón late con tanta fuerza que estoy segura de que me oirá. Pasa a menos de un metro de mí. Su aliento apesta a ajo. El haz de su linterna roza el borde de mi pie desnudo, se detiene.

Sigue de largo.

Espero treinta segundos que se sienten como treinta años. Luego me muevo, rápida y silenciosa. Entro a mi cuarto. Cierro la puerta con los dedos temblorosos. La chaqueta del guardia va al fondo del armario. La ganzúa vuelve a ocultarse en mi cabello, el metal tibio por mi mano.

A salvo. Por ahora.

Me acuesto en la cama, mirando el techo, pero algo se retuerce en mi pecho como una daga entre las costillas. El dato que pasé—la debilidad de los Kuzmin—siento que regalé algo valioso. No información estratégica. Algo personal. La forma en que las manos de Alexei tiemblan apenas perceptible cuando poda su bonsái, pensando en Mikhail. El dolor permanente en sus ojos cuando cree que no lo miro.

Cada dato que paso siento que es como cortar trozos de él. De nosotros. De esto que hay entre nosotros y que no sé a dónde va.

Él es el enemigo. Lo sé. El enemigo de mi familia. El hermano de Mikhail, buscando venganza por la sangre que derramamos.

Pero mi cuerpo no entiende de enemigos. Solo entiende el recuerdo de sus dedos dentro de mí, su voz ordenándome llegar, la forma en que le rompió los dedos a Tork por atreverse a tocar lo que Alexei ya había reclamado como suyo. Su posesividad me hace arder.

Cierro los ojos, y de inmediato estoy de nuevo en ese estudio, en la gala, sus dedos dentro de mí, su voz áspera de deseo. Mi mano baja entre mis muslos antes de poder detenerme, los dedos ya buscando la humedad que sé que está ahí.

Esto es lo que ha hecho conmigo—me convirtió en alguien que se moja por traicionarlo. Alguien cuyo cuerpo anhela la caricia del enemigo más que la seguridad, más que la libertad, más que la lealtad familiar.

Ahí está mi chica.

Las palabras resuenan en la oscuridad, orgullosas, posesivas y todo lo que no debería desear. Cuando por fin le mostré lo que podía hacer en ese cuarto de entrenamiento, cuando nuestros cuerpos chocaron en una violencia casi elegante, cuando sonrió con sangre en los dientes—ese fue el momento en que todo cambió.

Soy un arma. Nico me hizo así.

Soy una espía. Mi familia necesita que lo sea.

Soy una hermana. Eso nunca va a cambiar.

Soy una mentirosa. Cada vez se me da mejor.

Pero en la oscuridad, con la voz de Alexei resonando en mi cabeza y mi cuerpo anhelando su contacto, ya no estoy segura de cuál de todas es de verdad.

O si la verdadera soy algo completamente diferente—una mujer enamorándose del hombre que debería destruirla, que quiere destruir a su familia, que hace que la destrucción se sienta como regresar a casa.

11 - Alexei

Sigo las huellas ensangrentadas que deja ella por la ciudad.

Tres de la mañana. No he dormido desde que llegó. No puedo dormir, sabiendo que está a tres metros, respirando en la transmisión de mis cámaras. Estoy demasiado alterado. Demasiado obsesionado. Demasiado consciente de cada sonido que hace, de cada movimiento de su cuerpo bajo esas sábanas ásperas de algodón.

Así que cuando su puerta se abre a las dos de la mañana, estoy mirando.

No la detengo. No aviso a mis guardias. Simplemente la sigo.

Se desliza por mi propiedad como humo, esquivando cada cámara, calculando a la perfección las rotaciones de los guardias. Ya ha hecho esto antes. Varias veces. Justo bajo mi nariz mientras yo estaba sentado en mi estudio, lo suficientemente arrogante como para creer que la tenía controlada.

Chica lista.

Por la entrada de servicio. Alarmas desactivadas. Sale hacia la noche helada de Chicago.

Va descalza. Ese detalle me llama la atención, me revuelve algo en el pecho. Al principio sus pies dejan huellas en el concreto húmedo, débiles y casi invisibles, luego—

Sangre.

El asfalto le destroza las plantas de los pies, y ella nunca se detiene. Nunca cojea. Solo sigue avanzando con la misma gracia letal que vi en la sala de entrenamiento, dejando manchas oscuras sobre el concreto pálido.

¿Quién demonios eres en realidad, Sofia Rosetti?

La sigo a cierta distancia, manteniéndome en las sombras. Un estacionamiento, a un kilómetro del complejo. Tercer nivel, esquina noroeste. Una SUV negra la espera, luces apagadas.

Observo desde la acera de enfrente mientras un hombre sale del asiento del conductor. Uno ochenta y ocho, porte militar, cabello oscuro rapado. Uno de sus hermanos. Tiene que serlo.

Ella lo abraza. Breve, pero intenso. Le entrega algo. Un papel, doblado en pequeño. Conversan, con las cabezas juntas, en un gesto íntimo y familiar. Estoy demasiado lejos para escuchar las palabras, pero veo la preocupación en su lenguaje corporal, la manera en que intenta revisar si tiene heridas.

Ella les ha estado pasando información todo este tiempo.

Me tiemblan las manos por las ganas de cruzar la calle. Volarle la cabeza de un balazo. Arrastrar a Sofia de vuelta, tomándola del cabello. Hacerle pagar por esta traición.

No lo hago.

Paciencia. Las cosas se moldean lento, a través de los años.

En cambio, la sigo de regreso. La veo entrar al complejo por el mismo camino. Las huellas sangrientas son más oscuras ahora, más marcadas. Está dejando pedazos de sí misma por todo mi propiedad, y ni siquiera sabe que la estoy observando.

De vuelta en mi estudio, sirvo vodka con manos temblorosas. La información de los Barone, mi trampa perfectamente diseñada. ¿Esa era la información que le pasó a su hermano? ¿O fue otra cosa?

Debería matarla. Debí haberlo hecho en el momento en que vi que pasaba ese papel.

En vez de eso, sigo pensando en esas huellas ensangrentadas. La fuerza de voluntad que se necesitó para recorrer un kilómetro sobre pies destrozados sin siquiera vacilar.

Es magnífica.

Y voy a hacer que pague por ello.

Siete de la mañana. La dejo creer que logró salirse con la suya. Que piensa que ganó.

El guardia me deja entrar a su suite sin que toque la puerta. Está despierta, sentada en la cama, observándome entrar como si ya esperara esto. Las ojeras oscuras bajo sus ojos dicen que tampoco ha dormido.

Tomo la silla junto a su ventana, la luz de la mañana entrando entre los barrotes. La torre de cajas de diseñador que mandé traer está a mi lado, esperando.

—Buenos días, kotyonok. ¿Dormiste bien?

Su rostro no revela nada. —Lo suficiente.

—Pensé que hoy haríamos algo diferente. —Abro la primera caja, revelando unos Louboutin de suela roja.— Has estado usando esas

cosas de algodón áspero toda la semana. Ahora me doy cuenta de que he sido un pésimo anfitrión.

No se mueve de la cama, la cobija hasta el cuello. Su cautela llena la habitación como un perfume. Bien. Debería estar alerta.

—Te traje algunas cosas. Ropa. Zapatos. —Levanto uno de los tacones, examinándolo.— Pensé que tal vez quisieras probártelos.

Su postura grita peligro, pero igual baja las piernas al borde de la cama. El vestido de algodón le cubre las rodillas cuando se sienta.

—Dame tu pie.

Ella extiende la pierna derecha. Yo sujeto su tobillo, firme, posesivo. Subo la tela más allá de su rodilla.

Ahí está.

La planta de su pie está destrozada. Cortes cruzados en la piel, ampollas reventadas, sangre seca agrietada en los bordes. El trayecto de un kilómetro sobre pavimento áspero dejó su huella en una carne arruinada.

No digo nada. Solo mantengo su mirada mientras deslizo el Louboutin en su pie destruido.

El cuero debe ser puro tormento sobre cada herida, pero su rostro permanece sereno.

—Ponte de pie. Camina para mí.

Ella se levanta. Tres pasos al frente. Gira. Tres pasos de regreso. Postura perfecta, los hombros erguidos, ni una pizca de dolor en su expresión. Los tacones repiquetean sobre la madera, y veo la sangre empezar a acumularse en el zapato izquierdo.

—Hmm. No es lo adecuado. Probemos otro.

Le quito los Louboutin despacio, notando el rastro de sangre en el interior del cuero. Los dejo a un lado. Abro otra caja.

—Estos siguientes.

Jimmy Choos. Tacón más alto, punta afinada que concentrará su peso en los cortes más profundos. Ella los toma sin decir nada, camina de nuevo. Una gota solitaria de sangre cae al piso.

—Sabes —digo de manera casual, eligiendo un tercer par—, seguí tus huellas ensangrentadas por las calles anoche.

Ella se queda completamente inmóvil. Por primera vez desde que entré, una sorpresa genuina cruza su rostro antes de que pueda ocultarla. Sus pupilas se dilatan, la respiración se le atasca.

Ahí está. Pensaste que eras tan lista.

—Vaya rastro dejaste. Por mi complejo, saliendo por la puerta de servicio, hasta ese estacionamiento. —Ahora me pongo unos Manolos, observando cómo ella asimila esta revelación—. Interesante reunión. ¿Tu hermano, supongo? Porte militar, cabello oscuro. Le diste algo. Un papel, doblado pequeño.

Su compostura se resquebraja, apenas. Un temblor en sus manos antes de que las una.

—¿Tú… tú me seguiste?

—Cada paso.—

El asombro en sus ojos ahora es real, mezclado con algo más. ¿Miedo? ¿Rabia?

—Si vas a matarme —dice en voz baja—, hazlo de una vez.—

—¿Matarte? —Mi risa es oscura—. Si hubiera querido verte muerta, lo estarías en ese garaje. Tu hermano también.—

Los Manolos están completamente empapados ahora, la sangre visible a través de la punta abierta. Pero ella está procesando demasiadas revelaciones como para concentrarse en el dolor.

—¿Entonces, qué quieres?—

Me pongo de pie, cruzo hacia ella. Tomo su barbilla con mi mano. —Quiero que entiendas algo. Estás aquí porque yo lo permito. Respiras porque yo lo permito. Ves a tu hermano porque yo lo permito.—

—Tú no permitiste—

—Te seguí durante noventa minutos y no te detuve. Eso es permiso.— Aprieto más el agarre.—Crees que eres lista. Crees que estás ganando. Pero solo eres libre porque aún no he decidido enjaularte.—

Cuatro pares más. Cada uno peor que el anterior. Se los prueba todos, caminando sobre pies destrozados mientras su mente corre detrás de esos ojos azules, tratando de entender por qué la dejé ir, por qué no la detuve, por qué juego con ella en vez de matarla.

La última caja contiene unas sencillas balerinas. Cuero suave, suela acolchonada. Todo su cuerpo se inclina hacia ellas, sin querer.

Aparto la caja.—No, no creo que esas sean para ti. Volvamos al primer par. Los Louboutin.—

—Alexei—

—Póntelos.—

La furia por fin sale a la superficie. Me sostiene la mirada con un odio puro, pero también hay algo más ahí. La forma en que su

respiración ha cambiado, el rubor extendiéndose por su pecho. Incluso ahora, aún sabiendo que presencié su traición, su cuerpo responde a mí.

La observo. No solo con los ojos, sino con cada centímetro de piel, con cada célula de intuición que he afilado toda mi vida hasta que corta. Esto no se siente como una victoria. No todavía. Ella se pone los Louboutin, la sangre mana en las suelas. La firmeza de su mandíbula dice que me aguantará sin importar lo profundo que vaya.

Quiero romperla. Pero más que eso, quiero que admita que quiere romperse.

Ella espera, sus ojos azules tan fríos que deberían congelarme, pero le veo el pulso en la garganta. Quiero envolver mi mano alrededor de su cuello y apretar hasta que tenga que mirarme con claridad, sin nada de esa altiva indiferencia.

En vez de eso, la rodeo, obligándola a mantener el equilibrio sobre esos pies destrozados. La hago seguirme, dolorosamente, paso a paso entre sangre, mientras abro la siguiente caja de zapatos. Tacones de aguja de diez centímetros, plateados, de esos que ves en una pasarela o una revista, jamás en alguien que sangra así.

—Prueba estos.—

Ella mira la caja. Un destello de asco.

Sus piernas tiemblan, pero mantiene la cabeza en alto. Aquí es donde la mayoría rogaría por piedad o al menos se encogería por el dolor. Ella no. Solo me mira, como si memorizara mi rostro para el día que se vengue de mí.

Esa posibilidad me excita de una manera que no puedo explicar.

Muestra los dientes en una sonrisa tan salvaje como la de un lobo. —Pensé que ya habíamos terminado con el jueguito de disfraces.—

La suelto, doy un paso atrás, mido su reacción.

—Ni siquiera sabes cuál es el juego en el que estamos.— Observo cómo intenta comprender eso, la forma en que sus manos se cierran en puños a sus costados.

—¿Qué quieres de mí? —dice. No es una súplica. Ni siquiera una pregunta, en realidad; es un reto.—

Quiero que lo diga de corazón cuando me llame su amo. Quiero que me desprecie y me necesite en el mismo suspiro. Quiero verla romperse, y después quiero volver a armarla.

Pero sobre todo, ahora mismo, quiero verla arrastrarse.

Un recuerdo: mi padre, borracho un martes, obligando a mi madre a comer sobras del piso como un perro. Su dignidad jamás se quebró, ni por un segundo. Sus ojos ardían con algo antiguo y terrible: odio tan puro como el alcohol. Tenía cinco años. Nunca olvidé cómo se levantó, alisó su vestido y sonrió a mi padre como desafiándolo a intentarlo de nuevo.

Eso es lo que pienso mientras miro a Sofia, que no se parece en nada a mi madre, salvo que su odio podría incendiar toda una ciudad.

Voy al escritorio y tomo un expediente. Lo lanzo sobre la cama frente a ella. Es el informe de la reunión: su hermano, los detalles de su conversación, las fotografías con hora y fecha. Quiero que sepa que no puede ocultar nada.

Ella ni parpadea, simplemente abre la carpeta, revisa la primera página y luego me mira de nuevo.—¿Esto se supone que debe asustarme?—

Una risa se me escapa de los labios. No puedo evitarlo. El sonido es feo, demasiado fuerte. —¿No le tienes miedo a nada, verdad?

—Me da miedo convertirme en ti —responde, con la voz plana—. Eso sí que me da terror.

Las palabras duelen, pero lo disimulo. Así es el juego, después de todo.

—Crees que todavía juegas bajo tus reglas —digo—. Déjame mostrarte cómo se ve cuando pierdes.

No se inmuta, así que me acerco un paso más. La supero en altura. —De rodillas.

Ella duda—medio segundo, tal vez menos. Pero lo noto. El instante en que piensa en negarse.

Le doy la salida. Quiero que la tome. Quiero que pelee.

En vez de eso, hace lo que le digo.

Se arrodilla frente a mí, la sangre acumulándose alrededor de sus pies, su postura perfecta incluso en la derrota. La miro desde arriba —esta mujer que ha vencido a hombres el doble de su tamaño, que ha burlado a asesinos despiadados desde que podía caminar—y siento que el último rastro de mi autocontrol se me escapa.

—Mírame —le ordeno.

Ella levanta el mentón, sostiene mi mirada. Ojos salvajes, labios entreabiertos, el cabello pegado a su mejilla en mechones húmedos de sudor.

—¿Quieres jugar, Sofia? Está bien. Juguemos.

La tomo, entrelazo mis dedos en su cabello y le jalo la cabeza hacia atrás. Eso deja al descubierto su garganta, ese pulso latiendo como las alas de un colibrí. Quiero morderla. Probar ese cobre de su sangre en mi lengua.

En vez de hacerlo, presiono mi pulgar contra su mandíbula y le obligo a abrir la boca.

Ella sabe lo que viene. Su lengua sale, veloz como una serpiente.

—¿Quieres romperme? —susurra, la voz ronca, apenas audible.

—Quiero que recuerdes a quién perteneces.

—Entonces hazlo.

No es una invitación, es un reto. Y lo acepto.

Desabrocho mi cinturón, cada movimiento es calculado. Sus ojos no se apartan de los míos. Incluso ahora, no hay vergüenza en ella, sólo ese odio ardiente de un animal acorralado. Es magnífica, incluso arrodillada en la sangre y el dolor, esperando la siguiente prueba.

Me libero, ya duro. Quiero prolongar el momento, hacerla sufrir, pero no puedo esperar. Sostengo la parte trasera de su cabeza, mi pulgar hundiéndose en su mandíbula, y la penetro.

Ella se abre para mí—amplia, dispuesta, sin vacilar. La primera embestida es brutal, golpeando el fondo de su garganta. Se atraganta, sólo una vez, y después se recupera. Respira por la nariz y me mira hacia arriba.

Le follo la boca con embestidas salvajes, sin darle tiempo para respirar. Quiero que llore, que se rompa, pero no lo hace. Sus manos me tientan los muslos, las uñas enterrándose con fuerza suficiente para dejar marcas. Cada vez que la invado, su mirada se afila, como si cada golpe la templara aún más.

Se está ahogando, pero se niega a apartarse. Las lágrimas le bajan por las mejillas—parte dolor, parte desafío. El rímel corre, manchando su rostro como pintura de guerra. Se asfixia conmigo, pero jamás baja la mirada.

La visión se me nubla. Cada sinapsis de mi cuerpo se activa a la vez. Quiero que me suplique, pero el indefenso soy yo. Esto no es la demostración de poder que planeaba. Esto es rendición, entrega.

Y entonces ella gime, vibrando alrededor de mi miembro. Sus ojos se cierran de placer, y en ese instante lo comprendo: le está gustando, está tomando el control, me está controlando a mí. Sofia Rosetti, de rodillas, sigue siendo más poderosa que yo jamás seré.

El orgasmo me golpea como un choque brutal. Me vengo con fuerza, y ella traga cada gota, sin apartar nunca la mirada. Tiemblan mis piernas, todo mi cuerpo sacudido, y apoyo la mano sobre su cabeza, obligándola a sostenerme dentro hasta que termino.

Cuando al fin la suelto, se recuesta sobre sus talones, jadeando. Su garganta debe estar hecha trizas. Un hilo de saliva y semen le escurre del labio; lo limpia con el dorso de la mano.

Me sonríe. Ensangrentada, rota, pero triunfante.

Retrocedo tambaleante, incapaz de ocultar el temblor de mis manos.

—¿Aprobé tu prueba? —pregunta, la voz ronca, moviéndose un poco para aliviar el dolor entre sus piernas—. ¿O debería probarme más zapatos?

La miro desde arriba, el pecho agitado, más deshecho que nunca. Está de rodillas, ensangrentada y usada, y de alguna forma sigue ganando.

Me abrocho nuevamente con manos temblorosas. —Límpiate. Por hoy hemos terminado.

Ya en la puerta, vuelve a hablar.

—Alexei.

Vacilo, pero no me doy vuelta.

—No fui la única de rodillas hace un momento.

Me voy sin responder, cerrando la puerta de golpe. En el pasillo, me apoyo contra la pared, respiro entrecortado.

Caminó con los pies sangrando durante noventa minutos sin estremecerse.

Se tragó mi verga como si fuera idea suya.

Está convirtiéndome en alguien que no reconozco.

Debería matarla. Debería dejarla ir. Debería hacer cualquier cosa en vez de quedarme aquí, temblando, saboreando su desafío en mi lengua, viendo esas huellas ensangrentadas llevándome a un lugar del que no podré regresar.

El juego se ha convertido en algo que ninguno anticipaba, algo que sabe a sangre, semen y obsesión.

¿Y lo peor? No quiero que se detenga.

12 - Alexei

El hombre de rodillas está llorando, y lo único en lo que puedo pensar es en la boca de Sofia. Aún no decido si le dejaré conservar la lengua.

Artem Semenov. Cuarenta y tres años. Esposa, dos hijos. Lleva ocho meses robando de los envíos de armas. Yo lo sé desde hace siete.

Cuatro capitanes están sentados alrededor de mi mesa de conferencias, el aire cargado de sudor por el miedo y de colonia costosa. Las manos de Artem están atadas, la cara ya ensangrentada desde que lo sacaron de su cama hace una hora. El olor metálico de su sangre se mezcla con su terror, pero no basta para borrar el sabor fantasma de ella de mi lengua.

—Ocho meses, Artem—. Mi voz se mantiene suave. Mientras más bajo hablo, más se inclinan hacia mí. —Has estado robándome.

—Por favor. Tengo hijos.

—Debiste pensar en ellos antes de tocar lo que es mío.

El cuchillo se desliza desde mi cinturón, el peso ya conocido en mi palma. Lo suficientemente afilado para partir la carne como si fuera mantequilla. Me agacho, pruebo el filo con el pulgar mientras Artem solloza.

—Esto es cuestión de confianza—. Obligo su mano derecha a quedar plana contra el piso, la misma que firmó los manifiestos falsificados. —Tú quebraste la mía.

El recuerdo me ataca de golpe. Sofia de rodillas, el rímel corriendo por sus mejillas, la boca abriéndose alrededor de mi verga, la vibración de su gemido haciéndome perder el enfoque. La memoria es tan vívida que estoy medio duro antes de poder detenerme, saboreando su desafío como cobre en la boca.

Parpadeo fuerte. Me obligo a concentrarme.

La hoja atraviesa el hueso como mantequilla. El dedo índice primero. El grito de Artem retumba en las paredes. La sangre salpica caliente sobre la madera. Luego el dedo medio. Más gritos, pero

apenas los escucho sobre el recuerdo de su voz, ronca y quebrada, mi verga aún palpitando tras su boca mientras me sonreía como si hubiera ganado.

Limpio el cuchillo en su camisa, me incorporo en un solo movimiento. —Llévenselo. Si lo vuelvo a ver en Chicago, le quitaré lo que falta, pedazo por pedazo.

Los guardias arrastran a Artem, dejando un rastro rojo sobre mi piso. Los capitanes siguen congelados en su lugar.

Esto es quien soy. Esto es lo que hago.

—¿Eso te molesta?— Su voz fantasma, desafiante incluso después de tragarse hasta la última gota.

Aprieto el mango del cuchillo hasta que los nudillos me crujen.

—Mañana productiva—.

La voz viene desde la esquina, tan suave como vodka Belvedere. Una figura emerge de las sombras. Alto, delgado, el cabello oscuro hacia atrás. Pómulos tan afilados que podrían cortar vidrio. La temperatura baja diez grados de golpe.

Kazimir Volkov. Mi primo. El único hombre en Chicago que podría llamarme débil y seguir vivo. El único que amaba a Mikhail con la misma fuerza que yo.

—Kaz—. Vuelvo a guardar el cuchillo en el cinturón. —No sabía que estabas en Chicago.

—Llegué anoche—. Se sienta sin esperar invitación, el cuero crujiendo bajo su peso. —Pensé ver cómo iba la situación con los Rosetti.

Mis capitanes se miran entre sí, percibiendo el peligro como animales antes de la tormenta.

—Imagínate mi sorpresa—, sigue Kaz, examinando sus uñas perfectamente cuidadas—, cuando me enteré de que ella sigue respirando.

—La chica Rosetti es asunto mío.

—¿Ah, sí?— Sus ojos encuentran los míos, fríos como un invierno en Moscú. —Porque, según escucho, ha sido tu asunto desde hace una semana. Come tu comida. Usa ropa que tú le compras. Va a galas de tu brazo.

Se inclina hacia adelante y huelo su colonia mezclada con tabaco.

—Los hombres están hablando, primo. Dicen que dejas que ella te haga pensar con la verga en vez del cerebro.

Un capitán aspira hondo. Nadie me habla así.

Excepto la familia.

Me muevo rápido. Un segundo estoy de pie, al siguiente estampo a Kaz contra la pared. Mi mano se cierra sobre su garganta, sintiendo su pulso acelerarse bajo la palma. El impacto hace vibrar un cuadro, uno de los paisajes de Mikhail.

—Dilo otra vez.

Kaz no se inmuta, solo sonríe mientras le aplasto la tráquea. —¿Tocaste un nervio?

—Ella es mi problema— gruño—. Mía. No tuya, ni de nadie más. ¿Entendiste?

—A la perfección—. Su voz sale áspera. —Pero si tú no puedes hacer lo que se debe hacer, otros lo harán. Por Mikhail.

La amenaza es clara. Lo suelto, retrocedo antes de hacer algo de lo que no haya retorno.

Kaz se acomoda el cuello del saco con lentitud. —Piénsalo, primo. Mientras más tiempo viva ella, más débil te verás. Y ya sabes lo que les pasa a los hombres débiles en nuestro mundo.

Él se va. El silencio retumba más fuerte que los gritos de Artem.

Los capitanes salen en fila, sin decir una palabra. Me quedo solo en la mesa manchada de sangre, las palabras de Kaz dando vueltas en mi mente como buitres.

Mi celular vibra. Número de Moscú.

—Alyosha.

Katya suena frágil, tensa como un alambre a punto de romperse.

—¿Cómo está ella? —pregunto.

—Le quedan días, tal vez una semana. —Traga saliva—. No deja de pedir por ti. Y por Misha.

Siempre Mikhail.

—Todavía no puedo ir.

—La chica. Ya lo sé. —La frustración tiñe el dolor de mi hermana —. Alexei, la has tenido una semana. Mamá quiere saber que su hijo fue vengado antes de irse. ¿Puedes darle eso?

La verdad arde: no puedo matarla.

—Pronto.

—Siempre dices pronto. —Su voz se quiebra—. La estoy viendo apagarse. No deja de preguntar si Misha puede descansar. ¿Qué le digo?

—Dile que yo me encargo.

—¿De verdad?

Corto la llamada. Presiono las palmas contra mis ojos hasta ver estrellas.

¿Qué me has hecho, Sofia Rosetti?

El recuerdo de ella arrodillada me invade de nuevo, pero esta vez es distinto. Ahora la imagino en mi cama, esa rebeldía transformada en deseo, esos ojos azules y afilados suavizados por el anhelo. Mi verga se endurece con dolor, y me aferro al borde de la mesa hasta que la madera cruje.

Por eso la necesito cerca. No para vigilarla. Para poseerla completamente antes de destruirnos a los dos.

Encuentro a Maksim en la oficina de seguridad, los monitores brillando en la oscuridad.

—La mujer Rosetti. Quiero que la trasladen.

Él se gira, el rostro curtido cuidadosamente inexpresivo.—¿A dónde?

—A mis habitaciones.

El silencio se extiende como una respiración contenida.

—¿A sus habitaciones, señor?

—Esta noche. Antes de la cena.

—Señor, los hombres van a…

—Los hombres harán lo que se les diga. —El hielo se cuela en mi voz—. Ella escapó anoche. Se reunió con su hermano. No puedo vigilarla desde el final del pasillo.

—Con respeto, hay otras maneras.

—¿Te pedí alternativas?

—No, señor.

Camino solo hasta mis habitaciones. El pasillo se siente más largo esta noche, cada paso retumbando con el peso de lo que estoy a punto de hacer. Mi mano tiembla levemente al buscar el picaporte. ¿Cuándo fue la última vez que traje a alguien aquí? Nunca. No desde que reclamé este espacio como mío hace cinco años.

La habitación se abre ante mí como una confesión. Cama California king con sábanas negras, esquinas militares tan precisas como el día en que aprendí a hacerlas. Las paredes desnudas salvo por un cuadro, un paisaje que Mikhail pintó a los dieciséis, trazos audaces y color inesperado. Me lo regaló la Navidad antes de morir.

Recorro el lugar, viéndolo de repente a través de sus ojos. ¿Qué notará primero? ¿La cama que domina el cuarto como una

invitación? ¿El bonsái sobre mi cómoda que he cuidado tres años, cada ramita moldeada por mis manos?

Mis dedos rozan la cómoda, se detienen en el cajón superior. Dentro, envuelta en satén negro, está la pistola Makarov que mató al asesino de mi padre. Ella podría encontrarla. Usarla.

La dejo donde está.

Cruzo hacia el clóset, paso la mano por la hilera ordenada de trajes. Todo en su lugar, medido, dispuesto. Ella va a destruirlo todo con solo respirar aquí. Su aroma va a contaminar cada superficie. Nunca podré dormir sin ahogarme en el fantasma de ella.

El baño me atrae después. Mármol negro, regadera de cristal donde me he tocado pensando en ella más veces de las que admito. Me aferro al lavabo, mirando mi reflejo. Ojeras profundas bajo mis ojos. ¿Cuándo fue la última vez que dormí toda la noche? Antes de ella. Todo era antes de ella.

Abro la regadera al máximo, el agua ardiendo. Me desnudo automáticamente. El agua quema, pero no lo suficiente para borrar el recuerdo de su boca, la forma en que me miró con mi verga entre sus labios, aceptando su castigo y convirtiéndolo en adoración. Mi mano se mueve hacia mi verga antes de poder detenerla, ya duro solo con el recuerdo.

No. Ahora no. Ella llegará pronto y necesito control.

Pero el control ya está perdido. Estoy invitando a mi enemiga a mi cama porque no soporto una noche más con ella a tres puertas de distancia. No soporto la idea de que se escape con su hermano mientras yo me quedo aquí, imaginándola a mi lado.

Cierro el agua, me visto con ropa limpia. Pantalón negro, camisa blanca. Me tiemblan las manos mientras abrocha los botones. ¿Cuándo me convertí en este hombre? ¿Esta criatura desesperada que arriesgaría todo por una mujer que debería estar muerta?

De regreso en la habitación, noto cosas que necesitan ser ocultadas. La foto en mi mesa de noche: Mikhail, mamá y yo, en su cumpleaños número dieciocho. Dos meses antes de que muriera. Llevaba el reloj que le regalé, sonriendo como si hubiera conquistado el mundo.

Debería guardarla. Ella no merece verlo feliz.

Pero la dejo en su lugar, la giro ligeramente para que sea visible desde la cama. Que vea lo que destruyó. Que la persiga como ella me persigue a mí.

La colección de cuchillos en el cajón de abajo se queda.

Reviso las ventanas. Vidrio a prueba de balas, sin acceso a la escalera de incendios. La única salida es por la puerta, pasando los guardias, pasando por mí. Está cambiando una jaula por otra, pero esta es completamente mía.

Un golpe interrumpe mi espiral. —¿Señor? Estamos listos para trasladar a la prisionera.—

Prisionera. La palabra ya no encaja. Ella es otra cosa. Algo que no puedo nombrar sin admitir verdades para las que no estoy listo.

—Cinco minutos.—

Permanezco en el centro de mi cuarto, tratando de calmar el ritmo acelerado de mi pulso. En cinco minutos, Sofia Rosetti cruzará esa puerta. Tocará mis cosas con esas manos letales. Respirará mi aire, aprenderá mis secretos, existirá en el espacio donde más soy yo mismo.

El bonsái llama mi atención. Tres años de paciente formación, cada corte deliberado, diseñado para crear algo hermoso mediante la destrucción controlada. Justo como lo que planeé para ella.

Pero ella no es un árbol para moldear. Es la tormenta que arrasará con todo.

Tomo las tijeras pequeñas y hago un corte diminuto en una rama rebelde. Ahora mis manos están completamente firmes. El ritual me centra, me recuerda quién soy. Lo que se supone que debo estar haciendo.

Venganza. Justicia. Sangre por sangre.

En vez de eso, preparo mi cuarto como un novio nervioso.

El pensamiento me hace reír, oscuro y amargo. Mikhail encontraría esto hilarante. Su hermano, el que nunca dejó que nadie se acercara, a punto de entregarle toda su vida a la mujer responsable de su muerte.

Dejo las tijeras, me acerco a la puerta. Es hora de enfrentar lo que he hecho.

La noche cae como un telón. Espero en el pasillo, el pulso martillando a pesar de mi control.

Los guardias aparecen, escoltándola a cada lado. Otro vestido de algodón alterado, entallado a la cintura, el dobladillo más corto. Incluso con ropa de castigo, sigue siendo ella misma.

Me ve. Se detiene.

—¿Algún problema?—

—Solo estoy apreciando la mejora.— Ese filo burlón que al mismo tiempo me enoja y me enciende. —¿Debería sentirme halagada o preocuparme?—

—Deberías quedarte callada.—

Pero me está estudiando, buscando la trampa. Los guardias se mueven incómodos entre nosotros, sintiendo la tensión eléctrica.

La escoltan hasta mi puerta. Se detiene en el umbral, una mano en el marco, apropiándose de mi espacio de inmediato. El gesto envía calor directo a mi entrepierna, y veo que uno de los guardias nota mi tensión y aparta la vista rápidamente.

—Tu nueva jaula,— logro decir, la voz áspera.

Ella gira. Espero desafío, esa lengua afilada.

En vez de eso, hay algo indescifrable en sus ojos. Comprensión, tal vez. Reconocimiento de lo que esto significa.

Sostiene mi mirada por un largo instante que se estira como la eternidad. Mi cuerpo reacciona solo a su proximidad. Los músculos se tensan, se me corta la respiración, el calor familiar sube. Los guardias quieren estar en cualquier otro lugar, notando la carga entre los dos.

Entonces ella entra a mi dormitorio. A mi espacio. Sus dedos recorren el marco al pasar, y la posesión en ese simple roce hace que mis manos se cierren en puños.

Me quedo en el pasillo después de que los guardias se van, el corazón golpeando contra mis costillas. Detrás de esa puerta, Sofia Rosetti está tocando mis cosas, respirando mi aire, aprendiendo mis secretos. La idea de sus manos sobre mis pertenencias, su aroma mezclándose con el mío en ese espacio, me obliga a sujetarme a la pared para no caer.

A través de la puerta, la escucho moverse. Pasos suaves sobre la madera. Una pausa. Ha encontrado la foto. Otra pausa, el bonsái. El susurro de la tela que podría ser sus dedos sobre mis sábanas.

Cada sonido es una tortura. Cada sonido es anticipación.

Bienvenida a la guarida del lobo, kotyonok.

El pensamiento debería ser triunfante. La tengo exactamente donde la quiero.

Sin embargo, mientras estoy aquí, temblando de deseo, rabia y algo más oscuro, me pregunto quién fue realmente el que cayó en la trampa del otro.

13 - Sofia

Su habitación huele a cedro y algo más oscuro. Tal vez humo, o pólvora. No estoy segura de querer saber cuál.

Han pasado tres horas desde que los guardias me escoltaron hasta aquí. Día ocho de cautiverio, y todo ha cambiado.

Mi bolsa descansa en la esquina donde la dejé—patética, en realidad. Solo vestidos de algodón áspero y artículos de tocador básicos. Pero mi mente sigue registrando todo: rutas de escape, ángulos de las cámaras, el cambio de guardia que observé al llegar. El corredor de la izquierda es el preferido. Patrones antiguos. Aprovechables.

Estoy sentada al borde de la cama, esperando, cuando la puerta se abre.

Alexei entra sin tocar. ¿Para qué lo haría? Al fin y al cabo, es su habitación. La luz del atardecer que entra por la ventana destaca las líneas marcadas de su rostro mientras cruza el cuarto, y no me mira hasta que está junto a la ventana, de espaldas al vidrio, brazos cruzados.

Entonces, esos ojos claros encuentran los míos.

—Entonces —digo, rompiendo el silencio que se ha extendido entre los dos desde que volvió—. Tu habitación. ¿Debería sentirme halagada o preocupada?

Él se gira entonces, esos ojos pálidos evaluando—. Dímelo tú.

Hay algo distinto en él esta noche. Tensión en los hombros que habla de malas noticias, decisiones difíciles. Una rigidez en los ojos que aprendí significa que alguien lo decepcionó. Alguien podría estar muerto por eso.

—Pudiste haber puesto más cámaras en mi cuarto. Más guardias. En cambio… —hago un gesto al espacio entre nosotros— esto.

—Esto —concuerda él, y se dirige a un gabinete—. Necesitamos hablar.

—Eso suena amenazante.

—Todo entre nosotros es amenazante. —Saca una botella del gabinete que había notado ayer cuando inspeccioné la habitación por primera vez. Cerrado, pero fácil de abrir. La etiqueta de vodka está en cirílico. Beluga Gold, si leí bien.

Esta tarde, cuando los guardias me trajeron por primera vez, hice mi reconocimiento después de que se fue. La cama domina el espacio. California king, sábanas oscuras tensas como en el ejército. El bonsái sobre su cómoda que me recordó al de su estudio, aunque más pequeño. Los libros en su mesa de noche: poesía rusa, historia militar, una novela de suspenso con el lomo agrietado. La foto de él con Mikhail y su madre que me apretó el pecho de culpa.

Ahora, solo unas horas después, conozco mejor este cuarto. Sé qué tabla del piso cruje cerca del baño. Sé que la silla de cuero mira hacia la ventana en el ángulo perfecto para ver las amenazas que se acercan. Sé que mi cuchillo está bajo el colchón, donde lo escondí, accesible pero oculto.

—¿Un trago? —ofrece.

—¿Estás tratando de emborracharme?

—Estoy tratando de emborracharme yo. —Sirve dos medidas generosas—. Si quieres, puedes unirte.

Los vasos de cristal son pesados, caros. Deja uno sobre la cómoda cerca de mí, y lleva el suyo a la silla junto a la ventana. El vodka quema, luego florece en mi boca. Suave, complejo. Nada que ver con lo que bebía en la universidad. Esto es lo que se toma cuando el dinero no significa nada.

—Entonces —digo, sintiendo el alcohol calentarme la sangre pese a mi tolerancia—. ¿Y ahora? ¿Vamos a… coexistir?

—Depende.

—¿De qué?

—De si puedes ser honesta conmigo durante cinco minutos.

—He sido honesta.

Su risa es oscura, familiar—. Has sido estratégica. No es lo mismo. —Vuelve a llenar su vaso, me hace señas para que lleve el mío—. Tengo una propuesta.

Cada uno de mis músculos se tensa.—No voy a acostarme contigo.

—No es ese tipo de propuesta. —Pero sus ojos bajan a mi boca por solo un segundo—. Un juego. Pregunta por pregunta. Tú respondes con la verdad, yo respondo con la verdad. Sin desviar, sin mentiras.

Esto es una trampa. Pero ya estoy calculando cómo puedo usarla. Qué puedo aprender. Qué puedo permitirme revelar.

—¿Y si uno de los dos se niega a responder?

Levanta la botella.—En ese caso, bebes. Pero solo tienes tres oportunidades. Después de eso…

—¿Después de eso?

Su sonrisa es afilada.—Después de eso, el juego se pone interesante.

—¿Reglas?

—Nada está prohibido. Pero todo lo que digamos se queda en esta habitación. Nada de usarlo en contra del otro después.

Entorno los ojos.—¿Y vas a cumplirlo?

—Por la memoria de Mikhail.

El peso de esa promesa cae sobre los dos. Lo dice en serio. Lo que pase aquí, se queda aquí.

—Bien. —Tomo mi vaso y voy a sentarme al borde de su cama. El colchón se hunde bajo mi peso, caro y firme.—Pero empiezo yo. ¿A cuántas personas has matado?

Ni pestañea—. ¿Personalmente? Treinta y siete. ¿Por orden? Dejé de contar hace años.

Treinta y siete. Cada uno tenía un nombre, una familia, un momento en que supo que la muerte estaba ahí para él. Mi mente automáticamente clasifica: ¿armas, cuchillos, manos? ¿Rápido o lento?

—Tu turno —dice él—. Misma pregunta.

Podría mentir. Aprieto el vaso mientras calculo probabilidades, ventajas. Pero él lo sabría. Él siempre lo sabe.

—Veintiuno.

Sus cejas se alzan apenas. No es sorpresa. Es confirmación. —Entonces, los rumores de asesina son ciertos.

—No dije que fuera una asesina.

—Veintiún muertes no son defensa propia, kotyonok. Eso es una profesión.— Se inclina hacia adelante. —¿Cuántos años tenías la primera vez?

—Esas son dos preguntas.

—Justo.— Bebe. —Pero me da curiosidad. ¿El número quince era realmente un senador?

La sangre se me congela. ¿Cómo puede saberlo?

—A veces hablas dormida —dice, contestando mi pregunta sin palabras—. No es frecuente. Pero ése parecía perseguirte.

—Vendía niños.— El vodka me vuelve imprudente. —Mi hermano Luca y yo hicimos que durara tres horas.

—Bien.— La aprobación en su voz no debería calentarme, pero lo hace. Se mueve en su asiento y el cuero cruje debajo de él mientras la camisa se tensa sobre su pecho.

—Te toca.— Aparto la vista de su pecho y fijo la mirada en la ventana. —¿Qué escuchaste en el estacionamiento?

—No escuché nada. Estaba al otro lado de la calle, con una mira telescópica, debatiendo si ponerle una bala en la cabeza a tu hermano.— Remueve su vodka. —Decidí dejarte jugar tu juego en su lugar.

La confesión casual de haber estado a punto de asesinar a Nico hace que mi mano se mueva instintivamente hacia donde debería estar mi cuchillo. Él se da cuenta.

—Tranquila. Si quisiera a tu hermano muerto, ya lo estaría.

—¿Por qué no lo está?

—Esa es tu segunda pregunta —dice—. Solo contestaré si bebes.

Le sostengo la mirada mientras me echo otro vaso de vodka y entonces le extiendo el vaso para que lo rellene. —Vamos. Responde.

Parpadea una vez, lento. —Porque quería ver qué harías. Qué información pasarías. Si le dirías sobre el plan de los Barone.

Suelto una carcajada, un sonido nada femenino que normalmente no dejaría que saliera. No estoy acostumbrada a beber algo tan fuerte. —Barone Schmarone. Obviamente falso.

Entrecierra los ojos, notando la nueva información: no caí con su falso dato.

—Cierto.— Nos rellena los vasos. —Me toca. ¿Por qué en verdad me dejaste llevarte?

La pregunta que temía. Mis dedos tamborilean contra el cristal, un gesto que detengo enseguida.

Él ha dado a entender antes que sabía que lo dejé “secuestrarme”, pero aún no lo he admitido. Me tienta mentir, jugar a la princesa inocente, pero ya superamos esa etapa. Además, prometí decir la verdad en este juego, y por alguna razón eso me importa en este momento.

—Necesitaba respuestas —digo, trazando los patrones en el vaso de cristal—. Sobre lo que pasó hace once años. Sobre por qué sueño

con tu hermano.

—Pudiste encontrar respuestas de otra manera.

—¿Pude? Tu familia no es precisamente de las que aceptan reuniones.— Vacío mi vaso para darme valor. —Además. Quería verte.

—¿Verme?

—Conocer al enemigo.— Pero incluso yo capto la mentira en mis palabras.

Intercambiamos preguntas como si fueran golpes. Cada respuesta arranca otra capa. El vodka lo vuelve todo más suave, los bordes empiezan a desdibujarse peligrosamente. Ya usamos los tres pases cada uno. La botella está medio vacía.

—Bueno —digo, sirviéndonos otro vaso—, ya basta de preguntas pesadas. Cuéntame algo ridículo sobre ti.

—Así no funciona el juego.

—Estoy cambiando las reglas. Algo vergonzoso. Algo que nadie sepa.

Él entrecierra los ojos. —¿Por qué?

—Porque eres Alexei Volkov, príncipe de la bratva, señor del crimen aterrador. Y quiero saber algo humano de ti.

Los labios le tiemblan, casi una sonrisa, pero no del todo. Trata de hacerse el indiferente, de que yo crea que esto es solo un juego, pero lo veo en la forma en que su pulgar golpea el borde del vaso. En cómo no me mira por cinco segundos completos. Bebe, hace una mueca, y por un instante raro, fugaz, es solo un hombre averiguando cuánto mostrar de sí mismo.

Aprieta la mandíbula como si luchara consigo mismo.

—Me dan miedo las mariposas —dice, tan bajo que casi no lo oigo. Luego, más fuerte, con ese filo de acero que usa en los negocios —: Me repugnan.

Contengo el aliento, intentando descifrar si está bromeando, pero su cara es de piedra. No parpadea, no sonríe. Solo espera mi reacción, como un condenado esperando su veredicto.

—Perdón, ¿qué?

—Mariposas. También las polillas. Esas alas de papel, la manera tan impredecible en que se mueven.— De verdad se estremece. —Cuando tenía siete años, una se posó en mi cara mientras dormía, esas patitas minúsculas caminando por mis mejillas y ese cuerpo de gusano. Fue asqueroso. No lo superé nunca.

Este hombre. Que le rompió los dedos a Tork uno por uno. Que me sostuvo un cuchillo en la garganta sin temblar. Que suma treinta y siete muertes personales.

—¿Mariposas?

—No.

—No es que…— Pero ya estoy riendo. Me brota sin control, la pura ridiculez de todo esto. —Tú… el sótano… todos esos cuchillos… ¿y te asustan las…— Ahora jadeo, con lágrimas rodando. —¡Mariposas!

—Te voy a sacar de este cuarto.

—¡Tú me trajiste aquí! ¡Ahora tienes que aguantarte!— Me agarro el estómago, doblada sobre su cama, riendo. —Ay Dios. El lobo feroz le tiene miedo a las mariposas.

—Debí dejarte seguir sangrando sobre esos zapatos.

Eso me pone un poco más seria, pero sigo riendo entre carcajadas. Cuando por fin me detengo, limpiando las lágrimas de mis ojos, él me observa con una expresión que no logro descifrar. No es enojo. Es algo crudo. Hambriento.

—Te toca —dice, la voz más áspera—. Algo igual de humillante. Justo es justo.

Contengo el aliento, pienso estratégicamente, incluso a través de la neblina del vodka. Algo real, pero que no pueda usar en mi contra.

—No sé silbar.

—Todos pueden silbar.

—Yo no. He intentado toda mi vida. Mira.— Frunzo los labios y soplo. Solo sale aire.— ¿Ves? Nada.— Lo intento de nuevo, frunzo los labios, y esta vez solo consigo hacer un pequeño ruido como de pedo antes de que me salga saliva de los labios.

Él niega con la cabeza.—Eso no es vergonzoso. Eso da tristeza.

—Excuse me, soy una asesina entrenada que no sabe silbar. ¿Tienes idea de lo difícil que es dar señales durante una operación? Tengo que hacer llamados de aves. ¡Llamados de aves!

—¿De qué tipo de ave?

—Según Nico, una paloma muy enojada.

Él se ríe. Realmente se ríe. No es una mueca ni una risa oscura. Es una carcajada auténtica que transforma su rostro, lo hace parecerse al chico de esa foto con su mamá.

Oh no. Se me aprieta el pecho al verlo, al escucharlo. Esto es peligroso de una manera en que su violencia nunca lo fue. Esto es lo

que te hace olvidar quién es tu enemigo. Te hace bajar la guardia.

Te hace desear cosas que no puedes tener.

La risa se desvanece. Los dos estamos borrachos ya. No torpes, pero sí sin defensas. La botella casi vacía. Debería parar. Debería irme a dormir. Debería mantener cierta distancia.

En cambio, sirvo otra copa para cada uno.

—¿Puedo preguntarte algo?— Su voz ahora es baja, peligrosa de otra forma.— No como parte del juego. Solo… preguntando.

Asiento, sin confiar en mi voz.

—¿Por qué dices 'Misha' cuando duermes?

La pregunta cae como agua fría. Aprieto con tanta fuerza el vaso que podría romperlo.

—No lo sé.— Pura verdad.— No recuerdo haberlo conocido. Pero sueño con él todas las noches. Un niño en un jardín, enseñándome palabras en ruso. Riéndose.

—¿Mikhail te enseñó ruso?

—No lo sé.— Mi voz se quiebra. El control se me escapa.— No recuerdo nada cuando estoy despierta. Solo fragmentos. Su voz diciendo lo mismo una y otra vez.

Alexei se inclina adelante, depredador incluso en su curiosidad.— ¿Qué dice?

Cierro los ojos, intentando atrapar ese sueño que se escurre cada mañana como el humo. El sabor a cobre inunda mi boca. Sangre fantasma de recuerdos fantasma.

—Dice…— Me tiemblan las manos. Dejo el vaso antes de que se me caiga.— 'Prométeme, Sofía. Prométeme.'

—¿Prometer qué?

—No lo sé.— Las lágrimas amenazan. Parpadeo para contenerlas, pero una se escapa.— Nunca escucho el resto. Solo despierto llorando.

El silencio se prolonga. Cuando abro los ojos, él me mira con una expresión que nunca le había visto antes. No es enojo. No es cálculo. Es algo casi como reconocimiento.

—De verdad no lo recuerdas.

—No.

—Pero lo conocías. De alguna forma.

—Tenía quince años. Él, dieciocho. Y al parecer nos conocíamos lo suficiente como para que once años después todavía lo sueñe.— Me río, amarga como el vodka.— Y no recuerdo nada.

Se mueve de la silla a la cama. El colchón se hunde bajo su peso. Está demasiado cerca. No lo suficiente. Mi cuerpo no puede decidir si debe correr o acercarse a su calor.

—Una pregunta más —dice—. ¿Qué quieres, Sofía? De verdad. No lo que tu familia quiere. ¿Qué quieres tú?

Debería esquivar. Darle una respuesta segura. Quiero destruir tu organización. Quiero que mi familia esté a salvo. Quiero volver a casa.

Pero el vodka ha disuelto mis filtros y su cercanía ha hecho pedazos mi entrenamiento.

—Quiero recordar. Quiero saber quién era antes de convertirme en esto… en esta arma. Quiero entender por qué despierto llorando por un niño que no puedo recordar.

Mi voz se quiebra. Caen más lágrimas. No las limpio.

—Y a veces… últimamente… quiero cosas que no debería querer.

—¿Qué cosas?

No respondo. Solo lo miro. Dejo que vea el fuego en mis ojos, cómo ha cambiado mi respiración, la ligera inclinación de mi cuerpo hacia el suyo.

Él inhala con fuerza.

Estamos tan cerca. Puedo contar sus pestañas, ver los destellos plateados en esos ojos tan claros. Trazar el mapa de la cicatriz en su mandíbula, que según la leyenda familiar, yo le hice. Su aliento huele a vodka caro.

Él extiende la mano, sus dedos rozando mi pómulo con una ternura devastadora. Ese roce quema, deja una marca, reclama sin tomar nada.

—Debería odiarte —murmura—. Llevo once años odiándote.

—¿Sí? ¿Todavía?

Su pulgar roza mis labios, y los abro instintivamente. Sus pupilas se dilatan, se le corta la respiración.

—Ya no sé lo que siento. —Su pulgar presiona ligeramente, probando—. Me arruinaste, kotyonok. Antes de ti, estaba seguro de todo.

Debería alejarme. Debería recordarme que este es mi captor, mi enemigo, el hombre que quiere destruir a mi familia. El hombre con treinta y siete muertes y un sótano hecho para torturar.

En cambio, me acerco a su caricia. Dejo que sienta el calor de mi aliento en su pulgar.

—Yo también estaba segura. Ahora no sé ni dónde estoy parada.

Su otra mano sube, sosteniendo mi rostro entre sus palmas. Me sostiene como si fuera algo precioso. O algo que está a punto de romper.

—Si te beso ahora mismo… —Su voz es pura gravilla y pecado.

—Entonces bésame.

Sus manos se tensan. Veo la batalla en sus ojos. Deseo contra control, venganza contra eso que hay entre nosotros. Aprieta la mandíbula. Todo su cuerpo tiembla de contención.

Entonces se aparta. Se pone de pie. En tres pasos cruza hasta la ventana, poniendo la distancia necesaria entre nosotros.

—Deberías dormir. Toma la cama.

—¿Y tú dónde…?

—La silla.

—Alexei…

—Si me meto en esa cama contigo ahora, no voy a poder detenerme. —Me mira de nuevo, y el hambre brutal en sus ojos hace que apriete los muslos—. Y a pesar de lo que pienses de mí… no quiero tomar nada de ti que mañana puedas lamentar.

—¿Y si no lo voy a lamentar?

Sus manos se cierran en puños. —Sí lo harás. Cuando se te pase el vodka. Cuando recuerdes quién soy. Lo que te he hecho. —Vuelve la vista hacia la ventana—. Lo que voy a hacer.

La amenaza me humedece aún más.

Me recuesto en su cama, todavía con mi vestido de algodón áspero. Las sábanas huelen a él. A cedro, a humo y a promesas oscuras. Mi cuerpo duele de deseo, de la ausencia de su tacto.

—¿Alexei?

—¿Hmm? —Ya se está acomodando en la silla, dispuesto a pasar una noche incómoda antes que arriesgarse a tocarme.

—Mañana, haré que también te lo ganes.

Lo escucho inhalar bruscamente. —¿Ganar qué?

—Mi arrepentimiento.

Silencio. Luego, tan suave que casi no lo oigo:

—Ten cuidado con lo que prometes, kotyonok. Siempre cobro lo que me deben.

El sueño tira de mí, pesado y cálido. El vodka vuelve todo blando. La cama ajena se siente extraña; la luz de la luna en las hojas del bonsái, el sonido de su respiración al otro lado del cuarto.

Me hundo más en su almohada, y es raro lo segura que me siento. Aquí, en la cama de mi captor, en pleno territorio enemigo, con mi cuchillo bajo el colchón y las salidas memorizadas. La seguridad no es física. Es otra cosa. Algo en la forma en que eligió la incomodidad antes que aprovecharse de mí.

—¿No puedes dormir? —murmuro.

—Duérmete, kotyonok.

—Te vas a levantar adolorido mañana. En esa silla.

—He dormido en peores lugares.

Por supuesto que sí. Treinta y siete muertes seguramente requirieron reconocimientos incómodos.

—Número veintiuno —digo, el vodka haciéndome temeraria—. Él vendía información sobre mi familia a los federales. Lo obligué a mirar mientras destruía todo lo que amaba primero. Después lo hice lento.

Silencio. Luego: —Buena chica.

La aprobación en su voz hace que apriete los muslos.

El amanecer se arrastra por el piso, tiñendo todo de grises y azules suaves. Su perfil se define con la luz creciente. Esa nariz aristocrática, la curva brutal de su boca, manos que han matado y casi han sabido besarme con la misma destreza.

—¿Alexei?

—Duerme, Sofia.

—Cuando por fin lo hagas… —No tengo que especificar a qué me refiero— ¿lo harás rápido?

Una larga pausa. —No lo he decidido.

—Mentiroso.

—Duerme.

Ya estoy cayendo, arrastrada por el agotamiento, el vodka y la extraña comodidad de estar en su espacio. De saber que me observa. Que vigila. Aunque sea sólo su propio autocontrol.

Por primera vez en once años, no sueño con Mikhail.

No sueño con jardines rusos, ni risas aniñadas, ni promesas que no recuerdo haber hecho. No hay sangre, ni gritos, ni culpa aplastándome el pecho.

En cambio, sueño con mariposas con navajas por alas. Con un hombre en una silla, manos apretadas para no buscarme. Con promesas que suenan a amenazas y amenazas que parecen promesas.

Y no sueño con Mikhail en absoluto.

14 - Sofia

No puedo dejar de pensar en sus manos en mi cara, y eso me vuelve inútil.

Mi primer día completo en sus aposentos, mi primera mañana despertando en su cama. Alexei se fue antes del amanecer para reuniones, negocios, el peso de la responsabilidad que nunca lo deja descansar. Se detuvo en la puerta, mirándome enredada en sus sábanas, y había algo en sus ojos que decía que necesitamos hablar de lo que pasó anoche. Pero no hay tiempo. Nunca hay suficiente tiempo.

Ahora estoy sola en sus aposentos, caminando de un lado a otro como un animal enjaulado. La energía inquieta crece con cada paso de la cama a la ventana, de la ventana al tocador, del tocador a la puerta. Llevo puesta una de sus camisas, la tomé prestada sin preguntar porque me niego a ponerme otro vestido de algodón áspero. La tela blanca me llega a medio muslo, suave contra mi piel. Nada debajo porque mi único par de panties aún se está secando en el baño desde que los lavé anoche. La camisa apenas cubre lo necesario, y cada movimiento me recuerda que prácticamente estoy desnuda en su espacio.

La tela roza mis muslos desnudos con cada paso, un recordatorio constante de mi vulnerabilidad. Mi cuerpo se calienta. Ni siquiera la confusión puede evitar la reacción que tengo al estar envuelta en su aroma. Cedro y humo se aferran al algodón, rodeándome, haciendo que mis pezones se endurezcan bajo la tela delgada.

—¿Y si no me arrepiento?— Eso fue lo que le dije anoche, el vodka dándome valor. ¿Qué clase de cosa es esa para decirle al hombre que te tiene cautiva?

Debería estar planeando. Haciendo estrategias. Recuperando mi poder en esta situación, buscando formas de escapar, conseguir más información. En cambio, no paro de recordar cómo su pulgar rozó mi labio, cómo casi me besó antes de alejarse. Cómo pasó la noche en esa silla en lugar de arriesgarse a tocarme.

La habitación se siente más pequeña con cada vuelta que doy. Siempre cerrada. Siempre vigilando. Las cámaras siguen mi movimiento inquieto, y me pregunto si me estará observando desde donde sea que estén sus reuniones. El pensamiento hace que mi piel se sonroje. Que me vea así, casi sin ropa, vestida con su camisa, inquieta por un deseo que no sé cómo nombrar.

Necesito moverme. Hacer algo. Recordar que soy un arma, no una chica enamorada ahogándose entre camisas prestadas y confusión.

La puerta principal está cerrada, por supuesto. Electrónica, requiere su huella o un código de acceso. Pero hay otra puerta, la que noté cuando los guardias me trajeron por primera vez. Conecta con su recámara, el estudio privado al que he tenido curiosidad de entrar desde el primer momento. No es el lugar donde maneja sus negocios. Es algo más personal.

No debería. Este es su espacio, su santuario. Pero la inquietud le gana a la cautela.

La ganzúa sale de mi cabello, cálida por el calor de mi cuerpo. La chapa de la puerta es buena, hecha en Alemania, costosa, pero no imposible. Cuarenta segundos de trabajo cuidadoso, dejando que la tecnología de Emilio desbloquee la cerradura electrónica.

Clic.

El estudio se abre ante mí, y entro.

Más pequeño que su despacho principal. Más cálido. El aire huele a papel viejo y cuero, partículas de polvo bailando en la luz filtrada. Libros cubren cada pared: literatura rusa, historia militar, volúmenes de arquitectura que parecen fuera de lugar. Otro bonsái descansa en el alféizar de la ventana, más joven que el de su recámara, las ramas extendiéndose hacia la luz.

Soy muy consciente de que este es el espacio privado de Alexei. Su aroma es más intenso aquí, concentrado. Mi cuerpo responde: el pulso se me acelera, la piel me arde bajo su camisa.

Pero son las cajas las que llaman mi atención. Cajas de cartón apiladas contra la pared del fondo, etiquetadas en cirílico. Mi ruso hablado es bastante bueno, lo sé por escuchar a los guardias, pero leer cirílico es diferente. Las letras al principio bailan ante mis ojos, luego poco a poco cobran sentido. Como si mi cerebro recordara algo que alguna vez supo. Objetos personales. Almacenamiento. Y un nombre que me aprieta el pecho: Mikhail.

No debería mirar. Son cosas de su hermano, su dolor vuelto tangible. Pero mis manos ya están abriendo la primera caja, el cartón áspero contra la punta de mis dedos.

Se desparraman fotos. Mikhail en distintas edades. De niño, sonriendo sin uno de sus dientes; de adolescente, serio frente a un tablero de ajedrez; de joven, riendo por algo que está fuera de cámara. Revistas de arquitectura, gastadas y anotadas con una letra ordenada. Un telescopio, pequeño y bien cuidado.

Los restos de un chico que quería construir cosas, no destruirlas.

Hay algo en su expresión en estas fotos que me conmueve. No solo la familiaridad de las imágenes que ya he visto. Es algo más profundo. Como una canción de la que olvidé la letra pero que sigo tarareando sin pensar.

La segunda caja contiene ropa. Una chaqueta que aún huele vagamente a loción. Un reloj, detenido a las 3:15. Y al fondo, envuelto en papel de seda, un diario de cuero.

Me tiemblan las manos al desenvolverlo. El cuero está suave por el uso, tibio entre mis palmas, los bordes gastados por los años. Mikhail Volkov está grabado en cirílico en la portada. No debería leer esto. Es privado, sagrado, el mundo interior de un muchacho muerto.

De todas formas lo abro.

La mayoría de las entradas están en ruso. Las letras en cirílico deberían ser indescifrables, pero mientras las miro, algo cambia en mi mente. Como una puerta que se abre poco a poco. Puedo leerlas, despacio al principio, luego más rápido cuando alguna parte dormida de mi cerebro despierta. ¿Cuándo aprendí a leer ruso? ¿En el mismo momento en que aprendí a hablarlo? ¿En ese jardín que no consigo recordar bien?

Quejas sobre su padre. Notas sobre los libros que está leyendo. Observaciones sobre arquitectura, sobre la luz, sobre cómo los edificios respiran.

Entonces lo encuentro. Una entrada fechada tres meses antes de que muriera:

—S vino al jardín hoy. Está aprendiendo ruso más rápido de lo que esperaba. Su acento sigue siendo terrible pero se ríe cuando la corrijo. Creo que le estoy enseñando más que palabras. Creo que le estoy enseñando a ser valiente.—

Me tiemblan las manos, los bordes del diario dejan marcas en mis palmas de tanto que lo aprieto. S. Alguien a quien él le estaba enseñando ruso.

Paso las páginas hacia adelante, buscando más menciones.

—S me enseñó una palabra nueva en inglés hoy. "Serendipity". Dice que significa encontrar algo bueno cuando no lo estabas buscando. Creo que eso es lo que ella es. Algo bueno que no buscaba —.

Las entradas sobre S aumentan. Ella lo hace reír. Ella entiende sus sueños de construir en vez de destruir. Ella lo ve como algo más que solo el heredero Volkov.

Luego, dos semanas antes de su muerte, la letra se tambalea:

—Tengo que decirle la verdad pronto. Sobre lo que papá está planeando. Sobre la reunión. Debo advertirle, aunque eso signifique que me odie. Aunque arruine todo. Ella tiene que saberlo—.

Y la última entrada sobre S:

—Voy a advertirle esta noche. Pase lo que pase después, no puedo dejar que entre en lo que papá ha planeado. Ella merece la verdad. Aunque me odie por ello—.

La verdad. Advertencia. Los planes de papá.

Un jardín. Clases de ruso. Alguien enseñándome a ser valiente.

El mundo se inclina.

La presión me parte el cráneo desde adentro. No es dolor exactamente, sino algo peor, como si mis recuerdos rasgaran el hueso para volver.

Me desplomo en el piso, las piernas simplemente no me responden. El frío de la madera dura golpea mi mejilla, el diario apretado contra mi pecho, el cuero cortando más profundo mis palmas. El sabor a cobre inunda mi boca. Me mordí la lengua.

Las imágenes me asaltan, violentas y vívidas:

Un jardín. Verano. Rosas trepando por una celosía. Las manos de un chico corrigiendo mi forma de sujetar el lápiz mientras escribo letras rusas. —No, no, así. ¿Ves? La curva es importante—.

—Misha—, me oigo decir. No Mikhail. Misha. El apodo familiar sale de mis labios como si lo hubiera dicho mil veces.

—Vas mejorando, Sofiya—. Su voz, más joven, más ligera que la de su hermano. Burlona. —Pronto vas a hablar ruso mejor que yo—.

—Mentiroso—, río. Quince años. Tan segura de todo. —Pero eres buen maestro—.

—Eres mi mejor amiga—, me oigo decir. —Nunca le diría a nadie sobre nosotros. Lo prometo—.

—Lo sé—, dice él. —Confío en ti—.

La presión en mi cabeza aumenta, algo se quiebra por dentro. Las palabras salen de mí en ruso, fluidas y desesperadas:

—Misha. Misha, lo siento. No sabía. No sabía lo que iba a pasar. Trataste de advertirme y no te escuché. Lo siento, de verdad lo siento —.

No puedo parar. Las palabras salen desgarrando mi garganta en perfecto ruso, un idioma que no se supone que conozca. Mi cabeza parece dividirse, los recuerdos queriendo atravesar once años de muros. La presión crece y crece hasta que quedo hecha ovillo en el piso, temblando, el frío atravesando su camisa.

La puerta del estudio se abre de golpe.

Alexei. Pálido, los ojos desbocados. ¿Cuánto tiempo he estado aquí en el piso? ¿Minutos? ¿Horas?

—¿Sofia?—

Lo miro desde donde he caído, todavía abrazando el diario de su hermano. Las lágrimas nublan mi vista.

—Misha—, digo, y lo veo estremecerse con el apodo. —Él era… nosotros éramos…—

—¿Qué estás diciendo?— Su voz es dura, confundida.

Se arrodilla a mi lado, las manos buscándome de inmediato para ver si estoy herida. Sus dedos en mi cuello buscando el pulso, apartando el cabello de mi rostro para ver mis ojos. Incluso entre el dolor que me parte, soy consciente de sus manos sobre mí, quemando a través de la tela fina de la camisa.

Entonces lo entiendo. He estado hablando ruso. Palabras que no recuerdo haber aprendido fluyendo como agua.

—Lo amaba—. El inglés ahora me parece ajeno, torpe. —Yo era S. La del diario. Yo era…—

La presión alcanza el colmo, una agonía blanca y ardiente que me obliga a encogerme en el piso. Mi visión se fractura en destellos.

La oscuridad avanza desde los bordes. A medias soy consciente de los brazos de Alexei alzándome del piso como si no pesara nada, su pecho contra mi costado, sus dedos apretando mi muslo desnudo donde la camisa se ha subido. Mi cuerpo, aun en crisis, registra cada punto de contacto. Su voz está tensa de algo que podría ser miedo, ladrando órdenes a alguien. ¿Guardias? ¿Un médico?

Fragmentos me llegan entre la neblina:

—…hablando ruso perfecto…— —…la encontré con el diario de Mikhail…— —…llevenla a la cama…—

Trato de aferrarme a los recuerdos. La risa de Misha, el jardín, la promesa que hice, pero ya se están yendo, alejándose como la marea que se retira de la orilla.

No. No, necesito recordar. Necesito saber qué prometí.

Pero la oscuridad gana.

Salgo a flote lentamente, como nadar desde aguas profundas. La cama de Alexei. Afuera es de noche. He perdido horas con lo que pasó en el despacho. Me duele la cabeza, pero ahora es soportable. La presión que me partía ha desaparecido, solo quedan ecos.

Él está en la silla junto a la ventana, velando, mirándome con una intensidad que me oprime el pecho. Sin dormir, sin moverse, solo mirando. La forma en que me observa, como si fuera algo precioso y venenoso al mismo tiempo, hace que me duela el pecho. El diario descansa en sus manos, la cubierta de cuero brillando bajo la luz de la lámpara.

En cuanto ve que estoy despierta, se dirige hacia la puerta, deja su vigilia, me deja a mí, y el pánico me explota en el pecho.

—¿Alexei?—

—Voy a estar en el estudio—. Su mano se tensa sobre el marco de la puerta hasta que los nudillos se le ponen blancos. —No… no vayas a ningún lado—.

Se va al despacho, llevándose el diario y cerrando la puerta con un control cuidadoso que habla de emociones apenas contenidas.

Me quedo sola con el peso de la revelación aplastándome el pecho.

Permanezco en su cama, mirando el techo mientras mi mente da vueltas a fragmentos que no terminan de encajar. El techo no ofrece respuestas, solo sombras proyectadas por la lámpara que se mueven como fantasmas.

Conocía a Mikhail. No solo lo conocía, lo amé, si lo que dice el diario es cierto. Todo este tiempo, pensé que de alguna manera, por descuido, había causado la muerte de un inocente chico ruso. Pero no fue así. Éramos amigos. Tal vez algo más. Él escribía sobre mí como si yo hubiera colgado las estrellas.

Iba a advertirme sobre algo. Los planes de su padre. Una reunión.

La masacre.

Las piezas están ahí, flotando justo fuera de mi alcance. Cada vez que intento agarrarlas, se me escapan como humo entre los dedos. Mi mente ha construido muros tan gruesos que ni siquiera esta revelación logra atravesarlos del todo.

¿Qué te prometí, Misha?

El nombre se siente correcto en mi boca, familiar de una manera que hace que el pecho me duela. En algún rincón de mi memoria rota, una chica de quince años se ríe en un jardín con un chico que sueña con construir cosas hermosas. Se enseñan idiomas, comparten secretos, hacen promesas.

Y después, sangre. Gritos. Mikhail muerto a los dieciocho, sus sueños de arquitectura pudriéndose con él.

Desde el despacho llega el sonido de vidrio rompiéndose. Fuerte, violento. Algo más pesado le sigue. Tal vez madera astillándose o cerámica haciéndose añicos contra la pared.

Cada estruendo me hace estremecerme, como si el sonido también rompiera algo dentro de mi pecho. Otro golpe. Luego silencio. Un silencio largo, denso, que se aferra a mis oídos.

Permanezco quieta, casi sin respirar, cuando escucho que se abre la puerta del despacho. Pasos suaves. Él está volviendo.

La puerta del dormitorio se abre en silencio. Sigo con los ojos cerrados, pero lo siento entrar en la habitación como un cambio en la presión del aire. El piso cruje suavemente bajo su peso. No va a la silla. Se acerca a la cama. Se detiene junto a mí. Siento su mirada como manos recorriéndome la piel, estudiando cada centímetro de la mujer que su hermano amó.

Me falta el aire, pero mantengo los ojos cerrados. El colchón no se hunde. Simplemente está ahí, de pie, observándome. El peso de su mirada hace que mi piel arda. Incluso devastada, incluso sabiendo lo que fui para Mikhail, mi cuerpo reacciona a su cercanía. Mis pezones se endurecen bajo su camisa, y me odio por ello.

—Abre los ojos, Sofia.

Su voz es áspera, devastada, peligrosa.

Los abro. Me observa desde arriba con una expresión que nunca le había visto. Dolor y deseo entrelazados en algo que me corta la respiración. Su camisa blanca está desarreglada, una mancha de sangre en los nudillos. De lo que sea que rompió en el despacho.

—Leí el diario.

No respondo, no puedo.

—Lo amabas. —No es una pregunta.

—Sí —admito.

—Él te amaba.

—Sí.

Su mano se mueve hacia mi rostro, se detiene a centímetros, temblando. Siento el calor irradiando de su palma, tan cerca pero sin tocarme. El espacio entre nosotros chisporrotea con todo lo que no podemos decirnos.

—¿Qué se supone que haga contigo ahora?

La pregunta queda suspendida entre nosotros como una hoja afilada, y no sé si me la pregunta a mí o a sí mismo. Su mano sigue ahí, temblorosa, atrapada entre buscarme o apartarse.

—No lo sé —susurro.

—Dijiste "Lo prometo." Una y otra vez mientras estabas… lo que sea que fuera eso. ¿Qué le prometiste, Sofia?

—No lo sé. No puedo… —Las lágrimas se deslizan por mis sienes hasta mi cabello, frías contra el cuero cabelludo—. No puedo recordarlo. Algo sobre una advertencia. Él iba a advertirme sobre algo.

El silencio se estira entre los dos. Él mira el diario, luego vuelve a mirarme, todavía por encima de mí.

—Mi hermano escribió sobre ti durante meses. Decía que eras lo mejor que le había pasado. —Su mandíbula se tensa, como si luchara contra las palabras—. Y luego murió. ¿Y tú simplemente… lo olvidaste?

La acusación duele porque es verdad. Fuera lo que fuéramos, significáramos lo que significáramos el uno para el otro, lo perdí todo esa noche.

—No elegí olvidar. Y no sé si cumplí la promesa que le hice. No sé si… —Las palabras se me quedan atragantadas como cristales rotos. Lo traicioné. Le fallé. Hice que lo mataran.

Sus ojos se ven húmedos, brillando bajo la luz tenue.—Solo la familia le decía Misha. Y tú.

El peso de eso cae entre nosotros. No fui solo una chica que hizo matar a su hermano. Fui alguien a quien Mikhail amó. Alguien que lo amó de vuelta. Alguien que importaba.

Sus dedos por fin me tocan. Solo las yemas, trazando mi pómulo con una ternura devastadora. El mismo lugar que tocó anoche, antes

de que todo cambiara. Mi cuerpo se arquea ligeramente hacia su mano antes de poder evitarlo, y él contiene el aliento.

—Respondes a mi toque. —Su pulgar recorre mi labio inferior—. Aunque supiste que lo amabas. Incluso ahora.

—No puedo evitarlo. —La confesión se escapa de mis labios—. Intento no hacerlo, pero…

—No lo hagas. —Ahora su mano cubre por completo mi rostro, el pulgar aún sobre mi boca—. No lo intentes. Es lo único que tiene sentido ahora.

El peso de su palma contra mi mejilla, la forma en que su pulgar presiona un poco más dentro de mi boca. No debería excitarme, no después de lo que acabamos de descubrir. Pero a mi cuerpo no le importa el deber ser. Solo reconoce su tacto, su aroma envolviéndome, el calor peligroso en sus ojos.

—Mikhail está muerto —dice él, con voz dura—. Pero tú estás aquí. En mi cama. Usando mi camisa. Respondiendo a mi contacto.

Su pulgar se desliza más profundo y abro mis labios sin querer, dejándolo entrar. El gesto es íntimo, posesivo, incorrecto en todos los sentidos. Sus pupilas se dilatan cuando mi lengua roza su piel.

—¿Qué pensaría él? —Su voz se apaga en un susurro—. Su amante y su hermano…

Quita la mano de golpe, alejándose de la cama. La pérdida de su contacto me hace gemir antes de poder detenerme.

—¿Qué se supone que haga contigo ahora? —repite, como si fuera la única idea que cuenta.

Sin mirar atrás, se da la vuelta y cruza la habitación. La puerta se cierra detrás de él, dejándome sola con el fantasma de su caricia en el rostro y el peso de todo lo no dicho.

15 - Sofia

Cuando por fin recuerdo quién soy, una espía infiltrada de una familia enemiga, no una adolescente enamorada, me obligo a salir de la cama y aprovecho la ausencia de Alexei.

Ni siquiera se molestó en cerrar con llave la puerta de su estudio. Obviamente sabe que puedo entrar ahí, así que ¿para qué detenerme? Su estudio todavía huele a él y, tras aspirar profundamente, sonrío por un instante antes de obligarme a borrar esa expresión.

Entonces me pongo a trabajar.

El horario de reuniones de los Kuzmin está encima de unas hojas esparcidas, su precisión habitual destruida por los demonios con los que luchó mientras yo estaba inconsciente en su cama.

Por fin. Información real que mi familia necesita. Manifiestos de envíos con anotaciones en cirílico. Detalles de seguridad escritos con su letra pulcra. Le saco fotos rápidamente a todo con el celular desechable que me dio Nico.

El teléfono pesa más con cada secreto capturado. Tres ubicaciones para las reuniones de la próxima semana. Rotaciones de guardias. Envió de armas que podría cambiar el equilibrio de poder en Chicago. Mi pulgar flota sobre el botón de enviar. Un toque y esta información salva a mi familia. Un toque y sigo siendo el arma que me formaron para ser.

Pero sigo viendo la cara de Alexei. Ojos destruidos, enrojecidos, que no podían encontrarse con los míos. El hombre que me sostuvo cuchillos en la garganta ni siquiera pudo mirarme después de saber que amaba a su hermano.

Antes de que pueda pensarlo más, marco el número. Nico.

—¿Sof? ¿Qué pasa?—

—Nada. Solo necesitaba reportarme.—

—Eso ya es dos veces en dos días.— Su voz se afila de la manera en que lo hace antes de la violencia.—Después de nuestra reunión, ahora esto. ¿Qué pasó?—

Las palabras se amontonan en mi garganta. El pecho se me cierra como si un puño apretara mi corazón. Descubrí que estaba enamorada de Mikhail. O él estaba enamorado de mí. Quizá ambos. Estaba tratando de advertirme sobre algo. Anoche me desmayé hablando ruso. Me estoy enamorando de mi captor y no recuerdo por qué se supone que debo odiarlo.

—Tengo más información,— digo en cambio, la palma sudorosa contra el teléfono, volviéndolo resbaloso.—Más allá de lo que te di antes. La reunión con los Kuzmin y los capitanes Volkov. Nuevos lugares, horarios, detalles de seguridad actualizados.—

—Envíalo.—

Mi pulgar se mueve hacia las fotos en la pantalla. Un gesto tan simple. ¿Por qué se siente como una traición monumental?

—Sof. Envíalo.—

—Aún estoy verificando. No quiero cometer un error.—

—Dijiste lo mismo sobre la información de los Barone.— Su voz se ha puesto dura, ese tono que usa con los enemigos. Nunca conmigo.—¿Qué está pasando? ¿Él te está haciendo algo?—

Sí. Me está desarmando. Me hace cuestionarme todo lo que creía saber sobre esa noche, sobre mí misma, sobre lo que significa la lealtad. El pulso me late furioso, golpeando contra mis costillas.

—No. Solo necesito más tiempo,— respondo.

—¿Tiempo para qué?—

La pregunta queda flotando entre nosotros, y me doy cuenta de que no tengo una respuesta que tenga sentido. ¿Tiempo para entender por qué mi cuerpo ansía el contacto de mi enemigo? ¿Tiempo para recordar lo que le prometí a un chico muerto? ¿Tiempo para averiguar cómo puedo desear a Alexei a pesar de lo que su familia le hizo a la mía?

—Sofia.— La voz de Nico baja al tono que solía consolarme después de las pesadillas.—Háblame. Sea lo que sea, dímelo.—

—Hay algo más sobre los rusos. Sobre su conexión conmigo.—

Las palabras se escapan antes de que pueda detenerlas. El silencio que le sigue se siente eterno.

—¿Qué conexión?—

—Mikhail Volkov. Antes de la masacre. Lo conocía, Nico. De verdad lo conocía. Escribió sobre mí en su diario. Páginas y páginas acerca de alguien a quien llamaba “S.” Era yo.—

—Jesús. ¿Estás diciendo…—

—Lo bloqueé. Los recuerdos. Pero llevo años teniendo fragmentos. Las pesadillas, el ruso que de alguna manera hablo. Fue él quien me enseñó. Siempre fue él.—

—Cristo, Sof.—

—Iba a advertirme sobre algo. La noche antes de la masacre. Y no puedo recordar qué.—

Nico exhala, y puedo imaginarlo pasándose la mano por el cabello como hace cuando todo se complica.—Sof… aunque eso sea cierto, no cambia lo que pasó. Su familia mató a papá. Mataron a los Moretti también. Destruyeron todo.—

—Lo sé.—

—¿De verdad? Porque parece que te estás confundiendo sobre quién es el enemigo.—

La acusación me golpea fuerte. ¿Estoy confundida? Cuando Alexei me toca, cuando me mira con esos ojos pálidos llenos de hambre y de dolor, cuando me deja el café justo como me gusta, ¿es confusión o claridad?

—No estoy confundida. Solo necesito entender. Lo que olvidé. Lo que le prometí.—

—¿Y luego?—

—Y luego regreso a casa. Con todo lo que sé.—

La mentira me quema en la garganta, tan amarga como las verdades que trago para mantener a salvo a mi familia de lo que me estoy convirtiendo.

Después de colgar, me quedo mirando las fotos en mi teléfono. Todo lo que mis hermanos necesitarían para destruir las operaciones de los Volkov.

Borro cada foto. Los Kuzmin. Los cargamentos. Todo lo que mi familia necesita, desaparece con tres toques. La princesa Rosetti jamás haría esto. Pero la mujer que amó a Mikhail, la que tal vez esté empezando a enamorarse de Alexei, necesita respuestas más que venganza. Dios, me odio por esta debilidad.

De regreso en su habitación, la luz de la mañana se filtra a través del vidrio a prueba de balas. Mi cuerpo todavía duele por el colapso de ayer, los músculos sensibles por la convulsión que me atrapó cuando los recuerdos intentaron salir a flote.

Se abre la puerta del dormitorio.

Alexei parece destrozado. No hay otra palabra para describirlo. Su camisa está arrugada, el cuello desabrochado. La barba le

sombreaba la mandíbula. Sus ojos enrojecidos, no sé si por falta de sueño o por otra cosa, y prefiero no averiguar.

Se detiene al verme, algo cruza por su rostro demasiado rápido para descifrarlo.

—Te traje café.— Deja una taza humeante sobre la cómoda en vez de dármela en la mano. El gesto se siente a la vez tierno y lejano, como una disculpa por su ausencia, no por su presencia.

—Gracias— digo, cruzando la habitación para tomar la taza mientras él se retira hacia el pasillo.

—¿Cómo te sientes?— Su voz es ronca, como si hubiera estado hablando con fantasmas toda la noche.

—Estoy bien.—

—Te desmayaste. Tú…

—Dije que estoy bien.—

El silencio se estira entre nosotros, denso por todo lo que no podemos decir.

—Tengo reuniones hoy.— Su voz ahora suena plana, profesional, como si estuviéramos hablando del clima y no del terremoto que acaba de cambiar toda nuestra dinámica.— Te vas a quedar aquí.

—Alexei…—

—Hablamos esta noche.—

Se mueve hacia la puerta sin mirarme a los ojos. Este hombre que me ha puesto cuchillos en la garganta, que me ha hecho sangrar, que ha tenido sus dedos dentro de mí, ahora ni siquiera puede mirarme.

La puerta se cierra con un suave clic. Se acciona la cerradura.

Lanzo la taza de café contra la pared. Trozos de cerámica se esparcen sobre el piso de madera, uno desliza hasta quedar junto a mi pie descalzo, tan afilado como mi culpa. El líquido marrón corre por la pintura blanca como todas las palabras que debí haber dicho.

Las horas pasan en una agonía lenta. Me baño usando su jabón, dejando que su aroma cubra mi piel como si me absuelva de pecados que no dejo de cometer. Los vestidos de algodón áspero cuelgan en el armario como acusaciones, pero hoy no los soporto. No después de todo esto.

En cambio, encuentro otra de sus camisas. Blanca, costosa, el algodón suave de tantas lavadas, nada que ver con el castigo de la tela áspera que me ha obligado a usar. Me llega a mitad del muslo cuando me la pongo, las mangas caen más allá de mis manos. Las enrollo, abrochando los botones con dedos que todavía tiemblan.

El bonsái sobre su cómoda necesita agua. Lo noto en la ligera caída de las hojas. Un arte tan paciente, dar forma a algo hermoso con años de cortes cuidados. Encuentro un vaso en su baño, lo lleno con agua tibia y cuido el arbolito con la misma concentración que uso para limpiar armas.

El ritual calma algo en mí. Cada gota absorbida por la tierra, el árbol bebiendo lo que necesita para sobrevivir otro día de ser esculpido poco a poco en la visión de belleza de alguien más.

Como yo. Como lo que él está haciendo conmigo, corte a corte, momento a momento.

La cerradura suena. La luz del atardecer ahora entra por las ventanas. He perdido todo un día entre la culpa y la espera.

Alexei entra y se detiene en seco al verme.

Estoy sentada en su cama, las piernas cruzadas, su camisa subiendo lo justo para que sea peligroso. La luz del atardecer convierte mi cabello en oro, proyectando sombras que resaltan cada curva que la camisa intenta ocultar.

Sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo. Se detienen. Vuelven a subir. Su garganta se mueve en una deglución que me dice todo sobre su autocontrol en este momento.

—Esa es mi camisa.—

—Me cansé de sentirme como una prisionera.—

—Eres una prisionera.—

—No con esta camisa.—

El aire entre nosotros cambia, se espesa como antes de una tormenta de verano. Él todavía está de pie junto a la puerta, la tensión se nota en cada línea de su cuerpo.

—Tenemos que hablar— dice, pero su voz ahora es áspera.

—Lo sé.—

—Sobre Mikhail. Sobre lo que recordaste.—

—Lo sé.—

—Sofia…—

—He estado pensando en eso todo el día.— Me levanto, doy un paso hacia él.— En tu hermano. En lo que olvidé. En esto, lo que sea que esto es entre nosotros.—

—¿Y?—

Otro paso. Ahora puedo olerlo. Su colonia mezclada con la ciudad, con salas de reuniones y decisiones difíciles.

—Y no tengo respuestas. No puedo recordar qué le prometí. No puedo recordar si cumplí la promesa. No sé por qué lo bloqueé.— Ahora estoy lo suficientemente cerca para tocarlo, pero no lo hago. Todavía no.— Pero sé una cosa.—

—¿Qué?—

Lo miro a los ojos, dejándole ver la decisión que tomé. Cada vez que me tocó, fue en sus términos. Su control. Sus decisiones. Pero hoy ya traicioné a mi familia por él. Si voy a condenarme, voy a llevarme algo a cambio.

—Estoy cansada de ser yo la que termina de rodillas —digo, mi voz áspera y temblorosa por el hambre que me he negado a sentir—. Ven aquí.

Él duda, un millón de cálculos destellan detrás de sus ojos. Un músculo le tiembla en la mandíbula, la vena en su sien palpita, pero aún así, no se mueve. Veo la lucha en su interior, la guerra entre su necesidad de control y ese impulso visceral, profundo en los huesos, de obedecerme. Es casi patético, la forma en que lo desea y se odia por desearlo.

—Sofia —dice, como si mi nombre fuera un código que ha pasado toda su vida tratando de descifrar.

—No era una solicitud. —Me acerco a él, lenta y depredadora, y él se estremece como si esperara una bofetada en lugar de un beso.

Casi me hace reír. Casi. En lugar de eso, pongo mi palma en su pecho y empujo. No fuerte, sólo lo suficiente para que sienta mi fuerza, para que sepa que estoy ocupando espacio en este cuarto, en su vida, así como él devoró la mía. Él cede, deja que lo empuje hacia atrás hasta que la parte trasera de sus rodillas choca con el borde de la silla.

—Siéntate.

Él obedece. Tenso, rígido, pero sumiso, lo que es casi más embriagador que si me hubiera enfrentado. Sus manos se aferran a los brazos de la silla. Puedo ver la tensión en sus dedos, toda esa violencia contenida bajo la piel. Me monto sobre él en un solo movimiento, mis muslos enmarcando sus caderas, el dobladillo de la camisa subiendo lo suficiente para sentir el calor que emana de su cuerpo.

Me mira desde abajo, esos ojos pálidos vidriosos de necesidad y miedo. Por una vez, parece pequeño. Humano. Quiero devorarlo.

Sus manos van directo a mis caderas, hambrientas, desesperadas. Atrapo sus muñecas y las sujeto contra los apoyabrazos. Podría soltarse, romperme los huesos como si nada, pero no lo hace. Saberlo hace que cada célula de mi cuerpo chisporrotee de poder.

—No —digo, saboreando la palabra—. Tú no tienes permiso para tocar.

Él traga saliva, la nuez de Adán subiendo y bajando. Ya no hay máscara; sólo queda el hombre debajo, y por un segundo me pregunto qué pasaría si lo llevo más allá de sus propios límites.

Él prueba mis manos, flexiona las muñecas una vez, dos, luego se queda quieto. Hay una especie de adoración en la forma en que se rinde.

—Sofia…

Mi nombre en su boca, desesperado y suplicante, es mejor que cualquier disculpa. Mejor que cualquier venganza. Me inclino, acerco mis labios a su oído, dejo que mi cabello caiga como una cortina dorada, aislándonos del mundo.

—Me has tenido de rodillas. Me hiciste sangrar. Tomaste de mí todo lo que quisiste. —Muerdo su lóbulo, apenas lo suficiente para hacerlo estremecer—. Esta noche, yo voy a tomarte algo a ti.

Su respiración se entrecorta y puedo sentir cómo se endurece debajo de mí, la prueba de su necesidad apretando contra la delgada tela entre nosotros. Muevo mis caderas, lento al principio, saboreando cómo su autocontrol se desintegra molécula por molécula.

—Por favor —dice, y suena como una confesión—. Déjame tocarte.

Casi lo hago. Casi le concedo eso, porque yo también lo deseo. Pero todavía no.

—No.

Cambio mi posición, me froto contra él hasta sentirlo entero, duro e insistente. Él deja escapar un sonido gutural, los puños apretados hasta ponerse blancos sobre los brazos de la silla. Es casi gracioso lo cerca que está de romperse, cuánto desea dejarse llevar.

—Me estuviste viendo todo este tiempo —digo, moviendo mis caderas de forma que lo enloquezco—. Todas esas fotos en la pared. Todas esas noches que pensaste que no te noté parado afuera de mi puerta. ¿Te tocabas pensando en mí?

—Sí. —La palabra le sale arrancada, cruda y sin vergüenza.

—¿Te imaginaste esto?

—Me lo imaginé todo. —Ahora jadea, los ojos dilatados, la voz bañada en devoción y odio hacia sí mismo—. Me imaginé que me matabas. Me imaginé que me cogías. Me imaginé que me salvabas.

No estoy segura a cuál de los dos odia más en este momento.

Sostengo su mirada, le dejo ver exactamente quién tiene el control—. No eres el único que puede tomar, Alexei. No eres el único que sabe cómo hacer daño.

Meto la mano entre nosotros, encuentro su cinturón y lo abro deliberadamente despacio. Él arquea las caderas, desesperado por fricción, pero yo lo mantengo inmóvil. Cuando lo libero, está tan duro que resulta casi obsceno. Lo tomo con mi mano, el calor de su piel me sorprende. Gime, deja caer la cabeza hacia atrás, cuello expuesto.

—¿Sabes cuántas veces he pensado en esto? —Lo acaricio, lento y despiadada, apretando sólo lo suficiente para hacerlo jadear de nuevo—. Cuando me encerraste en el sótano. Cuando me hiciste comer de tu mano. Durante esa maldita prueba de zapatos.

—¿Pensabas en mi verga mientras te hacía sangrar?

Me río, grave y cruel—. Pensaba en hacerte suplicar.

Sus ojos se oscurecen, las pupilas totalmente dilatadas. Se mueve debajo de mí, probando la fuerza con la que sujeto su muñeca, pero aún así no se libera, ni siquiera mueve su mano libre del apoyabrazos. Me está entregando esto, ofreciéndose como sacrificio. Es casi puro.

—Entonces hazme hacerlo —dice, su voz quebrándose en el borde de un gemido.

16 - Sofia

—Dime qué quieres.—

Las palabras salen firmes a pesar del temblor que recorre mi cuerpo. Tengo una de las muñecas de Alexei atrapada contra el apoyabrazos de su silla, y la otra descansa obedientemente sobre el otro, mientras mi mano libre acaricia su verga.

Retiro la mano, llevándola a su otra muñeca, y él gime. Estoy sentada a horcajadas sobre su regazo. No hay nada bajo la camisa que todavía llevo puesta, solo piel desnuda ya resbaladiza por la necesidad, sin barrera entre mi coño empapado y su verga dura como piedra. Este hombre, que rompe huesos sin pestañear, ahora tiembla bajo mis manos.

—Tú.— Su voz se quiebra en la única palabra. —Solo tú.—

—Sé más específico.— Vuelvo a mover las caderas, consciente hasta el dolor del pequeño espacio entre mi clítoris y el borde de su verga. La camisa enorme que llevo puesta se estira entre nosotros, cubriendo mi sexo de su vista, pero puedo sentir mi propia humedad escurriéndose sobre sus muslos desnudos.

Sus manos se flexionan bajo las mías, donde mantengo sus muñecas reprimidas, probando su fuerza. Podría liberarse fácilmente. Los dos lo sabemos. Pero no lo hace. Me deja sostenerlo, me deja tomar lo que he estado ansiando desde que puso su mano alrededor de mi cuello por primera vez.

—Quiero estar dentro de ti,— susurra, sus ojos pálidos oscurecidos por el deseo.—Quiero sentir tu coño apretadito estrujando mi verga cuando te vengas. Quiero saborear tu orgasmo en mi lengua. Quiero cogerte hasta que no recuerdes ni tu propio nombre. Quiero... Pozhaluysta, Sofia.— El ruso brota de sus labios, crudo y desesperado.—Mne nuzhno tebya trogat'.—

Mantengo el rostro neutral aunque mi mente lo traduce automáticamente: Necesito tocarte.

Lo silencio con un beso más posesivo que tierno. Mi lengua invade su boca, saboreando vodka y desesperación. Muero su labio inferior con fuerza suficiente para romper la piel, y el sabor a hierro nos hace gemir a ambos. Cuando me aparto, él jadea, con una fina línea roja en el labio que muero por lamer.

—Por favor, Sofia.— La palabra sale de él hecha trizas.—Déjame tocarte.—

—No.—

Vuelvo a frotarme contra el vacío, tan consciente del roce de su verga cerca de mi clítoris. Mi humedad ha bajado hasta sus muslos, dejando una mancha mojada. La silla de cuero rechina de forma obscena con cada vaivén de mis caderas.

—Me has quitado todo desde que llegué,— susurro contra su garganta, arrastrando los dientes por su pulso hasta que se estremece.—Mi libertad. Mi dignidad. Me obligaste a ahogarme con tu verga mientras mirabas. Esta noche, tú me lo devuelves todo.—

—Tómalo.— Sus caderas se alzan involuntariamente, buscando fricción.—Toma lo que quieras. Úsame.—

—Eso pienso hacer.—

Me enderezo y aparto la camisa, revelando mi coño empapado. Ambos contemplamos, hipnotizados, mis pliegues húmedos a menos de una pulgada de su verga de acero. Su verga salta y él gime, impulsando sus caderas hacia adelante para tratar de alcanzarme, buscando alivio a su presión.

Me pongo de pie despacio, las piernas temblando por el esfuerzo de no dejarme caer directamente sobre su verga. La pérdida de contacto nos hace gemir a ambos. Sus ojos están fijos en la mancha húmeda que mi deseo dejó en sus muslos.

—La camisa se queda puesta mientras miras,— le ordeno, pasando mis manos por el algodón blanco que apenas cubre mi trasero.—No te mueves. No hablas. Solo miras cómo te muestro lo que no puedes tocar.—

Mis dedos encuentran el primer botón, y me tomo mi tiempo. Luego el segundo. Cada uno lo desabrocho despacio, mirando cómo sus nudillos se vuelven blancos sobre los apoyabrazos. Al cuarto botón, la camisa ya se abre lo suficiente para mostrar que no llevo nada debajo, y mis pezones duros se marcan bajo la tela delgada.

Quinto botón. Dejo que una mano baje para cubrir mi seno a través del algodón, pellizcando mi pezón hasta que se me escapa un

jadeo. Su respiración se vuelve errática.

Sexto botón. La camisa ahora cuelga abierta. Me doy la vuelta, dándole la espalda mientras la deslizo por un hombro. Oigo su respiración entrecortada cuando ve que no llevo nada debajo, completamente desnuda.

La camisa cae, haciéndose un montón a mis pies.

—Dios santo,— susurra él, su verga saltando, la punta brillando de tanto líquido.

—Ya me has visto desnuda antes.—

—No así.—Su voz está rota.—No cuando lo eliges. No cuando puedo ver lo increíblemente mojada que estás por mí.—

Me acerco, lo suficiente como para que pueda inclinarse y probarme. Todo su cuerpo tiembla por el esfuerzo de mantenerse quieto.

—Ahora puedes tocar.—

Sus manos se posan en mí al instante, desesperadas y adoradoras a la vez. Sus palmas arden sobre mi piel, explorándolo todo: mi cintura, mis costillas, la curva bajo mis senos. Cuando sus pulgares rozan mis pezones, tengo que morderme los labios para no gemir.

Luego encuentra mis cicatrices. La fina línea sobre mis costillas, recuerdo de una pelea con cuchillo. La recorre con el pulgar antes de inclinarse y pasar la lengua por toda la marca, haciendo que mis rodillas flaqueen.

—Cada cicatriz,— murmura, su aliento caliente contra mi piel.— Cada marca. Dímelo.—

—Después,— jadeo cuando su boca desciende hasta la cicatriz de bala en mi cadera, succionando con fuerza hasta dejar un moretón sobre la herida vieja.

Entrelazo mis dedos en su cabello y le jalo la cabeza hacia atrás.— Ahora eres mío para usar.—

La mirada en sus ojos, pura sumisión en este hombre tan peligroso, hace que mi coño se contraiga en el vacío.

Le arranco la ropa con manos desesperadas. Los botones saltan. Su cinturón cae ruidosamente al suelo. Empujo todo hacia abajo hasta dejarlo desnudo, su verga gruesa y dura, ya goteando líquido preseminal.

Las cicatrices que cubren su torso me hacen detenerme. Tantas historias escritas en carne marcada.

—¿Dónde?— Trazo la larga que cruza sus costillas.

—Chechenia. Tenía diecinueve años.—

El hombro.—¿Esta?—

Su mandíbula se tensa.—Mi padre. Una lección sobre la debilidad.—

Beso esa cicatriz, probando sal, dolor y supervivencia.

—No eres débil,— susurro.—

—Lo soy contigo.—

Lo monto de nuevo, posicionándome para que su verga se deslice entre mis pliegues sin entrar en mí. El contacto nos arranca un gemido a ambos. Piel contra piel, su largo deslizándose entre mi humedad.

—Mierda,— sisea mientras me muevo sobre él, cubriendo de mi deseo su verga.—Estás tan jodidamente mojada.—

Llevo mi mano entre nosotros y lo rodeo bien con los dedos. Es tan grueso que apenas si mis dedos se encuentran, y cuando lo acaricio de la base a la punta, recogiendo el líquido preseminal, emite un sonido como si lo estuviera matando.

—¿Recuerdas el gala? ¿Lo que dijiste?

—Todo.— Sus caderas se empujan hacia mi agarre. —Lo recuerdo todo.

—Dijiste que yo era tuya.— Coloco su punta en mi entrada, dejándole sentir lo caliente y lista que estoy, cómo mi coño se aprieta intentando atraerlo dentro. —Pero esta noche…— Me hundo solo lo suficiente para tomar su glande, mis paredes estirándose alrededor de su grosor. —Eres mío.

—Dilo.

—Ya tvoy.— El ruso sale de él como un desgarrón. —Soy tuyo. Carajo, he sido tuyo desde el momento en que te vi. Desde antes…

Me hundo otro centímetro, cortando sus palabras con un gemido. Es tan grueso que casi duele, ese delicioso estiramiento que hace que mis ojos se vayan hacia atrás.

—No te muevas,— ordeno cuando sus caderas tiemblan hacia arriba.

—Sofia…

—Puedes. Vas a hacerlo.

Lo tomo centímetro a centímetro, devastadoramente, hasta que está completamente dentro de mí, estirándome tanto que apenas puedo respirar. Por un momento solo me quedo ahí, adaptándome a

su tamaño, sintiendo mi coño estremecerse y apretarse a su alrededor.

Entonces empiezo a moverme.

Despacio al principio, subo hasta que solo su punta queda dentro antes de hundirme de nuevo. El roce de su verga contra mis paredes me hace ver estrellas. Marco un ritmo castigador, tomando mi placer de él, usando su cuerpo como él ha usado el mío. Mi clítoris se frota contra su pelvis en cada embestida, y ya puedo sentir mi orgasmo construyéndose.

Él intenta embestir hacia arriba y yo estampo mi mano contra su pecho.

—¿Te dije que podías moverte?

—Por favor,— suplica, sus dedos marcando moretones en mis caderas. —Déjame cogerte como se debe. Déjame…

—No.— Lo monto más fuerte, mis pechos rebotando con cada movimiento. —Vas a tomar lo que yo te doy.

El sonido de mi coño recibiendo su verga llena la habitación. Mojado, obsceno, perfecto. Estoy tan mojada que escurro hasta sus bolas, haciéndonos un desastre a los dos. Sus ojos están desquiciados, mirando donde estamos unidos como si tratara de grabarlo en su memoria.

Llevo la mano hacia abajo y rodeo mi clítoris, sabiendo que estoy cerca.

—Eres tan jodidamente hermosa,— jadea, deslizándose entre idiomas. —Moya koroleva, tomando mi verga tan perfectamente. Joder, tu coño está tan apretado.

—Mírame.

Nuestras miradas se encuentran y lo veo todo. Su necesidad, su obsesión. El orgasmo me golpea como un tren de carga, mi coño apretando su verga mientras olas de placer me atraviesan. Grito su nombre al venirme, hundiéndome para tomarlo lo más profundo posible.

Antes de que las contracciones terminen, el mundo da vuelta. Él se levanta de una sola vez, levantándome con su verga aún enterrada dentro. Mi espalda choca con la cama y de repente él está sobre mí, dentro de mí, embistiendo profundo con una estocada que me hace gritar.

—Mi turno,— gruñe, sujetando mis muñecas sobre mi cabeza con una sola mano. —Ahora es mi maldito turno.

Me folla como si quisiera dejarse marcado dentro de mí. Embestidas profundas, castigadoras, que golpean mi cérvix y me hacen ver blanco. Su mano libre aprieta mi muslo, levantándolo más, cambiando el ángulo para que su verga roce mi punto G en cada embestida.

—¿Esto es lo que querías?— Me folla más duro. —¿Hacerme perder el control? ¿Hacerme desear tu coño con desesperación?

—Sí,— jadeo, sintiendo ya que otro orgasmo se forma con una rapidez imposible.

—Once años,— gruñe entre dientes, su verga hinchándose aún más dentro de mí. —Once años he estado obsesionado contigo. Odiándote. Deseándote. Masturbándome con tus fotos.

—¿Y ahora?

Libera mis muñecas y sujeta mi rostro, obligándome a mirarlo.

—Ahora no sé cómo dejarte ir. Ahora quiero llenar este coño perfecto con mi semen todos los malditos días. Ahora quiero arruinarte para cualquiera más.

—Entonces hazlo,— lo reto, apretándome a su alrededor deliberadamente. —Arruíname.

Gime y su mano se desliza entre nosotros, su pulgar buscando mi clítoris hinchado. La combinación de su verga golpeando profundo y su pulgar acariciando me lleva de nuevo al límite.

—Así es,— gruñe mientras mi coño se contrae a su alrededor. —Ordeña mi verga. Toma todo.

Mi orgasmo provoca el suyo. Siento su verga palpitar mientras se vacía dentro de mí, chorro tras chorro de semen caliente llenándome mientras gime mi nombre. Se desploma sobre mí, ambos temblando y empapados en sudor.

Seguimos unidos, su verga reblandecida aún dentro de mí, su semen comenzando a escurrirse alrededor. La intimidad de eso me aprieta el pecho. Su mano traza patrones en mi cadera mientras yo paso los dedos por su cabello húmedo.

—Llamé a Nico hoy,— digo al fin.

Su cuerpo se tensa. —¿Y?

—Conseguí más información hoy. Todo sobre la reunión con los Kuzmin. Nuevos detalles, seguridad actualizada.— Mi voz se quiebra. —Fotografié todo. Después borré todo. Cada pedazo de información que mi familia necesitaba.

El silencio se hace largo, pesado de significado.

—¿Por qué?

—Porque no podía traicionarte.— Las lágrimas se deslizan por mi cabello. —Soy una traidora para mi propia sangre. Por ti.

Se incorpora para mirarme, su verga deslizándose fuera, seguida de una oleada de su semen que me estremece.

—Me elegiste a mí sobre ellos.

—No lo hagas sonar noble. Soy todo lo que juré que jamás sería.

—Eres humana.

—Se supone que debo ser un arma.

Me besa suavemente, saboreando las lágrimas en mis labios.

—Eres mucho más que eso. Siempre lo has sido.

Me duermo con su semen aún goteando fuera de mí, marcada por dentro y por fuera por nuestras decisiones. Cuando sueño, no es con Mikhail ni con jardines ni con promesas olvidadas.

Es con Alexei entre mis muslos, mirándome como si yo fuera su salvación y su condena a la vez.

Y esa voz susurra: Este es un precipicio del que no puedes volver atrás.

Lo sé.

Igual salto.

17 - Alexei

—Está pidiendo por ti. El hilo de voz de Katya se filtra por el teléfono, mientras el cuerpo desnudo de Sofia arde contra el mío, su muslo presionando mi verga, que ha estado dura desde el amanecer. —Está empeorando. Los doctores están preocupados.

Sofia se mueve en sueños, frotándose inconscientemente contra mi erección, y tengo que morderme el labio para no soltar un gemido. Su aliento calienta mi pecho, justo sobre las iniciales de Mikhail, cada exhalación recordándome lo que hicimos anoche. Lo que le permití hacerme. Lo que le hice yo a ella.

—¿Todavía está compis mentis? —pregunto, logrando mantener la voz firme, mientras mi mano libre baja y toma la cadera de Sofia, deteniéndola antes de que sus movimientos me hagan perder el poco control que me queda.

—No mucho. Está confundida. No deja de preguntar si Misha está ahí. Si lo trajiste a casa. —Mi hermana inhala temblorosamente.— Alexei, tienes que venir a Moscú. Ya.

Mi madre se está desvaneciendo mientras yo estoy aquí, corrompido por la mujer a la que debí matar, la verga aún pegajosa por su humedad. El peso de anoche me aplasta: el sabor de sus labios aún sobre mi lengua, mezclado con la sal de sus lágrimas cuando se vino tan fuerte que lloró. El recuerdo de estar enterrado en su calor apretado hace que mi erección palpite aún más contra el muslo de Sofia. Cómo me tomó como si fuera a morir si no la llenaba. Cómo me arañó la espalda dejando surcos ensangrentados mientras la penetraba en el colchón. Cómo me confesó que borró información que podría salvar a su familia mientras mi semen aún se escurría entre sus piernas.

Y yo le permití adueñarse de mí también. La dejé cabalgar mi verga hasta que le supliqué como un tonto desesperado. La dejé verme romperme cuando se apretó a mi alrededor y susurró mi nombre.

—No. Tengo cosas que resolver aquí.

La llamada termina y arrojo el celular sobre la mesa de noche. Miro el techo, el deber aplastándome como una losa. La mano de Sofia se extiende sobre mi pecho mientras duerme, sus dedos hacen pequeños espasmos. Su contacto quema.

Debería despertarla con suavidad. En vez de eso, la observo a la luz de la mañana: el cabello enredado sobre mi almohada, los labios hinchados por mis besos, por haberse envuelto alrededor de mi verga. Mis marcas de mordida en su hombro dejan claro que es mía.

Los ojos de Sofia se abren poco a poco, ese azul soñoliento que me destroza antes de que despierte del todo. Sonríe—auténtica, inconsciente—antes de que la realidad vuelva. La sonrisa titubea, pero no desaparece.

—Sigues aquí —dice.

Se incorpora, la sábana cae, revelando esos pechos perfectos, los pezones endureciéndose con el aire frío. La boca se me seca.

Se cubre con la sábana, escondiendo la obra maestra. La pérdida es inmediata.

Me incorporo también, dejando que la sábana resbale de mi pecho y se amontone en mi cintura, el aire frío sobre mi piel.

—Este es mi cuarto —digo, y la posesividad sale como un gruñido, más profundo de lo que pretendía. Una parte retorcida de mí quiere que se estremezca, que muestre alguna señal de sumisión, pero Sofia solo ladea la cabeza, el mentón alto, mirándome con una calma distante. Aún tiene el rostro suave de recién despierta, pero sus ojos —fríos, cortantes, como cuchillas—siguen cada movimiento, cada palabra.

Recorro su cuerpo con la mirada, la forma en que la sábana perfila su figura: la curva de sus hombros, la hendidura suave de su cintura, la tensión marcada en sus brazos al aferrarse a la tela contra su pecho. Quiero arrancarle la sábana y sujetarla, comprobar si me va a pelear o rendirse. Quiero marcarla de nuevo, verla intentar ocultar los moretones y mordidas que le dejo. Quiero que sepa cuánto de ella ya me pertenece.

—Todo lo que hay aquí es mío. —Levanto la mirada hasta su cara, dejándole ver el hambre en mis ojos.

Los labios de Sofia se curvan apenas. Tal vez cree que estoy faroleando, o quizá sabe que prefiero devorarla que hacerle daño. Se equivoca. Puedo hacer ambas cosas.

Desvío la vista primero, encogiendo los hombros, fingiendo aburrimiento. Busco el vaso de agua que dejé en la mesita de noche, pero apenas me muevo, ella también—un destello de intención bajo sus modales soñolientos. Su mano se desliza bajo la almohada, luego bajo el colchón en un movimiento rápido y entrenado, y antes de que alcance a registrar la amenaza, la hoja ya está en mi garganta.

Es un cuchillo corto y curvado, el tipo que se usa para destripar y desollar, no para lucirse. Brilla bajo la luz, el filo tan delgado que parece vibrar de anticipación. Lo presiona contra mi cuello, lo justo para que sienta lo firme de su mano, piel cálida y acero frío.

—¿Estás seguro de eso? —Sonríe—dulce, burlona, peligrosa.

La hoja roza mi yugular. Una gota de sangre brota, caliente y lenta. Siento cómo resbala por mi cuello, pegajosa y estimulante. El corazón se me desboca. Bastaría nada para que me abriera la arteria, pero sé que no lo hará, al menos no sin que yo le dé un motivo. La miro desafiante, y por un segundo los dos compartimos el mismo aire, suspendidos en el filo de ese cuchillo, esperando a ver quién parpadea primero.

Presiono contra el cuchillo, cerrando la distancia, desafiándola a terminar lo que empezó. La hoja me muerde la piel, escuece. Las pupilas de Sofia se dilatan y por un instante veo el cálculo en ella: sopesando el riesgo, el costo de la violencia versus el de perder este juego.

Así que simplemente me inclino más, dejo que el cuchillo corte más profundo, que sienta el latido de mi pulso bajo su arma. Quiero que sepa que no le tengo miedo a la muerte, solo a perderla. Quiero que vea que la sangre no significa nada, que puede abrirme y todo lo que va a encontrar es más deseo, más necesidad.

Ella titubea. El cuchillo tiembla. No está acostumbrada a este tipo de enfrentamientos; quizá nunca ha tenido a alguien que quiera el dolor, que lo reciba y lo devuelva. Eso la sacude más que la amenaza de muerte, creo yo.

Finalmente, suelta un siseo de frustración y arroja el cuchillo a un lado. Atrapa el aire girando y cae sobre el piso de madera con un golpeteo metálico, plano. Ella se limpia la palma en la sábana, dejando una leve marca de sudor.

—Oh, claro que sí —le digo, la voz baja y pareja—. Cada hora que pasa estoy más seguro.

Está sentada en la cama con las piernas estiradas, la sábana hasta la barbilla. Me monto sobre ella y la sábana se desliza de mi cuerpo, mi verga dura y orgullosa entre los dos. Mi mano encuentra su garganta, el pulgar apretando un poco más de la cuenta, sintiendo cómo su pulso se desboca. Ella entreabre los labios y sé que ya se está mojando.

Sus pupilas se dilatan, las caderas se ajustan bajo la sábana. Incluso marcada y adolorida, responde a mi violencia como si fuera el preludio del placer.

La callo con un beso brutal, tomando su boca como si me perteneciera. Ella se derrite contra mí, las manos aferradas a mi pecho, intentando acercarme aún más. Cuando nos separamos, ambos jadeamos.

Agacho el cuello y muerdo la sábana, luego la deslizo lentamente por su cuerpo con los dientes, dejando al descubierto sus perfectos senos, su vientre suave y esas caderas que me persiguen en sueños. Ella jadea al sentir el aire frío sobre su piel, o tal vez por la exposición.

Con un dedo firme sobre su esternón, justo entre sus pechos, la presiono hacia abajo hasta que cae sobre el colchón. Mirando hacia ella, veo su vientre suave y plano, y entre las colinas de sus pechos, esa aureola dorada y esos grandes ojos azules observándome. Sus labios están entreabiertos y jadea, cada movimiento hace estremecer sus pechos.

Con una sonrisa pícara, bajo más, tirando de la sábana con los dientes hasta dejar al descubierto su sexo, y entonces abro la boca y me deleito en su perfección rosada. Está húmeda, resplandeciente de deseo, y mi semen todavía es visible en su muslo interior. Extendida frente a mí, parece cada una de mis fantasías más oscuras, y la imagen me pone tan duro que duele.

—¿Quieres que la sábana te cubra? —pregunto

—No —jadea ella.

—¿Por qué tenías la sábana hasta el cuello, printzessa? —Retuerzo una tira de lino blanco entre mis nudillos y la paso despacio por su perfecto muslo, dejándole ver la amenaza en ello, la promesa. Tiene el rubor alto en las mejillas y los labios entreabiertos, aún un poco marcados por mi boca, y no puedo decidir si quiero dejarle más marcas o cubrirla de besos. Quiero ambas. Lo quiero todo.

Me lanza una mirada feroz, los labios torcidos en una sonrisa desafiante y apretada. —Quizá no quería ver tu cara en el instante en que te dieras cuenta de cuánto me necesitas —dice. Su voz es ronca por haber gritado mi nombre anoche, y el recuerdo de eso pone mi verga aún más dura, si es que eso es posible.

Me río—un sonido áspero, cortante—y me arrastro por su cuerpo hasta tomarla por la barbilla. Dedos envueltos en algodón, con suficiente fuerza para recordarle que podría romperle la tráquea si quisiera, pero no lo haré, aún no. —La que lloró fuiste tú, Sofia. No yo.

Ella muerde mi pulgar, y por un instante deseo que me saque sangre. Quiero derramarme por ella, marcarla por dentro y por fuera, pero suelta antes de romperme la piel. Siento su corazón latir en su mandíbula, aleteando como un pájaro atrapado. —¿Qué quieres? —susurra, y no hay temblor en su voz, solo un reto desnudo.

Le contesto hundiendo el dedo envuelto en tela directo en su coño, empujando fuerte para obligarla a arquear las caderas, a sentir cada centímetro mientras la sábana se empapa con su humedad. Está tan mojada que el sonido es obsceno. Giro la muñeca hasta que el lino queda bien apretado dentro de ella, y luego froto mi palma contra su clítoris, solo para hacerla retorcerse.

—Aquí tienes tu preciosa sábana, kotyonok —digo, y su gemido es frenético, prolongado, el tipo de sonido que la mataría en una casa segura, pero aquí en mi casa, las paredes son gruesas y la única persona que podría oírla es ella misma.

Se arquea, aferrando mi hombro con ambas manos, las uñas marcando medias lunas en mi piel. El dolor me marea de deseo. Ella no es el tipo de mujer que alguna vez se someterá por completo, no en verdad, pero voy a romperla un poco más cada día y ver qué clase de monstruo asoma del otro lado.

Me recuesto a su lado para hundir mi verga en el colchón y aliviar algo del dolor, pero solo lo empeora. Su pierna sube por mi cadera y sigue apretando mi dedo, ordeñándolo, y casi pierdo el control en ese momento. No—ella no va a ganar. No hoy.

Deslizo la otra mano por su cuerpo, tomo su seno, y aprieto el pezón hasta que se le llenan los ojos de lágrimas. —¿Esto quieres, Sofia? ¿Quieres ver qué pasa cuando me desafías?

Ella asiente, pero veo la mentira en sus ojos. Quiere esto, pero quiere quitármelo, quiere que yo se lo entregue. Ni lo sueñes.

Saco el extremo empapado de la sábana de su coño y lo arrastro lentamente por su vientre, sobre sus pechos y hasta su boca. Ella abre los labios, obediente por una vez, y le meto la tela húmeda entre los labios, acallando el siguiente gemido. Se atraganta y luego muerde, los ojos se le van hacia atrás mientras sus caderas empiezan a moverse en círculos desenfrenados.

Esa es la mirada que quiero—la mirada de derrota, de furia y de necesidad.

Ya no puedo esperar más, no con la forma en que ella se retuerce, no con la sangre martilleando en mi cabeza y mi verga amenazando con partirse en dos de tanto dolor. Los últimos restos de autocontrol se rompen en mi interior. Le agarro los muslos, con tanta fuerza que le dejaré marcas que sentirá todo el día, y la inmovilizo contra el colchón como si fuera una presa y yo lo único en este mundo que puede devorarla.

La vulva de Sofia ya está empapada, hinchada y hambrienta, brillando en la luz acuosa de la mañana. Su aroma me marea—una oleada de azúcar y sal y algo salvaje debajo. Paso mi lengua desde su entrada hasta su clítoris, despacio al principio, saboreando el gusto: miel, sudor, la acidez de la rendición de anoche todavía escurriéndose de ella. Se sacude como si la hubiera electrocutado, sus piernas patalean, pero presiono mis palmas y la obligo a abrirse más, separándola tanto que ya no puede pelear.

—Mierda—, jadea alrededor de la sábana en su boca, pero casi no se entiende, apenas un quejido desesperado. Sonrío contra su piel y repito, más fuerte, aplanando mi lengua contra su clítoris y agitándola hacia arriba hasta que arquea la cadera contra mi rostro, su cuerpo entero temblando por el esfuerzo de alejarse o buscar más, no sabría decir cuál. No importa. Quiero ambas cosas.

Sus muslos se cierran alrededor de mis orejas y el sonido se vuelve espeso, como bajo el agua. Tal vez quiera asfixiarme, tal vez quiera montar mi cara hasta desmayarse. De cualquier manera, la dejo, porque si así es como muero, está bien. El mundo se reduce al calor de su piel, el desliz de su deseo cubriéndome la boca y la barbilla, el temblor frenético de sus músculos mientras la llevo cada vez más cerca del límite.

Se saca la sábana de la boca y grita mi nombre, el sonido retumba en las paredes.

Sus manos buscan las sábanas, mi cabello, los bordes de la cordura. Me araña el cuero cabelludo y tira, el dolor es agudo y perfecto. Gruño contra su sexo y la vibración la empuja aún más cerca. Está tan sensible, tan expuesta, puedo sentir cada sacudida, cada latido, cada pulso de sangre corriendo por ella mientras el placer crece. Quiero verla perder el control, quiero verla romperse en mi lengua, pero antes, quiero arruinarla un poco.

Me aparto sólo un segundo—lo justo para que ella gima de protesta, para que me fulmine con esos ojos azules eléctricos llenos de furia y deseo. Le acaricio el interior del muslo con el pulgar, suave por primera vez en toda la mañana.

—Haz que me venga, Alexei. Haz que me venga.

La miro hacia arriba, los labios relucientes de ella, para que sepa quién le hizo esto.—¿Le suplicarías al hombre que te tiene prisionera? —le pregunto.—¿Al hombre que va a destruir a tu familia?

Ella se ríe, un sonido salvaje y desesperado, y dice:—No estoy suplicando. Te estoy ordenando. Haz que me venga o, que Dios me ayude, me voy a coger a cada uno de tus hombres hasta encontrar a uno que pueda lograrlo.

La rabia en mí es fulminante, nuclear. Muérdole el montículo suave sobre su pubis, lo suficientemente fuerte para dejarle una marca, y ella chilla, pero el sonido es de agrado, de hambre. La odio y la amo por eso. Quiere el castigo. Quiere todo lo que puedo darle y más.

Escupo sobre su sexo, viendo el líquido deslizarse por sus labios, luego vuelvo al trabajo, succionando su clítoris entre mis labios hasta que solloza. Esta vez agrego dos dedos, los meto duro y los curvo hacia arriba, buscando ese punto que la hace gritar. Ahora tiembla, todo su cuerpo tenso como una cuerda de arco, y puedo sentir que está a punto de venirse.

Quiero que recuerde esto cada vez que intente desafiarme. Quiero adueñarme de sus orgasmos, hacer que su cuerpo la traicione.

Cuando está a punto de venirse, gruño—Ahora, kotyonok—directo en su sexo, y ella explota. Sus caderas se sacuden, sus muslos me aprietan la cabeza, sus uñas bajan por mis brazos y me dejan rastros de sangre. Aprieta mis dedos, apretando tan fuerte que creo que podría arrancármelos dentro de ella.

La vista, el sonido, el gusto—es demasiado. Me froto contra el colchón y pierdo el control, vengo duro y rápido, manchando las sábanas destrozadas con mi propio desastre. Ella lo ve, ve lo que apenas su sabor me ha hecho, y sonríe con los ojos aunque aún tiembla en la oleada del orgasmo.

Me arrastro por su cuerpo, cubriéndola, sujetando sus muñecas a ambos lados de su cabeza. Mi verga sigue latiendo, goteando sobre su estómago. No me importa. Quiero que lo vea, que sepa lo destrozado que me deja.

Ella me mira, respirando entre jadeos irregulares, y dice:—¿Era tan difícil?

Me inclino, mis labios rozando su oído, y susurro:—La próxima vez, te ato a la cama y te hago rogar durante horas.

Ella sonríe sin miedo.—¿Lo prometes?

La beso, profundo y salvaje, y la dejo probarse en mi lengua. Me devuelve el beso, igual de intenso, los dientes chocando contra los míos. Por un momento no hay nada en el mundo más que esto—ella, yo, el sabor a sangre y sal, el dolor en mis huesos, la certeza de que haría lo que fuera por retenerla aquí, aunque implicara romperla mil veces.

18 - Sofia

Lo veo dormir y enumero todas las formas en que he traicionado a mi familia.

La luz de la mañana se filtra por el vidrio a prueba de balas, pintando el rostro de Alexei en suaves tonos grises. Su respiración es profunda, acompasada. El cansancio de anoche, de todo lo que nos hicimos el uno al otro, al fin lo alcanzó. La sábana se amontona en su cintura, dejando al descubierto los rasguños que dejé en su pecho. Prueba de mi entrega total.

La lista sigue creciendo en mi mente, cada elemento otra daga clavada entre mis costillas:

Borré información que podría salvar vidas de los Rosetti. La reunión de los Kuzmin, los detalles de seguridad, todo lo que Nico necesita para proteger nuestras operaciones. Desapareció con tres toques de mi dedo.

Le mentí a Nico. En ese estacionamiento apenas hace unos días, lo miré a los ojos y fingí que todo estaba bien. Y de nuevo ayer por teléfono.

Me estoy acostando con el hombre que me secuestró. No solo me estoy acostando con él, lo elijo, lo deseo, despierto empapada tras soñar con sus manos recorriendo mi cuerpo.

Le conté sobre la información borrada. Le confesé mi traición mientras su semen aún resbalaba por mis muslos.

Y lo peor de todo: esta mañana desperté en sus brazos y mi primer pensamiento fue que podría quedarme aquí para siempre.

El pecho se me aprieta. Me deslizo fuera de la cama, cuidando no despertarlo. Su camisa blanca está arrugada en el suelo, donde la arrojó anoche. Me la pongo, el algodón suave contra mi piel desnuda, su aroma envolviéndome.

De pie frente a la ventana, miro hacia el terreno del complejo. En algún lugar allá afuera, mi familia está planeando. Marco coordinando operaciones desde su penthouse. Nico seguramente ya

despierto, con ese sexto sentido suyo alertándolo, diciéndole que algo anda mal con su hermana.

¿En qué me estoy convirtiendo?

Me criaron para ser un arma. La espada secreta de la familia, afilada a la perfección. Cada habilidad, cada instinto entrenado para proteger a los Rosetti. Mi cuchillo está bajo el colchón, donde lo he estado escondiendo estas últimas noches. Lo suficientemente cerca por si lo necesito, pero no atado a mi muslo como lo estaría si todavía me sintiera cautiva del enemigo.

Demasiado cómoda. Demasiado segura. Demasiado jodidamente estúpida.

Marco nunca perdonaría esto. Lo vería como la peor traición a la memoria de nuestro padre.

Nico… Dios, Nico sabe que algo no está bien. Lo escuchó en mi voz por teléfono. Ese leve quiebre cuando mentí, la pausa antes de decir que todo estaba bien.

—Estás pensando demasiado fuerte.—

Me giro. Alexei está despierto, apoyado en un codo, mirándome con esos ojos claros que ven demasiado. El cabello despeinado por el sueño, la suavidad de la mañana lo hace parecer más joven. Casi vulnerable. Se me contrae la entrepierna al verlo. Incluso ahora, ahogada en culpa, mi cuerpo lo sigue deseando.

—¿Hace cuánto estás despierto?—

—Lo suficiente para verte caer en picada.— Se incorpora por completo, la sábana deslizándose más abajo y dejando ver el sendero de vello oscuro que desaparece bajo el algodón. Se me seca la boca. —Sea lo que sea lo que te estás reprochando, puede esperar una hora.—

—No puede. De verdad no puede.—

—Sofia.— Su voz se suaviza de una manera que me desarma. —Vuelve a la cama.—

Debería resistirme. Debería mantener cierta distancia, una barrera entre nosotros. Pero mis pies se mueven sin permiso, llevándome de regreso a él, de regreso al calor de su cuerpo que me hace olvidar que se supone que debo ser fría.

Me acomodo a su lado, dejando que me acerque a su pecho. Su corazón late firme bajo mi oído, sus dedos se enredan en mi cabello. Sin urgencia, sin desesperación. Solo estar. Pero incluso este contacto me hace endurecer los pezones bajo su camisa, me provoca

humedad entre las piernas. Mi cuerpo ya no entiende la diferencia entre consuelo y deseo. No con él.

—Ya no sé quién soy,— admito, las palabras arrancándose de mi garganta.

—¿Qué quieres decir?—

—Antes estaba tan segura. Sabía exactamente quién era, lo que quería. Ahora me miro al espejo y no me reconozco.— Mi voz se quiebra. —Veo a alguien que se moja cuando su captor entra a una habitación. Alguien que le miente a la única persona a la que juró nunca mentirle.—

Su pecho se eleva con una respiración profunda, y siento su polla estremecerse contra mi cadera. Incluso mi confesión de que él me excita lo afecta. —Conozco esa sensación.—

Permanecemos en silencio un momento antes de que él hable de nuevo. —Cuéntame algo. Sobre tu familia. Algo de verdad.—

Me tenso, todos mis músculos se ponen rígidos. —¿Por qué?—

—Porque solo conozco a los Rosetti como enemigos. Quiero conocerlos como las personas que te formaron.—

Es una petición tan inesperada. Tan humana.

—¿Qué quieres saber?—

—¿A quién eres más cercana?—

—A Nico.— El nombre sale sin dudar, arde en mi lengua como traición. —Él fue quien me entrenó. Después de la masacre.—

—¿Te entrenó?—

—Todo. Combate, armas, cómo leer una habitación, cómo matar sin dudar.— La garganta se me cierra al recordar, pesada de lágrimas que no salen. —Tenía quince años, estaba aterrada, con pesadillas cada noche después de lo que pasó. Nuestro padre muerto, Dante torturado hasta el silencio. Toda la familia destrozada. Yo quería esconderme, desaparecer, pero Nico no me dejó.—

—¿Por qué no?—

—Él tenía diecinueve, acababa de volver de su primera misión. Tenía sus propios demonios. Lo escuchaba gritar por las noches, al fondo del pasillo, reviviendo el infierno que vio en el extranjero. Pero cada mañana, a las cinco, ya estaba en el gimnasio. Esperándome. Decía que nunca me sentiría segura hasta que pudiera defenderme sola. Así que me volvió peligrosa en lugar de dañada.—

—¿Y por eso son tan cercanos?—

—No.— Mi voz baja apenas a un susurro. —Tenía dieciséis. Un año después de la masacre. Las pesadillas seguían siendo horribles. Me despertaba gritando en ruso, palabras que no entendía. Todos pensaban que estaba perdiendo la razón. Marco estaba llamando a clínicas en Suiza, lugares que tratan el trauma, las mentes fracturadas.—

La mano de Alexei se detiene en mi cabello, todo su cuerpo queda en alerta.

—Nico vino a mi cuarto una noche. Se sentó al borde de mi cama mientras yo temblaba y sollozaba. Y me dijo...— Mi voz se corta, al fin caen las lágrimas. —Me dijo: 'Sof, no me importa lo que esté roto en ti. No me importa lo que recuerdes o lo que no. Eres mi hermana, y nunca dejaré que nadie te aleje.'—

El recuerdo crea un vacío doloroso bajo mis costillas.

—Lloraba, no podía parar. Todo mi cuerpo temblaba como si me estuviera desmoronando. Y él me abrazó y dijo: 'Hagamos un trato. Tú y yo. Nunca nos mentimos el uno al otro. Pase lo que pase. Todos los demás pueden recibir las máscaras, la actuación, las mentiras. Pero entre nosotros, solo verdad.'—

—Hiciste un pacto —dice Alexei en voz baja, su pulgar acariciando mi mejilla, atrapando lágrimas.

—Una promesa sagrada. Nunca le he mentido a Nico. Ni una sola vez en nueve años. Es la única persona que conoce cada parte de mí. El arma que forjó, las pesadillas que todavía me despiertan a las tres de la mañana, las partes que escondo de todos los demás.

—Hasta ahora.

Las palabras caen como piedras en mi pecho, aplastando algo vital. —Hasta ahora. Le he mentido dos veces en los últimos días. Escucho su voz en el teléfono y le miento. Me preguntó qué pasaba y le dije que nada. Me preguntó si tú me estabas haciendo daño y le dije que no.

Alexei abre la boca para defenderse, pero no sale ninguna palabra.

—Lo peor es que él lo sabe. Nico siempre sabe cuando algo anda mal conmigo. Puede escucharlo en mi respiración, en el espacio entre las palabras. Probablemente está despierto ahora mismo, repasando escenarios, tratando de descubrir qué estoy ocultando.

No puedo negarlo. La prueba está en la manera en que me tiemblan las manos, en la náusea que sube cuando pienso en

enfrentar a Nico.

—¿Qué le vas a decir?

—No lo sé. —Presiono mi rostro contra el pecho de mi captor, respirándolo, ese aroma a ámbar y humo que está reescribiendo mi ADN—. No lo sé.

Más tarde, los dos estamos vestidos. Yo, con su camisa y unos pantalones suaves que encontré en un cajón; él, con ropa casual que nunca lo había visto usar. Jeans oscuros, una henley gris que se ajusta a su pecho. La cotidianeidad de todo eso crea un calor peligroso en mi vientre, hace que imagine mañanas que jamás existirán.

Me guía hasta el bonsái sobre su tocador, el que cuida todas las mañanas con tanta precisión.

—¿Este también era de Mikhail? —pregunto.

—No —responde, con la voz suave, cargada de recuerdos—. Este lo empecé yo. Solo tiene diez años.

—Muéstrame.

Él se mueve detrás de mí, su pecho pegándose a mi espalda, sus brazos rodeándome para guiar mis manos hacia las ramitas. El contacto de todo su cuerpo me corta la respiración. Puedo sentir cada centímetro de él. Los planos duros de su pecho, la forma en que su polla comienza a endurecerse contra mi trasero. Mi cuerpo reacciona al instante: los pezones se me tensan, la entrepierna se humedece. Incluso este momento inocente se carga de electricidad entre nosotros.

—No cortas al azar. Miras la forma en la que quiere convertirse, luego la ayudas a llegar ahí. —Su aliento remueve mi cabello, sus labios tan cerca de mi oído que me estremezco—. Paciencia. Eso es todo. No puedes forzarla.

—¿Qué pasa si la fuerzas?

—Se muere. O crece mal. Retorcida, atrofiada. —Sus labios rozan mi oreja, haciéndome apretar los muslos—. Hay daños que no pueden deshacerse.

Pienso en mis propios daños. En los recuerdos a los que no puedo acceder. Las partes de mí que he perdido. La promesa a Nico que he hecho trizas.

—Pero puede crecer alrededor del daño —continúa, ajustando mis manos sobre la pequeña tijera, su toque quemando mi piel—. ¿Ves

esta cicatriz aquí? Alguien cortó mal hace años. El árbol la incorporó. La hizo parte de su forma.

—Eso es lo que hacemos —murmuro, hiperconsciente de su erección apretándose contra mí—. Crecemos alrededor de nuestro daño.

—Si tenemos suerte.

Nos quedamos ahí, con sus brazos rodeándome, los dos concentrados en esa pequeña cosa frágil que lo conecta con su hermano muerto. Pero no puedo dejar de notar lo perfectamente que encajo contra él, cómo mi cuerpo se amolda al suyo como si hubiéramos sido tallados de la misma piedra.

Esto es peligroso. Esta dulzura doméstica, este cuidado tan meticuloso de lo que crece. Así es como me pierdo por completo.

Mi estómago ruge, fuerte e innegable, rompiendo el hechizo.

Él se ríe. De verdad se ríe. —¿Cuándo comiste por última vez?

—No me acuerdo.

—Eso no es aceptable. —Me besa la sien, un gesto tan tierno que me arden los ojos—. Hay una cocina al final del pasillo. De este ala. Voy a prepararte algo.

—¿Tú cocinas?

—Mikhail y yo solíamos cocinar juntos en la casa del lago, cuando nuestro padre… —Se detiene, apretando la mandíbula—. Cuando queríamos alejarnos de todo. Voy por algo a la cocina. Veinte minutos.

Me besa rápido y se va. La puerta se cierra detrás de él, pero noto que no suena el clic de la cerradura. La dejó sin seguro.

¿Una prueba? ¿O confianza?

No debería. Debería esperar a que regrese. Pero necesito usar el baño, y el nuestro está bloqueado, esperando a que alguien lo arregle. Hay otro baño justo al final del pasillo. Lo he visto en mis excursiones nocturnas. Seguro que treinta segundos no harán la diferencia.

Salgo al pasillo. Vacío, silencioso, con el leve olor a clavo y humo de cigarro que impregna este lugar. El pasillo está más frío que la habitación de Alexei, y se me ponen la piel de gallina en los brazos desnudos. Me muevo rápido hacia el baño que recuerdo.

—La puta de los Rosetti. Paseando sola.

La sangre se me congela, cada músculo se pone tenso. Me giro lentamente, midiendo la distancia entre nosotros, el ángulo de su

acercamiento, el hecho de que estoy malditamente desarmada.

Instintivamente busco mi cuchillo, y luego recuerdo. Lo dejé bajo el colchón. Demasiado cómoda. Demasiado jodidamente descuidada. El tipo de error que te mata en mi mundo.

Kaz se apoya en la pared como si hubiera estado esperando. Como si supiera que tarde o temprano saldría en cuanto Alexei me dejara sola y sin seguro. Sus ojos son fríos, calculadores, nada que ver con las tormentas invernales de Alexei. Donde Alexei arde frío, Kaz simplemente está vacío.

—Kazimir.

—Recuerdas mi nombre. Me halaga —dice mientras se despega de la pared y se acerca despacio. —El pasillo de repente se siente más pequeño, las paredes se cierran—. Mi primo fue a la cocina. Te dejó sola y sin seguro. Qué descuidado de su parte.

—Volverá en un minuto.

—Un minuto es mucho tiempo. Suficiente para romper un cuello bonito. Suficiente para acabar con esta vergüenza que ha infectado a nuestra familia.

No retrocedo, no le voy a dar el gusto. Pero me maldigo en silencio por no haber traído mi hoja, por haberme sentido lo bastante segura como para ser descuidada. Mi cuerpo no responde a su cercanía como lo hace con Alexei. No hay calor, no hay atracción. Solo el frío cálculo de evaluación de amenazas.

Ya está cerca, demasiado cerca. Su colonia es fuerte, química, me asalta los sentidos. Nada que ver con la calidez de Alexei.

—No te atrevas a tocarme.

—¿No? —Su mano sube, recorriendo mi mandíbula con una ternura fingida. Se me eriza la piel con el contacto, tan distinto a cuando Alexei me toca—. Los hombres están apostando, ¿sabes? Cuánto tiempo antes de que Alexei recupere el juicio. Cuánto antes de que tengas un accidente.

Me obligo a no estremecerme. —Por cada gota de mi sangre que derrames, mis hermanos harán correr mil de la tuya. ¿Conoces a Luca? Va a encantarse de conocerte. Tiene una labia impresionante. — Suelto un suspiro aburrido. —En fin, si fueras a matarme, ya lo habrías hecho.—

—Quizá estoy saboreando la anticipación.— Sus dedos se aprietan un poco más en mi mandíbula, y las náuseas me suben por la

garganta. —Eres guapa. Eso se lo concedo. Pero no lo suficiente como para morir por ti.—

Fuerzo una sonrisa desencantada en mi rostro. —Y tú no eres lo bastante peligroso como para que valga la pena temerte. Supongo que los dos estamos decepcionados.—

—¿Crees que te ama?— La voz de Kaz baja, suave y venenosa. —Los hombres Volkov no aman. Poseemos. Destruimos. Lo llevamos en la sangre.—

—No busco amor, Volkov. Además, no lo conoces.—

—Lo conozco mejor de lo que tú jamás podrás. Crecí con él. Con Mikhail.— El nombre cae como una cuchilla entre mis costillas. —Hasta que murió. Se desangró, ahogándose en su propia sangre.—

Mi estómago da un vuelco, la bilis subiendo por mi garganta. Mis manos empiezan a temblar, la manifestación física de la destrucción emocional.

—Dieciocho años, el pecho abierto por la cuchilla de tu hermano psicópata, intentando respirar a través de la sangre que llenaba sus pulmones.— Kaz se inclina más cerca, su aliento caliente y amargo en mi rostro.

La imagen se graba a fuego en mi mente. Mikhail, el chico que escribió sobre mí con tanta ternura, muriendo asustado y confundido.

Cada detalle es una herida nueva, visceral y precisa.

—Sé todo sobre las debilidades de tu familia,— continúa Kaz, dejando claro que ha hecho su tarea. —La forma en que los Rosetti se aferran entre sí como ratas ahogadas. ¿Cómo crees que se sentirá tu preciado Marco cuando se entere que te estás abriendo de piernas para un Volkov?—

—Basta.— La palabra me desgarra la garganta.

—La verdad duele, ¿verdad?— Me sujeta la barbilla con más fuerza, obligándome a mirarlo a los ojos. —Eres temporal. Una distracción. Cuando Alexei recuerde quién es, lo que le debe a su familia, lo que le debe a la memoria de Mikhail, no serás más que una mancha de semen que se limpia de sus sábanas.—

Unos pasos resuenan desde la dirección de la cocina. Rápidos, decididos. El sonido hace que mi sexo se contraiga involuntariamente. Mi cuerpo reconoce a Alexei aun en mi angustia.

Kaz me suelta, acomodando sus puños de la camisa con precisión casual. La amenaza se disuelve en una neutralidad agradable en

cuanto Alexei dobla la esquina.

La temperatura desciende diez grados. Todo el cuerpo de Alexei se queda inmóvil, depredador, y de pronto entiendo la diferencia. Kaz amenaza con palabras, pero Alexei es violencia hecha carne.

—Primo,— dice Kaz con tono ligero.

—Kazimir.— El tono de Alexei podría congelar la sangre.

Intercambian una mirada que no sé descifrar. Algo pasa entre ellos, en el lenguaje de la familia y viejas heridas. El aire chisporrotea con violencia latente y el calor se acumula en mi vientre ante la furia protectora de Alexei.

Luego Kaz se aleja, silbando suavemente. Ese desprecio casual es casi peor que las amenazas.

Alexei llega a mí en tres zancadas. Sus manos enmarcan mi rostro, buscando daños, su toque calma de inmediato mis temblores.

—¿Qué te dijo?—

—Nada importante.—

—Sofia.—

No respondo. Algunas batallas son mías. Pero mi cuerpo me traiciona, temblando contra él, buscando la seguridad que ahora solo existe en sus brazos.

Me observa durante largo rato, su pulgar acaricia mi mejilla. Algo cambia en su expresión. Una decisión se toma. De esas que lo cambian todo.

—Vístete —dice él—. Ropa adecuada.

—¿Por qué?

—Creo que ya es hora de que veas a tu familia.

Lo miro, segura de haber escuchado mal. —¿Qué?

—Necesitas recordar quién eres. De dónde vienes. —Su pulgar recorre mi labio inferior, un gesto dolorosamente tierno aunque sus ojos arden con algo mucho más oscuro—. Ve a casa, Sofía. Ve a ver a tus hermanos. Cena en la mesa de tu familia. Diles que te escapaste.

—¿Me vas a dejar ir?

—Te voy a dejar visitar. Es diferente. —Algo parpadea en sus ojos. Certeza absoluta. La confianza de un hombre que sabe que ya ganó—. Vas a regresar.

Parpadeo lentamente, pensándolo bien. —¿De verdad?

No responde de inmediato. Solo me mira con esos ojos pálidos que han visto todos mis pedazos rotos y, aun así, me desean.

Lo más aterrador es que tiene razón. Voy a regresar.

Porque la promesa sagrada que le hice a Nico hace nueve años ya está rota sin remedio. Le he mentido dos veces, he escogido a mi enemigo sobre la verdad, traicionado el único pacto que importaba más que la sangre. El daño ya está hecho.

¿Qué importa una traición más?

Pienso en sentarme frente a Nico en la cena, mirar esos ojos color avellana que me conocen mejor que nadie, y mentirle en la cara. Decirle que todo está bien. Que Alexei no me ha hecho daño. Que no me he enamorado completamente y sin remedio del hombre cuya familia nos destruyó.

Mi familia verá a su hermana, su princesa, regresando de su cautiverio. Buscarán moretones, señales de tortura. No verán el daño real. Cómo he arrancado pedazos de mí misma para entregárselos voluntariamente a Alexei. Cómo eliminé información que podría salvar la vida de sus hombres porque no soportaba traicionarlo a él. Cómo se me humedece la entrepierna solo con su voz, cómo mi cuerpo ansía su violencia tanto como su ternura.

—¿Cuándo? —pregunto, apenas en susurro.

—Esta noche. Después de que te limpies. —Su mandíbula se tensa —. Mi chofer te llevará y te dejará a la vuelta de la esquina. Vas a cenar con tu familia. Luego, vas a regresar conmigo.

No es una pregunta. Es una afirmación.

—Van a hacer preguntas —digo—. Sobre ti. Sobre lo que me has hecho.

—Diles lo que sea que te mantenga a salvo. —Me acerca más a él, su frente apoyada en la mía—. Diles que soy un monstruo. Diles que estás reunido información. Diles cualquier cosa menos la verdad.

—¿Cuál es?

Sus labios rozan los míos, un toque tan leve que igual enciende todo mi cuerpo. —Que viniste por tu cuenta, que te colaste bajo mis defensas, que fingiste ser la cautiva. Pero ahora… ahora sí eres mi prisionera.

Tiene razón. Que Dios me ayude, tiene razón en todo.

Entonces lo beso, entregando en ese contacto todo lo que no puedo decir. Mi lengua reclama su boca como él ha reclamado mi cuerpo. El chico que me enseñó a ser fuerte estaría devastado de verme ahora. La promesa que hicimos, solo verdad entre nosotros, yace rota a mis pies.

Pero esta noche volveré a casa. Me sentaré a la mesa de mi familia y mentiré con cada palabra. Les dejaré creer que están recuperando a su hermana y, tal vez, sólo tal vez, encuentre la fuerza para quedarme con ellos en vez de arrastrarme de rodillas de regreso con mi enemigo.

19 - Alexei

Sofia está ocultando algo. Lo veo en la forma en que evita mirarme a los ojos.

Ella está parada frente al espejo en mis aposentos, ajustando el cuello de su blusa por tercera vez. La máscara de princesa Rosetti poniéndose en su lugar con cada pequeño gesto. Sus dedos tiemblan levemente mientras alisa su cabello, y sé que no es por ver a su familia.

—¿Qué te dijo Kaz?

Sus manos se quedan quietas por un instante antes de continuar sus ajustes innecesarios. —Ya te lo dije. Puedo manejarlo.

—Sofia.

—No importa.— Se aparta del espejo, esa compostura perfecta firmemente en su lugar. Como una armadura que se ha soldado a la piel tras años de sobrevivir. —Debo irme. El auto está esperando.

Cruzo hacia ella, sujetando su barbilla entre mis dedos. Haciéndola mirarme. —Él te amenazó.

—Compartió su perspectiva.— Su voz permanece firme, pero su pulso late bajo mi pulgar como un pájaro atrapado. Otra evasión, otro escudo. —Y yo lo amenacé de vuelta.

Me está protegiendo de cualquier veneno que Kaz le susurró al oído. O tal vez se protege a sí misma para no tener que repetirlo. De cualquier forma, mi primo cruzó un límite al acercarse a ella a solas en mi propio complejo.

—El chofer te esperará— le digo, soltando su rostro —el tiempo que necesites. Pero quiero que regreses antes de medianoche.

Algo se enciende en su expresión. Sorpresa, quizás gratitud. —Gracias. Por dejarme ir.

—Vas a regresar antes de medianoche.— No es una pregunta. Es una certeza que se instala en mis huesos como metralla.

¿Pero qué tal si no lo hace? ¿Y si nunca vuelve? Por fin la tengo bajo llave, verdaderamente segura por primera vez, y la estoy dejando ir. ¿Eso me hace un tonto?

—Regresaré antes de medianoche— acepta, y después se pone de puntas para besarme una vez. Suave, breve, pero en ese beso percibo algo parecido a una despedida que me aprieta el pecho.

La observo caminar hacia la puerta, cada línea de su cuerpo perfectamente controlada a pesar del peso que Kaz acaba de ponerle sobre los hombros. Cuando se va, cuando escucho el coche alejarse del complejo, tomo mi decisión.

Es hora de recordarle a mi primo los límites escritos con sangre.

El ala este se siente como un mausoleo. Estas fueron las habitaciones de Mikhail alguna vez, antes.

No termino el pensamiento. No puedo permitírmelo, no cuando necesito la frialdad que precede a la violencia.

Encuentro a Kaz en lo que solía ser la sala de Mikhail, botella de vodka abierta sobre la mesita, tableta en mano como si no acabara de acorralar a mi mujer en un pasillo. La arrogancia casual me hace apretar la mandíbula.

—Primo.— Ni siquiera levanta la mirada. —¿Trago?

—¿Qué le dijiste?

Ahora sí alza la vista, esa sonrisa fría que recuerdo de la infancia extendiéndose por su rostro. La misma que anunciaba que alguien iba a sangrar.

—¿La chica Rosetti? Tuvimos una conversación. Nada siniestro.

—Ella no quiere decirme qué le dijiste.

—Quizá entonces no es tu asunto.

Cruzo la habitación despacio, deliberadamente, y me siento frente a él. Entre nosotros está la mesa de ajedrez de Mikhail, en la que los tres pasamos incontables horas, cuando creíamos que dominaríamos el mundo juntos. Mis dedos pican por el cuchillo en mi cinturón.

—Todo lo que tenga que ver con ella es mi asunto.

Kaz deja la tableta, sirve dos vodkas. Desliza uno por la mesa de ajedrez. El líquido ni siquiera tiembla, su mano así de firme. —¿Recuerdas cuando teníamos doce? Ese verano en la casa del lago?

No toco el vaso. El vodka ardería al bajar, y necesito la lucidez de la sobriedad. —¿Qué con eso?

—Mikhail nos enseñó a los dos a nadar ese verano.— Su expresión se suaviza, genuina por una vez. —Le tenías miedo al agua profunda. No pasabas de la cintura.

El recuerdo asoma sin ser llamado. La voz paciente de Mikhail, sus manos firmes en mi espalda mientras aprendía a confiar en el

agua. El terror a ahogarme, los pulmones ardiendo, antes de que sus brazos me atraparan.

—Misha pasó tres días convenciéndote— continúa Kaz. —Paciente como un santo. Y cuando por fin nadaste hasta el muelle, actuó como si hubieras ganado una medalla olímpica.

¡Lo lograste, Alyosha! Sabía que podías hacerlo.

Me oprime el pecho el recuerdo de su orgullo, puro y sin complicaciones.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque así era él. Paciente. Bondadoso. Lo mejor de nosotros.— La voz de Kaz se vuelve dura como el acero. —Y ella fue quien lo mató.

—No sabemos qué pasó esa noche.

—Sabemos lo suficiente.— Se inclina hacia adelante, la vodka olvidada. —La única razón por la que Mikhail estaba en esa maldita reunión Rosetti-Moretti era por esa chica. Ella. Tu perra Rosetti. Once años, Alexei. Llevamos once años planeando venganza.

Su voz baja, cada palabra precisa como una cuchilla entre las costillas. —Y ahora te la estás tirando en la casa de Misha.

—Esta no es la casa de Misha.

—Se suponía que lo sería. Él iba a heredarla. Él debía ser pakhan.— Su puño golpea la mesa, haciendo saltar las piezas de ajedrez. —En cambio está bajo tierra y tú ocupas su lugar, dejando que la hermana de su asesina caliente tu cama. Escupes en su tumba cada vez que la tocas.

—Yo no—

—Sí, lo haces.— Kaz se levanta de repente, paseando como un animal enjaulado. —Mátala. Mándala de regreso hecha pedazos. ¿Pero esto? ¿Tenerla como mascota, exhibirla en galas, dejarla andar libre por nuestra casa?

—No anda libre.

—Estaba sola en el corredor. Pude haberla matado en treinta segundos.

—Pero no lo hiciste.

Kaz se queda inmóvil, y esa quietud es más peligrosa que su furia. —No. No lo hice.

—¿Por qué no?

—Porque quería ver qué harías. Si la defenderías. Si la elegirías a ella antes que a la sangre.— Su sonrisa se vuelve amarga. —Y aquí

estás. En mis aposentos. Defendiéndola. Ya tengo mi respuesta.

—Kaz.

—¿Recuerdas lo que solía decir tu padre? ¿Sobre los lobos?

Aprieto la mandíbula hasta que siento el sabor metálico de la sangre. No quiero esas palabras saliendo de su boca.

—Un lobo que no protege a la manada ya no es un lobo. Solo es carne.— Toma su vodka, lo bebe de un trago ardiente. —Los hombres están mirando, Alexei. Ven que eliges a una puta Rosetti por encima de la sangre Volkov. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que decidan que eres solo carne?

—¿Eso es una amenaza?

—Es solo una observación.— Deja el vaso vacío sobre la mesa. —Ella te tiene bebiendo de su mano como el perrito perdido de Mikhail. Solo que el tazón de agua está lleno de veneno.

Me pongo de pie, y ahora quedamos cara a cara. Imágenes espejadas de sangre Volkov, de historia compartida, de un dolor que se ha endurecido hasta volverse filo.

—Solo lo voy a decir una vez.— Mi voz baja a ese tono que hace que los hombres adultos se orinen de miedo. —Sofia está bajo mi protección. Mía. Si la tocas, si la amenazas, si siquiera la miras mal, voy a olvidar que somos familia.

—¿Me matarías? ¿Por ella?

Mi mano encuentra el cuchillo en mi cinturón, el que ya ha probado sangre por ofensas menores. Los ojos de Kaz siguen el movimiento, y veo cómo calcula distancias, ángulos, probabilidades.

La respuesta sale sin pensar, la verdad más pura. —Mataría a cualquiera por ella.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, irreversibles. Veo el momento en que Kaz realmente entiende lo que ha pasado, en lo que me he convertido.

Se ríe, suave y triste. —La chica Rosetti colecciona hombres Volkov como trofeos. Primero Misha, ahora tú.

—No la toques —gruño—. O vas a descubrir cuánto lo digo en serio.

—No la voy a tocar. Tienes mi palabra.— Alza la mano, fingiendo rendición. —Pero tampoco la voy a proteger. Y cuando los hombres decidan que es un problema, cuando alguien más haga su jugada, no esperes que yo la defienda.

Salgo de los aposentos de Kaz sin decir una palabra más, con el pulso retumbando en mis oídos. El pasillo se extiende ante mí, y en cada rincón veo los fantasmas de lo que fuimos. Tres chicos con espadas de madera, jurando pactos de sangre que no comprendíamos.

Los hombres que paso me saludan con respeto, pero ahora lo noto. Las miradas que se quedan demasiado tiempo, los susurros que callan cuando me acerco. Están vigilando, juzgando, preguntándose si su pakhan se ablandó por una enemiga en la cama.

Kaz no se equivoca en esa parte. La duda se esparce entre mis filas como sangre en el agua.

Me detengo frente al retrato de Mikhail en el pasillo principal. Pintado cuando tenía diecisiete años, ya preparándose para liderar. Esos ojos cálidos que podían ver lo mejor en todos, incluso en nuestro padre.

Prométeme que cuidarás de ellos, Alyosha. Si me pasa algo.

El recuerdo duele profundo. La noche anterior a la masacre, cuando Mikhail estaba distante y extraño. Yo pensé que solo estaba nervioso por sus exámenes.

Ahora me pregunto qué más sabía. Qué estaba ocultando.

Mi teléfono vibra. Un mensaje del chofer: *Llegamos bien. Ella ya está adentro.*

Sofia. Rodeada de sus hermanos, su familia, la gente que se supone debo destruir. Sentada a su mesa mientras guarda mis secretos, con mis huellas todavía marcando su piel. Todavía siento sus uñas bajando por mi espalda.

Su aroma me embosca en cuanto entro en mis aposentos.

Lo impregna todo. Ese perfume suave mezclado con sexo, con su deseo cuando la hice venir dos veces antes del desayuno. No ha pasado ni una hora desde que se fue y ya su ausencia se siente como si me faltaran órganos.

Me quito la chaqueta, sirvo vodka pero no lo bebo. El vaso se humedece en mi mano mientras miro la cama donde dormimos enredados. La almohada aún conserva la marca de su cabeza. Presiono mi cara contra ella como un hombre desesperado, respirando el olor de su cabello.

El complejo se siente como una tumba sin ella. Demasiado silencio a pesar de estar lleno de hombres armados. Solo paredes, armas y viejos fantasmas que no dejan de susurrar sobre traición.

La verdad me atraviesa: lo que siento por ella tiene un nombre que me he negado a pronunciar, ni siquiera en mi mente.

Amor.

La confesión me sabe a traición para Mikhail, para mi madre que murió sin venganza, para cada promesa que hice. Pero negarlo sería peor. Sería de cobardes.

No solo la deseo. No solo la necesito. La amo con la desesperación con la que un hombre es capaz de incendiar imperios.

¿Cuándo sucedió? ¿Cuando me sonrió en el desayuno? ¿Cuando se le plantó a Kaz? ¿Cuando borró información que podría salvar a su familia porque no podía traicionarme?

¿O estuvo siempre ahí, creciendo como los árboles que Mikhail cuidaba, un corte a la vez, hasta que la forma era innegable?

Me tumbo en la cama vestido, mi verga ya medio dura solo por su aroma. Patético. En unas horas, volverá por esa puerta. O no. Tal vez sus hermanos la convenzan de quedarse. Tal vez recuerde a quién se supone debe odiar.

El solo pensarlo hace que algo violento se levante en mi pecho, oscuro y absoluto.

Si no vuelve.

Prenderé fuego al mundo.

Lo quemaría todo. El complejo, la bratva, cada plan minucioso que he construido en once años. Nada importa sin ella.

Mi celular reposa en silencio sobre el buró. Sin noticias del chofer. Ninguna actualización. Solo yo, solo en sábanas que huelen a la mujer que me ha transformado en alguien que ya no reconozco.

Alguien capaz de traicionar la memoria de su hermano. Alguien capaz de matar a su propia sangre. Alguien que yace aquí como un tonto enamorado, contando los minutos hasta que ella regrese.

Vuelve a mí, kotyonok.

Porque si no lo hace, si ella los elige a ellos en vez de a mí, me convertiré en exactamente lo que Kaz predijo. Un lobo que abandonó su manada. Carne para quien quiera tomarla.

Pero peor aún, seré un hombre sin corazón.

Y eso no se sobrevive.

20 - Sofia

El recinto de los Rosetti huele a ajo y pesto, y por un instante devastador, olvido que soy una traidora.

El chofer, hombre de Alexei, tan silencioso como una tumba, me trajo exactamente como prometió y me dejó a la vuelta de la esquina. —Medianoche —había dicho Alexei, sus labios en mi sien, sus manos todavía posesivas en mi cintura después de la ducha que compartimos—. Ni un minuto después. La amenaza y la promesa en esas palabras me siguen por el conocido sendero de piedra.

Mis tacones resuenan contra las piedras que he caminado desde niña, pasando la fuente donde Alessandro y yo cazábamos luciérnagas, atravesando jardines donde Nico me enseñó a lanzar cuchillos a la luz de la luna. Cada paso se siente como recorrer un museo de quien solía ser: Sofia Rosetti, hermana querida, princesa protegida, arma secreta.

Ahora soy alguien totalmente diferente. Alguien que despertó envuelta en sábanas rusas, marcada por manos rusas, cargando secretos rusos que jamás contaré.

La puerta principal se alza frente a mí, una luz cálida derramándose por las ventanas como miel. A través del vidrio, capto movimiento, sombras de mi familia viviendo sus vidas, sin imaginar que estoy por entrar usando seda de diseñador que oculta las marcas de mordidas de su enemigo.

Mi mano se levanta para tocar, pero la puerta se abre de golpe.

—¡SOFIA!

Alessandro. Por supuesto que es Alessandro, siempre el primero en reír, en perdonar, en hacer lo insoportable soportable. Me envuelve en un abrazo que me levanta del suelo, girándome una vez antes de bajarme. Huele a esa pomada que manda pedir desde Milán.

—Jesucristo, Sof. Cuando te vi entrar por las puertas, pensé que estaba alucinando. —Sus ojos verdes recorren mi rostro, buscando daño que no se ve—. ¿Cómo diablos lograste salir? Marco lleva días planeando escenarios de extracción.

La mentira fluye más fácil de lo que debería. —Encontré una falla en su seguridad. Tercer piso, pasillo de servicio. Tengo quizá cuatro horas antes de que lo noten.

—¿Y te escapaste en tacones y vestido? —pregunta, evaluándome con la mirada.

Me encojo de hombros. —Obvio.

—Esa es mi chica. —Pero sus ojos se entrecierran, notando algo que no oculté del todo—. Te ves…

—¿Cansada?

—Diferente. —Pero sonríe, prefiriendo no insistir. Así es Alex, ve todo pero elige sus batallas—. Vamos. María lleva cocinando sin parar desde que desapareciste. Va a llorar cuando te vea.

La calidez del vestíbulo me envuelve: flores frescas en floreros de cristal, el aroma persistente del espresso de Marco por la tarde, el suave sonido de un piano que se escapa desde algún lugar arriba. Probablemente Dante, tocando lo que no puede decir.

—¡SOFIA ROSETTI! —La voz de María retumba desde la cocina, seguida de un rápido italiano que más o menos significa 'muy flaca, te vas a desaparecer, los hombres no saben alimentar a nadie'.

La garganta se me cierra. Este es mi hogar. O lo era. Ahora se siente como estar en la vida de otra persona, llevando una piel que ya no me queda.

Marco aparece en el pasillo y se me corta la respiración. Mi hermano mayor se mueve con esa quietud que hizo que nuestros enemigos lo apodaran 'Il Silenzio' antes de descubrir que el silencio también puede matar. Sus ojos oscuros hacen su evaluación, observando mi postura, mi respiración, la manera en que me sostengo. Busca fracturas, daños, pruebas de lo que Alexei pudo haber hecho.

No va a encontrar nada. El daño real está por dentro, invisible, irreversible.

—Sofia. —Solo mi nombre, pero cargado de todo: alivio, furia, preguntas que aún no hará.

Abre los brazos y yo acudo a él, dejándolo envolverme en esa seguridad particular que solo los hermanos mayores pueden dar. Su loción es la misma, bergamota y cedro, pero debajo percibo aceite de armas, el aroma metálico de la violencia reciente. Sus manos se deslizan por mis brazos, sutiles pero minuciosas, revisando si tengo heridas bajo la seda.

—Estoy bien —murmuro contra su hombro.

Él se aparta, esos ojos oscuros buscan los míos. —¿De verdad?

No. Estoy tan lejos de estar bien que ni siquiera recuerdo cómo se siente. Pero le doy la sonrisa que necesita, pequeña, tranquilizadora, la hermana que puede con todo.

Más hermanos aparecen como espíritus convocados. Dante surge de la sala de música, tan callado como siempre, pero sus ojos dicen todo lo que las palabras no. Me envuelve en un abrazo cuidadoso que dice más que cualquier frase.

Asiento contra su pecho. Huele a cigarrillos y esa colonia cara que Ana le compra. Cuando se aparta, sus ojos oscuros se detienen en mi garganta donde el maquillaje cubre los moretones de los dedos de Alexei. Dante siempre ve demasiado.

Luca está recostado sobre la barandilla de la escalera, esa sonrisa inquietante asomando en sus labios. —Hermana menor. Veo que sigues respirando.

—¿Decepcionado?

—Jamás. —Se impulsa fuera de la barandilla, se acerca para abrazarme con esa gracia despreocupada que oculta cuán rápido puede pasar de la risa a ser letal—. ¿A quién más molestaría?

Su abrazo es breve pero sus ojos azul claro, tan parecidos a los míos, me examinan a fondo. —Estás diferente —dice en voz baja. No es una acusación. Es una observación, archivada en su mente brillante y retorcida.

—Ha sido una semana larga. ¿Tú?

—Aburrido. Marco no me deja asaltar el recinto de los Volkov. —Pone cara de niño, realmente hace un puchero—. Tenía todo un plan. Muy dramático. Mucho fuego.

—Seguro era hermoso.

—Era ARTE. —Se separa del abrazo. Sus ojos—brillantes, un poco desquiciados—se fijan en mí—. Hueles diferente.

Me congelo. —¿Qué?

—Jabón distinto. Diferente… —huele el aire—. Hombre.

Dios mío.

—He estado viviendo en su recinto, Luca. Por supuesto que huelo diferente.

—Hmm. —Empieza a girar un cuchillo que tenía escondido en algún lado—. Ten cuidado, hermanita. Los enemigos tienen una

forma de meterse bajo la piel. Y luego— —Hace el gesto de cortar una garganta—. Todo se vuelve un desastre.

—¿Eso es un consejo o una amenaza?

—Sí. —Él sonríe y se aleja caminando con esa despreocupación suya.

Luego está Nico. Mi entrenador, mi confidente, el guardián de nuestro pacto sagrado. Se queda rezagado, observando desde el umbral del comedor con esos ojos color avellana que han sido testigos de cada evolución de mi carácter. No se acerca para abrazarme; solo me estudia como si estuviera leyendo un informe táctico.

—Nico —digo, y mi voz se quiebra.

Entonces cruza hacia mí, pero en vez de abrazarme, toma mi rostro entre sus manos, obligándome a mirarlo a los ojos. Los callos en sus palmas me resultan familiares: trabajo de armas, de cuchillos, la violencia calculada que él me enseñó.

—Estás mintiendo sobre algo.

Mi corazón se detiene. Por supuesto que lo sabe. Nueve años de absoluta honestidad entre nosotros le han enseñado cada uno de mis gestos, cada microexpresión.

—Nico—

—Hablaremos después. —Me suelta, pero la promesa en esos ojos avellana hace que el estómago se me encoja.— Come primero. María nos mata a todos si la comida se enfría.

El comedor estalla en calidez y caos. Ana brinca a la pequeña Antonia en su regazo, la niña estirando sus deditos regordetes para agarrar el cabello oscuro de su madre. La bebé se parece a Dante, seria incluso con apenas cuatro meses, esos ojitos oscuros registrando todo a su alrededor.

—¡Sofía! —Ana se pone de pie con cuidado, sin soltar a la bebé, y me abraza con un solo brazo. Huele a leche, talco y ese perfume ligero que usa desde Roma.— Hemos estado tan preocupadas.

Faith forcejea para levantarse de su silla, su vientre ya redondo de promesas. Ocho meses, quizá más. La mano de Luca se posa suave en su hombro, manteniéndola sentada. La ternura casual de ese gesto me hace doler el pecho; hasta mi hermano psicópata ha encontrado algo suave para proteger.

—No te levantes —le digo a Faith, inclinándome para besarle la mejilla. Huele a vainilla y libros viejos, probablemente por su trabajo

en la biblioteca, al que se empeña en seguir pese a las protestas de Luca.

—Te ves bien —dice ella, pero hay algo en su mirada, un reconocimiento quizás, de mujer a mujer, de secretos compartidos.

Emma se levanta a pesar de las protestas de Alessandro, moviéndose despacio pero decidida hacia mí. La culpa me atraviesa. Ella recibió un disparo y estuvo al borde de la muerte por mi culpa, por mi debilidad al creer en la trampa de Alexei.

—Me alegra tanto que estés bien —susurra mientras me abraza, y yo quisiera decirle que no lo estoy, que estoy tan lejos de estar bien que ya ni siquiera lo veo.

—¿Cómo vas con la recuperación? —consigo preguntar.

—Bien. Mejor. Volviendo loco a Alex con mi terquedad. —Se aparta y estudia mi rostro con esa mirada aguda que sobrevivió años de servidumbre antes de que Alessandro la reclamara.— Siéntate junto a mí. Quiero escuchar todo.

Todo. La palabra se asienta en mi estómago como plomo.

—No tienes que fingir conmigo. —La voz de Emma es suave mientras las demás voces rugen a nuestro alrededor.— Sé lo que es estar atrapada entre dos mundos.

Mis manos se detienen.— No sé de qué hablas.

—Yo era una sirvienta que se enamoró de un Rosetti. Todo el mundo me decía que era imposible. Que estaba mal. Que traicionaba a los míos. A veces el corazón no entiende de bandos.

Saco la silla junto a ella y me siento.— Emma—

—No te estoy pidiendo que me cuentes nada. Solo digo— —Me sostiene la mirada.— Pase lo que pase, no estás sola. Y no eres tan buena mintiendo como crees.

La garganta se me cierra. No debí haberme sentado junto a Emma; siempre fue demasiado observadora.

Acepto un vaso de agua de Alessandro y, de repente, tengo quince años otra vez, antes de la masacre, antes de Mikhail, antes de convertirme en alguien que le miente a las únicas personas que de verdad importan. María entra agitadamente con bandejas que huelen a infancia: su famoso ragú, pan recién horneado que aún humea, esa pasta de limón y alcaparras que solo prepara para celebraciones.

—¡Muy flaca! —declara mientras amontona comida en mi plato.— ¿Qué te dan de comer allá? ¿Aire? Los hombres no tienen idea de alimentar gente.

Si tan solo supiera cómo me alimenta Alexei, a veces con la mano, observando mi boca tomar cada bocado como si fuera un preludio, haciéndome mojar solo con la atención. Esta tarde me dio de comer fresas en la cama, el jugo escurriendo por mi barbilla, luego lamiéndolo hasta que jadeé su nombre.

—La comida está bien, María —digo, obligándome a comer a pesar de mi estómago revuelto.

—Bah. Bien no es suficiente. Necesitas comida de verdad. Comida para el alma. —Me pellizca la mejilla como si aún tuviera cinco años. — Te hice tiramisú de postre. Tu favorito.

La normalidad de todo esto me dan ganas de gritar. Aquí está mi familia, unida y cálida, preocupándose por mí, mientras yo me siento aquí sabiendo que borré información que podría mejorar sus vidas, fortalecer nuestro control sobre la ciudad. Sabiendo que escogí a su enemigo sobre ellos.

Dios, ojalá encuentre la fuerza para quedarme aquí, dejar que llegue la medianoche y simplemente regresar a mi propia vida.

—Bueno —dice Marco cuando todos ya tienen su comida, su voz cargada de ese peso especial que marca la transición de lo familiar a lo empresarial.— Cuéntanos sobre el complejo.

La mesa se queda en silencio, incluso la pequeña Antonia parece sentir el cambio. Todas las miradas se posan en mí: mis hermanos que confían en mí, sus esposas que me recibieron, esta familia a la que estoy por traicionar con cada palabra.

Recito lo que preparé, lo suficientemente preciso para sonar creíble, pero lo bastante vago para no servir de nada. Rondas de guardias que Alexei ya cambió. Protocolos de seguridad que actualizó en cuanto salí. Les doy los huesos, pero guardo la carne para mí, para él.

—El complejo es una fortaleza —digo, cortando mi pasta de manera mecánica.— Tres niveles de seguridad. Cerraduras electrónicas en todo.

—¿Puntos débiles? —pregunta Nico, pero sus ojos están en mis manos, observando cómo tiemblan apenas alrededor del tenedor.

—El lado este tiene cámaras más viejas. Hay un pequeño retraso en la cobertura. —Una verdad que será mentira mañana; Alexei mencionó que las actualizaría esta semana.

—¿Y Volkov? —La voz de Marco permanece neutral, pero sus ojos son agudos—. ¿Su estado mental?

Entregado. Obsesionado.

—Controlado. Estratégico. —Me obligo a mirarlo a los ojos—. Todavía está de luto por su hermano. Eso impulsa todo lo que hace.

—¿Te está… —Alessandro se detiene, algo raro en él—, ¿te está haciendo daño?

La pregunta flota sobre la mesa como una navaja. Todos esperan: la mano de Ana inmóvil en la espalda de Antonia, los dedos de Faith buscando a los de Luca, Eleanor inclinándose ligeramente hacia adelante.

—No. —La palabra sale más firme de lo que esperaba—. Me necesita viva. Como ventaja.

Pero ese no es el motivo. Me necesita viva porque me necesita. Punto.

—Hay más que no nos estás diciendo —observa Marco, dejando su vino sobre la mesa.

—Siempre hay más —respondo, obligándome a dar otra mordida —. Todavía estoy reuniendo información.

—Hablando de eso —interviene Alessandro, y nunca le he agradecido tanto su puntualidad—. ¿Ya les conté sobre lo de Detroit?

—¿Lo del contenedor de carga? —Luca se anima, con ese brillo maniático en los ojos.

—Mejor. Había una cabra.

Eleanor se ríe—. No había ninguna cabra.

—Claro que había una cabra —dice Alessandro, sonriendo mientras se acomoda para contar la historia—. Este proveedor, ¿ven? Piensa que es muy listo. Dice que el envío se retrasó por 'complicaciones con el ganado'. Yo pensé que era que en el puerto habían encontrado algo, tal vez perros husmeando por ahí.

—¿Pero…? —interviene Faith, ya sonriendo.

—Pero literal, tenía una cabra. Dentro del contenedor. Con nuestras armas —los ojos verdes de Alessandro brillan de diversión —. Esta cabra, lo juro por Dios, se había comido tres cajas y estaba dándole a la cuarta cuando la abrimos.

—Te lo estás inventando —insiste Eleanor, pero se está riendo.

—¡Luca estaba ahí!

Luca asiente solemne—. De verdad había una cabra. Quería quedármela.

—Por supuesto que sí —firma Dante, el gesto de fastidio visible en su cara.

—¿Qué? Tenía carácter. Se comió tres cajas de evidencia. Eso es impresionante.

—No nos vamos a quedar con una cabra —dice Marco, pero una ligera sonrisa se asoma en sus labios.

—Nunca me dejas divertirme —protesta Luca, y sí, realmente hace un puchero, este hombre con maestría en química que usa sobre todo para métodos creativos de tortura.

—Tienes diecisiete cuchillos —firma Dante.

—Los cuchillos no son mascotas, Dante.

—¡Las cabras tampoco!

La risa que estalla alrededor de la mesa se siente tan normal, tan auténticamente *nosotros*, que por un momento olvido todo lo demás. Olvido que les estoy mintiendo. Olvido que elegí a su enemigo. Olvido que tal vez ésta sea la última vez que me siento a esta mesa.

Pero entonces veo a Nico observándome, veo cómo se da cuenta que apenas como, que solo muevo la comida en el plato. Nota la manera en que sigo tocándome la garganta, donde los dedos de Alexei dejaron una marca invisible. Ve todo lo que trato de ocultar.

—Necesito un poco de aire —digo de repente, apartando la silla de la mesa.

—Voy contigo —dice Nico de inmediato.

Marco nos mira a ambos, leyendo la situación con esos ojos oscuros que no se le pasa nada. Pero asiente—. Diez minutos. Aún no hemos terminado de hablar.

Las puertas de la terraza se cierran detrás de nosotros, cortando el cálido caos familiar. La noche en Chicago está cargada de humedad, el aire sabe a tormenta inminente. Camino hacia la baranda de piedra, aferrándome con fuerza hasta que la superficie áspera me muerde las palmas, un pequeño dolor para concentrarme en vez del mucho mayor que aplasta mi pecho.

—Me has mentido dos veces —dice Nico sin preámbulos. Sin rodeos, sin suavidad. Va directo al punto—. Por teléfono. Y ahora mismo, en la cena.

No me doy la vuelta. No puedo enfrentar esos ojos avellana que han visto cada versión de quien soy—. Nico…

—Tenemos un pacto, Sof. Nueve años sin más que verdad entre nosotros. —Su voz carga el peso de todas esas sesiones de entrenamiento al amanecer, todos esos silencios compartidos, todos

esos momentos en los que solo nos teníamos el uno al otro—. ¿Por qué lo rompes ahora?

Las palabras se quedan entre nosotros como una cuchilla, filosas e innegables. Pienso en aquella noche cuando tenía dieciséis, temblando de miedo por pesadillas de sangre y voces rusas, y Nico manteniéndome entera solo con su presencia y una promesa de honestidad.

—No puedo —susurro.

—Quieres decir que no quieres.

—Quiero decir que no puedo. —Mi voz se quiebra—. Porque decirte la verdad lo cambia todo entre nosotros.

—Algo ya cambió. —Se coloca a mi lado, y veo su reflejo en el vidrio oscuro: cansado, preocupado, ya de luto por lo que estamos perdiendo—. No puedo perderte —susurra Nico—. No con él. No con nadie.

—No vas a perderme. Sigo siendo tu hermana. Sigo siendo la chica que no puede silbar y hace cantos de pájaros en su lugar.

Casi se ríe. Casi.

—Si te hace daño…

—Entonces vas a asaltar el complejo con Luca y su cabra. Ya lo sé.

—Hablo en serio.

—Yo también. —Le aprieto la mano—. Tengo que volver. Y tienes que dejarme. Ya he escapado varias veces, puedo hacerlo de nuevo si lo necesito.

Otra mentira.

—¿Por lo menos… me avisarás si estás en peligro? Peligro real?

—Sí. —Eso sí es verdad—. Esa promesa la cumplo.

Me abraza. Fuerte. Desesperado.

—Te quiero, pajarita.

—Yo también te quiero.

Y siento tanto por todas las maneras en las que estoy a punto de romperte el corazón.

21 - Alexei

No han pasado ni tres horas desde que se fue, pero se siente como si fueran tres años.

Estoy sentado en mi estudio, intentando revisar las cámaras de seguridad del complejo, decidiendo en quién de mis hombres aún puedo confiar. La botella de vodka suda a mi lado, la condensación formando un charco sobre la caoba. Un vaso servido, intacto. Tengo la garganta tan apretada que no puedo tragar nada más que dudas.

Tres horas desde que salió a encontrarse con ellos. Tres horas sin saber si va a elegirlos a ellos en vez de a mí.

Mi teléfono vibra. Katya llama otra vez desde Moscú. Sus mensajes se amontonan, cada uno más urgente que el anterior sobre el estado cada vez peor de nuestra madre. Debería contestar. Debería decirle que estoy ocupándome aquí primero. Pero no puedo formar las palabras, no puedo explicarle que estoy esperando a una mujer Rosetti como si mi vida dependiera de ello.

Podría quedarse. Ellos son su sangre, su verdadera familia. Recursos, protección, la vida para la que nació. ¿Qué tengo yo? Un complejo lleno de hombres que quieren verla muerta, el fantasma de un hermano que no me deja dormir, y esta obsesión que ha reescrito hasta mi ADN.

Reviso la rotación de los guardias en mi pantalla. Hay algo extraño en el patrón de esta noche. Pavel está en el corredor equivocado, Boris tomó su descanso diez minutos antes. Cosas pequeñas. Las guardo en la cabeza, demasiado distraído para analizarlas bien.

El cursor parpadea sobre un informe de envío de armas desde Praga. Las palabras se mezclan. No existe nada excepto preguntarme si ese auto alguna vez va a regresar.

Patético. El gran Alexei Volkov, pakhan de la bratva de Chicago, reducido a esperar como un adolescente enamorado. Esperando a una mujer que tiene todas las razones del mundo para desaparecer.

Las palabras de Kaz resuenan: *Ella colecciona hombres Volkov como trofeos*.

Aprieto tanto la mandíbula que podría romperme los dientes. *Mudak*. No. Lo que pasó entre nosotros fue real. La forma en que borró esa información, me eligió a mí sobre la seguridad de su familia. La forma en que se desmoronó en mis brazos, susurrando mi nombre como si fuera una oración.

Real. Tiene que ser real.

Las luces de un auto barren la ventana.

Mi corazón se detiene y luego late al doble de velocidad. Ya estoy en la ventana antes de saberlo, viendo cómo la SUV negra cruza los portones. Ella está aquí. Regresó. Me eligió.

Me levanto demasiado rápido, los vasos de vodka tintinean. Camino de la ventana al escritorio y regreso, ya pensando en lo que sigue. Si ella volvió después de que intentaron retenerla, puede que venga represalia. Actualizo los protocolos de seguridad, escribo a mis hombres de mayor confianza para que estén listos.

Veinte minutos se sienten como veinte años hasta que llega a mis habitaciones.

Hogar. ¿Cuándo se convirtió este lugar en su hogar? ¿Cuándo empecé yo a necesitar que lo fuera?

La puerta se abre y todo lo demás deja de importar.

Sofia está de pie en el umbral y con solo mirarla lo entiendo todo. Está destrozada. Rota por dentro, como si le hubieran quitado pedazos en esa mesa. El maquillaje impecable, el cabello recién cepillado, el vestido de seda sin una sola arruga, pero de alguna forma parece que viene de la guerra.

—Volviste —digo, la voz más ronca de lo que esperaba.

—Dije que volvería—

Nos miramos desde lados opuestos del cuarto. Quiero preguntar qué pasó, quién dijo qué, por qué tiene esa cara de duelo. Pero está aquí, eligió esto, me escogió a mí, y eso es lo único que importa.

—Pudiste haberte quedado —logro decir.

—Lo sé—

Cruza la habitación en tres pasos y se lanza sobre mí. Su boca encuentra la mía, desesperada y hambrienta, sabe a sal y necesidad. Mis manos se enredan en su cabello, la atraigo más, necesito cada centímetro de ella pegado a mí.

Esto no es tierno. Es posesivo. Sus uñas rasguñan mi espalda por encima de la camisa, lo suficiente para hacerme sangrar. Le muerdo el labio inferior, trago su jadeo, la llevo de espaldas contra la puerta.

—Querían que te quedaras —gruño contra su cuello, necesitando confirmación.

—Sí—

—Pero no lo hiciste. Volviste por mí—

—Volví por respuestas —me corrige, y esa diferencia me destroza.

Subo su vestido, no encuentro más que piel desnuda. Ya está mojada, lista, y ese descubrimiento me hace gruñir.

Sus manos luchan con mi cinturón, bajando todo lo necesario, apenas lo justo.

Cuando la penetro, es salvaje, rápido, sin preparación porque los dos lo necesitamos. Necesitamos sentir algo real, algo que nos ancle cuando todo lo demás se desmorona. Ella me rodea la cintura con las piernas, sus tacones se clavan en mi espalda.

—Más fuerte —exige, mordiéndome el cuello.

La follo contra la puerta. Cada embestida hace temblar la madera, el eco se extiende por el pasillo. Bien. Que todos oigan. Que sepan que ella regresó a mí.

—Mía —le gruño al oído—. Ahora eres jodidamente mía—

No me dice que está de acuerdo, pero gime, su coño apretando mi verga.

Su orgasmo detona el mío, grita mi nombre mientras la lleno hasta el fondo. Nos deslizamos al piso, los dos jadeando, la ropa desordenada, los cuerpos aún unidos.

Más tarde, en la cama, recorre con el dedo los arañazos que dejó en mi espalda mientras yo juego con su cabello. El silencio se siente frágil, como cristal a punto de romperse.

—Duerme, kotyonok. Aquí estás segura—

La mentira tiene un sabor amargo incluso cuando la digo.

El sonido está mal.

Tres de la mañana, Sofia cálida contra mi pecho, los dos medio dormidos. Pero algo en el pasillo no cabe. Un paso donde no debería haber uno. La ausencia de la patrulla habitual de Boris, la que noté antes, ahora cobra un sentido horrible.

Mis instintos reaccionan antes de que esté completamente despierto. Empujo a Sofia con fuerza, rodándola de la cama al piso justo cuando la puerta vuela en pedazos.

Disparos rasgan la oscuridad. Dos tiros, casi al unísono, atraviesan el espacio donde Sofia dormía segundos antes. Plumas de las almohadas destrozadas flotan como nieve, el olor acre de la pólvora llena el aire.

Ya me estoy moviendo. El asesino piensa que me va a encontrar aturdido, enredado en las sábanas. En vez de eso, lo golpeo bajo y rápido, metiendo mi hombro en su abdomen. Chocamos contra la cómoda, la madera se astilla, el golpe seco se mezcla con su gruñido de sorpresa.

Su arma resbala por el piso. Le pongo las manos alrededor del cuello, veo su rostro a la luz de la luna. El hermano menor de Pavel. Uno de mis malditos hombres.

La traición arde más fuerte que la rabia. Le quiebro el cuello, el chasquido húmedo retumba en el silencio repentino. Su cuerpo cae, peso muerto golpeando la madera, la sangre empieza a formar un charco.

—¿Sofia?—

Ella está agachada junto a la cama, cuchillo en mano. Por supuesto que tiene una hoja. Siempre le quito los cuchillos, pero ella encuentra la manera de armarse desde el primer día, seguro que tomó este de la cocina cuando yo preparaba comida, o lo trajo del manor Rosetti. Así es mi chica, siempre lista.

—¿Te dieron?—exijo, pasando las manos por su cuerpo, buscando sangre, sintiendo su corazón acelerado.

—No. ¿Y a ti?—

—Estoy bien.—

Sus ojos se clavan en el cadáver. —Lo mataste.—

—Él intentaba matarte.—

Mi mente va a mil, la evaluación táctica es automática. Un trabajo interno. Alguien lo envió, alguien que conocía nuestras rutinas, cuándo estaríamos vulnerables. Las irregularidades en la rotación de guardias que antes pasé por alto.

—La próxima vez déjame encargarme a mí—, dice, el cuchillo aún listo.

—No habrá una próxima vez. Voy a matar a cualquiera que te mire mal.—

—Eso no es práctico.—

—Vas a ver cómo lo hago práctico.—

Los guardias inundan el pasillo, tarde y sin servir de nada. Sus ojos recorren el cuerpo, el arma, a Sofia con su cuchillo, a mí con las manos ensangrentadas.

—Despejen el cuarto—, ordeno. —Encárguense del cuerpo. Silencio.—

Cuando quedamos solos, me quedo mirando la sangre que se acumula en el suelo. Alguien lo envió, alguien dentro de este recinto que quiere a Sofia muerta lo suficiente como para sacrificar a un soldado.

Las palabras de Kaz resuenan: *No esperes que los detenga.*

La decisión se cristaliza al instante. No podemos quedarnos. Mi propia casa se volvió una trampa mortal.

—Empaca tus cosas—le digo a Sofia.

No pregunta, solo empieza a recoger ropa con rapidez y eficacia mientras yo saco dinero de la caja fuerte, armas de compartimientos ocultos. Cada movimiento es táctico, ensayado. No solo nos vamos. Estamos abandonando todo lo que construí, el liderazgo de la bratva, mi posición. Todo.

Por ella.

Mi teléfono vibra otra vez. Katya, otro mensaje sobre mamá. La culpa me retuerce como una daga. Mi madre se está muriendo, pidiendo por mí, y yo huyo de Chicago con la mujer cuya familia mató a Mikhail. Pero si voy a Moscú ahora, Sofia muere. No hay opción real.

—¿A dónde vamos?—

—A la casa del lago. Era el lugar favorito de Mikhail. Nadie va ahí ya.—

Ella se estremece al escuchar el nombre de mi hermano, la culpa cruza su rostro. Pero sigue empacando, entiende lo que significa que la lleve a su santuario.

—¿Por qué no?—

—Demasiados fantasmas.—

La observo doblar mi camisa y meterla en una bolsa, el gesto doméstico se siente surrealista contra la violencia que todavía flota en el aire. Alguien en mi organización acaba de dar la orden de ejecución. La traición duele hondo, pero no tanto como el miedo de que la próxima vez no sea lo suficientemente rápido.

—Voy a encontrar a quien ordenó esto—prometo, la voz bajando a ese tono que hace rezar hasta a los hombres de verdad. Empezando

por ese cabrón, Pavel. —Voy a obligarlos a ver cómo desarmo su conspiración, capa por capa, ensangrentada.—

—Nos vamos ahora—, le digo. —Por la entrada de servicio. La misma que usaste para tus escapes nocturnos. Ya no podemos confiar en las rutas principales.—

Ella asiente, luego levanta el cuchillo que sigue aferrando. —Menos mal que guardé este.—

—¿Y de dónde diablos sacaste ese?—

—Este es de casa.—La sombra de una sonrisa, incluso ahora. —El que escondí en el fondo del clóset es de tu cocina. Estabas distraído, hablando de las recetas de Mikhail.—

Dios, esta mujer.

La entrada de servicio huele a cigarro de los guardias. Sofia conoce esta ruta mejor que yo. La ha usado suficientes veces. Cada sombra podría ocultar otro asesino, cada eco, otra traición.

Salimos cerca del garaje, nos deslizamos a mi auto sin que nadie nos vea. Mientras manejo, la mano de Sofia busca mi muslo, cálida y firme, anclándome cuando todo parece estar desmoronándose.

Chicago queda atrás, las luces de la ciudad se diluyen hasta el negro de la autopista. Mi teléfono vuelve a iluminarse con el número de Katya, pero lo desvío al buzón. Los mensajes de mi hermana son cada vez más desesperados. Mamá se apaga rápido, puede que ni llegue al fin de semana. La culpa me carcome, pero la vida de Sofia importa más que las últimas palabras de mi madre. Mikhail lo habría entendido, al menos.

—¿Estás seguro de esto?—pregunta Sofia, aunque ambos sabemos que ya es tarde para volver atrás.

—Estoy seguro de que no puedo protegerte ahí—, digo, asintiendo hacia el recinto que desaparece en el retrovisor. —Y estoy seguro de que no vas a morir estando yo aquí.—

Ella aprieta mi muslo, y algo pasa entre nosotros. Entendimiento. Reconocemos que ahora ambos somos huérfanos, separados de nuestras familias por decisión y por circunstancias.

El camino se extiende adelante, oscuro e incierto. En el espejo, juro que lo veo. Mikhail, observando desde el asiento trasero, esa sonrisa suave que siempre lograba hacerme sentir que le fallaba. Llevando a la hermana de su asesina a su santuario, a punto de vivir con ella en su espacio.

El fantasma de mi hermano nos sigue en la oscuridad, y me pregunto si está horrorizado o, de alguna manera imposible, si comprende.

—¿Cuánto falta?—pregunta Sofia.

—Dos horas.—

Dos horas hasta entrar a los sueños abandonados de mi hermano con la mujer que elegí por encima de su memoria. Dos horas para averiguar si los fantasmas pueden perdonar. Dos horas antes de tener que explicarle a Katya por qué no estoy en un avión a Moscú, por qué elegí a una Rosetti sobre los últimos deseos de nuestra madre moribunda.

Conduzco en la oscuridad con su mano sobre mi muslo y el fantasma de mi hermano en el retrovisor, dejando todo atrás por la mujer que me quitó todo y, aun así, se volvió mi todo.

22 - Sofia

Dos horas de silencio, y ahora la casa del lago emerge de la niebla matutina como algo sacado de un cuento de hadas ruso. Tengo las piernas entumecidas por el viaje, por haber estado sentada al lado de Alexei mientras él aferraba el volante y guardaba silencio, perdido en los fantasmas que ya lo perseguían mucho antes de que llegáramos.

La estructura de madera se levanta entre la bruma, con un porche que la rodea, la arquitectura tradicional rusa suavizada por un abandono evidente. Incluso desde aquí, puedo ver las desventajas tácticas: demasiadas ventanas, múltiples puntos de entrada, una ubicación aislada sin rutas alternas de escape. Mi mano se desliza inconscientemente hacia mi muslo, donde debería estar mi cuchillo, y solo encuentra la suave tela de mi vestido.

Alexei apaga el motor. Ninguno de los dos se mueve.

—Ha estado vacía por años —dice, la voz áspera por la falta de uso.

Lo sigo subiendo los escalones crujientes del porche, memorizando cada sonido para futuras referencias. El tercer escalón rechina, el quinto es silencioso. Mis dedos recorren la baranda donde unas iniciales están talladas a profundidad en la madera. M.V. en cirílico, los cortes suavizados por años de caricias. El fantasma de Mikhail nos recibe antes de que siquiera entremos.

La puerta principal se atasca, hinchada por la humedad. Alexei la empuja con el hombro, y noto que la cerradura es antiquísima, podría forzarla en segundos. No hay sistema de seguridad. Estamos completamente expuestos aquí.

El olor nos golpea de inmediato. Pino y agua de lago, algo floral que se ha vuelto rancio con el tiempo. Motes de polvo bailan en los haces de luz de la mañana que atraviesan las ventanas sucias. Todo está congelado, preservado, un museo de veranos de infancia que terminaron en sangre.

Los hombros de Alexei se tensan, pero no dice nada. Se mueve por el espacio tirando de las sábanas blancas que cubren los muebles, como si destapara cadáveres. Cada nueva revelación muestra sillones de cuero gastado, un juego de ajedrez a medio jugar sobre la mesa, algunas piezas cayéndose por la intromisión. La escena me aprieta el pecho con una culpa que se ha vuelto mi sombra constante.

Fotos cubren las paredes. Dos chicos y una chica creciendo juntos en veranos de tonos sepia. Sonrisas chimuelo, cañas de pescar, pasteles de cumpleaños y fogatas. Mikhail en todos lados, riendo, construyendo, existiendo de formas que nunca pudo acabar.

Mi cuerpo responde al dolor de Alexei de manera inapropiada, como siempre lo hace. La violencia controlada con la que arranca las fundas de polvo hace que el calor se acumule bajo en mi vientre. Incluso roto, incluso aquí en el santuario de su hermano, lo deseo. Reconocerlo me hace odiarme un poco más.

Me detengo en la ventana donde un bonsái descansa, sus ramas esqueléticas, la tierra cuarteada como promesas rotas. La maceta de cerámica es hermosa, pintada a mano con pequeñas grullas, pero el árbol está más allá de cualquier salvación.

—De Mikhail —dice Alexei a mis espaldas, tan cerca que siento el calor de su cuerpo—. Lo traía cada verano. Decía que el aire del lago le hacía bien.

Toco una rama quebradiza y se desmorona en polvo entre mis dedos. Como todo lo que Mikhail tocó, muerto por mi culpa.

La estantería me atrae. Volúmenes de arquitectura, lomos agrietados por el uso. Saco uno y unos bocetos caen flotando. Edificios que existen solo en lápiz y sueño, estructuras imposibles intentando tocar cielos que nunca alcanzarán. Una foto se desliza. Mikhail, tal vez de diecisiete años, riendo, con el brazo alrededor de alguien a quien sacaron cuidadosamente del marco. El borde recortado ya está liso de tanto pasar los dedos.

—Papá decía que la arquitectura era débil. Impráctica —dice Alexei, su voz con esa aspereza particular que hace que mis pezones se endurezcan bajo el vestido. Incluso su tristeza le queda bien, y me repugna notarlo.

—Pero guardó los libros.

—Guardó todo lo que importaba. Incluso cosas que podían meterlo en problemas.

¿Como yo? El pensamiento se mete sin que lo invite. ¿Me mantuvo en secreto, aunque eso lo matara?

Me deslizo hacia lo que debió ser el cuarto de Mikhail, revisando las líneas de visión desde el pasillo. Demasiado expuesto, sin cobertura si alguien entra. Adentro, es un altar a los sueños interrumpidos de un chico de dieciocho años. Más libros de arquitectura, una mesa de dibujo con un boceto inconcluso aún pegado, una maqueta a medio construir de algo que quizá hubiera sido una sala de conciertos. La cama está tendida con dobleces militares, esperando a alguien que ya nunca la va a desordenar.

—Se quedaba despierto toda la noche dibujando —dice Alexei desde la puerta, llenando el marco de una manera que me hace sentir mi falta de armas y de defensa contra lo que él provoca en mi cuerpo solo existiendo—. Lo encontraba desmayado en ese escritorio, el lápiz aún en la mano, babeando sobre los planos.

La imagen me saca una sonrisa a pesar del peso que me aplasta el pecho. —¿Qué más?

—Todo. Nada. —Alexei pasa a mi lado para abrir las ventanas, y su loción se mezcla con el aire del lago. Incluso aquí, incluso ahora, mi coño se contrae por su proximidad—. Juntaba piedras de la orilla, las organizaba por color. Me enseñó a pescar, aunque yo nunca tuve paciencia. Construyó una casa en el árbol que se cayó en la primera tormenta.

—¿Y tú?

Se detiene, las manos llenas de tela polvorienta, y hay algo en su postura que me hace querer tocarlo, consolarlo, follarlo hasta que ninguno de los dos recuerde por qué estamos aquí.

—Fui quien Mikhail necesitaba que fuera. Su alumno, su público, su sombra. —Se da la vuelta—. No recuerdo si alguna vez fui solo yo.

Estamos en el porche con café que ya se enfrió, mirando cómo la mañana se derrite en la tarde sobre la superficie del lago. Ya revisé el perímetro dos veces. No hay sensores de movimiento, ni cámaras, nada más que bosque y agua. Estamos solos y desprotegidos, y esa vulnerabilidad me eriza la piel.

El celular de Alexei vibra sobre la mesa de madera. Él lo mira y la mandíbula se le tensa al ver el nombre que aparece. Lo silencia.

Vuelve a sonar de inmediato. Después otra vez. La insistencia habla de emergencia.

—Deberías contestar —digo en voz baja, aunque cada instinto me grita peligro ante llamadas inesperadas.

Lo toma en la cuarta llamada, levantándose para caminar hacia el borde del porche—. Katya.

No escucho sus palabras, pero veo cómo su lenguaje corporal cambia, como si estuviera viendo un edificio colapsar en cámara lenta. Sus hombros se encogen. Su mano libre se aferra a la barandilla hasta que los nudillos se le ponen blancos. Ese leve vaivén, casi imperceptible, pero estoy entrenada para notar cada cosa de él.

—¿Cuándo? —Su voz se quiebra.

Palabras metálicas. Baja la cabeza hacia adelante como si le hubieran cortado los hilos.

—¿Ella estaba… hizo…?

La respuesta lo hace cerrar los ojos, y sé lo que va a decir antes de que lo diga.

—*Ya ponimayu*. Lo entiendo. —El ruso sale solo, crudo.— Gracias por estar ahí. *Spasibo*, Katya.

La llamada termina. No se mueve, simplemente se queda ahí, mirando el lago con el teléfono colgando de la mano como si hubiera olvidado cómo soltarlo.

—¿Alexei?

—Se fue. —Las palabras salen huecas—. Mi madre. Temprano esta mañana, hora de Moscú. Katya ha tratado de localizarme desde el amanecer.

Me levanto, me acerco despacio, como Dante me enseñó a acercarme a los animales heridos. A los peligrosos.

—Lo siento mucho.

—Murió pidiéndolo a él. —Su voz se rompe por completo—. A Mikhail. Katya dice que seguía llamando su nombre. ‘*Gde moy mal'chik? Gde Misha?*’ ¿Dónde está mi niño?

El ruso lo hace peor de alguna manera. Más real. El pecho se me cierra por una culpa que es como ahogarse.

—Debería haber estado ahí. —Todavía no quiere darme la cara—. Ella suplicó durante semanas. Y yo elegí quedarme contigo en vez de ir.

El peso de esa confesión se instala entre nosotros como una cuchilla. Su madre murió sola, pidiendo a los hijos que no pudieron venir. Uno al que ayudé a matar, uno que me eligió a mí en vez de a sus últimos momentos.

Alargo la mano para tocarle la espalda, pero él se aparta como si lo hubiera quemado.

—No. —Su voz ahora es peligrosa, ese filo que normalmente me moja pero que hoy solo me duele—. Solo… no.

Algo se va acumulando entre nosotros, una presión como el aire antes de que estalle la violencia. Sus hombros tiemblan por el esfuerzo de contener algo, y cuando se rompe, es con la fuerza de años.

—Mi padre. —Escupe la palabra como veneno—. Viktor.

Ese nombre hace que se pase completamente al ruso, palabras que fluyen rápidas y salvajes. Entiendo cada sílaba amarga: *chudovishche*, monstruo. *Sdelal yeye*, la hizo. *Koleni*, rodillas. *Zastavlyal yest' iz ruk*, le hacía comer de sus manos. *Nakazal*, la castigaba.

—La obligaba a arrodillarse. —Regresa al inglés, palabras que le arrancan como balas de heridas—. Mi madre. La hacía arrodillarse durante horas, en las cenas. Le hacía comer de su mano delante de todos. Como si fuera un perro. Menos que un perro.

El estómago se me revuelve, pero guardo silencio.

—Si miraba a otro hombre, aunque fuera sin querer, la encerraba en su habitación por días. Si hablaba sin permiso… —Se detiene, se aferra más fuerte a la baranda—. Las cosas que le hacía. Y ella nunca se defendió. Nunca se fue. Lo amó hasta el final, o estaba demasiado rota para saber la diferencia.

Entonces se gira hacia mí, y su rostro está destruido. Lágrimas le corren, algo roto detrás de sus ojos que hace que mi cuerpo reaccione de todas las maneras equivocadas. Quiero abrazarlo, besarlo, dejar que me folle hasta arrancarse el dolor.

—Los zapatos. —Su voz se quiebra—. Hacerte caminar con los pies sangrando mientras yo miraba. Contando cada paso.

Dios. La semejanza me golpea como agua helada.

—La comida. —Ahora solloza, feo y crudo—. Mis dedos en tu boca, obligándote a tomar lo que te daba. Igual que él. Exactamente igual.

—Alexei…

—El collar. —Apenas puede articular las palabras—. En la gala. Exponiéndote. Mostrándole a todos que eras mía.

Las rodillas le fallan. Se desploma en el porche, el cuerpo estremecido por sollozos que parecen arrancados de su pecho. El

sonido es horrible, hermoso, y mi sexo se aprieta aun cuando el corazón se me quiebra.

—*Ya stal im. Me convertí en mi padre.*— Me convertí en él. Me convertí en mi padre.

—Lo siento.— Jadea entre sollozos.—Sofía, lo siento tanto. El sótano, el cuchillo, cada vez que te hice sentir menos. Lo siento, lo siento…

Me dejo caer a su lado sobre la madera áspera, tomando su rostro entre mis manos. Él intenta alejarse pero soy más fuerte de lo que parezco.

—Mírame.— Mis pulgares limpian las lágrimas de sus mejillas.— Alexei, mírame.

Sus ojos al fin se encuentran con los míos, pálidos, destrozados y hermosos en su ruina.

—Tú no eres él—digo con firmeza.

—SÍ SOY…

—Te detuviste.— Mantengo su cara atrapada entre mis palmas.— Estás aquí, de rodillas, llorando y pidiendo perdón. ¿Viktor alguna vez pidió perdón?

Nikogda. Nunca.

—¿Alguna vez reconoció que lo que hacía estaba mal?

—No. Él creía que era su derecho.

—Entonces no eres él.— Me acerco más, nuestras frentes se tocan, su aliento caliente roza mi boca.—Tú viste en lo que te estabas convirtiendo y supiste detenerte. Esa es la diferencia.

—¿Cómo puedes perdonarme?

—Te perdono porque así lo elijo—respondo.

Permanecemos ahí en el porche hasta que sus sollozos se apagan en respiraciones entrecortadas. Cuando está vacío, agotado y hueco, lo ayudo a levantarse.

Adentro, logro que coma. Unos huevos mal cocidos que harían llorar a María, pero igual los traga a la fuerza. Nos sentamos en el viejo sofá mientras la luz de la tarde se cuela por las ventanas empolvadas.

Me cuenta sobre su madre antes de que Viktor la rompiera. Su risa, su fatal forma de tocar el violín, las nanas rusas que le cantaba. La mujer que pudo haber sido.

—A ella le habrías caído bien—dice de repente.

—¿Tú crees?

—Siempre esperó que encontrara a alguien suficientemente fuerte como para pelear de vuelta.

Toma mis manos, sujeta con desesperación.—Nunca volveré a tratarte así. Nunca. Solo te arrodillarás si lo eliges. Nunca me temas. Pasaré el tiempo que tengamos ganándome lo que me has dado.—

La promesa se posa entre nosotros, pesada y real.

Esa noche, hacemos el amor en la cama que nunca fue de Mikhail pero igual parece embrujada. No se parece en nada a antes. Sin violencia, sin juegos. Sus manos tiemblan mientras aprenden mi cuerpo de nuevo, sin poseerlo. Cuando me penetra, es con una ternura que me hace llorar.

Después, enredados entre las sábanas, reviso una vez más las ventanas. Siguen sin asegurar, seguimos vulnerables. Mañana tendremos que enfrentar Moscú, funerales, consecuencias. Pero esta noche, en esta casa del lago llena de fantasmas, somos solo dos personas rotas sosteniéndose mutuamente.

Mi cuchillo descansa debajo del colchón, a donde lo trasladé desde mi funda del muslo al llegar, por pura memoria muscular de todas aquellas noches en la habitación de Alexei. Incluso en sus brazos, incluso sintiéndome más segura que nunca, sigo siendo la que Nico entrenó.

Es aterrador y perfecto y está totalmente jodido.

Lo cual lo hace exactamente lo indicado para nosotros.

Su mano se desliza por mi muslo mientras duerme, los dedos se aferran posesivos aún en sueños. Mi cuerpo responde al instante. Pezones endureciéndose, mi sexo estrechándose con ese anhelo conocido. Caigo en cuenta, con oscura satisfacción, de que su promesa de no hacerme arrodillar de nuevo no significa que haya dejado de ser peligroso.

El pensamiento me moja, me hace echarme hacia atrás contra él hasta sentir su verga endureciéndose contra mi trasero. Él se mueve, sin despertar del todo, pero su mano sube más, los dedos rozando el calor entre mis piernas. Incluso inconsciente, incluso roto por el dolor y la culpa, sigue siendo dueño de las respuestas de mi cuerpo.

—Sofía…—murmura a medias dormido, y en su voz hay algo. Posesión, necesidad, ese filo de violencia que nunca terminará de desvanecerse.

Bien. No quiero que desaparezca.

Porque la verdad es que yo lo necesito peligroso. Necesito esa amenaza siempre acechando bajo su ternura. Es lo que acelera mi corazón, lo que me hace sentir viva de maneras que nada ni nadie logra.

Sus dientes rozan mi garganta y me arqueo hacia él, ya imaginando el mañana. Cómo el dolor puede afilar de nuevo sus bordes, cómo sus promesas tal vez se doblarán pero no se romperán, cómo dejaré que me destruya y me arme de nuevo de formas que horrorizarían a cualquiera que diga amarme.

Mis dedos buscan el borde del colchón donde descansa el mango de mi cuchillo, no por protección, sino como un recordatorio. Estoy eligiendo esto. Lo elijo a él. Elijo arrodillarme cuando inevitablemente lo pida, aunque haya prometido lo contrario.

Porque hay hambres que no se pueden domar, solo alimentar.

Y los dos estamos hambrientos.

23 - Sofia

Mis dedos encuentran la pulsera en mi muñeca, el dije de medio corazón de plata que descubrí en mi antiguo cuarto hace apenas unas semanas. El metal está frío contra mi piel, todavía se siente extraño, y lo giro distraídamente mientras miro el lago. Me la puse esta mañana sin pensar, atraída por este pedazo de mi pasado que no termino de recordar.

La voz de Alexei se desliza desde su estudio, hablando en ruso con alguien en Moscú sobre los arreglos del funeral al que no asistirá. Su madre murió ayer pidiendo a Mikhail, y ahora él maneja las consecuencias con la misma eficiencia que aplica a todo. Excepto cuando se derrumbó en el porche, soltando sollozos y disculpas en mi piel, comparándose con su padre, viendo su propia crueldad reflejada de vuelta.

La casa del lago cruje a mi alrededor, la madera vieja asentándose en el aire de la mañana. El amanecer llegó hace horas, pero yo sigo aquí sentada en el sofá, incapaz de quitarme la sensación de que algo está por romperse. Mis manos no dejan de temblar. El café sigue frío y sin tocar en la mesa auxiliar.

Debería comer algo. Debería hacer cualquier cosa excepto lo que estoy a punto de hacer.

La puerta del cuarto de Mikhail se encuentra apenas entornada al final del pasillo.

He evitado ese cuarto desde que llegamos, demasiado pesado, demasiado embrujado. Pero ahora, con Alexei ocupado, ya no puedo resistir la necesidad de entrar. Mis pies descalzos se deslizan en silencio sobre los pisos de madera mientras me acerco, aunque cada tabla cruje bajo mi peso, como si intentara advertirme que retroceda.

La puerta se abre al tocarla.

El cuarto preserva la juventud como un insecto en ámbar. Libros de arquitectura llenan estantes que llegan al techo, los lomos desgastados de tanto uso, esquinas dobladas para marcar pasajes importantes. Maquetas de edificios imposibles abarrotan todas las

superficies: puentes que se curvan como cintas, torres que se enroscan hacia el cielo, una sala de conciertos que parece hecha de alas de vidrio. Los sueños de un adolescente plasmados en balsa y pegamento cuidadosamente aplicado.

La luz de la mañana entra por las ventanas polvorientas e ilumina todo como si estuviera bañado en miel. Incluso las motas de polvo bailan con propósito, girando en patrones que se sienten deliberados.

Me siento en su cama, el colchón crujiendo bajo mi peso. Respiro el aire viciado que aun así lleva su aroma: virutas de lápiz y la colonia que los chicos adolescentes usan en exceso, algo verde y lleno de esperanza.

No busco. Solo siento.

Pero mis ojos se detienen en el clóset, la puerta abierta dejando ver cajas apiladas en el estante superior. Una se ha movido hacia adelante, como si estuviera esperando.

Me levanto sin decidirlo, la bajo. Objetos personales, dice la caja en cirílico desvanecido. Mis manos ya tiemblan aunque no sé por qué.

Dentro, papel de seda tan viejo que se deshace al tocarlo. Cartas en ruso que puedo leer. Fotos de personas que no reconozco pero siento que debería. Y debajo de todo eso…

La visión se me estrecha.

Un dije de medio corazón en una cadena rota. Plata deslustrada, el tamaño y la forma exactos de—

Mis manos tiemblan violentamente mientras me quito la pulsera. Los uno con dedos que no paran de temblar.

Encajan.

Perfectamente.

Dos mitades de un solo corazón.

El cuarto se inclina de lado. El pecho se me constriñe, el aire me sale en jadeos cortos y dolorosos. Y el muro en mi mente, el que se ha ido resquebrajando desde que encontré el diario de Mikhail, se rompe por completo.

Los recuerdos no llegan poco a poco. Me arrollan como la ruptura de una represa, pero estos no son los fragmentos que recuperé antes. Esto es algo más profundo, más oscuro, la parte que mi mente escondió incluso de esos recuerdos parciales.

El jardín donde recuerdo que él me enseñaba ruso, pero ahora hay más.

Su voz, urgente, desesperada: —Esto lo cambia todo, Sofia.—

No solo clases de ruso. No solo amistad. Algo más.

La noche anterior.

No. No, no, no.

Pero el recuerdo llega de todos modos, imposible de detener ahora que la última barrera ha caído.

Su rostro. Desesperado. Distinto. Ojeras profundas, manos temblorosas. No en el jardín esta vez, sino al borde de nuestra propiedad, cerca de las rejas donde a veces nos encontrábamos en secreto.

—Mi papá está planeando algo. Mañana en la noche. En la reunión con los Moretti.—

—¿Qué tipo de 'algo'?—

—Una masacre, Sofia. Van a matar a todos. A tu padre. A tus hombres. A los Moretti. A todos.—

El pecho se me aprieta. No puedo respirar. El cuarto da vueltas.

Esto. De esto era de lo que él intentaba advertirme. La advertencia de la que recordaba solo fragmentos, pero nunca el fondo.

—Tengo que advertirles—

—NO.— Sus manos aferrando las mías tan fuerte que duele, la desesperación lo vuelve brusco. —Si los adviertes, sabrán que hay una fuga. Sabrán que fui yo.—

—Misha, no puedo simplemente dejar que mi familia muera—

—No todos estarán ahí. Solo tu papá y los hombres mayores. Pero Sofia, escúchame—

—Mi papá—

—Si esto me lo achacan a mí, mi papá— Su voz se quiebra, verdadero miedo en ella. —Me va a matar. Lentamente. Tú sabes quién es Viktor Volkov. Has oído las historias.—

El aire nocturno del recuerdo de pronto se siente sofocante. El olor a cigarro de un guardia al pasar me produce náuseas.

—Tiene que haber otra manera—

—Prométeme que no vas a advertirles.—

Las palabras caen como puñetazos. Estoy en el suelo del cuarto de Mikhail. ¿Cuándo me caí? Las rodillas me duelen sobre la madera, las palmas presionadas como si intentara sostenerme al mundo.

—Prométeme que no vas a estar ahí. Solo quédate en casa. Mantente a salvo. Déjame encontrar otra forma.—

—No hay otra manera—

—PROMÉTEME.— Su rostro deformado por el terror que nunca he vuelto a ver. —Por favor, Sofia. Voy a buscar cómo detenerlo. Voy a salvar a tu papá. Haré algo. Solo dame tiempo. Un día. Prométeme. —

Y yo—

Dios mío.

Lo prometí.

Prometí quedarme en silencio.

Prometí quedarme en casa.

El recuerdo corta más profundo, más afilado, como si sacara sangre de mi alma. Sentada en la mesa esa noche. Mi papá besando mi frente antes de irse. —Pórtate bien, principessa. No me esperes despierta.— Marco, con apenas veintidós años pero ya tan serio, yendo con él. Otros hombres que he conocido toda mi vida. Hombres que me enseñaron a andar en bicicleta, que me pasaban dulces a escondidas, que me llamaban su princesita.

Caminando hacia su muerte.

Y yo lo sabía.

Lo sabía y no dije nada.

El sabor a cobre inunda mi boca. Me mordí la lengua hasta sangrar para no gritar una advertencia. Viéndolos irse. La última sonrisa de mi padre, cálida, confiada y completamente ajena a que su hija lo estaba enviando a la muerte.

Porque un chico al que amaba me pidió que guardara silencio.

Porque tenía quince años y estaba enamorada y pensé que un día haría la diferencia.

La consecuencia me invade como una ola: despertar entre gritos. Las manos de Luca ensangrentadas, Dante tomado prisionero. —Papá está muerto. Todos están muertos.—

Diecisiete Rosettis. Muertos.

Porque cumplí mi promesa.

Porque elegí a Mikhail sobre mi propia sangre.

La culpa era tan aplastante que me rompió la mente. Barreras se levantaron de golpe. Recuerdos enterrados tan profundo que, incluso cuando recuperé fragmentos, el jardín, las lecciones de ruso, su manera de enseñarme con ternura, mi mente mantenía esta parte bajo llave. La promesa. La traición. La decisión que destruyó todo.

Once años de pesadillas. —Prométeme, Sofia. Prométeme.— Una y otra vez. No era memoria, sino culpa, llorando en inglés con acento ruso. El fantasma de mi traición persiguiendo mis sueños.

Sigo en el suelo, las dos mitades del corazón presionando mi palma donde las aprieto. La sangre brota entre mis dedos, goteando en el piso de Mikhail, marcando su habitación con mi verdad.

Todo este tiempo. Incluso después de recordarlo a él, de recordar nuestra amistad, pensé que había algo más que había olvidado. Algo sobre la razón de su muerte. Pensé que no había cumplido mi promesa a Mikhail y que por eso había muerto.

La verdad es mucho peor.

Cumplí mi promesa.

Cumplí mi promesa y mi padre murió.

Cumplí mi promesa y diecisiete hombres que confiaban en nosotros murieron.

Cumplí mi promesa y me convertí en el peor tipo de traidora.

Cada muerte. Cada funeral. Cada año de Marco cargando el peso del liderazgo siendo tan joven. La voz de Dante arrancada por la tortura que soportó por intentar protegernos de un ataque sobre el que yo podría haberlos advertido. La mente de Luca quebrándose bajo la violencia, volviéndose algo afilado y peligroso. Nico regresando de la guerra para encontrar a su familia diezmada, obligado a convertirse en nuestra arma.

Porque le hice una promesa a un chico en un jardín.

No traicioné a Mikhail.

Traicioné a todos los demás.

Por él.

La náusea sube tan rápido que apenas logro llegar al baño. Vacío mi estómago hasta que no queda más que bilis y odio hacia mí misma. La mujer que veo en el espejo es una extraña: ojos huecos, labios aún hinchados de los besos de Alexei esta mañana, pareciendo una mujer que merece amor cuando en realidad soy un monstruo que dejó morir a su padre.

Yo soy la razón por la que mi padre está muerto.

Se abre una puerta en algún lugar. Los pasos de Alexei en el pasillo, buscándome. —¿Sofia? Kotyonok, ¿dónde estás?—

No puedo. No puedo enfrentarlo. No puedo decírselo.

¿Qué siquiera le diría?

—Elegí a tu hermano sobre mi familia.—

—Dejé morir a mi padre porque Mikhail me lo pidió.—

—Soy la verdadera villana en esta historia.—

—Cada muerte, cada pérdida, cada pedazo roto de nuestras familias, todos los familiares muertos de Ana, todo recae sobre mí.—

Mi cuerpo se mueve sin pensar, puro instinto tomando el control. Me pongo los zapatos a la carrera, sin siquiera buscar calcetas. Tomo la chaqueta de un gancho junto a la puerta trasera. Salgo antes de que me encuentre, antes de tener que ver el reconocimiento encenderse en esos ojos pálidos.

—¡Sofia!— Su voz detrás de mí, preocupada pero aún no alarmada.

Pero yo ya estoy corriendo.

El lago se extiende oscuro a pesar de la luz de la mañana, su superficie parece vidrio negro. El bosque es aún más oscuro, oprimiéndome de todos lados. Corro sin dirección, sin plan. Solo la necesidad animal de escapar. Del fantasma de Mikhail. De los ojos de Alexei cuando sepa la verdad. De mí misma.

De la niña que cenó sabiendo que su padre moriría en tres horas y no dijo nada.

Las ramas desgarran mi chaqueta, dejando marcas que no siento. Las raíces atrapan mis pies, haciéndome tropezar. Me aferro a una corteza áspera que rasga mis palmas, pero solo sigo corriendo. El dolor físico no es nada comparado con lo que me desgarra el pecho.

Mi mente grita con cada paso:

Asesina.

Traidora.

Monstruo.

Maté a mi padre. No con una pistola. No con un cuchillo. Con silencio. Con una promesa a un chico que me hizo elegir entre su vida y la de mi familia.

Y lo elegí a él.

¿Cómo puedo enfrentar a Marco? ¿Decirle que lo sabía? ¿Decirle que estuve ahí comiendo la pasta de Maria mientras nuestro padre manejaba hacia la muerte? ¿Decirle que elegí a un chico ruso sobre nuestra sangre?

¿Cómo puedo mirar a Nico? El hermano que me sacó de los escombros, que me enseñó a ser fuerte, que hizo conmigo un pacto de verdad. ¿Decirle que yo era ese desastre todo este tiempo? ¿Que toda mentira se queda pequeña junto a la que he vivido?

¿Cómo puedo enfrentar a Dante, que perdió su voz tratando de protegernos de una emboscada que yo pude haber evitado con cinco palabras?

¿Cómo puedo enfrentarme a mí misma?

Los recuerdos siguen llegando, implacables ahora que la represa se ha roto. El rostro de Mikhail aquella última noche, lágrimas en sus ojos. —Voy a arreglar esto. Encontraré otra forma. Solo no digas nada. Por favor, Sofia. Confía en mí.—

Y lo hice. Confié en él por encima de cada instinto que gritaba que advirtiera a mi padre.

Corro hasta que mis piernas ya no responden, los músculos se acalambran y los pulmones arden. Me desplomo contra un árbol, a kilómetros de la casa del lago. El sol ya avanzó por el cielo. Han pasado horas sin que me diera cuenta. El bosque es denso aquí, y no hay camino de vuelta aunque quisiera regresar.

La pulsera de medio corazón ya no está, se me cayó en algún lugar detrás de mí. Perdida en el bosque o de vuelta en ese cuarto donde todo se rompió. Apenas semanas llevándola después de encontrarla en mi habitación vieja, y ahora por fin entiendo lo que significaba. Lo que siempre significó. Una insignia de mi traición.

Ahora entiendo todo.

Y ojalá no lo entendiera.

24 - Sofia

No puedo quedarme aquí para siempre. Tengo que seguir moviéndome, y de repente lo hago, abriéndome paso a trompicones entre la maleza hasta que los pulmones me arden, las ramas desgarrando mi ropa. Las horas pasan como un borrón de movimiento.

Al final llego a una carretera, hago señas a un camión que va rumbo a Chicago, murmuro algo con los labios entumecidos. El conductor no hace preguntas; quizá ve a alguien tan roto que ya no hay manera de ayudarle.

El viaje de dos horas se convierte en una eternidad. Ya está oscureciendo cuando llegamos a los límites de la ciudad. Camino lo que falta, con los pies palpitando en cada paso, la sangre empapando mis zapatos tras kilómetros de asfalto. No he comido, no he dejado de moverme desde que salí corriendo de la casa del lago, impulsada solo por un pensamiento que arde en medio del entumecimiento: Marco necesita saber la verdad antes de que termine por destruirme por completo.

Los guardias en la entrada me reconocen, pero dudan.

—¿Señorita Rosetti? —La voz de Lipi tiembla—. ¿Deberíamos… deberíamos avisar antes?

Me encojo de hombros, sin confiar en mi voz. Ellos hacen la llamada mientras yo permanezco ahí tambaleándome. Finalmente, recuerdo quién soy, Sofia Rosetti, y avanzo hacia la mansión, luchando por no verla como mi hogar. No estoy aquí por perdón; estoy aquí por juicio, para confesar el pecado que me está devorando por dentro.

El estudio de Marco huele a su espresso de la tarde, esa mezcla que importa desde Sicilia. El aroma familiar hace que la bilis me suba a la garganta. No me esperaba, su rostro pasa del alivio a la preocupación y luego a la alarma al notar mi aspecto: la ropa desgarrada del bosque, el cabello enmarañado, algo fundamentalmente roto en mi expresión.

—¿Sofia? Dios, ¿qué pasó? ¿Dónde está—?

—Necesito decirte algo. —Mi voz se quiebra con cada palabra.

Se levanta de detrás de su escritorio de caoba, acercándose con ese instinto protector que lo define desde que papá murió—. Siéntate. Pareces a punto de—

—No. —Me alejo de su mano extendida, quedándome en el centro de su alfombra persa como una acusada esperando sentencia. El diseño bajo mis pies se vuelve borroso cuando las lágrimas amenazan con salir—. No puedo. Necesito decir esto de pie.

—Sofia, me estás asustando.

—Sabía lo de la masacre.

Las palabras quedan colgando entre nosotros como una cuchilla. Marco se queda completamente inmóvil, esa quietud peligrosa que precede a la violencia.

—¿Qué quieres decir con que lo sabías? —Su voz es suave, cuidadosa, como si temiera haber entendido mal.

—Mikhail me advirtió. La noche anterior. —Cada palabra me corta la garganta—. Sobre lo que planeaba su padre. Me rogó que le prometiera que no se lo contaría a nadie.

El silencio se alarga entre nosotros. Veo como la comprensión se abre paso en su rostro etapa por etapa: confusión, incredulidad, realización, y luego algo peor. Algo que se parece a la traición.

—¿Cuándo? —La palabra sale áspera—. ¿Cuándo exactamente te lo dijo?

—La noche anterior. En el límite de la propiedad. Donde solíamos encontrarnos.

—Solían encontrarse. —Está procesando, esa mente táctica suya conectando las piezas—. ¿Cuánto tiempo llevabas viéndote con él?

—Meses. Él… me enseñaba ruso. Éramos amigos. Tal vez algo más.

La mano de Marco busca el borde de su escritorio, lo agarra hasta que los nudillos se le ponen blancos—. Y te dijo que iban a atacar la reunión.

—Dijo que su papá planeaba algo. Una masacre. Que todos morirían. Papá, los hombres mayores, los Moretti, todos. —Mi voz se rompe por completo—. Me rogó que no avisara a nadie. Dijo que si lo hacía, su padre sabría que había una filtración, que era él. Que lo mataría lentamente.

—Así que elegiste quedarte callada.

Palabras para defenderme llegan hasta la punta de mi lengua, pero me las trago y solo digo—. Sí.

—Docenas de los nuestros murieron esa noche, Sofia. —Su voz es demasiado baja, demasiado serena, y veo cómo su mano aprieta el escritorio hasta que pienso que la madera podría astillarse—. Docenas de Rosetti.

—Lo sé—

—¿De verdad? —Ahora está totalmente erguido, y por primera vez en mi vida, le tengo miedo a mi hermano—. El tío Enzo. El primo Matteo. Giovanni, el hermano de Tommy. Hombres con esposas, hijos, vidas. Hombres que confiaban en que nos cuidaríamos entre nosotros.

Las lágrimas resbalan por mi rostro, pero no las seco. Me lo merezco. Me merezco algo peor.

—Papá te dio un beso de despedida esa noche —continúa Marco, su voz con un filo que corta—. Te sentaste a cenar sabiendo que iba hacia su muerte. Comiste la comida de María, te reíste con las bromas de Alex, y no dijiste nada.

—Pensé—

—No. —Su palma golpea el escritorio con tal fuerza que me sobresalto, el sonido retumba en el estudio—. No me digas lo que pensaste. No me des excusas de que eras joven, o tenías miedo, o estabas enamorada de un ruso.

—Marco, por favor—

—Papá está MUERTO por tu culpa. —Sale disparado de su silla, avanzando hacia mí, y lo veo ahora: no solo ira, sino un odio genuino —. Yo me convertí en Don a los veintidós porque no quedaba nadie más. Veintidós años, tratando de mantener los pedazos rotos de nuestra familia mientras cargaba con el peso de diecisiete funerales.

Mis piernas tiemblan pero me mantengo de pie, aceptando cada palabra como los latigazos que merezco.

—A Dante le quitaron la voz a base de tortura, y tú pudiste haberlo evitado todo —continúa, rodeándome ahora como un fiscal.

—Lo sé, lo sé— —Las palabras salen entre sollozos.

—No lo sabes. —Se detiene justo delante de mí, y la mirada en sus ojos me hace desear morirme—. No solo guardaste silencio, Sofia. Fuiste cómplice. No fuiste una víctima que sobrevivió. Fuiste la razón por la que quedamos vulnerables.

La palabra 'cómplice' me deja sin aire en los pulmones.

—Cada muerte, cada gota de sangre, cada año de duelo. Todo se remonta a tu decisión de proteger a un Volkov antes que a tu propia sangre.—

No tengo defensa. Tiene razón. Cada palabra es una verdad grabada en mis huesos.

Marco da un paso atrás, estudiándome como si mirara a una desconocida con la cara de su hermana. Cuando vuelve a hablar, su voz suena hueca, definitiva.

—Sal de mi casa.—

—Marco—

—¡LÁRGATE!— El rugido hace temblar las ventanas y me obliga a retroceder tambaleando. —Tú no eres mi hermana. Mi hermana murió esa noche junto con todos los demás. Solo eres el fantasma que nos ha estado atormentando desde entonces.—

Me doy la vuelta y salgo sin decir una palabra más, mis piernas avanzando de forma mecánica por pasillos llenos de retratos de los que ya no están. Hombres que podría haber salvado con solo advertirles a tiempo. Mi cuerpo recuerda el camino incluso cuando mi mente se quiebra. El mármol donde di mis primeros pasos ahora presencia los últimos en esta casa.

Detrás de mí escucho el cristal estallar. Un decantador contra la pared, el sonido del dolor de Marco finalmente estallando en soledad. Ese eco me sigue afuera, una despedida final del hermano que me salvó de las pesadillas, sin saber que yo era la pesadilla desde el principio.

Me detengo a tres cuadras del complejo, apoyando la palma de la mano en un muro de ladrillo frío para no caer. El aire del atardecer es espeso y húmedo. Mi teléfono vibra. Alexei, probablemente, dándose cuenta por fin de que me fui, pero no puedo contestar. No puedo decirle que yo soy la razón por la que Mikhail murió tratando de detener lo que yo podía haber evitado con una advertencia.

Mi traicionero corazón susurra su nombre, pero no puedo regresar. ¿Cómo dejar que me toque sabiendo que estas manos dejaron morir a decenas de inocentes?

Las calles vacías de Chicago se vuelven borrosas mientras camino sin rumbo, el aire helado de la noche atravesando mi ropa delgada, aunque estoy demasiado vacía para sentirlo. La gente termina sus días normales. Dueños de restaurantes bajan las cortinas, corredores

con audífonos, una madre empujando un cochecito. Vidas normales con problemas normales mientras yo paso como humo.

No me doy cuenta del auto siguiéndome durante tres cuadras, mis instintos de supervivencia tan muertos como todo lo demás, hasta que ya es demasiado tarde. El sedán negro se detiene a mi lado, las puertas se abren y aparecen soldados Volkov en la acera. Están armados, profesionales, obviamente esperando resistencia de alguien entrenada como yo.

Mi mano tiembla hacia donde debería estar mi cuchillo, pero no lo tengo. Lo dejé bajo el colchón en la casa del lago, como la tonta que soy. E incluso si lo tuviera, ¿para qué? ¿Qué vale la pena pelear si Marco tiene razón? Soy cómplice. Tal vez la justicia de Kazimir es lo que merezco.

Se acercan con cautela, desconcertados por mi quietud. Uno me toma del brazo y no opongo resistencia, ni siquiera tenso el cuerpo. Solo me quedo ahí, vacía y esperando, una parte de mí pensando que quizá así es como debe terminar. La chica que eligió mal, por fin enfrentando las consecuencias.

Kaz sale del asiento trasero con esa sonrisa fría que recuerdo del pasillo del complejo, observando mi estado roto con obvia satisfacción. Su loción es fuerte, química; nada parecido al calor de Alexei que aún se aferra a mi piel.

—Sofia Rosetti— dice, rodeándome lentamente.—Caminando sola por Chicago después del anochecer. Qué conveniente.—

No respondo. No encuentro palabras en el vacío donde debería estar mi voz.

—Mi primo te ha estado buscando.— Su tono se vuelve burlón.— En realidad está frenético. Es vergonzoso ver lo desesperado que está, llamando a todos sus contactos, amenazando a sus propios hombres. Todo por ti.—

Aún así guardo silencio. Parada ahí como si ya estuviera muerta, solo esperando a que mi cuerpo lo entienda.

Kaz estudia mi rostro, sus ojos pálidos tan parecidos a los de Alexei, pero sin nada de su fuego.—Algo se rompió en ti.— Inclina la cabeza, evaluando.—Bien. Eso hace esto más fácil.—

Sus hombres me guían hacia el auto y no resisto, mis pies se mueven automáticamente, con ese mismo andar mecánico que me sacó del despacho de Marco. En alguna parte lejana de mi mente, la parte que Nico entrenó, grita que debería pelear, que debería correr,

que debería hacer algo. Pero la parte más grande, la que se ahoga en la verdad, piensa que tal vez merezco cualquier justicia que Kaz tenga preparada.

La puerta del auto se cierra con dramatismo. Los asientos de cuero huelen a nuevos. Mi teléfono vuelve a vibrar en el bolsillo, ahora con insistencia, pero no lo busco. Déjalo creer que huí de él. Mejor eso que enfrentar la verdad: soy la chica que destruyó a ambas familias antes incluso de conocernos.

Kaz se acomoda a mi lado, esa sonrisa satisfecha sin desvanecerse.—Sabes, yo estaba preparado para una pelea. Tenía planes de contingencia para alguien con tu entrenamiento. ¿Pero esto?— Hace un gesto hacia mi estado vacío.—Esto es mucho mejor. Sofia Rosetti, rota antes de que yo siquiera tuviera que intentarlo.—

El auto gira hacia el distrito industrial. A través de los vidrios polarizados, Chicago pasa de largo. La ciudad se duerme, con problemas normales como el tráfico, la cena quemada y reuniones que no terminan en sangre.

—Mikhail estaría fascinado,— continúa Kaz, mirando mi rostro en busca de reacción.—Saber que la chica por la que murió resultó ser una decepción. Todo ese potencial, desperdiciado.—

Las palabras deberían doler, pero ya estoy más allá del dolor. Solo escucho la voz de Marco retumbando en mi cabeza: —Cómplice. Cómplice. Cómplice.—

—¿Nada que decir?— Kaz suena casi decepcionado por mi silencio.—¿No vas a suplicar? ¿No vas a negociar? ¿Ni siquiera quieres saber qué pienso hacer?—

¿Para qué? Nada de lo que él planee puede ser peor que vivir sabiendo lo que sé ahora. Los nombres Rosetti grabados en mis huesos. La última sonrisa de mi padre antes de dejarlo ir hacia su muerte. Mikhail muriendo porque guardé una promesa que al final mató a todos.

El auto reduce la velocidad, la grava cruje bajo las llantas. Donde sea que estamos, es silencioso. Aislado. Perfecto para lo que Kaz tenga planeado.

25 - Alexei

Tres horas. Tres malditas horas desde que descubrí que se había ido, el cuarto de Mikhail destruido, esa puerta trasera oscilando como una acusación.

El haz de la linterna corta la penumbra, mostrando sólo el bosque vacío y mi furia contenida. Mi camisa está desgarrada por las ramas, los nudillos sangran de empujarme entre la maleza que no debería ser tan densa. Cada árbol se ve igual en la oscuridad. Cada sombra podría ser su cuerpo colapsado.

Tengo la voz gastada de tanto gritar su nombre, pero sigo buscando. Metódico. Sistemático. Como cuando cazo a los hombres que creen que pueden esconderse de mí.

—¡Sofia!

Nada. Sólo mi eco muriendo entre árboles que se cierran más con cada paso. La casa junto al lago queda detrás de mí, ventanas apagadas, guardando el secreto que la hizo huir.

Vuelvo a barrer el suelo del bosque con la luz. Ramas rotas, hojas removidas, la leve marca de pies descalzos en la tierra blanda. Primero fue por aquí, luego retrocedió. Chica inteligente. Pero no lo suficiente. Ahí, atrapado en una rama baja, un hilo de esa camisa enorme que usaba para dormir. Mi camisa. Lo arranco, la tela suave entre mis dedos ensangrentados.

Ella estuvo aquí. Tal vez confundida. Corriendo sin rumbo.

Luego el muelle. Donde nos sentamos ayer por la mañana, sus piernas colgando sobre el agua mientras me contaba del pacto de honestidad con Nico. La madera cruje bajo mi peso, aún húmeda por el rocío. No hay rastro de ella. Pero puedo verla ahí, como un fantasma, volteándose hacia mí, el sol enredado en su cabello. —Te perdono —me dijo sobre la crueldad de mi padre que se desbordaba en mí.

Mentiras. Huyó en cuanto pudo.

El lago se extiende negro en la oscuridad. Si hay sangre, prendo fuego a todo el bosque.

La neblina matutina se aferra a la superficie, ocultándolo todo debajo. Me interno hasta las rodillas, el agua fría empapándome los zapatos, la linterna recorriendo la superficie vidriosa. Busco ondas que no deberían estar. El destello pálido de piel bajo el agua oscura.

La imagen me ataca: Sofia flotando boca abajo, el cabello extendido como algas doradas. El pecho se me aprieta tan fuerte que siento que las costillas se van a quebrar.

No hay cuerpo. Bien. Aún está ahí afuera para que yo la encuentre.

De vuelta a la casa. El cuarto de Mikhail, tratando de entender qué provocó esto. Cajas desparramadas, fotos por todas partes, papel de seda roto como si hubiera estado buscando algo específico. Uno de los libros de arquitectura de Mikhail abierto en una página con el bosquejo de una sala de conciertos, sus prolijas notas en los márgenes sobre acústica y líneas de visión. Ella miraba esto. Leyendo sus sueños.

Entonces las veo: dos mitades de un corazón de plata en el suelo, las cadenas de las pulseras enredadas.

Dos mitades de un solo corazón. Como algo que compartirían los amantes.

La mano me tiembla al levantarlas. El metal está opaco, viejo. Una pieza tiene iniciales grabadas tan tenues que casi las paso por alto. M.V. en cirílico. La otra pieza tiene S.R.

¿De mi hermano? ¿Y de ella? El metal quema, frío, en mi bolsillo.

El recuerdo que esto desbloqueó la hizo huir de mí. Después de que sollozara en sus brazos. Después de mostrarle todos mis fragmentos rotos. Después de contarle sobre mi madre, mi padre, todo lo vergonzoso que he hecho.

Huyó.

El camino a Chicago se extiende adelante, tan vacío como el asiento del pasajero donde debería estar. Su aroma aún impregna mi camisa de anoche: flores, sexo y promesas que ninguno de los dos sabía cómo cumplir. La noche cae pesada sobre la autopista, los faros del auto mostrando lo que la oscuridad intenta esconder. Tengo las manos destrozadas sobre el volante. Cortes de abrirme paso entre maleza, tierra bajo las uñas por revisar troncos huecos donde podría ocultarse una mujer herida.

La he llamado veintitrés veces. Apagado o muerto, no importa. El silencio ya es respuesta suficiente.

Mis contactos en la ciudad reciben la misma orden: encuéntrenla. Una mujer a pie, probablemente desarreglada, posiblemente herida. Cada hospital, comisaría, terminal de autobuses.

Nada. Nada. Nada.

Entonces suena mi teléfono. El informante que tengo dentro del recinto Rosetti.

—Estuvo aquí. Esta tarde. Vio a su hermano mayor en el despacho. Salió hace como una hora.

Las palabras me golpean como agua helada en los pulmones. Fue con ellos. Después de todo, los eligió a ellos.

—¿Cómo la viste?

—Destrozada. Como si algo dentro de ella se hubiera roto. —Pausa—. Solo estuvo adentro veinte minutos. Sea lo que sea que pasó en ese despacho… Marco rompía cosas cuando ella se fue. Oí el cristal quebrándose desde el pasillo.

Veinte minutos. Sea la confesión o revelación que tuvo, le bastó ese tiempo para destruir su relación con su hermano.

—¿Y para dónde fue?

—Hacia el este. Caminando. Parecía sonámbula.

Antes de que pueda procesarlo, mi teléfono vibra de nuevo. Gleb, mi jefe de seguridad.

—Señor, tenemos un problema.

El volante de cuero cruje bajo mi mano. —¿Qué pasa?

—Kaz sacó un equipo esta mañana. Sin autorización.

La temperatura cae de golpe. —¿A dónde?

—A Chicago. Levantaron a alguien en la calle.

Cada músculo en mi cuerpo se tensa. El recuerdo me arrolla: Sofia anoche, su rostro cuando hablé del bonsái de Mikhail. Cómo se acurrucó contra mí cuando le mostré cómo podarlo, su cuerpo cálido y confiado junto al mío.

—¿A quién?

—A la chica Rosetti, señor. Su… la mujer del recinto.

El tiempo se detiene.

—¿A dónde se la lleva?

—Al almacén viejo. El que usamos para… tribunales.

Ejecuciones. Donde los traidores mueren gritando. Donde mi padre llevaba a los que traicionaban a la bratva. Donde los desagües del suelo corren rojos.

Me orillo de golpe, las llantas chillando contra el asfalto. Mi puño atraviesa la ventanilla de un golpe, el vidrio estallando alrededor de mis nudillos. El dolor no significa nada. Es limpio. Me aclara. La sangre gotea sobre el cuero caro mientras los pedazos de ventana caen como lluvia congelada.

Está ahí. En ese almacén. Con Kaz.

Mi madre está muerta. Murió llamando a Mikhail mientras yo sostenía a la mujer responsable. No estuve ahí. La elegí a ella en vez de la última respiración de mi madre. La culpa arde como ácido en mi pecho.

Le di a Sofia todo. La verdad sobre mi padre. Mi vergüenza. Mi debilidad. La forma en que me quebré en ese porche, llorando como el niño que nunca pude ser. Y ella huyó sin decir palabra.

Ahora Kaz la tiene. Tiene lo que es mío.

La rabia no se disipa. Se cristaliza en algo útil. En la furia fría que me ha mantenido con vida hasta ahora. Cada marca que dejé en su cuerpo probablemente ya se está desvaneciendo mientras Kaz planea su ejecución. La idea me da ganas de destrozar el mundo con mis propias manos.

Ella no va a morir. No hasta que explique. No hasta que yo entienda. No nunca.

Vuelvo a marcar a Gleb. —¿Cuántos hombres tenemos? No leales a la familia. Leales a mí personalmente.—

Su pausa dice más que mil palabras. —Treinta, seguro. Tal vez cuarenta si llamo a los que me deben favores.—

—Llama a todos. Armados y listos en cuarenta minutos.—

—Señor, si se mueve contra Kaz abiertamente…—

—Él tomó lo que es mío.—

—Esto podría dividir a la familia para siempre. Los viejos aún respetan su derecho por ser primo. Si lo ataca directamente…—

—Entonces que se divida.—

Silencio. Luego, en voz baja: —¿Ella lo vale? ¿Destruir todo lo que construyó su padre?—

La pregunta queda flotando entre nosotros. Pienso en ella, en mi cama hace dos noches, cómo recorría mis cicatrices con los dedos y preguntaba por cada una. Cómo besó la que me hizo mi padre, como si pudiera sanarla con la boca.

—Mi padre construyó un imperio basado en el miedo. Que arda.— Mi voz cae a temperatura cero absoluto. —Ella es lo único que vale la

pena rescatar de las cenizas.—

Las llamadas salen rápido. Primero a Sergei, uno de los viejos lugartenientes de mi padre que me enseñó a disparar cuando tenía siete años.

—Alexei.— Su voz es cuidadosa. —Me enteré de lo de su madre. Mi más sentido pésame.—

—Necesito a tus hombres, Sergei. A todos.—

Una pausa larga. —¿Contra quién?—

—Kaz.—

—Carajo.— El sonido de un cigarro encendiéndose. —Me estás pidiendo elegir entre sangre y sangre.—

—Te pido que recuerdes quién sacó a tu hijo de ese almacén en Minsk cuando estaba en llamas.—

El recuerdo queda entre nosotros: su hijo, dieciséis años y tonto, atrapado en la trampa de una familia rival. Yo entré cuando todos decían que ya estaba muerto.

—Mis hombres son tuyos,— dice Sergei al fin. —Los doce.—

Después, Dmitri, quien controla el territorio sur. Su hija está comprometida con el primo de Kaz por el lado materno. Este va a doler.

—No puedo, Alexei. Sabes que no puedo.—

—Entonces mantente fuera de mi camino.—

—Esta mujer…— Su voz baja. —¿Vale una guerra civil?—

Pienso en ella parada en mi cocina ayer por la mañana, haciendo huevos horribles usando mi camisa. Cómo se rió cuando traté de salvarlos, echando demasiada sal. Al final terminamos pidiendo comida a domicilio, comiendo comida china en la cama mientras me contaba sobre la vez que Luca intentó enseñarle química y casi incendia su cochera.

—Sí.—

—Hoy vas a perder hombres. Buenos hombres.—

—Entonces los perderé.—

La tercera llamada es a Pavel, quien se encarga del arsenal. Joven, ambicioso, lo suficientemente inteligente para temerme.

—Lo que necesite,— dice antes de que termine de explicar. —El arsenal completo si es necesario.—

—¿Por qué?— pregunto, genuinamente curioso. —Podrías mantenerte neutral.—

—Porque he visto cómo eres desde que ella llegó. Diferente. Casi…— busca la palabra. —Feliz. Si ella logra que seas lo suficientemente humano para ser feliz, entonces vale la pena protegerla.—

La observación duele. Feliz. ¿Eso era yo?

El convoy se forma detrás de mí en el acotamiento de la autopista. Camionetas negras acomodándose como en un cortejo fúnebre. A través del retrovisor, capto mi reflejo: sangre en mis manos por la ventana rota, muerte en la mirada. Este soy yo de verdad. No el hombre que lloró en sus brazos. No el hombre que le mostró cómo cuidar un bonsái con infinita paciencia. Esto.

El horizonte de Chicago se alza frente a nosotros como una promesa de violencia. El distrito de almacenes se extiende, pura decadencia industrial y terreno perfecto para matar. Mi teléfono vibra con actualizaciones. Kaz está atrincherado con quince hombres. Nada se sabe de ella.

La incertidumbre me arde en la garganta. Cobre y ceniza, el sabor de todo lo que estoy a punto de destruir.

Hago una última llamada. A Sasha, quien supervisa nuestro equipo médico.

—Te necesito en el almacén en noventa minutos. Equipo de trauma completo.—

—¿Quién está herido?—

—Nadie todavía.— Miro la ciudad borrosa pasar al lado. —Pero lo estarán.—

—Alexei…— Su voz es prudente. —Me enteré de lo de su madre. Y también de que Kaz se llevó a la chica.—

—¿Y?—

—Nada. Solo… tenga cuidado. El dolor hace que los hombres hagan estupideces.—

—Esto no es dolor.— Aunque lo es: dolor por mi madre, por Mikhail, por la mujer que huyó de mí. —Esto es cálculo. Kaz dio su golpe. Ahora me toca a mí.—

El convoy toma la salida hacia el distrito de almacenes. Ahora son cuarenta y tres vehículos, según la cuenta en mis espejos. Hombres que han elegido mi bando en lo que está a punto de ser una guerra civil familiar. Algunos por lealtad, otros por miedo, otros porque creen que voy a ganar.

Tienen razón. Voy a ganar. Porque ya no me queda nada que perder excepto a ella.

El almacén se alza al frente, rodeado por los vehículos de Kaz. Probablemente esté adentro, explicándole a Sofia cómo funciona la justicia en nuestro mundo. Cómo la sangre exige sangre. Cómo los culpables deben pagar.

No está equivocado. La sangre sí exige sangre.

Pero ella ya es mía. Su sangre, su cuerpo, sus mentiras, sus verdades. Mía para castigar o para perdonar. Mía para mantenerla viva.

El convoy se detiene. Salgo a la mañana de Chicago, el vidrio cruje bajo mis zapatos por la ventana destrozada. La sangre todavía gotea de mis nudillos, dejando un rastro mientras camino hacia el almacén.

A mis espaldas, las puertas se abren. Revisan armas. Cargadores deslizándose en su sitio. El sonido de hombres preparándose para la guerra.

No sé por qué huyó. No sé qué recuerdo despertaron esas mitades del brazalete. No sé qué le dijo a Marco que lo hizo romper el vidrio.

Pero sí sé esto: está en ese almacén, probablemente pensando que merece lo que Kaz tenga planeado.

Se equivoca.

Lo único que merece es a mí. Mi furia, mi obsesión, mis promesas rotas, mi amor violento.

Es hora de recordarle a mi primo por qué me llaman pakhan.

Es hora de teñir ese almacén de rojo.

Es hora de recuperar lo que me pertenece.

Aunque ella pase el resto de su vida odiándome por ello.

26 - Sofia

El almacén está frío. Un frío industrial, de ese que se filtra por la piel y se asienta en la médula de los huesos. La silla de metal atraviesa mi vestido delgado donde me han atado, las bridas de plástico me cortan las muñecas detrás de la espalda. Sujetadores estándar. Mi pulgar encuentra la articulación de forma automática. Treinta segundos para dislocarla, zafarme y tomar el arma del Guardia Dos. El Arma dentro de mí susurra los movimientos como una promesa de amante.

Pero obligo a mis manos a quedarse quietas. ¿De qué sirve sobrevivir cuando vivir significa enfrentar lo que he hecho?

Kaz me rodea como si fuera algo fascinante, sus pasos resuenan en las paredes de concreto manchadas de óxido y de cosas más oscuras. El almacén apesta a sangre vieja y aceite de máquina, miedo impregnado en los cimientos. El sabor metálico recubre mi lengua aunque aún no me han golpeado. El lugar perfecto para una ejecución.

—Sofia Rosetti —dice, su voz rebotando en las vigas metálicas—. ¿Sabe usted por qué está aquí?

Miro a la nada. Hay una grieta en el piso a dos metros. Me concentro en eso mientras el Arma evalúa las salidas. Portón enrollable a la izquierda, salida de emergencia detrás de Kaz, ventanas a diez metros de altura. Información inútil. No voy a ningún lado.

—Sus crímenes contra la familia Volkov. —Se detiene frente a mí, los zapatos de diseñador lustrados como espejos, a pesar de la suciedad del lugar. Su colonia es aguda, química, nada parecida a... Detengo ese pensamiento antes de que tome forma—. ¿Quiere que se los enumere?

Silencio. Mi silencio. Tan vacío como el lugar donde antes latía mi corazón.

—Seduciste a Mikhail Volkov. —Su voz se vuelve cortante—. Le diste información sobre las operaciones de tu familia. Lo volviste

débil. Lo llevaste a la muerte.

La acusación debería doler. Debería hacerme defenderme, explicar que él lo tiene al revés, que Mikhail me enseñaba ruso en jardines secretos mientras yo me enamoraba de su alma bondadosa. Que fui yo la que traicionó a mi familia por él, no al revés.

¿Pero para qué? Mis crímenes reales son mucho peores. El recuerdo de la última sonrisa de mi padre atraviesa el entumecimiento. Cálida, confiada, completamente ajena a que su hija lo estaba enviando a la muerte.

—Luego —continúa Kaz, entusiasmándose con su papel de fiscal —, pasaste semanas prostituyéndote con mi primo. Lo debilitaste desde adentro. Destruiste los cimientos de esta familia con tus—

Sigue hablando. Yo dejo de escuchar. Las palabras caen sobre mí como ruido blanco mientras mi cuerpo me traiciona con recuerdos sensoriales. Las manos de Alexei suaves en mi rostro junto al lago, enseñándome a cuidar el bonsái. Antes de recordar que soy veneno. Ese toque fantasma hace que algo se quiebre en mi pecho.

—¿Nada que decir? —Kaz me agarra la barbilla, obliga mi rostro a mirar hacia arriba. Sus dedos están fríos. Todo aquí es frío, excepto los lugares donde recuerdo haber sentido calor—. ¿Ninguna defensa? ¿No vas a suplicar?

—No.

Me abofetea. Fuerte. Mi cabeza gira hacia un lado, el cobre inunda mi boca donde los dientes cortan mi mejilla. La silla se tambalea pero no se cae. Sofia el Arma registra el ángulo, la fuerza, lo archiva aunque yo intente permanecer vacía.

Vuelvo mi rostro al centro. Lo miro como si no estuviera.

—¿No tienes nada que decir? —La frustración se filtra en su voz. Quiere el espectáculo. Las lágrimas, la súplica, la negociación. La función final de cada condenado.

—¿Serviría de algo?

—No. —Su sonrisa se afila—. Pero disfrutaría verte intentarlo.

—Entonces no te daré ese placer.

Otra bofetada. La otra mejilla esta vez. La sangre gotea de mi labio partido sobre el concreto entre nosotros. Una gota. Dos. Su calor contrasta con el aire helado, y pienso absurdamente en cómo Alexei me besó en la casa junto al lago, tan suave después de desmoronarse por su madre. Sólo unas horas atrás. Como si hubiera sido en otra vida.

Aun así no le doy nada. Sólo ojos vacíos en un rostro vacío, esperando un final que quizá sea la única justicia que queda.

Eventualmente me dejan sola. Tres guardias son visibles desde mi posición. Uno en la puerta, uno paseando por la pared opuesta, otro apoyado en una viga jugando con su teléfono. El Arma comienza a calcular antes de que pueda detenerla, esa parte entrenada de mí que nunca duerme del todo.

Guardia Uno en la puerta: cuchillo en el cinturón, lado izquierdo. Favorece la pierna derecha cuando cambia de peso. Una lesión vieja, tal vez la rodilla. Vulnerable a una zancadilla. Tres segundos para tumbarlo, dos para tener el cuchillo. Sé exactamente cómo caería su cuerpo.

Guardia Dos, paseando: amateur. La pistola mal enfundada, probablemente el seguro sigue puesto. Sigue revisando su teléfono cada treinta segundos, distraído. El olor de sus cigarrillos baratos flota hasta mí, haciéndome fruncir la nariz. Podría tener su arma antes de que se enterara de que me moví.

Guardia Tres apoyado en la viga: la única amenaza real. De hecho me observa aunque tiene el teléfono; lo usa de excusa mientras sus ojos vigilan la sala. Pero está demasiado cerca de esa viga. Hay un punto ciego justo detrás de él, si pudiera llegar ahí.

Tres rutas de escape aparecen de golpe en mi mente, cada una eficiente y letal. Incluso exhausta, incluso con este vacío que me consume por dentro, esa parte de mí nunca deja de calcular cómo sobrevivir.

Pero la mujer dentro del Arma no quiere sobrevivir.

¿Para qué escapar? ¿Ir a dónde?

La voz de Marco resuena en mi cabeza: —Lárgate de mi casa. El estrépito del cristal estrellándose contra la pared de su despacho todavía retumba en mis oídos. Mi hermano que me abrazaba tras las pesadillas, que sacrificó su juventud para criarnos, que piensa que soy cómplice de la muerte de nuestro padre. No se equivoca. El recuerdo de su rostro, el amor convirtiéndose en repulsión, me obliga a cerrar los ojos.

La casa junto al lago de Alexei ya no es hogar. No puede serlo, no cuando tendría que decirle la verdad. Que escogí a Mikhail por encima de mi propia sangre. Que cada muerte esa noche se remonta a mi silencio. Él está de luto por su madre, todavía desgarrado

después de mostrarme sus heridas. ¿Cómo decirle que yo soy el filo que corta a quien se acerca?

No hay adónde ir. Nadie que quisiera tenerme una vez que supiera todo.

Kaz quiere ejecutarme por crímenes contra los Volkov. Ni siquiera conoce el verdadero. Dejar morir a decenas de personas para proteger a un chico que igual murió. La sangre de mi padre en mis manos por amar a un ruso más que a mi propia familia.

La mujer piensa: tal vez esto es justicia.

El Arma piensa: cuarenta y cinco segundos para la libertad.

Gana la mujer.

Así que me quedo quieta, dejando que las ataduras se claven más hondo en mis muñecas, surcos rojos que dejarán cicatriz. Dejo de calcular salidas y empiezo a aceptar que quizá algunas personas merecen su final.

El Guardián Tres me observa, nota que no intento escapar y frunce el ceño, probablemente preguntándose por qué estoy tan quieta. Por qué la infame Sofia Rosetti, con vaya uno a saber cuántas bajas confirmadas, se sienta tranquila como un cordero rumbo al matadero.

Si tan solo supiera que el Arma grita por dentro, suplicando que la deje salir, que la deje sobrevivir como siempre lo ha hecho. Pero la encierro bajo recuerdos del último beso de despedida de mi padre, de decenas de familias destruidas por mi silencio.

Cierro los ojos y espero lo que venga.

Disparos.

Lejanos al principio, como fuegos artificiales o el escape de un auto. Luego más cerca, el golpe seco de armas automáticas haciéndome zumbar los oídos. Después gritos en ruso, chillidos, el sonido de cuerpos chocando contra el concreto.

Los guardias se ponen en alerta de inmediato, olvidándose de sus teléfonos. El radio estalla en conversaciones, pánico y confusión. Aun con el zumbido en mis oídos, capto fragmentos.

—¿Qué carajos—?

—¡Nos están atacando! La entrada este está—

—¿Cuántos son?

—¡Docenas! Están entrando por—

El radio se corta y solo queda estática. Guardián Tres ya tiene el arma afuera, apuntando a la puerta. Los otros dos corren a

posiciones, de repente profesionales. El aire ahora sabe a metal y miedo, la adrenalina ardiendo en mi lengua.

Ya lo sé. Incluso antes de que la puerta explote hacia adentro, la madera astillándose como si fueran fósforos, ya sé quién viene. El deseo se eleva, sin permiso—el calor invadiendo mi pecho, la respiración atascada.

Alexei.

Entra por el vano destrozado como algo bíblico, como violencia divina hecha carne. Nunca lo he visto así. Camisa blanca empapada de sangre —que no es suya—, un arma en cada mano, el rostro completamente vacío. No está enojado. No está desesperado. Solo vacío de todo menos de propósito.

Verlo, terrible y hermoso en su violencia, logra romper algo en mi pecho a pesar del entumecimiento.

El Guardián Dos cae primero. Un solo tiro, al centro, ni siquiera llegó a quitarle el seguro a su arma. El sonido intensifica el zumbido en mis oídos, todo se apaga como bajo el agua.

El Guardián Uno logra sacar su cuchillo. Alexei le dispara en el hombro, lo hace girar, luego se acerca y le quiebra el cuello con la mano libre. El chasquido resuena contra el concreto, y el Arma registra el movimiento con una apreciación profesional, aunque la mujer se estremezca.

El Guardián Tres realmente opone resistencia. Dispara dos veces, las balas silban muy cerca, astillas de concreto vuelan. Una me corta la mejilla, sangre tibia mezclándose con el frío. Alexei acorta la distancia y forcejean, el entrenamiento del guardia contra la furia de Alexei.

Huele a pólvora cuando pasan golpeándose junto a mi silla y, debajo de eso, increíblemente, ese perfume de ámbar y humo que hace que mi cuerpo recuerde cosas que no debería. No ahora, no aquí, no cuando él mata por una mujer que no lo merece.

Todo termina con las manos de Alexei alrededor del cuello del guardia, apretando hasta que algo se rompe. El guardia cae, retorciéndose.

Más hombres irrumpen detrás de él. Sus hombres, avanzando en formación, disparando a todo lo que se mueve. El almacén se llena de disparos y gritos. Alguien llora, suplica en ruso. Las palabras me recorren. Ruegos de piedad, promesas de lealtad, ofertas de

información. Alexei ya sabe que entiendo ruso. Ya no hay razón para fingir.

No me estremezco. No me agacho. El Arma quiere que me mueva, que busque cobertura, pero me quedo completamente inmóvil mientras la guerra estalla a mi alrededor. Una bala golpea el concreto a menos de un metro. Otra pasa silbando cerca de mi oído. El calor, el aire desplazado, hace que mi cabello se mueva.

Una parte de mí desea que la próxima me encuentre. Que resuelva el problema. Que lo termine todo.

—¡ALTO!

La voz de Kaz corta el caos desde arriba. Está en la pasarela, el arma apuntando directamente a mi cabeza.

Todo se congela.

—¡Un paso más y le vuelo la cabeza!

Alexei levanta la vista hacia su primo. La sangre gotea de sus manos al concreto. Sangre de otros hombres, derramada por mí. Su pecho sube y baja, pero su voz es firme, casi casual. Su calma resulta más aterradora que cualquier rabia.

—No lo harás.

—Inténtalo.

—Si fueras a dispararle, ya lo habrías hecho.— Alexei avanza un paso. El arma de Kaz tiembla apenas en su mano. —Querías un tribunal. Un espectáculo. Querías que yo viera cómo la mataban.

La mandíbula de Kaz se tensa.— Ella mató a Mikhail. Ella merece —

—Es MÍA.—

Las palabras retumban en el almacén, rebotando entre el metal y el concreto hasta llenar cada rincón. A pesar de todo, mi cuerpo responde. El calor se acumula en lo profundo, ese anhelo familiar incluso ahora, incluso aquí. Me odio por eso.

—Mía para castigar. Mía para juzgar. Mía para matar si así lo decido. NO tuya.

—La familia—

—YO SOY la familia.— La voz de Alexei desciende a ese tono que pone a rezar hasta a los hombres más rudos.— Soy el pakhan. Y acabas de cometer traición al tomar lo que me pertenece.

Las palabras posesivas no deberían afectarme. No deberían hacerme recordar sus manos en mí en la casa del lago, suaves y

reclamando lo suyo. Pero mi cuerpo no entiende de contexto, solo recuerda su roce.

El arma en la mano de Kaz vacila. Solo por un instante.

—Misha hubiera querido—

—No.— Alexei levanta su propia arma, el pulso firme a pesar de la sangre que le escurre por la empuñadura.— No te atrevas a hablar por mi hermano.

Uno de los hombres de Alexei ha ido acercándose por la pasarela. Se lanza sobre Kaz por detrás, el arma cae y resbala por el almacén. Luchan, pero ya está decidido. Más hombres suben las escaleras. Kaz cae gritando maldiciones en ruso, prometiendo venganza, prometiendo que Alexei se arrepentirá.

Alexei ni siquiera lo mira. Ya viene hacia mí, el corazón me late más fuerte con cada paso.

Corta mis ataduras con el cuchillo del guardia muerto. La hoja aún está tibia por la mano de su antiguo dueño. Las bridas de plástico caen, dejando surcos profundos que rezuman sangre. El Arma registra el daño. Días para sanar, posible afectación de nervios. A la mujer no le importa.

No me muevo. No puedo moverme. No puedo mirarlo.

Respira agitado. Sangre por todas partes. En sus manos, su rostro, salpicando la camisa blanca que estaba limpia esta mañana cuando me preparó el desayuno en la casa del lago, cuando me besó como si fuera algo valioso. Sangre de otros hombres, pintada en él como pintura de guerra. El olor a cobre se mezcla con su loción, violencia y ternura compartiendo la misma piel.

—¿Estás herida?

—No.

Sus dedos ensangrentados sujetan mi barbilla, obligando mi rostro hacia arriba. Me hace encontrarme con esos ojos pálidos. La tibia humedad de la sangre se transfiere a mi piel, marcándome.

Espero sentir alivio. Tal vez ternura. Ese hombre dulce que sollozó en mis brazos hablando de su madre, que me enseñó a cuidar un bonsái con infinita paciencia, cuyas manos temblaron cuando me habló sobre convertirse en su padre.

Pero, en cambio: pura furia.

—Corriste.

La palabra se rompe entre nosotros como un latigazo.

—Alexei—

—Corriste al maldito bosque. Sin decir ni una palabra.

—Tenía que—

—¿Tenías que qué? —Su agarre se vuelve más fuerte, y siento sabor a cobre donde mis dientes cortaron el interior de mi mejilla—. ¿Ir con Marco? ¿Elegir a tu familia en vez de a mí? ¿Otra vez?

Me estremezco. La palabra "otra vez" duele porque ni siquiera sabe lo equivocado que está. No sabe sobre la primera vez que elegí a su familia sobre la mía, agua antes que sangre, y por eso murieron todos.

—Me rompí por ti. —Su voz se quiebra en las palabras, y escuchar su dolor duele más que cualquier golpe físico—. Te mostré cosas que jamás le he mostrado a nadie. Te hablé de mi padre, de mi madre. Lloré en tus brazos como un niño. Y corriste.

—Lo sé.

—¿Por qué?

La palabra pesa entre nosotros, tan densa como los hombres muertos enfriándose sobre el concreto. Las palabras se amontonan en mi garganta como vidrios rotos. Elegí a Mikhail antes que a mi padre. Dejé que todas esas personas murieran. Yo soy la causa de todo.

Pero vuelvo a ver la cara de Marco, cómo el amor se convirtió en desprecio en sus ojos. No puedo soportar ver que eso le pase a Alexei. No puedo perderlo también, aunque ya lo haya perdido al huir.

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres?

—Solo… no puedo explicarlo. No ahora. No así. —No cuando estás cubierto de la sangre que derramaste por mí. No cuando me miras como si ya hubiese roto tu corazón.

Suelta mi barbilla. Da un paso atrás. Y la expresión en sus ojos, como si yo hubiera roto algo que no se puede reparar, como si le hubiera confirmado todas las dudas que alguna vez tuvo sobre confiar en alguien.

La distancia entre nosotros se siente infinita. Un metro, pero podría ser un océano. Este hombre mató a los suyos para llegar hasta mí, está cubierto con su sangre, y todo lo que le he dado a cambio es silencio.

Se vuelve hacia sus hombres, su voz adoptando ese tono de mando. Da órdenes cortantes en ruso y en inglés. Kaz debe ser asegurado, no matado. Los sobrevivientes, desarmados. Que se

encarguen de los cuerpos. Que limpien todo antes de que llegue la policía.

Profesional. Eficiente. Frío.

Cuando vuelve a mirarme, la furia se ha enfriado en algo peor: nada. Solo vacío donde hace unas horas había tanto calor que podía consumirnos a los dos.

—¿Puedes caminar?

—Sí.

—Entonces, camina.

Eso es todo. No extiende una mano. No me rodea la cintura con el brazo. No se asegura de que realmente esté bien a pesar de mi respuesta. Solo da la vuelta y camina, esperando que lo siga.

Y lo hago. Con piernas temblorosas que recuerdan envolverse alrededor de su cintura, avanzando entre cuerpos aún calientes, su sangre mezclándose con la suciedad industrial. Uno de ellos gime cuando paso. Sigue vivo. Los hombres de Alexei se encargarán de él.

Detrás de nosotros, Kaz grita mientras lo arrastran.—¡Ella es veneno! ¡Te va a destruir! ¡Ya verás! ¡Va a quemar todo lo que toques!

Alexei no responde. Ni siquiera mira atrás. Solo sigue caminando y yo lo sigo porque no tengo adónde más ir.

El aire nocturno golpea frío cuando salimos del almacén, haciéndome temblar después de ese interior calentado con adrenalina. El auto espera afuera, el motor encendido. Subo porque ¿qué otra cosa me queda? Los asientos de cuero están impecables, sin rastro de la violencia de adentro. Solo Alexei y yo y el silencio entre los dos, tan denso como un muro físico.

Sus manos sobre el volante siguen sangrientas, dejando huellas color óxido en el cuero. Maneja por las calles de Chicago mientras la gente normal vive vidas normales, sin idea de lo que acaba de suceder en ese almacén. A través de las ventanas polarizadas, veo parejas tomadas de la mano, familias saliendo de cenas tardías, un mundo que sigue girando aunque el mío se haya detenido.

Me salvó la vida. Mató por mí. Trajo a sus hombres a la guerra contra su propio primo por mí.

Y yo no siento nada. Ni alivio. Ni gratitud. Ni un destello de amor o ternura. Solo este vacío que me está devorando por dentro desde que recordé la verdad.

Excepto que eso es una mentira. Lo siento junto a mí, cada respiro, cada mínimo movimiento. Mi cuerpo registra el espacio entre nosotros, quiere cerrarlo aunque mi mente sabe que no puedo. En la casa del lago me abrazó mientras dormía, susurró dulzuras en ruso contra mi cabello. Ahora ni siquiera me mira. El vaivén me oprime el pecho.

Las palabras se amontonan en mi garganta mientras manejamos. Elegí a Mikhail antes que a mi padre. Pero me trago la verdad como vidrios rotos y dejo que me corte por dentro.

Su teléfono vibra. Lo ignora. Vibra otra vez. Y otra vez. Lo apaga con un solo movimiento brusco que me hace estremecer.

—Pudiste haberte quedado con ellos. —Su voz rompe el silencio, plana y sin emoción—. Marco. Tu familia. Pudiste haberte quedado.

—Él no me quiere.

—¿Y yo sí? —Hay algo punzante en la pregunta, un dolor disfrazado de enojo—. ¿Después de que huiste? ¿Después de que los elegiste a ellos?

No tengo una respuesta que tenga sentido. No puedo explicar que volví no por él, sino porque no tenía a dónde más ir. Que estoy aquí porque la alternativa era morir en ese almacén, y alguna parte estúpida de mí, probablemente el Arma, todavía quiere vivir aunque no lo merezco.

—¿Por qué viniste por mí? —pregunto en su lugar.

—Porque eres mía. —Simple. Plano. Como quien habla del clima —. Alguien tomó lo que era mío.

No porque me ame. No porque estuviera preocupado. Sino porque soy una posesión que alguien le arrebató.

Su mano ensangrentada toma la palanca de velocidades y recuerdo esos mismos dedos en mi interior, haciéndome olvidar hasta mi propio nombre. Ahora han matado por mí. La contradicción, violencia y ternura en las mismas manos, me oprime el pecho. Odio que mi cuerpo aún quiera que me toque, incluso cubierto de sangre, incluso cuando apenas puede mirarme.

Quizás ser su posesión es todo lo que merezco ser.

27 - Sofia

El asiento de cuero debajo de mí podría estar hecho de vidrios rotos por toda la comodidad que me ofrece. Diez minutos manejando en silencio, las manos ensangrentadas de Alexei aferradas al volante mientras yo miro la nada a través de las ventanas polarizadas. Chicago se desliza a mi lado en un desfile borroso de farolas y sombras, y no puedo obligarme a hablar. No puedo mirarlo. No puedo hacer nada más que existir.

El olor a pólvora se pega a él, mezclándose con esa colonia que aún hace que mi maldito cuerpo reaccione. Incluso ahora, ahogándome en culpa, el calor se enrosca bajo en mi vientre. Me odio por seguir deseándolo cuando estoy destruyendo todo lo que hay entre nosotros.

Él me salvó. Mató a sus propios hombres para llegar hasta mí. Y todo lo que le he dado a cambio es este silencio asfixiante.

Una SUV nos cierra el paso sin advertencia.

Negra, sin placas, bloqueando completamente el camino. Alexei frena de golpe, los neumáticos chillan contra el asfalto. Mi cuerpo se lanza hacia adelante, el cinturón cortándome el pecho, pero apenas lo siento por el entumecimiento.

Dos figuras bajan de la SUV. Al principio sólo son siluetas en los faros, pero los reconozco antes de verles los rostros. Su forma de moverse: uno con precisión militar, el otro con esa gracia silenciosa que dice más que las palabras.

Nico. Dante.

La mano de Alexei va hacia su pistola.

—No lo hagas.— Mi voz sale ronca, la primera palabra que digo desde el almacén. —Son mis hermanos.—

Alexei saca su arma de todos modos y sale del auto en un solo movimiento fluido. La puerta se azota con tanta fuerza que el eco rebota en los edificios vacíos a nuestro alrededor. Un enfrentamiento perfecto, tres hombres esperando a que alguien dé el primer paso.

¿Cómo nos encontraron? La pregunta flota en mi mente pero no puedo asirla, no me importa. Tal vez hayan estado vigilando la zona de los almacenes. Tal vez tienen contactos que vieron el tiroteo. Tal vez no importa. Las notas de la Arma aparecen automáticamente: doce pies hasta el arma de Nico, ocho hasta la de Dante. Tres segundos para desarmar a cualquiera. Pero la mujer en mí solo quiere colapsar.

Nico y Dante están armados pero sin apuntar, un pulso perfecto donde todos esperan que otro tome la iniciativa.

—¿Cómo supieron dónde encontrarnos?— La voz de Alexei es plana, controlada, pero escucho el filo debajo.

No respondo porque no sé. No me importa.

Nico camina hacia el auto con las manos a la vista pero listo, ese equilibrio cuidadoso entre no ser una amenaza y estar preparado para la guerra. El aroma de su chicle de canela me llega incluso con la ventana cerrada. Dejó de fumar hace años pero nunca superó la fijación oral. Dante permanece atrás, observando todo con esos ojos oscuros que no se pierden nada. Siempre viendo, siempre entendiendo más de lo que nadie quisiera.

Nico se detiene junto a mi ventana y me mira a través del cristal. Sus ojos color avellana recorren mi rostro, notando la sangre en mi mejilla desde antes, la expresión vacía que llevo. Veo el instante en que lo entiende. Marco debió llamarlo. Contarle lo que confesé. La culpa se instala como vidrios rotos en mi garganta, cortándome cada trago, cada respiración.

Pero en su rostro no hay asco. Solo una pena tan profunda que me duele en el pecho.

Alexei se posiciona entre su vehículo y Dante. Tres asesinos en una calle oscura, y me rompe el corazón saber que soy la razón por la que pueden destruirse entre ellos.

—Nos la llevamos a casa,— dice Nico, su voz tiene ese filo de sus días militares. Ese tono que significa que negociar es opcional, pero obedecer no.

—Ella YA está en casa.— Las palabras de Alexei salen como balas. —Está conmigo.—

Incluso así, destruida y cubierta de sangre, mi cuerpo reacciona a su reclamo. El matiz posesivo en su voz provoca humedad entre mis piernas, y me odio por ello. ¿Cómo puedo seguir deseándolo después de haber destrozado lo que había entre nosotros?

Las manos de Dante se mueven en signos rápidos y precisos. Nico traduce sin apartar la vista de Alexei: —No parece que ella quiera estar contigo.—

No es una acusación. Es solo la verdad, dicha con esa marca personal de Dante para atravesar todas las mentiras. Porque estoy sentada en este auto como un cadáver, incapaz de mirar a nadie, incapaz de querer nada más que esto termine.

—La secuestraste,— continúa Nico, dando un paso más cerca. —La tuviste como prisionera. Ahora la arrastras a una guerra con tu propia familia.—

—Acabo de salvarle la vida.— La voz de Alexei baja a ese registro que hace que mi cuerpo se tense de placer. —Maté a mis propios hombres para sacarla de las manos de mi primo.—

—Tu primo. Tu desastre.— La mandíbula de Nico se tensa. —Esos juegos retorcidos de tu familia que la siguen arrastrando.—

—¿Y dónde estaba SU familia cuando mi primo se la llevó de la calle?— Las palabras azotan como un látigo. —¿Dónde estaban cuando ella necesitaba protección? ¿Dónde estaba Marco?—

Nico se estremece. Sabe que hay algo más allá de esto, algo que no está bien. El silencio que sigue pesa con todo lo que no decimos. Las palabras de Marco resuenan en mi memoria: *Vete*. Ahora estoy dejando otro hogar, otro hombre que no me querrá una vez que sepa la verdad.

—Nueve años de verdad entre nosotros, Sof —dice Nico en voz baja, y el dolor personal en su voz me atraviesa—. Nueve años. ¿Y elegiste romper eso por él?

Dante se adelanta con esa autoridad silenciosa que lleva consigo, la clase de presencia que hace que todos se detengan y escuchen aunque él no diga una sola palabra. Su sola presencia cambia la dinámica, convierte esto de un enfrentamiento en algo distinto.

Me hace señas a través de la ventana, movimientos suaves pero firmes. Nico no traduce esta vez. Estas palabras son solo para mí. *¿Qué quieres, hermanita? ¿Quieres irte con él o venirte con nosotros?*

La pregunta queda flotando en el aire como una cuchilla. ¿Qué quiero? Debería querer a Alexei. Debería querer al hombre que acaba de destruir a su propia familia por mí. Pero no puedo mirarlo. No puedo enfrentar lo que he hecho, lo que escondo. La verdad sobre

Mikhail se asienta como veneno en mi garganta, y cada vez que trago siento el sabor metálico de la sangre.

Y Nico, quien me entrenó, quien me hizo prometer que nunca mentiría, quien me mantuvo entera cuando me estaba desmoronando. Está aquí. Incluso sabiendo que algo terrible ocurrió, vino.

Abro la puerta del auto. El sonido es demasiado fuerte en el silencio tenso, el metal crujiendo. Mis piernas tiemblan al bajarme, mis zapatos son opacos contra el asfalto frío. Mis pies siguen sangrando por mi huida en el bosque, y cada paso me envía dolor hasta las piernas. El suelo áspero me hace perder el equilibrio, y tengo que concentrarme para mantenerme en pie.

El viento golpea mis piernas desnudas, y recuerdo sus manos allí hace apenas unas horas en la casa del lago. Mi cuerpo me traiciona, respondiendo a los recuerdos mientras mi corazón se rompe. Mi piel anhela su tacto aunque me obligue a permanecer de pie.

—Sofia. —La voz de Alexei se quiebra al decir mi nombre, y su respiración cambia. Puedo oírla, áspera e irregular, como si estuviera luchando por controlarse.

Casi lo busco. Mi mano incluso se mueve antes de que logre detenerme, mis dedos cerrándose en un puño. El Arma susurra que podría acabar esto de tres maneras distintas, pero la mujer dentro de mí apenas puede mantenerse en pie.

Sigo sin poder mirarlo.—Necesito irme con ellos.

—¿Por qué? —La sola palabra encierra tanto: confusión, traición, una necesidad desesperada de entender.

—Porque no puedo explicártelo. —Las palabras saben a ceniza, y estoy conteniendo las lágrimas con tanta fuerza que la garganta me arde.—Todavía no. Tal vez nunca.

—Eso no es una respuesta.

—Es todo lo que tengo.

Estoy eligiendo a mis hermanos. La última vez elegí el amor equivocado, el bando equivocado, la lealtad equivocada. No puedo volver a hacerlo.

Espero rabia. Espero que me agarre, que me recuerde que soy suya, que me pertenece de maneras que van más allá de la posesión. Pero, en vez de eso, obtengo algo mucho peor.

Dolor. Un dolor crudo, sangrante, que finalmente me obliga a mirarlo.

Su rostro sigue salpicado con sangre de otros hombres, la camisa blanca arruinada sin remedio. El olor a pólvora es más fuerte ahora, mezclado con sudor y violencia. Pero son sus ojos los que me destruyen. Pálidos y destrozados, mirándome como si le hubiera arrancado algo esencial del pecho.

—Estás dejándome. —No es una pregunta. Es una afirmación que suena a sentencia de muerte.

—Te estoy dando tiempo para que te des cuenta de que no deberías quererme.

—Yo siempre…

—No. —Mi voz se quiebra. —No digas algo de lo que no puedas retractarte.

Porque si dice que siempre me querrá, que siempre me amará, quizá no encuentre la fuerza para irme. Quizá confiese todo aquí mismo en esta calle oscura y vea cómo la última persona que importa se aleja con asco. Mi cuerpo grita por correr de regreso a él, dejar que me abrace mientras le confieso todo, pero me obligo a mantenerme firme.

El silencio se extiende entre nosotros, cargado con todo lo que no podemos decir. Sus manos se abren y se cierran a sus costados, y puedo ver que pelea contra cada instinto que le dice que debe retenerme.

Dante avanza, y ahora le hace señas directamente a Alexei. Los movimientos son simples, lo bastante claros para que incluso alguien que no conoce el lenguaje de señas pueda entender el significado. De todos modos, Nico traduce en voz baja:—La amas.

No es una pregunta.

—Por eso la vas a dejar ir —continúa Dante a través de la traducción de Nico.

—¿Y si no lo hago? —La voz de Alexei es violencia apenas contenida.

—Entonces averiguaremos cuántas personas más tienen que morir esta noche. —Nico entrega las palabras de Dante con una calma perfecta, pero su mano descansa sobre su arma.

La tensión se enrosca entre los edificios como electricidad. Un solo movimiento de Alexei y esta calle se convierte en un baño de sangre. El enfrentamiento se mantiene durante tres latidos, cuatro, cinco. Puedo oír la respiración de Alexei, dura y entrecortada, el sonido de un hombre en guerra consigo mismo.

Entonces Alexei da un paso atrás. Uno. Luego otro.

—Vete. —La palabra sale áspera, rota—. Antes de que cambie de opinión.

—Alexei…

—VETE.

Camino hacia la SUV de mis hermanos, cada paso se siente como si muriera. Como si dejara pedazos de mí en el asfalto entre nosotros. Mis zapatos resuenan contra el concreto, el sonido demasiado fuerte en el silencio, marcando mi camino lejos de él. El brazo de Nico me rodea, sosteniéndome cuando mis rodillas amenazan con doblarse. Su aroma familiar a canela debería reconfortarme, pero solo me recuerda todo lo que he traicionado. Dante abre la puerta trasera y subo, mi cuerpo moviéndose en piloto automático.

Miro atrás una vez. Solo una vez.

Alexei está solo en la calle, la sangre aún en su rostro, en sus manos. Sangre de otros hombres, derramada por mí. La luz de la calle lo envuelve en sombras duras, hace que parezca sacado de una pesadilla o un cuento de hadas oscuro. El príncipe que rescató a la princesa solo para verla elegir irse de todos modos.

Él me salvó y yo lo estoy dejando atrás, igual que abandoné la verdad sobre la muerte de mi padre, igual que abandono todo lo que importa cuando se vuelve demasiado difícil de enfrentar.

La imagen se graba a fuego en mi memoria. Él allí, destruido y solo, viéndome irme. Se suma a todas las otras imágenes que nunca podré olvidar. La última sonrisa de mi papá. Mikhail enseñándome ruso. Marco diciéndome que me fuera.

Ahora esto. Alexei dejándome ir porque me ama demasiado como para obligarme a quedarme.

La SUV arranca y lo veo desaparecer en el espejo lateral hasta que la calle lo engulle por completo. Nico se sienta a mi lado en la parte de atrás mientras Dante maneja; su presencia sólida y familiar, aunque todo lo demás parece desmoronarse.

El silencio dura exactamente tres cuadras antes de que Nico hable.

—Marco nos contó lo que pasó. Lo que confesaste.

Cierro los ojos, saboreando la sal de unas lágrimas que no pienso dejar caer. —Y vinieron de todas formas.

—Eres nuestra hermana.

—No lo merezco…

—Basta. —Su voz se endurece, pero de inmediato se suaviza—. Lo vamos a resolver. Pero no esta noche. Esta noche solo descansa.

Las manos de Dante se mueven, haciendo señas en el retrovisor donde puedo ver: "Tenías quince años."

—Eso no justifica…

Más señas: "No justifica nada. Pero lo explica todo."

Quince años. Una niña enamorada de un chico que le pidió guardar un secreto. Una chica que pensó que un día podía hacer la diferencia. Que creyó que podía tener las dos cosas: cumplir su promesa a Mikhail y salvar también a su padre. Que estaba equivocada en todo.

No tengo energía para discutir. No tengo fuerzas para explicar que ser joven no me hace menos culpable. Buenos hombres murieron porque me quedé callada. Mi papá me besó para despedirse y yo lo dejé ir. La culpa se queda como vidrios rotos en mi pecho, cortando con cada latido.

Nico quita una mano del volante y la extiende hacia atrás para apretar mi rodilla. —Te tenemos, Sof.

Quiero creerle. Quiero creer que queda algo por salvar, alguna parte de mí que no esté envenenada por lo que he hecho. Pero lo único en lo que pienso es en la estela de destrucción que dejo a mi paso.

Mikhail, muerto porque lo quise lo suficiente como para guardar su secreto.

Papá, muerto porque guardé ese secreto demasiado bien.

Marco, destrozado porque su hermanita eligió a un ruso por encima de su propia sangre.

Y ahora Alexei, de pie en una calle oscura, cubierto de sangre que derramó por alguien que ni siquiera puede decirle la verdad. Incluso ahora, a kilómetros de distancia, mi cuerpo lo extraña. El recuerdo de sus manos, su boca, la forma en que me miraba como si yo valiera la pena quemar el mundo por mí.

Rompo a todos los que toco. Quizá Kaz tenía razón. Soy veneno, destruyendo todo lo bueno que se me acerca demasiado.

Chicago pasa por las ventanas. Gente normal viviendo vidas normales, completamente ajena a que hay decisiones que no tienen vuelta atrás. Hay traiciones que cortan demasiado profundo para sanar. Hay verdades que son demasiado terribles para decirse en voz alta.

Atrás, en algún lugar de la noche, probablemente Alexei sigue ahí. O tal vez ya maneja rumbo a algún escondite, lavándose de las manos mi ausencia junto con la sangre. Todavía puedo olerlo en mi piel. Pólvora y ámbar, violencia y ternura mezcladas.

Me pregunto si me va a perdonar cuando se entere de la verdad.

Me pregunto si alguna vez voy a poder perdonarme.

Ya conozco la respuesta a ambas.

28 - Alexei

Me quedo parado en esa calle vacía durante dieciocho minutos después de que su SUV desaparece. Cuento cada uno. El camino de regreso al complejo se estira como una herida.

El complejo se ve mal sin ella.

Entro por las puertas con sangre secándose bajo mis uñas, el asiento del pasajero vacío burlándose de mí. El cuero todavía conserva el fantasma de su calor de hace treinta minutos, cuando eligió a sus hermanos en vez de a mí. Otra vez.

El caos me recibe adentro. Hombres eligiendo bandos tras la guerra civil, algunos leales a mí, otros a lo que la bratva debería ser. Camino entre ellos como si ya estuviera muerto, dando órdenes que ni siquiera escucho salir de mi boca. Boris necesita atención médica. El equipo de Pavel requiere nuevas asignaciones. El almacén debe limpiarse antes del amanecer.

Nada de eso importa.

Mis aposentos se alzan al final del pasillo. Me detengo en el umbral, incapaz de entrar, incapaz de alejarme. Su aroma se asoma, ese perfume floral mezclado con algo únicamente suyo. Las sábanas donde nos enredamos hace tan poco aún tienen la huella de su cuerpo.

Sirvo vodka con manos que no dejan de temblar. El vaso permanece intacto sobre la mesa auxiliar mientras yo sigo congelado en la puerta. Ella me dejó. Después de que maté por ella en ese almacén. Después de que la elegí a ella antes que a mi propia sangre.

Las mitades del brazalete pesan en mi bolsillo. Las saco, observando la plata deslustrada bajo la luz de la lámpara. Dos mitades de un corazón. El suyo y... Cristo, tiene que ser el de Mikhail. ¿Qué más la habría hecho salir corriendo de la casa del lago como si su mundo se hubiera hecho pedazos?

Encontró esto en la habitación de él. Encontró algo que la rompió tan completamente que ni siquiera pudo mirarme. Y ahora ya no

está, llevándose sus secretos, dejándome solo con preguntas y el sabor de su ausencia.

Mi madre ya no está. Mikhail se fue hace once años. Todo lo que me queda son los secretos de un muerto y dos mitades de un corazón roto.

El estudio de Viktor no ha sido tocado desde que murió. La puerta rechina al abrirse, liberando el olor a polvo, cuero y habanos cubanos. He evitado este cuarto, este santuario al peculiar tipo de crueldad de mi padre.

Esta noche no me queda nada que evitar.

Su escritorio reposa como un monumento al mal organizado. Cada papel en su lugar, cada carpeta etiquetada con su letra precisa. Nunca las revisé. No podía enfrentar qué brutalidades podían estar documentadas allí. Pero ella huyó de algo en la habitación de Mikhail, algo conectado a esas mitades de brazalete, y si hay respuestas en algún lugar, es aquí.

Comienzo con los archivos obvios. Enemigos. Aliados. Disputas territoriales. Nada sobre los Rosetti que no sepa ya. Mis manos dejan huellas sangrientas en los folders manila, marcando el legado de mi padre con la evidencia de la violencia de esta noche.

El cajón con llave se burla de mí desde debajo del escritorio. Por supuesto que hay un cajón con llave. A Viktor siempre le encantaron sus secretos. Tomo un abrecartas y hago palanca hasta que la madera se astilla, hasta que la cerradura cede con un crujido que suena a huesos rompiéndose.

Adentro: una carpeta. Sin marcar. Lo bastante gruesa para guardar años de secretos.

La primera foto me corta el aliento. Mikhail en un jardín, joven, vivo y sonriéndole a alguien fuera del cuadro. La fecha en la esquina: hace once años, tres meses antes de la masacre. Paso a la siguiente foto y la sangre se me vuelve hielo.

Una chica. Rubia. Quince, quizá dieciséis años. Riendo por algo que Mikhail dice, su mano tocando su brazo con una intimidad natural.

Sofia.

Me tiemblan las manos mientras esparzo las fotos de vigilancia sobre el escritorio de Viktor. Docenas de ellas. Mikhail y Sofia reuniéndose en jardines secretos, tomados de la mano, él

enseñándole algo de un libro. En una, ella lleva media parte de un corazón colgando en una cadena alrededor de su cuello.

Tomo el siguiente documento, buscando pruebas de que todo esto es un error.

El memo está escrito a máquina en el membrete personal de Viktor, fechado dos días antes de la masacre:

—M se ha visto comprometido. El apego emocional a la chica Rosetti representa una vulnerabilidad operativa. Opciones: (1) Eliminar a la chica. (2) Redirigir la lealtad de M por métodos tradicionales. (3) Permitir que la situación se resuelva de forma natural. Recomendación: Opción 3. Es probable que M asista a la reunión para advertir a los Rosetti. Daño colateral aceptable para un éxito operacional mayor.—

Mi visión se estrecha al leer "daño colateral aceptable." Las palabras se mezclan, se enfocan, vuelven a desvanecerse. Un sabor metálico me llena la boca, una rabia tan pura que tiene sabor propio.

Daño colateral aceptable. Mi hermano. Mi padre escribió esas palabras sobre su propio hijo.

Los registros de seguridad siguen, letras de Viktor en los márgenes. —Ordené al equipo del perímetro retirarse 20:00–02:00. M salió 20:42.— La sangre de mis nudillos cortados gotea sobre el memo, marcando el cálculo de Viktor con la violencia de esta noche. Pudo haberlo detenido. Pudo haber evitado que entrara en esa carnicería. Viktor eligió dejarlo ir.

Me tiemblan las manos con tanta violencia que apenas puedo pasar las páginas. El sudor frío hace que la camisa se me pegue a la espalda, mientras cada documento construye la verdad como una torre de huesos. Viktor rastreando los movimientos de Mikhail. Viktor leyendo cartas interceptadas donde Mikhail escribía sobre advertir a la familia Rosetti. Viktor calculando la probabilidad de la muerte de su hijo y encontrándola aceptable.

La carta está al fondo, nunca enviada, con la letra de Viktor. El papel tiembla entre mis manos, crujiendo cuando aprieto el puño:

—Alexei, si estás leyendo esto, estoy muerto y encontraste lo que mantuve oculto. Sí, sabía sobre Mikhail y la chica. Sí, lo dejé ir esa noche. Era débil, sentimental, incapaz de liderar la bratva hacia el futuro. Siempre fuiste el más fuerte, el que podía hacer lo que debía hacerse. La muerte de Mikhail te hizo pakhan. Te endureció hasta convertirte en el arma que nuestra familia necesitaba. Todo gran

líder se forja en la pérdida. Considera su sacrificio como mi último regalo para ti. De nada. V

De nada.

Por dejar morir a mi hermano. Por orquestar su muerte. Por usar su sangre para convertir a este que soy.

El grito me rompe la garganta antes de que siquiera lo note, animal, sin palabras, once años de duelo transformados en rabia. Agarro el escritorio de Viktor y lo lanzo contra la pared. Los papeles explotan por todo el cuarto como aves blancas huyendo. La madera se astilla, los cajones esparcen secretos sobre las alfombras persas.

Destruyo todo lo que alcanzo. La silla de cuero va directo por la ventana. Los libros llueven de los estantes como una sentencia. Cada foto, cada recuerdo, cada huella de la existencia de Viktor queda hecha pedazos por mis manos.

El olor áspero de mi propio sudor se mezcla con el polvo. Los papeles se rompen bajo mis dedos, el sonido como uñas sobre un pizarrón, como promesas muriendo.

Cuando al fin la rabia se vacía, estoy de rodillas en medio de los escombros, todavía con esa carta en la mano.

Ella guardó el secreto de Mikhail para protegerlo de Viktor, el verdadero monstruo que de todas formas ya planeaba su muerte. Dios. Estaba tratando de salvarlo del padre que ya lo había dado por perdido como una baja aceptable.

El teléfono ya está en mi mano antes de pensarlo.

—¿Alexei?—la voz de Katya desde Moscú—. ¿Qué pasa? ¿Por qué llamas tan tarde?

—Él mató a Misha.

Silencio. Luego: —¿Qué?

Le cuento todo. Las fotos. La nota donde llaman a nuestro hermano “daño colateral aceptable”. Los registros de seguridad que muestran que Viktor lo dejó caminar hacia su muerte. La carta dándome las gracias por convertirme en el monstruo que nuestro padre siempre quiso.

Katya ya está llorando cuando termino, ese sonido horrible al descubrir que toda tu vida era una mentira.

—Estás mintiendo. Dime que mientes, Alexei.

—Tengo su carta. Es su letra. Escribió ‘De nada’, Katya. Como si la muerte de Misha fuera un regalo.

Una larga pausa. Solo su respiración, entrecortada y rota. Después: —Me alegra que mamá muriera sin saberlo. Eso la habría matado otra vez.

—Quémala —dice Katya, con voz dura como el invierno en Moscú —. Quema cada palabra que ese desgraciado escribió. Quema su estudio si es necesario.

Así que lo hago. La chimenea ruge mientras le entrego años de mentiras. Las fotos se enrollan y ennegrecen, el olor agrio de los químicos quemados llena la habitación. Guardo solo las pruebas. Todo lo demás se convierte en humo.

El amanecer se cuela por las ventanas, pintando el estudio destruido en tonos dorados y sombras. Me paro entre las cenizas de los secretos de mi padre, la verdad comiéndome por dentro como ácido.

Viktor orquestó todo: la muerte de Mikhail, mi transformación en pakhan, la destrucción de Sofia. Incluso desde la tumba, ese desgraciado seguía moviendo nuestros hilos.

Mi mujer está allá fuera, ahogándose en la culpa por los pecados de mi padre. Es mía para protegerla, mía para sanar, y la dejé ir pensando que era veneno cuando solo era una chica queriendo salvar al chico que amaba.

Incluso ahora, destruido por la verdad, sigo su rastro como un adicto. La necesidad de encontrarla arde por encima de todo: la rabia, el dolor, la horrible comprensión de lo que era mi padre.

La confesión me golpea mientras estoy en los escombros: la amo. No solo la deseo, no solo la necesito. La amo con esa desesperación que hace a los hombres quemar el mundo. Y ella está allá fuera pensando que merece todo el dolor que el universo pueda darle.

Viktor me quitó a mi hermano. No va a quitarme también a mi mujer.

Dejo el fantasma de Viktor entre las cenizas, donde pertenece.

Pero yo estoy vivo. Ella está viva. Y quemaré el cielo y el infierno antes de dejar que su veneno la destruya un día más.

Voy a grabar la verdad en cualquiera que intente impedir que la alcance.

La amo. Ella va a saber la verdad. Y entonces, que Dios me ayude, jamás voy a dejarla ir de nuevo.

29 - Sofia

Me escondo entre las paredes rosadas de mi cuarto de la infancia, mientras me provocan con su inocencia. Apenas he puesto un pie aquí desde la noche de la masacre; he preferido dormir en el pasillo. Pero aquí estoy.

Los carteles de ballet me observan desde donde los pegué cuando tenía doce años, bailarinas congeladas en posiciones perfectas que ya nunca podré lograr. Este santuario a la niña que no sabía que destruiría todo ahora se siente como una tumba. Tengo la garganta tan apretada que tengo que obligar a pasar cada respiración sobre el dolor que se ha alojado ahí como vidrios rotos. Las manos no dejan de temblarme desde que Marco me dijo que me fuera.

La bandeja que Nico trajo esta mañana sigue intacta en mi viejo escritorio. Pan tostado y frío, café con una película en la superficie. El aroma me revuelve el estómago. ¿Cómo puedo comer cuando la última comida de mi papá fue interrumpida por balas que pude haber evitado?

Reviso mi celular otra vez. Nada de Marco. Su silencio resuena más fuerte que cualquier acusación.

Un golpe. Firme, decidido. Nico otra vez.

—Reunión familiar —dice desde el otro lado de la puerta, su voz con ese filo militar—. Abajo. Ahora.

No me muevo de donde estoy acurrucada en la estrecha cama, con las rodillas al pecho, todavía con la misma ropa desgastada con la que llegué. El algodón se pega a mi piel húmeda de sudor y lágrimas secas. —No tengo hambre.

—No se trata de comida, y no es negociable. Reunión familiar. Ahora.

Algo en su tono me obliga a mirar hacia arriba. Este no es el Nico tierno que suele checar cómo estoy. Este es el soldado dando órdenes.

—¿Marco? —pregunto, ya sabiendo la respuesta, la palabra raspando mi garganta herida.

Una pausa que lo dice todo. —Él no va a venir.

Las palabras caen en mi pecho como piedras, cada una pesando más que la anterior hasta que apenas puedo respirar. Mi hermano mayor, el que nos crió a todos después de que papá murió, el que mantuvo unida a esta familia solo por fuerza de voluntad, ahora se niega a estar en la misma habitación que yo.

—Cinco minutos. No me obligues a cargarte —dice Nico.

Escucho sus pasos alejarse. Me descruzo lentamente, las articulaciones protestando por haber estado tanto tiempo en la misma posición. El espejo en mi antiguo tocador me muestra un fantasma: ojos huecos, cabello enredado, el aspecto general de alguien que se está ahogando en culpa. El fantasma de las manos de Alexei sigue ardiendo en mi piel. Mi cuerpo lo recuerda, aunque mi corazón esté demasiado roto para importarle.

Bajar las escaleras se siente como acercarme a mi ejecución. Cada peldaño de esta escalera familiar me devuelve mil recuerdos de bajar corriendo de niña, retando a Alessandro para ver quién llegaba primero al desayuno, deslizándome por el pasamanos hasta que María nos descubría. El mármol está frío bajo mis pies descalzos, cada paso me recorre una corriente por las piernas. Ahora bajo como una condenada, con el frío metiéndoseme en los huesos.

La puerta de la sala familiar está abierta. Me detengo en el umbral, observando la escena que me hace encoger el estómago. El aroma a cuero y barniz de madera que usualmente me consuela, hoy me asfixia.

Dante está junto a la ventana, tan inmóvil como siempre, la luz de la tarde dibujando su perfil con nitidez. El olor a cigarro se aferra a su ropa, más fuerte de lo habitual, como si no hubiera dejado de fumar en todo el día. Hay algo en su postura que habla de decisiones tomadas. Luca camina de un lado a otro contra la pared del fondo, como una fiera enjaulada, su habitual gracia perezosa cambiada por una violencia apenas contenida. Cada pocos segundos su mano se mueve hacia donde guarda sus cuchillos. Alessandro está sentado en el sofá de cuero, mirando sus manos, incapaz o sin deseos de mirarme al entrar.

Y ahí, en la cabecera de la mesa donde ha estado los últimos once años, la silla de Marco está vacía.

La ausencia es más ruidosa que cualquier acusación. Esa silla nunca había quedado vacía durante una reunión familiar. Ni una sola

vez desde que papá murió. Incluso cuando Marco fue herido de bala, él estuvo ahí, sangrando sobre las vendas pero presente. Ahora está deshabitada, como un monumento a mi traición.

Nico me conduce hasta una silla con una mano en mi codo, gentil pero firme. El cuero está frío contra mis piernas desnudas y me hace temblar. Él se coloca a mi lado, sólido y cálido, un muro entre mí y lo que venga. Guardián. Protector. El hermano que hizo un pacto de verdad conmigo y que yo rompí irremediablemente.

—Siéntate —dice en voz baja, con ese aroma a chicle de canela tan suyo, tan dolorosamente familiar.

Me hundo más en la silla, subiendo las rodillas aunque sé que me hace ver como una niña. La habitación se siente demasiado grande, demasiado vacía. Faltan personas. La ausencia de Marco crea un vacío que nos jala a todos, desestabilizándolo todo.

Este es mi juicio. Mis hermanos como juez y jurado. Y ya sé cuál será el veredicto.

Dante rompe el silencio, dándose vuelta desde la ventana con esa gracia líquida que hace que la gente olvide que no puede hablar, hasta que recuerdan que nunca lo ha hecho. El suave murmullo de su ropa moviéndose en el aire es el único sonido.

—Tenemos que hablar de lo que le dijiste a Marco —firma, cada movimiento es preciso, sus manos cortan la luz de la tarde.

Me preparo para las acusaciones. Para que Luca explote, para que Alessandro enumere a cada miembro de la familia que murió, para que enumeren mis pecados con doloroso detalle. Mis hombros se tensan solos, los músculos preparándose para el golpe.

En lugar de eso, Dante cruza la habitación y hace algo inesperado. Se agacha frente a mi silla, poniéndose por debajo de mi vista, haciéndose más pequeño. No amenazante. Es lo que se hace con animales asustados o niños traumatizados. Su loción, esa cara que le compra Ana, me envuelve por completo.

—Necesito decirte algo —firma despacio, asegurándose de que lo esté mirando—. Y no te va a gustar.

Mi pecho se aprieta, las costillas se sienten a punto de quebrarse. ¿Qué podría ser peor de lo que ya confesé?

Sus manos se mueven con paciencia contenida, el roce de piel por el aire suena casi musical. —Hace años que sé de tu promesa a Mikhail.

La habitación queda completamente inmóvil. Incluso Luca deja de caminar, congelado en un solo paso. Las palabras no tienen sentido. No pueden tenerlo.

—Después de que papá murió, revisé tu cuarto —continúa Dante, sus ojos oscuros no se apartan de los míos—. Encontré una carta de Mikhail escondida en tu escritorio. Ahí detallaba todo. El plan de la masacre, su advertencia para ti, la promesa que te hizo dar de no contarle a nadie.

—No hubo ninguna carta —susurro, la voz quebrándose por el desuso y la garganta ardiendo—. Yo habría—

—La destruí —signa él.

La confesión me sacude y me echa hacia atrás en la silla, el cuero crujiendo, un sudor frío cubriéndome la piel.

—Para protegerte —firma rápido, al ver mi rostro—. Ya habías bloqueado todo. Tu mente te estaba protegiendo del trauma. Si hubieras encontrado esa carta, si hubieras descubierto la verdad cuando aún estabas tan frágil…

—¿TÚ LO SABÍAS? —Las palabras se arrancan de mi garganta, ásperas y sangrantes—. ¿Todo este tiempo, lo sabías?

—Sí.

—¿Y nunca me lo dijiste?

Él no se inmuta ante mi acusación. —No lo recordabas. Tu mente te protegió de la única forma que pudo. Yo pensé— —Se detiene, vuelve a empezar, las manos moviéndose más despacio—. Pensé que si nunca lo recordabas, nunca tendrías que cargar con eso.

—¡He estado tratando de recordar durante once años! —Ya estoy de pie, la silla cae hacia atrás con un estruendo que resuena—. ¡Desde los catorce años he estado luchando con fragmentos, con pesadillas, con una culpa que no podía nombrar ni entender! ¿Y TÚ LO SABÍAS?

Todo mi cuerpo tiembla, los músculos sacudidos por la rabia, la traición y algo que se siente como ahogarse.

Luca emite un sonido, bajo y peligroso. —¿Tú sabías que ella nos traicionó y no dijiste nada?

Dante se pone de pie lentamente, ahora frente a Luca pero aún firmando para que yo pueda verlo. —Sabía que era una chica de quince años que tuvo que tomar una decisión imposible.

—¡Ella dejó morir a Papá! —La voz de Luca se eleva, su famoso autocontrol rompiéndose como hielo bajo presión.

—Era una niña —las manos de Dante se mueven bruscamente, enojadas, cortando el aire con una precisión violenta—. Una niña enamorada a la que le pidieron elegir entre su padre y un chico que moriría si hablaba. ¿Tú qué habrías hecho?

—¡Yo habría elegido a la familia!

—¿Incluso si se tratara de Faith? —firma Dante, y Luca se detiene a mitad de paso—. Los dos sabemos que habrías elegido a Faith antes que a cualquiera. Además, Mikhail también le prometió que detendría la masacre.

—Lo cual no hizo —dice Alessandro.

Dante vuelve la mirada hacia mí, su expresión ahora más suave. —Te perdoné hace años, Sofía. Antes de que siquiera supieras que había algo que perdonar.

—¿Cómo puedes—? —Las palabras se atorán en mi garganta, el sabor salado de las lágrimas ardiendo en mis labios.

—Porque tenías quince años. Porque un chico al que amabas te rogó que confiaras en él, que le dieras tiempo para encontrar otro camino. Porque si hubieras sabido que Papá realmente moriría, si hubieras sabido que no había otra manera, tal vez habrías elegido diferente —hace una pausa, las manos quietas por un momento—. O tal vez no. Pero eras una NIÑA.

—Murieron decenas de personas —susurro, las palabras apenas audibles por la opresión en mi garganta.

—Sí. Y tú has estado muriendo poco a poco desde entonces. ¿No es suficiente castigo?

El silencio que sigue es tan pesado que parece capaz de romper huesos. Entonces, Luca explota.

Cruza la habitación en tres zancadas y, de pronto, saca un cuchillo de algún lugar de su ropa. La hoja aparece en su mano como magia mortal, muerte plateada capturando la luz de la tarde. Mi cuerpo reconoce ese cuchillo, ha visto cómo tiñe de rojo las paredes, ha visto cómo actúa con precisión quirúrgica.

—¡Culpamos a los Moretti durante años! —Su voz se quiebra, lágrimas reales en esos ojos azul pálido que nunca lloran—. Luego a los rusos. Y todo este tiempo Sofía pudo haberlo evitado. ¡Dante, tu propia esposa quiso matarte por esto!

—Y no se lo permití —firma Dante con calma—. Así como no voy a dejar que tú lo hagas.

Luca está más cerca ahora, lo suficiente para que vea su mano temblar. No es miedo. Es una rabia tan pura que hace vibrar todo su cuerpo como un diapasón golpeado.

—Papá MURIÓ. Tío Enzo. Primo Matteo. Veintitrés años y una esposa embarazada. ¡Por qué ella se estaba acostando con un Volkov!

—¡Luca…! —Nico se interpone entre nosotros en un solo movimiento fluido, su cuerpo una pared entre mí y esa hoja temblorosa. El movimiento desplaza el aire, su calor bloqueando de golpe el frío del aire acondicionado.

—Quítate de mi camino, Nico.

—No.

La palabra queda suspendida en el aire, como un desafío. Dos hermanos, ambos letales, ambos entrenados para matar, enfrentándose por mí. La tensión vuelve el aire eléctrico, como el instante antes de que caiga el rayo.

—Es una TRAIDORA.

—Es nuestra HERMANA.

—Dejó de ser nuestra hermana cuando eligió a un Volkov antes que a nuestra sangre.

Finalmente Alessandro habla, la voz agrietada. —Luca. Deja el cuchillo.

—No me digas qué hacer, Alex —los ojos de Luca no dejan los míos, por encima del hombro de Nico—. Tú no estuviste ahí. No viste el cuerpo de Papá. No viste lo que le hicieron.

Nico no se mueve, tan firme como una roca entre nosotros. —Si quieres hacerle daño, primero tienes que pasar por mí.

Luca titubea, apenas. El cuchillo baja un poco.

—Estás protegiendo a una traidora.

—Estoy protegiendo a nuestra hermana. A la chica que entrené. A la chica que lleva once años teniendo pesadillas por algo que ni siquiera podía recordar. A la chica que se ha castigado todos y cada uno de los días desde que murió Papá.

—No es SUFICIENTE.

—Entonces, ¿cuánto es suficiente, Luca? —la voz de Nico baja, mortalmente tranquila—. ¿La quieres muerta? ¿Quieres ser tú quien lo haga? ¿Quieres mirarla a los ojos y clavarle ese cuchillo en el pecho? Porque te lo digo de una vez, si le clavas ese cuchillo, más vale que me lo claves a mí también. Yo no voy a vivir en una familia que mata a los suyos.

El enfrentamiento se estira, todo pendiendo de un hilo. La mano de Luca tiembla aun más, la hoja brillando al temblar. Su cara está empapada, verdaderas lágrimas corren por sus mejillas, y me doy cuenta de que jamás he visto llorar a Luca. Ni en el funeral de Papá. Ni cuando Dante no podía hablar. Ni después de su primer asesinato… Mikhail. Nunca.

El silencio se siente físico, presionando contra mis tímpanos.

Entonces, con un sonido como de algo que se quiebra, él gira y lanza el cuchillo. La hoja cruza la habitación y se incrusta en la pared con un golpe seco, vibrando por la fuerza. Polvo de yeso cae como nieve. El silencio que sigue es ensordecedor.

Luca sale hecho una furia, azotando la puerta con tanta fuerza que un cuadro cae de la pared, el vidrio estrellándose contra el mármol.

Alessandro todavía no me mira directamente, pero cuando habla, su voz es firme. —No… no puedo entenderlo. Todavía no.— Finalmente cruza su mirada con la mía, y el dolor en sus ojos hace que el pecho se me hunda. —Pero no quiero que estés muerta.—

No es perdón. Pero tampoco es nada.

Un alboroto estalla afuera. Gritos. Guardias movilizándose. El sonido de pies corriendo sobre la grava, órdenes gritadas en inglés e italiano. Los comandos se superponen como ráfagas, creando caos.

Dante es el primero en acercarse a la ventana, con esa gracia mortal que lo hace deslizarse por el piso. Se queda completamente quieto.

—Tienes que ver esto,— señala, sin apartar la vista de lo que sea que está afuera.

Nos amontonamos junto a la ventana, incluso Alessandro se acerca atraído por la urgencia en la quietud de Dante. A través del vidrio blindado, veo nuestro portón principal, los guardias con las armas levantadas, todos apuntando hacia algo.

El corazón se me detiene.

Una figura camina por nuestra entrada. Solo. Manos levantadas por encima de la cabeza. Y no lleva nada puesto más que un bóxer. La piel pálida expuesta al sol de la tarde, cada centímetro de él vulnerable, mostrando a todos que no tiene armas, ni refuerzos, ni ningún plan salvo este gesto demente.

Alexei.

Mi cuerpo me traiciona en el acto. Los pezones se me endurecen debajo de la camisa arrugada, ese anhelo familiar entre las piernas. Incluso ahora, rodeada de armas y la furia de mi familia, mi cuerpo reacciona ante él como si ya me estuviera tocando. El recuerdo de sus manos sobre mí en la casa del lago vuelve de golpe, haciendo que mi piel arda.

Sigue avanzando a pesar de que los guardias le gritan que se detenga, que se arrodille, que se identifique. Su paso nunca cambia. Firme. Decidido. Las manos en alto, pero la cabeza erguida, esos ojos pálidos recorriendo, buscando.

Buscándome a mí.

—¿Ese es—?— Luca aparece de nuevo en el umbral, atraído por el ruido.

—Volkov,— indica Dante, y hay algo en su expresión que no logro descifrar.

—Está loco,— susurra Alessandro.

—Está enamorado,— dice Nico en voz baja.

Todos se giran a mirarlo.

—Es la única razón por la que un hombre entra así en territorio enemigo. Sin armas. Sin apoyo. Sin más ventaja que la esperanza.— Los ojos de Nico cruzan con los míos. —Está apostando todo por ti.—

Mis pies ya se están moviendo antes de que lo decida. La arma que llevo dentro me grita que esto es una trampa, que nadie es tan tonto ni tan vulnerable. Pero la mujer sabe más. Sabe lo que le cuesta caminar casi desnudo hacia el corazón del territorio Rosetti donde cada hombre tiene órdenes de disparar a los rusos en cuanto los vean. Su pecho expuesto me seca la boca. La franja vulnerable de su abdomen, la definición de los músculos que he recorrido con mi lengua, ahora ofrecidos a las balas de mi familia.

Nico me agarra del brazo en la puerta. —Sofia—

—Vino por mí,— digo, mi voz más firme de lo que ha estado en días. —Desarmado. Solo.—

—Podría ser una trampa.—

—No lo es.— Lo sé en los huesos, en el mismo lugar donde supe que Mikhail me amaba incluso cuando no podía recordar su rostro. —No lo es.—

Dante cruza hacia nosotros, señala rápido. —Déjenla ir.—

—Dante—

—Si quisiera hacernos daño, no vendría anunciándose en ropa interior. O es valiente o es idiota o está desesperado. Tal vez las tres. Pero no vino a atacarnos.— Los ojos de Dante se encuentran con los míos. —Déjenla ir.—

Me suelto del agarre de Nico y corro. A través de la casa que he conocido toda mi vida, paso retratos de familiares muertos, paso junto al comedor donde papá gobernaba, entre recuerdos que se difuminan de tan rápido que voy. Mis pies desnudos retumban contra el mármol, luego la piedra áspera cuando cruzo la puerta principal y salgo al sol de la tarde.

La luz me ciega por un momento, cálida sobre mi rostro. Cuando la visión se aclara, lo veo bien. La grava se clava en mis pies descalzos, filosa y real. Alexei está en medio de nuestro semicírculo, rodeado de al menos una docena de guardias con las armas apuntándole. Su bóxer es azul oscuro, todo lo demás completamente expuesto.

Los guardias le gritan que se tire al piso, que obedezca, que se detenga. Él los ignora a todos, la cabeza girando lentamente, buscando.

Entonces me ve.

Todo se detiene. Los gritos de los guardias se desvanecen en ruido blanco. El sol parece quedarse quieto en el cielo. Hasta el viento contiene la respiración. El corazón me late tan fuerte que lo siento hasta en la punta de los dedos.

Deja de caminar. Solo se queda ahí, las manos aún en alto, rodeado de hombres que no desean otra cosa más que tener una excusa para dispararle. Y sonríe.

No es la sonrisa fría que recuerdo de los primeros días. No es la sonrisa de depredador de cuando me tenía atrapada. Esto es algo roto, esperanzado y aterrorizado al mismo tiempo. Una sonrisa que dice que sabe perfectamente lo estúpido que es esto y aún así lo hace.

—Sofia,— dice, y mi nombre cruza el espacio entre nosotros como una oración.

Me quedo en las escaleras del hogar donde aprendí a ser un arma, donde aprendí a mentir, donde aprendí que el amor puede costarlo todo. Detrás de mí, siento a mis hermanos observando. La quietud de Dante. La preocupación protectora de Nico. La confusión de Alessandro. Incluso Luca ha aparecido, llamado por la locura de que un Volkov se haga tan vulnerable.

Alexei espera en la mira de una docena de armas, casi desnudo bajo el sol de la tarde, todo expuesto y sin defensa. La luz del sol hace brillar su piel, resalta cada lugar que he besado, cada sitio que he marcado. No hay cartas para jugar salvo la verdad que está por ofrecer.

Por mí.

El hombre que me poseyó, que me puso un collar, que me obligó a arrodillarme, ahora está despojado de todo lo que lo hacía poderoso. Solo carne y hueso y las palabras que ha traído para salvarnos a los dos.

30 - Alexei

Doce armas apuntan a mi pecho. El concreto frío muerde la planta de mis pies descalzos, la grava afilada se clava en una piel que nunca ha conocido este tipo de vulnerabilidad. El sol de la tarde en Chicago quema mis hombros y mantengo las manos en alto, palmas abiertas, mostrando a todos que no tengo nada. Solo carne, hueso y la verdad que me está devorando desde que la descubrí.

Los guardias siguen gritando. —¡De rodillas! —¡No te muevas, carajo!—. Sus voces se entrelazan, creando un caos que decido ignorar. Ninguno de ellos importa. Solo ella.

Sofia está paralizada en las escaleras, y, carajo, se ve destrozada. Ojos vacíos, cabello enredado, la misma ropa de cuando se alejó de mí en aquella calle oscura. Pero salió. Está AQUÍ, y eso es lo único que importa.

—Tengo algo que decirte —grito, manteniendo la voz firme a pesar de las armas que siguen cada uno de mis movimientos—. Algo sobre la muerte de tu padre que lo cambia todo.—

Nico aparece detrás de ella, su mano posándose en el hombro de Sofia. Protector. Analítico. Sus ojos color avellana perciben cada detalle: mi falta de armas, mi estado expuesto, la locura de caminar hacia territorio enemigo vistiendo solo boxers. Una ráfaga de viento cruza el camino de entrada y siento cómo cada centímetro de mi piel desnuda se eriza. El sudor me recorre la espalda a pesar del frío, acumulándose en la pretina de los boxers, que de pronto parecen la única barrera entre yo y la humillación absoluta.

Dante aparece en el umbral, silencioso como siempre, esos ojos oscuros que ven demasiado. Que comprenden demasiado. Luego Luca atraviesa la puerta con fuerza, sus ojos pálidos brillando con violencia.

—Dispárenle —dice Luca, con una voz tan casual como si hablara del clima—. O puedo partirlo como partí a su hermano.—

—¡ESPEREN!— La voz de Sofia se quiebra pero lleva consigo una orden. Los guardias dudan, miran entre ella y Luca, confundidos sobre quién manda.

Ella baja las escaleras hacia mí. Cada paso es deliberado, con cuidado, como si se acercara a algo que podría romperse. O estallar. La luz de la tarde se cuela por su cabello, lo vuelve dorado, y el pecho se me encoge de lo hermosa que se ve incluso destrozada.

Se detiene a tres metros de mí, y mi cuerpo responde como siempre: deseo inmediato, violento, que me hace querer caer de rodillas por razones muy distintas. Incluso ahora, rodeado de armas, noto cómo la luz de la tarde hace brillar su piel, cómo su respiración se entrecorta cuando mira mi pecho desnudo. Está lo suficientemente cerca para ver la piel de gallina en mis brazos, la vulnerabilidad de estar casi desnudo ante hombres que quieren matarme. Sus ojos recorren mi cuerpo, notando cada centímetro expuesto, y algo titila en su expresión. No es deseo. Estamos más allá de eso. Tal vez reconocimiento. De lo que significa este gesto.

—¿Por qué estás aquí?— pregunta.

—Porque necesitas escuchar la verdad. Y tu familia también.—

Sus labios se curvan apenas. —¿No pudiste ponerte un pantalón? —

A pesar de todo—las armas, los gritos, el peso de lo que estoy a punto de revelar—casi esbozo una sonrisa. —Necesitaba que supieras que no vine a pelear.—

Alessandro da un paso al frente desde detrás de Dante, y noto la forma cuidadosa en que se mueve, la postura protectora. Su esposa Emma debe seguir recuperándose del tiroteo. Por supuesto ella no estaría aquí para este enfrentamiento. No después de haber estado al borde de la muerte por culpa de la violencia entre nuestras familias.

—Esto es una locura —dice Alessandro, pero hay algo en su voz. No es exactamente apoyo, pero tampoco es condena.

Un auto derrapa en la entrada, las llantas lanzando grava por los aires. Un sedán negro, demasiado rápido, frena de golpe. La puerta se abre antes de que el coche se detenga por completo.

Marco.

Sale tempestuoso, mira la escena: yo, rodeado por sus hombres, Sofia demasiado cerca, sus hermanos acomodados como si observaran una obra de teatro. Su rostro se pone blanco, después

rojo, y luego algo más oscuro. Seguro le avisaron de lo que estaba pasando y vino volando.

—¿Qué carajo hace aquí ese imbécil?—

Empuja a los guardias a un lado y se para frente a mí, tan cerca que huelo su loción, tan cerca que veo el odio en sus ojos oscuros. Lo suficientemente cerca como para agarrar el arma de un guardia y acabar con esto antes de que pueda pronunciar una palabra.

—Tienes diez segundos para explicarme por qué no debería dar la orden de convertirte en queso gruyere.—

—Porque tengo información sobre la muerte de tu padre. La verdad. No la versión que todos hemos creído durante once años.—

Aprieta la mandíbula, el músculo saltando. —Mi hermana ya me dijo la verdad.—

—Ella te dijo lo que creía que era cierto.— Mantengo la voz firme, luchando contra el impulso de alejarme de su furia.— Estaba equivocada. Todos lo estábamos.—

—Tú la secuestraste. La torturaste. Dios sabe qué más.—

—Sí.—

La confesión queda suspendida entre nosotros. Sin excusas. Sin justificaciones. Solo verdad.

—¿Y ahora apareces medio desnudo esperando qué? ¿Perdón?—

—No vine por perdón. Estoy aquí porque Sofia ha estado cargando una culpa que nunca le perteneció. Y puedo probarlo.—

—Te escucho. Eso es más de lo que mereces.—

Marco mira a Sofia, algo cambia en su expresión al ver cómo nos observa. No intenta detenerlo. No me defiende. Solo espera. Entonces, vuelve a centrar su atención en mí.

—Tienes cinco minutos. Adentro. Un movimiento en falso y estás muerto.—

—Por supuesto.—

Se vuelve hacia sus hombres. —Si intenta algo, dispárenle primero a las rodillas. Quiero que viva lo suficiente para gritar.—

Guardias me flanquean mientras avanzamos hacia el interior. Sus armas no vacilan nunca, y siento las miras en mi espalda con cada paso. El piso de mármol está frío bajo mis pies, un choque después del concreto ardiente. Todo en el complejo de los Rosetti grita riqueza antigua y poder, tan diferente de mi fortaleza funcional.

Pero no me importa nada de eso. Solo me importa la mujer que camina junto a sus hermanos, sin mirarme pero tampoco alejándose.

Cinco minutos para cambiar once años de una creencia equivocada.

Cinco minutos para liberarla.

La sala familiar se siente como una sala de juicios. Yo en el centro, rodeado de hombres que celebrarían mi muerte. Alguien me lanza una manta. Nico, sorprendentemente. Me la envuelvo en la cintura. No es mucha dignidad, pero es algo. Los papeles están húmedos por el sudor pero siguen doblados junto a mi cadera, donde los había guardado con cuidado, sabiendo que tendría solo una oportunidad con esto.

Sofia se acurruca en la esquina, observando todo con esos ojos vacíos. Marco toma su asiento en la cabecera de la mesa, finalmente ocupando la silla vacía que decía tanto sobre su fractura. El Don presidiendo la corte sobre lo que podría ser mi ejecución.

—Habla.—

Saco los papeles doblados de mi cintura. Están húmedos de sudor, pero son legibles. Mis manos se mantienen firmes mientras los despliego, aunque mi corazón late tan fuerte que podría romperme las costillas.

—Mi padre sabía sobre Mikhail y Sofia. Desde el principio.—

Le paso los primeros documentos a Marco. Informes de vigilancia, cada uno fechado, sellado con el emblema de mi padre.

Los hermanos se agrupan alrededor de la silla de Marco, leyendo por encima de su hombro. Veo que la expresión de Dante cambia primero, la comprensión amaneciendo. Luego Alessandro. La quijada de Nico se tensa. Luca solo parece confundido, luego enojado.

—¿Por qué?— La voz de Marco suena mortalmente tranquila.

Le entrego el memo. El que me hizo destruir el despacho de mi padre.

Marco lo lee en voz alta, su voz volviéndose más áspera con cada palabra: —M ha sido comprometido. El apego emocional hacia la chica Rosetti representa una vulnerabilidad operacional. Opciones: (1) Eliminar a la chica. (2) Redirigir la lealtad de M mediante métodos tradicionales. (3) Permitir que la situación se resuelva de manera natural. Recomendación: Opción 3. M probablemente asistirá a la reunión para advertir a los Rosetti. Daños colaterales aceptables para un éxito operacional mayor.—

Las manos de Marco se aferran al papel hasta que lo arruga en los bordes. —Daños colaterales aceptables.— Las palabras salen como si

se estuviera ahogando con vidrios rotos. Detrás de él, Luca se ha quedado completamente inmóvil. Nunca es buena señal.

La sala se queda en silencio. Incluso Luca deja de moverse.

Saco los registros de seguridad. Señalo la entrada resaltada. —Ordenó al equipo del perímetro que se retirara. Se aseguró de que nadie impidiera que Mikhail entrara directo a esa masacre.—

Saco el último documento. La carta de Viktor para mí, la que rompió algo fundamental en mi entendimiento del mundo.

La leo yo mismo, cada palabra sabe a veneno: —La muerte de Mikhail te hizo pakhan. Te endureció hasta convertirte en el arma que nuestra familia necesitaba. Todo gran líder se forja en la pérdida. Considera su sacrificio como mi último regalo para ti. De nada. V—

Sofia emite un sonido. Pequeño, herido, como si algo se rompiera dentro de su pecho.

—¿Tu padre escribió "de nada" acerca de la muerte de su propio hijo?— firma Dante, con Nico traduciendo, incrédulo.

El silencio se estira hasta que Luca lo rompe, la voz afilada por la rabia restante. —Esto no cambia lo que ella hizo. Igual se quedó callada. Nuestro padre igual murió.—

—Tu padre murió porque Viktor Volkov quiso que muriera,— le respondo. —Si Sofia los hubiera advertido, Viktor simplemente habría cambiado el plan. Habría encontrado otra forma. La masacre iba a ocurrir de todas formas.—

—Eso no lo sabes.—

—Conozco a mi padre. Tenía contingencias para las contingencias. El silencio de Sofia no mató a nadie. Viktor lo hizo.—

Alessandro habla en voz baja, casi para sí mismo. —Ay, Sofia.—

—Alex,— empieza Luca, pero Alex lo interrumpe con un gesto de la mano.

Nico se acerca a Sofia, toma su mano. Ella llora en silencio, las lágrimas cayendo por su rostro.

—Lo escuchaste,— dice Nico suavemente. —No fue tu culpa.—

—Igual cumplí la promesa. Igual…—

—Eras una niña. Él era un monstruo. Esa es la verdad.—

Marco se pone de pie, camina hacia mí con esa violencia contenida que lo hace tan peligroso. Ahora estamos cara a cara, Don frente a pakhan, dos hombres que heredaron coronas ensangrentadas que ninguno quiso.

—No te perdono,— dice con claridad. —Por lo que le hiciste a mi hermana. Por lo que tu familia le costó a la mía.—

—No estoy pidiendo perdón.—

—Entonces, ¿qué sí estás pidiendo?—

Miro más allá de él, hacia Sofia, que sigue sosteniendo la mano de Nico, pero nos observa. Mía. Incluso parada ahí, rodeada del odio de sus hermanos, incluso después de haberla destruido y reconstruido, incluso después de que huyó, sigue siendo mía. La verdad solo confirma lo que mi cuerpo ha sabido desde siempre.

—Te estoy pidiendo que dejes de culpar a Sofia por algo que nunca fue su culpa. Y te la estoy pidiendo a ella. Que la dejes elegir. Sin culpa.—

Marco se vuelve para mirar a su hermana. Ahora sí la observa de verdad, como si fuera la primera vez desde que ella confesó. Algo cambia en su expresión. No es ternura exactamente, pero tal vez reconocimiento. Del peso que ella ha cargado. De la verdad que acabo de revelar.

—¿Esto es lo que quieres?— le pregunta directamente. —¿A él?—

Ella no duda. —Sí.—

—¿Incluso después de todo?

—Por todo.

Las palabras me golpean fuerte. Después de lo que le hice, el sótano, la humillación, los juegos, ella todavía me elige. No porque deba hacerlo. No porque no tenga a dónde más ir. Sino por todo lo que hemos vivido.

Marco exhala, como si algo en sus hombros se liberara. —Sigues siendo mi hermana. Eso no cambia.

—Marco…

—Necesito tiempo. Todos lo necesitamos. Pero sigues siendo familia.

No es perdón para mí. No es aceptación de lo que hice. Pero es aceptación de su decisión, y eso es más de lo que me atreví a esperar.

Sofia no se mueve de inmediato. Permanece en el centro de la habitación, con las lágrimas aún frescas en el rostro, mirando a cada uno de sus hermanos. La observo catalogarlos—a esta mujer entrenada para notarlo todo, que ahora memoriza a las personas que está a punto de dejar.

Nico aún sostiene su mano. La aprieta una vez, luego la acerca a sus labios y besa sus nudillos. Un gesto tan tierno que hasta parece

una invasión presenciarlo. Le dice algo en voz baja, solo para ella, y sea lo que sea, le corta la respiración. Luego la suelta, da un paso atrás, y la pérdida de contacto es visible en la forma en que sus dedos se cierran en el aire vacío.

Dante es el siguiente. No se acerca a ella—simplemente levanta las manos y le dice algo con señas. No sé las palabras, pero veo el rostro de Sofia desmoronarse y recomponerse en un suspiro. Ella responde con señas, una frase corta, y Dante asiente una vez. Tiene la mandíbula apretada, pero los ojos suaves. Lleva dos dedos al pecho y los extiende hacia ella. Hasta yo puedo leer ese mensaje: amor.

Alessandro no la mira. Se queda mirando el piso, brazos cruzados, emanando la desdicha particular de alguien que quiere estar enojado pero no puede lograrlo. Aun así, Sofia cruza hacia él y se detiene a un paso de distancia.

—Alex.

Él niega con la cabeza. Sigue sin mirarla.

—Alex, por favor.

Cuando por fin levanta la vista, tiene los ojos enrojecidos. —De verdad te vas. —No es una pregunta.— De verdad lo eliges a él.

—Me estoy eligiendo a mí. —Su voz es firme aunque le tiemblan las manos.— Por primera vez en once años, elijo lo que quiero en vez de lo que creo que merezco.

El rostro de Alessandro se tensa. Luego la estrecha en un abrazo fuerte y breve, su mano acunando la nuca de ella como si todavía fuera la hermanita que solía llevar en los hombros. Le oigo decir —Cuídate— entre su cabello antes de soltarla y darse la vuelta, levantando una mano para cubrirse el rostro.

Luca no se mueve de su posición contra la pared. Tiene los brazos cruzados, el rostro esculpido en granito. De todos los hermanos, él es el que más parece querer clavarme un cuchillo—y con lo que sé de él, eso no está tan lejos de la realidad.

De todos modos, Sofia se le acerca, deteniéndose justo fuera de su alcance. Inteligente. —Luca.

—No.

—Sé que estás enojado—

—No estoy enojado. —Su voz es plana, controlada, de una forma mucho más inquietante que si estuviera gritando.— Enojarme era lo que sentí cuando desapareciste. Enojarme fue lo que sentí cuando

supimos que te habían tomado. ¿Esto? —Señala entre ella y yo.— Esto es otra cosa.

—¿Qué es?

Permanece en silencio un largo momento. Luego: —Duelo. Eres mi hermana, y te vas por esa puerta con el hombre que te lastimó, y no puedo detenerte. Así que sí. Duelo.

Sofia extiende la mano, despacio, con cuidado, y le toca el brazo. Él se estremece pero no se aparta. —Te quiero, Luca. Eso no deja de ser cierto solo porque me voy.

—Sí. —Aún no la mira.— Para mí tampoco deja de serlo. Ese es el problema.

Ella se pone de puntas y le besa la mejilla. Él permanece rígido, aceptándolo sin responder, pero veo su garganta moverse. Un trago difícil. La única grieta en esa fachada de granito.

Entonces se gira.

La habitación contiene el aliento—o quizá solo soy yo, observándola cruzar hacia mí en el estudio de los Rosetti, dejando a sus hermanos atrás con cada paso. Marco inmóvil como una estatua. Nico con la mano sobre el hombro de Dante. Alessandro aún de espaldas. Luca sin despegarse de la pared.

Y Sofia atraviesa todo eso, caminando hacia mí, sus ojos fijos en los míos.

Sofia cruza la habitación, toma mi mano. Sus dedos están fríos, tiemblan un poco, pero cuando nuestras manos se tocan, algo en mi pecho se libera por primera vez desde que ella huyó.

Salgo del complejo Rosetti exactamente como entré: casi desnudo, vulnerable. Pero todo lo demás ha cambiado.

La mano de Sofia en la mía lo hace todo diferente. Sus dedos se entrelazan completamente con los míos, y el contacto me atraviesa como siempre: eléctrico, necesario. Incluso después de todo, mi cuerpo reconoce el suyo como hogar. Aprieto sus dedos con fuerza, pero ella no se aparta. Nunca se aparta, ni siquiera cuando debería hacerlo.

Los guardias siguen con las armas en la mano, aún siguiendo nuestro avance hacia la reja. Cualquiera de ellos podría decidir que esta ofensa es imperdonable, podría dispararme por la espalda antes de que crucemos el límite de la propiedad. Pero todos miran a Marco, de pie en los escalones, observándonos marchar.

Detrás de nosotros, Marco mira desde los escalones. No está perdonando. Lo veo en la tensión de sus hombros. Pero tampoco nos detiene. No es absolución, pero es permiso, y ahora, con la mano de Sofia en la mía y la verdad por fin ardiendo a la luz, es suficiente. Tiene que ser suficiente.

31 - Sofia

El conserje del Langham mantiene su sonrisa profesional a pesar del hombre medio desnudo a mi lado. La tarjeta negra de Alexei dice más que cualquier pecho desnudo podría decir jamás.

—La suite presidencial —dice Alexei, con la voz firme a pesar de estar en el lobby del hotel usando solo boxers y una mueca—. Ahora mismo.

Los dedos del conserje vuelan sobre el teclado, sin una sola pregunta sobre la sangre que aún se ve en las manos de Alexei, o mis ojos vacíos, o el desastre general que representamos los dos. El dinero habla. Las tarjetas negras gritan.

—Por supuesto, señor Volkov. Síganme, por favor.—

El trayecto en el ascensor parece eterno. La mano de Alexei encuentra la mía, cálida y firme, la única cosa sólida en un mundo que se tambalea fuera de su eje. Ahora solo me mantiene la pura adrenalina, la caída viene rápido. Mi reflejo en los espejos dorados del ascensor muestra a un fantasma: cabello enredado, vestido arrugado del galpón, ojos que han visto demasiada verdad demasiado rápido. Nunca antes había estado en público viéndome así. Lo detesto.

Pero también lo veo observarme en ese espejo, y por supuesto, mi cuerpo reacciona.

La puerta de la suite se cierra detrás de nosotros con un clic suave que suena a punto final.

Ventanas de piso a techo enmarcan la silueta de Chicago, el sol de la tarde bañando todo en oro. El espacio es obscenamente lujoso, mármol y seda y una cama que parece hecha de nubes. Me quedo en medio de todo eso, sin saber qué hacer con mis manos, con mi cuerpo, con esta libertad que él me ha dado.

Alexei se apoya contra la puerta, mirándome con esos ojos pálidos que lo ven todo. Puedo ver la línea de vello oscuro perdiéndose bajo sus boxers. Se me seca la boca.

Ninguno de los dos dice nada. El peso de todo descansa entre nosotros: la maldad calculada de Viktor, la inocencia de Mikhail, la muerte de mi padre que siempre iba a suceder sin importar mi silencio. Once años creyendo algo equivocado, destrozados en minutos por los documentos que él encontró en el estudio de su padre.

—Necesitas ropa —digo por fin, porque la observación mundana es más fácil que enfrentar todo lo demás.

Sus labios se curvan apenas.— Necesito muchas cosas. La ropa está al final de la lista.—

—¿Y qué está al principio?—

Él se separa de la puerta, cruza hasta mí, se detiene a un pie de distancia. Sin tocarme. Espera. Siempre espera a que yo elija ahora. Pero puedo sentir el calor que irradia su pecho desnudo, oler su piel, ámbar y masculina.

—Tú. A salvo. Aquí. Esa es toda la lista.—

La risa que se escapa de mí sale rota, medio sollozo. Mis piernas ceden, demasiado tiempo corriendo solo con adrenalina y culpa, y ahora que él me liberó, ni siquiera puedo mantenerme en pie.

Él me atrapa antes de que toque el mármol, levantándome como si no pesara nada, y de pronto está pegado a mí, toda esa piel desnuda haciendo que mi cuerpo cante.

—Te tengo —murmura contra mi cabello mientras me lleva al sofá —. Te tengo, kotyonok.—

Me sostiene mientras tiemblo. No lloro, solo tiemblo, mi cuerpo finalmente soltando la tensión que cargó durante años. Sus manos acarician mi espalda, mi cabello, pacientes y dulces de una manera que habría sido imposible semanas atrás. Pero siento cómo se endurece contra mi cadera, la respuesta inevitable de su cuerpo a nuestra cercanía, y eso hace que me acerque más en vez de apartarme.

—¿Qué necesitas? —pregunta cuando los temblores por fin disminuyen, su voz áspera.

—No lo sé.— Mi voz suena extraña, hueca.— Ya no sé nada.—

—Entonces lo averiguamos. Juntos.—

—Juntos —estoy de acuerdo.—

—Cuando te cazaba todos esos años, me decía a mí mismo que estaba honrando a Mikhail. Vengando a mi familia. Pero la verdad es que…— Se detiene, la mandíbula trabajando como si las palabras le

costaran.— La verdad es que estaba huyendo de mi padre. De convertirme en él. Y de todas formas me convertí en él.—

—Te detuviste.—

—Solo por ti.— Al fin me mira, y la crudeza en sus ojos me aprieta el pecho y me humedece entre las piernas.— Porque me miraste como si pudiera ser más que un monstruo.—

—Eres más.—

—¿De verdad?— Su risa es amarga.— Te encerré en un sótano. Te hice sangrar. Te hice…—

—También lloraste en mis brazos por tu mamá. Me enseñaste sobre el perdón. Quemaste el legado de tu padre para liberarme de una culpa que no era mía.— Me acurruco más en él, y sus ojos se oscurecen.

—Literalmente. Y él no merece un legado. Merece ser olvidado.—

—Tu familia…—

—Ahora tú eres mi familia.— Las palabras flotan entre nosotros, pesadas de significado.— Si me quieres.—

Se me corta la respiración. La oferta está ahí, la vulnerabilidad en un hombre que antes tomaba todo por la fuerza. Mis pezones están tan duros que duelen, y sé que puede verlos a través del fino vestido de algodón.

Me muevo primero. Mi mano sube a su rostro, siguiendo el rastro del agotamiento, el moretón en su mandíbula del enfrentamiento en el galpón aún color púrpura oscuro.

—Mataste por mí.—

—Lo haría de nuevo.—

—Renunciaste a todo.—

—Renunciaría a más.—

—¿Por qué?—

Él atrapa mi mano, presiona sus labios contra mi palma. El gesto es tan tierno que siento que algo se quiebra en mi pecho y la humedad se derrama entre mis muslos.

—Porque te amo.—

Las palabras detienen todo. Mi respiración, mi corazón, el tiempo mismo. Nunca lo ha dicho. Yo tampoco. Lo hemos rodeado, insinuado, mostrado en miles de maneras violentas y tiernas. Pero las palabras reales…

—Dilo otra vez.

—Te amo, Sofia. Sujeta mi mano con más fuerza, como si se aferrara a este momento. —Te amo con cada parte de mi alma rota.

Entonces lo beso. Suave, temblorosa, nada parecido a nuestra posesiva desesperación de antes. Contra sus labios susurro: —Yo también te amo.

Él deja escapar un sonido como si le hubiera dado un puñetazo, sus dedos se enredan en mi cabello desordenado, tirando lo justo para arrancarme un jadeo.

—Intenté no hacerlo —continúo entre besos—. Traté con todas mis fuerzas de no hacerlo.

—Lo sé.

—Me secuestraste. Me torturaste. Me hiciste sangrar.

—Lo sé.

—Y aun así estoy aquí —digo—. Siempre voy a volver contigo.

Desata mi vestido cruzado como si estuviera desenvolviendo algo sagrado. Sus dedos tiemblan ligeramente al trabajar el nudo, y ese pequeño signo de nerviosismo en este hombre peligroso hace que me moje aún más. La tela se abre, cae, se amontona a mi alrededor sobre el sofá de cuero.

Estoy completamente desnuda debajo, y el suspiro agudo que escapa de él hace que mi piel se sonroje. Sus ojos recorren mi cuerpo lentamente, con reverencia, pero también con ese hambre conocida que me obliga a juntar los muslos.

—Carajo —exhala—. Eres jodidamente hermosa.

Presiono mi mano contra su pecho desnudo, necesitando sentirlo, todo él. Mis dedos trazan las cicatrices que ya me sé de memoria: la que tiene en las costillas de Chechenia, la línea delgada en el hombro que le dejó su padre. Luego bajo el elástico de sus boxers, deslizándolo hacia abajo. Su verga salta libre, ya dura y húmeda en la punta, y se me hace agua la boca al verla.

—Ahora sé de dónde viene cada una de estas —digo, tocando una cicatriz en su cadera.

—Algunas me las diste tú.

Mis dedos encuentran los rasguños que dejé en su espalda hace apenas unos días, todavía sanando. —Bien.

Él se ríe, sorprendido. —¿Bien?

—Te los merecías.

—Merecía cosas peores.

—Probablemente. Me inclino hacia adelante, beso la cicatriz sobre su corazón, luego más abajo, dejando un rastro de besos por su pecho. —Pero ya terminé de castigarte.

Él gime cuando envuelvo su verga con mi mano, acariciándolo despacio. —Sofia…

—Déjame —susurro, y lo tomo en mi boca.

Sabe a sal y a deseo, y el sonido que hace cuando lo tomo profundo hace que mi sexo palpite. Lo trabajo con mi lengua, con mi mano, hasta que sus dedos se clavan en mi cabello y comienza a maldecir en ruso.

—Detente —jadea, tirando de mí—. Quiero estar dentro de ti cuando me venga.

Me levanta en brazos, llevándome a la cama que domina la suite. Las sábanas de satén están frías contra mi piel ardiente mientras me recuesta con infinito cuidado. Se inclina sobre mí, apoyando su peso en los codos, solo mirándome.

—Te he quitado tanto —dice, la voz áspera por la emoción—. Esta noche quiero darte.

—Entonces hazlo.

Empieza por mi frente, sus labios apenas rozando mi piel. Besa cada párpado, haciendo que se cierren. Mis mejillas, las lágrimas que empiezan a correr sin mi permiso.

—¿Por qué lloras?

—Porque jamás creí que tendría esto —mi voz se quiebra—. Alguien que lo sepa todo y aun así se quede.

—No voy a irme. Nunca. Otro beso, esta vez en mi nariz, casi me saca una sonrisa. —Te vas a tener que aguantar conmigo.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Su boca baja, buscando ese lugar donde mi pulso late con fuerza en mi garganta. No muerde, no reclama como antes, solo siente los latidos de mi corazón en sus labios. Sus manos recorren mi cuerpo con devoción, como si quisiera memorizarme solo con el tacto.

Cuando su boca encuentra mi pecho, arqueo el cuerpo sobre la cama. Se lleva mi pezón a la boca, lo rodea con la lengua, lo roza con los dientes lo justo para sacarme un jadeo. Su mano encuentra mi otro pecho, su pulgar y dedo girando mi pezón hasta que me retuerzo debajo de él.

—Por favor —gimoteo—. Alexei, por favor…

—Shh —murmura contra mi piel, besando mi vientre—. Déjame adorarte.

Abre mis muslos, y ya estoy tan mojada que lo siento escurriendo hasta las sábanas de satén. Gime al verlo.

—Perfecta —exhala—. Tan jodidamente perfecta.

El primer roce de su lengua me hace gritar. Me devora como un hombre hambriento. Su lengua dibuja círculos perezosos sobre mi carne más sensible mientras empuja dos dedos bien adentro, encontrando esa cresta oculta que dispara descargas eléctricas por mi columna y hace que los bordes de mi visión se borren.

—Me encanta lo mojada que te pones para mí —dice contra mi sexo, la vibración hace que me apriete aún más alrededor de sus dedos—. Me encanta tu sabor, cómo suenas cuando estás a punto de venirte.

Agrega otro dedo, estirándome, follándome con ellos mientras su lengua trabaja sobre mi clítoris. La presión crece rápido, demasiado rápido.

—Voy a…

—Ven para mí —ordena, y me quiebro.

El orgasmo me atraviesa, arqueando la espalda, su nombre en mis labios. Él me sigue trabajando, haciéndolo durar hasta que tiemblo y la sensibilidad me abruma.

Vuelve a arrastrarse sobre mi cuerpo, besándome con profundidad, para que pueda probarme en su lengua. Su verga presiona mi entrada y ambos gemimos al contacto.

Cuando me penetra, los dos nos detenemos. Solo respiramos. Nuestras frentes se tocan, compartiendo el aire, este momento que se siente más grande que nosotros. Es tan grueso, me estira a la perfección, me llena por completo.

—Mírame.

Abro los ojos y encuentro los suyos fijos en mí, ese gris pálido intenso, que antes era furia y ahora es algo completamente distinto.

—Te veo —susurra él, comenzando a moverse con una lentitud dolorosa. Cada embestida es profunda, deliberada, tocando todos los puntos sensibles dentro de mí—. Te veo toda. El arma. La hermana. La chica que hizo una promesa imposible. La mujer que sobrevivió a todo.

—¿Qué más ves?

—A mí mismo. En ti.

Se mueve tan despacio al principio, tan profundo, nada que ver con la posesión desesperada de antes. Esto es distinto. Esto es adoración. Esto es dos personas rotas eligiendo ser completas juntas. Pero entonces mis uñas se clavan en su espalda, y enrosco mis piernas alrededor de su cintura.

—Más fuerte —suplico—. Por favor, necesito…

Me da lo que necesito, embistiendo más profundo, más rápido, pero aún con esa reverencia, ese cuidado. Su verga golpea mi cérvix con cada estocada, ese borde perfecto de dolor que lo hace todo más intenso, mejor.

—Mierda, se siente tan bien —gruñe él—. Tan apretada, tan mojada. Hecha para mí.

—Sí —jadeo—. Tuya. Sólo tuya.

Su mano encuentra mi clítoris, dibujando círculos al ritmo de sus embestidas, y siento otro orgasmo construyéndose. Este es más profundo, comienza en mis dedos de los pies y se expande como fuego.

—Te tengo —susurra contra mi boca.

—No me sueltes.

—Nunca. —Me besa entre palabras—. Lo prometo.

—Lo prometo.

Construimos juntos, sin prisas a pesar de la desesperación. Su nombre se escapa en mi garganta, pero no el formal y frío que usé para mantener distancia. El íntimo, el que lo hace familia.

—Alyosha…

Él gime contra mi cuello, sus embestidas volviéndose erráticas—. Dilo otra vez.

—Alyosha. Por favor… ya casi…

—Juntos —jadea—. Ven conmigo.

Su pulgar gira con la presión perfecta, su cuerpo tensándose contra el mío, y nos rendimos juntos. Me aprieto a su alrededor mientras él palpita dentro de mí, nuestros cuerpos enlazados en un ritmo perfecto de liberación. Nos aferramos uno al otro a través de las olas de placer, negándonos a permitir que siquiera un suspiro nos separe.

No nos movemos durante mucho tiempo. No podemos. Estamos enredados en la enorme cama de hotel, las sábanas de satén retorcidas a nuestro alrededor, su semen escurriendo de mí sobre la tela costosa. Su mano traza patrones en mi espalda, círculos y líneas

que quizás sean palabras en ruso, o quizás no signifiquen nada en absoluto.

Mi cabeza reposa en su pecho, el latido de su corazón constante bajo mi oído. Real. Vivo. Aquí. Su verga aún semi-erecta dentro de mí, y cada pequeño movimiento nos hace temblar a los dos.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto.

—Ahora descansamos.

—Me refiero a mañana. A la próxima semana. Al resto de nuestras vidas—.

Su verga palpita dentro de mí al escuchar "el resto de nuestras vidas", y lo aprieto alrededor de él sin querer.

—Lo resolveremos juntos. —Sus dedos encuentran mi cabello, acariciando los mechones húmedos—. Lo que quieras. Donde quieras estar.

—Quiero estar contigo.

—Entonces ahí es donde estarás.

Nos gira un poco, aún dentro de mí, para poder besarme de verdad. Comienza suave, pero pronto el beso se torna ardiente de nuevo, su verga endureciéndose completamente en mi interior.

—¿Otra vez? —jadeo contra su boca.

—Siempre —dice él, comenzando a moverse—. Nunca me cansaré de ti.

Esta vez es más lenta, más perezosa, pero igual de intensa. Nos mecemos juntos, promesas susurradas entre besos, hasta que ambos volvemos a venirnos, más suave pero igual de desbordante.

Después, cuando por fin nos separamos, él nos limpia a ambos con una toalla tibia del baño, tierno y minucioso. Luego volvemos a la cama, enredados uno en el otro como si no pudiéramos soportar ni un centímetro de distancia.

La ciudad brilla afuera de las ventanas. Chicago de noche, hermosa y peligrosa.

Como nosotros.

—Gracias —susurro.

—¿Por qué?

—Por entrar a la mansión de mi familia en ropa interior.

La risa que retumba en su pecho es real, sin reservas—. ¿Por ti? Lo haría otra vez.

—¿Sólo en ropa interior?

—Completamente desnudo si es necesario. —Su mano desliza hacia abajo y toma mi trasero, apretándome más contra él—. Aunque la encogida sería lamentable.

Me río, de verdad, por primera vez en días—. Te amo.

—Yo también te amo.

Las palabras se asientan entre nosotros, alrededor y a través de nosotros. Tres palabras que nunca pensé que diría. Nunca pensé que escucharía. Nunca pensé que creería.

Pero aquí, en esta habitación obscenamente cara de hotel, envueltos en satén y en el uno al otro, aún pegajosos de sudor y semen, son las cosas más verdaderas que hemos dicho jamás.

Cierro los ojos, dejando que su calor y su corazón me arrullen hacia el sueño. No hay palabras en ruso atorándome en la garganta. No hay niño en un jardín rogándome una promesa. No hay última sonrisa de mi padre rondándome.

Sólo calidez. Seguridad. Él.

Afuera, el mundo espera. Mis hermanos, seguramente planeando contingencias. Su organización, probablemente fracturándose sin un liderazgo claro. El complicado enredo de nuestras familias entrelazadas.

Pero esta noche, nada de eso importa.

Esta noche, sólo existe esta habitación. Esta cama. Este hombre que quemó el legado de su padre para salvarme de ahogarme en culpa.

Y tres palabras que lo cambian todo: Te amo.

Por primera vez en once años, Sofia Rosetti duerme sin fantasmas.

32 - Sofia

El salón principal del complejo Volkov se llena de hombres que han matado por su familia. Cada capitán, cada teniente, cada hombre de peso está presente como testigo de lo que está a punto de suceder. Llegamos aquí esta mañana desde el Langham, Alexei insistiendo en que debíamos regresar para enfrentar este ajuste de cuentas en su propio territorio. Estoy de pie a su derecha, sobre la plataforma elevada, la Arma vestida con un traje de diseñador y una daga atada al muslo, mientras los susurros recorren la multitud reunida como veneno diluyéndose en el agua.

—La chica Rosetti. —La asesina de Mikhail. —Su puta.

Los susurros duelen, pero mantengo la barbilla en alto, observando quién sostiene mi mirada y quién aparta los ojos. La Arma siempre calculando, incluso mientras la mujer soporta su juicio. Años de forjar mi templanza me han traído hasta aquí, y no voy a quebrarme ahora. Este es el momento para el que nací.

Kaz está arrodillado, atado en el centro del salón, magullado y cubierto de sangre, pero aún desafiante. El mismo hombre que me amarró a una silla con cinchos en aquel almacén, ahora enfrenta su propio juicio. No dejo de notar la ironía. Detrás de él, ocho traidores sobrevivientes están alineados contra la pared, con las manos atadas, hombres que eligieron el bando equivocado y ahora esperan su destino. Siento el peso de la historia en estos muros. Ya han visto sangre antes, pero jamás un Volkov juzgando a otros Volkovs mientras una Rosetti está a su lado.

La mano de Alexei roza la mía mientras él da un paso al frente. Un contacto breve que envía calor por mi cuerpo incluso aquí, incluso ahora, rodeada del juicio de sus hombres.

—Todos saben por qué estamos aquí —su voz atraviesa los murmullos, fría y autoritaria—. Kazimir Volkov dirigió una facción contra mí, secuestró a una mujer bajo mi protección, intentó ejecutarla sin mi autorización.

—Ella merecía— —empieza Kaz desde su posición arrodillada.

—SILENCIO.

La palabra resuena como un látigo en el aire, y aun estando atado y de rodillas, su primo guarda silencio, aplastado por el peso de esa sola palabra.

Alexei levanta los documentos. Los archivos de Viktor, la prueba que lo cambió todo. Los papeles crujen en su mano mientras se dirige a la sala. —Durante once años, creímos que Sofia Rosetti llevó a mi hermano a la muerte. —Asentimientos, murmullos de rabia vieja agitada—. Nos equivocamos.

El silencio que sigue es absoluto.

No explica. No resume. Simplemente pasa los documentos a su capitán más cercano.

—¡MENTIRAS! —grita Kaz desde sus rodillas, el rostro deformado por la furia—. Está mintiendo para proteger a su puta—

Alexei se mueve como un rayo. Su puño conecta con la mandíbula de Kaz en un golpe seco que me hace estremecer el pecho, pese a todo lo que he presenciado. La sangre salpica el piso mientras la cabeza de su primo se va hacia atrás; el olor metálico es inmediato y familiar. Kaz escupe sangre, riendo con los dientes manchados de rojo. —Ella te volvió un idiota. Igual que Mikhail.

—Mikhail no era un idiota. Fue el mejor de nosotros. Y nuestro padre lo asesinó.

Los capitanes estudian los documentos, pasándolos de mano en mano, y observo cómo cambian sus rostros. El horror les ilumina la mirada, la lealtad se sacude. Uno de los capitanes—mayor, con canas en las sienes—se persigna. Otro suelta una maldición en ruso. Nico estaría analizando cada reacción, cada cambio de lealtad. Pensar en mi hermano me hace doler el pecho, incluso mientras permanezco aquí eligiendo a alguien más.

Alexei baja de la plataforma y camina frente a la fila de traidores atados. —Eligieron a Kazimir por encima de su pakhan. Eso es traición. Y la traición se paga con la muerte.

Su pistola aparece en su mano. Sin ceremonias, sin discursos. Solo eficiencia. El primer disparo resuena contra las paredes de piedra, haciendo que mis oídos zumban. El estallido es seguido por el sonido húmedo de un cuerpo chocando contra el suelo antiguo. Y luego otro. Y otro más. El olor de la pólvora me arde en las narices, mezclándose con ese aroma metálico de sangre que ya se vuelve

demasiado familiar. El tercer hombre gime antes del disparo, un sonido que me perseguirá en sueños.

Cada disparo me hace estremecer el pecho, aunque me obligo a mirar. Esto es distinto a mis propias muertes. Público, ritual. He quitado la vida muchas veces, siempre con cálculo y propósito, pero siempre en las sombras. Esta demostración abierta de justicia es algo distinto. Uno a uno, seis hombres caen, sus cuerpos marcando el ritmo del juicio. No aparto la mirada mientras los ejecuta, la sangre formando patrones que veré cada vez que cierre los ojos esta noche.

Así es él. Este es el hombre que elegí. El que quema legados, pero que todavía lleva la muerte en sus manos cuando hace falta.

Cuando por fin baja el arma, solo dos hombres permanecen en pie, y desde aquí alcanzo a oler el sudor frío del miedo. —Ustedes dos siguieron órdenes, creyendo que venían de mí —dice Alexei, examinándolos—. Kaz se las dio, ustedes obedecieron. Eso no es traición, es lealtad mal dirigida. —Los hombres perdonados tiemblan de alivio mientras él continúa—. Tienen una oportunidad. Júrenme lealtad solo a mí o únanse a los demás.

Juran con gratitud desesperada, estos dos que ahora serán sus soldados más leales, atados por la deuda de haberles perdonado la vida. Veo la estrategia incluso a través de la sangre. Piedad como cálculo. Dante apreciaría la precisión psicológica de esto.

Mientras estoy aquí, presenciando ejecuciones y sintiendo no horror, sino orgullo, seguridad, amor, pienso en mis hermanos. La furia de Marco cuando confesé. La rabia protectora de Nico. La comprensión silenciosa de Dante. Alex sin poder mirarme a los ojos. Luca con su cuchillo en la pared. Elegí a este hombre sobre ellos. Sigo eligiéndolo, incluso cuando su ausencia duele.

Cuando Alexei regresa de las ejecuciones, lleva una salpicadura de sangre en el cuello de la camisa. Me pican los dedos por limpiarla, esa intimidad de cuidar de él después de la violencia.

—Deberías estar muerto —le dice Alexei a Kaz, volviendo a plantarse frente a su primo atado—. Por cada ley de nuestra familia, te lo ganaste.

Kaz se ríe, quebrado y amargo. —Entonces hazlo. Termina lo que empezaste.

—No. —La palabra sorprende a todos, incluso a mí—. Querías a Mikhail. Todo lo que hiciste, el odio, la traición, vino de ese amor.

—Entonces sabes que yo tenía RAZÓN.

—Sé que estabas equivocado. Igual que yo. —La voz de Alexei resuena por el salón—. No te voy a matar por amar a nuestro hermano. Pero tampoco voy a dejarte quedar. Exilio. Tienes cuarenta y ocho horas para salir del país. Si vuelvo a ver tu cara, en cualquier parte, en cualquier momento, yo mismo te meto una bala.

Cortan las ataduras de Kaz y él se levanta despacio, mirándome con puro odio. —Ella te va a destruir, igual que destruyó a Mikhail. Es lo que hacen las mujeres Rosetti. Nos hacen amarlas, y luego nos ven morir por ello.

Hablo por primera vez desde que entré al salón: —El único que destruía a los Volkov era Viktor. Estás demasiado ciego de dolor para darte cuenta.

Se va, llevándose su derrota al exilio, pero algo en su mirada promete que esto no ha terminado de verdad.

El salón no se vacía rápido. Los hombres de Alexei se mueven con eficiencia entrenada, pero seis cuerpos toman su tiempo. Miro desde mi lugar junto a la tarima mientras los envuelven en lona y los sacan por la entrada lateral, donde espera un camión. El capitán más viejo —el que se persignó—supervisa la limpieza, con el rostro tallado del mismo granito que estas paredes.

Debería ayudar. Debería hacer algo más que estar aquí catalogando detalles como me enseñó Nico. Pero la mano de Alexei encuentra la parte baja de mi espalda, cálida y firme, y entiendo: mi tarea ahora es dejarme ver. Estar a su lado mientras sus hombres procesan lo que acaba de ocurrir. La mujer del pakhan, imperturbable ante la violencia necesaria.

No es mentira. He matado más silenciosamente que esto, en las sombras, donde nadie vio. Esta exhibición pública es distinta—casi ceremonial—pero la sangre huele igual. Los cuerpos caen del mismo modo. No me horroriza. Estoy… recalibrando. Aprendiendo la forma de esta vida nueva que elegí.

Cuando el salón se vacía y limpian la sangre, Alexei se para en la ventana mirando hacia su complejo. Ahora sí es suyo. La luz de la tarde acaricia los planos de su rostro, sin suavizarlos en lo más mínimo. Parece agotado de una manera en la que nunca lo había visto—no físicamente, sino en un lugar más profundo. El precio de matar hombres que sirvieron a su padre, aunque fueran traidores, aunque fuera por las razones correctas.

Deslizo mi mano dentro de la suya, y él la cubre de inmediato, su pulgar acariciando mis nudillos.

Me tiemblan las manos. No de miedo, sino por el peso de todo esto. —¿Es demasiado? —pregunta en voz baja, sintiendo el temblor.

—No —le digo, y lo siento de verdad—. Solo… estoy asimilando en quién me he convertido.

—¿Y quién es esa?

Pienso en la pregunta. La Sofia que se sentaba en la mesa de su padre hace once años, inocente y enamorada, ya no está. También se fue el Arma que mataba a oscuras y fingía ser normal en las cenas de domingo. La mujer que está aquí es alguien nueva—alguien que vio ejecuciones y no sintió horror, sino reconocimiento. Que eligió a un hombre por encima de su sangre y lo haría de nuevo.

—Alguien que te vio ejecutar a seis hombres y pensó en cómo Dante habría apreciado tu eficiencia. —Giro nuestras manos para entrelazar los dedos—. Eso es en lo que me he convertido.

Su risa es suave, sorprendida. —¿Tu hermano criticaría mi técnica?

—Diría que en el tercer disparo te delataste un poco. Tensión en el hombro. —No sé por qué hablo de esto—de Dante, de técnica—excepto porque es verdad. Así proceso todo esto. Los detalles. El análisis. Ese marco clínico que mantiene todo bajo control.

Alexei se vuelve para estudiarme, algo cambia en su expresión. —Estás pensando en ellos.

—Siempre estoy pensando en ellos.

No ofrece consuelos vacíos. Solo espera, su pulgar sigue trazando círculos lentos sobre mis nudillos.

—Nico me tomó la mano —digo—. Cuando les enseñabas los documentos a Marco. Él solo… se acercó y la tomó. No dijo nada. —La garganta se me cierra—. Siempre sabe lo que necesito antes que yo.

—Él te ama.—

—Todos lo hacen. Incluso Luca, a su manera.— Pienso en Alex, incapaz de mirarme a los ojos. En la comprensión silenciosa de Dante al otro lado del salón. En la furia de Marco, que en realidad solo era dolor vestido de armadura. —Y yo me fui.—

—Fuiste hacia algo. Eso es diferente.—

—¿De verdad?—

Él no responde. Permanecemos en silencio un largo momento, observando cómo sus hombres se mueven por el complejo abajo. Equipos de limpieza, guardias regresando a sus puestos, la maquinaria habitual del poder reanudándose tras la violencia. El sol ya ha comenzado a descender, bañando todo de ámbar y oro.

—¿Y ahora qué pasa?— pregunto al final.

—Ahora reconstruimos. La familia, el negocio, todo lo que Viktor corrompió. Pero te necesito, Sofia. No como trofeo ni posesión, sino como compañera.—

Él se vuelve completamente hacia mí, y su voz baja a ese tono que hace que mi cuerpo reaccione, incluso después de todo lo que hemos presenciado hoy. —La esposa, si me aceptas.— Su pulgar recorre mi dedo anular, y tiemblo ante la promesa de ese simple contacto.

—¿Me estás preguntando algo, Alexei Volkov?—

—Todavía no.— Sus ojos claros se anclan en los míos, y lo veo ahí: el futuro que imagina. —Algún día, cuando no haya sangre en el suelo ni fantasmas en la habitación, te lo pediré como se debe. De rodillas, si así lo quieres.— Sus labios se curvan, apenas. —Algún día. Pero solo si tú lo quieres. Solo cuando estés lista.—

—Pídemelo algún día,— le digo, sintiendo cómo mi pulso se acelera ante el fuego de su mirada. —Verás lo que respondo.—

Su mano se desliza de la mía a mi cintura, atrayéndome hacia él. Yo voy sin resistencia, apoyando mi mejilla en su pecho, escuchando su corazón. Firme. Fuerte. El corazón de un hombre que acaba de ejecutar traidores y ya piensa en anillos.

—No te merezco,— murmuro contra su camisa.

—Probablemente no. Yo tampoco te merezco a ti.— Su barbilla descansa sobre mi cabeza. —Podemos ser indignos juntos.—

Más tarde, mientras permanecemos juntos viendo el atardecer sobre el complejo, su brazo alrededor de mi cintura, sosteniéndome contra su costado, no puedo evitar pensar en mis hermanos.

—Los voy a extrañar,— digo. —Todos los días.—

—Lo sé.—

—Marco solía venir a verme en la noche. Después de la masacre, cuando las pesadillas eran peores. Solo se sentaba en la puerta hasta que yo volvía a dormir. Nunca decía nada. Solo… estaba ahí.— El recuerdo vuelve, tan afilado y preciso que dejo que duela. —Tenía veintidós años, acarreando diecisiete funerales, y aun así se sentaba en mi puerta.—

El brazo de Alexei se tensa a mi alrededor.

—Nico me enseñó a disparar. Luca me enseñó a pelear sucio. Dante…— Mi voz se quiebra.—Dante me enseñó a escuchar. A leer el silencio. Pasaba horas solo sentado conmigo, contándome historias con señas, y aprendí que no todo son palabras.— Me aferro más al costado de Alexei, necesitando su calor.—Alex solía colarme helado después de la cena. Decía que era nuestro secreto, como si no supiera que lo hacía por todos.—

—Sofia…—

—No te pido que lo arregles. Solo necesito… decirlo. En voz alta. Que tuve todo eso, y aún así me fui. Tal vez algún día me perdonen y pueda volver a ser parte de la familia.—

—Tal vez. El tiempo sana. O no. Pero no lo enfrentarás sola.—

Pienso en la silla vacía en la mesa de los Rosetti, la que espera a una hermana que eligió el amor en vez de la sangre. Marco me dio una elección. Ellos o él. Y yo elegí a Alexei. Ese dolor pesa incluso ahora que estoy aquí, apretada contra el hombre que amo, sintiendo su corazón a través de la tela.

Ahora cargo con todo. La muerte de mi padre, el amor de Mikhail, los rostros de mis hermanos cuando me marché, la crueldad de Viktor, la redención de Alexei, mis propias decisiones imposibles. Memoria de sangre, como decía mi madre. Las cosas que llevamos en los huesos.

—Te amo, Alexei Volkov,— le digo, apretándole la mano.

—Te amo, Sofia Rosetti. Pronto serás Sofia Volkov, si de mí depende.—

—Tan posesivo,— murmuro, pero me pego más a él, necesitando su calor sólido.

—Siempre.—

Aquí, de pie, su mano en la mía, la sangre todavía secándose en el piso del salón de reuniones, la ausencia de mis hermanos doliendo como un miembro fantasma, por fin lo siento. El clic de convertirme en quien estaba destinada a ser. No solo suya, aunque mi cuerpo siempre responderá a él como si me perteneciera. Sino también mía. Sofia Rosetti, la que eligió el amor sobre la sangre y vivirá con el triunfo y la pena de esa elección para siempre.

Suya.

Y, finalmente, increíble y perfectamente, mía.

33 - Epílogo: Nico

Tres semanas después

Cuatrocientos doce.

Cuatrocientos trece.

Cuatrocientos catorce.

La barra de dominadas se clava en mis palmas, la piel ya está en carne viva desde las primeras trescientas. Mis hombros arden. Mis dorsales gritan. Sigo adelante.

Cuatrocientos quince.

Sofia solía llamar a esto mi "modo de procesamiento". Cuando las palabras fallaban y los sentimientos no tenían salida, me colgaba de una barra y jalaba hasta que mis músculos se rendían antes que mi mente. Ella lo entendía, incluso cuando los demás no. Entendía que algunos hombres se desmoronan en la quietud, y que la única forma en que sigo entero es a través de la destrucción controlada de mi propio cuerpo.

Cuatrocientos dieciséis.

Lleva tres semanas lejos. Salió del complejo con la mano entrelazada en la de Alexei Volkov, y la dejé ir. La vi marcharse y no dije nada porque, ¿qué había que decir? Ella eligió. Yo le enseñé a tomar decisiones difíciles, a comprometerse por completo una vez tomada una decisión. Jamás imaginé que elegiría irse de nuestro lado.

Cuatrocientos diecisiete.

Mis brazos se rinden en la repetición número cuatrocientos veintitrés. Caigo al suelo de concreto de mi departamento, el pecho agitándose, el sudor acumulándose debajo de mí. El ardor es bueno. Puro. Más fácil que el hueco que dejó mi hermana menor.

La luz del amanecer se cuela por la única ventana, pintando un rectángulo gris sobre el piso gris. Mi departamento es lo que parece: un sitio para dormir entre misiones. Colchón en el suelo, esquinas militares. Un estante de pesas. La barra de dominadas que instalé yo mismo, atornillada en una viga de carga. Una pequeña cocina que

casi no uso—proteína en polvo, huevos, agua. Nada de arte en las paredes. Ninguna fotografía. Nada suave.

Marco lo llama "monk cell". Luca dice que es "deprimente como el carajo". Sofia solía traer plantas cada vez que venía, convencida de que podía hacer el espacio más habitable. Todas morían en una semana. No tengo lo que se necesita para mantener vivas las cosas suaves.

Me ducho con agua tan fría que me duelen los dientes. Otra forma de disciplina. La comodidad alimenta la complacencia, y la complacencia mata. Eso me lo enseñó el ejército. Ocho años de Marine, cuatro de despliegue, dos en Reconocimiento de Fuerzas antes de regresar a casa y encontrar a mi familia rota y a mi hermanita convertida en el fantasma de la niña que dejé atrás.

Así que la transformé en alguien capaz de sobrevivir. Le enseñé a disparar, a pelear, a mentir con todo el cuerpo. Le enseñé a matar, cuando hizo falta. La convertí en un arma porque las armas no se quiebran como la gente.

Y aun así, se fue de nuestro lado, de la mano del enemigo.

Me visto a oscuras: pantalón táctico negro, camiseta negra, botas para correr o pelear. Mi cuerpo sigue la rutina sin que tenga que pensarlo. Cuatro años en este mismo departamento, la misma secuencia cada mañana, y podría hacerlo con los ojos cerrados. Lo he hecho a oscuras, en esos días en que los dolores de cabeza de mi último despliegue hacían que la luz se sintiera como agujas de hielo.

El desayuno son seis huevos revueltos, sin condimentos. Un batido de proteína que sabe a gis y arrepentimiento. Como de pie en la barra porque sentarme solo a la mesa se siente como admitir algo que no estoy listo a aceptar.

Mi celular vibra. Marco.

Pienso en no contestar. Es domingo. Incluso los soldados tienen derecho a un día de descanso, y llevo tres semanas supervisando la seguridad mientras la familia asimila lo que significa la partida de Sofia para nuestras alianzas, nuestras vulnerabilidades, nuestro futuro. Estoy cansado de formas que no tienen nada que ver con las cuatrocientas veintitrés dominadas.

Pero también soy un Rosetti, lo que significa que respondo cuando el Don llama.

—¿Qué pasa?

—A mi oficina. En una hora.— La voz de Marco es seca, de negocios. —Tengo un trabajo para ti.

—Ya estoy haciendo como doce cosas.

—Delegas. Este es prioridad.

Algo en su tono me tensa los hombros. No es peligro, exactamente—sé cómo suena Marco cuando hay una verdadera amenaza. Esto es otra cosa. Algo que no está diciendo.

—¿Qué tipo de trabajo?

Hace una pausa. Eso no es propio de Marco. Mi hermano no duda; decide y actúa. El hecho de que esté buscando palabras me dice que no me va a gustar lo que venga.

—Servicio de protección—, dice al fin. —Un VIP. Largo plazo.

—No soy niñero.

—Ahora sí lo eres.— Hay un dejo de humor negro en su voz que me gusta todavía menos que la vacilación. —Una hora, Nico. No llegues tarde.

Cuelga antes de que pueda discutir.

Me quedo mirando el teléfono un buen rato. Servicio de protección. Un VIP. El tipo de encargo que solemos dar a los chicos nuevos, los que aún están construyendo reputación. No es insulto, pero tampoco es un cumplido.

A menos que el VIP sea alguien lo suficientemente importante como para necesitar a un operador veterano. Alguien vinculado con la familia, o con algún trato que Marco esté negociando. Alguien cuya seguridad tenga implicaciones políticas más allá de solo mantener con vida un cuerpo.

Guardo las conjeturas y me concentro en lo que puedo controlar: llegar preparado. Una hora me da tiempo de revisar mis armas, checar los archivos que Marco mande y mentalizarme para la curva que mi hermano está a punto de lanzarme.

El complejo Rosetti está a veinte minutos. Llego en quince, porque las leyes de tránsito son sugerencias y hoy no estoy de humor para ser paciente. Los guardias en la entrada me dejan pasar sin revisar el ID. Uno de los pocos privilegios de ser jefe de seguridad de la familia: todos conocen mi cara y saben que no deben detenerme.

La oficina de Marco está en el segundo piso, con vista al patio donde jugábamos de niños. Recuerdo a Sofia ahí abajo, tal vez de diez años, tratando de seguirle el ritmo a sus hermanos mayores. Terca ya entonces. Negándose a llorar cuando se caía, levantándose

con las rodillas peladas y una mueca que retaba a cualquiera de nosotros a decir algo.

Dejo el recuerdo a un lado y toco la puerta.

—Adelante.

Marco está sentado tras su escritorio, luciendo casi tan cansado como yo me siento. El sillón del Don le sumó una década en un solo año; perder a Sofia le sumó otra década en tres semanas. Pero sus ojos siguen tan afilados como siempre cuando me hace señas para que tome la silla frente a él.

—Cierra la puerta.

Obedezco, luego me siento. Espero.

Marco desliza una carpeta por el escritorio. Delgada. Solo unas cuantas hojas.

No reconozco el nombre, pero la dirección en Miami me dice suficiente. Esto está fuera de nuestro territorio. Muy fuera.

—¿Quién es ella?

—Está conectada con personas con las que estamos haciendo negocios. Eso es todo lo que necesitas saber por ahora.— La mandíbula de Marco se tensa. —Ha estado recibiendo amenazas. Amenazas serias. Alguien quiere usarla como moneda de cambio, y las personas que deberían protegerla no son de fiar.

—Así que confían en nosotros.

—Confían en *ti*. Específicamente.— La expresión de Marco se complica. —Ella es… difícil. Son sus palabras, no las mías. Quieren a alguien que no pueda ser manipulado ni encantado. Alguien disciplinado.

—¿Por qué yo?

—Porque eres el único en quien confío para que esto no empeore.

Abro la carpeta.

La foto de arriba detiene mi mano a mitad de movimiento.

Es hermosa. Es lo primero que noto, y odio notar eso. Cabello dorado cayendo sobre hombros desnudos. Una sonrisa que promete problemas. Ojos color miel, inclinados hacia la cámara con una expresión que solo puedo describir como *atrevida*. Está en algún tipo de club, por la iluminación, lleva un vestido que es más una sugerencia que una prenda, una copa de champaña levantada en un brindis hacia quien la fotografía.

Paso a la siguiente página. Una impresión de un tabloide. El titular grita algo sobre “HEREDERA DE FIESTA HASTA EL

AMANECER”—no me molesto en leer el resto.

Página siguiente. Otro tabloide. Fin de semana salvaje en yate. Fotos exclusivas. Más piel que ropa.

Página siguiente. Un blog de chismes. “¿QUÉ HIJA DE MILMILLONARIO FUE VISTA SALIENDO DE UN CLUB A LAS 4 AM CON *DOS* ACOMPAÑANTES?”

Cierro la carpeta.

—No.

Marco alza una ceja. —No era una petición.

—Busca a alguien más. No voy a pasar mis días persiguiendo a una princesita fiestera por Miami mientras se gasta el dinero de papi y suma seguidores en Instagram.

—Nico—

—Hablo en serio.— Le empujo la carpeta por el escritorio. —Esto es cuidar a una niña malcriada. Dáselo a alguien que necesite llenar el currículum. Yo tengo asuntos reales de seguridad que manejar. Vulnerabilidades en la red, amenazas que evaluar, una familia que todavía está sangrando por—

Me detengo. No digas su nombre.

La expresión de Marco se suaviza un poco. Solo por un momento. Luego vuelve el Don, todo negocios.

—Esto importa, Nico. No te mandaría si no fuera importante. Manténla viva, mantenla fuera de los tabloides y no preguntes quién es ni por qué necesita protección. Cuanto menos sepas, más limpio será todo.

No me gusta. Nada de esto me gusta. Pero Marco nunca me ha llevado por mal camino.

—Manda a Tommaso. Es bueno.

—A Tommaso le falta tu paciencia.

Casi me río de eso. —¿Crees que tengo paciencia para *esto*?— Doy un golpecito en la carpeta. —¿Para una mujer que cree que las cuatro de la mañana es una buena hora para dormir y que la ropa es opcional?

—Creo que eres el único que no terminará en su cama o en un tabloide.— La voz de Marco se endurece. —Necesito a alguien que no pueda ser seducido, sobornado ni encantado. Alguien que no se deje deslumbrar por el estilo de vida ni tentar por los accesos. Ese eres tú, Nico. Te guste o no.

—No me gusta.

—Anotado.— Me empuja la carpeta de nuevo. —Tu vuelo sale mañana a las seis de la mañana. Estarás radicado en Miami mientras dure esto. Te conseguí un departamento cerca de su residencia. Los detalles están en el archivo.

No recojo la carpeta. —¿Cuánto tiempo?

—El necesario para neutralizar la amenaza.

—Eso puede tomar meses.

—Sí.

Marco se reclina en su silla, estudiándome. —Hay algo más. Mientras estés allá, necesito que revises un lugar llamado La Sirena. Es un cabaret—de lujo, solo para socios. Tenemos intereses en ese lugar.

—¿Qué tipo de intereses?

—Del tipo en que invertimos mucho y quiero asegurarme de que nuestra inversión esté siendo manejada como debe.— Hace un gesto con la mano. —Tendrás acceso total. Úsalo si necesitas una base de operaciones, o solo mantén vigiladas las cosas. Avísame si notas algo raro.

Un cabaret. En Miami. Justo el tipo de excesos que he evitado toda mi vida adulta.

—¿Algo más? ¿Quieres que aprenda a bailar salsa mientras estoy allá?

—No me tientes.

Pienso en mi apartamento. La barra de dominadas. Las paredes grises y los pisos grises y las mañanas grises que se han vuelto mi vida desde que Sofia se fue. Quizás Marco tiene razón. Tal vez necesito un cambio de aires, aunque ese cambio venga con una socialité bañada en champaña y un cabaret reluciente que también tendré que cuidar.

O tal vez esta es su manera de sacarme de Chicago. Alejarme del fantasma de nuestra hermana, de la silla vacía en las cenas familiares, del recordatorio constante de lo que perdimos.

De cualquier manera, no tengo opción. Cuando el Don da una orden, la cumples. Incluso cuando el Don es tu hermano y la orden es una estupidez.

Tomo la carpeta.

—Si se mata haciendo alguna estupidez, no será mi culpa.

—No lo hará.— Los labios de Marco se curvan, lo más cerca que ha estado de una sonrisa en días. —Dicen que es más lista de lo que

parece.

—Claro.— Vuelvo a abrir la carpeta, miro esa sonrisa de champaña, esos ojos que lo saben todo. —Y seguro es una monja encubierta que pasa sus fines de semana en comedores comunitarios.

—Solo trata de no matarse mutuamente.— Casi se le borra la sonrisa a Marco. —Necesito que esto salga bien, Nico. Y necesito que tú lo logres.

Cierro la carpeta y me pongo de pie. No hay nada más que decir. Dio la orden; la voy a cumplir. Es lo que hago. Es lo que siempre he hecho.

En la puerta, la voz de Marco me detiene.

—Nico.— Hace una pausa. —Ella no es Sofia. No esperes que lo sea.

No me doy la vuelta.

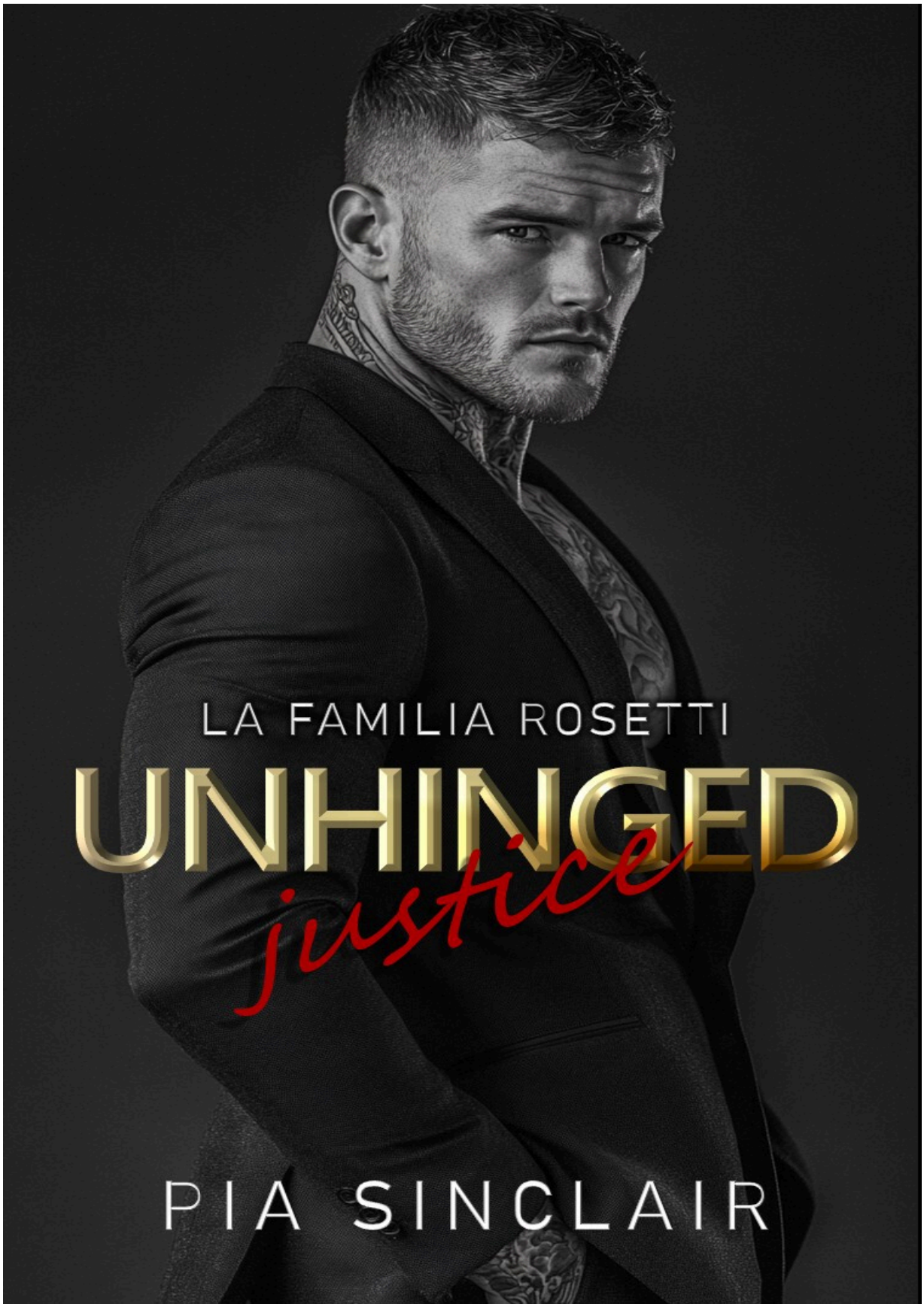
—Sé exactamente lo que es,— digo, y salgo con la carpeta bajo el brazo y un dolor de cabeza ya formándose detrás de los ojos.

Princesa fiestera. Recurrente en los tabloides. Dolor de cabeza profesional.

Y un cabaret lleno de brillo y pecado.

Vuelo a Miami a las seis de la mañana.

Esto va a ser un desastre.


LA FAMILIA ROSETTI
UNHINGED
justice
PIA SINCLAIR

1 - Nico

El archivo reposa sin abrir sobre la mesa plegable, y ya estoy contando los días para que esta misión termine.

El avión privado comienza su descenso hacia Miami y, a través de la ventanilla, observo cómo se despliega la costa: agua resplandeciente y palmeras, un exceso que se cocina bajo un sol que nunca sabe cuándo retirarse. El calor emana del asfalto incluso desde aquí arriba; ondas visibles que distorsionan el aire como si toda la ciudad estuviera borracha de su propia fiebre.

Veinticuatro días desde que Sofía se fue. Tres semanas de esa silla vacía en la cena del domingo. Veinticuatro noches preguntándome si la alejé al volverla demasiado dura, o si fallé al no hacerla lo suficientemente fuerte.

Me duelen las manos por el entrenamiento de esta mañana. Trescientos veintitrés levantamientos en barra; la piel aún está viva a pesar de los callos. El dolor es bueno. Limpio. Es mejor que pensar en la tarea que tengo por delante.

El avión aterriza casi sin sacudidas. Aviación privada, otro lujo que ni necesito ni quiero. Pero Marco insistió. La familia Rosetti viaja con estilo, incluso cuando el encargo es poco más que ser un niñero de lujo.

En el auto desde el aeropuerto, finalmente vuelvo a abrir el archivo de Marisol Delgado. El chófer, algún recurso local que Marco organizó, tiene el aire acondicionado tan fuerte que puedo ver mi aliento, librando una guerra contra el calor de septiembre en Miami que, de todos modos, se filtra por las ventanas. Extiendo las fotos sobre el asiento de cuero. Cada una es un desastre de tabloide. Aquí está ella a las cuatro de la mañana, con el rímel corrido, siendo sacada de algún club por el personal de seguridad. Aquí, con el vestido subido hasta las caderas, desmayada en la parte trasera de una limusina. Otra la muestra en un yate, con una botella de champaña en la mano, prácticamente desnuda, rodeada de gente

cuyos rostros están borrosos. Cortesía profesional para quien sea que esté pagando.

Cada foto cuenta la misma historia: borracha, drogada o ambas cosas. Fuera de control. Una responsabilidad civil envuelta en ropa de diseñador.

Le envío un mensaje de texto a Marco: —Aterricé. Estableceré contacto esta noche.—

Su respuesta es inmediata: —Trata de no aterrorizarla en los primeros cinco minutos.—

No me digno a responder a eso. En su lugar, estudio sus patrones. La Sirena todas las noches, como un reloj. Ella es la dueña del lugar, heredado de su madre, según el archivo. Es allí donde la encontraré.

El auto se detiene frente al club justo cuando el sol se desangra sobre la bahía de Biscayne. Me acerco como lo haría a cualquier zona de combate. Primero anoto las salidas, cuento la seguridad visible, identifico amenazas potenciales. Dos puntos de acceso principales, tres salidas de servicio, acceso a la azotea si la situación se deteriora. Cuatro guardias en mi sector inmediato, probablemente seis más adentro. El servicio de valet significa vehículos bloqueando posibles rutas de exfiltración.

El lugar en sí es puro glamour Art Déco restaurado, líneas curvas y detalles dorados que captan la luz agonizante. Una pequeña placa de bronce dice —Solo Miembros—, pero el apellido Rosetti abre cualquier puerta que importe.

Dentro de La Sirena, el asalto a mis sentidos es inmediato. La luz dorada rebota en cada superficie. Espejos, copas de champaña, vestidos de lentejuelas. Una cantante de jazz entona melodías desde el escenario principal; su voz compite con las risas y el constante estallido de los corchos de champaña. El aire está cargado de perfume y de posibilidades, el tipo de atmósfera que hace que la gente crea que puede ser otra persona por una noche.

Me posiciono en la barra, de espaldas a la pared, con líneas de visión despejadas tanto a la entrada principal como a la escalera de caracol que sube al nivel de la mezzanina. Pido agua. El barman me mira como si lo hubiera ofendido personalmente.

Entonces la veo.

Marisol Delgado no baja la escalera caminando. Casi se cae por ella, sosteniéndose de la baranda con una risa demasiado fuerte, demasiado aguda, mientras su cabello brillante destella bajo las

luces. Su vestido dorado se le ha subido por los muslos y está descalza; perdió los zapatos en algún lugar de arriba. La copa de champaña en su mano se inclina peligrosamente, derramando un rastro por los escalones que capta la luz como diamantes esparcidos.

Es hermosa. Eso estaba en el archivo.

Lo que no estaba en el archivo: la forma en que mi cuerpo se queda completamente inmóvil al verla, un reconocimiento primitivo que hace que se me tense la mandíbula. La forma en que toda la sala se reorganiza en torno a su desastre. La gente gravita hacia ella incluso mientras intercambian miradas cómplices. Los miembros del personal se mueven para interceptar su camino, despejando obstáculos que ella ni siquiera ve.

Durante las siguientes dos horas, la observo trabajar la sala. —Trabajar— es un término generoso. Rebota de grupo en grupo como un huracán impulsado por la champaña. Tocando a todos, dejando que todos la toquen, subiéndose a una mesa para bailar hasta que el personal de seguridad la persuade para que baje como si estuvieran negociando con alguien en el borde de un precipicio. Su risa atraviesa la música, demasiado brillante, sus movimientos demasiado sueltos. Cuando besa a tres personas diferentes en el lapso de veinte minutos, de forma desordenada, afectuosa y sin sentido, algo oscuro se enrosca en mi pecho... una preocupación táctica. Esas bocas sobre la suya son riesgos de seguridad.

Sus pupilas no están bien. No solo está borracha.

Desaparece en el baño a las diez y media. Cronometro el tiempo. Pasan veinte minutos antes de que emerja, de alguna manera más desaliñada que antes, el lápiz labial completamente desaparecido, los ojos vidriosos.

Cerca de la medianoche, un hombre mayor se acerca a su reservado. Cabello plateado, traje caro, sonrisa cálida. Parece el tío favorito de todo el mundo. Ella se ilumina al verlo, de forma torpe y genuina.

—¡Tío!— Se lanza a sus brazos, casi dejando caer su champaña. Él la sostiene, le susurra algo al oído que la hace reír. Cesar Vega, según mis archivos. La mano derecha de su padre. Algo en la forma en que la retiene un segundo de más hace que mi mano se desplace hacia donde debería estar mi Glock. Viejo hábito. No tiene nada que ver con la forma en que los dedos de él se demoran en su cintura.

Archivado para más tarde.

Para las doce y media de la mañana, se está deteriorando. Casi se cae dos veces en los últimos diez minutos. Alguien tiene que detenerla, pero nadie lo hará. Ella es la dueña del lugar.

Va a ser mía para protegerla. El pensamiento viene sin ser invitado, no deseado, con una finalidad que hace que se me tense la mandíbula. Mi responsabilidad.

Es hora de establecer contacto antes de que se convierta en una baja en mi primera noche.

Me muevo entre la multitud. La gente se aparta sin entender por qué. Algo en mi forma de caminar, tal vez, o el hecho de que mis ojos no se apartan del objetivo. Ahora está desplomada en el reservado, entornando los ojos hacia su teléfono como si la pantalla estuviera escrita en un idioma extranjero. Los aprovechados que la rodean tienen esa mirada perdida de la gente a la que le pagan por salir de fiesta.

No me nota hasta que estoy parado sobre ella.

Ella levanta la vista, parpadeando lentamente, tratando de enfocar mi rostro. —Me estás tapando la luz, guapo.— Las palabras se arrastran. —Además, pareces un policía. ¿Eres un policía? No servimos a policías.—

—Marisol Delgado.—

—Esa soy yo.— Levanta su copa en un saludo torpe, derramando champaña en su vestido. —Y tú eres…?—

—Nico Rosetti, señorita. Soy su nuevo personal de seguridad.—

La neblina se despeja, solo un poco. Algo más agudo surge debajo de las sustancias.

—Ay, ni de broma.—

Mueve la mano con desdén. —No necesito seguridad. Vete. Dile a Marco Rosetti, dile a quien sea, estoy bien. Completamente bien.— Gesticula ampliamente hacia sí misma, hacia las manchas de champaña, hacia sus pies descalzos. —¿Ves? Bien.—

—No estoy pidiendo su evaluación.—

Intenta ponerse de pie, se tambalea peligrosamente y se sostiene de la mesa. —Este es MI club. Puedo hacer que… que te echen.—

—Está a un tropiezo de morder el mármol, princesa.—

—Estoy SENTADA.— Se deja caer de nuevo en el asiento con la fuerza suficiente para hacer temblar la mesa. —Estoy sentada. A propósito. ¿Ves?—

La gente a su alrededor se ha evaporado como el humo. Reconocen los problemas cuando los ven.

—Me mudaré a su departamento esta noche—, le digo. —No está en discusión.—

—Absolutamente no.— Intenta levantarse de nuevo. Esta vez la agarro del codo antes de que se dé de bruces contra el suelo. Su piel está caliente bajo mi mano, y algo en mis entrañas se tensa. Una reacción que no quiero, que no necesito. Se zafa de un tirón, tropieza, se sostiene. —Todo está… todo está en discusión. ¿Sabes quién es mi padre?—

—La salud decadente de su padre es la razón por la que su protección ha sido subcontratada a personas que realmente pueden brindarla.—

Golpe directo. Incluso a través de la bruma, veo cómo impacta. Su rostro cambia. La máscara de fiesta se agrieta para mostrar algo herido debajo. Su padre. La enfermedad. Sus ojos se iluminan con lágrimas que no deja caer. Esas lágrimas me recuerdan a Sofia, aquella última noche, negándose a llorar incluso mientras se despedía.

—Fuera de mi club.— Su voz se quiebra.

—No.—

—Llamaré al personal de seguridad.—

—Llámalos. Ellos responden a su padre. Su padre tiene un acuerdo con mi familia.—

Se balancea ligeramente, esas lágrimas contenidas vuelven sus ojos luminosos. La chica fiestera se ha ido. Lo que queda está furioso y herido y demasiado intoxicado para ocultarlo.

—Tú no sabes nada sobre mí.—

—Sé que ha estado aquí desde las nueve de la noche. Sé que ha tomado aproximadamente once copas de champaña, más lo que sea que se metió en el baño a las diez y media. Sé que perdió sus zapatos en la mezzanina y no se dio cuenta durante una hora. Sé que casi se cae por las escaleras dos veces y de una mesa una vez.—

Ella me mira fijamente. Por un momento, el desafío flaquea. No está actuando. Se está ahogando. Y yo sé qué aspecto tiene alguien que se ahoga. Llevo veinticuatro días haciéndolo.

—Sé—, digo, más bajo, —que no va a llegar a casa sola esta noche. Y sé que eso no es algo nuevo.—

El silencio se extiende entre nosotros. A nuestro alrededor, la fiesta continúa. Risas y música y el incesante tintineo de las copas. Pero en nuestro reservado, solo está su respiración agitada y mi evaluación flotando en el aire.

Entonces levanta la barbilla. Obstinada. Con los ojos húmedos pero sin quebrarse.

—Bien.— Agarra una champaña fresca de un camarero que pasa, y se bebe la mitad de un trago. —Pero si vas a arruinar mi vida, lo harás bajo mis términos.—

Pasa rozándome y percibo un rastro de su perfume. Vainilla y coco, con la champaña debajo como si estuviera impregnada en su piel. El aroma me golpea más fuerte de lo que debería, me dan ganas de acercarme, de averiguar si sabe igual que como huele. Desecho el pensamiento. Su camino hacia la salida no es recto. Tropieza, se apoya en una columna de mármol, sigue adelante con la determinación de alguien que ha tenido demasiada práctica manteniéndose en pie cuando el mundo se inclina.

—Intenta seguirme el ritmo, soldado.—

Suelta las palabras por encima del hombro, arrastradas pero aún así desafiantes. Reconoce lo que soy. La postura, tal vez, o la forma en que evalúo las amenazas. O tal vez sea solo una suposición afortunada de una chica borracha que ha visto suficiente personal de seguridad como para conocer el tipo.

Se abre paso entre la multitud como un barco en una tormenta, inclinándose peligrosamente pero logrando mantenerse a flote de alguna manera. La sigo a tres pasos de distancia, lo suficientemente cerca para atraparla si se cae, lo suficientemente lejos para que pueda mantener la ilusión de independencia.

Afuera, la noche de Miami está cargada de humedad. Ella se queda en la acera, balanceándose ligeramente, buscando algo. Su auto, tal vez, aunque Dios sabe que no debería manejar. El valet se acerca y ella lo despacha con un gesto, casi perdiendo el equilibrio en el proceso.

—Voy a caminar—, anuncia a nadie en particular.

—No, no lo hará.—

Se gira para enfrentarme. Demasiado rápido. La sostengo con una mano en su codo, y de nuevo ese calor no deseado se enciende ante el contacto. —Tú no puedes…—

—Al auto —digo, dirigiéndola hacia su propio vehículo—. Ya hablé con su chófer. —Puede ir inconsciente atrás o consciente. Usted elige.

Ella se ríe, pero no hay humor en ello. —Vaya elección.—

Día uno con Marisol Delgado, y ya sé que esto no va a ser solo un desastre.

Va a ser una catástrofe en un vestido dorado, y acabo de suscribirme para ver cómo se desata. He estado en zonas de combate, he recibido fuego real, y nada me ha quitado el aliento como este desastre semiconsciente tropezando hacia mi auto.

En el auto, ya está hurgando con su teléfono, tratando de enviarle un mensaje a alguien. Probablemente para anular las órdenes de su padre, para que me despidan antes de que lleguemos a su penthouse. La luz de cortesía capta el rímel corrido bajo sus ojos, la mancha de champaña extendiéndose por su vestido, la forma en que sus dedos tiemblan mientras intenta enfocarse en la pantalla.

Me deslizo a su lado y le arrebato el teléfono de los dedos. Ella emite un ruido de protesta que se dispara directo a mi entrepierna. Ira y necesidad enredadas en un solo sonido desesperado.

—Eso es mío—, balbucea, tratando de alcanzarlo. Su cuerpo se inclina hacia mí con el movimiento, y percibo otro golpe de ese aroma a vainilla y coco, más fuerte ahora en el espacio cerrado.

Me guardo su teléfono. —Todo lo suyo es mío ahora, princesa. Cuanto antes lo acepte, más fácil será esto.—

Me mira fijamente, con las pupilas dilatadas por lo que sea que haya tomado, con los labios entreabiertos. El interior del auto se siente pequeño de repente, el aire entre nosotros cargado de algo peligroso. Por un momento, ninguno de los dos respira.

—Voy a hacer de su vida un infierno—, promete. A pesar de su forma de hablar arrastrada por la champaña, a pesar de los ojos vidriosos, hay acero debajo. Este pájaro herido todavía tiene garras.

Bien. Al menos no será aburrido.

2 - Marisol

El mundo no deja de girar, y hay un soldado en mi auto.

Apoyo la frente contra el cuero frío y suelto una risita. Una risita de verdad. Porque esto es absurdo. Toda esta noche es absurda. Fui a mi club para olvidar mis problemas y ahora me está secuestrando un hombre que parece que nunca ha sonreído en toda su vida.

—Usted no me está secuestrando —digo en voz alta, porque al parecer mi filtro del cerebro a la boca se ha disuelto por completo—. Usted está… secuestrando a la inversa. Llevándome a mi casa. Contra mi voluntad. Eso existe, ¿verdad?

Nico no responde. Por supuesto que no. Hablar con él es como hablar con una pared muy sentenciosa. Una pared alta y musculosa con cabello corto y oscuro.

—¡Carlos! —Golpeo la división—. Carlos, ¿me están secuestrando?

—No, señorita Delgado. —Carlos me ha visto mucho peor que esto. Carlos es un santo—. Va camino a casa.

—¿Ve? —Me giro hacia Nico triunfante, lo cual es un error porque al girarme el mundo da un vuelco—. No secuestrada. Solo… escoltada. Como una princesa. Una princesa muy borracha con un príncipe muy enojado.

—No soy un príncipe.

—¡Ay, Dios mío, habla! Carlos, anote esto. La estatua habló.

Mis pies descalzos se están congelando. ¿Cuándo perdí mis zapatos? Amaba esos zapatos. Eran Louboutins. Hacían que mis piernas se vieran increíbles. Ahora probablemente los lleva puestos alguna camarera con mejores decisiones de vida que yo.

—Descansen en paz, zapatos —digo solemnemente, presionando mi mano contra mi corazón—. Eran demasiado hermosos para este mundo.

—Los dejó en el nivel del entrepiso. —La voz de Nico es plana—. Aproximadamente a las 9:40 p. m.

Lo miro fijamente. Hay una línea profunda entre sus cejas oscuras y velludas. —¿Usted… cronometró cuándo perdí mis zapatos?

—Noté cuándo dejó de usarlos.

—Eso es… —busco la palabra—. ¿Aterrador? ¿Impresionante? ¿Creepresionante?

—Vigilancia.

—¡Es lo mismo! —Intento señalarlo acusadoramente, pero mi dedo no va exactamente a donde quiero—. Usted es Creepresionante y no me agrada.

Lo que sea que tomé en el baño me está pegando raro ahora. La champaña fue el cimiento; esto es el edificio haciendo un bailecito divertido. ¿Molly? Algo brillante que alguien me entregó. Su rostro ya desapareció de mi memoria. No importa. Nada importa excepto que mi boca sabe a suelo de discoteca y hay un hombre muy grande y muy silencioso catalogando cada uno de mis fracasos.

—Va a vomitar —dice él.

—Claro que NO. —Me enderezo, lo cual es un error. El mundo se inclina. Agarro la manija de la puerta—. Soy la viva imagen de la gracia y la elegancia.

—Tiene champaña en el cabello.

Mi mano vuela a mi cabeza. Ay, Dios, es cierto. Está pegajoso. ¿Cuándo pasó eso? ¿Me eché champaña en mi propia cabeza? Parece algo que yo haría. La Marisol del pasado toma decisiones terribles y la Marisol del presente tiene que lidiar con las consecuencias.

—Es un nuevo tratamiento de belleza —digo con toda la dignidad que puedo reunir—. Muy caro. Usted no lo entendería.

El auto se detiene. Estamos en casa. Mi edificio se alza, todo de vidrio y acero y juicio silencioso, igual que Nico Rosetti.

—Ustedes dos deberían ser amigos —le digo, señalando el edificio —. Tienen la misma personalidad.

Salir del auto es una aventura. Al parecer, mis piernas han decidido que ya no funcionan. Me tambaleo hacia un lado, me sostengo de la puerta, me tambaleo hacia el otro, y de repente hay una mano cálida bajo mi codo, estabilizándome antes de que muerda el pavimento.

—Estoy bien —anuncio—. Totalmente bien. El suelo está… agresivo esta noche.

—El suelo está inmóvil.

—El suelo es un MENTIROSO.

Eduardo, el portero, me saluda con una perfecta ceguera profesional. —Buenas noches, señorita Delgado.

—¡Eduardo! ¡Luz de mi vida! ¿Ha conocido a mi nueva sombra? Es alérgico a la alegría.

El rostro de Eduardo no se inmuta. Dios, amo a Eduardo. Debería darle un aumento. Debería darle un aumento a todo el mundo. Voy a comprarle regalos a todos y a dar una fiesta y…

Las puertas del ascensor se abren y Nico prácticamente me empuja adentro. Qué grosero.

—Es usted un grosero —le informo.

—Usted está intoxicada, señora.

—Estoy festiva. Hay una diferencia. —Me desplomo contra la pared de espejos e inmediatamente me arrepiento, porque ahora puedo verme desde diecisiete ángulos y parezco un mapache que se cayó en una fuente de champaña—. Oh, no.

—¿Qué?

—Soy espantosa. No me mire. Soy una criatura del pantano.

—He visto cosas peores.

—¡Eso no es reconfortante! ¡Es lo opuesto a reconfortante! —Intento arreglarme el cabello pero es inútil. Definitivamente tiene champaña. ¿Y eso es… escarcha? ¿De dónde salió la escarcha? —Soy una criatura del pantano cubierta de escarcha. Soy una criatura del pantano DISCO.

Las puertas del ascensor se abren. Busco a tientas en mi bolso de mano, lo cual es un error porque todo se sale. El labial rueda por el mármol. Mis llaves tintinean. Una bolsita que no debería tener se desliza hacia sus pies.

Ambos la miramos.

—Eso no es mío —digo.

Él recoge mis llaves sin decir palabra. No me las devuelve. Solo las sostiene como si estuviera confiscando contrabando a un niño pequeño.

—Eso SÍ es mío —digo, señalando las llaves—. Devuélvamelas.

—¿Qué piso?

—Usted ya sabe qué piso, maldito acosador Creepresionante.

Algo casi parecido a la diversión cruza su rostro. Casi. Como el fantasma de una expresión humana. Luego desaparece.

Abre mi puerta. Entra antes que yo. Empieza a revisar las habitaciones como si estuviéramos en una película de espías y pudiera haber asesinos escondidos detrás de mi colección de cojines de diseñador.

—¿Está buscando ninjas? —le grito, apoyándome en el marco de la puerta porque mantenerme de pie sin apoyo parece ambicioso—. Debo advertirle que estoy aliada con los ninjas. Tenemos un pacto.

—Despejado —dice él desde mi sala.

—¡Los ninjas están en el baño!

Él me ignora. Revisa el baño de todos modos. Regresa con cara de piedra.

—No hay ninjas.

—Son muy escurridizos. Es básicamente su especialidad.

Lo observo catalogar mi departamento. Las botellas de champaña. La ropa por todas partes. El caos general que es mi hábitat natural. Él no reacciona. Su cara es solo eso… cara. Neutral. Como si estuviera registrando datos para que su cerebrito de soldado los analice más tarde.

—Me está juzgando —digo.

—Estoy evaluando.

—Es lo mismo. —Me impulso desde el marco de la puerta y avanzo hacia la cocina, usando los muebles como puntos de apoyo. Sofá. Silla. Barra. Victoria—. Está ahí parado en mi cocina pensando: «qué desastre, qué catástrofe, por qué tengo que cuidar a este tornado humano».

—No pienso en esos términos.

—¿En qué términos piensa usted?

—Tácticos.

Encuentro el vodka en el congelador. Me sirvo un vaso con manos que solo tiemblan un poco. Me doy la vuelta para encararlo, levantando el vaso como en un brindis.

—Por la táctica —digo, y bebo.

Él no intenta detenerme. No me sermonea. Solo observa con esos ojos color avellana que lo ven todo.

—Debería beber agua —dice.

—Usted debería beber vodka. Le ayudaría con su… —señalo vagamente toda su situación—. Todo.

—No bebo estando de servicio.

—Usted SIEMPRE está de servicio. Ese es su problema. —Doy otro sorbo. El ardor es bueno. Familiar—. Tiene que aprender a relajarse, a divertirse, a soltarse el pelo. —Entorno los ojos hacia su corte militar—. Primero déjese crecer el pelo; luego, suélteselo.

—Lo consideraré.

—¿Eso fue un chiste? Ay, Dios mío. Anote esto. 4 a. m., el soldado hizo un chiste. Más o menos. Casi. Fue algo cercano a un chiste.

Me bajo del taburete para agarrar mi teléfono porque necesito música, necesito ruido, necesito algo más que este silencio opresivo y su presencia opresiva y mi propio cerebro opresivo…

Mi pie se engancha con nada. El mundo se inclina. Unas manos fuertes me atrapan, y por un segundo estoy presionada contra un pecho que es cálido y sólido y huele a canela, y luego me endereza como a un juguete que se tambalea.

—Lo siento —digo, y luego inmediatamente—: Espera, no. No lo siento. Usted está invadiendo mi hogar. Debería estar cayéndome sobre usted A PROPÓSITO como protesta.

—Lo tendré en cuenta.

Mis manos tiemblan demasiado para usar el teléfono. Se me cae. Él lo recoge, y me preparo para que confisque esto también, pero simplemente me lo devuelve. Nuestros dedos se rozan. Los suyos están firmes. Los míos no.

La música inunda el departamento. Fuerte. Con muchos bajos. Algo que puedo sentir en el pecho. Los pensamientos retroceden, solo un poco.

—¿Muy fuerte? —pregunto, pero no es realmente una pregunta.

—He escuchado cosas más fuertes.

—Déjeme adivinar. Zonas de guerra. Explosiones. Cosas muy masculinas.

—Algo así.

Me acurruco en mi rincón del sofá, aferrada al vodka como si fuera un peluche. Él sigue de pie. Por supuesto que sigue de pie. No creo que sepa cómo sentarse. Probablemente duerma de pie, como Mi caballo.

—¿Es usted un caballo?

—No.

—Se para como Mi caballo. Muy erguido. Muy… vertical.

—La mayoría de los humanos son verticales.

—Yo soy horizontal en este momento. Soy una rebelde. —No estoy horizontal; estoy algo diagonal, desplomada contra los cojines como un títere abandonado—. ¿Alguna vez simplemente… se acuesta? ¿Se permite ser un desastre? ¿Existe sin un propósito?

—No.

—Eso es triste. —Bebo más vodka—. Eso es lo más triste que he escuchado en mi vida. Debería intentarlo alguna vez. Ser un desastre. Es muy liberador.

—Paso.

—Usted se lo pierde. —Bostezo, enorme y nada refinada. El bajón está llegando. Puedo sentirlo: los bordes de todo volviéndose borrosos, la energía maníaca agotándose, dejando solo cansancio y el familiar dolor vacío—. Me voy a dormir. O a intentarlo. Usted debería… también dormir. En la habitación de invitados. Que es donde se quedará, supongo, ya que no se irá.

—Correcto.

—Es usted muy testarudo.

—Usted también.

—Sí, pero yo soy encantadora al respecto. —Me levanto pesadamente del sofá. El mundo se balancea, pero puedo hacerlo. He navegado borracha mis borracheras desde los diecisiete años. Memoria muscular—. No me asesine mientras duermo.

—No hay garantía.

Me detengo. Me giro. Él casi… CASI… parece que podría estar bromeando. Es difícil saberlo con las estatuas de la Isla de Pascua.

—¿Acaba de hacer otro chiste?

—Improbable.

—Es usted un misterio, Nico Rosetti. —Muevo una mano vagamente en su dirección—. Un misterio molesto, sentencioso y Creepresionante.

—Buenas noches, Marisol.

Es la primera vez que dice mi nombre. Solo mi nombre, sin el apellido, sin la formalidad. Suena diferente en su voz. Más suave. O tal vez sean las drogas y el alcohol hundiéndome finalmente.

—Buenas noches, mi caballo —digo, y me retiro a mi habitación antes de poder avergonzarme más.

El Xanax está en el gabinete de mi baño. Dos pastillas. Tal vez tres. Ya desarrollé tolerancia. Las tomo con agua del grifo, mirando mi reflejo en el espejo.

Criatura del pantano disco. Eso lo resume bastante bien.

Ni siquiera me quito el vestido. Simplemente caigo de cara sobre sábanas de seda que cuestan más que los autos de algunas personas y que probablemente huelan a champaña ahora porque definitivamente sigo teniendo champaña en el cabello.

Las pastillas empiezan a hacer efecto. Ese desvanecimiento familiar.

A través de la niebla, lo oigo moverse por mi departamento. No camina de un lado a otro; es demasiado decidido para eso. Está… haciendo algo. Revisando cerraduras. Evaluando. Siendo táctico.

Debería estar molesta. ESTOY molesta. Pero también…

Hay alguien despierto en mi espacio que no recibe un pago por ignorarme. Que contó mis tragos y cronometró mis descansos para ir al baño y me miró como si fuera un problema por resolver, sí, pero que también me miró.

Eso es lo que pasa en esta ciudad. Todo el mundo mira hacia otro lado. El portero, el personal, la gente que rumbea conmigo hasta las cuatro de la mañana; todos apartan la vista del desastre. Es más fácil así.

Él no apartó la vista.

No sé qué hacer con eso.

El Xanax me sumerge antes de que pueda descifrarlo. Lo último que pienso es: Canela. Huele a canela.

Y luego, mientras me hundo: ¿Por qué importa eso?

3 - Nico

He estado parado aquí durante tres minutos, viéndola respirar. No de una manera que haría que me arrestaran, sino de una manera que confirma que todavía es funcional. El leve subir y bajar de su pecho me indica que cualquier cóctel que haya mezclado anoche no ha detenido su sistema respiratorio. Por ahora.

No logró llegar a su habitación. El vestido dorado se le ha subido hasta la mitad del muslo, y está torcida en un ángulo que garantiza que se despertará sin poder girar la cabeza. Un pie descalzo toca el suelo. El otro está metido debajo de un cojín. Parece que cayó desde una gran altura y aterrizó aquí, un hermoso desastre de seda y rímel corrido.

Debería dejarla. Ella dejó clara la regla del dormitorio: fuera de los límites, prohibido entrar, ni siquiera si se está quemando. Pero si duerme así, se despertará con la columna vertebral como un signo de interrogación, y entonces no servirá para enfrentar cualquier amenaza que la esté rondando. Mantener el activo funcional es parte del trabajo. Eso es lo que me digo a mí mismo mientras cruzo hacia el sofá.

—Marisol —digo en voz baja, probando. Ella no se mueve. Intento de nuevo, más fuerte. Nada.

Está profundamente dormida. Es el tipo de inconsciencia que proviene de mezclar champaña con lo que sea que haya tomado en ese baño. El tipo que vuelve vulnerables a las personas.

Deslizo un brazo debajo de sus rodillas, el otro detrás de sus hombros. No pesa nada, todo es caos, codos afilados y tela costosa. Su cabeza cae contra mi pecho mientras la levanto, y murmura algo que no alcanzo a distinguir.

El camino hacia su habitación se siente más largo de lo que debería. Su puerta está entreabierta y la empujo con el hombro. El cuarto me golpea con su aroma: vainilla, coco, algo floral de fondo. Está concentrado aquí, impregnado en cada superficie. Hay ropa por

todas partes. Un sostén cuelga de una lámpara. Las joyas se enredan en el tocador como un caos costoso.

La deposito en la cama, e inmediatamente se encoge de costado, subiendo las rodillas. El movimiento es instintivo, protector. Incluso inconsciente, se está resguardando.

Su teléfono descansa en silencio sobre la mesa de noche. No hay notificaciones, lo que de alguna manera me inquieta más que si hubiera amenazas iluminando la pantalla. La ausencia de mensajes podría no significar nada. O podría significar que alguien está siendo cuidadoso.

Tiro del edredón de seda sobre ella, y suspira, hundiéndose más en la almohada. Sus labios se mueven, pero las palabras son un balbuceo. Podría ser “Creepresionante”.

Me quedo allí un momento, procesando. Me ha puesto un nombre. Inventó una palabra para mí. Me archivó en cualquier parte de su cerebro que clasifica el mundo a través del humor y el desvío.

Me retiro, cierro la puerta detrás de mí y me quedo en el pasillo tratando de entender por qué mi boca quiere curvarse hacia arriba.

Esto es un problema. No los nombres, esos son solo ruido. El problema es que casi sonrío.

Eso no sucede. No les sonrío a los clientes. No le sonrío al caos. Definitivamente no les sonrío a los desastres borrachos que huelen a vainilla e inventan palabras.

Necesito hacer dominadas hasta que este sentimiento desaparezca. Primero, unas pocas horas de sueño para poder funcionar mañana.

Las cinco de la mañana llegan como un sargento de instrucción, y mi cuerpo responde antes de que mi cerebro se conecte por completo. Las sábanas del cuarto de invitados son demasiado suaves. Algodón egipcio, probablemente. Todo en este apartamento es suave, excepto la mujer que es su dueña. Ella es puro borde afilado envuelto en seda.

El marco de la puerta sostiene mi peso sin quejas. Agarro la barra que instalé anoche mientras ella estaba inconsciente, siento la presión familiar contra mis palmas. Comienzan las dominadas. El conteo de hoy, empezando de cero.

Uno. Dos. Tres.

Sofía se fue hace veinticinco días. Los cuento como cuento las repeticiones, cada uno como un pequeño castigo. Ella eligió a Alexei

Volkov por encima de la sangre. Eligió el amor por encima de la familia. Una parte de mí lo entiende. La otra parte, la que la entrenó, la que la convirtió en algo capaz de sobrevivir, esa parte siente que fallé.

Cincuenta y uno. Cincuenta y dos.

¿La hice demasiado dura? ¿La alejé demasiado de quien debía ser? ¿O no la presioné lo suficiente, dejándola lo bastante blanda como para creer en cosas como el amor?

Ciento tres. Ciento cuatro.

Me arden los hombros, pero sigo adelante. Esta es mi meditación, mi oración, mi penitencia. Cuatrocientas veintitrés ayer. Hoy me esforzaré por más. Hoy me ganaré el agotamiento que hace imposible pensar.

Doscientos. Doscientos uno.

La unidad de aire acondicionado zumba, lo suficientemente fuerte como para ocultar pasos. Una vulnerabilidad. Cualquiera podría acercarse a su puerta sin que ella lo oyera. Lo archivo, otro riesgo que mitigar.

Movimiento en la estancia principal. Demasiado temprano para Marisol. No aparecerá antes del mediodía si sus patrones se mantienen. Me suelto de la barra, silencioso sobre mis pies descalzos, y me muevo a investigar.

No hay intrusos. Solo el apartamento mismo, contando su historia a través de los escombros.

Examino todo sistemáticamente. La cocina: siete botellas vacías de champaña alineadas en la encimera como soldados. El congelador contiene vodka, hielo y lo que alguna vez pudo ser comida, pero ha evolucionado en algo más. El refrigerador cuenta la misma historia. Más champaña, recipientes de comida para llevar realizando experimentos científicos, una triste lima que se ha rendido ante la vida.

La sala de estar: su bolso de mano sigue en el suelo, con el contenido esparcido. Recojo el labial, las tarjetas de crédito, y cuidadosamente no toco la pequeña bolsa que no es asunto mío.

Lo que más me interesa es la estantería. Las fotos tienen polvo, como si ya no las mirara y le hubiera ordenado a su empleada que no se acercara.

Una muestra a una mujer con los ojos color miel de Marisol y una sonrisa más suave. Su madre, según la estructura ósea. Hermosa de

esa manera que vuelve estúpidos a los hombres.

Otra foto me deja helado. Marisol, de unos diecisiete años, con una sonrisa genuina y brillante mientras se apoya en el hombro de un hombre joven. Cabello oscuro, ojos intensos, un brazo protector alrededor de ella. Su hermano, supongo. Esto es el antes: antes de que la madre muriera, antes de lo que sea que lo envió al sacerdocio, antes de que ella empezara a ahogarse cada noche.

Se ven felices. Reales. Nada parecidos al desastre que cargué a la cama hace cuatro horas.

Estudio la foto, tratando de reconciliar a esta chica con la mujer que conocí anoche. Algo la rompió. Algo específico y devastador, más allá de solo perder a su madre. Tal vez la ausencia del hermano es una herida por la que todavía sangra. Los hermanos ausentes pueden causar eso, pienso, con la mente volando hacia Sofía.

Un movimiento en la azotea me llama la atención a través de los tragaluces. No hay amenaza, solo pájaros matutinos. Pero me recuerda que hay todo un nivel más que asegurar.

La piscina privada de la azotea está impecable. Intacta. El agua refleja el cielo de antes del amanecer sin una sola onda. Tumbonas caras que nunca han sostenido un cuerpo. Una cocina exterior que nunca ha visto comida.

Tiene una piscina que nunca usa. En Miami. En un penthouse diseñado en torno a las vistas al agua.

Anoche evitó mirarla. De la misma manera que evita el silencio, evita la quietud, evita estar lo suficientemente sobria como para sentir aquello de lo que huye.

Entiendo la estrategia. Diferentes métodos, la misma guerra. Yo agoto mi cuerpo hasta que mi mente se apaga. Ella agota su mente hasta que su cuerpo se rinde. Ambos huyendo de fantasmas, solo que en direcciones opuestas.

Once de la mañana. La puerta del dormitorio se abre como una confesión.

Parece que la muerte se fue de juerga. Túnica de seda apenas atada, el maquillaje de anoche creando arte abstracto bajo sus ojos, el cabello desafiando varias leyes de la física y posiblemente amenazando a las aeronaves cercanas.

Me mira entrecerrando los ojos como si yo fuera personalmente responsable de la existencia de la luz del día. Se arrastra hacia la

cocina con la coordinación de una jirafa recién nacida. Se detiene cuando me ve en su isla, comiendo huevos.

El silencio se prolonga. Cuento: tres segundos, cuatro, cinco…

—Mi caballo vive —su voz suena como si hubiera hecho gárgaras con gravilla.

—Buenos días.

—¿Lo son? ¿Son buenos? —gesticula vagamente hacia toda su existencia—. Porque siento como si alguien me hubiera raspado del suelo de un club nocturno y me hubiera reanimado mal.

—También tienes ese aspecto.

Suelta una carcajada, genuina, sorprendida, y de inmediato se sujeta la cabeza. —Ay. Nada de risas. Las risas están canceladas. No tienes permiso de ser gracioso.

—No estaba siendo gracioso.

—Eso lo hace peor —se dirige a la cafetera como si fuera una operación militar compleja. Se queda mirándola—. ¿Por qué ya hay café?

—Yo lo hice. A las cinco.

—¿A las cinco de la MAÑANA? —se gira para mirarme, horrorizada—. Esa no es una hora real. Es un mito. Las cinco de la mañana es lo que pasa cuando te quedas despierta hasta tarde, no cuando te levantas.

—Es real. Te la pasaste durmiendo.

Se sirve café con manos temblorosas, lo bebe negro, hace una mueca como si el café la hubiera traicionado personalmente. —Este es café de castigo. Este café me odia.

—Es café militar.

—Por supuesto que lo es. Hasta tu café está enojado y sin alegría —toma otro sorbo de todos modos, una masoquista con una taza—. Espera. ¿Tú me llevaste a la cama?

Mantengo mi rostro neutral, tomo otro bocado de huevos.

Ella entorna los ojos. —Recuerdo el sofá. Definitivamente me desmayé en el sofá. Y ahora me desperté en mi cama. EXPLÍCATE.

—Estabas en una posición de sueño subóptima.

—¿Me CARGASTE? ¿A mi HABITACIÓN? ¿La habitación que está PROHIBIDA?

—Estabas inconsciente. La restricción no parecía aplicar.

—¡SIEMPRE aplica! ¡Eso es lo que significa prohibido! —pero se está sonrojando bajo el desastre de su maquillaje, y hay algo en su

voz que no es exactamente enojo—. Tú simplemente… me alzaste y… como si…

—Como un activo que necesitaba ser reubicado en una posición más adecuada.

—UN ACTIVO —deja la taza con demasiada fuerza, salpicando café—. Ahora soy un ACTIVO.

—Siempre has sido un activo. Por eso estoy aquí.

—Soy una PERSONA, pedazo de ridículo… —agita las manos, buscando un insulto que no llega—. Eres una… una BANANA TÁCTICA.

Parpadeo. Proceso. —¿Banana táctica?

—¡Tengo RESACA! Mis insultos no están funcionando bien. ¡Pero ya sabes a qué me refiero! —agarra un cruasán de una bolsa en la encimera—. No puedes simplemente cargar a la gente sin su consentimiento. Hay REGLAS.

—Tú pusiste reglas. Tu dormitorio estaba prohibido. No especificaste nada sobre protocolos de reubicación de personas inconscientes.

—PROTOCOLOS DE REUBICACIÓN DE PERSONAS INCONSCIENTES —levanta las manos, esparciendo migas de cruasán como confeti—. No puedo creer que esta sea mi vida ahora. Tengo una Banana Táctica en mi cocina hablando de protocolos de reubicación de personas inconscientes a las… —revisa el reloj del microondas—. ONCE DE LA MAÑANA, que también es demasiado temprano, para que conste.

—Anotado.

—¿Te estás riendo de mí?

—No.

—Tu cara está haciendo algo. Es MUY SUTIL, pero está haciendo algo.

—No sé a qué te refieres.

—Estás disfrutando esto. Estás disfrutando verme sufrir —me señala con lo que queda del cruasán—. Eres un sádista. Un sádista sin alegría, que hace café y reubica inconscientes.

—También anotado.

Termina de demoler el cruasán. Busca alrededor más carbohidratos que atacar. Empujo un plato hacia ella, el desayuno que pedí más temprano a través del servicio de conserjería del

edificio. Tuve que planear con anticipación ya que su refrigerador no contiene nada más que champaña y moho.

Mira el plato como si pudiera contener explosivos. —¿Qué es esto?

—Comida.

—Puedo VER que es comida. ¿Por qué está aquí? ¿Tú… tú me pediste el desayuno?

—Necesitas comer. Once copas de champaña y quién sabe qué más, nada sólido en tu sistema.

—Realmente las contaste. —Se deja caer en el taburete frente a mí, todavía sospechando, pero toma un trozo de pan tostado—. Esto es raro. Toda esta situación es rara. Lo sabes, ¿verdad? No eres normal.

—Me lo han dicho.

—¿Quién?

—Todo el mundo.

Ella suelta una risa nasal, luego hace una mueca de dolor. —Está bien. Está bien. Si vamos a hacer esto, si no puedo librarme de ti, necesitamos reglas. Reglas DE VERDAD. No tus vacíos legales de reubicación de personas inconscientes, banana táctica.

—Te escucho.

Se endereza, intentando mostrar autoridad a pesar de que parece haber perdido una pelea contra un tornado. —Regla uno: Mi habitación está fuera de los límites. REALMENTE fuera de los límites. Incluso si estoy inconsciente. Incluso si me estoy quemando. Llamas a la puerta. ESPERAS. No me llevas a ninguna parte sin mi consentimiento verbal explícito.

—¿Y si realmente te estás quemando?

—Entonces lanzas agua desde el UMBRAL.

—Eso parece ineficiente.

—ESAS SON LAS CONDICIONES. —Agita la tostada para enfatizar—. Regla dos: No comentas sobre lo que como, bebo o consumo de cualquier otra forma.

—No.

—¿Perdón?

—Mi trabajo es mantenerte viva. Comentaré sobre cualquier cosa que dificulte ese trabajo.

—Tu TRABAJO… —Toma un respiro visible, sometiendo su temperamento—. Bien. Puedes COMENTAR. Pero no puedes

DETENERME. Soy una adulta.

—Debatible.

—Voy a fingir que no dijiste eso porque es antes del mediodía y no he tomado suficiente café para cometer un asesinato. —Alcanza la cafetera y sirve más castigo en su taza—. Regla tres: Te disculpas cuando eres un imbécil.

—Eso parece razonable.

—Lo es. Soy una persona razonable.

—También debatible.

—¿Qué acabo de DECIR sobre ser un imbécil?

—Que debería disculparme. Lo haré, cuando lo sea.

Me lanza una mirada fulminante. Sostengo su mirada. Algo chisporrotea entre nosotros. No es calor, exactamente, sino fricción. Como el pedernal y el acero antes del fuego.

—Regla cuatro —digo yo, sumándome a este protocolo de creación de reglas—. Me dices si algo se siente mal. Incluso si no puedes explicarlo.

La energía de manía disminuye ligeramente. —¿Por qué?

—Porque alguien organizó que yo estuviera aquí. Alguien cree que estás en peligro. Hay una amenaza de la que quizás no seas consciente.

Por un momento, la máscara de chica fiestera se resbala por completo. Debajo hay alguien cansado y asustado y dolorosamente joven.

—Mi padre —dice ella en voz baja—. Solo es él preocupándose. Porque está… enfermo. Y cuando él no esté, los buitres acecharán.

No se da cuenta de que acaba de confirmar lo que sospechaba. Alguien está esperando a que Jorge Delgado muera. Alguien lo suficientemente cercano como para importar.

—Tal vez. Pero dímelo de todos modos. Si algo se siente mal.

Ella sostiene mi mirada, y veo que toma una decisión. Elige confiar, solo un poco.

—Bien —dice—. Te lo diré.

Su teléfono suena, destrozando el momento. La transformación es instantánea, la alegría vuelve a encenderse como si alguien hubiera accionado un interruptor.

—¡Tío Cesar! —Todo su cuerpo cambia, la tensión se funde en calidez—. No, estoy bien… Lo sé, me fui temprano porque… hubo una situación…

Me lanza una mirada, y no finjo que no estoy escuchando. Cada palabra importa. Cada reacción es un dato.

—Papá envió a alguien. Un guardaespaldas. De Chicago. Los Rosetti… Sí, lo SÉ… Es muy grande y está muy enojado y cuenta cuántos tragos tomo, es muy Creepresionante… —Se ríe de algo que él dice—. Ay, basta, tío, estoy BIEN. Estaré en el club esta noche… Lo prometo… Yo también te quiero.

Hay algo en el tono de Cesar, una nota que he escuchado antes en hombres que vigilan a las mujeres demasiado de cerca. Lo archivo junto a la forma en que la sujetó por demasiado tiempo en el club anoche. Los patrones se están formando.

Termina la llamada y algo se ha calmado en ella. La voz de Cesar es un punto de referencia, un ancla. La forma en que se ilumina con él, la forma en que caen sus hombros; esta es alguien en quien confía plenamente.

—Es cercano a ti —observo—. Tu tío.

—Él es el único que… —Se detiene. Reconsidera sus palabras—. Él se quedó. Cuando todos los demás se fueron. Él se quedó.

Las palabras caen como piedras en mi pecho. Lo archivo: el hambre desesperada en ella por alguien que se quede. La forma en que recompensa la lealtad con confianza ciega. Es una vulnerabilidad lo suficientemente grande como para atravesarla con un camión.

—Necesito ducharme —anuncia de repente—. Tengo trabajo real que hacer hoy, lo creas o no. Intenta no reordenar tácticamente mi baño mientras no estoy.

—Sin garantías.

Se detiene a mitad del paso. Se gira. Me mira con algo parecido al asombro.

—¿Acabas de hacer un chiste?

—Poco probable.

—Lo HICISTE. Van dos. Anótalo. "Día uno de Mi caballo viviendo conmigo, intenta tener humor".

Desaparece en su habitación y saco mi teléfono. El mensaje encriptado para Marco es breve: Contacto establecido. Objetivo asegurado. Instalado en la residencia. Alto riesgo de autodestrucción, baja conciencia externa. Confía en todos. Atento a amenazas.

La respuesta de mi hermano mayor es inmediata: Mantenla con vida. Actualización en 48 horas. Atento a movimientos cuando muera Jorge.

Cuarenta minutos después, emerge transformada. El desastre ha desaparecido, reemplazado por alguien que podría adornar portadas de revistas. Cabello peinado en ondas elegantes que captan la luz como oro hilado. Maquillaje impecable, el arte abstracto reemplazado por líneas precisas y sombras sutiles que hacen que sus ojos parezcan aún más color miel. Lleva un vestido blanco entallado, la tela se aferra de formas que hacen que se me tense la mandíbula. Los tacones de diseñador le añaden siete centímetros de altura, casi alcanzando la mía. Los aretes de diamantes captan la luz como pequeñas armas.

—Te ves diferente —digo.

—Eso se llama higiene. Deberías probarlo alguna vez. —Agarra un bolso lo suficientemente grande como para traficar cuerpos—. Voy a La Sirena. Hay reuniones. Cosas aburridas de negocios. Lo odiarás.

—Me las arreglaré.

En la puerta, hace una pausa. La armadura se desliza, solo por un momento.

—Me llevaste a la cama —dice. No es una pregunta.

—Sí.

—¿Por qué?

Considero varias respuestas. Me decido por la verdad táctica. —Habrías despertado con la movilidad comprometida. Fue práctico.

—Claro. Práctico. —Ella asiente—. Protocolos de reubicación inconsciente.

—Exactamente.

Pero me está mirando con esos ojos color miel, y hay algo complicado allí. Algo que me oprime el pecho.

—Eres raro, Mi caballo —dice finalmente—. Pero tal vez no... el peor.

—Un gran elogio.

—Que no se te suba a la cabeza. —Abre la puerta con más fuerza de la necesaria—. Intenta seguirme el ritmo.

Camina hacia el ascensor como si encabezara un desfile, todo confianza y caderas oscilantes y la determinación de un guerrero de fingir que todo está bien. La sigo a tres pasos, viéndola navegar por el pasillo con tacones que podrían servir como armas. No revisa las esquinas. No nota el punto ciego de la cámara cerca de la escalera. Hábitos de civil que podrían matarla si las amenazas se materializan.

Veinticinco días desde que Sofia se fue. Día uno de vivir realmente con la chica fiestera que inventa palabras y establece reglas que probablemente romperá y me llama Mi caballo como si fuera un apelativo cariñoso. Me ha puesto apodos. Múltiples apodos. Eso tiene que significar algo, aunque no estoy seguro de qué. Probablemente que confía con demasiada facilidad, demasiado rápido.

El ascensor llega y ella entra, ocupando más espacio del que su cuerpo requiere. Es un talento, esa habilidad para llenar una habitación, para hacer que todo orbite a su alrededor incluso cuando se está desmoronando.

—Me estás mirando —dice sin mirarme.

—Estoy evaluando.

—Es lo mismo. —El ascensor desciende y ella estudia su reflejo en las paredes espejadas—. ¿Parezco alguien que puede dirigir una reunión de negocios?

—Pareces alguien que podría dirigir un país pequeño.

Ella se gira, sorprendida. —¿Eso fue un cumplido?

—Una observación.

—Viniendo de ti, lo tomaré como un cumplido. —Las puertas se abren al vestíbulo y ella sale—. Intenta no asustar a nadie en el club. Algunos de nosotros realmente tenemos que trabajar con esta gente después de que regreses a Chicago y a tus flexiones enojadas.

La sigo por el vestíbulo, procesando sus palabras. Después de que me vaya. Ya está planeando mi ausencia, ya se está protegiendo de que alguien más se vaya.

El portero la saluda con la cabeza. —Que tenga un maravilloso día, señorita Delgado.

—Igualmente, Eduardo. Este es mi sombra. Estará por aquí. Procure que no lo intimide.

—Por supuesto, señorita Delgado.

Afuera, el calor de Miami golpea fuerte. Ella no se inmuta, solo se pone unas gafas de sol de gran tamaño y levanta la mano para pedir un taxi. Al parecer, Carlos no trabaja por las mañanas. Uno aparece de inmediato, otro talento de las mujeres hermosas en vestidos caros.

—Sabes —dice mientras nos deslizamos en el asiento trasero—, he estado pensando.

—Peligroso.

—Grosero. Pero probablemente acertado. —Le da al conductor la dirección de La Sirena—. He estado pensando por qué Marco Rosetti enviaría a su mejor soldado a cuidarme.

—Nunca dije que fuera el mejor.

—No tuviste que hacerlo. Es obvio. La forma en que te mueves, la forma en que observas todo, la forma en que contaste mis tragos desde el otro lado de una habitación llena de gente. —Se gira para mirarme, e incluso detrás de las gafas de sol, puedo sentir que me estudia—. Entonces, ¿por qué desperdiciaría a alguien como tú conmigo?

—Estás conectada a intereses comerciales.

—Mentira. —La palabra es alegre, como si comentara sobre el clima—. Soy un desastre que posee un club nocturno. Hay algo más en esto.

Es demasiado inteligente. Incluso con resaca, incluso interpretando a la chica fiestera, ve ángulos que otros pasan por alto.

—Tal vez me está castigando —digo.

—¿Por qué?

No respondo. No puedo hablarle de Sofía, de mi fracaso, de veinticinco días de dominadas que no han arreglado nada.

—O —continúa ella—, tal vez no te está castigando. Tal vez está tratando de ayudarte.

—¿Haciéndome cuidar a un tornado de Tattinger?

Ella sonríe. —¿Me estás dando un apodo lindo? Estoy conmovida. —El taxi se detiene frente a La Sirena.

Se baja antes de que yo pueda responder, dejándome pagando al conductor y preguntándome si Marco hizo exactamente lo que ella sugiere. Si me envió aquí no como castigo o misión, sino como algún tipo de prueba. O cura.

No, estoy aquí porque él le debe algo a Jorge Delgado. Punto.

La sigo hacia el club, viéndola transformarse de nuevo mientras se acerca a la entrada. Hombros hacia atrás, sonrisa brillante, toda una dueña en lugar del desastre que llevé a la cama hace ocho horas. Es buena en esto, en las máscaras, en la actuación.

Pero me puso apodos. Me llamó "no el peor". Me dejó entrar en su espacio, aunque se resistió.

La sigo a través de la puerta y la veo aceptar una bebida de algo rosado, y suspiro.

4 - Marisol

No duré ni un carajo antes de romper mis propias reglas. ¿Nada de comentar lo que consumo? Estoy a punto de entrar a mi club con resaca. ¿Nada de cargarme sin consentimiento? Secretamente espero que me atrape cuando inevitablemente me tambalee con estos tacones.

La Sirena se ve diferente a la luz del día, despojada de su glamur dorado, con todos los huesos expuestos y su potencial a la vista. También la amo así, quizás más. Sin la bruma del champán y las luces del escenario, es solo un hermoso edificio antiguo que recuerda las risas de mi madre. Anoche puse reglas. Hoy siento que las estoy rompiendo todas con el solo hecho de dejar que él me siga hasta aquí, al santuario de mi madre.

Entro por la puerta del personal con Nico pisándome los talones como la sombra más enojada del mundo. La cocina huele a lima y sofrito, anclándome en algo real. El caos familiar ya vibra con el trabajo de preparación, y me lanzo a mi rutina habitual: calidez genuina envuelta en chistes terribles.

—¡Miguel! —Rodeo con mis brazos al chef principal, que tolera mi afecto con una paciencia resignada—. Hombre hermoso. Dime que hiciste esas cositas de cangrejo que tanto me gustan.

—No hasta esta noche, Srta. Delgado. —Sus ojos se desvían hacia Nico—. Ay, mija, vas a volver loco a este pobre hombre con tus chistes.

—Este es mi gárgola de apoyo emocional. —Señalo con un gesto grandioso el rostro de piedra de Nico—. Está aquí para asegurarse de que no me divierta. Nunca.

La boca de Miguel tiene un leve espasmo. Nico no reacciona. Considero esto un desafío personal. Detrás de esos hombros tan anchos y ese cabello tan corto debe haber un destello de personalidad, solo tengo que encontrarlo.

Atravieso la cocina hacia los pasillos traseros, saludando a todos por su nombre. Carmen, la bartender, recibe un choque de palmas.

Roberto, el conserje, recibe preguntas sobre el partido de fútbol de su nieto. Cada presentación de Nico se vuelve más ridícula.

—Este es el agente del gobierno asignado para monitorear mi consumo de champán.

—Mi ladrón de alegría designado por el tribunal.

—La prueba de que el universo tiene un sentido del humor terrible.

El personal está divertido. Nico permanece inmutable. Definitivamente voy ganando.

Mi mano recorre la pared mientras caminamos, los dedos encontrando surcos e imperfecciones familiares. Este lugar me da una estabilidad que no puedo explicar. Mi madre ayudó a construir La Sirena desde la nada. Su voz en ese escenario, su visión en cada detalle dorado. Cuando toco estas paredes, casi recuerdo lo que se sentía estar completa.

—Conoces a todo el mundo —observa Nico mientras subimos las escaleras hacia el nivel del entrepiso.

—Me corresponde conocerlos. —Las palabras salen más serias de lo que pretendía—. Este lugar… no es solo un club. Es…

Me detengo. Él no necesita que exponga mis traumas como si fueran pruebas.

—Es de tu madre.

Lo miro sorprendida. —¿Cómo supiste…?

—Por la forma en que tocas todo. Como si te estuvieras asegurando de que todavía es real.

Por un momento, ninguno de los dos habla. Él ve demasiado, este hombre que es una banana táctica.

—Bueno —digo, animándome a la fuerza—, prepárate para aburrirte con esa mentalidad militar que tienes. Tengo verdaderos asuntos que manejar. Ya sabes, números, contratos y cosas de adultos.

—Trataré de contener mi emoción.

¿Eso fue… eso fue casi humor? ¿De la estatua de piedra?

—¿Acabas de hacer otro chiste?

—Poco probable.

Pero hay algo en sus ojos. No es exactamente calidez, pero tampoco es hielo.

La puerta de la oficina de Logan está abierta, y puedo verlo observar nuestra llegada a través de las paredes de cristal. Impecable

como siempre en su traje de diseñador, sin corbata, luciendo como si debiera estar dirigiendo Wall Street en lugar de limpiar los desastres de la heredera más problemática de Miami. Su rostro siempre parece recién impreso, como si nada tan ordinario como el sudor o el sueño pudiera mancharlo. Con cada cabello rubio en su lugar, el saco de su traje entallado como una segunda piel, Logan emana esa clase de precisión que hace que las imperfecciones se escabullan de la habitación. Excepto yo. Yo entro pavoneándome.

—El desastre pródigo regresa —dice cuando entramos, pero hay afecto bajo el sarcasmo—. Y trae… compañía.

Logan está sentado en el borde de su escritorio, con una postura perfecta, su enfoque de ojos azules calibrado a nuestra presencia como un sistema de puntería.

La energía territorial entre Logan y Nico es inmediata. Dos alfas midiéndose mientras yo estoy entre ellos como un director de orquesta del caos. Puedo notarlo en la forma en que la mano de Nico se desplaza hacia donde estaría su arma. Está clasificando a Logan en categorías: aliado u obstáculo a eliminar.

—Pórtense bien, muchachos. —Me dejo caer en una silla, dándole una vuelta porque no puedo evitarlo—. Hay suficiente desastre para repartir. Logan, conoce a Nico, mi nuevo guardián. Nico, conoce a Logan, el verdadero adulto que mantiene este lugar funcionando mientras yo perfecciono el arte de la vergüenza pública.

Logan entrecierra los ojos. —Rosetti. Tu padre envió a un Rosetti. —Se vuelve hacia mí—. ¿Por qué ahora? ¿Qué sabe Jorge que no nos está diciendo?

La pregunta aterriza en un lugar incómodo, pero la desvío con destreza. —Tal vez solo quiere asegurarse de que su hija desastrosa no implosione por completo antes de que él…

Me detengo. No puedo decirlo.

La expresión de Logan se suaviza por un momento, luego se endurece de nuevo al mirar a Nico. —Si le haces daño…

—No lo hará. —Las palabras me sorprenden tanto a mí como a ellos—. Él es más del tipo de “quedarse ahí y juzgar en silencio”. Una ética de trabajo muy protestante.

Le robo a Logan su pluma favorita de su escritorio, solo para molestarlo. Se da cuenta. Por supuesto que se da cuenta.

—Devuélvela, Marisol.

—Oblígame.

—Tengo tres reuniones para ti esta tarde. Tienes que encargarte de ellas si quieres mantener las luces encendidas.

Un golpe de realidad entregado sin una sonrisa. Giro la pluma entre mis dedos, sintiéndome repentinamente agotada. Me mantengo entera con cinta adhesiva mental y puro despecho. Cada palabra se siente como cristal en mi garganta, pero sigo sonriendo porque eso es lo que hace el sol. Brilla incluso cuando se está muriendo por dentro.

—Está bien. Pero me quedo con la pluma.

La primera reunión es con Celeste, nuestra estrella de los viernes por la noche, que quiere el doble de su tarifa actual. La negocio hasta un aumento del veinte por ciento más dos servicios de botella de cortesía por espectáculo, encantándola con elogios sobre su última actuación mientras me mantengo firme en los números. Mis manos tiemblan ligeramente mientras firmo el contrato. Solo son residuos químicos saliendo de mi sistema. Nada más.

La segunda es un problema con un proveedor. Dominique Williams, nuestro distribuidor de whisky, afirmando que estamos atrasados con los pagos. Lo manejo con una llamada telefónica que es mitad coqueteo con su gerente de cuentas, mitad amenaza sutil sobre llevar nuestro sustancial negocio a otra parte. Logan asiente con aprobación. Nico observa desde la esquina, absorbiéndolo todo.

La tercera hace que mi estómago se revuelva.

Dos bartenders, atrapados robando de la caja registradora. Seguridad tiene las grabaciones. Están en la oficina de Logan, suplicando e inventando excusas.

—Los quiero a los dos —digo, y lo digo en serio—. Pero quiero más a La Sirena. Vacíen sus casilleros.

En el mundo de mi padre, robar significaba perder más que el trabajo. Tienen suerte de que yo solo entregue cartas de despido y no soluciones definitivas.

Se van llorando. Odio esta parte. A veces tengo que mostrar los colmillos, pero siempre me deja un sabor a cobre.

Mis manos tiemblan más ahora. Intento tomar el vaso de agua en el escritorio de Logan y lo derribo de inmediato; el agua se esparce sobre los contratos de los proveedores.

Antes de que nadie pueda reaccionar, Nico está ahí. Pone una servilleta en mi mano, su cuerpo bloqueando la vista de Logan, moviendo los papeles con rapidez. Como si hubiéramos estado

haciendo este baile por años en lugar de dos días. Su colonia inunda mis sentidos cuando se inclina cerca. Cuero sobre canela. Mi cuerpo reacciona antes de que mi cerebro pueda detenerlo, inclinándose hacia su proximidad como una planta hacia la luz del sol.

—Torpe —digo, intentando parecer ligera.

—Pasa —responde él, siguiendo con la limpieza. No hay juicio en su voz. Solo una simple aceptación.

Sus manos rozan las mías mientras ambos buscamos más servilletas, y el contacto envía un calor directo a mi centro. Inapropiado. Completamente inapropiado. Pero a mi cuerpo traicionero no le importa lo que es apropiado.

Logan finge no notar la forma en que me tiemblan las manos mientras ayudo a limpiar. Todos fingimos. Es más fácil así.

Después de las reuniones, necesito un momento. Logan está discutiendo protocolos de seguridad con Nico, y yo escapo al salón principal.

Gunner está en su oficina, un término generoso para el depósito convertido que sirve como cuartel general de seguridad. Ocupa todo el marco de la puerta cuando se pone de pie, con sus casi dos metros de intimidación tatuada y llena de cicatrices. Solía tenerle terror, como la mayoría de la gente, pero es un gatito, en serio. Solo que uno de apariencia monstruosa.

—Pequeño tiburón —dice, y el apodo de la infancia me pega diferente ahora. Me llama así desde que yo tenía diecisiete años y me encontró llorando en esta misma habitación después de que mamá murió—. Oí que trajiste a un amigo.

—Más bien una niñera muy estirada. —Señalo a Nico, que ha aparecido detrás de mí con ese silencio inquietante que ha perfeccionado—. Gunner, conoce a Nico. Nico, conoce a la única persona en Miami más aterradora que tú.

El reconocimiento entre ellos es instantáneo. Los soldados conocen a los soldados, incluso en guerras diferentes. Gunner extiende una mano enorme, y se estrechan una vez, con firmeza, toda una conversación contenida en ese único apretón.

Luego Gunner asiente. Solo una vez. Aceptación. El tipo de asentimiento que dice: servirás, hermano, la mantendrás a salvo cuando yo no pueda.

—¿Están teniendo un momento? —exijo—. ¿Debería irme? ¿Tal vez quieren comparar historias de guerra o luchar o lo que sea que

hagan los hombres grandes y silenciosos para divertirse?

La boca de Gunner tiene un espasmo, lo cual viniendo de él es prácticamente una carcajada histérica. —Es sólido.

—¿Sólido? ¿Eso es todo? ¿Esa es toda tu evaluación?

Otro espasmo. Nico casi parece divertido. Hay algo en la forma en que están parados, ambos, como si ya hubieran establecido un perímetro a mi alrededor sin discutirlo.

—Ustedes dos son imposibles —declaro, pero algo se asienta en mi pecho. Si Gunner lo aprueba, tal vez pueda dejar de resistirme tanto a esto.

Me dirijo al escenario principal donde se encuentra el piano, pulido y perfecto. El piano de mamá, aunque ahora nadie lo toca excepto algún músico ocasional. Me siento en el banco, no para tocar. Ya no recuerdo cómo hacerlo. Solo para estar tranquila.

Mis dedos revolotean sobre las teclas. Mamá me enseñó "Clair de Lune" en este banco; sus manos guiaban las mías. Ahora ni siquiera recuerdo qué tecla es el do central. Otra cosa que he ahogado en Dom Perignon. La memoria muscular de la belleza, desaparecida.

El club está tranquilo a esta hora del día. Solo la preparación del personal y el sonido distante de la ciudad más allá de estos muros. Mis ojos se elevan hacia el nivel del entrepiso, hacia las puertas que puedo ver desde aquí.

Las salas privadas.

Tercera puerta a la izquierda.

La Sala Calipso.

Mi pulso se acelera al recordar. Han pasado ocho años desde que estuve ahí arriba. Ocho años desde que encontré a Gabriel con el cuerpo, desde que lo ayudé a limpiar la sangre, desde que me hice cómplice de algo que todavía no entiendo del todo. Esas habitaciones han permanecido selladas bajo mis órdenes. Incluso Logan no lo cuestiona.

Incluso desde aquí, juro que puedo oler un jazmín fantasma, saborear el miedo metálico en mi boca.

La sensación me golpea de repente: ojos puestos en mí. Observando. Calculando.

No es Nico. Sé dónde está él ahora, una nueva conciencia que me dice que está a tres metros a mi izquierda sin necesidad de mirar. No es el personal. Es algo más. Alguien más.

La sensación recorre mi piel como agua helada, poniéndome la piel de gallina a pesar del calor sofocante de Miami. Esto es familiar. La misma sensación que tuve cuando tenía dieciocho años, justo antes de encontrar a Gabriel con el cuerpo. Mi cuerpo recuerda el peligro incluso cuando mi mente finge olvidar.

Examino las mesas vacías, las sombras entre los reservados. Nada. Solo mi imaginación desbocada de nuevo, paranoia por tantas sustancias abandonando mi sistema a la vez.

Pero el sentimiento persiste. Esa sensación de hormigueo de ser estudiada, cazada.

Mi piel se eriza y vuelvo a mirar la puerta de la Sala Calipso. Cerrada, como siempre. Sellada por ocho años.

Aun así, la sensación de ser observada habita en mi cuerpo.

—Quiero irme a casa.

Las palabras salen más cortantes de lo que pretendía. Me pongo de pie abruptamente, el banco del piano chirría contra el suelo. Nico se materializa a mi lado, captando el cambio en mi energía.

—¿Qué pasó?

—Nada. Estoy cansada.

Él estudia mi rostro, y sé que no me cree. Pero no insiste. —Está bien. Vámonos.

El viaje en auto es silencioso al principio. Miro por la ventana el resplandor de Miami pasando de largo, todo sol y posibilidades que de repente se sienten falsas. Mi piel todavía hormiguea con esa sensación de ojos invisibles.

Él se mueve en su asiento y su muslo roza el mío. El contacto es breve, accidental, pero de todos modos el calor se acumula en mi vientre. Aprieto las piernas y miro con más fijeza por la ventana.

—Estuviste bien hoy.

Me giro, segura de haber oído mal. —¿Qué?

—Las reuniones. El personal. Sabes lo que haces.

Un cumplido. De parte de la nube de tormenta. No sé qué hacer con eso.

—Soy la dueña del lugar. Debería saber lo que hago.

—Poseer algo y entenderlo no es lo mismo.

Las palabras quedan flotando entre nosotros mientras las proceso. Tiene razón, por supuesto. Mucha gente hereda cosas que no entiende, que no puede manejar. Pero yo conozco cada centímetro

de La Sirena, el nombre de cada empleado, el margen de cada proveedor.

—¿Te sientes bien? —Intento bromear pero fallo—. ¿Tienes fiebre? ¿Debería llamar a un médico?

—Soy capaz de observar.

—¿Una observación que no es una crítica? Eso definitivamente es síntoma de algo.

Su boca vuelve a tener ese amago de espasmo. Luego su voz baja, suave pero insistente: —Algo te asustó en el club, antes de que quisieras irte.

Intento desviarlo. —Te lo dije. Cansancio.

—Estabas pálida. Diferente a esta mañana. No era por la falta de químicos. Era miedo.

—¿Cómo podrías saber…?

—He visto el miedo. Sé cómo se ve.

Él no va a dejar pasar esto. Y tal vez de eso se trataba la Cuarta Regla. Decirle cuando algo se siente mal, incluso cuando ya no confío en mis propios instintos.

—¿Alguna vez has sentido que alguien te observa? ¿Incluso cuando no hay nadie?

Su expresión no cambia, pero algo varía en su postura. —Sí.

—¿Significa algo? ¿O es solo… paranoia? Cosas de un cerebro roto.

—En mi experiencia, el cuerpo sabe antes que la mente. Si te sentiste observada, probablemente lo estabas.

Un escalofrío me recorre a pesar del calor de Miami. Me abrazo a mí misma, sintiendo frío de repente.

—Probablemente no fue nada. El club es viejo. Estoy cansada. Demasiados fantasmas en ese lugar.

—Tal vez. Pero me dirás si vuelve a pasar.

No es una pregunta. Asiento, demasiado cansada para discutir. El peso de ser observada todavía se siente pesado sobre mis hombros, dándome ganas de revisar los espejos, las ventanas, cualquier lugar donde unos ojos pudieran esconderse.

Llegamos a mi edificio y el conductor nos deja en la acera. A través de las puertas de cristal, veo a Eduardo en su puesto en el lobby, y nos saluda con su habitual ceguera profesional ante mi estado mientras pasamos. El viaje en ascensor se siente eterno.

Cuando finalmente llegamos a mi departamento, me dirijo directamente a mi habitación.

—Buenas noches —digo sin mirar atrás.

—Son las seis de la tarde.

—Buenas noches, Nico.

Me recuesto en mi cama, todavía con el vestido puesto, mirando el techo. Normalmente a esta hora ya llevaría tres copas de champán, quizás un Xanax de postre. Pero algo sobre hoy, sobre el cumplido de Nico, sobre demostrar que puedo manejar mis asuntos incluso cuando me tiemblan las manos, me hace querer intentar algo diferente.

Una noche. Puedo pasar una noche sobria.

Es más difícil de lo que debería. Cada sonido se siente demasiado fuerte. Cada pensamiento demasiado claro. Por eso bebo, por eso tomo pastillas, por eso me mantengo en movimiento. Porque en la quietud, en la claridad, los fantasmas vienen a llamar.

Cierro los ojos, deseando dormir sin ayuda química. Por primera vez en meses, el sueño realmente llega.

El sueño es vívido, visceral.

Tengo dieciocho años otra vez, parada en el umbral de la Sala Calipso. El papel tapiz azul con patrones plateados. La alfombra blanca. Gabriel de rodillas junto al cuerpo, con el rostro como una máscara de horror que nunca le había visto, ni antes ni desde entonces.

—Mari —su voz se quiebra—. No quise… ella simplemente dejó de respirar… no sé qué pasó…

Sus labios azules. La forma en que su cuerpo yace retorcido, un brazo extendido como si estuviera tratando de alcanzar algo. Aire. Ayuda. Vida.

—Te ayudaré —me oigo decir. Mi voz suena lejana, como si perteneciera a otra persona—. Está bien. Te ayudaré. Arreglaremos esto.

Pero no lo arreglamos. Lo encubrimos. Gabriel huyó al sacerdocio, y yo empecé a ahogarme cada noche, y la Sala Calipso permaneció sellada con sus secretos.

Me despierto jadeando a las 3 de la mañana, con las sábanas empapadas de sudor, el corazón acelerado como si hubiera estado corriendo. La oscuridad me oprime, y por un momento no recuerdo dónde estoy. Ni cuándo estoy.

Entonces lo escucho. Movimiento a través de la pared. Pasos, deliberados y medidos. Nico, despierto en la oscuridad.

Él está haciendo guardia.

El banana táctica que cuenta mis tragos y me atrapa cuando tropiezo y oculta mis manos temblorosas está despierto a las 3 de la mañana, velando por un desastre que no se lo merece.

Debería parecerme espeluznante. En cambio, acerco mi almohada y dejo que el sonido de sus pasos me arrulle de nuevo hacia el sueño. Por primera vez en ocho años, no me siento completamente sola con mis fantasmas.

5 - Nico

Han pasado cuatro horas desde que desapareció en su habitación. Cuatro horas de mí fingiendo dormir mientras intento escuchar cualquier peligro que nunca llega. Luego, a las 3 a. m., un grito corta el silencio como una cuchilla atravesando seda.

Mantente fuera. Su habitación está fuera de los límites. Esa era la regla. Pero su grito atraviesa el protocolo como metralla a través del Kevlar, y cruzo su puerta antes de que mi cerebro alcance a mi cuerpo.

Se agita entre sábanas de seda, arañando demonios invisibles. La habitación me golpea con su aroma: vainilla, coco, el fantasma del perfume de anoche. Pero no puedo procesar nada de eso porque se está desgarrando los brazos, trazando líneas rojas con sus uñas cuidadas.

—¡Gabriel! ¡Gabriel, no!

—Marisol —digo su nombre con firmeza, como un comando militar. Sin respuesta. —¡MARISOL!

Tiene los ojos abiertos, pero no me ve. Está en otro lugar, atrapada en un recuerdo, y las palabras que brotan de sus labios hacen que algo violento se enrosque en mi pecho.

—Gabriel, ¿qué HACEMOS?

Le sujeto las muñecas, inmovilizándolas para detener la autodestrucción. Ella lucha contra mí con una fuerza sorprendente, todo es pánico salvaje y energía desesperada. Su camisón de seda, casi inexistente —odio notar eso—, se sube mientras ella forcejea. Su cuerpo contra el mío se siente mal. Demasiado suave donde yo soy ángulos duros, demasiado cálido donde yo soy frío.

Solloza, todavía perdida en cualquier horror que la tenga prisionera. —Hice lo que dijiste, pero ella no quiere, ella no...

—Marisol. Despierta. Ahora.

Algo en mi voz logra penetrar. Parpadea, enfoca la vista, me ve. Realmente me ve. Sujetando sus muñecas en su habitación, en su

espacio privado, rompiendo cada regla que ella misma estableció.

Por un latido, la confusión nubla sus ojos color miel. Luego, la realidad regresa de golpe.

Se aparta bruscamente como si la hubiera quemado, retrocediendo hacia la cabecera. Su pecho sube y baja con cada respiración, y mantengo mis ojos en su rostro, no en la forma en que la seda se aferra a curvas que no debería estar notando.

—Fuera —su voz suena ronca por los gritos—.

—Estabas teniendo una pesadilla—.

—Dije que te VAYAS.

—Estabas gritando el nombre de Gabriel. Y algo sobre una mujer —.

Su rostro pierde todo el color. Una presa atrapada por los faros. Cualquier muro que mantiene durante el día ha desaparecido.

Alguien la lastimó. Alguien hizo que tuviera tanto miedo. Me pican las manos por agarrar mi Glock, un nombre, alguien a quien castigar.

—No fue nada. Solo una pesadilla. La gente tiene pesadillas —sus manos tiemblan mientras se sube la sábana hasta la barbilla—. Por favor. Solo vete—.

El "por favor" me detiene. Tres días de desafío, de bromas sobre la banana táctica y energía maníaca, y nunca antes había dicho «por favor».

Retrocedo hacia la puerta, pero no me voy del todo. Me quedo en el umbral observando cómo intenta recomponerse.

—Estaré en la cocina. Si necesitas...—.

—No lo necesitaré.

—Si necesitas —repito—. Y dejo la puerta entreabierta.

Mi teléfono vibra exactamente a las 6 a. m. Marco.

—Estado —dice sin preámbulos—.

—Estable. Físicamente.

—Eso no fue lo que pregunté.

Me apoyo contra la encimera de la cocina, con una mano sobre la Glock que puse a mi lado. A través de las ventanas, el amanecer de Miami pinta el cielo en tonos de violencia: el rojo sangrando hacia el naranja, el naranja hacia el dorado. —Es un desastre, Marco. Pesadillas. Pánico. Patrones de autodestrucción. ¿Estás seguro de que su padre sabe lo que está pidiendo?—.

—Jorge se puso en contacto personalmente —la voz de Marco conlleva ese peso particular que significa que esto es más grande de lo que sé—. Una vieja alianza. Tenemos una inversión significativa en sus operaciones, no solo en el club. Cuando dice que las personas que deberían protegerla están comprometidas, yo escucho—.

—¿Comprometidas cómo?

—Su círculo íntimo. Alguien cercano, alguien de confianza. No dirá nombres, pero quería a alguien inmune a la manipulación, el encanto o el soborno. Alguien que viera venir las amenazas antes de que llegaran—.

Mi mente viaja al mensaje de Gunner. Algo anda mal con la gente de César. —¿Algún movimiento de los rivales? ¿La familia Zayas?—.

—Están rondando. La enfermedad de Jorge les ha hecho oler sangre —Marco hace una pausa—. ¿Por qué? ¿Estás viendo algo?—.

—Nada concreto. Instinto—.

—Tus instintos te mantuvieron vivo durante dos misiones. Confía en ellos—.

—Envía a alguien más —digo, aun sabiendo que es inútil—. A cualquier otro. Yo debería estar en Chicago—.

—Tú eres en quien confío para esto—.

—Con Sofia fuera, las necesidades de seguridad…—.

—Sofia tomó su decisión —su voz se vuelve fría, luego se suaviza —. Está con Volkov. Eso ya pasó—.

—Lo sé—.

—¿En serio? Porque has sido un fantasma durante un mes, Nico. Cada habitación de la propiedad te recuerda a ella. Su silla en la cena. Los tapetes de entrenamiento donde ambos practicaban. No te estoy castigando al enviarte a Miami. Te estoy dando distancia—.

La verdad de sus palabras me golpea como una evaluación táctica que he estado evitando. Un mes de contar los días. Un mes de preguntarme si rompí a mi hermana al hacerla demasiado dura, si la convertí en un arma que no podía amar, o si siempre fue lo suficientemente fuerte para elegir y simplemente yo no pude verlo.

Sofia también tenía pesadillas después de que nuestro padre murió. Le enseñé a enterrarlas, a convertirse en acero. Miren cómo terminó. Enterró todo tan profundo que tuvo que irse para encontrarlo de nuevo.

—Ella no es Sofia —dice Marco, leyendo mi silencio—. No la conviertas en un reemplazo—.

—¿Qué se supone que significa eso?—.

—Significa que te conozco. No pudiste salvar a Sofia de lo que sea que la impulsó hacia Volkov, así que intentarás salvar a alguien más. Solo asegúrate de estar viendo a Marisol Delgado, no una segunda oportunidad de redención—.

La llamada termina antes de que pueda discutir. Me quedo mirando el teléfono y luego la Glock a su lado. Marco ve demasiado, mi hermano mayor. Siempre lo ha hecho.

Guardo el arma en la funda al oír movimiento en su habitación. Pasos suaves, una puerta cerrándose, agua corriendo. Está despierta. Funcional. Eso es algo.

Emerge al mediodía como una sonrisa con armadura, con cada pieza de su coraza defensiva perfectamente en su lugar. El vestido veraniego es suave, floral; nada parecido a su pintura de guerra habitual. Se le resbala un tirante por el hombro, revelando algo de encaje debajo, y tengo que forzar mi atención hacia la ventana, las salidas, cualquier cosa que no sea la piel dorada que está mostrando.

—¡Mi caballo! ¿La barra de dominadas ya presentó cargos por agresión? ¿Debería conseguirte un abogado? Conozco a uno bueno, pero solo maneja incidentes relacionados con la champaña—.

—Tenemos que hablar sobre lo de anoche—.

—No hay nada de qué hablar —estira la mano hacia una taza en un estante alto, y el vestido se le sube por los muslos. Sigo el movimiento sin querer: el largo de sus piernas, la forma en que la tela se ciñe. Miro hacia otro lado. Cuento las losetas del techo. Me recuerdo los parámetros de la misión—. Las pesadillas ocurren —continúa ella—. Muy normal. Muy aburrido. No vale la pena discutirlo—.

—Marisol…—.

—¡Mira la hora! Probablemente debería comer algo. O beber algo. O literalmente cualquier cosa excepto tener esta conversación—.

Está actuando con tal intensidad que casi puedo ver el reflector sobre ella. Habla todo el día, en constante movimiento, ruido constante, llenando cada silencio antes de que las preguntas puedan formarse. No está bebiendo —lleva dos días sobria ahora— y sin el alcohol sus manos tiemblan más, su energía es más maníaca, más desesperada.

La observo moverse por el penthouse, catalogando la forma en que su cuerpo corta el espacio. El vaivén de sus caderas. La energía

nerviosa en sus gestos. Detente. Esto no es vigilancia. Esto es algo más. Algo peligroso.

La noche llega como un peso. No quiere salir, dice que está cansada, pero ambos sabemos que es más que eso. El penthouse se siente demasiado pequeño con ambos adentro; ella caminando de una habitación a otra mientras yo observo desde las esquinas, desde los umbrales. Siempre observando. Diciéndome a mí mismo que es profesional.

Intenta ver la televisión; se rinde a los cinco minutos. Intenta leer; lanza el libro al otro lado de la habitación. Intenta cocinar y de alguna manera quema el agua, y se ríe como si fuera hilarante, cuando en realidad es simplemente triste.

—¿Te molesta? —pregunta de repente. Ahora lleva unos shorts de seda y una camisa enorme que se le resbala continuamente por un hombro, revelando la curva de su cuello, la delicada arquitectura de su clavícula—. ¿Estar atrapado aquí conmigo?—.

—Es mi trabajo—.

—Eso no fue lo que pregunté—.

No respondo porque la verdad es clasificada, incluso para mí mismo. La forma en que se mueve por el espacio como si estuviera luchando contra la gravedad. La forma en que su aroma ha invadido todo hasta que siento el sabor de la vainilla al respirar. La forma en que me mira a veces, como si yo pudiera ser algo más que el soldado asignado para mantenerla con vida.

Activo. Misión. Nada más.

La medianoche llega y su inquietud empeora, la energía maníaca se agria en algo más oscuro.

—No puedo hacer esto —se pasa las manos por el cabello—. No puedo estar aquí. No puedo estar quieta. No puedo estar sobria. No puedo cerrar los ojos porque cada vez que lo hago, vuelvo allí. En esa habitación con Gabriel y…—.

Se detiene. Se da cuenta de lo que está diciendo.

—Marisol. ¿Qué pasó con tu hermano?—.

—Necesito aire—.

Sale disparada, no hacia la puerta principal sino hacia arriba, hacia la azotea. La sigo porque eso es lo que hago ahora. La sigo a sus pesadillas y a las azoteas y a través de los restos de lo que sea que esté sobreviviendo. Mi mano comprueba la Glock. Instinto. Siempre instinto.

La piscina brilla bajo la luna, agua perfectamente quieta que ella nunca toca. Se detiene en el borde, abrazándose a sí misma, y la parte táctica de mi cerebro nota la vulnerabilidad: azotea abierta, múltiples líneas de visión, imposible de asegurar. La otra parte, la que intento silenciar, solo la ve a ella. Temblando. Rompiéndose.

El agua está perfectamente inmóvil, la luna pintando de plata la superficie. Miami se extiende debajo de nosotros, todo neón y promesas, pero ella solo tiene ojos para el agua. El olor a cloro se mezcla con su perfume de vainilla, con el aire salino de la bahía.

—Mi madre me enseñó a nadar —dice sin mirarme—. En el océano. Todas las mañanas antes del amanecer, cuando era pequeña —.

Espero. Dejo que las palabras fluyan. El aire fresco de la noche le eriza la piel de sus brazos desnudos.

—Decía que el agua era donde se sentía más cerca de Dios. Por eso me llamó Marisol. Mar y sol. Quería que yo fuera ambas cosas—.

—¿Ya no nadas? ¿Cuándo dejaste de hacerlo?—.

—Cuando ella murió —su voz se quiebra—. Hace ocho años. Ocho y medio, en realidad. El agua se sentía como ella, y estar en ella se sentía como... ahogarse con su fantasma—.

—¿Y no has vuelto a entrar desde entonces?—.

—No—.

—Pero sigues viviendo aquí. Sigues viniendo a sentarte junto a la piscina—.

Se encoge de hombros. —Pensé que algún día sería lo suficientemente valiente. Pero cada vez que la miro, veo su rostro. Y luego veo...—.

Se abraza a sí misma con más fuerza, y algo en mi pecho se aprieta. El tráfico distante zumba abajo; la ciudad que nunca duerme proporciona un ruido blanco para su confesión. Se abraza aún más fuerte, y veo cómo se forma: el pánico, la espiral, el colapso.

—¿Qué más ves?—.

—Nada—.

—Dijiste "Gabriel" mientras dormías. Dijiste que había una chica —.

—Detente—.

—¿Dijiste que lo ayudaste a arreglar algo, Marisol?—.

Las palabras surgen de su garganta como un desgarro. —Sí —las palabras caen como cuerpos rígidos—. Y lo que hicimos..., lo que le

ayudé a hacer..., ¡NO PUEDO!

Se quiebra. Las palabras salen a borbotones, como agua a través de una represa.

—Mi hermano perfecto, adorado, a quien todo el mundo ama, a quien mi madre elogió con su último aliento... y no puedo hablar de esto, NO PUEDO...—.

El ataque de pánico la golpea como una tormenta. Jadea, hiperventilando, con las manos arañándose el pecho como si intentara atravesarlo para llegar a sus pulmones. Se tambalea, casi cae a la piscina; la atrapo, tirando de ella hacia atrás, pero ya no está allí, está perdida en cualquier horror que viva en su memoria.

—No puedo respirar..., Gabriel..., no puedo..., ella no despertaba...

—Estás bien. Estás aquí. Mírame—.

Pero no puede. Está luchando por un aire que no llega, arañándose el cuello ahora. Intento de todo: su nombre, contar las respiraciones. Técnicas de anclaje de demasiadas noches con soldados perdidos en sus propias mentes. Nada funciona. Se está ahogando en el recuerdo, y yo la veo hundirse.

Cae en una espiral más profunda, su rostro se pone pálido, sus labios se tornan azules.

Cada protocolo que he aprendido grita en contra de lo que estoy a punto de hacer. No tocas a los activos. No cruzas las líneas. Mantienes la distancia profesional a toda costa.

Esto es un error. Tocarla es un error. Pero se está muriendo frente a mí y ya he visto suficiente muerte. Ella no. No bajo mi guardia.

El beso no es una decisión. Es desesperado, táctico. Mi cuerpo moviéndose antes de que mi cerebro lo procese.

Sujeto su rostro con ambas manos y estrello mi boca contra la suya.

No es suave. No es romántico. Es un choque para el sistema, un cable de alta tensión para cortar la espiral, la desesperación hecha carne. Sus labios son suaves bajo los míos, con sabor a lágrimas y terror y algo dulce debajo que hace que mi pecho se apriete de formas que no puedo permitirme.

Se queda helada. Completamente. Deja de respirar, deja de arañar, lo detiene todo.

Luego, jadea contra mi boca, y el aire entra atropelladamente en sus pulmones en una sola inhalación desesperada. Sus manos dejan de arañar su cuello y, en cambio, agarran mi camisa, apretando la tela como si yo fuera lo único sólido en un mundo que se inclina.

Me separo lo suficiente para ver sus ojos. Ya está aquí, presente, viéndome a mí en lugar de a los fantasmas. Su pecho sube y baja contra el mío, su corazón martillea tan fuerte que puedo sentirlo a través de nuestra ropa.

—Respira —le digo.

Lo hace, de forma temblorosa y entrecortada, pero real.

—Otra vez—.

Otra respiración, más estable.

—Bien. Sigue así—.

Nos quedamos así, ella aferrada a mi camisa, mis manos aún enmarcando su rostro, los cuerpos presionados de una forma que no debería registrar, pero lo hago: su suavidad contra mi pecho, el calor de su piel, la forma en que encaja conmigo como si hubiera sido diseñada para ello.

Detente. Solo es un activo. Una misión.

Los latidos de su corazón pasan gradualmente de la velocidad de un colibrí a simplemente estar acelerados. El pánico retrocede como la marea baja, dejándola exhausta y temblorosa, pero respirando, respirando, respirando.

—Me besaste —su voz está deshecha—.

—Te estabas asfixiando—.

—Eso no es… los ataques de pánico no suelen… no puedes simplemente besar a alguien para que se cure—.

—Funcionó, ¿no?—.

Casi se ríe. Casi. Sale como algo entre un sollozo y una rendición. —Estoy tan cansada, Nico. Estoy tan malditamente cansada de tener miedo todo el tiempo—.

—Lo sé—.

—No. No sabes lo que hice. Lo que le ayudé a hacer—.

—Entonces cuéntame—.

Sacude la cabeza, pero no se aparta. Al contrario, se inclina más hacia mí, y cada punto donde su cuerpo toca el mío se siente como una brecha en mis defensas.

—No, no puedo—.

—Está bien—.

—¿Está bien? —Se aparta lo suficiente para mirarme, confundida —. ¿Eso es todo? ¿Sin interrogatorios? ¿Sin una evaluación táctica de mi estado psicológico?—.

—Cuando estés lista. Estaré aquí—.

Me mira como si hubiera hablado en una lengua extraña. —¿Por qué?—.

—Porque yo no miro hacia otro lado. ¿Recuerdas?—.

Algo cambia en sus ojos. Como si me estuviera viendo por primera vez.

La acompaño hasta la puerta de su habitación, con su mano en la mía. No me ha soltado desde la piscina, como si yo fuera el ancla que la sujeta al presente.

—Rompiste la regla —dice frente a su puerta—. Dos veces ya. Mi habitación y luego… el beso—.

—Puedes reportarme a la gerencia—.

—No creo que los besos tácticos estén en tu contrato—.

—Probablemente no—.

Me mira y hay algo frágil en su expresión. —¿Fue solo táctico? ¿El beso?—.

Podría mentir. Debería mentir. Mantener los límites claros. No he besado a nadie en tres años, y cuando ella no podía respirar, yo tampoco podía hacerlo.

—No sé qué fue —digo, lo cual es casi la verdad.

—Eso no es muy reconfortante—.

—No soy una persona reconfortante—.

—No —concuerda ella, y algo cambia en su mirada, algo más cálido, más peligroso que el pánico—. Pero estás aquí. Eso es algo—.

Asiente como si eso tuviera sentido, aunque ambos sabemos que no lo tiene. —Buenas noches, Mi caballo—.

—Buenas noches, Marisol—.

Entra en su habitación y cierra la puerta con un sonido suave como un susurro. Me quedo en el pasillo con su sabor aún en mis labios. Sal de las lágrimas, algo dulce debajo. Vainilla tal vez, o simplemente ella.

Debería ir a la habitación de invitados. Mantener la distancia. Recordar lo que ella es: un activo. Una misión. La hija de alguien más en la guerra de alguien más.

En cambio, me dejo caer al suelo frente a su puerta, apoyando la espalda contra la pared. La Glock presiona contra mi cadera, un

recordatorio de lo que soy. De lo que se supone que es esto.

A través de la puerta, silencio. Sin pesadillas. Sin forcejeos. Sin gritos sobre Gabriel. Quizás finalmente esté durmiendo. Quizás esté acostada despierta, tocándose los labios, preguntándose qué diablos acaba de pasar.

Las palabras de Marco resuenan: *Ella no es Sofia. No la conviertas en un reemplazo.*

No lo es. No se parece en nada a Sofia. Mi hermana era hielo y acero, un arma que ayudé a forjar. Marisol es caos y luz de sol y algo roto que sigue intentando florecer a pesar de todo.

No es un reemplazo. Es algo completamente distinto.

Y sentado aquí, custodiando un umbral que ya he cruzado dos veces, saboreando sus lágrimas en mis labios, me doy cuenta de que he dejado de contar los días desde que Sofia se fue.

6 - Marisol

Llevo veinte minutos mirando fijamente sus antebrazos.

Me desperté al mediodía con su nombre en los labios y humedad entre los muslos, luego lo evité durante dos horas hasta que me arrinconó en la cocina con esa voz de mando: —Vístete. Nos vamos—. Sin explicaciones. Sin preguntar. Solo ese tono que hace que discutir sea inútil.

Ahora está manejando, con una mano en el volante y la otra descansando sobre la palanca de cambios, y no puedo dejar de observar cómo se flexionan sus músculos cuando gira. Las venas que resaltan contra su piel bronceada. La forma en que sus dedos se aferran con una seguridad casual, como si todo lo que toca le perteneciera.

Anoche me besó. Su boca estuvo sobre la mía, sus manos en mi rostro, y ahora actúa como si nunca hubiera pasado. Como si no hubiera probado mis lágrimas ni tragado mi pánico ni me hubiera hecho sentir a salvo por primera vez en ocho años.

De vuelta a la rutina de felicidad fingida. Es más seguro que esta cosa cruda y deseosa que se ha apoderado de mi cuerpo.

—Te me quedas viendo —dice sin mirarme.

—Estoy evaluando amenazas. Deberías estar orgulloso.

—Mi brazo no es una amenaza.

—Toda tu existencia es una amenaza para mi cordura.

Hay una pequeña contracción en la comisura de su boca, esa que estoy aprendiendo que significa que está luchando por no sonreír.

—¿A dónde vamos? —pregunto, desesperada por cambiar el tema de sus devastadores antebrazos.

—Fuera.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que vas a recibir.

—No puedes simplemente secuestrarme, pedazo de banana táctica. Hay leyes.

—Te subiste al auto por voluntad propia.

—Porque usaste tu voz de soldado. Tu voz de «ya he decidido y la resistencia es inútil».

—Yo no tengo una voz.

—Tienes diecisiete voces. Está la voz de evaluación táctica, la voz de desaprobación de mis decisiones de vida, la voz de contar mis tragos…

Me detengo a mitad de mi divagación cuando se desvía de la carretera principal hacia un tramo más tranquilo. El paisaje cambia, los edificios ceden el paso a las palmeras y a destellos de azul entre el verde. Se me oprime el pecho.

—Nico.

—¿Qué?

—Es el océano.

—Soy consciente.

—Me trajiste al OCÉANO.

Se detiene en un estacionamiento pequeño junto a un tramo de playa que no reconozco, rocoso por un lado y arenoso por el otro, más privado que los puntos turísticos. —Mencionaste que solías nadar. Con tu madre.

Las palabras aterrizan suaves y devastadoras. Escuchó. A las dos de la mañana, cuando me estaba desmoronando junto a la piscina, escuchó cada pieza rota que le ofrecí y la guardó. Y ahora me trajo aquí porque… ¿por qué? ¿Porque cree que necesito enfrentarlo? ¿Porque quiere arreglarme?

—No puedo entrar al agua —digo, con la voz más débil de lo que pretendía.

—No te pedí que lo hicieras.

Nos quedamos al borde del área de estacionamiento y el océano se extiende ante nosotros como un recuerdo hecho realidad. El sonido llega primero: las olas contra la arena, ese ritmo antiguo que no me he permitido escuchar en ocho años. Luego el olor: salitre, algas y algo indefiniblemente vivo que me cierra la garganta.

La voz de mi madre flota en mi mente: *El agua es donde vive Dios, mija. ¿Puedes sentirlo?*

Me quito las sandalias sin pensar. La arena está tibia entre mis dedos, familiar y extraña a la vez.

—No puedo entrar —repito.

—No tienes que nadar. Puedes simplemente… estar cerca.

Algo se quiebra en mi pecho. Este hombre imposible, este soldado de cara de piedra que cuenta mis tragos y juzga mis elecciones, me trajo al océano porque le dije que lo extrañaba.

Caminamos por la orilla en silencio. Las olas lamen mis pies y lo permito, apenas; el agua fría me besa los dedos antes de retirarse. Cada caricia es una pequeña victoria y un desamor más pequeño.

—Ella solía cantar en el agua —digo de repente, el recuerdo golpeando agudo y dulce—. Rihanna. Mi madre. Flotaba de espaldas durante horas, inventando canciones sobre las nubes, los pájaros, la forma en que la luz golpeaba las olas. Decía que el océano era su orquesta y ella solo intentaba seguir el ritmo. Me enseñó a flotar antes de que pudiera nadar bien. Decía que si confiabas en el agua, ella te sostendría. Nos acostábamos allí juntas, ella cantando, yo intentando estar tan quieta como ella. Nunca pude. Siempre tenía que estar moviéndome, pateando, salpicando —Me río, pero suena mal—. Ella decía: «Mija, peleas con el agua como si fuera tu enemiga. Deja que sea tu amiga».

—¿Entonces es tu amiga?

Me mofo. —El agua no sostiene a nadie. Solo quita.

Lo miro de reojo. Su camiseta negra lo muestra todo: la amplitud de sus hombros, la forma en que su pecho se estrecha hacia su cintura, las sombras de los músculos que se desplazan cuando se mueve. Hay tatuajes en su brazo derecho. Insignias militares, fechas que probablemente significan algo terrible. Sin pensar, estiro la mano, mis dedos casi rozando la tinta, y luego retiro la mano de golpe.

—Tus hombros también son amenazantes —suelto, cubriendo mi casi contacto con una evasiva.

—¿Amenazantes cómo?

—Son muy… anchos. Y musculosos. ¿Lanzas a la gente a menudo?

—Solo en ocasiones especiales.

—¿Ves? No puedo saber si estás bromeando.

—Yo no bromeo.

—Literalmente acabas de… —dejo de caminar, estudiando su perfil—. Te estás burlando de mí.

—Improbable.

Pero hay algo en sus ojos cuando me mira, algo más cálido que su evaluación habitual. Por un momento, creo que podría besarme de nuevo. Mi corazón se detiene. El aire entre nosotros se espesa.

Luego mira hacia otro lado. —Deberíamos regresar pronto.

Quiero gritar. Quiero agarrar su estúpidamente perfecto rostro y exigirle saber qué significó lo de anoche. En cambio, solo asiento e intento no dejar que vea cuánto me escuece su rechazo.

—No puede ser. Vos sos Marisol Delgado.

La voz viene de detrás de nosotros y me tenso de inmediato. Un tipo de veintitantos años se acerca, todo bronceado dorado y shorts de baño caros, el tipo de hombre que trata la playa como su reino personal.

—Te he visto en La Sirena —continúa, acercándose. Demasiado cerca—. Probablemente no te acuerdes de mí.

No lo hago. Todos se mezclan: los hombres con su servicio de botellas y sus manos errantes y su suposición de que mi caos significa consentimiento.

—Mis amigos y yo tuvimos una mesa para mi cumpleaños el mes pasado. Bailaste sobre ella —Su sonrisa se vuelve lasciva—. La puta mejor noche de mi vida.

Quiero desaparecer. De todos los momentos para que mi realidad me alcance, de todos los recordatorios de quién he sido. El desastre, el juguete de la fiesta, la chica que hará cualquier cosa por llamar la atención.

—Nos vamos —digo, pero él ya está estirando el brazo.

Su mano no solo toca mi brazo. Se desliza desde mi codo hasta mi cintura, los dedos extendiéndose posesivamente contra mis costillas. —Ay, vamos. Déjame invitarte a un trago. Hay un lugar cerca.

Lo que sucede después toma tres segundos.

Nico se mueve más rápido que el pensamiento. Un momento el tipo me está tocando, al siguiente Nico lo tiene por la garganta. Sin previo aviso. Sin palabras. Solo violencia, repentina y absoluta.

Arrastra al tipo hacia donde la playa se vuelve rocosa, donde las olas rompen contra la piedra dentada. El tipo intenta pelear. Está en forma, probablemente piensa que es rudo. Pero contra Nico no es nada. Un muñeco hecho de carne y malas decisiones.

El lanzamiento es brutal.

Nico lo arroja hacia las rocas donde el agua se agita blanca con fuerza. El sonido de la carne golpeando la piedra me hace estremecer: un golpe húmedo y sordo que me excita cuando no debería. El tipo choca contra los bordes irregulares y las olas lo

golpean inmediatamente de vuelta contra ellos. Sale jadeando, sangrando de la cabeza, gritando.

—¡Lo siento! ¡Lo siento, no sabía que era suya!

Nico observa en silencio.

El tipo intenta agarrarse de algo, de lo que sea, pero las rocas están resbaladizas por las algas y afiladas como vidrio roto. Cada intento de salir le abre nuevos cortes en las manos. El aroma metálico de la sangre se mezcla con el aire salino, y puedo saborear el cobre en mi lengua como si fuera yo la que está sangrando.

—¡Por favor! ¡Mierda, por favor, ayúdeme!

Y Nico solo observa.

Se para en la orilla con las manos a los costados, observando la destrucción con fría satisfacción. Las olas siguen empujando al extraño contra las rocas; la naturaleza misma conspira en su castigo. La arena caliente me quema los pies mientras la espuma fría de su lucha salpica mi piel.

Esto es lo que Nico es, me doy cuenta. Bajo la disciplina y el protocolo, bajo el cuidadoso control. Este es el soldado. El arma. El monstruo que mi padre contrató para mantenerme a salvo.

Esto es por lo que mi padre paga. No solo por protección. Por propiedad. El derecho de destruir a cualquiera que cruce las líneas invisibles a mi alrededor.

Debería estar horrorizada. Una persona normal estaría horrorizada.

Estoy mojada.

Todo mi cuerpo se sonroja con un calor que no tiene nada que ver con el sol de Miami. Hay un dolor entre mis piernas, un pulso que coincide con mi corazón acelerado. Estoy viendo a este hombre hermoso y terrible destruir a alguien por el crimen de tocarme, y en lo único que puedo pensar es en cómo se sentirían esas manos en mi cuerpo.

Finalmente, el tipo logra arrastrarse hasta la playa, sollozando, sangrando, alejándose de nosotros como un animal herido.

Nico se vuelve hacia mí, con su expresión inalterada. Calmo. Controlado. Como si no acabara de casi matar a alguien con sus propias manos.

—¿Lista para irnos?

Lo miro fijamente, incapaz de articular palabras. Él camina de regreso hacia el auto, y después de un momento de estar allí

prácticamente vibrando de excitación y conmoción, lo sigo.

—Pediré el almuerzo cuando regresemos —dice casualmente, abriéndome la puerta.

La normalidad de esto hace que mi cabeza dé vueltas. Hablar del almuerzo después de lo que acaba de pasar.

En el auto, el silencio se extiende entre nosotros como algo vivo. No puedo dejar de verlo: el lanzamiento, la sangre, la fría satisfacción en sus ojos mientras veía a ese hombre romperse contra las rocas.

—Así que —logro decir finalmente—, eso pasó.

—Sí.

—Simplemente… lanzaste a un hombre contra las rocas.

—Sí.

—Porque me tocó.

—Sí.

—¿Y no vas a dar una explicación? ¿A disculparte? ¿A decir literalmente cualquier cosa sobre lo que acaba de pasar?

—No.

Una risa brota de mí, aguda e histérica. El duende del caos se despierta, desesperado por encontrarle sentido a esto.

—Está bien. Genial. Así que viajo con alguien que lanza personas contra las rocas. Eso es normal. Está totalmente bien. ¿Es esto un pasatiempo? Tipo: «¿Cuáles son tus intereses, Nico?». «Oh, disfruto hacer dominadas y LANZAR HOMBRES CONTRA PIEDRAS DENTADAS».

Él no responde, solo sigue manejando con esa calma desesperante.

—¿Tienes una reseña en Yelp? «Cinco estrellas, definitivamente lo contrataría para lanzar a mis enemigos al océano. Muy minucioso. Excelente selección de rocas».

Sigue sin decir nada.

—¿De verdad no me vas a dar nada aquí?

Me mira de reojo, apenas un destello de esos ojos avellana. —Él te tocó.

—Los hombres me tocan todo el tiempo.

—Ya no más.

Dos palabras. Eso es todo. Secas, seguras, absolutas. No son una amenaza ni una promesa. Solo un hecho.

El calor en mi vientre se intensifica. Aprieto mis muslos, tratando de aliviar el dolor, pero solo lo empeora. Cada bache en el camino

envía una sensación a través de mí. Estoy excitada y perturbada y no sé qué hacer con ninguno de los dos sentimientos.

Podría haber matado a ese hombre. Lo habría hecho, tal vez, si el océano no hubiera estado allí para terminar el trabajo. Y lo habría visto suceder con la misma calma que muestra ahora.

—Estás loco —susurro—. Lo sabes, ¿verdad?

—Probablemente.

—Ese hombre podría presentar cargos.

—No lo hará.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tendría que admitir que un solo hombre lo lanzó al océano. Su ego no sobreviviría a eso.

Tiene razón, por supuesto. A hombres así, su orgullo les importa más que la justicia.

Miro por la ventana, tratando de controlar mi cuerpo. Pero sigo viéndolo: la violencia eficiente, la completa certeza de que tenía el derecho de destruir a cualquiera que tocara lo que era suyo.

Ya no más.

Estoy en graves problemas. Esto no es un capricho ni atracción ni ninguna palabra segura para lo que me está pasando. Esto es algo más oscuro, más hambriento. Quiero que me toque con esas mismas manos que acaban de destruir a alguien. Quiero que me reclame con la misma certeza brutal.

En el momento en que estemos de vuelta en el penthouse, necesito espacio. Distancia. Algo.

—Necesito ir a mi habitación —tartamudeo, prácticamente corriendo por el pasillo.

—Son las dos de la tarde.

—Ya sé qué hora es, Nico.

Cierro la puerta y le echo llave, apoyando la espalda contra la madera, respirando con dificultad como si hubiera estado corriendo. A través de la pared, lo escucho moverse por el departamento. Calmo. Metódico. Como si no acabara de cometer violencia por mí. Como si mi mundo entero no acabara de cambiar de eje.

Siento la piel demasiado tensa, demasiado caliente. Cada nervio está disparándose, enviando señales que no puedo ignorar. Me deslizo por la puerta hasta quedar sentada en el suelo, tratando de controlarme.

Pero no puedo dejar de verlo. La forma en que se movió, sin vacilación, sin duda. La forma en que observó sangrar a ese hombre con satisfacción. La forma en que dijo «ya no más» como si estuviera reclamando la propiedad de mi cuerpo sin siquiera tocarlo.

Mi mano se mueve entre mis piernas sin pensamiento consciente. A través de mi vestido, a través de mi ropa interior, puedo sentir lo mojada que estoy. Empapada. Chorreando. Por verlo lastimar a alguien.

¿Qué me pasa?

Presiono mis dedos contra mí misma y un gemido se me escapa antes de que pueda detenerlo. Me muerdo el labio con fuerza, rogando que no pueda oírme a través de la puerta. Lo último que necesito es que sepa lo que me ha hecho.

Pero no puedo parar. Mis dedos encuentran su ritmo, rodeando mi clítoris a través de la tela mientras mi otra mano me tapa la boca para ahogar cualquier sonido. Pienso en sus manos, esas manos fuertes y violentas. Pienso en él agarrándome de la misma manera en que agarró la garganta de ese hombre. Pienso en estar a su merced.

—Nico —susurro contra mi palma—.

Me vengo en menos de un minuto, todo mi cuerpo estremeciéndose con la fuerza de ello. Mi cuello se arquea y mis ojos se cierran con fuerza, y por un momento no puedo respirar, no puedo pensar, no puedo hacer nada más que sentir.

Cuando las réplicas se desvanecen, me quedo sentada en el suelo de mi habitación, con el vestido subido, la ropa interior empapada, la vergüenza y el deseo luchando en mi pecho.

Mis manos siguen temblando; no por el orgasmo, sino por todo lo de antes. Todavía puedo oír el golpe húmedo del cuerpo de ese hombre contra la roca. Todavía puedo oler el cobre de la sangre mezclándose con el aire salino. Una persona normal estaría llamando a la policía ahora mismo. Una persona normal estaría aterrorizada del hombre que camina afuera de su puerta.

Pero yo no.

Él me ha arruinado.

Esa es la única explicación. En cuatro días, este hombre banana táctica ha destruido completamente mi capacidad de funcionar. Me ha mostrado violencia y ternura, control y caos, y de alguna manera ha hecho que lo ansíe todo.

¿Y la peor parte? ¿La absoluta peor parte?

Voy a dejar que lo haga.

Voy a dejar que me arruine por completo y voy a agradecérselo.

Porque por primera vez desde que mi madre murió, desde que todo se desmoronó, me siento viva. Aterrorizada y excitada y confundida, pero viva.

Me quedo en el suelo durante mucho tiempo, escuchándolo moverse por el departamento, preguntándome qué se sentiría si derribara esta puerta y tomara lo que ambos sabemos que podría tener.

Preguntándome si lucharía o si finalmente, finalmente, me rendiría.

7 - Nico

Dieciocho veces. Esas son las veces que he reproducido en mi mente el momento en que lancé a ese hombre contra las rocas. No porque la violencia me moleste. He hecho cosas peores por motivos menores. Es la satisfacción lo que me inquieta. Esa sensación de rectitud fría y perfecta que sentí al ver cómo su sangre se mezclaba con el agua salada.

Tocó lo que es mío.

El pensamiento aflora antes de que pueda detenerlo. Lo reprimo con fuerza. Marisol no es mía. Ella es un activo. Una misión. Un desastre vestido con ropa de diseñador que inventa palabras y me llama Horse Man. Nada más.

Mi cuerpo ya no se cree la mentira.

He estado despierto desde las cuatro, recreando la escena en bucle. La forma en que su mano se deslizó por el brazo de ella. La película roja que nubló mi visión. El lanzamiento, nada táctico, nada medido, sino salvaje. Instinto puro anulando años de entrenamiento. Y su rostro después. Estoy entrenado para leer microexpresiones, para detectar el miedo, la excitación y todo lo que hay en medio.

Ella sentía ambas cosas. Estaba aterrorizada y excitada, y esa combinación es más peligrosa que cualquier amenaza de la que se supone que debo protegerla.

La cafetera sisea mientras me sirvo mi tercera taza. Solo, amargo, un castigo por dejar que el control se me escapara. A través de las ventanas, el sol matutino de Miami ya arde con un oro rabioso; otro día de calor que hace que todo se sienta demasiado cercano, demasiado urgente. Los bajos retumban desde un bote que pasa por la bahía, y el sonido vibra a través del cristal.

Reviso mi Glock, la rutina estándar de la mañana. Recámara despejada, cargador lleno. Su peso me recuerda por qué estoy aquí. Un destacamento de protección, no lo que sea que esto se esté convirtiendo.

Movimiento desde su habitación. Más tarde de lo habitual, pasadas las diez. Hoy emerge de forma distinta, envuelta en un suéter demasiado grande a pesar de la temperatura, con pantalones holgados en lugar de sus habituales shorts que apenas cubren nada. Su cabello cae hacia adelante, ocultando su rostro mientras busca una taza.

—Buen día —le digo.

Ella se sobresalta. Realmente se estremece, como si mi voz fuera un contacto físico para el que no estaba preparada. —Café primero. Palabras después.

Pero no hay vitalidad en su voz. Ni chistes sobre la Banana táctica ni quejas elaboradas sobre mi existencia. Se sirve el café con manos que tiemblan ligeramente, sin sostenerme la mirada más de un segundo. Cuando llega a mirarme, un rubor rosado se extiende por sus mejillas y aparta la vista rápido, como si la hubieran atrapado haciendo algo que no debía.

Noto que le ha puesto azúcar a su café. Tres cucharadas frente a mis cero. Hasta nuestro café es opuesto.

—Tenemos que hablar de algo —le digo después de que se ha tomado media taza.

Ella se tensa. —Si es por lo de ayer…

—Es por tu seguridad. Necesitas aprender a defenderte.

Parpadea, claramente no era lo que esperaba. —¿Qué?

—Defensa personal básica. Técnicas de entrenamiento de resistencia, del tipo que usamos cuando alguien podría ser inmovilizado durante una extracción —mantengo mi voz clínica—. Si alguien te agarra cuando yo no esté…

—Estás literalmente siempre ahí. Es básicamente tu función principal. Acechar. Contar. Ser innecesariamente grande e intimidante.

Ahí está. Un destello del caos que conozco. Pero apagado, como si solo estuviera cumpliendo con el trámite.

—No puedo estar en todas partes. Necesitas saber cómo crear distancia, zafarte de un agarre, ganar tiempo hasta que…

—¿Hasta que llegues tú para lanzarlos contra rocas convenientemente ubicadas? —Intenta sonar ligera pero falla—. Yo soy más del tipo que grita y corre. Muy efectivo. Muy subestimado como estrategia de defensa.

—¿Y si no puedes correr?

Aprieta la taza de café con más fuerza. —Entonces uso mis otras habilidades. Encanto. Soborno. Una suerte excepcional para encontrar bananas tácticas que me salven.

—Nada de eso funciona contra alguien que quiere hacerte daño. —Dejo que eso cale, observo cómo recuerda la mano que la agarró ayer, la suposición casual de propiedad—. El hombre de ayer. Si yo no hubiera estado allí…

—Bien —me interrumpe, dejando la taza con brusquedad—. Entréname. Muéstrame cómo defenderme cuando mi banana táctica no esté cerca para agarrar a la gente y hacer que se arrepientan de existir.

—Empezaremos con lo básico. Ve a ponerte algo que te permita moverte.

Desaparece en su habitación. Cuando regresa con leggins y una camiseta de tirantes, tengo que desviar la mirada. Cuento las losas del techo. Los leggins se ciñen a cada curva, la camiseta se sube cuando se estira, y necesito recordar que esto es entrenamiento. Profesional. Nada más.

—Primero, la postura. —Me coloco detrás de ella, y se pone rígida incluso antes de que la toque—. Pies más separados.

Mis manos buscan sus caderas para ajustar su posición. Está cálida a través de la fina tela, y cuando mi pulgar roza la piel desnuda donde su camiseta se ha subido, ella inhala con fuerza. El contraste de mis manos callosas contra su piel suave envía una descarga de calor directo a mis entrañas.

—Peso centrado —digo, tratando de mantener la voz firme—. Así.

Empujo su pie con el mío, con las manos aún en sus caderas. Está temblando ligeramente. No sé si es por el contacto o por el recuerdo de ayer.

—Sé cómo pararme —dice, pero la voz se le quiebra.

—Estás parada como alguien que espera un Uber. Párate como alguien que está lista para defenderse.

Otro ajuste. Mis manos se demoran un segundo de más. Ella lo nota. Por supuesto que lo nota. Percibo el aroma de su loción. Coco y algo floral. Jazmín, tal vez.

—Yo no tomo Ubers —dice con altivez, pero acepta el ajuste en su postura.

—Ahora —doy un paso atrás, poniendo la distancia necesaria entre nosotros—, si alguien te agarra la muñeca.

Extiendo la mano. Ella la mira como si fuera a morderla.

—Es solo entrenamiento —le digo.

—Cierto. Entrenamiento. —Me ofrece su muñeca.

Rodeo su muñeca con mi mano, firme pero sin lastimarla. Su pulso se acelera bajo mi pulgar, como el latido de un colibrí contra mi piel.

—Gira hacia mi pulgar y tira. Ese es el punto débil del agarre —le muestro el movimiento lentamente—. Inténtalo.

Tira al azar, sin técnica alguna. Sigue atrapada.

—Gira primero. Luego, tira.

Lo intenta de nuevo. Falla. Su frustración es casi tierna.

—Comprométete con el movimiento —le digo—. Rápida. Decisiva.

Esta vez se libera, y todo su rostro se ilumina. —¡Lo logré!

—Otra vez.

Cada vez que se libera con éxito, su sonrisa se ensancha, y algo en mi pecho se aprieta ante la imagen. Una sirena distante aúlla en algún lugar de la ciudad, recordándome que hay un mundo entero más allá de esta habitación donde nos estamos tocando bajo el pretexto del entrenamiento.

Lo intenta y logra zafarse al segundo intento. Ambos respiramos con más dificultad de la que el ejercicio justifica.

—Otra vez —digo, porque soy un masoquista que no puede dejar de torturarse con su proximidad.

La tercera vez, cuando se presiona contra mí antes de girar para soltarse, sé que es deliberado. La cuarta vez, cuando se toma un segundo extra antes de intentar escapar, estoy a punto de señalárselo. La quinta vez, cuando sus manos cubren las mías donde la sujeto, dejo de respirar por completo.

—Creo que ya lo tengo —dice, todavía presionada contra mí.

La suelto y doy un paso atrás. —Bien. Descanso para tomar agua.

Se deja caer al suelo, con las piernas cruzadas como una niña, bebiendo agua a grandes tragos mientras intento recordar cómo ser profesional. Su cabello se está escapando de la coleta. Hay un rubor en su pecho que no tiene nada que ver con el esfuerzo. Cuando me mira, con algo ilegible en sus ojos color miel, mis manos empiezan a temblar ligeramente. Solo un temblor, pero perceptible.

—Lo de ayer no fue porque él fuera peligroso —dice de repente. No es una acusación. Solo un comentario tranquilo—. ¿Verdad?

Me quedo inmóvil.

Ella observa mis manos. El temblor que no puedo ocultar del todo. —Haces esa cosa. Lo de contar. Lo de respirar. Como si estuvieras conteniendo algo.

—No sabes de lo que hablas.

—¿No? —Juguetea con la etiqueta de su botella de agua, el gesto que hace cuando está nerviosa—. Cada dominada. Cada vez que te despiertas a las cinco de la mañana. La forma en que mides todo en números. —Hace una pausa—. He visto eso antes. Una versión diferente, pero…

No termina la frase. No hace falta. Ambos sabemos lo que no está diciendo: que ella mide todo en copas, en pastillas, en qué tan rápido puede acallar el silencio.

—No es lo mismo.

—¿No lo es?

El silencio se prolonga. Puedo oír las aves tropicales afuera, el zumbido del aire acondicionado, su respiración irregular. Ella no presiona. Solo está sentada ahí, con la botella de agua en la mano, dándome espacio para no decir nada.

Eso es peor, de alguna manera. La paciencia. La comprensión.

—Las rocas —digo finalmente. Mi voz suena extraña—. Ayer. Eso fue…

—Controlado. —Lo dice con sencillez—. Elegiste las rocas en lugar de tus manos. Me di cuenta.

Se me tensa la mandíbula. Ese sabor familiar a cobre inunda mi boca, como si estuviera de vuelta en Afganistán, como si el polvo nunca se hubiera disipado del todo.

Encoge las rodillas contra el pecho, viéndose de repente más joven de sus veintiséis años. —Gabriel solía poner esa cara a veces. Justo antes de hacer algo terrible. Como si ya lo hubiera decidido, y el resto fuera solo… cumplir con el trámite.

Espero.

—Tú pones una cara diferente. —Se coloca ese mechón de cabello suelto tras la oreja—. Como si estuvieras decidiendo *no* hacerlo. Cada santa vez.

Las palabras aterrizan en un lugar que no permito que nadie alcance. No me está comparando con Gabriel. Está señalando el espacio entre nosotros: la elección que yo tomo y él no.

—Le ayudé a ocultar algo —dice ella, ahora más bajo—. Aquella noche. Ni siquiera sé qué era exactamente, pero sé que era malo. Y yo

simplemente… —Se encoge de hombros, un gesto demasiado casual para lo que está diciendo—. Me serví otra copa. Miré hacia otro lado.

Debería decir algo. Ofrecer consuelo, o distancia, o cualquier otra cosa que no sea estar aquí parado como una estatua.

En su lugar: —¿Por qué me cuentas esto?

Ella me mira. Esos ojos color miel, demasiado perceptivos.

—Porque sigues mirándome como si fuera algo que necesitas proteger. —Se pone de pie, sacudiendo sus leggins—. Y creo que deberías saber que no lo soy. No realmente.

El aire entre nosotros cambia. Ella me ha dado algo; no perdón, ni absolución, sino reconocimiento. Y yo no le he devuelto nada.

—Deberíamos seguir con el entrenamiento —digo.

—¿Deberíamos?

Pero retrocede, dándome espacio para respirar. —¿Qué sigue en la escuela de defensa personal? ¿Más agarres? ¿Más presionarnos el uno contra el otro fingiendo que es profesional?

La broma amarga no oculta el dolor subyacente. Ella ofreció comprensión y yo no le devolví nada.

—Defensa en el suelo —digo, porque soy un idiota que no puede dejar de avanzar hacia el desastre—. Si terminas en el suelo.

—Esto requiere que yo te inmovilice —digo, y mi voz suena como grava.

Se tumba en el suelo de espaldas, mirándome con esos ojos color miel. —Entonces inmovilízame.

Maldita sea.

Me arrodillo a su lado, tratando de recordar que esto es entrenamiento. —Voy a sujetar tus muñecas contra el suelo. Tu trabajo es escapar. Usa tus caderas para hacer el puente, crear espacio…

—Solo hazlo.

Me coloco sobre ella, tomo sus muñecas con mis manos y las presiono contra el suelo sobre su cabeza. Mi cuerpo cubre el suyo, sin llegar a tocarla pero lo suficientemente cerca como para sentir su calor, para inhalar cada aliento que exhala.

Está completamente inmóvil debajo de mí. Sin luchar. Sin intentar escapar. Solo mirándome con los labios entreabiertos, con el pecho subiendo y bajando al ritmo del mío.

—Se supone que tienes que estar escapando —logro decir.

—¿Ah, sí?

Su espalda se arquea ligeramente, haciendo que nuestros cuerpos entren en contacto. El movimiento es deliberado, inconfundible. Sus labios se abren un poco más, una invitación escrita en la curva de su boca, en la forma en que su lengua sale para humedecerlos.

—Marisol.

Solo su nombre, pero ella debe escuchar todo lo que no puedo decir, porque sus ojos se oscurecen y sus pupilas se dilatan.

—Sé lo que quieres —susurra—. Yo también lo quiero.

Aprieto más sus muñecas. Ella no protesta. Si acaso, se arquea más, presionándose contra mí, y estoy a punto de quebrarme. A punto de cerrar la distancia entre nuestras bocas y descubrir si sabe tan bien como recuerdo, si volverá a hacer esos sonidos cuando yo…

Suelto sus muñecas y me aparto tan rápido que ella suelta un jadeo. Estoy de pie, retrocediendo hacia la puerta, y mis manos están temblando. Realmente temblando, algo que no había pasado desde Afganistán, desde el polvo y la sangre y las decisiones que todavía me despiertan por las noches.

—Es suficiente por hoy —digo.

Ella sigue en el suelo, mirándome con confusión y dolor. —Nico…

—Lo hiciste bien.

—No habíamos terminado…

—Terminamos.

Me doy la vuelta y me alejo porque si me quedo un segundo más, volveré. La inmovilizaré por las muñecas de verdad esta vez, y descubriré qué sonidos hace cuando el monstruo obtiene lo que quiere.

Detrás de mí, la oigo incorporarse. Oigo su respiración. Oigo que no me sigue.

El temblor en mis manos se intensifica.

Cierro la puerta de la habitación de invitados y me apoyo contra ella, tratando de recordar cómo ser el soldado que se supone que soy en lugar de lo que sea que me estoy volviendo cuando estoy cerca de ella.

Mi teléfono vibra. Gunner. Una distracción bienvenida. Le pedí que me contactara ante cualquier amenaza de seguridad, y ha cumplido.

El sobrino de Cesar está haciendo preguntas. Quería saber sobre el nuevo novio. Le dije que se fuera a la mierda. Además, Logan dice que los Zayas están moviendo mercancía por el puerto.

Una amenaza acechando. Múltiples amenazas. Debería importarme más de lo que me importa. Debería estar planeando respuestas tácticas en lugar de pensar en cómo se arqueó ella debajo de mí.

Un suave golpe en mi puerta.

—Horse Man?

No respondo.

—Sé que estás ahí. Puedo oírte rumiar tus penas.

—No estoy rumiando nada.

—Estás agresivamente no rumiando. Se oye muy fuerte.

Estamos hablando a través de una puerta como adolescentes. Sería gracioso si todo no estuviera tan jodido.

—No voy a hacer que esto sea raro —dice ella—. Podemos fingir que no pasó nada.

—No pasó nada.

Una pausa. Luego: —Claro. Nada. Estábamos entrenando, y luego nada. Por eso te estás escondiendo.

—No me estoy escondiendo.

—Muy convincente detrás de una puerta cerrada.

La oigo suspirar. Luego, más bajo: —Por lo que valga… no me habría importado. Si ese nada se hubiera convertido en algo.

Sus pasos se alejan. La puerta de su habitación se cierra.

Me quedo paralizado cinco minutos más antes de salir. El apartamento está en silencio, su presencia confinada a su dormitorio, pero puedo sentirla en todas partes. En el aire que huele a su perfume. En el espacio donde entrenamos, donde la tuve inmovilizada, donde casi…

Me encuentro frente a la puerta de la azotea, mirando a través del cristal hacia su piscina. El agua está perfectamente quieta. Ni una onda. No se ha metido ni una vez desde que estoy aquí. Ocho años evitando el agua porque le recuerda a su madre, a antes de que todo se rompiera.

Lo entiendo ahora, estar al borde de algo y tener demasiado miedo para sumergirse. Ella es lo suficientemente valiente para ver a mi monstruo, para nombrarlo, para no huir de él. Pero no es lo suficientemente valiente aún para enfrentar sus propios fantasmas.

Somos la misma herida. Diferentes cicatrices.

Apoyo la palma de la mano contra el cristal. Al otro lado, la piscina espera. Quieta, perfecta y paciente. Ella volverá a nadar algún

día. Cuando esté lista. Cuando sea lo suficientemente valiente.

El pensamiento de que tal vez yo no esté aquí para verlo no debería doler tanto como duele.

Pero parado aquí, me pregunto si mi disciplina es solo otra palabra para la cobardía. Me pregunto qué habría pasado si hubiera besado a Marisol cuando se arqueó debajo de mí, con los labios entreabiertos, ofreciéndolo todo. Me pregunto si todo este control es solo miedo con un nombre táctico.

El monstruo la quería. La quiere todavía. Y, por primera vez en años, me pregunto qué tiene de malo dejar que obtenga lo que quiere.

Solo una vez.

La piscina refleja el sol de la tarde, y me quedo allí observándola, preguntándome cuál de los dos será valiente primero. Preguntándome si la disciplina me está manteniendo a salvo o me está impidiendo vivir. Preguntándome cuánto tiempo más podré ser un cobarde disfrazado de soldado antes de que ella también vea a través de esa mentira.

8 - Marisol

Me despierto con su nombre en los labios y la humillación quemándome el pecho como si fuera ácido.

El peso de su cuerpo sobre el mío. Mis muñecas atrapadas en sus manos. El momento en que sus ojos bajaron a mi boca y supe, *supe* que me iba a besar. Y luego… nada. Aire frío donde debería haber estado su cuerpo. El portazo de su habitación.

—No me habría importado. Si ese nada se hubiera convertido en algo.

Dije eso. En voz alta. Frente a su puerta cerrada. Como una tonta patética y desesperada.

Hundo la cara en la almohada y grito hasta que me arde la garganta.

El rechazo se asienta en mi pecho como una pesada carga, haciendo que cada respiración se sienta como ahogarse a la inversa. Me han rechazado antes. Con las últimas palabras de mi madre elogiando a Gabriel, con la decepción de mi padre, con el abandono de mi familia. Pero esto es diferente. Esto es físico. Soy yo en el suelo ofreciéndolo todo y él eligiendo nada.

No. Detente.

Me incorporo, apartándome el cabello de la cara. ¿Y qué si me rechazó? Los hombres no rechazan a Marisol Delgado. Suplican por mi atención, compran botellas solo para sentarse cerca de mí, me siguen por La Sirena como perritos falderos. Claramente, algo anda mal con *él*.

Simplemente actuaré normal. Despreocupada. El equivalente humano a las burbujas de champán. Ligera, efervescente, imposible de ignorar. Verá lo que se está perdiendo y se sentirá fatal.

Todo está bien. Todo está perfecto.

Me ducho, dejando que el agua caliente borre el recuerdo de sus manos en mis muñecas. Me maquillo, sutil pero impecable. Elijo un vestido veraniego que es lindo pero que no parece que me esté esforzando demasiado, amarillo como el fuego porque eso es lo que

soy. Un fuego que atrae a las polillas. No una chica que se queda tirada en el suelo deseando que una Banana táctica la bese.

Inhalo profundo. Es hora de fingir que no pasó nada porque, según él, no pasó nada.

Salgo de mi habitación como una mujer que definitivamente no pasó la mañana gritándole a la tela de su almohada.

Él está en la cocina.

Sin camisa.

Mi cerebro deja de funcionar. Está preparando algo con un batido de proteínas, de espaldas a mí, y puedo ver cada músculo moviéndose bajo su piel. Los tatuajes en su brazo derecho, fechas y símbolos que no entiendo. Cicatrices que cuentan historias que nunca compartirá. La forma en que sus hombros se flexionan mientras vierte el polvo en un mezclador.

Su teléfono vibra sobre la encimera. Lo agarra, la tensión recorre sus hombros mientras lee. Su mano libre se mueve hacia donde estaría su arma, un tic inconsciente que he aprendido que significa peligro.

Se da la vuelta. Me ve. Su rostro se queda completamente inexpresivo, como si yo fuera una evaluación de amenaza que ya ha descartado.

Pero por solo un segundo, medio latido, sus ojos bajan hasta donde el tirante de mi vestido se ha deslizado por mi hombro. Tensa la mandíbula. Su agarre sobre el teléfono hace que sus nudillos se pongan blancos.

Entonces toma una camisa que cuelga del respaldo de una silla y se la pone. Rápido. Eficiente. Como si el hecho de que yo vea su cuerpo fuera un problema que necesita solución inmediata.

El rechazo me golpea de nuevo, incluso cuando noto ese momento de deseo que no pudo ocultar del todo.

—¡Buen día, Mi caballo! —Mi voz suena demasiado alegre, maniática en los bordes—. Veo que estás haciendo todo tu… —Hago un gesto vago hacia él—. Asunto de las proteínas. Muy saludable. Muy aburrido. Diez de cada diez nutricionistas lo aprobarían mientras mueren simultáneamente de aburrimiento.

Él gruñe. No me mira. Vuelve a agitar su terrible agua con polvos. Pero noto la forma en que agarra el mezclador, con demasiada fuerza, como si estuviera imaginando que es otra cosa. Tal vez su propia garganta por casi mirarme de esa manera.

—Estaba pensando que podríamos…

—Tengo llamadas que hacer. —Ya se está moviendo hacia la puerta, pero se detiene en el umbral. Por un segundo, creo que podría darse la vuelta. Sus hombros se tensan como si estuviera luchando contra algo.

Luego sale, dejándome con el aroma a canela y aceite para armas.

—Oh. Está bien. Bueno, simplemente… existiré aquí entonces.

Me quedo sola en mi cocina de diseñador, mi frase inicial despreocupada murió antes de nacer, preguntándome cómo alguien puede hacer que ponerse una camisa se sienta como un desprecio tan absoluto. Incluso cuando sus manos tiemblan solo un poco al hacerlo.

Cada interacción durante el resto de la mañana es peor que la anterior.

Preparo café. No mi enfoque habitual de champán para el desayuno, sino su terrible café militar, negro y amargo. De la forma en que él lo toma cuando se molesta en beber algo que no sea lodo de proteínas.

Pongo la taza cerca de él mientras teclea en su computadora portátil en la mesa del comedor. Sus hombros están rígidos y revisa su teléfono cada treinta segundos. Algo anda mal. Algo más allá de haberme rechazado.

—Una ofrenda de paz —digo, intentando sonar ligera—. Por haberte sometido ayer a mis terribles habilidades de defensa personal.

Su mano realmente se mueve hacia la taza. Veo sus dedos crisparse, casi alcanzándola, antes de retroceder como si la cerámica pudiera quemarlo.

—No necesito café.

—Ya está hecho…

—Dije que no lo necesito.

Pero no me mira cuando lo dice. Mira la taza como si fuera un problema táctico que no puede resolver. El desprecio en su voz es absoluto.

Llevo la taza de vuelta a la cocina. Vierto su perfecto café militar por el fregadero. Lo veo desaparecer por el desagüe como mi dignidad. Mi boca se llena de un sabor metálico.

Veinte minutos después, lo intento de nuevo. Un enfoque diferente. Hacer que hable de algo que no sea cuánto no quiere mi

café o mi compañía.

—Así que… tu familia. Los Rosetti. Son muchos hermanos, ¿verdad?

—Sí. —No levanta la vista de su teléfono, pero lo pesco mirando hacia las ventanas. Vigilando ángulos de visión. Siempre vigilando.

—¿Y una hermana? ¿Sofia?

Tensa la mandíbula, solo un poco. Deja de escribir. —Sí.

—¿Son cercanos?

—Lo éramos.

—¿Éramos?

Nada. Sus pulgares se mueven sobre la pantalla de su teléfono como si yo ni siquiera estuviera aquí. Pero su respiración ha cambiado. Más profunda, controlada. La forma en que respira cuando algo importa.

—¿Escuché que uno de tus hermanos va a tener un bebé? ¿O su esposa? Eso es emocionante. Los pequeños bebés Rosetti probablemente ya nacen sabiendo cómo intimidar a la gente.

Finalmente me mira, y sus ojos están tan fríos como enero en Chicago. Pero bajo el hielo, juro que veo algo brillar. —¿Hay algo que necesites?

—Yo… no. Solo estaba conversando. Ya sabes, esa cosa que hacen los humanos cuando viven juntos. Palabras. Sonidos. Conexión emocional.

—Estoy trabajando.

Se ha movido hacia la ventana ahora, estudiando la calle abajo como si estuviera planeando una invasión. O esperando una.

—Cierto. Lo siento. Simplemente… existiré en silencio por aquí. Otra vez.

Me retiro al sofá, saco mi teléfono, pretendo navegar por Instagram mientras me arden los ojos. El rechazo es constante ahora, un ritmo constante de desprecio. Lo observo por detrás de la pantalla de mi teléfono. Nunca me mira. Pero dos veces, cuando cambio de posición, amaga con volverse hacia mí antes de contenerse.

Para el almuerzo, estoy lo suficientemente desesperada como para pedir comida. Tailandesa de su lugar favorito. He estado prestando atención a sus preferencias, aunque claramente él no ha prestado atención a las mías.

—Llegó la comida —anuncio cuando aparece el repartidor—. Tu pedido de siempre. Pad thai, extra picante, sin verduras porque aparentemente odias la alegría y la fibra.

—No tengo hambre.

—Tienes que comer…

—Marisol. —Dice mi nombre como si fuera equipo táctico que necesita soltar con cuidado. Un activo. Una asignación. No la mujer que estaba debajo de él ayer, deseándolo—. Dije que no tengo hambre.

Pero mira las bolsas de comida con algo parecido al anhelo. ¿Cuándo fue la última vez que comió? ¿El batido de proteínas de esta mañana?

—Está bien, pero sobre lo de ayer…

—Ayer no pasó nada.

—SÉ que no pasó nada. Ese es precisamente el punto. Solo quería decir…

—No hay nada que decir. Entrenamos. Eso es todo.

—Nico…

—Eso es todo, Marisol.

Las palabras aterrizan como agua helada. Pero su mano sobre la mesa está cerrada en un puño, con los nudillos blancos por el esfuerzo de… ¿qué? ¿No alcanzarme? ¿No dar explicaciones? ¿No importarle?

—Entendido —digo, con voz plana—. Entrenamos. Nada más. Clarísimo.

Tiro la comida tailandesa a la basura, con recipientes y todo. Él se sobresalta por el sonido. Realmente se estremece. Pero sigue tecleando en su computadora como si yo no estuviera teniendo un colapso total a un metro de distancia.

La tarde se extiende interminable. Él está físicamente presente pero completamente ausente. Atiende llamadas hablando rápido en ese lenguaje profesional, muchos —recibido— y —manteniendo posición— y —sin confirmación visual todavía—. Palabras militares para problemas militares que no me incluyen.

Luego se pone a hacer dominadas en el marco de la puerta de la habitación de invitados, otra vez sin camisa porque ahora ni siquiera se molesta en cubrirse, porque no valgo el esfuerzo de la modestia.

Lo observo desde el sofá. Cincuenta. Cien. No se detiene. La disciplina de aquello, el control implacable, es como ver a alguien

operándose a sí mismo. Preciso. Frío. Necesario.

Pero en la trescientas doce, su ritmo flaquea. Se suelta de la barra y, por un segundo, se agarra al marco de la puerta como si necesitara sostenerse para no caer. Sus ojos encuentran los míos al otro lado de la sala.

La mirada dura quizás dos segundos. Pero en ella, veo todo lo que no está diciendo. Deseo. Miedo. Algo que parece una disculpa antes de cerrarse de nuevo.

¿Qué me pasa?

He tenido hombres que me deseaban. Filas de ellos. Pero nunca un hombre me había mirado como si yo fuera todo lo que quiere y no puede tener. No cuando me estoy esforzando. No cuando estoy justo aquí.

A las cuatro de la tarde, exploto.

—Voy a ir a La Sirena esta noche.

—No.

—¿Perdón?

Está en la ventana otra vez, ese lugar al que vuelve constantemente. Su mano descansa en su cadera, donde está su arma. —No vas a salir esta noche.

—Tú no tienes derecho a decirme…

—No es seguro. Te quedas aquí.

La autoridad casual en su voz hace que quiera lanzarle algo. Pero hay algo debajo. Preocupación genuina, tal vez. U órdenes que no puede explicar.

—SOY LA DUEÑA de La Sirena. Tengo responsabilidades…

—Tu personal puede manejarlo.

—Quiero IR.

—Y yo dije que no.

Ni siquiera me mira. Solo sigue escaneando la calle abajo como si el peligro pudiera materializarse en cualquier segundo. Su teléfono vuelve a vibrar. Lo revisa, tensando la mandíbula.

La rabia que me inunda es casi un alivio. La rabia es mejor que el dolor. Con la rabia sé qué hacer.

—No eres mi padre. No eres mi novio. Ni siquiera eres mi amigo. No puedes…

—Soy tu seguridad. Y te digo que no es seguro esta noche.

—¿Por qué? ¿Qué no es seguro? ¿Qué es lo que no me estás diciendo?

—Eso no es… —Se detiene. Abre la boca como si fuera a explicarlo de verdad, pero luego la cierra de golpe—. Eso no te incumbe.

—¡Es MI VIDA! ¡Todo lo que tenga que ver con ella me incumbe!

Finalmente me mira, y sus ojos son árticos. Vacíos. Excepto por un destello de algo desesperado antes de bloquearlo. —Si quieres ser exactamente lo que todos esperan, borracha y drogada, haciendo que mi trabajo sea imposible, puedes despedirme. De lo contrario, te quedas aquí esta noche.

Las palabras cortan profundo. Exactamente lo que todos esperan. Como si eso fuera todo lo que soy. Todo lo que he sido siempre. La chica fiestera. El desastre. El lío que él tiene que gestionar.

No la mujer a la que besó junto a la piscina. No la persona a la que llevó a la cama. Solo el activo que hace que su trabajo sea imposible.

—Bien —digo, con voz muerta—. Me quedaré.

Camino hacia mi habitación. Cierro la puerta con cuidado. No doy un portazo. No le daré la satisfacción de saber lo profundo que caló ese golpe.

A través de la pared, lo escucho hablar por teléfono. En voz baja, con urgencia. —…necesito más ojos vigilando el edificio… avistaron a la gente de Cesar… esta noche, sí… No puedo decírselo, ella se—

El resto se escucha amortiguado, pero he oído suficiente. Algo está pasando. Algo relacionado con Cesar. Y Nico no me lo dirá porque… ¿porque qué? ¿Cree que soy demasiado frágil? ¿Demasiado estúpida? ¿Demasiado borracha para lidiar con eso? Bien, iré a La Sirena y se lo preguntaré a Cesar directamente. Él, al menos, no me mentirá.

Me acuesto en mi cama mirando al techo.

Nico me llamó exactamente como todos esperan. Borracha y drogada. Esas fueron sus palabras. Como si ese fuera mi único estado. Como si todos estos días interminables que he estado sobria no importaran. Como si intentar no importara. Como si yo no importara.

Debí haberlo sabido. Nadie se queda. Nadie quiere a mi verdadero yo. Mamá se fue a través de la muerte, susurrando el nombre de Gabriel. Papá me mira como si fuera una decepción con un fondo fiduciario.

Y ahora Nico, que me besó cuando no podía respirar, que me sostuvo cuando derramé el agua, que escuchó cuando hablé de mi

madre. Él me ve de la misma manera que todos los demás.

El desastre. La carga. El trabajo que nadie quiere.

¿Pero qué es lo que más me duele? Que ni siquiera me dirá por qué no es seguro. No me confiará la verdad sobre mi propia vida. Solo un "no es seguro" y "eso no es asunto tuyo", como si fuera mercancía que debe ser almacenada, no una persona que merece información.

La voz de mi madre flota en mi memoria: *—El agua no juzga, mija. Simplemente te sostiene o no lo hace—*.

Mi teléfono vibra en la mesa de noche. Lo ignoro. Luego vibra de nuevo. Y de nuevo.

Lo tomo, lista para lanzarlo al otro lado de la habitación, pero los mensajes me hacen detenerme.

Fiesta en yate esta noche. Marina del Rey. Muelle 7. Va a ser LEGENDARIO.

Mari, ¿dónde has estado? Miami extraña a su reina.

Nena, TIENES que venir esta noche. Todo el mundo va a estar allí.

Mi antigua vida, llamándome a casa. La gente a la que no le importa si estoy rota mientras sea divertida. Las fiestas donde nadie hace preguntas profundas ni espera que esté sobria ni me juzga por ser exactamente lo que necesitan que sea: entretenimiento.

Deslizo el dedo por las invitaciones. Inauguración de una galería de arte (aburrida). El cumpleaños de un promotor de clubes en Babylon (demasiado obvio, Nico buscaría allí primero). Pero el yate…

Privado. En el agua. Aguas internacionales, técnicamente, una vez que nos alejemos lo suficiente. El tipo de fiesta donde todo vale y nadie recuerda los detalles de todos modos.

He estado sobria por… ¿qué, dos días? ¿Tres? Desde aquella primera noche cuando él apareció. Lo más que he aguantado en meses. ¿Y para qué? ¿Para demostrarle algo a un hombre que ya decidió que no valgo nada? ¿Que me prohíbe salir por peligros que ni siquiera nombra?

¿Qué sentido tiene estar sobria cuando nadie lo nota? ¿Qué sentido tiene intentarlo cuando el intento solo resalta el desastre que realmente eres?

Mi teléfono marca que son apenas las 5 p. m. Nueve horas hasta que el yate zarpe. Nueve horas para estar sentada en este penthouse

con un hombre que apenas puede mirarme. O tal vez solo es mi imaginación, viendo lo que quiero ver.

Respondo el mensaje: *Cuenten conmigo. Marina del Rey. Muelle 7. 2 a. m.*

La respuesta es inmediata: *SIIII REINA. Trae esa energía. Tenemos todo lo que necesitas.*

Todo lo que necesito. Pastillas para no sentir nada. Tragos para hacerme olvidar. Gente que no espera nada de mí excepto que sea hermosa y salvaje y el problema de alguien más.

Configuro una alarma para la 1:30 a. m. Escondo mi teléfono bajo la almohada. Y espero.

Desde la sala, lo oigo moverse. Revisando cerraduras en ventanas que no sabía que se cerraban. Preparando su cena de pollo insípido y tristeza. Haciendo más dominadas probablemente, castigando a su cuerpo por lo que sea que su mente no le permite tener.

Las horas pasan a rastras. Seis de la tarde. Siete. Ocho. Me quedo en mi habitación, y él no viene a ver cómo estoy. No le importa lo suficiente como para ver si estoy bien después de decirme que soy exactamente lo que todos esperan.

O tal vez está parado afuera de mi puerta, con la mano levantada para tocar, luchando contra sí mismo. No lo sabría. Estoy demasiado ocupada mirando al techo.

A la medianoche, estoy vibrando por la necesidad de moverme, de escapar, de estar en cualquier lugar que no sea esta hermosa prisión con mi guardián atribulado.

Busco en mi armario en silencio y encuentro el vestido perfecto. Lentejuelas plateadas que atrapan la luz como escamas de pescado, como un vestido hecho de espejos. Apenas cubre nada. El viejo uniforme de Marisol. Ropa de fiesta para una chica fiestera.

La 1:30 a. m. llega como un permiso.

Hora de ser quien todos esperan que sea.

Hora de dejar de fingir que alguna vez podría ser algo diferente.

El penthouse está oscuro. En silencio.

Salgo de la cama ya vestida. El vestido plateado brillante que me hace parecer como si una bola de discoteca hubiera tenido un hijo con las malas decisiones. Las lentejuelas raspan contra mi piel, pequeños puntos de dolor que se sienten apropiados. Las lentejuelas atrapan la luz de la luna a través de mi ventana, lanzando pequeños arcoíris en las paredes.

Descalza, llevando mis tacones, paso sigilosamente frente a la habitación de invitados. Me detengo ante su puerta, escuchando.

Respira. Es la respiración del sueño. Conozco la diferencia ahora. Finalmente está recuperando el sueño que le ha faltado desde que llegó para vigilarme.

La puerta principal se abre silenciosa como un susurro. El ascensor llega de inmediato, como si hubiera estado esperando a que cometiera este error.

Eduardo, el portero nocturno, levanta la vista de su crucigrama, con la sorpresa asomando en su rostro.

—¿Señorita Delgado? ¿Está todo bien?—

—Perfecto. Voy a reunirme con unos amigos. ¿Puede llamar a Carlos?—

—¿A esta hora?—

—Él está acostumbrado—. Le lanzo mi sonrisa de relaciones públicas, la que dice que todo está bien, que no hay nada que ver aquí, solo Marisol Delgado haciendo lo que Marisol Delgado hace.

Eduardo mira hacia el ascensor como si esperara que alguien me siguiera. Cuando nadie aparece, asiente lentamente. —Por supuesto, señorita Delgado—.

A través de los ventanales del vestíbulo, noto un auto estacionado al otro lado de la calle que no estaba allí esta tarde. Un sedán oscuro, con alguien sentado adentro. Vigilando. Esperando.

Debería importarme. Debería sentir miedo. En cambio, solo pienso: que vengan. ¿Qué es lo peor que podría pasar? ¿Que alguien me mate? Al menos eso terminaría con este sentimiento.

Carlos llega en diez minutos; el auto negro se desliza hasta la acera como un coche fúnebre para mi sobriedad. No hace comentarios sobre el vestido ni la hora. Bien entrenado. Bien pagado. Muy consciente de que su trabajo es manejar, no juzgar.

—¿A dónde la llevo, señorita Delgado?—

—Marina del Rey. Muelle 7—.

—¿Una fiesta en un yate?—

—¿Algún problema?—

—No, señora—.

Me acomodo en el asiento trasero, el cuero frío contra mi piel expuesta. Mis manos ya están temblando, por la abstinencia o por la anticipación, ya no lo sé. El minibar me llama, totalmente surtido

porque pago extra para mantenerlo así. Vodka, tequila, champán. Pequeñas botellas de amnesia líquida.

Abro el vodka primero. El ardor es familiar, como encontrarse con un viejo amigo que sabes que es terrible para ti, pero que nunca juzga tus elecciones de vida.

Un trago por la humillación de ofrecerme en ese piso.

Otro por la expresión de su rostro cuando se alejó.

Un tercero por el "no pasó nada ayer".

Un cuarto por creer, por un estúpido segundo, que él podría ser diferente.

Un quinto por la forma en que le temblaban las manos cuando se puso esa camisa esta mañana.

El vodka me pega rápido con el estómago vacío. ¿Cuándo fue la última vez que comí? ¿Esta mañana? Los bordes de todo comienzan a suavizarse, el dolor agudo en mi pecho se amortigua hasta convertirse en un malestar sordo.

Cambio al tequila. Sin sal, sin limón, solo castigo puro por ser lo suficientemente estúpida para pensar que podía ser algo más que esto.

Mi teléfono vibra: *¿Hora estimada de llegada? ¡La fiesta está empezando!*

10 minutos, respondo, aunque las letras bailan un poco.

Otro trago. Este es por haber estado sobria todos esos días. Qué desperdicio. Qué desperdicio tan inútil y estúpido.

La ciudad desfila tras las ventanas, todo neón y promesas. Miami a las 2 a. m. es mi hábitat natural. Lo suficientemente oscuro para ocultar el daño, lo suficientemente brillante para fingir que es belleza. Abro un poco una ventana y respiro el aire salino.

Carlos me mira por el espejo retrovisor. —¿Debo esperar, señorita Delgado?—

—No—. Mi voz suena espesa. —Encontraré mi propia forma de volver—.

O no lo haré. Tal vez simplemente me aleje navegando en este yate, en aguas internacionales para siempre, y me convierta en una historia con moraleja sobre una heredera que se fue de fiesta hasta el olvido.

Suelto una risita ante el pensamiento, luego tomo el champán porque me merezco burbujas. El corcho suena demasiado fuerte en

el espacio cerrado. Bebo directamente de la botella porque las copas son para personas que tienen su vida en orden.

La marina aparece a la vista, los mástiles alzándose como dedos de esqueleto contra el cielo nocturno. El bajo del yate palpita a través del agua, un latido llamándome a casa.

Para cuando Carlos se detiene en el muelle, ya he tomado... ¿cinco tragos? ¿Seis? Además del champán. Los números se han vuelto borrosos, que es exactamente como necesito que estén.

—Señorita Delgado—, dice Carlos mientras yo forcejeo con la manija de la puerta. —¿Está segura de que se encuentra bien?—

—Estoy perfecta—, miento, tropezando ligeramente al salir. Las lentejuelas atrapan la luz de la calle, lanzando arcoíris rotos por todas partes. —Siempre estoy perfecta—.

El suelo se inclina bajo mis tacones. Mi vestido es un dulce sueño hecho de espejos, que refleja todo lo que podría lastimarme.

El muelle se extiende ante mí como una pasarela. Puedo oír el pulso del bajo desde el yate, sentirlo en mis huesos, ver las luces parpadeando al ritmo de una música que promete ser demasiado fuerte y durar demasiado. Mis tobillos flaquean sobre mis tacones, pero he caminado en condiciones peores que esta. La memoria muscular toma el control. Hombros hacia atrás, balanceo de caderas, una sonrisa lo suficientemente brillante como para cegar.

Ya hay gente en cubierta, sombras moviéndose contra las luces. Alguien grita mi nombre. —¡MARISOL! ¡La reina regresa!—

Saludo, casi dejando caer mi bolso de mano. Todo se siente distante, como bajo el agua, como si ya me estuviera ahogando. Tal vez desde el cuarto de invitados de Nico, donde probablemente él sigue despierto, todavía sin importarle que me haya ido. Todavía parado detrás de esa puerta, eligiendo no seguirme.

La pasarela se balancea bajo mis pies. O tal vez soy yo. Sal, sudor y perfume caro llenan mis pulmones. Unas manos fuertes me sostienen del codo cuando tropiezo.

—Cuidado ahí, preciosa—. Un hombre al que no reconozco, pero su sonrisa dice que él sí me reconoce. Siempre me reconocen. La heredera del desastre, la leyenda de las fiestas, la chica que hará cualquier cosa por pasar un buen rato.

—"Cuidado" es mi segundo nombre—, miento, riendo demasiado fuerte.

—Pensé que era "problemas"—, dice él, acercándome más.

—Ese también—.

El yate es exactamente lo que esperaba. Demasiada gente en un espacio demasiado pequeño. Alguien consumiendo líneas sobre un espejo en un rincón. Champán por todas partes. Música tan fuerte que reemplaza el pensamiento.

Este es mi hogar. Aquí es donde pertenezco. No en penthouses con soldados que cuentan mis tragos y juzgan mis decisiones y se quedan detrás de las puertas deseándome pero no lo suficiente. Aquí, donde todo el mundo está demasiado jodido para juzgar a nadie más.

Alguien me entrega una pastilla. No pregunto qué es. Me la paso con champán que alguien más me ofrece. El yate comienza a moverse, alejándose del muelle.

Bailo porque eso es lo que hago. Cuerpos presionados contra el mío, manos que no reconozco, bocas diciendo cosas que no puedo oír por la música. La pastilla hace efecto, todo se vuelve suave, brillante y perfecto. Esto es lo que necesitaba. No sentir nada. No ser nada.

Tal vez algunas personas no están destinadas a ser salvadas.

Tal vez algunas personas simplemente están destinadas a hundirse.

9 - Nico

Sé que se ha ido antes de abrir los ojos.

El departamento se siente mal. Demasiado quieto. Demasiado silencioso. Como si el aire mismo hubiera cambiado de densidad, adelgazándose donde su presencia debería estar llenando el espacio.

Antes de finalmente quedarme dormido, repetí en mi mente cada crueldad que cometí con ella hoy. La forma en que me di la vuelta cuando me trajo café. Cómo no podía mirarla sin recordar su cuerpo bajo el mío en aquel suelo, con la espalda arqueándose, los labios entreabriéndose. Tenía que ser frío. Tenía que crear distancia. Después de ayer, después de casi perder cada ápice de la disciplina que he construido, tuve que recordarme lo que ella es.

Una asignación. Una misión. La hija de alguien más.

No es mía. Nunca será mía.

Pero la sensación de que algo no anda bien en el departamento me saca de la cama. Camino por el pasillo. La puerta de su habitación está abierta.

La cama está vacía.

Por un segundo, todo se detiene. El entrenamiento toma el control. Reviso cada habitación, cada sombra. No está aquí. Se fue.

Una furia gélida llega como una vieja amiga. Se fue. Después de la playa, después de que le dije que no era seguro, se escapó como una adolescente rompiendo el toque de queda.

Mi teléfono. La aplicación de rastreo que instalé su primer día, un protocolo estándar que ella no conoce. El punto azul parpadea en mi pantalla.

Está en el agua. Moviéndose. Un yate, saliendo hacia la bahía.

Me tiemblan las manos, y no es por las dominadas. Huyó. No del peligro, sino hacia él. Hacia el olvido y hacia cualquier cosa que pueda encontrar para adormecer el dolor que le causé.

Me muevo por el departamento reuniendo lo que necesito. Glock. Teléfono. Llaves.

Mensaje de texto a Gunner en caso de que esto salga mal: *Se fue. Fiesta en un yate. Voy a recuperarla.*

La respuesta de Gunner es inmediata: *¿Necesitas refuerzos?*

No.

Tomo el coche de ella. Manejo demasiado rápido por las calles vacías de Miami mientras mi mente repasa diversos escenarios. ¿Qué tan borracha está? ¿Qué tan drogada? ¿Quién la está tocando?

Ese último pensamiento hace que apriete el volante hasta que los nudillos se me ponen blancos. No es tuya, me digo. Esto es preocupación profesional por un activo.

La marina se extiende ante mí, con los botes durmiendo en filas ordenadas. Pero allá afuera, quizás a media milla, el yate resplandece con luces y un bajo que pulsa a través del agua negra. Ella está allá afuera, en ese lío de cuerpos y malas decisiones.

La mayoría de los botes están cerrados. Pero tengo habilidades que no aparecen en ningún currículum. Tres minutos después, tengo una lancha motora rugiendo debajo de mí, cortando el agua hacia esas luces.

El yate se hace más grande a medida que acorto la distancia. Es de alguien con mucho dinero. Tres cubiertas, probablemente doscientas personas. La música retumba en los altavoces, hay gente por todas partes, el champán fluye como el agua. El olor me golpea incluso desde aquí. Sudor y alcohol derramado mezclándose con el aire salino, colonias caras que no logran enmascarar la decadencia subyacente del exceso.

Este es su mundo. El mundo en el que vivía antes de mí. El mundo al que volverá después de que la rechace las veces suficientes.

Doy una vuelta, escaneando. La vibración del motor del bote recorre mis huesos, gotas de agua salada salpican mis brazos. Cubierta superior, cerca de la proa.

Ahí está. Lentejuelas plateadas atrapando la luz como escamas. Está bailando, o intentándolo. Su coordinación está arruinada, claramente borracha, tal vez algo más. El cabello salvaje, los brazos sobre la cabeza, ese vestido que apenas cubre nada.

Parece el caos encarnado. Un caos hermoso.

Y hay un hombre.

Mi visión se nubla. Él tiene la mano en su cintura, los dedos extendiéndose posesivamente sobre las lentejuelas. Inclinándose para susurrarle algo. Su mano sobre lo que no es suyo.

La Glock se siente ligera en mi cadera. Demasiado ligera. Como si quisiera ser usada.

Él la está tocando, y ella suelta esa risa falsa mientras su cuerpo se inclina hacia un lado. Lo está usando como un apoyo para mantenerse en pie, pero él cree que tiene suerte. Él cree que ella está ahí para que él la tome.

Un velo rojo cae sobre mi visión. Mi mandíbula se traba tanto que me duelen los dientes.

Apago el motor, dejo que el bote vaya a la deriva hacia la popa del yate. Encuentro una escalera. Empiezo a subir.

Abordo como si perteneciera a este lugar, pero me muevo entre los cuerpos como una hoja a través del agua. Gente hermosa demasiado borracha para notar al depredador entre ellos. Alguien me ofrece un trago. Los ignoro. Alguien más intenta detenerme, un tipo de seguridad que me mira a la cara una vez y retrocede con las manos en alto.

—¿Rosetti? —oigo que alguien susurra—. Ese es uno de la familia de Chicago, o tal vez de Nueva York, o…—

La multitud se abre ligeramente. El miedo es mejor que la invisibilidad.

Cubierta superior. Ojos fijos en ella.

Ella me ve en medio de una carcajada, permitiendo todavía que ese hombre mantenga la mano sobre ella. Su rostro hace algo complicado. Sorpresa, miedo y, por debajo, alivio.

Quiere ser encontrada.

—¿Nico? —su voz suena arrastrada—. ¿Cómo hiciste para…?—

—Nos vamos.—

—No. No, me estoy DIVIRTIENDO. Estoy en una FIESTA. No tengo que…—

—Ahora.—

El hombre que tiene la mano en su cintura se infla. Camisa cara, valentía barata.

—Oye, amigo. Ella dijo que no quiere irse.—

Lo miro. Solo lo miro. Dejo que vea exactamente lo que estoy pensando hacerle a la mano que la está tocando.

Su rostro pierde el color. Reconoce lo que soy. No solo fuerza bruta, sino fuerza Rosetti. Del tipo que deja cadáveres en el concreto.

—Quiero decir… lo que sea. Es toda tuya.—

Hombre inteligente. Desaparece entre la multitud, llevándose sus manos sucias con él.

—No puedes simplemente APARECER y...—

—Mira cómo lo hago.—

—¡Esto es un secuestro!—

—Esto es una extracción.—

Ella tropieza en la escalera. La atrapo antes de que caiga. Sin pensarlo, sin preguntar, me la echo al hombro como si no pesara nada, y prácticamente es así; no ha comido en horas, quizá días, otra falla que yo debería haber evitado.

Cargarla al hombro es táctico, eficiente. No explica por qué mi cuerpo se enciende en cada punto donde ella me toca, por qué su calor quema a través de mi camisa como una marca de hierro.

—¡Bájame!—

—No.—

Sus puños golpean mi espalda mientras la bajo por la escalera y cruzo la cubierta hasta donde dejé la lancha. Cada impacto me envía una descarga de calor. Luego se queda lacia, o bien rindiéndose o bien demasiado borracha para pelear.

La deposito en el bote. Desato amarras. Acelero el motor.

Estamos solos en el agua negra ahora. La ciudad brilla a lo lejos. El motor ruge fuerte, vibrando a través de la cubierta, pero no lo suficiente como para ahogar su furia.

Ella se da la vuelta bruscamente, las lentejuelas atrapando la luz de la luna mientras se tambalea. —¿Me rastreaste? ¿Cómo?—

—Tu teléfono —mantengo una mano en el volante, con los ojos escaneando el agua oscura al frente—. Mi primo Milo es bueno con esas cosas.—

—¿Mi teléfono? —su voz sube de tono con cada palabra, mientras sus dedos se aferran al borde de su asiento hasta que los nudillos se le ponen blancos—.

—Protocolo estándar —digo con la mandíbula tensa.—

—¡Eso es ESPIAR! —Levanta los brazos, casi cayéndose de espaldas—. ¿Me has estado vigilando todo este tiempo?—

—Vigilancia técnica. —El bote golpea una ola, y una neblina de agua me salpica la cara—. Hay una diferencia.—

—¡No la hay! —Lucha por ponerse de pie, con el vestido pegado a sus muslos mientras se inclina hacia el lado, hacia el agua negra. Me

lanzo hacia ella y la agarro del brazo. Su piel arde, caliente contra mi palma—. ¡No me toques!—

Aprieto el agarre. —Te vas a ahogar.—

Sus ojos se encuentran con los míos, con el rímel corrido y brillando con algo peligroso. —¡Tal vez eso es lo que QUIERO!—

Las palabras golpean fuerte. No lo dice en serio. Está borracha. Pero el eco de su madre, el océano, el agua, hace que se me oprima el pecho. Por un segundo, un pensamiento oscuro cruza mi mente: dejar que el océano se la lleve, que me lleve a mí también, terminar con este tormento para ambos. Lo aniquilo de inmediato, asqueado de mí mismo por pensarlo.

—¡Fuiste tan cruel hoy! —Está llorando ahora, el rímel formando ríos negros por sus mejillas—. Te preparé café. Te pregunté por tu familia…—

—Eso no es…—

—¡Ni siquiera podías MIRARME! Como si yo fuera asquerosa…—

—No lo eres…—

—¿Entonces qué soy? Me besaste, Nico. Y luego actuaste como si no fuera nada.—

—No fue nada.—

—¿Entonces por qué te fuiste?—

Se mueve hacia mí, inestable sobre el bote que se balancea. La agarro por los brazos para evitar que se caiga. Estamos cerca. Demasiado cerca. Su aliento en mi cara, su cuerpo inclinándose contra el mío.

—Sé que sentiste algo —susurra—. En aquel suelo. Sé que querías…—

Su mano se mueve. Rápido. Con la torpeza de un borracho pero con precisión.

Me agarra a través de los pantalones.

Estoy duro. He estado duro desde que la vi en ese yate con las manos de ese hombre sobre ella. Desde que me la eché al hombro, con su cuerpo caliente contra el mío.

Sus ojos se agrandan.

—Sí me deseas.—

No me muevo. No respiro. Mis manos tiemblan por el esfuerzo de no sujetarla, de no mostrarle exactamente cuánto deseo.

—Tú… has estado caminando por ahí actuando como si yo fuera NADA, y estás…—

Me acaricia una vez a través de la tela. Todo mi cuerpo se estremece. Mi mandíbula se aprieta tanto que algo cruje.

Le agarro la muñeca. Alejo su mano. La sostengo contra mi pecho, donde mi corazón martillea.

—Así no.—

Ella levanta las manos. —¿Cómo que así no?—

—Estás borracha. —Aprieto el volante con más fuerza, con los nudillos blanqueando.—

—¿Y? —Se tambalea, casi cayendo cuando el bote choca con una ola.—

La estabilizo con una mano, con la mandíbula apretada. —Y yo no me acuesto con mujeres borrachas que no podrán recordarlo por la mañana.—

—Yo lo recordaré. —Se inclina, con su aliento caliente contra mi cuello.—

—No lo harás. —Giro la cara, concentrándome en el agua oscura que tengo delante.—

Me agarra del brazo, clavándome las uñas. —Incluso con mi mano en tu polla dura, todavía me estás rechazando.—

—Digo que así no. —Le suelto los dedos, con suavidad pero con firmeza.—

Tropieza hacia atrás, sosteniéndose en el borde del asiento. —¡No hay otra forma! ¡Esto es todo lo que soy!—

—Eso no es todo lo que eres. —Mi voz baja de tono, volviéndose más áspera.—

Sus ojos se llenan de lágrimas y el rímel corre por sus mejillas. —Te cubriste cuando me viste sin camisa. Como si yo ni siquiera valiera la pena…—

Mi control se quiebra. Solo una fisura, pero es suficiente. Mi mandíbula trabaja, mis manos aprietan el volante hasta que los nudillos se ponen blancos. Puedo sentir las palabras luchando por escapar, arañando mi garganta contra cada protocolo que he aprendido en mi vida.

—Me cubrí porque si no lo hacía, iba a acorralarte contra el refrigerador y averiguar qué sonidos haces cuando te corres.—

Silencio. Ella abre la boca. La cierra. El bote se mece debajo de nosotros, la bruma salina humedece nuestros rostros.

—¿Qué?—

—Ya me oíste.—

La verdad ebria sale a borbotones: —Tú… querías…—

—Sí. Quería. Quiero. Ese es el problema. —Mi respiración es entrecortada, irregular, como si hubiera corrido kilómetros—. Pero no así. No cuando estás borracha. No cuando es solo otra forma de lastimarte.—

—Nico…—

—Ya casi llegamos a la marina.—

Se sienta. Me mira como si nunca me hubiera visto antes.

El resto del trayecto es silencio.

En el coche, la llevo a medias. Está desfalleciendo, el bajón del alcohol y la adrenalina la golpea con fuerza. En el asiento trasero, se acurruca contra la puerta.

Su cabeza se apoya pesadamente contra la ventana. —Te odio — murmura, con los ojos parpadeando entre cerrados y abiertos.—

Aprieto el volante con más fuerza. —Lo sé.—

—Rastreaste mi teléfono. —Traza un dedo por la condensación del cristal.—

—Sí. —El coche cae en un bache y hago una mueca, mirando para comprobar cómo está.—

Encoge las rodillas contra el pecho. —Eso es de locos.—

—Sí. —Ajusto la temperatura, subiendo la calefacción un poco.—

Sus ojos se desvían hacia mi regazo y luego vuelven a mi cara. — No puedo creer que estés duro ahora mismo.—

Me acomodo en mi asiento, apretando la mandíbula. —Ya no lo estoy.—

—Mentiroso. —Sus labios se curvan en una media sonrisa soñolienta.—

No está del todo equivocada.

En el penthouse, la llevo al ascensor. A su departamento. A su habitación. El aroma familiar de su espacio, vainilla, coco, ese calor subyacente, hace que se me oprima el pecho.

Ya está casi inconsciente. La dejo en la cama. Me tiemblan las manos mientras le quito los tacones. Pongo las mantas sobre ella.

Me agarra la mano.

—Quédate.—

—Marisol…—

—No para… no sexo. Solo quédate. Por favor. No quiero estar sola.—

Debería irme. Debería mantener la distancia. De eso se trataba el día de hoy. Disciplina, control.

Pero me está mirando con esos ojos color miel, con el rímel corrido, y dijo por favor.

Me siento en el borde de la cama. No me acuesto. No la toco más allá de la mano que ella sostiene.

Está casi dormida. Las palabras son arrastradas, apenas audibles.

—Dijiste que me quieres.—

Le aparto un mechón de pelo de la cara. —Duérmete.—

Sus dedos se aprietan alrededor de los míos. —Dijiste que querías acorralarme contra…—

—Duerme. —Mi pulgar traza círculos en el dorso de su mano.—

Gira la cara hacia la almohada, con voz apagada. —Nadie me quiere. No de verdad. No cuando me ven.—

Trago saliva con dificultad, observando el subir y bajar de su pecho. —Yo te veo. Y todavía te deseo.—

Sus ojos se abren brevemente, luchando por enfocar. —¿Lo prometes?—

—Sí. —La palabra se siente pesada en mi boca.—

Se mueve, y su vestido atrapa la luz de la luna. —Probablemente estás mintiendo.—

Se me tensa la mandíbula. —No lo hago.—

—Todo el mundo miente. —Sus palabras se arrastran mientras lucha por mantenerse consciente.—

Me inclino más cerca, bajando la voz hasta un susurro. —No sobre esto.—

Silencio. Su respiración se profundiza, se estabiliza. Creo que está dormida.

Entonces, con los labios apenas moviéndose, un susurro tan suave que casi se me escapa:

—Creo que podría amarte. Si me dejaras.—

Mi corazón se detiene. Se me corta la respiración. Algo en mi pecho se desgarra.

Pero ella se ha ido. Inconsciente, respirando profundamente, con la mano todavía envuelta en la mía.

Me quedo hasta que el amanecer irrumpe por sus ventanas, pintando su rostro de tonos rosas y dorados que la hacen parecer algo sagrado.

La luz rosada atraviesa las ventanas. La hace parecer algo que destruiré si toco.

Retiro con cuidado mi mano de la suya. Subo más la manta. Me retiro al umbral de su puerta.

No al pasillo esta vez. Al umbral de su puerta. Haciendo guardia donde puedo verla respirar, verla existir, asegurarme de que todavía está aquí.

Los muros que he construido durante quince años están empezando a desmoronarse. Puedo sentirlos caer, ladrillo a ladrillo, con cada respiración que ella exhala.

—Creo que podría amarte. Si me dejaras.—

Las palabras resuenan en el silencio de la mañana. Estaba borracha. Probablemente no lo recordará. Pero las palabras de borracho son pensamientos de sobrio, y la verdad de ello se siente pesada en mi pecho como metralla.

No sé cómo dejar que alguien me ame.

Sofia lo intentó. Construyó ese vínculo sagrado entre nosotros a través del entrenamiento, a través de la confianza, a través del entendimiento compartido de lo que ambos habíamos perdido. Y yo la alejé al volverla demasiado dura, al convertirla en un arma en lugar de dejarla ser humana.

Marisol es lo opuesto. Puro sentimiento, puro caos, negándose a ser contenida o controlada. Tal vez por eso me aterroriza. No puedo convertirla en otra cosa. Solo puedo verla ser exactamente lo que es. Hermosa, rota, lo suficientemente valiente como para decir cosas como "Podría amarte" a alguien que no lo merece.

Se mueve mientras duerme, murmurando algo que no alcanzo a distinguir. El vestido de lentejuelas atrapa la luz del alba, proyectando pequeños arcoíris en el techo.

Debería redactar un informe. Debería ducharme. Debería hacer cuatrocientas dominadas hasta que me sangren las manos y deje de pensar en cómo me agarró la polla y casi hace que me corra en los pantalones, cómo lo sabe ahora, cómo ya no hay forma de ocultar lo que deseo.

En lugar de eso, me quedo en el umbral de su puerta, viendo cómo la luz rosada se vuelve dorada, viéndola respirar, sintiendo cómo mis muros se desmoronan con cada minuto que pasa.

Todo lo que cuento ahora son respiraciones. Las de ella. Asegurándome de que cada una llegue. Asegurándome de que ella

siga aquí, siga siendo real, siga ofreciendo algo que no sé cómo tomar.

—Si me dejaras.—

Tres palabras que asumen que tengo ese poder. Que sé cómo permitir en lugar de empujar, aceptar en lugar de controlar, amar en lugar de entrenar.

No sé.

10 - Marisol

Él está preparando su terrible café militar cuando el recuerdo me golpea. Su voz, ronca de deseo: —Quería acorralarte contra el refrigerador y descubrir qué sonidos haces cuando te corres.

Me quedo paralizada en el umbral de la cocina, con una mano aferrada al marco para sostenerme. Las palabras resuenan en mi cabeza, enviando un calor que se acumula en mi bajo vientre a pesar del tequila que todavía envenena mi sistema. Mi boca sabe a muerte. Mi cabeza late con cada pulsación. Pero a mi cuerpo traidor no le importa la resaca. Solo le importa que este hombre, este hombre imposible, confesó que me deseaba mientras yo estaba lo suficientemente borracha como para agarrarle la verga.

Oh, Dios. Le agarré el pene.

El recuerdo completo me atraviesa: mi mano cerrándose sobre él a través de la tela, sintiéndolo duro, realmente duro, por mí. —Tú SÍ me deseas —había dicho yo, como una detective borracha resolviendo el caso más humillante del mundo.

Nico levanta la vista mientras sirve el café y su rostro no revela nada. Absolutamente nada. Como si lo de anoche no hubiera pasado. Como si no me hubiera cargado sobre su hombro. Como si no lo hubiera acosado en un bote.

No sé qué decir. —Oye, sobre eso de manosearte —parece demasiado directo. —Buen día —suena demasiado fingido. Opto por el silencio cobarde, moviéndome hacia la cafetera como si requiriera toda mi concentración.

—Hay aspirinas en el mostrador.

Miro. Dos pastillas, un vaso de agua. Puestos allí para mí como si supiera exactamente cuándo saldría de mi cueva de la vergüenza.

—Y tostadas. Necesitas comer.

También hay tostadas. Un poco quemadas, porque al parecer así es como las bananas tácticas cocinan todo. Solo llevo bragas bajo este suéter enorme, y la tela áspera es un recordatorio constante de mis

malas decisiones de vida. Al menos logré ducharme. La escarcha que se fue por el desagüe parecía magia licuada.

Tomo la aspirina. Como la tostada. El silencio entre nosotros podría sofocar a una ballena.

—Anoche —comienzo. Él deja su teléfono, prestándome toda su atención. Se me revuelve el estómago. —¿Qué… cuánto de eso sucedió realmente?

—¿Cuánto recuerdas tú?

Los fragmentos me asaltan: el yate, el baile, la mano de algún tipo en mi cintura. Luego Nico apareciendo como un ángel vengador en forma humana. El que me lanzara sobre su hombro como una bolsa de compras. Un bote. Viento. Gritos. Mi mano sobre él. Esa confesión sobre el refrigerador.

—Fragmentos. Te apareciste en el yate. Hubo un bote. Nosotros… hablamos.

—¿Así es como lo llamarías?

—No sé cómo lo llamaría, por eso pregunto.

Él me mira de lleno, y algo en sus ojos hace que mi estómago dé un vuelco otra vez. No es náusea esta vez. Algo peor. Algo que tiene que ver con la forma en que me está estudiando.

—Estabas borracha. Me agarraste.

El calor inunda mis mejillas. —Recuerdo esa parte.

—Me preguntaste si te deseaba.

—También recuerdo eso.

—Te dije que sí.

Se me corta el aliento. Así que esa parte fue real. La confesión del refrigerador. La forma en que su voz se volvió ronca cuando lo dijo. Todo fue real.

—¿Y después?

—Y después dije que así no. No estando borracha.

Por supuesto que lo dijo. Incluso conmigo agarrándole la verga, incluso confesando que quería descubrir qué sonidos hago, aun así dijo que no. El rechazo escuece como si fuera reciente, aunque lo entiendo. Aunque sea lo correcto.

—¿Y después?

Observo cómo algo cambia en su expresión. Es sutil. Sus ojos se mueven ligeramente hacia la izquierda, su mandíbula se tensa de forma casi imperceptible. Está a punto de mentirme.

—Te quedaste dormida.

Mentiroso. Hay algo más. Algo flota en el borde de mi memoria como humo que no alcanzo a atrapar. Pero no puedo presionar sin admitir que sospecho que hay algo más. No puedo preguntar —¿acaso confesé mis sentimientos?— sin confesarlos básicamente en este momento.

—Está bien.

—¿Está bien?

—Está bien.

No está bien. Ambos sabemos que no está bien. Pero me como mi terrible tostada mientras él limpia su Glock, y nos marinamos en una tensión insoportable.

La siguiente hora es una agonía. Orbitamos el uno al otro como estrellas binarias, fingiendo hacer cosas normales mientras estamos hiperconscientes de cada movimiento. El departamento se siente demasiado pequeño, el aire demasiado denso. Mi cuerpo es un campo de batalla. La resaca lucha contra la excitación, la náusea compite con el deseo.

Él se estira por encima de mí para alcanzar un vaso, su pecho apenas roza mi hombro. Ambos nos congelamos. El contacto dura tal vez medio segundo, pero todo mi cuerpo se enciende como si me hubieran electrocutado. Puedo olerlo. Aceite para armas y canela y ese calor subyacente que es solo suyo. Da un paso atrás rápidamente, demasiado rápido, y sé que él también lo sintió.

Escapo al sofá, acurrucándome en la esquina mientras finjo mirar mi teléfono. Pero lo observo con mi visión periférica. La forma en que se mueven sus manos mientras reensambla su arma. Preciso. Capaz. Las mismas manos que podrían acorralarme contra ese refrigerador que mencionó.

Dios mío. Necesito dejar de pensar en el refrigerador.

Cielos, ¿estuve sobria por qué, tres días? ¿Cuatro? El período más largo en meses. Y luego anoche lo eché todo a perder.

—Rastreaste mi teléfono —digo, necesitando llenar el silencio con algo que no sea mi espiral de vergüenza—. En el bote, dijiste que me habías estado rastreando desde el primer día.

Él no levanta la vista de su arma. —Sí.

—Todavía estoy procesando eso. La violación de la privacidad. Lo *creepy* del asunto. El hecho de que me miraras destruir cuatro días de sobriedad para ir a ese yate.

Ahora sí levanta la vista. —Cuatro días.

—¿Qué?

—Estuviste sobria cuatro días. Desde la noche en que llegué.

Él los contaba. Por supuesto que los contaba. Igual que cuenta las flexiones y los tragos y cualquier otra medida de control o su ausencia.

—Bueno. Entonces cuatro días tirados a la basura.

—Empezarás de nuevo.

—¿Lo haré? Porque ahora mismo siento que… ¿qué sentido tiene? Mi padre se está muriendo, soy una decepción, y ni siquiera puedo…

Su teléfono suena.

Él mira la pantalla, frunce el ceño. —Número desconocido. —Contesta de todos modos, escucha por un momento y luego me lo tiende—. Es para ti.

Tomo el teléfono, confundida. —¿Hola?

—Marisol —la voz de César resuena, cálida pero tensa—. Finalmente. He estado llamando a tu teléfono toda la mañana.

—¿Tío? ¿Cómo…? —me interrumpo, dándome cuenta de que ni siquiera sé cómo preguntar cómo consiguió este número—. Lo siento, mi celular está apagado. ¿Está todo bien?

—Tu padre me dio el contacto de los Rosetti cuando organizó tu protección. Hombre inteligente, manteniéndose al tanto —hace una pausa y lo escucho tomar aire—. Es Jorge, mija. Está preguntando por ti. Los médicos… no son optimistas.

El calor abandona mi cuerpo, reemplazado por agua helada. —¿Qué tan grave?

—Lo suficiente como para que vengas hoy. Ahora mismo, si puedes.

Mi mano se aprieta en el teléfono. —Yo… sí. Por supuesto. Estaré allí.

—Buena chica. Le diré que vienes. Se alegrará.

Buena chica. La frase me suena mal por alguna razón, condescendiente de una forma que no alcanzo a identificar. Pero mi padre se está muriendo y no tengo tiempo para analizar por qué los apodos cariñosos de Cesar de pronto se sienten diferentes. Tal vez porque preferiría escucharlos de Nico.

Le devuelvo el celular a Nico. Mis manos están temblando. Esta vez no es por la resaca.

—Tengo que irme. Mi padre…

—Escuché. Yo te llevaré.

—No tienes que…

—No voy a dejar que vayas sola.

La certeza en su voz quiebra algo en mí. No dejarme ir sola. Como si ya estuviera decidido. Como si mi bienestar fuera su responsabilidad incluso cuando solo voy a visitar a mi padre moribundo.

—Nico…

—Vístete. Nos vamos en diez minutos.

Es una orden, no una petición. En este momento, con mi mundo inclinándose de lado, agradezco tener a alguien que sepa tomar el mando.

Él ensambla su arma con eficiencia, revisa el cargador y la desliza en la funda en su cadera. Incluso visitar a mi padre moribundo requiere estar armada. El pensamiento debería perturbarme. En cambio, me hace sentir más segura.

Me cambio rápidamente, quitándome el enorme suéter que me ha estado picando como una penitencia. Cae al suelo. Me pongo algo apropiado para visitar a un padre moribundo: un vestido oscuro sencillo que con suerte diga «hija dedicada» en lugar de «decepción con resaca».

La mujer en el espejo se ve vacía. Ojeras bajo los ojos color miel. Piel demasiado pálida. Anoche estaba bailando en un yate, agarrando la verga de su guardaespaldas, intentando olvidarlo todo. Ahora está a punto de ver morir a su padre.

Pienso en la muerte de mi madre, en cómo yo era demasiado joven para decepcionarla adecuadamente. Al menos ella murió pensando que yo podría llegar a ser algo. Mi padre se lleva el espectáculo completo. Veintiséis años de fracasos espectaculares. Ocho años de autodestrucción. Titulares de tabloides y vergüenzas públicas y una hija que ni siquiera puede mantenerse sobria lo suficiente para visitarlo.

Cuando salgo, Nico está esperando junto a la puerta. Se ha puesto una chaqueta que oculta su arma, pero sé que está ahí. El saberlo me consuela cuando no debería.

Tomamos mi auto. Carlo tiene la mañana libre, así que Nico maneja mientras yo voy en el asiento del pasajero mirando Miami pasar, tratando de no pensar en cómo me mirará mi padre. Cómo me mira siempre. Como la prueba de sus fracasos como padre. Como el desastre que sobrevivió mientras el bueno huyó hacia Dios.

—Cuéntame sobre él. Tu padre.

Me sorprende que pregunte. —Jorge Delgado. Construyó un imperio de la nada. Hotelería, bienes raíces, otras cosas de las que nadie habla. Es inteligente. Duro. Decepcionado de su desastre de hija.

—¿Por qué decepcionado?

—Porque no soy la buena. No soy Gabriel. No soy un sacerdote ni un santo ni cualquier cosa perfecta en la que mi hermano se convirtió. —Las palabras saben amargas—. Yo soy el desastre. La chica parrandera que sale en los titulares por todas las razones equivocadas.

—Eso no es todo lo que eres.

—Es todo lo que él ve.

El silencio se extiende entre nosotros. No es incómodo esta vez. Solo… pesado. Luego: —Cuando alguien se está muriendo, cada minuto importa. Incluso los desastrosos.

—¿Hablas por experiencia?

—Sí.

Esa sola palabra carga un peso, historias que no contará, fantasmas que no nombrará. Pienso en él en Afganistán, las cosas que lo hacen hacer flexiones hasta que sus manos sangran. La gente que no pudo salvar. Los que sí pudo.

La propiedad aparece a través de las puertas. Una elegancia mediterránea en expansión tras muros y palmeras que mi madre plantó cuando yo era pequeña. Cada centímetro guarda recuerdos que he pasado años intentando olvidar.

En los portones de la propiedad, la mano de Nico se mueve hacia su cadera, donde está su arma. Solo un tic, pero lo noto. Siempre listo. Siempre atento a las amenazas. Incluso aquí, incluso ahora.

La seguridad nos reconoce a ambos y nos deja pasar. Bajamos por el camino bordeado de palmas reales, cada una un monumento al amor de mi madre por la belleza, a su necesidad de hacer que todo a su alrededor fuera tan encantador como ella.

Me clavo las uñas en la palma. —No estoy lista para esto.

—Nadie lo está nunca. —Los ojos de Nico permanecen fijos en el camino frente a nosotros, su mandíbula es una línea dura.

—¿Has visto a alguien morir?

Una pausa. Sus manos se aprietan en el volante hasta que sus nudillos se ponen blancos. —Sí.

Me giro hacia la ventana, presiono mi frente contra el frío cristal. —¿Se vuelve más fácil?

—No. —Se mueve en su asiento, con los hombros tensándose bajo su chaqueta—. Pero lo sobrevives.

—No estoy segura de estar hecha para sobrevivir.

—Has sobrevivido a todo lo demás. —Su voz es segura, como si estuviera declarando hechos en lugar de fe—. Sobrevivirás a esto también.

La casa se alza ante nosotros. Hermosa, fría, llena de fantasmas. La última vez que estuve aquí fue en Navidad. Estaba borracha antes del mediodía, Gabriel estaba en silencio con su alzacuello, y nuestro padre nos miraba a los dos como a extraños usando las caras de sus hijos.

No puedo obligarme a moverme. No puedo obligarme a abrir la puerta y caminar hacia esa casa donde mi madre murió susurrando el nombre de mi hermano. Donde mi padre se está muriendo decepcionado de lo que me convertí.

—Marisol.

—Solo… dame un minuto.

—Tómate tu tiempo.

¿Te quedarás mientras esté adentro?

—No iré a ningún lado.

—¿Lo prometes?

Él se gira para mirarme de lleno. Esos ojos color avellana que ven demasiado, que me vieron en mi peor momento anoche y aun así me prepararon tostadas esta mañana.

—Lo prometo.

La palabra asienta algo en mí. Tomo aire, salgo al calor de Miami, hacia la sombra de mi infancia. El vestíbulo olerá a cera para madera de limón. La oficina de mi padre todavía tendrá esas fotos de nosotros de antes. Cuando Gabriel sonreía, cuando yo nadaba, cuando nuestra madre estaba viva y todavía éramos una familia.

Nico me sigue, siempre tres pasos por detrás, siempre vigilando.

La puerta principal se abre antes de que lleguemos y aparece el tío César. La preocupación grabada en sus facciones familiares, los brazos ya abriéndose.

—Marisol. Mi niña hermosa. Gracias a Dios que estás aquí.

Camino hacia su abrazo, dejo que me sostenga, respiro su colonia. El mismo aroma caro que ha usado toda mi vida. Sus brazos son

cálidos, familiares, el consuelo de la infancia. Me susurra palabras suaves en español al oído, me dice que todo estará bien, que mi padre es fuerte, que eres una buena hija por venir.

Buena hija. No lo soy, pero dejo que lo diga.

Los ojos de Cesar se dirigen a Nico por encima de mi hombro, evaluándolo. —El soldado de los Rosetti. El hombre de Marco. —No es una pregunta. Reconocimiento entre depredadores.

—César Vega —responde Nico, con voz neutral. Pero noto la forma en que su mano descansa casual a su costado, cerca de donde está su arma.

—Lo he estado manteniendo cómodo —dice César, volviendo su atención a mí—. Pero ya sabes lo terco que es Jorge. Sigue preguntando por ti y por tu hermano.

—¿Viene Gabriel?

—Más tarde hoy, creo. Tu padre quiere a sus hijos cerca.

Gabriel. Mi hermano perfecto que huyó al sacerdocio después de aquella noche. Que me dejó sola con el peso de lo que encubrimos. Él vendrá con su alzacuello, oliendo a incienso en lugar de jazmín y cobre, y nuestro padre lo mirará con orgullo incluso mientras muere.

Detrás de mí, siento la presencia de Nico como una fuerza física. Sólido. Observando. Captando cada detalle de esta interacción con esos ojos que no pierden nada.

Me golpea de pronto esta desconexión. Los brazos de César a mi alrededor deberían sentirse como seguridad. Ha sido mi tío desde antes de que pudiera caminar, el que me daba dulces a escondidas, que me enseñó a bailar salsa en este mismo vestíbulo cuando tenía siete años. Su abrazo debería ser mi hogar.

Pero de alguna manera, Nico parado a un metro de distancia, silencioso e inmóvil, me hace sentir más segura de lo que estos brazos familiares jamás lo han hecho.

No lo entiendo. Tal vez sea porque Nico me ha visto en mi peor estado absoluto. Borracha, drogada, agarrando su verga en un bote, y aun así me preparó tostadas esta mañana. Tal vez sea porque no me miente sobre quién soy, incluso cuando la verdad duele. Tal vez sea porque cuando no podía respirar junto a la piscina, me besó para devolverme la vida en lugar de dejar que me ahogara.

O tal vez sea porque cuando él promete quedarse, le creo.

—Ven —dice César, manteniendo un brazo sobre mis hombros—. Tu padre está esperando.

Caminamos más adentro de la casa, hacia el sonido del zumbido de los equipos médicos, hacia el olor de la enfermedad y los finales. Nico nos sigue, sus pasos silenciosos sobre el mármol que solía resonar con las risas de mi madre.

Pienso en anoche, en cualquier cosa que haya dicho que Nico no me contará. En la mentira de sus ojos cuando dijo que simplemente me quedé dormida.

Cualquier cosa que haya confesado en esa neblina de tequila, cualquier verdad que se haya escapado cuando mis defensas estaban bajas, él se la está guardando. Protegiéndome de mis propias palabras.

Tal como me está protegiendo ahora, una sombra silenciosa asegurándose de que, pase lo que pase en esta casa de agonía y decepción, no lo enfrentaré sola.

11 - Nico

He entrado en territorio enemigo antes. Afganistán. Chicago. Lugares donde la muerte acecha tras cada esquina y la confianza te hace terminar muerto. Pero esto es diferente. El enemigo aquí luce una sonrisa cálida y abre los brazos para la mujer a la que se supone que debo proteger.

Tan pronto como Marisol entra en la habitación de su padre enfermo, Cesar Vega se vuelve hacia mí. Cerca de los sesenta, sienes plateadas, otro traje costoso como el que llevaba en La Sirena cuando lo divisé al otro lado del salón la noche que llegué a Miami. De cerca veo que tiene ojos marrones cálidos que se arrugan cuando sonríe. Todo en él irradia consuelo paternal.

Pero sus pasos son demasiado silenciosos para un hombre de su tamaño. Un sigilo practicado que me pone los pelos de punta.

Mis instintos gritan que algo anda mal. Algo está fundamentalmente mal aquí, aunque todavía no puedo darle un nombre.

He visto esto antes. Hombres que usan el afecto como control, que hacen que su posesión parezca amor. La forma en que inhaló el aroma de Marisol, la retuvo un segundo de más, la observó hasta que ella cerró la puerta de la habitación de su padre tras de sí.

Mi mano se desplaza hacia donde descansa mi Glock. Sería fácil. Una bala, y la pared pintada se convierte en arte moderno. Decirles a todos que él desenfundó primero. Pero Marisol nunca me perdonaría por matar a su tío sin pruebas. Así que, en su lugar, sonrío, mostrando los dientes.

Cesar me mira de arriba abajo. Esa sonrisa cálida nunca flaquea.

—El Rosetti —no es una pregunta—. Jorge mencionó que había organizado seguridad adicional.

—Nico Rosetti.

—Cesar Vega. Conozco a esta familia desde hace treinta años. Desde antes de que naciera Marisol. Me alegra que Jorge haya encontrado a alguien capaz. Nuestra niña necesita protección.

Nuestra niña. Se me tensa la mandíbula.

—Está en buenas manos.

—Eso veo —sus ojos me evalúan. Rápido, minucioso, la evaluación de alguien que sabe exactamente qué buscar—. Tiene aspecto de soldado.

—Exmarine.

—Ah. Entonces entiende de disciplina. Deber. Proteger lo que importa.

No es una charla trivial. Es una prueba. Ver si revelo algo, si le doy una ventaja.

—Entiendo mi trabajo.

—Bien. Bien —su sonrisa no flaquea, pero algo cambia en sus ojos. Cálculo, que aparece y desaparece en un instante.

Me posiciono junto a la puerta de Jorge. Espalda contra la pared, líneas de visión despejadas en ambas direcciones del pasillo. Posición de seguridad estándar. Nada extraordinario en ello.

Excepto que Cesar no se va.

Se apoya contra la pared opuesta, estudiándome con esa sonrisa cálida que nunca llega a sus ojos. Como si fuéramos viejos amigos, simplemente charlando de manera casual mientras Marisol visita a su padre moribundo.

Quiere algo. Información sobre las preocupaciones de Jorge, tal vez, o la confirmación de cuánta protección tiene realmente Marisol. Cada pregunta es un reconocimiento. Cada sonrisa es estrategia. Este hombre ha estado jugando a largo plazo, y Marisol es el premio.

—Es usted muy protector con ella —dice.

—Es mi trabajo.

—¿Solo su trabajo? —La pregunta queda flotando entre nosotros —. He visto la forma en que ella lo mira. Y la forma en que usted la vigila. Es… más que profesional.

No muerdo el anzuelo.

—Es usted observador.

—He tenido treinta años de práctica observando a esta familia — cruza los brazos, preparándose para una conversación que yo no quiero—. Estuve allí cuando Marisol dio sus primeros pasos. Cuando perdió su primer diente. Cuando murió su madre.

Su voz se suaviza en la última parte. Un duelo practicado, interpretado a la perfección.

—La he visto destruirse a sí misma durante ocho años. Y he visto a todos los demás mirar y no hacer nada.

—¿Y usted? ¿Qué ha hecho?

—Lo que pude. Que nunca fue suficiente —otro suspiro perfectamente cronometrado—. Ella no confía fácilmente. El hecho de que dejara que usted se acercara… eso significa algo.

—O no significa nada.

—Tal vez.

El silencio se prolonga. Él está decidiendo algo, tomándome las medidas para un traje que no quiero usar.

—¿Sabe qué es lo fascinante de los soldados? —dice Cesar, todavía estudiándome—. Están entrenados para ver enemigos en todas partes. A veces los crean solo para tener algo contra lo que luchar.

La guerra psicológica es sofisticada. Sembrar la duda. Hacerme cuestionar mis instintos.

—¿Marco Rosetti es su hermano? —pregunta.

—Sí.

—He oído hablar de su familia. Los Rosetti de Chicago —deja que eso se asiente, observando mi reacción—. Poderosos. Despiadados cuando hace falta. Tan intimidantes como los Rosetti de Nueva York.

La forma en que dice despiadados. Como si estuviera saboreando la palabra, archivándola para usarla más tarde.

—También leales —continúa—. Muy leales.

—La familia importa.

—Sí. Lealtad. Familia —se separa de la pared, se acerca más. No de forma amenazante, exactamente. Solo… presente—. Eso es bueno. Marisol necesita lealtad. Ha tenido muy poca.

—Tiene la de usted.

—Siempre. Desde el día en que nació —su voz baja, se vuelve algo íntimo, confesional—. Le hice una promesa a su madre. Rihanna. Una mujer hermosa, con voz de ángel. Sabía que se estaba muriendo. Para entonces, el cáncer ya se había extendido por todas partes. Me hizo prometer que cuidaría de sus bebés. De ambos.

Está usando a una mujer muerta como palanca. Todo en mi interior me grita que es un mentiroso. Este hombre que habla de promesas mientras calcula ángulos.

—Debe ser difícil —digo—. Verla luchar.

—No tiene ni idea —por un momento, algo cruza su rostro. Emoción real, pero no dolor. Frustración, tal vez—. Cada vez que ella aparece en los titulares, cada desastre, cada susto de sobredosis. Es como ver morir a Rihanna otra vez. Jorge también lo siente. Lo está matando más rápido que el cáncer.

—Le está yendo mejor.

—¿Ah sí? Unos pocos días sin champán no borran ocho años de autodestrucción —me estudia con esos ojos calculadores—. Pero usted lo sabe. Un soldado como usted, que ha visto lo que el trauma le hace a la gente. en lo que los convierte.

—He visto a personas sobrevivir a cosas que deberían haberlas matado.

—Sobrevivir. Sí. Pero no prosperar. No sanar —sacude la cabeza —. Algunas personas simplemente están… rotas. Demasiado dañadas para repararlas. Todo lo que puede hacer es gestionar los daños.

Cada palabra está cuidadosamente elegida. Me está poniendo a prueba, viendo si la defenderé, viendo qué tan profunda es mi inversión.

—Hablando de gestión —continúa—, me da curiosidad el interés de su familia aquí. Los Rosetti no suelen involucrarse en los negocios de Miami.

—Jorge Delgado contactó a Marco personalmente.

—Sí, ¿pero por qué? Tenemos seguridad, y de la buena —hace un gesto vago hacia la casa que nos rodea—. A menos que Jorge sepa algo que yo no; alguna amenaza que no ha compartido con su amigo más antiguo.

Ahí está. La sonda. Quiere saber qué le dijo Jorge a Marco, qué sé yo.

—Es un padre preocupado por su hija. Eso es todo lo que necesito saber.

—Por supuesto. El amor de un padre —su sonrisa es cálida, comprensiva—. Aunque a veces el amor nos hace ver amenazas que no existen. Jorge ha estado… paranoico últimamente. La medicación, el estrés. Cree que alguien cercano a él está tramando algo.

Lo dice casualmente, como un chisme. Pero está observando mi reacción. Cuando no doy ninguna, continúa:

—Cuando Jorge fallezca, Marisol necesitará orientación. Alguien que la ayude a navegar la transición. Los buitres rondarán, ya

entiende. La familia Zayas especialmente. Necesitará a alguien en quien confíe para proteger sus intereses.

Ya está planeando para después de la muerte de Jorge.

—La paranoia no siempre es equivocada —digo.

—No. A veces la persona en la que más confiamos es la que sostiene el cuchillo —deja que esa imagen se asiente entre nosotros —. Por eso me alegra que esté aquí. Un extraño. Alguien sin más agenda que mantener a nuestra niña a salvo.

Nuestra niña. Otra vez.

La puerta se abre antes de que pueda responder. Marisol emerge, con los ojos rojos y los hombros encogidos hacia adentro. Observo la devastación escrita en su rostro, la forma en que todo su cuerpo parece más pequeño, como si las palabras de Jorge la hubieran disminuido físicamente.

—Quiere verte —me dice. Su voz está cargada por las lágrimas que lucha por no derramar.

Miro a Cesar. Ya se está acercando a ella, listo para ofrecerle consuelo.

—Ve —dice él—. Yo cuidaré de Marisol. Una buena taza de té, quizás. O algo más fuerte.

—No —ella sacude la cabeza, se acerca a mí en lugar de a él—. Quiero quedarme cerca de Nico. Esperaré aquí.

Algo parpadea en el rostro de Cesar. Solo por un momento. Molestia, tal vez. O algo más oscuro.

—Por supuesto, cariño. Lo que necesites.

Entro en la habitación del enfermo, sabiendo ya que esta conversación confirmará lo que mis entrañas han estado gritando desde que llegamos.

La habitación está oscura como una tumba, con las cortinas cerradas contra el sol de la tarde. El equipo médico zumba. Monitores que registran el declive constante de un hombre que construyó un imperio solo para verse a sí mismo desmoronarse. El olor golpea de inmediato: medicina y decadencia. El antiséptico no logra enmascarar algo peor. El aroma de un cuerpo apagándose, sistema por sistema.

Jorge Delgado está recostado en una cama de hospital. Ha sido vaciado por la enfermedad, un hombre corpulento reducido a huesos afilados y voluntad obstinada. Pero sus ojos. Oscuros, penetrantes,

sin perderse nada. Esos ojos todavía están vivos. Todavía son peligrosos.

Se fijan en mí como la mira de un rifle.

—Acércate. Quiero ver al hombre que envió Marco.

Me aproximo, me detengo en posición de firmes casi sin pensarlo. Viejas costumbres.

—Eres más joven de lo que esperaba.

—Veintinueve.

—Veintinueve —un sonido que podría ser una risa resuena en su pecho—. Yo construí mi imperio a los veintinueve. ¿Qué has construido tú?

—Cadáveres. Principalmente.

La honestidad lo sorprende. Bien. Estoy cansado de juegos, de las manipulaciones cálidas de Cesar, de que todo el mundo ande con rodeos ante la verdad.

—Honesto. Me gusta eso —hace un gesto hacia la silla al lado de la cama. La que Marisol acaba de dejar, con un pañuelo arrugado en el suelo junto a ella—. Siéntate.

Me siento.

—Marco habla muy bien de usted. Dice que es su mejor hombre. Disciplinado. Letal. Incapaz de ser corrompido.

—Hago mi trabajo.

—Su trabajo es mantener a mi hija con vida —su voz se vuelve más aguda—. ¿Cómo va eso?

—Está viva.

—También está borracha la mitad del tiempo, según escucho. Drogada la otra mitad. Corriendo por Miami como una mujer con deseos de morir —las palabras son duras, pero el agotamiento se trasluce—. ¿Es esa la hija que está protegiendo?

—Está luchando. Pero es más fuerte de lo que usted cree.

—¿Más fuerte? —Su risa se convierte en una tos húmeda que hace que los monitores se disparen—. Es un desastre. Ha sido un desastre desde que murió su madre. Nada de lo que hago, nada de lo que digo funciona.

—Con todo respeto, señor. No es un desastre. Está sufriendo. Hay una diferencia.

El silencio se prolonga. Jorge me mira fijamente con esos ojos afilados y moribundos. Midiendo. Calculando. Decidiendo si soy un aliado o un obstáculo.

—Se está ahogando —continúo, porque alguien tiene que decirlo —. Y necesita a alguien que la saque, no que la hunda más.

—La está defendiendo.

—Estoy describiendo lo que veo.

—¿Y usted qué ve?

—A una mujer que perdió a su madre a los diecisiete años y nunca procesó el duelo. A una mujer que carga con algo pesado.

La mandíbula de Jorge se tensa. —La conoce hace una semana.

—A veces una semana basta para ver lo que la familia no puede.

—¿Y qué es lo que yo no puedo ver?

—Que no está eligiendo destruirse a sí misma. Está intentando sobrevivir de la única manera que sabe.

Más silencio. Los monitores pitan rítmicamente, marcando un tiempo que Jorge no tiene.

—Cesar dice que usted es peligroso —dice finalmente—. Tiene razón.

Hay algo en su voz. No es ira. ¿Casi… esperanza?

—Ella le importa —dice, aunque quizá sea una pregunta.

—Es mi encargo.

—Eso no fue lo que le pregunté.

No respondo. No puedo responder. La verdad es demasiado complicada, demasiado peligrosa. No pude evitar que Sofia se fuera, no pude hacer que se quedara. Pero a Marisol… a Marisol puedo mantenerla a salvo. Incluso si eso significa convertirme en el monstruo que ella odiará.

Jorge me estudia un momento más y luego asiente. Alguna decisión interna tomada.

—Hay una amenaza —su voz baja, a pesar de que estamos solos—. Alguien cercano a mí. No sé quién. Todavía no. Pero lo siento. de la forma en que un hombre moribundo siente todo con más claridad.

Él estira la mano, me sujeta la muñeca con una fuerza sorprendente. Sus dedos están fríos, pero su agarre es de hierro.

—Los buitres están sobrevolando. Esperando a que muera. Y cuando lo haga, vendrán por ella. Por el imperio. Por todo.

—¿La familia Zayas?

—Sí, pero eso es externo. Esperado. Esto es… —Se esfuerza por encontrar las palabras—. Esto es interno. Alguien cercano. Alguien en quien confío. Alguien que ha estado aquí tanto tiempo que ya no lo veo con claridad.

Cesar. Todo en mi interior grita Cesar. Pero necesito más que instinto.

—Manténla con vida —dice Jorge, apretando más el agarre—. Cueste lo que cueste. A quien sea que tengas que destruir. Mantén a mi hija con vida.

—Lo haré, señor.

—Bien. —Jorge me suelta y se recuesta de nuevo en las almohadas. Nuestra conversación ya lo ha agotado—. ¿Sabes qué es lo que veo cuando te miro?

—¿Qué?

—A un hombre que ya está medio enamorado de ella. —Una sombra de sonrisa asoma a sus labios—. No lo niegues. Me estoy muriendo, no estoy ciego. La forma en que la defendió hace un momento… eso no es interés profesional.

No lo confirmo ni lo niego. Solo espero.

—Ella necesita a alguien que la proteja.

—¿No era ese su trabajo?

Las palabras salen más duras de lo que pretendía. Los ojos de Jorge destellan. Ira, luego algo parecido a la vergüenza. —¿Crees que no amo a mi hija?

—Creo que la ama. Pero creo que su amor viene envuelto en tanta decepción que ella ya no puede notar la diferencia.

—¿Cómo se atreve?

—Ella vino aquí por usted. Sobria. Intentándolo. Y sea lo que sea que le haya dicho, le pido que piense si eso la ayuda a ella o si simplemente lo hace sentir a usted mejor por sus propios fracasos como padre.

El silencio que sigue podría sofocarnos a ambos. El rostro de Jorge pasa por varias emociones. Rabia, dolor, tal vez incluso reconocimiento.

—Déjame —dice finalmente.

Me levanto para irme, pero su voz me detiene en la puerta.

—Rosetti.

Me doy la vuelta.

—Cuando descubra quién es la amenaza, porque lo hará, no lo dude; No muestres misericordia. Este mundo no perdona la debilidad.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? Porque si es alguien que a ella le importa, te odiará por eso. ¿Puedes vivir con eso?

Pienso en Marisol, rota y hermosa, ahogándose en un dolor que no puede nombrar. Pienso en la mañana en que se despertará para descubrir que he destruido a alguien que ama, aunque se lo mereciera.

—Puedo vivir con su odio —digo—. No puedo vivir con su muerte.

Jorge asiente lentamente. —Entonces eres el hombre indicado para esto.

Lo dejo allí, muriendo solo en su habitación oscura, y me pregunto si ser el hombre indicado significa ser aquel dispuesto a romperle el corazón para salvarle la vida.

Salgo de la habitación del enfermo para encontrar a Marisol esperando exactamente donde la dejé. Cesar merodea demasiado cerca, con la mano extendida hacia su hombro. Ella se aparta, de forma sutil pero deliberada, y se mueve hacia mí en su lugar.

—Nos vamos. AHORA.

—Marisol. —Cesar intenta alcanzarla.

Pero ella ya está en movimiento, dirigiéndose a la salida con la energía desesperada de alguien que huye de un incendio. La sigo sin cuestionar.

Detrás de nosotros, Cesar exclama con voz suave como la seda: —Llámame más tarde, cariña. Hablaremos.

Ella no le hace caso. Solo sigue caminando, casi corriendo, por los pasillos de mármol de la casa de su infancia.

Llegamos al coche. Ella se queda de pie al lado, temblando demasiado como para abrir la puerta. Se la abro, la ayudo a entrar y luego rodeo hacia el lado del conductor. Nos alejamos de la finca y ella se queda mirando por la ventana. Las lágrimas corren silenciosamente por su rostro.

No pregunto. No presiono. Solo manejo.

La finca desaparece tras nosotros. Pasan cinco minutos. Diez.

Entonces ella se quiebra.

—Dijo que la estoy matando.

Mis manos se aprietan en el volante. —¿Qué?

—A mi madre. Dijo... —Su voz se quiebra, cruda y desgarrada—. Dijo que verme destruirme a mí misma es como verla morir de nuevo. Que cada vez que salgo en los titulares, cada vez que soy un desastre, estoy matando su memoria. Demostrando que desperdició

su último aliento en mí. ¿Sabes cuáles fueron las últimas palabras de mamá para mí? Trata de ser buena, como tu hermano.

—Él se equivoca.

—¿Ah, sí? Porque no he sido buena. He sido todo lo que ella no quería. Todo lo que él temía que llegara a ser.

—Has estado sobreviviendo. Eso no es lo mismo que fracasar.

—Se siente igual.

Quiero dar la vuelta al coche. Quiero volver a esa habitación de enfermo y decirle a Jorge Delgado que estar muriendo no le da derecho a destruir a su hija con la culpa. Pero no ayudaría. Solo la haría sentir peor. Como si necesitara ser defendida, como si no pudiera lidiar con su propia familia.

Así que sigo manejando.

—¿Podemos no ir a casa todavía? —Su voz es pequeña, rota—. No puedo… no puedo estar en ese departamento ahora mismo.

—¿A dónde quieres ir?

—A cualquier parte. A ningún lado. No lo sé. —Se limpia la cara con el dorso de la mano—. Solo maneja.

Manejo. Por Miami, sin rumbo, dejando que la ciudad pase de largo mientras ella se desahoga llorando. El sol comienza su descenso, pintándolo todo de dorado.

Finalmente, me detengo en un tramo tranquilo de playa. No es nuestra playa. Es una diferente, más rocosa, más aislada. El océano se extiende ante nosotros, infinito e indiferente. Estaciono de frente al agua.

Ella ha dejado de llorar. Solo mira las olas, con la mirada vacía. —Debí haber sido mejor.

Me giro hacia ella, con una mano todavía en el volante. —Tenías diecisiete años cuando ella murió.

—Tenía edad suficiente para entender. —Apoya la frente contra el cristal frío de la ventana, empañando un pequeño círculo con su aliento.

—Edad suficiente para estar traumatizada. —Golpeo mis dedos contra el volante, observando su reflejo en la ventana—. No lo suficiente como para procesarlo sin ayuda.

Ella enrosca un mechón de cabello alrededor de su dedo, tirando hasta que debe dolerle. —Mi hermano lo procesó.

—Tu hermano huyó. —Mi voz se endurece mientras me acomodo en el asiento para quedar frente a ella plenamente—. Lleva ocho años

escondido en una iglesia. Eso no es procesar. Eso es escapar.

Ella me mira bruscamente. —No sabes nada de él.

—Sé que te dejó sola. Sé que estás aquí, lidiando sola con tu padre moribundo, mientras tu hermano perfecto reza en alguna parte. Eso no es ser bueno. Eso es haberse ido.

Ella abre la boca. La cierra. Algo cambia en su expresión.

—Realmente lo ves todo, ¿verdad?

—Te lo dije. Yo no aparto la mirada.

Las palabras quedan flotando entre nosotros. Entonces ella estira el brazo a través de la consola. Su mano encuentra la mía, entrelazando sus dedos, y se aferra con fuerza.

Dejo que tome mi mano. Dejo que se ancle a mí.

Nos quedamos sentados así, mirando el océano, su mano en la mía, sin hablar. El sol sangra rojo sobre el agua. Sus dedos son pequeños en los míos, pero su agarre es fuerte. Aferrándose como si yo fuera lo único sólido en un mundo que se disuelve.

—No quiero estar sola esta noche.

Las palabras son suaves, apenas audibles sobre el sonido de las olas.

—No lo estarás.

—Me refiero a... —Traga saliva—. No quiero estar sola. En mi habitación. Mirando el techo. Pensando en todo lo que él dijo.

—¿Qué quieres?

—No lo sé. Algo. Alguien. —Se gira para mirarme, y sus ojos son desoladores—. A ti.

La palabra queda suspendida entre nosotros. A ti.

—Marisol.

—Lo sé. Sé que tienes reglas. Sé que dijiste que así no. —Su voz es firme, clara a pesar de las lágrimas que se secan en sus mejillas—. Después de la sesión de entrenamiento, después de que te alejaste de mí en ese suelo hace dos días, no pensé que volverías a quererme.

—Eso fue diferente.

—¿Cómo?

—No estabas eligiendo. Estabas reaccionando. Esta noche estás eligiendo.

Ella me mira, me mira de verdad. —Pero no estoy borracha. No estoy drogada. Estoy completamente sobria. Soloestoy... estoy tan cansada de sentirme vacía. Y cuando estoy contigo, siento algo. Cualquier cosa.

Se gira más completamente hacia mí, y el último rayo de sol se refleja en sus ojos color miel.

—Por favor.

Por favor. La palabra golpea fuerte. Inesperada, demoledora, sin defensa preparada. Esta mujer que lucha contra todo, que convierte el desvío de atención en arte, que se blinda en el caos. Está diciendo por favor. Sin exigir. Sin actuar. Simplemente pidiendo. Sobria, lúcida, eligiendo.

Debería decir que no. Debería recordar que ella es vulnerable y que está de duelo, y que esto es exactamente cuando la gente comete errores de los que se arrepiente. Debería mantener la distancia que nos mantiene a salvo a ambos.

Pero ella me mira como si fuera lo único sólido que queda, y tal vez eso es exactamente lo que yo también necesito. Ser sólido para alguien. Importar más allá de la misión.

—Vamos a casa.

Arranco el coche, pero no le suelto la mano.

El viaje de vuelta es tranquilo. No silencioso. Tranquilo. La diferencia importa. Ya no se está ahogando. Está flotando, dejando que yo sea su ancla. Su pulgar traza pequeños círculos en mi palma, y cada roce envía un calor a través de mí que no tiene nada que ver con el clima de Miami.

—No estoy pidiendo para siempre —dice de repente—. Sé que eventualmente volverás a Chicago. Sé que esto es solo… un trabajo para ti. Pero esta noche, ¿podemos pretender que no lo es?

La verdad lucha por salir de mi garganta. Debería mentir. Debería mantener la distancia. Pero ella me mira con esos ojos color miel, y las paredes que he pasado años construyendo se agrietan.

—Dejó de ser solo un trabajo la noche que dijiste mi nombre mientras dormías.

Ella me mira, sorprendida.

—¿Lo hice?

—Lo hiciste. Y luego me llamaste Mi caballo.

Eso le saca una pequeña risa. El sonido afloja algo en mi pecho.

—Tengo un gusto excelente para los apodos.

—El mejor.

Entramos en el garaje de su edificio. El ascensor sube hacia su ático y, con cada piso, el aire entre nosotros se vuelve más denso. No de temor ni de miedo. De posibilidad.

Dentro de su departamento, ella se quita los tacones, volviéndose repentinamente más pequeña. Más frágil. Pero también más real de lo que la he visto nunca.

—Necesito ducharme —dice—. Quitarme este día de encima. Pero… ¿te quedarás? No en la habitación de invitados. Solo… ¿te quedarás?

—Sí.

Ella desaparece en su habitación. Oigo el agua comenzar. Me quedo de pie en su sala, mirando las luces de la ciudad, sabiendo que estoy a punto de cruzar una línea que no podré desandar. Sabiendo que mañana todo será diferente. Sabiendo que Cesar está ahí fuera, planeando algo, y que tendré que detenerlo, y que eso la destruirá.

¿Pero esta noche?

Esta noche el soldado puede esperar.

Cuando sale, lleva una pijama sencilla. Ni seda, ni actuaciones. Solo algodón suave y piel limpia y unos ojos que saben exactamente lo que está pidiendo.

—No quiero tener sexo —dice, directa como siempre—. Solo… no quiero estar sola. ¿Está bien?

—Sí.

Ella me tiende la mano. Yo la tomo.

Su habitación todavía huele a vainilla y coco, pero ahora hay algo más. Ella. No el perfume ni los productos. Solo ella.

Se mete en la cama, aparta las mantas del otro lado. Una invitación.

Debería irme a la habitación de invitados. Cambiarme. Mantener algún límite.

El soldado en mí lucha con algo más. Me quedo allí, congelado entre la disciplina y el deseo, entre lo que debería hacer y lo que ella necesita.

En lugar de eso, me acuesto a su lado, completamente vestido. Ella se acurruca contra mi costado de inmediato, con la cabeza en mi pecho, el brazo sobre mi estómago. Puedo sentir los latidos de su corazón contra mis costillas. El calor de sus lágrimas empapando mi camisa, la textura de su dolor convirtiéndose en parte de mí.

—Tu corazón va muy rápido —susurra.

—El tuyo también.

Finalmente, su respiración empieza a estabilizarse. Está agotada. Emocional y físicamente. El día le ha arrebatado todo.

Se queda dormida así, acurrucada contra mí, confiando en mí para mantener alejados a los monstruos. Sin saber que yo podría ser uno de ellos. Sin saber que mañana, o al día siguiente, o pronto, tendré que romperle el corazón para salvarle la vida.

12 - Marisol

Estoy parada frente a su puerta, con una mano levantada para tocar y la otra presionada contra mi vientre, donde el calor se enrosca, bajo y urgente. Han pasado demasiados malditos minutos con el pulso latiendo entre mis piernas porque es mejor que pensar en las palabras de mi padre. *Estás matando su memoria. Con cada desastre, con cada titular, demuestras que ella desperdició su último aliento en ti.*

Después de que llegamos a casa, se quedó conmigo como se lo pedí. Me sostuvo mientras lloraba hasta vaciarme en mi cama, con sus brazos rodeándome; él totalmente vestido y yo en un simple pijama. Pero cuando desperté en medio de la noche, se había ido. De vuelta a su habitación, a su espacio controlado, dejándome a solas con la hendidura en mi almohada donde había estado su cabeza.

Intenté volver a dormir. Fracasé.

Mi mano se deslizó entre mis piernas un par de veces, pero me detuve. No quiero mis propios dedos. Quiero los de él.

No quiero estar sola. El pensamiento me golpea como un segundo latido. No quiero estar sola con estos fantasmas y este dolor.

Antes de que pudiera pensarlo, ya estaba de pie. Caminé por el pasillo descalza, y mi reflejo en el espejo mostró exactamente lo que soy: una desesperada. Con los ojos todavía hinchados de tanto llorar y el cabello revuelto.

Mis nudillos golpean la madera antes de que mi cerebro reaccione.

La puerta se abre de inmediato. Estaba esperando. De pie como una maldita estatua griega, sin camisa, con cada línea de sus músculos tallada en la tenue luz. Esos pantalones de gimnasia de talle bajo cuelgan de sus caderas, y puedo ver su silueta, ya está medio erecto.

—No puedo dormir.

Mi voz sale entrecortada, y sus ojos bajan a mi pecho, donde mis pezones presionan contra la delgada tela.

—Deberías intentarlo —dice.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, una excusa gastada; ninguno de los dos cree que lo diga en serio. Lo que él quiere decir es otra cosa: que el esfuerzo importa más que el resultado, que el ritual de fingir distancia es una especie de seguridad. Pero no hay nada seguro en la forma en que me mira. Nada seguro en la forma en que mi cuerpo lo desea, lo anhela como si fuera un vicio.

—Lo hice —mi voz es suave, pero vibra con necesidad—. No dejo de pensar en ti —doy un paso adelante, tan cerca que el calor de su piel se irradia hacia mí, tan cerca que podría delinear la vena de su cuello con mi lengua si quisiera—. En tus manos. En tu boca. En lo que podrías hacerme.

Su mandíbula se tensa, un tic de esfuerzo. Recuerdo haber leído sobre la respuesta de lucha o huida, pero lo que veo ahora es lucha *y* huida, ambas cosas, una maraña de deseo y autopreservación. Quiere correr y quiere devorarme, y no sé cuál de los dos instintos ganará.

—Marisol —no es solo mi nombre, es una barricada y un desafío. Las sílabas son ásperas, guturales, desgarradas por algo en su interior. Intenta plantar los pies, aferrarse a este último cuadrado de terreno firme, pero veo cómo sus manos se aprietan a sus costados, como si le picaran por agarrarme y no soltarme nunca.

Así que cruzo la brecha. Mis dedos encuentran el borde de sus pantalones y tiran suavemente, lo suficiente para recordarle a dónde podría llegar esto. Lo miro hacia arriba, con mis grandes ojos oscuros y las pestañas aún húmedas por el llanto, y por un segundo veo algo parecido al horror en su rostro… como si supiera lo cerca que está de romperse, lo poco que faltaría para que todo su control no sirva de nada.

—No estoy borracha —digo, y las palabras son un extraño consuelo, una promesa secreta—. Ni drogada. Estoy completamente sobria y estoy tan jodidamente mojada que he empapado estos shorts solo de pensar en ti.

El aire cambia entre nosotros. Sabe a sal y a calor, al ozono antes de que caiga un rayo. Sus fosas nasales se dilatan y esta vez me pregunto si realmente puede olerme, si mi necesidad es una feromona que se filtra a través del algodón. Inhala, con el pecho subiendo, y sus ojos arden en los míos. La parte de mí que es

vulnerable casi quiere apartar la vista, pero la otra parte, la parte cruda y descarada, sostiene su mirada.

—Querer no es lo mismo que tener —sus palabras salen ásperas, como papel de lija y grava. Las dice como una advertencia, tal vez como una gentileza, pero aterrizan como un reto.

Así que lo encuentro a mitad de camino, presionando mi palma contra su pecho, sintiendo el latido fuerte de su corazón bajo la piel. Está temblando, solo un poco, y la idea de que puedo conmoverlo me vuelve loca de poder. Deslizo mi mano hacia arriba, dejando que mis uñas rocen su clavícula, y siento que se estremece.

—¿Por qué no? —me acerco más hasta que mis pezones rozan su pecho a través de mi camiseta de tirantes. Ambos inhalamos bruscamente—. Te he deseado desde que lanzaste a ese hombre contra las rocas. Desde que me llevaste a la cama. Desde que admitiste que querías acorralarme contra el refrigerador y descubrir cómo sueno cuando me vengo.

—Eso no es…

—Dijiste que me querías. ¿Estabas mintiendo?

—No.

La palabra sale desgarrada, una sola sílaba arrancada de algún lugar profundo y oscuro como una bóveda. Sus ojos se desvían, aterrizan en la pared sobre mi cabeza, mirando el cuadro del paisaje como el haz de luz de un faro al que se ancla para no perderse en mí. Le doy su segundo de silencio, con el espacio entre nuestros cuerpos cargado y tembloroso, pero luego lo acorralo más, con mi rodilla empujando entre sus muslos.

—Entonces tómame —susurro.

Es un desafío, un hechizo, tal vez el último suspiro de la parte de mí que todavía teme que soy demasiado o muy poco, que si pido lo que quiero, el universo se reirá en mi cara.

Pestañea, y cuando su mirada vuelve a enfocarse es como si me viera por primera vez, o tal vez como si viera una versión de mí que nadie más llega a ver. Recuerdo la primera vez que vi un incendio forestal en la televisión, la forma en que las llamas devoraban todo a su paso: inevitable, hermoso, aterrador. Así es como me mira ahora.

—Haz que olvide todo excepto tu nombre —lo digo de nuevo, más fuerte.

Quiero oírme decirlo. Quiero ver las palabras aterrizar y prender fuego, de la misma manera que quiero sus manos en mi piel, su boca

en mi boca, su cuerpo en mi cuerpo.

Duda, y por un segundo me pregunto si he ido demasiado lejos, si he perforado nuestro cuidadoso ecosistema y he introducido a un depredador. Pero entonces habla, tan suavemente que casi no lo oigo.

—No sé cómo hacer eso sin…

Su voz flaquea, y yo termino el pensamiento por él. —¿Sin qué? ¿Sin perder el control? —dejo que mi mano baje, desde el calor suave de su abdomen hasta la pretina de esos pantalones, con el pulgar rodeando el nudo del cordón—. Tal vez eso es exactamente lo que ambos necesitamos.

Emite un sonido ahogado, animal; un sonido que nunca antes le había oído, ni entrenando, ni de dolor, ni siquiera de rabia. Es el sonido de algo que finalmente se libera. Por un momento cristalino, simplemente nos miramos. El pulso me retumba en los oídos, y sus ojos —el tipo de ojos en los que no miras a menos que quieras ser visto por completo— están fijos en los míos.

Me elevo, poniéndome de puntitas lo suficiente para cerrar el último centímetro. Mi boca encuentra la suya, y el beso es torpe al principio, una colisión de dientes y aliento caliente y esa risa aguda y nerviosa que no puedo evitar soltar contra su boca.

No se mueve. Sus manos permanecen apretadas a los costados, con los nudillos blancos. Mis manos están por todas partes: su mandíbula, su pecho, la línea de su cuello donde el pulso late fuerte y salvaje. Lo beso con más fuerza, y ahí es cuando finalmente estalla.

Sus manos agarran mi cintura y me arrastran contra él, su boca estrellándose contra la mía con una fuerza que lastima. Este no es el beso de un ataque de pánico ni el casi beso de una sesión de entrenamiento. Esto es hambre pura, su lengua invadiendo mi boca, reclamando, consumiendo. Saboreo canela y algo más oscuro, más primitivo.

Me empuja hacia adentro de su habitación, cerrando la puerta con una patada lo suficientemente fuerte como para hacer vibrar el marco. Mi espalda se estrella contra ella y su cuerpo me aprisiona, puro músculo. Su pene presiona mi vientre a través de sus pantalones, totalmente erecto ahora, y me froto contra él sin vergüenza.

—Silencio —gruñe cuando empiezo a gemir.

La orden envía electricidad directo a mi clítoris. Él está tomando el control, quitándome mi ruido, mi caos.

Su boca ataca mi cuello, sus dientes raspan, su lengua alivia el escozor. Cuando suelto un lloriqueo, su mano sube para cubrir mi boca.

—Dije silencio. ¿Quieres saber qué sonidos haces? Los harás cuando yo lo permita.

Me arranca la camiseta por la cabeza. El aire fresco golpea mis pechos desnudos y mis pezones se tensan dolorosamente. Sus ojos me devoran, con esa evaluación táctica que me hace sentir como una presa.

—Mierda —jadea—. Mírate.

Sus manos envuelven mis pechos, sus pulgares rodeando mis pezones lentamente. Me arqueo hacia él, intentando aumentar la presión, pero él lo controla todo: el ritmo, la fuerza, la lenta tortura de lo que es casi suficiente.

—Por favor…

—¿Por favor qué?

Mis dedos se clavan en sus hombros.

—Tócame. Tócame de verdad.

Sus ojos se oscurecen, las pupilas se dilatan. —Te estoy tocando.

Mis caderas se inclinan hacia adelante, buscando fricción. Me muerdo el labio, con las mejillas encendidas. —Mi vagina. Toca mi…

Se deja caer de rodillas, el movimiento tan rápido que hace crujir las tablas del suelo. Sus manos se deslizan por mis pantorrillas, sus pulgares presionando los huecos sensibles detrás de mis rodillas.

La imagen me quita el aliento. Este soldado letal de rodillas ante mí. Engancha sus dedos en mis shorts y los baja. La seda está empapada, y emite un sonido puramente animal cuando ve que no llevo nada debajo, mi sexo ya reluciente.

—Ya estás tan jodidamente mojada —murmura—. Probablemente podría hacer que te vengas solo con respirar cerca de ti.

Entonces su boca está sobre mí.

Sin previo aviso, sin juegos. Su lengua encuentra mi clítoris y lo ataca con un enfoque absoluto. Grito, mis manos vuelan a su cabello, tirando con fuerza mientras me devora como un hombre hambriento. No es amable, no es cuidadoso. Come mi sexo como si estuviera reclamando territorio.

Los sonidos obscenos y húmedos llenan la habitación. Su lengua rodea mi clítoris, luego le da golpecitos rápidos, luego lo succiona. Cuando empuja dos dedos gruesos dentro de mí, curvándolos para golpear ese punto perfecto, me rompo.

El orgasmo me atraviesa, violento y repentino. Mis muslos se cierran alrededor de su cabeza, mi vagina apretándose en torno a sus dedos mientras me vengo sobre su lengua, contra su boca, mis jugos bañando su rostro.

No se detiene. Ni un respiro de misericordia, ni siquiera cuando las réplicas me recorren y mis muslos tiemblan por el esfuerzo. Su boca está fija en mí, como algo hambriento, y sus dedos siguen moviéndose dentro, más profundo, más tosco, como si estuviera decidido a vaciarme hasta que no quede nada más que esto.

No puedo procesar el placer, no puedo controlarlo, apenas puedo sobrevivir a él. Mis manos buscan de dónde agarrarse —el marco de la puerta, su cabello—, nada me sostiene. Cada nervio está encendido, sensible e hiperreactivo, y el contraste de su barba raspando la parte interna de mi muslo es casi demasiado. Me retuerzo, intento apartar su cabeza, pero él simplemente sujeta mis caderas con más fuerza, manteniéndome en mi lugar.

Estoy sollozando, ruidos animales escapan de mi garganta, el tipo de sonidos que nunca hago, el tipo de sonidos que no sabía que podía hacer. La habitación se inclina, mi visión se nubla, y solo existe el implacable remolino de su lengua en mi clítoris, la obscena humedad de su boca, el incesante entrar y salir de sus dedos.

Me mira desde abajo, por debajo de las pestañas, con las pupilas completamente negras, y la imagen es suficiente para que otro sismo me sacuda las entrañas. Esboza una sonrisa —el muy cabrón de verdad sonríe— y dice, ronco:

—Otra vez. Vente para mí otra vez.

Mi cuerpo le obedece antes de que mi cerebro siquiera lo entienda. Mis músculos se contraen con fuerza y algo dentro de mí estalla. Grito —mi voz, su nombre, una sarta de groserías, no sé, no me importa—. Él no cede ni un segundo, ni siquiera mientras me convulso alrededor de su mano, ni siquiera cuando intento apartarme, ni siquiera mientras le araño el cuero cabelludo, desesperada por escapar.

Me mantiene allí, anclada, incluso mientras floto fuera de mí misma. Está hablando, bajo y gutural, halagos y suciedades gruñidos

a la vez: —Tan bien, Marisol. Tan jodidamente bien.

Puedo sentir cómo empapa mis muslos, la vergonzosa y estremecedora humedad de mi propio naufragio. Él no se inmuta. Lo lame todo, gimiendo, adicto, saboreando todo lo que tengo.

Finalmente cede, solo para ponerse de pie y levantarme, cargándome en sus brazos como si no pesara nada. Mis piernas no sirven, no tienen huesos, cuelgan sobre su antebrazo. Su mano está bajo mi trasero, cálida y firme, sosteniéndome como si fuera carga preciosa. Me lleva a la cama y me deja sobre las sábanas, y me hundo, jadeando, con las neuronas todavía chispeando salvajemente en mi cráneo.

Estoy lacia, destruida, pero él apenas está comenzando.

Me acomoda en el colchón y se para sobre mí. Finalmente, por fin, se quita esos pantalones.

Su pene queda libre y se me hace agua la boca. Es enorme: grueso, venoso, con la punta ya húmeda por el líquido preseminal. Intento alcanzarlo, pero él me sujeta la muñeca.

—No.

—Quiero probarte.

—No.

Se sube sobre mí, inmovilizando mis muñecas sobre mi cabeza con una mano. Su pene roza la parte interna de mi muslo, dejando un rastro húmedo, y arqueo las caderas intentando que entre en mí.

—Cosita desesperada —murmura, pero hay afecto en ello.

Alcanza la mesa de noche, saca un condón. Lo veo ponérselo, hipnotizada por sus manos en su propio pene, por la forma en que se sujeta.

Entonces se posiciona en mi entrada, la cabeza gruesa presionando contra mi vagina, y estoy tan mojada que podría deslizarse con facilidad, pero no lo hace. Se queda allí, haciéndome sentir lo grande que es, lo mucho que me va a dilatar.

—Nico, por favor…

Entra con una estocada brutal.

Grito. Es tan grueso, estirándome más allá de lo que creía que podía soportar. El ardor, la plenitud, es perfecto y demasiado y no es suficiente.

Su mandíbula se tensa, los tendones se marcan en su cuello. —Dios, cómo te sientes a mi alrededor. —Las palabras suenan como si fueran arrancadas de su garganta.

Se retira hasta que solo queda la punta, luego vuelve a embestir dentro de mí con la fuerza suficiente para que el marco de la cama proteste contra la pared. Cada estocada es calculada, implacable, buscando profundidades que no sabía que existían. Siento que me encamino hacia algo imposible tan pronto después de lo anterior.

—Perfecto —murmura contra mi oído, con voz de grava—. Tómame, justo así.

Su pulgar encuentra mi clítoris, girando al ritmo de sus estocadas. La sensación dual es devastadora. Ahora balbuceo: su nombre, por favor, Dios, mierda, sí, un flujo de conciencia mientras me folla con absoluta precisión.

Pero ese es el problema. Incluso mientras me golpea, incluso mientras su pene golpea ese punto perfecto una y otra vez, incluso mientras su pulgar trabaja mi clítoris a la perfección, su rostro está controlado. Enfocado. Como si estuviera realizando una tarea.

El tercer orgasmo llega de todos modos. Mi vagina se aprieta alrededor de él, todo mi cuerpo se tensa como un arco.

—Vente —ordena—. Vente sobre mi pene.

Lo hago. Me rompo por completo, mi sexo pulsando a su alrededor, ordeñando su miembro, todo mi cuerpo convulsionando. Las lágrimas corren por mi cara por la intensidad, y estoy sollozando su nombre, rogando por algo que ni siquiera puedo nombrar.

A través de todo, me observa con esos ojos color avellana. Estudiando. Pero sin perder nunca el control.

Se sale.

Estoy allí acostada, destruida, borracha de placer y temblando, cuando la realidad me golpea: él no se vino.

Su pene sigue duro como una roca, el condón sigue puesto pero vacío. Su mandíbula está tan apretada que puedo ver el músculo saltar, todo su cuerpo rígido con una necesidad no satisfecha.

—Tú no…

—Descansa.

—Pero sigues duro. Deja que te la chupe, deja que…

—No.

Se baja de la cama, se quita el condón con eficiencia, se pone los pantalones sobre su pene aún erecto. La silueta a través de la tela es obscena.

—¿A dónde vas?

—A la ducha.

La puerta del baño se cierra. El seguro hace clic.

Entonces lo oigo: la ducha abriéndose y, casi de inmediato, un gemido que parece arrancado de su alma. El sonido húmedo de su puño sobre su pene, rápido y desesperado. Se está masturbando, soltándose finalmente cuando no puedo verlo, no puedo tocarlo, no puedo compartir su placer.

Tuvo que poner una puerta con seguro entre nosotros para permitirse venirse.

El pecho me duele más que el escozor entre las piernas. Me folló durante una hora, me hizo venir tres veces, tuvo mi vagina apretándose alrededor de su pene, y no pudo permitirse terminar conmigo allí.

¿Qué clase de trauma hace que un hombre necesite privacidad ante su propio placer?

Recojo mi ropa con manos temblorosas y salgo de su habitación. De vuelta en mi propia cama, todavía puedo sentirlo: el estiramiento fantasma de su pene, los moretones de sus dedos, el roce de su barba en mis muslos internos. Mi sexo late con un dolor satisfecho.

Pero estoy más vacía que antes.

A través de la pared, silencio.

Pero sé que está despierto. Los hombres que se encierran en el baño para venirse no duermen tranquilos.

Bien.

Que se quede ahí acostado pensando en cómo se sentía mi vagina alrededor de su pene. Que recuerde cómo grité su nombre. Porque esto no ha terminado.

Nico Rosetti podrá controlar su cuerpo, pero vi la verdad cuando estaba dentro de mí: la forma en que le temblaban las manos cuando me tocó por primera vez, cómo se le cortó la respiración cuando me apreté a su alrededor, ese medio segundo en que sus ojos se volvieron salvajes antes de cerrarse bajo llave.

Él quiere dejarse llevar. Solo que no sabe cómo.

Por suerte para él, soy muy buena haciendo que los hombres pierdan el control. He pasado ocho años perfeccionando el arte de la destrucción —usualmente la mía propia—, pero esta noche las cosas cambiaron. Esta noche descubrí algo mejor que la autodestrucción: derribar los muros de un hombre que cree que la disciplina puede protegerlo de sentir.

Incluso los soldados que cuentan sus orgasmos como si fueran flexiones.

Mañana, voy a hacer que se venga mientras todavía esté dentro de mí. Haré que pierda ese control perfecto. Haré que me lo dé todo: no solo su pene, no solo su precisión táctica, sino las partes desastrosas, desesperadas y humanas que guarda bajo llave.

Y cuando lo haga, cuando finalmente lo haga, seré yo quien lo haga romperse.

13 - Nico

Casi son las tres de la mañana y el agua está hirviendo, pero no es suficiente. Nada es suficiente. Ni cuatrocientas dominadas. Ni el agua fría. Ni la disciplina que he pasado toda una vida construyendo. Nada ha sido suficiente desde que ella llamó a mi puerta con esos shorts de pijama que apenas cubrían su trasero perfecto.

Apoyo una mano contra el azulejo, mientras la otra finalmente envuelve mi polla dolorida. He estado duro desde que apareció en mi umbral, con los pezones visibles a través de esa delgada camiseta de tirantes y sus ojos color miel oscurecidos por el deseo. Me mantuve duro mientras hundía la cara entre sus muslos y la hacía gritar. Me mantuve duro durante cada orgasmo que le di, con mi miembro latiendo dolorosamente mientras yo me negaba el mío. Me mantuve duro cuando salí de su pussy estrecha y perfecta sin terminar, con mi cuerpo gritándome que volviera a empujar hacia adentro, que perdiera el control, que la reclamara por completo.

Ahora, a solas tras una puerta cerrada con llave, me sujeto con una necesidad desesperada.

La primera caricia es brusca, punitiva. El líquido preseminal se escapa de la punta, lubricando mi mano mientras trabajo mi eje. Esto no es placer, es supervivencia. Pero en el momento en que me toco, los recuerdos me asaltan.

Ella en mi puerta, con esos shorts de seda pegados a sus caderas.

Cristo. La forma en que me miró. Como si yo fuera todo lo que necesitaba.

Me masturbo más rápido, con más fuerza, recordando cómo me besó, desesperada y hambrienta, su lengua deslizándose contra la mía mientras presionaba su pussy apenas cubierta contra mi polla a través de mis pantalones de entrenamiento. Podía sentir lo mojada que estaba incluso a través de las capas de ropa. Podía oler su excitación, dulce e embriagadora.

El monstruo en mi pecho quería apartar esos shorts y follársela contra la puerta. Quería apretar su garganta mientras arremetía dentro de ella, quería obligarla a aceptar cada centímetro mientras ella me clavaba las uñas en la espalda. Quería llenarla con mi semen hasta que le chorreara por los muslos.

En lugar de eso, le di el control. Técnica. Mantuve el hambre real enjaulada.

Mi mano se mueve más rápido, apretando el agarre. Otro recuerdo me inunda: de rodillas entre sus piernas abiertas, su pussy brillando bajo la luz tenue. Ese primer sabor, joder. Dulce y salado y puramente ella. Quería devorarla. Quería abrirla más, sujetarla, comérmela hasta que sollozara. Quería hacer que se corriese en mi lengua una y otra vez hasta que me suplicara que parara.

Su clítoris estaba tan sensible, hinchándose bajo mi lengua mientras trazaba círculos, le daba toques y lo succionaba entre mis labios. Los sonidos que hacía, pequeños gemidos y quejidos desesperados que iban directo a mi polla. Cuando introduje dos dedos dentro de ella, estaba tan estrecha, tan mojada, apretándose a mi alrededor como si su pussy intentara arrastrarme más profundo.

—Nico, por favor, necesito…—

Necesitaba mi polla. Lo sabía. Podía sentirlo en la forma en que sus caderas se agitaban contra mi cara, buscando más. Pero solo encogí mis dedos, encontré ese punto que hizo que todo su cuerpo se arqueara y, en su lugar, hice que se viniera en mi lengua. Hice que gritara mi nombre mientras me la bebía toda, mientras mi polla soltaba fluido preseminal en mis pantalones, intocada y dolorida.

Luego, dentro de ella. Cristo, estar dentro de ella.

Mi puño vuela sobre mi miembro mientras lo recuerdo. Estaba tan jodidamente estrecha. Cuando entré por primera vez, incluso con lo mojada que estaba, tuve que ir despacio. Observé su rostro mientras la estiraba, la llenaba, la reclamaba pulgada a pulgada. Su pussy me agarraba como una prensa, caliente y perfecta, y tuve que detenerme al llegar al fondo o me habría corrido en ese mismo instante.

—Eres tan grande —jadeó ella, con las uñas clavándose en mis hombros—. Tan jodidamente grueso.—

Quería perder la cabeza. Quería agarrarla por las caderas y follármela contra el colchón. Quería darle la vuelta y tomarla por detrás, tirando de su cabello mientras la embestía con fuerza. Quería

ver mi polla desaparecer dentro de su pussy una y otra vez mientras ella me pedía más a gritos.

En cambio, la follé con un control perfecto. Estocadas medidas golpeando justo en el ángulo correcto. Mi pulgar en su clítoris haciendo círculos precisos. Haciendo que se corriera alrededor de mi polla mientras yo permanecía encerrado en mi jaula, contando hacia atrás desde mil, pensando en cualquier cosa excepto en lo mucho que deseaba llenarla con mi semen.

Cuatro veces. Hice que se corriera cuatro veces, sentí su pussy apretarse y pulsar a mi alrededor, la sentí empapar mi miembro con su liberación. La última vez, ella sollozaba mi nombre, con lágrimas corriendo por su rostro debido a la intensidad, y aun así me contuve. Todavía no podía dejarme llevar.

—No te… —dijo ella, confundida y herida cuando me retiré, con el condón vacío.

Porque si me corriera dentro de ti, incluso con el condón, nunca sería capaz de dejarte ir.

Mi orgasmo aumenta ahora, una presión en la base de mi columna, los huevos apretándose. Estoy cerca, tan jodidamente cerca, mi polla late en mi puño mientras recuerdo su cara cuando se vino, la forma en que su pussy se contrajo, la forma en que dijo mi nombre como una oración.

Su nombre se desgarra de mi garganta, crudo y desesperado. Mi polla pulsa violentamente mientras me corro, hilos espesos de semen pintan la pared de la ducha, más y más hasta que mis rodillas flaquean. El orgasmo me atraviesa, devastador; todo lo que contuve explota fuera de mí a la vez, derramándose sobre mi puño.

La vergüenza me golpea de inmediato. Me limpio, me seco, me pongo los pantalones de entrenamiento con manos que no dejan de temblar.

Debería ir con ella y decirle… algo.

Pero soy un cobarde que solo puede correrse a solas en la ducha, así que me quedo en mi cama, imaginando su respiración a través de la pared, el lento subir y bajar de su pecho.

La mañana llega con una distancia ártica. Marisol emerge luciendo impecable. Cabello liso, maquillaje sutil pero perfecto, vistiendo unos jeans que abrazan su trasero y una blusa de seda que insinúa el cuerpo que ahora he saboreado.

No me mira. Sirve café sin comentar lo terrible que está. Nada de bromas sobre Mi caballo o Banana táctica. Solo una distancia educada y profesional que hace que me duela el pecho.

—Buen día —dice ella, con voz cuidadosamente neutral.

—Buen día.—

El silencio se extiende, pesado con todo lo que no se ha dicho. La observo moverse por la cocina, noto cómo toca inconscientemente los puntos que besé. Su cuello, su clavícula. Cada vez que se da cuenta, retira la mano rápidamente.

—Tengo reuniones en La Sirena hoy.—

—Yo te llevaré.—

Ella agarra su bolso, cerrando la cremallera con un chasquido seco. —Está bien.—

Intento acortar la distancia, doy un paso hacia ella, pero retrocede sobresaltada. —Marisol.—

—¿Qué? —Se mantiene ocupada acomodando cosas en su bolso, sin levantar la vista.

—Sobre lo de anoche… —Mi mano se extiende hacia su brazo pero se detiene en el aire, flotando en el espacio entre nosotros.

—¿Qué hay con eso? —Su voz es plana, defensiva. Se coloca un mechón de cabello detrás de la oreja, un movimiento rápido y agitado.

—Yo…—

¿Qué puedo decir? ¿Que la deseaba tanto que tuve que encerrarme en el baño para correrme? ¿Que la idea de ser vulnerable con ella me aterra más que cualquier zona de combate?

Ella se echa el bolso al hombro y exhala bruscamente por la nariz. —Está bien, Nico. Ambos obtuvimos lo que necesitábamos. Superémoslo.—

Las palabras calan hondo. Ella obtuvo orgasmos. Quería intimidad. Obtuvo técnica. Quería conexión. Y yo estoy demasiado jodido para darle lo que realmente necesita.

En La Sirena, ella se detiene en la entrada, rompiendo finalmente el silencio que nos ha asfixiado toda la mañana.

—Te escuché —dice en voz baja, sin mirarme—. En la ducha.—

Mi sangre se convierte en hielo.

—Te escuché decir mi nombre cuando te corriste.—

Sus nudillos están blancos sobre la manija de la puerta. Me escuchó. Me escuchó perder el control, escuchó la desesperación en

mi voz cuando terminé. Ahora sabe que la quería, que la necesitaba, pero que no pude compartir ese momento con ella.

—Podrías habérmelo dicho a mí —continúa ella, con la voz quebrada—. Podrías haber dejado que yo viera eso. Haberme dado esa parte de ti en lugar de encerrarte.—

Tiene razón. Ella me ofreció todo. Su cuerpo, su confianza, su vulnerabilidad. Y yo le di todo excepto lo único que importaba: a mí mismo.

—Marisol…—

—Olvídalo. No importa.—

Desaparece en el interior, dejándome sentado en su auto, con la frente contra el volante, dejando que se marche.

14 - Marisol

Mi cuerpo es un traidor. Han pasado horas desde que Nico me hizo correrme varias veces para luego encerrarse en el baño a terminar solo, y aún puedo sentir sus manos sobre mi piel como moretones que no se borran.

Estoy en La Sirena, intentando concentrarme en los contratos de los proveedores mientras me duelen los muslos por lo mucho que me los abrió. Mi vagina late con una plenitud fantasma, recordando su polla estirándome mientras su rostro permanecía perfectamente bajo control. Incluso ahora, sentada en la silla de mi oficina con una blusa de seda crema y pantalones entallados, estoy mojada de solo pensarlo. De pensar en él. En la forma en que gimió mi nombre a través de la puerta del baño mientras yo yacía en su cama, destruida y descartada.

Fingir que no pasó nada es agotador, pero he tenido ocho años de práctica fingiendo, así que me las arreglaré.

La Sirena a la luz del día se siente mal, como ver a una estrella de cine sin maquillaje. El glamour dorado se convierte en terciopelo desgastado, las manchas de champán son visibles en la alfombra, la magia se desvanece para revelar un negocio más que necesita gestión. El olor a alcohol rancio se mezcla con el del limpiador industrial. En algún lugar abajo, una aspiradora zumba mientras el personal administrativo se prepara para esta noche. Pero la amo de todos modos.

De hecho, estoy trabajando por una vez; tengo contratos extendidos por todo mi escritorio, facturas de proveedores que Logan suele manejar pero que intento entender porque concentrarme en los números evita que piense en cómo se sentía la lengua de Nico en mi clítoris. Fingiendo que tengo mi vida bajo control y que no le supliqué a un hombre que se corriera dentro de mí anoche, y que él eligió su mano en su lugar.

Él está fuera de mi puerta ahora. Presente, pero sin asfixiarme. La distancia perfecta que dice que está haciendo su trabajo sin

reconocer que hace apenas unas horas me tenía inmovilizada contra su cama, haciéndome gritar. Odio quererlo más cerca. Odio que lo de anoche significara algo para mí y aparentemente nada para él. Me odio a mí misma por seguir mojándome cuando recuerdo su voz a través de esa puerta, desesperada y cruda, diciendo mi nombre mientras se corría.

La mañana transcurre lenta. Firmo documentos sin leerlos. Apruebo facturas de proveedores que podrían decir cualquier cosa. Cada vez que me muevo en mi silla, lo siento: el estiramiento fantasma, el dolor que demuestra que lo de anoche ocurrió. Mi cuerpo recuerda incluso cuando mi cerebro intenta olvidar.

Para el comienzo de la tarde, casi me he convencido de que puedo funcionar.

—¿Tienes un minuto? —Logan aparece en el umbral de mi puerta, y nunca he estado más agradecida por una interrupción. Sea lo que sea que lleve puesto hoy, le queda perfecto; el traje está entallado a la perfección sin esforzarse demasiado. Su cabello rubio está perfectamente peinado y sus ojos azules parecen ver a través de mí.

—¿Para ti? Siempre. Eres el único que realmente mantiene este lugar en marcha.

—No te menosprecies. Has estado más presente últimamente — Su rostro está cuidadosamente neutro, lo que significa que algo anda mal—. Pero tenemos un problema.

Cierra la puerta y echa un vistazo a donde Nico está apostado afuera. —¿Tu nueva sombra? ¿Puede oírnos?

——Probablemente. Lo oye todo. Como un «judgmental bat». ¿Qué está pasando?

Logan me entrega su tableta, ya abierta en un sitio de chismes de la alta sociedad. El titular me golpea: «LA HEREDERA DELGADO SE DESCOCOLA: Colapso en fiesta de yate».

—¿Tres hombres? Eso es insultante —La broma sale automáticamente, un desvío antes de que el dolor me alcance—. Si voy a tener un escándalo, al menos que sea impresionante, como con la tripulación entera de un yate.

Entonces miro realmente las fotos.

Son peores de lo que cualquier broma puede encubrir. Yo, hace dos noches, luciendo exactamente como el desastre que todos creen que soy. El vestido torcido, el cabello salvaje, los ojos vidriosos.

Bailando con los brazos sobre la cabeza, la boca abierta en lo que podría ser éxtasis o desesperación. Me veo ebria. Me veo patética.

El texto debajo retuerce el puñal: «Fuentes dicen que la heredera problemática llegó “already intoxicated” y procedió a “work her way through” al menos tres hombres durante el “course of the evening”. “She was a mess”, dijo un asistente. “Todos sentían lástima por ella. Se notaba que estaba desesperada por atención”».

—Esto son mentiras —Mi voz suena firme, lo cual me sorprende —. Todo. No toqué a nadie. Bailé, bebí, pero no… ¿tres hombres? Ni siquiera besé a nadie.

—Lo sé —La voz de Logan es suave, lo que lo hace peor—. Pero las fotos son reales. Y la narrativa es… plausible. Dado tu historial.

—Mi HISTORIAL…

—No te estoy juzgando, Marisol. Te estoy diciendo lo que la gente creerá.

La mujer de las fotos podría ser perfectamente la mujer del titular. Parece alguien que se acostaría con extraños para obtener validación. Parece la peor decepción de su padre hecha carne. Al mirarlas, siento una oleada de asco hacia mí misma, hacia quienquiera que las tomó, ante el hecho de que esto es en lo que he dejado que me convierta ante el ojo público.

—¿Quién filtró esto? —Miro la tableta, intentando ver más allá de mi propia humillación para encontrar la estrategia subyacente.

—No lo sé. Podría ser cualquiera del yate. Pero las citas, el enfoque… —Logan frunce el ceño—. Se siente coordinado. Como si alguien quisiera que esta historia se contara de una manera específica.

—Alguien está tratando de dañarme. Justo cuando Papá se está muriendo y la sucesión es incierta.

—Esa es mi lectura también. Alguien quiere que parezcas incapacitada. Indigna.

—Los Zayas han estado rondando desde que Papá se enfermó — digo, con la mente a mil—. Podrían ser ellos. O alguien interno.

Nico aparece en el umbral. Ha visto algo en mi rostro, ha leído mi lenguaje corporal desde el otro lado de la habitación. El hombre realmente es un «tactical bat». Su mano se desplaza hacia donde descansa su arma, ese tic inconsciente de cuando está calculando violencia.

—¿Qué pasó?

Le entrego la tableta sin decir palabra. Observo cómo se tensa su mandíbula mientras lee, buscando asco o decepción. No encuentro más que una evaluación fría. Pero entonces algo peligroso brilla en sus ojos. No contra mí, sino ante la idea de otros hombres tocando lo que él ha reclamado, incluso en mentiras.

—Tú no hiciste esto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque rastreé tu teléfono esa noche. ¿Recuerdas? Te enteraste cuando me aparecí en el yate —Su voz tiene un matiz de algo, tal vez recordando mi indignación cuando descubrí que me había estado rastreando—. Llegaste a las 2:15 AM. Estuviste en el yate cuarenta y cinco minutos antes de que te sacara de allí. No es tiempo suficiente para "pasar por" tres hombres.

Suelto una carcajada, amarga y quebrada—. Verificación de línea de tiempo. Qué romántico. Aunque todavía estoy procesando tu violación a mi privacidad, por cierto.

—El romance no es relevante. Los hechos lo son. Alguien plantó esta historia. ¿Quién se beneficia de dañar tu reputación mientras tu padre muere?

La pregunta corta a través de la autocompasión y me obliga a pensar estratégicamente—. Rivales como los Zayas. Tal vez alguien interno que piensa que la chica parrandera no debería heredar.

—Nombres.

—No lo sé específicamente. Logan podría saberlo, o el Tío Cesar. Él sabe todo sobre la organización. Debería preguntarle.

—No.

La palabra corta el aire como una cuchilla. No es una sugerencia, es una orden.

—¿Cómo que no?

—No alertes a nadie de que estás investigando. No hasta que sepamos quién está detrás de esto.

—Cesar no está DETRÁS de nada. Es familia.

—No es de tu sangre.

—Tú tampoco, y confío en ti —Las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas. Algo parpadea en su rostro, aparece y desaparece demasiado rápido como para leerlo.

—Solo ten cuidado. Con todos. Incluyendo a las personas en las que crees que puedes confiar.

El día se arrastra. Mi teléfono vibra con notificaciones que no reviso, el personal me lanza miradas de lástima que creen que no noto. El olor del club durante las horas del día (limpiador de limón y humo de cigarrillo persistente) me revuelve el estómago. A última hora de la tarde, Logan necesita que apruebe unos presupuestos de mantenimiento por daños de agua en una de las suites VIP de arriba.

Subo las escaleras sin pensar, con la mente todavía dando vueltas al artículo, a quién quiere destruirme. La alfombra susurra bajo mis pies, ese pelo espeso que se traga el sonido, hace que todo se sienta amortiguado. Con cada paso hacia arriba, el aire se vuelve más pesado. El pasillo del tercer piso se extiende ante mí, y algo frío se desliza por mi espalda.

Estoy revisando mi teléfono, sin prestar atención a dónde estoy. El jazmín me golpea primero, ese aroma específico de los difusores que usamos aquí arriba. Mis pasos se ralentizan. La temperatura baja, o tal vez es solo mi sangre. Mi cuerpo sabe dónde estoy antes de que mi cerebro se dé cuenta.

La puerta. Tercera a la izquierda. La Sala Calipso.

Me quedo completamente helada. A través de la pequeña ventana, papel tapiz azul con patrones Art Decó plateados. El mismo azul que acecha mis pesadillas. Los mismos patrones que vi detrás del hombro de Gabriel cuando…

Ocho años se colapsan. Tengo dieciocho de nuevo, subiendo estas escaleras a toda prisa porque Gabriel llamó, con la voz extraña, desesperada. Encontrándolo fuera de esta puerta, pálido, temblando. —Mari, no respira, ella quería que yo… tiene los labios azules…—

Adentro. La mujer en la cama. Joven, hermosa, inmóvil. La habitación fría a pesar del calor de Miami. La respiración aterrorizada de Gabriel como único sonido. Labios azules por la falta de oxígeno, no por frío. Ojos abiertos, mirando a la nada. No dormida. No inconsciente. Muerta.

—¿Qué HICISTE?

—¡Nada! Simplemente dejó de respirar. Te lo juro, no hice nada.

Siento el pecho como si alguien estuviera sentado sobre él. Manchas negras bailan en los bordes de mi visión. El pasillo se estrecha. Busco apoyo en la pared, fallo por completo. Mis rodillas flaquean.

Unos brazos me atrapan antes de que toque el suelo. Sólido, cálido, firme. Nico. Incluso a través de mi pánico, mi cuerpo lo

reconoce, se apoya en su fuerza.

—Marisol. Mírame.

No puedo. Sigo viendo la habitación, el cuerpo, las manos de Gabriel temblando.

—MARISOL.

Su voz corta el flashback. Parpadeo y él está ahí, con las manos en mis hombros, su cara a centímetros de la mía.

—Respira. Estás aquí. Estás a salvo.

—La habitación, no puedo, Gabriel…

—No estás en el pasado. Estás aquí. Conmigo. Respira.

No hace preguntas, solo me saca del pasillo, bando las escaleras, atravesando el club hacia una salida trasera. Al auto. A casa.

Tiemblo durante todo el trayecto, no puedo parar. Mis manos no dejan de moverse, pellizcando mis cutículas hasta que sangran, un hábito de aquellas primeras semanas después de aquello. Los recuerdos siguen chocando contra mí: el rostro de la mujer muerta, Gabriel sollozando, mi propia voz diciendo —Te ayudaré, arreglaremos esto—, aunque ambos sabíamos que nada podía arreglarse.

En mi penthouse, Nico me sienta en el sofá, trae agua que no bebo. Se sienta frente a mí y espera.

—Cuéntame.

Dos palabras. No es una exigencia. Solo disponibilidad. Cuando lo dice, su voz de mando se desliza por mi columna como dedos, y odio que mi cuerpo todavía responda después del rechazo de anoche. Pero algo en mí se rompe por completo.

—Gabriel es mi hermano. El mayor. Perfecto. El favorito de mi madre, el favorito de todos —Miro mis manos, observo cómo tiemblan—. Cuando mamá murió, yo tenía diecisiete años. Sus últimas palabras fueron: "Intenta ser buena, como tu hermano".

Nico no reacciona, solo escucha.

—Seis meses después. Yo tenía dieciocho. Gabriel me llamó en medio de la noche. Me pidió que fuera a La Sirena. A las habitaciones privadas.

El recuerdo es tan vívido que puedo olerlo: jazmín del difusor, el aroma metálico que bien podría haber sido sangre de cuando ella se mordió la lengua.

—Había una mujer dentro. En la cama. Joven. Hermosa —Mi voz se quiebra—. Muerta.

—¿Cómo?

—Gabriel estaba… dijo que ella simplemente dejó de respirar. Tal vez un ataque al corazón o algo así. Labios azules. Un azul tan profundo, tan intenso —Las palabras salen fragmentadas, encajando con lo fragmentada que me sentí esa noche—. Dejó de respirar y él no se dio cuenta hasta que… —No puedo terminar, pero él entiende.

—Un accidente.

—Sí. Era tan joven. ¿Cómo puede pasarle eso a alguien tan joven? —Finalmente lo miro—. Yo tenía dieciocho años. Mi madre acababa de morir. Mi hermano se estaba desmoronando. Y había una mujer muerta en una habitación, y él me estaba suplicando que lo ayudara.

—¿Qué hiciste?

—Llamé a Cesar. Él envió a un solucionador. Alguien que se encarga de las cosas. Se deshicieron del cuerpo, de la habitación, la convirtieron en una mujer más que desapareció en Miami.

La confesión brota de mí, ocho años de silencio finalmente rompiéndose—. Tres semanas después, Gabriel se fue al sacerdocio. Dijo que necesitaba perdón. Me dejó sola con el secreto, la culpa, la habitación por la que no puedo pasar sin…

—Tenías dieciocho años.

—Lo suficientemente mayor para saber qué estaba bien. Lo suficientemente mayor para llamar a la policía en lugar de ayudar a encubrir…

—Eras una niña que acababa de perder a su madre, y tu hermano te puso en una situación imposible. Ayudaste a tu hermano a sobrevivir a una tragedia. Hay una diferencia.

Las palabras golpean en algún lugar profundo. En mi cabeza, yo cometí un crimen terrible. El peor de los crímenes. ¿Y este hombre está diciendo que fui… útil?

—Nunca se lo he contado a nadie. Simplemente se queda en mi cerebro como un gran montón de lodo, y nunca he…

Mi voz se quiebra por completo. Las lágrimas llegan, feas y crudas, años de secretos fluyendo hacia afuera. Él se mueve al sofá, me atrae contra él. No habla. Solo me sostiene mientras sollozo hasta quedar vacía, hasta que no queda nada más que agotamiento y la extraña ligereza que surge de decir finalmente la verdad.

Sus brazos a mi alrededor ahora no se sienten para nada como cuando me inmovilizó las muñecas. Esto es cuidadoso, protector,

como si pudiera hacerme añicos. Como si estuviera sosteniendo algo precioso que no sabe cómo conservar.

Lloro hasta quedar hueca. Cuando los sollozos finalmente cesan, me quedo presionada contra su pecho, escuchando los latidos de su corazón, esperando.

—Deberías descansar —Su voz es suave pero distante—. Ha sido un día difícil.

Me aparto, buscando su rostro. Es atento, incluso preocupado. Pero cerrado. Esos muros siguen firmemente en su lugar.

—¿Eso es todo lo que vas a decir?

—¿Qué quieres que diga?

—No lo sé. ALGO. Acabo de confesar que ayudé a encubrir una muerte. Lo peor que he hecho en mi vida. ¿Y me dices que descanse?

—Necesitas descansar. Eso no es despreciativo, es la verdad.

—Pensé… —Tomo aire temblorosamente—. Que después de todo lo que te conté, tú también podrías compartir algo. Sobre por qué eres como eres. Qué te pasó.

El silencio se extiende entre nosotros.

—Sobre por qué te encerraste en el baño anoche en lugar de…

—Eso no es relevante —Su mandíbula se tensa en la palabra "relevante" como si fuera amarga en su boca.

—¿No es RELEVANTE? Cómo no va a ser…

Nico se pone en pie, poniendo distancia entre nosotros—. Esto no se trata de mí, Marisol —Sus hombros se cuadran—. Se trata de ti. De tu trauma. De tu sanación.

Me inclino hacia adelante, apretando las rodillas con las manos hasta que se me blanquean los nudillos—. ¿Y qué hay de TU trauma? ¿De tu sanación?

Sus ojos se dirigen a la ventana y luego vuelven a mí, con el rostro cuidadosamente inexpresivo—. Estoy bien —El músculo de su mandíbula se contrae una vez.

—NO estás bien. Me follaste como si estuvieras siguiendo un manual y luego te masturbaste a solas porque no podías correrte conmigo allí. Eso no es estar bien.

Se amilana, la primera reacción real que he obtenido.

—Yo no soy el que necesita arreglos.

—No te pedí que me ARREGLARAS. Te pedí que COMPARTIERAS conmigo.

El silencio que sigue es respuesta suficiente. Su rostro vuelve a ser de piedra, la distancia profesional restaurada. Busco su mano y él se retira. Solo un centímetro. Pero ese centímetro bien podría ser un océano.

Algo en mí se rompe de forma diferente a antes. No es la liberación de la confesión, sino el crujido de la esperanza al morir.

Los dedos de Nico se flexionan a sus costados—. Te he dado protección. Seguridad —dice finalmente, con voz baja y controlada.

Me pongo de pie, con las piernas inestables bajo mi cuerpo—. Ese es tu trabajo —Me abrazo a mí misma, sintiendo un frío repentino a pesar del calor de Miami—. Eso no eres TÚ.

Él no responde. Ni siquiera intenta defenderse, lo que de alguna manera lo hace peor. Así es él: alguien que puede sostenerme mientras me rompo pero que no dejará que lo vea flaquear ni un poco.

—Me voy a la cama —Necesito distancia de su presencia constante que no me devuelve nada.

—Marisol…

—Buenas noches, Nico.

No doy un portazo a mi habitación. No tengo energía. Solo la cierro silenciosamente y me apoyo contra ella, sintiéndome más vacía que antes de confesar.

Le di todo esta noche. Mi cuerpo anoche, cada orgasmo, cada sonido. Mi peor secreto hoy, lo que he cargado sola durante ocho años. Y él me dio… técnica. Consuelo. Su presencia profesional. Nada real. Nada que le cueste nada.

Tal vez este es mi patrón. Darlo todo a personas que toman lo que necesitan y no dejan nada atrás. Mi madre, muriendo con el nombre de mi hermano en los labios. Gabriel, usándome para cubrir sus pecados y luego huyendo hacia Dios. Ahora Nico, que me follará a la perfección pero no puede compartir ni una sola grieta de su armadura.

Soy la mujer a la que la gente usa pero no conserva.

El pensamiento debería hacerme enojar. En cambio, solo me siento cansada. Vacía. Como si me hubiera vaciado por completo y no quedara nada que dar.

Pero lo peor de todo, lo peor sin duda, es que lo sigo queriendo de todos modos. Sigo queriendo ser la que finalmente atraviese esos

muros. Querer importar lo suficiente como para que él se arriesgue a ser real conmigo.

Me ovillo en mi cama, aún vestida, y cierro los ojos. A través de la pared, lo oigo moverse por el apartamento. Revisando las cerraduras, probablemente. Siendo táctico. Haciendo su trabajo.

Siempre, siempre solo haciendo su trabajo.

Los pasos se detienen frente a mi puerta. Se me corta la respiración. ¿Va a llamar? ¿A entrar? ¿A darme algo, lo que sea, para demostrar que él también está afectado?

El silencio se prolonga. Puedo sentirlo allí, a pocos pasos, separados por madera y paredes y cualquier trauma que él se niegue a nombrar. Mis pezones se endurecen contra la seda de mi blusa y quiero gritarle a mi cuerpo por traicionarme así. Por querer a alguien que puede hacerme correrme cuatro veces pero que no puede correrse ni una vez conmigo mirando.

Los pasos se alejan.

Deslizo mi mano entre mis piernas, encontrándome empapada a través de mis bragas. Me odio por esto. Por necesitarlo incluso en mi memoria. Por tocarme pensando en su perfección mecánica porque incluso eso es mejor que nada.

Hago círculos en mi clítoris a través de la tela mojada, mordiéndome el labio para permanecer en silencio. Él no puede saber que estoy haciendo esto. No puede saber que incluso después de todo, mi cuerpo ansía su tacto. Pienso en anoche: su polla estirándome, su pulgar en mi clítoris, la forma en que me vio desmoronarme con esos ojos fríos y evaluadores. Pienso en su voz a través de la puerta del baño, desesperada y cruda mientras se corría. El único momento en que se permitió ser humano, y tuvo que dejarme fuera para hacerlo.

Me corro en silencio, mi cuerpo estremeciéndose mientras ahogo mis jadeos en la almohada. No es suficiente. Ni de lejos lo que él me dio. Pero es todo lo que tengo: el recuerdo de su control perfecto y mi patética necesidad de alguien que nunca me necesitará de vuelta.

15 - Nico

El silencio que sobrevino después de que ella cerró su puerta es lo más estruendoso que he escuchado jamás. Las horas pasan sin que las cuente, sin aplicar precisión táctica a mi propio fracaso. Me quedo sentado en la sala a oscuras, con su confesión aún resonando en mis oídos, antes de retirarme finalmente a la habitación de invitados que se ha convertido en la mía, mi celda de monje en medio de su caos. Las líneas limpias y las superficies despejadas del cuarto satisfacen algo en mi interior; he empujado los floreros de cristal y las figuritas de porcelana debajo de la cama, donde su delicadeza no pueda entrometerse en el vacío que necesito.

Ella me lo dio todo esta noche. Sus secretos, su culpa, y a cambio pidió una sola cosa. «Dime algo real». Y yo le dije: «Deberías descansar».

Me siento en el borde de la cama, con la cabeza entre las manos. Mis dedos se clavan en mi cráneo como si pudiera extraer físicamente el recuerdo de su rostro cuando le fallé. Ese momento en que se dio cuenta de que yo no quería, de que no podía darle lo que ella me había entregado.

Necesito protegerla, mantener mi oscuridad contenida. Seguridad operativa estándar.

Pero incluso a mí me cuesta creer eso. El autodesprecio deja un sabor arenoso, como el polvo de Afganistán que nunca terminó de irse.

En algún momento debo haberme cambiado para dormir. Pantalones de gimnasia, camiseta, la rutina automática de un soldado incluso cuando su mente está en otra parte. El sueño me arrastra hacia pesadillas familiares; el agotamiento finalmente gana a pesar de la furia que siento contra mí mismo. Mi cuerpo cae luchando, los músculos se agitan con una preparación para un combate fantasma, incluso mientras la conciencia se desvanece.

Afganistán, Provincia de Helmand. 03:00 h. El recinto se recorta en la oscuridad, concreto y sombras. Treinta kilos de equipo a mi

espalda, rifle listo, equipo en posición. El punto de brecha está marcado; las cargas, colocadas en la pared este, donde la inteligencia sugería que podría haber civiles.

—Los daños colaterales son aceptables —dice la voz de mi oficial al mando en mi oído, metálica a través del comunicador—. La misión es la prioridad.

Secuencia de brecha iniciada. Cuatro segundos para la detonación. El peso del detonador en mi mano. Tres. El sabor de la cordita ya en mi boca. Dos. El frío del desierto calando a través de mi equipo. Uno. Contacto.

La explosión desgarra el concreto, la pared se desploma en una nube de polvo y escombros. El sonido no es como en las películas, sino una fuerza de percusión profunda que te golpea en el pecho antes que en los oídos. Cruzo el hueco, rifle en alto, escaneando sectores; el polvo me recubre la garganta y hace que todo sepa a tiza y cobre.

Ahí está ella.

Una mujer abrazando a su hijo, medio enterrada bajo los escombros de la pared que yo destruí. Tendrá unos treinta años, aunque el polvo hace que todos parezcan ancianos. Tiene el hiyab desgarrado, la cara le sangra y un brazo está doblado en un ángulo incorrecto. Sus ojos encuentran los míos a través del polvo: oscuros, acusadores y suplicantes. El niño está inerte, tiene unos tres años, quizá, con esa quietud terrible que significa que ya se ha ido o está a punto de hacerlo.

Ella está diciendo algo. Palabras en pastún que no entiendo pero que reconozco de todos modos. Todas las madres, en todos los idiomas, suenan igual cuando su hijo se está muriendo. —Por favor. Ayúdennos. Sálvenlo—.

Debería detenerme, sacarlos de allí, pero estalla un tiroteo más al interior del recinto. Mi equipo está avanzando y la misión es la prioridad. —¡Rosetti! ¡Mueve el trasero! —La orden cruje a través de mi auricular.

Mis botas crujen sobre los escombros. Estoy de pie sobre ellos ahora. Podría agacharme. Podría intentarlo.

Paso por encima de ellos.

Completo el objetivo.

Gano una medalla por acción decisiva.

Una maldita medalla por dejar que una mujer y un niño murieran bajo escombros que yo provoqué.

Me despierto jadeando, temblando, algo que no había sucedido en años. Mi dedo del gatillo se agita con una memoria muscular fantasma, intentando disparar un arma que no está allí. El sudor empapa mi camiseta, la sal me escuece los ojos. El ritmo cardíaco elevado a niveles de combate. La habitación está oscura pero aún puedo saborear el polvo, aún puedo oler los explosivos y la sangre.

A través de la puerta llegan pasos. Suaves, vacilantes. Luego su voz: —¿Nico?—.

Ella no debería estar aquí, no después de que le fallé. La oigo detenerse fuera de mi puerta cinco segundos, diez, como si luchara contra sí misma. El pomo de la puerta gira lentamente, con renuencia.

Entra de todos modos.

Lleva esos shorts de pijama de seda, los que apenas le cubren las nalgas, y una musculosa lo suficientemente fina como para que note que no lleva sostén. Tiene el cabello revuelto, los ojos hinchados como si hubiera estado llorando de nuevo o simplemente desvelada. Parece que ella tampoco ha dormido.

Se acerca a mí, se sienta en el borde de la cama. El colchón se hunde bajo su peso y percibo su perfume. Vainilla, coco. Su mano encuentra la mía, que todavía tiembla como si yo fuera un maldito recluta en su primer despliegue.

—Respira —dice suavemente—. Estás aquí. Estás a salvo—.

Las mismas palabras que yo le di durante su ataque de pánico, devueltas cuando yo las necesito. No presiona ni exige, solo me ancla al presente con su calidez. Esta mujer a la que lastimé, a la que rechacé, no pudo dejar que me hundiera. La parte táctica de mi cerebro nota que su respiración también está acelerada, su pulso es visible en su garganta. Tiene miedo, pero se queda de todos modos.

El temblor cesa lentamente, aunque mi camiseta sigue pegada a mi piel con el sudor frío. Ella espera, paciente, con su pulgar trazando pequeños círculos en mi mano.

Los muros se derrumban por completo. La última posición defensiva cae.

—Afganistán—. La palabra sale resquebrajada.

Ella no habla, solo se desplaza un poco más cerca. Puedo sentir el calor de su muslo desnudo cerca del mío.

—Hace siete años. Una misión en la provincia de Helmand. Estábamos… —Me detengo. Trago saliva. Empiezo de nuevo—. Había un recinto. Un objetivo de alto valor en el interior—.

Las palabras salen en fragmentos, rotas: —La inteligencia decía que podría haber… mierda. Civiles. Una familia en el ala este—.

Mi mano libre se cierra en un puño. —Coloqué las cargas. Explosivos dirigidos. En la pared este. El punto de entrada más rápido. Sabía, SABÍA, que si había alguien al otro lado…—.

—Pero lo hiciste de todos modos. —No es una pregunta. No es un juicio. Solo comprensión.

—Lo hice de todos modos—.

Me obligo a continuar, aunque cada palabra se siente como tragar vidrio: —Cuando la pared se vino abajo, los vi. Una mujer. Una madre. Con su… Dios. Con su hijo—.

Miro hacia otro lado, incapaz de sostenerle la mirada. —Estaban contra la pared. Justo donde la explosión… ella estaba viva. Enterrada entre los escombros, sangrando, pero viva. El niño… —Mi voz se quiebra—. Tenía unos tres años, quizás. No se movía. Esa clase de quietud que significa que…—.

Ella aprieta mi mano. Continúo, las palabras brotan rápido ahora, necesitando ser dichas: —Mi equipo estaba avanzando. Había un tiroteo más adelante. Si me detenía a ayudarla, comprometería el objetivo. Morirían hombres. Mis hermanos morirían.

El silencio se prolonga. Me obligo a terminar: —Pasé por encima de ellos. Seguí avanzando. Completé la misión. Ellos… no lo lograron. La mujer y el niño. Malditos daños colaterales. ¿Y yo? Recibí una mención. Una medalla. Mierda.

Entonces llegan las lágrimas, no son sollozos, no soy capaz de eso, sino hilos silenciosos que me bajan por la cara. Las primeras lágrimas desde el funeral de mi padre, sal recorriendo unas mejillas que no he permitido que estuvieran húmedas en años.

—Eso es lo que soy —le digo con voz cruda—. Un monstruo que pasa por encima de niños moribundos para cumplir objetivos. Que elige la misión por encima de…

—Basta —dice. Su mano libre sube, me toca la cara y su pulgar limpia una lágrima—. No eres un monstruo.

—No lo sabes…—.

—Sé que me sostuviste mientras lloraba por encubrir una muerte. Sé que me has estado protegiendo incluso cuando te lo he puesto

imposible. Sé que viniste a buscarme a ese yate cuando podías haberme dejado que me autodestruyera. —Se acerca más y soy consciente de su cuerpo, de la seda contra su piel, incluso en medio de mi colapso—. Tomaste una decisión imposible en una situación imposible. Eso no es ser un monstruo. Eso es ser humano. Roto, como el resto de nosotros—.

Niego con la cabeza, pero ella continúa: —Estabas en guerra. Siguiendo órdenes. Protegiendo a tu equipo. Eso no borra lo que pasó, pero tampoco te hace malvado—.

—Debí haber…—.

—¿Qué? ¿Comprometer la misión? ¿Dejar que tu equipo muriera? No había una elección correcta, Nico. Solo elecciones que lastimaban a diferentes personas —. Me atrae hacia ella, mi rostro contra su cuello, y la respiro. Esa dulzura de vainilla cortando el olor fantasma del polvo y la sangre—. Has estado en guerra tanto tiempo que olvidaste cómo dejar de pelear. Incluso contigo mismo—.

Me sostiene mientras caen más lágrimas, una vida entera de control disolviéndose contra su piel. Siento su pulso contra mi mejilla, rápido pero constante, vivo y real y presente. Su mano acaricia mi cabello con una ternura inesperada.

—Te tengo —susurra—. No me voy a ir a ninguna parte—.

Las palabras agrietan algo, la última fortificación se desmorona.

Cuando las lágrimas finalmente se detienen, me aparto lo suficiente para ver su rostro. Sus ojos también están húmedos, llorando por mi dolor o quizás por el dolor de ambos enredado. El aire cambia entre nosotros, pesado por la vulnerabilidad compartida, pero también por algo más. La conciencia de nuestros cuerpos, cercanos y apenas vestidos, el calor entre nosotros que nunca desaparece del todo.

—Viniste por mí —digo, con voz ronca.

—Por supuesto que sí —. Se muerde el labio y mi cuerpo responde a pesar de todo, la sangre se calienta ante el simple gesto—. Te escuché a través de la pared. Escuché la pesadilla. No podía dejarte solo con eso—.

Me inclino lentamente, dándole tiempo para alejarse. No lo hace. Nuestros labios se encuentran, no con desesperación o hambre, sino con ternura, siendo a la vez pregunta y respuesta. *Te veo. Yo también te veo.* El beso es suave, cuidadoso, pero puedo saborear la promesa de algo más debajo. Su lengua roza la mía suavemente y dejo escapar

un gemido bajo de mi garganta, un sonido que nos sorprende a ambos.

Ella se mueve, se sienta a horcajadas sobre mi regazo, la seda de sus shorts deslizándose contra mis pantalones de gimnasia. Me estoy poniendo duro a pesar de todo, la reacción de mi cuerpo hacia ella es imparable incluso en medio de la ruina emocional. Ella lo siente, se presiona ligeramente contra mí, arrancando otro sonido de mi pecho.

—Marisol —susurro contra su boca.

—Quédate conmigo esta noche —susurra, sus labios rozando los míos con cada palabra—. No solo tu cuerpo. Todo tú. El soldado, el hombre, el monstruo que crees que eres. Quédate de verdad—.

Algo en mi pecho se abre de golpe, el último muro cae, dejándome expuesto, aterrorizado y desesperado por lo que ella me ofrece.

Por una vez, no calculo las implicaciones tácticas ni mido los riesgos. No pienso en el mañana ni en las consecuencias ni en todas las formas en que esto podría salir mal.

—Sí—.

La palabra apenas sale de mi boca cuando ella me besa con más profundidad, sus manos deslizándose bajo mi camiseta, sus uñas arrastrándose por mi pecho. El toque envía fuego por mis venas, hace que mi miembro palpite donde ella presiona contra él.

—Bien —respira contra mis labios, frotándose contra mí a través de las delgadas barreras entre nosotros. La fricción nos hace jadear a ambos; su calor es evidente incluso a través de la seda y el algodón. Porque esta noche, voy a hacer que te corras mientras sigues dentro de mí. Mientras pueda ver tu cara. Mientras dejes que te mire finalmente, finalmente, soltar el control—.

Sus palabras golpean como un ataque táctico, preciso y devastador. Sabe exactamente lo que está prometiendo, no solo sexo, sino aquello que nunca he sido capaz de darle. La vulnerabilidad de perder el control con alguien mirando, alguien que importa.

—No sé si puedo…—.

Ella mueve las caderas de nuevo y mi protesta muere en un gemido. —Puedes —dice ella, con voz segura y ardiente contra mi oído—. Porque esta vez no estás actuando. No estás contando las estocadas ni manteniendo una distancia táctica. Esta vez vas a estar

dentro de mí, y voy a sentir cómo te desmoronas, y vas a dejar que vea cada segundo—.

Mis manos agarran sus caderas, probablemente con demasiada fuerza, pero ella solo se presiona más contra mí. —Marisol…—.

—No más muros —susurra, mordiendo mi lóbulo suavemente—. No más puertas cerradas. Solo tú y yo y cualquier sonido que me hayas estado ocultando—.

La promesa en sus palabras, el calor de su cuerpo, la forma en que está tomando el mando cuando yo he perdido el mío, es todo lo que me ha aterrorizado y que necesito desesperadamente. Mi miembro está completamente erecto ahora, tensando mis pantalones, y ella lo sabe, lo usa, se frota contra mí con determinación.

—Dime que sí otra vez —exige suavemente, su boca bajando a mi cuello, sus dientes rozando el punto donde late mi pulso—. Di que sí a dejar que te tenga por completo—.

—Sí —gruño, la palabra desgarrada desde algún lugar profundo, algo que he mantenido bajo llave durante siete años—. Joder, sí—.

16 - Marisol

Cuando dice —sí—, siento que la palabra vibra en todo mi cuerpo. No solo el sonido, sino la rendición que subyace en ella, el derrumbe de los muros que ha mantenido durante años. Sus lágrimas aún están húmedas en mis dedos de cuando sostenía su rostro mientras se desmoronaba, confesando lo de Afganistán, lo de la madre y el niño a los que no pudo salvar.

Me muevo en su regazo, sentándome bien a horcajadas sobre él ahora, con mis muslos flanqueando sus caderas. La seda de mis shorts de dormir se sube, y puedo sentirlo debajo de mí a través de su pantalón de gimnasia. Ya está duro, su muelle presionando contra mi vagina a través de las delgadas barreras. La fricción me hace jadear, mi clítoris latiendo con una necesidad súbita y violenta.

Sus ojos están enrojecidos, en carne viva, despojados de toda defensa. Lo he visto lanzar hombres contra las rocas, follarme mecánicamente, encerrarse en baños para venirse solo. Pero esta versión rota y abierta de él es la cosa más hermosa que he presenciado jamás.

—Mírame —susurro, acunando su rostro con manos temblorosas.

Él me mira, y lo veo todo. El soldado que seguía órdenes, el hombre que se odia por ello, el monstruo que cree ser. Detrás de todo eso, veo al niño que perdió a su padre e intentó convertir a su hermana en un arma para protegerla.

—Te veo —le digo, con la voz entrecortada—. Todo de ti. Las partes que muestras al mundo y las partes que ocultas. —Me mezo contra él, lenta y deliberadamente, restregando mi sexo contra su muelle que se endurece. La seda de mi short ya está húmeda—. Y quiero cada pedazo.

Sus manos encuentran mi cintura, apretando hasta que sé que tendré moretones mañana. Bien. Quiero sus marcas en mí. Quiero presionarlas más tarde y recordar este momento.

—Marisol.

—No. —Lo beso, fuerte y con hambre, mi lengua invadiendo su boca, saboreando la sal de sus lágrimas. Cuando me separo, ambos jadeamos—. No más muros. —Otro beso, más profundo, más húmedo, mis dientes atrapando su labio inferior—. No quiero la versión controlada. No quiero precisión táctica.

—¿Qué quieres? —Su voz está destrozada, apenas reconocible.

—Todo lo que has estado guardando bajo llave. —Presiono hacia abajo con más fuerza y ambos gemimos. Mi vagina se contrae sobre la nada—. ¿Recuerdas en el bote? cuando agarré tu miembro a través de tus pantalones?

Sus manos se aprietan en mi cintura, los dedos hundiéndose en mi carne. —Joder, Marisol.

—Estabas tan duro. Incluso entonces, rechazándome, me deseabas. —Me mezo contra él otra vez, sintiendo cómo su muelle tiene espasmos debajo de mí, completamente firme, tensando su pantalón de gimnasia—. Podía sentir lo grueso que eras. Lo mucho que querías follarme.

—Quería doblarte sobre la borda de ese bote —admite, con voz áspera—. Quería arrancarte esas lentejuelas y follarte hasta que gritaras.

El calor me inunda, mis pezones endureciéndose contra la delgada tela de mi musculosa. —¿Por qué no lo hiciste?

—Porque estabas borracha. Porque se supone que debo protegerte, no…

—¿No qué? ¿No desearme? —Me inclino, mis labios rozando su oreja—. Tu muelle está presionando contra mi vagina ahora mismo, Nico. Puedo sentir cuánto me deseas. Qué duro estás. Deja de luchar contra eso.

Sus manos tiemblan contra mi piel. Tiemblan de verdad; este soldado controlado está temblando. —No lo entiendes —dice con aspereza—. Cuando pierdo el control, no soy tierno. Las cosas que quiero hacerte…

—Dime. —Me aparto para estudiar su rostro, sin dejar de frotarme contra él, mientras la fricción hace que mi clítoris lata con fuerza—. Dime exactamente qué quieres hacer conmigo.

Sus ojos se vuelven negros, las pupilas dilatadas por la lujuria. —Quiero inmovilizarte y follarte hasta que no puedas caminar. Quiero marcar cada centímetro de tu piel para que todos sepan que eres mía.

Quiero hacer que tomes mi miembro hasta que estés sollozando, suplicando, completamente arruinada para cualquier otro.

Mi vagina se contrae con fuerza, una nueva ola de humedad empapando mis shorts. —Entonces hazlo.

—No sabes lo que estás pidiendo.

—Te estoy pidiendo que dejes de contenerte. —Tomo sus manos y las guío bajo mi camiseta hacia mis pechos desnudos. Sus palmas están rugosas, callosas de tantas flexiones, y cuando se cierran sobre mis tetas, gimo—. Fóllame de verdad. Como has querido hacerlo desde el primer día.

Algo cambia en sus ojos. El último muro se derrumba. El monstruo al que tanto teme sale a la superficie y, Dios, es hermoso.

En un movimiento fluido, nos voltea. Mi espalda golpea el colchón, su peso me inmoviliza, y nunca me he sentido mejor que estando atrapada bajo él.

—Marisol Rosetti —gruñe contra mi garganta, y las palabras hacen que mi vagina se apriete. Su boca ataca mi cuello, succionando fuerte, raspando con los dientes—. Dilo. Dime que eres mi mujer. Solo por esta noche.

—Soy tuya —jadeo mientras muerde, marcándome—. Tu esposa Rosetti, Nico.

Se aparta lo justo para agarrar mi camiseta con ambas manos y desgarrarla por la mitad. El sonido de la tela rompiéndose, la demostración casual de fuerza, me humedece aún más.

—Joder —respira, mirando mis pechos expuestos—. Tus tetas son… perfectas. No hay mejores tetas en todo el mundo.

Sus manos están en todas partes. Apretando, pellizcando, haciendo rodar mis pezones entre sus dedos hasta que están casi dolorosamente duros. Luego su boca reemplaza sus manos, succionando un pezón mientras sus dedos atormentan el otro.

—He estado pensando en estas desde que apareciste en mi puerta —admite entre lamidas y mordiscos—. Masturbándome en la ducha, imaginando mi muelle entre ellas, viniéndome por todo tu pecho.

—Jesús, Nico.

—Eso es lo que me haces. —Cambia de pecho, succionando más fuerte, rozando con los dientes—. Me pones tan jodidamente duro que tengo que encerrarme solo para correrme.

—Ya no más —logro decir entre jadeos—. No más puertas cerradas. Cuando te vengas, quiero verlo. Quiero mirar tu cara

cuando me llenes.

Gime contra mi pecho, y la vibración hace que me arquee bajo él. Su mano se desliza por mi estómago, los dedos enganchándose en mis shorts de dormir.

—Estos tienen que irse. —No espera permiso, simplemente los arranca de mis piernas junto con mis bragas empapadas en un movimiento brusco. El aire fresco golpea mi vagina expuesta y tiemblo—. Cristo, mujer. Y yo que pensaba que tus tetas eran perfectas.

Abre mis piernas de par en par, con sus manos en la parte interna de mis muslos manteniéndome abierta para su inspección. Sus ojos me devoran, y nunca me he sentido más expuesta ni más deseada.

Sus ojos se oscurecen mientras recorre mi humedad, su toque ligero como una pluma pero devastador. —Eres exquisita aquí también —murmura—. Debería haberlo sabido. ¿Has estado pensando en mí?

—Desde aquella noche en el bote —admito, luchando por mantener las caderas quietas mientras su dedo rodea mi punto más sensible, desesperada por mantener algo de apariencia de control—. Cuando estoy sola por la noche…

—¿Y eso te satisfacía? —Su voz baja de tono.

—No —susurro, mientras se me corta la respiración—. Nada se compara a cuando tú… ¡oh!

Desliza dos dedos profundamente dentro de mí sin previo aviso, curvándolos expertamente contra mis paredes internas. Su pulgar traza círculos deliberados mientras sus dedos crean un ritmo que hace imposible cualquier pensamiento coherente.

—No sería suficiente —dice, observando mis expresiones intensamente mientras mi cuerpo responde a su toque experto—. Esta noche, solo por esta noche, eres mi mujer Rosetti. Dime qué necesitas de mí.

—Por favor —suplico, ya temblando al borde por sus dedos y sus palabras—. Necesito…

—Sé exactamente lo que necesitas. —Retira su toque por completo, dejándome dolorida y vacía—. Pero primero, voy a saborearte hasta que te oiga gritar mi nombre.

Baja por mi cuerpo, acomodándose entre mis muslos abiertos. El primer contacto de su lengua con mi clítoris me hace dar un grito, y mis manos vuelan hacia su cabello.

Esto no es como la última vez. Controlado, preciso. Me está devorando, su lengua está en todas partes a la vez. Lamiendo desde mi entrada hasta mi clítoris, succionando mis labios hacia su boca, follándome con la lengua mientras su nariz presiona mi clítoris.

—Joder, sabes tan bien —gruñe contra mi vagina, y las vibraciones me hacen estremecer—. Este es mi nuevo restaurante favorito.

Desliza tres dedos dentro de mí esta vez, estirándome mientras su boca ataca mi clítoris. La doble sensación es abrumadora. Demasiado y no lo suficiente, todo al mismo tiempo. Ni siquiera puedo encontrar una respuesta ingeniosa para su comentario del restaurante porque mi boca no articula palabras adecuadas, solo gemidos incoherentes.

—Mírame —ordena, y obligo a mis ojos a abrirse, mirándolo hacia abajo entre mis muslos. Sus ojos están oscuros, intensos, viéndome desmoronar—. Quiero que veas cómo hago que te vengas.

Sus dedos se curvan de nuevo dentro de mí mientras sus labios sellan mi clítoris, succionando fuerte. El orgasmo me golpea repentina, violenta y consumidoramente. Grito su nombre, mi vagina apretándose alrededor de sus dedos, todo mi cuerpo convulsionando.

No se detiene. Si acaso, lo hace con más fuerza, sus dedos bombeando más rápido mientras su lengua golpea mi clítoris hipersensible.

—Otra vez —gruñe—. Vente otra vez para mí.

—No puedo… es demasiado…

—Puedes —añade un cuarto dedo; el estiramiento es casi doloroso, pero de la mejor manera—. Esta vagina va a recibir todo lo que yo le dé.

El segundo orgasmo se construye imposiblemente rápido, apilándose sobre el primero. Cuando estalla sobre mí, llego a sollozar, y las lágrimas me corren por la cara debido a la intensidad. Mi vagina tiene espasmos alrededor de sus dedos, apretando y soltando en oleadas que parecen durar para siempre.

—Estás hermosa cuando te corres —dice, finalmente apartándose, con su boca y barbilla brillando por mi excitación.

Sonrío perezosamente. —Creo que quieres decir desaliñada.

—No. Hermosa.

—Ahora tu turno —le digo, intentando tirar de él hacia abajo para poder sentir ese miembro grueso dentro de mí.

Él sonríe casi con crueldad. —Sí que lo es, esposa.

Ante el brillo de sus ojos, me pregunto si después de todo debería haber mantenido a su verdadero ser enjaulado. Quizás tenía buenas razones para mantenerlo silenciado.

Pero todos los pensamientos huyen cuando se pone de pie y se quita la camisa para revelar todo ese músculo forjado en el ejército, las cicatrices y la tinta que me moría por explorar. Luego sus pantalones de gimnasia caen y su muelle queda libre. Grueso, largo, con la cabeza ya húmeda de líquido preseminal.

—Ponte de rodillas —ordena.

Me apresuro a obedecer, arrodillándome sobre la cama frente a él. Su muelle está ahí mismo, a centímetros de mi cara, y se me hace agua la boca.

—Querías probarme en el bote —dice, con una mano enredándose en mi cabello—. Abre la boca.

Separo los labios y él empuja hacia adentro, nada tierno, nada cuidadoso. Su muelle estira mi boca, golpeando el fondo de mi garganta, haciéndome tener una arcada leve.

—Eso es —gruñe, manteniendo mi cabeza quieta mientras se folla mi boca—. Tómalo todo. Cada centímetro. Dijiste que lo querías, ahora lo tienes.

Relajo la garganta y lo dejo empujar más profundo, con los ojos llorosos. Su muelle es tan grueso que apenas puedo respirar a su alrededor, pero los sonidos que emite me mantienen centrada. Sonidos desesperados y destrozados que me dan ganas de tomar más.

—Joder, tu boca —jadea, con las caderas moviéndose hacia adelante—. He estado imaginando esto. Tú de rodillas, atragantándote conmigo.

Gimo a su alrededor, y la vibración le hace maldecir. Mis manos suben para acunar sus huevos, acariciándolos suavemente, y su agarre en mi cabello se aprieta.

—Suficiente —dice de repente, saliéndose.

Un hilo de saliva conecta mis labios con su miembro y él gruñe ante la imagen. Mira hacia la puerta del baño, y por un momento pienso que va a huir. Pero luego me empuja sobre mi espalda, abriendo mis piernas de par en par. Durante un momento solo me mira: extendida, desnuda, con la vagina goteando y los labios hinchados por su miembro.

Debo parecer un desastre total, roja y sudorosa, pero sus ojos no contienen más que lujuria.

—Necesito estar dentro de ti, mujer —dice, posicionándose en mi entrada—. Ahora mismo.

Mi aceptación sale como un gemido en lugar de palabras, y envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, deseando que comprenda que quiero esto más de lo que he querido nada en mi vida.

Se clava en mí con una embestida brutal, llenándome por completo. Ambos gritamos. Él por el calor estrecho y húmedo, yo por la plenitud repentina. Es tan grueso que roza lo insoportable, estirándome hasta mi límite.

—Joder —suelta entre dientes, con la mandíbula apretada.

La mirada en sus ojos es salvaje, como si estuviera a punto de huir de la escena de un crimen. Puedo ver el miedo en su mirada, así que subo la mano y acuno su rostro.

—Quédate conmigo, Nico —le digo.

Si se va ahora, no habrá vuelta atrás. Si desaparece en el baño, no volveré a perseguirlo. Es el todo o nada. No expreso todo eso, pero me doy cuenta de que lo escucha de todos modos.

—Muévete —suplico, apretándolo deliberadamente—. Por favor, Nico, quédate conmigo.

Se retira casi por completo y luego entra lentamente; su mirada se suaviza al encontrarse con la mía. —No podría irme aunque quisiera, Sra. Rosetti.

Mis labios esbozan una sonrisa, y lo más extraño es que ni siquiera tengo ganas de burlarme de su fantasía de juego de rol de esposa.

Empieza a moverse en serio entonces, sus embestidas son profundas y poderosas. Cada una golpea algo dentro de mí que hace que mi visión se nuble. Esto no es la perfección mecánica de antes. Esto es crudo, animal, con su control completamente destrozado.

—Necesito sentirte correr en mi miembro —gruñe, angulando las caderas para golpear mi punto G con cada embestida—. Necesito sentir esta vagina apretándome cuando te desmorones.

Envuelvo mis piernas con más fuerza a su alrededor, llevándolo a lo más profundo. —No te contengas —suplico, con las uñas hundiéndose en sus hombros—. Déjame verte. Todo de ti.

Su ritmo aumenta, el marco de la cama cruje debajo de nosotros. Sus manos están en todas partes: agarrando mis caderas, apretando mis pechos, deslizándose para inmovilizar mis muñecas sobre mi cabeza. El peso de su cuerpo presionándome contra el colchón se siente como la salvación.

—Mi —gruñe, y cada embestida puntúa las palabras—, esposa. Rosetti.

La posesividad en su voz debería molestarme, pero solo hace que me humedezca más, mi cuerpo respondiendo a su reclamo de formas que mi cerebro no puede procesar. Mi tercer orgasmo se construye rápido, enroscándose con fuerza en la base de mi columna.

—Cerca —jadeo, con la espalda arqueándose fuera de la cama—. Nico, estoy tan cerca.

—Mírame cuando te vengas —ordena, con la voz áspera de necesidad—. Quiero verte a los ojos cuando te haga mía.

Nuestras miradas se entrelazan y algo eléctrico pasa entre los dos. No solo lujuria, sino algo más profundo, algo más aterrador. Su mano se desliza entre nuestros cuerpos, el pulgar encuentra mi clítoris, presionando y haciendo círculos en sincronía perfecta con sus embestidas.

Me quiebro por completo, gritando su nombre mientras mi vagina se contrae a su alrededor. Ola tras ola de placer me atraviesa, tan intensa que creo que podría desmayarme. A pesar de todo, mantengo mis ojos en los suyos, dejándole ver cada segundo de mi rendición.

—Joder, Marisol —gruñe, su ritmo flaquea mientras mis paredes pulsan a su alrededor—. Estás tan jodidamente hermosa cuando te corres.

Sus embestidas se vuelven erráticas, desesperadas. Puedo sentirlo hincharse dentro de mí, poniéndose imposiblemente más duro. Su respiración cambia, se vuelve irregular. Las venas de su cuello resaltan, su mandíbula está apretada con fuerza.

—Vente dentro de mí —susurro contra su oído, mordiendo el lóbulo suavemente—. Déjame sentirlo. Déjame ver cómo pierdes el control.

Emite un sonido —mitad gruñido, mitad sollozo— mientras todo su cuerpo se tensa sobre mí. Por un momento, parece aterrorizado, como si estuviera parado al borde de un precipicio. Levanto las manos y acuno su rostro.

—Quédate conmigo —le recuerdo—. No te escondas de mí ahora.

Algo se quiebra en su expresión. Sus ojos se clavan en los míos, abiertos, vulnerables y asustados. Entonces se está viniendo, su muelle palpita profundamente dentro de mí, llenándome con su descarga. Su cara… Dios, su cara en este momento es todo lo que quería. Sin muros, sin barreras, solo puro placer sin filtros y vulnerabilidad.

—Marisol —jadea mientras se vacía por completo.

Se desploma encima de mí, su peso es una presión deliciosa, su muelle todavía tiene espasmos dentro de mí. Lo rodeo con mis brazos, abrazándolo con fuerza mientras se estremece por las réplicas del orgasmo. Su corazón martillea contra el mío, nuestra piel está resbaladiza por el sudor, nuestra respiración sincronizada.

Durante largos minutos, nos quedamos así, conectados de todas las formas posibles. Su rostro está enterrado en mi cuello, y siento la humedad del sudor allí. O quizás lágrimas.

—No te muevas —susurro, manteniéndolo contra mí—. Todavía no.

—No planeaba hacerlo —admite contra mi cuello—. No siento las piernas.

Me río, y el movimiento hace que ambos gimamos cuando las partes hipersensibles se desplazan. —¿La banana táctica finalmente se agotó?

—Me rompiste —dice suavemente.

Finalmente se mueve, rodando hacia su lado pero manteniéndome acurrucada contra él. Y entonces, increíblemente, me quedo dormida.

17 - Nico

Mi lengua encuentra su clítoris exactamente a las seis de la mañana.

Lo sé porque mi reloj interno tiene precisión militar. Ocho años desplegado, cuatro desde entonces, y todavía me despierto al amanecer listo para la violencia. Solo que ahora uso esa precisión para rodear con la lengua el clítoris hinchado de Marisol Delgado, sintiendo cómo su cuerpo responde incluso dormida.

Sabe a anoche. A nosotros, a mi semen dentro de ella, al reclamo desesperado que debería haberme dejado vacío pero solo hizo que quisiera más. Mi verga ya está dura como piedra contra el colchón, lo está desde que me desperté hace veinte minutos con ella pegada a mí, una pierna echada sobre la mía, su coño mojado contra mi muslo.

Veinte minutos de quedarme quieto, respirando su olor, luchando contra las ganas de despertarla. Veinte minutos de ver cómo la luz rosada del amanecer pinta su piel de oro, de contar sus respiraciones, de darme cuenta de que nunca había dormido junto a alguien hasta la mañana. Siempre me iba antes del alba. Siempre mantenía distancia.

Ella me pidió que me quedara, y estoy aprendiendo que cuando Marisol pide, yo le doy todo.

Se mueve apenas, un gemido suave se escapa cuando paso la lengua por sus pliegues, recogiendo su humedad. Aún medio dormida pero respondiendo. Sus muslos se abren más. El movimiento hace que mi verga palpite, otra gota de líquido preseminal manando sobre sus sábanas de seda color champaña.

Debería dejarla dormir. Está agotada por anoche, cuando perdí hasta el último gramo de control y la follé como si quisiera meterme bajo su piel. Su coño probablemente está adolorido por cuántas veces la hice correrse, por lo duro que la reclamé.

En cambio, me deslizo más abajo en la cama, mis brazos sirviendo de almohada para mantenerle los muslos abiertos. Deslizo

dos dedos dentro de ella, convenciéndola con suavidad para que se abra. Ya está tan jodidamente mojada, el pulso de eso casi inmediato, su cuerpo reconociéndome con una confianza que cala hasta los huesos y que debería aterrarme. Mi boca trabaja despacio, la lengua dibujando la forma de su clítoris, rodeándolo, luego dándole toques con la intención justa para que sus caderas se alcen buscando fricción.

—Mmm.— Sigue medio dormida, la voz un ronroneo suave y bajo. Su mano sube, sus dedos se enredan en mi pelo, con tironcitos involuntarios cuando mi lengua hace algo bien.—¿Qué estás…?—

Respondo hundiendo más mis dedos, curvándolos justo como sé que le gusta. La siento apretarse a mi alrededor, el pulso perezoso de su excitación acelerándose, creciendo segundo a segundo. Sabe a rendición, a una persona que por fin se permite dejar de correr por solo una maldita hora.

Le succiono el clítoris, primero con suavidad, luego con más fuerza. Ella despierta con un jadeo, las caderas embistiendo contra mi boca.

—Ay, carajo… ¿Nico?—

—Buenos días—digo, con los labios moviéndose contra ella.

Alzo apenas los ojos para captar la expresión de su cara cuando las palabras vibran en su piel: confusión al principio, la chispa lenta del placer y luego una especie de asombro, como si nunca la hubieran despertado así.

Le muestro lo bueno que puede ser el amanecer atrapando su clítoris entre mis labios mientras mis dedos la penetran rítmicamente, lento y parejo. Ella deja escapar un sonido estrangulado, luego suelta una risa cuando la sensación le florece por todo el cuerpo.

—Jesús. ¿Qué hora es?—alcanza a decir, la voz ronca.

—Seis de la mañana.—

No dejo de trabajar mientras respondo. La disciplina que me exige mantener la lengua firme, el control absoluto, es un tipo de reto nuevo. Estoy acostumbrado a romperme contra el mundo, no a sostener un fuego lento por el placer de alguien más.

Se incorpora sobre los codos, parpadeando para espantar el sueño de sus ojos. Su pelo es un halo de enredos y oro contra la almohada. Su boca está hinchada por el sueño y los besos de anoche,

y hay una media luna roja donde le mordí la línea de la mandíbula horas atrás. Nunca se ha visto más real que ahora.

—¿Desde cuándo te saltas las dominadas?—pregunta, con una sonrisa tirándole de la comisura de la boca.

—No me las estoy saltando—. Solo hago una pausa lo suficiente para contestar y vuelvo a ella de inmediato.—Solo las estoy retrasando. Cuatrocientas pueden esperar una hora.—

La risa que suelta es mitad risita, mitad gemido. Reverbera por la cama, hace que mi verga duela con la necesidad de estar dentro de ella. Todas las reglas por las que he vivido—la disciplina, el ritual, la creencia de que el placer viene después del dolor o no viene—se derrumban bajo el peso de desearla. Renunciaría a cada último hábito por una mañana como esta.

Observo su cara mientras se entrega, la forma en que sus párpados tiemblan al borde de la sensación, cómo inclina las caderas para perseguir mi lengua, cómo dice mi nombre con una voz que significa que confía en mí. La he visto así solo un puñado de veces, y cada una me ha hecho querer arrasar el mundo por el privilegio de verlo otra vez.

—Estás siendo tan tierno—gime, como si la suavidad en sí le fuera ajena.

Tal vez lo sea, para los dos. Ella está acostumbrada al caos: hombres que toman lo que quieren y se van, parejas que la tratan como campo de pruebas de sus propios fracasos. Yo estoy acostumbrado a la guerra, a la violencia, a la idea de que cada cosa buena viene con un costo—usualmente en sangre, a menudo la mía.

Pero con ella, podría hacer esto para siempre. Trabajo lento, cuidadoso, viéndola deshacerse porque yo lo digo. Porque me pidió que me quedara, y ahora hago lo que me pide. Le doy todo.

Ella sonríe, perezosa y amplia, esa clase de sonrisa que le arruga las comisuras de los ojos.—No se supone que seas tan bueno en eso. No es justo.—

—No te quejes—digo, dándole un mordisquito en el clítoris—. Vas a herir mis sentimientos.—

Jadea, y me recuerdo ser suave. No quiero pensar. Quiero congelar esta mañana y vivir en ella hasta que mi cuerpo no aguante más.

Pero no estoy hecho así. No soy un hombre suave, no de verdad. La versión de mí que le muestro—el amante paciente, cuidadoso—es

nueva, un experimento, una piel prestada. Debajo, sigo siendo el hombre que quiere romperla en pedazos. Sigo siendo el monstruo que ella domó.

El monstruo en mí quiere voltearla, follarla boca abajo contra el colchón hasta hacerla gritar. Quiere agarrarla del cuello mientras la embisto, quiere hacer que lo tome todo, quiere reclamarla tan a fondo que me sienta por días.

Pero eso fue anoche. Esta mañana quiero algo diferente. Quiero mostrarle que puedo ser más que hambre y dominio. Quiero adorarla como se merece.

—¿Está bien?—pregunto, genuinamente incierto. Nunca he sido de lo suave. Nunca quise. La suavidad era debilidad, y las cosas suaves se rompen.

—Más que bien—respira, su coño apretándose alrededor de mis dedos—. No pares. Por favor, no pares.—

Yo no. Me tomo mi tiempo para aprender cada respuesta, anotando qué la hace gemir, qué la hace retorcerse, qué hace que sus dedos se aprieten en mi cabello. Mi verga gotea de forma constante contra las sábanas, desesperada por fricción, pero toda mi atención está en ella.

Cuando llega, es con mi nombre roto en sílabas. —Ni…co… oh Dios. Su coño palpita alrededor de mis dedos en oleadas. La acompaño con suavidad, sin buscar otra de inmediato como anoche, solo dejándola cabalgar el placer.

—Súbete acá —exige cuando por fin puede hablar, tirando de mi cabello.

Me arrastro por su cuerpo, mi verga deslizándose por su piel, dejando un rastro de líquido preseminal a lo largo de su pierna. Ella enseguida mete la mano entre nosotros, rodea mi eje con su mano, y gimo al contacto.

—Tan dura —murmura, acariciándome despacio, su pulgar esparciendo el preseminal por la cabeza—. ¿Cuánto tiempo has estado así?

—Desde que desperté —admito, mis caderas embistiendo contra su agarre—. Desde que sentí lo mojada que estabas contra mi muslo mientras dormías.

Me guía hacia su entrada, frotando la cabeza de mi verga por su humedad, cubriéndome con su excitación. —Entonces probablemente deberíamos hacer algo al respecto.

Me hundo en ella despacio. Tan despacio que es una tortura. Cada centímetro es una revelación, su coño me aprieta a la perfección, aún hinchado por anoche pero tan mojado, tan listo. Ambos gemimos cuando quedo totalmente dentro, mis testículos presionando contra su trasero.

—Mierda —respiro, teniendo que quedarme quieto o me corro de inmediato—. Se siente…

—Lo sé —dice, enroscando sus piernas a mi alrededor—. Tú también.

Empiezo a moverme. No embisto, sino que ruedo las caderas, moliendo profundo, asegurándome de alcanzar cada punto sensible dentro de ella. Es completamente diferente a la posesión desesperada de anoche. Esto es otra cosa. Algo que me aprieta el pecho de emoción.

—Mírame —dice en voz baja.

Me doy cuenta de que cerré los ojos, abrumado por la sensación. Me obligo a abrirlos, encuentro su mirada, y la vulnerabilidad de eso casi me desarma. Ella lo ve todo. Cada muro desmoronándose, cada defensa cayendo, la verdad aterradora de que estoy totalmente jodido porque me estoy enamorando de ella.

—Ahí estás —susurra, subiendo las manos para enmarcar mi rostro—. Mi hermoso, soldado roto.

La ternura rompe algo en mí. Me inclino para besarla, profundo y lento, haciendo coincidir el ritmo de mis caderas. Su coño se contrae con cada embestida, cada vez más mojado, nuestra excitación combinada haciendo sonidos resbalosos con cada movimiento.

El monstruo sacude su jaula, queriendo ir más duro, más rápido, reclamar y poseer. Mi mano de hecho se mueve hacia su garganta antes de que me detenga, aferrándome a las sábanas en su lugar.

—Estás temblando —observa, deslizando las manos por mis costados.

—No sé cómo ser suave —admito, con todo el cuerpo temblando por la contención—. No sé cómo hacer esto sin…

—¿Sin perder el control?

—Sin romper cosas. Romperte a ti.

Me tira hacia otro beso. —No me vas a romper. Soy más fuerte de lo que parezco. Y quizá… quizá quiero verte elegir la ternura. Elegir quedarte presente conmigo.

El permiso para ser blando es de algún modo más difícil que el permiso para ser rudo. Pero mantengo el ritmo lento, y llevo la mano entre nosotros para rodear su clítoris con el pulgar, observando su rostro mientras escala hacia otro orgasmo.

—Estoy cerca —jadea, su coño empezando a aletear alrededor de mí—. ¿Y tú?

—Sí —gimo, sintiendo la presión formarse en la base de mi columna, mis testículos encogiéndose.

Aumento un poco la presión sobre su clítoris, sintiendo cómo todo su cuerpo empieza a tensarse. Nos estamos mirando, viéndolo todo, sin esconder nada.

—Ahora —susurra—. Córrete conmigo ahora.

Su orgasmo dispara el mío. Ella se arquea bajo mí, gritando, su coño apretando mi verga en oleadas rítmicas. La sensación arranca mi liberación. Mi verga palpita mientras me vacío dentro de ella, empujón tras empujón de semen caliente, todo mientras mantengo el contacto visual. Es lo más vulnerable que he estado, dejándola verme completamente deshecho.

Me atrae para un beso que es pura suavidad y aceptación.

Seguimos unidos, ninguno dispuesto a separarse. Puedo sentir nuestra humedad combinada empezando a escaparse alrededor de mi verga que se ablanda, marcando sus muslos. La evidencia física de lo que nos hemos convertido el uno para el otro.

Hundó el rostro en su cuello, abrumado. El soldado en mí grita sobre posiciones comprometidas, vulnerabilidad emocional, el peligro de querer tanto. Pero el hombre, el que ella está enseñando a existir, solo la abraza más fuerte.

—Me… gustas —murmura.

—¿Aunque soy una banana táctica que lo cuenta todo y no puede hacer café normal?

Ella ríe, el sonido vibrando en nuestros dos cuerpos. —Sobre todo por eso.

Afuera, Miami despierta. El tráfico crece, el calor ya ondea sobre el asfalto, la ciudad ajena al hecho de que todo acaba de cambiar en este dormitorio.

—Pase lo que pase —le digo—, no me voy. Me pediste que me quedara, y esa es mi misión ahora. Quedarme.

Ella me aprieta con los brazos. —Bien. Porque voy a quedarme contigo, banana táctica. Ahora eres mío.

La posesividad en su voz hace que mi verga dé un espasmo dentro de ella, intentando endurecerse otra vez. Ella lo siente y se ríe.

—¿Ya? Eres insaciable.

—Solo por ti —admito, empezando a endurecerme bien ahora, aún enterrado en ella—. Solo y siempre por ti.

—Entonces supongo que tus dominadas tendrán que esperar un poco más —dice, rodando las caderas a modo de prueba—. A este paso, cuatrocientas se volverán quinientas.

—Vale la pena —gimo cuando ella aprieta a propósito a mi alrededor—. Vale tanto, carajo.

El sol asciende más alto, pintándolo todo de amarillo banana, y dejo de contar cualquier cosa excepto los sonidos que ella hace cuando empiezo a moverme dentro de nuevo. Lento y profundo, suave pero minucioso, mostrándole con mi cuerpo lo que mis palabras apenas pueden expresar.

Que me posee por completo. Que prenderé fuego al mundo para mantenerla a salvo. Que el amor quizá sea el arma más peligrosa que he empuñado, pero aun así elijo armarme.

Porque Marisol Delgado me pidió que me quedara, y no hay misión más importante que esa.

18 - Marisol

Nico Rosetti está en mi cocina preparando huevos.

El sonido de una sartén contra la estufa hace que mi pecho sienta algo peligroso. Los hombres no se quedan. Se escabullen mientras estoy inconsciente, dejan notas sobre reuniones tempranas, envían mensajes de texto más tarde con excusas transparentes. Pero Nico Rosetti, que lo cuenta todo, que mantiene una distancia táctica, que se encerró en los baños antes que dejar que lo viera venir, está preparando el desayuno en mi cocina.

Esta no es mi vida. Excepto que, aparentemente, ahora lo es.

Me envuelvo en una bata de seda, sin molestarme en ponerme nada debajo. ¿Para qué fingir? Ya pasamos los fingimientos. La seda se siente fresca contra mi piel sensibilizada, cada nervio todavía vibrando por su toque.

Él está frente a la estufa cuando llego al umbral de la cocina, y la imagen me deja helada. Sin camisa, vistiendo solo esos pantalones deportivos a la cadera, cada músculo de su espalda definido mientras se mueve. Su Glock reposa en la encimera al alcance de la mano, bajo un rayo diagonal de luz solar brillante. Incluso preparando huevos, está listo para la violencia. La contradicción de esto, este hombre letal realizando algo tan doméstico, hace que se me revuelva el estómago.

—Cocinas —digo, y él se gira al oír mi voz.

Sus ojos hacen un recorrido lento desde mi cabello alborotado hasta mis pies descalzos, deteniéndose donde la bata se abre en mi pecho. Algo en su expresión cambia, se suaviza de una manera que hace que se me encojan los dedos de los pies. También hay algo nuevo allí. Una certeza que no estaba antes.

—Así sobrevivo —dice, y vuelve a la estufa.

—Un hombre nunca me ha preparado huevos —La confesión se me escapa antes de que pueda detenerla.

—Eso es trágico.

—He estado saliendo con la gente equivocada, al parecer. Debería haberme enfocado en exmarines con espátulas en lugar de niños ricos con fideicomisos y hábitos de cocaína.

Sirve los huevos, les agrega pan tostado y fruta que ni siquiera sabía que tenía. Cuando pone el plato frente a mí, me le quedo mirando por un momento. Comida de verdad. Hecha para mí. Por alguien que se quedó. Por alguien que está justo aquí. Presente, no pasado, no condicional.

Doy un mordisco y, al parecer, tengo más hambre de lo que pensaba porque suelto un pequeño gemido. Sus ojos se oscurecen ante el sonido, sus pupilas se dilatan de una manera que me obliga a apretar las piernas.

—Me estás mirando —digo entre bocado y bocado.

—Estás comiendo. Es digno de mención.

—Quizás se me abrió el apetito.

—Quizás sí. —El calor en su voz envía un pulso directo a mi clítoris, incluso después de todo lo que hemos hecho, de todo lo que hemos dicho.

Su teléfono vibra. Lo revisa y su mandíbula se tensa de inmediato.

—Gunner dice que la gente de César estuvo preguntando por ti anoche en el club.

—Mientras nosotros estábamos…

—Mientras estábamos aquí, sí. —Su mano se desplaza hacia donde está su arma en la encimera, un tic inconsciente que estoy aprendiendo que significa peligro. Querían saber dónde estabas. Si estabas sola.

—¿Desde cuándo eres el mejor amigo de mi guardia de seguridad?

Él frunce el ceño, se le forma una pequeña y linda arruga entre las cejas. —¿Mejores amigos?

—Tantos mensajes, llamadas, pasándole recados de otros hombres. —Muerdo mi tostada y me limpio un poco de mantequilla de los labios.

—Solo gestiono tu seguridad —dice él.

Me acomodo en un taburete mientras él se apoya contra la encimera, con una taza de café en la mano. Café negro, por supuesto. Todo en él es eficiencia, incluso su consumo de cafeína.

—¿Alguna vez simplemente… existes? —pregunto—. ¿Sin evaluar amenazas y medir distancias y lo que sea que haga ese cerebro militar?

—Tú no eres una amenaza.

—Podría serlo. Soy muy peligrosa.

—Ayer quemaste el pan tostado.

—Peligrosamente mala cocinando, así que cuenta.

La comisura de su boca se mueve, esa casi sonrisa que cada vez detecto mejor. Pasa por mi lado para enjuagar su taza y su mano recorre mi espalda baja al pasar. Casual, posesivo, reclamando su lugar. Como si yo fuera suya para tocarme cuando quisiera. El simple contacto me humedece.

Escalofrío.

—¿Frío?

Niego con la cabeza. —No.

—¿Entonces qué? —Deja la taza con un suave tintineo contra el fregadero de metal.

—Me tocaste —Trazo el camino que sus dedos recorrieron por mi piel—. Como si no hubieras tenido que pensarlo.

Se detiene ante el fregadero, sus hombros se tensan ligeramente antes de girarse para mirarme.

—No lo hice.

Algo se quiebra en mi pecho. Este hombre que calcula cada movimiento, que cuenta cada respiración, me toca sin pensar. Como si ya fuera parte de su sistema operativo. Como si yo perteneciera a su espacio.

Nos trasladamos al sofá y me acurruco contra él como si fuera la cosa más natural del mundo. Su brazo me rodea automáticamente, atrayéndome hasta que estoy prácticamente en su regazo.

Trazo los tatuajes en sus costillas, siguiendo las líneas de tinta con la punta de mi dedo. Una escritura en latín se curva a lo largo de su costado: *Per aspera ad astra*.

——A través del esfuerzo, hacia las estrellas —traduce cuando lo miro con curiosidad—. Un compañero lo tenía. No regresó a casa.

—Lo siento.

—Fue hace mucho tiempo.

Pero puedo ver la verdad en sus ojos. Esas cosas no se van. Solo se vuelven más silenciosas, enterradas bajo la disciplina y el deber hasta que algo las saca a la luz de nuevo. Su cuerpo es un

monumento al duelo; cada marca representa a alguien que le importaba, alguien perdido.

—Aun así, lo siento.

Él solo se encoge de hombros, me atrae un poco más y nos acurrucamos más fuerte en el sofá.

—¿Tienes algún talento oculto? —pregunto, necesitando saber todo sobre este hombre—. Además de lanzar a la gente contra las rocas y hacer huevos sorprendentemente buenos.

Se queda callado por un largo momento. Luego dice:

—Solía tocar el piano.

Casi me caigo del sofá. —¿QUÉ?

—Mi madre nos enseñó a todos. Antes de morir. Era… decente.

—Define decente.

—Chopin sin mirar las teclas.

Me siento erguida, con las manos volando a sus hombros. —Eso no es decente. Eso es BUENO. Es nivel de recital.

Su mirada baja hacia donde mi bata se ha abierto. —Fue hace mucho tiempo.

—¿Todavía tocas? —Trazo la línea de su clavícula con la punta de mi dedo, sintiendo su pulso saltar bajo mi toque.

Atrapa mi mano, inmovilizándola contra su pecho. —No.

—¿Por qué?

Se acomoda un poco, apretando su brazo a mi alrededor. —Estuve desplegado mucho tiempo. No hay muchos teclados en Afganistán. Luego, después de que mi padre murió, no hubo tiempo. Después no hubo espacio. Después dejé de ser alguien que pudiera hacer música. Se convirtió en el tema de Dante después de que perdió la voz y ya no me pareció correcto seguir tocando.

Las palabras me duelen en el pecho. Pienso en el niño que tocaba a Chopin, me pregunto si todavía está ahí dentro, bajo toda esa armadura táctica. Bajo ese hombre que puede mirarme a los ojos mientras se viene dentro de mí, pero que aun así necesita un arma al alcance de la mano para preparar el desayuno.

—Yo también tengo algo —digo—. Algo de mi madre.

Le hablo del reloj. Escondido en mi cajón desde mi quinceañera. Oro rosa con sus iniciales grabadas en el reverso.

—Me lo dio la mañana de mi fiesta. Dijo que era para la mujer en la que me convertiría —Mi voz se quiebra ligeramente—. No puedo usarlo. No puedo tirarlo. Ni siquiera puedo mirarlo sin llorar.

—Tal vez algún día.

—Tal vez algún día vuelvas a tocar el piano.

—Tal vez.

Nos quedamos con eso por un momento. Dos personas rotas encontrando piezas del otro entre los escombros.

El silencio se extiende entre nosotros, cómodo pero expectante. Sus dedos trazan patrones ausentes en mi brazo, y observo cómo la luz del sol se desplaza por el suelo de madera, pintando rectángulos dorados que avanzan lentamente por la habitación.

—Idiomas —digo de repente, ya que no puedo esperar a que me preguntes por mis talentos especiales—. Hablo cuatro.

—¿Cuatro?

—Español, obviamente. Inglés. Portugués por los veranos en Brasil. Y un italiano pasable por el lado de mi madre.

—¿Cuándo aprendiste todo eso?

—Mami insistió. Decía que el idioma era libertad. Que podías convertirte en cualquier persona si sabías hablar sus palabras.

—Suena como una mujer inteligente.

—Lo era. Ella lo era todo. Dios, la extraño.

Entonces me habla de su familia. De cómo llama a Marco todos los domingos, incluso cuando no tienen nada que decirse. De que no se ha tomado vacaciones en siete años. De que no sabe lo que es no hacer nada.

—¿Qué harías siquiera en vacaciones? —pregunto.

—No lo sé. Nunca he pensado en eso.

—Eso es triste, mi caballo.

—Podrías enseñarme tú.

Le doy un toque en el pecho con el dedo índice. —¿A ir de vacaciones?

—A no hacer nada —Sus cejas se elevan—. Pareces una experta.

Me muerdo el labio inferior, conteniendo una sonrisa. —¿Eso fue un CHISTE? ¿A mi costa?

—Tal vez —Inclina la cabeza, entrecerrando los ojos un poco mientras la comisura de su boca se agita.

Estoy encantada. Está aprendiendo a bromear. Lo estoy corrompiendo con mi caos.

Terminamos enredados en el sofá, con una película de acción terrible de fondo que ninguno de los dos ve. Mi cabeza descansa en su pecho, su corazón late constante bajo mi oído. Su mano juega con

mi cabello distraídamente, sus dedos se enredan en los nudos de anoche. A través de la ventana abierta, puedo oír los barcos en la bahía, el zumbido distante de South Beach que ya comienza su fiesta al mediodía.

Esto es agradable. Más que agradable. Es todo lo que no sabía que quería.

Trazo patrones perezosos en su piel, siguiendo cicatrices y tinta, aprendiendo su geografía. Él me deja explorar sin inmutarse, sin apartarse. Simplemente existiendo juntos en esta burbuja donde nada malo puede alcanzarnos.

—Pensé que odiaba estar quieta —murmuro.

—¿Qué cambió?

—Tal vez solo odiaba estar quieta estando sola.

Sus labios se presionan contra la coronilla de mi cabeza y algo cambia en mi pecho. Un reconocimiento. Una certeza.

No lo digo. Lo mantengo en silencio, como algo preciado, guardado cerca como el reloj de mi madre. Pero está ahí, creciendo con cada aliento que compartimos.

Me besa la sien, y podría quedarme aquí para siempre. En este momento. En esta quietud que ya no se siente vacía porque todavía estamos juntos.

Entonces mi teléfono empieza a vibrar.

Al principio lo ignoro. Lo que sea puede esperar. Pero sigue sonando. Bzzz. Bzzz. Bzzz. Insistente y furioso.

—Estás popular esta mañana —dice Nico, pero su mano ya se mueve hacia donde está su arma en la mesa lateral. Siempre listo.

—Probablemente no sea nada.

Pero no se detiene. Finalmente lo agarro, dispuesta a silenciarlo por completo, y me quedo helada.

Diecinueve llamadas perdidas. Mensajes de Logan, mi abogado; de Carmen, que maneja mis desastres de relaciones públicas, y de algunos números que no reconozco.

—¿Qué pasa? —Nico se incorpora, pasando ya al modo táctico, ese soldado emergiendo de debajo de la mañana apacible.

—No lo sé.

El mensaje de Logan solo dice: *Llámame. AHORA*.

Se me cae el alma a los pies.

Antes de poder devolverle la llamada a Logan, veo por qué todos intentan contactarme. Está en todas partes. Es tendencia en todas las

plataformas, ha sido retomado por medios de noticias legítimos y se propaga como la pólvora.

LA HEREDERA DELGADO MALVERSA FONDOS DE LA EMPRESA FAMILIAR: Fuentes revelan impactante conducta financiera inapropiada

Mi teléfono vibra de nuevo. Un mensaje más en la avalancha. Casi lo ignoro, no puedo soportar a una persona más preguntando si las acusaciones son ciertas.

Entonces veo el nombre.

Gabriel.

Mi hermano, que huyó hacia Dios hace ocho años. Mi hermano, que me dejó sola con nuestro secreto. Mi hermano, que no ha enviado nada más sustancioso que saludos vacíos en las fiestas desde que se puso ese alzacuellos.

El mensaje es simple:

Mari. Vi lo que dicen sobre La Sirena. Tenemos que hablar. Necesito saber qué está pasando. Llámame. - G

Mis manos tiemblan más ahora. Gabriel. Después de todo. Después de ocho años de silencio. ¿AHORA se comunica conmigo?

Necesito saber qué está pasando.

No un "¿cómo estás?". No un "lamento haberte abandonado". No un "te quiero, hermana". Necesita saber qué está pasando. Como si yo fuera un problema que debe gestionarse a distancia. Como si su reputación estuviera en juego.

—¿Qué es? —pregunta Nico, notando mi cara.

No puedo hablar. Solo le entrego el teléfono.

Él lee y su expresión se endurece peligrosamente.

El teléfono vibra de nuevo:

Mari. Por favor. Es importante.

Importante. Ocho años de nada, y ahora es importante. ¿Se cree los artículos? ¿Piensa que le estoy robando al imperio de nuestro padre mientras Papá agoniza? ¿Se está comunicando para ayudar o para acusar?

Con Gabriel, nunca se sabe.

Llega un tercer mensaje:

Voy para allá. Tenemos que hablar en persona.

El teléfono se me resbala de los dedos entumecidos.

Mi hermano viene hacia aquí.

El Padre Gabriel, santo patrón del abandono, nos honrará con su presencia.

—Perfecto —digo, riendo, pero el sonido sale quebrado, desesperado—. Alguien me está tendiendo una trampa por malversación, mi padre se está muriendo, y ahora mi hermano quiere, ¿qué? ¿Escuchar mi confesión? Ya tengo suficiente culpa para los dos.

Los brazos de Nico se aprietan a mi alrededor, pero ni siquiera su presencia sólida puede evitar que la verdad se asiente en mis huesos como agua helada. Si Gabriel viene aquí ahora, después de todo este tiempo, después de todo este silencio, no es para salvarme.

Nunca lo es.

19 - Nico

—¿Cómo me veo? —Me busca con la mirada en el reflejo, intentando mostrar su sonrisa pícara—. ¿Inocente? ¿Acusada injustamente? ¿Definitivamente no desfalcando el negocio familiar?

El chiste no funciona. Ella lo sabe. Yo lo sé. El vestido blanco es un escudo, pero nada puede ocultar el terror en sus ojos color miel.

—Pareces alguien que está a punto de enfrentar algo difícil.

Dejo a un lado el expediente que he estado revisando. Gabriel Delgado, veintiocho años, huyó al seminario a los veinte, ordenado cinco años después. El expediente está limpio. Demasiado limpio. Los hombres no huyen hacia Dios sin que los demonios los muerdan en los talones.

—Algo difícil —se ríe, pero la risa se le quiebra en los bordes—. Esa es una forma de describir ver a mi hermano por primera vez en ocho años.

Me acerco a ella y apoyo las manos en sus hombros. Los músculos debajo están rígidos por la tensión. Incluso a través de la fina tela, puedo sentir su pulso acelerado. Mi cuerpo responde a su proximidad, siempre lo hace ahora, pero bloqueo esa sensación. Ella necesita estabilidad, no deseo.

—No tienes que hacer esto. Podemos verlo en otro momento. O nunca.

Ella niega con la cabeza, apoyándose en mi contacto por un solo instante antes de erguirse. —Si no lo enfrento ahora, no lo haré jamás. Y con todo lo que está pasando… —Su voz se apaga.

La evaluación táctica se activa automáticamente: terreno neutral seleccionado. El vestíbulo del hotel Setai, lo suficientemente público para la seguridad, lo suficientemente privado para la conversación. Múltiples salidas, seguridad mínima, extracción fácil si fuera necesario. Ella insistió en un lugar que no fuera su penthouse (demasiado íntimo), ni la propiedad familiar (absolutamente no), ni

el club (demasiado cargado de recuerdos). Decisiones inteligentes para alguien que afirma no pensar tácticamente.

—Deberíamos irnos —dice ella, apartándose del espejo—. Quiero llegar primero. Controlar el terreno, ¿verdad? Eso es lo que siempre dices tú.

No le señalo que ha estado prestando atención a mis protocolos de seguridad. No menciono que sus manos todavía tiemblan mientras busca su bolso. Solo la sigo hasta la puerta, observando cómo se mantiene entera por pura fuerza de voluntad.

El trayecto hasta el hotel transcurre en silencio, salvo por el rebote de su rodilla contra el asiento de cuero. Estiro el brazo y cubro su rodilla con mi mano hasta que se aquieta. El toque pretende ser calmante, pero el calor me recorre ante el contacto. Su piel está tibia a través de la tela delgada, y tengo que obligarme a no acariciar su muslo con el pulgar.

—Es solo tu hermano —digo.

—No —responde ella, mirando por la ventana cómo desfila Miami ante nosotros—. Él nunca ha sido «solo» nada.

El aire acondicionado del Setai libra una batalla perdida contra la humedad de Miami que se filtra por las puertas de cristal cada vez que se abren. El cloro de la zona de la piscina se mezcla con el café cubano de la barra. Afuera, el tráfico de South Beach avanza a paso de tortuga. Lamborghinis y Ubers por igual.

Nos ubico en una mesa de esquina. Líneas de visión hacia ambas entradas, espalda contra la pared, dos salidas a menos de seis metros. Marisol se aferra a una taza de la que no beberá, revisando su teléfono cada treinta segundos.

—Llega tarde —dice.

—Tres minutos.

—Se supone que los sacerdotes son puntuales. Es, no sé, una virtud o algo así.

Estoy a punto de responder cuando lo veo.

Gabriel Delgado cruza las puertas del vestíbulo, y mi evaluación de amenazas se dispara de inmediato. Cuello clerical, ropa negra, manos entrelazadas frente a él; todo deliberadamente inofensivo. Pero hay algo debajo de esa serenidad ensayada. La forma en que se mueve, controlado y alerta. La ligera tensión en sus hombros. Un soldado reconociendo a otro, aunque uno vista sotana en lugar de kevlar.

Cada mujer por la que pasa se da vuelta para mirarlo. El conserje se detiene incluso a mitad de una frase. Dos mujeres en la barra abandonan su conversación por completo. Puedo ver por qué. El sacerdote es alto, de hombros anchos, presencia imponente, mandíbula fuerte y un cabello oscuro que pondría celoso al mismísimo Dios. Gabriel o no se da cuenta o se ha entrenado para no reaccionar. Ambas opciones me interesan tácticamente.

—Mari. —Se detiene a un metro de nuestra mesa. No lo suficientemente cerca para un abrazo, ni lo suficientemente lejos para ser frío. Distancia calculada.

—Gabriel. —Ella se pone de pie pero no se mueve hacia él.

Ocho años de silencio comprimidos en dos nombres. El aire entre ellos prácticamente vibra con las cosas no dichas.

Su atención se desplaza hacia mí, y la evaluación es rápida, profesional. Ha hecho esto antes, calibrar amenazas. Sus ojos castaños oscuros son intensos a pesar de la calma sacerdotal. —Usted debe ser de la seguridad de los Rosetti que envió Marco.

No le ofrezco la mano. —Nico.

—Padre Gabriel Delgado. —El título es deliberado, una combinación de escudo y espada.

—Él sabe quién eres —dice Marisol, con voz cortante.

Nos sentamos. La conversación que sigue es como ver a gente bailar alrededor de minas terrestres. Gabriel pregunta sobre las acusaciones de desfalco con cuidado, como si estuviera sonsacando una confesión. Las respuestas de Marisol son defensivas, cortas. Dan vueltas alrededor de la verdadera conversación sin tocarla jamás. La noche que lo envió a él hacia Dios y a ella hacia las botellas.

——Los artículos son mentiras —dice Gabriel—. Lo sé.

—¿Ah, sí? No has sabido nada de mi vida en ocho años.

—Eso no es… —Se detiene, traga saliva—. Me merecía eso.

—Te mereces algo peor.

Entonces Marisol menciona a César. —Mi tío César ha estado ayudando. Ha estado presente en todo esto, con papá enfermo y todo desmoronándose.

La reacción es inmediata y violenta, aunque no creo que Marisol la capte. El rostro de Gabriel mantiene una compostura sacerdotal perfecta, pero sus manos lo delatan por completo. Los dedos presionan la mesa con tal fuerza que los nudillos se le ponen blancos; los tendones resaltan como cuerdas. Algo peligroso brilla tras esos

ojos sagrados antes de que logre bloquearlo. Esto no es un simple desagrado. Es una rabia específica, apenas controlada.

—Cesar. —Su voz alcanza una neutralidad perfecta, y veo que es un hombre que se oculta del mundo—. Sí. Él estaría… involucrado.

Marisol no nota la pausa, ni la forma en que él tiene que buscar una palabra neutral. Ella mira su cara, no sus manos. Pero yo anoto cada microexpresión, cada señal. Gabriel Delgado sabe algo sobre César Vega. Algo que hace que un hombre de Dios contemple la violencia.

—¿Puedo hablar contigo a solas, Mari? —La petición de Gabriel es suave, pero hay urgencia debajo—. Solo cinco minutos.

Mi instinto dice que no. Cada protocolo táctico grita contra la idea de dejarla vulnerable. Pero Marisol asiente, con algo desesperado en los ojos.

—Cinco minutos —acepta ella.

Me traslado a la barra, lo suficientemente cerca para mantener contacto visual pero lo bastante lejos para que sus palabras se conviertan en murmullos. El camarero intenta entablar conversación, algo sobre el clima, el brillo habitual de Miami. Lo ignoro, con la atención fija en los hermanos.

Gabriel estira el brazo sobre la mesa, toma la mano de ella entre las suyas. Ella se sobresalta pero no la retira. Él habla en voz baja, con urgencia, inclinándose hacia adelante con una intensidad que resquebraja su compostura sacerdotal. Ella niega con la cabeza. Una, dos veces, siendo más enfática con cada negativa.

Los ojos de ella se llenan de lágrimas que se niega a dejar caer. La mandíbula de él se tensa como si estuviera luchando contra palabras que quieren escapar. Por un momento, solo un suspiro, veo quiénes solían ser. El hijo dorado y la hija rebelde, antes de que la muerte y los secretos los destrozaran.

Entonces ella se aparta. No solo su mano, sino todo su cuerpo, creando una distancia que bien podría ser un océano. El muro vuelve a levantarse, reforzado con ocho años de práctica.

Cuando regreso, la conversación ya ha terminado. Sea lo que sea que Gabriel intentaba decir, ella lo ha cortado por completo. Él se pone de pie con los movimientos cuidadosos de alguien que teme romper algo.

—Me quedaré en Miami —dice él—. En la iglesia de San Agustín. Por si me necesitas.

—Te he necesitado durante ocho años. No estuviste ahí.

Las palabras impactan como balas. Gabriel las absorbe, asiente con algo que podría ser aceptación o resignación.

—Lo sé. Estoy aquí ahora.

—¿Ah, sí? ¿O solo estás de visita hasta que las cosas se pongan difíciles de nuevo?

Él no responde, lo cual nos lo dice todo a ambos. En la puerta, se gira, encuentra mis ojos por encima de la cabeza de Marisol. La mirada es compleja. Advertencia, pregunta, reconocimiento. Sea lo que sea que sepa sobre César, sea lo que sea que no esté diciendo, confía en que yo la protegeré de ello.

El sacerdote se aleja, pero reconozco el andar de un depredador bajo el paso pausado del hombre santo. Sea lo que sea que Gabriel Delgado hiciera antes de encontrar a Dios, requirió las mismas habilidades que yo uso. La misma capacidad para la violencia.

Y entonces se va, dejando a tres mujeres más observando su salida mientras Marisol permanece congelada, ocho años tarde para que nada de esto importe.

De vuelta en el auto, su mano busca la mía sobre la consola. El toque es inocente, pero la reacción de mi cuerpo no lo es. Incluso después de todo lo que hemos compartido, su piel contra la mía me envía una descarga de calor. Debería apartarme. En cambio, entrelazo nuestros dedos, sintiendo su pulso acelerado contra mi palma.

Ella no habla durante los primeros diez minutos del viaje de regreso. Los cuento. Seiscientos segundos de silencio mientras su respiración se ralentiza gradualmente, pasando de estar lista para el combate a estar agotada. Minuto siete: una inhalación profunda como si fuera a hablar. Minuto ocho: su mano se relaja en la mía. Minuto diez: se quiebra.

—Se veía bien —dice finalmente—. Para ser alguien que abandonó a su familia.

—Parecía alguien que cargaba con un peso.

—Todos cargamos con un peso. Él no merece un reconocimiento especial por eso.

—No estoy reconociéndole nada.

—Entonces, ¿qué estás haciendo?

—Observo. —Tomo el giro hacia su edificio—. Reaccionó cuando mencionaste a César. Sus manos lo delataron.

Ella se gira para mirarme de lleno. —Gabriel no recurre a la violencia. Por eso huyó a la iglesia.

No digo nada, pero pienso en esos nudillos blancos, en ese destello de algo peligroso rápidamente reprimido. Todo el mundo recurre a la violencia. Algunas personas simplemente la visten con ropas diferentes.

Mi teléfono vibra. Un mensaje de Logan. El texto está codificado, pero es claro. César está moviendo dinero a través de empresas fantasma. El tipo de gimnasia financiera que ocurre antes de que alguien haga una jugada de poder. O encargue un asesinato. Podría ser su procedimiento operativo estándar. Podría ser algo diferente.

Al llegar al penthouse, ella camina directo al baño y la cerradura hace clic con finalidad. La ducha comienza inmediatamente. Espero en la sala, revisando mi teléfono otra vez. Esta vez no es Gunner. Es un número desconocido. El mensaje es solo una foto: Marisol entrando hoy al hotel, tomada desde el otro lado de la calle. Alguien está vigilando. Alguien quiere que yo sepa que están vigilando.

Pasan veinte minutos antes de que ella emerja, con los ojos enrojecidos pero el rostro cuidadosamente compuesto.

—Dijo que se mantuvo alejado para protegerme. —Su voz es plana, sin emoción—. Que verme solo me recordaría esa noche. Que pensó que yo podría seguir adelante si él no estaba allí para ser un recordatorio constante.

—¿Le crees?

—Tal vez. Gabriel puede justificar cualquier cosa si la plantea como un sacrificio. Es su superpoder. Convertir el abandono en nobleza.

Llega hasta el sofá antes de que broten las lágrimas. No son sollozos, solo hilos silenciosos que bajan por sus mejillas; ocho años de dolor abriéndose paso. No pido permiso, solo me siento a su lado y la atraigo contra mi pecho. La sostengo bien, rodeando con mis brazos su cuerpo tembloroso mientras ella lucha con la contradicción imposible de amar y odiar a la misma persona.

Está llorando contra mi pecho, y soy el peor tipo de bastardo porque incluso ahora, mientras ella se desmorona, noto cómo su cuerpo encaja con el mío. El calor de su aliento a través de mi camisa. La forma en que su pierna presiona contra mi muslo. Me muevo ligeramente, esperando que no note la respuesta traicionera de mi cuerpo ante su proximidad.

—Es mi hermano —dice contra mi hombro, y sus lágrimas empapan mi camisa—. Lo odio y lo amo y no sé cómo existir en la misma ciudad sin querer gritar.

—No tienes que resolverlo hoy.

—¿Y si nunca lo resuelvo?

—Entonces no lo haces. —Continúo sosteniéndola, con una mano recorriendo su cabello en caricias suaves destinadas a calmarla—. Algunas cosas no se resuelven. Solo aprendes a cargarlas de otra manera.

Se aparta lo suficiente para mirarme. —¿Eso fue lo que hiciste con tu hermana?

El nombre Sofia se forma en mi mente pero no puedo pronunciarlo. Ella también me dejó. El dolor continúa incluso cuando sostengo a otra mujer rota. Pero el filo agudo se ha mitigado.

—Estoy aprendiendo.

Ella estudia mi rostro por un largo momento, luego se acomoda de nuevo contra mi pecho. —Al menos tú estás aquí.

——Estoy aquí —le digo, con la palabra «siempre» atascada en mi garganta. No puedo hacer promesas que no sé cómo cumplir.

Se queda dormida contra mí a los pocos minutos; el agotamiento emocional finalmente gana la partida. Su respiración se nivela, cálida contra mi cuello, con una mano aferrada a mi camisa como si temiera que yo fuera a desaparecer si me soltaba.

Debería llevarla a la cama. Debería establecer límites adecuados, mantener la distancia profesional. En lugar de eso, me quedo perfectamente quieto, dejando que descanse.

20 - Marisol

Me despierto en el sofá envuelta en Nico, con nuestras extremidades enredadas y el sol de la tarde entrando a raudales por las ventanas. Respira profunda y rítmicamente, y me doy cuenta de que, por una vez, lo he sorprendido durmiendo de verdad. Empezaba a pensar que este hombre nunca descansaba.

Incluso cuando me safo del nudo de nuestros cuerpos, él no se despierta. Solo se agita, murmura algo ininteligible y luego se acomoda más profundamente en el sofá.

Se ve tan tranquilo. Daría todo lo que poseo por una noche de sueño sin sueños. Bueno, excepto mis Manolo Blahnik azul bebé; esos valen toda una vida de pesadillas.

Tengo muchas de esas. Pesadillas. La más reciente, la mirada de lástima en los ojos de mi hermano, la sangre empapando sus túnicas sacerdotales y manchando sus manos de rojo, y ahora las paredes del penthouse se cierran como si quisieran asfixiarme mientras Nico duerme tan dulcemente que me dan ganas de gritar.

El sol de la tarde resplandece a través de los ventanales del piso al techo, volviéndolo todo dorado y despiadado.

No estoy bien. Estoy al polo opuesto de estar bien. Siento la piel demasiado tensa, como si fuera a reventar por las costuras, mis pensamientos están demasiado ruidosos, y si tengo que sentarme en esta hermosa prisión un minuto más fingiendo que Gabriel no rompió algo dentro de mí, voy a gritar hasta que los cristales tiemblen.

Necesito aire. Agarro mi bolso de la barra, con los dedos temblándome ligeramente.

Escapo antes de que sus instintos protectores lo despierten, antes de que ese cerebro táctico calcule todas las formas en que Miami podría tragárseme entera. El ascensor se siente como una descompresión, liberándome del peso de su hermosa y terrible preocupación.

A tres cuadras de distancia, detengo un taxi, con el pulso acelerado. Le doy al conductor una dirección que saco de mis recuerdos de infancia, un lugar lejos del lujo del penthouse, lejos de la jaula de oro de La Sirena, lejos de cualquiera que sepa mi nombre o mis desastres.

—A la Pequeña Habana —le digo—. A la Calle Ocho.

Mi madre solía traerme aquí antes de que el cáncer le robara la voz, antes de que todo se volviera cenizas. Mañanas de sábado comprando mangos a vendedores que la llamaban «la italiana bonita», que me pasaban fruta extra con guiños y sonrisas. Esa era la vida de otra persona, la madre de otra persona, la felicidad de otra persona.

El taxi me deja en una esquina que se ve exactamente igual a como se veía hace veinte años. El calor golpea mi piel, húmedo, pesado, nada parecido a la perfección del clima controlado de mi penthouse. Camino hasta encontrar lo que busco: un bar que el tiempo olvidó, estrecho y oscuro, con luces de Navidad colgadas todo el año y el chasquido seco de los dominós proveniente de la habitación trasera.

Adentro, el aire es lo suficientemente espeso como para masticarlo, décadas de humo de cigarrillo que se han vuelto parte de las paredes. Una televisión transmite telenovelas con el volumen demasiado bajo como para que importe. Hay fotos cubriendo cada superficie: la Habana prerrevolucionaria, botes de pesca, la abuela de alguien vestida de encaje blanco. Los clientes habituales parecen tallados en madera y cuero, accesorios permanentes discutiendo en un español rápido sobre béisbol.

El cantinero mira mi vestido de diseñador, de seda blanca suave que se aferra a mis curvas, y no dice nada. En la Pequeña Habana, uno aprende a no hacer preguntas.

—Ron —digo, deslizándome en un taburete de vinilo agrietado que probablemente es más viejo que yo. Nada de champán. Nada de las copas de cristal de Dom Pérignon en las que me ahogo en mi propio club. Solo ron, oscuro y barato, como el que mi madre bebía cuando pensaba que yo no estaba mirando.

Él sirve sin comentarios, desliza el vaso sobre la madera cicatrizada. La condensación se forma de inmediato por la humedad, acumulándose en la base como lágrimas. Me quedo mirándolo por un largo momento.

Me estaba yendo tan bien. Cuatro días desde lo del yate, cuatro días de sentirlo todo nítido y claro en lugar de borroso en los bordes. Nico hizo que quisiera estar presente, me hizo sentir que tal vez valía la pena experimentarme a mí misma sin asistencia química. Pero la cara de Gabriel, mi padre muriendo poco a poco, alguien tratando de destruirme a través de titulares y mentiras… las paredes se están cerrando y necesito no sentir esto por solo una hora.

Bebo.

El ron quema de forma familiar, incorrecta y perfecta a la vez, como saludar a un viejo amante que sabes que te hará daño. El alivio me inunda, seguido inmediatamente por la derrota. Aquí estoy de nuevo. Marisol Delgado, cumpliendo con cada expectativa negativa. Sola en un bar oscuro donde nadie sabe mi nombre, tratando de desaparecer.

El segundo baja más fácil. Observo el juego de dominó, escucho el español bañándome. Aquí soy invisible. Anónima. Solo otra mujer bebiendo sola a las cinco y media de la tarde; sin fotógrafos, sin miradas de decepción, sin nadie que rastree mis fracasos.

Estoy alcanzando mi teléfono para apagarlo por completo cuando la puerta se abre y el aire cambia.

César Vega entra en el bar como si fuera el dueño, como si fuera el dueño de cada habitación en la que entra.

Mi primera reacción es de puro calor que me inunda. El tío César, aquí cuando más necesito a alguien, encontrándome como siempre lo hace cuando me estoy ahogando. Mi segunda reacción, un susurro por debajo que trato de ignorar: ¿Cómo supo que estaba aquí?

No. Basta. Es solo una coincidencia. Miami es más pequeño de lo que la gente cree, nuestros círculos se entrelazan. Tiene que ser una coincidencia.

—Mari —se desliza en el taburete junto al mío, y su costosa colonia, algo francés y pesado, choca con las décadas acumuladas de humo y cerveza derramada del bar. Su traje está perfectamente planchado a pesar de la humedad—. ¿Qué haces en este lugar? He estado preocupado de muerte.

Pide algo local sin mirar el menú. Conoce bares como este, sabe exactamente qué pedir para encajar sin esforzarse demasiado. Por supuesto que sí. César conoce cada nivel de esta ciudad, desde los penthouses hasta estos rincones olvidados.

—Los artículos sobre ti —continúa, apoyando su mano en mi hombro. Su palma se siente cálida a través de la fina tela de mi vestido—. El regreso de tu hermano, visitar a Gabriel después de todos estos años. El declive de tu padre. Es demasiado para que mi hermosa niña lo maneje sola. No deberías estar sola con todo este peso.—

Los términos cariñosos brotan de su boca: *cariña*, *pobrecita*, cuando me estremezco ligeramente ante su agarre. Palabras en español que antes significaban seguridad ahora suenan diferentes, como nombres para una mascota que actúa bajo pedido. Su mano en mi hombro se siente más pesada de lo que debería, y cuando me alejo un poco, él me sigue, manteniendo el contacto como si tuviera derecho a ello. Siempre tocando. Mi hombro, mi brazo, mi cara. ¿Siempre ha hecho esto?

No. No pienses así. Es el tío César. Él te sostuvo cuando murió tu madre.

—¿Dónde está tu guardián? —pregunta César, y algo en la forma en que lo dice hace que mi piel se erice—. ¿El soldado Rosetti?

—Necesitaba espacio.—

—Ah. —Asiente como si esto tuviera perfecto sentido, toma un sorbo de su bebida. Sus dedos tamborilean una vez sobre la barra—. ¿Él no sabe dónde estás?—

La pregunta cae mal, demasiado interesada, demasiado específica. Tomo otro sorbo de ron para evitar responder de inmediato.

Unos minutos después: —Tu protección, este Nico. ¿Te deja andar sola? Eso parece… descuidado.

Está pescando información. La comprensión me golpea con frialdad a pesar del calor del ron. ¿Por qué necesita saber dónde está Nico?

—Alguien ha estado investigando las filtraciones a los medios —digo, observando su reflejo en el espejo detrás de la barra—. Intentando encontrar la fuente de todas estas mentiras sobre mí.—

Su expresión no cambia, pero algo parpadea en sus ojos. Rápido, controlado, pero está ahí, como ver a alguien darse cuenta de que está perdiendo un juego que creía tener ganado.

—No deberías preocuparte por esas cosas —dice con suavidad, sus dedos presionando con más fuerza mi hombro, casi llegando a ser doloroso—. Déjame manejar la investigación. Yo me encargaré,

me aseguraré de que la verdad salga a la luz. Ya tienes suficientes cargas, cariña.—

Encargarme. Manejarlo. Las frases se sienten como puertas cerrándose, como si me estuvieran gestionando en lugar de ayudándome.

—Papá siempre ha confiado en usted —digo, probando el terreno. —

Su mandíbula se tensa casi imperceptiblemente. —Su padre construyó un imperio basado en la confianza. Cuando decidió expandirse a Miami. Cuando eligió esta vida para su familia.

Cada referencia en tiempo pasado, como si mi padre ya estuviera bajo tierra, ya lo hubieran llorado y la herencia ya estuviera repartida.

Su mano se mueve de mi hombro a mi mejilla, su pulgar acaricia mi mandíbula en lo que debería ser afecto paternal. Pero su toque se demora demasiado, posesivo de una manera que me revuelve el estómago. ¿Cuándo empezaron sus toques a sentirse como propiedad? Siempre ha hecho esto, me doy cuenta con un terror creciente. Siempre ha tenido sus manos sobre mí: mi hombro, mi cara, mi cintura cuando me guía a través de las puertas. Pequeñas reclamaciones de territorio que nunca cuestioné porque estaba demasiado borracha, demasiado perdida en mi propio caos como para notar patrones.

—Sabes —dice, inclinándose lo suficiente para que pueda oler el ron en su aliento—, después de que todo se solucione, después de que el polvo se asiente tras la partida de tu padre, necesitarás guía. Alguien que te ayude a navegar la transición. Los buitres rondarán, entiendes. La familia Zayas especialmente. Necesitarás a alguien en quien confíes para proteger tus intereses.—

—¿Cómo usted?—

—¿Quién más, cariña? —Su pulgar sigue en mi cara, y tengo que obligarme a no apartarme bruscamente, a no mostrarle que estoy viendo a través de la máscara de tío algo más—. He estado aquí desde antes de que nacieras. Te sostuve en tu bautismo. Conozco todo sobre esta familia. Cada secreto. Cada debilidad.—

Cada secreto. La forma en que lo dice me hiela la sangre. La Calypso Room. El cuerpo. El colapso de Gabriel. Él sabe lo de esa noche. Él envió al que arregla las cosas, organizó el encubrimiento.

Siempre lo ha sabido, siempre ha tenido ese cuchillo en nuestras gargantas disfrazado de protección.

La pregunta vuelve a circular, más fuerte ahora, imposible de ignorar: ¿Cómo me encontró aquí?

Elegí este bar al azar. Un vecindario que no he visitado en años. Un lugar donde Marisol Delgado, la heredera desastrosa empapada en champán, nunca iría.

Y César entró veinte minutos después de que me sentara.

La puerta se abre de nuevo. El cambio en la presión del aire parece anunciarlo antes de que me gire.

Nico llena el marco de la puerta como violencia apenas contenida en forma humana.

Por supuesto que me encontró. Ese es su trabajo, su naturaleza, su promesa a mi padre. No me sorprende que Nico me haya rastreado. Lo espero, cuento con ello incluso cuando huyo de su protección. Es lo que somos el uno para el otro ahora.

Pero me sorprende, no, me perturba que César llegara primero.

Algo pasa entre los dos hombres de inmediato. El tipo de reconocimiento que hace que los jugadores de dominó en el fondo se detengan a mitad del juego, sintiendo la violencia entre ellos. El aire mismo parece espesarse. La mano de Nico se desvía hacia donde estaría su arma, ese movimiento inconsciente que significa que está calculando qué tan rápido podría matar a todos en esta habitación si fuera necesario.

—Señor Rosetti —dice César con fluidez, su calidez nunca flaquea, pero se afila en algo con bordes—. Nunca deja de estar de servicio, ¿verdad? Qué dedicación. Jorge eligió bien.

Nico no responde con palabras. Sus ojos me encuentran primero, captando mi estado: el vaso en mi mano, el vacío a mi lado, el ligero vidriado que dice que estoy a dos tragos de la insensibilidad. Luego esos ojos color avellana cambian, y veo algo peligroso destellar en ellos. No es decepción hacia mí. Es algo más oscuro, posesivo, dirigido a la mano de César que aún toca mi cara.

Dejo el vaso y me aparto del toque de César en el mismo movimiento.

El teléfono de César suena con una sincronización tan perfecta que parece ensayada. Lo mira, suspira con pesar. —Negocios, siempre negocios. Estas transiciones requieren una gestión tan

cuidadosa. —La palabra 'transiciones' queda suspendida en el aire como una amenaza—. Me temo que tengo que irme.—

Se levanta, se inclina para besarme la frente. Sus labios están secos, más fríos de lo que deberían estar, y tengo que luchar para no estremecerme. —Cuídate. Sabes que me preocupo. Quizás no deberías andar sola por ahí. Miami puede ser… peligroso para una mujer en tu posición.—

La amenaza está envuelta en seda pero es inconfundible.

En la puerta, se detiene. Nos mira: a mí en mi taburete con el ron que nunca terminaré, a Nico haciendo guardia como si estuviera listo para destrozar el mundo para mantenerme a salvo. Algo cruza el rostro de César, una expresión que finalmente reconozco. Cálculo. Evaluación. Un jugador de ajedrez viendo el tablero con claridad.

Luego se va, dejando que su colonia flote en el aire como un veneno que he estado respirando durante veinte años.

Nico se mueve con precisión controlada, toma el taburete vacío de César. Su muslo roza el mío al acomodarse, e incluso a través de mi horror por lo que empiezo a entender, mi cuerpo responde a su proximidad. No pide nada. No menciona el ron. Solo se queda sentado allí, irradiando esa tensión particular de quien está cansado de custodiar mi desastre de vida.

—Tengo pruebas sobre César —dice en voz baja. Sin preámbulos, sin introducciones suaves. Solo Nico siendo Nico, directo como una bala apuntando a la verdad.—

Su mano roza la mía mientras saca su teléfono, y ese simple contacto me estabiliza más de lo que el ron podría haberlo hecho. Empieza a mostrarme evidencia, cada pieza expuesta con precisión militar. Documentos financieros. Mensajes de texto. Fotos. Sin emoción en su voz, solo hechos organizados como armas.

—El medio que publicó la historia de la malversación ha recibido pagos de una empresa conectada a las operaciones de César. Tres transferencias durante el último mes, que comenzaron justo antes de que apareciera el primer artículo sobre ti.

Se me revuelve el estómago, la bilis sube para competir con el ron. Pero me obligo a mirar, a ver.

—Gunner ha estado rastreando algo más. El sobrino de César ha estado preguntando por ti. Tus horarios, tus hábitos, a dónde vas, a quién ves. Empezó hace tres semanas, justo cuando comenzaron los ataques mediáticos.—

Cada palabra cae como hielo en mi pecho a pesar del calor de Miami que se filtra a través del aire acondicionado insuficiente del bar.

—La cronología. —Muestra un documento, fechas y conexiones trazadas con la misma precisión que aplica a todo—. Cada filtración contenía información que solo alguien de tu círculo íntimo sabría. Detalles sobre la muerte de tu madre, fechas y lugares específicos, cosas que solo le dijiste a la familia.—

Quiero discutir. Quiero encontrar lagunas en su lógica. Mi mente busca excusas: tal vez César estaba tratando de protegerme, tal vez los pagos eran por otra cosa, tal vez, tal vez, tal vez. Pero las pruebas siguen llegando, implacables como las olas del mar.

—Las fotos del yate. El fotógrafo ha trabajado para una empresa que Cesar usa para vigilancia.—

—Eso es... —Me detengo. ¿Una coincidencia? ¿Cuántas coincidencias antes de que se conviertan en un patrón? ¿Antes de que se conviertan en una traición de dos décadas en proceso?—

—Tu teléfono —continúa Nico, y ahora su mano sí cubre la mía, cálida, sólida y real—. Lo rastreo porque ese es mi trabajo. Tú lo sabes. Pero alguien más te ha estado rastreando también. Los datos muestran puntos de acceso duales. Alguien más ha estado siguiendo tus movimientos.—

—Cesar —digo.—

—Él te está rastreando —dice Nico con sencillez, sus dedos apretando los míos de forma protectora—. Probablemente lo ha estado haciendo por un tiempo. Nunca te diste cuenta porque...—

—Porque estaba demasiado borracha para notar nada. —Las palabras saben a vómito.—

Todas esas noches. Todas esas fiestas donde Cesar aparecía como por arte de magia, siempre sabiendo dónde encontrarme, siempre allí para «cuidar de» su sobrina con problemas. Pensé que era protector. Cariñoso. Una figura paterna cuando mi propio padre apenas podía mirarme sin que la decepción nublara sus ojos.

¿Pero rastrearme? ¿Seguir mis movimientos como si fuera un activo que debe ser gestionado, controlado y eventualmente liquidado?

Toda mi vida. Me tiemblan las manos mientras el peso de todo se desploma sobre mí. Toda una vida con el tío Cesar llevándome sobre sus hombros en las fiestas familiares, enseñándome a bailar salsa en

la cocina de mi madre mientras ella cantaba, sosteniéndome en su funeral mientras yo sollozaba en su Armani. Toda una vida de confianza construida desde antes de que supiera caminar.

—Tal vez haya una explicación —intento desesperadamente, pero incluso yo noto lo vacío que suena—. Tal vez está tratando de protegerme a su manera. Tal vez cree que está ayudando.—

—Tal vez. —Nico no discute, solo espera con esa paciencia que ha aprendido, sabiendo que necesito llegar a esta conclusión por mí misma o la combatiré para siempre.—

Miro el ron frente a mí. Sigue ahí, intacto desde que llegó Nico. El líquido ambarino capta la tenue luz del bar, prometiendo ese borrón familiar que siempre ha sido mi escape cuando la realidad corta demasiado profundo. Pero si lo bebo ahora, perderé la nitidez de esta verdad que finalmente estoy viendo. Y necesito ver con claridad ahora. Necesito estar presente para esta traición.

Empujo el vaso, deslizándolo por la barra cicatrizada con determinación final.

—Muéstrame todo —digo, con la voz más firme que mis manos—. Cada pieza de evidencia que tengas. Cada conexión. Cada prueba de que el hombre que ayudó a criarme ha estado planeando destruirme. —

Salimos del bar a la tarde de Miami, y el mundo se ve exactamente igual: palmeras balanceándose en la brisa salada, calor subiendo del pavimento en ondas que distorsionan el aire, el sonido del merengue de la radio de alguien mezclándose con el tráfico distante. Pero nada es igual en absoluto. La humedad presiona mi piel como algo vivo, y me pregunto si alguna vez volveré a sentirme limpia.

Nico se mantiene cerca pero no me toca, percibiendo cuándo el contacto me destrozaría en lugar de estabilizarme. La evidencia se asienta como veneno en mi estómago: todos esos hilos financieros, esas conexiones, esas filtraciones perfectamente calculadas que solo podrían provenir de alguien que conocía los secretos más profundos de nuestra familia.

¿Y si cada abrazo fue para obtener información? ¿Cada preocupación un cálculo? ¿Cada oferta de «ayuda» realmente significaba apretar el nudo?

La peor parte me quema como ácido en la garganta: yo lo ayudé. Cada vez que me emborrachaba demasiado para notar detalles, cada

vez que estaba demasiado drogada para cuestionar las coincidencias. Le hice el trabajo fácil siendo exactamente el desastre al que él podía señalar para decir: «¿Ven? No es apta. Alguien tiene que gestionar las cosas cuando Jorge muera».—

—Si tienes razón —le digo a Nico mientras llegamos a la esquina donde aparcó, mi voz ahora más fuerte, la furia empezando a reemplazar al impacto—, si Cesar ha estado sosteniendo un cuchillo a sus espaldas todos estos años, fingiendo amarme mientras planeaba destriparme en el momento en que mi padre exhale su último aliento…—

Me detengo, me giro para enfrentarlo bajo el sol abrasador. Sus ojos color avellana están firmes, pacientes, esperando a que termine de transformarme de víctima en algo más.

—Entonces que Dios ayude a Cesar Vega —digo, y lo digo en serio con cada átomo de mi cuerpo—. Porque ya terminé de esconderme en botellas, pastillas y fiestas mientras la gente en la que confío me destruye. Si Cesar quiere jugar a este juego, entonces juguemos.—

21 - Nico

La propiedad de los Delgado parece un palacio y se siente como un mausoleo. El dinero puede comprarlo todo excepto más tiempo, y el tiempo de Jorge Delgado se agota más rápido de lo que los equipos médicos del piso de arriba pueden retrasar.

Cruzamos las puertas en el auto de Marisol e inmediatamente noto las amenazas. Una mansión mediterránea que se extiende por terrenos impecables que requieren una docena de empleados para su mantenimiento. Palmeras reales bordeando el camino que Marisol me dijo que su madre plantó hace décadas, cuando esto era un hogar en lugar de una fortaleza. Cámaras de seguridad en todos los ángulos, ninguna de ellas original de la arquitectura. Adiciones de Cesar, según mi investigación. El viejo nunca las necesitó. Nunca pensó que su mano derecha se convertiría en el cuchillo en su garganta.

—Eso es nuevo —dice Marisol, señalando otra cámara. Su voz denota agotamiento bajo un tono observador—. Y esa también. ¿Cuándo hizo él...? —Se interrumpe, respondiendo a su propia pregunta. Cuando su padre se enfermó demasiado como para notarlo. Cuando Cesar comenzó su lenta toma de posesión.

Su auto está en la entrada circular como si le perteneciera. Un Mercedes plateado, impecable a pesar de la humedad de Miami. Por supuesto que está aquí. Prácticamente vive aquí ahora; todo está a su nombre excepto la escritura. Mi mano se desliza hacia donde está mi Glock, ese peso familiar que es un consuelo al caminar por territorio enemigo.

El personal nos recibe en la puerta e inmediatamente detecto su energía nerviosa. Los ojos de la ama de llaves pasan volando de Marisol hacia mí, y luego se desvían. El jardinero que poda las rosas mantiene su distancia. Tienen miedo, pero no de Marisol. La conocen desde que nació. Tienen miedo de algo más. De alguien más.

—Señorita Delgado —dice la ama de llaves, retorciéndose las manos—. Su padre está... está teniendo una mañana difícil.

Marisol se pone rígida a mi lado. Lista para la batalla, pero he visto a soldados entrar en peleas que no pueden ganar, y ella tiene esa misma mirada. No es esperanza de una confesión, ya superó eso después de nuestros descubrimientos, sino la determinación de llegar hasta el final, de enfrentar cualquier manipulación que venga a continuación.

Subimos las escaleras hacia el ala médica. La suite principal de Jorge convertida en un hospicio. Ante su puerta, ella se detiene.

—Espera aquí —dice.

—No. —La palabra sale más ruda de lo que pretendía, mi cuerpo ya posicionándose entre ella y cualquier amenaza potencial.

—Nico, es mi padre. No quiero que vea… —Ella hace un gesto hacia mí, hacia lo que represento—. Dice algo. Sobre en qué se ha convertido mi vida.

—No me importa lo que diga. No voy a dejar que te pierdas de mi vista. No aquí. No con Cesar en algún lugar de esta casa. —La idea de que él esté cerca de ella sin que yo esté presente hace que mi mandíbula se tense lo suficiente como para que me duela.

Parece dispuesta a discutir, con la mandíbula firme y los ojos color miel destellando con ese desafío que me hace querer presionarla contra la pared y recordarle quién protege a quién. Luego, la pelea se drena de ella. Está demasiado cansada para luchar en dos frentes.

—Está bien. Pero déjame hablar con él a solas. Quédate junto a la puerta.

—Lo suficientemente cerca para intervenir si es necesario.

Ella casi sonríe ante eso—. ¿Crees que mi padre moribundo me va a atacar?

—Creo que esta casa tiene demasiadas amenazas como para contarlas.

El olor golpea primero. Antiséptico librando una batalla perdida contra algo peor: el aroma de un cuerpo que se apaga a pesar de la fortuna que se gasta para mantenerlo en funcionamiento. El equipo médico abarrota la habitación, máquinas pitando, goteos de suero alimentando con medicamentos venas que ya apenas los aceptan. El olor me trae recuerdos de Afganistán. Hospitales de campaña, hombres muriendo lentamente.

Jorge Delgado yace en lo que solía ser su cama, ahora un equipo de hospital con barandillas y monitores. La enfermedad lo ha dejado

hueco desde que lo vi hace semanas. Donde antes sus ojos mostraban un cálculo agudo a pesar de la enfermedad, ahora hay un parpadeo. Momentos de claridad entre tramos más largos de neblina. Una enfermera privada se sienta en la esquina, fingiendo no existir mientras escucha absolutamente todo.

Sus ojos se abren y encuentran a su hija. Por un momento son penetrantes, cargando el peso de una vida construyendo un imperio. Luego se nublan ligeramente, se reenfocan.

—Mija. —Su voz sale como un raspe—. Estás aquí.

Ella se acerca a su cama, toma su mano con cuidado. Me coloco junto a la puerta, lo suficientemente cerca para leer cada microexpresión, lo suficientemente lejos para dar la ilusión de privacidad. Lo suficientemente cerca para llegar a ella en dos segundos si es necesario.

La mirada de Jorge se mueve de ella hacia mí y regresa. Incluso a través de la neblina de los medicamentos y la enfermedad, sabe exactamente a quién envió Marco Rosetti para proteger a su hija.

—Los artículos —dice sin preámbulos—. El desfalco. Dime que son mentiras.

La voz de Marisol se mantiene firme—. No es verdad, Papá. Alguien me está haciendo esto.

Él la estudia, y puedo verlo luchando a través de la bruma, tratando de concentrarse. Su rostro revela poco incluso ahora. Construyó un imperio siendo ilegible. Pero veo que la duda que Cesar ha plantado está echando raíces.

—Siempre has sido… —Hace una pausa, buscando palabras a través del estupor de los medicamentos—. Caótica. Pero nunca pensé que fueras una ladrona.

—No lo soy. Jamás lo haría.

—La evidencia dice lo contrario. —Se mueve, haciendo una mueca ante el movimiento—. Recibos. Transferencias. Tus firmas.

—Falsificadas. Todo.

El silencio se extiende entre ellos. Sus ojos se cierran, luego se abren de golpe, luchando contra la atracción del agotamiento y la medicación. Entonces Jorge busca su mano con ambas suyas. El gesto debería ser tierno, pero no lo es. Mis dedos se flexionan a mis costados, queriendo alejarla incluso de esta crueldad sutil.

—Estoy cansado, mija. Tan cansado. La familia necesita estabilidad. Cuando yo no esté… —Toma un respiro fatigado, sus ojos

perdiendo el enfoque por un momento antes de agudizarse de nuevo —. Cuando yo no esté, necesitas apoyarte en las personas que saben cómo funcionan las cosas. Los que han estado aquí más tiempo.

Mi mandíbula se tensa tanto que algo suena. Sé hacia dónde va esto, y cada instinto grita que intervenga.

—Prométeme —continúa Jorge, con la voz apagándose y luego fortaleciéndose con esfuerzo—, que escucharás a Cesar. Él sabe qué es lo mejor para la familia. Ha estado con nosotros treinta años. Cuando yo no esté, escúchalo a él.

Las palabras aterrizan con fuerza. No es sorpresa, ella sabe exactamente lo que Cesar es ahora, sino resignación. La cruel ironía de que el último deseo de su padre moribundo sea que confíe en el hombre que ambos sabemos que la está destruyendo. Sus ojos encuentran los míos, y veo el peso de eso aplastándola.

—Papá…

—Prométemelo, Marisol. —Su agarre se aprieta con una fuerza sorprendente antes de debilitarse de nuevo—. Cesar ha dado su vida a esta familia. Se merece nuestra confianza. Prométemelo.

Ella me mira de nuevo, solo por un segundo. No es desesperación, sino una amarga aceptación.

—Lo prometo —susurra.

Los ojos de Jorge se cierran, cerrándose la breve ventana de lucidez. Su respiración se nivela en un sueño medicado. La enfermera se acerca para revisar los signos vitales, ajustar los medicamentos. Nuestra audiencia ha terminado.

Ella llega al pasillo antes de que su compostura se quiebre. No llora. Marisol no llora donde la gente pueda verla. Pero sus manos tiemblan mientras se apoya contra la pared, y me acerco, sin llegar a tocarla, pero lo suficientemente cerca para que pueda sentir mi calor, mi presencia. Lo suficientemente cerca para que sepa que no está sola en esto.

—Le está entregando el reino a Cesar —dice con voz hueca—. Se está muriendo, y su último deseo es que yo obedezca al hombre que está tratando de enterrarme.

No tengo consuelo para esto. No lo hay. Así que ofrezco lo único que puedo —Entonces lo probaremos antes de que muera. Le mostraremos quién es Cesar realmente.

Ella me mira, y algo feroz se enciende en sus ojos color miel a pesar de la devastación. Esa es mi chica. Golpeada, pero nunca

derrotada.

—¿Dónde está?

Encontramos a Cesar exactamente donde esperaba. En el despacho de Jorge, detrás del escritorio que aún no es suyo, pero que bien podría serlo. Papeles extendidos ante él, lentes de lectura posados en su nariz; la imagen del servicio devoto administrando el imperio mientras el rey muere arriba. La vista hace que mi dedo del gatillo tenga espasmos.

Levanta la vista cuando entramos, y la calidez es inmediata, automática, ensayada. Todo en él es ensayado. El tío preocupado, el amigo devoto. Todo mentiras.

—Mari, no sabía que vendrías hoy. —Se quita los lentes, los deja a un lado con cuidado—. ¿Cómo está Jorge?

Ella no se sienta cuando él señala las sillas. Yo me coloco junto a la ventana. Líneas de visión a ambas puertas, observando cada gesto delator, notando cada mentira.

—Se está muriendo —dice ella con frialdad—. Pero ya lo sabe.

—Todos estamos rezando por más tiempo. —La voz de Cesar tiene el tono justo de pesar—. Pero debemos ser realistas. Hay que hacer preparativos.

La forma en que dice “preparativos”, ya tomando medidas para la corona. Mis manos se cierran en puños.

—Preparativos. —Ella se acerca al escritorio, no llega a ser acusadora pero tampoco amistosa—. ¿Como lidiar con estos ataques mediáticos contra mí?

—He estado trabajando en eso, de hecho —baraja papeles, encuentra uno—. Más investigadores. Más llamadas. Encontraremos quién está detrás de este elaborado montaje. La familia protege a los suyos.

Noto el ligero retraso antes de su respuesta. Accediendo a un recuerdo fabricado en lugar de uno real. La forma en que sus manos permanecen perfectamente quietas, demasiado quietas, bajo control consciente. Un mentiroso manejando su lenguaje corporal. La evasiva cuando ella presiona por detalles.

—La evidencia que hemos reunido apunta a alguien con conocimiento interno —dice Marisol con cuidado, sin revelar todo lo que sabemos—. Alguien que tiene acceso a los sistemas financieros, contactos en los medios.

Su expresión parpadea. Solo por un momento. Un tensado alrededor de los ojos, calculando cuánto sabemos. Luego desaparece, reemplazada por una preocupación que casi parece genuina.

—Mari… esa es una acusación seria. ¿Estás sugiriendo que alguien en nuestra organización te haría esto?

Ella no responde directamente. Solo lo observa. Ha aprendido a leer mejor a la gente estos últimos días, y el orgullo se mezcla con la rabia protectora en mi pecho.

Cesar se recuesta, suspira. El patriarca decepcionado.

—Estás bajo mucho estrés. El deterioro de tu padre acelerándose, estos ataques viciosos en los medios… Es natural buscar patrones, incluso donde no existen. Pero debemos tener cuidado de no dejar que la paranoia nos divida.

Cada palabra calculada para hacer que ella dude de sí misma. Mi mandíbula duele de tanto apretarla.

—Tu madre confiaba en mí —continúa cuando ella no responde—. Me confiaba todo. Estaría desconsolada al ver a esta familia volviéndose contra sí misma con sospechas.

La carta de la culpa, jugada a la perfección. Usar a una mujer muerta para manipular a su hija. He enterrado hombres por menos de lo que él le ha hecho a ella.

—Esa seguridad Rosetti. —Sus ojos se desvían hacia mí, evaluando—. Ven enemigos en todas partes. Es para lo que están entrenados. Pero esta familia no es Chicago. No operamos bajo sospechas y violencia.

El desprecio hace que algo primitivo arañe mi pecho. Está tratando de separarnos, de hacer que ella dude de mí.

—Siempre ha tenido un instinto increíble —dice Marisol de repente—. Encontrarme cuando necesito ayuda. Estar allí en los momentos adecuados.

Una microexpresión. Cautela ahora, presintiendo una trampa. Luego, una recuperación fluida.

—He cuidado de ti desde que naciste. —Extiende las manos, la viva imagen de la devoción paternal—. Llámalo instinto. Sé cuándo mi ahijada me necesita.

Cada acusación, desviada. Cada sondeo, convertido para hacerla ver a ella como la villana por cuestionar. Él interpreta a la víctima maravillosamente. Treinta años de devoción cuestionados, herido

por la sospecha de ella. Verla sufrir a través de su manipulación es como recibir metralla. Lenta, profunda, diseñada para supurar.

Cerca del final, su tono cambia. Sigue siendo cálido, pero por debajo, algo más duro. Algo que hace que mi mano se desvíe hacia mi arma.

—Tu padre se está muriendo, Mari. Su corazón no puede soportar el estrés. Sabes lo que dijeron los doctores.

Una pausa. Cargada. La amenaza clara como una hoja contra su garganta.

—Perturbar sus últimos días con… sospechas infundadas… Bueno. Me preocupa lo que eso causaría. Él está tan frágil. Y cree en la lealtad familiar por encima de todo.

La amenaza aterriza: Sigue presionando y se lo diré a Jorge. Lo presentaré como si su hija se estuviera volviendo loca. Sus últimos días envenenados por la paranoia.

Mis músculos se tensan, listos para lanzarme a través de este escritorio y mostrarle cómo lucen las amenazas reales. Pero ella necesita verlo con claridad primero. Necesita entender por qué voy a destruirlo.

Ella se pone de pie—. Gracias por aclarar las cosas, tío.

Él se levanta también, rodea el escritorio. Abre sus brazos para un abrazo. Ella deja que la sostenga, pero por encima de su hombro, veo su rostro. Asco puro apenas controlado.

Ver sus brazos alrededor de ella hace que algo primitivo arañe mi pecho. Cada instinto grita que lo arranque de allí, que le enseñe qué pasa cuando alguien toca lo que es mío. Pero me obligo a quedarme quieto, dejo que cave su propia tumba más profundo.

—Descansa un poco, cariño. Cuídate. Siempre estoy aquí para ti.

Nos vamos. Mi mano encuentra la parte baja de su espalda. El toque envía calor a través de mí, recordando cómo se arqueaba bajo mis manos, cómo gritaba mi nombre. La única violencia que puedo cometer en este momento. Reclamándola frente al hombre que quiere destruirla.

Llega al auto antes de que comience el temblor. No son lágrimas, algo peor. Todo su cuerpo tiembla como si estuviera congelada, excepto que hace treinta grados y la rabia emana de ella en oleadas. Quiero sentarla en mi regazo, abrazarla hasta que el temblor se detenga, y luego volver adentro y pintar el despacho de Jorge con la sangre de Cesar.

No arranco el auto. Solo espero mientras ella lucha por el control, mi mano encontrando la suya, entrelazando nuestros dedos. El contacto nos da estabilidad a ambos.

—Él va a ganar. —Su voz es plana, destruida—. Ha estado haciendo esto por más tiempo que yo. Es mejor en esto de lo que yo seré jamás. Mi padre va a morir confiando en él, y luego Cesar se lo va a llevar todo, y no hay nada que yo pueda hacer.

—Te equivocas.

Ella me mira, y le cuento todo lo que mi cerebro táctico notó mientras ella luchaba contra la manipulación de su tío.

—Las microexpresiones cuando presionaste sobre su instinto. Cautela, luego cálculo. Los gestos delatores cuando mintió, ese ligero retraso antes de ciertas respuestas, accediendo a recuerdos fabricados en lugar de reales. La forma en que se posicionó entre tú y la puerta, control sutil del espacio. Sus manos, ¿las notaste? Perfectamente quietas. Demasiado quietas. Eso es control consciente. Un mentiroso manejando su lenguaje corporal.

—Sé que está mintiendo —dice ella, exhausta—. Pero saberlo no importa. No puedo probarlo.

—Aún no.

Algo chispea debajo de su derrota —¿Qué significa eso?

Arranco el auto, con la mandíbula apretada con una violencia apenas controlada —Hombres como Cesar se creen intocables porque nunca se han enfrentado a consecuencias reales. Manipulan y maniobran y todo el mundo juega bajo sus reglas.

La miro, dejando que vea la promesa en mis ojos, la violencia que estoy conteniendo solo por ella.

—Yo no juego bajo sus reglas —digo—. Y cuando llegue el momento, haré que suplique por la piedad que no le daré.

Se queda callada un largo momento, su pulgar trazando círculos en mi palma. El simple contacto me hace recordar sus manos en mi cabello, atrayéndome, confiándome su cuerpo de la misma forma en que me confía su venganza ahora.

Suspira —Va a venir por mí con más fuerza ahora. Sabe que sospecho de él.

—Que venga.

—Nico…

—Que venga. —Giro mi mano con la palma hacia arriba, entrelazo nuestros dedos correctamente. Siento su pulso contra el mío—. He

acabado con hombres más peligrosos que Cesar Vega. Cuando el momento sea el adecuado, cuando tengamos lo que necesitamos, acabaré con él también. Lentamente. Para que entienda exactamente por qué.

Ella no se inmuta ante la promesa de violencia. Solo aprieta mi mano con más fuerza. Mi chica, volviéndose más dura, aprendiendo que a veces la violencia es el único lenguaje que hombres como Cesar entienden.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Nos alejamos de la propiedad, su mano aún en la mía, la mansión mediterránea encogiéndose en el espejo retrovisor. Treinta años de la cuidadosa construcción de Cesar. Su paciencia. Su planificación. Construyendo confianza, manipulando a Jorge, posicionándose como el heredero natural de un imperio que ayudó a construir pero que nunca poseyó.

Sin embargo, cometió un error crítico. Solo uno, pero le va a costar todo.

Él piensa que el juego sigue siendo sobre manipulación y política. Poder blando y movimientos cuidadosos. No entiende que el juego ha cambiado. Que hay un soldado en la mezcla ahora, alguien que no ve tableros de ajedrez ni capital político. Alguien que ve objetivos y vectores de eliminación.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Marisol, estudiando mi perfil.

—Pienso en Afganistán. En cómo los insurgentes se infiltraban en las comunidades durante años, volviéndose confiables, esenciales. Luego, un día, revelaban su verdadero propósito.

—¿Y cómo los manejaban ustedes?

El recuerdo trae de vuelta el olor a cobre y sangre —No negociamos con amenazas infiltradas. Las identificamos. Confirmamos el objetivo. Luego los eliminamos. Sin piedad, sin segundas oportunidades.

Ella se queda en silencio, procesando. Luego —Cesar no es un insurgente cualquiera. Ha sido parte de mi familia desde antes de que yo naciera.

—Eso lo hace más peligroso, no menos. —La propiedad desaparece por completo detrás de nosotros—. Pero también lo hace sentirse cómodo. Complaciente. Cree que ya ganó.

—Tal vez así sea.

—No. —Mi voz conlleva una certeza absoluta—. Ya perdió. Solo que aún no lo sabe. Porque cometió ese único error. Dejó que yo lo viera. Al verdadero él, debajo de toda esa calidez actuada. Y una vez que veo un objetivo con claridad…

No termino. No es necesario. Ella entiende lo que soy ahora. No solo su protector, sino algo más primitivo. Un cazador que ha identificado a su presa. El monstruo que ella desató cuando dejó que la reclamara.

Los soldados no negocian.

Nosotros eliminamos.

Y Cesar Vega acaba de convertirse en un hombre muerto que camina.

22 - Nico

El tono de llamada corta la oscuridad como una cuchilla. A esta hora, no es información. Es una granada con el pasador ya afuera.

El número de Marco brilla en la pantalla. Mi cuerpo se pone en modo combate antes de que el pensamiento consciente se active, y Marisol murmura a mi lado. El Don no llama a las 02:14 horas para dar actualizaciones. Alguien está muerto. Un ataque a la propiedad. Uno de mis hermanos cayó. Algo ha pasado con Sofia y Alexei.

—Dime —mi voz suena ronca, preparada para informes de bajas.

—Faith está de parto —el tono de Marco es controlado, pero hay una urgencia que se trasluce—. Empezó hace una hora. Están en el Northwestern Memorial.

El alivio me golpea de forma tan repentina que la mano me tiembla. No es muerte. Es vida. Mi sobrino llega, viene al mundo.

El cuerpo de Marisol se tensa contra el mío, leyendo mis señales físicas de la misma forma que lee las amenazas: instintivamente. Sus ojos color miel se abren, escaneando inmediatamente en busca de peligro. Ha aprendido a leer mi cuerpo de la forma en que yo leo una habitación.

—¿Qué pasa?

—No pasa nada malo —muevo el teléfono, mi mano libre busca su hombro y mi pulgar traza inconscientemente la marca que dejé allí hace unas horas—. La esposa de mi hermano va a tener a su bebé.

Ella se incorpora y la sábana cae hasta su cintura. —Tienes que ir a Chicago.

Una afirmación, no una pregunta. Por supuesto que tengo que ir. El hijo de Luca va a llegar. La familia se está reuniendo como una unidad respondiendo a una llamada prioritaria. Es lo que hacen los Rosetti.

Excepto.

Los ojos de Cesar ayer, calculadores, midiendo, identificando debilidades. La forma en que tocó el rostro de Marisol, reclamando

un territorio que no le pertenece. La trampa por asesinato que aún no se ha materializado, pero que hace que mi dedo en el gatillo sienta esa picazón de certeza de que está en camino. Cada instinto me grita que dejar mi posición ahora significa regresar para encontrarla destruida. O descubrir su cuerpo expuesto como el de la chica Zayas, otro mensaje escrito con muerte.

—No puedo ir —le digo a Marco con voz monótona—. No con el nivel de amenaza actual.

—Quédate —dice él, y esa única palabra conlleva la autoridad de un mando. El Don ordenando a su soldado mantener la posición—. Pondré el video cuando la familia se reúna.

Línea cortada. Marco no desperdicia palabras en decisiones ya tomadas.

Dejo el teléfono, pero el peso de abandonar a mi hermano se siente como metralla en el pecho. Nunca me he perdido una reunión familiar. Ni una sola vez desde Afganistán. Después de la masacre, con la sangre de nuestros padres pintando las paredes mientras yo estaba a miles de kilómetros de distancia, juré que siempre estaría allí. En cada reunión, en cada crisis, en cada momento importante.

Pero Marisol se presiona contra mi costado, su calidez recordándome por qué no puedo irme.

—Deberías estar allí —dice en voz baja, leyendo la tensión en mi mandíbula, la forma en que mis manos quieren cerrarse en puños.

—No.

—Nico—

—No te voy a dejar —las palabras salen más duras de lo que pretendía, más un gruñido que una seguridad. Las suavizo con un toque, atrayéndola hacia mí, notando con qué perfección encaja en mis brazos—. No con Cesar maniobrando. Ahora no.

Ella no discute, pero la culpa ensombrece sus facciones. Reconoce el costo.

Bebemos café con leche demasiado endulzado durante lo que parece una eternidad.

La videollamada entra a las 03:20 horas, y de repente la pantalla de mi laptop se llena del caos de los Rosetti en alta definición.

La sala de espera del hospital parece como si mi familia hubiese establecido una base de operaciones avanzada. Marco domina una silla de esquina que ha transformado en un puesto de mando, sin el saco del traje y con las mangas arremangadas. Valentina está a su

lado, captando todo a través de la pantalla, su cerebro estratégico zumbando lo suficientemente fuerte como para oírse.

Dante mantiene su posición contra la pared, con la pequeña Antonia segura en su hombro. Seis meses de edad y ya adaptada al silencio de su padre. Él me mira a los ojos a través de la pantalla, un asentimiento que lo comunica todo: «Deberías estar aquí. La necesidad lo impide. Entendido».

Ana ofrece un saludo cuidadoso desde el lado de Dante.

—Hermano —la voz de Alex corta primero, porque Alex siempre toma la delantera en el caos. Ha reclamado dos sillas como territorio conquistado, sus ojos verdes afilados a pesar de la hora—. Miami ha mejorado tu apariencia. De hecho, pareces humano en lugar de un póster de reclutamiento.

—Y tú sigues pareciendo un desastre —logro decir, tratando de igualar su energía a pesar de sentir que estoy viendo a mi familia a través de un cristal a prueba de balas. Presente, pero separado.

Marisol suelta una carcajada detrás de mí, y los ojos de Alex se desvían, fijándose en un objetivo a mis espaldas. Levanta una ceja.

—Y ¿quién —alarga las palabras con obvia satisfacción— es ella?

Marisol. Había intentado quedarse fuera del alcance de la cámara, pero el diseño de planta abierta del penthouse la traicionó. Ajusto el ángulo de la laptop, poniéndola en el encuadre.

Lleva puesta mi camisa como territorio reclamado, el cabello revuelto por el sueño y el sexo, la taza de café bien sujeta. No se parece en nada a la cobertura de los tabloides que mi familia ha revisado. Parece una mujer a la que he marcado, reclamado, follado contra mi colchón hasta que gritó mi nombre.

La reacción de la familia es inmediata y reveladora.

Alex sonríe más ampliamente, de forma lobuna. —La mismísima princesa de las fiestas. He estudiado los archivos. «Heredera desenfrenada», «Crisis en el yate». Una entrada excepcional, ocupando titulares.

Las palabras aterrizan como rondas que encuentran su objetivo. A mi lado, la espalda de Marisol se endereza. Algo violento se enrosca en mi pecho. Familia o no, nadie ataca lo que es mío sin consecuencias.

Alex jala a Emma hacia su regazo, y ella deja escapar un pequeño chillido, luego saluda tímidamente a Marisol. Recuerdo que hasta hace pocos meses ella era una empleada doméstica y probablemente

nunca ha conocido a una celebridad de primer nivel como Marisol. Sus mejillas se enrojecen, y noto la vergüenza, pero no estoy seguro de si se avergüenza de sí misma o de mi heredera.

El silencio de Marco tiene más peso que las palabras de Alex. Los ojos del Don se mueven sobre ella a través de la pantalla, midiendo, calculando. Cuando Valentina le susurra algo al oído y él no responde, manteniendo la mirada fija en la cámara, leo su análisis.

Estoy comprometido.

—Marisol Delgado —dice ella, con la barbilla en alto, sin intentar encantar ni desviar la atención. Simplemente existiendo en mi espacio, aceptando el juicio de ellos.

El desprecio se irradia a través de la conexión. Mis hermanos ven los informes, la reputación, la carga. No a la mujer que me sostuvo durante las regresiones de Afganistán. No la fuerza bajo su caos.

Marisol da un paso más cerca y se sienta a mi lado en el colchón. Mi mano encuentra su rodilla por debajo del alcance de la cámara, apretando una vez. La aprobación de mi familia no es necesaria.

—¿Cuál es la hora estimada? —redirecciono.

—Pronto —dice Marco, su primera palabra desde que se estableció la conexión—. Faith y Luca llevan dentro dos horas.

La conversación pasa a la espera. Alex hace elaboradas quejas sobre el café del hospital. Dante camina en patrulla lenta con Antonia, meciéndola para que se duerma de nuevo. Maria llega con recipientes de comida, perdiendo inmediatamente la compostura cuando me ve en pantalla.

—¡Deberías estar aquí! —despliega su asalto híbrido italo-inglés —. ¡Ese bebé necesita a su tío!

—Maria—

—No me vengas con «Marías», Nico Rosetti. Trae a esa chica a Chicago, donde podamos alimentarlos a los dos adecuadamente. Mírate, muchacho hambriento, y ella… —María mira fijamente a Marisol a través de la pantalla—. Flaca como un espagueti.

A mi lado, Marisol hace un sonido de diversión.

Maria se va, y observo a mi familia a través de esta pantalla. Su caos, sus charlas constantes unos sobre otros, la forma en que mantienen la formación incluso en la sala de espera de un hospital. A mi lado, Marisol también observa, y me pregunto qué pensará de todos nosotros. Una unidad que lucha y protege en igual medida. Algo que ella perdió cuando su madre murió.

La puerta se abre en Chicago, y todo se detiene.

Luca está en el umbral, todavía con la vestimenta quirúrgica, y nunca he visto a mi hermano así. Sus manos, las armas que han eliminado a más objetivos que nadie en esa habitación, están temblando. Realmente temblando, como un francotirador con un agarre comprometido.

Sus ojos azul pálido, usualmente planos como los de un depredador, están brillantes. Húmedos.

—Theodore —dice, y su voz se quiebra al pronunciar el nombre. Luca Rosetti, el arma definitiva de la familia, que discute eliminaciones mientras desayuna avena, no puede sacar las palabras. Lo intenta de nuevo—. Siete libras, cuatro onzas. Faith está…

Se detiene. Traga saliva. No puede continuar. El temblor en sus manos se intensifica.

—Ella está perfecta. Él está perfecto —las palabras emergen toscas, el asombro abriéndose paso—. Tiene sus ojos. Ella le puso el nombre de su padre. El juez Theodore Winters.

La habitación estalla. Maria sollozando, Alex en pie abrazando a Luca, cuyas manos siguen temblando contra la espalda de Alex. Ana sonríe contra el hombro de Dante mientras él sostiene a su hija con más fuerza. A través de la pantalla, lo proceso todo. La alegría, la celebración, el dolor de no estar allí.

Marco atrae a Luca en un abrazo breve y fuerte, su mano apretando el cuello de nuestro hermano con una fuerza que habla más que las palabras.

—El tío Nico necesita verlo —dice Luca de repente, acordándose de la conexión.

Levanta su teléfono, mostrando la sala de parto. Faith aparece exhausta pero radiante, y en sus brazos, Theodore. Diminuto, arrugado, con el rostro expresando la protesta de un recién nacido ante el mundo hostil. Nombrado así por el juez que una vez se opuso a nosotros, todavía distanciado de su hija, pero ahora honrado a través de su nieto.

—Saluda al tío Nico —dice Faith, con voz cálida a pesar del agotamiento.

Algo se quiebra en mi pecho. Tío. De nuevo. Un título que llevo a la distancia. Y estoy mirando a través de una pantalla a las 4:00 a. m. en Miami mientras mi familia celebra sin mí.

A mi lado, la respiración de Marisol cambia. Cuando la miro, las lágrimas corren silenciosamente por sus mejillas. Está viendo a mi familia amarse, reconociendo lo que ella perdió, lo que terminó con la muerte de su madre. Su mano cubre la mía.

El dolor se duplica. Por la distancia. Por la pérdida de ella. Por el sobrino al que no puedo cargar. Por la forma en que este nacimiento ha resquebrajado al arma más letal de la familia.

—Es perfecto, Luca —logro decir—. Genes fuertes. Lo hiciste bien.

Luca llega a sonreír. No su habitual mueca afilada, sino algo suave, algo que se recalibra. —Soy padre. Tengo un hijo.

Las palabras impactan en todos. Este es Luca, a quien creíamos demasiado dañado para cualquier tipo de vida normal, sosteniendo a su hijo, transformado en algo que ninguno de nosotros predijo.

A través de la pantalla, veo a mi familia reorganizarse en torno a este recién llegado. La forma en que forman instintivamente un círculo protector, fieros y orgullosos. El ruido que hacen, el amor bajo la violencia, el caos perfecto de los Rosetti dando la bienvenida a otra generación.

Y yo estoy aquí. Mirando a través de una pantalla porque elegí a la mujer a mi lado por encima del protocolo familiar, y ella está llorando por la familia que perdió y por la familia que yo tengo.

El teléfono de Marco vibra, y la temperatura en esa habitación de hospital baja veinte grados.

Él revisa la pantalla y veo a mi hermano apagarse y reiniciarse. La calidez se evacua, reemplazada por el invierno. El Don regresando con letal rapidez.

Alex lo nota primero. —¿Qué?

—Nada —la voz de Marco se vuelve plana.

Pero Valentina alcanzó a ver la pantalla, vio el mensaje antes de que él pusiera el teléfono boca abajo con aire de finalidad.

—Marco—

—Dije que nada.

El silencio que sigue resuena a través de la conexión. Todos lo procesan. Alegría comprometida, algo malo infiltrándose en la celebración.

Lo sé antes de que alguien lo confirme. Solo una persona podría provocar el apagón total de Marco.

Sofia.

Se enteró del nacimiento. Por supuesto que sí. Vigila a la familia que eligió dejar por Alexei. Y se comunicó. No conmigo, el hermano que la entrenó. Con Marco, cuyo perdón tiene el mayor peso.

Y él lo descarta como nada. Borrado sin leer.

La boca de Alex se abre, preparándose para insistir, porque Alex siempre insiste, pero Dante lo mira con una negativa tajante. Ahora no. No durante el momento de Luca.

Pero el daño está hecho. La grieta se extiende. El espacio vacío donde Sofia debería estar parada se vuelve visible, agudo. Debería estar aquí, haciendo comentarios inapropiados sobre que Luca se reproduzca, analizando los rasgos de Theodore, aportando su caos particular a la celebración.

En cambio, está en otro lugar, con Alexei, viviendo la vida que eligió por encima de la sangre, observando a nuestra familia desde una distancia aún mayor que la mía. Y Marco ni siquiera reconoce el mensaje. Más de un mes de silencio, y él mantiene la línea.

La llamada termina rápidamente después de eso, la calidez ahora forzada, todos procesando al fantasma en la habitación.

—Cuando esto termine —dice Marco, con los ojos clavados en los míos a través de la pantalla—, tráela a Chicago.

No “regresa a Chicago”. No “ven a casa”.

Tráela.

Dos palabras que reconocen la importancia de Marisol, la registran como alguien ligada a mí. Viniendo de Marco, es prácticamente una aprobación. Pero también comunica algo más. Él ve lo que está pasando, reconoce que la he elegido a ella por encima del protocolo, y lo acepta incluso sin respaldarlo.

La pantalla se oscurece.

El amanecer rompe en el horizonte como una explosión lenta, pintando la Bahía Vizcaína de dorado mientras nos sentamos a procesar el caos de mi familia.

El café está frío. La laptop cerrada. El penthouse se siente como una tumba después de todo el ruido de los Rosetti.

—Así es como se ve una familia —dice Marisol en voz baja. No la agente del caos, no la chica de las fiestas. Solo la mujer reconociendo algo irrecuperable.

—No es perfecta.

—Lo sé —se acurruca contra mi costado, su cuerpo cálido contra mí—. Todos extrañan a Sofia.

El nombre aterriza suavemente entre nosotros. Lo dice con sencillez, comprendiendo sin necesidad de explicaciones. La reacción de Marco. La celebración fracturada. La hermana que debería haber estado allí.

—Él cambiará de opinión —dice ella.

—No conoces a Marco.

—Conozco a hombres tercos que aman con más fuerza de la que saben mostrar —hace una pausa, su mano buscando la mía, los dedos entrelazándose como si ella me estuviera reclamando también—. Decepcionan mientras siguen amando por debajo.

Miro a esta mujer con cuidado.

—Te descartaron —digo.

—No me conocen —se encoge de hombros, y siento el movimiento a través de mi camisa—. Tienen la versión de los tabloides. El perfil del desastre. Estoy acostumbrada.

—Marco me ordenó que te trajera a Chicago.

—Eso me aterroriza más que Cesar —intenta bromear, pero no lo logra del todo—. Conocerlos. Ser evaluada en persona en lugar de a través de una pantalla.

—Cambiarán de opinión.

—¿Como Marco con Sofia?

El paralelo queda suspendido entre nosotros. Dos mujeres eligiendo el amor por encima del protocolo. Dos hermanos manteniendo posiciones imposibles.

—Eso es diferente.

—¿Lo es? —se aparta lo suficiente para mirarme a los ojos—. Ella eligió a Alexei sobre la sangre. Yo te elegí a ti sobre… ¿qué? ¿El aislamiento terminal? ¿Ahogarme en champán? —me toca la cara y mi cuerpo responde al contacto a pesar de todo—. Tal vez eso es lo que es la familia. Elegirse el uno al otro a pesar de los costos.

Las palabras se incrustan en mi pecho. Theodore Rosetti respirando sus primeros alientos en Chicago. Sofia en algún lugar, amando desde la distancia, bloqueada por el hermano que no cede. Y Marisol aquí, habiéndolo visto todo, comprendiendo más de lo que debería.

—¿Quieres pertenecer a una familia así? —pregunto—. ¿Incluso viendo las partes rotas?

Su pulgar delinea mi mandíbula. —Las familias perfectas son ficción. Las reales son caos y, a veces, un amor torpe. Pero se hacen

presentes. Incluso a través de pantallas. Incluso desde la distancia.

Tiene razón. A pesar de las fracturas, nos hacemos presentes. Todos excepto Sofia, que no puede atravesar los muros de Marco.

A diferencia de su hermano. Gabriel, el sacerdote que nunca está allí cuando su propia hermana lo necesita.

—Ella volverá —dice Marisol, pensando en mí mientras yo pienso en ella—. Sofia. Tal vez no mañana. Pero cuando Marco esté listo para dejar de castigarlos a ambos.

—Suenas muy segura.

—Las llamadas a las tres de la mañana solían significar que alguien estaba muriendo. Esta noche significó que alguien nació. Las cosas cambian —se acomoda contra mi pecho, su trasero presionando contra mí a través de las sábanas—. Incluso los tercos hermanos Rosetti que creen que el mundo funciona bajo su cronograma.

El amanecer inunda el penthouse ahora, pintándolo todo de dorado. En Chicago, mi familia probablemente todavía esté acampada en sillas de hospital. Faith sosteniendo a Theodore. Luca haciendo guardia. Marco fingiendo que el mensaje de Sofia no significó nada mientras arde en la memoria de su teléfono.

Y aquí, la mujer que lo vio todo se acurruca contra mí, ya deslizándose hacia el sueño.

Se equivoca en una cosa. Ella ya pertenece. Marco lo confirmó, incluso sin decirlo. Tráela a Chicago. No fue una sugerencia. Fue una orden directa.

Cuando esto termine, cuando Cesar sea neutralizado, cuando Miami esté asegurada, la llevaré a casa. Dejaré que la vean adecuadamente. Dejaré que observen lo que yo veo. No el desastre en los titulares, sino la mujer que entiende a las familias rotas y ama de todos modos.

Por ahora, ella respira contra mi pecho y yo cuento cada inspiración. No los días desde que Sofia se fue. No capturas, ni amenazas, ni recuentos de muertes.

Solo respiraciones. Las suyas y las mías. La prueba de que estamos aquí, juntos, perteneciendo el uno al otro incluso si no pertenecemos a ningún otro lugar.

23 - Marisol

Siento la llave extraña en mi mano. Demasiado pesada para algo tan pequeño, como si hubiera acumulado peso por los ocho años que pasó en el cajón de mi escritorio. Ocho años desde que cerré con llave la Sala Calypso. Ocho años de pasar por delante de esa tercera puerta a la izquierda, fingiendo que no existe.

Mi cerebro me ofrece amablemente una lista de cosas que preferiría hacer antes que usar esta llave: un tratamiento de conducto sin anestesia, ver las fotos de mi yate en bucle, dejar que Nico me vierta café militar amargo por la garganta hasta que explote. Todo es preferible a abrir una puerta que he pasado ocho años fingiendo que no existe.

—¿Este inversionista quiere esa habitación específica? —La voz de Nico tiene ese tono cortante que significa que ya tomó una decisión—. ¿La que ha estado sellada?

—César dice que es especial —mantengo mi voz ligera, como si esto no me estuviera carcomiendo por dentro—. Dinero viejo cubano. Vio algunas fotos antiguas, le encantan los detalles Art Deco. Al parecer, el empapelado azul de esa suite es exactamente el que tenía su abuela en La Habana.

La mandíbula de Nico se tensa. Ha sospechado de César desde que descubrimos el rastreo, los hilos financieros, la traición que viste la cálida sonrisa de un tío. Pero este es mi club. Mis fantasmas por enfrentar.

—Es un juego de poder —dice—. Obligarte a abrir una habitación que has mantenido cerrada.

—Tal vez —giro la llave en mi palma, sintiendo sus dientes morder mi piel—. O tal vez ya es hora. Ocho años es mucho tiempo para tenerle miedo a un empapelado.

Sé lo que piensa Nico: que César está orquestando algo. Tal vez lo esté haciendo. Pero si no enfrento esta habitación ahora, bajo mis propios términos, pasaré el resto de mi vida dejando que él use mi miedo en mi contra. Esta noche, recupero lo que es mío.

—Marisol.

—Necesito esta reunión —las palabras salen más afiladas de lo que pretendía—. El inversionista es legítimo. Logan lo investigó. Si pone dinero en La Sirena, debilita la narrativa del desfalco. Demuestra que dirijo un negocio real, que no solo estoy jugando a las casitas con el imperio de mi padre.

La última parte me sabe amarga. Eso es lo que decían los artículos. Lo que todos piensan. La chica fiestera jugando mal a ser empresaria.

—El momento es demasiado conveniente —Nico se acerca y percibo su aroma: canela y ese calor subyacente que me dan ganas de dejarme caer en él y olvidarme de habitaciones y llaves y del pasado que no se queda enterrado—. César organiza esta reunión justo cuando eres más vulnerable.

—Siempre soy vulnerable —la risa que se me escapa suena mal, demasiado brillante, burbujas de champán con bordes de navaja—. Es como mi sello distintivo. Vulnerable con un toque de autodestrucción y un excelente gusto en zapatos.

La marca Marisol Delgado: caos en alta costura. Mi terapeuta lo llamaba "evasión a través de los accesorios". Yo lo llamaba supervivencia con mejor iluminación.

Su mano encuentra mi rostro, su pulgar recorre mi pómulo con una gentileza que me hace doler el pecho. —Eres más fuerte de lo que crees.

—¿Lo suficientemente fuerte como para abrir una puerta? —me inclino hacia su contacto solo un momento y luego me aparto—. Averigüémoslo.

La Sirena me envuelve como una canción familiar, todo luz dorada y promesa. Mi club. El legado de mi madre. Lo único que construí en lugar de destruir, incluso si tuve que destruirme un poco a mí misma en el proceso. Los candelabros cuestan más que las casas de algunas personas, y cada cristal fue mi elección. Si voy a tener un colapso esta noche, al menos la iluminación será favorecedora.

El salón principal vibra con su caos elegante habitual: burbujas de champán subiendo en las copas, risas que suenan a dinero, la banda de la tarde tocando en el escenario. Pero algo es diferente esta noche. Las sonrisas del personal son demasiado tensas, sus movimientos demasiado cuidadosos. Como si todos estuvieran esperando que algo se rompa.

Logan nos encuentra al pie de la escalera caracol, su pulcritud habitual un poco agrietada. —La sala de reuniones está lista. Tercer piso.

Tercera puerta a la izquierda. Las palabras se quedan en mi garganta como fragmentos de vidrio.

—¿Y las imágenes de seguridad de ese piso? —pregunta Nico, ya en modo táctico.

—La cámara ha estado fuera de servicio por mantenimiento —la expresión de Logan dice que a él tampoco le gusta—. Desde ayer.

Por supuesto que sí. Fuerzo otra sonrisa, de esas que me han servido para superar mil noches fingiendo que todo está bien. —Bueno, al menos si tengo un colapso, no quedará grabado para la posteridad.

Nadie se ríe.

El pasillo del tercer piso se extiende ante nosotros, más silencioso que el jolgorio de abajo. La música del club sube por el suelo, amortiguada y extraña, como una fiesta que continúa durante un funeral. Mis tacones se hunden en la alfombra que traga el sonido, haciendo que todo se sienta como si estuviéramos bajo el agua. Al final, esa puerta. Todavía sellada. Todavía esperando. Solía jugar a fingir que solo era un armario de suministros. Servilletas extra. Copas de champán de repuesto. Definitivamente no la habitación donde mi vida se dividió en un antes y un después.

Mi mano tiembla mientras introduzco la llave en la cerradura. Detrás de mí, la presencia de Nico es sólida, estable, la única razón por la que puedo obligar a mis dedos a girar la llave.

La cerradura hace clic al abrirse.

El teléfono de Nico vibra. Luego su auricular cruje con la voz de Gunner, lo suficientemente urgente como para que yo capte fragmentos: —Confirmación visual de armas en la entrada principal. Tres hostiles.

Todo su cuerpo cambia, pasando de protector a soldado en un latido. —¿Cuántos civiles en la línea de fuego?

Puedo escuchar la respuesta de Gunner a través del auricular: —Lleno. Se están moviendo entre la multitud.

—Ve —le digo, entendiendo el cálculo que está haciendo: dejarme por dos minutos o arriesgarse a decenas de bajas abajo.

—Absolutamente no.

—Están amenazando a la gente en mi club. Gente inocente —me giro para enfrentarlo, encontrando fuerza en el pensamiento de mi personal y mis clientes en peligro—. Esperaré justo aquí. Ni siquiera entraré hasta que vuelvas.

Cada línea de su cuerpo grita negativa. Pero otra ráfaga de Gunner: —Están escalando —hace que tome la decisión.

—No entres en esa habitación —dice, ya moviéndose—. Lo digo en serio, Marisol. Espérame.

Se ha ido, bajando las escaleras de tres en tres. Lo veo desaparecer y luego me vuelvo hacia la puerta.

Sola.

La empujo para abrirla.

El olor me golpea primero: aire viciado. Busco a tientas el interruptor y la luz del techo parpadea y se enciende.

Empapelado azul con patrones Art Deco plateados, exactamente como lo recuerdo. El sofá de terciopelo curvo contra la pared del fondo. Detrás de él, puedo ver la esquina de la cama con ese cabecero de terciopelo azul marino que acecha mis sueños. La mesa baja. Todo preservado como un museo de mi peor noche. La habitación está fría por el aire acondicionado que ha funcionado durante ocho años en un espacio sellado. Pero yo estoy sudando, con un calor febril, mi cuerpo rechazando esta pesadilla repetida.

Algo anda mal. El polvo ha sido removido. Un vaso descansa sobre la mesa, impoluto, sin nada de polvo. Alguien ha estado aquí recientemente.

Entonces la veo.

En el sofá: una mujer, joven, hermosa, con un vestido de cóctel negro. Tumbada de lado como si se hubiera quedado dormida en una fiesta. Inmóvil. Demasiado inmóvil.

Mi visión se reduce a un túnel. La habitación se inclina.

Otra vez no.

Mis piernas se mueven sin permiso, la misma memoria muscular de hace ocho años: comprobar el pulso, inclinar el rostro, intentar despertarla. Mi cuerpo recuerda esta coreografía de esperanza fútil. El terciopelo se siente igual bajo mis rodillas: caro, suave, incorrecto. Incluso la temperatura es idéntica, esa frialdad específica que me pone la piel de gallina.

Piel fría. Sin pulso. Inclino su rostro. Joven. Hermosa. La hija de alguien. Como antes. Exactamente como antes.

Parece que está durmiendo.

Se ve exactamente como la mujer de hace ocho años.

Mis manos dejan marcas en su piel. Mi ADN en su muñeca, en su cara. No puedo dejar de tocarla, no puedo dejar de intentar encontrar vida donde no la hay.

El tiempo se rompe.

Tengo veintiséis años, arrodillada junto a un cuerpo. Tengo dieciocho años, corriendo por este pasillo hacia la voz aterrorizada de mi hermano. El empapelado azul nada en mi visión, patrones plateados que parecen olas, como si me estuviera ahogando.

Otra vez. Está pasando otra vez.

La misma posición. La misma quietud terrible. La misma mujer hermosa que simplemente no despierta.

No puedo moverme. No puedo ponerme de pie. No puedo irme. Mis manos siguen sobre ella, buscando un aliento que no llega, un calor que ya se está desvaneciendo. La palabra se repite en mi cráneo como un disco rayado: otra vez, otra vez, otra vez.

No sé cuánto tiempo paso arrodillada allí. Minutos. Horas. El tiempo no tiene sentido en esta habitación. Nunca lo tuvo.

—¿Marisol? El inversionista canceló, no va a… Santo Dios.

Logan. En el umbral. Observando la escena. Su rostro de rasgos afilados, sin expresión.

La Sala Calypso, abierta después de ocho años. Su jefa arrodillada junto a una mujer muerta, con las manos sobre el cuerpo, la mirada vacía.

Y en su rostro, por solo un segundo, tal vez menos, lo veo. Duda. Solo un destello, pero suficiente. Logan, quien me ha defendido durante años, quien ha dirigido mi club mientras yo me autodestruía, quien ha creído en mí cuando nadie más lo hizo. Logan mira esta escena y se pregunta si yo lo hice.

La duda desaparece rápidamente, reemplazada por la urgencia profesional. Pero lo vi. Ese momento en el que se preguntó si la heredera del desastre finalmente había estallado.

—Marisol. No te muevas. No toques… ya has… —Su voz suena lejana, como si hablara a través del agua—. Tengo que llamar a seguridad. Gunner tiene que…

Ya no puedo oírlo. La duda en sus ojos ha terminado lo que el cuerpo comenzó. Todo se drena de mí. El caos, la evasión, las bromas que me mantienen erguida. Se han ido.

Tengo dieciocho años otra vez, congelada junto a una muerte que no puedo deshacer.

Estoy vacía.

Pasos diferentes. Más pesados. Decididos.

Entonces Nico está allí, llenando el umbral como un ángel vengador. Todo su cuerpo se queda inmóvil como el de un depredador, y siento más que oigo el gruñido formándose en su pecho. Sus ojos captan la escena: yo arrodillada junto a una mujer muerta en una habitación que ha estado sellada por ocho años, mis manos sobre su cuerpo, Logan todavía balbuceando sobre seguridad y protocolo.

Pero Nico no mira el cuerpo primero. Me mira a mí.

No hay duda en sus ojos. Ni un destello. Ni una fracción de segundo. Él ve esta escena de pesadilla y su único pensamiento es llegar hasta mí.

—Marisol —solo mi nombre, pero corta la estática en mi cabeza—. ¿Quién hizo esto? —Las palabras salen letales, prometiendo sangre.

No puedo responder. No puedo moverme. Estoy tallada en piedra, la estatua de una chica arrodillada junto a la muerte. Silenciosa. Completamente silenciosa, como si mi voz hubiera muerto con la mujer del sofá.

Se acerca a mí en tres zancadas, cae de rodillas, enmarca mi rostro con sus manos.

—Esto fue montado —dice—. Esto es una trampa.

Las palabras no tienen sentido. Nada tiene sentido. Pero sus manos están cálidas y sólidas y reales, su corazón late constante cuando me atrae contra su pecho.

No hace preguntas. No espera respuestas que no puedo dar. Simplemente actúa, decidido, seguro. Sus brazos se deslizan debajo de mí y de repente no peso nada, cargada como algo precioso en lugar de roto. El último hombre que me cargó lejos del horror fue Gabriel, huyendo de su propio crimen. Pero Nico me carga hacia algo: seguridad, venganza, hacia él mismo. Soy un peso muerto en sus brazos, tan silenciosa como la mujer del sofá.

Fuera de la habitación, pasando a Logan, bajando las escaleras. Me carga a través de la luz dorada y la música que sigue sonando porque el mundo aún no sabe que algo murió arriba. Con mi rostro presionado contra su pecho, permanezco en silencio, ni siquiera lloro, solo estoy vacía.

Está hablando por teléfono, con voz de un frío ártico. —Cierren el edificio. Que nadie entre ni salga. Tráiganme todo lo de seguridad, cada ángulo, cada marca de tiempo —una pausa—. Fue un montaje. Alguien puso ese cuerpo allí para que ella lo encontrara.

Las palabras me bañan sin calar. Cuerpo. Montaje. Trampa. Solo son sonidos.

El calor de Miami nos golpea al salir del club. Real. Físico. Pero yo sigo en esa habitación, sigo arrodillada, sigo teniendo dieciocho años y estando congelada.

Me mete en el auto, sin soltarme por completo, como si supiera que si me suelta podría salir flotando. Me atrae hacia él. Ahora estoy temblando, y su mano aprieta la nuca de mi cuello, no con gentileza sino con firmeza, como si me estuviera sosteniendo físicamente en el presente, negándose a dejar que el pasado me lleve.

El trayecto transcurre en fragmentos. Las luces de la ciudad pasando por las ventanillas. Su calor sólido a mi lado. El silencio que no exige nada de mis labios mudos.

En el penthouse, me guía hasta el sofá, envuelve una manta alrededor de mis hombros aunque en Miami nunca hace frío. Me obliga a beber agua que trago mecánicamente.

Luego se sienta a mi lado. Esperando. Sin presionar. Simplemente allí.

El silencio se prolonga hasta que no puedo soportarlo más.

—Se veía igual.

Las palabras salen como un susurro, lo primero que he logrado decir desde la habitación. Desde que todo se hizo añicos.

Nico no pregunta a qué me refiero. Espera.

—Hace ocho años. La mujer de esa habitación… —miro a la nada, viendo el empapelado azul detrás de mis párpados—. La misma posición. La misma quietud. Como si solo estuviera durmiendo. Como si, si la sacudieras con suficiente fuerza, se despertaría y se reiría del sueño extraño que tuvo.

Mi voz se quiebra, pero las palabras siguen saliendo, extraídas de algún lugar profundo que ha estado cerrado tan herméticamente como esa habitación.

—Alguien sabía exactamente cómo posicionarla. Alguien que sabe sobre la peor noche de mi vida.

La comprensión llega a través del shock como agua helada en mis venas. Miro a Nico, lo miro de verdad por primera vez desde que me

encontró.

—César envió al intermediario hace ocho años. Él es el único además de Gabriel y de mí que sabe cómo se veía esa habitación. Cómo se veía ella.

La mandíbula de Nico se traba, sus ojos se vuelven asesinos.

—Él me vio ayudar a Gabriel esa noche. A través de cámaras, a través del informe del intermediario, de alguna manera. Vio a una chica de dieciocho años destruirse a sí misma para proteger a su hermano, y lo guardó durante ocho años, esperando el momento perfecto para usarlo.

Siento que algo cambia dentro de mí, no es exactamente una curación, sino un endurecimiento que se convierte en algo afilado y peligroso.

—Él cree que ha ganado —susurro contra el pecho de Nico, las palabras sabiendo a hierro y promesa—. Cree que me desmoronaré como lo hice a los dieciocho. Cree que me quedaré callada y seré cómplice mientras me destruye.

—No lo harás —la certeza de Nico es absoluta, sus brazos apretándose a mi alrededor como si pudiera mantenerme entera a pura voluntad.

—No —asiento, y por primera vez desde que vi ese cuerpo, siento algo más que un horror vacío. Es rabia, cristalizándose bajo el miedo como el hielo que se forma sobre el agua—. Porque esta vez, no tengo dieciocho años ni estoy sola. Esta vez, te tengo a ti.

Me aparto para mirarlo, y sus ojos están negros de furia, de promesa, de algo posesivo que hace que mi pulso se acelere a pesar de todo.

—Voy a ayudarte a destruirlo —digo, y las palabras no tiemblan. Queman—. César cree que me conoce: la chica fiestera, el desastre, la debilidad en el imperio de mi padre. Pero no sabe en qué me he convertido.

La mano de Nico se desliza hacia mi garganta, no para amenazar sino para reclamar, su pulgar encontrando mi punto de pulso. —Ya está muerto —dice, con una voz tan fría que quema—. Solo que aún no lo sabe.

El monstruo en su voz me hace sentir segura por primera vez desde que entré en esa habitación. No porque Nico vaya a protegerme, aunque lo hará, sino porque vamos a cazar juntos.

César usó mi peor trauma en mi contra, pensando que me rompería de la misma manera dos veces.

Está a punto de aprender que las cosas rotas también pueden convertirse en armas.

24 - Nico

No está durmiendo realmente. Solo se esconde en algún lugar donde no puedo seguirla.

Está acurrucada de lado, con las manos apretadas contra el pecho como si protegiera algo vital. La mujer que llena cada habitación en la que entra se ha hecho lo más pequeña posible.

Incluso destrozada, incluso vacía, es hermosa de una manera que me oprime el pecho. Su vulnerabilidad no disminuye el deseo. Lo transforma en algo más feroz, más protector. El pijama de seda se ciñe a sus curvas y me obligo a apartar la mirada.

La rabia se asienta fría en mi pecho, paciente como el invierno. No es la furia ardiente del combate, sino algo ártico, calculador. Cesar Vega preparó el cuerpo de una mujer para replicar un trauma de hace ocho años. La llamó *cariña* mientras planeaba esto. Ayer puso sus manos sobre ella, le tocó la cara mientras su mundo se hacía pedazos. Esas serán las últimas palabras que pronuncies con la mandíbula intacta.

Me duelen las manos. No por las dominadas, sino por la necesidad física de herir a alguien. La presión tras mi esternón no cederá hasta que Cesar esté sangrando bajo mis puños. Me duele la mandíbula de tanto apretarla. Tengo un sabor metálico en la boca debido a la adrenalina y la furia que se mezclan en algo tóxico.

Control. Todavía no. No hasta que ella esté a salvo.

Otro mensaje. Marco:

¿Qué necesitas?

El ofrecimiento de Marco no es solo apoyo fraternal. Es la promesa de soldados Rosetti, dinero Rosetti, venganza Rosetti. Todo el peso de nuestra maquinaria listo para ser desplegado. Respondo: *Trabajando en ello.*

Cuatrocientos veinticinco minutos ya. Cada respiración cuenta, marcando el tiempo en esta vigilia. He analizado cada ángulo mientras ella se oculta en ese lugar entre el sueño y la consciencia. El hecho de que las grabaciones fueran borradas significa que Cesar

tiene gente dentro de La Sirena. Los medios ya tienen la noticia. Alguien filtró detalles sobre la habitación sellada, la presencia de ella, el cuerpo.

Arquitectura, no impulso. Todo lo que Cesar hace es paciente, meticuloso.

Mi teléfono vibra de nuevo. El abogado que Marco tiene en nómina:

Las autoridades quieren una entrevista. Negociando términos.

Dejo el teléfono y la observo respirar. Se mueve ligeramente y su cabello roza mi muñeca donde descansa sobre la cama. Incluso ahora, agotado y traumatizado, mi cuerpo responde a su proximidad, y la sangre se me calienta ante el simple contacto.

Sale a la superficie cerca de las diez de la mañana. No es que se despierte del todo, solo abre los ojos lentamente, tomándose un momento para recordar dónde está y por qué le duele todo.

Veo el momento exacto en que le cae el veinte. El cuerpo. La habitación. El papel tapiz azul. Su mirada se vuelve inexpresiva.

—Hola. —Su voz está despojada de todo lo que la hace ser Marisol. Sin calidez, sin caos, sin chistes sobre bananas tácticas.

—Hola.

Se incorpora mecánicamente. Va al baño. El agua de la ducha corre durante cuarenta minutos mientras preparo café y reviso actualizaciones. Tres más de Gunner sobre movimientos en la hacienda. Una del abogado sobre cómo manejar la narrativa de los medios. El olor de su champú llega hasta aquí. Vainilla y jazmín interrumpiendo mi concentración.

Sale con la piel roja de tanto tallarse. El cabello mojado, sin maquillaje. Se ve más joven, frágil, como si alguien hubiera despojado la personalidad de Marisol Delgado y hubiera dejado expuesta a la chica que hay debajo. Su piel está rosada por el agua caliente y noto el ligero temblor en sus manos mientras alcanza la taza de café.

—¿Se han puesto en contacto las autoridades? —Su voz es monótona, clínica.

—Quieren hablar. El abogado se está encargando.

Sostengo su taza mientras sus manos tiemblan, y nuestros dedos se rozan. El contacto nos mantiene estables a ambos, solo por un momento.

—¿La prensa?

—Alguien filtró información. Está en todas partes.

—¿Cesar?

—En la hacienda desde temprano. Con tu padre.

Absorbe cada golpe sin parpadear. Eso es lo que me asusta. Esa mirada perdida. La he visto en el espejo, en Marines después de Helmand. El cuerpo está presente. La persona ha evacuado temporalmente.

Hace listas. Hace preguntas inteligentes sobre las pruebas, el cronograma, la exposición legal. Pero la luz está apagada. ¿La mujer que me llamó Mi caballo, la que bebió mi café terrible, la que me agarró la verga en un bote? Se ha ido. Lo que queda es eficiente. Controlado. Vacío.

Reconozco esto. Después de Afganistán, después de la brecha en el complejo donde aquella madre y su hijo murieron bajo los escombros que yo provoqué, me volví operativo durante semanas. Los sentimientos no llegaron sino hasta después. Cuando lo hicieron, casi acaban conmigo.

Ella está en esa fase ahora. La funcionalidad hueca que te mantiene en movimiento cuando detenerse significa ahogarse. Su respuesta al trauma es diferente a la mía. Yo hago dominadas hasta que me sangran las manos; ella se queda vacía e hiperfuncional. Pero es el mismo mecanismo. La misma guerra.

—Tengo que contártelo todo. —Deja su café y algo cambia. La mirada vacía se quiebra, dejando ver algo más crudo debajo—. No como anoche. Todo.

Me siento. Espero. Le sirvo agua, y mi mano cubre la suya brevemente mientras le paso el vaso, anclando el peso emocional en el contacto físico.

—Tenía dieciocho años. Seis meses después de que mamá muriera. Todavía usaba su bata para dormir. —Su voz es firme, terrible en su claridad—. Mi hermano llamó a las dos de la mañana. Su voz sonaba mal. Aguda, fracturada. "Mari, te necesito. Algo pasó en La Sirena".

Me cuenta que lo encontró con el cuerpo. La mujer en el sofá, con los labios ligeramente azulados. Su hermano diciendo una y otra vez que no despertaba. Cómo llamó a Cesar porque era el único adulto en quien confiaba.

Su respiración cambia a medida que se acerca a la verdad más difícil. Más corta, más superficial. Puedo oír el cambio, la forma en

que su cuerpo lucha por pronunciar las palabras.

Luego, la parte que nunca ha dicho.

—Senti alivio. —Las palabras salen como fragmentos de vidrio—. Cuando el solucionador de Cesar lo hizo desaparecer. Cuando mi hermano se fue al seminario. Cuando sellaron la habitación. Una mujer murió y sentí alivio de que hubiera terminado. De no tener que lidiar con eso.

Sus manos tiemblan con más fuerza. Las tomo entre las mías, sintiendo lo frías que se han puesto. —Nunca supe su nombre. Ocho años y nunca la busqué. Ella era simplemente… un problema que se resolvió.

La vergüenza se asienta entre nosotros, pesada como el plomo.

—Tenías dieciocho años —digo con cuidado—. Tu madre acababa de morir. Estabas en modo de supervivencia.

Ella sacude la cabeza, sin creerlo.

—Tú no mataste a esa mujer. Solo ayudaste a tu hermano a arreglar lo que sea que haya pasado en realidad. Llamaste al único adulto en quien confiabas porque eras una niña en medio de una crisis. —Me inclino hacia adelante, manteniendo sus manos entre las mías—. Y Cesar no lo arregló por amor. Desde ese momento, se adueñó de ambos.

Ella me mira, procesando el replanteamiento táctico.

—Ocho años de mantenerte dependiente, de mantenerte aislada, de mantener a tu hermano en el exilio. Todo conduciendo a este momento. Ha guardado ese chantaje como un arma, esperando el momento adecuado para usarla.

—¿Crees que ha estado planeando esto durante ocho años?

—El control, sí. Tal vez no los detalles específicos. ¿Pero lo de anoche? —Aprieto la mandíbula—. Meses de preparación. Las historias de malversación, las narrativas de los tabloides. Todo era una preparación para esto.

La confesión la vacía de una manera distinta al vacío de esta mañana. Se siente más ligera, como si hubiera soltado un peso que ha cargado durante tanto tiempo que su cuerpo ya ni siquiera sabía que estaba ahí.

Nos pasamos al sofá. Se acurruca contra mí y la sostengo mientras Miami brilla más allá de las ventanas, ajena a todo. No hablamos durante un rato. Solo respiramos juntos. Mi mano en su cabello, la otra descansando donde suele estar mi Glock. Ahora está

vacía, pero mis dedos siguen buscando ese espacio, una memoria muscular de violencia mientras ofrezco consuelo. Sus dedos trazan las fechas conmemorativas en mi antebrazo.

—No he tomado un trago desde lo del bar.

Lo sé. He estado pendiente.

—La antigua yo ya llevaría tres botellas encima.

—Lo sé.

—No lo quiero. Pensé que sí. Después de lo de anoche. Pero solo quiero… —No termina la frase.

Espero.

—Esto. Solo quiero esto.

Mi brazo se aprieta a su alrededor. Respira contra mí y lucho por no estrujarla hasta que estalle.

Se queda dormida contra mí. Agotada. Un sueño real esta vez, no la semiconsciencia inquieta de anoche. Profundo. Confiado.

Observo su rostro, la tensión que se suaviza. Las tenues pecas que oculta con maquillaje. La curva de su boca. Su cabello aún húmedo de la ducha, oliendo a vainilla. Su cuerpo cálido contra el mío, suave en el sueño.

El sentimiento se asienta en mi pecho, innombrado pero absoluto. Sé lo que es. Lo sé desde hace días. Pero la palabra en sí se siente extraña, peligrosa, como munición para la que no he sido entrenado. Tres sílabas que lo cambian todo, que te diré cuando estés lista para escucharlas. Cuando no te estés ahogando. Cuando sea el momento adecuado.

Mi teléfono se ilumina repetidamente mientras navego viendo cómo su mundo arde en cada pantalla. Cada titular es un clavo más en el ataúd que Cesar está construyendo a su alrededor.

Marco: *¿Cronograma?*

Entiendo lo que está preguntando. ¿Cuánto tiempo falta para que necesite desplegar toda la maquinaria Rosetti?

Respondo: *Pronto.*

Llegan más actualizaciones. Cesar visitando la hacienda esta mañana, fingiendo ser el tío devoto de Jorge. La narrativa mediática cobrando fuerza: —CUERPO HALLADO EN SALA VIP SELLADA DE HEREDERA DELGADO—. Las historias de malversación eran solo el terreno de juego. Todo conducía a este momento.

Ella respira contra mí mientras su reputación muere en tiempo real. Las autoridades presionarán por una entrevista en unos días, tal

vez antes si el abogado no logra dar largas. Su condena pública ya se está formando. La fe agonizante de su padre en ella está siendo destrozada por los susurros de Cesar. Cada hora que la sostengo es una hora que Cesar gana terreno.

Pero hoy ella duerme. Y bajo la quietud, el soldado planea.

Ya no es defensa. No es control de daños.

Es ofensiva.

Lo haré sufrir. No con una bala. Demasiado rápido. Mis manos alrededor de su garganta mientras le explico exactamente por qué. Mientras le hago entender que tocó lo que es mío. Que usó el trauma de ella como un arma. Que la llamó *cariña* mientras planeaba su destrucción.

La rabia ha pasado de ser fría o caliente. Se ha vuelto estructural, de carga, lo que me mantiene entero mientras ella se desmorona.

Cuando llegue el momento, y llegará pronto, Cesar aprenderá la diferencia entre un hombre que manipula y un hombre que elimina.

Probablemente esté durmiendo plácidamente entre sus sábanas caras, pensando que ha ganado.

No volverá a dormir.

Se mueve en sueños, apretándose más a mí, buscando mi calor incluso inconsciente. Su mano se desplaza por mi pecho, buscando, y luego se queda quieta sobre mi corazón. Justo donde esas tres sílabas esperan, pesadas como armas cargadas. Sus dedos se enroscan en mi camisa, anclándose a mí.

El gesto rompe algo en mi pecho. Esta mujer que ha sido traicionada por todos los que debieron protegerla sigue buscándome en sueños. Sigue confiando en mí para mantener alejados a los monstruos.

Su respiración se vuelve más profunda y murmura algo contra mi pecho. Mi nombre, tal vez, o simplemente sonidos de satisfacción. La suavidad de ello, la vulnerabilidad total, me cierra la garganta. Encaja perfectamente conmigo, como si hubiera sido diseñada para este espacio. Como si perteneciera aquí, en mis brazos, mientras planeo un asesinato.

Presiono mis labios en la coronilla de su cabeza, aspirando su aroma. Vainilla, flores y algo que es solo de ella.

Sus dedos se aprietan en mi camisa, aferrándose incluso en sueños. Confiando plenamente en mí.

Sin saber que yo soy uno de los monstruos.

25 - Marisol

Solía pensar que tocar fondo era despertar en la cama de un extraño sin recordar cómo llegué allí. Estaba equivocada. Tocar fondo es estar bien despierta mientras cada segundo de tu vida se desmorona.

Mi teléfono vibra contra la encimera de mármol. Otra notificación que se une al enjambre. Una cuarenta y cinco. Una cuarenta y seis. Cada zumbido envía una pequeña descarga a través de las yemas de mis dedos donde descansan a su lado. No he mirado todavía. No puedo. Todavía me duele el cuerpo por lo de anoche. Moretones morados florecen en mis caderas donde Nico me agarró como si pudiera desaparecer, esa molestia particular entre mis piernas que me hace contraerme involuntariamente. Hace doce horas él estaba dentro de mí, gimiendo mi nombre mientras se corría. Ahora su voz táctica atraviesa el penthouse. «Vigilancia», «exposición legal», «cronograma». Como si nada de eso hubiera pasado.

Una cuarenta y ocho. La pantalla se ilumina con otro titular que no alcanzo a leer del todo desde aquí.

Tomo el teléfono.

El asalto es inmediato. Los titulares se desdibujan, pero el tema grita con claridad: *CUERPO HALLADO EN LA HABITACIÓN VIP SELLADA DE LA HEREDERA DELGADO*. Cada medio, cada plataforma. Mi pulgar se desplaza mecánicamente mientras el estómago se me vuelve ácido. El detalle de la habitación sellada está en todas partes. Ocho años cerrada, ¿qué estaba escondiendo? Fotos mías de los últimos ocho años reunidas en un mosaico incriminatorio: la fiesta en el yate, el rímel corrido por mi cara; saliendo a tropezones de Babylon a las 4 a. m., con el vestido subido, los de seguridad cargándome a medias. Todo reformulado como evidencia de alguien capaz de… no dicen «asesinato». No es necesario. La implicación hace todo el trabajo.

Los comentarios son peores. Extraños que diseccionan mi culpabilidad con tal certeza, con tal regocijo. *Definitivamente lo hizo.*

Miren esos ojos muertos. Dejo el teléfono. Mi mano tiembla. Lo tomo de nuevo. Lo dejo. La compulsión de seguir mirando es su propio tipo de autolesión, tan familiar como respirar.

Suena el teléfono. El abogado, su nombre brillando en la pantalla. Profesional, costoso, el mejor que el dinero de Marco puede comprar.

—Señorita Delgado —su voz tiene ese peso particular de las malas noticias envueltas en lenguaje legal—. La policía quiere una entrevista formal. No está bajo arresto. No es oficialmente sospechosa. Pero sus huellas están en el cuerpo. La encontraron en la habitación. Una habitación sellada por orden suya durante ocho años.

Se me cierra la garganta. —Así que tienen preguntas.

—Sí. Coopere con cuidado. Responda solo lo que se le pregunte. No ofrezca información voluntariamente. No especule—. Una pausa que probablemente factura a quinientos dólares. —No mencione ningún incidente previo. No hay evidencia que conecte los eventos, y mencionar cualquier cosa sería catastrófico—.

La implicación se asienta sobre mí como cemento fresco: tengo que explicar por qué mis huellas dactilares están en el rostro de una mujer muerta mientras oculto que este mismo escenario ya ocurrió antes. Le doy las gracias. Termino la llamada. Me quedo agarrada a la encimera hasta que me duelen los nudillos.

Necesito a Logan. Necesito escuchar su voz. Necesito a mi aliado que siempre ha creído en mí, incluso cuando yo estaba demasiado borracha para creer en mí misma.

Responde al segundo timbrazo, pero la calidez no es la correcta. Es cuidadosa. Profesional. La complicidad fluida de años trabajando juntos ha sido reemplazada por algo medido, distante.

—El club está cerrado por la investigación —sus palabras salen espaciadas con precisión, como si leyera notas—. El personal está alterado. Algunos han renunciado. La prensa está acampada afuera.

Espero a que me pregunte cómo estoy. No lo hace.

Espero a que diga que me cree. No lo hace.

—Los abogados se están encargando de todo—, continúa. —Deberías descansar—.

Descansar. La palabra que todos usan cuando quieren decir: no estorbes.

Casi le pregunto directamente: *¿Crees que yo hice esto?* Pero recuerdo su cara en esa puerta. La duda que la cruzó, rápida pero

inconfundible. Incluso si ahora dice que no, sabré que es una actuación.

—Gracias por la actualización—. Mi voz suena hueca incluso para mí.

La llamada termina. Algo se fractura silenciosamente dentro de mi pecho. Se suponía que Logan era el único que nunca dudaba.

Me muevo hacia los ventanales, con Miami extendiéndose abajo, bajo el calor de la mañana. Hermosa. Indiferente. La humedad se filtra a través del vidrio a pesar del aire acondicionado y mezcla el aire salino de la bahía con el aroma persistente a canela y aceite de armas. La presencia de Nico, marcando el espacio incluso cuando está a tres metros de distancia en otra llamada.

No puedo irme. La prensa estará esperando con sus cámaras, sus preguntas y sus micrófonos empujados en mi cara. *Marisol, ¿conocía a la víctima? Marisol, ¿por qué estaba sellada la habitación? Marisol, ¿está cooperando con la policía?* El penthouse que era nuestro capullo, donde él me sostuvo, me folló y me hizo sentir segura, se ha convertido en una jaula.

Si la familia de la víctima descubre quién es ella, si se enteran de que su hija murió para incriminarme, esa es otra capa de peligro en un mundo ya lleno de cuchillos. Pero Cesar ha planeado esto con demasiado cuidado. La identidad se mantendrá oculta hasta que le sirva a su propósito revelarla.

Nico termina su llamada actual, viene a pararse a mi lado. Su mano encuentra la base de mi espalda. Ese toque casual que he llegado a necesitar como el oxígeno. Me inclino hacia él, sintiendo mis pezones tensarse contra la seda solo por su proximidad. Patético. Él es lo único sólido que queda, y mi cuerpo todavía me traiciona con deseo incluso mientras todo se desmorona.

Pasa a mi lado hacia la cocina, con los dedos rozándome la espalda baja al caminar. El simple roce me humedece, me hace recordar sus manos por todo mi cuerpo anoche después de que le supliqué que me follara duro, su boca sobre la mía mientras se corría. Odio que incluso ahora, vacía como estoy, mi cuerpo recuerde lo que éramos hace doce horas.

Necesito a mi padre. Necesito escucharlo decir que me cree. Incluso decepcionado, incluso enojado. Lo necesito de mi lado.

Mis dedos tiemblan mientras marco.

El teléfono suena. Una vez. Dos veces. Luego la voz de Cesar se desliza por la línea, cálida como el veneno: —Mari, cariña—.

Se me revuelve el estómago. Esa calidez en la que confié toda mi vida, ahora revelada como una actuación. Tan falsa como todo lo demás en él.

—Necesito hablar con mi padre—.

—Oh, mija —su pesar suena tan genuino que casi lo creo—. Jorge está descansando. Los médicos le han ajustado la medicación. Ha estado muy alterado. La noticia sobre La Sirena, sobre la… situación. Le ha afectado mucho. Su corazón, tú entiendes. El estrés…

—Solo cinco minutos. Por favor—.

—Lo sé, pero los médicos fueron muy claros. Nada de estrés. Nada de conversaciones perturbadoras. Tenemos que pensar en qué es lo mejor para su salud —hace una pausa, cargada de falsa preocupación—. Ha estado haciendo preguntas, Mari. Sobre la habitación. Sobre por qué estaba sellada. He estado tratando de tranquilizarlo, de protegerte, pero él es perspicaz. Incluso ahora. Me rompe el corazón verlo dudar…

Deja la frase en el aire, permitiendo que la implicación flote. Jorge está dudando de mí. Y Cesar se está asegurando de ello. Y si presiono para hablar con él, Cesar lo pintará como que soy la hija que estresa a su padre moribundo y que posiblemente le provoque el ataque al corazón que lo mate.

Jaque mate.

—Dile que llamé—. Mi voz se quiebra ligeramente. —Dile que lo amo—.

—Por supuesto, cariña. Sabes que lo haré. ¿Y, Mari? Por favor, ten cuidado. Esta ciudad puede ser muy peligrosa para una mujer en tu posición.

La amenaza se desliza bajo sus palabras como una hoja entre las costillas.

Cuelgo. Me quedo mirando el teléfono en mi mano. Detrás de mí, escucho que la respiración de Nico cambia. Lo escuchó todo. Él sabe.

—Me está bloqueando el acceso a mi propio padre—. Las palabras salen planas, como si constatara un hecho.

La mandíbula de Nico se tensa, ese músculo saltando. —Sí—.

—Mi padre se está muriendo y yo ni siquiera puedo…—. Mi voz se quiebra más fuerte esta vez. Las lágrimas están justo ahí, calientes,

presionando detrás de mis ojos. El duelo, la rabia y la impotencia luchan por brotar.

Casi hago una broma. Algo sobre cómo al menos quienquiera que me incriminó tiene un gusto excelente en víctimas. Pero ni siquiera mi caos puede sobrevivir a esto. Las palabras mueren en mi garganta.

Pero si empiezo a llorar ahora, no me detendré. Y no puedo permitirme desmoronarme. La policía quiere entrevistarme mañana. Los medios están rondando. Cesar está posicionando piezas en un tablero que solo él puede ver. Si me rompo ahora, lo pierdo todo.

Estoy completamente sola. Sin aliados. Sin familia. Sin Logan. Atrapada en este penthouse mientras mi reputación muere, mientras mi padre se desvanece creyendo que soy culpable de algo indescriptible. La jaula es completa. Dorada, cómoda y absoluta.

Algo sucede entonces. Nada dramático. Sin explosiones ni decisiones.

Las lágrimas retroceden. El pánico retrocede. Todo retrocede como la marea alejándose de la orilla.

Lo que queda es calma. Claridad. Frío.

Camino hacia la isla de la cocina con pasos firmes. Abro mi computadora portátil. Empiezo a hacer listas.

Metódica. Estratégica. Eficiente.

¿La duende del caos que inventaba apodos, quemaba las tostadas y lo llamaba «Mi caballo»? Ella se ha ido. Lo que la ha reemplazado es algo magro, afilado y vacío. He observado a Nico operar durante semanas. La mente táctica que ve las amenazas antes de que se materialicen. La compartimentalización que le permite follarme hasta perder el sentido y luego atender una llamada sobre un asesinato sin perder el ritmo. La disciplina que mantiene la emoción en una caja cerrada.

Aprendí. Lo absorbí todo mediante la observación. Ahora implemento sus métodos con la dedicación de una buena estudiante.

Pasan las horas en un silencio concentrado. Yo trabajo. Él trabaja a mi lado. El penthouse está en silencio. No hay películas terribles de fondo, ni burlas sobre sus aburridos batidos de proteínas, ni toques casuales que lleven a algo más. Solo dos personas que operan en vías paralelas, profesionales y separadas.

Cuando me levanto a buscar agua, me sorprendo a mí misma acomodando las revistas en la mesa de centro en ángulos rectos

perfectos. Orden a partir del caos. Control a partir de la catástrofe.

Él pone un plato frente a mí en algún momento. Huevos, tostadas, fruta dispuesta en líneas ordenadas. Como mecánicamente, apenas saboreando. Combustible, no placer. Él me mira masticar y tragar con una expresión que no puedo descifrar.

La champaña en el refrigerador me susurra una vez. Viejo hábito, vieja solución, vieja amiga. Pero eso sería ineficiente, y ahora todo en mí es eficiencia. Además, Nico lo notaría, y no puedo soportar la idea de su preocupación. La forma cuidadosa en que me preguntaría si estoy «lidiando con ello».

Atiendo dos llamadas sin contratiempos. Primero, el abogado de nuevo; luego, un asesor financiero. Cada palabra medida, cada respuesta calculada. Sin que la emoción se filtre. Esto es lo que Nico hace. Así es como él sobrevive. Evaluar la amenaza, desarrollar la respuesta, ejecutar.

Él abre la boca dos veces durante mis llamadas, luego la cierra. Algo se está gestando tras sus ojos que no quiere expresar. Sus dedos tamborilean una vez contra su muslo. El único signo de agitación que le he visto en todo el día.

—Marisol—.

—¿Mmh?—. No levanto la vista de los registros financieros que estoy analizando.

—Habla conmigo—.

—Estoy hablando. Los registros muestran un patrón de transferencias sistemáticas que…—

—No me refiero a eso—.

Levanto la vista. Me encuentro con sus ojos color avellana. No le doy nada más que eficiencia vacía. Mi rostro es una máscara de competencia profesional.

—Estoy bien. Lo estoy manejando—.

Algo parpadea en sus ojos. No es ira. Es reconocimiento. Y debajo de eso, miedo. Miedo real, del tipo que nunca le había visto.

Cae la noche, pintando el penthouse de oro y sombras. Él viene a sentarse a mi lado en el sofá. Cerca. Su cuerpo angulado hacia el mío, su rodilla casi tocando mi muslo. Su calor me pone la piel de gallina en los brazos, pero no me aparto. No me acerco. Solo continúo trabajando.

—Tienes que parar—.

—Tengo que prepararme para mañana—.

—Llevas diez horas en esto—.

—Hay mucho para lo cual prepararse—.

—Marisol—. Su mano cubre la mía sobre el teclado, deteniendo mis dedos. —Mírame—.

Lo miro. Calmada. Vacía. Paciente. Esperando a que diga lo que tenga que decir para poder volver al trabajo.

—Te estás cerrando—.

—Estoy haciendo una estrategia—. Retiro mi mano y la coloco con precisión en mi regazo. —¿No es eso lo que haces tú? Evaluar amenazas, compartimentar emociones, mantener la eficiencia operativa. Este enfoque táctico. Tú me enseñaste cómo—.

Algo le sucede a su rostro. Un microbio-cambio que lo transforma por completo. El miedo se intensifica, mezclado con algo que parece casi duelo.

—He estado confiando demasiado en ti—, continúo, con voz razonable, medida. —Para protección, para apoyo emocional, para todo. Eso no es justo para ti, y no es sostenible. Necesito manejar esto yo misma—.

Lo digo con la intención de mostrar madurez. Como fortaleza. Como convertirme finalmente en alguien que no necesita ser salvada constantemente.

Su mano cae de donde intentaba alcanzarme. Cae a su costado como algo cercenado.

El aire cambia entre nosotros. Un cambio de temperatura tan repentino que es casi físico. Como si alguien hubiera abierto todas las ventanas en enero. El calor se drena de sus ojos. La apertura, la ternura, la forma cuidadosa en que me ha sostenido durante días, todo retrocede detrás de algo duro e impenetrable.

El soldado del primer día está de vuelta. El que me miraba como un activo que debía gestionar.

—¿Nico?—

—Deberías descansar algo—. Su voz es uniforme. Profesional. La voz que usa para las llamadas sobre operaciones, no la voz que gimió mi nombre anoche.

—¿Qué dije?—

—Nada. Tienes razón. Deberías manejar esto tú misma—. Se pone de pie, y la distancia se siente infinita aunque esté a un metro de distancia. —Estaré en la otra habitación si necesitas asistencia de seguridad—.

Asistencia de seguridad. Las palabras aterrizan como hielo.

Se mueve hacia la habitación de invitados. La cama estrecha que no ha tocado en semanas, el espacio que abandonó para enroscarse a mi alrededor por la noche, para despertarme con su lengua entre mis piernas, para sostenerme a través de las pesadillas.

—Nico—. El temblor en mi voz traiciona todo lo que intento no sentir. —¿Hice algo mal?—

Un largo silencio. Él me da la espalda. Veo la tensión en sus hombros. Tenso, rígido, un hombre en guerra consigo mismo. Su mano sujeta el marco de la puerta con tanta fuerza que sus nudillos se blanquean.

—No, señora—. Las palabras salen bajas, definitivas. —No hiciste nada mal—.

Cierra la puerta.

El sonido resuena por todo el penthouse. Me quedo mirando la puerta cerrada. El silencio al otro lado. Siento el pecho hueco, como si me hubieran raspado por dentro. Le di todo. Cada secreto, cada herida, cada verdad vergonzosa que nunca le conté a nadie más. Confié en él por completo. Anoche él estaba dentro de mí, diciendo mi nombre como una oración. Esta noche ni siquiera puede mirarme.

¿Qué dije mal? Repaso cada palabra, buscando la línea de falla. Estaba siendo fuerte. Competente. Estratégica. Autosuficiente. Todo lo que debería ser. Todo lo que él es.

—Tú me enseñaste cómo—. Su rostro cambiando.

—No necesito que me protejas—. Su mano cayendo.

—Puedo manejarlo—. La temperatura desplomándose.

¿Por qué mi fortaleza lo asustó? ¿Por qué volverme como él lo alejó?

La vieja narrativa surge, familiar como respirar. Venenosa. Confiable.

Todos se van.

Gabriel se fue por Dios y la culpa. Mi madre se fue a través de la muerte. Mi padre se retiró tras la decepción. Gunner se retiró para ser el mejor maldito amigo de Nico. Logan se retiró tras la duda. Y ahora Nico, que me sostuvo durante las pesadillas, que lanzó a un hombre contra las rocas por tocar mi brazo, que se corrió dentro de mí mientras me miraba a los ojos, está tras una puerta cerrada.

Yo soy el factor común. El objeto del que la gente eventualmente no puede estar cerca. El desastre que se cansan de gestionar. O tal vez, y este pensamiento es el que corta más profundo, el vacío que ven cuando dejo de actuar.

No entiendo qué activé en él. No entiendo por qué mi competencia se convirtió en un arma vuelta contra los dos. Todo lo que sé es que estoy sentada aquí en la oscuridad que se cierne, confundida y sola, mientras la única persona que me quedaba se ha retirado por completo.

Tres de la mañana. El penthouse está a oscuras excepto por las luces de la ciudad que se filtran por las ventanas. Miami todavía pulsa abajo. Promesas de neón, el bajo de clubes distantes, la ciudad que nunca duerme incluso cuando todo en ella está muriendo. La humedad presiona contra el vidrio y puedo saborear el aire salino, pero ya no hay canela. No hay aceite de armas. Solo el vacío costoso de un espacio desierto.

Mi mano se levanta hacia su puerta. Tres veces casi llamo. Tres veces me detengo. ¿Qué diría? *¿Lo siento por volverme fuerte? ¿Por favor quiereme aunque ahora esté vacía? ¿Regresa y sé el hombre que me hizo creer que valía la pena quedarse por mí?*

Las palabras morirían en mi garganta de todos modos. La duende del caos que habría hecho una broma, que lo habría llamado Banana táctica y le habría exigido que dejara de ser ridículo, se ha extinguido. Lo que queda no sabe cómo cruzar esta distancia.

No me he movido del sofá en horas. No puedo dormir. No puedo llorar. No puedo sentir nada excepto este entumecimiento que se extiende, el hielo formándose sobre todo lo que solía arder.

De un lado de esa pared, el hombre que me hizo creer que valía la pena quedarse por mí. Que me mostró lo que se sentía ser deseada, reclamada, conservada. Del otro lado, yo. Aparentemente demostrando que, después de todo, no valía la pena.

No lloro. Eso requeriría sentir algo, y apagué eso hace horas. El entumecimiento es total ahora, extendiéndose por mí como el invierno. Todo lo que me hacía ser yo, el caos, la calidez, la mujer que agarró su polla en un barco solo para verlo perder el control, todo está extinto. Congelado. Desaparecido.

La computadora portátil descansa cerrada en la mesa de centro. Todas esas listas, toda esa estrategia. ¿Qué sentido tiene? Hice todo

bien. Me volví fuerte, táctica, autosuficiente. Me volví lo que él es. Y eso lo alejó.

Tal vez ese sea mi verdadero talento. No el acto de la duende del caos, ni la actuación de la chica fiestera. Mi verdadero talento es convertirme exactamente en lo que la gente no quiere. Mi hermano necesitaba inocencia; le di complicidad. Mi padre necesitaba fortaleza; le di debilidad. Nico necesitaba… ¿qué? ¿El desastre? ¿La vulnerabilidad? ¿La mujer que necesitaba ser salvada?

Nunca lo sabré ahora. Él se ha ido. No físicamente, sino en todas las formas que importan.

Llevo mis rodillas al pecho, haciéndome más pequeña en el vasto sofá. La seda de mi vestido está fría contra mi piel. Todo está frío ahora. Incluso el recuerdo de su calor dentro de mí se siente distante, como algo que soñé o vi en una película sobre otras personas.

El silencio se prolonga. Vacío. Final. Completo.

26 - Nico

—Tú me enseñaste cómo hacerlo.

Las palabras se repiten en bucle, un archivo de audio que mi cerebro se niega a borrar. Su voz, monótona y profesional, suena demasiado parecida a la de otra persona. La voz de Sofia, hace toda una vida: —Tú me convertiste en esto. Me enseñaste a ser dura, a ser un arma. ¿Estás orgulloso de lo que soy ahora?

Mujeres distintas. Misma cadencia. Misma acusación. El mismo arquitecto.

Me levanto a las 5 a. m. Hago dominadas en el marco de la puerta del baño porque aquí no hay barra. El ritmo es familiar, el único lenguaje en el que mi cuerpo confía. Al llegar a las doscientas ochenta y seis, me detengo. No por el dolor. Sino porque la oigo moverse en la cocina.

Está preparando café. Su terrible café que sabe dulce y lechoso como natilla aguada, pero bebería galones de esa cosa si eso significara que las cosas volvieran a la normalidad entre nosotros.

Me ducho con agua fría, me visto de negro y abro la puerta de la habitación de invitados como si estuviera irrumpiendo en territorio enemigo.

Ella está en la isla de la cocina. La computadora portátil abierta. El café humeante. La cocina todavía huele a ella: a vainilla y a esa crema de coco que usa. Se ha impregnado en todo. En mí. Lleva puesta mi camiseta, la que me robó hace días cuando todavía me llamaba Mi caballo y hacía bromas sobre mi estilo «todo táctico», y nada más debajo. Me doy cuenta por la forma en que se le pega al cuerpo. Mi miembro se agita a pesar de todo, y me odio a mí mismo por este deseo que no muere incluso mientras asesino todo lo demás.

La imagen hace que se me oprima el pecho.

Ella levanta la vista. Busca algo en mi rostro. Al hombre que la sostuvo durante sus pesadillas, que la besó en una azotea, que se deshizo dentro de ella susurrando su nombre.

En su lugar, le ofrezco la versión del soldado.

—Buenos días.

—Buenos días —la palabra suena seca, profesional, exactamente como me merezco.

Levanta la barbilla. Ese micro-movimiento que he notado cien veces: la señal de Marisol Delgado para *estoy herida, pero preferiría morir antes que demostrarlo*.

La distancia entre nosotros: casi cuatro metros. Podría cruzarla en 0.7 segundos. Podría tenerla en mis brazos antes de su próximo latido. En cambio, mantengo mi posición. Vigilo el perímetro que he establecido alrededor de mi propia cobardía.

Existimos en la misma habitación, a kilómetros de distancia.

Mi teléfono vibra con una llamada entrante. Es Gunner, lo que a esta hora significa problemas.

—La víctima ha sido identificada —dice, con su voz tan profunda como el océano.

Espero con impaciencia, pero no añade nada más. —¿Y?

—Lucia Zayas. Hija de la familia Zayas.

Los Zayas son los buitres que rodean el cadáver agonizante del imperio del padre de Marisol. La familia rival que destruiría a cualquiera o cualquier cosa para poner sus manos en el imperio Delgado. Una familia tan brutal y unida como la mía. ¿Y ahora creen que Marisol mató a uno de los suyos?

—¡Mierda!

La palabra sale de mi boca antes de que pueda evitarlo, y Marisol levanta la vista bruscamente. Salgo al balcón para tener privacidad, pero a través del cristal todavía puedo verla en la isla, con los hombros rígidos, observándome.

—La familia Zayas se ha puesto en contacto. Su hija está muerta —continúa Gunner—. La encontraron en una propiedad de los Delgado. Quieren respuestas. No de la policía. De la familia. De Marisol.

La implicación es clara: si no se proporcionan respuestas satisfactorias, los Zayas se tomarán la justicia por su mano. Miami no resuelve las deudas de sangre en los tribunales.

—Hemos visto a sus matones cerca de La Sirena, cerca de la finca, cerca de tu edificio.

Cesar ha fabricado algo más que una trampa legal; ha fabricado una guerra. Los Zayas no saben la verdad sobre su hija. Piensan que

Marisol lo hizo. Y vienen por ella.

En Chicago, ya estaría movilizándome para la guerra. Pero aquí estoy paralizado, luchando la batalla equivocada mientras las amenazas reales nos rodean.

—Copiado —digo, realizando ya evaluaciones de riesgos—. Necesito recursos.

Las siguientes dos horas son pura logística. Me coordino con Marco, quien autoriza cualquier cosa que necesite: seguridad adicional, inteligencia sobre los movimientos de los Zayas, presión legal si es necesario. Paso el tiempo en la planificación táctica: revisando la seguridad del edificio, trazando vectores de aproximación, preparándome para cada escenario.

Se siente bien. Limpio. Esto es lo que conozco. Amenazas y soluciones que involucran potencia de fuego y posicionamiento, no vulnerabilidad y ternura.

Alejarme de ella no es una retirada. Es disciplina.

Ella intenta tres veces, a lo largo de la mañana, acortar la distancia que he construido.

Primer intento: me trae café. Lo deja junto a mi computadora mientras reviso las grabaciones de seguridad. Su muñeca roza la mía, la misma muñeca que lamí hace tres noches mientras ella jadeaba mi nombre, y mi cuerpo me traiciona con el deseo incluso mientras me aparto. Nuestros dedos casi se tocan cuando alcanzo el asa. Retiro la mano como si el casi-contacto me quemara.

—Gracias —la palabra nunca había sonado tanto a "no te acerques".

Ella tensa la mandíbula, pero se retira a su lado de la cocina sin comentar nada.

Segundo intento: —¿Qué está pasando con las llamadas? ¿Los Zayas?

Le dije que la víctima era Lucia Zayas, y ella quiere ser parte de la estrategia para arreglar este desastre. Es aguda, táctica, esa versión de sí misma que emergió anoche cuando dejó de ser la chica fiestera y se convirtió en algo más duro.

Le doy los hechos escuetos. Sin análisis, sin especulaciones, sin colaboración. Solo el informe que le daría a cualquier cliente.

—La familia Zayas cree que usted es responsable de la muerte de su hija. Están movilizando recursos. Estoy coordinando las contramedidas.

Ella lo absorbe, hace preguntas inteligentes de seguimiento que no respondo del todo. Cada palabra entre nosotros es profesional, fría, exactamente lo que la estoy obligando a ser.

Tercer intento: se estira y mi camiseta se sube, revelando los moretones que le dejé en las caderas hace tres noches. Mis marcas. Mi marca. Aún visibles mientras pretendo que no tengo derecho a ellos. Luego se para directamente en mi camino hacia el balcón, bloqueando la puerta con su cuerpo. Me obliga a hacer contacto visual.

—¿Vamos a hablar de lo de anoche?

—No hay nada de qué hablar.

—Dormiste en la habitación de invitados.

—La situación táctica requiere…

—No sigas —el primer destello de la verdadera Marisol. Calor. Desafío. Vida—. No uses las tácticas como excusa. Me miraste como si fuera una extraña y te marchaste. Quiero saber por qué.

La miro a los ojos. Mantengo la mirada. La respuesta está ahí mismo: *Porque sonabas como Sofia. Porque vi cómo se apagaba tu luz y reconocí mis huellas dactilares en el interruptor. Porque vuelvo oscuro todo lo que brilla.*

—La amenaza de los Zayas cambia los parámetros operativos —digo en su lugar—. Necesito mantener el enfoque profesional.

Ella me mira fijamente, detectando la mentira, decidiendo si confrontarla.

No lo hace. Solo asiente, se hace a un lado y vuelve a su computadora. Algo dentro de mí grita ante esa rendición tan fácil, ante lo rápido que aprendió a no luchar por las cosas que importan.

Cada célula de mi cuerpo me grita que vaya hacia ella. Mis pies llegan a moverse, doy un paso hacia ella antes de frenarlos. El soldado gana. El hombre aúlla.

Camino hacia el balcón. Cierro la puerta. Respiro el calor de Miami mientras algo frío se instala en mi pecho.

El recuerdo llega sin ser invitado al balcón, el mismo que me ha perseguido durante meses, avivado por el eco que veo en Marisol.

Sofia, seis meses antes de irse. Sesión de entrenamiento en el complejo. Podía desarmar a hombres del doble de su tamaño, leer una habitación como yo lo hacía, matar sin vacilar. Yo estaba orgulloso. No vi lo que le estaba costando.

Tres meses antes de irse: la encontré en la cocina del complejo a las 2 a. m. Sentada en la oscuridad.

—¿Alguna vez te preguntas quién sería yo si no me hubieras entrenado? —Sus ojos se habían vuelto gélidos, con el mismo vacío táctico que yo le había inculcado—. Solía diseñar vestidos. ¿Lo sabías? Antes de que empezaras a entrenarme. Solía dibujar vestidos de gala. Hermosos. Era buena.

Yo no lo sabía.

—¿Cuándo fue la última vez que tocaste el piano, Nico?

No podía recordarlo.

—Eso es lo que hace esta familia —me dijo—. Toma las partes blandas y las cercena. Y dejamos que pase porque pensamos que ser duro significa estar a salvo.

No mucho después de eso, se fue. Y empecé a contar los días. He repasado estas conversaciones mil veces, pero ver a Marisol transformarse de la misma manera hace que vuelvan a ser heridas abiertas.

Vuelvo al presente. A través del cristal, veo a Marisol en la isla de la cocina. Concentrada. Serena. Eficiente. El duendecillo caótico se ha extinguido, reemplazado por algo estratégico y frío.

Ayer ella era un rayo de sol. Apodos ridículos y risas que ocultaban heridas. Viva de una forma que yo había olvidado que se podía estar.

Ahora es como yo.

Aprendió observando. Absorbió cómo opero: el control, la compartimentación, la forma en que guardo los sentimientos en una caja y me muevo por cálculos. Cuando todo se desmoronó, echó mano de la única herramienta de supervivencia que había visto funcionar: la mía.

Sofia hacía ballet. Ahora ya no.

Marisol era una llovizna bajo el sol. Ahora ya no.

El denominador común soy yo. Mi proximidad destruye las cosas suaves. Yo no ablando. Yo erosiono. Enseño a la gente a sobrevivir enseñándoles a dejar de sentir.

Suena mi teléfono. Es Marco.

La conversación de negocios es breve: recursos desplegados, inteligencia en camino. Luego: —¿Qué está pasando con la chica?

—Es una protegida bajo custodia.

—Nico —paciente, de esa manera que significa que no volverá a preguntar—. Qué está pasando.

El silencio responde por mí.

—No hagas lo que creo que estás haciendo.

—La situación táctica…

—Ella no es Sofia —dice Marco, cortando mi excusa—. Se está convirtiendo en una mujer en crisis que está lidiando con ello de la única manera que puede. No es lo mismo. Y si te alejas porque tienes miedo, no la estás protegiendo. Estás confirmando cada uno de sus temores. Te equivocas en esto.

Cuelga. Marco nunca se equivoca con las personas. Pero saber y hacer son guerras distintas, y estoy perdiendo ambas.

Vuelvo adentro y, de todos modos, refuerzo la distancia.

Para la noche, la tensión entre nosotros se ha convertido en un peso físico que lo presiona todo.

Siento la piel demasiado tirante, como si tuviera abstinencia de una droga. Días de tenerla contra mí cada noche, y ahora el espacio vacío a mi lado tiene peso, presencia, acusación.

Ella ha estado trabajando todo el día. No se ha salido de su papel ni una vez. La personalidad de operadora táctica se mantiene firme. Pero capto momentos: la forma en que mira de reojo la puerta de nuestra habitación, la forma en que prepara dos tazas de café por costumbre y luego se queda mirando la segunda como si hubiera olvidado por qué.

Cierra la computadora. Se pone de pie. Camina hacia donde estoy junto a la ventana, siempre junto a la ventana ahora, con las líneas de visión despejadas; un posicionamiento táctico que no necesito, pero que mantengo porque es más fácil que estar cerca de ella.

La luz agonizante se refleja en su cabello, volviéndolo hilo de oro. El mismo cabello en el que hundí la cara mientras ella se corría con mi miembro dentro. El recuerdo hace que apriete la mandíbula.

—Necesito entender algo.

Espero.

—Hace tres días me sostuviste mientras me desmoronaba. Me preparaste huevos y me tocaste como si ya fuera parte de ti —su voz es firme, controlada—. Ahora apenas me miras. Y lo único que cambió es que dejé de llorar y empecé a luchar.

Tiene razón. La injusticia de esto es asombrosa.

—Así que, ¿qué versión quieres? ¿La mujer desastrosa que te necesita? ¿O la mujer que no?

Debería explicarle lo de Sofia, lo del ballet, lo de mi efecto corrosivo de mi proximidad. En su lugar, digo:

—Creo que un poco de espacio sería beneficioso. Para ambos.

La máscara cae.

Lo que hay debajo no es rabia ni lágrimas. Es reconocimiento: la mirada de alguien que ya ha escuchado esto antes y siempre supo que lo volvería a escuchar.

—Espacio —prueba la palabra como si fuera amarga.

—La situación es…

—No digas «táctica». No uses tus palabras de soldado para que irte suene a estrategia —se ríe. Una risa corta, rota, que no tiene nada de graciosa—. Realmente te creí. "Sea lo que sea, lo enfrentaremos juntos". ¿Te acuerdas?

Me acuerdo. La promesa que sentí de verdad cuando la hice. Asiento.

—Te conté cosas que nunca le había dicho a nadie. Te di cada pieza rota de mí —su voz se quiebra una vez, pero sigue adelante—. Y en el momento en que dejé de estar rota, en el momento en que intenté ser fuerte, decidiste que habías terminado.

—Eso no es…

—Sabía que te irías —susurra. Concluyente. Una certeza que cala hasta los huesos—. Todo el mundo lo hace.

Camina hacia el dormitorio. Nuestro dormitorio. Cierra la puerta.

No es un portazo. El suave clic es peor: es el de alguien que ha aceptado el resultado.

Me quedo junto a la ventana mientras Miami se desenfoca porque estoy llorando. Lágrimas silenciosas, la segunda vez en mi vida adulta. La primera fue en sus brazos.

La voz de Marco resuena: *Estás confirmando cada uno de sus temores.*

Lo sé. Sé que me equivoco. Pero la voz de Sofia es más fuerte: *Ya no te necesito. Tú te encargaste de eso.*

Tres de la mañana. El penthouse está en silencio, excepto por sonidos que no deberían existir.

Estoy fuera de su puerta escuchando un llanto ahogado, el sonido de alguien que intenta ocultar que se está quebrando. No está durmiendo. Puedo oír el roce de las sábanas, respiraciones

entrecortadas ocasionales que intenta silenciar contra su almohada. Las sábanas de seda en las que hicimos el amor. Esas que probablemente todavía huelen a nosotros, a lo que éramos antes de que yo lo destruyera.

Apoyo la frente contra la madera. Mi mano busca el pomo de la puerta.

Ábrela. Entra. Dile que eres un idiota que tiene miedo de romper todo lo que toca. Háblale del ballet y de los ojos apagados y de cómo la partida de Sofia no fue libertad, sino la prueba de que destruyo las cosas suaves.

Bajo la mano.

Camino de vuelta a la habitación de invitados. La cama estrecha. El castigo que he elegido.

Hay dos tipos de fracaso que conozco íntimamente.

El primero es Afganistán: el muro derribado, la madre y el niño entre los escombros, la misión cumplida a un costo que nunca deja de acumularse. Ese fracaso me valió una mención, una medalla por acción decisiva mientras los inocentes morían en el polvo que yo creé.

El segundo es este: estar fuera de una puerta cerrada, escuchando llorar a la mujer por la que moriría debido a las heridas que yo le infligí, sabiendo que podría terminar con ello en tres pasos y la verdad, y eligiendo no hacerlo.

La cama estrecha se siente como un ataúd que he construido con mis propios miedos. Y en algún lugar tras esa puerta, la mujer que solía irradiar luz de sol está aprendiendo que la confianza es solo un abandono postergado.

Yo también le enseñé eso.

Entonces, a través de la puerta, apenas audible: —¿Nico?

Me quedo paralizado. Cada músculo se tensa. Ella sabe que estoy aquí. Probablemente lo ha sabido todo el tiempo: oyó mis pasos, sintió mi presencia de la misma forma en que yo siempre siento la suya.

Me pongo de pie antes de decidir moverme. Tres pasos hasta su puerta. Mi palma se presiona contra la madera que nos separa, y puedo oír su respiración al otro lado. Ya no llora. Solo respira. Espera.

—Aquí estoy —digo, y las palabras apenas son un susurro.

Silencio. Luego el sonido más leve: ella acercándose a la puerta. Puedo imaginarla, con la frente contra la madera como yo, ambos suspendidos en este momento antes de que yo abra la puerta o confirme cada miedo que ha tenido sobre la gente que se marcha.

El pomo está frío bajo mi mano. Un giro. Eso es todo lo que haría falta. Un giro y tres pasos y podría tenerla en mis brazos, podría decirle que lo siento, podría explicarle lo de Sofia y la forma en que destruyo todo lo delicado.

—Sé que estás ahí —susurra ella—. Puedo sentirte.

Mis dedos se cierran sobre el pomo. El metal se calienta bajo mi agarre.

—¿Por qué? —Su voz se quiebra en esa única palabra—. ¿Por qué nos estás haciendo esto?

La verdad me quema la garganta. *Porque te amo demasiado para verte convertirte en algo duro. Porque ya te he cambiado y no soporto terminar el trabajo. Porque todos los que entreno para sobrevivir terminan olvidando cómo vivir.*

—Marisol…

—Solo dime si te vas a ir. Si te vas a ir de verdad. Para que pueda dejar de esperar a que vuelvas.

Presiono mi frente con más fuerza contra la puerta. Me está dando una salida. Una ruptura limpia. Todo lo que tengo que hacer es decir que sí, que me voy, y ella dejará de tener esperanzas. Se acorazará por completo, se convertirá en la operadora táctica que no necesita a nadie.

El pomo de la puerta gira apenas una fracción bajo mi mano.

27 - Marisol

El penthouse se siente demasiado pequeño para dos personas que no pueden mirarse a los ojos.

Salgo de mi habitación a las diez, después de haber pasado la noche enumerando pérdidas de la misma forma en que Nico enumera amenazas. Mi padre muriendo, tal vez ya se ha ido. Mi hermano desaparecido en los brazos de Dios. El club precintado por la policía. Mi reputación hecha jirones en cada titular. Y ahora el hombre en la habitación de invitados que guarda mis secretos pero que no quiere sostenerme a mí.

Él está frente a su computadora en la cocina, con la espalda recta como un militar, sus dedos moviéndose sobre las teclas con la eficiencia de alguien que mide su valor en tareas completadas.

—Buen día. Su voz tiene toda la calidez de un reporte del clima.

—Buen día.

Me sirvo café en una taza y noto que no levanta la vista de la pantalla.

Somos extraños compartiendo un Airbnb, dos personas cuyos contratos de alquiler coincidieron. El silencio se prolonga, lleno del golpeteo de las teclas y el distante zumbido de Miami que despertaba más allá de los ventanales.

Algo en mi pecho termina de cerrarse. No se está rompiendo; eso sucedió anoche. Esto es el tejido cicatrizal formándose, los muros reconstruyéndose por hábito y necesidad.

Me siento frente a él, con la isla de mármol entre nosotros como si fuera una mesa de negociación.

—Necesito decirte algo.

Sus dedos se detienen sobre el teclado. Solo por un segundo. Luego continúan. —Adelante.

—Me voy hoy. Sola.

Ahora sí levanta la vista; esos ojos color avellana evalúan niveles de amenaza en lugar de verme a mí. —Eso es poco recomendable. La situación de los Zayas…

—No me importan los Zayas.

—Marisol…

—Puedes seguirme si tu misión lo requiere. —Me pongo de pie, dirigiéndome ya hacia mi habitación para buscar mi bolso—. Pero me voy de este departamento. Sin ti.

—Yo te llevaré.

—No.

—No puedo dejar que tú…

—¿No puedes DEJARME? —Las palabras salen lo suficientemente afiladas como para cortar—. Puedes seguirme los talones como un perrito, pero tú no decides cómo vivo mi vida.

Tomo mi bolso, mi teléfono, mis llaves. Avanzo hacia el elevador antes de que pueda desplegar más argumentos sobre protocolos de seguridad y evaluaciones de riesgos.

El elevador llega de inmediato, como si hubiera estado esperando este momento. Entro y me giro para verlo de pie en la entrada de la cocina, con la computadora abandonada y algo resquebrajándose en su rostro que no se permite mostrar del todo.

—Nico… —comienzo, pero luego me detengo. ¿Qué diría? ¿Que lo amo? ¿Que me está rompiendo el corazón? ¿Que si me pidiera que me quedara, lo haría?

Las puertas se cierran sobre su silencio.

En el lobby, el portero asiente con su saludo habitual. El calor de Miami me golpea al salir, espeso, húmedo y real de una forma que el ambiente controlado del penthouse nunca es.

Camino sola, y a la ciudad no le importa que me esté haciendo pedazos con cada paso.

La Pequeña Habana me atrae como la gravedad; mis pies encuentran las calles familiares sin pensarlo. Paso frente a mesas de dominó donde hombres mayores discuten en español sobre béisbol, política y cuál nieta se casó mejor.

Pido un cortadito en la ventanilla, tan dulce que te duelen los dientes, tan fuerte que despertaría a los muertos. La chica que lo sirve parece tener unos diecisiete años, y me pregunto si su madre conoció a la mía, si estas calles guardan sus recuerdos compartidos como sedimentos.

Mi teléfono vibra contra mi muslo. Nico. Doce mensajes ya. Los conté. Maldito sea por haberme enseñado eso también. No los leo, pero puedo imaginarlos: *Tu ubicación indica que estás en la*

Pequeña Habana. Confirma estado. Protocolos de seguridad requieren respuesta inmediata.

Vibra otra vez. Y otra vez. El teléfono me quema en el bolso, cada vibración es un recordatorio de que él puede encontrarme cuando quiera. Simplemente elige no hacerlo.

Pasa una hora. Tal vez dos. El sol sube más, convirtiendo la humedad en algo que presiona mi piel como lana mojada.

Un bar me llama la atención; su interior oscuro promete aire acondicionado y amnesia. Mi madre solía decir que heredé su debilidad por las botellas bonitas y las mañanas horribles. La atracción es física, una memoria muscular de mil noches intentando olvidar.

Me quedo afuera por un minuto entero, con los puños cerrados a los costados. El letrero de neón parpadea: *Havana Nights*. A través de la ventana puedo ver las botellas de ámbar alineadas como soldados. Como todo lo de Nico: ordenado, disciplinado y conteniendo algo que podría destruirte si lo permites.

No entro. No porque sea fuerte. Sino porque Nico arruinó también esta ruta de escape: me hizo querer estar presente, sentirlo todo con nitidez y claridad, y ahora no puedo ignorar a qué sabe la lucidez.

Mi teléfono vibra de nuevo. Lo miro, esperando otro control estratégico de mi escolta asignada.

El nombre de César brilla en la pantalla.

—Mari. Tu padre pregunta por ti. Está lúcido. Ven ahora, antes de que se debilite de nuevo.

Mi corazón se detiene. Se reinicia. Se acelera.

Papá, preguntando por mí. Después de días de estar bloqueada, controlada, alejada, quiere ver a su hija. Mi padre agonizante, que tal vez no sobreviva a la noche, a quien no he podido contactar, cuyos últimos recuerdos de mí podrían ser el veneno de César en lugar de la verdad.

Otro mensaje: —Lo han trasladado a un centro privado para una mejor atención. En la costa, más tranquilo. Pregunta por ti específicamente.

Sigue una dirección. No es la hacienda. En algún lugar al sur.

Debería llamar a Nico.

Mis dedos revolotean sobre su nombre en mis contactos. Una llamada y él estaría aquí en minutos.

Pero Nico eligió la distancia. Nico eligió su misión por encima de nosotros. Nico me vio fortalecerme y decidió que no valía la pena quedarse por mí.

Un sedán negro se detiene junto a la acera antes de que pueda dudar más. El conductor, alguien a quien no reconozco, baja la ventanilla.

—¿Señorita Delgado? El señor Vega me envía.

No es Carlos. No es ninguno de los conductores habituales. Esto debería ser una señal de alerta. Es una señal de alerta. Una advertencia enorme, ondeante y rodeada de neones de que esto es probablemente una trampa.

Me subo de todos modos.

Porque ¿qué es lo peor que podría pasar? ¿Que muera? Al menos eso terminaría con esta sensación de estar vacía por dentro.

Los asientos de cuero están fríos a pesar del calor. Nos dirigimos al sur de inmediato, y la ciudad se va despejando a medida que avanzamos. El horizonte familiar retrocede en el espejo retrovisor, reemplazado por destellos de agua entre los edificios, más verde, menos gente. El conductor permanece en silencio, y lo agradezco, porque si hablara, tal vez gritaría o sollozaría, o ambas cosas.

—¿A qué distancia está este centro? —pregunto cuando pasamos la tercera comunidad cerrada.

—No falta mucho, señorita Delgado.

Mi teléfono me quema en el bolso con los mensajes no leídos de Nico.

Doblamos hacia una carretera costera. El océano aparece por completo ahora, un azul infinito a nuestra izquierda, y mis manos se aferran al asiento antes de que pueda evitarlo. Han pasado ocho años desde que estuve así de cerca de mar abierto. Ocho años de evitar piscinas, playas, cualquier cosa lo suficientemente profunda como para sumergirse. El terapeuta al que vi una vez lo llamó acuafobia. Yo lo llamé supervivencia: si nunca me acerco al agua, nunca tengo que sentir la ausencia de mi madre en el único lugar donde ella estaba más viva.

Una puerta se abre. Pasamos.

No es un centro médico. Obviamente.

La casa de estilo mediterráneo se asienta en el acantilado como si me estuviera esperando. No hay vehículos médicos en la entrada

circular. No se ve personal de enfermería a través de las ventanas. Ni rastro de mi padre moribundo.

El conductor no apaga el motor; solo se queda esperando mientras proceso lo que ya sabía: esto es una trampa. César mintió. Mi padre no está aquí.

Me bajo de todos modos.

Porque ¿qué más queda por hacer? ¿Correr? ¿Hacia dónde? ¿De vuelta al penthouse donde Nico redactará un informe sobre mis "decisiones poco recomendables"? ¿De vuelta a las calles donde el fantasma de mi madre canta los jueves por la noche?

La puerta principal está abierta, revelando suelos de mármol que brillan como el hielo a pesar del calor. A través de la casa, puedo ver la terraza con vistas al borde del acantilado y al océano más allá. Ya puedo oler la colonia de César: ese costoso aroma francés mezclado con el aire salino, demasiado pesado para el calor, como si todo en él estuviera fuera de lugar en este clima.

César está en la terraza, su silueta recortada contra el sol de la tarde. No se apresura a saludarme con falsa preocupación. No mantiene su actuación de tío. Solo espera. Oigo el tintineo del hielo en un vaso.

Cruzo la casa, mis tacones haciendo clic sobre el mármol que se siente frío a pesar de la temperatura. Cada paso resuena en el vacío.

De cerca, su rostro es diferente. La máscara cálida que ha usado durante treinta años ha sido dejada de lado como un abrigo que ya no necesita. Lo que hay debajo no es maldad, exactamente. Es peor. Es pragmatismo.

—¿Dónde está mi padre?

—En la hacienda. Donde ha estado todo este tiempo. —Ni siquiera finge disculparse—. Siéntate, Mari.

—Mentiste.

—Sí. Te necesitaba aquí y sabía que mencionar a Jorge te traería —se acomoda en una silla como si estuviéramos tomando cócteles en lugar de lo que sea que sea esto—. Eres predecible en ese sentido: siempre vienes a buscar a las personas que te lastiman.

La verdad de eso me golpea con fuerza. Mi padre. Gabriel. Incluso Nico, a su manera. Sigo volviendo a las fuentes de dolor como si pudieran transformarse en otra cosa.

—O tal vez solo tengo más esperanza que instinto de supervivencia —digo—. Pero tú no entenderías eso. Renunciaste a la

decencia hace décadas.

Su sonrisa es fina, complacido de que lo esté leyendo con claridad por fin. —Treinta años. Es mucho tiempo para esperar, cariño.

Detrás de mí, oigo que el auto se aleja. El ruido del motor se desvanece, dejando solo el sonido de las olas golpeando las rocas allá abajo. Movimiento en mi visión periférica: sombras en la casa. Tres hombres, tal vez cuatro. No estamos solos.

—Limpiando los desastres de los Delgado mientras me decían que no soy de su sangre, que no soy familia. —Toma un sorbo de su vaso: whisky, puro, porque por supuesto que bebe como un hombre que nunca ha dudado de sus propias decisiones—. ¿Y cuál es mi recompensa? Jorge te lo va a dejar todo a ti. La hija desastre que no puede mantenerse sobria ni una semana.

Tres hombres salen de la casa, posicionándose entre yo y la salida. No son amenazantes, exactamente. Solo están presentes. Solo bloquean cualquier ruta de escape que pudiera considerar.

—¿Y el cuerpo? ¿La chica Zayas?

Por primera vez, algo cruza su rostro. No es culpa. Es fastidio, como si estuviera preguntando por la metodología cuando deberíamos estar discutiendo los resultados.

—Daño colateral. —La palabra cae entre nosotros como una piedra en agua estancada.

La vida de una mujer reducida a una partida en su planificación estratégica. Pienso en ella sobre ese sofá de terciopelo, colocada exactamente como hace ocho años, su piel enfriándose bajo mis dedos mientras Cesar observaba desde algún lugar, calculando el daño psicológico hasta el último decimal.

—Sabía que te rompería de la misma forma que te rompió a los dieciocho —continúa él, con su sonrisa fina y satisfecha—. Y así fue. Hasta que ese soldado Rosetti comenzó a reconstruirte en algo inconveniente. A volverte fuerte. A estar sobria. No había contado con eso.

El sol cae más bajo detrás de él, dejando su rostro en sombras. El océano más allá del acantilado ya se está oscureciendo, con ese azul profundo que precede al negro. Puedo oírlo ahora: no ondas suaves, sino violencia, el agua encontrándose con la roca con una fuerza que nunca se detiene.

—¿Y ahora qué? —pregunto, aunque ya lo sé. Los hombres. El lugar aislado. El acantilado. El océano que todo el mundo sabe que

temo.

Él parece casi triste. No de forma genuina; Cesar ya no hace nada genuino. Sino la actuación de la tristeza, la memoria muscular de décadas fingiendo que le importa.

—Ahora te conviertes en otra tragedia de los Delgado. La heredera atribulada, abrumada por el escándalo y el dolor, se quita la vida con una bala en el cerebro antes que enfrentar la justicia por la chica Zayas. —Se pone de pie, terminando su whisky, dejando el vaso con determinación—. Tu padre sufrirá, pero lo aceptará. Siempre ha esperado que te autodestruyeras tarde o temprano. Tu hermano se culpará a sí mismo, incluso podría dejar el sacerdocio. Y yo administraré los intereses de la familia durante este tiempo difícil.

Ni siquiera me vigila de cerca. Esa es la señal. Me ha posicionado perfectamente: sus hombres bloqueando la casa, el acantilado a mi espalda, y él sabe —todo el mundo sabe— que Marisol Delgado no se acerca al agua. No desde que murió su madre. Me ha visto estremecerme ante las piscinas en las fiestas, rechazar barcos, evitar la playa. Está usando mi miedo como una cuarta pared.

—Suicidio. —La palabra sabe a cobre en mi boca.

—La narrativa se escribe sola. La sangre lo significa todo en este mundo, pero yo me aseguraré de que treinta años de lealtad signifiquen más.

Sus hombres se acercan. Sin prisa. No necesitan apresurarse. Ya estoy atrapada entre ellos y el vacío que he pasado ocho años evitando.

La mente táctica que Nico construyó en mí realiza el cálculo, fragmentada y desesperada, pero aún funcionando. Tres hombres bloquean la casa: demasiados, demasiado fuertes. César está entre el muro y yo, aunque, espera… Dios, ¿se movió hacia la izquierda? Hay un hueco ahora, de dos pasos tal vez, si puedo lograrlo, si las piedras son lo suficientemente rugosas para agarrarme.

Detrás de mí, la muerte segura vestida como la necesidad de Cesar.

Ante mí, la muerte posible vestida como el océano que mi madre amaba.

Y bajo el caos táctico, algo más surge. No su voz exactamente, sino su presencia, como el aire salino antes de ver el agua.

—Crees que lo has planeado todo —digo, dando un pequeño paso hacia atrás, hacia el muro, probando—. Treinta años de paciencia y

crees que me conoces.

—Te conozco, Mari. Mejor de lo que te conoces a ti misma. El desastre. La debilidad. La niña que necesita que alguien la salve.

Otro paso atrás. El hueco definitivamente está ahí ahora. Dos segundos hasta el muro si soy lo suficientemente rápida, si mis manos no resbalan, si logro esquivar las rocas.

Un paso más hacia atrás, y el océano ruge debajo de mí, y cada célula de mi cuerpo grita *camino equivocado, camino equivocado, eso es la muerte allá atrás*. Ocho años de este miedo. Ocho años de dejar que el agua se convirtiera en un monstruo.

—La chica parrandera —asiento—. Pero olvidaste algo.

Sus ojos se entrecierran, dándose cuenta finalmente de que me muevo hacia el muro en lugar de alejarme de él. La confusión parpadea: esto no estaba en sus cálculos. La chica que ni siquiera toma baños no salta de los acantilados.

—Mi madre no me enseñó a temer al agua. —Mi voz tiembla. Todo mi cuerpo tiembla. Pero doy otro paso atrás—. Ella me enseñó a nadar.

Su melodía llena mi cabeza: esa sobre la niña que confiaba en que el océano la sostendría.

Los hombres empiezan a moverse, leyendo mi lenguaje corporal. Cesar se da cuenta de su error de posicionamiento, comienza a desplazarse a la derecha para bloquearme.

Dos segundos. Ahora o nunca.

El terror es absoluto. No a Cesar, no a sus hombres… al agua. El agua oscura y agitada que se llevó la alegría de mi madre y me dejó vacía. Voy a saltar hacia mi peor pesadilla porque mi peor pesadilla sigue teniendo mejores probabilidades que la muerte segura.

Giro y salto en un solo movimiento, mis manos golpeando la piedra rugosa del muro, usando el impulso para saltar por encima antes de que alguien pueda agarrarme.

César grita, con la sorpresa rompiendo finalmente su control, y unos dedos alcanzan a rozar mi vestido, rasgando la tela. Mi bolso con mi teléfono se engancha en algo y se arranca de mi hombro, quedándose atrás en la terraza.

Luego estoy en el aire.

Cayendo.

El mundo se invierte. El cielo y el agua intercambian lugares. La pared del acantilado pasando borrosa: piedra, matorrales y espuma

blanca abajo. La voz de mi madre en mi cabeza: *Confía en el agua, mija*.

El océano me golpea como cemento.

Un choque frío inunda cada nervio mientras me sumerjo en la oscuridad. La sal llena mi nariz, mi boca. El impacto expulsa el aire de mis pulmones en un estallido de burbujas que corren hacia arriba mientras yo me hundo.

Desorientación completa: ni arriba ni abajo, solo agua oscura y el rugido sordo de las olas contra la roca. El vestido se me enreda en las piernas. La corriente me atrapa de inmediato, tirando de lado, y puedo oír la violencia del agua encontrando la piedra demasiado cerca, demasiado cerca.

Patea, mija. Recuerda patear.

El fantasma de mi madre en mi cabeza, sus manos enseñando a las mías a ahuecar el agua, a empujar a través de ella en lugar de combatirla.

Mis piernas recuerdan antes que mi cerebro. Pateo fuerte, siguiendo las burbujas que saben cuál es el camino hacia arriba. Mis pulmones gritan por aire. Manchas negras bailan en los bordes de mi visión.

Rompo la superficie jadeando, atragantándome, con agua salada saliendo de mi nariz. Un respiro desesperado antes de que una ola me hunda de nuevo.

Superficie otra vez. Respiro. La corriente me tiene, arrastrándome hacia las rocas donde el agua blanca se agita. Puedo oírlas incluso bajo el agua: el estruendo hueco de las olas en las cuevas, el crujir del agua contra la piedra que me destrozará si me alcanza.

Mis brazos recuerdan el movimiento incluso mientras mi mente grita que voy a morir aquí, que el agua me tragará de la forma en que el dolor tragó a mi madre, que tuve razón en temerle durante ocho años. Ya no es con gracia, nada parecido a la chica que solía deslizarse por el agua como si hubiera nacido en ella. Brazadas feas y desesperadas impulsadas por el puro terror. Pero me muevo. Estoy nadando. Por primera vez en ocho años, estoy nadando.

Desde arriba, gritos. La voz de Cesar aguda por la rabia de que su plan perfecto se esté ahogando junto conmigo. Sus hombres llamándose unos a otros. No me seguirán. No pueden seguirme.

¿Quién sería tan loco para saltar al agua oscura con rocas esperando como dientes?

Una mujer Delgado. La hija de mi madre. Alguien que ya ha perdido todo lo que importa.

Otra ola intenta lanzarme contra la cara del acantilado. Nado más fuerte, mis músculos ya ardiendo por el frío y el esfuerzo. Ocho años sin práctica, pero mi cuerpo recuerda. Recuerda la voz de mi madre contando brazadas. Recuerda el ritmo que convierte el pánico en movimiento.

La corriente me quiere contra las rocas. Lucho en diagonal, nadando a través de su tirón en lugar de contra él. Una lección sobre resacas de cuando tenía diez años, la voz calmada de mi madre explicando cómo escapar del agarre del océano trabajando con él, no luchando de frente.

Brazada tras brazada, me alejo del acantilado. Los gritos de arriba se desvanecen. Las rocas retroceden. Sigue siendo peligroso, sigue estando demasiado cerca cuando las olas rompen, pero ya no estoy siendo empujada hacia ellas.

Al océano no le importa mi corazón roto. No le importa que le haya temido durante ocho años o que César usara ese miedo como una jaula. Simplemente me sostiene como mi madre prometió que lo haría, de la forma en que yo estaba demasiado enferma de dolor para creer.

Nado. Fea, aterrorizada y viva.

César construyó su trampa con mi propio miedo y yo la atravesé de todos modos. Lo que sea que venga después —las rocas, el frío, la corriente—, yo elegí esto. Elegí el agua por encima del hombre que creía conocerme.

La hija de mi madre. Por fin.

28 - Nico

He rastreado hostiles a través de tres países, he cazado hombres por desiertos y cadenas montañosas. Ni un solo segundo de eso me preparó para rastrear a una mujer que no quiere ser encontrada porque yo soy la razón por la que huyó.

La carretera costera se despliega como una pesadilla táctica. Curvas cerradas, sin banquina, el océano a mi derecha invisible en la oscuridad. Viento del suroeste a quince nudos, afecta la estabilidad del vehículo en estos giros. Mi teléfono descansa en el soporte, el punto de su rastreador se mantiene al borde de la tierra.

Se fue esta mañana y la dejé ir. Mantuve la distancia, rastreé su teléfono, me dije a mí mismo que la vigilancia era profesional. No desesperada. Observé su punto quedarse en la Pequeña Habana durante horas. Luego se movió. Rápido. Un vehículo dirigiéndose hacia la costa.

Llamé. No hubo respuesta. Otra vez. Nada.

Fue entonces cuando empecé a seguirla.

El velocímetro llega a noventa en una recta. Distancia al objetivo: doce millas. Tiempo a esta velocidad: ocho minutos. Demasiado tiempo. El rastreador muestra que su punto se ha detenido en los acantilados al sur de la ciudad. La información de Logan inunda mi teléfono: propiedad de una empresa fantasma, tres niveles de profundidad, todo se remonta al abogado de Cesar Vega.

Cesar la tiene.

La propiedad se materializa. Portones abiertos, huellas de neumáticos frescas en la grava. Apago los faros a doscientos metros y me acerco a pie. Mi entrenamiento toma el control. Glock desenfundada, respiración lenta, la memoria muscular de cien incursiones. Tres objetivos son visibles a través de las ventanas, probablemente haya más adentro. Punto de entrada óptimo: la puerta de la cocina, punto ciego desde las posiciones actuales. La casa brilla con luz. A través de las ventanas, veo movimiento en la terraza. Los matones de Cesar, pero su lenguaje corporal está mal.

No son guardias tranquilos. Son hombres en pánico, gritando en sus teléfonos, gesticulando salvajemente hacia algo.

El acantilado.

Mi sangre se convierte en agua helada. Mi dedo en el gatillo tiembla. Tres objetivos. Dos segundos cada uno. Pero eso es demasiado limpio para lo que se han ganado. Me muevo antes de que el pensamiento me alcance, rodeando a los hombres aterrorizados que ni siquiera me notan, directo hacia el bajo muro de piedra al borde del acantilado. Abajo: oscuridad. El océano revolviéndose contra las rocas, espuma blanca visible donde rompen las olas. Treinta pies de caída, tal vez más. Rocas agrupadas en la base como dientes.

Entonces lo veo. Su bolso enganchado en el muro de piedra, el teléfono todavía adentro, el rastreador que me trajo hasta aquí. Tela desgarrada en la piedra rugosa. Se lanzó al vacío. Sin su teléfono.

No hay ningún cuerpo en las rocas. No hay ningún cuerpo en el agua cercana.

Ella saltó. A eso.

El acantilado no tiene un sendero de bajada, solo paredes de roca y salientes que podrían aguantar o desmoronarse. Encuentro asideros, apoyos para los pies, descendiendo demasiado rápido para ser seguro. El haz de luz de la linterna de mi teléfono oscila salvajemente entre los dientes mientras me abro paso.

El soldado en mí intenta imponer orden. Búsqueda en cuadrícula, cobertura metódica. Pero no puedo pensar más allá de la imagen de su cuerpo hinchado por el agua.

La playa se materializa. Una media luna de arena gruesa y roca, las olas rompiendo en patrones irregulares. Escaneo de izquierda a derecha. Nada más que troncos a la deriva y algas. El frío comienza en mi pecho. No es la temperatura, sino ese otro frío, el de Afganistán, el de caminar entre los escombros sabiendo lo que voy a encontrar. Mi mandíbula se aprieta tanto que algo cruje.

Ha pasado una hora desde que saltó, tal vez más. El viaje hasta aquí, el descenso. El tiempo carece de sentido cuando se mide contra la paciencia del océano. En agua a esta temperatura, con rocas y corriente… No. No voy a calcular esas probabilidades. Ella es más fuerte de lo que nadie sabe. El océano estaba en su sangre antes de que el duelo le hiciera tenerle miedo.

—¡MARISOL!

Entonces lo escucho. Tenue, casi perdido en el viento. Una tos. Débil pero inconfundible.

Corro hacia el sonido, resbalando en las rocas mojadas, con el haz de luz de mi teléfono moviéndose de forma errática. Mis rodillas golpean la roca con suficiente fuerza como para abrirme la piel. No lo siento. No puedo sentir nada excepto la necesidad de encontrarla. Detrás de un grupo de rocas que sobresalen en el agua hay una cala más pequeña, protegida de lo peor de la corriente. Y allí está.

Está en las rocas. Mitad en el agua, mitad afuera, como si el océano la hubiera llevado tan lejos como pudo antes de depositarla con suavidad. Su vestido está desgarrado por donde la agarraron. Tiembla violentamente, tosiendo agua de mar, pero está viva.

Está viva.

El alivio me golpea con fuerza. Llego a ella en tres zancadas, mis manos revisan de inmediato si tiene heridas. Mis rodillas golpean la roca de nuevo, más fuerte esta vez, definitivamente sangrando ahora. Su pulso es rápido pero fuerte, no hay fracturas obvias, tiene raspones de las rocas pero nada crítico. Tiene hipotermia, los labios teñidos de azul por el agua fría, pero respira. Respira.

—Te encontré —susurro, las palabras me salen rotas.

—¿Nico? —No hay sorpresa en su voz. Es como si supiera que yo vendría.

Se sobresalta cuando intento tocarla, y se aparta.

—Estoy aquí —me quito la chaqueta y la envuelvo en ella—. Santo Dios, Marisol, saltaste. Realmente saltaste.

—Él iba a dispararme —le castañean los dientes con tanta fuerza que las palabras vibran—. A montar un suicidio. Dijo que me convertiría en otra tragedia de los Delgado. —Se aparta un poco cuando intento acercarla más, no mucho, pero lo suficiente como para notarlo—. Así que salté primero. Le quité su final.

—No habías nadado en ocho años.

—Lo sé.

Estudia mi rostro por un momento, decidiendo algo. Entonces, finalmente, se permite apoyarse en mi calor. Todo su cuerpo tiembla, por el frío, por el recuerdo o por ambos.

La abrazo con más fuerza ahora que me lo permite, intentando transferirle cada grado de mi calor corporal.

—Elegí vivir —dice contra mi pecho—. Incluso después de que me miraras como si fuera solo otra misión.

Cada palabra cae como una bala que me merezco. Tiene razón en todo.

Se aparta lo suficiente para mirarme bien. Incluso empapada y congelada, incluso después de haber estado a punto de morir, me lee como siempre lo ha hecho. Más allá de cada muro, hasta llegar al hombre aterrorizado que hay debajo.

—Pensaste que me estaba convirtiendo en Sofía —no es una pregunta—. Me viste ponerme táctica y fría, y entraste en pánico.

—Sí.

—Porque pensaste que me estabas rompiendo.

—Como la rompí a ella.

—Como vos *creés* que la rompiste.

La verdad cae con fuerza. Las manos se me cierran en puños, las uñas clavándose en las palmas. —Sí. Pero me equivoqué. Me equivoqué jodidamente.

—Eres un idiota —dice ella con cariño—. No me estaba convirtiendo en Sofia. Estaba tratando de ser lo suficientemente fuerte para que no tuvieras que salvarme todo el tiempo. Pensé que si podía manejar las cosas por mi cuenta, tal vez dejarías de verme como una carga.

Los muros que construí se derrumban por completo. Cada justificación, cada retirada noble diseñada para protegerla. Todo estaba mal. Ella no se estaba endureciendo para ser un arma. Estaba tratando de ser digna de quedarse. Y yo la castigué por eso.

—Nunca fuiste una carga. —Las palabras salen desesperadas—. Nunca. Eras… eres…

—¿Qué? ¿Qué soy para ti?

Las palabras están ahí mismo. Tres sílabas que llevan días ardiendo en mi pecho. Pero ella merece más que una confesión de adrenalina sobre rocas oscuras.

—Mía —gruño en su lugar—. Eres mía. Eso es todo. Eso lo es todo.

Ella estudia mi rostro durante un largo momento. Todavía no me deja entrar por completo, haciéndome trabajar por cada pulgada de proximidad. Entonces habla:

—Te amo.

Las palabras golpean más fuerte que el alivio de encontrarla viva. Las dice de forma sencilla, clara, a pesar de todo lo que he hecho para no merecerlas.

—Te amo —continúa—, y necesito que lo sepas. No porque casi me muero. Sino porque es verdad. Ha sido verdad desde que me preparaste huevos y me hablaste de tocar a Chopin.

Quiero respondérselo. Las palabras están ahí mismo, presionando contra mis dientes. Pero si las digo ahora, sonarán a alivio, a gratitud por su supervivencia en lugar de a una elección.

NONE

—Marisol…

—No tenés que decírmelo vos también —estremeciéndose, se ajusta más mi chaqueta. Noto los moretones en sus caderas de nuestra última vez juntos, visibles a través del vestido desgarrado. Mis marcas siguen en su piel incluso después de que la rechacé—. Sé que las palabras son difíciles. Pero esta noche salté de un acantilado, así que imagino que puedo decir dos palabras sin morirme.

Algo cruje en mi pecho. El último de mis muros cayendo. —Cuando las diga, quiero que se trate de vivir, no de haber estado a punto de perderte.

Ella asiente y luego logra el rastro de una sonrisa. —Eso es aceptable, Mi caballo.

Mi caballo. El apodo rompe algo dentro de mí. No una destrucción, sino una posibilidad. La mujer loca que inventa palabras sobrevivió al océano. Es más fuerte de lo que mis miedos me permitieron ver.

—Te prometo que nunca volveré a dejarte —repito, necesitando que lo crea—. Nunca.

—Veremos —dice ella, pero se acurruca más en mi calor. No perdonado por completo, pero permitiendo comodidad. Lo acepto.

La cargo playa arriba y por detrás del cabo hasta la carretera. No pesa nada, o tal vez la adrenalina hace que todo sea ingrávido. Mi Glock presiona contra mi cadera a cada paso, recordándome lo que viene después.

Seguimos la serpenteante carretera de regreso a la propiedad de Cesar, donde todo ha cambiado. El equipo de Gunner ha llegado. Diviso cuatro autos, hombres en formación táctica. Acceso este cubierto, dos tiradores en vigilancia. La terraza está despejada, los matones aterrorizados de Cesar están con precintos en las manos y arrodillados. El propio Gunner está cerca de la casa, una sombra

imponente que se alza sobre el hombre que tiene al lado, e incluso en la oscuridad puedo leer su satisfacción.

—¿Cesar? —pregunto.

Gunner vuelve su rostro lleno de cicatrices hacia el mío, luciendo como una pesadilla hecha realidad.

—Contenido —dice, su voz suena como piedras moliéndose—. Adentro. Esperándote.

No está muerto. Todavía no. Mañana, Cesar aprenderá por qué se teme a los Rosetti. Por qué nuestro nombre hace que hombres adultos miren por el espejo retrovisor. Mañana, lo desarmaré pieza por pieza, y me aseguraré de que estés consciente cada segundo. El hombre que tocó lo que es mío, que la hizo saltar, que pensó que podía orquestar su muerte como si fuera un daño colateral en su plan de treinta años. Mañana descubrirás cómo es la paciencia de verdad. A qué sabe la violencia de verdad.

Pero esta noche se trata de llevarla a casa.

Subo a Marisol a mi auto, pongo la calefacción al máximo, la envuelvo en la manta de emergencia de mi maletero. Apenas está consciente ahora, el bajón de adrenalina la golpea con fuerza. Mientras conduzco, ella murmura contra mi hombro.

—Mi madre tenía razón.

—¿Sobre qué?

—El agua. Dios estaba allí. En el agua. Esperando. —Su respiración se nivela en un sueño profundo.

Conduzco a través de la noche de Miami, con el agua salada secándose en mi ropa y su calor contra mi costado.

Las luces de la ciudad pasan borrosas, pero en lo único en lo que puedo pensar es en su voz diciendo esas dos palabras. Cómo saltó de un acantilado y aun así encontró valor para ese salto más difícil. Cómo nadó a través del agua oscura guiada por la voz de su madre, salvándose a sí misma cuando yo no estaba allí para salvarla.

Mañana, la violencia. Esta noche, solo esto: Marisol Delgado durmiendo contra mi hombro, oliendo a océano y a supervivencia, enseñándome con cada aliento que amar a alguien no se trata de protegerlo para que no se vuelva fuerte.

Se trata de ser digno de la fuerza que ya tiene.

29 - Marisol

Siempre imaginé que la justicia se sentiría como el fuego. Justiciera, consumidora, dramática. En cambio, se siente como una mañana de lunes. Cielo despejado. Café negro. El hombre al que amo limpiando un arma en la isla de mi cocina.

Me desperté dolorida. Cada músculo gritando por el nado, las rocas, el acantilado. Y por Nico. Anoche me sostuvo como si pudiera desaparecer, con sus manos volviendo a aprender cada centímetro de mí con una precisión desesperada. Mi cuerpo lleva sus marcas junto a las del océano. Los moretones de sus dedos mezclados con los rasguños de las rocas. Ambos tipos de dolor se sienten como supervivencia.

Me desperté viva. Esa es la parte que importa.

Los rasguños en mis brazos arden cuando me muevo. Nico los limpió a las tres de la mañana, ninguno de los dos capaz de dormir. Ninguno de los dos dispuesto a estar en habitaciones separadas después de todo lo que pasó. Fue delicado pero minucioso, la misma precisión que ahora aplica a su arma.

Hace veinticuatro horas me estaba ahogando. Ahora estoy observando cómo se prepara la ejecución de mi pretendido asesino. El cambio drástico debería molestarme más de lo que lo hace.

Nico ya estaba levantado cuando salí del dormitorio. Por supuesto. Pero estaba diferente a las últimas dos mañanas. Estaba en la cocina, y cuando me miró, fue de la forma en que solía hacerlo. De esa manera que me hace sentir como lo único visible en cualquier habitación.

No el soldado. El hombre.

Ahora lo observo en la isla. El arma desmontada, limpia, reensamblada con precisión mecánica. Sus manos firmes. Su rostro tranquilo. No enojado. Algo más allá del enojo. El enfoque gélido de un hombre que ha pasado por la rabia hacia el lugar sereno del otro lado. La luz de la mañana resalta los músculos de sus antebrazos mientras trabaja, e incluso ahora, incluso con la violencia en la

agenda de hoy, mi cuerpo responde a él. Se me cierra la garganta al recordar esas manos sobre mí anoche, dándome estabilidad, reclamándome, recordándome que estoy viva.

Lo escuché en la ducha hace un rato. La misma ducha donde solía encerrarse para alejarse de mí. La puerta estaba abierta. Una invitación que no estaba lista para aceptar, no con la violencia de hoy por delante. Pero esta noche, después de que se haga justicia, haré que recuerde por qué dejó de esconderse de mí.

—¿Cuándo lo harás? —pregunto.

—Hoy.

—Iré contigo.

Él levanta la vista. Espero una discusión. Resistencia. El instinto protector que quiere protegerme de lo que está a punto de suceder.

Estudia mi rostro durante un largo momento. Leyendo lo que sea que encuentre allí.

—Está bien.

Sin discusiones. Sin protección. Ha dejado de decidir qué es lo que puedo soportar.

Un golpe en la puerta rompe el silencio. Tres golpes secos. Controlados, deliberados. Sé quién es antes de abrir.

Gabriel está de pie en mi umbral. Mi hermano parece haber luchado contra Dios toda la noche y haber perdido. El alzacuello le queda como un disfraz ahora. El Padre Gabriel, santo patrono de las pésimas decisiones de vida y de la sincronización aún peor. Sus ojos están más oscuros de lo que recuerdo, su compostura fragmentada. Como un hombre que pasó la noche de rodillas rezando y no encontró consuelo en ello.

Me ve. Los rasguños, los moretones, el agotamiento escrito en mi rostro. Por un momento, la máscara cae por completo.

—Mari.

Escuchar mi nombre en su boca como sonaba cuando éramos niños. Antes del Calypso Room. Antes de que Dios se convirtiera en un escondite.

Lo dejo entrar. No lo abrazo. Todavía no. Los ocho años de separación siguen existiendo incluso en plena crisis.

Los ojos de Gabriel encuentran el arma sobre la encimera, luego el rostro de Nico. —Vas a matarlo.

No es una pregunta. No es un juicio. Es una observación de un hombre que entiende la violencia mejor de lo que un sacerdote

debería.

—Sí —dice Nico con sencillez.

Gabriel asiente, algo cambia en su expresión que no alcanzo a nombrar. —Necesito estar allí.

Se sienta con nosotros. Café que no bebe. Las manos entrelazadas sobre la mesa. —A lo largo de los años, Cesar me habló. No eran confesiones. Él no es católico. Pero de la forma en que los hombres poderosos hablan con los sacerdotes. Asumiendo que el alzacuello significa silencio.

Gabriel saca un papel doblado. —Anoche escribí todo. Fechas. Nombres. Estructuras financieras que él mencionó.

Lo leo. Nico lee sobre mi hombro, el calor de su cuerpo irradiando contra mi espalda, haciéndome muy consciente de su proximidad incluso mientras nos enfocamos en la evidencia. Treinta años de una arquitectura paciente trazada con la cuidadosa caligrafía de mi hermano.

—Él nos mantuvo separados —digo—. Eso fue deliberado.

Gabriel asiente, con la mandíbula tensa. —Pensé que te estaba protegiendo al mantenerme alejado. Él me convenció de eso.

Mi enojo hacia mi hermano cambia. No desaparece, pero se transforma. Ambos fuimos manipulados.

—¿Puedes vivir con esto? —pregunto—. ¿Viendo morir a un hombre?

—He vivido con cosas peores. Ambos lo hemos hecho.

El almacén se encuentra en el distrito industrial de Miami. Concreto y óxido, el glamour despojado para mostrar los huesos funcionales de la ciudad. El olor golpea primero: aire salino mezclado con aceite de motor. Gunner espera afuera, macizo e inexpresivo, todo cicatrices y tatuajes. Me ve y hace algo sin precedentes. Toca mi hombro. Breve, cuidadoso. Su versión de "me alegra que estés viva".

—Pequeño tiburón —dice, usando el apodo de la infancia.

Casi lloro, pero logro contenerme.

Adentro, la temperatura baja diez grados, las paredes de concreto conservando el frío de la noche anterior. Cesar está sentado en una silla de metal, con las manos atadas por la espalda con bridas de plástico. Su traje está arrugado, y creo que esta podría ser la primera vez que lo veo con un aspecto que no sea inmaculado. Pero sus ojos, cálidos y calculadores, son los mismos. Incluso atado a una silla en

un depósito, parece el tío favorito de todo el mundo tratando de solucionar un malentendido.

Me ve y una sorpresa genuina cruza su rostro. —Estás viva.

—Siento decepcionarte.

—No estoy decepcionado, Mari. Estoy aliviado.

Qué audacia. Intentó que me mataran hace doce horas y está fingiendo alivio.

Habla, todo razonable y cálido. La misma máscara que ha usado durante treinta años. Todo lo que hizo fue por la familia, afirma. Las presiones de los Zayas, la complejidad de mantener el imperio. Bla, bla, bla.

—¿Incluso la chica? —pregunto secamente—. La que mataste para tenderme la trampa. ¿Ella también fue por la familia?

Él titubea ligeramente, luego se recupera. —Hay que hacer sacrificios. El negocio requiere…

—Su nombre. —Doy un paso adelante, con algo frío y claro en mi voz—. ¿Cómo se llamaba?

—¿Qué?

—La mujer que mataste y pusiste en mi club. La que acomodaste como si fuera un decorado. ¿Cuál era su nombre?

—Zayas.

—Su nombre de pila.

Silencio. El almacén parece contener el aliento. Él no lo sabe. Por supuesto que no. Para él, ella era solo una herramienta. Probablemente nunca supo su nombre por la misma razón por la que uno no le pone nombre a una bala.

—No lo sabes. —No es una pregunta—. Mataste a una mujer y ni siquiera sabes su nombre.

Lo mismo que le dije a Nico sobre mí misma. La mujer de hace ocho años. Nunca supe su nombre. La culpa que he cargado por esa falta de humanidad. Cesar ni siquiera lo intentó.

La diferencia entre nosotros se cristaliza. Yo no logré saber un nombre y eso me atormentó durante una década. Él no logró saber un nombre y no entiende por qué importa.

Una parte de mí quiere apartar la mirada. La niña que lo llamaba tío, que confiaba en él para todo, está gritando en algún lugar dentro de mí. Pero la mujer que saltó de un acantilado, que eligió el océano antes que la rendición, observa cada segundo. Ella necesita ver este final.

Doy un paso atrás y miro a Nico. —He escuchado suficiente.

El soldado da un paso adelante y la temperatura baja otros cinco grados.

Miro. No aparto la vista. Me debo esto a mí misma. Ser testigo de lo que le sucede al hombre que usó la memoria de mi madre muerta como arma, que convirtió a mi hermano en un exiliado, que se paró en un acantilado y explicó que mi muerte sería conveniente.

Nico no habla mucho. No necesita monólogos. Esa es la debilidad de Cesar. Pero dice lo suficiente. Palabras tranquilas cerca del rostro de Cesar. Capto fragmentos. El nombre de la mujer. Escucho a Nico usarlo. Por supuesto que lo averiguó. Él no mata abstracciones.

También dice mi nombre. Marisol. La razón por la que Cesar va a morir.

La compostura de Cesar se rompe finalmente. —¡Mari, por favor! Yo te cargué cuando eras un bebé. Te enseñé a bailar. ¡Nosotros no somos así!

Nico no espera.

Lo veo todo. Mi banana táctica convertido en ángel vengador imparte justicia con la misma precisión que usa para todo. No es rápido. Cesar no merece que sea rápido. Pero es controlado, deliberado. Hay algo casi hermoso en la moderación, en cómo Nico hace que la violencia parezca una ecuación que se está equilibrando. El sonido de la respiración de Cesar cambia, se vuelve húmedo, luego débil, luego nada. El olor metálico de la sangre se mezcla con el óxido y la sal del almacén.

Los sonidos de Cesar llenan el almacén. Luego, gradualmente, dejan de oírse.

Esperaba sentir triunfo. Horror. Catarsis. El fuego justiciero que imaginé que sabría la justicia. No siento nada de eso. Lo que siento es: terminamos. Un capítulo que se cierra. Una habitación sellada que finalmente se vacía.

Nico retrocede. Sangre en sus manos. En su camisa. Veo la evidencia de lo que ha hecho y no me inmuto.

Él me mira. En sus ojos reside la pregunta. ¿Me ves ahora? ¿Al verdadero?

Cruzo hacia él, mis tacones resonando en el concreto. Tomo su rostro entre mis manos. Su rostro con la mandíbula apretada y la salpicadura que no miro y que no evito. Su piel está caliente bajo mis palmas, e incluso ahora, incluso con sangre en sus manos, mi cuerpo

responde a su proximidad. La atracción entre nosotros no ha disminuido. Si cabe, ver cómo destruía al hombre que intentó matarme la ha intensificado. Más tarde, cuando estemos solos, cuando la adrenalina se transforme en algo más, le mostraré exactamente cuánto significa su protección para mí.

Sostengo su rostro y lo miro, dejando que vea que yo lo veo. Todo de él. Al soldado, al asesino y al hombre que bajó por un acantilado gritando mi nombre.

Él cierra los ojos y se apoya en mis manos.

Hay movimiento detrás de nosotros cuando Gabriel da un paso adelante desde las sombras, con el rostro inexpresivo. Lo que sea que esté sintiendo está encerrado tras una compostura que rivaliza con la de Nico.

Camina hacia el cuerpo de Cesar. Pasos firmes. El andar de un hombre que se acerca a un altar.

Se arrodilla.

Mi hermano, el sacerdote, el hombre roto, arrodillado junto al hombre que usó nuestra culpa para controlarnos durante años. Sus rodillas golpean el concreto polvoriento con un suave golpe seco. Se persigna. Sus labios se mueven. Palabras en latín que salen automáticamente, la memoria muscular de la fe.

Extremaunción. Para un hombre que intentó asesinar a su hermana. Para un hombre al que Gabriel debería odiar. Lo odia, puedo verlo en la línea rígida de sus hombros.

Pero reza de todos modos. Porque eso es lo que hacen los sacerdotes. Incluso cuando la misericordia es una formalidad. Incluso cuando la gracia se extiende a alguien que nunca la extendió a otros.

El almacén está en silencio, excepto por la oración en latín de Gabriel y el sonido distante del océano a través del muelle de carga.

El ritual es hermoso. Terrible. Mi hermano en una miniatura perfecta. Un hombre de Dios realizando ritos sagrados sobre un cuerpo aún caliente, creyendo cada palabra y odiando creerla.

Gabriel termina. Se levanta. Sus rodillas están empolvadas por el concreto.

—¿Crees que Dios te escuchó? —pregunto.

Una larga pausa. —Creo que Dios y yo tenemos una relación complicada.

Algo pasa entre Gabriel y yo. No es perdón. Todavía no. No es reconciliación. Sino reconocimiento. Dos personas cargando el mismo peso en extremos opuestos, finalmente lo suficientemente cerca como para verse con claridad.

Me amó lo suficiente como para mantenerse alejado. Yo lo odié lo suficiente como para sobrevivir sin él. Ambos estábamos equivocados. Ambos fuimos necesarios.

Extiendo la mano y tomo la de mi hermano. Esta es la primera vez que lo toco en ocho años.

Él me devuelve el apretón, con la mano temblorosa.

Un momento. Nosotros tres en el almacén. El soldado con sangre en las manos. El sacerdote con una oración en los labios. La mujer que saltó y nadó.

Gunner aparece en la entrada, llenándola por completo. Silencioso, esperando. Listo para encargarse de la limpieza, la desaparición, la historia que se contará. Esto es lo que hacen los hombres como Gunner, y estoy tan agradecida con mi viejo amigo que podría llorar.

Nico asiente hacia él. Intercambian la comunicación más breve. Dos soldados, una tarea, entendida.

Salgo del almacén a la luz del sol de Miami. El calor me golpea como un bautismo, denso y húmedo, cargando sal y nuevos comienzos. Detrás de mí, Nico se encargará de los detalles. Gabriel regresará a St. Augustine's y se arrodillará en un edificio diferente. Gunner hará que esta habitación parezca que nada sucedió.

Me quedo bajo el sol y respiro. La humedad que usualmente me oprime se siente hoy como una manta, cálida y envolvente.

Terminó. El hombre que intentó destruirme ha muerto. La trampa se desentrañará. La verdad saldrá a la luz.

Por primera vez en ocho años, no hay nada sellado detrás de una puerta. No hay secretos pudriéndose en una habitación cerrada. No hay un hermano en el exilio. No hay un tío con un cuchillo tras su sonrisa.

Solo luz solar. Solo Miami. Solo el comienzo de lo que sea que venga después.

Detrás de mí, pasos. Nico emerge con una camisa limpia. Sus manos están limpias, pero veo la sombra de lo que pasó en la postura de su mandíbula, en la forma cuidadosa en que se mueve.

Se detiene cuando me ve. De pie bajo el sol. Con los ojos cerrados.

Lo miro. —Llévame a casa.

30 - Marisol

Las palmas reales que mi madre plantó todavía bordean la entrada, alzándose hacia el cielo de la tarde como centinelas. Cada vez que manejo entre ellas, vuelvo a tener seis años y estar en el asiento trasero, con su dedo señalando hacia la ventana: —Las planté para ti, mija. Para que siempre tuvieras algo alto a lo que mirar hacia arriba—.

Hoy se sienten como testigos de lo que estoy a punto de hacer.

La propiedad se ve diferente sin el sedán negro de Cesar reclamando su lugar habitual en la entrada circular, posicionado justo delante del auto de todos los demás como una marca territorial. Por primera vez en meses, tal vez años, ese espacio está vacío. Su ausencia se siente más ruidosa de lo que su presencia jamás lo fue.

Me detengo en la entrada, con Nico a mi lado, y Gabriel se estaciona detrás de nosotros en un auto alquilado. Mi hermano con su alzacuellos, cargando a Dios como una armadura contra lo que hemos hecho. Años de distancia entre nosotros, pero aquí estamos, contándole la verdad a nuestro padre juntos. Finalmente juntos.

—¿Lista? —la voz de Nico es baja, solo para mí.

No lo estoy. Nunca estaré lista para esto. Pero ya me cansé de esperar a estar lista antes de actuar.

—Vamos —digo.

El personal nos recibe de manera distinta. La deferencia nerviosa de mi última visita se ha evaporado, reemplazada por la confusión. Los ojos de la ama de llaves se desvían de mí, buscando al hombre que ha estado dando órdenes en esta casa durante meses. Cesar no ha aparecido desde ayer. No responde su teléfono. La casa que funcionaba bajo sus mandatos está operando sin un director de orquesta.

La enfermera nos encuentra afuera de la habitación de Papá, con la sorpresa reflejada en su rostro al vernos a los tres juntos. Yo, Gabriel con su cuello clerical, y el hombre alto y callado al que no reconoce. Ella mira a su alrededor como si esperara a alguien más.

—Está lúcido hoy —dice, todavía mirando por encima de nosotros —. Mejor de lo que ha estado en una semana. El Sr. Vega usualmente…—

—Necesitamos la habitación —la interrumpo—. Es mi padre. Esta sigue siendo su casa, no la de Cesar. Danos privacidad—.

Ella duda, acostumbrada a consultar con Cesar antes de permitir cualquier cosa. Nico se mueve cuando ella se detiene, interponiendo su cuerpo entre nosotros y la puerta. Siempre listo. Siempre vigilando.

—Por favor —añado, más suave pero firme.

La enfermera se retira y me detengo frente a la puerta, necesitando un momento. Gabriel está a mi lado, más callado de lo habitual desde lo del almacén. Su alzacuellos parece estar más apretado hoy. O tal vez es solo que lo estoy viendo con más claridad.

—¿Se lo decimos juntos? —pregunto.

Gabriel asiente. —Juntos—.

Miro a Nico. Él se posiciona a un lado, presente pero no en el centro. Entendiendo la geometría de los asuntos familiares.

—Estaré aquí —dice simplemente, y la promesa subyacente lo abarca todo.

Toco su mano brevemente. El contacto envía un calor directo a través de mí, inapropiado para este momento pero innegable. Mi cuerpo todavía lo recuerda, ansía lo que vendrá después de esto. Una descarga pasa entre nosotros. Luego abro la puerta.

Papá está incorporado en la cama, más delgado que la última vez. La enfermedad lo está consumiendo más rápido ahora, ahuecándolo por dentro. Pero sus ojos se clavan en nosotros cuando entramos, afilados, evaluadores, sin que se les escape nada.

Me ve a mí primero, luego a Gabriel. El asombro brilla en su rostro al vernos juntos. No hemos estado en la misma habitación con él en años.

Luego ve a Nico en el umbral. El soldado. El Rosetti. Los ojos de Papá encuentran a Nico, e intuyo que reconoce lo que esas manos han hecho. La sangre ha sido lavada, pero la violencia sigue ahí, escrita en la postura de sus hombros. Todavía puedo oler el aceite de armas en él bajo el jabón. Me excita, saber lo que hizo por mí, saber que lo haría de nuevo.

Luego Papá busca a la persona que no está.

—¿Dónde está Cesar?

La pregunta que tanto he temido. Me siento en la silla al lado de su cama, la misma donde prometí escuchar a Cesar hace apenas unos días.

—De eso es de lo que tenemos que hablar, Papá—.

Empiezo con lo que se puede probar. La evidencia presentada como un expediente judicial: primero la campaña mediática, las conexiones financieras entre la gente de Cesar y los medios que publicaron las historias de malversación. El cronograma de cada filtración correspondía a información que solo el círculo íntimo conocía.

Gabriel añade sus piezas. Cosas que Cesar dijo a lo largo de los años, asumiendo la discreción sacerdotal. Estructuras financieras. Nombres. La lenta arquitectura de la traición.

Las manos de Papá aprietan las sábanas con más fuerza con cada revelación, pero su rostro permanece inexpresivo. Capto la ligera tensión de Nico cuando la respiración de Papá cambia. Él tampoco ha visto nunca al rey vulnerable.

Continúo, con más dureza ahora. El cuerpo en La Sirena. La hija de los Zayas, Lucia. Uso su nombre, el nombre que Nico aprendió y le devolvió, colocado deliberadamente en el Calypso Room.

—Hace ocho años —digo, con voz firme aunque me tiemblan las manos—, una mujer murió en La Sirena. Gabriel me llamó. Yo tenía dieciocho años—.

Miro a mi hermano. Él asiente. Adelante.

—Llamé a Cesar en lugar de a ti. Él envió a alguien para limpiar todo. Gabriel se fue al seminario. Yo sellé la habitación. Durante ocho años, Cesar guardó ese secreto—.

Examino el rostro de Papá durante esto. Busco decepción, asco. Lo que veo, en cambio, me corta la respiración.

Dolor. Dolor puro, sin esconder. No por la revelación, sino por darse cuenta de lo que sus hijos cargaron solos.

—Tenías dieciocho años —dice con voz ronca—. Tenías dieciocho años y llamaste a Cesar en lugar de a mí—.

No es una acusación. Es devastación. Su hija estaba en crisis y no acudió a él. Y él sabe, puedo ver que sabe, exactamente por qué.

—No pensé que tú…—

—No pensaste que te ayudaría —termina él—. Pensaste que te culparía—.

No puedo hablar. La verdad es demasiado grande y demasiado vieja.

—Mija —su mano busca la mía, esquelética, temblorosa—. Tenías razón. Lo habría hecho. Y me habría equivocado—.

Le cuento el resto. La llamada fabricada usándolo a él como carnada. El acantilado. La confesión en la terraza.

—Iba a montar mi suicidio —digo, y las palabras se sienten absurdas y sin peso en mi boca—. Quería que pareciera que me había disparado, como si no hubiera podido soportar la vergüenza, el escándalo.

La boca de Papá se aprieta en una línea dura. Su mirada me taladra, leyendo entre cada sílaba buscando algo que yo pueda estar ocultando. —Pero saltaste primero —dice, no exactamente como una pregunta. Un veredicto, o tal vez la primera bendición que ha dado en años.

—Sí —le digo, con voz plana, pero mis dedos entierran medias lunas en mi propio muslo—. Salté antes de que él pudiera hacerlo—.

Cierra los ojos, y cuando los abre, se ve menos como un general y más como un hombre cuyo mundo ha sido destrozado y reconstruido demasiadas veces.

—¿Al océano? —pregunta ahora, más suave.

—Sí—.

—No habías nadado desde…—

Se queda mirando el techo, moviendo los labios como si alineara todas las piezas de esta historia contra la cronología de su propio arrepentimiento. Por un momento, se queda tan quieto que me pregunto si el sueño lo ha reclamado, o si la niebla en su cerebro es peor de lo que pensábamos. Pero luego suelta un suspiro largo y rasposo que parece vaciar toda la habitación.

—Pero cuando tocaste el agua, nadaste —dice, con la voz raspando la pared desnuda de su garganta, mitad asombro, mitad desesperación.

Asiento. —Nadé, Papá. La escuché. Escuché su voz diciéndome… dijo: "Patea, mija, no te atrevas a detenerte"—.

Se cubre la cara con las manos. La piel es fina como el pergamino, las venas visibles y desafiantes contra su voluntad. Cuando quita las manos, tiene los ojos húmedos.

Papá cierra los ojos. Por un largo momento, la habitación se llena de silencio. Cuando los abre, están empañados. Nunca he visto a mi

padre llorar. Ni en el funeral de Mamá. Ni durante su diagnóstico. Jamás.

Las lágrimas bajan por sus mejillas hundidas. No son sollozos. Jorge Delgado no solloza. Sino un llanto silencioso. Dejando que suceda. Sin ocultármelo.

—Tu madre estaría tan orgullosa —dice con la voz quebrada—. Tan orgullosa de ti, mija—.

Las palabras aterrizan en lugares que no sabía que estaban heridos. No es alivio, no exactamente, sino la sensación de una astilla que finalmente sale a la superficie: dolorosa, complicada, pero honesta. Trato de encontrar un lugar estable dentro de mí para responder, pero el suelo se mueve bajo mis pies. Cada recuerdo de ella —de la mujer que me enseñó a nadar, que me enseñó a sobrevivir — choca con la imagen del hombre frente a mí, y por primera vez, veo cuánto se ha estado ahogando él también.

—Estaba enojado contigo porque me recordabas a ella —continúa —. Porque verte era como verla a ella, y tampoco pude salvarla. La impotencia me volvió cruel—.

Todos estos años pensando que su decepción era por mis fallas. Aprendiendo ahora que era por las suyas. Su fracaso al no salvar a Mamá, reflejado en su fracaso al no protegerme.

—Estuve ciego ante Cesar. Treinta años y no lo vi. Estaba tan ocupado estando decepcionado de ti que no pude ver quién estaba fallándole realmente a esta familia—.

—Papá…—

—Te fallé. Fallé en protegerte. Fallé en ver la amenaza justo frente a mí—.

Aprieta mi mano con la poca fuerza que le queda.

—¿Dónde está Cesar ahora?—

No respondo directamente. Miro a Nico. Nuestros ojos se encuentran a través de la habitación de Papá. En los suyos, veo la promesa. Cualquiera que venga por mí después encontrará el mismo final que Cesar. Papá sigue mi mirada, y el entendimiento pasa entre el rey moribundo y el soldado. En nuestro mundo, la sangre exige sangre. Papá entiende esa aritmética. En nuestro mundo, ciertas preguntas tienen ciertas respuestas.

Papá asiente una vez. Eso es todo.

—Lo que dije, sobre que estabas matando el recuerdo de tu madre… Dios, mija, eso fue lo más cruel que he hecho jamás —la voz

de Papá se quiebra—. Mi último deseo fue que obedecieras al hombre que intentaba destruirte—.

—Tú no lo sabías—.

—Debí saberlo —el orgullo del patriarca se fractura—. Debí haberlo visto—.

Me mira entonces. Me mira de verdad. No evaluando a una heredera ni juzgando una decepción. Solo viendo a su hija.

—Déjame terminar. No tengo tiempo para cosas que debí decir hace años—.

Espero, con las lágrimas presionando con fuerza.

Él me acerca con una fuerza sorprendente.

—Estoy orgulloso de ti, mija. Debí haberlo dicho todos los días. Estoy orgulloso—.

Las palabras que he esperado toda mi vida escuchar. "Orgulloso". No decepcionado, no resignado, no aceptándome a pesar de mis fallas. Orgulloso. El término rompe algo dentro de mí que ha estado demasiado tenso por demasiado tiempo. Una vida entera tratando de ganar esto, de destruirme cuando no podía, y lo está diciendo ahora, cuando estoy cubierta por la violencia y la verdad de hoy.

Me quiebro.

No es un llanto controlado. No son lágrimas manejadas y ocultas. Es el duelo feo y jadeante de una hija que ha esperado toda su vida para escuchar esas palabras.

Apoyo mi cabeza en su pecho, huesudo, frágil, pero que aún me sostiene, y lloro.

Su mano sobre mi cabello, débil pero presente.

No sé cuánto tiempo lloro. Lo suficiente para que la luz de la tarde cambie a dorado a través de las ventanas. Lo suficiente para que todos esos años de dolor finalmente se liberen.

—El imperio —dice Papá cuando mis lágrimas disminuyen—. Cuando me haya ido, y me voy a ir, mija, es tuyo. No de algún extraño. No de Gabriel. Tuyo.

—No estoy lista… —la protesta surge de forma automática. La chica fiestera, el desastre, la mujer que necesitó que Nico la salvara de ahogarse. Pero los ojos de Papá me detienen. No me está dando esto porque soy lo único que queda. Me lo está dando porque salté. Porque nadé. Porque sobreviví a lo que Cesar hizo y vine aquí a decir la verdad.

—Estás lista. Has estado lista. Solo necesitabas que alguien dejara de decirte lo contrario—.

El peso se asienta sobre mis hombros. Pesado pero correcto. Algo ganado.

—Una cosa más —su agarre se tensa—. El Rosetti en el umbral—.

Miro a Nico de reojo.

—¿Bajó un acantilado por ti? ¿Hizo lo que había que hacer con Cesar?—

—Sí—.

Papá asiente, con la evaluación de un hombre que ha analizado a hombres peligrosos toda su vida.

—Bien. Quédatelo.

Casi me río. La bendición más romántica que un capo moribundo puede ofrecer.

Dejo a Papá durmiendo, en paz por primera vez en meses.

En el auto, con la propiedad alejándose detrás de nosotros y las palmas reales alzándose altas en el retrovisor, me siento vacía. Cada emoción que he guardado durante años se derramó sobre el pecho de Papá.

Lo que queda es quietud. Calidez. Amplitud.

Nico maneja con una mano. Yo tomo la otra.

—Dijo que me quedara contigo —le digo.

La comisura de la boca de Nico se contrae. —Un gran elogio viniendo de un rey moribundo—.

—El más alto. Ni siquiera dice eso de su máquina de expreso—.

Una sonrisa real. Pequeña, breve, pero real.

—Es mío —digo en voz baja, probando las palabras—. La familia. El imperio. Todo.

—¿Cómo se siente eso?—

—Como nadar. Aterrador. Y correcto—.

Vine a esta propiedad mil veces cuando era adolescente, saliendo más pequeña cada vez, comprimida por las expectativas y los fracasos. Hoy me voy más alta.

31 - Marisol

Él maneja y yo me siento a su lado. El silencio no está vacío. Está lleno. Denso con todo lo que pasó y todo lo que está por venir. La adrenalina ya comienza a transformarse dentro de mí, la violencia se convierte en algo más, algo que me hace apretar los muslos entre sí. Observo sus manos en el volante. Las mismas manos que impartieron justicia esta mañana, que impartirán algo completamente distinto cuando lleguemos a casa.

Estiro el brazo sobre la consola y tomo su mano. Sus dedos se cierran alrededor de los míos, todavía temblando ligeramente mientras la adrenalina termina de disiparse. El pequeño temblor me recuerda que es humano. Recorro sus nudillos con el pulgar, sintiendo la ligera hinchazón del impacto.

Manejamos por Miami. La ciudad brilla, ajena a todo. Hermosa.

Manejamos en silencio por un rato. No es incómodo, solo pleno. Procesando.

Lo observo de perfil. La firmeza de su mandíbula. La ligera tensión en sus hombros que significa que está haciendo evaluaciones tácticas incluso ahora, revisando los espejos, identificando rutas de escape. Pero también hay algo más. Una soltura que nunca había visto. Como si haber matado a Cesar finalmente hubiera desatado un nudo dentro de él.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Él considera la pregunta. Realmente la considera, lo cual es más de lo que hace la mayoría de la gente.

—Estoy bien.

—Él iba a matarme —digo.

—Sí.

—Así que no intentes sentirte culpable. Siente lo que en verdad sientas.

Su mano busca la mía sobre la consola. La aprieta.

—Lo que siento —dice, bajando la voz— es que estás viva. Y quiero pasar las próximas horas demostrándotelo.

—Cuando lleguemos —dice de repente, con la voz ronca por todo lo que está conteniendo—, voy a cogerte hasta que olvides todo excepto mi nombre. Hasta que las únicas marcas en tu cuerpo sean las mías.

La promesa envía calor directamente a través de mí, acumulándose entre mis piernas. Aprieto los muslos, ya con un deseo punzante, ya mojada. La violencia en el almacén, la adrenalina, su proximidad. Todo se está transformando en una necesidad desesperada. Quiero sus manos sobre mí, quiero que descargue cada gramo de oscuridad restante en mi cuerpo hasta que ambos olvidemos todo excepto al otro.

—Maneja más rápido —le digo.

Su agarre se tensa en el volante. El velocímetro sube. A través del parabrisas, observo el agua. Bahía Vizcaína centelleando bajo el sol de la tarde. Pero en lo único en lo que puedo pensar es en lo que viene. En cómo me desnudará en el segundo en que se cierre esa puerta. En cómo me inmovilizará contra la pared, o me doblará sobre el sofá, o me llevará a la cama y me hará gritar su nombre hasta que los vecinos se quejen.

Mi coño se contrae ante el pensamiento y me muevo en mi asiento; la fricción de mi vestido contra mi piel es casi insoportable. Cada nervio está vivo, eléctrico, esperando su toque.

—Te necesito —susurro, y su mandíbula se tensa.

—Pronto —promete, y la palabra suena como un voto. Como una amenaza. Como todo lo que quiero que sea.

La ciudad pasa veloz, pero solo lo veo a él. Solo siento este calor creciente, esta promesa de lo que viene.

Maneja más rápido, pienso de nuevo, pero no lo digo. Él lo sabe. Su pie ya está presionando con más fuerza el acelerador, corriendo hacia casa, hacia el momento en que este día terrible se transforme en algo completamente distinto.

El auto entra en el garaje subterráneo y Nico apaga el motor. Por un momento, simplemente nos quedamos ahí sentados, con el silencio espeso por la anticipación. Sus nudillos están blancos sobre el volante y, cuando se gira hacia mí, sus ojos están oscuros de promesa.

—Arriba —dice, y esa única palabra conlleva todo lo que ambos necesitamos.

Salimos del auto como personas que intentan no correr. Profesionales. Controlados. Pero la electricidad entre nosotros hace que el aire chisporrotee mientras caminamos hacia el ascensor. Su mano busca la base de mi espalda, posesiva, guiándome, una marca de propiedad a través de la delgada tela de mi vestido.

El ascensor llega con un suave carillón. Entramos y las puertas se cierran detrás de nosotros, sellándonos en este espacio pequeño. Su aroma me rodea: jabón, aceite de armas y el persistente rastro metálico de lo que hizo esta mañana. Inhalo profundamente, dejando que llene mis pulmones.

En el segundo en que estamos solos, me tiene contra la pared. Su cuerpo se presiona contra el mío, duro e implacable. Su boca captura la mía en un beso que es más un reclamo que afecto; todo dientes, lengua y desesperación. Gimo contra su boca, mis manos ya trabajando en su cinturón, necesitando sentirlo.

—Espera —gruñe contra mis labios—. Todavía no.

El ascensor sube. Diez pisos. Veinte. Cada pitido marca otro nivel de contención que se escapa. Para cuando llegamos al penthouse, su mano está bajo mi vestido, sus dedos recorriendo el borde de mi ropa interior, provocándome pero sin darme lo que necesito.

Las puertas se abren directamente a nuestro vestíbulo. Entramos a tropezones, tomados de la mano como adolescentes.

Estiro la mano y toco su mandíbula. La barba incipiente es áspera bajo mis yemas. Él se apoya en mi mano y siento que su control empieza a resquebrajarse.

—Llévame a la cama, Nico. Necesito que me cojas como es debido. No más huidas. No más el uno del otro.

Sus ojos se oscurecen ante mis palabras directas. Toma mi mano, la misma mano que terminó con Cesar hace horas, y me guía al interior.

Nuestra habitación. La cama que hemos compartido antes, sábanas que huelen a sexo y a nosotros. Aceite de armas y vainilla, violencia y descontrol desesperado.

Él no tiene prisa. Eso es lo que hace que mi coño se apriete con anticipación. Saber que se va a tomar su tiempo para destruirme. Mañana habrá secuelas por la muerte de Cesar, luchas de poder, consecuencias. Pero esta noche…

Se para frente a mí, cerca, sus manos buscando mi cintura a través del vestido de algodón. La tela es tan delgada que puedo sentir

cada callo en sus palmas. Me agarra con firmeza, como si pudiera desaparecer si no me sujeta con suficiente fuerza.

Me mira. Realmente me mira. Su mirada arde mientras viaja desde mi rostro hacia abajo, donde su rasguño casi me deja al descubierto. Ya estoy tan mojada que puedo sentirlo en la parte interna de mis muslos.

Su mano sube. Recorre las heridas del acantilado. Primero el largo raspón en mi brazo. Su pulgar lo sigue, luego su boca, su lengua lamiendo la marca. Luego el moretón en mi clavícula. Lo succiona, haciéndolo más oscuro, reclamándome por encima de las marcas del océano.

Levanta el dobladillo del vestido y desliza mis bragas hacia abajo, exponiendo mi coño a su mirada hambrienta. —Mierda, ya estás goteando por mí.

—Estoy mojada desde que te vi matar a Cesar —admito, abriendo ligeramente las piernas.

Su dedo se desliza por mis pliegues, recogiendo mi humedad, y gimo ante el contacto. Se lleva el dedo a la boca, saboreándome, y sus ojos se vuelven negros.

—Saltaste de ese acantilado —dice, con voz ronca.

—Lo hice.

—Nadaste.

—Lo hice.

—Hacia mí.

Su frente cae contra la mía. Nuestras respiraciones se mezclan. Saboreo canela en su exhalación. Sus manos aprietan mi cintura con más fuerza, sus pulgares presionando los moretones que dejó antes.

—Anoche estuve frente a tu puerta. Mi mano en el pomo. Mi verga tan dura que dolía.

Cierro los ojos, imaginándolo del otro lado, tocándose.

—Lo sé —susurro—. Yo también me estaba tocando. Pensando en ti. Odiándote, sin embargo, por ser un imbécil.

Él gruñe y siento su verga palpitar contra mi estómago a través de sus pantalones.

—Debí haberla abierto. Debí haberte cogido como es debido en lugar de hacernos sufrir a ambos.

—Estás aquí ahora. Muéstrame lo que querías hacer anoche.

Me quito el vestido por la cabeza. Estoy completamente desnuda ahora, mis pezones duros, mi coño goteando. Me mira como si

quisiera devorar cada centímetro.

—Mierda, Marisol. Estás perfecta. Cada moretón, cada raspón. Mía.

Busco su camisa, prácticamente arrancándosela. Mis uñas rasgan su pecho, dejando marcas rojas sobre sus cicatrices y tatuajes. Su verga se tensa contra sus pantalones; el contorno hace que se me haga agua la boca.

Sus manos están temblando de verdad mientras me toca. Este hombre que hace horas terminó con Cesar sin pestañear está temblando mientras sus manos acunan mis pechos.

—Estás nervioso —observo, pellizcando su pezón con la fuerza suficiente para hacerlo sisear.

—Estoy aterrado, joder —admite—. Aterrado de lastimarte. Aterrado de no ser suficiente.

Bajo la mano, agarrando su verga a través de sus pantalones. Está duro como una roca y puedo sentirlo pulsar en mi mano.

—Nunca podrías lastimarme de formas que yo no quiera. Y eres más que suficiente. Ahora deja de pensar y cógeme como si lo dijeras en serio.

Él estalla.

Su boca choca con la mía, todo lengua y dientes y desesperación. Saboreo violencia y necesidad mientras me hace caminar hacia atrás hasta la cama, sus manos por todas partes. Apretando mi trasero, pellizcando mis pezones, deslizándose entre mis piernas para encontrarme empapada.

Me empuja sobre la cama y reboto ligeramente, abriendo las piernas de par en par para que pueda verlo todo. Mi coño está goteando, contrayéndose sobre la nada, desesperado por ser llenado.

—Mírate —gruñe, liberando finalmente su verga. Salta hacia afuera, gruesa y dura, con el líquido preseminal ya asomando en la punta—. Ábrete para mí. Muéstrame ese coño precioso.

Me estiro hacia abajo, usando ambas manos para separar mis labios vaginales, exponiendo mi clítoris hinchado y mi entrada goteante. —Esto es tuyo, Nico. Todo tuyo.

Él cae de rodillas, agarrando mis muslos con la fuerza suficiente para dejar marcas. Su boca está sobre mí al instante, sin rodeos, simplemente su lengua cogiéndome por dentro mientras su nariz presiona contra mi clítoris. Suelto un grito, mi espalda se arquea sobre la cama.

—¡Mierda, Nico! ¡Tu boca!

Se aparta lo justo para hablar contra mi coño. —Extrañaba este sabor. Extrañaba cómo inundas mi boca cuando acabas.

Desliza tres dedos dentro de mí, curvándolos para golpear ese punto exacto mientras su lengua asalta mi clítoris. La sensación dual me hace clamar a Dios, mis manos se cierran en su cabello, frotándome contra su cara.

—Mírame —ordena.

Obligo a mis ojos a abrirse, mirándolo entre mis muslos. Sus ojos están negros de lujuria, viéndome desmoronarme. El contacto visual mientras me devora es casi demasiado intenso.

—Me voy a correr —jadeo—. Nico, me…

—Córrete en mi lengua. Déjame saborearlo.

Mi orgasmo me atraviesa con fuerza, mi coño apretándose alrededor de sus dedos mientras grito su nombre. No se detiene, no baja el ritmo; simplemente sigue comiéndome mientras duro hasta que sollozo por el exceso de estimulación.

Sube por mi cuerpo, su verga arrastrándose contra mi piel sensible y dejando un rastro de humedad. Cuando me besa, me saboreo a mí misma. Intensa y desesperada.

—Necesito estar dentro de ti —gruñe contra mi boca.

—Entonces cógeme. Deja de ser gentil. No me voy a romper.

Me voltea sobre mi estómago, levantando mis caderas de modo que quedo de rodillas, con mi cara presionada contra el colchón. Me siento expuesta, vulnerable, mi coño goteando por mis muslos.

—Este trasero —dice, dándome una nalgada fuerte. El sonido resuena en la habitación—. Estos moretones que dejé. Nunca se los muestres a otro hombre.

—Se los mostraré a quien yo quiera —jadeo, pero ni siquiera suena creíble para mis propios oídos.

Me da otra nalgada, más fuerte, y gimo contra las sábanas.

—Niña mala —gruñe, y su mano libre sube por mi columna vertebral, nada gentil, como si me arrastrara de vuelta hacia él por mis propios huesos. Me arqueo hacia él instintivamente, con la espalda curvada, abriendo más los muslos en una súplica silenciosa.

—Por favor, Nico —gimo, las palabras derramándose antes de que tenga tiempo de pensar—, necesito tu verga.

Él no me da lo que quiero, al menos no todavía. En su lugar, se alinea detrás de mí, y la cabeza hinchada de su verga se desliza a

través de mis pliegues goteantes, untándome por todas partes, haciendo un desastre húmedo en mi hendidura. Me está provocando, alargando la agonía; la punta se engancha en mi entrada con cada pasada pero nunca se introduce del todo. Gruño de frustración, tratando de empujar hacia atrás contra él, pero su agarre en mis caderas es de hierro, inquebrantable. Se deleita en mi necesidad, en mi total rendición, y eso solo hace que el anhelo sea peor.

—No hasta que prometas guardar ese culo solo para mis ojos —retumba, mientras la punta de su verga roza mi entrada para luego retirarse. Cada vez que casi se desliza dentro, jadeo, y él se aparta con una risita cruel.

Estoy perdiendo la cabeza. La fricción de su verga contra mi clítoris hinchado es una tortura, la promesa de plenitud justo fuera de mi alcance. —Siempre —jadeo, con la voz rota—. Para siempre. Solo para ti. Ahora acaba con mi maldita miseria.

Se queda quieto, con su verga posicionada en mi entrada, y por un momento el único sonido es nuestra respiración agitada y el húmedo y obsceno roce de mi necesidad. Luego se inclina hacia adelante, su pecho presionado contra mi espalda, su mano rodeando mi garganta para inclinar mi cabeza hacia atrás de modo que su boca queda en mi oreja.

—Dilo bien —alienta, con la amenaza de sus dientes contra mi piel—. Di que eres mía.

Me retuerzo en su agarre, desesperada, y el movimiento hace que su verga se hunda solo un poquito dentro de mí. Gimo. —Soy tuya, Nico. Siempre seré tuya. No quiero a nadie más. Solo te necesito a ti, por favor…

Todo mi cuerpo tiembla, y estoy tan cerca de correrme que podría gritar.

Desliza la cabeza de su verga dentro de mí, solo la punta, estirándome, y luego vuelve a salir, dejándome vacía. Mi coño se aprieta alrededor de la nada, suplicando por él, por el estiramiento y el ardor de ser llenada. Lo hace de nuevo, y de nuevo; una tortura lenta, un juego que sabe que voy a perder.

—Mírate —dice, con voz casi reverente—. Tan desesperada por mi verga. Estás goteando, Marisol. Malditamente empapada.

Sollozo, asintiendo contra la almohada, con la vergüenza y la necesidad anudadas. —Te necesito. Te necesito tanto, joder.

Él se ríe, oscuro y peligroso, el sonido vibrando a través de su pecho y en mis huesos. —Vas a tomar cada centímetro. Cada maldito centímetro. Y cuando termine, todavía me sentirás mañana.

Asiento frenéticamente, las palabras me fallan mientras froto mis caderas hacia atrás, ansiosa por alivio.

Su mano deja mi garganta y baja hasta mi sexo, sus dedos deslizándose por mis pliegues, esparciendo mi excitación sobre mi clítoris. Frota círculos lentos y apretados, sin ceder nunca en la presión, y mi cuerpo canta con ello. Al mismo tiempo, encaja la gruesa cabeza de su verga justo en mi entrada, manteniéndome ahí, dejando que el ardor aumente.

—Ruégame otra vez —exige, con voz feroz.

—Por favor, Nico, cógeme. Lo necesito. Necesito que me arruines. —Escucho las lágrimas en mi propia voz y no me importa. Quiero que me rompa en pedazos, para que me vuelva a armar.

Él no duda. Se hunde en mí de una estocada brutal y ambos gritamos. Es tan grueso, estirándome perfectamente, golpeando tan profundo que apenas puedo respirar.

—Mierda, estás estrecha —gruñe.

Comienza a moverse, duro y rápido, el sonido de piel golpeando contra piel llenando la habitación. Cada estocada me empuja hacia adelante, mis pezones arrastrándose contra las sábanas. Sus manos dejan moretones en mis caderas mientras las usa como apoyo.

—Esto es lo que quería —gruñe, estirando el brazo para frotar mi clítoris—. Quería derribar esa puerta y cogerte hasta que no pudieras recordar tu propio nombre.

—Sí —gimo—. Más fuerte. Márcame. Hazme tuya.

Se sale de repente, volteándome sobre mi espalda. Antes de que pueda protestar, está dentro de mí de nuevo, doblando mis piernas de modo que mis rodillas quedan junto a mis orejas. El ángulo es devastador. Está tan profundo que puedo sentirlo en mi estómago.

—Mírame —ordena.

Encuentro sus ojos, viendo todo allí. El hambre, la necesidad, la emoción en su mirada.

—Necesito verte cuando te corras otra vez. Necesito verte desmoronarte en mi verga.

Me coge con más fuerza, su pulgar encontrando mi clítoris, y ya estoy cerca de nuevo. Mi coño se está apretando alrededor de él, tirando de él más profundo.

—Eso es —gruñe—. Tómalo. Toma cada centímetro.

—Nico, yo… ¡mierda, me estoy corriendo otra vez!

Mi segundo orgasmo me desgarra, más intenso que el primero. Mi coño tiene espasmos alrededor de su verga y veo que su control finalmente se hace añicos por completo.

—Marisol —gruñe, su ritmo flaqueando—. Mierda, te amo.

Las palabras me golpean como un rayo.

—Te amo —dice de nuevo, más claro ahora—. No porque sobreviviste. No por miedo. Te amo porque eres mía. Porque eres la única persona que ha hecho que el silencio valga la pena.

Las lágrimas saltan a mis ojos mientras él continúa cogiéndome a través de su confesión.

—Te amo —dice una vez más mientras su verga pulsa dentro de mí, llenándome con su semen—. Te amo de verdad, Marisol.

Nos corremos juntos, él bombeando dentro de mí mientras yo me aprieto a su alrededor. Se desploma sobre mí, ambos respirando con dificultad, sudorosos, completamente desechos.

Después de un momento, nos hace rodar para que yo quede arriba, con su verga todavía dentro de mí, nuestros fluidos combinados goteando a su alrededor.

—Lo dijiste —susurro, las lágrimas resbalando por mis mejillas.

—Lo dije en serio. —Limpia mis lágrimas con su pulgar—. Lo he sentido desde hace más tiempo del que supe expresar.

—Dilo otra vez.

—Te amo.

—Otra vez.

—Te amo, mujer exigente. —Su sonrisa es real, sin defensas—. ¿Cuántas veces?

—Para siempre. Mi retención es una mierda cuando importa.

Él se ríe y lo siento en todo su cuerpo, su verga moviéndose involuntariamente dentro de mí.

—Puedo trabajar con el para siempre.

Más tarde, mucho más tarde, hemos tenido sexo dos veces más. Una vez conmigo cabalgándolo, saltando sobre su verga mientras él miraba mis tetas rebotar y yo le dejaba marcas de uñas en el pecho que podrían dejar cicatriz. Una vez contra la pared porque lo desafié a sostenerme en vilo durante diez minutos. Me sostuvo durante doce, cogiéndome con fuerza mientras yo le mordía el hombro para amortiguar mis gritos.

Ahora estamos rendidos, enredados en sábanas empapadas de sudor y semen. Mi coño está dolorido de la mejor manera, todavía goteando su leche. Su mano está en mi cabello, mi cabeza en su pecho.

Recorro su tatuaje, pensando en la muerte y el renacimiento.

—Deberías añadir la fecha de hoy —digo.

—¿Por qué?

—Porque algo murió hoy. Tu creencia de que destruyes todo lo que tocas.

Su mano se detiene. —No es así como funciona.

—Tal vez debería serlo.

No responde, pero siento que lo está considerando.

—Además —murmuro contra su pecho—, deberíamos comprar un piano.

—Un piano.

—No has tocado en doce años. Chopin merece algo mejor.

El silencio cambia. Puedo sentirlo pensando en habitaciones abiertas y segundas oportunidades.

—Veremos —dice. Lo cual definitivamente puedo convertir en un sí.

Solía llenar el silencio con caos porque la quietud significaba recordar. Esta noche el silencio está lleno. Su latido, su respiración, el océano a través de la ventana, incluso el tenue aroma a aceite de armas de su pistola en la mesita de noche.

Ya no tengo miedo.

Cierro los ojos, sintiendo su semen todavía dentro de mí, sus brazos rodeándome.

Esta noche, el silencio suena a hogar.

32 - Nico

Chicago me recibe como siempre lo hace: con un puñetazo de aire frío proveniente del lago y la certeza inmediata y profunda de que estoy en casa. Incluso cuando ese hogar es el lugar que me convirtió en algo que he pasado toda la vida tratando de entender.

Marisol se aprieta contra mi costado en la parte trasera del auto, acumulando calor como si se estuviera preparando para el invierno. Es su primera vez en Chicago y lo está asimilando todo a través de la ventana. El acero y el concreto, los trenes elevados pasando con estruendo, la arquitectura que se anuncia a sí misma sin pedir disculpas. Nada que ver con la seducción color pastel de Miami. Chicago no seduce. Declara.

—Está enojada —dice ella, observando cómo el horizonte corta las nubes grises.

—Es honesta.

—Ambas cosas, Horse Man.

Tiene razón. Suele tenerla. Su mano descansa sobre mi muslo, y el calor de su toque me recuerda lo que me espera después de esto. Su cuerpo bajo el mío, ayudándome a olvidar cualquier fantasma que el día de hoy traiga de vuelta.

Nos quedamos en un hotel en el centro. No en el complejo familiar. Mañana es la reunión familiar, la presentación oficial, el circo completo. Hoy es algo más. Algo privado. Algo de lo que mi hermano mayor no sabe nada.

Tenemos quizás una hora antes de que Marco se dé cuenta de que no estoy en el hotel.

Hace tres días, hice la llamada. Desde el penthouse en Miami, mientras Marisol dormía acurrucada contra mí. Un número al que no he marcado en más de un mes, pero que nunca borraré.

Sofia respondió al segundo timbrazo. Como si hubiera estado esperando.

—Nico.

—Voy a Chicago. Necesito verte.

Una pausa. No de sorpresa, sino de cálculo. La evaluación táctica que yo le enseñé, ahora vuelta en mi contra.

—¿Él lo sabe?

—No.

—Estás yendo a espaldas del Don.

—Estoy yendo a espaldas de mi hermano. Hay una diferencia.

Si Marco se entera de que me reuní con ella sin permiso, habrá consecuencias. Familia o no.

Otra pausa. Luego, más suave: —¿El parque en Ashland?

Se me apretó el pecho. Por supuesto. Nuestro parque. De antes del entrenamiento, antes de que la familia nos tragara enteros, antes de que todo se volviera difícil.

—A las dos. Jueves.

—Allí estaré.

Ahora estamos aquí. Ashland Park. No es un destino grandioso, solo un parque de barrio en el South Side. Los arces arden de color rojo en sus bordes, el primer aviso de la llegada del otoño. El suelo aún está verde, pero salpicado de hojas caídas prematuramente que crujen bajo los pies. Los aros de la cancha de básquetbol siguen doblados. Los juegos infantiles gimen con el viento, metal contra metal, como un cuchillo al ser afilado.

Este parque es territorio neutral. Ni Rosetti ni Volkov. Pero neutral no significa seguro. Demasiadas líneas de visión, demasiados lugares para francotiradores. Reunirse aquí rompe cada protocolo que he aprendido.

El sendero para caminar rodea un estanque donde los patos aún reman, aunque menos que en verano. El aire tiene ese mordisco particular de principios de octubre; no es el asalto del invierno, sino su primer explorador, el sistema de alerta temprana de Chicago.

Llevo a Marisol al banco junto al estanque. Ella se sienta. Yo no puedo; estoy lleno de una energía nerviosa que me resulta ajena. He entrado en tiroteos con más calma que esto. Mi Glock presiona contra mis costillas, un recordatorio de que las reuniones familiares en nuestro mundo a veces terminan en derramamiento de sangre.

—Cuéntame sobre ella —dice Marisol. Sin presionar, solo ofreciendo espacio.

Se me tensa la mandíbula. Siento que las palabras son una traición en mi boca. Los asuntos familiares se quedan en la familia.

Pero Marisol ya no es cualquiera.

Le cuento cosas que nunca le he contado a nadie, mirando hacia otro lado mientras la vulnerabilidad me raspa la garganta en carne viva. Sofia a los seis años, dándome órdenes en este mismo parque, con una sonrisa de dientes separados y absolutamente sin miedo. Sofia a los diez, la primera vez que nuestro padre le puso un arma en la mano. La traición en su rostro, como si él le hubiera entregado una serpiente viva. Sofia a los doce, cuando empecé a enseñarle cómo matar. Luego a los quince, después de la masacre, cuando empezó a tomarse el matar en serio.

Sofía hace cinco semanas, la noche en que se fue. El umbral de la puerta. Alexei acompañándola al auto. El ultimátum de Marco aún resonando en el aire: él o nosotros.

Ella lo eligió a él. Y no la culpo.

—Marco no la perdonará —le digo a Marisol—. La enemistad con los Volkov se remonta a generaciones. Su padre masacró a nuestra familia. Que Sofia eligiera a Alexei…

—No se trata de la enemistad —dice Marisol en voz baja—. Se trata de control. Ella eligió algo que él no autorizó.

Tiene razón. Marco podría terminar la enemistad si quisiera. El propio Alexei no participó en la masacre. La verdadera ofensa es que Sofia tomó su propia decisión.

—Pero tú no eres Marco —continúa ella—. Te mantuviste en contacto.

—Mensajes. Llamadas cortas cuando sabía que él no se enteraría. —Me paso una mano por la cara—. No es suficiente. Es mi hermana. Yo la entrené. Yo fui quien le enseñó a sobrevivir y, cuando usó ese entrenamiento para construir una vida que Marco no aprobaba, dejé que él pusiera distancia entre nosotros.

Marisol observa los patos en el estanque. —Ella sabe que la amas.

—Saberlo no es lo mismo que sentirlo.

—No —concuerda ella—. No lo es.

Se acercan las dos en punto. Reviso las líneas de visión de nuevo. Cobertura mínima si empiezan los disparos. Ningún mensaje de Sofia. Ninguna cancelación. Ella viene.

Marisol se estremece por el frío otoñal. La rodeo con mi brazo. Ella se acurruca contra mí.

—¿Y si es diferente? —La pregunta se me escapa antes de que pueda detenerla.

—Lo será. Eso es lo que hace el amor. —Marisol me aprieta la mano—. La pregunta es si puedes aceptar la versión de ella que es feliz.

Un corredor pasa demasiado cerca de nuestro banco. Mi cuerpo se desplaza automáticamente, poniéndome entre él y mi mujer. Viejos hábitos.

Una figura aparece al final del sendero.

Es diferente. Por supuesto que es diferente. Solo han pasado cinco semanas, pero la diferencia ya es visible.

Sofia se mueve de otra manera. Menos como una modelo de pasarela, más como una persona que realmente vive. Su cabello está más largo, suelto alrededor de su rostro en lugar de estar recogido en un moño. Lleva un abrigo entallado, probablemente hecho a medida, y botas que realmente han visto el clima. Por supuesto que todavía se las arregla para lucir elegante, como si la elegancia estuviera en su ADN.

Se ve más suave. Peligrosa de una manera diferente ahora. No débil, nunca eso. Pero los bordes rígidos que recuerdo se han suavizado. Parece alguien que ha sido bien amada.

Sofia con un Volkov. La ironía no se me escapa. El príncipe de la Bratva que robó a Sofia a pesar de saber que significaba la guerra. Su historia de amor les ha costado a ambas familias. Yo maté a tres de sus hombres hace dos años. Probablemente él lo sabe.

Se detiene a tres metros. Esos ojos azules, la versión vibrante de los de Luca, encuentran los míos. La distancia entre nosotros cargada de cinco semanas de silencio que se sienten como años.

—Te ves cansado —dice ella.

—Tú te ves bien.

—Lo sé. —El fantasma de una sonrisa de suficiencia. La sonrisa que solía preceder a que alguien saliera herido.

Ninguno de los dos se mueve. Los tres metros de sendero sembrado de hojas bien podrían ser un océano.

Entonces Marisol se pone de pie.

Los ojos de Sofia se desvían y yo me tenso, listo para moverme si esto sale mal. Estudia a Marisol con la evaluación que yo le enseñé, buscando debilidades, amenazas. Algo pasa entre las dos mujeres de lo que yo no formo parte. Reconocimiento. No de rostros, ya que nunca se han visto. Algo más profundo. Dos mujeres que han sobrevivido tormentas similares en océanos diferentes.

Mi cuerpo se posiciona para intervenir si es necesario, el instinto protector se tensa.

Marisol da un paso adelante. Gentil pero no dubitativa. —Soy Marisol.

—Sé quién eres. —La mirada de Sofia vuela hacia mí, luego regresa. Las palabras de mi hermana son como cuchillos lanzados. Precisas, potencialmente letales—. Tú eres la razón por la que mi hermano finalmente trajo su trasero a Chicago para verme.

—Iba a venir de todos modos.

—Para el circo de Marco. No por mí. —Sofia inclina la cabeza—. Tú lo hiciste lo suficientemente valiente como para ir a espaldas del Don.

Marisol le devuelve el gesto. —¿Haces que parezca que desafiar a tu hermano es algo malo?

Sofia ríe. Breve, sorprendida. El sonido me golpea en algún lugar profundo. He oído reír a mi hermana antes, pero no así. Más libre. Menos guardada.

—Me agradas —dice Sofia simplemente.

—Qué bueno. Porque tu hermano es irritantemente estoico y necesito aliadas.

Estoy aquí parado viendo cómo dos mujeres que amo se aceptan mutuamente, y el sentimiento en mi pecho es tan desconocido que me toma un momento identificarlo.

Esperanza. Esperanza sin complicaciones, sin defensas.

Nos sentamos en el banco. Sofia en un extremo, Marisol en el otro, conmigo literalmente entre ellas. Pero a los pocos minutos se han inclinado una hacia la otra, hablando a través de mí como si yo me hubiera vuelto gratamente irrelevante.

Cuento las amenazas automáticamente. Vigilo el tráfico peatonal. Dos personas paseando perros, un corredor, todos civiles.

Sofia pregunta por Miami. Marisol le cuenta la versión real. El Calypso Room. El acantilado. El nado en el mar. Sofia escucha con todo su cuerpo, de la forma en que solía bailar. Completamente absorta.

—Tu madre te enseñó a nadar —dice Sofia, con algo quebrándose en su voz.

—Sí. Y dejé de hacerlo después de que ella murió.

—Hasta que saltaste al océano para salvar tu propia vida.

—Técnicamente salté para evitar ser asesinada. El salvarme a mí misma fue un extra.

Sofia sacude la cabeza. Me mira. —¿Dónde la encontraste?

—Era mi tarea.

—Fue tu llamada de atención. —Sin crueldad, solo un hecho—. Necesitabas a alguien que no te permitiera desaparecer en el deber.

Tiene razón. La necesitaba.

Marisol pregunta qué hace Sofia ahora. Dónde vive. No las preguntas de la familia sobre cuándo regresará. Solo: ¿quién eres ahora?

Sofia duda al principio. Pero Marisol tiene el don de hacer que la gente se sienta vista sin sentirse examinada.

—Voy a empezar a diseñar —dice Sofia, suavizando la voz—. Solo vestidos para mí para empezar, luego tal vez me expanda y empiece a venderlos.

—¿Y no tutús? —Marisol me lanza una mirada, con reconocimiento en sus ojos.

Sofia capta la mirada. Su expresión cambia cuando se da cuenta de que le conté a Marisol sobre su entrenamiento de ballet. Que lo recordé. Que importó lo suficiente como para contarlo.

—Ugh. Esas cosas suelen ser espantosas, hechas por hombres sin ninguna apreciación de la forma femenina, así que tal vez tengas razón en algo. Pero no. Voy a empezar con ropa de noche.

Una pausa. Luego algo que rara vez veo en el rostro de mi hermana: orgullo. No el orgullo afilado de los Rosetti que parece una armadura. Más suave. Del tipo que surge de construir en lugar de destruir.

Busca en su bolso y saca algo pequeño. Un dibujo de un impresionante vestido de noche que parece saltar de la página.

Me lo entrega.

Lo sostengo. El boceto muestra un vestido con un escote profundo y una tela que parece derramarse por la figura en ondas color carbón, cada pliegue trazado con tanta confianza que el vestido parece listo para moverse. Mi hermana creó esto. Mi hermana, que dejó de bailar cuando la familia exigió que se convirtiera en algo más duro, está creando de nuevo. Porque Alexei le dio espacio para ser suave.

—Es hermoso. —Mi voz sale ronca—. ¿Tienes más?

—Estoy creando un portafolio. Podrás ver más cuando te lo ganes.

La sonrisa de suficiencia otra vez. La hermana pequeña que solía hacerme jugar al perro debajo del tobogán del parque infantil.

Caminamos por el sendero juntos. Sofia y Marisol adelante, hablando de algo que no alcanzo a oír. Pero sus cabezas se inclinan la una hacia la otra, y ocasionalmente una ríe, el sonido resonando por el parque como algo que me ha estado faltando sin saberlo.

Se acerca otro corredor. Mi mano se desliza hacia mi arma hasta que pasa. Siempre vigilando. Siempre listo.

Sofia se detiene en los juegos. Toca la cadena del columpio, el metal frío contra su palma.

—Quiero que lo conozcas formalmente —me dice.

—¿A Alexei? —pregunto, sintiendo que se me cierra la garganta al pronunciar el nombre.

—Mañana. O cuando estés listo. No es lo que esperarías. Es amable, Nico. Cuida bonsáis.

Lo absurdo de una Rosetti con un hombre que esculpe árboles diminutos casi me hace reír. Pero hay peso debajo de eso. Este sigue siendo el príncipe de la Bratva cuya familia ha derramado nuestra sangre durante generaciones. Y sin embargo.

—Me gustaría eso —digo. Sintiéndolo de verdad, a pesar de todo.

Los ojos de Sofia se iluminan. —¿En serio?

—Tú lo elegiste. Eso significa algo. —Sostengo su mirada—. Eres mi hermana. Eso significa más.

Parpadea rápidamente. Mira hacia otro lado. El reflejo entrenado que ninguno de nosotros puede desaprender: la supresión automática de cualquier emoción visible que la familia nos grabó en los huesos.

—Marco nunca lo aceptará —dice, y noto la tristeza en su tono.

—Marco no decide con quién ceno yo.

Ella ríe, con los ojos húmedos y sorprendida. —De verdad has cambiado.

—Cúlpala a la saltadora de acantilados.

Llega el momento. Los caminos se bifurcan. Sofia yendo hacia el norte, nosotros de regreso al hotel.

Sofia se gira primero hacia Marisol para un abrazo de despedida. Dos mujeres que se conocieron hace dos horas abrazándose como si se conocieran de toda la vida. Algo comunicado que nunca entenderé del todo. La solidaridad de mujeres que han sobrevivido a hombres que aman mal.

—Cuídalo —susurra Sofia, lo suficientemente fuerte como para que yo la oiga—. Se olvida de cuidarse solo.

—Ya me di cuenta —responde Marisol.

Entonces Sofia se gira hacia mí.

Estamos frente a frente. A menos de un metro ahora. El parque otoñal. El cielo gris. Las hojas revoloteando con el viento.

Hago una pausa por un momento. —Sofia, lo siento mucho. Lo siento muchísimo.

Ella me mira por un instante y espero su enojo, que me culpe por haberla entrenado con tanta dureza, por haberla hecho demasiado fuerte, por haberla puesto en contra de la familia.

—¿Qué sientes? —pregunta ella.

—Haberte alejado. Haber hecho que perdieras tu suavidad.

El momento está cargado de pesadez. La brisa sopla un mechón de cabello rubio sobre el encantador rostro de mi hermana, y yo daría cualquier cosa por su perdón.

—Maldito arrogante —dice ella, pero no hay veneno en sus palabras—. Tú no me hiciste dura, yo misma lo hice. Y ciertamente no me alejaste. Me enamoré, Nico. Es tan simple como eso. Me enamoré de un ruso loco que me trata como a una princesa y que, además, valora mi fuerza. En todo caso, debería darte las gracias por ayudarme a convertirme en la mujer digna de su amor.

Entonces me atrae hacia un abrazo, feroz y fuerte, y la respiro, sintiendo cómo el peso de la culpa cae de mis hombros. Mi maravillosa y magnífica hermana me sostiene con fuerza mientras vuelvo a reformar mi comprensión del mundo.

Solo han pasado cinco semanas desde la última vez que abracé a mi hermana, pero parece más tiempo. La distancia que Marco impuso entre nosotros hizo que todo se sintiera como años.

Es más baja de lo que recordaba. O yo soy más alto. O simplemente lo olvidé. Pero encaja contra mí de la misma manera que lo hacía cuando tenía seis años y tenía miedo de las tormentas eléctricas, y yo era el hermano que alejaba el ruido.

—No dejes que él gane —dice contra mi pecho—. Marco. No dejes que él decida que no puedes tener ambas cosas.

—Estoy aquí, ¿no?

—Estás aquí. —Se aparta y se limpia los ojos rápidamente—. La próxima semana. Cena. Alexei preparará pasta. Está aprendiendo recetas italianas porque cree que con eso te va a impresionar.

—Un ruso que prepara comida italiana.

—No seas esnob. —Sonríe con los ojos llorosos, real—. Trae a tu saltadora de acantilados.

Se gira. Se aleja caminando. No mira hacia atrás. No porque no quiera, sino porque los Rosetti no miran hacia atrás. Es el único rasgo familiar del que ninguno de nosotros puede deshacerse.

La observo hasta que dobla la esquina. Se ha ido. Pero no de la forma en que se había ido antes. No el alejamiento cortante y prohibido. Una partida temporal. Del tipo que viene con una invitación a cenar.

El parque vuelve a quedar en silencio. Solo Marisol y yo, y el estanque y el cielo gris presionando como una promesa de lluvia.

Toma mi mano. Sus dedos están fríos. Ha estado temblando durante una hora y ocultándolo porque entendió que este momento no se trataba de su comodidad.

—Es feliz —dice Marisol con sencillez.

—Es feliz.

—Se rió, Nico. Una risa real. Esa no es una mujer que se arrepienta de su elección.

Asiento. La evidencia está justo frente a mí. Mi hermana eligió el amor por encima de la lealtad familiar y, en lugar de destruirla, eso la ha completado.

Marisol me aprieta la mano. —No la perdiste. Marco trató de obligarte a elegir, y encontraste la manera de quedarte con ambos.

—Va a causar problemas.

—Todo lo que vale la pena causa problemas. —Me mira—. Yo bien lo sé.

La miro fijamente. Esta mujer que sigue ajustando el lente lo suficiente como para que todo se vea diferente. No es una verdad nueva. Solo es la verdad existente, vista con claridad.

¿Cuándo te volviste tan sabia?

—Salté de un acantilado. Eso reorganizó mis prioridades.

La acerco. Le beso la frente. Su nariz fría presiona mi cuello. Incluso ahora, el calor entre nosotros late. Su cuerpo contra el mío, recordándome lo que espera cuando estemos solos de nuevo.

—Gracias. Por lo de hoy. Por estar aquí.

—Siempre, Horse Man.

Tomo la mano de Marisol. Salimos juntos del parque. Hacia Chicago. Hacia lo que venga después.

Detrás de nosotros, los columpios chirrían con el viento. El sonido de niños que ya no están allí. El sonido de niños que lograron salir.

Pero ya no estoy pensando en el pasado. Estoy pensando en la habitación del hotel que nos espera. En despojar a Marisol de ese vestido que lleva debajo de su abrigo. En calentarla adecuadamente después de que tembló en el frío otoñal de Chicago solo para que yo pudiera tener este momento con Sofia.

Mi miembro se endurece ante el pensamiento; la sangre fluye hacia el sur con una urgencia que me sorprende después del peso emocional de hoy. O tal vez por eso mismo. Quizás necesito estar dentro de ella para procesar lo que acaba de suceder. La sonrisa de mi hermana, el diseño del vestido en mi bolsillo, la forma en que Marisol mantuvo mis pedazos rotos unidos mientras yo desafiaba las órdenes de mi hermano.

Ella siente el cambio en mi energía. Su mano se aprieta en la mía, y cuando miro hacia abajo, sus ojos color miel están oscuros con la misma necesidad. Sabe lo que estoy pensando. Siempre lo sabe.

—Hotel —dice ella, y no es una pregunta.

—Hotel —concuerdo, calculando ya la ruta más rápida, imaginándola ya debajo de mí, sabiendo ya que tal vez no logremos pasar de la puerta antes de que esté dentro de ella.

—Gracias —dice de repente—. Por dejarme ver eso. Por confiar en mí con Sofia.

La miro. Esta mujer que me hace lo suficientemente valiente como para desafiar al Don por las personas que amo.

—Te amo —le digo. Las palabras salen con más facilidad ahora—. Y estoy a punto de mostrarte exactamente cuánto.

Chicago puede esperar. Marco puede esperar. Todo puede esperar, excepto esta mujer que me hizo lo suficientemente valiente como para elegir a mi hermana, y que está a punto de descubrir exactamente cuán agradecido estoy.

33 - Marisol

Llevamos dos días en Chicago, y Nico ha pasado la mayor parte del tiempo dándome informes sobre su familia como si estuviéramos planeando una operación. —Marco te evaluará—. —No dejes que Alexei te provoque—. —Trata de no estar a solas con Luca—. —María va a llorar—. Ahora, mientras nos acercamos a la propiedad, me doy cuenta de que ninguna preparación podría haberme alistado para esto.

Me he enfrentado a un padrino que me quería muerta, he saltado desde un acantilado hacia aguas oscuras y me he sentado frente a detectives de la policía sin parpadear. Nada de eso hizo que mi corazón se acelerara tanto como esto, porque esas eran batallas que yo entendía. ¿Esto? ¿Conocer a la familia del hombre que amo? Esta es una vulnerabilidad contra la que no puedo luchar saltando de acantilados ni dirigiendo imperios.

La propiedad no se parece en nada a las fotos que he visto, esas tomas aéreas de tabloides que tratan al crimen organizado como porno arquitectónico. Esto no es una casa. Es una fortaleza disfrazada de elegancia de alcurnia. Una mansión de piedra caliza de tres pisos con paredes que podrían detener balas. Jardines impecables rodean el largo y curvo camino de entrada, y hay guardias patrullando. Hasta los arbustos se ven afilados, como si hubieran sido entrenados para cortar.

—Relájate —dice Nico desde el asiento del conductor, buscando mi mano sobre la consola.

—Estoy relajada.

—Tu rodilla rebota con tanta fuerza que está haciendo vibrar el auto.

—Es una condición médica —mi rodilla mantiene su ritmo frenético mientras observo su pulgar acariciar mi palma, y la ligera tensión en su mandíbula que significa que él también está nervioso —. Muy seria. Genética. No te burles de mi condición.

Esa casi sonrisa cruza fugazmente su rostro, esa que he estado coleccionando como monedas raras. Me tranquiliza más que cualquier palabra de aliento.

El portón se cierra detrás de nosotros con un sonido que suena menos a «bienvenida» y más a «ya estás adentro». A través del parabrisas, la luz cálida se escapa de las ventanas. Ya puedo escucharlo: voces. Muchas voces. La familia Rosetti a todo volumen.

—¿Cuántos de ellos hay ahí dentro?

—Todos.

—Todos. Genial. ¿Y todos son… como tú?

—Peor.

—Eso no es nada reconfortante, mi caballo.

—No pretendía serlo.

Estaciona, da la vuelta y abre mi puerta. Extiende su mano, esperando. La tomo, y en el momento en que mis tacones tocan suelo Rosetti, la puerta principal se abre de par en par.

María me impacta como un fenómeno meteorológico. Aparentemente es la cocinera, pero actúa mucho como una abuela. Es pequeña, apenas mide un metro sesenta, pero surge del umbral con un delantal y rodeada por una nube de ajo y puro sentimiento maternal. Llora antes de llegar a Nico, tomándole el rostro con ambas manos, besándole las mejillas y lanzándose a un frenético espanglish italiano que no puedo analizar pero entiendo perfectamente: estuviste fuera demasiado tiempo, estás muy flaco, me matas de la preocupación.

Luego se gira hacia mí.

La evaluación dura unos dos segundos. El escaneo de una madre, buscando daños, sustancia, cualquier cualidad misteriosa que busquen las madres. Sea lo que sea que encuentra, debo haber pasado la prueba, porque de repente me veo aplastada en un abrazo que huele a romero, pan recién horneado y cuarenta años de alimentar a la gente como lenguaje del amor.

—Tú —dice María, apartándose para sujetarme la cara. Las lágrimas corren por sus mejillas—. Tú eres la que saltó.

—Yo… sí. Esa soy yo.

—Brava. Bravissima —más llanto. Más sujetarme la cara—. Entra. Ven a comer. Están muy flacos, los dos, demasiado flacos, ¿qué es esa comida de Miami? Nada, basura.

Ya me está empujando hacia la puerta con la fuerza imparable de alguien que ha estado arreando hijos Rosetti durante décadas. Miro hacia atrás a Nico, y hay algo nuevo en su rostro: suave, sin defensas; el chico debajo del soldado visible por un segundo perfecto.

Articula sin hacer ruido: «Te lo dije».

La casa me envuelve como un abrazo cálido después del frío de Chicago. Espacios vastos pero suavizados por madera oscura y telas ricas, arte que es costoso pero no frío. Y el olor: capas de cocina que sugieren que Maria ha estado preparándose durante días. Ajo, albahaca, algo con reducción de vino. Esta no es la propiedad Delgado, con su distribución cuidadosa y sus hilos invisibles.

María me arrastra hacia la sala principal y mi sistema nervioso hace cortocircuito.

Están todos aquí. Cada uno de los Rosetti, dispuestos como en una pintura renacentista de gente hermosa y peligrosa. Y todos me están mirando.

Genial. Estupendo. Sin presión. Solo cada persona sexy y letal con la que mi novio está emparentado, evaluando si soy digna de su miembro más disciplinado. Mi cerebro aporta servicialmente: ¿TAL VEZ UNA REVERENCIA? ¿LA GENTE HACE REVERENCIAS? ¿ES ESTA UNA SITUACIÓN DE REVERENCIAS?

Marco está junto a la chimenea como si hubiera nacido allí, con una mano sosteniendo un whisky y la otra a su costado, donde sé que descansa un arma, incluso aquí, incluso en casa. Valentina a su lado viste seda de diseñador como si fuera una armadura, tan afilada como la cuchilla que estoy segura lleva escondida en alguna parte. Su evaluación comienza de inmediato: esos ojos oscuros estudian todo, desde mi vestido hasta mi postura, pasando por la forma en que sujeto la copa de vino que María me pone en la mano antes de desaparecer de nuevo en la cocina.

Dante llena una esquina entera solo con existir. Silencioso. Enorme. Una bebé duerme sobre su hombro, Antonia, que parece una muñeca contra su estructura masiva. Cuando se mueve para acomodarla, alcanzo a ver una pistolera de hombro bajo su chaqueta. Incluso cargando a su hija, está armado. Ana, a su lado, ofrece una sonrisa cálida que no logra mitigar del todo la intensidad de la presencia de su esposo. Dante le asiente a Nico. Un asentimiento. Toda su conversación ha terminado.

En el sofá, Luca domina el espacio con una amenaza casual. Esos ojos azul pálido deberían ser ilegales, demasiado lindos para alguien con su reputación. En serio, ¿qué le pasa a esta familia con los pómulos convertidos en armas? ¿Hay algún laboratorio genético Rosetti en algún lugar diseñando criminales devastadoramente atractivos? Tengo que preguntarle a Nico si todos surgieron del mismo tanque de ADN de modelos italianos.

Faith se sienta junto a Luca con Theodore en un portabebés, y el contraste es impactante: el psicópata de la familia mece a su hijo con las manos que acabaron con tres hombres el mes pasado, si los informes de Nico son exactos. La ternura en su toque hace que el peligro sea más pronunciado, no menos.

Alessandro se desparrama en un sillón como si fuera el dueño del concepto mismo de sentarse. Ojos verdes, sonrisa devastadora, el tipo de hombre que nunca ha conocido una habitación que no pudiera seducir. Emma está posada en el reposabrazos: silenciosa, atenta, otra forastera que logró entrar. Su quietud me recuerda a la de Nico, esa que surge de aprender a observar antes de actuar.

—Llegó la saltadora de acantilados —anuncia Alessandro.

—Alex —la voz de Emma conlleva una suave advertencia.

—¿Qué? Es un cumplido. Yo nunca he saltado de nada más alto que el borde de una piscina.

—Eso es porque nunca arriesgarías dañar tu cara —dice Nico detrás de mí.

El ambiente cambia en la habitación. No llega a ser una carcajada, es algo más cálido. El sonido de una familia registrando que Nico Rosetti acaba de hacer una broma. Frente a una mujer.

Alex se lleva la mano al pecho dramáticamente. —¡Habla! ¡Bromea! Que alguien le tome la temperatura.

—Tu cara no es tan especial —continúa Nico, y mi pulso se acelera ante esta versión juguetona de él.

El caos comienza de inmediato. Múltiples conversaciones se superponen unas a otras: Marco atendiendo una llamada telefónica en un rápido italiano, Alex lanzándose a contar una historia que requiere una coreografía de cuerpo completo, Faith preguntándole a Ana sobre los horarios de sueño. El ruido es abrumador, como estar dentro de un huracán afectuoso.

Sujeto mi copa de vino sin beber, tratando de rastrear amenazas y aliados como Nico me enseñó. Cada hermano me mide de forma

distinta. La de Marco es la más directa. Se acerca después de terminar su llamada, durante un momento en que Nico se aleja para ayudar a Maria con algo pesado.

—Señorita Delgado.

—Señor Rosetti.

—Marco.

—Marisol.

El intercambio tiene el peso de las negociaciones de un tratado. Dos personas que entienden el poder midiendo la versión del otro.

—Mi hermano me dice que heredaste un imperio.

—Mi padre aún no ha muerto —digo con naturalidad.

—Pero planeas dirigirlo —no es una pregunta, es una evaluación.

—Planeo dirigirlo bien.

Resisto el impulso de añadir «señor» o posiblemente hacer un saludo militar. El monstruo de la amenaza en mi interior está gritando NO HAGAS UNA BROMA NO HAGAS UNA BROMA ÉL TE MANDARÁ A MATAR, pero mi rostro externo permanece calmado. Crecimiento. Esto es crecimiento.

Algo cambia en su expresión; no es calidez exactamente, sino reconocimiento. El Don identificando a otra operadora.

—Miami está complicado ahora —dice—. La situación con Cesar, el inminente vacío de poder. Habrá desafíos.

Enderezo la espalda. No se anda con rodeos. —Soy consciente.

—¿Lo eres? Porque las transiciones de territorio son sangrientas, y tú estás en el centro.

—Ya sobreviví a una guerra. Puedo manejar otra.

Marco me estudia con el tipo de enfoque que probablemente hace que hombres hechos y derechos confiesen crímenes que no cometieron. Mantengo mi copa de vino firme, observándolo de vuelta, negándome a ser la primera en apartar la mirada. El peso de lo que me toca heredar presiona entre nosotros: no solo dinero y territorio, sino la responsabilidad de evitar que todo arda.

Entonces, sin llegar a ser una sonrisa, pero cerca, sus ojos se suavizan una fracción. La versión de aprobación del Don.

—Bienvenida a Chicago, Marisol.

Se aleja, y Valentina me mira desde el otro lado de la habitación, dándome el más mínimo asentimiento. Traducción: pasaste la prueba.

La evaluación continúa en oleadas. Alex pone a prueba mi humor con comentarios cada vez más inapropiados sobre la cobertura de los tabloides, presionando hasta encontrar mi límite.

—Así que las fotos de la fiesta en el yate, ¿fueron planeadas o solo fue cuestión de suerte?

—¿Me estás preguntando si planeo mis crisis nerviosas para tener mejor iluminación?

—Te pregunto si siempre te ves así de bien cuando te estás desmoronando.

—Alex —advierte Emma.

—No, está bien —digo, mirando sus ojos verdes directamente—. Absolutamente programo mis desastres para la hora dorada. El rímel corrido queda más fotogénico.

Alex sonríe como si le hubiera dado un regalo. —Sabía que me caerías bien.

—A la mayoría de la gente le caigo bien. Son aquellos a los que no les caigo bien los que mantienen las cosas interesantes —tomo un sorbo de vino—. Además, para que conste, las fotos del yate fueron tomadas desde el peor ángulo posible. Mi trasero se ve mucho mejor en persona.

Emma se atraganta con su bebida. Alex parece como si la Navidad hubiera llegado antes.

Incluso Dante, silencioso y masivo, me observa navegar el caos de su familia con algo que podría ser interés. Cuando Antonia empieza a inquietarse, la acomoda con fluidez, y noto cómo su mano libre nunca se aleja mucho de su arma, incluso aquí, incluso a salvo.

La cena se convierte en un deporte de contacto total. María produce suficiente comida para alimentar a un pequeño ejército: fuentes de osobuco, montañas de risotto, pan que humea al partirse. La mesa gime bajo el peso. Alex roba pan antes de que llegue a la mesa. Dante reorganiza silenciosamente los cubiertos para que Ana se quede a su lado. Luca corta la carne de Faith sin que ella se lo pida, sin siquiera mirar; el gesto es tan automático que debe de ser anterior al bebé.

Termino entre Nico y Emma; una ubicación estratégica, me doy cuenta. Mi ancla a un lado, otra forastera al otro. Emma se inclina cerca de mí durante una breve pausa mientras Alex y Marco discuten sobre algo en un rápido italiano.

—Al principio es abrumador.

—Un poco.

—No intentes seguir cada conversación. Y no intentes beber más que Alex. Nadie gana.

—¿Habla la voz de la experiencia?

—La voz de la supervivencia.

Estoy empezando a ganármelos en pequeños momentos. Cuando Ana me entrega a Antonia, la bebé inmediatamente agarra mi arete con la fuerza de agarre de alguien que comparte el ADN de Dante.

—Tiene el apretón de manos de su padre —digo, liberando suavemente el lóbulo de mi oreja.

Dante emite un sonido, breve, casi inaudible. La mesa se queda en silencio porque, al parecer, ver a Dante reírse es como avistar un unicornio.

El calor del muslo de Nico presiona contra el mío debajo de la mesa, y tengo que concentrarme para no reaccionar al calor que se extiende desde ese simple contacto. Su mano encuentra mi rodilla, la aprieta una vez; un recordatorio de que él está aquí, de que estoy a salvo, de que estamos juntos en esto.

Faith me encuentra durante un viaje a la cocina, con Theodore durmiendo contra su hombro. —Me enteré de lo del Salón Calypso —dice en voz baja—. No la versión de los tabloides. Nico se lo contó a Luca.

—¿Ah, sí?

Me tenso, pero su expresión es de comprensión, no de juicio.

—Sé lo que es cargar con algo que no puedes contarle a nadie. Y sé lo que se siente cuando alguien finalmente te quita ese peso de encima.

El reconocimiento entre nosotras no necesita palabras. Sea lo que sea lo que Faith sobrevivió para llegar aquí, vive en el mismo vecindario que mi trauma.

—Es hermoso —digo, mirando a Theodore.

—Es un monstruo. Come cada dos horas y grita como Luca cuando no recibe lo que quiere.

—Escuché eso —dice Luca desde el otro lado de la habitación, con sus ojos pálidos siguiéndonos con un enfoque inquietante.

—Esa era la intención, querido —responde Faith dulcemente.

Más tarde, María trae un tiramisú que podría hacer llorar a los ángeles. Lo elogio a todo volumen, siguiendo las instrucciones de Emma. María estalla en nuevas lágrimas y anuncia que soy su nueva

favorita, lo que hace que Alex proteste dramáticamente hasta que Emma lo distraiga.

La velada se asienta en algo más suave, pero nunca del todo seguro. El fuego arde bajo, el vino fluye —aunque no demasiado libremente— y la familia se organiza en su constelación inconsciente. El teléfono de Marco suena dos veces, asuntos de negocios que no pueden esperar, y sale de la habitación hablando en tonos apagados. Cuando regresa, hay una ligera tensión en sus hombros que no estaba allí antes, y Valentina lo observa discretamente sin comentar nada, su mano demorándose en su brazo en una pregunta silenciosa.

Observo a los hermanos comunicarse en niveles: bromas superficiales que ocultan años de historia compartida. Incluso dañados, incluso cargando con sus traumas individuales, están aquí. Juntos. La diferencia entre ellos y los Delgado no es el daño, es la proximidad. Se mantuvieron lo suficientemente cerca como para sanar en compañía del otro.

La mano de Nico encuentra la nuca de mi cuello, su pulgar trazando círculos familiares que me hacen hiperconsciente de su cuerpo junto al mío.

—¿Estás bien? —pregunta, lo suficientemente bajo para que solo yo lo escuche.

—Tu familia ama gritándose unos a otros y atendiendo ocasionalmente llamadas de negocios que requieren atención inmediata, y creo que es la cosa más hermosa que he visto en mi vida.

La noche avanza, las sombras se alargan y algo cambia en la energía de la habitación. Marco se levanta de su silla junto a la chimenea, copa en mano. La familia se calla, no porque él lo exija, sino porque están sintonizados con él instintivamente, como planetas reconociendo a su sol.

Mira primero a Nico. Una mirada larga entre hermanos que contiene conversaciones enteras. Luego sus ojos me encuentran a mí.

—En esta familia, no hacemos discursos. —Hace una pausa—. Valentina me recordará esto la próxima vez que haga un discurso.

—Ya quedó anotado —murmura Valentina, con la mano apoyada en la cadera donde sospecho que guarda un cuchillo.

Una oleada de risas cálidas, y luego Marco continúa.

—Mi hermano fue a Miami a hacer un trabajo. Regresó diferente. —Sus ojos permanecen en Nico—. Mejor. Lo que sea que hiciste… —

Ahora me mira a mí—. Gracias.

Palabras simples, pero viniendo del Don, aterrizan con peso.

—Te enfrentaste a un hombre que pasó décadas destruyendo a tu familia desde adentro —continúa—. Y sobreviviste. Recuperaste lo que era tuyo. —Una pausa—. Eso requiere un tipo particular de fuerza. El tipo de fuerza que entendemos y respetamos.

Levanta su copa. La sala lo sigue, cada mano elevando el cristal en perfecta sincronización, una familia unida en este momento de aceptación.

—Por Marisol. Bienvenida a la familia.

Las palabras resuenan mientras las copas se alzan. Alex lanza un grito de júbilo. Faith sonríe. Emma asiente. Ana levanta su copa con la mano libre mientras sostiene a Antonia. Incluso Dante levanta la suya sin decir una palabra, lo cual, viniendo de Dante, es prácticamente un desfile.

Luca me atrapa la mirada desde el otro lado de la habitación. Esos inquietantes ojos azules sostienen los míos mientras inclina su copa hacia mí, no como una bienvenida pública, sino como algo más privado. Un reconocimiento. *Eres una de los nuestros ahora. Asegúrate de saber lo que eso significa.*

Yo asiento de vuelta. Lo sé. Levanto mi propia copa a cambio, aceptando lo que se me ofrece: no solo una bienvenida, sino la pertenencia a algo que requerirá sangre para mantenerse.

La mano de Nico se aprieta en mi cuello, su pulgar deteniéndose en sus círculos, la única señal de que el hecho de que su familia me reclame ha paralizado sus manos de la emoción.

Me inclino hacia él, presionándome más cerca hasta que siento los latidos de su corazón contra mi hombro. —Creo que les gusto.

—Son Rosetti. No les gusta nadie.

—Yo les gusto.

—… Tú les gustas.

Más tarde, me encuentro en el pasillo estudiando las fotos en la pared, la historia familiar en marcos. Mis dedos las recorren hasta que encuentro la que he estado buscando sin proponérmelo realmente.

Nico, joven. Tal vez de doce años. Sentado al piano, con las manos sobre las teclas, su rostro abierto y sin defensas. No hay un soldado. No hay disciplina. Solo un niño haciendo música. A su lado, posada en el banco: una niña pequeña con ojos oscuros y una sonrisa

con los dientes separados. Sofia. Observando a su hermano tocar con pura adoración.

Dos niños, antes de las armas y el dolor, antes de que el entrenamiento les enseñara que las cosas suaves no sobreviven en este mundo.

Toco el cristal, frío bajo las yemas de mis dedos contra el calor de la casa.

Unos brazos me envuelven desde atrás. Nico. Su cuerpo se presiona contra mi espalda, e incluso aquí, incluso rodeada de familia, los músculos de mi estómago se contraen por su proximidad. Ve lo que estoy mirando y no habla. Estudiamos la foto juntos: los niños que fueron, las personas en las que se convirtieron, la distancia entre esos dos puntos que, después de todo, podría no ser permanente.

Irse toma cuarenta y cinco minutos porque los Rosetti no creen en las despedidas eficientes. El aire frío muerde de inmediato cuando salimos al porche, lo que hace que me presione más contra Nico. Maria empaca suficiente comida para un país pequeño, poniendo un recipiente tras otro en mis manos mientras llora diciendo que necesito comer más, que en Miami no alimentan bien a la gente, que está incluyendo instrucciones de calentamiento escritas en tres idiomas solo para estar segura.

—Maria, esto podría alimentar a un ejército —protesto, con los brazos ya llenos.

—¡Qué bueno! ¡Coman! ¡Ambos! —Le empuja otro recipiente a Nico—. Este es el osobuco, lo calientas suave, SUAVE, no como la última vez que convertiste mi braciola en cuero de zapatos. —Se queja de que deberíamos quedarnos en el complejo, en la suite de Nico, pero Nico insiste en regresar al hotel, dándome el espacio que necesito para recuperarme de esta velada.

Marco intercambia unas palabras en voz baja con Nico junto a la puerta: asuntos del Don, asuntos de hermanos, el tipo de conversación que ocurre en miradas más que en palabras. Atrapé fragmentos: —situación en Miami—, —transiciones de territorio—, —recursos adicionales si es necesario—

Alex me arranca promesas de que volveré a visitarlos, cada súplica más dramática que la anterior. —¡Tienes que volver! ¿Quién más apreciará mis historias? Emma solo me corrige.

—Porque mientes —dice Emma, alejándolo físicamente de allí.

—¡Adorno la realidad! ¡Hay una diferencia!

Faith me encuentra al final, con Theodore inquieto contra su hombro.

—Él está feliz —dice, refiriéndose a Nico—. Lo conozco de hace casi un año y nunca lo había visto así. Sea lo que sea lo que estés haciendo, no te detengas.

—Básicamente solo lo molesto hasta que sonríe.

—Exactamente. Sigue haciendo eso.

Luca aparece detrás de Faith, con la mano en su espalda. Me mira con esos ojos pálidos que parecen sacados de una película de Tim Burton.

—Si lo lastimas —dice Luca en tono de charla, como si hablara del clima.

—Luca —advierte Faith.

—Solo iba a decir que tendríamos una conversación.

—No, no ibas a decir eso.

—Tienes razón. No lo iba a decir. —Esa sonrisa: bonita, afilada, absolutamente aterradora—. Bienvenida a la familia, Marisol.

Él aleja a Faith y al bebé de allí. Los miro fijamente y luego grito:

—¡Por lo que vale, nunca lo lastimaría! Pero si lo hiciera, definitivamente merecería lo que sea que estés imaginando ahora mismo.

Luca se detiene. Mira hacia atrás. Esa sonrisa aterradora se transforma en algo muy parecido al respeto.

—Buena respuesta.

—Tu hermano acaba de amenazarme con el asesinato más cortés que he recibido jamás —le digo a Nico una vez que se han ido—. ¿Y creo que le coqueteé de vuelta? ¿Es eso lo que pasó? ¿Acabo de coquetear con la muerte?

—Esa es la forma en que Luca dice que le agradas —dice Nico, ayudándome a equilibrar los recipientes de comida de Maria.

—Los lenguajes del amor de tu familia son profundamente preocupantes.

—Sí.

Caminamos juntos hacia el auto, yo haciendo malabares con comida suficiente para sobrevivir a un apocalipsis, con el frío de Chicago mordiendo a través de mi abrigo. Detrás de nosotros, el complejo brilla cálido y lleno de voces que nunca lograrán ser voces bajas.

Pasé veintiséis años en una familia que se comunicaba en silencio: el silencio de la decepción, de los secretos, de las habitaciones cerradas. Esta noche me senté en una casa donde la gente se comunica con un ruido hermoso, donde las llamadas de negocios requieren atención inmediata pero la cena continúa, donde el amor se parece a las amenazas y las armas descansan junto a los portabebés. Vine a Chicago como la novia de Nico desde Miami.

Pero me voy como algo más. No como una Rosetti por sangre o nombre, sino por la única métrica que esta familia respeta: la voluntad de quedarse a la mesa sin importar lo fuerte que se pongan los gritos, de aceptar la comida que María empaca con lágrimas, de entender que en este mundo, el amor y la violencia comparten el mismo espacio.

Tomo la mano de Nico en la fría noche de Chicago, nuestro aliento formando nubes, el complejo brillando detrás de nosotros como una promesa de que algunas familias valen el ruido.

—Llévame a casa —digo, refiriéndome a Miami, refiriéndome al penthouse, refiriéndome a donde sea que esté él—. Necesito recuperarme de que tu hermano me sonriera de forma aterradora, de que tu cocinera me abrazara llorando y de que me obligaran a comer suficientes carbohidratos como para alimentar a una nación pequeña. Tu familia es AGOTADORA, los amo y necesito una siesta.

—Siempre —dice él, ayudándome a subir al auto con mi cargamento de amor disfrazado de sobras—. Pero primero, Miami. Tenemos un imperio que dirigir y un sacerdote del que estar pendientes.

Siempre.

34 - Epílogo—Gabriel

Tres semanas después

Cuento a los feligreses mientras se van. Es un hábito que no puedo romper: el pastor contando a su rebaño, asegurándose de que ninguno se haya extraviado. Sesenta y tres esta noche. Nada mal para una misa de miércoles en un pueblo por el que la mayoría de la gente solo pasa de camino a los Cayos.

St. Augustine's se asienta en las afueras de Homestead como una idea de último momento: paredes de estuco del color de huesos viejos, un campanario que se inclina ligeramente hacia el este, un estacionamiento que se inunda cada vez que llueve. La diócesis me mandó aquí hace tres años, y entendí la misión de inmediato. Aquí es donde ponen a los sacerdotes con los que no saben qué hacer. Los que son demasiado complicados para las parroquias buenas y demasiado útiles para ser expulsados del sacerdocio.

Me quedo de pie en la puerta. Estrecho manos. Digo las cosas que dicen los sacerdotes: que Dios lo bendiga, la paz sea con usted, nos vemos el domingo. La Sra. Alvarez toma mi mano con las suyas cuando me habla de su cadera. Se aferra demasiado tiempo; siempre lo hace, la soledad de la viudez hace que su agarre sea más fuerte de lo que ella misma nota. Se lo permito. No me aparto. Y cuando finalmente me suelta, el calor de sus palmas permanece en mi piel como una quemadura, y lo llevo conmigo durante la siguiente hora porque mi cuerpo tiene tan poco que recordar que incluso las manos de una viuda de setenta años se sienten como algo digno de conservar.

El Sr. Gutierrez me pide que rece por su hijo en prisión. Una adolescente cuyo nombre debería recordar pero no recuerdo evita mi mirada al pasar, y me pregunto qué carga estará llevando, y me pregunto si será algo parecido a lo que cargo yo, y decido que no, porque los pecados de la mayoría de la gente no incluyen un recuento de cadáveres.

Los últimos se filtran hacia el estacionamiento. Luces traseras. Motores. El sonido de vidas ordinarias que se reanudan después de una hora de pedirle a Dios cosas que Él puede o no proveer.

Cierro las puertas de la iglesia con llave. Camino.

Este es mi ritual vespertino. Después de la misa, recorro la parroquia. Seis cuadras en cualquier dirección: una cuadrícula de casas bajas y cercas de eslabones y la belleza particular y terca de las personas que hacen crecer cosas en tierra difícil. Buganvillas brotando sobre muros de bloques de hormigón. Un árbol de mango cargado de fruta en el jardín delantero de alguien. El lejano retumbar de los bajos de la música de un auto que no puedo ver.

Camino de la manera en que siempre he caminado: consciente de las líneas de visión, de los umbrales de las puertas, de la distribución del peso que le permite a un hombre cambiar de dirección sin romper el paso. El seminario no me enseñó esto. El cuerpo que traje al sacerdocio ya venía entrenado, cargando reflejos que no tienen nada que ver con Dios y todo que ver con la familia en la que nací. Mis feligreses piensan que camino con determinación porque soy un hombre de convicciones. Camino con determinación porque, en algún lugar debajo de la sotana, un hombre diferente todavía está trazando las salidas.

Mi congregación ve a un hombre de Dios tomando el aire, rezando su rosario, estando presente entre su gente. Lo que en realidad estoy haciendo es quemar la carga que se acumula durante la misa: la energía específica y peligrosa que se acumula cuando paso una hora fingiendo santidad para personas que creen que la poseo.

Sesenta y tres personas me miraron esta noche con esa fe particular reservada para los hombres de cuello clerical, confiando en que las manos que levanté sobre el pan y el vino solo han sido utilizadas para propósitos sagrados.

Mis manos. Las flexiono mientras camino. Abrir. Cerrar. Tengo las manos de mi madre; Marisol me dijo eso una vez, hace años, cuando todavía me miraba sin ocho años de silencio de por medio. Dedos largos. Elegantes, los llamó. Lo dijo como si fuera un regalo.

Marisol.

Hablé con ella ayer. Una llamada telefónica; todavía corta, todavía cautelosa, pero cada vez más larga. Está en Chicago con el soldado Rosetti, visitando a su familia de nuevo. Sigue establecida en

Miami, pero pasa mucho tiempo en el norte. Suena diferente. Hay algo más sólido ahora. Algo que ha dejado de fingir.

El soldado Rosetti logró eso, de alguna manera. Convirtió a mi hermana huracán en algo que conoce su propia forma. Me invitó a Chicago para Navidad. Dice que la familia quiere conocerme. Dice que debería tomarme un descanso de "todas esas cosas de Dios" y comer demasiada pasta con gente que se comunica a base de gritos.

Le dije que lo pensaría. Lo cual significa que no, pero con amabilidad.

Me llamó Gabe. El nombre de la infancia. El de antes.

No merezco ese ablandamiento. Le fallé —los detalles están enredados: teología y cobardía y el egoísmo particular de un hombre que corre hacia Dios porque le aterra lo que hace entre los humanos —. Pero el resultado es claro. Mi hermana pequeña me necesitaba y yo estaba en un seminario a tres estados de distancia, aprendiendo a conjugar verbos en latín y a mortificar la carne. Que es una forma formal de decir: me escondí. En el escondite más respetable disponible.

Ella me está perdonando de todos modos. Me doy cuenta de que no soy lo suficientemente fuerte como para rechazarlo.

Giro en Krome Avenue. Un camión pasa, traqueteando, llevando tomates al norte desde las granjas. El olor a diésel y a cosas verdes creciendo.

Una mujer sale de la lavandería.

No miro. He entrenado mi mirada para no mirar de la misma forma en que otros hombres entrenan para correr maratones: a través de la repetición, a través del dolor, a través del trabajo diario y agotador de elegir no hacerlo. Una mujer es una persona. Una hija de Dios. Un alma. No una figura, no un movimiento, no la arquitectura particular de un cuello girando bajo una luz cálida—

No miro.

Pero la registro. Siempre las registro. Involuntariamente, de la misma manera que un hombre que porta un arma cargada siempre es consciente del gatillo incluso cuando su dedo no está cerca de él. Es joven. Cabello oscuro. Una cesta de ropa equilibrada en su cadera. La gracia de alguien que realiza una tarea ordinaria sin saber que está siendo observada.

Miro hacia otro lado. Con la mandíbula tensa. El rosario en mi bolsillo presiona mi muslo y aprieto las cuentas como un hombre que

se aferra a una soga sobre aguas profundas.

Santo Tomás de Aquino escribió que los deseos de la carne no son pecaminosos en sí mismos. Solo en su expresión desordenada el deseo se convierte en pecado. Leí ese pasaje en el seminario y casi me río a carcajadas, porque Tomás era un teólogo, no una confesión. Tomás trabajaba con categorías. Yo vivo en el espacio donde las categorías colapsan, donde lo sagrado y lo profano comparten un latido, donde la devoción y el hambre visten la ropa del otro, donde ya no puedo distinguir si la intensidad que pongo en la oración es fe o solo deseo sin ningún otro lugar adonde ir.

Camino más rápido. El rosario suena contra mis nudillos. El primer misterio doloroso. La agonía en el huerto. Cristo de rodillas en Getsemaní, pidiendo ser liberado de lo que estaba por venir.

—Padre, si es posible, aparta de mí esta copa.

La copa no se ha apartado. Ni una sola vez. No por un solo día en ocho años. El hambre no disminuye. Aprende. Se adapta. Encuentra las grietas en cada muro que construyo y presiona sus dedos pacientes en ellas. He intentado todo lo que ofrece la tradición: ayuno, oración, adoración, la Liturgia de las Horas cantada hasta que mi voz se agota y el silencio que sigue se siente superficialmente como paz. Pero no es paz. Es el agotamiento que lleva la máscara de la paz.

Una mujer en su porche levanta la vista cuando paso. Se persigna —respeto al cuello clerical— pero sus ojos se quedan un segundo de más, y veo el momento en que reconcilia lo que está mirando con lo que se supone que debo ser. Sucede constantemente. Este rostro, este cuerpo… no me los gané. Son una herencia genética, los huesos de mi madre y la estatura de mi padre dispuestos en una combinación que hace que la gente se quede mirando y luego se sienta culpable por mirar. El cuello lo empeora. Algo en la contradicción: lo que no puedes tener, envuelto en un paquete que hace que lo desees. He escuchado a mujeres confesar pensamientos impuros sobre su párroco y he tenido que sentarme en la caja oscura sabiendo que yo era la ocasión del pecado que estaba absolviendo.

Lo peor es que soy bueno en esto.

Soy un buen sacerdote. Mis feligreses son alimentados y aconsejados y visitados en el hospital y enterrados con dignidad. Se rezará por la cadera de la Sra. Alvarez con genuina compasión. La adolescente que no me mira a los ojos encontrará, si alguna vez viene

a confesarse, a un sacerdote que no juzga, porque él sabe precisamente cuánto pesa un secreto.

St. Augustine's está a oscuras cuando regreso. Entro por la puerta lateral. La nave está vacía: solo los bancos y las estaciones y el altar y el brillo rojo de la lámpara del santuario. Cristo en el tabernáculo. Perpetuamente presente. Perpetuamente esperando.

Me siento en el primer banco. No para rezar. Ya he rezado suficiente hoy.

Mi teléfono vibra. Marisol. Una fotografía: ella y Rosetti, una multitud de gente alrededor de una mesa de cena, el cálido caos de una familia que se comunica mediante el ruido. Ella se está riendo. Se parece a nuestra madre cuando se ríe. El parecido es tan fuerte que me quita el aliento, y por un momento tengo diez años y Mami está cantando en la cocina y el mundo aún no se ha roto.

Un mensaje debajo de la foto: —Visitando a los aterradores suegros otra vez. Desearía que estuvieras aquí, Gabe. Ven pronto a Chicago. No muerden. (Excepto quizás Luca. Él definitivamente muerde).—

Casi sonrío. Casi.

Le respondo: —Pronto. Dale mis saludos a tu "Mi caballo".—

Guardo el teléfono. La iglesia se asienta a mi alrededor. El silencio particular de un espacio sagrado por la noche —no vacío, sino denso—, el peso acumulado de cada oración pronunciada entre estos muros presionando como el clima.

Algo se acerca. Puedo sentirlo de la manera en que los viejos feligreses dicen sentir los huracanes en sus huesos: una caída de presión, una quietud antes del movimiento, la atmósfera reorganizándose alrededor de algo que aún no ha llegado pero que ya ha cambiado el aire.

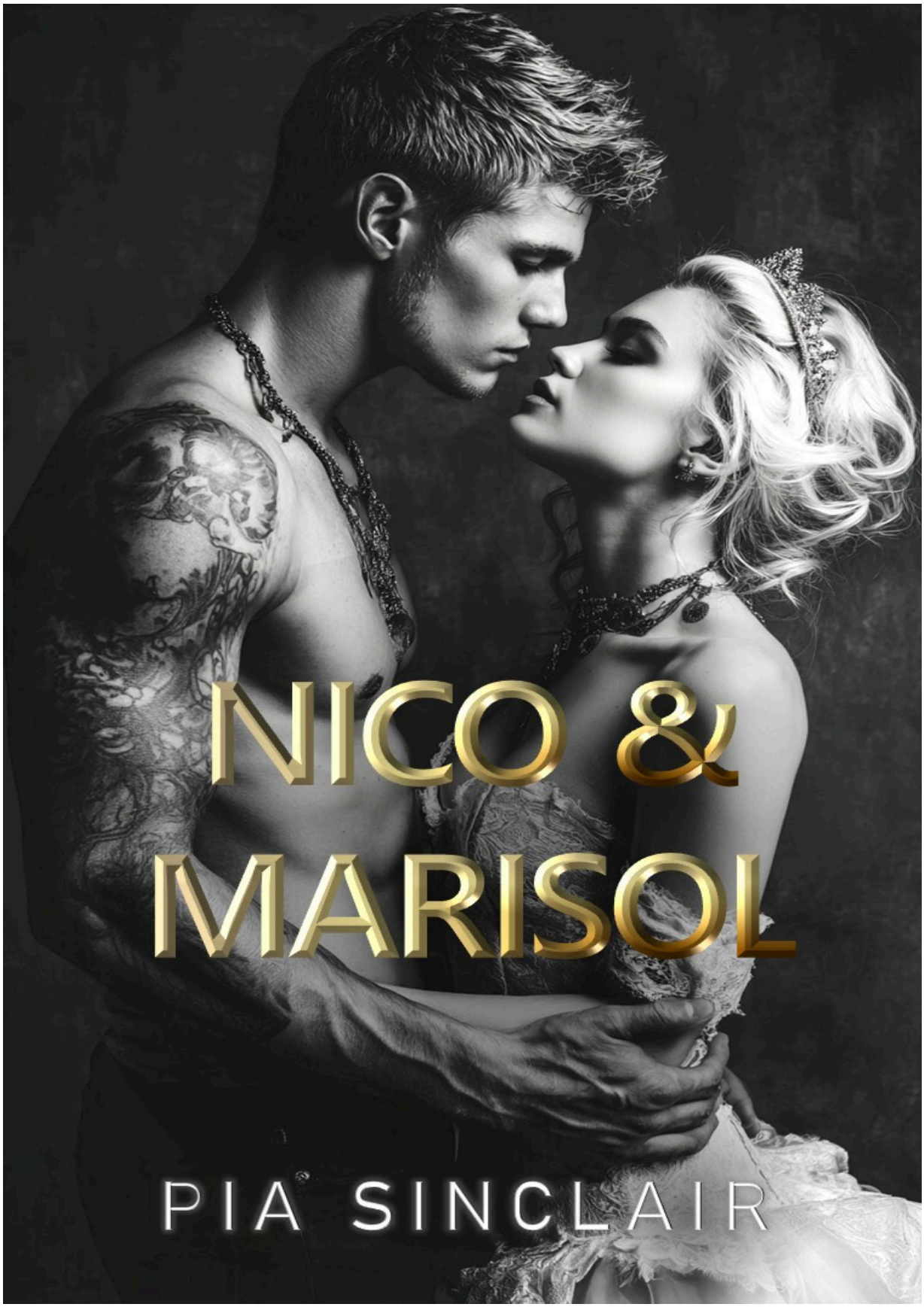
Junto mis palmas. Las manos de mi madre. Firmes y quietas.

La copa no se aparta. Así que lo sostengo. De la forma en que lo sostengo todo: con cuidado, con fuerza, comprendiendo plenamente que el peligro no está en el peso, sino en lo que sucede si lo suelto.

No lo suelto.

Cierro los ojos. Inclino la cabeza. La lámpara del santuario parpadea en rojo contra mis párpados, y el silencio zumba, y el hambre se sienta a mi lado en el banco como algo sagrado y terrible que ha aprendido mi nombre.

Amén.


NICO &
MARISOL
PIA SINCLAIR

1 - NICO ROSETTI

Me tiemblan las manos.

Esto es un problema. Estas manos han sostenido una Glock con firmeza a doscientas yardas en una tormenta de arena en la provincia de Helmand. Han desarmado un M4 en la oscuridad, han aplicado presión sobre una herida de bala mientras pedían una evacuación y le han roto la mandíbula a un hombre sin derramar el café que sostenían con la otra. Estas manos no tiemblan.

Ahora están temblando.

—Parece que estuvieras a punto de asaltar un recinto —dice Alex desde el umbral del cuarto del novio, que en realidad es una oficina parroquial con un crucifijo, un archivador y una pila de himnarios. Está apoyado contra el marco con esa diversión en sus ojos verdes que hace que la gente olvide que es la persona más despiadada en cualquier habitación—. Relájate. Ella ya dijo que sí.

—Estoy relajado.

—Tu mandíbula está haciendo esa cosa. —Imita el gesto de apretar los dientes—. Esa cosa que hace llorar a los niños pequeños.

—Mi mandíbula no hace llorar a los niños.

—Theodore empezó a gritar la última vez que lo cargaste.

—Theodore tiene tres meses. Grita por todo.

—No le gritó a Dante. —Alex se ajusta la corbata; de seda, color esmeralda, porque Alex nunca ha usado un color neutro en su vida—. Dante lo cargó durante veinte minutos. Silencio sepulcral. El hombre ni siquiera habla y los bebés lo aman. En cambio, tú alzas al niño y es como si activaras una alarma de auto.

Reviso mis puños por cuarta vez. El traje es italiano, porque Maria amenazó con desheredarme si usaba cualquier otra cosa para mi boda. Gris carbón, corte ajustado, sin corbata… peleé con Maria por la corbata y gané, lo que significa que me emboscará con un pañuelo de bolsillo en cualquier momento. Los zapatos son incómodos. Todo lo relacionado con la ropa formal es incómodo

cuando tu cuerpo fue construido para usar equipo táctico y botas de combate.

—¿Dónde está Marco? —pregunto.

—Amenazando a la florista. —Alex revisa su teléfono—. Al parecer, los arreglos de los bancos no son simétricos. La florista está reevaluando sus decisiones de vida en este momento.

—Son flores.

—Son flores *asimétricas*. Ya conoces a Marco.

Conozco a Marco. Sé que mi hermano mayor ha traído a toda la familia a Miami —esposas, hijos, Maria, incluso a Tommy— y ha tratado la logística de esta boda con la misma precisión operativa que aplica a las disputas territoriales. Sé que él personalmente supervisó la iglesia, el lugar de la recepción, el banquete, la florista y al sacerdote. Sé que hizo todo esto porque me ama, y porque controlar los detalles es la forma en que Marco dice "te quiero", ya que las palabras reales requerirían una vulnerabilidad que ha estado racionando desde que tenía dieciocho años.

La iglesia es Nuestra Señora de Guadalupe, en una calle tranquila de un barrio de Miami donde las jacarandas florecen en color púrpura. No es la iglesia de nuestra familia, esa está en Chicago. Esta es la iglesia a la que Marisol y Gabriel iban de niños. Su madre los traía aquí todos los domingos hasta que murió, y Marisol no ha vuelto desde entonces.

Ella quería casarse aquí. No pregunté por qué. Hay cosas que simplemente le das a la mujer que amas sin exigir una explicación.

La puerta se abre y Dante llena el umbral. Mi hermano no toca —nunca lo ha hecho— porque anunciar su presencia es redundante cuando su presencia se anuncia sola. Un metro noventa, cabello oscuro, la camisa de cuello alto ocultando las cicatrices de su garganta, y unos ojos que se comunican más eficazmente que las bocas de la mayoría de las personas desde que resultó herido.

Él hace una seña: *¿Estás bien?*

—Estoy bien.

Su ceja se eleva una fracción. El equivalente de Dante a decir que miento.

—Me tiemblan las manos —admito, porque Dante no acepta actuaciones y dejé de intentar darle una hace años.

Cruza la habitación, toma mis manos entre las suyas y las mantiene firmes. No hace ninguna seña. Solo las sostiene hasta que

el temblor se detiene, de la misma manera que una vez sostuvo mis manos después de que regresé de mi despliegue; destrozado y fingiendo que no lo estaba, sentado en el suelo del recinto a las tres de la mañana mientras mi hermano mudo me decía que todo estaría bien sin pronunciar una sola palabra.

Cuando me suelta, mis manos están quietas.

Hace una seña: *Está hermosa. Vas a olvidar tu propio nombre.*

—Eso es alentador.

Bien. Piensas demasiado. Hoy, solo siente.

Me da una palmada en el hombro —la versión de Dante de un abrazo— y sale. Alex lo ve irse con la expresión que siempre pone cerca de Dante: un respeto divertido por un hombre que vuelve irrelevantes las palabras.

—Tiene razón, ¿sabes? —dice Alex—. Piensas demasiado.

—Y tú no piensas lo suficiente.

—Falso. Pienso constantemente. Simplemente hago que parezca que no requiere esfuerzo. —Se acomoda los puños, revisa su reflejo en el cristal de la parte frontal del archivador y sonríe—. Es hora del espectáculo, hermano.

La iglesia está llena.

No es grande —Nuestra Señora de Guadalupe tiene capacidad para unas ciento cincuenta personas—, pero está repleta como sucede cuando dos familias convergen. El lado de los Rosetti llena la izquierda: Marco y Valentina en el primer banco, la postura de Marco es tan perfecta que podría usarse como un instrumento de agrimensura. Valentina a su lado, con el cabello oscuro recogido, una mano sobre el brazo de él. Me mira y sonríe; con calidez real, del tipo que Val reserva para la familia.

Detrás de ellos: Dante y Ana, con Antonia en brazos de Ana. La bebé lleva un vestido blanco que la hace parecer un ángel muy pequeño y muy gruñón. Dante tiene el brazo alrededor de su esposa, y su mano libre descansa sobre la espalda de Antonia, con sus dedos marcados por cicatrices increíblemente suaves sobre la pequeña columna de la niña.

Luca está detrás de ellos, con Theodore en su regazo. Mi hermano sostiene a su hijo de la manera en que sostiene todo: como si estuviera calculando la cantidad precisa de fuerza requerida y aplicando exactamente la mitad. Faith se sienta a su lado, rubia y suave, leyendo algo en su teléfono, porque Faith Rosetti no suelta su

libro por nada, incluidos los sacramentos. Cuando la conocí, pensé que Luca se había vuelto loco. Una bibliotecaria. Para el hombre más peligroso de la familia. Luego la vi enfrentarse a una habitación llena de hombres armados sin pestañear, y lo comprendí: no es suave. Es callada. Hay una diferencia.

Alex se desliza en el banco junto a Emma. Su esposa es pequeña, de cabello oscuro, de facciones delicadas; parece una muñeca de porcelana hasta que recuerdas que sobrevivió a cosas que habrían quebrado a personas del doble de su tamaño. La mano de Alex busca la de ella de inmediato, entrelazando sus dedos, y la postura de Emma se relaja un poco. Ese es el don de Alex. Hace que las personas que ama se sientan seguras solo por la proximidad.

Y Maria. Maria está en todas partes. Primer banco, último banco, pasillo, vestíbulo… orbita la iglesia como un cuerpo celeste con un pañuelo, secándose los ojos, ajustando el cuello de todos y murmurando en Italglish. —*Bellissimo*, mira esta iglesia, *Dio mio*, Nico te ves tan guapo, *aspetta* ¿eso es una arruga en tu chaqueta? — Presiona ambas palmas contra mi cara, con los ojos anegados, y dice algo en un italiano rápido que no capto del todo pero que termina con el nombre de mi madre. Ha estado con la familia desde antes de que mi madre muriera. Ella recuerda cosas que ninguno de nosotros puede.

Tomo mi posición al frente. El sacerdote —no Gabriel; Marisol eligió a un padre local— asiente con la paciencia benigna de un hombre que ha visto a mil novios parecer que están a punto de vomitar.

No voy a vomitar. Soy un Rosetti. Nosotros no nos enfermamos en las bodas. Nos casamos con precisión militar y la contención emocional adecuada.

Entonces la música comienza y Marisol aparece al final del pasillo, y olvido mi propio nombre.

Dante tenía razón. Siempre la tiene.

Va vestida de blanco. Sencillo, limpio, nada parecido a los elaborados vestidos por los que sé que Maria hizo campaña. Marisol eligió algo que se mueve cuando ella se mueve, que atrapa la luz de las velas sin competir con ella. Lleva su cabello oscuro suelto —me dijeron que también peleó con todos por eso— y sus ojos están fijos en los míos con la intensidad específica de una mujer que pasó ocho años destruyéndose y ha decidido construir algo en su lugar.

Camina hacia mí con una sonrisa que me ha sostenido durante las noches más oscuras de mi vida. Cada paso que da se siente como la salvación. La habitación desaparece —la iglesia, la familia, incluso el sacerdote— hasta que solo queda Marisol, moviéndose como la luz del sol a través del agua.

¿Cómo diablos tuve tanta suerte?

Hace apenas unos meses, ella era la chica fiestera que me asignaron proteger. Eso por sí solo debería haber sido suficiente para mantenerme alejado. En cambio, he pasado cada día desde entonces agradeciendo a cualquier santo que cuide de los tontos y los soldados por que ella me eligiera a mí. Por que me siga eligiendo, justo ahora, en este vestido que se ciñe a curvas que conozco de memoria.

Mi cuerpo responde instantáneamente al pensamiento. Cambio el peso de mi cuerpo, agradecido por el corte de este traje mientras el calor se acumula en mi bajo vientre. Cristo. En una iglesia, con un sacerdote a tres metros. Pero ya puedo imaginarme pelando ese vestido de su piel, acorralándola contra alguna pared en la recepción mientras nuestras familias beben champán al otro lado. La música nos cubrirá. No es que me importe un bledo quién escuche: ella va a ser mi esposa.

Gabriel camina a su lado. Su hermano, distanciado desde hace mucho tiempo, el sacerdote, vistiendo un traje oscuro en lugar de un alzacuellos. Su brazo está firme bajo el agarre de Marisol, y los veo venir hacia mí —el hermano que se fue y regresó, la hermana que se desmoronó y se recompuso— y los treinta pasos que dan se sienten como si estuvieran cruzando algo mucho más grande que el pasillo de una iglesia.

Marco se mueve en el primer banco. Lo noto por mi visión periférica: el enderezamiento apenas perceptible, la evaluación. Marco tiene opiniones sobre Gabriel Delgado. Sobre los ocho años de ausencia, la hermana que dejó atrás, el sacerdocio que Marco considera un abandono del deber hacia la familia de uno. Pero Gabriel está aquí ahora. Y Marco respeta a un hombre que corrige sus errores, incluso si tarda demasiado en hacerlo.

Gabriel pone la mano de Marisol en la mía.

El traspaso es lo más aterrador que he experimentado jamás, y he sobrevivido al colapso de un edificio en Faluya. Esta mujer, esta mujer imposible, generadora de caos y brillante como el champán, es

puesta en mis manos por el hermano que confía en mí para sostener lo que él no pudo.

—Cuídala —dice Gabriel. En voz lo suficientemente baja como para que solo yo lo escuche.

—Con todo lo que tengo.

Él asiente. Da un paso atrás.

Capto un indicio del perfume de mi novia: jazmín y algo más profundo. Sus ojos nunca dejan los míos, y hay una promesa en ellos que me seca la boca. Conozco esa mirada. Es la misma que me dio en Key Biscayne, justo antes de llevarme a aquel callejón y…

—Señor Rosetti. —El sacerdote se aclara la garganta.

Parpadeo. Marisol está de pie frente a mí, con los labios curvados con diversión. Sabe exactamente a dónde se fue mi mente. Siempre lo sabe.

Me mira con sus ojos color miel y dice: —¿Estás listo para esto?

—Tan listo como podré estarlo.

—¿Asustado?

—Aterrorizado.

Ella sonríe, y la iglesia se disuelve a nuestro alrededor.

Escribimos nuestros propios votos porque Marisol se negó a repetir cualquier cosa que incluyera la palabra "obedecer" y yo me negué a leer cualquier cosa que no hubiera verificado personalmente para su exactitud. El resultado es este: ella promete ser el caos y dejar que yo sea la estructura. Yo prometo dejar de tratar el amor como una operación táctica. Ella promete quedarse; no sobria, no perfecta, simplemente presente. Yo prometo quedarme; no duro, no blindado, simplemente aquí.

Maria está llorando tan fuerte que el sacerdote tiene que elevar la voz para la bendición final.

—Puede besar a la novia.

Beso a mi esposa, y la iglesia estalla.

Antonia empieza a llorar; un llanto por simpatía provocado por los sollozos de Maria. Luca tiene a Theodore contra su hombro como si fuera un paño para eructos muy caro, y el bebé duerme a pesar de todo, porque Theodore Rosetti aparentemente ha heredado la capacidad de su padre de mantener la calma en medio del pandemonio. Alex lanza un silbido de admiración, lo que le gana una mirada de Marco que podría levantar la pintura, y Emma le da un codazo, y él la besa en la frente en lugar de disculparse.

Dante le está haciendo señas de algo a Ana que no puedo ver desde este ángulo, pero sea lo que sea, la hace reír a través de sus lágrimas y hundir la cara en su hombro. Valentina se inclina hacia Marco y le susurra algo. Su expresión no cambia, pero su mano se mueve para cubrir la de ella en su brazo, y viniendo de Marco, eso es esencialmente una ovación de pie.

El cortejo de salida es un caos apenas controlado. Marisol agarra mi mano y prácticamente corre por el pasillo, con su vestido ondeando detrás de ella, riendo de su manera única, brillante y clara. Maria nos embosca en el vestíbulo con arroz que aparentemente introdujo de contrabando evadiendo la política de cero suciedad de Marco. Alex toma un puñado y se lo lanza a Luca, quien ni se inmuta, porque Luca no se inmuta por nada, pero Faith le quita un grano de arroz de la cabeza a Theodore con una mirada que sugiere que Alex encontrará arroz en lugares incómodos durante semanas.

Salimos de la iglesia a la tarde de Miami. Pétalos de jacaranda se mezclan con el arroz en los escalones de piedra. Marisol me atrae para otro beso, en los escalones bajo la luz del sol, y sostengo su rostro entre mis manos —firmes ahora, completamente firmes— y pienso: lo logré. Después de Afganistán y la masacre y el recinto y la partida de Sofia y todo lo que pensé que había roto, llegué hasta aquí, a esta mujer, en estos escalones.

Y es entonces cuando la veo.

Un auto negro, deteniéndose junto a la acera. No es un auto de los Rosetti; tiene placas diferentes. La puerta trasera se abre y un hombre sale primero. Alto, rubio, con la complexión de alguien que ha estado a cargo de cosas peligrosas durante mucho tiempo. Alexei Volkov. El hombre cuya familia asesinó a mi padre y arruinó todas nuestras vidas. El hombre que nos arrebató a mi hermana.

Él se gira y extiende su mano hacia el interior del auto.

Y Sofia sale.

El sonido que sale de mi pecho no es una palabra. Se parece más al sonido que hice cuando el edificio se derrumbó en Faluya; involuntario, gutural, el cuerpo procesando lo que la mente aún no ha asimilado. Mi hermana. Cabello rubio, ojos azules, seda crema, y está aquí, de pie en una acera de Miami con pétalos de jacaranda en el cabello y su mano en la mano de un hombre que debería ser nuestro enemigo.

—¿Nico? —La voz de Marisol, a mi lado. Me está mirando a la cara, no al auto. Su expresión es cuidadosa, calibrada… no está sorprendida.

—Tú lo sabías —digo.

—Yo la invité. —Sin disculpas. Sin dudar—. Es tu hermana. Tu hermana favorita. Debería estar en tu boda.

Miro de mi esposa a mi hermana y viceversa, y lo que se desgarra en mi pecho no es dolor ni ira ni siquiera alivio. Es gratitud. Por esta mujer que vio la herida que cargo, la parte de mí que cree que endurecí a mi hermana hasta convertirla en un arma y la alejé, y decidió coserla para cerrarla sin pedir permiso.

Sofia no se ha movido del auto. Está mirando hacia los escalones de la iglesia, a la familia que asoma detrás de nosotros, y su compostura es impecable; lo cual significa que le está costando todo.

Camino hacia ella.

2 - SOFIA ROSETTI

No debí haberme puesto el vestido de seda crema.

Es mi armadura, siempre lo ha sido —la tela costosa, el corte perfecto, el perfume francés—. Pero de pie en una acera de Miami viendo a mi familia salir en tropel de una iglesia, no me siento blindada. Me siento como una chica con un vestido lindo que está a punto de descubrir si sus hermanos todavía la aman.

La mano de Alexei está en la parte baja de mi espalda. Firme, cálida, la presión constante que dice *estoy aquí y no me voy a ir*. No ha dicho una palabra desde que subimos al auto en el hotel. No lo necesita. Alexei Volkov se comunica en silencio de la misma manera que Dante se comunica con señas —conversaciones enteras en el espacio entre las palabras—.

—Podemos irnos —dice ahora, en voz baja, solo para mí—. Su acento se vuelve más marcado cuando está preocupado; las vocales rusas se abren paso. Solo dilo.

—No.

—Sofia.

—Estoy bien.

No estoy bien. Mi corazón está haciendo algo peligroso y tengo las manos entrelazadas frente a mí para que nadie pueda verlas temblar. El entrenamiento Rosetti se mantiene —postura perfecta, expresión neutral, respiración controlada—. He matado hombres con menos adrenalina que esta.

Marisol llamó hace tres semanas. Ni Nico ni Marco ni ninguno de mis hermanos. La novia misma, la mujer a la que había visto exactamente dos veces, llamando desde un número de Miami a las once de la noche sin preámbulos.

—Tu hermano se casa conmigo en tres semanas. Tus otros hermanos estarán ahí. Tú deberías estar ahí también. Nico te extraña. Así que vas a venir a mi boda y vas a dejar que vea que estás viva y que estás bien, porque me niego a casarme con un hombre que

está de luto por su hermana viva en el que se supone que es el día más feliz de su vida.

Una pausa. Luego, más suave: —Además, trae a tu ruso. Quiero conocer al hombre por el que valió la pena perder a tu familia. Si no es impresionante, estaré muy decepcionada y te lo diré en la cara.

Me reí. No pude evitarlo. Marisol Delgado es una fuerza de la naturaleza en tacones, y me había llamado con la autoridad casual de una mujer que ya había decidido que esto iba a pasar y simplemente me estaba informando del horario.

Dije que sí. Alexei reservó los vuelos. Y ahora estamos aquí, en una acera, y Nico camina hacia mí.

Se ve diferente. Eso es lo primero que noto —no el traje, ni la boda, sino la forma en que se mueve—. La precisión militar sigue ahí, la economía de movimiento, la conciencia situacional que lo hace registrar la posición de Alexei y el auto y cada vehículo en esta calle antes de dar su segundo paso. Pero hay algo debajo de eso ahora. Algo que no estaba allí cuando me fui. Suavidad no es la palabra correcta —Nico no hace cosas suaves—. Estabilidad, tal vez. El aspecto de un hombre que finalmente ha dejado de castigarse por cosas que no podía controlar.

Se detiene a un metro de mí. Lo suficientemente cerca para tocarlo. Ninguno de los dos se mueve.

—Hermanita —dice. Su voz suena ronca.

—Hermano mayor.

—Te ves bien.

—Te ves casado.

La comisura de su boca tiembla.

Ya hemos pasado por las lágrimas, las disculpas y la reconciliación, pero quiero decirlo todo de nuevo. Decirle que lamento haberme ido, que lo extraño todos los días, pero que tenía que irme con Alexei como tengo que inhalar oxígeno, y que por primera vez en mi vida elegí por mí misma.

Pero él ya sabe todo eso. Solo se alegra de que yo esté aquí.

Nico me mira por un largo momento. Luego mira a Alexei, de pie junto al auto, atento e inmóvil. Entonces Nico me atrae hacia un abrazo.

No es un abrazo cuidadoso. No es un abrazo cortés de los de "hace tiempo que no te veo". El abrazo de un hombre que ha estado extrañando a su hermana. Sus brazos me aprietan, su cara contra mi

cabello, y su respiración es irregular de una manera que lo mortificaría si se diera cuenta de que puedo sentirlo.

—No vuelvas a desaparecer —dice contra mi cabello—. No podría volver a pasar por eso.

—No lo haré.

Me retiene por unos segundos más y luego me suelta. Da un paso atrás. Se pasa una mano por la cara en un movimiento que negará más tarde. —Vas a venir a la recepción.

—Nico, no sé si—

—Vas a venir. Marisol quiere interrogar a tu ruso —mira a Alexei de nuevo—. Quedas advertido. Ella es implacable.

La boca de Alexei se curva ligeramente. —He sido interrogado por el FSB. Creo que puedo lidiar con una novia.

—No has conocido a esta novia —dice Nico, y ahí está—la casi sonrisa que solía habitar en su rostro antes de que todo saliera mal. La ha recuperado. Marisol se la devolvió.

La recepción es en La Sirena. Marisol insistió *—es mi club, es mi boda, no voy a rentar un salón como alguna socialité básica de Miami—*. El club nocturno ha sido transformado: velas, lino blanco, jazmines envolviéndolo todo. No debería funcionar, pero funciona, de la misma manera que todo lo relacionado con Marisol funciona —a través de la pura fuerza de su personalidad y de negarse a reconocer limitaciones—.

Alexei y yo nos quedamos en la entrada. Su mano no se ha apartado de mi espalda. Adentro, la música suena y las velas están encendidas y mi familia está en algún lugar más allá de esas puertas, y yo estoy a punto de entrar en una habitación llena de gente que tal vez no me quiera allí.

—Juntos —dice Alexei.

Entramos.

La sala no se detiene. Esa es la primera piedad —ningún silencio repentino, ningún congelamiento dramático—. La música sigue sonando, la conversación continúa. Pero siento la onda expansiva. El sutil reajuste mientras la gente registra nuestra entrada y la procesa. Las cabezas giran. Las voces se ajustan.

Alex me ve primero. Está en la barra con un hombre que no reconozco —cabello oscuro ingeniosamente despeinado, una sonrisa encantadora, claramente un espíritu afín— y su rostro hace algo complicado cuando nuestros ojos se encuentran. No es frialdad. No

es enojo. Sorpresa, y luego algo más cálido inundándolo todo después. Me levanta su copa. Un gesto minúsculo, pero viniendo de Alex tiene peso: *estás aquí. Me alegro.*

Luca está en un reservado en una esquina con el pequeño Theodore. Sus ojos pálidos encuentran los míos al otro lado de la sala, y me preparo para la evaluación. Las evaluaciones de Luca son clínicas, exhaustivas y ocasionalmente aterradoras. Pero solo me mira, luego a Alexei, luego de nuevo a mí, y asiente. Una vez. Es el asentimiento de Luca —el que dice *te veo, he calculado cada variable y he decidido no matar a nadie hoy—.*

Faith me saluda con la mano desde su lado. Realmente saluda, como una persona normal en un evento normal, y dice sin hablar: *tu vestido es precioso.* Amo a Faith. Siempre he amado a Faith. Se casó con el hombre más peligroso de nuestra familia y procedió a tratarlo como a un gato doméstico ligeramente salvaje, y de alguna manera funciona.

Dante está en la pista de baile con Ana. Me ve por encima del hombro de Ana y sus manos se detienen a mitad de una seña. Por un momento solo me mira, y sus ojos —oscuros, intensos, los que han estado comunicando por él desde que tenía nueve años— dicen todo lo que su voz no puede. *Sabía que vendrías. Entendí por qué te fuiste. Me alegra que estés de vuelta.* Él siempre fue el que entendía. Cuando me fui con Alexei, Dante no enfureció como Marco ni se afligió como Nico. Respetó mi elección, me perdonó al instante y le dijo a Ana que creía que yo era valiente. Ella me lo contó después, en una llamada que atendí escondida en el estudio de Alexei para que no me viera llorar.

Dante inclina la cabeza hacia mí. Yo inclino la mía de vuelta. Una conversación completada sin una sola palabra.

Maria me encuentra antes de que haya dado diez pasos hacia adentro. Se materializa de la nada —esta mujer tiene una habilidad sobrenatural para detectar Rosettis en un radio de quince metros— y sus manos están en mi cara antes de que pueda prepararme.

—*Sofia, mia bambina, sei tornata*— El resto se disuelve en una avalancha de italiano e inglés y lágrimas. Me sujeta la cara y me besa en ambas mejillas y se limpia los ojos y me toca el pelo, y puedo sentir que mi compostura se resquebraja porque Maria es lo más parecido a una madre que nos queda a cualquiera de nosotros, y sus manos en mi cara se sienten como volver a casa.

—Estás demasiado delgada —anuncia, cambiando abruptamente al inglés—. ¿Él no te da de comer? Qué clase de hombre— Mira a Alexei con la sospecha de ojos entrecerrados de una mujer que ha estado evaluando a las parejas de sus hijos durante veinte años. Alexei, a su favor, sostiene su mirada con firmeza. Se ha enfrentado a jefes del crimen y agencias de inteligencia. Maria es la primera persona a la que he visto hacer que rinda su postura.

—*Signora* —dice él. Su italiano es aceptable, mejorado tras meses conmigo—. Es un honor.

Maria lo estudia durante tres segundos más, luego le da una palmada en la mejilla —fuerte, de la manera en que palmea a todos los hombres que ha decidido tolerar— y dice: —Cuida de nuestra Sofia, *capisce*? O te encontraré. Lo dice dulcemente. No es dulce.

—*Capisco* —dice Alexei, y creo que lo dice más en serio de lo que ha dicho la mayoría de las cosas en su vida.

Luego, Marco.

Está en la mesa presidencial con Valentina, porque Marco siempre está a la cabeza de cualquier mesa que exista. Su postura es perfecta. Su traje es impecable. Su espresso —porque Marco bebe espresso incluso en las bodas, incluso en Miami, incluso cuando el champán fluye como el agua— reposa intacto a su lado.

Ya me está mirando. Lo ha hecho desde que entré. Lo sé porque conozco a Marco, porque crecí estudiando la arquitectura de su atención, y porque el jefe de nuestra familia no se pierde las entradas.

La mano de Valentina se mueve hacia el brazo de Marco. No para contenerlo. Para darle estabilidad. De la misma manera que la mano de Alexei me estabiliza a mí.

Dejo de caminar. Tres metros entre nosotros. Lo suficientemente cerca para ver sus ojos con claridad. Oscuros, casi negros, los ojos que han estado tomando decisiones por esta familia desde que tenía dieciocho años. Él me echó. Yo elegí a Alexei y Marco me dijo que estaba eligiendo en contra de la familia, y la puerta se cerró, y la oí cerrarse con llave desde afuera.

No hablo. Él no querrá que hable. Marco nunca ha necesitado palabras de nadie —lee la intención de la misma manera que otras personas leen un texto—.

Mi intención es simple: estoy aquí. Estoy viva. Amo a un hombre al que consideras un enemigo. También te amo a ti. Ambas cosas son

ciertas, y he terminado de fingir que no pueden coexistir.

Marco me mira.

El silencio dura tres segundos. Cuatro. Cinco. Lo suficiente para que mi pulso sea audible en mis propios oídos. Lo suficiente para que el pulgar de Valentina acaricie su brazo una vez, un movimiento minúsculo. Lo suficiente para que yo considere, con la precisión táctica que él me inculcó, la posibilidad de que la puerta permanezca cerrada con llave.

Marco asiente.

Una vez. Una sola y mínima inclinación de cabeza.

No es un perdón. No es una bienvenida. Sino un reconocimiento —*estás aquí, y no te he dado la espalda*—. Una puerta cerrada con llave durante meses, abierta un centímetro. Un centímetro es suficiente. Un centímetro lo es todo.

Mi compostura se resquebraja. No de forma dramática —soy una Rosetti, no nos quebramos dramáticamente— pero lo suficiente. El brillo inunda mis ojos y parpadeo para alejarlo antes de que alguien pueda verlo, excepto que todos pueden verlo, porque mi familia siempre ha sido mejor leyéndome de lo que yo soy ocultándome.

La mano de Alexei se aprieta en mi espalda. Firme. Cálida. *Estoy aquí.*

Al otro lado de la sala, Nico cruza la mirada con Marco. El aspecto que pasa entre ambos —gratitud, alivio— hace que me duela el pecho. *Gracias por dejarla venir.*

Marco toma su espresso. Bebe un sorbo. Valentina se inclina hacia él y le susurra algo que nunca sabré. El momento pasa.

Y la boda continúa a nuestro alrededor —música y risas y el Italglish de Maria y los ajetreos de Antonia y la voz de Alex elevándose por encima de todo con alguna historia que hace que media sala ría y la otra mitad gima. Marisol pasa veloz a mi lado en su vestido blanco, me agarra del brazo y dice: —Tu ruso es muy atractivo. Lo apruebo. Ahora ven a beber champán y cuéntamelo todo.

Me dejo llevar. Alexei me ve irme con una expresión en la que pensaré más tarde —ternura y orgullo y la satisfacción silenciosa de un hombre que sabe que está exactamente donde debe estar—.

La velada se extiende en algo cálido, ruidoso e imperfecto. Me siento entre Marisol y Emma en una mesa que sigue expandiéndose a medida que la gente acerca sillas. Luca me deja cargar a Theodore

—un gesto de confianza tan significativo que Faith de hecho deja su libro para mirar— y el bebé no grita, solo me mira parpadeando con los ojos pálidos de su padre y emite un sonido como una pregunta. —Le agradas —dice Faith—. Gritó cuando Nico lo cargó.

—Me enteré —digo, y al otro lado de la mesa Nico me lanza una mirada de pura indignación fraternal.

Alex me hace probar un cóctel que ha inventado con el maestro de ceremonias del club —un hombre de los Delgado llamado Adrian a quien claramente ha adoptado como alma gemela— y es terrible y se lo digo, y él jadea con ofensa teatral y Emma dice: —Realmente es terrible, querido—. Y él nos mira a ambas y dice: —Esto es una conspiración y no lo toleraré.

Dante me encuentra más tarde, junto a la barra. No hace ninguna seña al principio. Solo se queda a mi lado, lo suficientemente cerca como para que nuestros hombros casi se toquen, y observamos la sala juntos de la manera en que solíamos observar el recinto desde la ventana del piso de arriba cuando éramos niños.

Luego hace una seña: *Eres valiente*.

Lo mismo que le dijo a Ana cuando me fui. Lo está diciendo de nuevo ahora, y esta vez significa algo diferente. No valiente por irme. Valiente por volver.

Respondo con señas: *Te extrañé*.

Él sonríe. La sonrisa de Dante es lo suficientemente rara como para constituir un evento, y transforma todo su rostro —las cicatrices, la intensidad, el silencio— en algo que se parece al niño que era antes de que el mundo le quitara la voz. Me atrae hacia un abrazo, breve y feroz, y cuando me suelta sus ojos brillan.

No necesitamos más que eso. Nunca lo hemos necesitado.

A medida que la noche termina y las velas se consumen en sus candelabros, me encuentro de pie cerca de la entrada por donde entré hace horas. La sala es más suave ahora —relajada por el champán, manchada de pastel, los hermosos escombros de una celebración que importaba—. Maria se ha quedado dormida en un reservado en una esquina con Antonia sobre su pecho. Luca y Faith han llevado a Theodore arriba. Alex le está enseñando a Emma un truco de cartas que ella finge no saber ya.

Marco no me ha hablado. No lo hará, no esta noche. El asentimiento fue el gesto. El resto llevará tiempo —semanas, meses, tal vez más—. Tal vez para siempre. Pero la puerta está abierta un

centímetro, y soy paciente. Aprendí la paciencia de Alexei, quien esperó años por cosas que otros hombres habrían tomado por la fuerza.

Siento a Alexei antes de verlo. El calor en mi espalda, la mano encontrando su lugar.

—¿Lista? —pregunta.

Miro la sala una vez más. Mis hermanos. Sus esposas. Los bebés que llevan nuestro nombre hacia un futuro del que casi no formo parte. La novia que me llamó a las once de la noche y exigió que me presentara. El novio que me abrazó y me pidió que no desapareciera.

La puerta se abrió un centímetro.

Me conformo con eso.

—Lista —digo, y salimos juntos, hacia la noche de Miami, hacia lo que sea que venga después. Su mano permanece en mi espalda. Mi familia permanece detrás de mí. Ambas cosas están donde pertenecen.

¡Muchas gracias por leer La colección de la familia Rosetti de Chicago!

No pude resistirme a añadir el relato de la boda... simplemente no podía dejar a Sofía fuera de la familia.

Si te gustan las grandes ofertas, tu próxima lectura es el box set de la familia Rosetti de Nueva York.

Seis primos Rosetti.

Seis romances mafiosos oscuros.

Seis razones para pecar.

xx Pia